The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

[redacted]

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6438
.A 1
1916
t.8

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002015034

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAY 8 1977	W MAR 1 2 '77		
OCT 01 1996			
	OCT 06 96		
APR 2 3 2014			
RECEIVED JUN 13 2014			

Form No. 513

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VIII

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20
1930

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VIII

PQ6438
.A1
1916
t.8

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A., ARTES GRÁFICAS
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20
1930

24144

PRÓLOGO

Las comedias, todas raras, que comprende este octavo tomo de Lope de Vega son las que a continuación examinamos brevemente.

I. Nardo Antonio, bandolero. (1)

Esta comedia no se halla citada en ninguna de las dos listas que el mismo Lope dió en su libro *El peregrino en su patria*, ediciones de 1604 y 1618, que comprenden un buen número de libro, aunque no todas, de las publicadas o representadas hasta la última de dichas fechas.

Tampoco se halla inclusa en ninguno de los tomos publicados por el autor o por otros a su nombre; pero sí en uno hasta hoy desconocido o conocido sólo por esta comedia, cuyo encabezado dice: *Nardo Antonio vandolero.* | *Comedia* | *famosa,* | *de Lope de Vega Carpio,* | *Representéla Prado.* Consta de 20 hojas foliadas del 235 al 254 inclusive (2). La impresión parece de mediados del siglo XVII.

Esta comedia aparece mencionada, en 1628, con otras varias, en una lista de las que formaban el caudal o repertorio de que disponía en Valencia el *autor* de compañías Jerónimo de Almella, del cual se

(1) *Nardo* es abreviación del nombre de «Leonardo.»

(2) Tiene las signaturas A-C, de a 8 hojas, menos la última que sólo tiene 4. El tamaño, como todas las de su época, es en cuarto. Como se ve, las signaturas no corresponden a la foliación que, según costumbre, agotadas las letras mayúsculas del alfabeto, debería continuar por las minúsculas o más bien, como era costumbre, poniéndolas dobles: Aa, Bb, etc. El único ejemplar hoy conocido de esta comedia se halla en la Biblioteca de San Isidro (16, 3.ª. 4.°, 29). Otro, procedente de la Biblioteca de Osuna, desapareció hace algunos años de la Nacional de Madrid, con el tomo que la contenía, en el cual había otra comedia de Lope de Vega, titulada: *Amar como se ha de amar*, que tenía foliación del número 214 al 233; pero no correspondía al mismo tomo antiguo de *Nardo Antonio*, aunque se suponga que la última hoja fuese blanca y, sin embargo, se contase para numerar la siguiente, porque la signatura de ella es E-G², faltando, por tanto, la signatura D con ocho hojas. Es incalculable el número

le hizo embargo por deudas (1). Pero en dicha lista la obra no se atribuye a Lope de Vega sino a su coetáneo el Dr. D. Antonio Mira de Amescua.

Esta atribución, por poco crédito que concedamos a la lista de Almella, que contiene bastantes errores de este género, es en el caso actual digna de tenerse en cuenta. A nuestro juicio, ni el estilo y versificación nos parecen tan fáciles y sencillos como los de Lope, ni algunos caracteres corresponden a los comunes de sus obras. El de Leonarda, sobre todo, es repugnantísimo y odioso hasta lo sumo. Lope no puso nunca en labios de mujer y mujer joven y bella, los versos que se leen en la página 27 de este tomo:

CELIA. ¡Ay, de mí!
LEONARDA. ¡Quita, villana!
Hoy beberé sangre humana,
que sedienta de ella estoy.
No hay fugitivo cristal
que más me apague la sed:
llegad vosotros, bebed
de este deshecho coral.
(Hace que bebe.)

y acaba:

como su sangre bebí
ya se ha aplacado mi fuego.

Y era la sangre de un hombre que la amaba y que por ella perdió la vida, asesinado por Nardo Antonio.

En cambio, estas escenas truculentas y feroces y estos caracteres casi fuera de lo humano eran muy del gusto del canónigo de Guadix, hombre adusto, rebelde a todo mandato y dispuesto a imponer su voluntad hasta por la fuerza.

Hay, además, otras razones que apoyan la adjudicación a Mira de esta comedia. El asunto es, o parece histórico, pues se dice ocurrido en Nápoles durante el virreinato del Conde de Miranda, don Juan de Zúñiga, que desempeñó este alto cargo de noviembre de 1586 a igual mes de 1595. Mira de Amescua estuvo en Nápoles desde 1611 a 1615, poco más o menos, y el recuerdo de las fechorías de

de volúmenes de esta clase que han desaparecido a causa de la persecución que sufrió el teatro a fines del siglo XVII y primera mitad del XVIII, por parte de los moralistas y misioneros.

(1) Restori: *Un elenco di «comedias»*, página 831 (Extracto de una revista).—*Bol. hisp.* de 1906, págs. 376 y sigs.

Nardo Antonio estaría aún reciente, vivo, en la memoria de las gentes, sobre todo de los españoles, que habrían tenido que vérselas con él.

El bandolerismo napolitano, que era una especie de separatismo o protesta contra la dominación española, fué la pesadilla de todos los virreyes, que nunca pudieron sofocarlo por entero, porque tenía sus raíces en el fondo del pueblo y era protegido por la nobleza, el clero y hasta por la corte romana. En esta misma comedia se cita por dos veces (páginas 8 y 13) otro famoso bandolero napolitano algo anterior, llamado Marco Sciarra, que en unión de otro, llamado Crucieto, asolaron el país y, como Nardo, se hacían llamar los «Reyes de la Campaña» (1). Todavía, en 1684, tuvo el virrey Marqués del Carpio que emprender una verdadera guerra, con empleo de la artillería, contra los bandoleros del Abruzzo, que desde muchos años antes eran los verdaderos señores de aquel agreste país (2). Quizá por esto el autor de *Nardo Antonio*, tiene empeño en poner a cada paso en labios del protagonista palabras que demuestran un grande amor hacia los españoles. Ahora bien; esta circunstancia, que para Lope u otro poeta que residiese en Castilla no le preocuparía gran cosa, a un español de la corte del virrey, Conde de Lemos, sí le interesaba mucho, y de ahí la insistencia en hacer ver que la rebeldía de los bandoleros no era contra la dominación española, sino contra la propiedad privada o contra enemigos personales. Sin ningún escrúpulo, pues, adjudicaríamos esta comedia a Mira de Amescua, aunque el regalo no sea de gran valor para la fama de este poeta.

II. La necedad del discreto.

Esta comedia se imprimió por primera y única vez en la *Parte XXV* de Lope de Vega, ya póstuma, y la última de las de su serie (3).

(1) Francisco de la Calle, actor y poeta de la segunda mitad del siglo XVII, compuso y se representó una comedia que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional, titulada *Los reyes de la campaña; Marco Xarra y Crucieto.* (Véase *Catálogo* de Paz y Melia, núm. 2914.)

(2) Véase el interesante artículo de D. Julián Paz y Espeso, titulado *Campaña del Marqués del Carpio, D. Gaspar de Haro y Guzmán, virrey de Nápoles, contra los bandidos del Abruzzo en* 1684, en la *Revista de Archivos*, de 1903, números 4 y 5; págs. 247 y sigs., y 395 y sigs.

(3) *Parte veinticinco, | perfeta y verdadera, | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Iuan, | Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de svs verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. | A Don Francisco An-*

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito (núm. 17.039), de letra de la primera mitad del siglo XVII (1), que contiene una comedia titulada *La necedad en el discreto;* pero que nada tiene que ver con ésta atribuída a Lope en la *Parte XXV*.

Los personajes que intervienen en la manuscrita son los siguientes:

El Rey de Hungría; La Princesa Catalina; la Infanta, su hermana; Aldonza, criada; Tamayo, lacayo; Albano, caballero; Esteban, príncipe de Inglaterra; Roselio, príncipe de Alemania; Carlos, príncipe de Alemania; Alejandro, secretario.

Principia de este modo:

«Salen el Rey, la Princesa, la Infanta, Aldonza, Albano y acompañamiento.

REY. Oy, Princesa; oi, Infanta,
mi dicha en altos tronos se levanta,
pues deposita el cielo
de homenajes de luz tan alto vuelo
en la belleza pura
que eternidad de siglos asegura
de dos hijas tan bellas
que envidia dan al sol, cifrado en ellas.

Y acaba así:

CARLOS. Doite, pues;
mas no quiero darte nada
que al cenado (senado) enojaré:
con dos necedades basta
en esta ocasión, pues fué
la del discreto tan grande
que de ella perdón me den.

---

tonio Gonzalez Xi- | menez de Vrrea, Señor de Berbedel, antes de Tiçenique, | 71 | (Escudo del Mecenas) *Con licencia.* | *En Çaragoça, Por la Viuda de Pedro Verges, Año* 1647. | *A costa de Roberto Devport.*

4.°; 4 hojas prels. y 556 págs.; signaturas A-Mm, todas de a 8 hojas menos la última que tiene 6.—Al fin: «Con licencia, | En Zaragoza, Por la Viuda de Pedro Verges | Año de M. DC. XXXXVII.»

Portada; vuelta en blanco.—*Hoja* 2.ª: Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia: Zaragoza, 8 de abril de 1647.—Imprimatur: D. Michael Marta, Regens.=*Vuelta:* «Títulos | de las comedias | que contiene este | libro.

(1) La esclaua de su galan (pág. 1).—(2) El Desprecio Agradecido (p. 45).—(3) Auenturas de Don Iuan de Alarcos (p. 89).—(4) El Mayor Imposible (p. 133).—(5) La Vitoria del Marques de Santacruz (p. 183).—(6) Los Cautiuos de Argel (p. 231).—(7) Casteluines y Monteses (p. 279).—(8) De lo que ha de ser (p. 332).—(9) El vltimo Godo (p. 369).—(10) La Necedad del discreto (p. 418).—(11) Del Iuez en su causa (p. 459).—(12) Los Embustes de Fabia (p. 509).

Hoja 3.ª: Dedicatoria de Devport, que ocupa el resto de los prels., fechada en Zaragoza, a 15 de noviembre de 1647.—Texto.

(1) Está en 47 hojas en 4.° y procede de la Biblioteca del Duque de Osuna.

Al final tiene una firma falsa de «D. Pedro Calderón», puesta tiempo después.

En esta comedia, Carlos, por fingirse necio, siendo muy discreto, pierde a la Princesa y a la Infanta, que se casan con sus rivales. La comedia no es mala; pero no de Calderón: es por el estilo de las de Lope o de Tirso.

Por el texto de este manuscrito se hizo años después una impresión suelta, pero atribuyéndola a Lope de Vega, quizá por correr y muy extendida la noticia de que Lope había compuesto una comedia de este título, cosa indudable, pues él mismo lo dice en la segunda edición de su *Peregrino*, publicada en 1618.

El título es: *La necedad del discreto.* | *Comedia* | *famosa* | *de Lope de Vega Carpio.* No tiene fecha, ni señales de lugar de impresión, ni de oficina tipográfica (1). Pero puede asegurarse que no será anterior a 1650.

Ahora bien; ¿cuál de las dos comedias es la de Lope, pues no parece admisible que lo sean ambas?

El editor de la *Parte XXV* de Lope no es, a la verdad, mucho más seguro que el de la suelta; pero no puede negársele que conocía las obras de aquel autor y que de buena fe procuró dar al público piezas auténticas que recogió de la biblioteca del señor de Berbedel, aunque alguna vez se equivocase. Por esta razón nosotros debíamos preferir el texto suyo al de la suelta, que, como lo prueba el manuscrito, anduvo rodando por los escenarios, anónima o mal atribuída a Calderón, hasta que llegó a una imprenta y se le dió padre.

Quizá cuando se acaben de imprimir las comedias auténticas o menos dudosas de Lope se pueda reimprimir, con otras, esta suelta, y quizá resulte que es ella la verdadera, cosa que por hoy no nos atrevemos a afirmar ni a negar.

Volviendo a la que se imprime a continuación, parece que no hay razones íntimas que anulen la atribución a favor de Lope. Los caracteres principales, que son el del sabio necio Laureano y la prudente Fabia no desdicen de los demás creados por Lope y el de Lau-

(1) Consta de 18 hojas, sin numerar; signaturas A-C². Dió primero noticia de esta impresión el profesor alemán A. L. Stiefel, al describir un tomo colecticio titulado *Flor de las comedias*, título, como se ve, puesto en el extranjero: un editor español hubiera dicho *Flor de comedias*, sin el artículo, innecesario. La comedia impresa es exactamente igual a la manuscrita de la Bib. Nacional. Véase *Zeitschrift für rom. Ph.* XXX (1906), p. 545.

reano tiene bastante originalidad y quizá no sea tan inverosímil como a primera vista parece.

En el fondo la obra viene a ser la novela de *El curioso impertinente*, de Cervantes, puesta en drama; pero con circunstancias y episodios que la separan bastante de ella. Además el desenlace es enteramente contrario, pues Fabia no se rinde, como Camila, sino que se mantiene firme para castigo de su necio marido. Laureano no es como Anselmo, un hombre de cortos alcances, egoísta y caviloso: es un sabio, lleno de orgullo y que se cree conocedor del genio y gustos de las mujeres, que desprecia, por inferiores e incapaces de obrar con arreglo a razón y obedeciendo a impulsos virtuosos. Algunos éxitos amorosos le hicieron aún más vano y soberbio. No es el misógino que huye o aborrece el trato femenino: es el diabólico enemigo, que sólo se satisface cuando ve hundidas en el oprobio y la vergüenza aun a las mujeres que más debía estimar, como es su propia esposa, sobrina del Duque cuyos estados gobierna. Por eso el castigo que recibe es tan merecido como ejemplar. Esta comedia hace efecto en la lectura y quizá lo hiciese igualmente en la representación en el teatro.

III. El Niño diablo.

Esta comedia, o mejor dicho gran drama fantástico, no aparece citado por Lope en sus catálogos del *Peregrino en su patria*. Sería escrita después de 1618, de lo cual hay notorio indicio en que una comedia de este título fué representada en el Palacio Real por el «autor» Lorenzo Hurtado de la Cámara, en 5 de octubre de 1631 (1).

Hay una impresión suelta de esta obra cuyo encabezado dice: *El Niño Diablo.* | *Comedia* | *famosa,* | *de Lope de Vega Carpio* (2), que parece algo posterior a la mitad del siglo XVII.

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito, con igual título, de fines del siglo XVII, en que también se atribuye la comedia a Lope, y es exactamente, salvo algunos errores de copia y enmiendas de palabras, igual al impreso (3).

(1) *El Averiguador*, tomo I (Madrid, 1871), pág. 27.

(2) En 4.°; sin lugar, ni año; 14 hojas sin numerar, sin cabeceras, adornos ni florón final. Signaturas A-D, todas de 4 hojas, menos la última, que sólo tiene dos. Se dice que hay alguna edición con el título de *El Diablo niño*, cosa que no creemos, porque no se trata de un diablo pequeño, sino de un joven muy endiablado.

(3) Manuscrito 17.325, escrito en 30 hojas, en 4.°, letra de fines del siglo XVII, procedente

Pero éste termina con estos versos:

Y fin con aquesto da,
Lope, deste *Niño Diablo;*
y perdonaréis las faltas..., etc.

El final del manuscrito, dice:

Desta suerte la primera
parte del *Niño Diablo*
tiene fin, y la segunda
os promete en breve *Lau ro*,
si le recibís por obra
la voluntad de agradaros.

Lauro, como es sabido, era seudónimo que a veces usaba Luis Vélez de Guevara y con el que perpetró un buen número de usurpaciones a Lope. Vélez, que siempre había andado muy escaso de dinero, en términos de no poder a veces salir de casa por no tener ropa que ponerse, según confesión propia; en su vejez vióse aún más afligido por la pobreza, y como no tenía ya facultades para componer modificaba más o menos antiguas comedias de Lope y las vendía a los recitantes como suyas. De este fraude se hacían ellos cómplices, pues así daban como obra nueva la que sólo lo era generalmente en el principio y el fin (1).

Así no es de extrañar que pusiese su falso nombre a una comedia de Lope, y que para cohonestar o hacer más creíble el hurto ofreciese una segunda parte que no escribió ni pensó nunca en escribir, ni cabía ya componer, pues el argumento queda concluso y cerrado con los casamientos de Peregrino y de su hermana. En *El Niño Diablo* no se advierte ninguno de los rasgos típicos de las obras de Vélez, ni hay esos descuidos en las rimas, tan frecuentes en este poeta, que nunca dejó de ser andaluz, a pesar de su larga residencia en Castilla.

Pero dejando la cuestión de propiedad, hablemos ya de este dra-

de la Biblioteca ducal de Osuna. Habrá servido para la representación al pueblo, ya muerto Lope, y por eso lleva al final el nombre de *Lauro*, única variante de importancia entre ambos textos. En la Biblioteca municipal, hay otro manuscrito, con variantes (1-63-12), de fecha posterior en que se atribuye al autor dramático D. Pedro Rosete Niño, que en 1631 no tenía aún nombre para que se hiciesen sus obras en el Palacio Real. Pero pudo haber refundido más adelante el texto de *Lauro*. El título de esta comedia en este manuscrito es *El Rayo y terror dey talia (sic)* y lo forma un cuaderno de 60 hojas útiles, sin numerar.

(1) Véase mi estudio acerca de *Luis Vélez de Guevara y sus obras dramáticas* (Madrid, 1917, págs. 134 y 135) en que se citan más de veinte casos de esta clase de usurpaciones o refundiciones.

ma que reúne circunstancias muy notables, así en su argumento como en su desarrollo (1). Sorprende, desde luego, el carácter tan dramático del protagonista, Peregrino, tan interesante y tan simpático, así en su primer período de rebelde como en el tremendo desengaño moral que recibe cuando el muerto le conduce a su panteón y le abre los ojos del entendimiento. Es una de las más curiosas figuras del teatro de Lope, y sólo por ser hasta hoy casi desconocida, se comprende que no haya sido estudiada por nadie. Quizá lo sea algo más en adelante.

Lope aprovechó para las primeras escenas de su drama la extraña conseja del joven amante de una monja, que en la noche que va a sacarla del convento le contiene y hace desistir la horrenda visión de su propio entierro, narrada primero por Antonio de Torquemada, secretario del Consejo de Benavente, en su *Jardín de flores curiosas* (2), que tanto desarrollo toma en las *Soledades de la vida*, del doctor Cristóbal Lozano (3), y utilizada luego por Espronceda en *El Estudiante de Salamanca* y por Zorrilla en *El Capitán Montoya* y el *Tenorio*, y que el mismo Lope había puesto o puso después en su comedia *El Vaso de elección San Pablo* (4).

Pero el protagonista de *El Niño Diablo* no se vuelve atrás, sino que prosigue con el rapto, al menos según él cree, y comienza su vida de aventurero desaforado hasta que un llamamiento divino le vuelve al camino de la razón y del deber y le hace salvador de la honra de su propia hermana, cuyos amores con el rey Carlos de Nápoles forman como una segunda acción del drama (5).

---

(1) El texto que se imprime a continuación de este prólogo está formado sobre los dos, impreso y manuscrito, únicos conocidos y van anotadas al pie las diferencias entre uno y otro.

(2) Zaragoza, 1571: coloq. III; págs. 122 y sigs.

(3) Casi toda la primera parte del tomo trata de este asunto, intercalando otros episodios diferentes.

(4) *Comedias de Lope de Vega:* edición de la Academia Española. Tomo III, Madrid, 1893.

(5) De la comedia impresa no se conoce más ejemplar que el del Museo Británico, procedente de la colección de J. R. Chorley. Hugo Alberto Rennert *(Bibliogr. ... of Lope de Vega)*, pág. 166, y *Vida de Lope:* Madrid, 1919, página 475, cita un *Diablo niño*; con referencia equivocada a Medel y Huerta; porque ni uno ni otro citan la comedia con tal título, sino con el verdadero de *Niño Diablo*, como Lope, de quien dicen que es. Durán no menciona dicha obra ni de un modo ni de otro. Lo que tendría Lord Holland sería el ejemplar del *Niño Diablo* que hoy está en el Museo Británico.

IV. Los nobles como han de ser.

Comedia no citada en las listas de *El Peregrino* (1604 y 1618), pero atribuída a Lope en una impresión suelta del siglo XVII, cuyo encabezado dice:

Los nobles como han de ser. | *Comedia* | *famosa* | *de Lope de Vega* (1).

Es el único texto conocido; porque un manuscrito incompleto que hay en la Biblioteca Nacional es copia moderna de él, hecha por don Agustín Durán (2), célebre literato y bibliófilo de mediados del siglo pasado.

Esta comedia es ciertamente de Lope de Vega, y aunque algo inverosímil en su desarrollo, tiene muy buenos caracteres, en especial los tres principales. Está también gallardamente versificada.

Pero, como comedia que andaría muchos años rodando por los escenarios, el texto ha sido modificado en algunos lugares, cual se echa de ver por las falsas rimas existentes hacia la mitad de ella (3), que delatan la mano de un colaborador andaluz. Como no podemos señalar fecha, ni aun aproximada, para la composición de esta linda comedia, tampoco podemos sospechar quién fuese el colaborador de Lope: quizás alguno de los cómicos que la poseyeron y tuvieron el derecho de representarla.

V. La noche de San Juan.

El único texto y edición de esta célebre comedia de Lope de Vega se halla en la *Parte XXI* de las suyas, dispuesta y ordenada por él mismo, aunque no pudo ver el tomo terminado, por haber fallecido mientras se estaba imprimiendo.

Porque es de saber que Lope, a quien en 1625 se había prohibido por el Consejo de Castilla imprimir nuevos tomos de comedias, sin

(1) En 4.°; sin lugar ni año. 20 hojas sin numerar; signaturas A-C², de a 8 hojas, menos la última, que sólo tiene cuatro. Sin cabeceras ni adornos ni florón final. Parece de la segunda mitad del siglo XVII. Este ejemplar del Museo Británico es también el único conocido de esta comedia. Fué de M. Chorley.

(2) Manuscrito 15.005, en 18 hojas en 4.°, titulado: *Los nobles como han de ser. De Lope de Vega.* Falta gran parte del acto tercero. Procede de la Biblioteca de D. Agustín Durán. Esta copia sólo se diferencia del impreso en algunas correcciones de erratas evidentes.

(3) En pág. 110, *nobleza* rima con *empresa;* en la 121, *trazan* con *abrasan*; en la 125, *traza* con *pasa*, y en la 129, *vergüenza* con *defensa*.

duda temiendo que fuese a inundar el mundo con ellos, sólo al cabo de algunos años obtuvo remisión de aquel extraño delito que consistía en ser el poeta más grande del orbe, volvió con mayor entusiasmo que nunca a publicar sus obras; pero era ya tarde, pues se le acabó antes la vida.

Estos diez años de suspensión suponen para su fama más de doscientas comedias, que hubiéramos hoy gozado en buenos textos y que se han perdido para siempre. Durante ellos, y más aún después de su muerte, arreció la persecución de los moralistas contra el teatro, y, sobre todo, la de los misioneros, que en cada pueblo o ciudad en que predicaban exterminaban sin compasión todo libro de comedias, y arrancaban, cuando podían, votos a las autoridades locales de no consentir jamás representaciones teatrales, como hicieron en Sevilla, Valencia, Granada, Pamplona, etc., etc.

No otra fué la causa principal de la desaparición de las cuatro quintas partes de nuestro teatro del siglo XVII. Salváronse las que ya entonces, o poco después, quedaron en el extranjero. Por eso son tan ricas en textos dramáticos de los más raros las Bibliotecas públicas de Viena, Munich, París, Lisboa, Parma, Vaticana de Roma, Londres, etc., etc.

No puede dudarse de que esta *Parte XXI* fué hecha por el mismo Lope, pues así lo asegura su hija doña Feliciana de Vega (1), en la dedicatoria que hizo a una señora amiga, o protectora suya, de este precioso tomo, que contiene varias comedias y dramas de los mejores que salieron de la pluma del autor (2).

---

(1) Y el testaferro Licenciado Ortiz de Villena que ahora había elegido Lope, como antes de la *Parte IX* su amigo Gaspar de Porras, pues no quería dimes ni diretes con los intolerantes moralistas que le achacaban como un gran pecado haberlas compuesto y luegodi vulgarlas.

(2) *Veinte y vna | parte | verdadera de las | comedias del Fenix de | España Frei Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San | Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, | Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, | sacadas de sus originales. | Dedicadas a Doña Elena | Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Iulio Cesar | Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden | de Calatrava, Embaxador de Lorena, Tesorero General de | la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor | de la villa de Tielmes. | Nulla fuit Lopio Musarum sacra Poesis, | Illa perire potest, iste perire nequit.* | 66 y 2, | *Año* † 1635. | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin.* | *A costa de Diego Logroño, mercader de libros,* | *Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças.*

4.°; 4 hojas prels. y 260 foliadas: signaturas A-Kk de a 8 hojas, menos la última que sólo tiene 4.

Portada; vuelta en bl.—*Hoja* 2.ª: Dedicatoria «A la señora doña Elena...», etc., firmada por «Doña Feliciana Felix del Carpio», sin año. Dice que su padre murió antes de acabarse la impresión de este tomo.

Algunos bibliógrafos citan como un nuevo texto cierto manuscrito que un tiempo poseyó el célebre Lord Holland, y hoy sus sucesores; pero no tiene valor alguno por ser una simple copia de la *Parte XXI*, impresa (1).

La comedia se estrenó, como fiesta real, la noche del 24 de junio de 1631, en el jardín del Conde de Monterrey, en el actual paseo del Prado, que ocupaba gran parte del trozo comprendido entre el Banco de España y casa de los Duques de Villahermosa, teniendo a un lado y otro jardines del Duque de Maqueda y D. Luis Méndez de Carrión, que también se aprovecharon para mayor lucimiento de la fiesta, preparada por la Condesa Duquesa de Olivares, mujer del favorito.

Hízose, además, otra comedia, escrita por Quevedo y D. Antonio Hurtado de Mendoza, titulada *Quien más miente medra más*, y representada por la compañía de Manuel Alvarez Vallejo, de la que era primera dama la célebre María de Riquelme, entonces en el apogeo de su fama y belleza.

Vuelta: «Las comedias qve lleva esta | parte veinte y vna de Frei Lope Felix de Vega | Carpio, son las siguientes.

La Bella Aurora, Tragedia famosa, fol. 1.—Ay Verdades que en amor, fol. 25 v.—La Boba para los otros y discreta para sí, fol. 45.—La Noche de San Iuan, fol. 67 v.—El Castigo sin venganza, fol. 91.—Los Vandos de Sena, folio 114.—El Mejor alcalde el Rey, fol. 139.—El Premio del bien hablar, fol. 158.—La Victoria de la honra, fol. 178 v.—El Piadoso Aragonés, fol. 202 v.—Los Tellos de Meneses, fol. 225.—Por la puente Iuana, fol. 243.

Hoja 3.ª: «Aprovación del Maestro Ioseph de Valdiuielso.» Dice que Lope aborrecía las alabanzas y que «ningunas pueden ser mayores que su nombre; porque en diciendo Lope de Vega, no hallo mas que decir, ni hay más que decir». Madrid, 9 de abril de 1635.—«Aprovacion de Don Francisco de Queuedo Villegas.» Madrid, 19 de mayo de 1635.—*Vuelta:* «Suma del priuilegio» a Lope, por diez años: Madrid, 25 de mayo de 1635.—«Suma de la tassa.» 4 mrs. pliego: tiene 76 y medio=299 mrs.: Madrid, 5 de septiembre de 1635.—«Fé de erratas» (ninguna): Madrid, 4 de septiembre de 1635.

Hoja 4.ª: «El licenciado Ioseph Ortiz de Villena, a los aficionados de Frei Lope Felix de Vega Carpio.» Dice que había juntado en su poder la mayor parte de las obras de Lope, «que me costó no pequeño trabajo». Añade que «a persuasión suya (de Lope) le dí estas doce comedias, sacadas de sus borradores y originales para darlas a la estampa. El quiso que este libro fuese la veinte y una parte verdadera de sus Comedias; que las demás que se han impreso en Sevilla, Zaragoza, Valencia y otras partes, todas son de diversos poetas; y aunque están con su nombre, no son suyas, que solo han servido de quitar la honra a sus escritos, y dar de comer a los libreros que las han impreso sin licencia. Después destas saldrá también la parte veinte y dos verdadera y luego ofrezco la *Vega del Parnaso*, con otras comedias y varias *Rimas*, donde se hallará lo mejor que él escribió en toda su vida...» (Acaba en el vuelto de esta hoja 4.ª)—Texto.

(1) Así lo declara el mismo manuscrito, que empieza: «La Gran comedia de La Noche de San Juan, de Frey Lope Felix de Vega Carpio. Copiada de la Parte vigesima primera de sus obras en Madrid y Agosto quatro de Agosto *(sic)* de Mil setecientos y treinta y dos». Al final dice que el copista fué Isidro Rodríguez Manjon.

La comedia de Lope, que éste compuso en tres días, como se dice en una *Relación* de la fiesta (1), y se ensayó en otros dos por la compañía de Cristóbal de Avendaño, que tenía por primera a María Candau, inimitable en el género cómico, fué representada con *loa*, así como la anterior, y Lope se alaba al final de haber excedido en la brevedad de la acción a los términos más rigurosos de los clásicos, diciendo:

Aquí la comedia acaba
de *La Noche de San Juan;*
que si el arte se dilata
a darle por sus preceptos
al poeta, de distancia
por favor veinte y cuatro horas,
ésta en menos de diez pasa.

Esta comedia es más notable por su versificación y lenguaje que por el asunto, reducido a los apuros que pasan las damas que habían resuelto fugarse con sus galanes, ante los obstáculos y dilaciones nacidos de las circunstancias mismas de la noche que habían elegido para ejecutar su proyecto.

Es además muy importante esta comedia por las alusiones que encierra; como las relativas a la misma fiesta en que se hizo, según se ve en las páginas 139 y 140, en donde Lope habla de sí mismo:

Sentados, hará Avendaño
una comedia, que creo
es retrato desta noche,
en cuyo confuso lienzo
tomó Lope la invención
y se ha estudiado y compuesto
todo junto en cinco días.

Uno de los espectáculos más alegres de aquella noche eran los bailes y danzas populares. Lope aprovecha la ocasión para mencionarlos y lamentar la desaparición de las antiguas y graves danzas españolas, sustituídas por los modernos bailes andaluces principalmente y ya influídos por los americanos.

TORIBIO.
De los bailes, don Félix, vengo muerto.

ALONSO.
¡Tristes danzas de España, ya murieron!

FÉLIX.
Dios las perdone; gente honrada fueron.

TORIBIO.
¿Qué se hicieron *gallardas* y *pavanas*,
pomposas como el nombre y cortesanas?

ALONSO.
Ya se metieron monjas.

(1) La reprodujo D. Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la Comedia y del Histrionismo en España* (Madrid, 1804), tomo 2.°, págs. 168 y sigs.

FÉLIX.

Cosa extraña;
que ya todas las danzas en España
se han reducido a «zápiro» y a «zépiro»,
a «zípiro» y a «ñápiro».

ALONSO.

¡Por Dios, que es gran donaire!
No tenéis que decir.

FÉLIX.

Sí, pero el aire,
la gala y bizarría
con que el mayor señor danzar podía;
y los *pies de gibaos*,
y *alemanas* y *brandos*, en saraos,
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALONSO.

Hermano, porque todo el mundo junto
se vuelve ya, como el vestido, viejo;
lo de atrás adelante.

FÉLIX.

Mal consejo.

ALONSO.

La novedad, don Félix, siempre agrada,
sea en razón o en sin razón fundada.

Hay descripciones de lugares, como la Casa del Campo, el Prado, y, sobre todo, rasgos de costumbres, comparsas, disfraces, canciones y coplas populares, matracas y cantaletas, y hasta pasajes que pueden servir para ilustrar y aun acreditar la atribución de comedias dudosas.

En ésta de *La noche de San Juan* hallamos clara alusión a la conseja de que la joven casadera, al asomarse por la mañana a su balcón o ventana, el primer nombre de varón que oía era el de quien había de ser su marido. Aquí se verifica al pie de la letra; porque unos bromistas que pasaban por la calle, al ver a Leonor asomada, y a la cual no conocían, le dicen:

ALONSO. ¡Oh, tú, doncellidama!
Si sales a saber cómo se llama
el que ha de ser tu esposo,
y la oración has dicho al glorioso
Baptista, santo de profeta palma,
sábete que ha de ser Juan de buen alma;
y que por lo agarrado
primero que Mendoza será Hurtado.

Don Juan de Mendoza era justamente el nombre del galán que la había sacado de casa, por lo que Doña Leonor, agradecida, les arroja una cadena de oro.

VI. Obras son amores.

Hállase impresa esta comedia en la *Parte XI* de las de Lope, que él mismo reunió y entregó al público (1). Tiene, por consiguiente, las condiciones de autenticidad suficientes, y, a mayor abundamiento, aparece citada en la lista del *Peregrino*, edición de 1618, que es el año en que por primera vez salió a luz. En época más moderna se imprimió suelta en esta corte (2).

Es muy interesante comedia por no saberse hasta el final en qué pararán los amores del Rey y Laura, cuyo carácter original y no malo tiene, sin embargo, condiciones de realidad notorias. También el del

---

(1) *Onzena | parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, fa- | miliar del Santo Oficio. | Dirigidas a Don Bernabe | de Viuanco y Velasco, Cauallero del Abito de San- | tiago, de la Camara de su Magestad. | Sacadas de sus originales. | Año* (Escudete del Sagitario, con la leyenda «A Deo missa salybris sagita.» 1618. | *Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin de Balboa. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. | Vendense en la calle de Santiago.*

4.°; 6 hojas prels. y 295 foliadas; signaturas A-Oo, todas de a 8 hojas. Al final, en hoja perdida, dice: «En Madrid, | En casa de la viuda de Alonso | Martín de Balboa. | Año M. DC. XVIII.»

Portada; vuelta en bl.—*Hoja* 2.ª: «Aprovacion del se- | ñor Doctor Gutierre de Cetina.» Madrid, 4 de febrero de 1618.—«Suma del priuilegio» al autor, por diez años: El Pardo, 24 de febrero de 1618—«Títulos de las Comedias.»

El perro del hortelano, fol. 1.—El azero de Madrid, fol. 28.—Las dos estrellas trocadas y ramilletes de Madrid, fol. 51 v.—Obras son amores, fol. 74 v.—Servir a señor discreto, fol. 98.—El Príncipe perfecto, fol. 122 v.—El amigo hasta la muerte, fol. 148.—La locura por la honra, fol. 175 v.—El Mayordomo de la Duquesa de Amalfi, fol. 200.—El Arenal de Sevilla, fol. 225.—La fortuna merecida, fol. 245. La Tragedia del Rey Don Sebastian y Bautismo del Príncipe de Marruecos, fol. 271.

Vuelta: «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 75 y medio. Madrid, 10 de mayo de 1618.—Erratas (muchas): Madrid, 6 de mayo de 1618: El Lic. Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: Dedicatoria, de Lope, sin fecha. (Lisonjera: dice que no pide nada.)

Vuelta: «Prologo del Teatro a los lectores.» Se queja Lope de los que le usurpan sus comedias en la representación, aprendiendo unos cuantos versos y poniendo otros muchos propios del usurpador. Que se vendían en las tiendas estos manuscritos a nombre de los autores usurpados. Dice que las de este tomo son legítimas. Ofrece otras doce y añade que tiene escritas *ochocientas*. Este prólogo ocupa además todo el recto de la *Hoja* 4.ª

Vuelta: «A la memoria eter- | na de nuestro insigne amigo, Lope Felix de Vega Carpio por sus escritos.» Es una larga silva firmada por «Don Tomas Tamayo de Vargas. D. C.» en que va citando las obras de todo género, menos las comedias, que designa en globo, que tenía compuestas Lope.—Texto.—Colofón.—Vuelta en blanco.—El libro se empezó a vender en mayo.

(2) Lleva el siguiente encabezado: *N. 1. Pág. 1. | Obras son amores, | y no buenas razones. | Comedia | de Lope de Vega Carpio.*—4.°, 32 ps. numeradas. Al fin dice: «Se hallará en la librería de Castillo, frente a las gradas de San Felipe el Real; en las de Sancha, calle del Lobo; y en el puesto de Sanchez, calle del Príncipe, frente al Coliseo.» Como se ve, el lugar de la impresión es Madrid; la imprenta no consta y la fecha aproximada, 1799. Este texto es inútil por completo; sólo corrige errores notorios. Sin embargo, es ya muy raro.

caballeroso Lucindo es bueno, aunque más común en esta clase de dramas.

El asunto debe ser de la invención de Lope y la fecha de la composición de la obra no muy apartada de la de su impresión.

Al final, dice:

LAURA. Aquí acaba la comedia
de las *Obras son amores*,
para serviros compuesta.
FELISARDO. Y yo, en nombre de *Belardo*
os prometo seis tan bellas,
como lo dirá la Pascua,
si aquí estamos la Cuaresma.

Una vez más se nombra aquí Lope con su habitual seudónimo de *Belardo*.

Los últimos versos, que diría el «autor» o director de la compañía, aluden a que, al cerrarse las representaciones el martes de Carnaval de cada año, cesaban también las compañías en su compromiso con los arrendadores de los teatros y los ajustes y contratos de los actores entre sí mismos.

Como toda la vida dramática, teatral e histriónica de España estaba en estos tiempos supeditada a las fiestas del *Corpus* de Madrid, el Ayuntamiento, y en su nombre el Corregidor y Comisarios de los autos y fiestas, designaban, durante la suspensión cuaresmal de espectáculos, los dos «autores» que habían de representar los autos del *Corpus* en el año.

Estos daban sus listas de compañías, que por el derecho de preferencia y embargo que tenía la Villa, reforzaban con los mejores cómicos, cuando les convenía. Y como los autos no se representaban hasta el mes de junio, por lo común, y los teatros se abrían el día segundo de Pascua de Resurrección, se les concedía a los «autores» elegidos la exclusiva de dar representaciones en los dos meses largos que precedían a las fiestas del *Corpus*. Y por eso durante la cuaresma era el cambio y trasiego de comediantes. Porque, completas las compañías de Madrid, los demás, «autores» y recitantes, podían irse a donde les conviniese y organizarse libremente.

En cambio, los «autores» elegidos debían permanecer en Madrid durante la cuaresma, para ultimar sus ajustes entre sí; proveerse de ropas y organizar las primeras futuras representaciones. De modo que por los últimos versos de la comedia de Lope venimos en cono-

cimiento de que se representó en los días de carnestolendas, pues aun no sabía el «autor» si lo elegirían para hacer los autos del mismo año.

VII. La ocasión perdida.

Se publicó esta comedia, llena de faltas de todo género en la *Parte II* de la colección especial de Lope, hecha y publicada sin contar para nada con el autor, quien repetidas veces se quejó de las ofensas que le habían inferido en estos primeros tomos o *partes*, colegidos por ignorantes editores (1).

(1) *Segvnda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. Madrid, Alonso Martín,* 1609. De esta primera edición hay ejemplar, según Rennert, en el Museo Británico. Fué costeada por el librero Alonso Pérez (padre del Dr. P. de Montalbán) y dedicada a Doña Casilda Gauna Varona. La fe de erratas está fechada en Madrid, a 18 de noviembre de 1609. La aprobación del Dr. Cetina es de Madrid, 1.° de agosto de 1609 y otra de Fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario, de Madrid, a 30 de julio del mismo año. Contiene las doce comedias de la de Madrid, 1610.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona el propio año de 1609, ediciones hoy rarísimas. La cuarta edición, probablemente igual a la primera de 1609, dice:

Segunda parte | *de las Co-* | *medias de Lope* | *de Vega Carpio,* | *que contiene otras doze, cuyos nombres* | *van en la hoja segunda.* | *Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de* | *don Alonso Velez de Gueuara, Alcalde ma-* | *yor de la ciudad de Burgos.* | (Un grabado) *Con licencia.* | *En Madrid, por Alonso Martin.* | *Año* 1610. | *A costa de Alonso Perez, mercader de libros.*

4.°; 2 hojas prels. y 372 foliadas.

Portada. Vuelta: Tassa: Madrid, 18 de noviembre de 1609.—Erratas: Madrid, 18 de noviembre de 1609.—*Hoja* 2.ª: «Las comedias que contiene este volumen son las siguientes: Comedia de la fuerza lastimosa (fol. 1).—Comedia famosa de la Ocasión perdida (fol. 37).—Comedia famosa del Gallardo Catalan (fol. 69). Comedia famosa del Mayorazgo dudoso (folio 105).—Comedia famosa de la resistencia honrada y Condesa Matilde (fol. 137).—Comedia famosa de Los Benavides (fol. 169).—Comedia famosa de los Comendadores de Cordoba (folio 201).—Comedia famosa La Bella malmaridada (fol. 229).—Comedia famosa de Los tres Diamantes (fol. 253).—Comedia famosa de la Quinta de Florencia (fol. 285).—Comedia famosa Del padrino desposado (fol. 313).—Comedia famosa de las Ferias de Madrid (folios 342 a 372).—Todas llevan expreso el nombre de Lope de Vega y entre algunas hay hojas en blanco, sin duda para vender sueltas las comedias.

La quinta edición será la siguiente de Barcelona.

Segvnda parte | *de las co-* | *medias de Lope* | *de Vega Carpio.* | *Que contiene otras doze, cuyos nombres* | *van en la vltima hoja.* | *Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de* | *don Alonso Velez de Guevara, Alcalde ma-* | *yor de la ciudad de Burgos.* | *Año* (Adorno tipográfico.) 1611 | *Con licencia.* | *En Barcelona en casa Sebastian de Cormellas al Call,* | *Año* 1611. | *Vendense en la mesma Emprenta.*

4.°; 4 hojas prels. y 323 hojas, sin foliar. Signaturas A-Xx, todas de a 8 hojas menos la última que tiene cuatro.

Portada—V. en bl.—*Hoja* 2.ª Tassa: Madrid, 8 de noviembre de 1609: 4 mrs. pliego.—*Vuelta:* Licencia Real: Madrid, 11 de agosto de 1609, a Alonso Perez.—*Hoja* 3.ª Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.° de agosto de 1609.—Aprobación de Fray Alonso Gomez de Encinas: Madrid, 30 de julio de 1609.—*Vuelta:* Aprobación de El Maestro Fr. Thomus *(sic)* Roca: Barcelona. En Santa Catherina Martyr, «vispera de la misma Santa». Año 1610. Licencia del Vicario de Barcelona. *Hoja* 4.ª Dedicatoria a Doña Casilda por Alonso Pérez. En la

Por fortuna en este caso, se conserva en la Biblioteca Nacional un manuscrito antiguo, copia, pero no muy mala de esta comedia (1), que nos ha servido, no sólo para llenar los vacíos que en el impreso se notaban, sino para añadir muchos pasajes que probablemente se hallarán en la comedia original que Lope habrá vendido a los autores de compañías. El manuscrito en otros lugares es incorrecto.

La ocasión perdida es obra de la juventud de Lope; lo prueba, no ya el hallarse citada en la primera edición del *Peregrino* (1604) tanto como su carácter novelesco y la carencia de elemento cómico representado por el gracioso.

Por lo dicho se adivina que esta obra es algo inverosímil; pero muy agradable y fácilmente escrita y versificada. El engaño de hablar de noche la dama con el galán, fingiendo ella ser otra dama, es frecuente en otras comedias, aun entre las del propio Lope de Vega.

El asunto pudiera ser de la invención del mismo, pues todo él es falso. Un rey de León, cuyo nombre no se dice, que va personalmente a conquistar como mujer una princesa de Bretaña, es cosa demasiado peregrina y antigua para que ande ni aun en leyendas genealógicas, que es lo más audaz y arrojado que tenemos en nuestra literatura histórica.

VIII. La octava maravilla.

Citó el autor esta comedia en la segunda edición (1618) de su *Peregrino* y la dió a la imprenta en la *Parte X* de las suyas, publicada en el mismo año y otras veces (2).

Vuelta, los títulos de las comedias; las mismas y por el mismo orden que en la edición anterior.—Texto.

Las demás ediciones: Bruselas, 1611; Madrid, 1618, etc., son iguales a las anteriores.

(1) Manuscrito 17.230, con el título de «La famosa comedia de *La ocasion perdida*. Figuras». De letra moderna se añadió «De Lope de Vega». Consta de 51 hojas en 4.°; letra de la primera mitad del siglo XVII. Faltan versos de los del impreso, pero tiene muchos que no hay en éste. Con ambos se ha formado el texto que imprimimos. En la Biblioteca ducal de Parma hay, según Restori (*Una collezione di Lope de Vega*. Livorno, 1891; p. 29), una copia manuscrita moderna, del siglo XVIII.

(2) *Decima* | *parte de* | *las comedias de* | *Lope de Vega, Familiar* | *del Santo Oficio. Sacadas de svs originales.* | *Dirigidas por el mismo* | *al Excelentissimo señor Marques de Santa cruz* | *Capitan General de la esquadra* | *de España.* | *Año* (Marca con el grifo y el globo alado) 1618. | *Con privilegio.* | *En Madrid, por la viuda de Alonso Martin de Balboa.* | *A costa de Miguel de Siles mercader de libros.* | *Vendense en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.°; 4 hojas prels. y 299 foliadas y una más para el colofón, que dice: «En Madrid | Por Iuan de la Cuesta. | Año M. DC. XVIII.» Signaturas A-Pp, todas de a 8 hojas, menos la última, que es de 4.

Portada; v. en bl.—*Hoja* 2.ª: Títulos de las

No ofrece, pues, duda alguna su autenticidad. En cuanto a la fecha de su composición y estreno sabemos que es anterior a 1611, en que falleció la reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III, a la cual se da por viva, en un pasaje de esta comedia (página 274), que dice:

ANA. ¿Viste a la Reina?
IOMAR. Ya vi
la Margarita precisa
y la sucesión hermosa
que me dejó absorto allí.

Pero aun podemos precisar más el año, sirviéndonos de otro pasaje (pág. 247) en que, hablando el poeta de los diversos Consejos supremos que había en España, al llegar al de Indias, dice:

Tiene un Consejo de *otro mundo*
de que se llama rey por su conquista;
que le gobierna *un ínclito mancebo*
de quien su misma fama es coronista.

Alude a D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, yerno del primer ministro y favorito, el Duque de Lerma, que le nombró Presidente del Consejo de Indias en abril de 1603, cuando apenas tenía veinticinco años. Pero el de Lemos abandonó este puesto a mediados de 1609 para ir a desempeñar el virreinato de Nápoles. Como cuando Lope escribía era aún Presidente, pues si estuviera ya en Italia lo hubiera dicho, es seguro que *La octava maravilla* se escribió en 1609 o algo antes.

Propúsose Lope en esta comedia pintar la grandeza del Monasterio del Escorial, y como no tuviese materia si no entraba en largas

---

comedias que van en esta decima parte. El Galan de la Membrilla (fol. 1).—La venganza venturosa (fol. 27).—Don Lope de Cardona (folio 53).—El Triunfo de la humildad y la soberbia vencida (fol. 77).—El amante agradecido (fol. 101).—Los Guanches de Tenerife y Conquista de Canaria (fol. 127).—La Octava maravilla (fol. 151).—El sembrar en buena tierra (fol. 177).—El blason de los Chaves de Villalba (fol. 197).—Juan de Dios y Antón Martin (fol. 221).—La Burgalesa de Lerma (folio 247).—El poder vencido y el amor premiado (fol. 272).

Vuelta: «Tassa»: 4 mrs. pliego: Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas: Madrid, 8 de enero de 1618 (ninguna). El Lic. Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: Aprobacion (Es la licencia del Vicario, Dr. Gutierre de Cetina): Madrid, 7 de noviembre de 1617.—«Aprobacion» de Fr. Alonso Remon: Madrid, 15 de noviembre de 1617.—*Vuelta:* Suma del privilegio al autor por diez años: Madrid, 27 de noviembre de 1617.—Décima del Maestro Colindres a Lope de Vega.

Hoja 4.ª: Dedicatoria de Lope de Vega; sin fecha.—«Al Lector.» Prólogo irónico de Lope contra sus émulos—Texto.—Colofón.

Con la misma portada y contenido se repitió esta impresión en Barcelona en 1618, y en Madrid en 1620 y 1621.

y minuciosas descripciones, hizo extensivo el elogio a toda España, y en especial al gobierno y administración del Duque de Lerma. Para ello urdió un asunto, algo desordenado, pero muy original y con un carácter, el del encubierto rey de Bengala, bien y enérgicamente trazado. Hay mucho chiste por los dos graciosos de la comedia y curiosos episodios, como las escenas de la cárcel, dignas de atención por la fecha en que se suponen; el lindo canto y baile de los portugueses en Oriente; los catálogos de Grandes y Títulos de Castilla y otros.

IX. El padrino desposado.

Aparece ya citada esta comedia por Lope en su *Peregrino* de 1604. Fué impresa en 1609 en la *Parte II* de su colección especial (1). De modo que nos hallamos con una comedia auténtica y de la primera época de su autor.

En 1600 ya la representaba en Granada la compañía de Nicolás de los Ríos, como dice Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, donde, hablando de una loa famosa que Rojas había dicho en la ciudad granadina, le interrumpe el citado Ríos, que es uno de los interlocutores en esta narración del *Viaje*, diciendo: «¿No es bueno que nunca pude oírla, por estarme vistiendo de moro para empezar la comedia del *Padrino desposado?*» (2).

Como la loa se recitaba al empezar la comedia y en la escena segunda sale ya el rey Argolán, papel que haría Ríos, se comprende que estaría acabándose de vestir cuando Rojas recitaba su loa.

Según la cronología que puede fijarse para el *Viaje* de Rojas, representaron en Granada los autos del *Corpus;* luego salieron para Burgos, entrando en Valladolid, donde estaba la corte, a fines de dicho año.

La comedia no debía de ser muy vieja en 1600. Ríos, salía de representar en Sevilla, donde quizá la habría estrenado y la iría repitiendo en los lugares por donde iba pasando.

De un pasaje de la comedia, al fin de ella, en que hablando de la

(1) Véase la descripción de esta *Parte* en el número VII de este prólogo. En la Biblioteca ducal de Parma hay un manuscrito, copia moderna de la parte impresa que de poco o nada puede servir para mejorar este texto, qué bien lo necesita.

(2) AGUSTÍN DE ROJAS. *Viaje entretenido*. Madrid, 1793; tomo I, p. 153.

protagonista, una Doña María, hija del Conde de Barcelona, y su descendencia hasta Doña Juana la Loca, dice el astrólogo Zulema, moro (pág. 322):

Nacerá el gran Carlos de ella;
padre y abuelo de dos
Filipos en quien se sella
nuestra perdición.

pudiera creerse que aun vivía Felipe II; pero no hay que olvidar que este Rey prohibió las representaciones dramáticas cuando la muerte de su hija Doña Catalina (6 de noviembre de 1597) y cerrados estuvieron los teatros hasta la primavera de 1600. Creemos, pues, que a este año y no antes corresponde la composición de esta tan desordenada como interesante comedia.

El fondo del asunto de ella, hasta en muchos de los anacronismos y disparates geográficos, está tomado de una novela de Mateo Bandello (1). Pero el desarrollo y episodios de la obra española; todo lo de los dos actos primeros en que entra el simpático personaje de Argolán, rey moro de Alcalá, y sus disputas y duelos con los caballeros cristianos, es de Lope. Nada de esto ni de otros episodios, los mejores de la comedia, hay en la novela del autor italiano.

X. El palacio confuso.

Esta obra fué impresa por primera vez a nombre de Lope de Vega en la *Parte XXVIII* de comedias de *Varios autores*, en 1634 (2).

(1) La 54 de la *Parte III* de ellas.

(2) *Parte* | *veynte y ocho,* | *de Comedias de* | *varios Avtores.* | 63. | (Escudo del Editor) *Con licencia.* | *En Huesca, Por Pedro Bluson Impressor de la* | *Vniversidad, año* 1634.—*A costa de Pedro Escuer Mercader de Libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 250 foliadas; signaturas A-Kk² de 8 hojas, menos la última, que tiene 4. Al pie del vuelto de la hoja 250, dice: «Con licencia. | En Huesca, por Pedro Bluson, impressor | de la Vniuersidad. Año 1634. A costa de Pedro Esquer, Mercader de Libros.»

Portada; v. en bl.—*Hoja* 2.ª Licencia del Vicario de Huesca: 6 de abril de 1633.—Aprobación de Diego Amigo, por el Virrey D. Fernando de Borja: «En Çaragoça a 27 de octubre de 1633.—*Vuelta:* «Títulos de las comedias.» 1. La Despreciada querida, 1.—2. La Industria contra el Poder, 23.—3. El Labrador Ventuioso, 43.—4. *El Palacio Confuso,* 65.—5. La Porfía hasta el Temor, 89.—6. El Iuez de su Causa, 109.—7. El Zeloso Estremeño, 134.—8. De vn castigo tres Vengãzas, 153.—9. El Príncipe Don Carlos, 175.—10. El Príncipe de los Montes, 186 (es 196 vuelto).—11. El Príncipe Escanderbey, 217.—12. La Cruz en la Sepultura, 234 (vuelto).

Hoja 3.ª (Con una cabecera de adornos tipográficos y la signatura 53). Dedicatoria a Don Antonio Manrique de Luna y Lara, de Pedro Escuer, sin fecha ni lugar. Dice que le dedica «estas diez comedias de diferetes Autores» (El tomo tiene doce). Esta dedicatoria ocupa además parte del vuelto de está hoja 3.ª y al pie tiene el reclamo: «Comedia». Pero la *Hoja* 4.ª no empieza por esta palabra, sino que

Repitióse con el mismo encabezado y a nombre de Lope en una *Parte XXIV* de Lope, impresa en Madrid en 1640, que vieron don Nicolás Antonio en el siglo XVII (1) y D. Juan Isidro Fajardo a principios del XVIII (2).

Pero, en 1667, fué de nuevo impresa en la *Parte XXVIII* de comedias *Escogidas* (3) con grandes impresiones y atribuyéndola a Mira de Amescua, y con el mismo padre corre una edición suelta hecha probablemente a principios del siglo XVIII (4). A pesar de esto

---

contiene otra dedicatoria de Escuer a D. Francisco de Villanueva y Tejada, sin fecha ni lugar, en que dice le dedica «estas dos comedias», no dice cuáles; pero serán las dos últimas porque en la vuelta, donde acaba la dedicatoria, tiene al pie el reclamo «Escanderbey», que es justamente la 11.ª comedia del tomo, aunque no empieza con la palabra del reclamo, sino con «La despreciada querida», que es el título de la primera comedia del tomo. Esta anomalía tipográfica, que se aumenta al ver que la hoja de esta segunda dedicatoria tiene en el recto la página 216 y en la que sigue la 217 y al pie la signatura «Ff 3», no se explica con suponer que la hoja estará mal puesta en el tomo; porque en éste están muy bien ocupados los números 216 y 217 con lo que les corresponde y lo mismo hay también la signatura «Ff 3» en su debido lugar y con su plana que le corresponde.

Como en España no hay más que este ejemplar de esta *Parte*, llamamos la atención de los bibliófilos extranjeros, por si pudiesen ver otro que nos saque de dudas.

(1) Bib. Nova, II, pág. 77.

(2) *Catálogo* manuscrito de comedias, hecho por él, que se halla manuscrito en la Bib. Nac.

(3) *Parte veinte y ocho | de Comedias | nvevas de los mejores | ingenios desta corte. | Dedicale | al señor D. Lvis de Gvzman, cavallero | de la Orden de Santiago, Prior de Arroniz en el Reyno de | Nauarra, Secretario del Excelentissimo Señor | Duque de Alva. | Año* (Escudo de la casa de Guzman) 1667. | *Con licencia. | En Madrid, por Ioseph Fernandez de Buendía. | A costa de la Viuda de Francisco de Robles, Mercader de libros. Vendese en su casa | en la calle de Toledo, enfrente de los Estudios de la Compañía de Iesus.*

4.°; 4 hojas prels. y 487 ps.

Portada; v. en bl.—*Hoja* 2.ª Dedicatoria de Lucía Muñoz (la viuda de Robles) que ocupa también la vuelta. *Hoja* 3.ª: Aprobación del P. Manuel de Nájera: Colegio Imperial, de Madrid, 22 de enero de 1657 (*sic:* es 1667)—Licencia del Ordinario: Madrid, 22 de enero de 1667.—*Vuelta:* Aprobación del P. Andrés Mendo (Dice que estas comedias andaban ya sueltas *impresas*. Añade que es lícito oír y leer comedias, cosa rara en un jesuíta). Madrid, 28 de enero de 1667.

Hoja 4.ª: Suma de la licencia; a Lucía Muñoz. Madrid, 1.° de febrero de 1667.—Suma de la Tasa: 6 mrs. pliego: Madrid, 10 de junio de 1667.—Erratas: Madrid, 5 de junio de íd.—*Vuelta:* «Tabla de las comedias que en este libro se contienen:

El Príncipe Don Carlos, del Doctor Iuan Perez de Montaluan, fol. 1.—San Isidro Labrador de Madrid, de Lope de Vega Carpio, folio 43.—El Sitio de Breda, de Don Pedro Calderón de la Barca, fol. 83.—Los empeños de un engaño, de Don Iuan de Alarcon, fol. 131.—El mejor Tutor es Dios, de Luis de Belmonte, fol. 166.—*El Palacio confuso*, del Doctor Mira de Mescua, fol. 199.—Victoria por el amor, del Alferez Iacinto Cordero, fol. 231.—La Victoria de Norlingen, de Don Alonso del Castillo Solorçano, fol. 273.—La Ventura en la desgracia, de Lope de Vega Carpio, fol. 307.—San Mateo en Etiopia, del Doctor Felipe Godínez, fol. 371.—Mira al fin, de vn Ingenio desta Corte, fol. 403.—La corte del Demonio, de Luis Velez de Gueuara, fol. 444.—Texto.

(4) En cuarto; sin lugar ni año; 20 hojas sin numerar. Signaturas A-E de 4 hojas. Su título es: *El Palacio confuso. | Comedia | famosa. | Del Doctor Mira de Mesqua.* La impresión es de fines del siglo XVII y sigue servilmente el

la atribución a Mira es aún más antigua que la de Lope, pues se halla en una lista de comedias que para representar en Valencia tenía, en 1628, el autor de compañías Jerónimo Almella (1). Y aunque esta lista contiene en otros casos bastantes errores, en el presente quizás esté en lo cierto más que las impresiones de 1634 y de 1640.

Leída con detenimiento esta comedia yo, a lo menos, no hallo en ella las señales seguras de la mano de Lope, sobre todo en los caracteres femeninos, bruscos y atropellados, más propios de un corazón seco, como era el de Mira.

Esta comedia, aunque original en el desarrollo de un asunto muy tratado ya desde Terencio, que es la confusión entre dos hermanos gemelos, no ofrece todo el interés que podía esperarse del parecido, ya que el enredo se limita a deshacer el uno lo que el otro hace. El episodio de la confusión de Porcia y Elena sobre cuál fuese el rey sería bueno si no fuese tan corto y de poca consecuencia.

XI. El paraíso de Laura y florestas del amor.

Sólo ha llegado a nosotros esta comedia en una copia manuscrita fechada en 1680 y de letra de la época, admirablemente escrita, es decir, por un excelente calígrafo, en cuyo título dice:

El Paraíso de Laura | Y Florestas del Amor. | De Lope. | Comedia Nueua.

Consta de 36 hojas en cuarto, a dos columnas (2).

La comedia está bien escrita y versificada con soltura. Es entretenida y aun a veces interesante. Hay escenas, como el baño de Laura y el encuentro de ésta con Don Fernando, que parecen de Lope; pero no nos atrevemos a adjudicársela. Quizá con nuevos datos se pueda llegar a conclusiones más seguras que las que por hoy podemos ofrecer al lector. Pero la comedia no podía faltar en una colección completa de Lope.

Es muy digno de notarse que ya el bibliófilo y librero Francisco

texto de la *Parte XXVIII* de *Escogidas* que es más corto que el de 1634. Sólo enmienda algunos errores tipográficos del modelo.

(1) *Bulletin hispanique*, tomo VIII, página 378. El *Catálogo* de Medel, pág. 84, cita dos comedias de este título, atribuyendo una a Lope y otra a Mira de Amescua; y así Huerta y los demás que le siguen.

(2) Este manuscrito perteneció a Lord Holland y después a Lord Ilchester, quien permitió hace ya varios años que la Academia hiciese una copia fotográfica, que no resultó muy perfecta.

Medel conoció al menos el título de esta comedia en 1735, pues la cita, aunque anónima, en su *Catálogo*, impreso en dicho año; página 84. Como obra distinta y también anónima, cita igualmente otra pieza titulada *Floresta de Amor*. Don Vicente García de la Huerta, que en 1786 publicó otro *Catálogo alphabético*, no hizo más que copiar a Medel del Castillo, que es la fuente de todos los bibliógrafos modernos para las comedias sueltas.

XII. Pedro de Urdemalas.

Lope de Vega, en la segunda impresión de su *Peregrino*, Madrid, 1618, menciona una comedia suya titulada *Pedro de Urdemalas*, de lo cual se deduce que la habrá escrito y representado quizá varios años antes.

Dos textos hay de esta comedia que pueden ser de Lope, o mejor dicho, uno solo, pues como se ha visto en el impreso que sigue a este prólogo, las variantes entre uno y otro se reducen a cambiar los nombres de lugar, que en uno es París y el otro Florencia, y de algunos personajes, que en unos son de invención: un Duque de Florencia, Fabio, Riselo, etc., y en otro históricos: el rey Francisco I de Francia, el Duque de Borbón, el Almirante, etc. Uno de estos textos es una impresión suelta, que tiene este título:

Pedro de Vrdemalas. | *Comedia* | *famosa.* | *De Ivan Perez de Montalvan.*

La fecha de esta edición corresponde a fines del siglo XVII o principios del siguiente, en año que no se determina (1).

De Montalbán no hay que soñar que sea esta comedia; ya porque en ninguna colección autorizada se halla, ni se la atribuye ningún contemporáneo, ni, sobre todo, porque sabiendo que su maestro y protector, Lope, había escrito una obra de este título y asunto, en

(1) En cuarto; sin lugar ni año; 18 hojas sin numerar. La última de ellas contiene un *Bayle famoso del Pescador*, que empieza: «GRAC. Pescador de damas, | más pierde que gana.— MÚS. Pescador de hombres, | más gana que come.» Y acaba: «GRAC. Busquen otro gatito | que no es mi pasto | gente de zape, al gusto | de miz, al gato. | No reciba tanto susto | que si a querella me ajusto | la sabré dar por mi gusto | desde la silla al tapiz | miz.— Fin.» *(Adorno tipográfico)*. A continuación del nombre del autor, sigue: «Hablan en ella las personas siguientes: | Adrian; Lisarda, dama; el Rey Francisco de Francia; Laura y Turino, villanos; Fulgencio; Gerardo; Duque de Guisa; Duque de Borbón; el Almirante de Francia; Fabricio; el Conde Arnaldo; Clara, dama. | Iornada primera. | Salen Adrián y Lisarda.» En lo demás el texto es el mismo que la copia manuscrita que sigue.

manera alguna se hubiera él propasado a repetirlo, como pretendiendo mejorarlo.

A mayor abundamiento, el ejemplar de este impreso que hay en la Biblioteca Nacional tiene tachado el nombre de Pérez de Montalbán y puesto al margen el «de Lope» con letra del siglo XVII, es decir, del mismo tiempo que la impresión de la comedia.

El inolvidable D. Antonio Restori, benemérito Correspondiente de la Academia Española, halló en la Biblioteca ducal de Parma, y tuvo luego la atención de enviarnos copia, un ejemplar, en parte manuscrito, de esta comedia, hecho a principios del siglo XVIII (1).

Por parecernos que esta versión o forma es quizás anterior a la otra impresa la hemos preferido para el texto, aunque menos completa; pero en las notas van los versos y variantes que ofrece la impresa: de modo que se hallan reunidos ambos (2).

No siendo, pues, esta comedia de Montalbán, y habiendo positivamente Lope compuesto una de este título, parece muy acertado atribuirle ésta, que no desdice de otras suyas auténticas (3).

Muchos años después (hacia 1683) refundió esta comedia don Juan Bautista Diamante, cambiando los nombres de las personas y el lugar de la acción, que ahora es Nápoles, y algunos de los episodios, aunque conservó los principales y el fundamento del asunto, que es conquistar Lucrecia (la Laura de Lope) el afecto del Capitán Osorio (el D. Juan o Adrián de Lope) por medio de sus disfraces y travesuras.

Ya en su tiempo le descubrieron el plagio, pues en unas coplas satíricas que se circularon entonces con motivo de las disputas que produjo la aprobación del P. Fr. Manuel de Guerra y Ribera de la

---

(1) Don Antonio Restori, puso al principio de su copia esta nota: «Palatina parmense. Collez. de Diferentes Autores, tomo LXXX; parte a stampa, parte manoscrito. Questa é l'ultima commedia del tomo, copia calligrafica, senza alcuna indicazione, in inchiostro rossiccio molto sbiadito, non di mano del Rodriguez (autor de otras copias de dicha colección) ma contemporanea a lui (primi del sec. XVIII.—RESTORI.»

(2) Por algunas expresiones, parece que se escribió primero suponiendo la acción en Italia. Por ejemplo, en la pág. 396[1] se dice:

Laura, de libros cargada
estudie, *vaya* a París.

Si el impreso fuera anterior, no diría *vaya*, sino *venga*, pues en París y arrabales pasa la acción; mientras que siendo en Italia, como supone el manuscrito, fuerza era decir: «vaya a París».

(3) Una comedia de *Pedro de Urdemalas* representó a fines de 1622 en palacio a la Reina D.ª Isabel la compañía de Manuel Alvarez Vallejo. Sería la de Lope de Vega. Véase *Comedias de Lope de Vega*, en la Bib. Rivaden., IV, XV.

Quinta parte de las comedias de Calderón, hablando de las que a la sazón se representaban, dice:

Pues la de *Pedro Urdemalas*...
Vergüenza me da el nombrarlo,
al ver poetas mauleros
que de otros zurcen retazos (1).

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de esta refundición, copia hecha en 1690, en que claramente se dice ser obra de Diamante y se añaden algunas circunstancias curiosas (2).

Por este texto hizo en Madrid, Antonio Sanz, una impresión en 1750; pero atribuyendo la obra a «Un Ingenio de esta corte», que es el autor que daban a las comedias cuando no sabían otro (3). La atribución de una comedia de este título a D. José de Cañizares no tiene fundamento ninguno.

El nombre de Pedro de Urdemalas dado a todo sujeto travieso con ingenio, embrollón y entremetido, sin ser criminal, es antiguo y legendario en España. Cítale ya con este carácter Juan del Encina, en una poesía suya, titulada *Almoneda*, escrita antes de 1496, en la

(1) PELLICER (Casiano). *Tratado histórico del origen... de la comedia y del histrionismo en España*. Madrid, 1804; 8.°; I, 205.

(2) Número 16.420, de 73 ps. en cuarto, procedente de Osuna. Tiene este encabezado: «*La gran Comedia de Pedro de Urdemalas*. En Cádiz a 3 de septiembre de 1690. Hubo de entrada 787 reales. Soy de Antonio de Escamilla. Cádiz 3 de septiembre de 1690.»—En la hoja siguiente, de letra del texto, dice: «Jornada primera de *Pedro de Urdemalas. Comedia famosa de Diamante*.»—Al final de esta jornada, dice: «La trasladó Bartolomé de Robles para la señora Manuela de Escamilla, que la estrenó. En Medina Sidonia se hizo y hubo de entrada 619 reales. En el año 1693 se hizo esta comedia en Orihuela y hubo de entrada 300 reales de plata, el 21 de enero.»—En la hoja última de la segunda jornada, dice: «Se hizo en casa del Señor Gobernador, el día 6 de septiembre de 1690 y dió 300 reales de particular. Miguel de Escamilla.»—Al final, después del último verso añade:

Desta comedia la gracia
ninguno intente seguilla;
porque se escribió y es sola
de Manuela de Escamilla.

La trasladó Bartolomé de Robles. *(Rúbrica de éste.)*

En la misma Bib. hay otro manuscrito antiguo, número 15.285, de 75 hojas, con el título de *Comedia famosa de Pedro de Urdemalas, de Don Juan Bautista Diamante*, que es copia del anterior, y acaba así: «Tengan fin con vuestro aplauso.—Fin de la comedia de Pedro Urdemalas, es de Pedro de Alcántara y está trasladada de su mano.» Alcántara era actor y autor de compañías de fines del siglo XVII y primeros años del siguiente.

(3) «*N.* 239 | *Comedia famosa.* | *Pedro* | *de Urdimalas.* | *De un ingenio de esta corte.* | *Hablan en ella las personas siguientes.* | El Capitán Ossorio; el Conde Octavio; Rocafeliz; Mochila, Gracioso; Floro, Criado; Soldados; el Gran Capitán; un Hostalero; Lucrecia, Dama; Laura, Dama; Liseta; Juana; Gitano 1; Gitano 2; Sargento; Criados 1 y 2; Pajes 1 y 2; Soldados 1 y 2; Voces y Música.» Al fin, dice: «Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la Calle de la Paz. Año de 1750.» 4.°; 17 hojas sin numerar.

cual, haciendo inventario de lo que un pobre estudiante vendía para ir a Bolonia, dice:

E un libro de las *Consejas*
del buen *Pedro de Urdemalas*,
con sus verdades muy ralas
e sus hazañas bermejas (1).

Esto de la existencia de un libro popular de las aventuras de Pedro de Urdemalas, parece cosa cierta, teniendo en cuenta lo que dice Lope en la comedia que ahora imprimimos (pág. 427):

LAURA. Pedro de Urdemalas soy.
LISARDA. ¿Hay mujer más desdichada?
DUQUE. Pues, ¿dónde resucitaste?
Mil años ha que se canta
esa fábula en el mundo.
LAURA. Señor, *su libro* fué causa,
entre muchos que leí
en mi tierna edad pasada.

Sería probablemente una historia popular en verso, que hoy se ha perdido por completo.

Poco después de Encina le recuerda también Lucas Fernández, por boca del pastor Gil:

¿Vos sois *Pedro de Ordimalas* (2).

En adelante ya es frecuente en nuestros autores el nombre y fama de Urdemalas. Cervantes escribió una de sus más ingeniosas y por muchos títulos interesante comedia con el título de *Pedro de Urdemalas*, que fué de las nunca representadas, pero sí impresas en 1615 (3) y Salas Barbadillo una divertida novela con igual título en 1619 (4).

La comedia de Lope parece obra de su mocedad por lo movida, traviesa y alegre. Tiene parcialmente muy buenas escenas, como la de la venta y los estudiantes; la de la prisión de Laura, como galán; todas las del falso ciego y la del final. Pero, claro es que la verosimilitud, sobre todo del personaje principal, queda malparada.

---

(1) *Cancionero de Juan del Encina*. Salamanca, 1496; folio. Véase folio lvj.

(2) *Egloga o farsa del Nacimiento*, escrita en 1500. (Véase página 156 de la edición de 1867.)

(3) COTARELO Y VALLEDOR (Arm.). *El teatro de Cervantes. Estudio crítico*. Madrid, 1915. 4.°; ps. 389-430.

(4) *El svbtil Cordovés Pedro de Vrdemalas... Avtor Alonso Geronimo de Salas Barbadillo*. Madrid, Juan de la Cuesta, 1620. 8.°; 4 hojas prels. y 267 foliadas y una más de colofón.

XIII. Las pérdidas del que juega.

Esta comedia que Medel cita como anónima (1) ha llegado a nosotros en dos manuscritos antiguos, uno de ellos fechado en 1633 y otro algo anterior.

Este último se halla en la Biblioteca Nacional (2). Es mucho mejor que el de 1633; pero, desgraciadamente, le falta el acto tercero. Sirvió para las representaciones del teatro; por eso tiene diversas acotaciones y largos pasajes tachados, que a veces son necesarios para el sentido, aunque en la rapidez del recitado pudieran pasar inadvertidos.

El segundo manuscrito, el fechado en 1633, que perteneció a Lord Holland, y hoy se halla en el Museo Británico (3), consta de dos partes, bien definidas.

Los dos primeros actos, escritos por un primoroso calígrafo, son ciertamente de la fecha que ostentan, pues aquella preciosa letra es ya posterior a la escuela de Morante y notoriamente influída por la de Casanova y sus discípulos. Esta copia fué hecha sobre el manuscrito de la Nacional, pues, como indicamos en las notas a ella, suprime todos aquellos pasajes que en aquél aparecen tachados, por considerarlos el copista inútiles; lo cual prueba que se puede ser buen calígrafo y no tener sentido común.

Pero el acto tercero está escrito de otra letra que, sin ser mala,

---

(1) Este caso, como otros que ya hemos notado en estos prólogos, prueba el gran valor bibliográfico de este *Catálogo*. Medel, que conocía no sólo todas las comedias que existían impresas en Madrid, sino las manuscritas, en especial las de la Biblioteca de Osuna, vió en esta biblioteca el manuscrito de *Las pérdidas del que juega*, al cual ya en su tiempo faltaba la primera hoja, que contenía el nombre del autor, y la dejó correr anónima.

(2) Manuscrito número 15.627, en cuarto, letra del primer tercio del siglo XVII, en 37 hojas. Le faltan la hoja primera y todo el acto tercero. Empieza, sin más título ni encabezado: «Jornada 1.ª de Las Pérdidas del que juega | original. | D. Jn.°; D. Leonor; Theodora; Guzman; hernando; Zelio; Vn alguacil; Bolaños, pobre; gonçalo; D. Bernardo; D. Juana; D. Maria; D. P.° Lujan; Rodrigo, probe; Vn Probe.» Y luego el texto.

(3) «*La Grancomedia delas | perdidas delq^u Juega* | 1633.» Esto en la hoja primera. En la segunda: «*JHS.* | *La gran Comedia* | *de* | *Las perdidas* | *de* | *El qve Juega.* | *Personas.* | »Los dos primeros actos son de esta hermosa letra. El tercero es o parece de la misma mano que escribió los del manuscrito de la Bib. Nacional. Se conoce que el dueño o autor de la segunda copia, en vista de que en el acto tercero no había supresiones ni cambios, prefirió a copiarlo, coserlo con los dos primeros. Dedúcese, pues, que los dos manuscritos son uno mismo que perteneció al caudal de comedias de los teatros madrileños.

es mucho menos clara, sumamente ligada, sin paralelismo y con tendencias a la letra procesada que ya se usaba en aquellos días.

Por este carácter de ligada y muy cursiva creyó D. Cayetano Alberto de la Barrera que el manuscrito de la Biblioteca Nacional era autógrafo. Pero no tiene más que una vaga semejanza con la letra de Lope en algunos trazos y letras forma común a la de otros amanuenses del tiempo. Lo que sí creemos es que este manuscrito de los dos primeros actos es de la misma mano que escribió el tercero, que hoy se halla unido a la copia existente en el Museo Británico.

En cuanto a que esta comedia sea de Lope nos parece que basta leerla para persuadirse de que lo es. La facilidad y soltura de los versos; las escenas y episodios dulces y nobles; los caracteres tan dignos y caballerosos y, sobre todo, los de las mujeres amantes y honradas y, como siempre, sencillas en su noble ingenuidad. Sólo pudiera alegarse en su contra la moralidad de la comedia, que es un valiente alegato contra el vicio del juego. Pero bastará recordar lo mucho que en los últimos años de Felipe III se había desarrollado este vicio en la corte; los desastres que en muchas fortunas produjo para que Lope creyese poder contrariar esta funesta corriente, aun sin darse clara cuenta de que escribía una comedia moral.

XIV. La piedad ejecutada.

Hállase esta comedia en la *Parte XVIII* de la colección especial del autor, colegida y publicada por él mismo en 1623, de modo que ofrece todas las circunstancias de autenticidad que son necesarias (1).

(1) *Decimaoctava | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, Pro- | curador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigida a diver- | sas personas. | Año* (Escudo del Sagitario, como la parte anterior) 1623. | *Con privilegio. | En Madrid. Por Iuan Gonçalez. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus | casas en la calle de Santiago.*

4.°; 4 hojas prels. y 309 foliadas; signaturas A-Qq, todas de a 8 hojas, menos la última, que es de 7. A la vuelta de la última hoja, dice: «En Madrid, | Por Iuan Gonçalez. | Año M. DC. XXIII.»

Portada; v. en bl.

Hoja 2.ª: «Tabla de las Comedias de la decima- | octaua parte»: 1. Segunda parte del Príncipe Perfeto. Dedicada a don Alvaro Enriquez de Almança, Marques de Alcañices; fol. 1. 2. La pobreza estimada. A don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache; fol. 24.—3. El divino Africano. A don Rodrigo de Acuña, Obispo de Oporto; fol. 51 v.—4. La Pastoral de Iacinto. A doña Catalina Maldonado, Co-

En la dedicatoria dice Lope que halló el asunto de la comedia en la genealogía de la casa de los Condes de Benavente y que fué «historia sucedida a tan grandes caballeros». Pero es lo cierto que no hallamos noticia de ella en lo que hoy sabemos de dicha familia.

Supone Lope que al acabarse las fiestas de la boda del Conde de Benavente con doña María de Quiñones, llega de Italia un hermano de ésta, llamado D. Fernando, el cual entabla amistad estre-

---

mendadora de Torres y Cañamares; fol. 78.—5. El honrado hermano. A Iuan Nunez de Escobar. Contador mayor de Cuentas de Su Magestad; fol. 105 v.—6. El Capellan de la Virgen. A doña Catalina de Auiles; fol. 131 v.—7. La piedad executada. Al señor don Gonçalo Perez de Valenzuela, del Consejo supremo de Castilla; fol. 158.—8. Las famosas Asturianas. A don Iuan de Castro y Castilla, Corregidor de Madrid; fol. 183 v.—9. La Campana de Aragon. A don Fernando Vallejo, Colegial del Mayor de San Bartolomé; fol. 208.—10. Quien ama no haga fieros. A don Iorge de Tobar Valderrama, Alcaide de la fortaleza de Competa; fol. 236 v.—11. El rustico del cielo. A Francisco de Quadros y Salazar; fol. 257.—12. El valor de las mugeres. Al Doctor Matías de Porras; fol. 284. *Vuelta:* «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 79=316 mrs.: Madrid, 6 de diciembre de 1622.—«Svma del privilegio», a LOPE por diez años para la 18 y 19 partes: Madrid, 25 junio 1622.—«Fe de erratas» (ninguna): Madrid, 4 de diciembre de 1622: El Lic. Murcia de la Llana.»

Hoja 3.ª: «Aprouacion» de Vicente Espinel de las dos partes: Madrid, 22 junio, 1622. «Aprovacion del señor doctor don Diego de Vela, Vicario general desta villa»: Madrid, 16 junio 1622.—*Vuelta:* «Benedicti Milani, ad Lopium de Vega Carpio. | Epigramma. |

Hoja 4.ª: «Sebastian Francisco de Medrano, | al Lector.» Dice que estas comedias son de las mejores de LOPE; que de algunas no tenía los originales; que le han atribuído «tantos librillos de romances y otros versos así divinos como humanos, que no le ha pasado por el pensamiento escribirlos, fuera de lo que algunos ciegos, gitanos y mulatos van pregonando por las calles».

La dedicatoria al Príncipe de Esquilache, entonces virrey del Perú, es curiosa porque habla y combate largamente a los cultos.

La pastoral de Jacinto dice que es obra de su juventud.

Que también lo era *La piedad ejecutada* y que fué muy celebrada.

Las famosas asturianas, está escrita en lenguaje antiguo.

Es curiosa la dedicatoria de *El rustico del cielo;* el Hermano Francisco. «Sucedio una cosa rara, que un famoso representante a quien cupo su figura en esta comedia de LOPE que se representó en tiempo de Felipe III y su mujer (ésta murió en 1611) se transformó en él de suerte que siendo de los más galanes y gentilhombres que habemos conocido le imitó de manera que a todos parecía el verdadero y no el fingido, no solo en la habla y en los donayres, pero en el mismo rostro; y yo soy testigo que saliendo de representar un día, ya en su traje y vestido de seda y oro, le dijo un pobre a la puerta: *Hermano Francisco, deme una camisa,* y mostrole desnudo el pecho. Admirado Salvador (que así se llamaba (Jaime Salvador) le llevó sin réplica a una tienda y le compró dos camisas.»

El Dr. Matías de Porras (hijo de Gaspar) era «Capitan de la Real Sala de Armas, Familiar del Sto. Oficio y Corregidor y Justicia mayor de la Provincia de Canta, en los reinos del Perú». Dice LOPE que era médico.

Dice que en las pasadas fiestas de la beatificación de S. Isidro hubo 3.640 papeles de versos.

«Marcela es ya monja descalza. Lope está en Sicilia con el Excmo. Sr. Marques de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciana se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento como ahora sucede a muchos poetas.» (Todo esto y lo anterior se lo dice a Porras.)

* * *

chísima con un D. Juan Pimentel, hermano del Conde; pero que celos y competencias por el amor de una dama, camarista de la Condesa, convierten pronto en odio y producen un duelo en el que don Fernando mata a D. Juan, y comienzan las persecuciones y aventuras del joven Quiñones y las de la dama, inocente causa de la desgracia.

El casamiento del tercer Conde de Benavente, D. Alonso Pimentel, con doña María de Quiñones, se celebró en 1439; pero no era todavía Conde D. Alonso, porque vivía su padre D. Rodrigo, que no falleció hasta dos años más tarde.

Don Alonso no tuvo más hermanos del nombre de Juan que su hermano mayor, el famoso Conde de Mayorga, a quien dió, en 1437, involuntaria muerte un caballero de su casa llamado Lope de la Torre, esgrimiendo el hacha de armas como ejercicio preparatorio para la empresa caballeresca que D. Juan pensaba llevar fuera de España. Esta desgracia tuvo tal resonancia que mereció ser recogida en la *Crónica de Don Juan II* (1) y otras historias, e inspiró al gran poeta Juan de Mena las valientes coplas de su *Laberinto*, que principian:

Las claras virtudes, los hechos extremos,
la viva victoria que Mares otorga
al conde bendito don Juan de Mayorga
razón no lo sufre que nos lo callemos (2).

y dos poesías al trovador Juan de Agraz.

Pero este suceso ocurrió antes del casamiento de D. Alonso, que era hijo segundo y heredó la casa porque su hermano no dejó más que una hija, la cual no sucedió por ser el mayorazgo entonces de rigurosa masculinidad.

Este sencillo hecho pudo ser el que, andando el tiempo, se convirtiese en la dramática leyenda recogida por Lope. Y rastro de ella quedó también en los nobiliarios, como el de López de Haro, al hablar del D. Fernando de Quiñones, hermano de doña María, dice:

(1) Año XXI (1437), cap. I. «E llegado el Rey a la villa de Ayllon, que era del Condestable, le vinieron nuevas como D. Juan Pimentel, Conde de Mayorga, hijo de D. Rodrigo Alonso Pimentel, Conde de Benavente, era muerto en Benavente, estando allí aderezándose para venir a los desposorios del Príncipe e para dende se partir fuera del reino, con una empresa que entendía llevar, para lo cual el Rey le había ya dado licencia; de lo cual el Rey hubo muy gran sentimiento e no menos todos los caballeros e gentiles hombres que en la corte estaban, de los cuales los más tomaron luto por él.» El de Mayorga tenía 26 años.

(2) Copla 188.

«A este caballero por haber venido de Benavente a Valdelaguna, cerca de Chinchón, por una pendencia que tuvo con otro caballero, donde vivió y murió llamaron comúnmente de Benavente a él y a sus descendientes» (1).

El drama es bueno y por extremo interesante. Corresponde a la juventud de Lope, según la dedicatoria al Consejero Valenzuela, y fué recibido con aplauso en los días de su estreno. Quizá la habrá retocado al darla después a la imprenta, y le habrá cambiado el título.

Es el mismo que se cita en el *Peregrino* de 1604 con el título de *Pimenteles y Quiñones*.

Lope se introduce en ella con el consabido nombre de Belardo y saca también a plaza a Micaela de Luján, con quien andaba a la sazón en pretensiones, pues dice al hablar de la boda de doña Ana y los preparativos para ella:

BELARDO. Ando, Tisandro, de boda.
LEONATO. Bailalla pretendo toda,
si hago a Lucinda servicio.
BELARDO. Eso de Lucinda puedes
dejar aparte, Leonato,
pues que sabes lo que trato.
LEONATO. Siempre de lo justo excedes;
siempre te quieres alzar
con lo mejor del aldea.
BELARDO. Cuando su gusto no sea,
yo no la puedo forzar.

Y para que no se dude de que habla de sí mismo, añade luego:

BELARDO. Vamos todos, que he de hacer
esta noche una comedia.

Lucinda, que como no podía menos es gran cantora, entona uno de aquellos romances legendarios que tan bien componía Lope:

El valiente Pimentel
y el valeroso Quiñones,
al campo salen gallardos
por celos de sus amores (2).

(1) ALONSO LÓPEZ DE HARO. *Nobiliario:* Madrid, Luis Sánchez, 1622; folio; I, pág. 597 (por error dice 397).

(2) Véanse más adelante págs. 484, 485 y 490.

XV. Los pleitos de Ingalaterra.

Citada esta obra en el *Peregrino* de 1604, no fué impresa hasta 1638 en una *Parte XXIII* de las comedias de Lope dispuesta por su yerno Luis de Usátegui (1).

Esta comedia es la primitiva forma que tuvo la que, ya refundida por el autor, se intitula *La corona de Hungría* y hemos impreso por primera vez en el tomo II de esta colección de las obras de Lope de Vega (2).

Así en una como en otra las inverosimilitudes son grandes; pero al público de entonces le gustaban estas novelas en acción vistas en el teatro. Los caracteres son en general buenos, como de Lope. En

(1) *Parte | veinte y tres | de | las comedias de Lope | Félix de Vega Carpio, | del Abito de San Pedro | y de S. Ivan. | Dedicadas | a Don Gutierre Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la | Casa de Teran del Valle de Iguña Montañas | de Burgos. | Por Manuel de Faría y Sousa Cavallero del Abito de | christo, y de la Casa Real. | 75. | Año* (Escudo del Mecenas) 1638. | *Con Priuilegio. En Madrid. Por María de Quiñones. | A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.*

4.°; 8 hojas prels. y 304 foliadas; la vuelta de la última en blanco. Signaturas A-Oo, de a 8 hojas, menos la postrera, que tiene 4.

Portada, v. en bl.—*Hoja* 2.ª: «Títulos de las Comedias | deste Tomo»:

1. Contra valor no hay desdicha, fol. 1.—2. Las Batuecas del Duque de Alva, fol. 22 (v.).—3. Las Cuentas del Gran Capitan, fol. 40 (es 48).—4. El piadoso veneciano, fol. 73 (v.).—5. Porfiar hasta morir, fol. 96 (v.).—6. El Robo de Dina, fol. 118 (v.).—7. El Saber puede dañar, fol. 156.—8. La Embidia dela Nobleza, fol. 179 (v.).—9. Los Pleitos de Ingalaterra, fol. 206 (v.).—10. Los Palacios de Galiana, folio 230 (v.).—11. Dios hace Reyes, fol. 258.—12. El saber por no saber y vida de S. Iulian, fol. 281.

Vuelta: «Suma del Priuilegio»: a Luis de Vsastigui por diez años: El Pardo, 16 de enero de 1638.—«Suma de la Tassa»: 5 mrs. pliego: tiene 75=once reales en papel: Madrid, 23 de agosto de 1638.—«Fe de erratas» (ninguna): Madrid, 15 de agosto de 1638.—El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: «Licencia del Ordinario»: Madrid, 16 de julio de 1636: El Lic. Pérez de Vargas y Pulgar.

Vuelta: «Aprobacion del Maestro Ioseph de Valdivielso.» «Estas comedias... que escribio Lope de Vega Carpio he leido con respeto y ternura, porque le admiré vivo y le venero muerto: portento de los ingenios, y ingenio con dudas de imposible en todas edades...» que merece Luis de Isastigui, «su yerno (de Lope) la licencia que suplica». Madrid, 8 de julio de 1636.

Hoja 4.ª: «A Don Gutierre Domingo de Teran... Manuel de Faría y Sousa.» «Hallandose Pedro Coello mercader de libros en esta, al fin de la impresion desta *Parte XXIII* de las Comedias del siempre admirable Lope dexó a mi eleccion la dedicatoria dellas». Largo y curioso elogio de la familia: Madrid, 14 de agosto de 1635. Ocupa hasta acabar la vuelta de la hoja 7.ª

Hoja Octava. «Prólogo», sin fecha ni firma. Dice que es Pedro Coello quien saca a luz esta *parte*. Es un buen elogio de Lope; pero no añade nada nuevo. «Solo para ser leído lo que escribió este casi más que hombre, que no vivió más que algunos, es menester la vida del que más vive. Por cierto que cuando todo fueran disparates era negocio de admiración.»

(2) Tomo II, págs. 27 y sigs.

la refundición se cambiaron el lugar, los nombres de personas, aunque no todos, y quedaron muchos versos iguales.

En esta comedia no hay gracioso ni lacayo, y Lope se introduce en ella a sí mismo con el usual nombre de Belardo.

XVI. El poder vencido y el amor premiado.

Consta que es de Lope esta comedia por haberla citado en el *Peregrino* de 1618 y haberla impreso en el tomo *Parte X*, de su colección publicada por él mismo (1).

Esta comedia, como de la buena edad de Lope, es excelente. El argumento sencillo e interesante y original el enredo urdido por el Conde Fabio. La versificación y el estilo, muy agradables, y el diálogo bien salpimentado con las gracias de Colín.

Creemos que la fecha de la composición de esta pieza debe de ser cercana a 1614, en que se ordenó de sacerdote, y a lo que alude en el curioso pasaje de la página 540, en que, como de costumbre, se introduce a sí mismo entre los personajes de la comedia con el nombre de Belardo, labrador que se dirige al Príncipe, diciendo:

BELARDO. Dad a Belardo los pies.
PRÍNCIPE. *¿Sois el sonado, el famoso?*
BELARDO. No, señor; sino el mocoso;
el sonado *ya no es.*
PRÍNCIPE. Pues, ¿qué se hizo?
BELARDO. Señor,
ya es cura en otro lugar.
PRÍNCIPE. ¿Y vos pensáis heredar
su pluma?
BELARDO. Yo soy pastor;
no me entiendo en boberías.
Más precio guardar mis cabras
que sus agudas palabras,
ya vanas y ya vacías.
Es hombre que le ha costado
mil trabajos escribir.
PRÍNCIPE. ¿Luego es mejor que escribir
guardar rústico ganado?

Belardo dice que sí, como quien ya no pensaba verse más con las Musas.

Demás que para señor
me basta el señor de Sesa:
a su sombra estoy mejor (2).

Estas palabras están revelando lo reciente del cambio de estado y sus esperanzas de obtener de su amo el Duque de Sesa los beneficios que ya le venía prestando y otros mayores.

(1) Véase la descripción de esta *Parte* en la página XXI de este *Prólogo*.
(2) Véanse más adelante págs. 540 y 561.

XVII. Los Ponces de Barcelona.

También esta comedia es de la madurez de Lope. Aparece citada en el *Peregrino* de 1618 y fué impresa por primera vez y única en 1617, en la *Parte IX* de las suyas, colegida y publicada por él mismo (1).

(1) *Doze | comedias de Lope | de Vega, sacadas de | sus originales por el mismo. | Dirigidas al Excelentissi- | mo señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, | Du- | que de Sesa, Soma y Baena, Marques de Pozas Conde | de Cabra, Palamos y Oliuito, Vizconde de Izna- | jar, Varon de Belpuche, Liñola, y Calonje, | gran Almirante de Napoles | su señor, | Novena parte. | Año* (Escudo del Sagitario con la leyenda *Salubris sagita a Deo missa)* 1617. | *Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin de Balboa, | A costa de Alonso Perez mercader de libros.* (Al final:) *En Madrid, | En casa de la viuda de Alonso Martin. | Año M. DC. XVII.*

4.°; 4 hojas prels. y 300 foliadas. Signat. A-Pp, de a 8 hojas, menos la primera y la última que son de 4. Portada; vuelta:« Títulos de las Comedias».—Licencia del Ordinario: Madrid, 1.° de abril de 1617. Tasa (66 pliegos a 4 mrs. cada uno): Madrid, 13 de julio de 1617; Murcia de la Llana.—Privilegio por diez años al autor Madrid, 27 de mayo de 1617.—Dedicatoria suscrita por el autor.—Prólogo de LOPE.—Aprobación de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.—Texto.—Colofón.

Comedias: La prueba de los ingenios, fol. 1.—La doncella Teodor, fol. 27.—*El Amete de Toledo*, fol. 55.—El ausente en el lugar, fol. 79.—La niña de plata, fol. 102.—El animal de Hungría, fol. 130.—Del mal lo menos, fol. 156. La hermosa Alfreda, fol. 179.—Los Ponces de Barcelona, fol. 206.—La Varona castellana, fol. 229.—La dama boba, fol. 256.—Los melindres de Belisa, fol. 276.

En su aprobación dice Piña que este tomo había sido ya aprobado por el Secretario Tomás Gracián Dantisco y el Maestro José de Valdivielso.

En el Prólogo dice LOPE que este es el primer tomo que imprime él mismo por sus originales y seguirán los demás, a causa de los abusos que con sus obras cometían editores e impresores de tal modo que aquellas comedias era imposible llamarlas suyas.

Este tomo fué reimpreso en Barcelona con el siguiente título:

Doze | comedias | de Lope de Vega. | Sacadas de sus originales, por el mesmo. | Dirigidas al Excelentissimo | señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa | Soma, y Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Palamos, y | Oliuita Vizconde de Iznajar, Varon de Belpuche, Liñola, y | Calonje, gran Almirante de Napoles, su señor. | Novena parte. | Año (Escudo del impresor: S C D) 1618. | *Con licencia. | En Barcelona, por Sebastian de Cormellas, y a su costa.*

4.°; 4 hojas prels. y 300 foliadas; signats. A-Mm.

Portada; vuelta en bl.—En la hoja 2.ª «Titulos de las comedias que van en esta Nouena parte.» La prueba de los ingenios (fol. 1); La doncella Teodor (fol. 27); El Amete de Toledo (fol. 55); El ausente en el lugar (fol. 79); La niña de plata (fol. 103); El animal de Hungría (fol. 131); Del mal lo menos (fol. 157); La hermosa Alfreda (fol. 181); Los Ponces de Barcelona (fol. 207); La varona castellana (fol. 231); La dama boba (fol. 257); Los melindres de Belisa (fol. 277). En el vuelto de esta hoja están: Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.° de abril de 1617. Tasa (4 mrs. pliego): Madrid, 13 de julio de 1617. Erratas (ninguna): Madrid, 9 de julio de 1617.

En la hoja 3.ª: Aprobación del Maestro Fray Onofre de Requesens, Prior del convento de Santa Catalina: Barcelona, 3 de diciembre de 1617. Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sanz. En el vuelto: Dedicatoria de LOPE.

En la hoja 4.ª: Prólogo del mismo y en el vuelto: Censura de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.

Es comedia ingeniosa y agradable; con bastante originalidad y algunos caracteres buenos. Quizá tenga fundamento genealógico, como parece dar a entender su título, aunque la época moderna en que se realizan los sucesos (la de Carlos V) le quita valor por este concepto. Y sin duda conociendo Lope esto mismo le quiso dar otro título, aunque por razones que ignoramos, se conformó con el que al fin lleva. Dice así en los últimos versos:

PEDRO. Aquí se acaba la historia
llamada *Jardín de amor.*
LUCRECIA. Si don Pedro me perdona,
diré yo el nombre.
PEDRO. Decid.
LUCRECIA. *Los Ponces de Barcelona.*

XVIII. La prisión sin culpa.

En el *Peregrino* de 1604 aparece ya mencionada esta interesante comedia, lo cual prueba que pertenece, si no a la mocedad, a la mejor época de la vida de Lope; así es ella de graciosa, movida, variada y palpitante de vida en todas sus escenas.

Fué impresa en 1617 en la *Parte VIII* de las comedias del autor, que ya es digna de estima, porque sus piezas proceden de las que tenían en su poder los autores de compañías Baltasar de Pinedo y Luis de Vergara, amigos de Lope, que cuidarían de que los textos no estuviesen muy maltratados (1).

(1) *El Fenix | de España | Lope de Vega | Carpio, Familiar del Santo | Oficio. | Octava parte de svs | Comedias. Con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Lvys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque | de Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, señor de las | Baronias de Belpuche, Liñola, y Calonge, | gran Almirante de Napoles. | Año* (Escudo del grifo) 1617. | *Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Miguel de Siles, mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 288 foliadas; signaturas A-Nn, todas de a 8 hojas.

Portada; vuelta en blanco.—*Hoja* 2.ª: «Títulos de las Comedias que van | en esta otaua parte»: El despertar a quien duerme, fol. 1 (Acaba en el recto del 20).—El Anzuelo de Fenisa, fol. 21 (Es el vuelto del 20. Acaba en el vto. del 40).—Los locos por el cielo, fol. 41.—El más galan portugués Duque de Vergança, fol. 70 (Es el 69 v.).—El Argel fingido y renegado de amor, fol. 90 (Es el 89 v.).—El postrer godo de España, fol. 115 (Es el 114 v.).—La prisión sin culpa, fol. 136.—El esclavo de Roma, folio 158 (Es el 157 v.).—La imperial de Oton, fol. 180 (Es el 179 v.).—El vaquero de Morana, fol. 201. Angélica en el Catay, fol. 224.—El niño Inocente de la Guardia, fol. 248 (Es el 247 v.).—«Las Loas, Entremeses y Bayles van al fin destas comedias.»

Vuelta. «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 73=8 reales. Madrid, 9 de diciembre de 1616.—«Este Libro intitulado otaua parte de las comedias

En cuanto a la época de su composición y representación, pudiera creerse por los versos de la página 609,

RICARDO. Mas, ¿cómo va por la corte
Carlos?
TIBERIO. Ha de ir con el Duque;
porque el señor Archiduque,
que a Namur con bien aporte,
se le ha mandado llevar
en su servicio, y él gusta
de hacerme esta honra.
RICARDO. Es justa.

que se refiere a 1599, que es cuando el Archiduque Alberto, ya casado con la Infanta Isabel Clara, salió para el gobierno de Flandes.

---

de Lope de Vega, corresponde con su original. Dada en Madrid a 4 de diciembre de 1616. El Lic. Murcia de la Llana.» (No dice «Erratas».)

Hoja 3.ª: «Aprouacion» del Licenciado Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616.—«Aprouacion» del M. Espinel para la 7.ª y 8.ª parte: Madrid, 26 de julio de 1616.

Vuelta. Privilegio: «Por quanto por parte de vos, Francisco de Avila, mercader, vecino de la villa de Madrid nos fue fecha relacion auiades comprado a Baltasar de Pinedo, autor de comedias y a Maria de la O, viuda muger que fue de Luis de Vergara, ansí mismo autor de comedias, veinte y quatro Comedias de Lope de Vega Carpio que eran las contenidas en los dos libros que presentáuades, suplicandonos os mandásemos dar licencia para las poder imprimir y priuilegio por veynte años, con título de *El Fenix de España Lope de Vega Carpio*, septima y octaua parte de sus Comedias...» Se la dan por diez años y privilegio. San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616.—Acaba este privilegio en el recto del folio 4.—*Vuelta:* Dedicatoria sin fecha, por Miguel de Siles.

A continuación de las comedias van 3 entremeses, 4 loas y 3 bailes.

El Fenix | de España | Lope de Vega | Carpio, Familiar | del Santo Oficio. | Octava parte de svs | Comedias: con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Lvis Fernandez | de Cordoua, Cardona y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, | Duque de Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Pala- | mos, Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, señor de las Baro- | nias de Belpuche, Liñola y Calonge, gran | Almirante de Napoles. | 73. | *Año* (Escudete del grifo con la bola alada debajo del ábaco) 1617. | *Con licencia.* | *En Barcelona, por Sebastian de Cormellas al Call,* | *y a su costa.*

4.°; 4 hojas de prels., 268 foliadas y 16 más sin foliar para los entremeses y loas. Signaturas A-Pp, de a 8 hojas, menos la Nn, que sólo tiene 4 (es el último pliego de los foliados) y el Pp, que tiene diez.

Portada; v. en bl.—Hoja 2.ª: «Títulos de las Comedias que van | en esta octaua parte»: | El despertar a quien duerme, fol. 1 (acaba en el r. del 20: v. en bl.). El anzuelo de Fenisa, fol. 21 (acaba en el v. de la 44). Los locos por el cielo, fol. 45 (acaba en el v. del 68). El mas galan Portugues Duque de Vergança, fol. 69 (acaba en el v. del 88). El Argel fingido y renegado de amor, fol. 89 (acaba en el r. del 114; v. en bl.). El postrer godo de España, fol. 115 (acaba en el v. del 136). La prision sin culpa, fol. 137 (acaba en el r. del 158; v. en bl.). El esclavo de Roma, fol. 159 (acaba en el v. del 180). La imperial de Oton, fol. 181 (acaba en el v. del 224). Angelica en el Catay, fol. 225 (acaba en el r. del 248; v. en bl.). El niño Inocente de la Guardia, fol. 249 (acaba en el v. del 268).

Los entremeses son: «Entr. de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha.» Al final dice que es de Francisco de Avila. «Entremés famoso del triunfo de los coches. Compuesto por Barrionuevo.» «Entremés famoso del Mortero y chistes del Sacristan. Compuesto por Francisco de Avila vecino de Madrid.»

Siguen: Loa en alabanza de la vanidad.

Pero lo mucho que Lope habla de Sevilla, donde no había estado desde sus primeros años, y el enlace que en la comedia se establece entre Toledo y Sevilla, son, a mi juicio, indicios poderosos de que compuso la comedia cuando en 1602 vino de Toledo a Sevilla. De 1599 no debe de ser; porque en este año aun estaban cerrados los teatros desde la prohibición de representar comedias decretada por Felipe II en 1596, y hasta 1600 no se volvió a reanudar el curso de los espectáculos.

XIX. La próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera.

Esta comedia forma la primera parte de la que se ha impreso en el tomo III de esta colección con el título de *Adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera* y ambas fueron incluídas en un tomo colecticio, con portada y preliminares apócrifos, titulado *Doze Comedias de Lope de Vega Carpio. Parte veynte y nueue. Guesca (sic) por Pedro Luson*, 1634: en 4.° (1).

Va también atribuída a Lope de Vega.

Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español*, siguiendo, como de costumbre, para las sueltas el de Medel del Castillo, atribuye en el Indice alfabético la *Próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera* a Lope o a Mira de Amescua, fundiendo en una dos papeletas de Medel, pero equivocándolas y tergiversándolas (2). Sin embargo, en

Otra loa. Otra loa y tres Bayles, como en la edicion de Madrid.

Vuelta. Exactamente como la de Madrid.

Hoja 3.ª: El anverso lo mismo que la de Madrid. El *vuelto* contiene: «Aprobacion. Puede Monseñor Reuerendissimo Obispo de Barcelona con seguridad dar licencia para que de nuevo se imprima y publique en su Diocesi este libro cuyo titulo es el Fenix de España, que contiene la octaua parte de las Comedias que compuso Lope de Vega Carpio, y ha sido impresso en el presente año en Madrid... En el Convento de Santa Catalina, martir de Barcelona en 28 de mayo de 1617. | El Maestro Fr. Thomas Roca. | Imprimatur. L. Eps. Barcin. | Imprimatur. De Salba et de Vall- | cesa. Reg.»

Hoja 4.ª: la dedicatoria de Siles y vuelta en blanco.

(1) Lo hemos descrito con minuciosidad en las ps. V y VI del tomo V de esta colección académica. Las dos comedias de D. Bernardo de Cabrera son la cuarta y la quinta del tomo; pero ambas son sueltas.

(2) Los artículos de Medel, son (p. 4):

«Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera,—De Lope.

Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera,—De Mirademescua.»

En la p. 92:

«Prospera fortuna,—De Don Bernardo de Cabrera.

Próspera fortuna,—de Lope.»

Barrera *arregló* estos artículos de este modo:

«Adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera (Don Bernardo de Cabrera) Lope. (Con el seudónimo de Lisardo, que también usó en el manuscrito de *Arminda* celosa.»)

el artículo de Mira ya no se acuerda de esta atribución. En cuanto a la segunda parte, sólo se la adjudica a Lope. Medel en dicha primera parte se equivocó atribuyendo una al mismo D. Bernardo de Cabrera, que supone autor de la comedia, y otra con el solo título de *Próspera fortuna* a Lope de Vega. Nadie, pues, más que Medel (que vería alguna copia manuscrita) atribuyó una de las dos comedias (la segunda) a Mira de Amescua. El difunto Hugo A. Rennert, en su *Bibliografía de Lope de Vega*, se equivoca en decir que Medel da anónima la *Próspera fortuna*. Lo que textualmente dice Medel va en la nota que antecede.

Modernamente se ha vuelto a traer el nombre de Mira, como autor probable de estas dos comedias, por la circunstancia de aparecer el nombre de *Lisardo* al final de un manuscrito de *El Arpa de David*, de Mira de Amescua. Pero de este manuscrito, formado de retazos de otros y de varias letras, nada se puede concluir con fundamento serio. Ni Mira tuvo de un modo seguro tal seudónimo, ni nadie le conoció con él (1).

Algo más grave nos parece la deducción que pudiera hacerse en favor de Guillén de Castro, que ciertamente empleó como nombre poético suyo el de *Lisardo*, ya en su juventud, en la *Academia de los Nocturnos*, en un romance en que dice:

> Solo, afligido y ausente
> de la pastora más bella...
> está *Lisardo*, un pastor,
> en el Prado de Valencia,
> donde sin guardar ganado
> como perdido pasea (2).

Este mismo seudónimo emplea en la comedia *El desengaño dichoso*, lamentando la muerte de su primera mujer. (Acto II; pág. 342 del tomo I de la edición de la Academia Española.)

Y, por último, en la comedia de *El Conde de Irlos*, de Guillén de Castro, hallamos una inesperada aparición de *Lisardo*, que produce

---

«Próspera fortuna de D. Bernardo de Cabrera. Lope? Mira de Amescua?»

De modo que lo que para Medel era dudoso; es decir, la *Adversa fortuna*, Barrera lo da como cierto a favor de Lope, y lo que para aquél era sin duda, *La próspera*, sólo de Lope, Barrera duda entre Lope y Mira.

Barrera no vió ningún texto en que se adjudicase ninguna de las dos comedias a Mira de Amescua.

(1) *Mira de Amescua. I. El arpa de David. Itroduction and Critical Txt... By C. E. Anibal Ph. D. Columbus, Ohio*, 1925. 4.°; 201 páginas. Contiene eruditas ilustraciones del editor.

(2) *Cancion de los Nocturnos:* sesión 74.

algún efecto. En la página 395, columna primera del citado tomo, se dice:

CONDE. Estoy desvelado;
lo que antes guerra y cuidado
es agora solo amor.
LANDÍN. *¿Cantará Lisardo?*
CONDE. ¡Ay, cielos!

Ahora bien; en la *Próspera fortuna;* véase la página 672 del presente tomo, se dice:

VIOLANTE. Triste estoy, mi Dorotea.
DOROTEA. Señora, elige otro amante.
¿Mando que Lisardo cante?
VIOLANTE. Antes gustará que lea.

Esta idea de *Lisardo* músico, cantor y lector, ¿responderá a alguna realidad? (1).

Guillén de Castro es de los discípulos de Lope el que más se le asemeja, tanto que, a veces, puede uno dudar quién es el verdadero autor de obras que a ambos se atribuyen. El seudónimo de *Lisardo*, que por sí sólo nada significa, por ser un nombre como el de *Fabio*, que se echaba mano de él como del más común en cualquiera necesidad, sólo aplicado a Castro puede tener transcendencia.

El erudito señor Aníbal, recuerda que lo usaron alguna vez, o se lo aplicaron al Duque de Sessa, a D. Luis de Vargas, a Góngora y a un tal Jiménez. Como personaje literario se halla a cada paso en nuestras comedias, en especial las de Lope, como en este mismo tomo en *El Palacio confuso*. Lisardo es hermano de Julia, en *La devoción de la Cruz*, de Calderón. El estudiante *Lisardo*, que quizás encubre algún personaje real, es el héroe de la primera parte de las *Soledades de la vida*, del doctor Cristóbal Lozano.

Lope de Vega empleó positivamente este seudónimo en unas octavas reales impresas en su *Laurel de Apolo* (1630) en que veladamente cuenta sus amores con Doña María de Nevares.

Al rayo de su luz hermosa y pura,
desvelado *Lisardo* pierde el sueño,
celebrando su nombre en versos graves
como al salir el sol cantan las aves...
No pudiendo *Lisardo* resistirse
a tanto amor y por ventura amado, etc. (2)

(1) No se olvide que *Lisardo* es personaje de la comedia *Adversa fortuna*, además de poeta.
(2) Barrera, *Biogr. de Lope*, pág. 419.

¿Por qué, pues, no ha de poder haber firmado Lope, con este seudónimo, sus obras dramáticas? No basta decir que porque tenía otro, el de *Belardo*, que usaba con más frecuencia; lo primero, porque otros usaron dos o más falsos nombres cuando les convino, y porque en cuanto a los dramas de D. Bernardo de Cabrera hay la razón de que, así en uno como en otro, el rey de Aragón, Don Pedro IV, es un perfecto tirano; dulce y halagador en la *Próspera fortuna*, y fiero en la *Adversa*. Tan justificado pudo ser el temor de Lope en no declararse más en estas comedias cuanto que, aun en años posteriores, al refundir Vélez de Guevara y Rojas estas obras, tuvieron que modificarlas al gusto de la censura, como hemos visto en el tomo tercero de esta colección, página 12, nota.

A las razones expuestas en dicho tomo para justificar que ambas comedias son de Lope, añadiremos ahora que en *La Noche de San Juan*, comedia indudable de Lope, como queda dicho en este prólogo, se recuerda, del mismo modo que en la *Adversa fortuna*, la conseja de salir las damas a la ventana la noche de San Juan a oír en los madrugadores el primer nombre de persona que pronuncien, que será el del futuro marido de aquellas señoras (1).

También en esta comedia de *La Noche de San Juan* hallamos los famosos cantarcillos que hemos visto en la *Adversa fortuna* (pág. 63) y en la del presente tomo (pág. 154).

Salen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del oro
barcos de plata.

XX. La Orden de Redenión y Virgen de los Remedios.

Alterando el orden alfabético incluímos aquí esta obra por no haberlo podido hacer antes.

En este gran esfuerzo que hace la Academia Española de dar todas las obras de Lope y a él atribuídas con algún fundamento, a cada paso hay que solicitar copias, extractos y noticias de Italia, Alemania, Francia e Inglaterra, que unas veces llegan tarde y otras imperfectas o incompletas y hay que repetir el encargo.

Teníamos gran curiosidad por conocer el manuscrito de esta

(1) Véase la pág. 161 de este tomo y la 63 del tomo tercero.

obra atribuído a Lope, que suponíamos diferente del *San Pedro Nolasco* (1), y diferente también de la del mismo título, escrita por el canónigo Tárrega.

Así ha sucedido; pero también, por desgracia, adquirimos el convencimiento de que esta nueva obra no lo es del Fénix de los Ingenios.

Llega a nosotros en una copia manuscrita de fines del siglo XVII, con el título de: *Comedia | La Horden de Redención, y Virgen de | los Remedios. | De Lope de Bega Carpio* (2).

Es o parece refundición de la de Tárrega, impresa en 1618 (3), o, al menos, ambos autores tuvieron a la vista las mismas fuentes, que no pudo ser la *Historia* de Fray Alonso Ramón, la cual no se imprimió hasta 1618.

Aparte de la imitación visible de la comedia de Tárrega, hay otras razones para no considerar como de Lope de Vega esta de *La Orden de Redención*, y son el haber tratado ya el mismo asunto en su *San Pedro Nolasco;* y ciertas particularidades del estilo, la aspiración sistemática de la *h*, cosa propia de un levantino o de un andaluz, y las rimas falsas usadas por los poetas del sur de España.

Y puesto que la obra no sea de Lope, nada más habrá que decir acerca de ella.

EMILIO COTARELO Y MORI.

---

(1) Publicada en el tomo quinto de la anterior colección académica dirigida por Don Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, Rivadeneyra, 1895.

(2) En cuarto, con foliación que va del 46 al 92; letra muy clara y buena; pero de amanuense muy rudo. El original se halla hoy en el Museo Británico.

(3) *La famosa comedia de la Fundacion de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, compuesta por el Canónigo Tárrega, poeta valenciano.* Incluída en el tomo titulado *Norte de la Poesía española, ilustrado del sol de doze comedias (que forman Segunda parte) de Laureados Poetas Valencianos. Valencia, Felipe Mey,* 1616; 4.°; 8 hojas prels. y foliación especial para cada comedia. La de Tárrega, tiene 26 hojas; signaturas A-C; de 8 hojas, menos la última, que tiene 10. Va precedida de una loa y seguida de dos sonetos, el 2.° con estrambote.

INDICE DEL TOMO VIII

	PÁGS.
140.—Nardo Antonio, bandolero	1
141.—La Necedad del discreto	32
142.—El Niño diablo	67
143.—Los Nobles como han de ser	101
144.—La Noche de San Juan	133
145.—Obras son amores	167
146.—La Ocasión perdida	205
147.—La Octava maravilla	246
148.—Padrino desposado	286
149.—El Palacio confuso	324
150.—El Paraíso de Laura y florestas del amor	359
151.—Pedro de Urdemalas	392
152.—Las Pérdidas del que juega	429
153.—La Piedad ejecutada	459
154.—Los Pleitos de Ingalaterra	496
155.—El Poder vencido y amor premiado	530
156.—Los Ponces de Barcelona	569
157.—La Prisión sin culpa	602
158.—La Próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera	637
159.—La Orden de Redención y Virgen de los Remedios	674

NARDO ANTONIO, BANDOLERO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA PRADO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL CONDE DE MIRANDA.
NARDO ANTONIO.
LEONARDA.
RICARDO, *su padre.*
GERARDO.
LAURA
LEONELO.
BATISTELA.
ROSELO.
TIMBRIO, *soldado.*
Otro SOLDADO.
LISENO.
Un CAPITÁN ESPAÑOL.
LEONIDO.
VALERIO
LISARDO.
MORÓN.
MONTILLA, *bandolero.*
Tres BANDOLEROS.
JULIA, *criada.*
PEDRO TALLA.
BELARDA.
PASCUAL.
MARTÍN, *villano.*
CELIA.
FLORO.
RUFINO, *mercader.*
IBÁÑEZ.
LISENO, *pastor.*

ACTO PRIMERO

(Suena música, y salen BATISTELA, LEONELO *y* TIMBRIO, *soldados.)*

ROSELO

¡Bravo recibimiento!

LEONELO

Generoso.

BATISTELA.

De Nápoles su esfuerzo acreditado,
que al Conde de Miranda valeroso
muestra en festines general aplauso,
puede llamarse al Reino venturoso
con tal Virrey, que a fuer de buen soldado,
hoy ha honrado con premios la milicia,
mezclando la piedad con tal justicia.

LEONELO.

A aquesta sala viene.

BATISTELA

Aquí veremos
más a espacio el valor de su presencia,
a quien tan grande amor los más debemos
claros indicios de su real clemencia,
y al buen amigo Nardo aguardaremos
en este puesto.

ROSELO.

Alcanza su presencia
de valeroso Alcides testimonio.

LEONELO.

Es la flor de este reino Nardo Antonio.

(Sale el CONDE DE MIRANDA *y acompañamiento.)*

MIRANDA.

Estoy como admirado, agradecido,
familia noble, de admirar festines
y de haber cuidadosa prevenido
burlas a mayo, con mentir jardines,
parece que Amaltea, en el lucido
espacio de claveles y jazmines,
porque dure de Nápoles la fama
copia fragante con amor derrama.

El mar, la tierra, a toda priesa mueven
dulce armonía, aquélla tremolando
banderolas al aire, a quien se atreven
lisonjeros bullicios caminando;
sobre estotras, de fuego estrellas llueve,
que hasta el cielo al principio van volando
y después en los vientos desatadas
bajan del cielo al suelo despeñadas.

Pedazos arrancados de los vientos,
menuda arena, castigados huellan
y de airosos veloces movimientos
descubiertas tal vez las piedras mellan

al freno humildes, al clarín atentos,
presumiendo poder la tierra sellan
y en cada asiento del compás menudo
de sus armas estampan un escudo.
Todo mueve a deleite, todo admira
el mar del humo forma nubes densas,
escura niebla que el cañón respira,
paran las aves al rumor suspensas;
y como cuando el sol al mar retira
hermosas luces, de temor defensas
recelando tinieblas y temores
ansí buscan el miedo entre las flores.

(Sale LISENO.*)*

LISENO.

Ricardo viejo, y el Barón Gerardo,
para hablarte, señor, piden licencia.

MIRANDA.

Ya con los brazos a los dos aguardo.

(Salen RICARDO *y* GERARDO.*)*

GERARDO.

Los pies nos mande dar vuestra excelencia.

MIRANDA.

Los brazos recibid; llegad, Ricardo.

RICARDO.

Príncipe heroico.

GERARDO.

Señoril presencia.

MIRANDA.

Sillas para los tres.

RICARDO.

Honroso intento.

MIRANDA.

Dejadnos solos.

GERARDO.

Español aliento.

MIRANDA.

Decid lo que queréis.

RICARDO.

Invicto Conde,
poner en vuestras manos mi nobleza:
defensa pido de mi honor, que adonde
guarda esta joya mujeril belleza
pocas veces honrosa corresponde,
y más habiendo con honor pobreza;
ésta, señor, me tiene deslucido,
poniendo en tronco noble eterno olvido.
Dióme el cielo una hija que Gerardo
honrar pretende en tálamo amoroso,
que aunque es la propia sangre de Ricardo,
hízole su riqueza más dichoso.
Por esto con su mano honrar aguardo
lustre que llame aliento poderoso:
que acobarda al más noble la pobreza,
aunque al sol se aventaje la nobleza.
Pero amor, envidioso de mis dichas,
segó atrevido, la deidad más bella,
porque borrando las grandezas dichas
pierda el honor que me guardaba en ella,
si bien no son tan ciertas mis desdichas
si el poder de un Virrey las atropella;
que no llegó de honor al rompimiento
quien pretende tan alto casamiento.
Los dos conformes, enlazar quisieron
nobleza y humildad, pero advertido
dije que sí, cuando a mi honor pidieron
aquel estrecho lazo prevenido;
temor fué que mis canas previnieron,
porque el mozo, señor, es atrevido,
y aunque humilde, valiente, por quien goza
desenvuelta amistad de gente moza.
Pedíle por entonces, con engaños,
que el fin de sus deseos dilatase,
fingiendo en mi Leonarda breves años
y la palabra que le di guardase,
previniendo con esto que mis daños
brazo robusto a tiempo remediase,
sin dar parte a mis deudos, que sería
hacer mayor esta desgracia mía.
Partióse de mi casa satisfecho
de la palabra que le di, y en tanto
quise apagar las ansias de mi pecho
templando sus congojas con mi llanto.
Por el raudal de aquel cristal deshecho
risa fingí con el hermoso encanto
en quien mi honor su presunción apoya
horror obscuro de luciente joya.
El mozo en la marcial caballería
ejercita sus fuerzas, deseando
aquel felice y venturoso día,
su honor con mi palabra acrecentando;
pero llegó, para ventura mía,
vueselencia a este reino, a quien besando
los pies suplico que mi honor defienda
para que Nardo Antonio no le ofenda.
Que de Gerardo la familia honrada

y con mis deudos, que al valor exceden,
defenderán con belicosa espada
que acciones bajas mi nobleza enreden,
si vos en ocasión tan pretada
no procuráis que divididos queden
estos lazos de amor, que tan sutiles
manchan noblezas, con personas viles.

GERARDO.

Vueselencia, señor, acreditando
la parte que Ricardo le suplica,
su honor defienda, su nobleza honrando
con el valor que a todos comunica,
pues los intentos nuestros estorbando
imprudente rigor la paz aplica,
que si no toda Italia se admirara
de la venganza que su honor tomara.
No porque ha habido mancha en que pretenda
un desigual tan alto casamiento,
mas porque castigado, Nardo entienda
su altivo y arrogante pensamiento,
que no es razón que un hombre vil defienda
injusto de su amor atrevimiento,
diciendo que le cumpla la palabra
quien en diamantes su nobleza labra.
Si un viejo se la dió, fué de cobarde
al valor de un mancebo tan esquivo;
si un mozo se la diera, fuera alarde
y aliento superior mostrarse altivo;
mas cuando llega a su valor tan tarde,
júzguele muerto, no le llame vivo;
y así el rigor con que el casar me impide
a edad pequeña la palabra pide.
Estos daños, señor, estos rigores,
como vuestra excelencia se lo mande,
gustos serán y perderán temores
reconocidos a merced tan grande.
Prosiga vueselencia sus favores,
que el brazo noble no es razón que ande
gastando en tosco ingenio heroico estilo,
ni con espada vil midiendo el filo.

MIRANDA.

Haré cuanto pudiere por serviros,
si bien promete el caso resistencia,
si la palabra que llegó a pediros
le disteis vos, aunque alegáis violencia;
bien podéis sin cuidado despediros,
que yo prometo, con mayor prudencia
deshacer este lazo, interponiendo
mi autoridad y su valor venciendo.
Lisardo.

(Sale LISARDO.*)*

LISARDO.

Señor.

MIRANDA.

A los soldados
preguntaréis por Nardo Antonio; id luego
y decid que entre a verme.

(Vase LISARDO *)*

RICARDO.

Mis cuidados
con tal favor admitirán sosiego.

MIRANDA.

Los dos en ese cuarto retirados
esperaréis.

GERARDO.

A ver mis dichas llego.

RICARDO.

Dame tus pies, señor.

MIRANDA.

Alzad, Ricardo.

RICARDO.

De ti el remedio de mi honor aguardo.

(Vanse. Sale LISARDO *)*

LISARDO. De Nardo Antonio ha venido
un criado suyo, afuera
que venga a palacio espera,
despejado y atrevido.
MIRANDA. Decid que entre, y en llegando
Nardo Antonio, me avisad.
LISARDO. Su Excelencia os llama, entrad.

(Sale MORÓN.*)*

MORÓN. Llego a vuestros pies temblando.
MIRANDA. Salíos afuera.

(Vase LISARDO.*)*

MORÓN. A mí
me manda el Conde pringar.
MIRANDA. ¿De dónde sois?
MORÓN. De un lugar
que está muy lejos de aquí.
MIRANDA. ¿Sois español?
MORÓN. ¿No lo ve
Vueselencia en el despejo
y en lo adusto del pellejo?
MIRANDA. Decís bien, no lo miré.
¿De qué tierra sois?

MORÓN. Manchego.
MIRANDA. ¿Y cómo os llamáis?
MORÓN. Morón.
MIRANDA. ¿Valiente?
MORÓN. Soy un Nerón
si de cólera me ciego.
Un aduar de gitanos
allá en mi tierra quemé,
y por eso me llamé
Nerón; tengo buenas manos.
MIRANDA. ¿Y servís?
MORÓN. A Nardo Antonio.
MIRANDA. ¿Es valiente?
MORÓN. ¡Pesia tal!;
es un varón inmortal.
Yo solo gran testimonio
de sus pendencias he dado.
MIRANDA. ¿Le ayudáis?
MORÓN. No, mi señor;
para contarlas mejor,
las miro desde un tejado.
MIRANDA. ¿No es mejor hallarse en ellas?
MORÓN. Ni tan bueno; yo, señor,
soy piadoso en el rigor;
y si participo de ellas,
por no matar al contrario
vuelvo la espalda y camino.
MIRANDA. ¡Gran valor!
MORÓN. Soy peregrino,
si bien cuando es necesario,
¡pesia a tal!, soy un demonio.
Mas, dejando mi valor,
¿qué es lo que queréis, señor?
MIRANDA. Saber quién es Nardo Antonio.
MORÓN. Ninguno sabe su historia
como el que tenéis presente,
que tengo de ella en la frente
un librillo de memoria.
A su padre conocí
mejor que al que me parió;
fué buen zapatero, y yo
de su aprendiz le serví.
Aunque anda cierta opinión
que su valor desanima;
que no lo fué de obra prima,
sino gentil remendón.
El mozo ha salido honrado;
quísole mucho su madre;
no quiso ayudar al padre,
por inclinarse a soldado.
Dará por un español
el alma.
MIRANDA. ¿Tanto les quiere?
MORÓN. Por esta nación se muere;
en fin, son rayos del sol.
Es bien quisto y es valiente,
gasta muy poca parola;
es muy diestro de la sola,
aunque se muestra prudente.
Murió la madre y el padre,
y la hacienda que quedó
con amigos la gastó;
sí, por vida de mi madre.
Témenle sus enemigos,
aunque son pocos, señor,
y aumenta más su valor
el tener muchos amigos.
Los nobles, con otro intento,
le muestran ceño cruel
por haber notado en él
tan humilde nacimiento.
Al fin, dilató su fama
y amor se le aficionó
y de Nápoles le dió
a la más hermosa dama.
Así tiene en la memoria
que el padre de la doncella
ha de casarle con ella;
con que da fin esta historia.
MIRANDA. Huélgome de haberla oído.

(Sale LISARDO.*)*

LISARDO. Nardo Antonio está aquí fuera.
MIRANDA. Decid que entre; afuera espera.
MORÓN. Yo me doy por despedido.

(Vase, y sale NARDO ANTONIO, *de soldado muy bizarro.)*

N. ANT. Deme los pies Vueselencia.
MIRANDA. Tomad, Antonio, los brazos.
N. ANT. En el cielo de estos brazos
me dais, gran señor, licencia
para atreverme a decir
que en cierta ocasión me honréis.
MIRANDA. Si vos, Nardo Antonio, hacéis
lo que yo os quiero pedir.
N. ANT. Yo haré lo que me pidáis,
y aunque aventure mi honor,
os doy palabra, señor.
MIRANDA. Mirad bien que me la dais.
N. ANT. Sí, señor.
MIRANDA. Pues yo os la doy
de hacerlo también, pedí.
N. ANT. Ya, señor, dichoso fuí;
ya mudé el ser de quien soy.
Con esa palabra pido,

ya que licencia me dais,
que mi padrino seáis,
dejaréisme ennoblecido.
Hacedme tan gran favor,
pues con general agrado
soy a España aficionado,
de quien aprendo valor.
Ya conocéis a Ricardo,
aunque pobre, con honor;
éste es mi suegro, señor;
confieso que me acobardo,
viendo que humilde nací
y luego a ser tan dichoso
mostróse amor poderoso
y a tanto cielo subí.
Tengo algunos enemigos
que me quisieran quitar
esta gloria a dar lugar
el valor de mis amigos.
Pero como vos me honréis,
podré decir con verdad
que levantáis mi humildad
y que igual al sol me hacéis.

MIRANDA. Nardo, una cosa decís
con que en dudas me dejáis
si he de pedir que no hagáis
eso mismo que pedís.
Yo os di palabra de hacer
todo lo que habéis pedido,
pero el daño conocido
es muy fácil de romper.
Mejor es que me cumpláis
lo que yo de vos recibo,
pues con ésta quedáis vivo,
con ésta muerto quedáis.
Hoy se casa con Gerardo
la que por mujer tenéis,
y ansí pido que olvidéis
la palabra de Ricardo.
Ser desiguales los dos
esta mudanza ha causado,
no porque no es muy honrado
el valor que vive en vos.
Todo Nápoles está
dispuesto para mataros,
y si queréis apartaros
mil favores os dará.
Yo prometo de mi parte
premiar vuestra valentía
tanto que envidie algún día
marciales honores Marte.

N. ANT. Confuso me habéis dejado;
pero bien es advirtáis
que a un hombre honrado quitáis
la opinión de ser honrado.
Si con cautela, señor,
Ricardo pudo dos años
engañarme, estos engaños
son afrenta de mi honor.
La palabra prometida
a un hombre honrado es razón
que se cumpla o su opinión
quedará siempre rompida.
Si Ricardo noble ha sido,
no pido yo su nobleza:
de Leonarda la belleza,
señor, solamente pido;
que no es bien, porque celebre
las bodas con el Barón,
que se pierda mi opinión
ni mi (1) palabra se quiebre.
No quiero aquí proponer
el amor de tantos años,
aunque son mayores daños
para quien sabe querer;
que si solamente amor
en aquesta traza hubiera,
por vos, señor, le perdiera;
pero hay amor y hay honor.

MIRANDA. Lo que yo os pido no afrenta,
antes aumenta valor;
y este género de honor
queda, Antonio, por mi cuenta.
Mirad que soy vuestro amigo
y que en hacerlo acertáis,
veréis después cómo dáis
envidia a vuestro enemigo.
Yo debo, Nardo, estorbar
los daños que pueda haber;
yo lo pido y ha de ser.

N. ANT. En todo podéis mandar.

(Aparte.)

No replicalle es mejor,
porque se puede enojar;
yo sabré bien granjear
lo que pretende mi honor.

MIRANDA. Mucho me habéis obligado

N. ANT. Pídelo vuesa excelencia
y no ha de haber resistencia.

MIRANDA. Sois valiente y sois honrado.
Por mi cuenta queda ya
el favoreceros, Nardo.

(1) Así en el original; pero deberá decir «su palabra».

N. ANT. Tan grande favor aguardo,
que como vuestro será.
MIRANDA. Dadme los brazos y adiós.

(Vase.)

N. ANT. Mil veces tus plantas beso.
Que ha habido engaño confieso
en el trato de los dos.
Cautelas, ¡ah, Nardo!, el cielo
mi venganza ha de animar,
y a sus ojos he de dar
temores a todo el suelo.
Será venganza mortal,
será rigor atrevido;
que un hombre honrado ofendido
es como furia infernal.
Amigos tengo obligados
que defenderme podrán,
y para esta empresa están
de mi amistad conjurados.
Bien Leonarda me previno
este suceso, y en ella
tengo favorable estrella,
defenderla determino
de una pretensión forzada,
aunque Nápoles me ofenda;
pues para que me defienda,
valor tengo y tengo espada.

(Vase Sale LEONARDA *sola.)*

LEONARD. Con recelo de perder
salgo a divertir amor,
si bien aqueste temor,
es bien fácil de vencer.
Que aunque acredita poder,
a la mariposa imita,
que alentada solicita,
cercos burlando a la vela,
mas como a la llama vuela,
la vida el fuego le quita.
Lo mismo sucede, amor,
en las pretensiones mías;
Gerardo alienta porfías,
desdeña en Nardo el valor;
mas como el suyo es mayor,
cercos de amar se consiente
a este mozo impertinente
que presumido te ciega,
pero guárdese si llega
al honor de Nardo ardiente,
pues siendo esto así recelo.
Bien es que esto así dejéis
si en su defensa tenéis
al más valiente del suelo.
No puso el temor desvelo
jamás en él, ni admirar
pudo un imposible amar,
antes es tan atrevido
que al sol de rayos vestido
la luz pretende quitar.
No es posible que nació
de humildes padres un hombre
que tan levantado nombre
en Nápoles mereció.
¿Qué hice en amarle yo,
aunque tan noble nací?
Pero amor dispierta, di
que su valor puede amar,
pues ha llegado a igualar
la nobleza que hay en mí.
Seré suya, aunque la vida,
por serlo, llegue a perder,
que si quiere una mujer,
pocas veces es vencida.
Mostréme al valor rendida,
no de la gala luciente;
vencerse mi amor consiente,
aunque el aseo en rigor
no disminuye el valor
ni hace cobarde al valiente.

(Salen MORÓN *y* JULIA, *criada.)*

JULIA. ¿Qué, te pudiste atrever?
MORÓN. Aunque el mismo infierno fuera,
entrara de esta manera:
mal conoces mi poder.
LEONARD. ¿Qué hay, Morón?
MORÓN. ¿Qué puede haber?
Celos, desdenes, rigores,
ansias, ofensas, temores
y trescientas cosas más,
que en ese papel verás
lleno de dos mil favores.
LEONARD. Ponte, Julia, a la ventana,
mira si mi padre viene:
confusa el papel me tiene.
MORÓN. Aquesa luz soberana
desde hoy Gerardo profana.
LEONARD. ¿Cómo?
MORÓN. El papel lo dirá:
abre presto, ábrelo ya.
LEONARD. Con temor rompo la nema.
MORÓN. Ea, pues, ¡qué linda flema!:
abre, acaba, que vendrá.

(Lee.)

LEONARD. Leonarda: Ya ha llegado el día tan recelado de tu entendimiento. El Virrey me ha pedido pierda tus luces bellas; dile palabra de no pedir la que tu padre me dió con engaño, temiendo su indignación. No fué temor, sino cordura; ya sabes lo que tenemos tratado para cuando llegase la forzosa; esta noche dicen que te casas con Gerardo: engáñanse los que lo dicen; ignorancias son de mi valor. Yo quedo prevenido y mis amigos: haz tú lo que sabes, que has de ser mía, aunque Nápoles lo estorbe. Adiós. — *Nardo Antonio.*

Mayor daño recelaba.

MORÓN. ¿Cómo puede ser mayor?

LEONARD. Temí yo que de mi amor
Nardo Antonio se olvidaba;
pero mi temor se acaba
y en contento se convierte.
Ve a Nardo Antonio y advierte
esta respuesta no más:
que soy suya le dirás
y que no temo la muerte.
Porque como prevenido
tuve este infeliz suceso,
no me espanto del exceso, (1)
mi padre y mi honor olvido;
hecha está la prevención;
suyas mis acciones son:
esto, en efeto, dirás.

MORÓN. ¿Queda más?

LEONARD. No queda más.

MORÓN. Pues, adiós.

JULIA. Tente, Morón.

MORÓN. ¿Qué hay de nuevo?

JULIA. Mi señor.

MORÓN. ¿Y quién más?

JULIA. Gerardo viene;
esconderte te conviene.

MORÓN. No estoy en mí de temor.
Venga un santo escondedor
y deme el remedio.

JULIA. Ven.
Ten ánimo.

MORÓN. Está muy bien;
cuélgame en la chimenea,
como chorizo.

JULIA. Azotea
tengo donde estés tan bien.
Pero no, vente a un desván,
que aunque está sucio, está estrecho

MORÓN. Hoy no quedo de provecho:
desollinarme podrán.

JULIA. Anda, pues, que te verán.

(Vanse los dos.)

LEONARD. Finjo risa con Ricardo,
pues que ya tan presto aguardo
asegurar mi deseo
de amor bastante trofeo,
aunque le pese a Gerardo.

(Salen RICARDO *y* GERARDO.*)*

RICARDO. Leonarda, hasta aqueste día
tu ciego amor he sufrido;
pero el valor, que es olvido,
con mi vejez encubría;
caduco aliento desvía,
y comunica valor
viendo perderse mi honor,
en cuya esperanza vive,
y así noble amor recibe
y olvida abatido amor.
Nardo Antonio en mi presencia
palabra al Virrey ha dado
que olvidando su cuidado
dará fin su resistencia;
muéstrate con más prudencia
a Gerardo agradecida;
con tu mano le convida,
vence de amor el poder,
porque has de ser su mujer
o te he de quitar la vida.

GERARDO. Leonarda, si en tus rigores
desprecios míos porfías,
serán las desdichas mías
para tu daño mayores;
verás cubrir de temores
el cielo en oscuro velo
y verás subir del suelo,
si a ajeno poder te subes,
más claras de fuego nubes
que atemoricen el cielo.
Publicarán mis sentidos
venganzas a sangre y fuego
si a ver despreciados llego
mis intentos bien nacidos
y si los ya divididos
lazos te suspenden tanto,
daré a Nápoles espanto:
no pierdas de honor la joya
que será segunda Troya,
confusión de guerra y llanto.

(1) Falta un verso a esta décima.

LEONARD. Si yo resistí, Gerardo,
los extremos de mi amor,
defensa fué de mi honor,
por él de tu amor me guardo.
Palabra le dió Ricardo
a Nardo Antonio de ser
la que es tuya su mujer;
cumplir debe quien la dió,
pero pues él la rompió,
ya no tengo qué temer.
Desde mis pequeños años
confieso que le rendí
el alma, muy necia fuí
si considero mis daños;
pero tales desengaños
son premio de un grande amor;
aunque de Nardo al valor
he de ser agradecida,
pues la palabra rompida
abrevia gusto mayor.
Y ansí, Gerardo, podrás
aquesta noche venir
a donde puedes decir
que el fin de tu amor verás.
No es bien que dilate más
Nardo Antonio tus trofeos,
ni que de amor los empleos
lleguen, Gerardo, tan tarde
y ansí gano por cobarde
glorias para mis deseos.

GERARDO. Deja que bese la tierra
que dichosamente pisas;
lluevan las estrellas risas,
pues cesó de amor la guerra.
El alma tal gusto encierra,
que la tengo dividida
del cuerpo; Ricardo, olvida
el pesar que te divierte,
que los recelos de muerte
acrecentaron la vida.

RICARDO. De alegre quedo turbado;
prevén, Gerardo, lo justo,
pues a las puertas del gusto
habemos los dos llegado.

GERARDO. Yo me parto confiado
a prevenir bizarrías
con mis deudos y alegrías.

RICARDO. Yo con los míos te aguardo.

LEONARD. Aquesta noche, Gerardo,
comienzan las dichas mías.

(Vanse, y salen NARDO ANTONIO, BATISTELA, PEDRO TALLA *y demás bandoleros.)*

N. ANT. No tengáis ningún recelo;
la puerta queda cerrada
y aquí trataremos cómo
han de empezar mis venganzas.
Ya de los demás amigos
tengo firmas y palabras;
solamente de vosotros
firma y palabra me falta;
pero yo estoy confiado,
que conozco vuestras almas
de que moriréis conmigo,
vendiendo las vidas caras.
No tiene Nápoles hoy
más valor, ni más espadas
que a mi defensa se opongan
que las que ocupan la sala;
pues si en nuestra edad florida
no acreditamos hazañas
que den al mundo memoria
y atemoricen la patria,
¿de qué sirven los valores,
de qué las fuerzas bizarras
que en servicio de los reyes
sin ningún premio se acaban?
Más de doscientos amigos
que hoy en Nápoles se hallan,
¿no podemos dar temor
al mundo que al mundo basta
atemorizar docientos,
si a mis afectos se igualan?
Acordaos en este reino
del valor de Marco Jarra (1),
que llamándose rey, puso
dos mil hombres en campaña;
y si tuviera valor,
su poder se dilatara;
pero no hay valor en muchos,
si la cabeza desmaya.
Pero yo, pues que me hacéis
dueño de empresa tan alta,
pienso ser en breves días
de los mayores monarcas.
No penséis, amigos míos,
que aquesta empresa me llama
para gozar sin estorbos
los amores de Leonarda;
que aunque la adoro, no estimo
tanto sus estrellas claras,
que en breve espacio de cielo
despiden rayos que abrasan,

(1) Su nombre era Marco Sciarra.

como de un amigo solo
el valor que le acompaña.
Por todos miro, y por todos
hoy mi sangre se derrama;
abrid las venas del pecho
veréis que despiden nácar,
rojo coral, que no admite
mezcla de traidora mancha.
Hoy en su casa el Virrey
me dijo, ¡afrentosa hazaña!,
que por ser noble Ricardo
y yo de prendas más bajas,
no tenía obligación
de cumplirme la palabra.
Rabio de enojo en pensarlo;
¡pesia sus soberbias armas!,
¿valen tanto como yo
cuantas adornan su casa?
¿Tuvo, por dicha, más bríos?
¿Alcanzó mayor pujanza
el primero que les dió
ese nombre, en esas vanas
presunciones que conservan
lucidos cercos de plata?
¿Hallan más valor que el mío?
Responda el que más se alaba
de antecesores valientes;
publique al mundo su fama,
y verá si Nardo Antonio
es menos, o le aventaja.
¿Por qué la nobleza, amigos,
ha de tener a sus plantas
a los que nacimos pobres?
Salgamos a la campaña
y ganemos nombre eterno;
conquistemos, si os agrada,
las provincias más remotas,
veréis si valor me falta.
Ya sabéis que ha muchos días
que entre nosotros se traza
aquesta conjuración,
que la tuve dilatada
por pensar mejor suceso
de mis amorosas ansias;
pero mirando perdidas
tan soberbias esperanzas,
la resolución postrera
que la ejecute me manda.
Esta noche con Gerardo,
Barón ilustre, se casa
la que ha seis años que adoro,
y dos que mía se llama.
Pero no permita el cielo
que llore ausente, forzada
Leonarda, mi amor primero
y que yo la deje el alma
para que un tirano dueño
vuele (1) de firmezas tantas.
Esta ha de ser la primera
acción, amigos, gallarda
que ha de despertar (2) mi nombre,
voz que despierta mi fama.
De aquí ha de tener principio
la luz que hoy me levanta
para eternizar mi nombre,
por lengua infame eclipsada.
No han de decirme otra vez
en Nápoles, cara a cara,
que desmerezco por pobre
lo que otros por ricos ganan.
En estas leyes del mundo,
de altivo dueño fundadas,
la pobreza es noche oscura
de confusiones cercada,
horror afrentoso, lengua
que su misma sangre infama.
Pero seguidme y veréis
si mi valor despedaza
este monstruo que en el suelo
mendiga en puertas doradas;
donde, en lugar de favores,
altivos desprecios halla.
Si presumís que atrevido,
acrecentando arrogancias,
viéndome señor de tantos
he de acrecentar borrascas
de caudalosas corrientes
en las lisonjeras plantas,
que al apacible verano
risa y deleite mostraban,
muy engañados vivís;
no he de olvidar las gallardas
acciones de mis amigos,
si por valerosas trazas,
nacidas de mis efectos
todo el mundo sujetara.
Poned en este papel
vuestras firmas, donde estampan
las suyas los que sabéis;
que al abrir la puerta el alba,

(1) Quizá deba decir «burle» o «goce».

(2) Este verbo es impropio y mucho más estando repetido en el siguiente verso. Quizá deba leerse: «saludar» u otro semejante.

en el lugar señalado
emboscados nos aguardan.
Caudillo suyo me nombran;
y pues no ha de haber mudanza
en lo que habéis prometido,
escuchad lo que hoy os manda
el Capitán más valiente
que rige familia honrada.
En Nápoles, Batistela,
mi compadre quede y haga
oficio de doble espía,
que nos avise por cartas
los intentos del Virrey,
pues tiene en palacio entrada,
que de lo que se robare
tendrá segura la paga.
Para asegurar mi vida
quede en escolta y en guarda,
a la puerta de Ricardo,
esta noche, Pedro Talla,
Leonelo, Roselo y Floro,
los mejores camaradas
que ha visto el sol desde Oriente
hasta que en el mar descansa.
Otros cuatro en el Arquillo,
porque por Puente de Tapia
no entre socorro a Gerardo,
ladrón de mis esperanzas.
En la calle de Toledo,
con seis pistolas cargadas,
quedarán los que nombrare
Batistela; el resto salga
al campo, donde me espere
hasta que en mis brazos traiga
aquel sol que limas (1) de oro
sobre Nápoles derrama
y en breves años ostenta
rigores que amor desata.
Ea, amigos, firmad todos;
sólo os pido la palabra
de que no habéis de ofender
ningún soldado de España;
que como español se nombre
ha de tener puerta franca.
Haréisle al que fuere humilde
buen pasaje; el noble caiga
a vuestros pies, dividiendo
de su infame cuerpo el alma.
La nobleza me ofendió,
que mis acciones ultraja;
contra su poder el mío
recibe fuerzas, mas bastan
las que tiene Nardo Antonio
para asolar toda Italia.
Favoreced mis intentos,
pues que tendréis, si os agrada,
un rey con nombre de esclavo
y un señor que os rinda parias.

BATISTEL. Yo he de firmar el primero,
y en Nápoles quedaré.

TIMBRIO. Yo el segundo firmaré.

LEONELO. Yo mi firma aquí pondré.

ROSELO. Y yo firmaré el postrero.

(Firman los cuatro.)

BATISTEL. Toma, capitán valiente,
estas firmas que aquí están:
toda es honrada tu gente;
ganar el mundo podrán.

N. ANT. No está [en] más de que lo intente.

BATISTEL. En lo que quedo encargado
presto el cuidado verás.

N. ANT. Eres, Batistela, honrado.

BATISTEL. Cada semana tendrás
indicio de mi cuidado.

N. ANT. ¿Quién sino tales amigos
tan bien por mi honor volvieran?

BATISTEL. Son de tu valor testigos.

N. ANT. Si tan bien le conocieran
temblaran mis enemigos.
Ya la noche oscura viene:
prevenir vuestras pistolas
y vuestras armas conviene,
pues sabéis que en ellas solas
mi honor esperanza tiene.

BATISTEL. Seguro puedes estar;
parte, Nardo, a tu venganza.

TIMBRIO. Procura, Antonio, sacar
el bien que en tu amor alcanza
mayor sujeto de amar.

(Dentro, MORÓN *)*

MORÓN. Abrid aquí.

N. ANT. ¿Si han llamado?

MORÓN. Abrid.

N. ANT. ¿Quién es?

MORÓN. La justicia.

N. ANT. ¿Si me han vendido, y airado
alguno mi mal codicia?

LEONELO. Yo estoy muerto.

BATISTEL. Yo, turbado.

N. ANT. Las firmas meto en el pecho;
no temáis, mostrad valor.

MORÓN. Abrid, pues.

(1) Acaso deba leerse «lunas».

BATISTEL. Aquesto es hecho.
N. ANT. Algún amigo traidor
mis venganzas ha deshecho.
¡Vive Dios, que si os turbáis
que os he de matar!
MORÓN. Abrid.
N. ANT. Si escaparos procuráis,
lo que dijere decid.
MORÓN. ¿Cómo en abrir os tardáis?
N. ANT. Perdí tan noble ocasión.
BATISTEL. Abrid, pues.
N. ANT. No me acobardo,
aunque os muestro turbación;
abro la puerta, ¿qué aguardo?
Entre quien es.

(Sale MORÓN.*)*

MORÓN. Soy Morón.
Notable susto les di.
N. ANT. ¿Tal has hecho?, ¿estás en ti?
MORÓN. ¿Hay blandura en los calzones?
De bronce los corazones,
¿volvieron de canequí?
N. ANT. Estoy por darte la muerte,
mas concédote la vida,
pues mejoraste mi suerte,
que ya la juzgué perdida
temiendo trance más fuerte.
MORÓN. La ocasión imaginé
en que ocupados estáis;
como justicia llamé,
¿por qué albricias no me dais
pues en Morón me torné?
¡Por Dios, que no han vuelto en sí!
Miren qué colores éstas.
BATISTEL. Confieso que las perdí.
N. ANT. ¿Por qué no me manifiestas
lo que hay de Leonarda, di?
MORÓN. Dila tu papel.
N. ANT. ¿Lloró?
MORÓN. Más valor que tú mostró,
y me respondió arrogante
que te ha de servir amante.
Y estando en esto llegó
su padre y el desposado;
yo quedé muerto y turbado,
pero Julia me llevó
y en un desván me metió,
adonde estuve empeñado.
Era el desván más estrecho
que en toda mi vida vi;
no he quedado de provecho,
pues de él con vida salí;
grandes mercedes me han hecho.
Por un agujero entré,
y era tan corto el desván
que afuera los pies dejé,
y si presto no se van,
yo me pierdo por el pie.
Boca abajo estuve allí,
por no poder menearme,
y en aquel zaquizamí
temí que habían de matarme
dos mil arañas que vi.
Llegó Julia y por los pies
me sacó de allí arrastrando;
limpióme muy bien después,
dejé su casa temblando
y llego como me ves.
N. ANT. Ea, amigos, esto es hecho;
para agora es el valor:
que hemos de vencer sospecho.
BATISTEL. Este español tu rigor,
¿sabrá guardar en el pecho?
N. ANT. Sí, que nos hemos criado
juntos, y sé que es honrado.
BATISTEL. Pues, ¡alto!, vamos de aquí.
MORÓN. Ya te sigo.
N. ANT. Ven tras mí,
que mi venganza ha llegado.

(Vanse. Salen GERARDO, RICARDO, LEONARDA, JULIA, LEONIDO *y músicos.)*

GERARDO. Todo el tiempo que se tardan
se acreditan mis deseos.
LEONARD. Y el que tarda Nardo Antonio
sirve de lazo a mi cuello.
RICARDO. Sin duda alguna que están,
hijo Gerardo, tus deudos
mil festines generosos
a tus bodas previniendo.
No tardan, rinde al amor
parias de este breve tiempo;
págale el tributo honroso,
porque no hay amor sin miedo.
GERARDO. Dos años ha, mi Leonarda,
que por tus amores muero;
pero no he tenido tanto
como agora que poseo.
Bien dicen que mezcla amor
el disgusto y el contento;
pues en las dichas me turbo
y en la posesión recelo.
Vuelve, Leonido, camina;
diles que aguardando peno;

venga quien junte dos almas
en lazos de amor estrechos.

LEONARD. Por mucho que lo deseas,
mayor tardanza contemplo:
¡ay, si llegase de amor
el bien que penando muero!
¿Cómo es posible que tarde
sabiendo que adoro y temo?
Préstales, Amor, tus alas
para que vuelvan más presto.

GERARDO. Leonarda, matarme intentas;
no acrecientes más mi fuego;
que esos impulsos de amor
son volcanes en mi pecho.
Mucho me quieres, Leonarda,
pues sientes lo que yo siento;
que tarden culpas, ¡oh, amor!,
los favores que te debo.

RICARDO. ¿Quien vió tan grandes mudanzas?
O el poder de amor es menos
o Leonarda no le tuvo
a aquel olvidado dueño.

LEONIDO. Señor, ¿de Celia se olvidan
los abrasados desvelos
con que la mano le diste,
prometiendo casamiento?
¿Ya con diferente amor
la has olvidado?

GERARDO. Di, necio:
Celia, hija de un villano;
Celia, que en traje grosero
divirtió en la aldea el gusto
de este divino sujeto,
¿hacerla mi esposa quieres?
Si bien de su amor me acuerdo,
tendré en la ciudad mi honor
y allá en el campo el deseo.

RICARDO. Sentaos y canten un poco,
divertiréis, por lo menos,
con las dulces consonancias
de estar aguardando el tiempo.

LEONÁRD. Su tardanza me atormenta.

GERARDO. Porque lo sientes lo siento.

(Cantan.)

«Dulces pasiones de amor,
centro de mi pensamiento,
no en balde a vuestro tormento
llaman alegre dolor.
Con razón tuve temor
de engolfarme en vuestro mar;
suspenso estaba al entrar,
pero ya que dentro estoy
o veré al puerto a que voy
o me tengo de anegar.»

(Sale NARDO, *con pistolas.)*

N. ANT. Sin que nadie me lo estorbe
he llegado a su aposento;
la puerta tengo segura
con los amigos que tengo.
Aunque no me han convidado
hallarme en tus bodas quiero;
goce Gerardo... no goce,
porque si lo digo miento.

(Alborótanse.)

No se alborote ninguno;
estense en sus sillas quedos,
hasta que cuatro palabras
le digo al señor mi suegro.
El me dió mano y palabra,
obligado de mis ruegos,
de casarme con su hija,
y a que me la cumpla vengo;
si no llevaré por fuerza
lo que de grado pretendo.
Esto es, en suma; responde
a mi pregunta o mi acero...

RICARDO. Con mi espada, Nardo Antonio,
la defenderé, aunque viejo.

GERARDO. ¡Villano!, yo por Ricardo
que no la cumpla defiendo.
¡Criados, matadle, muera!

N. ANT. Eso será si yo quiero.
Ponte, Leonarda, a mi lado,
y no temas mal suceso.

(Acuchíllanse, y LEONARDA *se pasa al lado de* NARDO.)

LEONIDO. ¡Ay, que me ha muerto!

OTRO. ¡Ay de mí!

LEONARD. Todo lo va destruyendo;
ya le vuelven las espaldas;
¡ay, Dios, si mi padre es muerto!
El vuelve; que estoy turbada
y arrepentida confieso.

N. ANT. Escapóseme Gerardo.

LEONARD. Sin alma estoy.

N. ANT. Pierde el miedo;
no receles imposibles
cuando en mis brazos te llevo.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE, GERARDO, BATISTELA *y gente de acompañamiento.)*

MIRANDA.

¿Qué eso pasa, Gerardo?

GERARDO.

De esta forma
destruye las aldeas
y aun se llama señor de algunos pueblos.
Después de aquel suceso,
donde murió Ricardo,
de ti, señor, aguardo
que se ha de castigar tan grande exceso.
La noche desdichada
que perdí de Leonarda las estrellas,
de cuyas luces bellas
tengo el alma abrasada;
ya, señor, has sabido
que el escuadrón de amigos, dividido
en defensa salió de Nardo Antonio;
digo mal, de un demonio
para tantas injurias desatado,
cuyo valor osado
dió bien aquella noche testimonio
del ardor más terrible
que el cruel invencible
sustenta de mis daños instrumento.
¡Qué confusión y llanto,
por las calles, señor, escucharías!
Pero auméntanse más las penas mías.
Ya tú has sabido cuanto
aquella noche hizo
el atrevido mozo,
si bien amigos suyos
las esquinas guardaban
y valientes pistolas disparaban.
Que el paso detuvieron
de los amigos míos
que quisieron mostrar ardientes bríos;
pero con armas dobles los vencieron.
Yo a su rigor opuesto,
con todos mis criados,
estorbar procuré mi fin funesto.
Murió Ricardo, Arnesto,
Leonardo, Julio y Floro,
robando aquel tesoro
de Nápoles más bello,
asiendo la ocasión por el cabello.
Suceso prevenido
de aquel amor fingido,
salgo a la calle su valor temiendo,
y apenas en saliendo
pude mover los pasos,
cuando a matarme llegan;
pero escapéme de sus fieras manos.
Al fin este bandido,
que a toda la nobleza
persigue, de sus lenguas afrentado,
quinientos forajidos ha juntado:
éstos sin los doscientos
amigos que de Nápoles sacaron
dobles armas que hallaron,
que como ejercitaban la milicia
sacarlas previnieron
para el trance cruel que consiguieron.
Yo, señor, retirado
en una casería,
cerca de un pueblo corto,
estaba de mis penas consolado,
que allí me divertía
viendo pacer al alba mi ganado,
cuando la tropa llega
de aquestos enemigos
y roban lo mejor del corto pueblo.
Yo mi casa despueblo,
con toda mi familia,
temiendo sus rigores;
dejan mis labradores
desierto el campo, y a contarme vienen
cómo quedan perdidas
las tierras más floridas
y que nuevos rigores nos previenen.
Los pueblos convecinos
dejan los más vecinos despoblados;
matan, destruyen, roban,
sin poder defenderse,
unos dejan la hacienda en los collados,
donde tienen labranza,
que más quieren perdella que perderse.
Quien su rigor alcanza,
si es noble, muere; si es humilde deja
lo que lleva escondido;
pero si es español, premiado parte
que aqueste nuevo Marte,
amigable a españoles ha nacido.
De esta suerte perecen;
remedie Vueselencia aquestos daños,
que cada día sin estorbo crecen;
pues tiene desengaños
en Marco Jarra, de este reino asombro;
pues sin los muchos que admirado nombro,
mayores los previene;
porque si agora tiene

juntas en pocos días
sin alma tan valientes compañías,
si el castigo dilatas
llegará a ser señor de tantos hombres,
que al conquistalle, su poder asombres.

MIRANDA.

¡Que quiso Nardo Antonio,
perdiendo mi amistad, dar testimonio
de infames pensamientos!
Pero, ¿por qué dilato
castigo que merece infame trato?
Gerado, estad seguro
que vengaros procuro;
de Nápoles saldrán quinientos hombres
de tan valientes nombres,
que defiendan los daños que pretendan
hacer los forajidos,
infame gente de hombre vil regidos.
Presto sus mal nacidos pensamientos
publicarán, a mi castigo atentos,
de la muerte homicida
el fin que les aguarda.
Diez mil ducados mando,
en Nápoles publiquen este bando,
a aquel que me trujere
la cabeza de Antonio
y perdón del delito que tuviere.
Y para testimonio
de mayor diligencia, partan luego
y en todas las aldeas
de tan noble comarca,
publiquen mi rigor a sangre y fuego.
Quiero que presto veas
cómo corta la Parca
con su valiente filo
aquel de estambre hilo
que inmortal se imagina.
¿Batistela?

BATISTELA.

Señor.

MIRANDA.

Luego camina.
Darás clara noticia
a cuantos ejercitan mi justicia;
diles que luego a mi presencia vengan;
ni un punto se detengan.
Que he darles el modo
para prender a Nardo,
que presume gallardo
aniquilarlo y deshacerlo todo.

BATISTELA.

Antonio va perdido;
y aunque juré ayudarle,
ocasión de venderle he pretendido:
diez mil ducados pierdo
si de la fe que prometí me acuerdo.
Señor, vuestra excelencia
mande quedarse solo, que le importa
a cierta diligencia.

MIRANDA.

Bien puedes tú, Gerardo,
partir a tu descanso sin recelo.

GERARDO.

De ti mi honor aguardo;
guarde mil años tu persona el cielo.

MIRANDA.

¿Qué quieres, Batistela?

BATISTELA.

Darte, señor, a Nardo Antonio preso.

MIRANDA.

¿Cómo?

BATISTELA.

Cierta cautela
intento en tu promesa confiado.
¿Diez mil ducados mandas
a quien lo prenda?

MIRANDA.

Sí, darélos luego.

BATISTELA.

Yo sé muy bien la tierra
donde reside Antonio.
Con cincuenta soldados,
le prenderé si tu palabra cumples.

MIRANDA.

Los más ejercitados
en los trances de guerra.
Te daré, Batistela,
si le prendes, diez mil ducados. Parte,
mientras que yo publico
en Nápoles el bando
y libertad a quien le prenda mando.

BATISTELA.

Señor, esta cautela
importa disponer.

MIRANDA.

Serás testigo
del premio, si me prendes mi enemigo.

BATISTELA.

Avisaréle a Antonio
que el Virrey le amenaza,
diez mil ducados dando a quien le prenda;
no porque intento que mi amor entienda,
sino porque se guarde
de algún traidor cobarde
que le prenda primero,
y me quite el dinero
que yo por su persona solicito:
no han de llamar servir al Rey delito.

MIRANDA.

Dispondrás, Batistela,
desta prisión el modo.

BATISTELA.

Tú verás que te sirvo
con el mayor cuidado;
yo quedaré premiado
con ventajas mayores;
los que sirven al Rey no son traidores.

(Vanse. Dentro, ruido de guerra; salen muchos villanos huyendo de NARDO, *acuchillándolos, y ellos se van.)*

BELARDA. Huye, Pascual, que es demonio.
N. ANT. ¿La cara volvéis, villanos?
PASCUAL. Razón es, pues que tus manos
dan de un diablo testimonio.
N. ANT. Déjalos, pues van huyendo;
el lugar queda asolado.
BELARDA. Echa, Martín, por el prado,
que van del bosque saliendo
mil enemigos soldados.
Guarda, Pascual, tu pollino.
que está en el prado.
PASCUAL. Imagino
que nos dejan desollados.

(Vanse los villanos.)

N. ANT. Vida trabajosa es ésta;
mas si extiendo mi poder,
Nápoles mío ha de ser,
pues que ya mi honor me cuesta.
Yo tengo ochocientos hombres
que se han juntado bandidos,
que gozan por atrevidos
de los más valientes nombres.
Todos dejarán las vidas,
pues me tienen afrentado,
aunque no menos vengado
quedo de haciendas perdidas.
Solamente por los soles
donde me siento abrasar
honrados han de pasar
los que fueren españoles.
De esa nación al valor
siempre aficionado he sido,
y si yo hubiera nacido
español, ¿qué más honor?
Son desatados leones
al son de la trompa y caja,
y al fin llevan la ventaja
a todas las más naciones.
Yo dilato mi poder
con rigurosas hazañas,
por estas nobles campañas
después que las llego a ver.
Toda esta tierra disfruto,
y llevados con amor
me pagan como a señor
seis lugarejos tributo.

(Sale LEONARDA, *muy bizarra, de corto vestida, y* MORÓN, *y sacan presos a* MARTÍN, PASCUAL *y* BELTRÁN, *labradores.)*

MORÓN. Anden, pues, ¡cuerpo de Dios!
MARTÍN. Su merced tenga clemencia.
MORÓN. Hoy te traigo a tu presencia
villanos de dos en dos.
N. ANT. Huélgome que los traigáis,
que estoy un poco enfadado.
PASCUAL. Enojado, mal pecado;
hoy la vida nos quitáis.
N. ANT. ¿Haste cansado, Leonarda?
LEONARD. No, mi bien; nunca me canso,
contigo siempre descanso.
N. ANT. ¡Por Dios, que vienes gallarda...!
MORÓN. Esténse quedos aquí,
que están hablando los dos,
ya acabarán, y, ¡por Dios!,
que se han de acordar de mí.
LEONARD. Como tu amor no consiente
que en traje de hombre me vista
y es fuerza en esta conquista
acompañar a tu gente,
en hábito corto vengo.
N. ANT. Ansí pareces mejor:
mujer te quiere mi amor.
LEONARD. A tu gusto me prevengo.
N. ANT. Cánsanme a mí las mujeres
que hábito de hombre se visten;

en el de mujer consisten
sus más bizarros placeres.
Lo honesto admite corona
en su mismo traje puesto
y jamás lo deshonesto
en otro traje aficiona.
No hay sainete para mí
como unos bajos airosos,
por descubiertos medrosos;
siempre este gusto sentí.
Ahora bien; cansada estás;
cerca está el alojamiento,
vete a descansar.

LEONARD. Si siento
es el no verte jamás.
No luce el sol a mis ojos
si no te tengo presente;
causan las flores, ausente,
más que deleites, enojos.
Y en vez de dulces favores,
cuando en tu ausencia me veo,
pulsa amor en mi deseo
desabrimientos mayores.
No hay risa en arroyo o fuente
que divierta mi sentido;
antes se juzga corrido
de su apacible corriente.

N. ANT. Parte, mi bien, no remuevas
la llaga de amor, que es tal,
que a su remedio inmortal
mayores finezas debas.
Vive amor en quien adoro,
que en acciones semejantes
ya son siglos los instantes
que ausente padezco y lloro.
Tú aumentas más mi poder,
pues cuando ausente me veo,
con mayor valor peleo
sólo por volverte a ver.
Al ejército camina,
que yo no te traigo aquí
para pelear por mí,
sino por deidad divina.
Y aunque te parezca loco,
cuando te miro en la tierra,
en cualquier trance de guerra
como a mi deidad te invoco.
Que tanto te desigualas
a las mujeres del suelo,
que te imagino del cielo,
valor de la diosa Palas.
Y a pensamientos sutiles,
cuando te miran no más,
licencia de amarte das
con presunciones gentiles.

LEONARD. Siento mucho que aventures
teniendo gente, tu vida.

N. ANT. No la juzgues tan perdida
ni su deshonor procures.
Cien villanos en cuadrillas,
cuando con ellos me enojo
hasta el cielo los arrojo
hechos menudas astillas.
Vete, pues.

LEONARD. Dame los brazos.

N. ANT. Toma el alma, llega al pecho.
¡Oh, lazo de amor estrecho
finge eterno muchos lazos!

LEONARD. Como tú, Antonio, me des
la cabeza de Gerardo,
con muchos lazos te aguardo.

N. ANT. Yo te la pondré a tus pies.

LEONARD. Con eso parto contenta.

(Vase.)

N. ANT. El alma llevas tras ti.

MORÓN. No se me aparten de aquí
hasta que les pidan cuenta.

N. ANT. Ahora bien; ¿quién son aquestos?

MORÓN. Los más ricos del lugar.

MARTÍN. Su mercé nos quiere honrar.

MORÓN. Solamente pueden estos
sustentar toda tu gente.

N. ANT. Tú, ¿quién eres?

MARTÍN. El Alcalde.

N. ANT. ¿El Alcalde? Desatalde.

MARTÍN. El cielo tu vida aumente.

N. ANT. ¿Y tú?

PASCUAL. Yo soy regidor.

N. ANT. Lucida gente son todos.
¿Y vos, quién sois?

BELTRÁN. De mil modos
soy en el lugar dotor.

N. ANT. ¿De mil modos? ¿De qué suerte?

BELTRÁN. Soy boticario, barbero,
albéitar, dotor, y espero
ser comadre.

MORÓN. Oficio fuerte.

BELTRÁN. Válenme poco las curas,
por eso los mato presto.

MARTÍN. Y si no hay remedio en esto
hará de aquestas locuras
dos mil: a mi suegra, antaño,
en dos días la mató.

N. ANT. En esa cura acertó.

MARTÍN. Hízome notable daño;
porque todos me temían
sacando a mi suegra al lado,
y si decía enojado
«aquí de mi suegra», huían.
N. ANT. ¿Qué dinero te valió
esta muerte?
BELTRÁN. Cuatro reales.
N. ANT. ¿Cabales?
BELTRÁN. No eran cabales;
un cuarto menos me dió.
N. ANT. Que mal te pagaron digo.
MARTÍN. ¿Cómo, señor? Esto niego.
N. ANT. Más merece: dalde luego
cuatro fanegas de trigo.
BELTRÁN. Esa sentencia me alegra.
N. ANT. Vos no debéis de pensar
lo que le importa a un lugar
que le maten una suegra.
¿Hay mucho trigo?
PASCUAL. Señor,
de aquestos años de atrás
poco cogido hallarás;
este año ha sido mejor.
N. ANT. Decid, ¿cuánto tiempo habrá
que matastes esa suegra?
MARTÍN. Más de un año en hora negra
y bien cumplido será.
N. ANT. ¿Veislo, si lo digo yo?
Todo el tiempo que vivía
poco trigo se cogía,
pero así como murió
se han mejorado los años.
PASCUAL. ¡Pesia tal, tiene razón!
BELTRÁN. Era la suegra un Nerón,
murió y cesaron los daños.
N. ANT. ¿Tenéis alguna doncella
en vuestro lugar?
PASCUAL. Ninguna.
BELTRÁN. Martín tiene sola una
que el Barón Gerardo mella.
La moza cumple a San Juan
cuatro meses de preñada;
si ésta, señor, os agrada,
luego al punto os la trairán.
N. ANT. ¿Gerardo la tiene?
MARTÍN. Sí.
MORÓN. Sí, señor; de cuando en cuando.
N. ANT. Déjalos.
MORÓN. ¿Estás hablando
con algún zamarro, di?
N. ANT. ¿A dónde tiene Gerardo
esa mujer?
MARTÍN. Señor mío,
él es un gentil jodío,
de ti mi remedio aguardo.
Aquí, cerca de esta aldea
vive en una casería,
donde la deshonra mía
sólo acrecentar desea.
Dos años habrá, señor,
que la dió con mal intento
palabra de casamiento
porque le diese mi honor.
Llevóse al fin la rapaza
y nunca se la cumplió;
y porque se la pidió,
con su rigor la amenaza.
Tiénela en lugar de amiga,
sin que se case con ella;
duélete de esta doncella
con huesos en la barriga.
Hazle, señor, que se case,
ansí Dios te dé salud,
que no es bien que la virtud
que tiene mi honor abrase.
Dice que porque es villana
no ha de casarse con ella,
siendo, señor, la doncella
más hermosa que doña Ana (1),
la que es la mujer del sol;
que no quiere su belleza (2)
igualar con mi pobreza;
él es de infamia crisol.
N. ANT. Ahora bien; haced por mí
una cosa.
MARTÍN. Sí, la haremos;
nuestras palabras ponemos
de cumplirlo.
N. ANT. ¿Haréislo?
TODOS. Sí.
N. ANT. Pues esto que digo haced;
porque si no he de quemar
de una vez este lugar.
MARTÍN. Dígalo, pues, su merced,
que lo harán de buena gana.
N. ANT. Si me queréis por amigo,
veinte fanegas de trigo
cocidas cada semana
por tributo habéis de darme
para que mi gente coma.
BELTRÁN. Luego la palabra toma.

(1) El labriego estropea el nombre de «Diana».
(2) Quizá deba decir «nobleza».

N. ANT. Y, para más obligarme,
treinta cántaras de vino
habéis de darme también.
MORÓN. Miren que añejo lo den.
MARTÍN. Que se cumpla determino.
N. ANT. Todo lo demás me dan
los demás lugares míos.
MORÓN. Muéstrale al lugar tus bríos.
MARTÍN. Digo que lo cumplirán.
N. ANT. Pues en premio, con Gerardo
esta noche casaré
a vuestra hija.
MARTÍN. Seré
si tal hacéis, noble Nardo,
vuestro esclavo.
N. ANT. Cuando el sol
recoja su luz al mar,
me podéis aquí aguardar.
MARTÍN. Pienso que sois español,
pues tal nobleza mostráis.
N. ANT. Ese nombre envidio sólo
más que las obras de Apolo.
MARTÍN. Pues que licencia nos dais,
a nuestro lugar volvemos.
N. ANT. Mirad que otra vez os pido
que cumpláis lo prometido.
MARTÍN. Sí, señor; sí, cumpliremos;
pero mirad que os aguardo
en el puesto que sabéis.
N. ANT. Yo lo haré.
MARTÍN. Pues si lo hacéis
será mi yerno Gerardo.

(Vanse.)

N. ANT. En efeto, tengo ya
que me amparen seis aldeas.
MORÓN. Que rey del mundo te veas
mi propio gusto será.
N. ANT. Encarecimientos deja;
tú eres español leal,
dime si algún desleal
de mi condición se queja.
Ya sabes que te he mandado
que sirvas de doble espía,
que entre esta gente podría
algún altivo soldado,
viéndome tan gran señor,
envidiar mi buena suerte
y procurarme la muerte
por acrecentar su honor.
MORÓN. Siempre en todos conocí
una condición leal;
mas si no sospecho mal,
cierto mozuelo hay aquí
que se llama Pedro Talla,
que dejó en cierta ocasión
sospechoso el corazón;
en fin, estos son canalla.
Empezóme a mormurar
del estado en que te vías,
dando a las sospechas mías
a más recelo lugar.
Procura, Antonio, saber
si ofenderte ha procurado.
N. ANT. ¿Eso pasa?
MORÓN. Esto he pensado,
y aun lo he llegado a creer.
N. ANT. ¿No es este que viene?
MORÓN. Sí;
ten silencio.
N. ANT. Sí, tendré;
que con engaño sabré
si quiso matarme a mí.

(Sale PEDRO TALLA.*)*

P. TALLA. Aquesta carta ha llegado
del compadre Batistela:
mira si importa, leerela.
N. ANT. En fin, es amigo caro (1).

(Lee.)

«Diez mil ducados promete el Virrey a quien trajere tu cabeza, y perdón de cualquier delito. Guárdate de Gerardo, que es el mayor enemigo que tienes; pues al Virrey y a todos sus soldados incita para que te prendan o te maten: recibe este aviso y avísame de tu salud.—*Batistela*».

Gerado, rigor advierte;
hoy nos veremos los dos,
y si porfía, por Dios
que ha de vengarme su muerte.
De mi campo bien sé yo
que ninguno ha de venderme.

(Aparte.)

P. TALLA. Si hallo ocasión de atreverme,
el primero seré yo.
Premio de diez mil ducados
asientan más mi cautela;
si de mí no se recela

(1) «Caro» no rima con «llegado». Deberá decir «amado».

daré fin a mis cuidados.

N. ANT. De este tengo de saber
si su traición es verdad.

P. TALLA. Valor y necesidad
poderosos han de ser.

N. ANT. Descansen los nobles bríos
de mi escuadrón alentado,
pues mala noche ha pasado
en estos bosques sombríos.
Tú, Pedro Talla, podrás
aguardarme aquí, que espero
cierta ocasión, donde quiero
que tú me ayudes no más.

P. TALLA. A servirte me prevengo.

N. ANT. Ya conozco tu valor:
cierta empresa de mi honor
esta misma noche tengo
y he de llevarte conmigo,
para vengar un desdén,
que a tales casos es bien
llevar tan valiente amigo.
Carga muy bien la pistola,
porque ha de haber ocasión
y es buena la prevención.

P. TALLA. Basta a vengarte ella sola.

N. ANT. Aquí puedes descansar,
pues la noche no has dormido.

P. TALLA. Confieso que estoy rendido.

N. ANT. Que yo te vendré a avisar
al tiempo que el sol se acueste (1).

P. TALLA. Así podré sosegar,
pues me da el tiempo lugar
de que la pistola apreste.
De ti quedo agradecido,
pues sólo me has señalado
para llevarme a tu lado.

N. ANT. Tu valor he conocido.
Quédate adiós.

P. TALLA. El te guarde.

N. ANT. Yo a llamarte volveré.
(Con esta industria sabré
si tienes valor, cobarde.)

P. TALLA. No pudiera desear
más apretada ocasión:
esta noche mi traición
gozará el tiempo y lugar.
Diez mil ducados promete
el Virrey por Nardo, aquí
favorablemente así
la ocasión por el copete.
Para agora es el valor;
quitarle tengo la vida,
mal guardada y bien vendida
que asegura mi rigor.
Que tiempo y lugar le den,
cuando a un hombre, si le agrada,
emprende una cosa honrada
todo le sucede bien.
Armada está la pistola;
mas porque mejor lo esté,
dos balas más echaré
no lleve una bala sola.
Cuando del bosque salgamos
tendrá lugar mi traición,
que es famosa la ocasión
entre estos soberbios ramos.
Este, con soberbia loca,
todo lo manda y deshace;
bien es que su muerte trace,
pues a venganzas provoca.
Pretendo descanso, al fin,
que llegué ya deseando
y después, en despertando,
repasaré el polvorín.

(Echase a dormir, la pistola junto a sí, y sale NARDO.)

N. ANT. Ya Pedro Talla estará
entre estas flores dormido,
donde apacible sonido
pulsando el céfiro está.
De estos enemigos míos
recelo alguna traición;
yo quitaré la ocasión,
sirviendo al Rey con mis bríos.
Al Virrey escribiré
me deje a Flandes pasar,
donde al Rey podrá importar
la gente que llevaré.
Si Capitán de caballos
me hiciere, le iré a servir;
dejaré de conseguir
dar a mi valor vasallos.
Si estará dormido Pedro;
ya lo está, pues no responde;
pues que mi gente me absconde
este laurel y este cedro,
desarmaré su pistola,
industria valiente es ésta,
no hallará Talla respuesta
en esta pistola sola.
Una, dos balas tenía;
cruel amigo, ¡por Dios!,
si al valor de aquestas dos

(1) En el original dice por errata «muestre».

matar a Nardo quería.
¡Por Dios!, que hay segunda carga;
otra bala ha prevenido (1),
intento traidor, descarga
mi brazo: ahora bien tornemos
a cargarla con arena,
si estaba de plomo llena,
llena también la dejemos.
Si éste me quiere matar,
presto lo podré saber;
si quiere, no ha de poder
y yo le he de castigar.
Ya queda muy bien cargada;
en su lugar la pondré,
y pues que el sol no se ve,
ya la ocasión es llegada
de ir a buscar a Gerardo,
que está quitando el honor
a aquel pobre labrador
a quien dar remedio aguardo.
Yo le llamo: Talla, amigo.

(Despierta a TALLA.*)*

P. TALLA. ¡Oh, Capitán!, ¿es ya hora?
N. ANT. Sí, amigo, vamos; que agora
he de hallar a mi enemigo.
¿La pistola está cargada?
P. TALLA. ¡Pesia tal, famosamente!
El polvorín solamente
prevengo.
N. ANT. Buen camarada.
Aquese río pequeño
pasaremos por un palo
que sirve de puente.
P. TALLA. Igualo
con la amistad que te enseño,
la que recibí de ti.
Dejaréle yo pasar
delante y le he de matar.
N. ANT. Si aqueste es traidor, aquí
lo he de ver; he de ir delante.
P. TALLA. Pasa, Capitán.
N. ANT. Si tira,
adonde mi muerte mira
se la daré en un instante.
Ven tras mí.
P. TALLA. Ya yo te sigo.

(Tira, y no da fuego sino en el polvorín.)

N. ANT. Tiró.
La ocasión erraste;
donde mi muerte pensaste
hallas la tuya, enemigo.

(Tira NARDO *con otra pistola.)*

P. TALLA. ¡Ay, que me han muerto!
N. ANT. Cayó.
en el río le echaré;
con buena industria maté
a quien matarme pensó.
Ya de éste traición no aguardo;
vengué su infamia muy bien;
para matarle también
voy a buscar a Gerardo.

(Vanse. Salen GERARDO, *y* CELIA, *villana,* FLORO *y* LISENO.*)*

FLORO. Sea su merced, señor,
a su casa bien venido.
GERARDO. El cuidado me ha traído
de un buen (1) encendido amor.
No hay gusto que me le dé
como verte, Celia hermosa;
llamarte puedes dichosa
cuando conoces mi fe.
Muéstrame los ojos bellos,
vertiendo de alegre risa,
pues mi grande amor te avisa
que tengo mi gusto en ellos.
Ese velo peregrino
de dos cielos adornado,
cubierto me da cuidado,
desdeñoso le imagino.
Vuelve, vuelve luz al valle;
porque si adelante pasas
con mayor rigor le abrasas
alienta brío en tu talle;
porque juzgando rigores
en esos de amor desdenes,
el prado abrasar previenes,
marchitar quieres las flores.
Esa luz de ardores rica,
abrasa el valle cubierta,
pero si está descubierta
mil favores pronostica.
Nuevo modo señorean,
a ser increíbles pasan,
pues que cubiertas abrasan,
descubiertas lisonjean.
CELIA. Esos requiebros, Gerardo,
con que tus valores sumas
son del viento leves plumas:

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(1) Así en el texto; pero será «bien encendido».

no finjas amor gallardo.
Quien despreciada me deja,
buscando ajena beldad;
quien da gusto en la ciudad,
dejando en el campo queja,
no acierta brasas en hielos,
de otro amor aficionado,
cuando sabe que ha dejado
en Celia ocasión de celos.
El mayor fruto de amor,
con engaños me llevaste.
Pues si debiendo olvidaste,
¿para qué finges amor?
Deleite el tuyo se llame,
que quieres gozar en mí,
para que cobre por ti
eterno nombre de infame.
Mira si castiga el cielo
la palabra que me diste,
que porque no la cumpliste
pierdes tu mayor consuelo.
Vete, vete a la ciudad,
donde tu amor se confirme,
que yo en mis rigores firme
olvido mi voluntad.

GERARDO. Celia hermosa, yo confieso
que libre amor presumí;
pero ya vuelvo de ti
con mayores lazos preso.
No te parezca fingido
este pensamiento nuevo;
ya sé que el alma te debo,
no puedo ser tu marido;
pero palabra te doy
que, sin mudar de fortuna,
no lo he de ser de ninguna,
pues que tuyo no lo soy.
Más, mi Celia, estás honrada
cuando te adoro gallardo,
siendo amiga de Gerardo
que de un villano velada.
Iguala al sol mi nobleza,
blasón defiendo lucido,
y quedará deslucido
si le igualo a tu bajeza.
Desaten tus ojos bellos,
mezclando de amor ensayos,
para que me abrasen rayos
y para vivir en ellos.

CELIA. Ello es rigor de mi suerte;
como te adoro te creo;
la mitad de mi deseo
cumple amor con sólo verte.
Bien el cielo me castiga;
soy desdichada y dichosa
y ya que no de tu esposa
doite la mano de amiga.

GERARDO. Pastores, bajad al valle;
haced de las bellas flores
corona a Celia, pastores,
corto premio de su talle.
Prended, cuando perlas llora
el alba a las aves bellas
para que le canten ellas
como a más divina aurora.
Siéntate, Celia, llegad
esas dos sillas aquí;
y pues su rigor vencí,
vengan zagalas, bailad.
Floro, de esas caserías
llama las serranas bellas,
porque participen ellas
mis mayores alegrías.

CELIA. Será darme celos.

GERARDO. Pues
alguna cosa contad.
¿No hay ninguna novedad
en este valle, después
que a Nápoles me partí?

FLORO. Lo que hay es este demonio
que se llama Nardo Antonio.

GERARDO. Pues, qué ha pasado, decí.

LISENO. ¡Hola, Floro!, habla pasito,
que no sabemos si escucha.

FLORO. ¿No veis que hay distancia mucha
del suyo a aqueste distrito?

LISENO. ¡Qué mal, Floro, conocéis
a las paredes de hogaño!

FLORO. Ya sé, aunque os parezca extraño,
que es justo que os receléis.

LISENO. Este Nardo es adivino;
y si lo llega a saber,
en cruz nos ha de poner.

FLORO. ¿Qué no hará?

LISENO. Sois peregrino.

(Dentro.)

N. ANT. Aguardadme aquí los dos.

GERARDO. ¡Hola, Floro!, ¿quién ha entrado?

FLORO. No está el postigo cerrado.

GERARDO. Andad, pues, cerradle vos.

FLORO. El dimuño que allá salga.

GERARDO. Floro, andad, ¿qué os detenéis?

FLORO. Yo voy.

(*Sale* NARDO ANTONIO.)

N. ANT. Tente.
LISENO. ¿No lo veis?
FLORO. ¡Santo Toribio me valga!
GERARDO. ¿Quién eres?
N. ANT. ¿No me conoces?
GERARDO. ¿Eres Nardo Antonio?
N. ANT. Sí.
GERARDO. ¡Que aun no me dejen aquí
estos tus bríos feroces!
Siempre en mis mayores gustos,
como tú en soberbia creces,
Nardo Antonio, te apareces
para causarme disgustos.
Querrás a Celia quitarme,
como quitaste a Leonarda.
N. ANT. Otra ocasión más gallarda
pudo, Gerardo, obligarme.
Vengo a casarte con ella.
Palabra y honor le debes,
y hanme dicho que te atreves
a no cumplilla y rompella.
Que con ella te casase
su buen padre me rogó,
y Leonarda me pidió,
Gerardo, que te matase.
Por las leyes de mi amor
quedé a matarte obligado,
y a casarte lo he quedado
por las leyes de mi honor.
Palabra di de matarte
y de casarte la di;
esta vez las dos cumplí
solamente con casarte.
Mi verdad puede advertirse
con un lazo solamente,
pues ya dicen comúnmente
que es el casarse morirse.
Y no es fingido rigor
si llega forzado el gusto,
porque el casarse a disgusto
es la desdicha mayor.
FLORO. Señor, de casar se trate.
N. ANT. Callad, villanos, vosotros.
LISENO. ¿Mas que nos casa a nosotros?
FLORO. Mejor será que nos mate.
GERARDO. Nardo, advierte mi nobleza.
N. ANT. ¡Qué engañada presunción!
Ese guardado blasón
no le mancha la pobreza.
GERARDO. Yo no me puedo casar.
N. ANT. ¿No puedes?
GERARDO. No.
N. ANT. ¡Vive Dios,
que he de casar a los dos!
o los tengo de matar.
Probar tienen mi rigor,
si segunda vez me enojan;
casarse o morir escojan
lo que les está mejor.
CELIA. Yo, Antonio, casarme quiero,
porque me debe mi honor.
GERARDO. Suspende, Nardo, el rigor,
mira que soy caballero.
N. ANT. ¿Diste la palabra?
GERARDO. Sí.
N. ANT. ¿Débesla su honor?
GERARDO. También.
N. ANT. ¿Amas?
GERARDO. Y siento el desdén.
N. ANT. Pues ¿qué te acobarda, di?
GERARDO. La mancha de mi nobleza.
N. ANT. ¿Por qué, cuando la engañaste,
esa mancha no miraste?
GERARDO. Cegóme allí su belleza.
N. ANT. ¿Dúrate de amor el fuego?
GERARDO. Para deleite me dura.
N. ANT. Para deleite, procura
casarte con ella luego,
o mataréte, ¡por Dios!
GERARDO. Mi deshonor considera.
N. ANT. En esa sala os espera
quien os despose a los dos.
Mira que resuelto estoy;
elige, Gerardo, el medio.
GERARDO. ¿No hay remedio?
N. ANT. No hay remedio;
entra a casarte.
GERARDO. Ya voy.
N. ANT. Y advierte, sin replicarme,
que me escribió cierto amigo
que buscas, como enemigo,
ocasión para matarme.
Si es verdad, rigor tendré;
detén en mi ofensa el paso,
porque si agora te caso,
mañana te mataré.
GERARDO. Es verdad; pero, en efeto,
de hoy más no quiero ofenderte.
N. ANT. Que lo prometes advierte.
GERARDO. Sí, Antonio; yo lo prometo.

ACTO TERCERO

(Salen NARDO ANTONIO *y* LEONARDA.*)*

N. ANT. Enojada estás, Leonarda.
LEONARD. Rabio de enojo; desvía.
N. ANT. Mira que eres alma mía;
vuelve los ojos, aguarda.
LEONARD. No te escucho, ni he de verte;
no me engañas, no te creo,
pues no cumples mi deseo
dando a Gerardo la muerte.
Ya con Celia le casaste;
a una villana cumpliste
la palabra y me rompiste
la que a nuestro honor juraste.
Mas, ¿por qué, Antonio, te riño
por la muerte de Gerardo,
cuando a mi lado gallardo
acero más noble ciño?
Mi padre por él murió;
dejó mi honor ofendido;
¿por qué la muerte te pido
si puedo matarle yo?
N. ANT. Cese el rigor y dichosas,
con que al mundo maravillas,
esas del cielo mejillas
llevan claveles y rosas.
Alienta de amor despojos;
no temas, que estoy corrido:
si Gerardo te ha ofendido,
yo le mataré a tus ojos.
LEONARD. Si ese presente me das,
por quien rigores padezco,
tuya soy, el alma ofrezco;
pero espérate, que hay más.
De otra suerte me castiga
tu rigor, aunque te obligo,
pues no te casas conmigo,
porque me llamen tu amiga.
N. ANT. Si el no casarme te ofende,
es porque valiente brío
para el casamiento mío
mayor aplauso pretende.
Causas de honor determino;
sólo lo dejo de hacer
porque el Virrey venga a ser
de nuestras bodas padrino.
Presto de mis dichas todas
se llegará el cumplimiento;
presto en Nápoles intento
que se celebren mis bodas.
LEONARD. Dame los brazos, por Dios,
que recelaba perderte.
Si a Gerardo das la muerte,
amigos somos los dos.

(Abrázanse.)

N. ANT. Media legua está de aquí;
tú sola vendrás conmigo;
a tus pies el alma hallé (1)
Primero aguardar conviene
de Batistela el aviso,
hoy el término preciso
de mi pretensión previene.
Por Capitán de caballos
a Flandes quiero pasar.
LEONARD. Esos cargos suelen dar
a señores de vasallos.
N. ANT. Esto al Virrey he pedido,
y pienso que lo ha de hacer;
si no, verá mi poder
en toda Italia extendido.

(Saca LEONELO *a un* SOLDADO *español, muy roto, maniatado.)*

LEONELO. Ande el bergante.
SOLDADO. Quedito,
señor soldado de bien.
LEONELO. Haréle matar también.
SOLDADO. No he cometido delito.
N. ANT. ¿Quién sois, que mostráis valor?
SOLDADO. Soldado español.
N. ANT. Quitad;
las manos le desatad.
SOLDADO. Estimo tan gran favor.
N. ANT. ¿No os tengo mandado yo
que al que es español dejéis,
pues quien le ofende sabéis
que a mí propio me ofendió?
Ahora bien, ¿a dónde vas?
SOLDADO. A España.
N. ANT. Largo camino;
ayudarte determino;
muy roto y muy pobre estás.
Mas, porque des testimonio
de quién soy, vestirte quiero;
di en España lo que os quiero.
SOLDADO. Dame tus pies, Nardo Antonio.

(Sale MORÓN, *con* RUFINO, *mercader, atado.)*

MORÓN. Ande el villano, camine.
N. ANT. ¿Qué es eso, amigo Morón?
MORÓN. Italiano socarrón,
que ha de morir imagine.
Este italiano, señor
que viene agora de España

(1) Faltan versos en este pasaje.

le topé en esa montaña
y le prendí con valor.
N. ANT. ¿Eres italiano?
RUFINO. Sí.
N. ANT. Fué el prenderle gran hazaña.
¿De dónde vienes?
RUFINO. A España
habrá dos años que fuí.
Pasé pobre, y ya, señor,
como a trabajar me aplico,
a mi patria vuelvo rico,
puedo decir con honor.
N. ANT. ¡Buen vestido!
RUFINO. Bien ganado
es por lo menos, señor.
N. ANT. Pienso que será mejor
dárselo a un pobre soldado.
Desnúdate tú, español.
Truequen vestidos. (1)
SOLDADO. Yo allano
el mío a la luz del sol.
MORÓN. Eche abajo los calzones,
que ha de trocarlos también.
RUFINO. Señor.
MORÓN. Luego me los den.
RUFINO. ¿Quién vió mayores leones?
MORÓN. Presto, pues, que se resfría
el español.
SOLDADO. Ya yo doy
mi vestido.
RUFINO. ¡Muerto soy!
MORÓN. Tome, camarada mío,
y vístase.
SOLDADO. Dios le guarde.
MORÓN. Soy español, ¿no lo ve?
SOLDADO. Luego en ello reparé.
MORÓN. No sería en lo cobarde.
N. ANT. Agora que están vestidos,
¿qué dineros traéis?
RUFINO. Señor
son de muy poco valor.
MORÓN. ¿Mas que los tiene escondidos?
RUFINO. Una mula me han quitado:
allí los dineros van.
MORÓN. Si ellos en la mula están
no ha de faltar un cornado.
N. ANT. La mitad de lo que hubiere
a aqueste español daréis
y la mula.
RUFINO. ¿Pues no veis...?

(1) Falta un verso a esta redondilla.

MORÓN. No replique.
RUFINO. ¿Qué hay que espere?
N. ANT. ¿No te dejo la mitad
del dinero?
RUFINO. Pues, señor,
¿y la mula?
MORÓN. ¡Qué hablador!
N. ANT. Quitádsele luego, andad.
El español va muy lejos,
Y tú a tu tierra llegaste;
pues con la vida quedaste,
no te quejes.
MORÓN. Dos pellejos
he menester de italianos
para echar vino, señor:
este parece mejor;
¿mataréle?
N. ANT. Ten las manos.
Dame los brazos, soldado
español.
SOLDADO. Tus plantas beso.
N. ANT. Vete con Dios.
SOLDADO. ¡Gran exceso!
MORÓN. Anda, pues.
RUFINO. Estoy turbado.

(Sale Montilla.)

MONTILL. Aquel es el Capitán.
N. ANT. Un hombre corriendo viene.
MONTILL. Buen suceso me previene;
la mujer me volverán.
N. ANT. ¿Quién eres?
MONTILL. Un español
de tu escuadrón, agraviado.
Bajando de aquel collado
que adorna la luz del sol
con una mujer que llevo
a España, seis atrevidos
soldados, bien prevenidos
para un agravio tan nuevo,
en nombre español llegaron
y la mujer me pidieron;
defendíla, mas vencieron
y, en fin, fin me la quitaron.
N. ANT. ¿Y conoceráslos?
MONTILL. No;
uno de ellos conocí
que lo llamaban allí
Roselo; éste me agravió;
este llevó la mujer.
N. ANT. Llamad a Roselo.
LEONELO. Voy.

(Vase.)

N. ANT. Por el sol, que viendo estoy
que la vida ha de perder.
Que ofendan si estimo tanto
a un español, ¡vive Dios!

(Salen LEONELO, ROSELO *y* TIMBRIO.

ROSELO. ¿De mí se quejó?
LEONELO. De vos.
ROSELO. De su rigor no me espanto.
¿Llamas, capitán?
N. ANT. ¿Es éste?
MONTILL. El mismo.
N. ANT. Roselo, amigo,
hoy mi deshonor castigo
porque la vida te cueste.
Quiero que adviertan en ti
que el que quita con rigor
a un español el honor
quiere quitármelo a mí.
ROSELO. Ya sabes que Amor es ciego;
vi la mujer y quitéla;
en ti esta misma cautela
a ver [mi] disculpa llego.
Yerro que tú cometiste,
¿no disculpas?
N. ANT. ¡Oh, enemigo,
alcanzarte ha mi castigo,
pues ofenderme quisiste!
De ese roble le colgad
antes que muera a mis manos.
ROSELO. Escucha, Nardo.
N. ANT. ¡Villano!
¿No le lleváis? Acabad.
Cien escudos tè darán,
español.
MONTILL. Tus manos beso.
N. ANT. Ser vuestro amigo profeso;
la mujer te volverán.
Preguntarás por Leonelo,
dale este anillo y dirás
que te despache.
MONTILL. Tendrás
eterno nombre en el suelo.

(Sale MORÓN *con una carta.)*

MORÓN. La espía de Batistela
aquesta carta me dió.
N. ANT. Bien su cuidado mostró
que mi amistad le desvela.

(Lee.)

«Agora verás, Antonio, lo que vale un buen amigo. El Virrey viene en todo lo que pides; para que se asienten las condiciones, ha mandado se divida el camino por las inquietudes de tus soldados y también porque tú escribes que te recelas de alguno de ellos. Yo, con el Secretario del Virrey, te aguardo en la casería de Aurelio, que está media legua de tu gente y una de Nápoles; ven solo y seguro de mi amistad.—*Batistela.*

Este aviso deseaba.
LEONARD. Juntos iremos los dos.
N. ANT. No, Leonarda; no, ¡por Dios!
LEONARD. Por mí lo has de hacer; acaba.
N. ANT. Todo está cerca; a Gerardo
de camino mataré;
luego a nuestra paz iré.
LEONARD. Eres valiente y gallardo.

(Vanse y salen GERARDO, CELIA *y* FLORO.*)*

FLORO. No se muestra divertido
en esta selva nuestro amo.
GERARDO. Su verdor disgusto llamo.
FLORO. Cabizbajo, ya marido,
anda el pobre desde el día
que con Celia se casó;
al punto la aborreció
y de hablarla se desvía.
CELIA. ¿Tanto, Gerardo, te ofendo
después que tu esposa soy?
GERARDO. Créeme que en mí no estoy
desde aquella noche entiendo.
CELIA. Pues ¿en qué te desagrado?
GERARDO. Con ese traje grosero
me matas, penando muero.
CELIA. Eso no te dé cuidado;
cortesano le traeré.
GERARDO. Fáltate el aire y el brío.
CELIA. Pues agrádate del mío.
GERARDO. No es posible, no podré.
CELIA. No te agrada la llaneza
con que verdad te convida.
Olvidas por la fingida
una natural belleza.
GERARDO. Fuego soy cuando imagino
que después que de Leonarda
perdí una beldad gallarda,
perdí un cielo cristalino;
que en las dos letras de un sí
quiso contra tu despecho
amarme (1) con lazo estrecho
cuando la mano te di.

(1) Quizás «armarme». Esta redondilla está defectuosa.

Por grosera flor del suelo
perdí alentada hermosura,
el clavel de grana pura
o carmesí terciopelo.
Perdí el jazmín que en el suelo
copos de nieve retrata
cuando el invierno desata
el blanco algodón del cielo.
Pluguiera al cielo llegara,
pues tanto disgusto enseño
Nardo, de este lazo dueño
y la vida me quitara;
el día que el lazo fuerte
me forzó Antonio que hiciera
pluguiera a Dios que me diera,
por no casarme, la muerte.
Perdí el alma, perdí el gusto;
tengo el corazón forzado;
no me atormentes, cuidado;
déjame, rigor injusto.
Pero presto de un tirano
que contigo me casó
pienso vengarme, que yo,
aunque di palabra y mano
de no ofendelle, alcancé
que le maten o le prendan.
Muerto Antonio, haré que entiendan
que forzado me casé,
si no es que pierdo la vida.

CELIA. No la pierdas, vete luego.

GERARDO. Hielos puso a tanto fuego
una voluntad vendida.

(Sale LISENO, *pastor, y* IBÁÑEZ.*)*

LISENO. Señor, desde aquel cerrillo
a este demonio de Nardo
he visto.

GERARDO. Mi muerte aguardo.

LISENO. Corriendo vengo a decillo.

GERARDO. ¿Viene solo?

LISENO. Una mujer
con él, señor, descubrí.

GERARDO. Armas de fuego temí,
no de su espada el poder.
Ver que vuestras fuerzas solas
no me pueden ayudar
me dan más que recelar
el fuego de sus pistolas.
Yo confieso que he temido;
ya lo veo; estoy turbado.

CELIA. En aquel olmo copado
de verdes hojas vestido
puedes, Gerardo, esconderte.

GERARDO. La palabra que le di
de ser su amigo rompí
y él viene a darme la muerte.
Con dos serranos no más
mal me podré defender.

LISENO. ¿Cómo, si los vi traer
treinta pistolas y más?

GERARDO. Toma esta capa y espada,
Floro, que puede estorbarme.
Arbol, sabed ocultarme.

(Vase.)

FLORO. Mi muerte ha sido llegada,
Liseno.

LISENO. Yo estoy turbado.

FLORO. Aquí a matarnos vendrá.

LISENO. Bien poca razón tendrá.

FLORO. Aun bien que yo soy casado.

CELIA. Ya llegan, temblando estoy;
recelo, esposo, tu muerte.

FLORO. Hoy me empala, triste suerte.

LISENO. Yo tiemblo, de hielo soy.

CELIA. No digais que le habéis visto
si preguntare por él.

FLORO. No diremos.

LISENO. Si el cruel
lo pregunta, no resisto;
yo le digo la verdad.

CELIA. Ya se apean.

LISENO. ¡Grande exceso!

CELIA. Que estoy turbada confieso.

FLORO. ¡Qué extraña temeridad!

Salen NARDO *y* LEONARDA.*)*

N. ANT. ¿Qué haceis, villanos, aquí?
¿Qué es de Gerardo?

CELIA. Señor...
(Temblando estoy de temor.)

N. ANT. Yo con vosotros le vi.
Decidme dónde se fué.

FLORO. No sabré dalle respuesta.

N. ANT. Apartad. ¿Qué capa es esta?

FLORO. Yo, señor, se lo diré.
Del lugar soy pregonero;
para vender me la han dado,
y aunque más la he pregonado,
no me dan ningún dinero.

N. ANT. ¿Y aquesta espada?

LEONARD. Sospecho
que Gerardo se ha escondido.

FLORO. A venderla la he traído;
hágale muy buen provecho.

Llévela el señor don Nardo,
que yo el dinero daré.
LEONARD. Yo a Gerardo buscaré.
N. ANT. Que le hemos de hallar aguardo.
Aquí con éstos estaba;
en algún árbol se esconde.
LEONARD. ¿No sabes tú dél? Responde;
dímelo, villano; acaba.
N. ANT. ¿Qué bulto es aquel?
CELIA. ¿Qué espero?
LEONARD. ¿Dónde está?
N. ANT. En aquel árbol.
FLORO. Será,
señor, Nardo, algún sirguero.
N. ANT. ¡Gran pájaro es el que miro!
FLORO. Algún jumento será
que se habrá subido allá.
LEONARD. Tírale, pues.
N. ANT. Ya le tiro.
CELIA. Tente, por Dios.

(Dispara y hacen ruido dentro, como que cae.)

GERARDO. ¡Muerto soy!
CELIA. ¡Ay de mí!
LEONARD. ¡Quita, villana!
Hoy beberé sangre humana,
que sedienta de ella estoy.
No hay fugitivo cristal
que más me apague la sed;
llegad vosotros, bebed
de este deshecho coral.

(Hace que bebe.)

CELIA. ¡Qué rigor!
LEONARD. ¿Qué te lamentas?
él es el que pierde solo;
tú con Pascual o Bartolo
dejas tus ansias contentas.
Busca, villana, tu igual,
no te congojes ansí.
N. ANT. Llevad ese hombre de ahí.
FLORO. ¿Quién vido rigor igual?
N. ANT. Llevadle de aquí los dos.
LISENO. Turbado estoy.
N. ANT. ¿No llegáis?
Villanos, ¿de qué os turbáis?
LISENO. Asid de los brazos vos.
LEONARD. Ve tú con ellos, villana.
CELIA. ¡Quíteos el cielo la vida!

(Llévanlo.)

LEONARD. ¿Esta adoraba?
N. ANT. Perdida.
LEONARD. Tirana (1)
vi su voluntad (1)
a vengar mi enojo ansí;
como su sangre bebí,
ya se ha aplacado mi fuego.
N. ANT. La quinta donde me aguarda
Batistela es la que veo.
LEONARD. Cumplió mi amor su deseo.
N. ANT. Sube a caballo, Leonarda.

(Vanse. Salen BATISTELA, *un* CAPITÁN ESPAÑOL *y gente.)*

BATISTEL. Como digo, capitán,
pueden quedar emboscados
a la entrada de ese soto,
porque si trajere Nardo,
sospechando mi traición,
algunos de sus soldados
puedan hallar resistencia;
si bien está confiado
de mi amistad, y lo dudo,
porque él es tan temerario
que aunque estuviera muy cierto
de la traición que le hago,
más que de toda su gente
confiara de sus brazos.
A la puerta de esta quinta,
en un aposento bajo,
pueden estar escondidos
ocho, los más alentados;
uno a la puerta le aguarde
cauteloso y desarmado
porque no le dé sospechas
con que esta ocasión perdamos.
En preguntando por mí,
encamínenle a este cuarto;
tú, capitán, valeroso,
que eres español bizarro,
con cuatro soldados tuyos,
como tu pecho esforzados,
en aquese corredor
podéis estar aguardando;
y cuando oyereis que digo:
«Date a prisión«, con los lazos
que tenemos prevenidos
le ataréis los pies y manos;
porque si lugar le dais
para reñir, abreviando
el término de las vidas
hará tan mortal estrago
que cuando a prenderle lleguen
queden los más en el campo,

(1) Verso incompleto.

en breve espacio de tierra,
heridos y desangrados.

CAPITÁN. Ya el soto guarda por Celio
con veinte amigos honrados;
porque si trajera gente
puedan impedirle el paso;
veinte bastan, que el camino
por medio de dos peñascos
rompe, y está tan estrecho
que veinte pueden guardarlo.
Aurelio con otros ocho
guarda la puerta; Torcato
con sus tres amigos guarden
el corredor; a mi lado
todos cuatro son valientes.

BATISTEL. Advertir pues que en llamando
salgáis, que si no salís
es tan astuto y osado
que podrá darme la muerte
y escaparse de mis manos.
Yo conozco bien sus fuerzas,
por eso estoy recelando
que si no salís tan presto
hallaré en su acero el pago
de ser desleal amigo.

CAPITÁN. Bien puedes perder cuidado.
Al punto que tú dijeres:
«Date a prisión, ayudando
tan deseada ocasión,
los has de hallar a los cuatro.
¿Qué falta agora?

BATISTEL. Que avise
Leonido, que está en lo alto
de esta casa descubriendo
en los dilatados campos
a Nardo Antonio, si viene
solo o acompañado.

CAPITÁN. Buena prevención; al punto
que lo prendan, un caballo
reventaré hasta llegar
de Nápoles al palacio,
donde las dichosas nuevas
el Virrey está aguardando.

(Sale LEONIDO.*)*

LEONIDO. Ya viene.

BATISTEL. ¿Solo?

LEONIDO. Dos son
los que he descubierto; entrambos
vienen a caballo.

BATISTEL. Amigos,
ya la ocasión ha llegado.

CAPITÁN. Ea, soldados, al puesto.
¿Entrarán los dos?

BATISTEL. Abajo
pueden detener al uno,
sólo Antonio suba. ¡Cuánto
recelo que, divertidos
y de mi voz descuidados,
no me habéis de oír!

CAPITÁN. Sí haremos.

(Vanse.)

BATISTEL. Yo quedo con gran cuidado.
Desleal amigo soy;
pero soy leal vasallo.
Valiente es Antonio, temo
que no me han de oír los soldados.
¡Ce!

(Sale el CAPITÁN.*)*

CAPITÁN. ¿Qué hay?

BATISTEL. Que no se descuiden.

CAPITÁN. No haremos.

(Vase.)

BATISTEL. Estoy temblando.

(Dentro, NARDO.*)*

N. ANT. Aguarda, Leonarda, aquí;
luego subirás.

LEONARD. Ya aguardo.

BATISTEL. Capitán.

(Sale el CAPITÁN.*)*

CAPITÁN. Diga.

BATISTEL. Ya sube;
no se duerma.

CAPITÁN. ¡Extraño caso!:
todos están sobre aviso.

BATISTEL. Calle y éntrese.

CAPITÁN. Ya callo.

(Vase.)

BATISTEL. El hacer una traición
mucho acobarda, yo caigo
en deshonor con mi amigo,
lo que con él pierdo, gano
con el Rey, dándome en premio
por Nardo diez mil ducados.
Mucho puede el interés;
por él le pierdo y le mato...
Ya le veo, disimulo,
aunque al verlo me acobardo.

(Sale NARDO ANTONIO.*)*

N. ANT. Con algún recelo vengo,
que pienso, si no me engaño,

que al subir esta escalera
he sentido algunos pasos
que no son de un hombre solo.
Quizá serán los criados
del secretario del Conde;
si no lo fueren, yo basto
para matarlos a todos.
Estuve determinado
de volverme, ¡vive Dios!,
pero fuera hacer agravio
a mi valor, en mostrar
cobardías; no me espanto,
aunque cien mil me acometan
por todos vale este brazo.
No consentí que Leonarda
se apease del caballo
hasta que yo la avisase.
Este dicen que es el cuarto
adonde está Batistela.

BATISTEL. Llegaré disimulado
y le prenderé; ¿quién es?

N. ANT. Nardo Antonio.

BATISTEL. ¡Amigo!

N. ANT. ¡Hermano!,
dame tus brazos.

BATISTEL. Recibe
de un buen amigo estos lazos.
Agora, amigos.

N. ANT. ¿Qué es esto?

BATISTEL. ¡Prendelde!

N. ANT. ¡Suelta, villano!
¿Con traición me aguardas?, ¡muere!

(Abrázanse y forcejean, y cae debajo BATISTELA *y* NARDO *le da una puñalada.)*

BATISTEL. ¡Amigos!

CAPITÁN. Salid, soldados.

(Salen todos.)

N. ANT. La pistola me dejé
en la muerte de Gerardo.

CAPITÁN. Si no quieres hoy morir,
date a prisión.

N. ANT. Lleva rayos
mi espada; será imposible.

CAPITÁN. ¡Acudid presto; mataldo!

N. ANT. Huye, Leonarda, que yo
presto de matar acabo
esta canalla; ¡ah, traidores!,
¿tantos os habéis juntado?
Pero ¡qué digo!, si yo
valgo solo más que tantos.

CAPITÁN. Matalde si no se diere;
cierra la escalera, Otavio,
no se nos baje por ella.

N. ANT. Confieso que estoy cansado.
¡Oh, perros!, ¿a Nardo Antonio?
Válgame agora este salto.

(Hace que se arroja.)

CAPITÁN. Por la ventana saltó:
abrid la puerta volando;
seguilde, no se nos vaya.

(Vanse. Sale por una puerta NARDO ANTONIO, *lleno de sangre y como que se ha quebrado una pierna, arrimándose en la espada.)*

N. ANT. Una pierna me he quebrado,
escaparme es imposible.

(Salen todos.)

CAPITÁN. ¡Ríndete, Antonio!

N. ANT. Es en vano;
pero no puedo, por Dios.

(Pelea, y hace que se cae, y se defiende.)

CAPITÁN. No lo maltratéis, dejaldo.
Muestra la espada.

N. ANT. ¿La espada?

CAPITÁN. La espada.

N. ANT. ¿Hay algún soldado
español entre vosotros?

CAPITÁN. Yo lo soy.

N. ANT. A ti la allano.
¿Español eres?

CAPITÁN. Sí, soy.

N. ANT. Toma la espada y mis brazos.
¡Ah, españoles, lo que os quiero!

CAPITÁN. ¡Por Dios, que me obliga a llanto!

N. ANT. ¡Castigo del cielo ha sido!
¿Y Leonarda?

CAPITÁN. Mis soldados
fueron tras ella corriendo
y aun pienso que la alcanzaron.

N. ANT. Mírame, español, por ella
pagarásme en esto cuanto
por los españoles hice,
nación de pechos hidalgos.

CAPITÁN. Llevalde, que se desangra.
Antonio, pierde cuidado:
yo la sabré defender.

N. ANT. En ella mi honor te encargo:
eres español, en fin,
no recelo doble trato.

(Vanse y sale el VIRREY *y* VALERIO.)

VALERIO. Seguro esté Vuexcelencia

que preso le han de traer.
MIRANDA. Temo que no han de poder,
porque no han de dar licencia
el valor que he conocido
en Antonio, desde el día
que entré en Nápoles.
VALERIO. Podría
haberle agora perdido.
MIRANDA. Si le prende, no entrará
en la cárcel, desde aquí
su castigo prevení
y justa muerte será.
Si es que prenden a Leonarda,
en lazo de amor contento;
que su muerte y casamiento
hoy en Nápoles le aguarda.
Dicen que Nardo previno,
y aún a mí me lo rogó,
que en Nápoles fuese yo
de aquestas bodas padrino.
Y aunque con mayor honor
quiso que en ellas le honrase,
razón será que se case
como quiso su valor.
VALERIO. Mucho tarda el Capitán.
MIRANDA. Yo le mandé que corriese
un caballo y me trajese
las nuevas.
VALERIO. Dando estarán
el modo de su prisión.
MIRANDA. Soldados valientes lleva;
de buena o de mala nueva
aguardo resolución.
Diez mil ducados le vale
la prisión a Batistela.
VALERIO. Es ingeniosa cautela.
MIRANDA. Si con sus ardides sale,
descansado ha de vivir.
VALERIO. Favor valiente le aguarda.
MIRANDA. Todo lo que Antonio tarda,
se le dilata el morir.

(Sale el CAPITÁN.*)*

CAPITÁN. Con el premio y las albricias,
deme los pies Vuexcelencia,
preso viene Nardo Antonio;
ya, señor, cesó la guerra
de un poderoso enemigo,
segur de vidas ajenas,
cuyas furiosas ruinas
hoy tus soldados lamentan;
y a manos de su rigor
murió, señor, Batistela.
De una sala donde estaba
cerramos todas las puertas,
pero saltó valeroso
por una ventana de ella.
De la soberbia caída,
quedó rompida una pierna;
y a mí, por ser español,
me rindió la espada fiera,
encargándome a Leonarda,
que también te traigo presa;
aunque fué menester mucho
para alcanzalla y prendella;
porque en un veloz caballo,
vencidos los vientos deja,
huyendo nuestro rigor,
pero por incultas sendas
tus soldados la atajaron.
Yo pienso, señor, que llegan,
que la confusión del vulgo
hasta aquestas salas entra,
mezclando los más conformes
con el gusto las ternezas.
MIRANDA. ¡Bien merecéis las albricias,
y el premio os daré con ellas
que a Batistela aguardaba
por tan grande diligencia.
CAPITÁN. Beso tus pies.
MIRANDA. Estos brazos
principio del premio sean.

(Salen SOLDADOS; *sacan preso a* NARDO *y a* LEONARDA, *atadas las manos.)*

CAPITÁN. Ya llega Antonio.
MIRANDA. ¡Por Dios,
que de su valor me pesa!
N. ANT. Hecho pedazos, señor,
hoy a vuestras plantas llega
un hombre honrado, vendido
por una amistad incierta.
Yo sé que vengo a morir
y que la mejor ofensa
merece mayor castigo:
sólo pido a Vuexcelencia
que con piedad española
de mi Leonarda se duela;
presa la traen tus soldados,
y en cada prisión de aquéllas
me tiene cautiva el alma:
que se las quiten ordena.
Muera yo, Leonarda viva;
ya conoces su nobleza;
forzada vino conmigo,
no ha de pagar su inocencia

lo que merecen mis culpas:
su perdido honor remedia.
Ea, español valeroso,
muestra piedad y clemencia:
viva Leonarda, y en mí
lluevan castigos y penas.

MIRANDA. Por Dios, que me ha enternecido.
Sabe el cielo que quisiera
perdonar a Nardo Antonio;
sus delitos no me dejan.
Con ella seré piadoso,
porque Antonio me lo ruega.
Ahora bien, por Dios, que tiemblo
el pronunciar la sentencia.
Pues los dos no están casados,
quiero que sus bodas sean
dentro de palacio, honrando
con mi persona esta fiesta.
Cumplirále Nardo Antonio
a Leonarda su promesa;
luego perderá la vida
Nardo; pondrán su cabeza,
para escarmiento de tantos
forajidos, en la puerta
de la calle de Toledo.
Leonarda quiero que tenga
fin religioso, ayudando
para su dote mi hacienda:
la Concepción española
será su cárcel perpetua.

N. ANT. Déjame besar tus pies;
sólo un español pudiera
hacerme favor tan grande.
Ya, Leonarda, viva quedas;
dame tus brazos, y al cielo
a Nardo Antonio encomienda.

LEONARD. No puedo sufrir el llanto;
morir contigo quisiera.

N. ANT. Ni yo puedo responderte,
que tengo atada la lengua.

MIRANDA. Llevaldos, que me enternecen;
porque dichoso fin tenga
la vida de Nardo Antonio
que hoy agradaros desea.

FIN

LA GRAN COMEDIA

DE

LA NECEDAD DEL DISCRETO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LAUREANO.
CELIO.
LEVINIA, *dama.*
TEODORA.
EL DUQUE DE FERRARA.
POLIBIO, *su secretario.*
BELETA, *criada*
MONGIL, *lacayo.*
CONSTANCIA, *dama.*
LISARDO, *caballero.*
MÚSICOS.
OCTAVIO.
FABIA.
JULIA.
CAMILA.

JORNADA PRIMERA

(Salen LAUREANO *y* CELIO, *con hábito de noche y valonas de estudiantes.)*

LAUREAN. Llama a ese balcón.
CELIO. ¿Con qué?
LAUREAN. Con la espada.
CELIO. Fuera en vano,
porque es corta para mano.
LAUREAN. ¿Y no alcanzarás?
CELIO. No sé;
aun si trujera montante.
LAUREAN. Busca una piedra.
CELIO. Es fineza
a mujer de tal dureza
llamar con su semejante.
Aunque cierto que el llamar
a ventana de mujer
con las manos ha de ser.
LAUREAN. Yo entiendo manos por dar,
y es metonimia extremada.
CELIO. Es de su causa el efeto
más eficaz y discreto.
LAUREAN. Sí, Celio; mas no me agrada
que solas a las mujeres
se presuma conquistar
con esta fuerza del dar,
porque, si advertirlo quieres,
pienso que no llamarás
a ventana, si pretendes,
del hombre que más entiendes,
que ha de resistirse más,
que el pleito, la pretensión,
el favor, la diligencia,
la amistad, la conferencia (1)
no se corresponde al dar,
si llamas con el dinero,
que no hay hombre tan severo
que el dar no pueda mudar;
y puesto que haberle puede,
será fénix de valor.
CELIO. En las conquistas de amor,
nunca yo he visto que quede
rendido el fuerte interés.
LAUREAN. Llama agora a esta señora.
CELIO. Daré con la espada agora,
tú con dinero después;
mas si este después fuera antes,
antes te hubieran abierto.

(Sale LEVINIA, *dama.)*

LEVINIA. ¿Es el doctor?
LAUREAN. Y tan cierto,
que es un ejemplo de amantes.
Que aquel que con puro amor
desea gozar su gloria,
al reloj de la memoria
le pone despertador,
y así no puede faltar
a la hora concertada.
LEVINIA. Tenéisme muy obligada.
LAUREAN. Amor bien puede obligar.

---

(1) Falta un verso después de éste.

LEVINIA. Agora acabo de ver
que no hay tanta autoridad
que una tierna voluntad
no pueda descomponer.
Un catedrático, un hombre,
Laureano, mi señor,
de vuestro raro valor,
autoridad, fama y nombre,
no en Bolonia solamente
adonde ya sois oído
con tanto aplauso y tenido
por único y excelente;
con tantas leyes, no sabe
una que tenga valor
contra las leyes de amor.

LAUREAN. Es emperador tan grave,
que deroga las demás.
Y si de historias sabéis,
otras muchas hallaréis;
porque en poniendo el compás
en el punto del amor,
llegaréis con el segundo
a hacer un círculo al mundo.

LEVINIA. Sin duda, señor doctor;
y así, rey, agradecida,
para mañana os convido
a este pecho agradecido
y a toda un alma rendida,
que esta noche no es posible
daros en casa lugar.

CELIO. Esto, señor, es llamar
a una dureza imposible.

LAUREAN. Calla, Celio. Mi señora:
tanto favor me suspende;
porque aunque el alma pretende
que se satisfaga agora,
con palabras de alegría
y muestras de obligación,
para tanta estimación
parece descortesía.

LEVINIA. Quedaos, Laureano, adiós,
que siento rüido en casa.

(Vase.)

LAUREAN. Adiós, mi bien.

CELIO. Esto pasa.

LAUREAN. Engañámonos los dos.

CELIO. ¡Vive Dios! que imaginé
que si vivieras cien años,
y más que instantes engaños
encarecieras tu fe
estas puertas cada día,
no alcanzaras un favor
de los menores de amor.

LAUREAN. Falsa fué la opinión mía.

CELIO. También, señor, puede ser
que tu mucha autoridad,
ciencia, talle y calidad
venciesen esta mujer;
No será flaqueza suya,
que a tu opinión de discreto
y de tan raro sujeto
es mejor que se atribuya.
No eres tú de los letrados
que saben solas sus leyes,
que en las artes de los reyes
sabes que son celebrados
tus (1) papeles y donaires,
y no es mucho que esta dama
se haya rendido a tu fama.

LAUREAN. Por ella anduve en los aires,
y de ver su liviandad,
ya estoy desenamorado.

CELIO. ¿Qué dices?

LAUREAN. Que me ha cansado
su mucha facilidad;
nunca, Celio, te confíes
de quien presto dice sí.

CELIO. ¿Y no has de volver aquí?

LAUREAN. No, por Dios. ¿De qué te ríes?

CELIO. De que para cosa igual
dejamos las hopalandas.

LAUREAN. Tres cosas, cuando son blandas,
Celio, me parecen mal.

CELIO. ¿Cuáles son, señor?

LAUREAN. El suelo,
el pescado y la mujer.

CELIO. En fin, ¿te quieres volver
a no volver?

LAUREAN. Y recelo
que no la veré en mi vida.

CELIO. ¿Tú eres discreto?

LAUREAN. No sé.

CELIO. ¿No es mejor que luego esté
la mujer agradecida?

LAUREAN. Amando sin voluntad,
mejor; mas para tenella,
qué discreto ha de ponella
en tanta facilidad?
¿De qué se queja después
quien tiene a mujer amor,
que le dió presto favor,
si otro gusto, otro interés,
le mudaron de intención?

(1) En el impreso «tres».

CELIO. No te quiero replicar;
pero bien puedes llamar
en este verde balcón,
adonde vive Teodora,
la que hablaste ayer, pasando
a escuelas.
LAUREAN. Voime acordando.
Pero es muy vana señora;
y préciase (1) de entendida
y cansar sobre cansado
es llover sobre mojado.
CELIO. Prueba, prueba, ¡por tu vida!,
que no quiero que te acuestes
con el enfado que llevas.
LAUREAN. Andándonos, Celio, en pruebas,
se irán las luces celestes
del manto azul a acostar
antes que nosotros.
CELIO. Llama,
que es una gallarda dama.
LAUREAN. Por ti me atrevo a llamar.
¡Ah del balcón!

(TEODORA, en lo alto.)

TEODORA. ¿Es Rugero?
LAUREAN. Otro aguardaban aquí.
No soy Rugero, aunque fuí
más firme y más verdadero;
y no cerréis el balcón,
mirad que soy Laureano.
TEODORA. ¡Jesús, el divino humano!
LAUREAN. Milagros, Teodora, son
del amor y la hermosura;
hoy os vi, y estoy de suerte.
TEODORA. Quedo; diréis a la muerte.
LAUREAN. Y dijera verdad pura.
TEODORA. Tengo cierta ocupación,
señor doctor, por mi vida;
Pero estoy agradecida
de suerte a vuestra afición,
y téngola de manera
a la fama que pregona
de vuestra rara persona,
que en más superior esfera
no se ha visto entendimiento,
que os quiero escuchar nañana.
LAUREAN. ¿A la puerta o la ventana?
TEODORA. Al alma y al aposento.

(Vase.)

CELIO. ¿Fuése?

(1) En el impreso «preciarse».

LAUREAN. ¿Qué habrá de hacer
tras tanta facilidad?
CELIO. No entiendo tu voluntad
ni tu modo de querer.
¿Cómo han de ser las mujeres
para ti?
LAUREAN. Como diamantes.
CELIO. En locuras semejantes
gastar tiempo y vida quieres.
Cuando no fueras letrado
y catedrático aquí,
y cuyo tiempo es en ti
tan preciso y ocupado,
era buena esa opinión;
pero quien tiempo no tiene,
mejor negocia, si viene,
y alcanza conversación.
LAUREAN. Eso no pienso yo hacer.
CELIO. Luego, ¿a vella no vendrás?
LAUREAN. Tan fácil es por demás.
CELIO. Hagamos una mujer
de un diamante o, como escribe
Ovidio, del pedernal,
de Anaxarte.
LAUREAN. Este oficial
que en esta casilla vive
tiene una hermosa aldeana
por mujer.
CELIO. Su necedad
no tendrá facilidad;
que ésta es siempre cortesana,
que dicen que la engendró
el trato en la cortesía.
LAUREAN. Hablarla Otavio solía
y le acompañaba yo.
Demos la vuelta a la calle,
que siento gente.
CELIO. Que estés
en opinión que si ves
que a tu ciencia, que a tu talle
se incline alguna mujer,
no has de quererla.
LAUREAN. A un diamante
ha de tener semejante
la que tengo de querer.
CELIO. Si quieres, para querellas,
de diamantes las mujeres,
más pensaré que las quieres...
LAUREAN. ¿Para qué?
CELIO. Para vendellas.
LAUREAN. Sí; pero es necio arrojarse,
el hombre que hallarla espera,

al conquistarla de cera
y al guardarla de diamante.

(Vanse. Salen el DUQUE DE FERRARA *y* POLIBIO, *su secretario.)*

POLIBIO.

Ninguno, gran señor, para tu intento
como es el catedrático que digo,
que a Bártulo y a Baldo se aventaja
y pudiera en Italia ser Licurgo,
como lo fué en Atenas el famoso
a quien deben las leyes su principio.

DUQUE.

Yo tengo, como sabes, muchos hombres,
Polibio, en mi ducado de Ferrara
que pudieran servirme en el gobierno
donde me dices ponga a Laureano,
catedrático insigne de Bolonia;
pero el ser naturales de mi tierra
me quita la esperanza, en mi concepto,
de que por dicha a mi disgusto salgan.

POLIBIO.

En su patria ninguno fué profeta;
palabras son de Dios, y, como El, ciertas;
fuera de que es antiguo entre señores,
y aun entre los demás del mismo vulgo,
no hacer estimación de cosas propias
y venerar las extrajeras mucho.
Si un hombre viene hablando en otra lengua,
aquél ha de ser médico famoso;
aquél, pintor, y aquél, divino artífice.
El libro en lengua propia no se estima,
ni lo que cría aquella misma tierra,
porque en no conocer los dueños dellas
estriba de las cosas todo el crédito.

DUQUE.

Bien dices, y así vemos que la fama
no se despega de la propia envidia,
sino es que muera el dueño que la tiene.
Dijo un discreto que era matrimonio,
Polibio, el de la envidia y de la fama,
que se apartaba sólo con la muerte;
de suerte, que al que nace en alguna arte
insigne, le está bien morirse presto;
y si la vida ha de costar la fama,
famoso en todo a mi enemigo llama.

POLIBIO.

Según eso, señor, ¿te detreminas
a llamar al insigne Laureano
y darle este gobierno?

DUQUE.

Todos dicen
que es de aqueste gobierno benemérito
entre cuantos famosos tiene Italia.
Dícenme que, después de lo que en leyes
tiene alcanzado de gloriosa fama,
es el hombre más raro y más discreto
que agora se conoce en toda Europa;
de su universidad tan aprobado,
que dos veces a Roma le han enviado,
y que ha hecho al Pontífice oraciones
que admiraban romanos Cicerones,
dejando atrás Demóstenes, Gracianos,
pues bien sabes si saben los romanos.

POLIBIO.

Siempre pensé que cuando me tratabas
de las partes de aqueste catedrático
ya le tenías elegido cónsul
y presidente de esta gran república;
agora te confieso mi sospecha.

DUQUE.

Imaginaste la verdad, Polibio;
ya tiene cartas el dotor, y pienso
que será la respuesta de las cartas,
porque le pido encarecidamente
que no dilate su venida, y creo
que le dará mi amor justo deseo.

POLIBIO.

Tú empleas, gran señor, este gobierno
en el hombre de Italia más famoso;
de mi parte y de muchos que le estiman
quiero besar tus pies.

DUQUE.

Gracias al cielo
que a gusto de mi tierra hallé quien tenga
la justicia, las leyes y el imperio;
porque muy pocas veces se ha juntado
mandar un hombre el pueblo y ser amado.

POLIBIO.

Todo eso alcanza el milagroso efecto
de ser amable, fácil y discreto.

(Vanse. Salen BELETA, *criada, y* MONGIL, *lacayo de* LAUREANO.)

BELETA. No me digas tales nuevas,
que me arañaré la cara.

MONGIL. Siempre amor en esto para.
BELETA. Bien con tu ausencia lo pruebas.
¿Y qué, a Ferrara te irás,
sin duda alguna, Mongil?
MONGIL. Pena de ser hombre vil,
desleal y infiel, que es más.
Yo he servido a Laureano
desde niño, como sabes;
Laureano, entre hombres graves,
más divino que hombre humano.
Hijo fuí de un escudero
que en papeles le sirvió;
púseme a escuelas, y yo
troqué a Virgilio y a Homero
por el libro de Vilhan,
en cuyas cuarenta hojas
tantas penas y congojas,
tantos hechizos están.
Y porque duda no lleves
si en decir cuarenta erré,
mira, Beleta, que fué
sacar los ochos y nueves;
dejé de latinizar,
y quedé tal, por mi culpa,
que, sin admitir disculpa,
me puso a lacayzar (1).
En cuyo oficio he vivido
con más gusto que una mula,
para que la adorne y pula,
menos enfadosa ha sido.
Ella y yo hablamos latín
cuando se ofrece ocasión;
sobre el quitar la razón,
argumento celemín.
Verdad es que, como es mula
de tan insigne dotor,
niega siempre la mayor
y la menor disimula;
y remitiendo las voces,
a coces parece a algunos,
que remiten, importunos,
sus argumentos a coces.
Con este oficio, aunque vil,
le he servido y te he servido.
BELETA. No te hubiera conocido
para perderte, Mongil.
MONGIL. Beleta, no te apasiones
ni des qué hacer a los ojos,
ni juntes, por darme enojos,
con lágrimas las razones.
Este duque de Ferrara
le ha hecho gobernador
de aquel Estado al dotor
por habilidad tan rara.
Allá habemos de medrar,
como en casa de juez
advierte que alguna vez,
por placer viene el pesar.
Tú serás más regalada
que la dama del dotor,
porque, si me tiene amor,
vara de alguacil no es nada.
No haya estafeta, Beleta,
que venga sin carta tuya.
BELETA. ¿Y ha de venir sin la tuya
alguna vez la estafeta?
Mas, ¿qué digo? Sí vendrá;
porque en mudando persona
hará dama la fregona
y sola me dejará;
donde me coma de celos
de ausentes, enfermedad.
MONGIL. Parad, ojuelos, parad;
no lloréis, dulces ojuelos
sino dadme alguna prenda
que confirme tanto amor.
BELETA. Quedo, que sale el dotor.
MONGIL. ¿Qué importa que ya lo entienda?

(Sale LAUREANO *en hábito de letrado y* CELIO *a la misma traza, y* CONSTANCIA, *dama.)*

CONSTAN. Déjame, que no quisiera
verte con tanta paciencia.
LAUREAN. Para llorar una ausencia
ojos de mujer quisiera.
CONSTAN. No los debeis de querer
sino para ser mudable.
CELIO. Necedad.
LAUREAN. Y muy notable,
siendo Constancia mujer.
¿Que, en efeto, ha confesado
que por mudarme quería
ojos de mujer?
CONSTAN. Si el día
de tu partida ha llegado
y me coge de improviso,
¿qué te espantas que esté necia?
LAUREAN. Constancia, mi dicha precia,
y que es la tuya te aviso.
Yo voy a mudar de estado,
pero no a mudar de fe,
que allá, Constancia, tendré
más amor y más cuidado.

(1) Quizá el poeta habrá escrito «lacayizar».

El aumento de mi bien
sólo ha de ser para ti.

CONSTAN. Si aquí mil veces te vi
falso y mudable también,
¿cómo esperaré que, ausente,
no serás cruel conmigo?

LAUREAN. No quiero argüir contigo
con tan falso antecedente,
sino pedirte licencia,
que me aguardan los caballos.

CONSTAN. Vas a gobernar vasallos,
vas a una gran preminencia,
vas a un oficio supremo.
¡Ay de mí, que quedo aquí
sin nada desto y sin ti!

LAUREAN. Adiós, que aun mirarte temo;
consuela, Celio, a Constancia
mientras los caballos tomo.

CELIO. Yo, señor, no entiendo cómo.

CONSTAN. Con acercar la distancia
que hay de tus brazos a mí.

CELIO. ¿Mis brazos?

CONSTAN. Sí, que te adoro,
que tanto más me enamoro
cuanto te apartas de mí.

CELIO. ¿Qué dices, Constancia?

CONSTAN. Digo
que me hubiera declarado
si yo hubiera imaginado
verme en tal punto contigo:
no pensé que Laureano
saliera jamás de aquí.

CELIO. ¡Bien pagas su amor ansí!
Quita, Constancia, la mano;
quita, que soy su criado.
¿Esas las lágrimas son?

CONSTAN. Por ti lloraba, a traición,
un llanto tornasolado,
que es agua de dos colores;
pues cuando el dotor pensaba
que por su amor la lloraba,
era por el tuyo, amores.

CELIO. Con agua de tornasol
no he visto llorar mujer.

CONSTAN. El cielo lo suele hacer,
y es cielo y llueve con sol;
quédate, mi Celio, aquí,
después seguirás tú dueño.

CELIO. Constancia, eso es viento, es sueño.
Leal y hidalgo nací.

CONSTAN. Oye, escucha, ¡hola, estudiante!
Mira que son burlas.

CELIO. Bien.

CONSTAN. Escucha: tanto desdén...
Mal hice; espera, diamante.

(Vase.)

MONGIL. Fuése tu señora, y creo
que con celos va enojada.

BELETA. Pienso que Celio le agrada
y no admite su deseo.

MONGIL. Al divino Laureano
deja Constancia.

BELETA. En mujeres,
¿elecciones justas quieres?

MONGIL. Pues, ¿qué tienen si esto es vano?

BELETA. Caprichos, arrojamientos,
antojos y desatinos.

MONGIL. Por esos mismos caminos,
¡buenos van mis pensamientos!;
que siendo yo lo peor
que hay en Bolonia, es forzoso
ser en tu gusto dichoso.

BELETA. Constancia amará al dotor;
pero no le entiende bien
aquellas divinidades.

MONGIL. La verdad, me persuades
de su engaño y su desdén.
Ya parten; quédate a Dios.

BELETA. ¿Has de olvidarme?

MONGIL. No sé;
lo que tú hicieres haré.

BELETA. ¿Y el vernos, Mongil, los dos?

MONGIL. Si tu mar corre en bonanza,
habrá posta y guardasol;
mas si, como caracol,
salgo al sol de tu mudanza,
ni sabrás nuevas de mí
ni en mi vida te veré.

BELETA. Presto verás en mi fe
con la lealtad que nací.

MONGIL. Todas nos lloráis partiendo,
mas sabéis también mudaros,
que nadie volvió a buscaros
que no os hallase riendo.

(Vase. Salen LISARDO, *caballero y* MÚSICOS.)

LISARDO. Desde aquí podréis cantar;
recorre la calle, Otavio.

OTAVIO. No hay, Lisardo, amante sabio.

LISARDO. Luego ¿no podré negar
que soy necio, pues no puedo
negar, Otavio, el amor?

OTAVIO. ¿Qué gente, calle o rumor,
Lisardo, te pone miedo

si a cantar vienes aquí
y toda la vecindad
lo ha de escuchar?

LISARDO. Es verdad.
cuantos aman son ansí,
que lo que dicen a voces
procuran disimular.

OTAVIO. No me acabo de admirar
de mil hombres, que conoces,
que siendo sus pensamientos
tan públicos en Ferrara
andan guardando la cara
con mil vanos fingimientos,
El que tiene de una dama
la posesión muchos años,
mal honrará con engaños
eso mismo, que es la fama.
El pobre que anda galán
de la seda y la cadena,
¿cómo de la lengua ajena
sus trazas se librarán?
La que admite cada día
hombres a conversación,
¿cómo a la que en un rincón
hace labor, desafía?
La que trae sobre sí,
lo que su dueño no adquiere,
¿cómo a un pueblo encubrir quiere
lo mismo que ven allí?
Yo no digo que en el mundo
no ha de haber casos extraños;
ríome de los engaños
en que estas locuras fundo.
Porque querer desdecir,
quien lo hace, lo mal hecho,
si lo pone sobre el pecho,
¿cómo lo puede encubrir?

LISARDO. En metiéndote en quimeras,
serás más necio que todos;
si tú del vivir los modos
reducir a virtud quieras,
cuando no te toca a ti,
que lo mismo te dirán
los que escuchándote están.

OTAVIO. Yo te lo confieso ansí.
Ni menos perjudicial
es un necio como yo,
que de todo lo que vió
habla mal y juzga mal,
que los mismos que he culpado.

LISARDO. Mira, Otavio: a los jueces
toca.

OTAVIO. Sí, mas muchas veces
el Argos más desvelado,
con los ojos del pavón
que le pintó la poesía,
no ve lo que ver quería:
tantos los Mercurios son.
Si un hombre de mal vivir
un ángel de guarda tiene,
¿qué hará el que a saberlo viene?

LISARDO. Ya no te puedo sufrir.
Calla, enhorabuena, ya,
que ya de Bolonia llega
a quien nuestro Duque entrega
este gobierno.

OTAVIO. Si hará;
pero, ¿bastará, si sabes,
a su remedio?

LISARDO. El dotor
tiene opinión superior
a los letrados más graves
que tiene Italia. (1)

OTAVIO. Otra cosa
es más fuerte y poderosa,
Lisardo, en tales sujetos.

LISARDO. ¿Cuál?

OTAVIO. El ánimo y el valor, (2)
para ejecutar sin miedo.

LISARDO. Cansado de oírte quedo,
habla otro poco en mi amor.

OTAVIO. En tu amor, ¿qué hay que decir
más de que Fabia es tu dama
y que sé que no te ama,
ni aun lo procura fingir?
Que es mujer de tal valor,
que es lo menos ser sobrina
del Duque.

LISARDO. Fabia es divina,
no es mujer.

OTAVIO. Y sin amor,
que aun esto bien puede ser.

LISARDO. No la igualo.

OTAVIO. Así lo creo.

LISARDO. Para mujer la deseo.

OTAVIO. Por fuerza, pues es mujer.

LISARDO. Sobre necio, estás pesado.

OTAVIO. Es tu propia guarnición.
Gente siento en el balcón.

LISARDO. Pues canten.

OTAVIO. Si está templado.

---

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) Sobra una sílaba a este verso.

(Canten:) «Recordad, ojuelos verdes,
que a la mañanica dormiredes.»

OTAVIO. Necia letra.

LISARDO. Que aun aquí,
no hay cosa que disimules.

OTAVIO. Si estotra los tiene azules
y los llaman verdes, di
¿cómo ha de salir a hablarte,
pues harás que alguna venga
que acaso verdes los tenga,
a estorbarte y a cansarte?

LISARDO. Alto, canten otra cosa,
para que Otavio nos deje;
que aunque es discreto, es hereje
de su gusto en verso y prosa.
(Canten:) «Mostradme esa mano
limpia, clara y bella,
y darame una mano
siquiera de vella.»

OTAVIO. ¿Hase oído desatino
semejante? ¿Mano agora
a una acostada señora?

LISARDO. Ya estoy, Otavio, mohino.

OTAVIO. La mano desde un balcón
que está seis picas en alto;
estás de juicio falto,
que sufres esta canción.
Mano limpia, clara y bella,
a una doncella acostada,
que la tendrá toda untada
y con mil mudas en ella.
Limpia: ¿quieres apostar,
que si a mostrártela viene,
que con el lardo que tiene
la puedes poner a asar?
Limpia y clara...

LISARDO. No cantéis,
porque no ha de haber canción
a que no ponga objeción.

OTAVIO. Mejor es que os acostéis,
que Fabia estará dormida.
Mañana mudad concetos.

LISARDO. No he de tratar con discretos,
si puedo, en toda mi vida.

(Salen el DUQUE DE FERRARA *con acompañamiento;* POLIBIO, *su secretario;* LAUREANO, CELIO *y* MONGIL; *criados.)*

DUQUE.

No puedo encareceros el contento
de haberos conocido, Laureano.

LAUREANO.

Ni yo, señor, os digo lo que siento,
de haber besado vuestra heroica mano.

DUQUE.

En vuestro talle estoy mirando atento
un divino Aristóteles greciano:
así debió de hablar y así tendría
aquella celestial fisonomía.

LAUREANO.

Si como vos sois Alejandro en todo,
fuera yo quien decís, Grecia le diera
ventaja a Italia.

DUQUE.

De ese propio modo
mi corto entendimiento os considera
y pienso que al bien público acomodo;
mas que si el de Catón el vuestro fuera,
todo cuanto pintara su deseo,
con tales partes adornado os veo.

LAUREANO

Que eran del hombre, gran señor, decía,
imagen las palabras el Maestro
de la buena moral filosofía;
Sol en prudente ejercitado y diestro,
y que en ellas el ánimo se vía
mejor que en el espejo el rostro nuestro,
tal por las vuestras, Príncipe, contemplo
vuestro raro valor, al mundo ejemplo.
Honráis a vuestra hechura; porque en vano
tuviera yo de mí tan gran conceto,
puesto que de ese ingenio soberano
le tenga el mundo en evidente efeto.
Sócrates, que de todo el resto humano
fué llamado el más sabio y más discreto,
del Oráculo délfico decía
que de ignorancia el presumir nacía;
Temístocles, de ciento y siete años,
dijo en el punto que a morir llegaba:
«Yo muero, ¡oh, vida vil llena de engaños!,
cuando aprender las letras comenzaba.»
Tendréis de mi ignorancia desengaños,
aunque en Bolonia en la opinión estaba
que a traerme a Ferrara os hizo gusto
en mi poco gobierno, aunque no injusto.

DUQUE.

No me puede mentir vuestra presencia
que desempeño de la fama ha sido.

LAUREANO.

Preguntando a Cenón la diferencia
que hay de lo verdadero a lo fingido,
dijo con divinísima prudencia,
que lo que hay de los ojos al oído;
pues nuestro oído lo fingido engaña
y la verdad la vista desengaña.
Ya vos me véis, señor.

DUQUE.

Y tan pagado,
que os diera mil gobiernos que tuviera;
nunca me pareció menor mi estado.

LAUREANO.

Con almas por palabras respondiera.

DUQUE.

Idos a descansar.

LAUREANO.

De mi obligado
pecho, y de lo que el vuestro considera,
de mi opinión, ¡oh, Príncipe excelente!,
lo que Tales respondo solamente:
Preguntáronle qué cosa
era más antigua, y dijo
que Dios, pues sabemos que es
increado, y sin principio.
Que la más hermosa, el mundo,
por su divino artificio.
La más capaz, el lugar
cuyos términos y sitio
comprehenden cualquier cosa
que se ha imaginado y visto.
La de más comodidad,
la esperanza, y fué bien dicho,
porque ésta sola nos queda
después de todo perdido.
La mejor cosa llamó
a la virtud, don divino,
y sin quien ninguna es buena,
o no hay extremo sin vicio.
La más veloz dijo el sabio
que era el pensamiento altivo,
en volar y en decender
más humilde que el abismo.
La más fuerte, y con razón,
la necesidad, que a un indio
pájaro da lengua humana
y al hombre ignorante aviso.
La más fácil, dar consejo;
muchos le dan sin pedirlo.
Y la más difícil, siempre,
el conocerse a sí mismo.
La más sabia dijo que era
el tiempo; éste, ¡oh, Duque invicto!,
os dirá lo que hay en mí;
y así, señor, os suplico
que al tiempo sólo y no más,
le remitáis mis servicios,
mis letras y mi lealtad:
Con esto licencia os pido
para prevenir mis cosas,
y puesto que soy indigno,
os beso los pies mil veces.

DUQUE. En mí tendréis un amigo.

LAUREAN. Y vos un esclavo en mí.

(Vase.)

DUQUE. Contento quedo y corrido
de que Ferrara no sea
un reino, un imperio rico.

CELIO. Deme a mí vuestra excelencia
los pies.

DUQUE. ¿Quién sois?

CELIO. Quien ha sido
sustituto algunos años
de Laureano; mal digo,
su hechura y criado soy;
Celio, señor, me apellido.

DUQUE. Huélgome de conoceros;
llegad, paseaos conmigo.
Diréisme de Laureano
las condiciones.

CELIO. Estimo
de manera a mi señor,
que diré que no ha nacido
ingenio su igual, aunque entren
Oldrado, Jacobo, Dino,
Bártulo, Baldo y Jason,
Decio, Alejandro, Alberico,
Siliceto y Purpurato,
Paulo de Castro y Marsilio.

DUQUE. No os pregunto de sus letras.
¿Es rico?

CELIO. Señor, no es rico.
Tenemos allá una ley
que a toda riqueza dijo
prefieran buenas costumbres.

DUQUE. Y fué con mucho juicio.
¿Es melancólico?

CELIO. No;
y de la opinión me río
que el discreto ha de ser triste
o que lo ha de andar consigo.

DUQUE. En fin, él es muy discreto.
CELIO. Y tan prudente, que afirmo
que pueden sus opiniones
ser en la Corte aforismos.
DUQUE. ¿Juega?, ¿tiene vicio alguno?
CELIO. ¿No sabes el cuento antiguo
de aquel astrólogo?
DUQUE. ¿Cuál?
CELIO. El que a Sócrates le dijo
que era ladrón, por las líneas
de la frente; y reprehendido
de sus discípulos, él
dijo: «Discípulos míos:
Así es verdad, que yo fuera
ladrón; pero he reprimido
el vicio con la virtud.»
Y así, en este hombre hay un vicio
que con la virtud reprime.
DUQUE. ¿Cuál, por mi vida?
CELIO. Es delito.
Algo fácil de perdón.
DUQUE. ¿Cómo?
CELIO. Es enamoradizo.
DUQUE. Esa falta es de hombres sabios,
filósofos y entendidos;
porque la mucha blandura
del sujeto en que el divino
ingenio suele fundarse,
los hace tiernos.
CELIO. Ya digo
que se reprime con la virtud (1)
fácilmente este enemigo.
DUQUE. Yo quiero darle un remedio,
que no será mal arbitrio.
CELIO. ¿Y qué remedio?
DUQUE. Casarle.
CELIO. Pues que ya a servirte vino,
de tu mano ha de ser eso.
DUQUE. Tengo aquí de un medio tío
una doncella, y es tal,
que si se la doy, le obligo
con mi sangre, por lo menos.
CELIO. Hacer hombres es oficio
de los dioses de la tierra.
DUQUE. Guárdete Dios, que yo fío
que habemos de ser los dos
el honor y ejemplo al siglo.

(MONGIL llega.)

MONGIL. Conozca vuestra excelencia
a Mongil.

(1) Verso largo. Quizá deba leerse: «con la virtud se reprime».

DUQUE. ¿Quién sois?
MONGIL. Un hombre,
hasta aquí de poco nombre.
CELIO. ¡Qué graciosa impertinencia!
¡Quita, quita!, ¿estás en ti?
DUQUE. Dejadle.
MONGIL. Soy del dotor,
criado; el dotor, señor,
lo es vuestro, y tócame a mí,
como a segundo arcaduz
de noria, de tal grandeza
ofreceros mi pobreza.
DUQUE. ¿Sois español?
MONGIL. Y andaluz.
DUQUE. A los españoles amo,
y a vos, por ser del dotor.
¿De qué le servís?
MONGIL. Señor,
soy facistol de mi amo.
DUQUE. ¿Cómo facistol?
MONGIL. Yo llevo
los libros en que ha de estudiar;
se suele a veces mudar.
DUQUE. ¿Sois casado?
MONGIL. Soy mancebo,
aunque mi familia tengo,
que es dos mulas y un rocín,
a quien enseño latín
y a ser su maestro vengo,
con cargo que cada día
les dé tres veces lición.
DUQUE. Vuestro humor y condición
conozco.
MONGIL. Vuesa señoría,
vuesa merced, vuestra alteza,
o lo que fuere servido,
me mande.
DUQUE. Denle un vestido.

(Vase.)

MONGIL. Veas presto en tu cabeza
el laurel del Alemán.
CELIO. ¿Estabas en ti, Mongil?
MONGIL. Celio, no hay cosa más vil
que un vergonzoso galán,
un criado temeroso,
un pleiteante atajado,
un agudo convidado
y un pretensor codicioso.
Estos que saben latín
todo piensan que es hablar
en jerigonza, y mirar
el principio, el medio, el fin,

el pro y el contra a las cosas.
Yo me entiendo.
CELIO. Loco estás.

(Salen LAUREANO, OTAVIO, LISARDO *y otros.)*

LAUREAN. ¿Quédame ya que hacer más?
LISARDO. Con dos visitas forzosas
está todo concluído.
LAUREAN. Dióme sus manos agora
la Duquesa, mi señora,
y estoy muy favorecido.
LISARDO. Besaldas a su sobrina,
y después iréis a ver
una entendida mujer,
y en las letras peregrina,
que en un monasterio está.
LAUREAN. ¿Hermana del Duque?
LISARDO. Sí.
OTAVIO. Fabia os viene a ver.
LAUREAN. ¿A mí?
OTAVIO. Por vuestra fama será.

(Entra FABIA.)

FABIA. Cuando entrasteis a besar
las manos a la Duquesa,
no estaba yo allí, y me pesa,
por no haberos visto hablar
con tan entendida dama.
LAUREAN. Quien os ve y os oye a vos
no envidiará de los dos
la hermosura ni la fama.
FABIA. Vos seais muy bien venido.
LAUREAN. ¿Qué mejor, pues he mirado
en vos del cielo un traslado,
y con haberos oído
el concierto y armonía
con que este mundo gobierna?
FABIA. Vuestra fama será eterna
y inmortal la dicha mía
si caigo en vuestra alabanza.
A mi tía voy a ver;
no me puedo detener,
mas quedo con esperanza
de veros con mucho espacio,
que hoy, por cierta ocupación,
he perdido esta ocasión
y no he venido a palacio.
Soy, aunque necia, extremada,
en estimar un discreto.
LAUREAN. Que no seré yo os prometo;
pero vos tan estimada
por esa causa de mí
como es el entendimiento
del alma.
FABIA. Ese ofrecimiento
no puedo pagar aquí;
mas, señor Gobernador,
días para vernos quedan.
LAUREAN. No serán tantos que puedan
contentar mi justo amor.
FABIA. ¿Amor tienen los letrados?
LAUREAN. Si quien más sabe, más quiere,
desto pienso que se infiere
que son más enamorados.
FABIA. Quedaos aquí, que conmigo
irán estos caballeros.
LISARDO. Aquí tenéis escuderos.
LAUREAN. ¡Oh, Celio, Dios me es testigo
que no vi más discreción
junta con tal hermosura!
CELIO. ¿Y Constancia?
LAUREAN. Ya procura
la casa del corazón
desocupar a esa dama.
CELIO. Aun, si lo supieses bien,
amor se hiciera desdén
y más que hielo tu llama.
LAUREAN. ¿Cómo?
CELIO. Asióme, a la partida,
y requebróme.
LAUREAN. ¿A ti?
CELIO. Sí.
LAUREANO. ¿Constancia?
CELIO. La misma.
LAUREAN. Di
la inconstancia más fingida.
¿No es bueno que no he servido
mujer constante?
CELIO. Es verdad;
pero poca calidad
y poco ingenio has tenido. (1)
LAUREAN. ¿Son todas desta manera?
CELIO. No, por Dios, que hay mil constantes
con sus mudables amantes.
LAUREAN. Ellas son de vidrio y cera.
No más Constancia; de hoy más
reine Fabia, esta señora
que acaba de hablar agora.
CELIO. ¿Cierto?
LAUREAN. Cierto.
CELIO. ¿Qué darás
por saber que es tu mujer?

(1) Así en el original; pero quizá sea «querido».

LAUREAN. ¿Estás loco?
CELIO. No ha un momento
que el duque tu casamiento
concertaba.
LAUREAN. Puede ser,
según me muestra afición.
Mas, ¿será bueno casarme?
CELIO. ¿Qué mejor?
LAUREAN. Quiere obligarme
al yugo de la razón.
Ve, Mongil; tráigase aquí
toda la ropa.
MONGIL. Yo voy.
LAUREAN. ¿Qué dices? ¿Casado estoy?
CELIO. El Duque lo dijo así.
LAUREAN. Pues, vamos; que si, en efeto,
me da a Fabia por mujer,
me casaré, aunque es perder
esta opinión de discreto.

JORNADA SEGUNDA

(Salen OTAVIO *y* LISARDO.*)*

OTAVIO. De tu esperanza perdida
astrólogo me has fingido.
LISARDO. Pésame que lo hayas sido
tan a costa de mi vida.
Casó el Duque a Laureano,
con grande aplauso y contento;
y fué, Otavio, el casamiento
como de su heroica mano.
Que, aunque es verdad que me
no pudo tan gran señor [agravia,
casarle con más valor,
ni menos que darle a Fabia.
Ya con Fabia está casado,
de quien es prenda tan cara,
que se gobierna Ferrara
por su melindre y enfado.
Aunque, si verdad te digo,
no falta murmuración
de su libre condición.
OTAVIO. ¿Libre?
LISARDO. Yo he sido testigo
en más de dos ocasiones.
OTAVIO. Bien sabes que en el mandar
es la pensión el estar
sujeto a murmuraciones.
LISARDO. Es tan discreto y gallardo,
Otavio, el Gobernador,
que obliga a tenerle amor.
OTAVIO. Las ocasiones, Lisardo,
que en este gobierno tiene
le harán parecer liviano.
LISARDO. Ya no estudia Laureano,
y, en efeto, se entretiene,
según se murmura del,
en ser de noche galán
de algunas damas que están
mal consigo y bien con él.
OTAVIO. ¡Qué enfermedad de discretos,
si es amor enfermedad!
LISARDO. Dar rienda a la voluntad
no es acto de hombres perfetos.
OTAVIO. Hablarás tú con pasión;
pero, ¿cómo toma Fabia
los celos con que la agravia?
LISARDO. Con aumentar su afición;
aunque entiendo que no sabe
las historias de su esposo.
OTAVIO. El andará cuidadoso,
secreto, encubierto y grave.
LISARDO. Estímale el Duque tanto,
y así su ingenio encarece,
que todo bien le parece.

(Salen CELIO *y* LAUREANO.*)*

LAUREAN. A estas horas me levanto,
aunque tarde me acosté.
CELIO. Rondas y engañas tu esposa.
LAUREAN. Cierto que Fabia es hermosa
y que es lástima que esté
ociosa y enamorada,
como dice la canción.
CELIO. Aquí hay gente.
LISARDO. Amigos son.
LAUREAN. Siempre, Lisardo, me agrada
tener a la espalda amigos.
¿Ofrécese en qué os sirvamos?
LISARDO. A servir al Duque vamos,
adonde tendréis testigos,
de vuestro abono seguros.
LAUREAN. De eso estoy bien satisfecho,
que se ve el alma en el pecho
como por cristales puros.
Y suplícoos me mandéis.
LISARDO. Dios os guarde.
CELIO. No hay aquí
quien tanto me enfade.
LAUREAN. A mí
ya cinco veces o seis
me ha puesto este cortesano

en ocasión de pedille
que no entre aquí.

CELIO. No hay sufrille.

LAUREAN. ¡Por vida de Laureano!,
que ya que tocado habemos
materia, Celio, de celos,
aunque ni solos recelos
de Fabia tener podemos,
que te tengo de decir
una cosa que he pensado
que me tiene desvelado
y no me deja vivir.

CELIO. ¿Desvelado?

LAUREAN. De ti fío,
Celio, aquello que de mí.
Cierra esa puerta.

CELIO. De ti,
si hablas de celos, me río.
Porque siendo tú el liviano,
será bueno estar celoso
de un ángel tan virtuoso.

LAUREAN. Oye, Celio, a Laureano,
en la cátedra de celos,
liciones de necedad.

CELIO No ofendas la honestidad
en que se miran los cielos.

LAUREANO.

Celio, tú sabes que en Bolonia fuimos
muchas veces los dos a mocedades;
que hablamos, requebramos y rendimos
mil damas, mil extrañas voluntades;
tan pocas fuertes y rogadas vimos
de estados y diversas calidades,
que sabes tú que nos causaba espanto.

CELIO.

¿Adónde vas con desatino tanto?

LAUREANO.

Venidos a Ferrara, yo no he puesto
los ojos en mujer, su honor perdone,
que no la haya rendido o descompuesto.

CELIO.

En confusión tu libertad me pone;
mas como necedades me has propuesto,
no hallo satisfacción que más te abone.

LAUREANO.

Oye hasta el fin y escucha atentamente
antes que venga a divertirnos gente.
Saber deseo, y vivo desvelado,
si es Fabia, mi mujer, constante y firme.

CELIO.

Pues ¿qué ocasión a sospechar te ha dado,
ya que tal necedad quieres decirme?

LAUREANO.

Ninguna, por Dios vivo, ni aun cuidado
que pueda a tales celos reducirme,
porque ella es santa, virtuosa y casta.

CELIO.

Eso es verdad, y ser quien es le basta.
Y siendo así, ¿cuál ocasión te mueve
a pensar en aqueste desatino?

LAUREANO.

Saber si, viendo la ocasión, se atreve.

CELIO.

¿Pues eso intenta ingenio tan divino?
¿Poner quieres, señor, al sol la nieve,
la flor de almendro al cierzo, al fuego el lino
y la ocasión a la mujer? ¿No adviertes
que suele derribar a los más fuertes?

LAUREANO.

Celio, a mí se me ha puesto en la cabeza.

CELIO.

Bien dices; se pondrá, si eso prosigues.

LAUREANO.

Saber su resistencia y fortaleza.

CELIO.

Por Dios, señor, que ese rigor mitigues;
que no es bien que de algunas la flaqueza
a regla injusta y general obligues.
Si es casta y santa la mujer que tienes,
¿qué pruebas quieres?, o ¿a probarme vienes?

LAUREANO.

Yo, Celio, en esto desvelado vivo,
y me he resuelto en saber si Fabia
rinde a ruegos de amor su pecho altivo.

CELIO.

¿Tú eres el sabio?

LAUREANO.

Amor no es cosa sabia; (1)

(1) Falta a esta octava un verso después de éste.

sólo en saber si mi valor agravia.
que hay muchas castas por no ser servidas;
que está en el ser rogadas ser vencidas.

CELIO.

Ovidio te ha enseñado ese aforismo.
¡Maldiga Dios poetas habladores!
Bien los pinta Merlín en el abismo
por sus mentiras, sátiras y amores.

LAUREANO.

Esto, Celio, ha nacido de mí mismo,
que no lo sé de Ovidio.

CELIO.

Los errores
de las mujeres, de flaqueza llenas,
no ofenden ni deslustran a las buenas.
Mira cuántos ejemplos en historias
Hay de su castidad.

LAUREANO.

Eso querría,
que es celebrar a Fabia entre sus glorias.

CELIO.

¿Pues no es casta? ¿Qué quieres?

LAUREANO.

No podría
donde no ha habido guerra haber vitorias
ni corona de casta sin porfía;
que no ha de ser de honesta celebrada
la que jamás ha sido conquistada. (1)
Por eso alaban a la casta griega,
a Lucrecia, a Sulpicia y a Etelfrida.

CELIO.

Notable engaño y opinión te ciega;
pero escucha una cosa, por tu vida:
¿No has visto un hombre que en salud se entrega,
por tener la que viene prevenida,
a la purga, sangría y al jarabe,
que dice que es de la salud la llave,
y, teniendo compuestos los humores,
de suerte los revuelve dellos lleno
que en malos se convierten los mejores
y viene a estar enfermo estando bueno?
Pues eso mismo intentan tus errores,
que es hacer del antídoto veneno.
Si tienes mujer casta, necio eres,
pues revolvelle los humores quieres.

LAUREANO.

¿Tú me enseñas a mí?

CELIO.

Si en un camino
errase un Rey, ¿es mucho que un villano
le dijese, o sería desatino,
echad por esta o por aquella mano?
Bien (1) sé que te celebran por divino
y que eres el divino Laureano;
pero si vas, señor, errado acaso,
haz cuenta que un pastor te enseña el paso.

LAUREANO.

Celio, el ser singular mi ingenio pide
singulares efectos y opiniones.

CELIO.

Sí; mas con la razón regula y mide
la singularidad de tus acciones.

LAUREANO.

Ningún consejo lo que intento impide.

CELIO.

No te replico; pero ya que pones
tu honor en contingencia desta suerte,
¿quién ha de conquistar a Fabia?

LAUREANO.

Advierte;
¿de quién como de ti puedo fiarme?
Tú has de servirla.

CELIO.

¿Yo?

LAUREANO.

Tú; no te alteres;
y todo lo que pasa declararme.

CELIO.

¿Qué, aun eso más desatinarme quieres?

LAUREANO.

Con esto, Celio, puedes obligarme.

CELIO.

¿No miras que son vidrios las mujeres
y que quieren llevarse con gran tiento?

(1) No parece esta expresión la más propia: quizá estaría mejor «requebrada», «galanteada», etc.; pues después de «conquistada» poco hay que celebrar en ella; si no es que el autor da en este caso al verbo *conquistar* una acepción diferente de la, aun entonces, usual. Así parece en otros pasajes que siguen.

(1) En el original «Vería».

LAUREANO.

Quebrarla no, sino lavarla intento.

CELIO.

¡Y cuántos, por lavarlos, se han quebrado!
¿No has leído al principio de Herodoto
de aquel Rey que enseñaba a su criado
a su mujer? Pues vidrio fué, y bien roto.

LAUREANO.

Ya estoy de ejemplos bárbaros cansado.

CELIO.

Pues yo no lo probara de mi voto.

LAUREANO.

En fin, es necedad.

CELIO.

Yo te prometo
que vale por dos mil la de un discreto.
Tráenme a la memoria tus engaños
lo que dicen del gallo, y hoy lo pruebo,
que pone un huevo al cabo de diez años,
mas sale el basilisco deste huevo.

LAUREANO.

No hay consejos aquí ni desengaños;
hoy has de ser de Fabia amante nuevo;
finge, sirve, porfía.

CELIO.

¿Hasta qué tanto?

LAUREANO.

No lo sé agora, el tiempo dirá cuánto;
Pero advierte que te fío
todo mi honor.

CELIO. Ella viene.

LAUREAN. Voime.

CELIO. Mirar me conviene
por su honor y por el mío.
Mas si yo guardo secreto
en esto al Gobernador,
también ofendo su honor
y le disfamo, en efeto.
El me ha puesto en el estado
que estoy; darle gusto quiero,
pues de su locura espero
dejarle desengañado;
que yo sé de la virtud
de Fabia; que aunque yo fuera
Orfeo y cantando hiciera
parar la eterna inquietud,
no pudiera conquistalla.
y pues tan seguro estoy,
desde aquí principio doy
a cansarme y a cansalla.

(Sale FABIA.*)*

FABIA. ¿No estaba aquí Laureano?

CELIO. Agora se fué de aquí.
Lo que ha de pasar por mí
no pasó por hombre humano.
¿Hay tan loca necedad?

FABIA. Pedirle, Celio, quisiera
que a Otavia favoreciera,
con quien tengo yo amistad,
en este pleito que trata
con Fabricio.

CELIO. Aquí ha de entrar *(Ap.)*
el principio.

FABIA. Por mostrar
que no soy a Otavia ingrata
a la que della recibo.

CELIO. Sí, por aquí va mejor.
Aún no sé fingir amor.

FABIA. Fabricio, loco y altivo,
desprecia su casamiento,
teniéndola obligación.

CELIO. Si la tienes afición,
Fabia, ni por pensamiento
te pase pedir su bien
al Gobernador, que agora,
cuando a cierta dama adora,
te ha de pagar con desdén.

FABIA. ¿Hablas conmigo?

CELIO. Bien sé
que estoy hablando contigo.

FABIA. Pues ¿cómo hablando conmigo
tanta tu ignorancia fué
que dices que ha de mostrarme
desdén el gobernador,
porque tiene ajeno amor?

CELIO. Ya he comenzado a turbarme;
y en tan grande necedad,
me hallo confuso y turbado.

FABIA. ¿Qué dices?

CELIO. Que me ha cansado
su término y deslealtad,
hasta llegar a decir
lo que has oído de un hombre,
que idolatraba en su nombre;
Pero no puedo sufrir
que a tu divina hermosura,
que a tu gracia y discreción

se dé tan vil galardón.
¿Hay tan extraña locura?
Que me obligue de un discreto
la necedad a llegar
donde apenas puedo hallar
entrada a tan mal conceto.

FABIA. Nunca te he visto conmigo,
Celio, tan necio; ¿qué es esto?

CELIO. De estar con él descompuesto
nace el estarlo contigo.
Verdad es que proceder
no pudiera el desengaño
de su desdén y tu daño,
cuando no pudiera haber
de mi parte tanto amor,
que amor, señora, es culpado
de haberte desengañado,
si es desengañarte error.

FABIA. Que amor me tengas a mí,
está muy puesto en razón;
mas no con obligación
de desengañarme ansí.
Que aunque estoy agradecida,
pienso que más lo estuviera
si deste engaño no fuera
de tu afición advertida.
Mas ya, Celio, que lo estoy,
y ser tan propio en mujer
el deseo de saber,
mujer y ofendida soy,
¿Qué sabes de Laureano
contra mí?

CELIO. ¿No es rigor
contra ti, contra tu amor,
contra el Duque Otaviano,
contra las leyes divinas,
aborrecer tu hermosura,
por la infamia que procura
de mil mujeres indignas
un hombre de su valor,
cuando no fueras su esposa,
que es de esta ciudad famosa
espejo y gobernador?
¿Ha de manchar desta suerte
su virtud y autoridad?
¡Buena va la necedad!

FABIA. Aun no me atrevo a creerte.

CELIO. Amas, Fabia, no me espanto;
quien ama, tarda en creer
su daño.

FABIA. Antes suele ser
fácil en creerle tanto,
porque el amor y el temor
andan juntos.

CELIO. Es verdad;
pero en tu dificultad,
no muestras tenerle amor.
Vuelvo, Fabia, a disculparme,
por si te parece mengua
poner en mi dueño lengua,
debiendo honrarle y matarme.
Pero, como te decía,
procediendo tanto error
de la fuerza de tu amor,
esa es la disculpa mía.
Oye, así te guarde Dios,
con más quietud y sosiego
hoy que a tanta dicha llego,
que estamos solos los dos.
Desde que el Gobernador
vino a serlo de Ferrara,
la belleza de tu cara
me encendió el alma de amor.
Cuando fuiste su mujer,
de que el Duque tuvo gusto,
fué desengañarle justo,
pero no lo quise hacer.
Porque si no te casabas
con mi dueño, era imposible
verte, aunque el dolor terrible
de mis celos aumentabas.
Casástete, y yo lloré
de tal suerte el casamiento...
(no va malo el fingimiento, *(Aparte.)*
lindo principio le hallé),
que pensé perder la vida;
viví con esta esperanza
de que al fin la vida alcanza.
Esta esperanza perdida,
Dios sabe que no quisiera
vivir. (Fingiré llorar.)

FABIA. Celio, aunque te escucho hablar
en esta nueva quimera,
no entiendas que es porque gusto
de tan locos disparates;
mas sólo porque me trates
de su engaño y mi disgusto.
Que a no haberme prevenido
de que es mi esposo traidor,
ni yo escuchara tu amor
ni tú fueras atrevido.
Deja, por Dios, si no quieres
que te mande matar luego,
de ser tan loco y tan ciego,

y dime cuáles mujeres,
o bajas o principales,
Laureano quiere bien.

CELIO. ¿Tanto agravio y tal desdén
pagas con palabras tales?
Yo, ¿cómo puedo decirte
quién son, porque tantas son
cuantas mira, y mi intención
sólo intenta persuadirte
a que no le quieras bien?
Y en tenerme amor a mí
vengas tu agravio, que ansí
pagas desdén con desdén,
ingratitud con engaño
y engaño con deshonor.

FABIA. Vete de aquí.

CELIO. ¡Qué temor,
qué suceso tan extraño!
(Para principio esto basta.)
Yo iré a matarme.

FABIA. Harás bien.

CELIO. ¿Que en esto se ponga quien
tiene una mujer tan casta?
Dios nos libre que un discreto
haga alguna necedad.

(Vase.)

FABIA. Presumo que es falsedad,
para poner en efeto
su atrevimiento este loco,
cuanto me ha contado aquí;
que no es posible que a mí
y al Duque tenga en tan poco
hombre que llaman divino
por su raro entendimiento.
Sin duda que es fingimiento,
con que a declarar me vino
la mayor maldad que puede
hacer criado a señor;
pero no quiere el temor,
que amor satisfecho quede.
¿Julia, Julia?

(Sale JULIA.*)*

JULIA. ¿Qué me mandas?

FABIA. ¿No sabes lo que ha pasado?

JULIA. Algo tengo imaginado
del cuidado con que andas.

FABIA. No era sin causa el faltar
de noche el Gobernador,
rondaba, Julia, su amor;
esto llamaba rondar,
no hay delito do se esconda.

JULIA. Casar con justicia es eso,
que puede a cualquier exceso
dar por disculpa la ronda.
No hay celos habiendo vara,
sino sufrir y callar.

FABIA. ¿Cómo podré averiguar
con qué damas de Ferrara
anda de amor Laureano,
Julia, que me estoy muriendo?

JULIA. Que podrás saberlo entiendo
eso, claro, abierto y llano,
con sólo hablar a Mongil,
de quien de noche se fía.

FABIA. Cosa indecente sería
poner persona tan vil
por medio, por instrumento,
de cosas de tanto honor.

JULIA. Señora, ya de mi amor
conoces el fundamento,
que está en haberme criado
tan segura y tan leal;
si hablarte te siento mal,
no te dé hablarle cuidado,
sino fiálo de mí,
que con mostrarle afición,
dirá las damas que son.

FABIA. ¡Ay, Julia, qué viene aquí!

JULIA. Algún ángel le ha traído.

FABIA. Voime; mi honor te encomiendo.

(Sale MONGIL.*)*

MONGIL. Iba el paso deteniendo
y despertando el oído,
Julia mía, hasta saber
si estaba el paso seguro:
¿Cómo es esto?

JULIA. Yo le juro
que ya no le puedo ver.

MONGIL. Vuelve esa cara pascual,
así Dios te las dé buenas;
no escondas entre azucenas
ese carmesí coral,
que no te he dado ocasión.

JULIA. Estoy celosa de él.

MONGIL. Celos es cosa cruel;
y pedidos sin razón,
harán que salga de sí
el hombre de más paciencia.

JULIA. Ya sé toda la pendencia.

MONGIL. ¿Yo pendencia?

JULIA. El mismo; sí.
Ya sé dónde va de noche.

MONGIL. Yo, Julia, con mi señor,

tras un rocín andador
o a los estribos de un coche;
que le sirvo de valiente,
de bravo y espadachín;
que estos que saben latín
siempre son medrosa gente.

JULIA. ¿Con su señor? Miente, y crea
que todo se sabe ya.

MONGIL. Por Dios, que es él el que va
en casa de Dorotea;
una boba afeitadilla,
que no sé que ha visto en ella;
y anoche en casa de Isbella,
de comer barro, amarilla,
como nabo en azafrán;
que no sé qué halla el dotor
en gente de aquel humor.

JULIA. ¿A tales mujeres van
los hombres recién casados?
Mongil, mientes; que tú eres.

MONGIL. También habla otras mujeres
en diferentes estados;
pero es solamente hablar.

JULIA. ¿De otros estados? ¿Quién son?
No, Mongil; que tal traición
quieres con él disculpar.

MONGIL. El habla con cierta vieja,
cabos blancos con hollín,
que está de su vida al fin
y de ser niña se queja.
Y habiéndola conocido
más de mil años moza,
el mismo alcacer retoza
de los prados de Cupido.
Si la vieses, entre olores
y entre galas niñear,
vestir, hablar y tratar
de esperanzas y de amores,
reventarías de risa.

JULIA. ¿Y por ésa deja a Fabia?

MONGIL. Como con ésas le agravia.

JULIA. ¿Qué nombre tiene?

MONGIL. Florisa.

JULIA. Mal gusto.

MONGIL. Pues ésta es pajas
para una cierta Teodora
que visitamos agora.

JULIA. ¿Cómo?

MONGIL. Haz cuenta: dos tinajas,
una atrás y otra adelante,
que alforjas quise decir,
y guardéme de mentir,
por no ser cosa bastante.

JULIA. ¡Extraño caso!

MONGIL. Esto pasa.

JULIA. ¿Y tiénenle ellas amor?

MONGIL. Pienso que el Gobernador
no solicita su casa
más que para entrener
esta condición que tiene.

JULIA. Mongil, él pienso que viene;
adiós, que tengo que hacer.

MONGIL. Con esto habrás conocido
a lo que de noche voy.

JULIA. Ya de mis celos estoy
satisfecha.

MONGIL. Engaño ha sido.

(Salen CELIO *y* LAUREANO.)

LAUREANO.

Esto que digo pasa, señor mío,
que no era menos justo; pero advierte (1),
Celio, que la primera resistencia
no es en mujer ninguna, agradecida;
que la vergüenza natural la pone
entre el deseo y el temor, y sirve
de lo que la cortina en la pintura:
agora está la imagen encubierta,
pero en corriendo el trato el rojo velo,
descubrirás lo que es.

CELIO.

No puede el trato
correr esa cortina a su retrato;
yo sé que es Fabia, mi señora, honesta;
que fuera de tan áspera respuesta,
por la vista, en que cielo parecía,
el resplandor de la virtud salía;
bastará para intento, señor mío,
la primera probanza, pues la abonan
los testigos más nobles que ser pueden:
vergüenza, honestidad, castas palabras,
amenazas a mí y al cielo quejas.

LAUREANO.

Si la conquista en los principios dejas,
¿cómo podré saber si es firme y casta?

CELIO.

Porque esto es necedad, y hacerla basta;

(1) Así en el original; pero este pasaje debió de haberse escrito así:
CELIO. Esto que digo pasa, señor mío;
que no era menos justo.
LAUR. Pero advierte,
Celio, etc.

que hacerla un hombre, en fin, no es maravilla;
pero es más que de bestias proseguilla.

LAUREANO.

Cuando los griegos a vengar su injuria
vinieron sobre Troya, muchas veces
se quisieron volver, con mal consejo;
pero venciendo el ánimo gallardo
diez años de prudencia, les dió gloria.

CELIO.

Pues, ¿qué tiene que ver la griega historia
con que me mandes conquistar a Fabia
para saber si su virtud te agravia?
¿Tan bueno quedarás, si por ventura
fuese cual dicen de la piedra dura,
que el curso de una gota de agua ofende?

LAUREANO.

Prosigamos a ver a qué se extiende
esta flaqueza de mujer, que creo
que es curioso y muy nuevo este deseo.

CELIO.

¿Curiosidades buscas en la honra?
Brinco que había de estar entre algodones.
¿Posible puede ser que hablas de veras?
Mira, señor, que pienso que has perdido
aquel tan peregrino entendimiento,
que tal fama te ha dado entre los hombres,
y escucha un argumento facilísimo:
Si porque has conocido en mil mujeres
flaqueza en el rendirse conquistadas,
quieres saber si Fabia se defiende
por lo mismo que has visto, no es cordura,
pues la misma flaqueza te asegura.
Y si quieres tener mujer tan casta,
¿por qué la pones en peligro injusto,
de donde te resulte algún diegusto?
¿Sería bien que un hombre desease
saber si sanaría de una herida
que tuviese peligro de la vida,
y por eso se diese una estocada?

LAUREANO.

Celio, yo quiero ver si conquistada,
esta mujer que tengo es virtuosa;
que donde no hay conquista, es fácil cosa.

CELIO.

Cuentan de un gran filósofo que tuvo
tan gran deseo de saber cómo era
el alma que tenía, y qué era el alma,
que viendo que viviendo no podía
verla ni percibirla, cierto día
se dió la muerte y dijo desta suerte:
«¡Terrible necedad fué darme muerte,
pues lo que el tiempo hiciera brevemente,
quise yo anticipar como imprudente!»
¿Hasme entendido?

LAUREANO.

Sí.

CELIO.

Pues esto mismo
te viene a suceder; porque si quieres
ver la mujer que tienes, es locura
hacer lo que hará el tiempo; pues viviendo,
irás si es buena o mala descubriendo.

LAUREANO.

No hay que tratar en esto, antes me agrada,
pues que no era cristiano este filósofo,
que no aguardase al tiempo ni a la muerte,
si tanto ver su alma deseaba.
Ea, Celio, prosigue; vuelve luego
a dar segundo asalto a su firmeza.

CELIO.

Digo que iré; mas, ¡plega a Dios que presto
no te arrepientas!

LAUREANO.

Ella viene.

CELIO.

Vete.

LAUREANO.

En mi estudio te espero.

CELIO.

Yo no he visto
tan grande ingenio a tanto error sujeto;
no hay necio en su opinión como un discreto.

(Salen JULIA *y* FABIA.*)*

FABIA. En saber que tantas son,
pienso que me has consolado.
JULIA. Todo aquesto me ha contado.
CELIO. ¿Has mudado de opinión
con estas informaciones?
FABIA. ¿Sabes tú lo que he sabido?
CELIO. Algo he visto y algo he oído,
y a gran peligro te pones;
que en sabiendo Laureano
que andas en celos y enojos,

te hará burlas en los ojos
que las toques con la mano.
Un remedio te traía,
si Julia aquí no estuviera.

FABIA. ¿Julia?

JULIA. Señora.

FABIA. Allá espera.

JULIA. ¡Oh, necia sospecha mía!
Basta que el enredo ha sido
destos celos sin razón,
buscar alguna ocasión
de ofender a su marido.
A Celio sin duda quiere;
Celio, con quien yo pensé
casarme; pero yo haré
que tarde ofenderle espere. *(Vase.)*

FABIA. ¿Qué tienes imaginado
que remedie tanto mal?

CELIO. Si miras que estoy mortal
de tu amoroso cuidado,
¿qué remedio como en mí,
para vengar tu deseo?

FABIA. ¿Hablas conmigo? No creo,
villano, que estés en ti.
Otra vez vuelves a dar
en tu loco pensamiento.

CELIO. Soy hijo de un necio intento
que me manda porfiar.
Duélete, Fabia, de mí,
y no seas mi homicida,
que hoy me he de quitar la vida
si no hallo remedio en ti.
Bien creerás que no ha quedado,
por diligencias que he hecho,
el arrancar de mi pecho
este amoroso cuidado.
Pero es ya tan poderoso,
que no saldrá sin la vida,
si no es que este intento impida,
Fabia, tu pecho piadoso.
¡Ay, de mí, que sin querer,
he venido a tanto mal!

FABIA. Si estás en peligro tal,
un remedio puede haber.

CELIO. ¡Ay, señora!, y ¡qué remedio!
Como de tu hermosa mano.

FABIA. Que dejes a Laureano
y que pongas tierra en medio;
que ausentándote de mí,
no habrá, sin la causa, efeto.

CELIO. Que lo intento te prometo;
pero no vivo sin ti.
Porque en faltando un instante
de tu presencia no más,
es como dar paso atrás
para pasar adelante;
vuelvo con mayor furor.

FABIA. Pues si en eso piensas dar,
hoy te haré, Celio , matar.

CELIO. (Andaos a fingir amor.
El diablo me puso en esto:
¡ay, señor!, ¿qué quieres más?)

FABIA. ¿No te vas?

CELIO. Cruel estás.

FABIA. Y tú necio y descompuesto.

CELIO. Si por vergüenza me tratas
de esta suerte, yo atrevido
tu mano asiré, que han sido
muchas por vergüenza ingratas.

FABIA. ¿Hay semejante maldad?
¿Hay tan grande atrevimiento?
¡Criados!

CELIO. Mi muerte intento
con aquesta necedad.
Huirme quiero de aquí.

(Vase. Entra LAUREANO.*)*

LAUREAN. ¿Qué es esto, señora mía?

FABIA. Con Celio, señor, reñía.

LAUREAN. ¿Vos con Celio?, ¿cómo ansí?

FABIA. Estábame aquí diciendo
mil necios chismes de vos.

LAUREAN. ¿De mí? ¡Oh, qué bueno, por Dios!
¿Por qué ocasión? No lo entiendo.
¿Esto es criar a un criado?
¿Esto es dar a un hombre ser?
¿Celio sabe agradecer
desta suerte mi cuidado?
¿Y qué os decía de mí?

FABIA. Que andáis perdido en Ferrara,
y que una opinión tan clara,
mancháis, Laureano, ansí.
Que os murmuran los amores
de mil mujeres hermosas,
y otras mil indignas cosas
de tales gobernadores.
Díjome lo de Florisa
y la historia de Teodora,
fábula del pueblo agora
y de los mancebos risa.
Si el Duque viene a entender
que ansí desautorizáis
su gobierno y que tratáis
tan mal a vuestra mujer,
no se tendrá por servido,

que en el alma lo he sentido (1)
más de que os entretengáis;
aunque mucho más me holgara
que ese ingenio se empleara
mejor que vos le empleáis.
Triste cosa que un divino
guste de ser tan humano,
que hasta el vulgo más villano
le juzgue por desatino.
Y que parezca tan mal
que hasta su mayor privado
me haya sus vicios contado
para dar remedio igual.
Pero aunque buena intención
haya en decirlos tenido,
mucho atrevimiento ha sido,
y escuchar esta razón.
De casa le habéis de echar
hoy antes de anochecer,
o en no lo queriendo hacer,
yo sabré hacerle matar. *(Vase.)*

LAUREAN. ¿Fabia, Fabia?

(Entre CELIO.*)*

CELIO. ¿Estás contento?
LAUREAN. ¿Has oído lo que pasa?
CELIO. Todo, señor, lo escuché.
LAUREAN. Tú le has dicho, Celio, a Fabia
en lo que yo me entretengo,
sabiendo que en tales casas
no ofendo mi honor ni el suyo.
CELIO. En lo que dice te engaña,
porque yo sólo le dije
que de entretenerte tratas,
pero no dónde ni cómo.
LAUREAN. Vergüenza me dió escucharla.
CELIO. En esto conocerás
la quimera que levantas
y el peligro en que me pones.
Ya Fabia, celosa, trata
de decirte pesadumbres;
ya el Duque sabrá la causa;
ya dice que yo me ausente;
y en caso que no me vaya,
me amenaza con la muerte.
LAUREAN. Con la muerte te amenaza;
pero, ¡ay, Celio!, ¿cuántas fueron
como Sofronia y Baldraca,
como Dafne y como Porcia
y como cuentan de Fara,
que lloró tanto por ver
que su padre la casaba,
que vino a perder la vista.
Y después de conquistadas,
una y otra vez se rinden?
CELIO. Pues, con esto, ¿no te cansas
de tu loco pensamiento?
Tienes honra, señor.
LAUREAN. Calla,
que sospecho que aunque fuera
Fabia la pintora Marcia,
que figura de varón
jamás pintó, por ser casta,
pienso que el ruego pudiera
de aquel intento mudarla
si durara la porfía.
CELIO. Luego, ¿quieres que forzada
tu esposa adúltera sea?
¿No miras, señor, que agravias
tantas mujeres famosas
que en las divinas y humanas
letras el mundo celebra,
y las repite el Petrarca
en los Triunfos que escribió
de la castidad?
LAUREAN. Acaba;
sepamos este secreto.
CELIO. Pues ya ¿cómo puedo hablarla
habiéndome amenazado
que me ha de sacar el alma
si no me voy de sus ojos?
LAUREAN. Yo soy dueño de mi casa,
yo te sabré defender,
yo sabré desenojarla.
No ha pasado noche agora
por el enojo; esto basta.
Ven conmigo; escribirásle
con muchos requiebros y ansias
un amoroso papel
que pueda desenojarla,
y notarétele yo.
CELIO. Eso de locura pasa;
si no te quisiera tanto,
hoy saliera de Ferrara,
y aun del mundo.
LAUREAN. Calla, Celio.
CELIO. Pienso que a los dos engañas
para quitarnos la vida;
porque si sólo es probarla,
¿de quién se escribe en el mundo
que tuvo mujer honrada
y que la puso en peligro
de su honor y de su fama?

(1) Como se ve, faltan aquí dos versos.

LAUREAN. Necio el oro que el platero
sabe por cosa muy llana
que es oro, porque le toca,
y mira lo que señala.
CELIO. Por conocer los quilates.
LAUREAN. Pues eso intento con Fabia;
bien sé que es oro, y muy fino;
pero deseo tocarla
en aquesta piedra negra
de nuestra flaqueza humana
para saber los quilates
en que tengo que estimarla,
que si a veinte y cinco llega,
y de los que pienso pasa,
más es ángel que mujer.
CELIO. Tú le romperás las alas;
que las fuertes ocasiones
a muchas buenas y santas
quitaron de mano y frente
los laureles y las palmas.

(Vanse. Salen el DUQUE, OTAVIO, LISARDO *y* POLIBIO.*)*

DUQUE. ¿Mi sobrina tan aprisa?
POLIBIO. Y que ya a la puerta aguarda.
DUQUE. Entre, Fabia.

(Sale FABIA.*)*

FABIA. En esos pies
pondré la boca.
DUQUE. Levanta,
levanta, Fabia, del suelo.
¿Qué quieres? ¿Cómo turbada?
¿Cómo desta suerte aquí?
FABIA. Oye aparte una palabra.
DUQUE. ¿Son cosas de pena tuya?
FABIA. Son cosas que me traspasan
el corazón, señor mío.
DUQUE. ¿Lloras?
FABIA. Lloro.
DUQUE. ¿Por qué causa?
FABIA. Tú me casaste.
DUQUE. Es verdad.
FABIA. Yo pudiera estar casada
con calidad diferente.
DUQUE. Yo miré más en el alma
que no en las prendas del cuerpo,
fáciles, caducas, vanas,
y que el tiempo las consume.
FABIA. Sí; pero yo no buscaba
tan divino entendimiento
con persona tan humana.
DUQUE. ¿Es malo que humano sea?
FABIO. Malo para cosas bajas.
DUQUE. Ya te entiendo; y cuando vino
de Bolonia aquí, a Ferrara,
supe que ese humor tenía.
FABIA. Pues ¿para qué le casabas?
DUQUE. Para que no le tuviera;
pero pienso que te engañan
celos. ¿Eres muy celosa?
FABIA. Soy mujer y enamorada.
DUQUE. Vete, que yo le hablaré;
que pocas palabras bastan
para tal entendimiento.
FABIA. Dame esos pies.
DUQUE. Si te tardas
podrá ser que aquí te vea.
FABIA. Lisardo, oye dos palabras.
DUQUE. Vete, Fabia.
LISARDO. ¿Qué me mandas?
FABIA. ¿No decías muchas veces
que servirme deseabas
hasta aventurar la vida?
LISARDO. Y lo dije veces tantas
cuantas lo sabré cumplir.
FABIA. Hoy has de sacar la espada
y quitar la vida a un hombre.
LISARDO. ¿El nombre?
FABIA. Esta noche pasa
por mi reja y le daré
en un papel.
LISARDO. Ya te aguardan.
DUQUE. ¿Qué es lo que Fabia quería?
LISARDO. Debe de estar muy airada,
y en cosas desta manera
mal el secreto se guarda.
Mandóme matar un hombre.
DUQUE. ¡Vive Dios que la venganza
es mujer, naturalmente,
y que de celosa trata
Fabia de matar...!
LISARDO. ¿A quién?
DUQUE. ¿A quién? ¡Oh qué linda gracia!
¿No te dijo a su marido?
LISARDO. No, señor, porque me manda
ir a su reja esta noche;
pero sin duda le mata
de celos, como tú dices.
DUQUE. Celos, Lisardo, son agua
que por el verano viene,
suena mucho y presto para;
venme a avisar a quién dice.
LISARDO. Haré, señor, lo que me mandas.
DUQUE. Otavio.
OTAVIO. Señor.

DUQUE. Al punto
al Gobernador me llama.
OTAVIO. Yo voy por él.
DUQUE. Tú, Polibio,
di que le espero en la cuadra
que cae sobre el jardín.
LISARDO. ¡Qué quimeras tan extrañas
hace una mujer con celos!
Casóse, ya está casada,
tenga paciencia, pues yo
perdiéndola tuve tanta;
que los gustos del amor
con este censo se pagan.

JORNADA TERCERA

(Salen FABIA *y* CAMILA.*)*

FABIA. He tenido a gran ventura
que hayas venido a mi casa
en tiempo que por mí pasa
tan notable desventura.
¡Ay, Camila, cuán mejor
al templo de donde vienes
fuera yo a llevar los bienes (1)
de un cierto y seguro amor!
¡Cuán mejor hubieras hecho,
ya que estuvistes seglar (2)
seis años, allí entregar
a un hábito pardo el pecho!
CAMILA. Gracia tenéis las casadas
en aconsejar doncellas,
como si admitiesen ellas
ser de nadie aconsejadas.
Pasa por celos y enojos,
y la doncella suspira
por ellos y enojos mira,
porque se le van los ojos.
Que vosotras no ponéis
a cuenta de esos pesares
los contentos.
FABIA. No repares
en eso.
CAMILA. Siempre queréis
que esté el marido sujeto,
a quien Dios libre crió;
hombres son, y pienso yo
que es el tuyo más discreto.
No te quejes de sospechas.
FABIA. Ya las tengo averiguadas.
CAMILA. De pocas cosas te enfadas;
a gran religión estrechas
de un hombre el libre albedrío.
FABIA. ¿Mándale Dios ser ajeno?
CAMILA. No, sino tuyo.
FABIA. Eso es bueno.
Pues ¿cómo es ajeno y mío?
CAMILA. Anda, que te han engañado.
Casada estás; el desdén
no engendra amor; quiere bien
y verás tu amor pagado.
Con regalos vencerás.
Estar la mujer celosa
no es cosa muy peligrosa;
estarlo el marido es más.
FABIA. Poco sabes de desvelos.
CAMILA. Bien el Duque te empleó;
casada estuviera yo
y matáranme de celos.
FABIA. La necia doncellería
todo lo funda en casar,
sin ver que en echando azar
no es para perder un día,
sino la vida que pasa
más triste que los de Argel.
CAMILA. Así se queja el tropel
de mil necias que se casan.
Deja tus celos un poco;
y dime: ¿este Celio es hombre
de fama, opinión y nombre?
FABIA. ¡Qué pensamiento tan loco!
¿Tú no miras que es hechura
del Gobernador?
CAMILA. ¡Qué importa!
FABIA. Tu necia lengua reporta,
así Dios te dé ventura.
CAMILA. ¿Por qué?
FABIA. Nunca imaginara
que vinieras, pues se precia
tanto allí el saber, tan necia
del monasterio.
CAMILA. Repara
en que los hombres de letras
humildes principios tienen
y que a grandes cargos vienen.
FABIA. Luego ¿ya lince penetras
el lugar que ha de tener
Celio?
CAMILA. El que tuvo tu esposo.
FABIA. Laureano es generoso.

(1) En el original dice «Viernes».
(2) En el original «seglara».

CAMILA. Y Celio lo puede ser
tan con el grado en escuelas,
armas y caballería.
A un dotor vi yo un día,
uno destos, con espuelas
por [su] significación.
FABIA. Celio es un hombre sin fe;
tan desleal, que yo haré
matarle.
CAMILA. ¿Por qué razón?
FABIA. Sírveme.
CAMILA. ¿De eso te espantas?
FABIA. ¿Es buen trato a su señor?
CAMILA. Si tú le has mostrado amor...
FABIA. ¿Celos?
CAMILA. Eso me levantas.
FABIA. Yo te digo la verdad,
y como a necia te dejo.

(Váyase FABIA.*)*

CAMILA. No será en balde el consejo,
tendrá a Celio voluntad,
y levántale que rabia
de mi venida celosa
más que de su esposo, cosa
que no la creyera en Fabia.
Pero Celio lo merece,
Fabia; doblado mejor
acechó (1) mi amor, que amor
en la competencia crece.

(Váyase, y entre CELIO, *de noche.)*

CELIO. Amor, bien te pintan ciego,
no porque es forzoso errar,
pero porque diculpar
pudiese tus yerros luego.
¿Con qué notables quimeras
de nuestras almas te burlas?
Comienza a querer de burlas
y viene a querer de veras.
No ha sido sin ocasión,
¡oh Fabia! (2), quererte bien,
pues ya con menos desdén
escuchas mi pretensión.
Notó el papel su marido
y recibióle mejor;
que tiene ventura amor
cuando pretende fingido.
¿Qué quiere este hombre hacer?
¿A qué quiere que me obligue?
¿Qué fiera es esta que sigue?
¿No echa de ver que es mujer?
Cuentan de un Rey que decía
que de las faltas que hallaba
con buen gusto disculpaba (1)
en los jueces que tenía.
Porque él echaba de ver
que eran de muchos rogados;
con que están más disculpados
los yerros de una mujer.
Tanto la pueden rogar,
que aun pintada puede ser
de las paredes caer,
donde las suelen colgar.
Ahora bien, yo vengo aquí
a ver si por esta reja
entra con verdad la queja
que tantas veces fingí.
Pero aquí viene un galán.
¿Si es de Camila? Sí creo;
que no vendrá sin deseo
de donde con él están (2).
Vendrá a ver si hablalla puede;
pienso que me ha de estorbar.

*(*MONGIL, *lacayo, rebozado.)*

MONGIL. No pudiera a Julia hablar,
aunque a esperarla me quede.
Mil veces la noche al aire;
a la calle me ha traído
con más amor de su olvido
que tuve de su donaire.
Celoso de Celio estoy.
¿Si es este que a hablarla viene?
CELIO. Talle de bizarro tiene.
a reconocerle voy,
aunque no muy animoso.
MONGIL. El se me viene acercando
la espada y broquel sonando;
un poco estoy temeroso.
CELIO. Si se desemboza luego,
le acierto, aunque de sazón
no sea a questa lición.
MONGIL. Si se descubre, le pego.
CELIO. ¡Gentil mozazo, por Dios!
MONGIL. ¡Bravo tallazo de mozo!
CELIO. ¿Qué mira?
MONGIL. Voy de rebozo. (3)
CELIO. Así lo vamos los dos.

(1) En el original «azecho», este pasaje está alterado.
(2) En el original: «Abofia», por errata.

(1) En el original, «estas con buen gusto» etc.
(2) Verso, sin duda, errado. Quizá debe leerse «adonde con él están».
(3) En el original, por errata, dice «celoso».

MONGIL. Yo tengo dolor de muelas.
CELIO. Yo de un poquito de amor.
MONGIL. ¿De quién?
CELIO. Del Gobernador.
MONGIL. El rocín me pide espuelas.
CELIO. Esta es su casa; camine.
MONGIL. El camine.
CELIO. ¿Yo, villano?
MONGIL. Meta mano.
CELIO. Meto mano.
Y que soy Celio imagine.
MONGIL. ¡Tente, señor!
CELIO. ¿Es Mongil?
MONGIL. Mayor que de una viuda.
CELIO. ¿Contra mí, espada desnuda?
MONGIL. Es el demonio sotil.
Celos de Julia lo han hecho.
CELIO. No tienes de qué temer,
porque Camila ha de ser
desde hoy dueña de mi pecho.
Y pues veniste a ocasión,
toda esta calle me guarda.
MONGIL. Haréte cuerpo de guardia;
háblala y dame perdón.
CELIO. Retírate, que han abierto
la reja.
MONGIL. Allí me desvío.

(FABIA, en alto.)

FABIA. ¿Sois vos, señor?
CELIO. Sí, bien mío.
FABIA. Cumplido habéis el concierto;
este es el papel, tomad;
y creed, Lisardo amigo,
que a no poder más conmigo
mi honor que mi voluntad,
estuviera agradecida
a la vuestra.
CELIO. ¿Yo Lisardo?
FABIA. Mañana respuesta aguardo.
CELIO. Vos seréis, Fabia, servida
al paso que sois amada.
FABIA. Pues, Lisardo amigo, adiós.

(Quítese FABIA.)

MONGIL. ¿Qué habéis hablado los dos?
CELIO. El alma tengo turbada.
Hame dado este papel
y voile a leer.
MONGIL. Yo quedo,
Celio, a procurar, si puedo,
hablar mi desdén cruel.
Fabidalizando, no en vano (1)
era para mí tan santa,
nunca pensé que era tanta
tu ciencia, ¡oh gran Laureano!
CELIO. Voy a ver lo que le escribe.

(Váyase CELIO.)

MONGIL. En la voz he conocido
a Fabia; o fué que le he oído
la imaginación por si ve (2),
Cosa que aqueste villano
trate de hacer deshonor
del Gobernador.

(LISARDO entra con OTAVIO.)

LISARDO. Amor,
¿dónde me llevas en vano
a ver lo que Fabia intenta?
OTAVIO. Por Dios, que tenéis razón;
porque estas quimeras son
de que no vive contenta.
LISARDO. Ya no he podido excusar
de venir por el papel.
OTAVIO. Llegad al balcón, que dél
nos podemos informar.
MONGIL. Otros dos a la ventana.
¡Bueno anda, señor, tu honor!
OTAVIO. Gente he sentido y rumor.
LISARDO. Galán será de su hermana,
que hoy del monasterio vino.
OTAVIO. A reconocerle vamos.
MONGIL. Aquí hay gran mal si esperamos.
OTAVIO. No juzgue por desatino
el pedirle, caballero,
que se vaya o desemboce.
MONGIL. Si esta gente me conoce
lindo cintarazo espero;
fingir me quiero hombre grave.
Del Duque ¿no ves que soy
su secretario, que voy
secreto donde amor sabe?
OTAVIO. No te des a conocer,
que este es Polibio sin duda.
LISARDO. Y no dudo yo que acuda
al amor desta mujer.
OTAVIO. ¡Vive a Dios, que el secretario
es por quien quiere matar
a su marido.
LISARDO. Tratar
este enredo es necesario

(1) Verso errado; pero no atinamos a enmendarlo.
(2) Pasaje equivocado y difícil de restablecer. El «por si ve», deberá ser «percibe».

con el Duque, Otavio, luego.

OTAVIO. De este parecer estoy.

LISARDO. Tan necio pienso que soy
o que estoy de amor tan ciego, (1)
¿por qué no le mata él?

OTAVIO. Los secretarios, Lisardo,
matan con la pluma.

LISARDO. Aguardo
una desdicha cruel.

MONGIL. Lindamente me escapé
y ser Polibio (2) fingí.
Notables secretos vi
de aquesta mujer sin fe.
Dirélo; mas qué me enfada;
no, es más seguro callar,
que chismes suelen medrar
una gentil cuchillada.

(Salen el DUQUE *y* LAUREANO.)

LAUREANO.

Vengo a ver qué me mandas.

DUQUE.

No creyera
que un hombre docto y noble, Laureano,
desatinado en sus discursos fuera.

LAUREANO.

Pues yo, señor, ¿qué he hecho? ¿Puede alguno
quejarse con razón de mi gobierno?
¿Y dónde habrá Gobernador ninguno
sin enemigos, sin envidia y lenguas?

DUQUE.

No son fuera de casa. Laureano,
vuestros malos gobiernos, vuestras menguas.
Pues mirad que os aviso, que la vida
traéis a gran peligro, y si la enmienda
no queda desde agora prevenida,
haré yo con quitaros el gobierno
y dar un monasterio a mi sobrina
en vuestra libertad castigo eterno.
Yo os puse en el lugar de mis Estados
de mayor eminencia, imaginando
resolver en los vuestros mis cuidados.
No habéis salido como yo pensaba;
habéisos retraído, culpa tengo;
pero con esto entre los dos se acaba;
que yo, porque elegí mal informado
un hombre como vos, pues que lo quise,
quedaré con mi daño castigado.
Y vos, porque tan mal agradecistes
el lugar que os he dado, con perderme
el castigo tendréis que merecistes.
Idos a vuestra casa.

LAUREANO.

¿Qué respuesta
os puedo dar si estáis con tanta ira?
que aunque la blanda, fácil y modesta
tiembla el enojo, como dice el sabio,
no pienso que será de vos oída.

DUQUE.

No más, que a mí me consta del agravio;
Idos con Dios.

LAUREANO.

Haré, señor, tu gusto.
¡Oh que gran necedad hice con Fabia!
Merezco justamente mi disgusto.
De quererla probar me ha resultado
todo mi gusto mal; pruebe veneno
antes que su mujer, el que es honrado,
porque es poner en duda lo que es bueno.

(Vase LAUREANO, *y sale* LISARDO *y* OTAVIO.

LISARDO. ¿Puédote hablar?

DUQUE. Bien podrás.
¿Qué hay, Lisardo, del papel?

LISARDO. Lo que no ha sabido dél
supe de un hombre, que es más.

DUQUE. ¿Cómo?

LISARDO. Polibio es galán
de Fabia; Otavio, testigo.

OTAVIO. Que le vi en sus rejas digo;
ellos lo demás sabrán.
Y que nos dijo quién era
sin habernos conocido.

DUQUE. ¿El Secretario?

OTAVIO. El ha sido.

DUQUE. ¿Luego el Secretario espera
con matar a Laureano
casarse con mi sobrina?

LISARDO. Sin duda.

OTAVIO. Amor desatino.

DUQUE. Polibio.

POLIBIO. Señor.

DUQUE. No en vano
tus liviandades me fueron
siempre cansadas a mí.

POLIBIO. ¿En qué jamás te ofendí
si envidias no te ofendieron?

DUQUE. Secretario, en esta suma

(1) En el original, dice «loco» que no rima con «luego».
(2) En el original «polido» por errata.

del honor de Laureano
venís a ser más liviano
que vuestro papel y pluma.
Contra vos no es presunción
la que de vos he sabido;
a su puerta os han oído
hablar en vuestra afición.
Fabia es mi sobrina, y yo
soy el Duque de Ferrara. *(Vase.)*

POLIBIO. Señor, óyeme y repara
que la envidia te engañó.
Señor, no seas cruel;
tu entendimiento presuma
que hombres hechos por la pluma
tienen la dicha en papel.
Y si de papeles nace,
diré, pues te satisfizo,
que lo mismo que nos hizo
eso mismo nos deshace.
¿Yo a Fabia, yo a tu sobrina?
¿Yo matar a Laureano?
Pero, ¿qué me quejo en vano?
Ya mi fortuna adivina.
No más serenos jamás;
pues ser con el sol sabía
que donde dan cada día
eso es lo que sacan más (1).

(Váyase y entre CELIO.*)*

CELIO. Desatinado me trae
lo que en el papel escrito
hallé anoche por mi mal.
Mal dije; mi bien ha sido.
Que si viniere Lisardo,
como Fabia lo previno,
a estas horas estuviera
muerto Celio, su enemigo.
Vuelvo a sacar el papel
y cada vez me santiguo;
desde anoche son mil veces
las que lo tengo leído.
«A Celio, señor Lisardo;
este que a Ferrara vino
por asesor de este ingrato
es aquel hombre que digo
que habéis de matar, si sois
aquel caballero mismo
que me tuvo tanto amor
y que tanto me ha debido.»
¿Para qué vuelvo a leer
lo que aquella fiera dijo?
Descubierta su traición,
a la venganza me obligo.
Decir quiero a Laureano
que Fabia y el atrevido
Lisardo quieren matarle
para que les dé castigo.
Así de los dos me vengo.
¡Fuera amor, que es desatino
seguir una vanidad
adonde hay tanto peligro!
Este es el Gobernador.

(Sale LAUREANO.*)*

LAUREAN. ¿Es Celio?

CELIO. Quien siempre ha sido
el defensor de tu honra.

LAUREAN. ¡Ay, quién te hubiera creído!
Celio, conocí, aunque tarde,
que el ingenio más altivo,
el ingenio de hombre, al fin
(qué más ejemplo que el mío),
hincha la ciencia a los hombres;
pero el gran dotor lo dijo,
por antonomasia apóstol,
y en mi invención lo confirmo.
Ya sabe el Duque mis cosas;
y aunque pequeños delitos
en los hombres que gobiernan
parecen siempre excesivos,
echóme de su presencia,
y vengo tan ofendido
de las palabras airadas
por las obras que le han dicho
que me han de costar la vida,
porque un filósofo antiguo
reprensiones de señor
llamó invención los cuchillos.
El querer ser singular
a tanto mal me ha traído,
que está palacio revuelto,
vengados mis enemigos,
mi mujer hecha una fiera,
el Duque ya sin oídos,
mis amigos alterados
y mi casa laberinto.
¡Oh, famosa necedad!
¿En qué historias, en qué libros
de un discreto se ha contado
que semejante la hizo?
¡Ay, Celio!

CELIO. Calla, señor,
que mil discretos han sido
necios como tú.

(1) Pasaje obscuro.

LAUREAN. Merezco
con este despejo oírlo.
CELIO. ¿No sabes que Otaviano
quiso saber de Virgilio
si era hijo de aquel César,
y que un filósofo quiso
echarse en los fuegos de Etna
para que fuese creído
ser dios del vulgo ignorante,
y que un rey tuvo capricho
de imitar rayos y truenos
para ser por dios temido?
Cuentan de Pulida amante (1),
que viendo caer un risco
fué a tenerlo con los brazos
y feneció. El eco mismo (2)
de su nombre imitó tanto,
que dió en tener grandes libros,
grandes platos, grandes mesas,
gran mujer, grandes amigos,
grandes criados y, en fin,
vestir tan grandes vestidos,
que cuentan que en un zapato...
Mas yo, ¿para qué te cuento
ejemplos de desvaríos
cuando en tal peligro estás?
LAUREAN. ¿Luego mayor?
CELIO. Yo he sabido
que Fabia quiere a Lisardo,
porque anoche el cielo quiso
que me llamase en su reja.
LAUREAN. ¿Eso más?
CELIO. Tu dicha ha sido,
porque dándome un papel
dice en él: «Lisardo mío,
matad el Gobernador
y casareisos conmigo».
LAUREAN. ¡Ay, cielos, que darme muerte
de celos ha procedido!
y mi extraña necedad
de todo ha sido principio.
¿Qué me queda que esperar?
CELIO. Aquí ha de entrar tu juicio;
porque si al Duque te quejas
y me llevas por testigo
a reprender a Lisardo,
y, probándole el delito,
lo mejor será destierro.
LAUREAN. Fabia es ésta.
CELIO. Mi designio

(1) Así en el original. Ignoramos a quién se refiere
(2) Tampoco adivinamos la alusión.

es desterrar a Lisardo.
LAUREAN. Mi necio intento maldigo.
Nadie se fíe en sus letras,
que en las mías averiguo
que pueden errar los sabios
como unos bárbaros indios.

(Sale FABIA.*)*

FABIA. Señor mío, ¿solo aquí?
Mas cuando con Celio estáis
nunca mejor os halláis.
CELIO. ¿Celos, señora, de mí?
LAUREAN. Quien los tiene de tal modo
que a tales cosas se olvida,
¿qué mucho que de ti diga
y que los tenga de todo?
Mucho debo a vuestro amor;
pero Dios guarde a mi vida
del mejor cabello asida (1)
de tan celoso rigor.
FABIA. ¿Tan celosa soy?
LAUREAN. No sé;
pero escuchad una historia
que me vino a la memoria.
FABIA. ¿Historia?
LAUREAN. Yo os la diré.
Casó el valiente león
una sobrina ignorante
con el prudente elefante
por su mucha discreción.
Como suele acontecer,
al elefante le vino
voluntad de un desatino
y probar a su mujer.
Dijo a la zorra traidora,
porque entonces le servía,
que con su raposería
requebrase a su señora.
La zorra le dijo amores
y puso como ignorante
mil faltas al elefante,
que es desdicha entre señores.
Dióle, en efeto, a entender
que en el monte no dejaba
animal a quien no amaba,
con que abrazó la mujer.
Ella lo dijo al león,
que le puso en mil furores,
gran defeto de señores,
la primera información.
El le prometió quitar

1) En el original «caballero», por errata.

la vara que le había dado
del gobierno de su Estado
y a su sobrina encerrar.
Mas ella, que a un grueso toro,
camarero del león,
mostraba infame afición,
contra su honor y decoro,
que le matase ordenó
al elefante, y en tanto
permitió Júpiter santo
que la zorra le avisó.
Y el elefante, prudente,
y arrepentido de ver
que fué el probar su mujer
necedad impertinente,
buscando el más verdadero
remedio, lo halló de modo
que al fin, al fin, vino todo
a llover sobre el tercero.
Que satisfecho el león
y en santa paz los casados,
la zorra, por sus pecados,
vino a morir en prisión.

(Váyase.)

FABIA. ¿Qué es aquesto?
CELIO. ¿No lo ves?
FABIA ¿Cómo se va desta suerte?
CELIO. Porque has dado por su muerte,
Fabia, un injusto interés.
FABIA. ¿Cuál muerte?
CELIO. Ya lo ha sabido,
y que a Lisardo has hablado,
que fué tu galán pasado,
y ha de matar tu marido.
FABIA. El papel que yo escribí,
si Lisardo lo mostró,
no fué con deshonra, no,
mas para matarte a ti.
CELIO. Pues erraste, y es muy llano;
como furiosa escribiste,
que a donde Celio quisiste
escribiste Laureano.
Y el Duque lo sabe ya,
porque él a decirle parte;
tú procura remediarte.
FABIA. ¿Adónde el papel está?
Que yo no puedo creer
qué hayan dicho a mi marido.
CELIO. Pues que todo se ha sabido,
por Celio debe de ser.
FABIA. Aquella comparación,
tu cabeza amenazaba.
CELIO. Era que te aseguraba
por no amenazar el león;
y el engaño está de suerte,
que con veneno o espada
ya, Fabia, como culpada
te ha condenado a la muerte.
No fué por mi deslealtad
esto de tenerte amor,
sino del Gobernador
monstruosa necedad.
El, como te ha dicho a ti,
quiso probarte, en efeto;
fué necedad de discreto
que no hay que pasar de aquí.
Mira si servirte puedo,
que cualquiera loco error
nació del Gobernador;
por él disculpado quedo.
Tanto me forzaba amarte,
que, en fin, señora, te amé,
porque imposible te amé (1);
verte, hablarte, desearte,
con gusto de tu marido,
y salir con la vitoria.
¿No has oído aquella historia
del Rey que hicieron fingido
en el monte los pastores
de gracias (2), que castigaba
la gente que le enojaba,
hasta que a cosas mayores
levantando el pensamiento
del Asia vino a ser Rey?
Pues amor sin fe y sin ley
me dió el mismo atrevimiento;
que de burlas comencé,
yo vine a amarte de veras;
pero ya aquestas quimeras
van descubriendo tu fe,
tu virtud y tu lealtad,
escoge, que está en tu mano,
o matar a Laureano,
vengando su necedad,
o darle vida y perdón
por filósofo ignorante.
FABIA. Pues es castigo bastante
de su poca pretensión,
su peligro y su desprecio,
su vida quiero escoger
y ser discreta mujer

(1) Verso equivocado. El texto dice «en posible», que lo hace aún peor. Quizá debe decir: «porque imposible me fué».

(2) Así en el texto. Querrá decir «de Grecia».

cuando él es marido necio.
Celio, vive Laureano;
ayudémosle los dos,
que tal vez castiga Dios
con su poderosa mano
los que presumen de sí,
y siente el cielo el agravio
de la soberbia de un sabio
tanto como has visto aquí.

CELIO. Pues ¿qué medio tomaremos,
que yo, señora, aquí estoy?

FABIA. El medio pensando voy
y todos los hallo extremos.

CELIO. Tu virtud, señora, alabo;
su necedad vitupero,
y vivir y morir quiero
de tu predichoso esclavo (1).
Los tristes mucho imaginan;
traza, fabrica qué quieres.

FABIA. Seamos cuerdas las mujeres
si los hombres desatinan.
Yo le quiero dar lugar
a la venganza que intenta,
y en medio de la tormenta
de tan alterado mar,
porque la vida me deba,
darle a entender su locura.

CELIO. Pues porque de fuente pura (2)
tenga el Duque mejor nueva,
parte a prevenir su daño,
yo entretanto aquí estaré,
porque a su tiempo (3) le dé
de tu virtud desengaño.

FABIA. Voy confiada, en efeto,
dándole de necio el nombre,
y cierto que puede un hombre
ser sabio sin ser discreto.

(Váyase FABIA, *y* CELIO *quede.)*

CELIO.

¡Oh vanidad, del mundo (4) humana herencia!
¡Oh letras, de soberbia engendradoras,
del saber natural despreciadoras,
a quien prestan las artes obediencia!
¡oh loca, aunque sublime, inteligencia,
que en los rayos del sol tus alas doras;
bárbara ..... que enamoras (1)
el mismo dueño de su misma ciencia!
¡Oh discretos del mundo; aunque os alaben,
ninguno se envanezca (2), pues obliga
a que los cielos su soberbia acaben!
Nadie que sabe de sí mismo diga;
que cuando Dios castiga a los que saben,
con su misma soberbia los castiga.

(Salen el DUQUE *y* LAUREANO, *y criados.)*

DUQUE.

Admirado me tienes de tal suerte
que he dudado en creer lo que me dices.

LAUREANO.

Señor, esto es verdad, y que a Lisardo
le dió el papel para tratar mi muerte.
¿Digo tratar? Ejecutarla luego.

DUQUE.

Ya envié por Fabia; vete, Laureano,
que no es bien que te halles a la prueba
de tan extraño caso.

LAUREANO.

Heroico Príncipe,
en esas manos mi justicia pongo.

DUQUE.

Fabia dime (3) que no repare en sangre.
Lisardo.

LISARDO.

Gran señor.

DUQUE.

Aparte escucha.

LISARDO.

¿Qué mandas?

DUQUE.

¿Eras tú quien me decía
que al Secretario mi sobrina amaba,
y eras tú quien mataba a Laureano?

LISARDO.

¿Quién te ha dicho, señor, maldad tan grande?
Yo sólo fuí por orden tuya a verla,
y no me dió el papel porque Polibio
guardaba puerta y reja aquella noche.

---

(1) Deberá quizá leerse «tu siempre dichoso esclavo».
(2) En el texto dice, por errata: «Pues porque se fué tempura».
(3) En el original: «cuerpo».
(4) En el texto, «modo».

(1) Este verso dice en el original: «Bárbara el Austria que enamoras».
(2) En el texto, «enfusca».
(3) Así en el original.

DUQUE.

Polibio.

POLIBIO.

Gran señor.

DUQUE.

¿Tú defendías
la ventana de Fabia al que llegaba?

POLIBIO.

Si yo de Fabia la ventana he visto
ni en mi vida he pasado por su calle,
córtame la cabeza.

DUQUE.

Pues ¿qué es esto?
¿Qué laberinto es éste? Por ventura
¿todos dicen verdad y todos mienten?
Mira, Lisardo, que de ti se queja,
y no del Secretario, Laureano.
Tú, dice, que matarle pretendías,
que no Polibio.

LISARDO.

Pues en esto sólo
la prueba está de toda mi inocencia.

DUQUE.

¿Por qué?

LISARDO.

Porque si Fabia tiene gusto
de amar al Secretario habrá informado
contra Camila por guardar su vida.

DUQUE.

No sé qué diga; nunca yo trujera
este discreto necio en mis estados,
que así los tiene todos alterados.
¿Aquí estás, Celio?

CELIO.

Aquí, señor, estaba.

DUQUE.

¿Sabes ya los sucesos de tu dueño?
¿Sabes ya de qué suerte me alborota?
¿Qué intenciones son éstas, qué hombre es éste?
Tan deslucidas letras, ¿de qué sirven?
¿¿Qué tiene, qué pretende, qué le han dado
que a todos nos ha puesto en tal estado?

CELIO. Si he de tratar con lealtad,
señor, a vuestra excelencia,
y porque sé la eminencia
de la divina verdad,
a quien dieron la vitoria
de aquella antigua canción,
diré en esto mi razón.

DUQUE. Si tienes en la memoria
cuánto por tratarla han sido,
Celio, estimados los hombres,
y los Estados y nombres
que por ello han merecido
de los Príncipes y Reyes,
mira que a decirla aquí
te obligan, fuera de mí,
divinas y humanas leyes.

CELIO. Afirmarte por verdad
aquello que yo no sé
de cierto, ¿cómo podré?
Pero podré con lealtad
decirte por conjeturas
lo que siento.

DUQUE. Eso deseo.

CELIO. Fabia es inculpable.

DUQUE. Creo
que la verdad me aseguras.

CELIO. Sobre este principio digo
que le ha puesto Laureano
mil asechanzas en vano,
como si fuera enemigo
y no dueño de su honor;
esto es verdad.

DUQUE. ¿A qué efeto
un hombre que es tan discreto
quiso ofender su valor?

CELIO. Agora viene lo incierto,
y es adivinar cuál sea
la causa por que desea
el fin de este desconcierto.
En probar una mujer,
siendo quien es no fué sabio;
porque dar causa al agravio
necedad (1) debe de ser,
quien da la causa del daño,
nuestra leyes, dicen bien,
que va culpado también.

DUQUE. Caminaba algún engaño,
Celio, en esta pretensión
Laureano.

CELIO. Eso no sé.

DUQUE. Yo sí, que sin duda fué
alguna nueva afición.
Así de Camila ha sido.
Este es tan grande letrado,
que de Fabia descasado

(1) En el original dice «necesidad» que alarga el verso.

por dicha habrá pretendido
casarse con ella, y luego,
viéndome sin sucesión,
levantar la pretensión
contra mi propio sosiego.
Porque debe de tener
el pensamiento en Ferrara;
que una necedad tan rara
así se suele perder.
No viva yo si no ha sido
su quimera esta maldad;
dime, Celio, la verdad.

CELIO. Yo he dicho lo que he sabido.
Mira, señor, que te engañas,
que es discurso muy cruel
el que has hecho contra él.

DUQUE. Pues todas estas marañas,
todas estas invenciones,
Fabia celosa, él tan loco,
que tenga su honor en poco
y le ponga en opiniones.
Mi Secretario caído
en sospechas (1) de mi agravio;
traidor Lisardo y Otavio,
y todo aquesto fingido,
¿de qué puede proceder?
Ahora, por sí o por no,
quien le hizo y levantó
hoy le sabrá deshacer.
Vayan, Lisardo, a prendelle.

CELIO. Señor.

DUQUE. No hay que replicar.

CELIO. Oyele.

DUQUE. No hay lugar,
sino es para deshacelle.
Y porque en obligación
con tu término me has puesto,
y por castigarlo en esto,
tú has de hacer la información.
El gobierno de Ferrara,
que Laureano tenía,
es tuyo desde este día.
La potestad y la vara
se emplean mejor en ti.

CELIO. Señor.

DUQUE. Oye, que los Reyes
suelen, y con justas leyes,
dar sus gobiernos ansí.
Y tú, por escarmentado,
a su ejemplo serás bueno.

CELIO. Puesto que es mi honor, condeno
tan nueva razón de Estado.
Mira, señor...

DUQUE. Celio, advierte
que si en esta información
es engaño mi opinión,
le librarás de la muerte.
Déjame hacer; soy señor,
tú mi criado; obedece.
Dadle la vara. *(Váyase.)*

CELIO. Parece
que se ha soltado el furor
de la cárcel del Infierno.

LISARDO. Laureano viene aquí.

(LAUREANO, entre.)

LAUREAN. ¿Fuése el Duque?

LISARDO. El Duque, sí;
hoy te ha quitado el gobierno
y al señor Celio le ha dado.
La insignia deja.

LAUREAN. ¿Qué es esto?
¿Tú con mi honor, y yo puesto,
Celio, en tan humilde estado?
¿Has dicho al Duque de mí
alguna traición?

CELIO. Yo he sido
tan leal cuanto he podido,
señor. ¿No es esto ansí?

POLIBIO. Así es verdad, y que vos,
con letras mal empleadas,
en la soberbia fundadas,
odioso al mundo y a Dios,
habéis revuelto su casa;
y pues por vos tantos criados
están desacreditados,
que en vivo incendio se abrasa,
poned en ejecución
del Duque el gusto, Lisardo.

CELIO. Caballeros, yo no aguardo
a ver un hombre en prisión,
a quien respeto por dueño.

(Váyase CELIO.*)*

LAUREAN. ¿Cómo prisión?

LISARDO. Preso estáis.

LAUREAN. ¡Yo preso!

LISARDO. Vos, que tratáis
la muerte del Duque.

LAUREAN. ¿Es sueño?

LISARDO. Sueño o no, lo que habéis hecho
no merece mejor trato.

LAUREAN. ¡Ah, Celio, criado ingrato!

POLIBIO. Celio tiene tan buen pecho,

(1) En el original, «en sus pechos».

que si no fuera por él,
el Duque os hubiera muerto.

LAUREAN. ¡Ah, traidor, que ha descubierto
lo que he tratado con él!

LISARDO. Sed testigos de que dice
que descubrió su traición,
para que la información
con todos tres se autorice.

LAUREAN. ¡Ah, iniame, que le has contado
todo mi engaño y secreto!

POLIBIO. No fué del Duque el conceto
en esta parte engañado;
mirad si confiesa aquí.

LAUREAN. ¡Lo que contigo traté
le has dicho; la traición fué
tuya!

LISARDO. ¿Estáis en esto?

OTAVIO. Sí;
y admiración me ha causado
ver lo que confiesa.

LISARDO. Está
convencido, ¿qué no hará?

POLIBIO. Camine, señor letrado.
¡Nunca a Ferrara viniera!

LAUREAN. ¡Pluguiera a Dios que a Fabia
no hubiera visto si agravia. (1)
Celio y Fabia, a quien yo he dado
con mi locura ocasión,
me han hecho aquesta traición.
El Duque está disculpado.
Celio ingrato, Celio ha sido;
mas ¿de qué me quejo yo,
si Celio me obedeció,
importunado y vencido?
Sepa el Duque mi secreto;
muera yo para mostrar
a lo que puede llegar
la necedad de un discreto.

(Váyase, y entre CELIO, *de Gobernador; un Secretario,* JULIA, CAMILA, FABIA, *el* DUQUE *y* MONGIL.)

CELIO. Por el examen, señor,
dicen los testigos esto.

FABIA. Yo me espanto que tu ira
sujete tu entendimiento,
si Celio no te ha engañado.

DUQUE. Fabia, no ha llegado Celio
derribando a su señor,
al lugar en que le he puesto,
como es costumbre del mundo.
Letras, prudencia y ingenio
en Celio me han agradado.

FABIA. Una cosa te confieso:
Que por querer penetrar
Laureano pensamientos,
cosa que en los hombres sabios
suele castigar el cielo,
ha venido a tanto mal.

DUQUE. Yo sé que en prenderle intento
asegurar mis Estados.

FABIA. Si hubieras dado el gobierno
a un hombre digno, cesaran
las sospechas que yo tengo;
pero a Celio...

CAMILA. Fabia, paso,
que Celio es noble; yo creo
que no lo es más Laureano.

FABIA. Bien digo yo que es concierto
de ti, de Celio y del Duque.

CAMILA. ¿De mí?

FABIA. Sí, porque sospecho
que te ha engañado su amor,
y a Celio el loco deseo
de emparentar con el Duque,
y al Duque el engaño vuestro;
de suerte que los tres juntos
fulmináis este proceso
contra un inocente.

DUQUE. Paso; que es atrevimiento (1).
Yo seré el juez aquí;
que donde tan claro ingenio,
como el de Celio, gobierna,
su asesor, en este asiento,
será un Duque de Ferrara.
Estad vosotros atentos:
Tú, ¿qué fuiste?

MONGIL. Su lacayo,
aunque entré por escudero,
de una reverenda mula.

DUQUE. Ya te conozco.

MONGIL. Yo pienso
que al Sol nada se le encubre.

DUQUE. ¿Y qué sabes de tu dueño?

MONGIL. Lo más que comunicó
allá en los pasados tiempos
conmigo.

DUQUE. Di la verdad.

MONGIL. Fué de la cebada el precio,
la limpieza en los pesebres,
la lealtad en los piensos;
que aunque es verdad que yo soy

(1) Falta el último verso a esta redondilla.

(1) En el original dice: «Paso que ya es mucho atrevimiento» (diez sílabas).

hombre de notable ingenio,
de sus piensos fuí criado,
que no de sus pensamientos.

DUQUE. Tú, ¿quién eres?

JULIA. Soy
criada de Fabia.

DUQUE. Creo
que sabrás bien la verdad.

MONGIL. Eslo Julia, por extremo,
mas no la ha dicho en su vida;
y es muy claro el argumento:
la verdad ¿no es limpia?

DUQUE. Sí.

MONGIL. Pues Julia no es limpia; luego,
Julia no trata verdad.

JULIA. Lo que he jurado es lo cierto,
porque sólo el pensamiento
que aquel claro entendimiento,
sin prenderme, tus Estados
te los quitaran por pleito.

DUQUE. Camila, tú eres hermana
de Fabia, y en ese pecho
tienes mi sangre; mi vida
corre peligro.

CAMILA. Yo pienso
que pues tu sobrina soy,
está abonada con esto.
Laureano es hombre altivo;
y no tu Estado, tu Imperio,
intentará con tu muerte.

DUQUE. Pues, Celio, yo me resuelvo
a que muera Laureano.

CELIO. Señor, mira que primero
es menester advertir
lo que dispone el Derecho.

DUQUE. ¿No hay, Celio, leyes aquí?

CELIO. Pues si en eso estás resuelto,
oye, señor, la verdad;
oye, sabrás el suceso
más peregrino y extraño
que ha puesto a la vista el tiempo,
ni los anales del mundo
desde su principio vieron.
Laureano, muy preciado
de discreto, y tan soberbio
de sus letras, como sabes...

LAUREAN. ¡Fuera, digo; fuera, perros!
Yo soy el Duque en Ferrara,
yo he de tener su gobierno.
¡Fuera, digo!

DUQUE. Celio, deja
la justicia; ya te entiendo
por el principio. ¡Hola, guarda!

(LISARDO *y* POLIBIO.)

LISARDO. ¡Tenedle!

POLIBIO. ¿Cómo podemos?

DUQUE. ¿Qué voces son estas? ¡Hola!

LISARDO. Señor, Laureano ha hecho
tantas lástimas de sí,
que, en fin, ha perdido el seso.

DUQUE. ¿Cómo, Laureano?

POLIBIO. Y tanto,
que es necesario tenerlo,
porque es su aflicción terrible.

(LAUREANO *y gente.*)

LAUREAN. ¿No hace la pena cuerdo?
Aquí hizo fin la soberbia
de puro discreto necio.
¿Sois vos el Duque?

DUQUE. Yo soy
quien sabe tus pensamientos.
Ya es tarde para ficciones;
Laureano, ya te entiendo;
no te excusas de morir.

LAUREAN. Mas que ya me viese muerto,
que no hay necio que esté vivo,
y yo tendré por consuelo
ver que de necios está
lo mejor del mundo lleno.
Necio sois vos, que creistes
que yo era sabio, admitiendo
una vulgar opinión.
Y Fabia necia, que ha hecho
un desatino tan grande
con su marido, por celos.
Lisardo también lo es,
pues dió crédito a sus ruegos,
sabiendo que las mujeres
nunca dieron buen consejo.
Necio ha sido el señorío (1),
que viendo que le habéis puesto
cerca de perder la vida,
sirve más tan necio dueño.
Necia es Camila, que viene
por lisonja a complaceros,
y necio es este lacayo,
pues a peligro se ha puesto
de la vida, y aun del alma,
con un falso juramento.
Necia Julia, que engañada,
le acompaña, presumiendo

(1) Pasaje alterado. Quizá se escribiese: «Y necio ha sido Polibio»

que para saber verdades
le falta poder al cielo.
Necio es Celio, pues no ha visto
sabio letrado, hombre cuerdo,
y no escarmienta en mirarme
loco, humilde, necio y preso;
y el que me sirvió y me tuvo
por señor y por maestro,
se ve en mi propio lugar.

DUQUE. No le oigáis; prosigue, Celio.

CELIO. Digo, en fin, que Laureano
quiso saber sin provecho,
si Fabia, amada y servida
y conquistada algún tiempo,
se rendiría al amor,
a la porfía y al ruego
de un hombre; eligióme a mí,
pero no ha sido posible.
En fin, comencé sirviendo,
amando, fingiendo, hablando,
dándole enojos con celos;
ella previno (1) matarme
con valor y pecho (2) honesto,
de que resulta el engaño
en que a este punto nos vemos:
Tú enojado, sospechosa
Fabia, Lisardo con miedo,
Laureano vuelto loco,
y con su gobierno Celio;
que tanto mal suele hacer
la necedad de un discreto.

DUQUE. ¿Hay empeño semejante?

CELIO. Esto es verdad.

DUQUE. Pues yo quiero
sentenciar la causa ansí:
que Laureano, por necio,
le haga curar su locura,
y Fabia la esté asistiendo
al lugar de mis Estados (1)
que más les agrade. (2)

LAUREAN. Justo pago de mi error.

FABIA. Esa piedad te agradezco.

DUQUE. Tú, Celio, discreto y sabio,
harás noble casamiento
con Camila, y de Ferrara
tendrás por dote el gobierno.

CELIO. Beso mil veces tus pies.

DUQUE. Daos las manos, y con esto
dé fin, para ejemplo al mundo,
la necedad del discreto.

(1) En el texto, «previniendo».
(2) En el original, «puesto».

(1) En el texto, «bodas».
(2) Verso incompleto.

FIN DESTA COMEDIA

COMEDIA FAMOSA

EL NIÑO DIABLO

DE

LOPE DE VEGA (1)

PERSONAS

PEREGRINO.
CARLOS, *Rey de Nápoles.*
MÚSICOS *y* CRIADOS.
CÉSAR, *Marqués de Santelmo.*
VENUS, *su hija.*
FÉNIX.
TIRRENA.
SILVIA.
RISELO.
ERGASTO.
Un VENTERO.
SALTEADORES. (2)
CELIO.
MILÁN.

Salen a cantar, como se acostumbra, y las mujeres los mantos caídos atrás; y en cantando las dos coplas, sale PEREGRINO, *hijo del* MARQUÉS DE SANTELMO, *muy galán de noche.)*

JORNADA PRIMERA

(Cantan.) «Ya del airado diciembre
los fugitivos cristales
a la prisión de los hielos
flacas resistencias hacen;
temblando gimen desnudas
a los azotes del aire
las estériles riberas
que fueron lienzos de Flandes.»

PEREGR. No canten más.
MÚSICOS. Pues ¿por qué?
PEREGR. Porque no quiero que canten
en esta calle esta noche.
MÚSICOS. Determinación notable.
PEREGR. Tan notable, que a no haberme
lisonjeado el romance
y las músicas sirenas,
sonoro hechizo del aire,
que por mujeres es justo
que este decoro las guarde,
no sé si la prevención
hubiera llegado antes
que el castigo, porque fuera
rayo sin trueno, en la calle,
aunque el Príncipe heredero
de Nápoles, o su padre,
fuese el dueño de esta empresa
y el infierno le ayudase.
Que para cierta aventura
de quien soy celoso amante,
de las sombras de la noche
mis esperanzas se valen;
no quiero que el armonía
de vuestras voces suaves
que me despierten jueces
ni que testigos me llamen.
Y, ¡vive Dios!, si pasáis
con vuestro intento adelante,
aunque os socorráis del viento
para que de mí se escapen,
que no he de dejar de todos
cuantos en la calle hallare
un átomo, que con vida
pueda salir de la calle,
sembrando a un tiempo las vidas
con lazos, ébano y trastes,
con la sangre las paredes
y con los sesos los aires.

(Vase, y sale CARLOS, *Rey de Nápoles, de noche, y criados.)*

MÚSICOS. Notable sentencia ha sido.
Resolución semejante
no se vió jamás en hombre.
CARLOS. ¿No cantan? ¿Qué es lo que hacen
los músicos?
CELIO. Ved qué dice
su Alteza.

(1) El nombre del autor está al margen y de letra moderna.

(2) Son Horacio, Florelo y Traenio. Entran ademas, UNA VOZ, LISANDRO, UN MUERTO, y algún otro.

MÚSICOS. Su Alteza mande
revocarnos la sentencia
que nos han dado, y las aves
del alba confesarán
cuando el sol por abril nace
ventaja nuestra armonía.
CARLOS. ¿Sentencia?
MÚSICOS. Y de muerte.
CARLOS. Baste
la burla.
MÚSICOS. No es burla.
CARLOS. ¿Cómo?
MÚSICOS. Hay un hombre en esta calle
ocupado en otra empresa,
tan revuelta (1) y tan notable,
que a las primeras dos coplas
del romance que escuchaste
salió a mandarnos callar,
citándonos de remate,
si intentábamos pasar
con la música adelante,
de no menos que las vidas,
aunque el Príncipe y su padre
viniesen por dueños de ella,
y hasta darte de esto parte
le obedecimos, que es hombre
que, al parecer, dice y hace.
CARLOS. ¡Temeridad prodigiosa!
¿No le conocisteis?
MÚSICOS. Nadie
le vió jamás de nosotros
sino esta noche.
CARLOS. No sabe
que soy yo quien viene aqui,
o es extranjero ignorante,
o es loco y se sueña rey
de todo el mundo; aguardadle
a esa esquina, y si volviere
con el mismo disparate
o porfiare, sabiendo
que en la calle estoy, matadle;
y vosotros, proseguid
lo que falta del romance.

(Dentro, una voz.)

VOZ. Licencia tengo del cielo:
matadle, precipitadle
de esa escala.
DENTRO. ¡Muera, muera!

(Dentro.)

(1) En el impreso «resuelto» que es mejor lección.

PEREGR. ¡Jesús, Jesús!
CELIO. En la calle
parece que está el infierno.

(Sale CÉSAR, *Marqués de Santelmo, viejo en cuerpo, y sin sombrero, con espada y rodela, y* VENUS, *su hija, deteniéndole.)*

CÉSAR. Déjame, Venus.
VENUS. Señor,
padre.
CÉSAR. Si también soy padre
de Peregrino, ¿por qué
he de dejar de ayudarle?
Hija, sus voces oí;
y como es mi hijo, sale
mi sangre tras de sus voces
a dar socorro a su sangre;
y aunque me tienen sin seso
sus traviesas mocedades,
soy v da de aquella vida
y temo que me le maten.
VENUS. Aquí hay gente.
CÉSAR. ¿Quién va allá?
CARLOS. ¿Quién es?
CÉSAR. César, el Marqués
de Santelmo, que quien es
contra el mundo mostrará,
defendiendo al que engendró.
CARLOS. Marqués, todos los que estamos
aquí, acudir deseamos
a eso mismo, porque yo
me precio de vuestro amigo
y vuestro deudo.
CÉSAR. ¿Qué es esto?
Señor, ¿vos en este puesto
a estas horas?
CARLOS. Marqués, sigo
cierta inclinación de amor,
hija de la ociosidad.
CÉSAR. Decid de la mocedad
y podréis decir mejor;
que en esos años disculpa
cualquier yerro el albedrío.
CARLOS. Yo soy muy dueño del mío.
CÉSAR. Así tendréis mayor culpa
cuando os dejáis llevar
de algún injusto deseo,
puesto que en vos, Carlos, veo
un milagroso ejemplar
de los Príncipes futuros.
CARLOS. Alborotado parece
que salís; ¿qué se os ofrece?;
que aquí hay amigos seguros

que os guardarán las espaldas
y podrán a vuestro lado,
cuyos brazos han honrado
de más marciales guirnaldas
a su patria, que Cipión,
que os valdrán en ocasión (1).

CÉSAR. Señor, las voces oí
de Peregrino, y salí,
porque en cualquiera ocasión
me tienen sus travesuras
en vela; y aunque me aflijo
con él, al nombre de hijo
jamás tuve entrañas duras.

CARLOS. Agora caigo que fué,
sin duda, el que amenazó
a los músicos.

CÉSAR. Y yo,
como vuestra Alteza ve,
con esta espada y rodela
salgo del modo que estaba,
aunque pienso que soñaba,
porque lo que se recela
siempre parece que está
sucediendo.

CARLOS. Un terremoto
nos ha causado alboroto
al fin de esta calle, y ya
imagino que cesó,
sin poder determinar
qué lo pudiese causar.

CÉSAR. Eso mismo me alteró;
pero las voces, sin duda,
fueron imaginación
con que salió el corazón
a dar a su sangre ayuda.

CARLOS. ¿Quién viene con vos?

CÉSAR. Señor,
Venus, mi hija, que ha sido
quien mandando ha pretendido
ser rémora de mi amor;
mas como mi amor publica
que igualmente a los dos ama,
ella es freno, que me llama
y él espuela que me pica.
Y como a los dos atiendo,
acero templado soy
que entre dos imanes voy
y en el viento me suspendo.

CARLOS. Lleguemos todos con vos
para que os desengañéis.

(1) Sobra este verso aunque se habla en ambos textos, que son casi siempre iguales.

CÉSAR. Merced y favor me haréis.

(Dice una voz dentro.)

VOZ. Aunque le revoque Dios
la sentencia, ha de morir,
pues segunda vez intenta,
tan atrevido, su afrenta.

CÉSAR. Vuélvese abajo a venir
el cielo.

VENUS. ¡Extraño rumor!

CÉSAR. ¡Qué espantosa tempestad!

(Sale PEREGRINO *rodando, sin capa ni sombrero, cayéndosele la espada y broquel, y la cara y manos llenas de tierra y sangre, y vuelve desatinado a tomar la espada y broquel y comienza tirar al vestuario estocadas, y vuelve luego a su Padre y a los demás.)*

PEREGR. ¡Ah, villanos, esperad!
Aunque haya en vuestro favor
venido el infierno todo.

VOZ. Dejadle; nadie le ofenda,
que no hay quien a Dios entienda.

CÉSAR. ¿Dónde vienes de este modo?
¡Bárbaro, detente, aguarda!

PEREGR. ¡Perros!, venís a traición;
no penséis que un escuadrón
de vosotros me acobarda.

VENUS. ¿Quién ha visto tal exceso?
Tente, hermano Peregrino;
enfrena tu desatino.

CÉSAR. ¡Loco, bárbaro, sin seso;
sosiégate, vuelve en ti
a las voces que te doy:
mira que tu padre soy
y está tu Príncipe aquí!

PEREGR. ¿Mi padre?

CÉSAR. Sí, y desdichado
por haberte dado vida,
de quien mi edad ofendida
la muerte ha solicitado.
¿Qué es lo que te ha sucedido
que de esta manera vienes,
que nuevos contrarios tienes?

PEREGR. Con el infierno he reñido.

CÉSAR. Debes de tenelle dentro
del pecho.

PEREGR. A buena ocasión
viene tu reprehensión.

CÉSAR. Escucha.

PEREGR. ¡Gentil encuentro!

CÉSAR. Mil muertes juntas me das
por la vida que te di;
procura volver por ti.
¡Tente, aguarda!, ¿dónde vas?

PEREGR. Pues eres valiente y sabio,
no me intentes detener,
que voy a satisfacer
con el infierno un agravio.

(Vase.)

CÉSAR. Seguiréte, aunque jamás
pares, caballo sin freno,
de toda razón ajeno,
que a precipitarte vas.
Que si alcanzarte pretendo,
mi vida voy deseando,
porque me la vas quitando
al paso que vas corriendo.

(Vase.)

VENUS. Saliendo juntos los dos,
padre, me olvidáis ansí,
que me váis perdiendo a mí
por iros buscando a vos.
Aguardad.

CARLOS. No habéis quedado
tan sola, que no tengáis
muchos de quien os sirváis
y un Príncipe por criado.
La libertad desde el día
que un retrato vuestro vi,
que esas ansias para mí
me traen hasta el alba fría,
todas las noches que puedo,
desmintiendo las espías
que las esperanzas mías
corren del amor al miedo (1)

VENUS. De vuestra Alteza confío
que merced me podrá hacer,
aunque a su heroico poder
desiguale al valor mío;
que a los servicios, señor,
que mi padre al vuestro ha hecho
tanta merced y favor. (2)

CARLOS. Más debo a esos dos luceros
celestiales soles míos,
de quien son los albedríos
venturosos prisioneros.
Por Venus no os conocía,
después que el alma os miró,
porque no pensaba yo
que dos luceros tenía.

VENUS. Dé licencia vuestra Alteza
a que vayan dos criados
acompañándome.

(1) Pasaje incorrecto: faltan versos.
(2) Falta un verso a esta redondilla.

CARLOS. Honrados
de tan divina belleza,
envidia al sol pueden dar,
aunque estrellas deben ser
las que a Venus han de hacer
por tanto cielo lugar.
Sola esta dicha me muestra
la fortuna merecida,
que os he de servir, por vida
de mi padre, y de la vuestra,
que acompañando lucero
de tan hermoso arrebol,
no es un Príncipe, del sol
a falta, mal escudero.

VENUS. Vuestra Alteza ha de quedarse
aquí, que es notable exceso.

CARLOS. Venus, solamente en eso
la porfía ha de cansarse,
y yo no he de obedecella.
Hasta vuestro umbral con vos
tengo de llegar, por Dios;
perdonad no ser estrella.

VENUS. Vuestra Alteza quiere honrarme,
y fuera grosero intento
excusarlo.

CARLOS. El pensamiento
pudiera inmortalizarme,
desluciendo la osadía
del que flechado bajó
hecho cenizas al Po,
a menos ardiente día
que encargarse de dos soles
no es empresa de un Faetón.

VENUS. Estos los umbrales son
de mi casa.

CARLOS. De arreboles
pródigo (1) es Oriente ya.

VENUS. Guarde a Vuestra Alteza el cielo.

CARLOS. Al de esos ojos recelo
morir.

VENUS. Vuestra Alteza está
mal de esa suerte.

CARLOS. Yo voy
idolatrándoos ansí,
que sé que no estoy en mí
porque sé que en vos estoy.
Dadle licencia a un papel,
que lo que esta vez no puedo
decir, por amor o miedo,
el alma se cifre en él;
vos veréis que cuenta os doy

(1) En el impreso «prodigio».

estrecha de mi cuidado.
VENUS. Mi padre es vuestro criado
y yo vuestra esclava soy.
(Vase.)
CARLOS. ¡Notable valor!
MILÁN. Notable;
pero en lo más invencible
al amor todo es posible
y al poder todo es amable.
Porque para que se ataje
la empresa que se comienza,
contra rubí de vergüenza
hay diamante en maridaje.
Que amor en los más gigantes
imposibles y porfías
da en tierra como Golías
a pedradas de diamantes.
Que este título de Alteza,
dejando aparte el poder,
a la más cuerda mujer
da vaguidos de cabeza.
CARLOS. ¡Qué mal conoces, Milán,
el valor que vive allí!
MILÁN. Pinta un papel, que por ti
daré un billete a Roldán,
cuanto más a Venus, que es
madre de amor, como dicen,
cuando la cancerbericen
Peregrino y el Marqués.
CARLOS. ¿Qué quieres decir?
MILÁN. Que dado
que fuesen de sus luceros
los guardas y cancerberos,
los dos no me dan cuidado.
CARLOS. ¡Notable modo de hablar!
MILÁN. Soy culto.
CARLOS. Yo... culto y todo...
MILÁN. A cualquier cosa acomodo
el ingenio.
CARLOS. Es singular;
y en la empresa que deseo
el lucimiento he de ver.
MILÁN. Escribe y déjame hacer;
y pues del alba el Orfeo
se va poniendo a caballo,
a palacio vuelta demos;
que a estas horas parecemos
enamorados del gallo;
y manda, si eres servido,
dar, por tu mismo decoro,
a estos músicos en oro
lo que de sueño han perdido.
Que no es razón que les den
para murmurar materia,
que cantarán tu miseria
a cuatro voces también.
CARLOS. Dales aquesta cadena.
MILÁN. Sacarán sus eslabones
fuego de los corazones
más duros.
CARLOS. Noche serena
que de la esperanza mía
piadosamente te nombras,
más dichas debo a tus sombras
que estrellas te quita el día.
(Vanse, y salen el Marqués CÉSAR *y* PEREGRINO.*)*
CÉSAR. Dentro de tu casa estás
y del peligro seguro,
que esta barbacana es muro
para tu vida de más.
Sosiégate, vuelve en ti,
que de ti pendiente estoy;
tu amigo y tu padre soy;
fía tus ansias de mí.
No me niegues la verdad;
reparte, prenda querida,
con la mitad de la vida
de tus ansias la mitad.
Bien sé que la causa es mucha,
hijo, Peregrino amigo;
habla, descansa conmigo.
¿Qué te ha sucedido?
PEREGR. Escucha.
Fénix, hija de Pompeyo,
de Altarroca antiguo Conde,
tercera en su casa y fénix
en la beldad y en el nombre,
desde los primeros años
de su edad puso dos soles,
que por ojos le dió el cielo,
sino por Sur y por Norte
en los abrasados míos,
de sus rayos etiopes,
por vincular a sus niñas
eternos sus horizontes.
Crecimos con los deseos
tan amantes y conformes
que a Tisbe y Píramo hicimos
dichosas emulaciones.
¡Pluguiera a Dios que primero
que faltara el bien de entonces
nos diera una muerte vida
no diera fama a otro estoque!
Porque su padre, enemigo

de nuestras inclinaciones,
pródigo de mis desdichas
y avariento de la dote,
a Diana, procurando
casar primero, y a Cloris,
me niega este bien y obliga
con dádivas, con razones,
con amenazas, a Fénix
que en un convento malogre
la beldad más peregrina
que los siglos reconocen;
este amor y esta desdicha,
que así es justo que la nombre.
A su noticia llegaron
por secretas intenciones,
sin darte de nada parte
hasta hoy que mis ansias oyes,
que entonces embarazaron
la soledad de las noches.
Quiso el cielo que el convento
fuese en esta calle, adonde
fomentó la vecindad
cuidados despertadores.
No hallé remedio, y busquélo
en imposibles mayores,
que intentar al cielo asaltos
no es empresa de los hombres.
Hecho (1) Nembrot mi apetito,
que desde las confusiones
del Babel de mis deseos
levantó soberbias torres;
en esta loca conquista
la privación (2) ayudóme
que en las mujeres engendran
osadas resoluciones.
Fénix se abrazó con ellas, (3)
no siendo llamas menores
las que entonces le abrasaron
que las que Arabia conoce;
pero bastantes en Fénix
a facilitar temores,
a ejecutar desatinos,
a pensar intentos torpes.
Rompió la vergüenza el miedo,
la razón (4) del alma el orden,
sus fuerzas la honestidad,
la religión sus prisiones,
y, al fin, concertó conmigo
que esta noche, que esta noche,
cuando al silencio se rinde
lo más rebelde del orbe,
por una escala subiese
a gozar lo que interrompen
tantos siglos de esperanzas,
tanta eternidad de amores.
Y apenas de estos umbrales
saqué los pasos veloces
que el alborozo a las plumas
del pensamiento se oponen,
cuando sentí que en el pecho
con dos espantosos golpes
a volver atrás me obligan,
y saco la espada entonces.
Salgo a la calle y no encuentro
enemigo que me estorbe,
acero que me acometa,
ventaja que me alborote;
húrtome al recelo, y pienso
que son imaginaciones;
que asegurar el temor
no es de seguros valores;
despejo la calle y miro;
paso y llego al lugar donde
hago la seña, y aguardo
a la escala; dan las doce,
y al mismo tiempo, del templo,
por la misma puerta, en orden
de entierro, arrastrando lutos,
veo entrar diez y seis hombres,
que, cubiertas las cabezas
con funestos capirotes,
con hachas amedrentaban
el silencio de la noche.
Detrás iban unas andas
cubiertas de luto, sobre
los hombros de otros seis de ellos,
en la tristeza conformes.
Apresuro el paso y llego,
pagando en admiraciones
la novedad del espanto;
obligando a que me informe,
quién es, pregunto a uno de ellos,
el difunto; respondióme:
«Peregrino, hijo de César,
Marqués de Santelmo». Entonces
discurrió un hielo en mis venas
y a la garganta pegóse
la voz; quise hacerme atrás
y fuí una estatua de bronce.
Perdí la vista, y confieso

(1) En el impreso «Hize».
(2) En el manuscrito «prevención».
(3) En el impreso «se abrasó con ella».
(4) Quizá deba ser «pasión» y no «razón».

que después que tengo de hombre
el ser, fué la vez primera
que el recelo me conoce;
díganlo mis travesuras,
pues en tantas ocasiones
hice animosos desprecios
de la infamia de tu (1) nombre.
Cobréme, y volviendo en mí
no vi nada y parecióme
ilusión; volví a mi empresa,
vendiendo contradiciones
de la razón y del gusto,
y la seña apenas oye
Fénix, cuando con la escala
el asalto me propone;
toca al arma el apetito
y mido los escalones
al son de mis pensamientos,
que fueron los atambores,
cuando al último me embisten
cuatro enemigos feroces,
que diciendo que tenían,
con espantosas visiones,
para matarme licencia
del cielo, como quien coge
una pelota de viento
por él en tierra me ponen
del mejor nombre que el cielo
tiene; me socorro, y dióme (2)
la vida en el precipicio,
viniéndose tras mí el orbe
al parecer a pedazos;
y ciego y loco picóme
lo que pudo darme aviso
en delito tan inorme.
Yo, hecho un volcán de veneno,
de diabólicos furores
lleno el pecho y ciega el alma,
a encontrar la muerte corren
segunda vez los deseos,
y segunda vez conocen
por los primeros ministros
que al cielo en vano se oponen;
encarnízanse en mi alcance,
riño con todos y sobre
la cruz de la espada hicieron
cobarde injuria los golpes.
Quise al infierno seguirlos,
que intenté satisfaciones
de agravios con el infierno
en empresas tan atroces;
siguiéronme tus pisadas,
venciéronme tus temores,
detuviéronme tus quejas
y alcanzáronme tus voces.

CÉSAR. Peregrino, Peregrino,
suceso ha sido; no enojes
al cielo que te da aviso
con tantas inspiraciones.
Ya es Fénix esposa suya,
deja que el cielo la goce,
que pocas veces consiente
adulterios de los hombres.
Busca otra mujer que quieras,
busca otra esposa que adores,
que Nápoles es abismo
de divinas perfeciones
y hallarás una hermosura
que te olvide (1) y te enamore.
No tentemos más al cielo,
y en tus experiencias cobren
escarmiento tus locuras,
que en tan pocos años ponen
a tus iguales espanto
y miedo a tus inferiores,
aborrecimiento al mundo
y triste vejez...

PEREGR. No broten
áspides, padre, tus ojos
por lágrimas que me lloren
y me maten juntamente;
y a tan justas reprensiones
con la enmienda te prometo
responder.

CÉSAR. El cielo logre
tus años largas edades;
a tu cuarto te recoge,
que te aguardan mis criados,
y ruego a Dios que reposes
en la vida y en el sueño,
y deja que me alboroce
para pedir a tu hermana
por aquestos corredores
albricias de lo que intentan
tus nuevas resoluciones.

PEREGR. Para nuestro amparo el cielo
quiera que esa vida goces
muchos años.

CÉSAR. Dios te guarde.

(1) En los textos «su» por errata.
(2) En los textos «doime».

(1) Así en el original: quiere decir, «que te haga olvidar la otra».

(Vase, y sale FÉNIX, *en hábito de hombre, y tiene del brazo a* PEREGRINO.)

FÉNIX. Peregrino.
PEREGR. ¿Quién es?
FÉNIX. ¿Oyes?
PEREGR. ¿Qué quieres de mí?
FÉNIX. Quererte.
PEREGR. ¿Quién eres?
FÉNIX. ¿No me conoces?
Fénix soy.
PEREGR. ¡Válgame el cielo!
¿Tú en este traje?
FÉNIX. Dióme
la ocasión este vestido
para buscarte, que ponen
para las dificultades
espuelas las ocasiones;
creyendo que a tu valor
por imposible o disforme
no hubo cosa que pudiese
acobardar, se dispone
a buscarte mi firmeza
arrastrando obligaciones,
venciendo dificultades
y atropellando temores,
que hallando en mi celda acaso,
para que esta ocasión goces,
este vestido que estaba
para otro intento conforme
al que nos pasa de veras,
de una comedia, [en] que a un hombre
sigue una mujer dejada
loca de celos y amores.
Y representando a costa
de la verdad esta noche
su firmeza, mis desdichas,
sus agravios, mis temores,
con el mismo traje vengo.
¿Tú eres el valiente, el noble?
¿A ti basta acobardarte
todo un infierno de montes
de dificultades lleno?
¿Tú, que al miedo no conoces
por el rostro, las espaldas
vuelves a las ocasiones
de tanto valor y gusto?
Ingrato al fin.
PEREGR. No des voces,
que no pienso consentir
que ingrato, Fénix, me nombres;
pero excusemos agora
prolijas satisfaciones
y dime qué intentas.
FÉNIX. Yo
ser tuya; el cielo perdone
que no ha de volver a verme
donde su esclava me nombre;
que más quiero ser contigo
de las selvas y los bosques
ciudadana, que sin ti
del mundo Reina en las cortes.
PEREGR. ¡Notable trance! ¿Qué haré?
debiéndole obligaciones
de amor, grande es el delito,
sí; mas ellas son mayores;
grosero soy si la dejo,
cobarde, pues ya me ponen
alas tan hermosas prendas
para que el alma las goce.
FÉNIX. ¿Qué dudas?
PEREGR. Soy hombre, Fénix.
FÉNIX. Pues, ¿cuándo temen los hombres
como tú viendo mujeres
tan hermosas y tan nobles
que como yo se aventuran
por celos? Quédate y goce
de esta ventura el primero
villano, tosco, que tope;
que una mujer agraviada...
PEREGR. Espera.
FÉNIX. ¿Qué quieres?
PEREGR. Oye.
FÉNIX. Ya no hay que escucharte.
PEREGR. Fénix,
yo lo he de ser de tus soles,
aunque le pese al infierno
y aunque los cielos se enojen.
FÉNIX. Yerros de amor, Peregrino,
cuando el honor no los dore,
la mocedad los disculpa.
PEREGR. Esto es hecho; adiós prisiones
cobardes del albedrío;
adiós necios pundonores;
adiós, padre, que no pueden,
si el cielo no te socorre,
dejar de darte la muerte
mis nuevas resoluciones;
adiós, Nápoles, adiós
herencia, sin gusto pobre,
que voy con Fénix a ser
potentado de los montes,
y llueva rayos el cielo
como su belleza goce.

(Vanse, y salen y gritan, y cantando, TIRRENA, SILVIA, RISELO *y* ERGASTO.)

MÚSICOS. «Romero verde,
fuego malo caiga en él.
Aquel romerico verde,
a donde mintió mi amor,
fuego malo caiga en él,
que le abrase las hojas y flor.»
RISELO. Notablemente calienta
el boquirrubio.
SILVIA. ¿Qué haremos?
RISELO. En la venta nos quedemos.
TIRRENA. Pues a la venta.
ERGASTO. A la venta.

(Vanse, y salen HORACIO, FLORELO *y* TRAENIO, *salteadores, con pistolas.)*

HORACIO. ¡Bravamente pica el sol!
FLORELO. ¡Ah, hideputa, borracho!
Con qué ardiente desempacho
da cédulas de arrebol
como cédulas de vida.
TRAENIO. Es el valentón del cielo.
HORACIO. ¿No es éste el señor de Delo
persona tan conocida
de los poetas?
FLORELO. Sospecho
que sí.
HORACIO. ¡Por Dios!, que me espanto
que, habiendo que es señor tanto,
título no le hayan hecho.
TRAENIO. ¡Qué pródigo de modorras
está el vinagre!
HORACIO. No en vano
un cura todo el verano,
a imitación de las zorras,
hasta que el sol se ponía
ceñido de vino y nieve (1),
desde que daban las nueve
de un sótano no salía.
FLORELO. Su bolsa tomara yo,
mas que no su medicina.
TRAENIO. Gente a la venta camina.
FLORELO. ¿Hemos de embestilles?
HORACIO. No;
cuando mucho, comeremos
todos juntos.
FLORELO. Sí, que infiero
que nos aguarda el ventero
y lo hurtado partiremos;
que vamos horros con él,
por ser de la cofradía.
TRAENIO. Fué con su filosofía
Gestas ladrón moscatel,
y ha tenido caravanas
de hombre de bien, que primero
fué de sastre a despensero.
HORACIO. ¡Por Dios, que hay dentro aldeanas!
TRAENIO. Y no de mal parecer.
FLORELO. A gentil tiempo llegamos,
que por lo menos hallamos
luquetes con qué beber.
HORACIO. ¿Perdonarán los maridos?
TRAENIO. Perdonan esos señores
fácilmente.
HORACIO. Labradores,
no suelen ser tan sufridos.
FLORELO. Esta vez lo han menester,
que su jurisdición cesa.
HORACIO. Al portal sacan la mesa.
TRAENIO. Querrán al fresco comer.

(Sacan la mesa los villanos.)

SILVIA. Más adelante, Riselo.
RISELO. Silvia, buena queda ahí.
SILVIA. Tirrena, el pan.
TIRRENA. Ya está aquí,
blanco como el sol del cielo.
SILVIA. ¿Y la fruta?
TIRRENA. Todo viene
en este cestillo.
RISELO. Nada
como la bota me agrada.
SILVIA. Riselo, Ergasto la tiene.
RISELO. Sentémonos, traerá
la comida el huésped.
ERGASTO. Dices
bien.
FLORELO. Ya sacan las perdices
y los gazapos.
HORACIO. Acá
estamos todos.
TIRRENA. ¡Ay, Dios!,
salteadores son, Riselo.

(Vanse levantando los labradores y siéntanse los salteadores.)

HORACIO. Sosegaos, perdé el recelo,
que con las dos, sin los dos,
los cuatro hemos de comer.
Riselo con la comida
tenga cuenta, y la bebida
Ergasto puede tener,
porque esté con razón todo
y no os cause nada pena;
que por Silvia y por Tirrena

(1) En el manuscrito «bienes» por errata.

os miraremos del modo
que por nosotros.
ERGASTO. Riselo,
¿qué te parece?
RISELO. Que estoy
temblando, y que somos hoy,
Ergasto, signos del cielo.
ERGASTO. Paciencia, pues que quisimos
ser maridos.
RISELO. Bien saldremos.
TRAENIO. A media mujer cabemos
por barba.
SILVIA. ¿Qué es lo que oímos?
TIRRENA. De hacernos menos un dedo,
Silvia, no tienen asomos;
hombres son, mujeres somos;
todo es perdelles el miedo.
SILVIA. ¡Qué conortada que estás!
TIRRENA. ¿No fuera más confusión
dar en manos de un león?
Afligirte es por demás.
SILVIA. Aprender quiero de ti
a estar consolada y todo.
TIRRENA. Siempre al tiempo me acomodo.

(Sale el VENTERO *con la comida.)*

VENTERO. Ya la comida está aquí.
FLORELO. ¡Oh, huésped!
VENTERO. ¡Ah, camaradas!,
bien venidos; ya quería
acusar la rebeldía
en las perdices asadas
y en los gazapos; mas creo
que os habéis acomodado
mejor que lo concertado
y que pudiera el deseo.
HORACIO. Brindis.
VENTERO. La razón haré.

(Dentro.)

PEREGR. ¿Hay posada, huésped?
FLORELO. Dos
gallardos mozos, por Dios,
ponen en la venta el pie
y se apean de un rocín.
VENTERO. Aquí hay presa de importancia.
TRAENIO. Será, huésped, la ganancia
por la mitad vuestra.

(Sale PEREGRINO *y* FÉNIX.)

PEREGR. Al fin,
¿no ha quedado que comer
cosa ninguna?
VENTERO. Señor,
lo mejor y lo peor
que en la venta pudo haber,
estos hidalgos lo están
gastando, porque vinieron
primero que vos.
PEREGR. No fueron
necios.
VENTERO. Hasta el vino y pan
me ha faltado; en lo que toca
a regalar el rocín,
cebada y paja hay sin fin.
PEREGR. No es de importancia tan poca
que no es lo que más deseo;
que lo que toca a los dos,
estos señores, por vos,
que nos harán merced creo;
y la mesa me parece
que sufre las ancas bien;
que yo escotaré también.
FLORELO. Cualquiera cosa merece
el despejo.
PEREGR. Hagan lugar
a mi camarada aquí;
venga de ese pan.
HORACIO. No vi
tal llegarse a convidar.
PEREGR. ¿Dónde está el vino?
ERGASTO. Aquí está.
PEREGR. Venga, y brindis al que tenga
más gana de beber.
FÉNIX. Venga,
que a mí me ha brindado.
TRAENIO. Ya,
señores hidalgos, es
más de marca el desenfado.
PEREGR. Déjeme asir un bocado
de este gazapo, y después
cuanto quisiere hablará,
que me ha picado, por Dios,
el salmorejo.
TIRRENA. Los dos
se han amostazado ya.
PEREGR. Come, Fenicio.
FÉNIX. Ya como
como un sabañón.
TIRRENA. No he visto,
Silvia, más valor.
PEREGR. ¡Por Cristo,
que está como un agua el lomo!
¿No se beberá otra vez?
FÉNIX. Que se beba enhorabuena.

TIRRENA. ¿Silvia?
SILVIA. ¿Qué quieres, Tirrena?
TIRRENA. Que en la bizarra altivez,
al parecer estos son
caballeros.
PEREGR. ¡Cómo tarda
el vino, cuando se aguarda
con sed!
FÉNIX. Yo hago la razón.
TRAENIO. Hidalgos, en esta mesa
suelen con más cortesía
llegar a comer.
PEREGR. Desvía,
que es famosa aquella presa.
FLORELO. No ha de ser pinta esta vez;
que me parece que han hecho
muchas suertes, y sospecho
que huele ya a cuitadez
sufrir tanto esparcimiento.
PEREGR. Pues la vez que yo me esparzo,
no da tan furioso marzo
la vuelta con agua y viento.
HORACIO. Es muy mozo vuesarcé.
PEREGR. Desde niño soy un diablo,
y haré bueno lo que hablo
con esta espada.
TRAENIO. No sé
si en esta ocasión, señor,
con el infierno ha encontrado
o con el diablo.
FÉNIX. Habrá hallado
donde probar su valor.
TRAENIO. ¿Quién le mete en eso a él,
señor huevo de avestruz?
FÉNIX. Yo, que les haré la buz-
corona.
FLORELO. Capón cruel.
FÉNIX. No nos vamos dando motes
y excusemos de mohinas;
que tengo para gallinas
en el corazón bigotes
y echaré, si me da gana,
aunque el mundo dentro esté,
sólo con un puntapié
la venta por la ventana.
PEREGR. Paso, Fenicio, que estamos
solos, y aquestos señores
nos han hecho mil favores
y es razón que los sirvamos;
que me parece muy bien
que son de la profesión.
Vaya por conversación
lo que ha pasado.
FÉNIX. Está bien;
que el humo de la mostaza
ya estaba en la chimenea
de las narices.
FLORELO. No crea
que acá se temen feriones
tan desbarbados, que ya
pudiera ser...
PEREGR. Bien está;
que todos somos ladrones.
HORACIO. Nosotros no acostumbramos (1)
dejarnos estafar de otros,
que a los otros estafamos;
y así, usarcedes serán
servidos de que se escote
lo que han comido.
PEREGR. ¡Que al trote
vuarcedes en todo van!
Muy apriesa viven.
TRAENIO. Ea,
que son muy necios los dos.
PEREGR. De espacio, ¡cuerpo de Dios!,
que servilles se desea.
TRAENIO. No nos tienen de quebrar
las cabezas.
PEREGR. ¿Por qué no?,
si de esta manera yo
suelo a gallinas pagar.
De ladrones no recelo
un mundo, aunque venga a solas,
que para mí las pistolas
son guindas.
TRAENIO. ¡Rayo es del cielo!
FÉNIX. ¡Dales, que a tu lado voy!
TIRRENA. El monte es de San Pablo.
FLORELO. ¿Quién eres, hombre?, ¿eres diablo?
PEREGR. *el Niño Diablo* soy.

(Entranse tras ellos y quedan solas TIRRENA *y* SILVIA.*)*

TIRRENA. Toda la venta parece,
Silvia, que se viene abajo.
SILVIA. El lo ha tomado a destajo.
TIRRENA. La canalla lo merece;
allá van tras el ventero
Riselo y Ergasto.
SILVIA. ¡Ay, Dios!,
¿qué harán los dos, sin las dos?
TIRRENA. No era malo lo primero.
SILVIA. La puerta falsa han cerrado
de la venta.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

TIRRENA. Aquí nos hace,
sin el *requiescant in pace*,
tortilla.

SILVIA. No hay desatado
demonio como el menor
de los dos, que al parecer,
pienso, si no es su mujer,
que debe tenella amor;
y síguele en este traje,
que suceden cada día
de estas cosas.

(Salen los dos, cargado PEREGRINO *de espadas y pistolas, echándoselas a los pies a* FÉNIX.)

PEREGR. Fénix mía:
todo este despojo baje
a tus pies, para trofeo;
aunque no será el mayor
que piensa darte mi amor
por alma de su deseo.

FÉNIX. Cualquier fineza merece
el mío.

TIRRENA. Señor diablo,
niño, o quien es, yo le hablo
de paz, si es que le parece
a su merced, déjenos
ir de paz a nuesa aldea,
que aquí nadie le desea
ningún agravio.

PEREGR. Las dos,
¿sois de los dos labradores
mujeres?

TIRRENA. En haz, y en paz
de la iglesia, que en agraz
cogieron nuestros amores.

PEREGR. Alzad del suelo.

SILVIA. Dios guarde
a su reverencia, amén,
que es diablo hombre de bien.

PEREGR. Gente sencilla y cobarde.

(Dentro.)

RISELO. ¿Silvia?

(Dentro.)

ERGASTO. ¿Tirrena?

(Dentro.)

VENTERO. No espero
salir de donde me esconde
vivo su furor.

TIRRENA. ¿Adónde
estás?

(Dentro.)

RISELO. En el gallinero.

PEREGR. Lugar es de las gallinas (1).

SILVIA. Señor demonio, no muera
quien no lo debe.

(Entra PEREGRINO *y saca de la mano al* VENTERO, *y el* VENTERO *a* RISELO, *y* RISELO *a* ERGASTO, *llenos de plumas, tierra y harina.)*

TIRRENA. Sardinas
parecen, Silvia, los tres
que los echan a freír.

RISELO. Señor, déjanos morir
con confesión a tus pies.

PEREGR. ¿Cuál es el ventero?

VENTERO. Yo,
que me engañó Bercebú.

PEREGR. ¿También eres ladrón tú?
¿Cómo no te recogió
el pajar que fué sagrado
de los demás de tu oficio?

VENTERO. Porque soy ladrón novicio,
que a profesar no he llegado.

PEREGR. Galante eres.

VENTERO. ¿Qué he de hacer
viendo que tienes razón?

PEREGR. Por ti merecen perdón
los demás; hoy quiero ser
piadoso, diles que bajen.

(Arriba los salteadores.)

HORACIO. Con esa palabra remos
a besar tus pies.

PEREGR. Extremos
de cumplimientos atajen
y bajen, que ya la doy.
Partid con esas mujeres
vosotros.

ERGASTO. De todos eres
amparo.

PEREGR. Yo soy quien soy.
No gastéis palabras más,
andad.

RISELO. Dete vida el cielo.

TIRRENA. Vamos, Ergasto y Riselo,
que es el mismo Barrabás.

(Vanse, y salen los salteadores.)

TRAENIO. Ya nos tienes a tus pies.

PEREGR. Alzad del suelo, y tomad
vuestras armas.

FLORELO. Tu piedad
hija de tu brazo es.

---

(1) Falta un verso a esta redondilla.

PEREGR. Esta ha de ser la postrera
que pienso usar en mi vida;
mas la ocasión me convida
que con vosotros espera
hoy una empresa que intento,
que de Nápoles me ausenta,
como os daré después cuenta.

HORACIO. De tu valiente ardimiento
seguiremos las pisadas
al infierno.

PEREGR. Pues, amigos,
ya de mi valor testigos
han sido vuestras espadas;
a mí me importa vivir
en los montes, y querría
hallar igual compañía
que me pudiese seguir.
Y pues os falta cabeza,
vuestro capitán seré;
y que lo merezco sé,
por valor y por nobleza.
Pero advertid que ha de ser
en todos la de este día
la postrera cobardía
que jamás habéis de hacer,
aunque con copioso alarde
el Rey o el infierno venga
contra mí.

TRAENIO. No habrá quien tenga
contigo pecho cobarde.

PEREGR. De esa palabra confío
y daros mis brazos quiero.

VENTERO. ¿Y ha de quedarse el ventero?

PEREGR. Si promete tener brío,
no por cierto.

VENTERO. Pues yo soy
también de los abrazados.

PEREGR. Con tan valientes soldados
contento en el monte estoy
y quiero que me llaméis,
para espanto y confusión,
el nombre que esta ocasión
me ha dado, y el que veréis
que por mis obras granjeo,
y el que mi fuerza gana,
que de beber sangre humana
tengo entrañable deseo.

TRAENIO. ¡Tiemble todo el horizonte
con el nombre que desea
tu valor!

PEREGR. Amigos, ea;
al monte.

FÉNIX. Vamos al monte.

PEREGR. Vamos, Fénix, que por ti
fama eterna a ganar voy:
el Niño Diablo soy,
guárdese el mundo de mí.

(Vanse.)

JORNADA II

(Salen CARLOS *y* MILÁN, *criado.)*

CARLOS. No hay diamante por labrar
tan duro, mármol tan frío;
Príncipe pensé ser mío
y reino llego a mandar,
y pudiéndola obligar
la majestad y el poder,
nada la basta a vencer,
mezclando en ella el recato
con lo divino lo ingrato
por Venus y por mujer.

MILÁN. Yo vengo, señor, sin mí,
de tu desdén aturdido
y más que todo corrido
de lo que te prometí;
porque, señor, yo entendía
que escuchara mis consejos,
y ha puesto el alma más lejos
después, que como era ley
podría del sol del Rey
cegalla tantos reflejos.

CARLOS. Rey soy, y quisiera ser
su igual para merecella;
porque el valor que hay en ella
Reina la pudiera hacer;
que sólo viene a tener
por falta ser mi vasalla,
¡mal haya el que a un Rey que calla
dé estos impulsos la guerra!
el no casarse en su tierra
por razón de Estado halla.
¡Ay, Milán, que llego a estar
de mí tan arrebatado!
que por sobrarme el cuidado
a mí me vengo a faltar!
¿Sabes que vengo a pensar
que divierte a esta mujer
otro amor?

MILÁN. Bien puede ser,
aunque no hay mujer tan vil
que no corresponda a mil
si empieza a corresponder.

Porque en ellas, con perdón,
suele ser el comenzar
como el comer y el rascar,
que bailan al mismo son;
Venus, para confusión
de todas, al parecer,
quiso entre todas nacer
porque a un mismo tiempo asombre
una fe eterna en un hombre
y un imposible en mujer.

(Sale CELIO.*)*

CELIO. César el Marqués, señor,
de Santelmo, con la estrella
de tu Venus, que, más bella,
vence a esotra en resplandor,
haciendo al viento favor,
te pide audiencia.

CARLOS. ¿Qué dices,
Celio?

CELIO. No te escandalices,
que te digo la verdad.

CARLOS. Celio, de la voluntad
son ilusiones felices.
Parece que la ha traído
mi propia imaginación.

CELIO. Milagros del amor son.

CARLOS. Más los temo del olvido.
¿Qué puede haberle movido
al Marqués para venir
con Venus?

CELIO. ¿Qué he de decir?

CARLOS. Que entre Venus y el Marqués.

MILÁN. Estas enigmas que ves
bien sé en lo que han de parar (1).

CARLOS. ¿Qué, Milán?

MILÁN. Resoluciones
del padre y de Venus.

CARLOS. Mal
conoces aquel cristal
de roca en unas prisiones
con tantas obligaciones
veré un alma de diamante.

CELIO. Ya a Venus tienes delante.

CARLOS. ¡Ay, cielo, verásme arder
y temblar!

CELIO. No vi a mujer
mayor respeto en amante.

(Salen el Marqués CÉSAR, *y* VENUS, *con manto.)*

(1) «Parar» no rima con «decir». Quizá deba leerse: «bien sé en qué han de concluir».

CÉSAR. Denos Vuestra Majestad
a mí y a Venus los pies.

CARLOS. Los brazos tengo, Marqués,
para los dos; levantad.
¡Qué soberana beldad!
¡Qué hermosa soberanía!
¡Qué honestidad, qué porfía!
¡Qué decoro, qué sosiego!
¡Qué nieve, que sabe a fuego!
¡Qué fuego, que es nieve fría!

CÉSAR. A notable novedad
tendréis, señor, que yo venga
sin mí, a vuestras orejas,
ya que a Peregrino el cielo (1)
de mi vista y de su hacienda
desaparecerle quiso
o se lo tragó la tierra.
Viendo que de su desdicha
no tengo ningunas nuevas
y que es lo más cierto estar
muerto a manos de una fiera,
vengo con Venus, señor,
para que interceder pueda
con vos en lo que os propongo,
porque sabe la presencia
de una mujer obligar
a que respeto la tengan,
a vencer dificultades
y a facilitar empresas.

CARLOS. Y más Venus, a quien yo,
Marqués, por las excelencias
de tantas partes, la tengo
inclinación.

VENUS. La grandeza
vuestra, señor, favorece
en mí el valor y las prendas
de mi padre...

CARLOS. Vos sabéis
el alma de mis finezas
mejor que yo, porque sois
generoso dueño, y Reina
del alma de un Rey.

VENUS. Mi padre,
señor, que bien os desea,
aguarda que le escuchéis
para proseguir su audiencia.

CARLOS. Proseguid, Marqués.

CÉSAR. Señor,
todas las cosas supuestas
que os he dicho, y las que lloro,
por lamentable tragedia,

(1) En el manuscrito faltan estas dos palabras.

en el mayorazgo mío
hay una cláusula expresa
que llamando a los varones
excluye a todas las hembras;
de manera que, faltando
varón en mi casa, pueda
heredar el más antiguo
criado que hubiere en ella
primero que las hermanas,
ni las hijas ni las nietas;
inhumana ley, teniendo
la mujer mi sangre mesma.
Esta piedad y esta falta
a vuestros pies me presenta,
como a padre, a importunaros
que, como Rey que dispensa
por Príncipe soberano
en las leyes, que la fuerza
de esta cláusula derogue
vuestra piedad y grandeza.

CARLOS. Marqués, vuestra pretensión
es tan justa, que quisiera
por Venus y por los muchos
servicios y prendas vuestras
que tocara en lo imposible;
que, puesto que esto debiera
remitillo a mi Consejo,
bien que en mi amor aprovechan
tan pocos, como señor
soberano, con la fuerza
de mi poder absoluto,
esta cláusula indiscreta
derogo y anulo y hago
a Venus sola heredera
del Estado de Santelmo.
Yo quiero desde hoy se entienda
que lo han de heredar mujeres,
pues a Nápoles heredan.

CÉSAR. Guárdete el cielo los años
que tú mismo te deseas
en Nápoles.

CARLOS. Guárdeos Dios,
Marqués de Santelmo, César,
y para mi muerte guarde
a la que engendrastes.

(Aparte.)

CÉSAR. Llega,
hija Venus, y la mano
por este favor, por esta
merced que a todos nos hace,
a Su Majestad le besa.

VENUS. Su Majestad me dé
su mano a besar y tenga
la vida que sus vasallos
hemos menester.

CARLOS. ¡Quién fuera
tan dichoso que trocar
con vuestra rara belleza
pudiera el Estado mío,
porque siendo vos mi Reina,
como del alma lo sois,
en esta nieve pusiera
de vuestra mano la boca!
¡Mal haya, amén, la grandeza
de la Majestad del Rey
que las hermosas estrellas
de vuestra deidad me impide,
que no idolatre por tierra!

VENUS. Mi padre puede escucharos,
y no es justo que finezas
vuestras me desacrediten
sin provecho.

CARLOS. Alzad, Marquesa
de Santelmo; levantad,
Duquesa de Amalfi.

CÉSAR. Apenas
satisfacer con las vidas
os pueden las almas nuestras
tantas mercedes, señor,
con ser las almas eternas.

CARLOS. Todas las debo, Marqués,
a vuestros servicios.

MILÁN. Deja,
si te precias de Alejandro,
para Milán una aldea;
que, ¡vive Dios!, que recelo
que está la Apulla en tabletas,
la Bruza (1) y las dos Calabrias
si vuelve a poner en tierra
las rodillas de marfil
mi señora la Duquesa.

CARLOS. ¿Marqués?

CÉSAR. Señor.

CARLOS. No tratéis,
hasta que avisaros vuelva,
de dar a Venus marido;
que quiero que Adonis sea
y de mi mano elegido.

CÉSAR. ¿Más determináis que os deban
nuestras vidas?

CARLOS. Yo me encargo
de buscar quien la merezca.

CÉSAR. Agradézcaos el silencio,

(1) Los Abruzos.

que es del sentimiento lengua,
la merced que nos hacéis.

(Sale CELIO *con un pliego.)*

CELIO. A toda la diligencia
posible viene un correo
despachado de la fuerza,
del Turpia, que en la Calabria
es de Sicilia frontera,
con este pliego.

CARLOS. Sin duda
han llegado las galeras
de Asia a molestar sus costas
y piden socorro.

CELIO. Vea
Vuestra Majestad la carta.

CARLOS. Abre, Milán, y las nuevas
que viene en ella sepamos.

MILÁN. Oye lo que escribe en ella.

(Lee.)

«No puedo dejar de dar a Vuestra Majestad cuenta de un hombre que anda en esta provincia de Calabria, cabeza de mil y seis cientos bandoleros, a quien llaman *el Niño Diablo*, cuyos hechos se parecen al nombre; de manera que no hay insulto, atrocidad ni delito que no ejecute; y el mayor de todos, en ofensa de Vuestra Majestad y de sus vasallos, ha sido el haberse jurado por Rey de la Campaña, saqueando los lugares y desmantelando algunas fortalezas, y crece de suerte en el desacato y en los vecinos a su crueldad el miedo, que si Vuestra Majestad no lo remedia con tiempo puede ser que no le tenga cuando sea menester. Guarde Dios a Vuestra Majestad.—De Turpia el Gobernador y Capitán.»

CÉSAR. ¡Portentoso atrevimiento!

CARLOS. Hoy en tanto amor me enseña
la ocasión un peregrino
camino para que pueda
sin estorbo conquistar
a Venus, que ha de ser fuerza
de confesarse obligada.
¿Marqués?

CÉSAR. Señor.

CARLOS. Esta empresa
de vuestra persona toca
al valor y la experiencia;
y pues en la dilación
consiste el peligro de esta
jornada, quiero, Marqués,
que con la gente de guerra
que hay en Nápoles, que son
tres mil infantes, la vuelta
toméis de Calabria luego,
porque como a padre os deba
de nuevo el reinar.

CÉSAR. Señor,
Vuestra Majestad alienta
mi vejez con el honor
que es razón que le merezca.

CARLOS. Estimaré este servicio
más que todos.

CÉSAR. Cuando fuera
cabeza de estos ladrones
que con tanta desvergüenza
la provincia os alborotan
Peregrino, el Marqués César
os da palabra, señor,
de volver con su cabeza,
aunque esté en defensa suya
el mundo.

CARLOS. Marqués, de vuestras
hazañas Nápoles vive
y la fama satisfecha.
Brevedad pide el castigo,
vuestras armas resplandezcan
y a competencia del sol
vuelva el sol a verse en ellas.
Empuñá el bastón, la espada
de la ociosa vaina vuelva
a dar reflejos al día
y a las historias materia;
y publicando en Calabria
a sangre y fuego la guerra,
César, os tenga por Marte
y Marte os tenga por César,
que yo haré tener, Marqués,
cuidado con la Duquesa,
que en cuanto el valor no puede
el vuestro sentir la ausencia.

VENUS. Mejor en esta jornada
sirviendo a mi padre fuera,
si me dais licencia.

CARLOS. Venus,
aunque a la valiente diestra
de este Marte fuerais Palas,
no admite mujer la empresa.
Haced esto, y lo contrario
de ninguna suerte sea,

que es lo que importa.

CÉSAR. Señor,
muy justo es que os obedezca,
y estas son finezas de hija.

CARLOS. Pluguiera al cielo no fueran
desengaños para mí; *(Aparte.)*
pero saldré en esta ausencia
vencedor o sin la vida.
Marqués, procurad que sea
luego la partida.

CÉSAR. El sol
verá al viento tus banderas
fuera de Nápoles hoy.

CARLOS. Partid. Guárdeos Dios, Duquesa.

(Entrense unos por una parte, otros por otra, y tocan al arma, y por dos bajadas de monte bajan PEREGRINO, *con malia, tahalí con pistolas y bastón, y por la otra* FÉNIX, *vestida de pieles de tigre, calzón y capotillo, y pistolas, un boncte redondo de lo mismo y plumas, y los que pudieren salteadores.)*

PEREGR. Haced alto, que, ¡por vida
de Fénix, fénix del suelo,
que aunque se me oponga el cielo
y aunque el infierno lo impida
que la he de hacer de las dos
Sicilias dueña y que el mar
por Reina la ha de besar
los pies que beso!

FÉNIX. Con vos,
generoso capitán,
mayores glorias veré,
pues con menos valor fué
Rey del Asia el Taborlán.
Y el brío heroico y profundo,
según va, no ha de poder
dentro del mundo caber
cuando haya ganado el mundo.

PEREGR. Ningún imposible veo,
Fénix, para que a tus pies
sirva de solio después
que con tus ojos peleo;
porque cuando mis enojos
le dan al cielo recelo,
contra los rayos del cielo
guardo, Fénix, yo tus ojos;
que entonces tus luces bellas,
a pesar de su arrebol,
ceniza han de hacer del sol
y átomos de las estrellas.
De estos lugares agora
que amenazando bajamos,
como de estos verdes ramos
y grama, has de ser señora;
y porque de este interés
se vayan certificando,
¡hola!, publica ese bando
y toca a marchar después.

BANDO.

«*El Niño Diablo*, por la gracia de Fénix y de sus brazos, Rey de la campaña, azote de los poblados, rayo de los caminos, prodigio de los montes y espada del infierno. A todas las personas, de qualquier estado y calidad que fueren, que se quisieren valer de su valor hace saber, que lo recibirá en su amparo, perdonándoles cualesquiera delitos que hayan hecho, por atroces que sean, haciéndoles mercedes con honras y acrecentamientos, y juntamente a las ciudades, villas y lugares que sin resistencia se le rindieren siguiendo su voz; perdonará las haciendas y las vidas, honrándolos con preeminencias y privilegios; y al contrario, quemando las heredades y sembrados, pasará a fuego y sangre sus moradores. Mándase pregonar porque venga a noticia de todos.»

FÉNIX. Ya de esta primera aldea
parece que los vecinos
se han puesto en arma.

PEREGR. Destinos
son de quien morir desea.
Por vida de tu hermosura,
que es sólo el cielo que adoro,
que sin que guarde decoro
a templo, a humana criatura
ni a doméstico animal
de cuantos el sitio encierra,
que he de poner con la tierra
su vil edificio igual;
siendo el castigo tan grave,
que apenas se escape pidra
a quien se arrime una hiedra
ni adonde se asiente un ave.

FÉNIX. De su resistencia loca
bien merece la osadía
ese rigor.

PEREGR. Fénix mía,
fuego arrojo.

FÉNIX. Al arma toca.

(Tocan, y suena otra caja de lejos.)

PEREGR. Escuchad, parad, haced
otra vez alto. ¿Qué cajas
son éstas que al parecer,
si el parecer no me engaña,
suenan detrás de estos montes,
tan lejos que apenas pasan
de estos peñascos las frentes
sus respuestas mal formadas?

FÉNIX. Los ecos deben de ser
de las nuestras, que estas altas
sordas peñas las repiten,
como suelen las palabras.

(Tocan cajas a lo lejos.)

PEREGR. Estos no pueden ser ecos,
cajas son, Fénix, que marchan
y se acercan poco a poco.

FÉNIX. Bien dices; pero, ¿quién basta,
si es el mundo contra ti?
¿Qué recelo sobresalta
tu valor?

PEREGR. ¿Yo, Fénix mía,
recelo? Si en sus escuadras
se desatara el infierno,
fuera de poca importancia
para darme a mí recelo;
vuelve a marchar.

FÉNIX. Marcha.

PEREGR. Marcha.

FÉNIX. Más cerca las cajas suenan.

(Sale HORACIO.)

PEREGR. ¿Qué hay, amigo?

HORACIO. Si estas cajas
que los ecos solicitan
de este monte las espaldas
no te han dado aviso, advierte
que desde las atalayas,
desde peñascos que al cielo
los soberbios hombros alzan,
treinta banderas y más
se han descubierto que marchan
a intentarle guerra al cielo
o contra aquesta montaña.
Tres mil hombres trae que dice
que son todos, y que trata
Carlos a sangre y a fuego
sosegar las dos Calabrias,
y que...

PEREGR. Prosigue, no dejes
comenzadas las palabras,
que soy rayo que entraré
a sacártelas del alma.

HORACIO. Dicen que de tu cabeza
han pregonado la talla
en dos mil escudos.

PEREGR. ¡Vive
la belleza soberana
de Fénix, que me he corrido
de que mi cabeza valga
tan bajo precio sabiendo
que os es de tanta importancia!
Carlos quiere reinar poco.
¡Hola, Horacio! Haz que dos cajas
de las mías a la vista
de ese escuadroncillo salgan
y en mil escudos pregonen
talla del Rey, que baja
mil escudos de la mía;
aunque intento ejecutalla
yo por mi persona propia,
que de Rey de la Campaña
de Nápoles lo he de ser,
y del mundo, si esta espada
guía este brazo y de Fénix
los dos soles me acompañan.
Volvamos atrás, y haciendo
la retaguardia vanguardia,
en la entrada de ese monte
presentemos la batalla
a las banderas del Rey,
que mil de nosotros bastan
contra los tres mil y contra
las arrogante escuadras
del ejército de Jerjes,
si no es que les acobarda
ver primero que me vean
que pocos robles se escapan
sin la tragedia de un hombre,
porque después que la planta
puse en ella lleva siempre
esta fruta esta montaña.

FÉNIX. A tu lado, Peregrino,
llevas el Angel de Guarda
de mi amor y de mis celos,
de este brazo y de esta espada.

PEREGR. ¿Qué más armas que tus ojos?
Que las almas de las armas
abrasan y rinden, Fénix,
toca a rayos que se abajan,
rayos de tus ojos bellos.
Troya será la Campaña.

FÉNIX. A las cajas enemigas
con más furor y arrogancia
respondan las nuestras.

PEREGR. Ea,
amigos, soldados, salgan
vuestros valerosos pechos
a darme en esta batalla
de Nápoles la corona,
que *el Niño Diablo* baja
con más, brío y el infierno
va en mis brazos.

FÉNIX. Toca el arma.

(Vanse, y sale CARLOS, *vestido de campo, y* CELIO *)*

CARLOS. A esto me obliga el amor,
Celio, no me des consejos,
que está la razón muy lejos
y está muy cerca el furor;
que no han podido razones
con sus órdenes crueles,
lágrimas, ruegos, papeles,
finezas y obligaciones.
Pueda el rigor, que no es ley
justa, sino inhumanos
pensamientos, que a las manos
de una mujer muera un Rey.

CELIO. ¿Al campo has desafiado
tu amor?

CARLOS. Celio, he pretendido
que salga con el sentido
a campaña mi cuidado.
Porque en Nápoles no quiero
a Venus dar ocasión
para cobrar opinión
con el vulgo novelero.
De tirano sea el intento
que procuro ejecutar,
allá búscale lugar.

CELIO. ¿De qué suerte?

CARLOS. Estame atento.
Yo he procurado buscar
quien la firma contrahiciese
del Marqués César.

CELIO. No es ese
genio imposible de hallar
en la Corte.

CARLOS. Al fin le hallé,
y con la firma escribí
una carta en que fingí
(oye de mi ardiente fe
la notable sutileza)
que a Venus daba el Marqués
cuenta de un mal que después
que salió con la presteza
que yo le mandé, le dió
en el camino, de suerte
que muy cercano a la muerte
quedaba tanto, que no
pudo escribir de su mano
la carta, y que si quería
verle con vida algún día,
antes que al brazo inhumano
de la muerte se rindiese,
que por la tierra o el mar
que le saliese a buscar
lo más presto que pudiese,
porque primero que el plazo
se cumpliese de su vida,
como prenda tan querida
pudiera darla un abrazo.
En este pliego también
fingí un correo, que afirma
con la carta, y con la firma
de mi mal estado el bien;
y ofrecióse a dar la vuelta
para servirla de guía;
y Venus, el mismo día
a ver al padre resuelta,
vertiendo perlas, con pocos
criados haciendo esfera,
aunque estrecha, una litera
de aquel sol, en quien mis locos
enamorados deseos
indios idólatras son,
parte a verle, y la ocasión
gozando de mis empleos,
Celio, contigo no más
de esta suerte me adelanto.

CELIO. Nada en amor causa espanto.

CARLOS. Deberé a este sitio más
que al accidente a la estrella,
Celio, sin retroceder,
que me pudieran hacer
Rey de Nápoles la bella.
Que la misma amenidad
de este prado y de aquel río
y este monte, que es sombrío,
al valle da majestad,
adonde escribe sin pluma,
con cristalinos errores,
caracteres en las flores,
veloz (1) serpiente de espuma,
porque de hoy al alba bella
den a decir sin cesar
que Venus las ha de honrar
y que me muero por ella.

(Sale MILÁN, *como correo, con botas y espuelas.)*

(1) En los textos «velos» por errata.

MILÁN. ¡Albricias, señor!
CARLOS. Milán,
¿qué tenemos?
MILÁN. Si me ves
hecho Mercurio francés
y postillón alemán
y con más transformaciones
que un juego de pasa, pasa;
¿qué preguntas?
CARLOS. Ya se abrasa,
entre tantas confusiones
el pecho.
MILÁN. Llego a inferir
que no me podrás creer.
CARLOS. ¿Qué hay?
MILÁN. Milán puede ser
y Milán puede decir
y de esta vez, es Milán
quien más cierto, y más galán
puede Carlos competir
con Cicerón de alcahuete
y con Suetonio Tranquilo
por el más notable estilo
que la industria se promete;
por quien dándola a entender
que era del Marqués correo,
con este traje deseo
su temor satisfacer,
diciéndola que venía
algo menos indispuesto
de lo que ha estado, y que presto
a este sitio llegaría,
donde le manda aguardar,
porque el sol ardiente entraba,
que con su vista, pensaba
convalecer y sanar.
Este diamante me dió
en albricias, y pidiendo
licencia, vuelvo diciendo
que su padre me mandó
que le volviese a avisar
donde quedaba, volando
con las postas y dejando
a los vientos que envidiar;
con lo cual, pues sin indicio
de otra cosa, en su litera
viene como una cordera,
en efeto, al sacrificio;
donde, sin que baste nada
a estorbarlo, no podrá
Lucrecia librarse ya
de silvestre tarquinada.
CARLOS. Ven acá, Milán, ¿no viene
muy hermosa?
MILÁN. No ha nacido
el sol de rayos vestido
en una fiesta solemne
de arrebol y de zafir,
tan hermoso, ¡vive Dios!,
porque un sol contra otros dos,
¿cómo puede competir?
A sus dos albas el Sur
perlas pide por favores.
CARLOS. ¿Qué han dicho de ella las flores?
MILÁN. Pregúntaselo a un tahur,
que son los que saben más
que el céfiro más sutil
en el lenguaje de abril.
CARLOS. Siempre de burlas estás.

(Dentro.)

VOZ. Tened, no paséis delante,
que quiere apearse aquí
la Duquesa.
CARLOS. Estoy sin mí.
MILÁN. Eres verdadero amante,
porque te has descolorido
del alboroto, ¡por Dios!
CARLOS. ¡Ay, Milán, que aquellos dos
soles me han escurecido,
me han muerto de amores!
MILÁN. Creo,
según estás desmayado,
que tú has de ser el forzado.
CARLOS. Del remo de mi deseo.
MILÁN. ¡Bravo conceto moral!
Deja esas filaterías,
y si tan grandes porfías
no quieres echar a mal,
entre estos olmos amantes
de estas vides, esconderte
puedes con ella, de suerte
que, como dicen, no espantes
la caza, entre tanto que
despojo el sitio de todo
fiel escudero, de modo
que de tu amorosa fe
puedas el fruto gozar.
CARLOS. Dices bien, vente conmigo,
Celio.
CELIO. Vamos.
CARLOS. ¡Ay, amigo,
que a Nápoles he de dar
hoy de albricias de mi bien
que es mucha menos me fundo

vitoria perder el mundo,
que aquel hermoso desdén.

MILÁN. Ya llega.

CARLOS. Milán, adiós,
y en tus manos me encomiendo.

(Vanse, y sale VENUS, *de camino, bizarra, y* LISANDRO *saque una alfombra en que se recueste.)*

VENUS. Quedarme sola pretendo:
haced, Lisandro, que dos
pajes de guarda se queden
por lo que se ofrezca, ahí.

LISANDR. Harélo, señora, ansí.

(Vase.)

VENUS. Los demás reposar pueden
y descansar, entre tanto
que al cristal de este arroyuelo
pongo al daño que recelo
silencio, y treguas al llanto.

MILÁN. Postillón, tened paciencia,
que todos somos cristianos,
no se alborote, y sus manos
me vuelva a dar vuecelenia.

VENUS. Pues, amigo, ¿qué tenemos
de mi padre?

MILÁN. Que le has dado
la vida en haberte hurtado
a los cobardes extremos
de mujer, saliendo al paso
a encontralle de esta suerte,
y llega tan presto a verte
que parece que es acaso
haberte encontrado aquí.
Yo voy a hacer pasar (1)
las postas, que han de pasar
a Nápoles.

(Vase, y sale CARLOS.)

VENUS. ¡Ay, de mí!

CARLOS. No os alborotéis, Duquesa.

VENUS. Señor, ¿vuestra Majestad
aquí con tal soledad?

CARLOS. No es para menos la empresa.

VENUS. ¿Qué empresa?

CARLOS. Vuestro desdén.

VENUS. Al valor con que nació
una mujer como yo
no es razón llamar desdén;
porque aunque conmigo estoy
segura en cualquier lugar,
no me puedo asegurar
del escándalo que doy.

CARLOS. Venus, hasta aquí ha podido
entretenerme el rigor
de tu desdén, y mi amor
de mi esperanza, y tu olvido;
mas ya en tan fiero tormento,
parece que le han faltado
ocasiones al cuidado
y acentos al sufrimiento.
Hoy el accidente extraño
de este furor se ha valido
contra el desdén y el olvido
del socorro y del engaño.

VENUS. ¿De qué suerte?

CARLOS. Ha sido todo
cuanto obligarte ha podido,
Venus, hasta aquí fingido,
porque intente de este modo
alcanzar lo que desvía
tu tirana voluntad.

VENUS. Mire Vuestra Majestad
que la suya es tiranía
y que a mi padre no debe
correspondencia.

CARLOS. A quien ama
ciega el humo de la llama
y al sol sin ojos se atreve.

VENUS. ¿Los Reyes mienten ansí
contra el valor de sus nombres?

CARLOS. Los Reyes, Venus, son hombres,
y yo estoy fuera de mí.

VENUS. Vuelva Vuestra Majestad
en sí por sí, como es justo.

CARLOS. Donde a reinar llega el gusto
es batalla la verdad; (1)
y aquí la contradición
da más espuelas al mío,
que está sordo el albedrío
y sin ojos la razón.
Venus, no hay sino tratar
de resolverte.

VENUS. A morir,
primero que permitir
mi ofensa.

CARLOS. Ya no hay lugar
de resistencia ninguna;
que hoy has de seguir la ley
del apetito del Rey
y el rigor de la fortuna.

(1) Quizá deba decir «avanzar» o «caminar».

(1) Así en los textos; pero debe de ser «beldad».

VENUS. Daré voces.
CARLOS. Están lejos
los que te hacen compañía.
VENUS. Los cielos, no.
CARLOS. Venus mía,
templa al rigor los consejos,
muda tu desdén ingrato,
tuyo soy, un Rey te adora.
VENUS. ¿Tú eres Rey?
CARLOS. No soy agora
sino tu esclavo.
VENUS. ¿Este trato
hacen los Reyes? ¿así
engañan y ofenden?
CARLOS. Ya
a quien soy razón está;
no podrás volver en ti.
Déjame en tu nube hermosa,
Venus, helar y abrazar,
que Venus se deja amar
siendo reina y siendo rosa.
VENUS. ¿Es posible que esta ofensa
permitiendo el Cielo está?
¿Algún peñasco no habrá
que piadoso en mi defensa
aborte, humano o divino?
Nadie a mis quejas responde.
CARLOS. Mi bien.
VENUS. ¡Ah, tirano!

(Sale PEREGRINO.)

PEREGR. ¿Dónde
sin razón y sin camino
voy tras un loco deseo,
vencido y desbaratado?
CARLOS. Más tu rigor me ha incitado.
PEREGR. Pero ¿qué es esto que veo,
o sueño?
VENUS. ¡Suelta la mano!
PEREGR. Esta es mi hermana y aquel
es Carlos.
CARLOS. ¡A qué cruel
ocasión llegó el villano!
VENUS. ¡Ay, cielos!, no es ilusión.
Este, que al parecer vino
en mi ayuda, es Peregrino
o su retrato. ¿No son
verdades las que están viendo
los ojos?
PEREGR. Sí me he engañado.
VENUS. ¡Qué suspenso se ha quedado!
CARLOS. ¿Qué aguardas? Vete.
PEREGR. Pretendo
satisfacerme primero
si es mi hermana esta mujer.
CARLOS. ¿Tu hermana?
PEREGR. Bien puede ser,
si es hija de un caballero
que ha de llamarse el Marqués
de Santelmo, César.
CARLOS. Di,
¿eres Peregrino?
PEREGR. Sí,
¿y tú no eres Carlos?
CARLOS. ¿Ves
que yo lo puedo negar?
PEREGR. Con esta ocasión pudieras,
pues de ser Rey degeneras.
CARLOS. Amar no es degenerar
de ser Rey.
PEREGR. Amar sin ley
un Rey, con furor villano,
es aspirar a tirano
y degenerar de Rey.
CARLOS. Visión, que la fantasía
parece que te ha engendrado;
sombra que fingió el cuidado,
hija de la noche fría;
hombre que después de muerto
has vuelto a resucitar,
aborto fiero del mar
o parto de este desierto:
si es verdad que vives, y hoy
a socorrer has venido,
de la fortuna traído,
tu sangre, mira que soy,
aparte el ser Rey, de pecho
tan mal sufrido y valiente,
que por Venus solamente
no vuelves pedazos hecho;
yo daré a tus groserías
hoy la recompensa igual.
PEREGR. Vivo estoy, Carlos, que mal
matar a un muerto podrías,
cuando a mi talla por ti
tan bajos precios me infaman.
CARLOS. Luego tú eres el que llaman
el Niño Diablo?
PEREGR. Sí;
yo soy *el Niño Diablo,*
que sin saber que ponías
los ojos en prendas mías,
en cuyas ofensas hablo,
resolución he tenido
por el agravio primero

de matarte, y pregonero
de este intento el viento ha sido.
Mas después, que donde estás
me trujo, Carlos, mi furia,
con ser tan grande mi injuria,
me han hecho volver atrás,
en tan arduos pareceres
y resoluciones hoy,
la obligación de quien soy
y el respeto de quien eres,
que no ha de faltar, por mí,
de mi nobleza la ley,
que en efeto eres mi Rey
y tu vasallo nací.
Que puesto que de mi honor
la ofensa vengar pudiera,
el satisfacerme fuera
hacer mi ofensa mayor;
que en los agravios que hallo,
si mi furor te condena,
eres de este mar la arena
y el freno de mi caballo.
Que quien en su honor traidor
ofender a Rey tratara,
escupe al cielo, y repara
con la capa de su honor.

CARLOS. Y cuando yo fuera un hombre
particular, con el pecho
que tengo, ¿qué hubieras hecho?

PEREGR. Matarte con sólo el nombre.

CARLOS. ¡Vive Dios, que aunque tuvieras
con el nombre lo demás
del infierno, que jamás
de donde vienes volvieras,
si el mismo valor que siento
conmigo hubiera nacido,
aunque te hubiera ofendido
y plumas te diera el viento!

PEREGR. Hay distancia entre los dos
muy grande, que la experiencia
no puede la competencia
apelar, que, ¡vive Dios!,
si otro que Carlos segundo
siendo Alcides me agraviara,
que con una voz le echara
desotra parte del mundo.
Pero pues que satisfecho
de ti no puedo escapar,
en mi hermana he de vengar
el agravio que me has hecho.
Pues de un Rey el desvarío
tantos fueros atropella
arrojándome con ella
desde este peñasco al río.

(Cógela en brazos y éntrase.)

VENUS. ¡No me mates!

CARLOS. ¡Tente, espera;
hijo del infierno, aguarda;
que si a mi vida le guarda
respeto tu furia fiera,
mi vida llevas contigo
y en vano seguirte trato.
déjame la vida, ingrato,
vuélveme el alma, enemigo!

(Vanse, y salen FÉNIX *y salteadores.)*

FÉNIX. Soldados, amigos, ea;
no os canséis, a Peregrino
busquemos, no quede rama,
sombra, roca, tronco, risco,
que no pisen nuestras plantas,
que no alcancen nuestros silbos;
que no examinen mis ojos
y penetren mis suspiros,
que es imposible vivir
rotos, ciegos y vencidos,
vosotros sin capitán
y yo sin el dueño mío.

FLORELO. Aquí nos simpide el paso
el río.

FÉNIX. No importa, amigos;
esguacémosle.

FLORELO. Detente;
que entre sus olas diviso
un hombre con una espada
en la boca.

HORACIO. El margen frío
pisa agora.

FÉNIX. ¡El es, soldados,
albricias!

(Sale PEREGRINO, *mojado y con la espada en la mano.)*

PEREGR. Amigos míos,
gracias a Fénix, que os veo
que de vosotros ha sido
el norte hermoso.

FÉNIX. Tus brazos
para el alma de éstos pido.

PEREGR. Siempre en ellos te doy alma
y yo te rindo albedríos;
vengo satisfecho, Fénix,
de un agravio que en el río
dejo anegado.

FÉNIX. ¿Quién fué

el ofensor de ofendido
tan valeroso?

PEREGR. Después
te daré de un peregrino
suceso parte.

(Dentro.)

CÉSAR. ¡Soldados:
seguir el alcance al río!

TODOS. ¡Al río!

PEREGR. Al monte, Fénix,
que éstos son los enemigos.

(Vanse, y sale CÉSAR *con soldados.)*

CÉSAR. Arma no se nos escape
un ladrón, antes que el frío
manto oscuro de la noche
los esconda en estos riscos. *(Vanse.)*

(Dentro.)

PEREGR. Por acá, Fénix; ha entrado
la noche oscura y los mismos
robles y tejos del monte
sirven de celajes fríos
a la espantosa tiniebla.

(Dentro.)

FÉNIX. Esta vez somos perdidos,
porque parecen sus sombras
hijas del oscuro abismo.

(Sale PEREGRINO.)

PEREGR. ¡Qué lóbrego sobrecejo
cubre estos medrosos riscos
con las ramas! ¡Fénix, Fénix!

(Lejos.)

FÉNIX. ¡Peregrino, Peregrino!

PEREGR. ¡Qué lejos que me respondes!
Notable suceso ha sido
haber podido la noche
tan brevemente esparcirnos.
Hacia allí las voces suenan;
quiero, siguiendo el camino
de los ecos, ir tras Fénix.
¡Fénix, Fénix!

(Lejos.)

FÉNIX. ¡Peregrino!

PEREGR. De otro horizonte parece
que escasamente alado
trae aquella voz el viento.
Cuanto encuentro, cuanto miro,
todo es sombra, todo es miedo,
todo temor, todo abismo.
¡Ah, noche oscura, pintura
de confusos laberintos,
que a los celos y a las sombras
y al sueño tienes por hijos!,
¿dónde, sin norte, me llevas?,
que a cada paso imagino
que tu oscuridad me lleva
a espantosos precipicios.
¿Quién eres, sombra? Detente,
que soy el infierno mismo
si me buscas. Ya se fué.
¡Oh, qué de sombras que ha visto
el recelo, y qué de cosas
a un caminante perdido
con la noche se le antojan!
Parece que cuando sigo
alguna vereda acaso
por el tiento, que al sentido
se me ocurren cuantos hombres
he muerto, y en el camino,
sagrientos, se me aparecen
arrojando basiliscos
por las bocas y los ojos.
¡Apartad, fieros vestigios
de las tinieblas, dejadme!
¿Qué me queréis, enemigos?
Fuéronse, o los robles fueron
también. ¿Qué haré, que rendido
al cansancio estoy y al sueño?
Mas, piadoso, en el zafiro
del cielo el blanco lucero
de la aurora ha parecido
y algunas estrellas hacen
con las nubes y conmigo
treguas; y, si no me engaño,
entre estas peñas he visto
un edificio a la escasa
luz de los reflejos mismos.
Estas las paredes son,
y del pequeño edificio
la antigua puerta me enseña
el alba que en sus resquicios
está convidando a perlas
sobre alfombras de narcisos.
Ermita yerta (1) parece.
¡En qué solitario sitio
está edificada! El sol
confusamente ha salido
de algunas nubes cubierto.
Aquí está un sepulcro antiguo
que al igual del suelo cubre

(1) Así en los textos; quizá deba decir «yerma».

un mármol, donde está escrito
este epitafio, que aspira
a competir con los siglos:

(Lee.)

«Aquí yace Polidoro,
que, después de haber servido
a su Rey de capitán
de caballos treinta y cinco
años, tomó contra el mundo
esta ermita por asilo
y acabando felizmente
en ella; habiendo vivido
otros treinta con sus armas,
mandó en este mismo sitio
enterrarse, donde aguarda
la trompeta del juicio».
¡Dichoso tú que al reposo
eterno has encomendado
el grave mortal cuidado!

(Dice el muerto dentro.)

MUERTO. Tú también serás dichoso.
PEREGR. ¿Quién puede ser el que aquí,
sin verlo, me respondió
tan a propósito?
MUERTO. Yo.
PEREGR. ¿Es dentro el sepulcro?
MUERTO. Sí.
PEREGR. Sal acá fuera.
MUERTO. ¿Tendrás
valor para verme?
PEREGR. Entiendo
que sí.
MUERTO. Pues voy.
PEREGR. Que pretendo
no ser cobarde jamás.
El mármol han levantado,
cuya extrañeza estremece,
y del sepulcro parece
que sale un difunto armado.

(Sale.)

MUERTO. Ya estoy aquí.
PEREGR. Ya te veo.
MUERTO. ¿Atreveráste a bajar
conmigo a mi sitio y dar
audiencia a cierto deseo
que nos importa a los dos?
PEREGR. ¿Por qué no?
MUERTO. Dame esa mano.
PEREGR. Toma.
MUERTO. No hay furor humano
a los impulsos de Dios.
PEREGR. Del propio temor vencido
el recelo venzo en mí.
MUERTO. Entremos.
PEREGR. Ya voy tras ti.
MUERTO. ¡Bravo valor has tenido!

(Vanse.)

JORNADA TERCERA

(Sale FÉNIX *y salteadores.)*

FÉNIX. En este yermo edificio,
que de los robles y tejos
hijo parece engendrado
en sus peñascos soberbios,
unos cabrerizos dicen
que al amanecer le vieron
entrar, quizá derrotado,
a repararse del sueño;
y si no me engaño agora,
amigos, salir le veo
como embebecido y triste,
entre confuso y suspenso.

(Sale PEREGRINO.)

Lleguemos. ¿Qué hay, Peregrino?
¿Qué suspensión, qué silencio
de ti mismo te arrebatan?
¿Qué aventura, qué suceso
esta noche te ha pasado
que de esta suerte te ha puesto?
¿Quién te ha dejado sin ti?
¿Qué te han dicho? ¿Qué te han he-
¿Qué es esto que traes? [cho?
PEREGR. ¿Qué dices?
FÉNIX. Que me conozcas recelo.
PEREGR. ¿Quién eres?
FÉNIX. ¡Extraño caso!
PEREGR. Así, Fénix, sin mí vengo.
FÉNIX. ¿Qué es lo que te ha sucedido?
PEREGR. Lo que han querido los cielos.
¡Hola!
FLORELO. Señor.
PEREGR. ¿Qué me quieres?
FLORELO. ¿No llamabas?
PEREGR. No, por cierto.
FLORELO. Qué fuera que está de sí.
PEREGR. Ven acá.
FÉNIX. Llega de presto.
SER. ¿Qué es lo que mandas?
PEREGR. ¿Murió
Florelo, tu compañero?

SER. ¿No estaba hablando contigo
agora?
PEREGR. No me acuerdo.
FÉNIX. ¡Qué lástima!
PEREGR. Adiós, amigos.
FÉNIX. ¿Dónde vas?
PEREGR. No sé; esto es hecho.
FÉNIX. Espera.
PEREGR. ¿Pues voime yo?
FÉNIX. Sin duda viene sin seso.
PEREGR. ¡Hola! A Fénix me llamad.
FÉNIX. ¿No estoy contigo?
PEREGR. No quiero
que te vayas.
FÉNIX. Aquí estoy.
PEREGR. Vete si gustas.
FÉNIX. Yo creo
que te han hechizado.
FLORELO. Mira,
Peregrino, qué es tu intento;
que las banderas del Rey
han pasado, y pienso
que a un escuadrón de nosotros
han ganado el primer puesto.
PEREGR. No importa.
FLORELO. ¿Cómo?
PEREGR. ¿Yo qué sé?
FLORELO. Pues, señor, si tú eres nuestro
caudillo, ¿dónde hemos de ir
en semejantes sucesos?
PEREGR. Eso toca a Peregrino;
buscadle, buscadle luego
y os dará él orden.
FLORELO. ¿No estamos
contigo?
PEREGR. Yo mesmo pienso
que no estoy conmigo.

(Tocan cajas dentro.)

DENTRO. ¡Arriba,
arriba, arriba!
PEREGR. ¿Qué es esto?
FÉNIX. Los soldados, Peregrino,
del Rey que vienen subiendo
el monte.
PEREGR. ¡Ay de mí! Decidles
que me ha tragado el suelo
y que no estoy en el mundo.
DENTRO. ¡Al arma, soldados!
PEREGR. ¡Cielos,

(Van subiendo PEREGRINO *y* FÉNIX *el monte.)*

que se viene sobre mí
este monte!
FÉNIX. ¡Extraño miedo!
¡Aguarda, aguarda, cobarde!
¿Adónde vas?
PEREGR. Ya no es tiempo,
Fénix, de aguardarte más.
HORACIO. Nosotros, ¿qué es lo que hacemos?
Salgamos a defendelle
el paso.

(Vanse los salteadores.)

PEREGR. Fénix, el cielo
de habernos sufrido está
cansado; no le enojemos
más, que tiene, Fénix, rayos
y hay muerte.
FÉNIX. Mis ojos bellos,
¿no dijiste que guardabas
para hacerle guerra al cielo?
PEREGR. Esos, Fénix, son de amor
locos encarecimientos;
que contra el cielo, ¿quién basta?
¿Quién es algo? Nada vemos.
A la estatua que Nabuco
soberbia miró entre sueños,
pequeña piedra fué causa
de hacerla fácil al viento.
Aquel soberbio gitano
que en Menfis salió pidiendo,
de todas armas armado,
campo a Dios y guerra al cielo,
cuyo caballo tascaba
por espuma sangre y fuego
pisar estrellas, pensando
con la soberbia del dueño
cuando sacada la vista
desde la cuja, midiendo,
al ristre la lanza, daba
voces a Dios, y, soberbio,
esperaba contra rayos
pelear, el más pequeño
animal, el más cobarde
de cuantos el cielo ha hecho,
ganándole la celada
por la visera, en el suelo
dió con él; porque un mosquito
solo, a tanto atrevimiento,
a tanta arrogancia, basta;
que no ha menester el cielo
gastar rayos contra flacos
y miserables sujetos.
Fénix, al mayor poder
rindámonos; no esperemos
su enojo, que nos están

por él hablando los muertos;
que en esa ermita de donde
me viste salir sin seso,
o con él, para decir
mejor, con uno que dentro
de esa bóveda intentó
que le escuchase, ha gran tiempo
que estoy sabiendo notables
y peregrinos secretos,
y encargándome de algunos
que decir, Fénix, no puedo,
porque me selló los labios
con el bronce del silencio,
soltándome esta derecha
mano que le di primero
y volviéndose al lugar
adonde espera el tremendo
son del celestial clarín;
como me has visto, suspenso
y confuso, del sepulcro
salí a ver la luz del cielo.
Yo sé, Fénix, que la gozo
indignamente; busquemos
cada cual donde podamos
recuperar los inmensos
delitos nuestros y dar
satisfación a los cielos
con penitencias notables.
Fénix, adiós, que no tengo
valor para pecar más,
y para seguirte, menos.

FÉNIX. Detente, que no es razón
que después de tanto tiempo
que estoy en tu compañía
me quieras dejar, volviendo
sin el alma que me has dado.

PEREGR. Guárdola para otro dueño
mejor que tú.

FÉNIX. Peregrino,
ya es imposible, que tengo
hecha de ella donación
por tus mismos juramentos,
y no soy quien has pensado
hasta aquí.

PEREGR. ¿Qué dices?

FÉNIX. Esto
que me escuchas, Peregrino;
que Fénix, estame atento,
aquella noche murió
de espanto; que siempre el cielo
ha tomado de esta suerte
venganza en sus adulterios,
con ser pensamientos solos,
con ser solamente intentos.

PEREGR. ¿Pues quién eres?

FÉNIX. Soy tú mismo,
sobrenombre que me dieron
los cielos para castigo
tuyo esta licencia, y quiero
de lo que he sembrado (1) en ti
llevar el fruto.

PEREGR. Es el cielo
más piadoso.

FÉNIX. Peregrino,
no hay que confiarte en eso,
porque el cielo te ha dejado
para que con alma y cuerpo
te lleve yo.

PEREGR. Será en vano;
que de este monte pretendo
asirme al cielo, obligando
que me socorra con ruegos.

FÉNIX. Arrebataréte yo
con monte y todo.

(Pasa el monte de una parte a otra con PEREGRINO.)

PEREGR. ¿Qué es esto? ¡Cielos,
piedad!

FÉNIX. Ya que estás
pendiente del monte al viento,
vuelve los ojos abajo,
Peregrino.

PEREGR. Ya los vuelvo,
que al cielo no puedo alzallos.

FÉNIX. ¿Qué ves?

PEREGR. Los abismos veo
abiertos de par en par,
de voces y llamas llenos,
y en ellos mitras, tiaras,
bastones, coronas, cetros,
filósofos, capitanes,
damas, señores, plebeyos,
hábitos, capillas, todos
unos con otros revueltos.

FÉNIX. Ese ha de ser, Peregrino,
el palacio adonde espero
llevarte, y mira si está
falto de insignes sujetos;
mira a Pirro y a Alejandro;
mira a César y a Pompeyo;
mira a Nerón; mira a Atila,
llamado azote del cielo;
mira a tantos capitanes
asirios, latinos, griegos,

(1) En el manuscrito dice «robado»; en el impreso «sobado».

godos, cristianos, alarbes,
persas, gitanos, hebreos;
entre ellos tienes lugar
debido a tu heroico pecho,
que tu valor, por humilde,
no es razón que pida el cielo;
fuera de que tus ofensas
son tantas que este postrero
lance te queda no más.

PEREGR. Cuando permitiere el cielo
arrojarme a esos abismos
estaré contento en ellos.

FÉNIX. Vencido me has a humildades;
quédate, que si yo puedo,
me has de tornar a cobrar,
que agora me aparta el cielo.

(Desaparece FÉNIX, *y* PEREGRINO *cae rodando al teatro, y suena dentro grita de labradores, y salen cantando* TIRRENA, SILVIA, ERGASTO *y* RISELO, *y detrás* VENUS.)

(Cantan.)

«La flor del valle
a alegrar los campos sale;
la blanca niña
a ser alba viene del día;
la niña blanca
para sol nace del alba.»

TIRRENA. Honrad, señora, esta grama,
que esmeralda piensa ser
con vos, y hacednos placer,
pues veis del modo que os ama
nuestra honrada voluntad
de proseguir el suceso
que a tan peregrino exceso
llegó con vos.

VENUS. Escuchad.
Después que como os he dicho
este prodigio, este monstruo,
que quiso el cielo que fuese
mi hermano, siendo demonio,
se arrojó al agua conmigo,
y Carlos, amante y loco,
quiso ejecutar finezas
de aspirar a mi socorro,
que seguido de los suyos
y detenido de todos
a su arrojada locura
pusiera cuerdos estorbos.
Peregrino, que sin mí
de las armas receloso
del Rey, tomar deseaba
en la arena puerto solo,
dejando el brazo derecho
para el gobierno forzoso
del cuerpo, que sobre el agua
era galera y piloto,
con el izquierdo intentando
en mi naufragio el celoso
designio de su venganza,
pensó que me echa a fondo,
y de la furia del mismo
golpe flechada derrota
al abrigo de un taray
verde del margen escollo,
desde adonde de la orilla
me sacaron poco a poco
los animosos deseos
a pisar la arena en hombros,
en cuya desierta playa
del precipicio furioso,
como del susto rendida,
alma y sentidos absortos,
me halló del siguiente día
el sol, cuyos rayos de oro
me juzgaron por resaca
inútil del breve golfo,
y del pesado letargo
me despertó el alboroto
de las cajas, y en los brazos
de mi padre abrí los ojos;
y sin poder por entonces
mi suceso hacer notorio,
que el desmayo daba treguas
para discurrir más cortos;
y, como sabéis, al fin,
siendo lance tan forzoso
seguir mi padre el alcance
de los escuadrones rotos
del enemigo, ignorante
que era mi hermano y su propio
hijo contra quien hacía
guerra a sangre y fuego, como
piadoso padre, acudiendo
a los piadosos socorros
de mi salud, de sus brazos
en una litera tomo
puerto seguro, y aquí
en vuestras piedades cobro
el de la vida, de quien
da mi salud testimonio
y adonde deudas publico,
y obligaciones pregono,
satisfaciones ofrezco
y ventajas reconozco.

TIRRENA. ¡Qué bien dices, qué bien sientes!

(Sale CELIO *con un papel.)*

CELIO. Quedaos todos, que yo solo
he de llegar.

VENUS. Pues, Celio,
¿qué hay de nuevo?

CELIO. Los enojos
del Rey, Duquesa de Amalfi (1)
llegan a este extremo.

VENUS. ¿Cómo?

CELIO. Por esta cédula os manda
llevar presa, y el dichoso
dueño de esta ejecución,
aunque os sirvo de esto poco,
quiso que yo fuese; haced
lo que debeis al famoso
nombre de vuestros pasados
mostrando el valor que todos
conocen de vos.

VENUS. El Rey,
Celio, que es justo y piadoso,
debe de haberlo mirado
también, que sólo respondo
con besar su firma y luego
ponerla como la pongo
sobre mi cabeza.

CELIO. Hacéis
como quien sois.

VENUS. Celio, sólo
quiero preguntar quién dió
a Carlos parte del modo
que yo me escapé del río
y la noticia de cómo
en este lugar estaba.

CELIO. De un soldado supo todo
el suceso, que volvía
en un viriciano potro (2)
herido a Nápoles.

VENUS. Celio,
todos del Rey son antojos
que en mí han de engendrar mayores
muestras de valor, pues somos
con Su Majestad mi padre
y yo tan poco dichosos.

(Vanse, y sale PEREGRINO, *suspenso.)*

PEREGR. Sombra del oscuro abismo
que con asombros me ofendes,
¿qué es lo que de mí pretendes
si estás dentro de mí mismo?
¿Qué confuso barbarismo
en mis entrañas se encierra,
que a mover al cielo guerra
conspira segunda vez,
viendo que tanta altivez
no es empresa de la tierra?
¿Qué se puede poner duda
contra su alcázar eterno
si eres hijo del infierno
y el infierno te da ayuda?
De los propósitos muda
primeros con que te intentas
cobardes dudas y afrentas,
que no te puedes salvar
si es Dios quien se ha de asentar
con tus recibos a cuentas.
¿Cómo, cobarde? ¡Por vida
del mundo, que he de volver,
y que hoy del mundo he de ser
Rey, y del mundo homicida!
El infierno me apellida;
de su espada tiemble el suelo,
que para darle recelo
del infierno espada soy;
guárdese el mundo, que voy
desesperado del cielo.

(Dice dentro MILÁN.*)*

MILÁN. No pares hasta el establo
del infierno sin comer:
¡xo, rocín de Locifer;
válgate el *Niño Diablo!*
¡xo, que parece que no hablo
contigo!

(Sale MILÁN, *de correo, y el cojín a cuestas.)*

PEREGR. Hombre que encomiendas
al furor mío tus prendas,
tente, que el rocín está
adonde no podrán ya
volverle voces ni riendas,
porque ese repecho abajo
hasta dar en ese río,
puerto de estas peñas frío,
es del infierno un atajo.

MILÁN Y no será sin trabajo,
pues que te he encontrado a ti
cuando menos lo entendí.

PEREGR. No debe de haberte dado
gusto el haberme encontrado.

MILÁN. No lo es mucho para mí,
si va a decir la verdad.

PEREGR ¿Quién eres?

(1) En los textos, por errata, «Marquesa de Malfi».
(2) Así en el manuscrito: en el impreso dice «viciniano». Quizá deba ser «veneciano».

MILÁN. Mira cual voy
y podrás saber quién soy
con poca dificultad.
PEREGR. ¿Eres correo?
MILÁN. Correo,
que en esta desdicha he dado.
PEREGR. ¿Y adónde vas despachado?
MILÁN. A ti, pues de ti no creo
salir con despachos más,
si no me despachas tú,
por la posta a Belcebú
con pliegos a Satanás.
PEREGR. ¿Vas a Nápoles?
MILÁN. Sí, voy.
PEREGR. Mientes.
MILÁN. Es verdad, yo miento
sólo por darte contento.
PEREGR. Cortesano eres.
MILÁN. Soy
cuanto quisieres que sea.
PEREGR. Carlos mi muerte desea.
MILÁN. Pienso que sí, aunque no estoy
de Carlos bien informado.
PEREGR. ¿Qué es lo que dicen de mí
en Nápoles? Habla, di
la verdad.
MILÁN. Si es que te agrado
diciéndola, no hay persona
a quien tu nombre no espante,
no hay niño que no te cante
de noche; no te perdona
en coplas impresas ciego
de la vista corporal,
y un poeta de caudal
agora dicen que, a ruego
de un famoso autor, escribe
tu comedia.
PEREGR. No me ha hecho
poca lisonja.
MILÁN. Sospecho
que si el vulgo la recibe
con el aplauso que espera,
que ha de ser notable.
PEREGR. Allá
pienso verla; ven acá.
¿Saben la venganza fiera
que tomé en mi hermana?
MILÁN. Sí;
y si no hubiera escapado
con vida, hubiera causado
general lástima.
PEREGR. Di,
¿luego viva está?
MILÁN. El Marqués,
tu padre, la halló otro día
tendida en la arena fría
del desierto margen.
PEREGR. Pues
¿quién trujo a mi padre allí?
MILÁN. ¿No ves que es el General
del ejército real
que hizo Carlos contra ti,
y que el día que pasó
el río en tu seguimiento
la encontró, como te cuento
que a Su Excelencia voy yo
despachado, si contigo
puede esto de algo valer?
PEREGR. Agora llego a saber
que es mi padre mi enemigo.
¡Gran fineza de lealtad
a su Rey, cuando su Rey
paga con injusta ley
tan honrada voluntad,
sino es que mi padre ayuda
a su deshonra también!
Mataré a mi padre.
MILÁN. Bien;
él me acecina (1), sin duda.
PEREGR. ¿Adónde el despacho está,
que quiero saber el fin?
MILÁN. Fuése allá, con el rocín;
en dándole volverá.
PEREGR. Y tú, que conmigo quedas,
de las nuevas que me has dado
es bien que vayas pagado;
y porque hacerme no puedas
carga de persona corta
en esta ni en otra parte,
quiero de albricias matarte.
MILÁN. Yo no las pido.
PEREGR. No importa,
que añade dar sin pedir
mayor grandeza al que da;
pienso que el rocín está
aguardándote al subir
a caballo, y de dejallo
puede ser que no le encuentres
después, y pretendo que entres
en el Infierno a caballo
MILÁN. No me parece el viaje
ni aun para litera bueno.
PEREGR. De armas está el monte lleno.

(1) Así en los textos. Pudiera ser «asesina», aunque el tono jocoso con que Milán se expresa hace verosímil la otra forma.

MILÁN. El cielo mi muerte ataje.
PEREGR. Ya es ahora por demás.
MILÁN. Sobre ti viene.
PEREGR. ¡Pues muera!
MILÁN. ¡Mamola!
PEREGR. Villano, espera.
MILÁN. ¡Espérete, Barrabás!

(Vase y tocan cajas, y sale HORACIO, *salteador.)*

HORACIO. Abajo se viene el cielo
sobre nosotros.
PEREGR. Horacio,
¿qué hay de nuevo?
HORACIO. Poco espacio
de vivir; tu mal recelo
de infame muerte acabar
después que tú sin razón
en la mayor ocasión
nos ha venido a faltar.
¿Tú eres, Peregrino, aquel
que tuvo el mundo por rayo?
Ya con cobarde desmayo
fábula y afrenta del.
Tú y Fénix, ¿qué os habéis hecho
que así nos habéis dejado?
PEREGR. Horacio, sin seso he estado;
mas no con cobarde pecho.
Fénix, no hay que preguntarme
de ella, que fué la ocasión
de esta infame remisión,
sino seguirme y dejarme.
Horacio, vuelve conmigo,
si el temor no te detiene;
verás mi valor.
HORACIO. Ya viene
a buscarte el enemigo.

(Sale el MARQUÉS *y soldados, acuchillando a los salteadores, y queda el* MARQUÉS *con* PEREGRINO *solos.)*

CÉSAR. ¡Soldados, ea!
PEREGR. Aquí estoy,
que vuestra venganza entablo:
no soy *el Niño Diablo,*
que todo el infierno soy.
CÉSAR. Ríndete, ladrón, villano,
que estás soberbio y prolijo.
PEREGR. No es villano quien es hijo
de esa espada y esa mano.
CÉSAR. ¿Cómo hijo de esta espada
y esta mano?
PEREGR. ¿No te ha dado
la sangre en que estoy bañado,
César, alguna aldabada
en el corazón, que ha sido
primero tuya que mía?
CÉSAR. Tan hecho estás cada día
a prodigios, que he temido
que Peregrino no seas,
por no encontrarte en estado
tan vil.
PEREGR. De haberme engendrado
quiero que lo mismo creas;
y no es mucho que ofendido
de tu sangre me desangre,
pues has vendido la sangre
de dos hijos que has tenido.
Que contra la humana ley,
caduco y fuera de ti,
das en perseguirme a mí
y entregas mi hermana al Rey.
Mas ya que a mis manos vienes,
venganza en ti he de tomar,
y alguna sangre guardar
para sacar la que tienes.
CÉSAR. Hijo ingrato, que el abismo
hoy te arroja al parecer
a mis ojos, para ser
infamia de tu honor mismo;
sin duda vive en tu pecho
alguna fiera infernal,
que hace y dice tanto mal:
¿cómo has dicho y cómo has hecho?
Más que mal hice en llamarte
hijo, un tiempo mi retrato,
que aunque llamado hijo ingrato,
pude con el nombre honrarte;
que pues eres capitán
de esos hombres, no eres hombre,
sino engendrado del nombre
que estos insultos te dan.
Y así en lo que has presumido
de tu ser degenerado,
como villano has hablado,
como demonio has mentido.
PEREGR. Para quedar satisfecho
de esta injuria, está una furia
diciéndome que esta injuria
pide que te pase el pecho.

(Acométele.)

CÉSAR. Esa misma furia airada
permita el cielo, villano,
que te saque de la mano,
a pesar tuyo, la espada.

(Cáesele la espada.)

Ríndate tu misma furia,

y de la siniestra haga
otro tanto con la daga
que levantas en mi injuria;

(Vaya haciéndose todo lo que dice.)

y porque tu fuerza loca
se confunda a maravillas,
hinca en tierra las rodillas
y pon en mis pies la boca,
que al más caduco prolijo
y loco furor paterno,
debe, aun dentro del infierno,
tenerle respeto un hijo.
De esa suerte, ingrato, estás,
como piden tus agravios,
que aun son indignos tus labios
de los besos que me das.
¡Hola, soldados!

(Salen los soldados.)

SOLD. 1.° Señor.
CÉSAR. Llegad a poner prisiones
a este monstruo.
PEREGR. Si las pones
con tu voz a mi furor,
¿para qué son menester?;
que en tu semblante enojado
parece que está cifrado
de todo el cielo el poder;
porque contra la pasión
de mis injustos enojos,
rayos arrojan tus ojos,
fuego tus palabras son;
y del terror que me has dado
quedo confiado así;
que si un padre rinde así,
¿qué hará un Dios enojado?
Cargadme de hierro, amigos;
llegad, que rendido estoy;
que para mí serán hoy
mercedes más que castigos.
CÉSAR. Humildes intentos vanos
de quien es; acabad, pues;
grillos le echad a los pies
y esposa poné a las manos;
llegad con esa cadena
para la ingrata cerviz,
que en edad tan infeliz
de sujeción vivió ajena.
PEREGR. Tu esclavo soy, no rehuyo
tu gusto, que no merece
decir hijo, quien parece
tan poco retrato tuyo.
CÉSAR. Agora me he enternecido;
disimular me conviene,
y aunque el valor que detiene
el llanto, al alma ha corrido;
lágrimas se han escapado
algunas, que enjugar quiero;
tocad a marchar, que espero
la palabra que le he dado
a su Majestad cumplir,
aunque tan a costa sea
de mi sangre.
SOLD. 1.° No hay quien crea
tan gran valor.
PEREGR. A morir
voy contento por tu mano,
y te deberé el salvarme,
que ha sido más que engendrarme.
CÉSAR. Marchad, que resisto en vano
las lágrimas.
SOLD. 1.° ¡Qué ocasiones
el valor a un padre ofrece!
PEREGR. Vamos, pues que bien parece
un delincuente en prisiones.

(Vanse, y tocan chirimías y sale todo acompañamiento, y el REY *con* VENUS, *de la mano.)*

CARLOS. Solamente de esta suerte
a las deudas satisfago
que os tengo, y a los servicios
de César.
VENUS. Invicto Carlos,
esto os debéis (1) a vos mismo,
puesto que tantos agravios
no se pudieran con menos
satisfacer.
CARLOS. Para daros
el alma que ha sido vuestra,
con Nápoles, de que os hago,
como del alma, señora;
del confuso sobresalto
de la prisión, usar quise,
porque no quise dejaros
de vuestro padre quejosa
llegar a los tiernos brazos
fuera de que en esto nada
vuestra nobleza levanto,
porque tienen los Marqueses
de Santelmo, en los pasados
Reyes, algunos abuelos,
de quien la sangre heredaron,
que os ilustra y que ha de ser
de lo que de vos aguardo

(1) En los textos «decís» por errata.

en Nápoles y en Sicilia
timbre ilustre y blasón claro.

VENUS. ¡Viva vuestra Majestad
largos y felices años!,
porque de esclava le sirva
los mismos

CARLOS. Soy vuestro esclavo.

VENUS. En cuanto a guardar la ley
del honor fueron ingratos,
mas en cuanto al amor fueron
siempre vuestros.

(Sale MILÁN.*)*

MILÁN. Gracias hago
al cielo que en vuestros pies,
Carlos famoso, los labios
pone Milán, el correo,
que a las veinte ha caminado,
con más temor que vergüenza,
lo que sabe Dios.

CARLOS. ¿Faltaron
caballos, Milán?

MILÁN. No más
ser estafeta a caballo.
Yo te hago voto solemne
de castidad de despachos.

CARLOS. ¿Recibió el pliego el Marqués?

MILÁN. Dígalo *el Niño Diablo*
por mí.

CARLOS. ¿Tragedia has tenido?

MILÁN. Después sabrás varios casos
que con él nos sucedieron,
que ya del que miro aguardo
declaración.

CARLOS. Llega y besa
a su Majestad la mano.

MILÁN. ¿Majestad, qué?

CARLOS. Es Venus Reina
de Nápoles.

MILÁN. ¡Caso raro!
Miren lo que halla de nuevo,
en faltando de palacio
dos horas un hombre. Beso
los chapines soberanos
vuestros mil veces, y pido
perdón de tantos agravios
como os debo.

VENUS. Milán, todos
en mi bien han resultado,
y espera de mí mercedes.

MILÁN. Más años vivas reinando
en Nápoles que diez cuervos
y un pleito de mayorazgos.

(Tocan cajas, y sale CELIO.*)*

CARLOS. ¿Qué cajas son éstas?

CELIO. Entra
César, el Marqués, marchando
por Nápoles victorioso
del ejército villano
de los bandidos, y dicen
que de prisiones cargado
a pie trae a Peregrino,
delante de su caballo,
y dando con la extrañeza
asombro al vulgar aplauso,
camina a palacio, y pienso
que está dentro de palacio.

(Tocan, y salen soldados y CÉSAR, *con bastón, y* PEREGRINO *con prisiones.)*

CÉSAR. Quejoso, Carlos, y haciendo
lo que debo a quien soy, Carlos,
mi palabra a cumplir llego,
con la cabeza que traigo
de Peregrino, que es éste
que los pies te está besando,
y que para hacer justicia
yo mismo entrego a tus manos.
Aquí tienes su cabeza
y en mí tienes los agravios
que sé por sus relaciones,
ojalá no fueran tantos,
pues cuando llego quejoso,
pues cuando llego agraviado,
cuando mal pagado quedo,
cuando más finezas hago
de estas canas y del cielo
en ofensa, a Venus hallo
libre a tu lado, rompiendo
privilegios al recato.
¿Qué es ésto?

CARLOS. Ser Venus Reina
y ser vuestro hijo Carlos.

CÉSAR. Como Rey satisfacéis,
y como padre y vasallo
de los dos, los pies os beso.

CARLOS. Duque de Santelmo, alzaos;
que vuestro valor merece
si pudieran ser, más altos
favores, y a Peregrino
los delitos perdonando
como padre absoluto,
como señor soberano
en Nápoles, desde luego,
pues es de Venus hermano,
de Amalfi quiero que goce

el título, con el cargo
de mi general, adonde
de su ardimiento bizarro
podrá ejecutar mejor
la inclinación, peleando
por el mar y por la tierra
contra turcos y africanos,
que para este efecto quiero
su cabeza.

PEREGR. Puesto caso
que mis delitos pedían
adonde se ejecutaron
penitente recompensa,
porque los mismos peñascos
al cielo y al mundo fueran
de estos intentos teatro,
obedeciendo a mi Rey,
sirviéndole y peleando
hasta morir por la fe
contra los infieles brazos,
digo que el bastón acepto,
de cuyo favor honrado
a su Corona prometo,
la tierra y el mar surcando,
no parar hasta ganalle,
o morir sobre ello, el mármol
que a la humanidad de Dios
fué sello y sepulcro santo.

CÉSAR. Toma el bastón y con él,
hijo, otra vez engendrado
de mis lágrimas, y entre ellas,
de estos brazos.

PEREGR. A esos brazos
debo dos vidas.

VENUS. Los míos
te están esperando, hermano.

PEREGR. Guarde a vuestra Majestad
el cielo felices años
en Nápoles.

VENUS. Para ser
de vuestro valor honrados.

CARLOS. A celebrar nuestras bodas
Nápoles atienda, y vamos.
Y fin con aquesto da,
Lope deste Niño Diablo,
y perdonaréis las faltas,
si acaso no os agradado,
que de su celo quisiera
no dejaros disgustados (1).

(1) Así termina el impreso: el manuscrito dice:

MILÁN. De esta suerte la primera
parte del *Niño Diablo*
tiene fin, y la segunda
os promete en breve Lauro,
si le recibis por obra
la voluntad de agradaros.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA

EL NIÑO DIABLO

LOS NOBLES COMO HAN DE SER

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON LUIS DE BAVIERA.
ALANO, *su lacayo.*
CLAUDIO, *criado.*
FLORELO, *criado.*
El CONDE AURELIO.
El MARQUÉS FADRIQUE.
El PRÍNCIPE FEDERICO.
La DUQUESA SOLODORA.
DIANA, *su hermana.*
ELENA, *dama.*
Los MÚSICOS.
Unas MÁSCARAS.

JORNADA PRIMERA

(Salen DON LUIS DE BAVIERA, *pobremente vestido;* ALANO, *lacayo, y sus criados* CLAUDIO *y* FLORELO.*)*

D. LUIS. Hoy cumple un año, Florelo,
que me servís de criado:
aquí tenéis justamente
de todo el año el salario.
Por lo bien que me has servido,
quisiera darte aguinaldo,
pero ya veis que estoy pobre
y que vendí, por pagaros,
aquellos vestidos míos,
que de milagro escaparon
de las inhumanas uñas
de escribanos y abogados.

ALANO. Y a fe que no fué pequeño,
porque tras pleito tan largo,
quedar un hombre vestido
viene a ser grande milagro.

D. LUIS. Tú, Claudio (1), toma también
lo que a deber te he quedado
del tiempo que me serviste.

CLAUDIO. Dios te guarde largos años
y dé a tus penas consuelo
a tus trabajos descanso,
a tus pobrezas riqueza
y a tus desdichas amparo.

(Vanse CLAUDIO *y* FLORELO.*)*

ALANO. Hideputa, bellacones,
y qué de presto volaron;
¡Fuego con tales criados!
Como golondrinas son
estos fingidos bellacos,
pues que en invierno huyen
y vienen en el verano.

D. LUIS. Si, como ves, estoy pobre;
si no puedo sustentarlos,
si yo propio los despido,
¿qué culpa tienen, Alano?

ALANO. Dices bien, sólo me quejo
de que un pleito haya pelado
hasta esta triste bayeta,
que de tu muerte es presagio.

D. LUIS. Es verdad, que un pobre es muerto,
pues por más que sea honrado,
están muertas sus acciones
y sus hechos sepultados.

ALANO. Ahora bien, ¿qué hemos de hacer
pobres, tristes, despreciados,
con privación de dineros
y abundancias de cuidados?

D. LUIS. La Duquesa Solodora
es mi sangre.

ALANO. Pues partamos,
y sea ella el Santelmo
de todos nuestros trabajos.

D. LUIS. Estoy pobre y mal vestido,
por cuya causa reparo.

ALANO. Ahora que no hay dinero
te pones a hacer reparos;
deja tan necia vergüenza
y advierte que a los osados
favorece la fortuna.

D. LUIS. ¿Cómo puede un hombre honrado
salir con este vestido?

(1) En ambos textos dice «Fabio» por errata.

ALANO. Pues ¡reniego del diablo!;
di, ¿para qué los vendías,
si habíamos de llorarlos?

D. LUIS. Porque un noble, que lo es,
a cumplir está obligado
con sus deudas, aunque quede
falto de lo necesario.

ALANO. En la Orden de caballería
nunca tal se ha platicado; (1)
gastar mucho y pagar poco,
eso sí que lo observaron,
Ver las comedias y toros,
jugar los naipes y dados,
comer bien, levantar tarde,
algunos hay que lo usaron;
pero pagar bien sus deudas
son tan pocos, que contarlos
puedes, como a las mujeres
que nunca jamás tomaron.

D. LUIS. No es tiempo ahora de burlas;
con la Duquesa veamos
si acomodarme podré
para ser su secretario.

ALANO. Ocasión tienes, señor,
porque yo sé que a Fernando,
que su secretario era,
riñendo ayer, le mataron;
procura ocupar su puesto.

D. LUIS. Hoy quiero a su primo hermano
pedir carta de favor,
y luego iré.

ALANO. Ea, veamos,
y salgamos de miseria,
aunque el habitar palacios
a veces es más miseria
que ésta con quien peleamos. *(Vanse.)*

(Sale la DUQUESA SOLODORA, *huyendo; y el* PRÍNCIPE FEDERICO *detrás de ella.)*

FEDERIC. Dulce causa de mis penas,
ninfa hermosa de los bosques;
Dafne ingrata, como esquiva,
sol que a mis ojos te opones.
Atalanta fugitiva,
que huyes con pies veloces,
sin que puedan engañarte (2)
ni el oro ni mis razones.
Fiera ingrata, que permites
tan crueles sinrazones,
que un triste príncipe muera
a manos de disfavores.
Hermoso hechizo que encantas;
dulce bien, cuyos favores
apetecen mis deseos,
y me niegan tus rigores,
detén el ligero curso;
mira parados los orbes
a contemplar tu belleza,
tus gracias y perfecciones;
no me mates, dueño mío,
porque ausente de tus soles
todo es noche, todo es muerte,
todo penas y dolores:
tus desdenes me mataron,
venciéronme tus amores;
acaba con esta vida
o remedia mis pasiones.

SOLODOR. Huyendo voy, no te espantes,
porque es a razón conforme
que sólo vence el amor
quien huye las ocasiones. *(Vase.)*

FEDERIC. Arboles altos y verdes,
que ya amorosos, ya tiernos,
con las vides enlazadas
dais amorosos ejemplos:
plantas que alegres gozáis
la frescura de este suelo,
con que, a pesar del calor,
conservais verdor eterno;
flores que libres y hermosas
sois retrato verdadero
de aquella libre hermosura
que me tiene tan sujeto;
ríos que en cristales puros
estáis sirviendo de espejos
a vuestras floridas márgenes
y a vuestros montes soberbios;
fuentes que vais murmurando
con susurro blando y tierno
de esta ingrata que me deja
sin alma, vida y sosiego;
arroyuelos plateados
que cruzáis el prado ameno
sirviendo a su verde alfombra
de brillantes rapacejos;
fieras piadosas y blandas
comparadas con el dueño,
causa hermosa de mis quejas,
dulce fin de mi deseo;
mudos peces que os criáis
a los argentados pechos
de aquellos profundos ríos
o de estos mares pequeños;
avecillas que a la aurora

(1) Así en los textos: quiere decir «practicado».
(2) En los textos «engañarse» por errata.

con nunca aprendidos versos
soléis dar los buenos días
cantando tonos diversos;
montes que en lo presumido,
en lo arrogante y soberbio
imitáis al mármol duro,
que es para mí vivo fuego;
duros peñascos, no tanto
como aquella alma del suelo
que desprecia mis cuidados
y resiste a mis deseos;
cerros altos, que pensáis
taladrar los claros cielos
con vuestras nativas fuentes (1),
que son gigantes del suelo.
Arboles, plantas y flores,
ríos, fuentes y arroyuelos,
fieras, peces y avecillas,
montes, peñascos y cerros:
¡justicia, que me han muerto
ingratitud, rigores y desprecios!

CONDE. Cuidadoso me ha tenido
todo el día Vuestra Alteza.

FEDERIC. Una singular belleza
me trae, Conde, perdido.

CONDE. A tu valor y poder,
¿qué hermosura hay que resista?

FEDERIC. La que mi gusto conquista,
la que es bronce y no mujer.

CONDE El tiempo, amor y porfía
todo lo suelen rendir.

FEDERIC. También suele resistir
al fuego la nieve fría.
Fuego ardiente y rayo fuerte
fué mi amor cuando la vi;
mas ella fué para mí
hielo, nieve, mármol, muerte.
Su bello desdén me mata;
un imposible conquisto,
en vano el rigor resisto
con que cruelmente [me] trata.
Ya desespera mi amor
de verse, con sus ternezas,
las terribles asperezas
de su invencible rigor;
ya tiene dominio en mí
su belleza celestial.

CONDE. Señor, tu llaga es mortal,
la hermosa causa me di.

FEDERIC. Oye.

(1) Así en los textos; pero quizá deberá leerse «altivas rocas» o cosa semejantes. Chorley enmienda «encinas fuertes» que no está mal.

CONDE. Di.

FEDERIC. Ya sabes, Conde,
que entre estas altas montañas
ha días que me entretengo
ejercitando la caza;
sabrás, pues, que entre estos bosque
encontré cierta mañana
no sé si diga el aurora;
en fin, una hermosa ingrata.
Describirte su belleza
o presumir retratarla
fuera contar las arenas
de las marítimas playas.
Tal fué, que pudo rendirme
en muy más breve distancia
que suele el rayo temido
herir las torres más altas.
Olvidando mi grandeza,
quise, humillado, adorarla;
pero ella, desdeñosa
de mis ternezas, se agravia;
de mí huye, cual si fuera
áspid libio o sierpe hircana;
al paso que mis deseos
alcanzarla procuraban.
Creció amor con los desdenes,
porque la privación causa
más ardientes apetitos,
más vivas y fuertes ansias.
Iba perdido de amor
siguiéndole sus pisadas,
queriendo ser yo Hipomenes,
si ella la esquiva Atalanta;
mas, o fuese mi desdicha
o su condición tirana,
jamás pude enternecerla (1)
ni con mi amor obligarla.
Quedo, al fin, muerto de amor;
rendíle el culto y el alma;
padezco amorosas penas
sin saber la hermosa causa:
mirad, Conde, si es razón
que lamente mis desgracias,
pues voy perdido por ella
y no sé dónde alcanzarla.

CONDE. Sosiega, señor, tu pecho,
que hoja a hoja y rama a rama
buscaré en los altos bosques
hasta ver quién es, y hallarla.

FEDERIC. Vamos, y los cazadores
de este monte en las espaldas

1) En el manuscrito «enternecella», «obligalla», etc.

estén, en tanto que yo
busco a quien me lleva el alma. *(Vanse)*

(Sale la DUQUESA SOLODORA *de caza.)*

DUQUESA. Amor es rayo invencible,
amor es pena mortal,
mal común y universal,
fuego que quema invisible,
amor es dolor terrible
que penetra el corazón;
amor vence a la razón;
y con ser tal su poder,
nunca amor puede vencer
si le falta la ocasión.
Fatigada estoy de huir
la ocasión que amor me daba (1)
cuando, astuto, procuraba
mi casto valor rendir.
Necedad es proseguir
haciendo rostro al amor;
escapar de su rigor;
el más seguro remedio
es el poner tierra en medio
para quedar vencedor.

(Salen DIANA *y* ELENA *de caza.)*

DIANA. Solodora.
DUQUESA. Hermana mía.
DIANA. ¿Cómo sin nosotras vas?
¿Cómo pensativa estás?
¿De qué es la melancolía?
DUQUESA. Tras de un venado corría
que, en roja sangre bañado,
de coral cubría el prado
cuando a Federico vi
tan cerca y junto de mí
que pudo darme cuidado.
Con lisonja mentirosa
me dijo tiernos amores,
y yo, armada de rigores,
le respondí desdeñosa;
tratóme de rigurosa,
ingrata, dura y cruel;
pero yo, a mi honor fiel,
mostré valor y firmeza,
y con diestra ligereza
huyendo me escapé de él.
Amor es una locura
que quita la libertad
y pone la voluntad
en cárcel pesada y dura;
no quiero tal desventura,
sólo quiero mi albedrío,
gozar prado, monte y río
y de las frescas riberas
disminuyendo las fieras
aumentar el gusto mío.
DIANA. Mil años goces, amén,
de esa libertad dichosa;
no soy yo tan venturosa,
no merecí tanto bien;
Tú le tratas con desdén,
y yo, a sus partes rendida,
callando pierdo la vida,
pues jamás le he declarado
que es causa de mi cuidado
y que es mi dulce homicida.
DUQUESA. Resiste, querida hermana,
con casto y honrado pecho; (1)
y [a] una pasión tirana
nunca te muestres liviana.
Toma buen ejemplo en mí,
que, rogada, resistí,
porque los hombres rogados
burlan de nuestros cuidados,
y así burlarán de ti.
DIANA. Tus consejos seguir quiero.
Mas no haré tal, a fe mía. *(Aparte.)*
Que en mi amorosa porfía
traza y modo hallar espero
para que del mal que muero
descubra el grave dolor
sin que el honor y temor
puedan detenerme un paso,
que callar el mal que paso
ya es demasiado rigor.

Salen DON LUIS DE BAVIERA *y* ALANO, *pobremente vestidos.)*

ALANO. Que un mercader bergamasco
que ayer un cuitado fué
y hoy con dinero se ve
vaya en coche hecho un don Vasco
y vaya un honrado a pie.
Que el médico que curó
de la bolsa la hinchazón
vaya en mula hecho un poltrón
y a lo podenco yo
cosas insufribles son.
Rendido estoy, ¡vive Cristo!
y no de burlas cansado.
D. LUIS. Habla a tiento y con cuidado,
que en aquella fuente he visto
la Duquesa.

(1) En el manuscrito «que amor rodeaba»

(1) Falta un verso después de éste en ambos texto.

ALANO. Ya he pensado
en una traza muy buena
con que quedemos honrados.
D. LUIS. Tus cascos disparatados
temo.
ALANO. No, que es luna llena (1)
y así están fortificados.
Va de traza; yo me llego (2).

(A la DUQUESA *y* DIANA.*)*

Soles que fijos estáis
y a esta fuente le dais
con vuestros ojos tal fuego
que las corriente secáis.
Pues vuestros ojos serenos
son espuelas del amor,
las que perdió mi señor,
que eran de rubíes muy buenos,
¿habránlas visto?
ELENA. Humor
tiene el hermano lacayo.
D. LUIS. Necio, apártate allá.
ALANO. ¿Eso por paga me da
de andar con basca y desmayo
por su espuela?
D. LUIS. Basta ya.
Vuecelencia oiga las desdichas mías,
y cómo con los días
tal vuelta da la rueda de fortuna;
que no hay firmeza alguna
en el mundano bien ni en la riqueza,
pues viene sin sentirse la pobreza.
Estados y riquezas poseía
con gala y bizarría;
mi nobleza y riqueza campeaban;
todos me respetaban
y mis cosas lucían de mil modos,
porque por rico me adulaban todos.
Don Luis de Baviera era entonces;
mas ya que de los bronces
de los nobles me borra la pobreza,
estoy en tal bajeza
que de aquella pasada vanagloria
apenas ha quedado la memoria.
Con un pleito perdí la hacienda toda,
mas no la sangre goda
que ilustra mis paternos ascendientes;
desdichas eminentes
sin temporales bienes me dejaron,
pero con mi desdicha no acabaron.
Pobre, desarrapado y abatido;
desestimado, afligido,
vergonzoso me postro a su presencia
pidiendo a vuecelencia
me honre con hacerme su criado;
porque en mis males quede consolado.
De vos me amparo; [vos] seréis mi arrimo.
Aquí de vuestro primo
esta carta de favor traigo, señora;
por él merezca ahora
de su casa ocupar algún oficio,
porque mi vida emplee en su servicio.

DUQUESA.

Alzad del suelo, noble caballero;
sin ver la carta quiero yo estimaros,
pues por [ser de] mi sangre y vuestras partes
de que honréis mi casa debo honrarme;
mi secretario sois.

DON LUIS.

Beso tus plantas
por tan grande merced no conocida. (1)

DUQUESA.

Vuestras desdichas siento como propias.

DON LUIS.

Ya son venturas, pues tal fin tuvieron
y tan dichoso amparo merecieron.

DUQUESA.

Cese la caza, volvamos a mi casa, (2)
que quiero trocar en armas el ocio. (3)

ELENA.

Los coches, las literas y criados
en aquel verde llano nos esperan.

ALANO.

Arrodillado pido a Vuecelencia,
antes que se tripule de mis ojos,
que un rincón de su casa me acomode,
donde me sobrará gusto y consuelo,
pues adonde está el sol sin duda es cielo.

DUQUESA.

Sirviendo a don Luis podréis servirme.

ALANO.

Vivas más años que un suegro

(1) En los textos dice «nueva» que no consuena con «buena».
(2) En los textos «arriesgo» que no rima con «fuego».

(1) Así en los textos: será «no merecida», aunque este pasaje está viciado, como se ve por la falta de rima.
(2) Verso largo; quizá sobre el «mi».
(3) Verso errado: quizá «que quiero ya trocar armas en ocio».

a quien un desdichado ha de heredarle,
más que una torre, plaza o calle. *(Vanse.)* (1)

(Sale FEDERICO, *Príncipe de Hungría.)*

PRÍNCIPE.

Flaco, amarillo, lánguido y sediento
tiene el enfermo ardiente calentura;
con vivas ansias su salud procura,
que es el último fin de su contento.
Con discursivo y alto entendimiento
el fisco (2) de su mal la causa apura;
empieza luego la difícil cura
y con celeste favor logra su intento.
La enfermedad más fiera y detestable
si su maligna causa bien se explora,
entendida una vez, será curable;
pero mi cruel mal que el alma llora
sin duda alguna es irremediable,
pues que la dulce causa de él se ignora.
¡Hola!

(Sale un criado.)

CRIADO. Señor.
PRÍNCIPE. Traed luego,
que quiero leer un rato
a Ovidio. *(Vase el criado.)*
¡Oh, amor ingrato,
y cómo abrasa tu fuego!
Con razón te pintan ciego,
pues que siempre a ciegas vas,
casi tropezones das
locos y desconcertados
con que a veces tus cuidados
suelen dar pasos atrás.

(Sale un criado, dale el libro y vase.)

Vos, médico del amor,
pues tanto en amor sabéis,
¿qué remedio me daréis
para su pena y dolor?
Un ingrato disfavor
de una beldad celestial
me tiene casi mortal;
busquéla, mas no la hallé;
que como es ángel, se fué
a sus globos de cristal.
Diréis, astuto y sagaz,
que es el remedio olvidar,
pues no la puede alcanzar
mi deseo pertinaz.
Con poético disfraz
tres medios aquí me dais,
mas vos no consideráis
que si el amor es Dios,
será eterno, y que así vos
en vano su fin buscáis.
Vos propio os contradecís,
pues al amor dios hacéis
y acabar con él queréis;
ved qué herejía decís
y que en vano presumís
con vuestro consejo vano
vencer el amor tirano;
pues el amor decís vos
que es un poderoso dios
yo soy (1) vos un hombre humano.
Quedad convencido, (2)
corrido y arrinconado.

(Deja el libro y sale un criado.)

¡Hola!
CRIADO. Señor.
PRÍNCIPE. Mi cuidado
me tiene casi rendido,
desatinado y perdido;
la música al punto venga
para que un rato entretenga
y engañe las penas mías;
que a mis amantes porfías *(Aparte.)*
no hay cosa que más convenga.

(Salen MÚSICOS.*)*

MÚSICOS. ¿Empezaremos, señor?
PRÍNCIPE. Empezad; pero advirtiendo
que no me enfadéis templando.
MÚSICOS. Ya tu gusto obedecemos.
(Cantan.) «Ardiéndose estaba Troya,
cimientos, torres y almenas,
que el fuego de amor a veces
abrasa también las piedras.
¡Fuego, fuego!, dan voces; ¡fuego!, [suena,
y sólo Paris dice: «abrase a Elena.»
PRÍNCIPE. Baste ya, porque es verano,
y es la letra del invierno;
pues para aplacar el frío
tiene sobrados los fuegos.
Id con Dios. ¡Hola!

(1) Este pasaje está muy alterado. Los dos últimos versos pudieran ser:
a quien un desdichado ha de heredalle;
más que una torre, que una plaza o calle.

(2) Este verso quizá deba decir: «el físico en su mal la causa apura».

(1) Así en los textos: quizá sea «y vos sois un hombre humano»; o bien «y yo soy un hombre humano».

(2) Verso incompleto.

CRIADO. Señor.
PRÍNCIPE. Llamad presto al Conde Aurelio.
CONDE. No es menester, pues que ya
yo propio a servirte vengo.
PRÍNCIPE. ¡Ay, Conde, sin alma estoy,
sin gusto, vida y sosiego!
Imposible es olvidar
aquel esquivo desprecio;
sin duda que en los pies tuvo
la ligereza del viento,
pues que con buscarla tanto
no la hallamos.
CONDE. Lo más cierto
era que era alguna dama
de algunos pueblos bien lejos
que vino a cazar amores
con saetas de ojos bellos
y al punto debió volverse,
que de otra suerte yo creo
que nosotros la encontráramos
si fuera átomo pequeño.
PRÍNCIPE. Fué cárcel de mi albedrío,
de mi corazón incendio,
es norte de mis sentidos
y fin de mis pensamiemtos.
CONDE. Con la prudencia reporta
la furia de tus deseos,
y escoge para alegrarte
algunos divertimientos.
PRÍNCIPE. Ahora lo procuraba,
mas son perdidos remedios,
porque la imaginación
es enemigo casero;
pero vamos al jardín,
donde su retrato bello
me representan las flores,
con que a veces me consuelo.
CONDE. Vamos, que para el amor
el más seguro remedio
es descuidar la memoria
o buscar nuevos empleos. *(Vanse.)*

(Sale DON LUIS DE BAVIERA *y* ALANO, *lacayo.)*

D. LUIS. En verdad que estoy molido
de escribir y despachar.
ALANO. No hay vivir sin trabajar;
estándose al sol tendido
no se gana de comer;
si sin comer se pasara
el trabajo se excusara,
pues no fuera menester;
pero ya es cosa forzosa
para que los hombres vivan
que todos los miembros sirvan
a la boca licenciosa.
Diz (1) que un día se enfadaron
los miembros del cuerpo humano
con la boca, mas en vano
contra ella se conjuraron;
porque si bien todos juntos
le negaron el sustento,
pagaron su atrevimiento
enflaqueciendo por puntos.
Al fin es paso forzoso
el comer para vivir,
y para comer, servir
a este agujero goloso;
pero dejando esto aparte,
diga, ¿con el nuevo estado
tiene algún nuevo cuidado
de aquellos que amor reparte?
Mas sí tendrá, porque apenas
vi secretario en comedia
que sin temer su tragedia
no estuviese a manos llenas
amante y favorecido
de la tal Reina o Duquesa,
aspirando a grave empresa
con pensamiento atrevido;
y así, por cumplir ahora
con la ordinaria corriente
ya estará de amor doliente
por causa de su señora.
D. LUIS. Confieso, Alano, que estoy
admirado y suspendido;
y que arroyo detenido
en prisión de hielo soy;
porque es cosa natural
apetecer la belleza,
pero acobarda mi empresa
el verme tan desigual,
y así dudo, peno y ardo,
y si alguna vez la miro,
por desigual me retiro
y por pobre me acobardo.
ALANO. Afuera, vil cobardía,
que en comedias jamás vi
un secretario que así
tuviese la lengua fría;
antes, todos atrevidos,
suelen echarse al través
y apenas se pasa un mes
cuando pasan a maridos;

(1) En el impreso dice «Dos»; pero en el ms. está bien.

comedia tu amor parece,
haz, pues, que en esto lo sea.

D. LUIS. El corazón lo desea;
pero a la razón se ofrece
que los nobles han de ser
leales a sus señores;
y ponerme yo en amores
y mi dueño pretender,
arguye deslealtad,
y así, muera mi deseo
y desista de su empleo
mi altanera voluntad.

ALANO. Pues en eso das, señor,
buscando entretenimientos,
divierte tus pensamientos.
De noche se gasta humor
en la corte, y todo es fiesta;
vámonos a divertir.

D. LUIS. Tu voto quiero seguir;
vestido de noche apresta. *(Vanse.)*

(Sale la DUQUESA SOLODORA *y* DIANA, *su hermana.)*

DIANA. Contenta y pagada estás
de tu nuevo secretario;
guarda que el niño voltario
no te coja.

DUQUESA. Es por demás
pensar que yo me sujete
al fuego loco de amor.

DIANA. Tanto alaba (1) su valor,
sus principios.

DUQUESA. Calla, vete;
que estoy corrida en verdad
de verte, hermana, tan necia,
que de quien un Rey desprecia
piensas tanta liviandad.

DIANA. Por eso el amor es ciego:
porque lo peor escoge.

DUQUESA. Si no quieres que me enoje,
que amaines las velas, ruego,
de tan necio porfiar,
que no lo puedo sufrir.

DIANA. Sólo quise discurrir,
pero no quise enojar.
No es tan grande mi pecado
para darte tanta pena:
conozco que es tan (2) ajena
del amoroso cuidado;
pero a veces suele amor
volver esas esquiveces (3)
en ruegos, llantos, ternezas,
en dulzuras y favor;
y así, no digas, hermana,
de este agua no beberé.

DUQUESA. Yo de mi firmeza sé,
que no soy caña liviana
que a cualquier viento me mueva.

DIANA. Procura perseverar,
y podráste bien gloriar
de una cosa que es tan nueva,
como hallar una mujer
que exenta del amor viva.

DUQUESA. Suele la hiedra lasciva
los olmos apetecer;
pero la rosa olorosa,
de sus espinas murada,
resiste bella y honrada
a la mano licenciosa.
Mis desdenes y rigores
a atrevidos acobardan,
y con firmeza me guardan
en los peligros mayores;
pero esto quédese aquí;
veamos qué dice Elena.

(Sale ELENA.)

DIANA. Nueva buena *(Aparte.)* (1)
no puede traerme a mí,
que un mar de desdichas soy,
pues amo a quien me aborrece.

ELENA. Ser día la noche ofrece,
según lo que oyendo estoy.

DUQUESA. ¿Qué dices?

ELENA. Oigan, señoras,
el contento y regocijo
con que la Corte celebra
un hecho de bronces digno:
El turco, audaz y feroz,
que, en efecto, es mal vecino
y enemigo capital
del fuerte Rey Alarico,
envidioso de sus glorias,
con ánimo vengativo,
forma un poderoso campo,
de sus arrogancias hijo;
jura destruir la tierra
y amenaza, presumido,
correr aquestas campañas
con sus jinetes altivos.
Tanta muchedumbre junta
de aquellos perros inicuos,

(1) Así en los textos; pero debe ser «alabas».
(2) Deberá ser «estás».
(3) La rima pide «esquivezas» como también se decía entonces.

(1) Verso incompleto. Quizá diría algo al entrar Elena, como «Traigo nuevas» o cosa parecida.

que cuando beben agotan
los más caudalosos ríos.
Pero Dios, que siempre oye
de sus pueblo los gemidos,
y que, como amigo fiel, (1)
nunca falta en el peligro,
al Rey de Hungría inspiró
que con corazón invicto,
en su piedad confiado,
salga contra el enemigo;
salió con diez mil infantes
armados y prevenidos,
y con cuatro mil caballos,
con los cuales ha vencido
de aquella canalla fiera
número muy infinito.
Cuarenta mil son los muertos,
sin los que quedan cautivos;
de los del Rey, sólo ciento
merecieron del martirio
la laureola dichosa,
el premio de sus servicios;
al fin fué una gran victoria,
con quien el cielo propicio
mostró cómo su potencia
castiga a los atrevidos;
y así, para celebrarla,
después de haber bien cumplido
con la obligación cristiana
debida a tal beneficio,
ordenan fiestas y máscaras,
luminarias, regocijos.
Toda esta noche se abrasa
con fogosos artificios;
no queda criado en casa;
todos, señora, se han ido
jurando de no volver
hasta haber las fiestas visto.

DUQUESA. Bien a fe, mas no me espanto;
excusado es el decirlo,
porque el deseo de ver
obliga a mil desatinos.
Vamos, hermana, que quiero,
consultándolo contigo,
buscar traza para ver
las fiestas que ha recibido (2).

ELENA Vamos a ver esta noche
vuelta en día de Juicio,
pues se ha de abrasar la corte
encendida en fuegos vivos. *(Vanse.)*

(1) En el impreso «file» por errata.
(2) Así en los textos; pero será «referido».

(Suena música y salen algunas máscaras. La una de «español» y la otra de «indio», y el tercero de «flamenco», el cuarto, de «negro», y dos pajes con hachas encendidas.)

D. LUIS. Las luminarias empiezan.

ALANO. Y una máscara también,
si no me miente el deseo,
viene con gusto y placer.

(Cantan.) «El moro cautivo llora;
cuando Hungría celebra la victoria,
flamencos, indios y negros,
y la nación española,
risueños bailando muestran
sus alegrías notorias;
y el moro cautivo llora.»

(Entranse las máscaras cantando y bailando.)

D. LUIS. Muy buena ha sido la máscara.

ALANO. Muy buena fué, por mi fe;
¡oh, buen Baco!, a ti se debe
este festivo entremés;
en tus fiestas se origina; (1)
tu fuiste la causa del;
vivas coronado de uvas,
que siempre vino te den.

D. LUIS. Pasemos a esta otra calle.

ALANO. Vamos, que es cosa de ver
fiestas y luminarias
y sus tabernas también. *(Vanse.)*

(Salen la DUQUESA, DIANA *y* ELENA, *con mantos tapadas.)*

DUQUESA. Tapémonos bien, hermana,
no nos puedan conocer;
que en verdad que el venir solas
mucho atrevimiento fué.

DIANA. No fué sino bizarría.

DUQUESA. Dios permita pare en bien,
que del pesar suele a veces
ser vísperas el placer.

DIANA. Deja pronósticos vanos,
mira la ciudad arder,
y en el amor abrasada
de su magnánimo Rey.

DUQUESA. Por esta calle de enfrente,
de gente viene un tropel,
y tápate bien, Diana.

DIANA. No tienes de qué temer.

Sale el PRÍNCIPE, *el* CONDE AURELIO *y criados, de noche.)*

CONDE. Un corrillo de mujeres
para el gusto brindis es.

PRÍNCIPE. De esta vez quiero probar
si decir algo sabré. *(A la Duquesa.)*

(1) En el impreso «originó» que alarga el verso.

Cuando sobra tanta luz,
nunca ser noche pensé;
si el sol no viera escondido,
como por mi mal se ve;
salgan esos bellos rayos,
por que la noche alegréis;
desenvainad esa espada,
y yo muerto quedaré.

DUQUESA. Muy tierno sois, a fe mía,
pues no se escapa mujer,
ni en la ciudad ni en los montes,
a quien vos no requebréis.
Andad con Dios, hermano,
que yo soy de parecer
que pues requebráis a tantas,
ninguna debéis querer.

PRÍNCIPE. ¡Ah!, Conde, ¿no advertís esto?
Sin duda esta mujer es
la que me trae perdido.

CONDE. ¿Pues qué pretendes hacer?

PRÍNCIPE. Sígueme y verás la traza
con que amor suele vencer
los rigores de una ingrata
y la fuerza de un desdén. *(Vanse.)*

(Salen DON LUIS *y* ALANO, *lacayo.)*

ALANO. *(a Diana.)* Hermosura amortajada,
retablo de la cuaresma,
huevo cuya dulce yema
está siempre encarcelada,
rompe esa cáscara vana,
deja esta mortaja triste,
y con tu belleza embiste
toda criatura humana;
pues cara de Pascua tienes,
ponte, mi bien, de aleluya,
vea yo aquesa red tuya
con que ya a pescar viénes.

D. LUIS. *(a la Duq.)* Pues en todo sois divina.
porque os trate como a tal,
de esa imagen de cristal
corred muy bien la cortina.

ALANO. *(a Diana.)* Privación que aumento das
a mi fogoso apetito,
tesoro casi infinito
que de mí escondido estás;
si ser cavado no quieres
hasta lo hondo de tu centro, (1)
si fantasma o mujer eres:

DIANA. Apártese allá el tontón.

(Dale un bofetón.)

(1) Falta un verso a esta redondilla.

ALANO. Sin ser obispo, confirmas;
y de tu mano lo firmas
con letras de un bofetón;
voto a tal falsa tapada,
que de este agravio, en venganza,
he de pasarte la panza
con una dulce estocada.

D. LUIS. *(a la Duq.)* Mirad que es traición (1)
quitarme el alma y la vida
sin ver la mano homicida.

DUQUESA. Ahora no hay ocasión;
mañana palabra os doy
que yo con vos me veré.
Ya ninguna luz se ve,
aquí con cuidado estoy;
y así, con vuestra licencia,
irme quiero a recoger;
mañana me habéis de ver;
no es largo el plazo, paciencia.

CRIADO. Yo siempre escuchando estoy, (2)
no dudes que aquestos son.

(Salen el PRÍNCIPE, *el* CONDE *con máscaras y embozados como de noche.)*

PRÍNCIPE. Prometo que en este fuego,
Paris de esta Elena soy.

(Llégase el CONDE *a* DON LUIS, *y dice.)*

CONDE. Hora es ya de que se acuesten;
galanes, vayan con Dios,
que con estas tres hermosas (3)
tengo un poco que hablar yo.

ALANO. Lo que una vez agarramos,
nunca lo dejamos, non;
y ansina, váyanse en paz,
si no, con ésta les doy.

CONDE. Piquen ya y no me enfaden,
si no quieren que a los dos
los despida a cintarazos.

D. LUIS. Muy necia máscara sois,
y para de burlas, sobra
vuestra atrevida razón.

CONDE. Ahora lo sabréis presto
si burlas o veras son;
¡hola!, llevad las mujeres,
mientras a este fanfarrón,
porque otra vez no replique,
la lengua le corto yo.

(Meten mano, y riñen.)

(1) Verso incompleto; quizá diría: «Mirad que es grande traición.»

(2) Falta algo en este lugar.

(3) Antes sólo había nombrado a dos. Vendría con ellas Elena, que, en efecto, habla algo después.

D. LUIS. Villanos, aunque sois muchos,
he de atropellaros yo,
y defender de estas damas
la hermosura y el honor.
CRIADO. No es hombre, sino demonio.
D. LUIS. Furia del infierno soy
para castigar, cobardes,
a vuestra infame traición.

(Entranse acuchillando.)

ALANO. Yo no quiero ser cobarde,
y así, a atrincherarles voy;
aguarden, reinas, que vuelva
cual otro Cid vencedor.

(Mete mano, y éntrase.)

DIANA. Que los cobardes huyeron,
y con uno que quedó
Don Luis sale riñendo.
DUQUESA. ¡Qué nobleza y qué valor!;
reconózcome obligada.
DIANA. Y con muy justa razón,
pues defendió nuestras vidas
y libertó nuestro honor.

(Salen el PRÍNCIPE *y* DON LUIS *riñendo.)*

PRÍNCIPE. Hombre, ¿por qué me persigues?
¿no lograste tu intención?
¿las mujeres no libraste?,
¿qué quieres?
D. LUIS. Saber el autor (1)
de esta traición villana.
PRÍNCIPE. Nobleza el cielo me dió;
moriré antes que lo diga.
D. LUIS. Muere, pues, falso ladrón.
DUQUESA. En lo oscuro de esta calle,
con tímido corazón,
los fines quiero esperar
de esta dudosa cuestión.
PRÍNCIPE. ¡Ay de mí!, qué gran desdicha!
La espada se me rompió.
D. LUIS. Tu desdicha fué ventura,
pues que de mí te libró;
jamás con los desarmados
aquesta espada cortó.
Vete en paz, con que primero
sepa yo de qué traidor
he de guardarme mañana.
PRÍNCIPE. Tu nobleza me obligó,
quiero descubrirme y ser
tu amigo fiel desde hoy. *(Descúbrese.)*
Vesme aquí: ¿Conócesme?
El Príncipe de Hungría soy,
que emprendí este desatino
perdido y loco de amor.

(Arrodíllase y echa la espada a sus pies.)

D. LUIS. Perdóneme vuestra Alteza.
PRÍNCIPE. Premios, y no perdón,
merecen vuestra nobleza,
vuestras partes y valor.
Levantad, venid conmigo,
que de hombres como vos
se deben honrar los Reyes
D. LUIS. No merezco tal favor.
PRÍNCIPE. La mitad de mi corona
de vuestra noble (1) acción
ha de ser escaso premio.
Seguidme.
D. LUIS. Obediente voy. *(Vanse)*
ELENA. Sin secretario quedamos,
ya el favor le trasplantó.
DUQUESA. El ver que será su aumento,
consuela el perderle yo,
que de otra suerte sintiera
en el alma y corazón
el perder tal caballero,
que es muro de nuestro honor.

(Sale ALANO *con una espada desnuda.)*

ALANO. Polvoroso y sangriento,
valiente, fuerte y feroz,
vengo de matar cansado
a ver si mi amo llegó;
no está aquí, las damas, sí,
que como estafermo son,
aguardan que alguna lanza
les dé sabroso encontrón.
Hermosas, las que sois causa
de este niño batallón,
digan, ¿han visto a mi amo
por qué calle se coló?
DUQUESA. En palacio lo hallaréis.
ALANO. Pues adiós, que yo me voy
a mudarme la camisa,
porque muy sudado estoy. *(Vase.)*
DIANA. Vamos, que es tarde.
DUQUESA. Vamos,
y nunca viniera yo, *(Aparte.)*
pues un cuidado que nace
me da sospechas de amor.

(1) Verso largo. Quizá diría: «Ver el autor.»

(1) Así en los textos: mejor sería para el verso «notable».

JORNADA SEGUNDA

(Sale la DUQUESA SOLODORA *sola.)*

DUQUESA.

Yo que en fiera a las fieras excedía;
yo que ternezas con desdén pagaba;
yo que amada libertad gozaba;
yo que en dura, con bronces competía.
Yo la parra del olmo dividía,
porque dulces amores retrataba;
yo que ejemplo de firmeza daba;
yo que el amor juzgaba cobardía.
Yo que burlé de la amorosa herida;
yo que regí (1) la simulada muerte,
de amantes con razón encarecida.
Yo que presumí, ¡oh, falso amor!, vencerte,
¿he de estar a tu gusto tan rendida?
Muy flaca es la mujer, o tú muy fuerte.

(Sale DIANA.)

DIANA.

Muy flaca es la mujer, o tú muy fuerte,
tirano amor, ingrato y fementido,
pues rindes mi valor con un olvido,
que ya es mi vida y ha de ser mi muerte.
¡Oh, fuerza de estrellas; oh, esquiva suerte,
cuyo fiero rigor ha permitido
que yo ofrezca mi corazón rendido
a quien su oído de mi voz divierte!
Si sin correspondencia amor no crece,
¿cómo es ahora tan gigante el mío
que intenta con Altezas oponerse?
Atrevimiento parece y desvarío,
y asina lo mejor fuera vencerse,
para vencer de amor el desafío.

(Sale ELENA.)

ELENA.

Para vencer de amor el desafío,
quise armarme de ocupación honesta;
y asina, codiciosa y muy compuesta,
a abordar comencé un claro río.
Tan al vivo retraté su cristal frío,
que mirando sus primores una siesta, (2)
el verle pudo darme sed molesta,
cosa que ansí (3) sabe a desvarío.
Dije yo entonces: «si esto, que es pintado,
puede moverme el gusto y apetito,
un hombre de buen talle y bien hablado,
y si de liberal tiene un poquito,
¿a qué fría mujer no da cuidado
y a qué honrilla no pondrá en conflicto?»

DUQUESA. ¡Oh, Diana!

DIANA. Hermana mía.

DUQUESA. ¿En qué se entretiene el día?

DIANA. Divertía el corazón
de una amorosa pasión
que en acabarme porfía.

DUQUESA. Gran tirano es el amor
de las almas y las vidas;
mas do preside el honor,
quedan sus fuerzas vencidas
y conocido su error.
Mira atenta sus engaños,
sus mudanzas, penas, daños,
y que es su gusto aparente,
con que pisarás su frente
armada de desengaños.

DIANA. Lo mejor es no tratar
de cosa que de amor sea,
y procurar olvidar,
pues lo que el alma desea
no lo merece alcanzar.

ELENA. Dicen bien, y así, si quieren
y atento oído me dieren,
sin suponer falsa glosa,
les contaré una cosa
que gustarán si la oyeren.

DUQUESA. Di.

ELENA. Esta mañana
topé con Alano,
que iba muy erguido,
ufano y bizarro;
dile un empellón,
y él, muy a lo bravo:
«¿No sabe quién soy?
¿Sabe que soy yo
caballero honrado,
y sabe que ya
es Duque mi amo?»
Yo, pasmada entonces
de tan nuevo caso,
por saberlo todo,
descubríme el manto;
él, viendo mi rostro,
grave y mesurado,
empezó a decirme
lo que iré contando.
Dijo (1) que Federico
el reino ha heredado,
y que a Don Luis

(1) Así en los textos: será «yo que reí».
(2) Verso largo.
(3) Así en los textos: probablemente «casi».

(1) Así en los textos; pero como el verso es largo habrá que leer: «Diz».

estima ya tanto,
que con él reparte
de su reino el mando.
Que él es quien gobierna,
que es su privado;
que le ha dado juros,
títulos, estados,
y que hoy le hizo Duque
por más encumbrarlo.
Yo juro que, ahora,
nuestro secretario
nos pierde de vista,
pues está tan alto.

DUQUESA. Es noble y agradecido,
y asina dél no presumas,
que intentará (1) más espumas.

DIANA. No, que es muy reconocido.

ELENA. Tenéis sobrada razón,
porque ahora me acuerdo [yo]
que cuando el Rey le premió
aquella noble (2) acción.
Luego la propia mañana
cortés vino a despedirse;
y así no es bien presumirse
vileza de él tan extraña.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Con gran pompa y aparato
viene el Duque de Viena,
y para entrar sólo aguarda
que se le diese licencia.

DUQUESA. Di que entre. (*Vase el* PAJE.)
¿Qué Duque es éste?

ELENA. Es Don Luis de Baviera,
el que era tu secretario
y ya a Hungría gobierna.

(*Sale* DON LUIS DE BAVIERA, *muy galán, y acompañamiento, y* ALANO, *de gala; hagan su cortesía; váyase el acompañamiento.*)

DUQUESA. Tanto favor, señor Duque.

D. LUIS. No es sino forzosa deuda,
que yo no puedo pagar
y vengo a reconocerla.

DUQUESA. ¡Hola!, sillas; en verdad,
que vengo a estar tan contenta,
que yo propia a mí me doy
de este bien la enhorabuena.

(*Siéntense, y hechas las cortesías,* ALANO *se arrodilla a los pies de* DIANA *y* ELENA.)

D. LUIS. La sangre que tengo suya
sale al rostro de vergüenza
viendo que a este su criado
honra tanto Vuecelencia.

ALANO. Y ellas ¿no me dicen nada?
¿de este gusano de seda
no agradecen la visita?
¿Mi airoso talle no aprecian?
¿No saben cómo subí
por la mundana escalera
a ser bufón de palacio
y que todos me respetan?
El Rey se ríe conmigo,
para mí no cierran puerta;
si como quien soy me estiman,
juro de hacerlas Condesas.

D. LUIS. ¿Tanta ha sido mi ventura,
que merecí defender
una divina hermosura
con este humano poder?

DUQUESA. Eso es la pura verdad;
las que defendísteis eran
mi hermana y yo, y así
os debemos esa empresa.

D. LUIS. Obligación fué esa mía.

DUQUESA. Fué acción de vuestra nobleza,
ánimo, valor y partes.
aquella honrada defensa.
Confieso que la agradezco,
y para pagar quisiera
que mis partes fueran más
o menos fueran las vuestras;
creed de mí que os estimo.

D. LUIS. Daréis ocasión pretenda
con merced tan soberana
a adorar vuestra belleza;
que si temí, por indigno,
y me sube a tanta alteza
vuestro divino favor,
no es mucho que al sol me atreva.

DUQUESA. De mí puedo aseguraros
una fiel correspondencia;
que a quien le debo el honor
no es justo que ingrata sea.

D. LUIS. Juro por la luz hermosa
de esas dos claras estrellas
de ser siempre vuestro esclavo,
fiado en esas ternezas.

DUQUESA. Muy pocas veces los hombres
cumplís de amor las promesas;
el tiempo será el crisol
de aquestas lisonjas vuestras.

(*Hablan* ALANO, ELENA *y* DIANA.)

(1) En los textos por errata «intentaua».
(2) Verso corto. Deberá leerse «notable».

ALANO. En efecto, reinas mías,
están tiesas y protervas;
a lo grave y desdeñoso
de sus favores me niegan;
pues juro por la inconstancia
de esa mujeril flaqueza,
por los untos que relucen
en esas caras de tienda
de que he de irme a cenar
luego que la noche venga
y que jamás han de verme,
si acaso se vuelven ciegas.

(Hablan DON LUIS *y la* DUQUESA.)

D. LUIS. Obligaciones forzosas,
causándome dulce pena,
me privan de esa hermosura;
perdóneme Vuecelencia.
DUQUESA. Cumplid con las que tenéis.
D. LUIS. Será mi firmeza eterna.
DUQUESA. Y yo prometo pagaros
con esa propia moneda.

(Vanse poco a poco haciendo las cortesías.)

ALANO. Yo desde ahora seré
no lacayo de comedia,
si bien quiero ser bufón,
porque en todo me entrometa;
que al fin entre ser bufón
por aquellas salas regias
algo tiene de verdad,
y no es tanta impertinencia
como que un rascacaballos
siempre con Reyes se meta;
y, adiós, señores míos,
porque se va la recua. *(Vase.)*

(Salen el CONDE AURELIO *y el* MARQUÉS FADRIQUE.)

MARQUÉS.

Con razón os quejáis, Conde,
de que olvide el Rey vuestros servicios
y [de] que un hombre apenas conocido
a lo alto se suba de su cielo;
yo también, en verdad, estoy corrido
de verle a tantos buenos preferido.

CONDE.

Es fuerte cosa que un escuderillo (1)
por su mano gobierne a Hungría toda.

MARQUÉS.

Mudanzas tiene la fortuna varia.
Faetontes suelen ser estos privados.
El morirá, como otros, despeñado,
humillado, abatido y castigado.

CONDE.

No sé qué odio natural me incita
a aborrecer a aqueste nuevo Duque.

(Salen DON LUIS *y* ALANO.)

DON LUIS.

El Conde Aurelio y el Marqués Fadrique
son éstos, [que] de mí están murmurando.
¡Oh, envidia, cómo a la privanza sigues,
pues ya con tus malicias (1) me persigues!
Escucharé, pues da lugar la noche,
para saber qué queja de mí tienen.

CONDE.

Estimarme solía Federico,
y después que don Luis entró en palacio
ya estoy muerto en su memoria.

ALANO.

Envidia es toda esta historia. (2)

CONDE.

A fe que si mi industria vale, (3)
don Luis perderá del Rey la gracia.

MARQUÉS.

En todo estaré, Conde, propicio.

CONDE.

Conozco el valor de aqueste pecho;
mas vamos, que tal vez oyen las calles.

MARQUÉS.

Vamos, que es tarde. *(Vanse.)*

ALANO.

Desenvaina y dalles;
si no yo voy y a fe de pobre mozo,
que les estuche a puras cuchilladas.

DON LUIS.

Sosiega, Alano, que estos enemigos
con diferente traza han de vencerse;
primero a lo cortés quiero obligarles,
y después, si porfían, castigarles.

(1) En el impreso «escudillero» y en el ms. «escadrillero».

(1) En el ms. dice «pesares».

(2) Pasaje incorrecto; los dos últimos versos son cortos.

(3) Verso incompleto; pero como los anteriores fácil de completar.

ALANO.

Ejemplo que imitar das (1) a los nobles
con tu valor, prudencia y cortesía.
Vivas más que en los necios la porfía.

(Vanse. Sale el REY FEDERICO; *ha de haber un bufete con dos bujías encendidas.)*

REY. Con vigilante cuidado
y con continuo desvelo,
imitando al veloz cielo,
que jamás está parado,
un buen Rey siempre ocupado
de su gobierno ha de estar,
sin que le pueda estorbar
el curso de su acción
ni de amor la ocupación,
que tanto suele ocupar.
Entre algunos memoriales
me dieron este papel;
yo, como sospeché de él,
por precedentes señales,
que de enamorados males
sin duda preñado viene,
los secretos que contiene
luego en mi seno escondí
y a mi gobierno acudí,
que es lo que al Rey le conviene.
Pero pues que ya he cumplido
con la obligación de Rey,
es de amor curiosa ley
ver lo que trae escondido;
la fácil nema he rompido
y dentro veo un retrato
de aquel dueño tan ingrato
por cuyos desdenes muero;
decirle mis penas quiero
y quejarme de su trato.
Mas no; vos, papel, que fuisteis
la mina de este tesoro;
vos, que del desdén que adoro
la hermosa copia trujisteis;
vos, que tal bien merecisteis
en vuestro pecho esconder,
comenzadme a enternecer
con vuestras dulces razones,
pues todo sois corazones
para amar y agradecer.

(Lee.)

«El juzgar a fines honestos vuestro amor y el prometerme verdades de vuestra nobleza, me da atrevimiento para que en estos breves renglones agradezca vuestras finezas y me lastime de vuestras penas, para cuyo consuelo os envío ese retrato por que veáis si soy la que mereció ser causa de ellas y por que halléis en la ciudad la que en los montes perdiste [is].

La Duquesa Solodora.»

El que un gran tesoro halló;
el (1) que, por su buena suerte,
de la cárcel dura y fuerte,
delincuente, se escapó;
el que a la muerte se vió
por sus culpas condenado
y después fué perdonado
por favores milagrosos,
mil (2) contentos amorosos
eternamente igualado.
¡Oh grande ventura mía!
¡Oh gran milagro de amor!,
pues mereció tal favor
mi casi muerta porfía;
ya la esperanza perdía;
cuando la muerte esperaba
y ya imposible juzgaba
el merecer tanta gloria,
cantad, gusto la victoria
que tanto amor deseaba.
¡Hola! *(Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Señor.

REY. Al momento
al cuarto del Duque iréis
y que mando le diréis
venga luego.

(Vase el CRIADO.)

Mi contento
ya comunicar intento,
porque al fin no cabe en mí.
¿Posible es que merecí
vencer aquel imposible?
Amor, tu fuerza es terrible,
pues tanto rigor rendí.

(Sale DON LUIS, DUQUE.)

D. LUIS. ¿En qué mandáis emplearme
de vuestro gusto y servicio?

REY. Que os levantéis y os cubráis
os mando.

D. LUIS. Y yo os suplico

(1) En los textos «dar» por errata.

(1) En los textos «es» por errata.

(2) Así en los originales; pero deberá decir «mis».

cuanto puede encarecerse
permitáis que, agradecido,
con aquestas plantas vuestras
honre mis labios indignos.

REY. Baste ya, si no queréis
que me enoje.

D. LUIS. No replico;
hechura soy de tus manos,
obedezco, callo y sirvo. *(Levántase.)*

REY. Ahora que estamos solos
quiero, Duque, como amigo
fiaros todo mi pecho
y tomar con vos alivio.
Digo que me enamoré,
Duque, y estoy tan perdido
que apenas en nada acierto,
sino sólo en dar suspiros.
La Duquesa Solodora
con su hermosura ha podido
ponerme en tan fuerte trance
y en tan dichoso peligro;
vos fuisteis su secretario;
mañana vendréis conmigo,
iremos a visitarla.
Diréis que, reconocido,
como criado leal,
en cosas de su servicio
siempre humilde os ofrecéis,
y yo diré que he querido
en esta debida acción
de compañero serviros;
diréisle vos mis ternezas
y que estoy de amor rendido.

D. LUIS. ¡Ay de mí! *(Aparte.)*

REY. ¿En qué dudáis?
¿Cómo estáis tan pensativo?

D. LUIS. Noble soy, ¿en qué imagino? *(Aparte.)*
Los nobles ¿cómo han de ser,
sino leales? Y yo digo:

REY. ¿Qué decís? ¿De qué os turbáis?

D. LUIS. Digo que a tantos favores
son enanos mis servicios;
confieso, señor, que os debo
el haberme engrandecido;
no quiero engañaros,
sino la verdad deciros
que los nobles han de ser
leales con sus amigos.
Yo muero por la Duquesa,
de ella estoy favorecido;
postrado aquí, a vuestros pies,
(Arrodíllase.)
humilde mi vida os brindo,
por que esa mano me pase
dende la muerte al olvido.

REY. Alzad del suelo, don Luis,
y creed que en mucho estimo
vuestro honrado proceder
y vuestro pecho sencillo;
y asina yo, como Rey,
como fiel amigo, os pido
digáis qué favor tenéis,
por que quede concluído
entre nosotros ahora
que el que más favorecido
se muestre de la Duquesa
éste quede en su servicio
y que el otro dé palabra,
como noble y bien nacido,
de olvidarla y ayudar
al que le hubiere vencido.

D. LUIS. Soy contento, y en verdad
que presumiré atrevido
en el certamen de amor
por más favores rendiros.

REY. Decid, pues, los que tenéis.

D. LUIS. Digo, pues, que, aunque indigno
en servirla y adorarla,
su favor me ha permitido
y con honestas palabras
a mi amor ha prometido
iguales correspondencias.

REY. Eso es estar en principios.
¿Merecistes más favor?

D. LUIS. ¿No sobra haber merecido
que no me hayan desterrado
de aquel bello paraíso?

REY. Mucho es; porque, en efecto,
sois humano y es divino
cuanto en Solodora hermosa
estimo, contemplo y miro;
pero con que deis palabra
de encubrir, aun de vos mismo,
lo que en secreto os diré,
pienso dejaros rendido.

D. LUIS. Yo os la doy a fe de noble.

REY. Mirad, pues, lo que va escrito
en este blanco papel.
(Dale un papel.)

D. LUIS. Vencido estoy y corrido;
este es su hermoso retrato;
vos sois el favorecido,
y yo abono la elección
y me doy por convencido.

REY. Volvedme, pues, esas armas
con las cuales he vencido

vuestra ya muerta esperanza
y vuestros deseos tan vivos.

(Dale el papel y el retrato.)

D. LUIS. Aquí las tenéis, señor.
REY. No empecéis a arrepentiros,
porque ahora, como noble,
Duque, la palabra os pido. *(Vase.)*
D. LUIS. Bienes sólo imaginados,
que cual riqueza fingida
de aquel duende engañador
burlastes hoy mis porfías;
ternezas falsas y vanas
engendradas de mentiras,
que cual leves gorgoritos
quedasteis desguarnecidas;
favores engañadores
que con finezas fingidas
engañasteis mis deseos
para quitarme la vida;
gusto breve como flor
que suele al nacer de día
no cumplir lo que promete,
pues queda lacia y marchita;
contento que fué soñado
cuando engañado dormía
con la voz de una sirena
que procura mi desdicha;
alegría enmascarada,
que alegría parecías,
pero quitada la máscara
eres ya tristeza mía;
amor falso y lisonjero
que a ciegas me prometías,
como niño y como loco,
lo que cumplir no podías;
firmeza al fin de mujer,
porque de una vez lo diga,
que dura lo que en el fuego
la pólvora vengativa;
esperanzas cuyas flores,
por venir tan primerizas,
el invierno de los celos
con su rigor las marchita;
regalos cuya dulzura
los venenos encubría,
que ahora bebo en el vaso
de mi esperanza perdida;
glorias que ya infiernos sois,
pues en este infausto día
fuisteis celos para mí,
desesperaciones e iras;
dichas, que para tan cortas
basta decir que sois mías,
falsas como aquella ingrata
que el alma y seso me quita;
bienes, ternezas, favores,
gusto, contento, alegría,
amor, firmeza, esperanza,
regalos, glorias y dichas,
ya no pretendo vuestra compañía,
sino tristezas, penas y desdichas.
ALANO. Cuando no hay amante fiel
que ahora no se recoja,
porque la luz siempre es cosa (1)
enemiga siempre de él;
cuando el astuto ladrón
corre ligero y cargado
a dar parte de lo hurtado
a la taberna y mesón;
cuando las brujas tentadas,
que niños suelen chupar,
sus bailes quieren dejar
y volverse a sus moradas;
cuando los astros temblando
huyen la vecina aurora;
cuando la libre señora
despide con ruego blando,
y, al fin, cuando son las dos
y nuestra cena se enfría
estás con flema tan fría
que no te entiendo, por Dios.
¿Piensas acaso comer
los venados de estos paños? (2)
Tus intentos son extraños,
no te acabo de entender.
Como el Rey Midas serás,
pues ya con tanto tesoro
te vendrá a sobrar el oro
y de hambre te morirás.
Comamos, ¡pesia a tal vida!;
que quien bien come trabaja;
mira que ya el alba baja
de perlas bien prevenida
por cumplir con un poeta.
Mira que riéndose está
de ver que esta vida es ya
de nuestro ayuno estafeta.
D. LUIS. Callando manda que muera, *Ap.)*
quiero morir y callar.
ALANO. Ven, y vamos a cenar,
que ya el maestresala espera,
y los cocineros temen,

(1) «Cosa» no es consonante de «recoja».
(2) En los textos dice «prados» por errata. Se trata de los venados pintados en los tapices.

sin que basten sus cuidados,
que los gatos, de enfadados,
la comida no se lleven.

D. LUIS. Algo me siento indispuesto;
sin cenar quiero acostarme.

ALANO. Pues yo sabré manducarme
lo que estuviere dispuesto. *(Vanse.)*

(Sale la DUQUESA *y* DIANA, *fisgando.)*

DIANA. ¿Tú eres la que anteayer
decías, libre y esquiva,
«suele la yedra lasciva
los olmos apetecer,
pero la rosa olorosa,
de sus espinas murada,
resiste, bella y honrada,
a la mano (1) licenciosa?
Corrida estoy, en verdad,
de verte, hermana, tan necia,
que de quien un Rey desprecia
pienses tanta liviandad.»

DUQUESA. Tú, hermana, burlas de mí.

DIANA. ¿No quieres que burle y ría
viendo que tu nieve fría
un Etna arroja de ti?
Agua detenida fuiste;
pues una vez desatada,
más libre y precipitada
por tus deseos corriste.
¿No te advertí no dijeras
de esta agua no beberé?

DUQUESA. Ya, querida hermana, sé
que mis burlas salen veras.
Yo, que burlé del amor,
ya estoy tan enamorada
que es mi locura extremada
e insufrible mi dolor.
Apenas en nada acierto,
inquieta y divertida;
no sé si busco la vida
o si mi muerte concierto.

DIANA. Muy querida eres, hermana;
don Luis tu belleza adora.

DUQUESA. No tiene seguro ahora,
tal vez, el amor, Diana;
y (2) a más amor, más temor
sin duda le corresponde.

DIANA. Gran fuego tu pecho esconde;
rindióse ya tu valor.
Tú, que me reprehendías,
amas con tanto desvelo;
ahora, por mi consuelo,
probarás las penas mías.

DUQUESA. Ahora bien; este jardín
nos defiende del calor
del verano, y del amor
tengan nuestros males fin.
Gocemos este aire suave,
mudemos conversación
por que olvide el corazón
su pena terrible y grave.
Mira la nche cual viene
con paso lento y secreto.

DIANA. Parece amante discreto (1)
en el silencio que tiene.
En todo aqueste verano
no vi noche más hermosa.

DUQUESA. Sólo le falta una cosa.

DIANA. ¿Y qué será?

DUQUESA. ¿No está llano
que noche tan apacible
pide amorosas ternezas?

DIANA. Ya son tantas tus finezas
que olvidar es imposible.

DUQUESA. ¡Oh si el Duque aquí viniera!

DIANA. ¡Oh si el Rey viniese aquí!

DUQUESA. Decir se puede por mí:
quien espera, desespera.

(Sale ELENA.)

ELENA.

El Rey y el Duque ahora,
solos, los dos, en el jardín entraron
y ya llegan, señora,
que diligente el paso apresuraron;
no tenéis que turbaros,
estimar el favor y aquietaros.

DUQUESA.

Vámonos, Diana,
a lugar más decente a recibirlos.

DIANA.

Dices muy bien, hermana;
que de noche, en jardín, no es bien oírlos.

DUQUESA.

Huir las ocasiones
es de sabios y honestos corazones.

(Hacen que se van, y salen al encuentro el REY *y el* DUQUE.)

(1) En los textos «al álamo», por errata.

(2) En los textos: «y así a más amor más temor» que es verso largo.

(1) En el original impreso dice por errata: «Parece este amante secreto».

FEDERICO.

Serafines hermosos
de este paraíso alegre y deleitoso,
los pasos presurosos
con ánimo tened más piadoso;
mirad que, agradecido,
el Duque a visitaros ha venido;
y yo, que soy su amigo,
depuesto mi real pompa y decoro,
sus justos pasos sigo.

(El DUQUE *a la* DUQUESA, *muy quedo.)*

DON LUIS.

Yo tu mudanza y mis desdichas lloro.

DUQUESA.

Yo, Duque, no te entiendo.

DON LUIS.

Mi mal callo, aunque estoy muriendo. (1)
¡Oh nobleza heredada, *(Aparte.)*
en qué fuerte ocasión me pones; (2)
tienes mi lengua atada
para quejarme de unas sinrazones
sin que la boca abra!
Moriré por cumplir con mi palabra.

(El REY *y el* DUQUE, *aparte.)*

REY.

Mientras que yo a Diana
con fingidas palabras entretengo,
dile, Duque, a su hermana
que por su dulce amor perdido vengo;
mis penas le encarece.

(Llega el REY *a* DIANA.)

DON LUIS.

Mi lealtad tus gustos obedece.

DUQUESA.

¡Oh, Duque!, ¿qué es aquesto?
¿Tú sin hablar, suspenso y pensativo?
Dime la causa de aquesto,
no te muestres conmigo tan esquivo.
¿Qué pena te lastima,
luz de estos ojos y alma que me anima?

DON LUIS.

Señora, Vuecelencia
aspirar debe a más suprema gloria,
y así vuestra prudencia
de mi humildad aparte la memoria,
porque un Rey, en efeto
sólo es de esa beldad digno sujeto.
Mucho mi Rey os quiere,
y a vos, que no os pese (1) el ser querida;
por vos amando muere,
sed, pues, a tanto amor agradecida;
seréis Reina de Hungría,
yo fiel vasallo y vos señora mía.

DUQUESA.

Ya, Duque, estás muy necio
con tus celosas fantasías;
ya parece desprecio
pagar con celos las finezas mías,
o dime ya tus quejas.

D. LUIS.

¡Oh, ley inviolable, *(Aparte.)*
de cumplir lo que al Rey he prometido.
¿Posible es que no hable, (2)
de quejas y de celos compelido?
No, que a mi nobleza
hoy prueba su valor en esta empresa. (3)

(Hablan el REY *y* DIANA.*)*

DIANA.

Decisme, Rey, amores,
y el alma tenéis en otra parte;
ya sé que los favores
que mi amor con vos reparte,
sólo porque son (4) míos
los juzgaréis a locos desvaríos.

REY.

Mi verdad no os engaña,
vuestra belleza mi alma adora,
mi ventura es extraña. *(Aparte.)*
¡Qué dulcemente me mira Solodora!
Dudo, temo y ardo,
y a la luz de sus soles me acobardo.

(Hablan el DUQUE *y la* DUQUESA.)

DUQUESA.

Ya yo cumplo con tus ruegos;
quiero amar al Rey, pues tú lo quieres;
y pues con celos ciegos,
tú causa de mis quejas eres,
del Rey seré, enemigo,
porque sea el perderme tu castigo.

---

(1) Verso incompleto.
(2) También incompleto.

(1) Así en el ms.: en el impreso «pesa».
(2) En los textos «halle» por errata.
(3) Falsa rima con «nobleza», propia de un andaluz.
(4) En los textos «sois» por errata.

D. LUIS.

Celoso sufro y callo. *(Aparte.)*
Infierno son las penas que padezco.
Como leal vasallo, *(A la* DUQUESA.)
que deis la vida al Rey os agradezco.

DUQUESA.

Tan libre responderme
claras señales son de aborrecerme.
¡Ah, falso! Tu mudanza
origen debe ser de estos desprecios;
loca fué mi esperanza,
pues puse en ti mis locos pensamientos;
mas yo sabré vengarme,
y de tus traiciones apartarme.

(El REY *y* DIANA.)

DIANA.

De tus lisonjas, señor,
parece que riendo viene el alba;
ya el alegre ruiseñor
con su canto le hace alegre salva;
no quieres (1) que a las flores
Apolo les descubra tus amores.

FEDERICO.

Obedezco, señora;
parto sin mí, pues aquí dejo el alma.
¡Oh, hermosa Soledora!; *(Aparte.)*
tu amor, sí [que] me tiene en dulce calma;
a tus divinos rayos,
sí que padezco del amor desmayos.

(El DUQUE *a la* DUQUESA.)

DUQUESA.

Ya el Rey se despide,
y yo de ti también eternamente.

D. LUIS.

Con tu gusto se mide;
esto de reinar, cosa es valiente.

DUQUESA.

Reinaré, pues tú lo quieres;
mi dueño fuiste, ya mi vasallo eres.

(El REY *a la* DUQUESA.)

REY.

Perdonadme, Duquesa,
pues disculpa amor mi atrevimiento.

DUQUESA.

Señor, vuestra grandeza,
aunque en mí faltó merecimiento,
siempre me ha honrado.

REY.

Tan sólo agradecer he procurado.
Vamos, Duque, que el día,
vida de este jardín verde y hermoso,
parece que de envidia;
saca su nueva luz más presuroso,
para que así nos prive
de estos soles de quien la luz recibe.

(Vanse el DUQUE *y el* REY.)

ELENA. Bendito Dios, que se fueron,
para que yo pueda hablar
y ponerme a ponderar
con qué paciencia me hicieron
oír, sufrir y callar.
La primera criada he sido
con quien no se ha entremetido
algún lacayo o criado,
por ser el poeta honrado,
yo muy Penélope he sido.

DIANA. Deja locos disparates
y de acostarnos tratemos.

DUQUESA. Vamos. ¡Oh, vanos extremos! *(Ap.)*
Con tan forzosos dislates,
¿Qué dudoso fin tendremos? *(Van.)*

(Sale ALANO *con un gran aventador de moscas.)*

ALANO. Mosca enfadosa y cansada
es un necio pretendiente,
que es puntal eternamente
de la portada dorada
del ministro Presidente.
Mosca es un triste pelón
que se apega por pelar
y con un prestado don
se suele desayunar,
casi siempre a lo gorrón.
Mosca es, y mosca terrible,
la mujer; pide dinero,
y su pico es insufrible,
pues si agarra a un hombre entero
no hay parte que no le pique (1).
Mosca, y mosca importuna,
es el Don Sánalotodo,
hablador desde la cuna;
tan entremetido en todo,
que escudriña a cualquier luna.
Mosca es, y muy porfiada,
el alguacil que es buscón,

(1) Así en los textos; pero acaso sea «quieras».

(1) «Pique» no es consonante de «terrible».

pues con su vara delgada
pesca uno y otro doblón
a la parte desdichada.
Pues si tantas moscas tiene
este mundo engañador,
con razón mi industria viene
con aqueste aventador,
que contra moscas previene.
Guárdense todas de mí;
afuera, moscas borrachas,
las que venir siempre vi
para poner dos mil tachas
en lo que se dice aquí.
Porque a fe, si alguno cojo
que murmure la comedia,
de los ojos le haré cojo
y por él será tragedia,
pues quedará con un ojo.

(Salen el MARQUÉS *y el* CONDE.)

CONDE. Yo sirvo con mala estrella.
MARQUÉS. Y la mía es ya peor.
CONDE. Todo el Duque lo atropella.
MARQUÉS. Animado del favor,
a todos nos pisa y huella.
ALANO. Estos dos Judas. ¿quién duda
que alguna quimera trazan
de toda verdad desnuda,
porque de envidia se abrasan; (1)
viendo que el dios mosca ayuda, (2)
A fe que el aventador
es bien menester ahora;
como quien hoy gasta humor.
Quiero darles, y en mal hora,
aventar tanto traidor.
¡Oh, mosca de Belcebú!

(Hace que aventa (3) moscas y dales.)

MARQUÉS. Mirad lo que hacéis, hermano.
ALANO. ¿Conmigo te pones tú?
Echaréte por mi mano
a las islas del Cortú.

(Va dándoles, como que no lo advierte.)

MARQUÉS. Parece que ciego estáis;
¿no veis que estamos aquí?
CONDE. Muy necio y muy tonto andáis.
ALANO. Perdonen, que no los vi.
CONDE. ¿Pues por qué no lo miráis?
Tan necia busconería
sabré castigar con palos.
ALANO. Si yo recibir quería,
más fácil sería el darlos;
mas no haré tal, a fe mía.

(Sale DON LUIS.)

D. LUIS. ¿Qué es esto?
CONDE. Son libertades
de quien, por criado vuestro,
para burlarse de todos
tiene tal atrevimiento.
ALANO. Yo soy un bufón real, *(A voces)*
cuyo honrado privilegio
se extiende a mayores burlas,
que no las que estoy haciendo;
soy alguacil de las moscas,
y si ya mosca tenemos,
yo la llevaré a la cárcel,
por la tumba de mi abuelo.
D. LUIS. Eres un loco atrevido;
baste ya, no seas necio.
ALANO. Aquí de Dios y del Rey;
favor pido, favor quiero;
que me quitan el oficio.

(Sale el REY.)

REY. ¿De qué te quejas, qué es ello?
ALANO. Quéjome, pues, que me quitan,
señor, lo que no me dieron.
Yo merecí ser bufón,
que es un oficio, en efecto,
con que más de cuatro honrados
pasan la vida riendo.
Hoy, para cumplir con él,
celebraba a lo burlesco
el día alegre y festivo
de tu noble nacimiento;
enfadáronse conmigo;
mas, pues que verte merezco
¡afuera, que eres mi gallo!
De aquí aventarte quiero
ciertas moscas y moscones
de nocivos lisonjeos,
que al panal de tus virtudes
engañosos se atrevieron.

(Hace que quiere aventar, amenazando al CONDE *y* MARQUÉS.)

REY. Bueno está; y por que quedes
del trabajo satisfecho,
con que tenga fin la burla,
mil doblones te concedo.
ALANO. Nunca te engañen traidores

(1) «Abrasan» no es consonante exacto de «trazan», sino al uso andaluz.

(2) Así en los textos; probablemente diría «viendo que Dios nos ayuda».

(3) En el ms. dice «avienta».

y sírvante siempre buenos;
vivas más que los tesoros
en cofres de avaros viejos.

CONDE. Vuestra Majestad, señor,
siempre con laureles nuevos,
viva eternidades largas,
para que esos pies besemos.

REY. Levantad, Conde, Marqués.

MARQUÉS. Más de lo que merecemos
ocupamos venturosos.

REY. Levantad.

CONDE. Obedecemos.

D. LUIS. Yo, postrado a vuestros pies,
humilde pediros quiero
me otorguéis una merced.

REY. Yo la otorgo, alzad del suelo;
decid lo que pedís.

D. LUIS. Pido, pues, que el Conde Aurelio,
por sus reales servicios,
sea mayordomo vuestro,
y que al Marqués don Fadrique
le hagáis vuestro camarero.

REY. Ved, Duque, que esos oficios
ya proveídos los tengo.

D. LUIS. Yo, señor, que reconozco
que indignamente poseo
tan grandes mercedes vuestras,
las renuncio en favor de ellos.

REY. Yo cumpliré mi palabra;
mas vos advertid primero,
que no es buena caridad
aborrecerse a sí mesmo.

D. LUIS. El amigo es otro yo;
y así, dando lo que os ruego,
yo, señor, nada me quito,
antes pago lo que debo.

(Quedito, al oído, dice ALANO.)

ALANO. ¿Qué haces, señor, qué dices?
¿has perdido acaso el seso?
Sin duda habré de aventarte,
por moscón, tontón o necio.

D. LUIS. Así deben ser los nobles;
y si éstos lo son, espero
que serán agradecidos
a tan hidalgos extremos.

MARQUÉS. Agradecer el favor
queremos, y no podemos,
porque él viene a ser muy grande
y cortos nuestros talentos.

REY. Entremos en la capilla.

CONDE. Todos, señor, entraremos
a rogar al Rey de gloria
que reines siglos eternos.

(Vanse; quedan DON LUIS *y* ALANO.)

ALANO. Ahora que estamos solos,
mira, señor, lo que has hecho.

D. LUIS. ¿Qué hay que mirar, mentecato?

ALANO. Que eres (con perdón) un necio.

D. LUIS. En todas sus acciones,
los nobles, que son (1) buenos,
han de traer siempre escrita
la hidalguía de su pecho;
en sus pasos concertados;
en el hablar con gran tiento;
en el comer y el beber,
moderados, y modestos;
el vestir como su estado;
puntuales, y verdaderos
en cualquier duda o palabra.
En el andar, muy compuestos;
humildes, con los humildes;
valientes con los soberbios;
con los pobres, liberales
y de compasivos pechos.
En ocasiones forzosas
de toros, fiestas, torneos,
prudentes en el medir
las fuerzas de su dinero;
graves con moderación,
tal que muevan a respeto,
mas no que con ella enfaden,
a cuantos los están viendo.
El jugar templadamente,
que sea divertimiento,
y no destruír las casas,
como hacen los indiscretos;
si acaso de noche salen,
procuren dar buen ejemplo,
y con prevenidas armas
no escandalicen el pueblo.
Con sus amigos, leales;
con enemigos, discretos;
con todos muy cortesanos,
y con mujeres, honestos.
Esto deben ser los nobles,
con otras cosas que dejo,
porque el decirlas aquí
es hacer de ellas desprecio;
y así [que] yo, aunque indigno,
nobleza al cielo le debo,
hoy quise a mis enemigos...,

ALANO. No digas más, ya te entiendo,
obligarles a tu amor

(1) Así en los textos, pero quizá deba leerse «sean».

con términos tan discretos:
ha sido un hecho romano
y acción tuya en efecto.
Pero, ahora, si me escuchas,
dejando esos cuentos viejos,
sabrás cómo son los nobles
de aquestos malditos tiempos.
Andan con pasos muy libres
donde hay placeres y juegos;
beben bien, comen mejor,
a costa del pastelero,
pues tarde o nunca le pagan,
que el pagar los caballeros
lo que en sus gustos gastaron
fuera milagro muy nuevo.
De humildes nunca tratan,
pues con locos pensamientos,
vanos, como presumidos,
ser quieren dioses del suelo.
Que es ver un hidalgo hinchado
con su cara de frenético,
mascar todos los vocablos
y hablar siempre haciendo gestos;
que es verle arrojar un ¡hola!
y si no responde luego,
mostrar cara saturnina
y reñir muy rostituerto;
que es ver salir muy galán
a las fiestas, uno de éstos,
vistiendo a muchos lacayos
y desnudando pañeros,
pues llevándose la ropa
y no pagando los precios,
burlados, tristes y pobres,
vienen a quedarse en cueros.

D. LUIS. Basten tantas necedades,
que estás ya pesado y necio.
Entrar quiero en la capilla.

ALANO. Muy enhorabuena, entremos;
y si alguno preguntare,
muy curioso y pedigüeño,
los nobles cómo han de ser,
vaya a saberlo al infierno.

JORNADA TERCERA

Salen el REY *y el* DUQUE, *y el* REY *trae dos retratos en las manos, que va mirando.)*

REY. La de Sajonia es hermosa,
la de Polonia no es mala.

D. LUIS. Tiene bizarría y gala.

REY. Y parece muy airosa.

D. LUIS. ¡Oh, si alguna le agradase
y olvidase la Duquesa,
para que mi muerta empresa
otra vez resucitase!

REY. Que son muy bellas confieso;
mas la hermosa Solodora,
a quien sólo el alma adora,
es de hermosuras exceso.
Sólo se consagra a ella
esta voluntad rendida;
ella es mi norte, mi vida,
mi buena, o mi mala estrella.
Hoy despedir determino
aquestos dos casamientos;
sólo en ti, mi ángel divino,
divierto mis pensamientos.

D. LUIS. Advierte, como prudente,
que el juntarte con Polonia,
o con la fértil Sajonia,
es al reino conveniente.

REY. No puedo hacer otra cosa
a ley de noble y honrado.

D. LUIS. ¿Cómo?

REY. Oye el dulce estado
de mi fortuna dichosa.
Ya sabes, Duque, y por tus ojos viste
que amado merecí tiernos favores;
ya sabes, que mi vida y bien consiste
en el dichoso fin de mis amores.
Ya sabes que gané lo que perdiste,
sin pasar por desdenes y rigores;
y ya sabes, que Solodora es sólo
de mi gusto y contento el firme polo,
Sabrás ahora cuán dichoso he sido
en llegar presto al amoroso puerto,
donde sin ser de celos combatido,
regalos gozo, que me tienen muerto;
sabrás que fui llamado y escogido,
y que con un sí, dulce concierto
salido de entre puertas de corales,
pagó su amor finezas inmortales.
Yo, Duque, del temor desanimado,
si bien favorecido altamente,
de la luz de aquel cielo enamorado
sus glorias deseaba sumamente;
estaba por indigno, acobardado,
aunque por sus favores, muy valiente,
cuando entre temores y desvelos,
mi cielo llueve amores y consuelos.
Una noche, que para mí fué noche buena,
estando de bien tanto descuidado,
el premio merecí de tanta pena,

como tu (1) amor le causa a mi cuidado;
en una carta de dulzuras llena,
el gozo y el deleite vi cifrado,
pues dando muestras mi bien de que me ama, (2)
para ser dueño de su honor me llama.

Parto al momento, y por ausencia tuya
con el Conde mis dichas acompaño;
que antes que la ocasión ligera huya
y venga en su lugar el falso engaño,
es bien que amor con tanto bien concluya,
porque después no llore el desengaño,
que nunca la pereza dormidora
amorosos tesoros atesora.

Fuimos con pasos quedos y secretos
por una puerta del jardín entrando,
con temor de hortelanos indiscretos,
que sus plantas tal vez están regando;
estuvimos muy largo rato quietos,
mis venturas temiendo y esperando,
cuando en lo oscuro de ramas intrincadas. (3)

Contento, deseoso y atrevido,
penetré el enredado laberinto,
y de él, de una mano blanca asido,
me vi librado en término sucinto;
luego, en una hermosa sala fuí metido,
cuyo adorno y riqueza no te pinto,
porque no hay humano entendimiento
para alabar (4) su encarecimiento.

De ella pasamos a otra pieza oscura,
donde el ángel que fué de este Tobías
en brazos me dejó de la hermosura,
serafín dulce de esperanzas mías.
Yo, que dudaba mi tan gran ventura,
besaba humilde aquellas manos frías,
que la vergüenza helaba y encogía,
y yo amoroso gozaba y encendía.

Con requiebros y ternezas procuraba
sosegar el temor que la oprimía,
y ella, tímida, de mi amor dudaba,
y ansí [de] vergonzosa, resistía;
yo, más osado, vencerla procuraba;
ella negaba lo que concedía;
yo, entre tan dulcísimos combates,
prometía amorosos disparates.

Pero ella, tan firme como honrada,
estaba siempre opuesta a mi deseo,
hasta que quedar pudo asegurada,
que sólo es ella mi dichoso empleo;
mi palabra le di, con fe jurada,
que a los dos unirá dulce Himeneo;
por do alentado, con tales confianzas,
en posesión trocó mis esperanzas.

No tiene amor regalos, ni dulzuras,
caricias, contentos, ni ternuras,
deleites, gozos, bienes, ni venturas,
requiebros, gustos, dichas ni finezas,
como entre rosas y azucenas puras,
de su beldad, rendida a mis finezas,
gocé, dichoso, entre apretados lazos,
de bellos y tiernísimos abrazos.

Ved, Duque, pues, si debo, como noble,
cumplirle la palabra prometida,
y si fuera vileza y trato doble
engañarla y quedar mi fe rompida;
en amarla he de ser firme e inmoble,
cual roca de las olas conbatida; (1)
Solodora es ya amada prenda mía,
y ella sola ha de ser Reina de Hungría.

D. LUIS. A tales obligaciones
debes fiel correspondencia.

REY. Despediré, con prudencia,
excusando disensiones,
a los dos Embajadores
que casarme solicitan;
voy a escribir. *(Vase.)*

D. LUIS. Facilitan
los imposibles mayores:
amor, porfía y dinero.
Ingrata, falsa, mudable,
ya de tu ser variable,
¿qué más desengaño espero?
En efecto, eres mujer,
que es principio de mudanza
a quien nunca el sol alcanza
con su firme parecer.

(Sale ALANO.*)*

ALANO. Un paje de la Duquesa,
que en este punto llegó,
aqueste papel me dió
en esta primera pieza.
Mándame albricias, y buenas,
pues, sin duda, este billete
a tu dulce amor promete
contentos a manos llenas.

D. LUIS. Muestra acá. *(Muy grave.)*

ALANO. ¡Qué grave que estás;
desde que con el Rey privas!
¡Voto a Judas, juro a cribas,
que es lindo el porte que das!

(1) Así en los textos; pero deberá leerse «su».

(2) Este verso estaría mejor: «pues dando mi bien muestras», etc.

(3) Falta en ambos textos el verso último de esta octava.

(4) En el ms.: «para alabarse su encarecimiento.»

(1) En el impreso, por errata «convertida».

(Lee.)

D. LUIS. «Los favores del Rey os tienen olvidado de mí; merezca verme con vos, porque me importa la vida el veros y hablaros.—*La Duquesa Solodora.*»
Dile que a la tarde iré
y que beso a Su Excelencia
las manos.

ALANO. Y, con licencia,
yo sin nada me quedé;
A fe mía, que otra vez,
pues me juegas esta treta,
puedes buscar estafeta
allá en Tetuán o en Fez. *(Vase.)*

(Vuelve a leer.)

D. LUIS. «...que me importa la vida el veros y hablaros.»
El saber si el Rey se casa
debe importarle la vida;
no temas, falsa homicida,
que ya al Rey tu amor abrasa.
Reina de Hungría serás;
voy a besarte la mano
con la cual, dueño tirano,
hoy dura muerte me das. *(Vase.)*

(Salen la DUQUESA *y* DIANA.*)*

DUQUESA. Picada estoy en extremo
de que, libre y descuidado,
esté ya de mí olvidado
y helado cuando me quemo.

DIANA. Si tú le diste ocasión
con los celos que le das,
¿por qué quejándote estás
de su ingrata sinrazón?

DUQUESA. ¡Ay de mí!, que aquellos celos
los fingí para venganza;
pero él con falsa mudanza
me paga amantes desvelos.

DIANA. Nunca digas mal del día
hasta que le veas pasado;
él vendrá, de ti llamado,
y hará lo que hacer debía;
dará mil tiernas disculpas,
y tú, de amor convencida,
has de quedar más rendida
en vez de ponerle culpas.

DUQUESA. Confieso que la verdad
me pronosticas, discreta;
que es de amantes común treta
riñendo hacer amistad.
Un billete le escribí,
y ya la tarde se pasa
y no viene.

DIANA. Será traza, (1)
para vengarse de ti,
mostrarse ansí desabrido
y hacerse tanto rogar.

DUQUESA. No, que nunca suele estar
amor y fuego escondido.
Lo más cierto es que me olvida,
pues corresponde tan mal.

DIANA. El tuyo es al mío igual,
pues amas aborrecida.
Yo por Federico muero,
y él no estima mis cuidados;
¡ay de mí, si no es hurtados *(Ap.)*
con que espero y desespero!

DUQUESA. Truéquese, pues, el amor
y sea el Rey para ti,
con que don Luis a mí
no me trate con rigor.

(Sale ELENA.*)*

ELENA. Señora, el Conde y el Rey.

DUQUESA. Ya tanto Rey me da enfado.
¿A qué vienen o qué buscan?

ELENA. Ellos dirán, pues ya entraron.

(Salen el REY *y el* CONDE AURELIO.*)*

REY. Alegría de estos ojos,
mi luz, mi bien, mi regalo,
sin ti no puedo vivir,
muero ausente de tus brazos;
los olmos frescos y verdes
nunca olvidan los abrazos
de las vide amorosas,
tiernos grillos de sus ramos;
el mar dilatado y fiero
parece que, enamorado,
siempre a la arena da besos
y está siempre en su regazo.
De pintadas avecillas
que le requiebran cantando
la amigable compañía
nunca deja el aire manso;
todas las cosas, en fin,
si crecieron y aumentaron
fué por la amable unción,
principio de bienes tantos.
¿Pues cómo quieres que viva
dividido de tus brazos,
separado de tus glorias
y de mi centro apartado?

(1) Otro falso consonante es «traza» de «pasa».

Dame tus brazos, amores,
que son todo mi descanso,
mis contentos, mis deleites,
mis gustos y mis regalos.

DUQUESA. ¿Qué es esto, señor? Teneos.
¿Vos, tan libre y despejado, (1)
perdéis el justo respeto
a mi honor, que estimo tanto?

REY. No reparéis en el Conde,
porque ya a él he fiado
de nuestro amor los secretos.

DUQUESA. ¿Qué secretos ni qué engaños?

REY. Escucha aparte, mi bien.

DUQUESA. ¿Qué he de escuchar?

REY. Dueño ingrato,
si, mudable, te arrepientes,
con esta daga me mato.

(Hace que se va a dar con la daga y detiénele ella.)

DUQUESA. Señor, ¿vos tan descompuesto?
Loco está de enamorado. *(Aparte.)*
Quiero reportar su enojo
hasta que esté sosegado.

REY. Oyeme, hermoso prodigio.

DUQUESA. Ya estoy aparte escuchando,
que deseo ver deshechos
enredos tan intrincados.

(Hablen el CONDE *y* DIANA.*)*

CONDE. La tierra más buena y fértil,
si la labradora mano
no la labra y beneficia,
produce espinas y cardos;
mas si sus duras entrañas
abren los corvos arados,
como madre nos mantiene
con sus frutos delicados;
el agua puesta en su centro,
que con montes levantados
de embravecidas espumas
amenaza a los humanos,
una vez sujeta al leño,
le suele dar libre paso
y rompe el timón humilde
sus cristales encrespados;
el aire caliginoso
que con piedras, truenos, rayos,
suele ser cruel castigo
de los cielos soberanos,
que si una vez está quieto,
suave, apacible y manso
las cantoras avecillas
piadoso tiene en sus brazos;
el fuego que en el incendio
ardiente, voraz y bravo,
a carbones y cenizas
reduce techos dorados,
recogido en el brasero
y a nuestros pies sujetado
sirve de amigable lumbre
contra el invierno erizado;
pues si los cuatro elementos,
con ser furiosos y bravos,
tratados son apacibles,
¿cómo tú, hermoso tirano,
después de hacerme tu dueño,
después de favores tantos
y después de haberme visto
de tus brazos coronado
me tratas con tal desprecio?
Ya amores se te ha olvidado
que me ganaron tus ojos
cuanto soy y cuanto valgo.
Ea, mi angel bellísimo,
mírenme tus ojos claros
o quedaré muerto o loco
de puro desesperado.

DIANA. ¡Oh lo que puede el amor *(Aparte.)*
animado del engaño!
¡Mueran con engaños todos!
pues yo muero con agravios!

CONDE. ¿No te acuerdas que, dichoso,
con tus brazos regalados
de ti me vi sostenido
sobre tu cielo estrellado?
¿No te acuerdas que fuí abeja,
pues del amor animado,
hurté dos rojos claveles
a tus olorosos labios?
¿No te acuerdas...

DIANA. Baste ya;
¿Estáislo acaso soñando?
¿De cuándo acá vos conmigo
tenéis amorosos tratos?
Quien con tan libres locuras
se atreve a mi honor sagrado,
quede para loco y necio
y quede así castigado. *(Vase.)*

ELENA. También yo quiero escurrirme,
que hay pesquisa en tales casos
y examen muy riguroso.
Adiós, amantes burlados. *(Vase.)*

(Hablan el REY *y la* DUQUESA: *el* CONDE *queda suspenso.)*

DUQUESA. Corrida y suspensa estoy

(1) Así en el impreso: en el ms. «despojado».

de ver, señor, que, engañado,
penséis de mí tal bajeza;
¿vos conmigo tan liviano?
Si acaso aquestos enredos
habéis fingido y trazado,
¿por qué libertades vuestras
se atreven a mi recato?
Advertid que soy tan noble
que en tiempos que mis pasados
se cansaban de ser Reyes
los vuestros eran vasallos.
Pero aquesto no os importa;
procurad, señor, casaros
con Sajonia o con Polonia
y no perturbéis mis pasos,
que aunque yo Reina no soy,
con lo que el cielo me ha dado
vengo a estar tan satisfecha
que no quiero reinos vanos.

REY. Ahora atino tu mal;
habránte, mi bien, contado
que me caso, y tú, celosa,
ahora te estás vengando.
Pues advierte mis amores,
que yo por tí he desechado
con desabrida respuesta
a cuantos lo procuraron;
tuyo soy, prenda querida,
en ti vivo transformado,
siempre fuí, soy y seré
sombra de este sol bizarro.
Ausencias tristes me matan,
tus celos me dan cuidado,
tus ingratitudes, quejas,
y tus mudanzas, agravios.
Si la palabra te diere, (1)
y de mi mano he firmado,
eternamente rompiere
con pecho doble y villano. (2)
Ea, pues, dulce saeta,
con que amor has traspasado
este corazón; que es tuyo,
cesen tus celos ingratos,
renueva alegres memorias
de los placeres pasados,
que estos nublados de celos
paran en lluvias de abrazos.

(Quiérela abrazar y ella se retira.)

DUQUESA. De suerte corre, señor,
vuestro gusto desbocado
que huye dél ya mi honor
por no verse atropellado. *(Vase.)*

REY. ¿Qué honor, ingrata y mudable,
cuando aqueste cielo airado,
centro de humana belleza,
tuve asido de mis manos?
¿Yo no te tuve rendida,
y entre abrazos apretados
no prometiste ser mía
con pecho rendido y grato?
¿Tú no juraste ser mía
y yo de tu amor pagado,
a tus halagos fingidos
no di el alma en aguinaldo?
¿Pues cómo ahora me dejas,
de mi vida dulce encanto,
privado de tus deleites
y de pesares cargado?
Vuelvéme, mi bien,
o de tu cielo un rayo
acaben con la vida males tantos.

CONDE. Como queda el pretendiente
que, después de haber gastado
paciencia, tiempo y dinero,
queda pelón y pelado;
como el que sueña un tesoro
que después de despertado,
sólo de aquella riqueza
los deseos le quedaron;
cual queda el que el agua débil
asir (1) pretende a puñados, (2)
que por más que apriete y cierre,
quede sin nada y burlado;
como queda el cazador
que después de haber cazado
al ligero pajarillo
se le va de entre las manos,
y cual queda el pescador
que después de haber pescado
las fugitivas anguilas
de la red se deslizaron,
así quedamos nosotros,
corridos como espantados,
dudando ya de nosotros,
si en piedras nos transformaron.
Lo que yo tengo por cierto
es que envidiosos engaños
de don Luis de Baviera
nuestras damas hechizaron.
Lograr quiero la ocasión,
y para ser más privado,

(1) Así en los originales; de seguro será «te di».
(2) Queda el sentido suspenso.

(1) En los textos dice, por errata, «hacer».
(2) En el texto dice, por errata, «punzados».

hacer que el Rey le aborrezca
con este engaño que trazo.

(Sale el DUQUE *con una carta en la mano.)*

D. LUIS. Quiero ver lo que me quiere,
pues a enviar me ha llamado
por este breve billete.

(Ve al REY *y al* CONDE.)

El Rey con el Conde hablando;
por no dar celos al Rey
me escondo entre estos damascos,
pues están tan divertidos
que no han visto cuándo he entrado.

REY. ¿El Duque, siendo tan noble,
procediera tan villano?

CONDE. Envidia y celos, señor,
¿qué maldades no inventaron?
No dudes, yo lo sé bien,
Elena me lo ha contado;
envidiando nuestros bienes,
celoso, las ha hechizado.

D. LUIS. ¡Oh, traidor!, ¿así me pagas
el haberte yo encumbrado
en este puesto que ocupas?
¿Los nobles son tan ingratos?

REY. Vamos, Conde; si averiguo
que el Duque sea culpable,
por vida de Solodora,
que le costará muy caro. *(Vanse.)*

D. LUIS. ¿Qué he de hacer? Sabré lo que es,
sabré qué accidente ha dado
a la Duquesa; mas no,
que es muy sospechoso el caso;
volveréme, y al traidor
que mi libertad ha infamado
cortaré la infame lengua
autora de tantos daños. *(Vase.)*

(Salen SOLODORA, DIANA *y* ELENA.)

DUQUESA. ¿Que el Duque se fué de aquí
desabrido y disgustado,
colérico y enfadado?

ELENA. Sí, señora, yo le vi,
y en su rostro lo he leído,
que del Rey está celoso
y de ti se va quejoso.

DUQUESA. Siempre desdichada he sido.
¡Ay de mí, por él me muero
cuando de mí se retira!

DIANA. Que es tuya la culpa mira,
porque es noble caballero.
Y aunque por ti se abrasa,
claro está que ha de espantarle,
y de tu amor retirarle
ver tanto [al] Rey en tu casa.

DUQUESA. ¿Pues cómo puedo excusar
que el Rey me sirva y visite,
me persiga, solicite
y procure enamorar?

DIANA. Con privarle de tus ojos,
con negarle tu favor,
con tratarle con rigor,
y con darle siempre enojos,
podrá ser te aborrezca;
pero si en vez de rigores
le entretienes con favores,
no es mucho que su amor crezca;
porque aunque son fingimientos,
aunque, celosa, le engañas, (1)
él no ve tus pensamientos.

DUQUESA. Ya una traza he pensado
para que el Rey me aborrezca
y yo de don Luis merezca
la mano que he deseado.

DIANA. Ten buena cuenta en tu honor
y venga lo que viniere.

DUQUESA. Si algo me sucediere
disculparáme el amor.
Vendrás conmigo mañana
a palacio, do has de ver
lo que sabe una mujer,
cómo finge y cómo engaña. (2)

DIANA. Vamos; pero advierte bien
de qué embelecos te fías. *(Vanse.)*

DUQUESA. Hoy vencerán mis porfías
la ingratitud y el desdén. *(Vanse.)*

(Sale DON LUIS *y el* CONDE.)

CONDE.

Soy vuestro amigo, y en lo justo
de obedeceros y serviros gusto;
pues lo mandáis, salgamos norabuena
a divertir al campo vuestra pena;
que, en verdad, que el corazón me pasa
ver que con vos la fortuna sea escasa;
cuando os da honras y riquezas
os carga más trabajos y tristezas.

DON LUIS.

¿Qué queréis? Toda la gloria humana
es humo, es sueño y sombra vana;
vámonos poco a poco paseando,
verdades puras os iré contando.

---

(1) Falta un verso antes o después de éste.
(2) «Engaña» no es consonante de «mañana».

CONDE.

De mí podréis fiar todo secreto.

D. LUIS.

En todo procedéis como discreto;
unas quejas comunicaros quiero.
cuya verdad averiguar espero.

CONDE.

Mi honor, mi vida y cuanto tengo,
como amigo leal por vos prevengo;
no reparéis, fiadme vuestro pecho,
pues de mi amor estáis ya satisfecho.

D. LUIS.

Para ese fin al campo os he sacado;
venid, sabréis mi cuidado. (1) *(Vanse.)*

(Sale el REY, *el* MARQUÉS *y acompañamiento. Siéntase en una silla que estará debajo de un dosel.)*

REY. Esta es la hora de audiencia;
¡hola!, abran esas puertas;
estén patentes y abiertas;
haya general licencia
para el pobre y para el rico;
huya la envidia y malicia,
que en los actos de justicia
es igual el grande al chico.

MARQUÉS. Eso es reinar, y cumplir
con la obligación de Rey,
es justa y precisa ley
el remediar y el oír
de sus vasallos las quejas,
que por eso al rey pintaron
los que aquesto me enseñaron
rodeado todo de orejas.

(Sale ALANO.)

ALANO. Pues tantas orejas tienes,
¿hay alguna para Alano?
O si no, diré que en vano
tantas orejas previenes.
Justicia, Rey y señor,
de la viuda engañadora,
que gime, suspira y llora,
cuando es un jardín de amor.
Justicia de los letrados,
que encubriendo su malicia,
vuelve en caña la justicia
y pescan lindos ducados.
Justicia del caballero,
que liberal quiere ser
en el jugar, y comer
de milagro y sin dinero.
Justicia pido de aquéllas
que siempre juegan al hombre
y aborrecen hasta el nombre
de esto que llaman doncellas.
Justicia de unos fingidos,
que con cara de santones,
son desvelados ladrones,
con ojos medio dormidos.
Justicia contra el farsante,
que es caracol de las fiestas,
con toda su casa a cuestas
y sus dos puntas delante.
Justicia contra los trajes,
que ya en el mundo se usan,
pues emborran y empelusan,
como si fueran salvajes.
Justicia...

REY. Baste ya, necio,
tu libre bufonería;
que de la justicia mía
parece que haces desprecio.
Si otra vez, con estas veras
mezclas esas burlas vanas,
yo...

ALANO. No más; que si varias (1)
esas voces verdaderas
pues por ti tan mal cantaron,
ya muy cartujas serán,
y nunca más cantarán,
pues cantando te enfadaron.

MARQUÉS. Tres mujeres, que tapadas
deben tener la vergüenza,
piden amparo y defensa, (2)
tristes y desconsoladas.

REY. Entren.

(Salen la DUQUESA SOLODORA, DIANA *y* ELENA, *con mantos tapadas, y arrodillase a los pies del* REY *la* DUQUESA.)

DUQUESA. Federico invicto,
el que justiciero llaman:
oye los agravios míos,
acreditados con lágrimas.

(Hace señas al REY *que se levante, y prosigue.)*

Yo soy una mujer triste,
de noble sangre y prosapia,
que de un poderoso injusto
pido a tu poder venganza.
Yo, de amor, tirano cruel,

(1) Verso incompleto, como otros varios antes. Muy remendada parece haber sido esta comedia.

(1) Así en el original: quizá deba leerse «profanas».
(2) «Defensa» consonante imperfecto de «vergüenza».

que es de inmensos males causa
la ociosidad, o bien
ya virtuosamente ocupada,
o ya contenta y alegre,
por bosques, valles, montañas,
persiguiendo diligente
la más fugitiva caza,
o ya, con más sano acuerdo,
más quieta y más retirada,
atendiendo, cuidadosa (1)
de las amorosas ansias,
ignoraba los rigores,
y de amantes me burlaba.
Pero el envidioso amor
de la quietud que gozaba,
con las flechas de unos ojos
me enciende y abrasa el alma;
resistía yo al principio
el incendio de su llama,
mas en mujer, resistencia
dura lo que el fuego en agua;
y así, vencida de ruegos,
con promesas obligada,
le di lugar una noche
a que en secreto me hablara.
¡Oh, mal haya la indiscreta,
atrevida y temeraria,
que da ocasión al amor,
pues abre puerta a su infamia!
Hablóme, al fin, atrevido,
y con tan vivas palabras
encareció sus deseos,
que cauteloso me engaña;
palabra me dió de esposo,
y yo, por fácil culpada,
escuche vanas lisonjas
y creí promesas falsas;
de mi jardín, en efecto,
cogió la flor mal guardada,
y ahora, ingrato y villano,
me deja triste y burlada;
justicia pido, justicia,
de un vil traidor que me infama
sin que le valga el sagrado,
señor, de vuestra privanza.

REY. Decid quién es, que yo os juro
por la cruz de aquesta espada,
que él perderá su cabeza
o cumplirá su palabra.

DUQUESA. Es el Duque de Viena,
y yo la parte agraviada.

(1) Faltan dos versos después de éste.

(Descúbrese y admírase el Rey.)

REY. Ahora tengo por cierto
que estáis, Duquesa, hechizada,
pues sólo a fuerza de hechizos
con locuras tan extrañas,
turbaros puede el juicio.
¡Oh, vil Duque!

DUQUESA. ¿Qué marañas
son éstas, cielo divino,
que para mi muerte trazas?

REY. Sosegaos, Soledora,
mirad que estáis engañada,
y que de vuestro jardín
cogió la flor deseada
otra mano, en quien sé yo
que está más bien empleada.
¡Hola!, ¿qué se ha hecho del Duque?

MARQUÉS. El y el Conde esta mañana
sólos al campo salían.

REY. Sin duda, el traidor le mata;
venga la guarda conmigo,
y hacia donde caminaban
nos guiad luego, Marqués. *(Vanse.)*

ALANO. Quien sirve, obedece y calla;
quiero seguir el tropel,
que temo alguna desgracia
no llueva sobre nosotros,
pues la envidia se declara. *(Vase.)*

(Quedan las mujeres.)

DUQUESA. Elena, Diana, ¿qué es esto?
¿El Rey ansí mi honor trata?
¿Ansí me dejan todos, (1)
abatida y afrentada?
Mataréme, vive el cielo;
lazos para mi garganta
serán estas manos propias,
para no ver tanta infamia.
Mas no; vivir quiero, y ver
en qué mis desdichas paran;
sigamos al Rey, venid,
que si hay tormenta, hay bonanza.
(Vanse.)

(Salen el DUQUE *y el* CONDE.*)*

CONDE. Buscar tan secreta parte
casi sabe a desafío,
y en verdad lo sospechara
a no ser tales amigos. *(Aparte.)*

D. LUIS. ¡Ay, traidor, y cómo finges!

CONDE. Sin duda el Duque ha sabido *(Apar.)*
que le voy descomponiendo,
y quiere reñir conmigo;

(1) Verso incompleto.

mas no importa, valor tengo;
aquesta espada que ciño
también, cual la suya, corta;
ánimo corazón tímido.

D. LUIS. [Conde,] bien sabéis que yo
siempre fiel amigo he sido,
y que vuestro bien y aumento
procuraba más que el mío;
pues con oír una noche,
en cierta parte escondido,
traiciones contra mí,
hijas de ese pecho inicuo,
por venceros y obligaros
os di mis propios oficios,
pensando que del ser noble
sigue el ser agradecido;
mas vos no lo debéis ser,
pues ingrato y fementido,
ayer dijistéis al Rey
que yo me valgo de hechizos,
envidioso de que goce
los bienes que he merecido.
Mentiste como villano,
vil, lisonjero y fingido;
y ansí, pues pagas tan mal
y eres árbol infructífero,
a quien en vano, piadoso,
yo cultivo y beneficio,
hoy, que al discreto hortelano
en aquesta acción imito,
quiero cortar ese tronco
inútil, vil y perdido.

(Meten mano.)

CONDE. La defensa es natural,
vos el traidor habéis sido.

D. LUIS. La respuesta son las obras,
que a este acero remito. *(Riñen.)*

CONDE. ¡Ay de mí, que tropecé,
y tropezando, he caído!

D. LUIS. No temáis; que la nobleza
sabe levantar caídos.

(Tómale la mano y levántale.)

Ahora que estáis en pie,
tomad nuevo aliento y brío
para esperar a la muerte,
que ha de ser vuestro castigo.

CONDE. Advertid, Duque arrogante,
que Dios humilla al altivo.

D. LUIS. Advertid, Conde cobarde,
que Dios castiga ofendido.

(Vuelven a reñir.)

CONDE. Alentadamente riñe; *(Aparte.)*
ya temo quedar vencido,
porque la razón le ayuda
y tiene valientes bríos.
¡Ah, pesar de mi desdicha,
rabiando estoy y corrido!

(De un golpe, el DUQUE *le hace caer la espada.)*

D. LUIS. Cobrad la espada, cobradla,
y ved que estos son avisos
de vuestra vecina muerte.

CONDE. Para vencer y rendiros,
aquesta daga me sobra;
lo que una vez he perdido,
con infamia no se cobra.

D. LUIS. Ni yo con ventaja riño;

(Arroja la espada.)

con esta daga os daré
el castigo merecido.

(Abrázase con él y dale con la daga.)

CONDE. Mis traiciones me matan;
muerto soy, ya estoy rendido;

(Cae el CONDE.*)*

muy justamente os vengasteis,
sólo confesión os pido.

D. LUIS. Ahora que me confiesas
tu maldad, arrepentido,
seré con ánimo noble
piadoso y compasivo.
Ya las heridas te aprieto,
y sobre mis hombros mismos
te he de llevar a curar,
por que haya ejemplo vivo
de cómo han de ser los nobles
piadosos con los rendidos,
si con los soberbios fueron
honrados y vengativos.

(Cárgale a cuestas, y al entrar salen todos.)

REY. ¡Ah, traidor!, ¿yo no lo dije?
¡Hola, prendedle!, ¿Qué digo?

CONDE. Yo, señor, soy el culpado,
porque el Duque ha procedido
como honrado y como noble;
todo lo que de él he dicho
ha sido envidia y traición,

REY. Está más muerto que vivo,
y así, como cristiano,
hoy perdona a su enemigo.
El hace lo que le toca;
yo también al atrevido
causa infame de estos males,

castigar sabré atrevido:
¡Ah de la guarda, prendedle!

DIANA. Harto he callado y sufrido,
descubrir quiero el engaño.
Humilde, señor, os pido *(Arrodíllase.)*
no castigues inocentes
por culpa de engaños míos.

REY. Mujer, ¿quién eres? ¿qué quieres?

DIANA. Diana soy, Federico; *(Destápase.)*
este anillo y esta carta
os confiesan que yo he sido
quien de vos enamorada,
Solodora se ha fingido,
y con firmas de mi hermana
engañaros he podido.
Ella, para otros fines,
las firmas con que os he escrito
solía darme, engañada,
mas yo, con pecho rendido,
sólo en vos las empleaba;
si amor siempre ha merecido
disculpa en los pechos nobles,
merezca disculpa el mío;
cumplidme, Rey, la palabra;
cobre yo mi honor perdido,
y porque me deis más crédito,
tomad aquestos testigos

(Dale los papeles y un anillo.)

que la noche del engaño
(vos de dulce amor vencido),
me disteis con mil ternezas,
con lágrimas y suspiros.

REY. Basta, convencido estoy,
y porque quede cumplido
como vos lo deseáis,
ésta es mi mano, aunque indigno.
La Duquesa dé la suya
al Duque.

ELENA. Yo sola he sido
quien ha de quedar burlada,
pues al Conde, que está herido,
engañé, fingiendo que era
Diana, y a lo que he visto,
no hay orden, traza, ni modo
de que sea mi marido.

CONDE. Pues sé que eres noble, Elena,
voto hago yo de cumplirlo,
si Dios vida me concede,
de casar luego contigo.

ELENA. Una esclava en mí tendréis,
que os regale, dueño mío.

ALANO. Y yo soy muy venturoso,
pues el autor no ha querido
que hoy sirviese de costal
para su quebrado vidrio;
a Dios gracias, que un lacayo
sin casarse haya salido,
contra la común costumbre
de cómicos artificios.
Y aquí da fin la comedia,
no el deseo de serviros.

FIN

LA GRAN COMEDIA DE

LA NOCHE DE SAN JUAN

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON JUAN.
DON LUIS.
DON PEDRO.
DON BERNARDO.
OTAVIO.
MENDOZA.
CELIO.
LEANDRO.
LEONARDO.
DON FÉLIX.
ALGUACILES.
DOÑA LEONOR.
DOÑA BLANCA.
INÉS, *criada.*
ANTONIA, *criada.*
FENISA.
LUCRECIA.
FABIO.
RODRIGO.
DON ALONSO.
DON TORIBIO.
TELLO, *gracioso.*

ACTO PRIMERO

(Salen DOÑA LEONOR, *dama, e* INÉS, *criada.)*

LEO. No sé si podrás oír
lo que no puedo callar.
INE. Lo que tú supiste errar,
¿no lo podré yo sufrir?
LEO. Perdona el no haberte hablado,
Inés, queriéndote bien.
INE. Ya es favor de aquel desdén
pesarte de haber callado.
LEO. No me podrás dar alcance
sin un romance hasta el fin.
INE. Con achaques de latín,
hablan muchos en romance.
LEO. Las destemplanzas de amor
no requieren consonancias.
INE. Si sabes mis ignorancias,
lo más claro es lo mejor.
LEO. ¿Tengo de decir, Inés,
aquéllo de escucha?
INE. No,
porque si te escucho yo,
necio advertimiento es.
LEO. Vive un caballero indiano
enfrente de nuestra casa,
en aquellas rejes verdes;
cuando está en ellas, doradas.
Hombre airoso, limpio y cuerdo,
don Juan Hurtado se llama.
Dijera mejor, pues hurta,
don Juan Ladrón, sin Guevara.
Este, que mirando en ellas,
las tardes y las mañanas,
no curioso de pintura
los retratos de mi sala,
si no mi persona viva,
como papagayo en jaula
siempre estaba en el balcón,
diciendo a todos: «¿quien pasa?»,
Debió de pasar amor;
que como el Rey que va a caza,
a las águilas se atreve,
cuanto y más a humildes garzas.
Parándose a alguna vez,
preguntóle cómo estaba;
respondió: «como cautivo»,
y miraba mis ventanas.
De sus ojos y su voz,
a mi labor apelaba;
mas pocas veces defienden
las almohadillas las almas.
Muchas, te confieso, amiga,
que los ojos levantaba,
por ver si estaba a la reja,
que no por querer mirarla.
Di en cansarme si le vía,
¡oh, qué necia confianza!;
que pesándome de verle,
de no verle me pesaba.
Dicen los que saben desto,
Inés, que el amor se causa
de unos espíritus vivos
que los ojos de quien ama

a los opuestos envían,
y como veneno abrasan,
de aquellas sutiles venas
la sangre más delicada.
Por esta razón, los niños,
en los brazos de sus amas,
enferman de quien los mira,
aunque es la causa contraria;
que allí mira el niño amor,
pero aquí padece el alma;
que las niñas de los ojos,
las de las almas retratan.
En la Victoria una fiesta,
que en guerra de amor no falta
la victoria a quien porfía,
y más si está la esperanza
tan cerca del Buen Suceso,
el tal indiano esperaba
que yo llegase a la pila;
llegué, y al tomar el agua,
como que hacía lo mismo
me echó un papel en la manga.
¿No te dije yo al principio
cómo Hurtado se llamaba?
¿Pues qué mayor sutileza
viniendo entre gente tanta?
Tomaba con una mano
el agua y con otra echaba
el papel, en que fué cierto
lo que dicen del que anda
entre la cruz y la pila.
Pasaron dos horas largas
mientras en la iglesia estuve,
donde, por más que rezaba,
más al papel atendía
que a las imágenes santas.
Quise romperle mil veces,
y cuando ya le sacaba
parece que me decía:
«Señora, ¿por qué me rasgas?
¿Qué perderás en saber
cómo escriben a sus damas
los amantes?» Pero yo,
aunque con muchas palabras,
«no, traidor—le respondía—,
aquí morirás; que llamas
para papeles de amores
suelen ser manos honradas».
Entre si le rasgo o no,
¡oh cuánto yerra quien halla
luz para atajar principios
y los remedios dilata!
Comencé a rasgarle, y luego
detuvo el amor la espada,
porque es ángel que defiende
papeles cuando honras mata.
Volvió, en fin, por las razones,
y la razón desampara,
afeándome la muerte
de un pobre papel sin armas.
El vino conmigo, en fin,
y en mi aposento, sentada
en mi cama, vi el papel,
cortés, como quien engaña,
y breve, como discreto,
y aquella máscara santa
del matrimonio, en los hombres
treta que ha perdido a tantas.
Anduve desde este día
triste y alegre, cansada
de sufrir mis pensamientos,
que resistidos desmayan.
Don Juan, como pescador
que al pez el sedal alarga
cuando ya le rinde asido
y va mudando la caña,
envióme una mujer
destas que cuentan por habas
los sucesos por venir;
negro monjil, tocas blancas,
cuentas de no dar ninguna
que cruz y muerte rematan,
cruz de matrimonios que hacen
y muertes de honras que acaban.
Yo no sé, por no cansarte,
con qué hechizos o palabras
trocó mi honesto deseo,
que a dos visitas estaba,
como don Juan me quería,
claro está, que enmorada.
Respondí al papel, y a muchos,
por esta fingida santa,
a quien mi casa venera
y a quien mi hermano regala.
En fin, dando yo lugar,
todas las noches me habla
por estas rejas don Juan;
porque, después de acostada,
vuelvo a vestirme y salir;
porque cuando el amor danza,
no hay Conde Claros, Inés,
que así salte de la cama.
Hablamos hasta que el sol
nos envía, con el alba,
a decir que ya es de día,
porque los ojos no bastan.

Así pasamos las noches,
y te prometo que es tanta
la blandura y discreción
de don Juan, y que me trata
con tan honesto respeto,
que, perdida y obligada,
pienso advertir a mi hermano
de que mi vida se pasa
sin que de mi estado trate;
que, divertido en sus damas,
como caballero mozo,
ni se casa ni me casa;
porque somos las mujeres
fruta que con flor agrada,
y del tiempo en que se coge
siempre es mejor la mañana.
Esta, Inés, la historia ha sido;
y, cuanto amorosa, casta,
no le di mano sin ser
sobre lágrimas prestadas.
A quien no lo pareciere,
pruebe a ser un año amada,
que oír y no responder
sólo es bueno para estatuas.
Yo defendí mi valor;
pero donde el cielo es causa
y dos almas se conforman,
ninguna prudencia basta.

INE. Aunque has pensado que yo
no entendía tu inquietud
y estimaba la virtud
de quien el papel te dió,
sabe que todo lo sé,
y de Tello, su criado,
que alguna vez me ha fiado
sus pensamientos, en fe
de un poco de voluntad.

LEO. ¿Quiéresle bien?

INE. Es discreto.

LEO. Bueno andaba mi secreto.

INE. ¿Parécete novedad
que donde mira el señor
siga su ejemplo el criado?

LEO. Mi hernano, Inés, ha llamado.
¡Ay, Dios!

INE. ¿De qué es el temor?

LEO. De venir con él don Juan,
a quien él jamás habló.

INE. ¿Don Juan?

LEO. Ya le he visto yo,
y mis sospechas me dan.

(Salen DON JUAN *y* DON LUIS, *y* TELLO.)

LUI.

Creed, señor don Juan, que estoy corrido,
si bien no culpa, encogimiento ha sido
no haberos visitado.

JUA.

Confieso que en lo mismo estoy culpado,
siendo mi obligación.

LUI.

Antes la mía;
que ofreceros debía
mi casa y mi amistad, por caballero,
vecino y forastero.

JUA.

Mostráis lo cortesano y lo discreto
en honrarne, don Luis, y yo os prometo
que el amor me debéis con que os hacía
mil visitas el alma cuando os vía,
con mil ansias de ser amigo vuestro.

LUI.

Estrellas tuvo el pensamiento nuestro;
ellas nos concertaron, pues ha sido
igual amor el que nos ha vencido;
servíos desta casa llanamente.

JUA.

Esclavo seré suyo eternamente.
¿Es vuestra hermana esta señora?

LUI.

Hoy quiero
que conozcáis mi hermana. El caballero,
Leonor, que miras es don Juan Hurtado;
ya sé que tu retiro recatado
aun no sabrá que fué nuestro vecino
desde que a España de las Indias vino.

JUA.

¡Cielos, qué dicha es ésta!
Señora, a tantas honras, la respuesta
es el silencio mudo,
que es la lengua mejor de quien no pudo
satisfacer su obligación hablando.

LEO.

Y yo, señor don Juan, quiero, imitando
si no el ejemplo, el pensamiento vuestro,
decir callando del contento nuestro
alguna parte breve
por mi hermano y por mí.

LUI.

Todo se debe
al valor de don Juan.

JUA.

Embarazado
de tantas honras, casi estoy turbado;
aunque no lo supiera,
por hermanos, señores, os tuviera
viendo tan parecida cortesía.

LUI.

Retírate, Leonor, que hablar querría
a solas con don Juan.

LEO.

Como quisieres,
aunque la condición de las mujeres
lleva mal los secretos.

JUA.

Tello, ¿qué es esto?

TELL.

Del amor efetos;
que se pega también, y es cosa llana
que a don Luis se le pegó su hermana.

JUA.

Si hacemos amistad, ¡ay, Leonor mía!,
aquí veré tu sol sin celosía.

LEO.

Inés, detrás desta cortina quiero
escuchar a mi hermano, que me muero
de varios pensamientos combatida.

INÉS.

No ves que es amistad.

LEO.

¿Y si es fingida?

(Escóndense las dos.)

LUI. Señor don Juan, ya que habemos
nuestras almas declarado,
fuera engaño haber callado
lo que en su centro tenemos;
sin prólogos, sin extremos,
ya sois dueño de la mía.

(LEONOR, *escondida.)*

LEO. ¡Ay, qué desdicha sería,
Inés, que se declarase!

INE. Mas aguardo que te case.

TELL. No hay secreto sin espía.
Las dos escuchando están;
que, mujeres, por saber,
y más cuando hay qué temer,
ventanas en bronce harán.

LUI. Yo quiero, señor don Juan,
el más hermoso sujeto
deste lugar; y aunque a efeto
de casarme, como es justo,
no corresponde a mi gusto,
ni en público ni en secreto.
Creer que es honestidad
a mi amor, está muy bien;
que en un público desdén
hay secreta voluntad.
Tenéis vos tanta amistad
con el dueño desta dama,
que no fué mayor la fama
de Polux y de Castor;
por donde piensa mi amor
que la fortuna me llama.
Pero ¿ya qué tiempo aguardo,
cuando tan bien me entendéis,
pues dice que lo sabéis,
la amistad de don Bernardo?
Que este mi desdén gallardo
trujo de Sevilla aquí,
como su hermano, y yo fuí
dichoso en que van despacio
sus negocios en palacio,
pero muy aprisa en mí.
Blanca me mata, en efeto;
yo me querría casar;
nadie lo puede tratar
como un amigo discreto;
vos lo sois, y yo sujeto
a cuanto vos concertéis.
En dote no reparéis,
que bien sabréis cuál me veo
si en posesión o en deseo
alguna prenda tenéis.

JUA. Si no tuviera por cierto
el fin de tan justo amor,
sabiendo vuestro valor,
no me obligara al concierto;
será de Bernardo acierto,
de Blanca será ventura;
en vuestro valor segura,
bien os empleáis los dos,
vos en ella y ella en vos;
a tal fe, tal hermosura.
Y así, desde ahora os doy
parabién; que lo que es justo
lleva de su parte el gusto;
conque a decírselo voy;
de Blanca seguro estoy;
que si os trató con desdén
no fué desprecio; que quien

sabe que se ha de casar
todo lo quiere guardar
para cuando le esté bien.
Allá en Sevilla tenía
ciertos pensamientos yo,
que la ausencia dividió,
y de experiencia sabía
que una amorosa porfía
quiere presta ejecución;
yo os traeré resolución
tan presta, si me la dan,
que hoy, víspera de San Juan,
juréis de la posesión.

LUI. Echaréme a vuestros pies.
JUA. Dejad cumplimientos vanos.
LUI. Dadme siquiera las manos.
JUA. Guardadlas para después.
Vamos, Tello.
TELL. Mira a Inés
con la divina Leonor.
JUA. ¿Acecharon?
TELL. Sí, señor.
JUA. Tello, si don Luis se casa,
yo soy dueño desta casa.
TELL. San Juan me dé su favor.

(Vanse los dos.)

LUI.

Echando al mayor mundo todo el velo
asombra la celeste artillería
y entre pedazos de tiniebla fría
por donde daba luz escupe hielo.
Mas tomando con lástima del suelo
el hacha eterna el que los años guía,
huye el horror y resucita el día
en el alcázar del sereno cielo.
Así, con puros rayos celestiales
en tanta tempestad, tu sol previenes,
hermosa Blanca, y a mis ojos tales.
¡Oh, bien haya el rigor de tus desdenes!;
porque si no se hubieran hecho males
era imposible conocer los bienes.

(Salen DOÑA LEONOR *e* INÉS.*)*

LEO. Vengo a reñirte, enojada;
paciencia puedes tener.
LUI. ¿Tú, Leonor? Debe de ser
porque estás, hermosa, airada.
LEO. Todo lo que has dicho oí
al indiano caballero,
que de tus bodas tercero
agora se va de aquí.
¿Es justo que tome estado
un hombre de tu valor
antes que yo? ¡Qué rigor!
Pues es fuerza que, casado,
esclava venga yo a ser
de una muy necia cuñada
que a la suegra más cansada
sostituye por poder.
¡Qué buen cuidado de hermano
de tales obligaciones!
En buen estado me pones;
quiero besarte la mano.
¡Qué buen marido me das
sirviendo toda mi vida
a una ninfa bien prendida!
Ya la imagino detrás
y la doncella delante,
y decirme, muy tirana:
«deja, Leonor, la ventana»,
no queriendo que levante
los ojos a ver pasar
caballo, coche o carroza.
Como si una mujer moza
se pudiese consolar
de no ver lo que otros ven,
habiéndose hecho los ojos
si para llorar enojos
para ver la luz también.
¿Es bien que esté en mi labor
y que ella todo lo mire?;
y en tanto que yo suspire,
decir muy a lo señor:
«Qué bien a caballo va
Sástago con sus soldados;
lució en los toros pasados;
bien visto en la corte está;
bravos tudescos sacó».
Y yo en la sala, a lo fresco,
que labre y mire en tudesco
mientras el otro pasó.
Gallardos, de mar armar,
pasan el Duque y Marqués,
la silla, el coche. ¿No ves
que a pausas me ha de sangrar
darme tentaciones tales?
¿Sin ser mi padre me das
madrastra? Mas no podrás;
que hoy quiero que me señales
monasterio y alimentos.
LUI. Tienes, Leonor, mil razones;
que olvidan obligaciones
amorosos pensamientos.
Estoy corrido de ver
que me intentase casar;

palabra te quiero dar
de que no tendré mujer
antes que tengas marido,
hallando sujeto igual.

LEO. Siendo rica y principal,
¿tan desdichada he nacido,
tan sin méritos estoy
que de nadie soy mirada?

LUI. Leonor, si alguno te agrada
y es tu igual, licencia doy
a que me digas quién es
y la tengas de casarte.

LEO. No sé cómo acierte a hablarte.

LUI. Si lo he de saber después,
¿no es mejor saberlo agora?
No te turbes. ¿Qué claveles
son esos que tú no sueles
tener conmigo?

INE. Señora,
habla, que es linda ocasión.

LEO. Si te hablo claro, hermano,
este caballero indiano
me mira con afición,
y criados de su casa
a los nuestros han contado
que ya un hábito le han dado,
que a esto ha venido y que pasa
su hacienda de nueve mil
pesos ed renta, que yo
no le había visto.

LUI. ¿No?

LEO. No.
que aunque el amor es sutil,
no pudo desde su reja
penetrar mi celosía.

LUI. Yo no quiero, hermana mía,
que de mi amor tengas queja;
fuera de que la afición
que tengo a este caballero,
ya de mis bodas tercero,
que no es poca obligación,
concertará fácilmente
las vuestras con gusto mío,
que del tuyo bien confío
que el concierto te contente.
Porque quien la celosía
dijo que no penetraba,
claro está que le miraba
si vió que el otro le vía.
Huyeron de una pendencia
dos, y el uno se alabó
de que el otro se escondió,
juzgando por diferencia
el huir y el esconder,
siendo todo cobardía;
y así tú cuando él te vía
también le pudiste ver.
Pero no lo examinemos;
él vendrá y yo le querré
por cuñado; en cuya fe
los cuatro nos casaremos.
De suerte que, si cansada
es la cuñada, Leonor,
quedarás, si no es mejor,
con el cuñado vengada.

LEO. Fío de tu entendimiento
que lo sabrás disponer.
De golpe tanto placer,
¡ay, Inés!, temo el contento,
que también suele matar.

INE. ¿Y Tello no tendrá aquí
su papel?

LEO. Dile...

INE. ¿Qué?

LEO. Di
que le comience a estudiar.
Dame pluma y tinta luego;
a don Juan escribiré
lo que ha de decir. No sé
cómo mi poco sosiego
no dió enojo a don Luis.
¡Oh bienes, aunque dichosos,
siempre venís sospechosos
cuando de prisa venís! *(Vanse.)*

(Salen DON JUAN *y* DON BERNARDO.*)*

BER. Conozco la obligación.

JUA. A mi fortuna agradezco
quitaros a vos cuidados
y dar a Blanca remedio.

BER. Sois mi amigo en que se cifra
cuanto encareceros puedo;
que una hermana a un hombre mozo
es un insufrible peso;
no habré tenido en mi vida
mejor San Juan.

JUA. Y yo pienso
que hoy está de gracia toda
la luz del zafir eterno;
alguna conjunción magna
de benévolos aspectos
influye fiestas, Bernardo,
paces, gustos, casamientos.
Tengo por feliz auspicio
tratar el de Blanca en tiempo
que la fortuna mayor

mira bien al Sol y a Venus;
de que procede también
que siendo en el cielo inmenso
Júpiter, señor del año,
propicio a reyes y a imperios,
ganados, trigos y frutos,
paz y prósperos sucesos,
el Júpiter español,
también con igual contento,
se muestre alegre esta noche;
y como del Rey sabemos
que tiene Dios en sus manos
el corazón, por lo mesmo
el buen Rey tiene en las suyas
los corazones del reino.
No es noble, ni hombre de bien,
quien no se alegra, pues vemos
que del Sol viene la luz,
como del entendimiento
a las acciones del hombre
la razón; y, fuera desto,
dijo un ángel a los padres
de San Juan, que el nacimiento
de su hijo había de ser
alegre al mundo universo.
Luego alegrarse esta noche
es justo, como decreto
de Dios por boca de un ángel.
Yo entré con un caballero
a ver el sitio, Bernardo,
donde esta noche veremos
tres soles en una aurora,
que son, sin Edipos griegos,
Rey, Reina y Infantes; mira
todo el problema deshecho.
Del Conde de Monterrey
el jardín, por los extremos
que tiene al prado ventanas,
dispuso el Marqués Crescencio,
por orden del Conde Duque,
desta suerte: un teatro en medio
con más de trescientas luces,
que han de competir ardiendo
entre faroles de vidrio
con duplicados reflejos
a veinte y cuatro blandones,
y, juntas ellas con ellos,
a cuantas luces se asomen
a las ventanas del cielo.
Que como es fiesta, Bernardo,
que le ha de tener por techo,
bordaráse de diamantes,
aunque no parezca negro.
Aquí, el primero en la dicha,
representará Vallejo
una comedia, en que ha escrito
don Francisco de Quevedo
los dos actos, que serán
el primero y el tercero,
porque el segundo, que abraza
los dos, dicen que ha compuesto
don Antonio de Mendoza.
Pintarte estos dos ingenios
era atrevimiento en mí
y no fuera gloria en ellos;
porque son tan conocidos,
que sólo decirte puedo
que, por partir el laurel,
dividieron el imperio.
Veránla Sus Majestades
dentro de un verde aposento
que forman arcos de flores;
porque fué discreto acuerdo
que todo fuese jardín
adonde todo era cielo.
De cortinas carmesíes
los arcos se cubren dentro;
que para tales retratos
estrellas quisieron serlo.
Tendrán su lugar los Condes
y las damas, previniendo
añadir cuatro al jardín
con diferente pretexto.
Porque en vez de ayudar todo
con tanta fiesta deshecho,
que del jardín, con más flores
que hay en los campos Hibleos,
hoy en la Casa del Campo
han visto los jardineros
seis fuentes más, y es la causa
que, con justo sentimiento,
lloró de envidia del Prado,
que aun hay en jardines celos,
diciendo que le bastaba
ser en verano e invierno
ciudad portátil de coches
con inmortales paseos.
Y, afligido, Manzanares,
que le pareció desprecio,
juró que habían de verle
en julio y agosto, seco.
Hay para damas tapadas
dos teatros, al de en medio
casi iguales, en que habrá
disfraces de pensamientos.
Por lo alto, como almenas,

del jardín en cinco puestos
previenen músicos voces,
eco el aire, amor, silencio,
porque parezcan en alto,
de verdes olmos cubiertos,
ruiseñores al aurora
que alternan voces y versos.
Hecha la primer comedia,
harán colación, y luego
la comodidad querrá
pedir licencia y consejo
a la autoridad cansada,
y volverán a sus puestos
los Reyes y los Infantes,
con capas de color, ellos,
y la Reina, con valona,
quitándole al Sol el cerco,
que es mejor que el de abaninos,
el de diamantes tan bellos.
Las damas lo mismo harán;
aunque, por falta de espejos,
se miren unas en otras,
cristales para de presto.
Traerán valonas y tocas,
mantos de humo y sombreros;
que los humos, de ser soles,
aun allí querrán tenellos.
Dicen que a todos darán
abanillos, y con ellos
búcaros de olor, en quien
vaya por agua amor ciego
al llanto de los galanes,
que han de mirar encubiertos
la fiesta, y por ver si amor
descubre también deseos.
Sentados, hará Avendaño
una comedia, que creo
es retrato desta noche,
en cuyo confuso lienzo
tomó Lope la invención,
y se ha estudiado y compuesto
todo junto en cinco días.
Mas ¿para qué me detengo,
si, alegremente engañado,
de tanta fiesta, no veo
que dejo un amante noble,
como esperando, temiendo
la respuesta que de vos
también en su nombre espero,
que, sin presunción de engaño,
favorable os aconsejo?
Porque no puede hallar Blanca
más honrado caballero;
vos cuñado, amigo yo,
si mañana amanecemos
ella casada, vos libre
deste peso, yo contento
de que servir a los tres
es obligación y es premio.

BER.

A la mucha noticia que tenía,
don Juan, dese gallardo caballero
añade vuestro abono y cortesía
cuanto gozar en la experiencia espero;
daréle a Blanca, que es la prenda mía
de más valor, y, agradecido, quiero
emplear su hermosura en su nobleza;
que la virtud es la mayor riqueza.
Y bien se echa de ver su entendimiento
en no querer más dote que su gusto.

JUA.

Pues yo casar a doña Blanca intento,
fiado estoy en que le viene al justo,
lo menos dije de lo más que siento.

BER.

Fuera en tanta amistad término injusto
no ser don Luis como le habéis pintado.

JUA.

De sus partes estoy bien informado.

BER.

Ya que el cabello la ocasión me ofrece,
de cierta condición quiero advertiros,
con que tendrá don Luis lo que merece
y yo, don Juan, el gusto de serviros.

JUA.

Decid cuanto sentís, cuanto os parece
de mi proposición.

BER.

Para deciros
con llaneza y verdad mi pensamiento,
como a tan grande amigo, estadme atento.
Muchas fiestas, don Juan, a la Victoria
he visto entrar el cielo de una dama,
descubriendo su sol manto de gloria
y en nubes de humo la celeste llama;
tanta inquietud ha puesto en mi memoria,
que los amantes de la antigua fama,
aunque fuesen Leandros, aunque Apolos,
sombra no son de mis suspiros solos.
Tal gracia, tal donaire y bizarría,
de tanta honestidad acompañada,

parece que en cuidado puesto había
a la Naturaleza descuidada,
que como tantas cosas juntas cría,
que no se advierte que repara en nada,
aquí tomó de espacio los pinceles,
con puntas de jazmines y claveles.
Cayósele una vez, don Juan, un guante;
alcéle, y con turbada diligencia
volví al marfil el velo, que un diamante
rompió por no sufrir la diferencia;
tomóle agradecida de semblante.
¿Quién ha visto matar con reverencia?
Pues cuando me acerqué y ella lo hizo,
en el sol de sus ojos me deshizo.
Este día, atrevido y confiado,
en que mi amor había conocido,
seguí su coche y pregunté a un criado
su calidad, su casa y su apellido;
al nombre de Leonor Solís y Prado,
que respondió, dejándole florido,
le repliqué con eso, cuando pasa
el Sol por el León el mundo abrasa.
Llegué a su calle, y supe que era hermana
dese don Luis; y así, don Juan, querría
que en estas ferias, que el amor allana,
me dé su hermana y le daré la mía;
con esto queda, en lengua castellana,
hecho el concierto en justa cortesía,
pues en el dote vengo a conformarme,
siendo el que yo le doy el que ha de darme.

JUA. ¿A quién jamás sucedió
desdicha como la mía, *(Aparte.)*
que yo mismo persuadía
lo mismo que me mató?
¿Que busqué el veneno yo?
¿Que yo mi homicida fuí?
¿Que yo vine a concertar
en cuánto me han de matar?
¿Y que las armas le di?
Esto no fué culpa mía,
sino de mi mala estrella;
perdí a Leonor cuando en ella
más esperanza tenía;
fuí como aquel que bebía
en fuente donde mortal
ponzoña dejó animal;
que, como estaba sereno,
no pude ver el veneno
en fe de beber cristal.
Fuí como rudo villano
que, del nido codicioso
del ruiseñor amoroso,
puso en el áspid la mano;
fuí tahur, fuí diestro en vano,
que aunque juegue y acometa,
puntas tire, naipes meta,
el que jugaba con él,
menos sabio y más cruel,
le dió con la misma treta.
¿Qué haré? Pues decir no puedo
a don Bernardo que adoro
a Leonor por su decoro,
y por tener justo miedo
de su hermano, si bien quedo
sin esperanza; morir
es fuerza, pues a decir
voy que a Bernardo la dé,
si hasta decirlo podré
después de muerto vivir. *(Alto.)*
Bernardo, pensando estuve,
desués que oí vuestro amor,
si hablar a Blanca es mejor,
que por eso me detuve;
tal respeto siempre tuve
al gusto de las mujeres.
¡Oh, pobre esperanza, hoy mueres!

BER. Don Juan, gente de valor
para materias de honor
no admite sus pareceres;
que aunque es bueno su consejo,
cuando las ciega pasión
más con la misma razón
que con ellas me aconsejo:
ella es el mejor espejo
a cuyas verdades paso
el parecer deste caso,
y Blanca no ha menester
darme a mí su parecer,
basta saber que la caso.

JUA. No más, con eso me voy;
mas bien será que la habléis.

BER. Luego que os vais.

JUA. Bien haréis. *(Aparte.)*
(¡Ay, Cielos, muriendo estoy!)
Con vos a la tarde soy;
aunque es noche de San Juan;
vos, como amante y galán,
tendréis que hacer.

BER. No tendré;
sólo esperando estaré
si el bien que pido me dan.

(Vase DON JUAN. *Salen* BLANCA, *dama, y* ANTONIA, *criada.)*

BLA. Pues, hermano, ¿qué quería
don Juan que se fué tan presto?

BER. Dame, Blanca, albricias.

BLA. ¿Yo?
¿De qué?
BER. De dos casamientos.
BLA. Dos por lo menos. ¿De quién?
que tan inquieto te veo
que pienso que te has casado.
BER. Sí, por eso estoy inquieto;
tú lo estarás por lo mismo;
trocado hermanas habemos
don Luis de Solís y yo;
don Juan ha sido el tercero,
que le debo esta amistad
y este cuidado le debo.
Tú serás de don Luis
y yo de Leonor; no puedo
detenerme, porque voy
a prevenir dos plateros
para darle ricas joyas;
porque, en firmando el concierto,
no me gane por la mano
don Luis, que es gran caballero,
y querrá con regalarte
vencer, galán, mi deseo. *(Vase.)*
BLA. ¿Hase visto igual locura?
Sin duda ha perdido el seso
mi hermano.
ANT. Terrible nueva
ha de ser para don Pedro
el saber que te has casado.
BLA. ¿Cómo casado? Primero
perderé, Antonia, mil vidas.

(Sale DON PEDRO.*)*

PED. Estando a tu reja atento
vi que salía tu hermano
y a pedirte albricias vengo
de que hoy han tenido fin
mis pleitos en el Consejo;
que este gusto, hermosa Blanca,
animó mi atrevimiento
para verte donde sólo
con el pensamiento llego.
Agora sí que pedirte,
Blanca, a don Bernardo puedo,
y, casados, a Navarra,
gustando tú, nos iremos;
que yo sé que ha de agradarte
la hermosura de aquel reino.
Verás a Pamplona, adonde
mi hacienda y mi regimiento
te harán de aquella ciudad,
y por tus méritos, dueño.
¿Qué tristeza es esta?
BLA. Ha sido,
don Pedro, contrario el cielo
a los pleitos de mi amor
cuando propicio a tus pleitos;
hoy mi hermano me ha casado.
PED. Tan presto, Blanca, me has muerto.
que parece que traías
el arcabuz en el pecho
y que apuntándome al mío
diste con la lengua fuego.
¿Casada? ¿Con quién?
BLA. No sé.
Aquí andaba un caballero
sirviéndome, más preciado
de amante que de discreto.
Tiene una hermana que adora
Bernardo, y han hecho trueco
de damas, como si entrambos
jugaran al mismo juego.
Yo, quiere que a don Luis
(que por extremo aborrezco)
pase, y Leonor a Bernardo.
PED. De esa manera yo pierdo,
y no menos que la vida.
BLA. No perderás, si yo puedo.
PED. ¿Pues habrá remedio alguno?
BLA. Los jueces son remedio;
que de iguales voluntades
confirman los casamientos.
PED. ¿Cumplirás tú lo que dices?
BLA. Ruido siento, y sospecho
que si no es el desposado,
debe de ser el tercero.
Vete, y fía de mi amor,
que no he de tener más dueño
que don Pedro mientras viva.
PED. Mira que dicen que el viento
lleva palabras y plumas.
BLA. Plumas y palabras quiero
que firmen y que confirmen
que ser tu mujer prometo.
Esta es noche se San Juan;
si voy al Prado, está cierto
que los dos iremos juntos
donde, quien pudiere hacerlo,
nos dé las manos en forma
de promesa y juramento.
No te detengas aquí.
PED. Quisiera.
BLA. Vete, don Pedro,
que a mi determinación
no quiero agradecimiento,
que te han de faltar palabras;

y basta, que yo lo creo.
PED. Bien dices, y pues mi alma
tienes, señora, en tu pecho,
pregúntale allá de espacio
lo que callo y lo que siento. *(Vanse.)*

(Salen LEONOR, INÉS *y* TELLO.)

LEO. Aun no me cabe en el pecho,
tanto bien me ha de matar.
TELL. También el mar, con ser mar,
es alguna vez estrecho.
LEO. ¡Jesús, don Juan mi marido!
¿Y con gusto de mi hermano?
Poco estimo el bien que gano,
pues que no pierdo el sentido.
Debe de ser la ocasión,
que como don Juan le tiene,
corre el que de allí me viene
por cuenta de su razón.
INE. Y sa mesté, señor Tello,
¿qué es lo que piensa de mí?
TELL. Que soy tuísimo, y fuí,
bella Inés, del pie al cabello.
Para servicio de Dios
en casándose don Juan,
y a las Indias, si ellos van,
iremos también los dos.
Verás a Lima, el mejor
fruto de española empresa;
Lima, que al Rey en la mesa
no se la ponen mejor.
Lima dulce de Filipos,
que no lima de Valencias,
que no le hacen competencias
Nápoles y Pausilipos.
Verás el Cerro, en grandeza
ilustre, aunque dulce y agro,
el gran Potosí, el milagro
mayor de naturaleza.
Cuyas entrañas y centro
son una imagen de plata,
piadosa fuera, e ingrata
a los que la rezan dentro.
Es, por las Indias, el Rey
envidiado de los reyes,
que entre sus bárbaras leyes
conserva de Dios la ley.
En esta tierra tan nueva,
cuyo Dios el oro y plata,
que del mundo en cuanto trata
fueron el Adán y Eva.
Allí las piedras se ven
de tantas minas sacar,
y las perlas en el mar,
blancas y pardas también,
como dicen los poetas,
que son quien las ve nacer.
INE. ¿Cierto?
TELL. Puédeslo creer.
INE. ¡Qué mentiras tan discretas!
TELL. Espántome yo de quien
no sabe que la poesía
es moral filosofía
y que se adorna también,
como de sentencias graves,
de fábulas, cuales son
el Fénix, oposición
del Sol en drogas suaves.
Dime: ¿quién oyó cantar
al cisne? Pues desa suerte
nacer al alba se advierte
la perla en conchas del mar.
¿Quién sabe que, si primero
mira al basilisco el hombre,
le mata, trocando el nombre?
¿Quién, cuando corre ligero
por el mar un galeón,
la rémora le detiene?
Pues esto misterio tiene,
hermosura e invención.
INE. Calla, que viene don Juan.

(Sale DON JUAN *)*

LEO. Señor mío, yo esperaba
vuestra venida; que estaba
como las perlas que están
esperando su rocío;
mas mirad que amanecéis
escuro, y que así pondréis
como el vuestro el color mío.
JUA. ¡Ay de mí!
LEO. ¿Cómo ay de mí?
¡Ay de entrambos, si por dicha
nació de alguna desdicha,
que vos suspiráis ansí!
JUA. Leonor mía, yo os perdí.
LEO. ¿Eso cómo puede ser
siendo yo vuestra mujer?
JUA. Porque jamás vi pesar
que no viniese a pisar
los pasos que da el placer.
Sale el bien, y el mal detrás
va sus estampas siguiendo.
LEO. No os entiendo.
JUA. Ni yo entiendo
que pueda decirte más.

¡Oh, contento!, ¿dónde estás?
TELL. Sin duda, algún triste caso
le obliga.
LEO. Mil muertes paso.
JUA. Si el mal te alcanza, ¿a qué vienes
bien? Pero siempre los bienes
fueron muy cortos de paso.
LEO. Mil veces queréis matarme
con tan declarada muerte.
JUA. Es tan escura mi suerte,
que no acierto a declararme.
LEO. Mi hermano quiere casarme
con vos. ¿Qué podéis temer?
Vuestra mujer he de ser.
JUA. No importa, Leonor hermosa;
si, para ser envidiosa,
es la fortuna mujer.
LEO. Ya no puedo yo sufrillo.
JUA. Ni yo tan grave tormento,
pues no digo lo que siento
y me muero por decillo.
LEO. Ya, don Juan, me maravillo
desos respetos cansados;
decidme vuestros cuidados;
que si son bienes perdidos,
más que mataron sentidos
suelen matar esperados
JUA No sé por dónde, mi bien,
pueda mi mal comenzar.
LEO. Por donde suele acabar
qué es saberse mal o bien.
JUA. Bien dices; pero también
es cosa fuerte, por Dios.
LEO. ¿Por qué, sintiéndola vos?
¿Es más que la muerte fuerte?
JUA. Es más fuerte que la muerte.
LEO. Pues matémonos los dos.
JUA. Yo, sí, con tanto pesar.
TELL. ¿Inés?
INE. ¿Qué quieres decir?
TELL. Que pienso que han de pedir
el recado de matar.
LEO. Mi hermano.
JUA. Aquí es fuerza hablar.
Y sabrás males que, iguales,
no lo son los más mortales.
LEO. Cruel avariento eres.
¿Qué harás del bien, si aun no quieres
partir conmigo los males?

(Sale DON LUIS.*)*

LUI. Don Juan, ¿ha venido ya?
JUA. Aquí os estaba esperando.
LUI. Mucho os debo.
JUA. No, es muy poco.
LUI. ¿Qué responde don Bernardo?
JUA. Una cosa bien notable.
LUI. ¿Cómo?
JUA. Que está enamorado
de la señora Leonor,
y que así podréis trocaros,
ahorrando el dote, si sois
a un mismo tiempo cuñados.
LUI. Eso me viene de perlas.
JUA. Perlas significan llanto.
LUI. Porque siendo doña Blanca
buena para mí, su hermano
es bueno para Leonor.
JUA. Y es el argumento claro:
no hay sino trocar hermanas.
TELL. No he visto tan mal cruzado
en cuantos bailes se han hecho;
porque le yerran entrambos;
que Leonor quiere a don Juan,
y, si en esto no me engaño,
Blanca no quiere a don Luis;
luego no es baile acertado.
INE. Muchas melindrosas vemos,
y después, todos los años,
paren como unas conejas.
TELL. Es buen año de gazapos.
INE. Lástima tengo a mi ama.
TELL. Y yo mayor a mi amo,
pues dices que ha de parir
y él ha de morir de parto;
pues partiéndose a Sevilla,
morirá cuando partamos.
INE. ¿Cuál hombre murió de amor?
TELL. De amor, no; mas de hambre tantos
que aun no los mata la muerte,
que ellos se mueren de flacos;
Este año no habrá gallinas.
INE. ¿Cómo?
TELL. Porque los salvados
que habían de comer comemos.
INE. Ya llueve el cielo milagros.
LUI. En fin, ¿quedasteis en eso?
JUA. En eso, don Luis, quedamos,
y hoy se harán las escrituras.
LUI. Vuestra tristeza he notado
en que no me habláis con gusto.
¿Qué es la causa? ¿Fáltaos algo?
Mi casa y mi vida es poco
para serviros.
JUA. Estando
alegre de vuestras bodas,

un pliego, don Luis, me han dado
que me obliga a que me parta
a Sevilla a cierto caso
de importancia, y aun de pena;
sin esto dejo un cuidado
que en este lugar tenía;
que ya como amigo os hablo.

LUI. Pésame, pues este día
en que os conozco y os trato
os pierdo.

JUA. No perderéis,
que, a tanto amor obligado,
toda vuestra casa llevo
en el alma.

LUI. Mucho tardo
en pedirte el parabién.

LEO. ¿Qué parabién, si has quebrado
la palabra que me diste
de no casarte hasta tanto
que me casases a mí?

LUI. Si la cumplo, ¿en qué te engaño?
A don Bernardo te doy,
con don Bernardo te caso,
don Bernardo es caballero,
don Bernardo es mi cuñado.
¿De qué te quejas, Leonor?

LEO. Deja tantos don Bernardos,
que no le querré en mi vida,
si como fué Veinte y Cuatro
don Bernardo de Sevilla
fuera Bernardo del Carpio.

LUI. ¿Por qué?

LEO. Porque no es mi gusto.

LUI. ¿No es tu gusto? Leonor, paso.

LEO. Pues descártate de novio,
y pasaremos entrambos
a otra mano nuestros gustos.

LUI. Tu padre soy.

LEO. Ni aun mi hermano.

LUI. Mira que está aquí don Juan.

LEO. Por él lo que siento callo.

LUI. Presto quedaremos solos,
que andas muy libre.

LEO. Yo ando
como debo a quien yo soy. *(Vase.)*

(Al salir DON JUAN *ásele* LEONOR.)

LUI. Venid, don Juan.

LEO. Oye, ingrato.

JUA. ¿Ingrato yo?

LEO. Sí.

JUA. ¿Por qué?
Si te casas.

LEO. ¿Yo me caso?

JUA. ¿Pues eso quieres negar?

LEO. ¿Y puedo yo confesarlo?

JUA. Mira que se va don Luis
y vuelve de cuando en cuando
la cabeza a ver si voy.

LEO. ¡Qué importa!

JUA. ¿Estás loca?

LEO Y tanto
que le diré que por ti,
si te vas.

JUA. No hay desengaño
para consolar mi amor.
Ya vuelve, suéltame.

LEO. Aguarda
a que me mate.

JUA. Yo juro
de no irme.

LEO. ¡Ay, hombres falsos!

TELL. Inés, adiós.

INE. ¿Lloras?

TELL. No.

INE. ¿Pues qué?

TELL. Tomaba tabaco.

ACTO SEGUNDO

(DOÑA BLANCA *y* ANTONIA.)

BLA. Largo día.

ANT. Temerario.

BLA. Nunca le he visto mayor.

ANT. Es, en secretos de amor,
la luz el mayor contrario.

BLA. ¡Ay, noche, que siempre en ti
libra amor sus esperanzas,
corre, que si no le alcanzas
no queda remedio en mí!
Apresura el negro coche
donde las mías están;
ya que fuiste de San Juan,
que es la más pública noche
de Europa, en el mar te baña
sobre el amoroso toro,
y ven con máscara de oro
desde las Indias a España.
Si, coronada de rosas,
esperan otros amantes
la aurora, yo los diamantes
de tus alas perezosas.

Despierta, noche, que estoy
sin vida por ti. ¿Qué aguardas?
Pero tanto más te tardas
cuantas más voces te doy.

ANT. Haste aliñado tan presto,
que has hecho mayor el día.

BLA. Previene amor la osadía,
y él me ha vestido y compuesto;
que ya mi hermano ha sabido
que quiero salir al Prado,
porque con esto, engañado,
no repare en el vestido.
¿Has avisado al cochero?

ANT. ¿A las cuatro de la tarde
le he de avisar?

BLA. ¡Qué cobarde,
me entretiene el bien que espero!
Todo pienso que ha de ser
estorbo a mi pretensión.

ANT. La misma imaginación
no te deja entretener.
Suspende sólo un momento
al pensamiento el cuidado.

BLA. Ya pienso, y lo que he pensado
es el mismo pensamiento.
¿Aguardaré desta suerte
a don Pedro?

ANT. Tal estás,
que, con ser mujer, me das
mil ansias de hablarte y verte.

BLA. ¿Tendrá mi propio cuidado
don Pedro?

ANT. En la calle está.

BLA. ¿Podrá verme?

ANT. Bien podrá;
pero no será acertado.

BLA. ¿Sí vió hacer las escrituras?

ANT. Todo pienso que lo vió.

BLA. Y quieres que tenga yo
mis esperanzas seguras?
Yo muero, y la noche duerme,
¡ay de mí!

ANT. Sosiega un poco.

BLA. Mejor podrá mi amor loco
matarme que entretenerme.

ANT. Toma un libro que hay aquí
de comedias.

BLA. ¿Para qué?
Pues si es de amores, yo sé
que él puede buscarla en mí.
¿No has visto aquellos afectos
tan vivos de dos amantes?
Pues di a los representantes
que vengan a hurtarme afectos.

ANT. A lo menos tú pudieras
imitar sus relaciones
con que tus locas pasiones,
amorosa, entretuvieras.

BLA. Bien dices, y tú serás
la criada de la dama.

ANT. Di, que ya el vulgo te aclama,
si acción a los versos das.
Porque en muchas ocasiones
que prevenirle pretende,
celebra lo que no entiende
no más de por las acciones.

BLA. Una mañana de abril,
cuando nueva sangre cobra,
cuanto en tierra, en aire, en agua
o corre, o vuela, o se moja;
cuando por los secos ramos
nuevo humor pimpollos brota,
en cuyas pequeñas cunas
están los frutos sin forma.
Cuando Filomenas dulces
cantan, y piensan que lloran,
haciendo músicos libros
de los álamos las copas.
Con achaque del color
(invención de gente moza,
que contra el recogimiento
tal vez por remedio toma)
bajé a la Casa del Campo,
cuando la celeste concha,
abierto el dorado nácar,
flores bañaba en aljófar.
Llevaba por compañía
esas dos esclavas solas,
que por el color pudieran
servir para el sol de sombra.
Tuve licencia de entrar,
y entre los cuadros que a Flora
viste de tomillo el arte
lazos de sus verdes orlas.
Anduve mirando fuentes
que despeñadas se arrojan
de la altura en que se crían
a lo llano, en que se postran.
Las nuevas rosas cogía
de las ramas espinosas,
tan doncellas, que aun guardaban
la clausura de sus hojas.
Las que mostraban color
abríalas con la boca,
trocando aliento con ellas
por quedarme con la copia.

Miraba otra vez atenta
aquella estatua famosa
del nieto de Carlos Quinto,
que ya los cielos coronan;
parde de nuestro divino
monarca y señor, que adoran
dos mundos, por quien España
tantas esperanzas logra,
y aquel valiente caballo,
que renueva la memoria
del que llevaron los griegos
fatal engaño de Troya,
tan vivo, que imaginaba
que escuchara temerosa
los relinchos por Atlante
de tanta grandeza heroica.
Un obelisco de mármol
no lejos, por unas diosas
y sátiros vierte plata
sobre las inquietas ondas.
Hay unos olmos enfrente,
que de yedras trepadoras
han hecho eternos vestidos,
galas de su verde pompa.
Allí me senté, cansada,
cuando por la senda propia
vino don Pedro a matarme,
que yo no pienso otra cosa.
Mira tú si son estrellas
las que las almas provocan;
pues se me turbó la mía
con unas nuevas congojas.
Aquí puedes tú pensar
qué palabras, qué lisonjas
me diría cuando a un hombre
la soledad ocasiona.
Allí entró por las esclavas,
esto del sol y la sombra,
y que tras la noche negra
venía la blanca aurora.
Que era yo la primavera,
y que presidiendo a todas
las flores, las repartía
colores blancas y rojas.
Oíle, y vi ser verdad,
que no importa que la honra
sea diamante, cuando hay cera
por donde ternezas oiga.
Como si le hubiera visto
y concertado las horas
que había de estar allí,
hace que a los pies me pongan
una toalla, dos cajas,
ésta azahar, aquélla alcorzas.
Y muy hallado conmigo,
suena la música ronca
en un cubo que traía
su poco de cantimplora
(y de plata, por lo menos).
Y quitándole a una bota
de aquello que a un hombre afrenta
una torneada gorra,
enjuaga un criado aprisa
una cristalina copa
y me brinda el tal galán,
como si fuera su novia.
Para este brindis había
una colorada lonja,
por quien Garrobillas hace
que gasten tantas arrobas.
Yo atónita del suceso
y del hombre estaba absorta,
y comiendo por los ojos,
aun no acertaba a la boca.
Acabóse aquesta fiesta
y comenzanos por otra,
que fué pedirme una mano.
(Tengo por cosa notoria
que compañeros de mesa
luego apelan a las bodas.)
Allí le dije quién era,
y él, la cara vegonzosa,
retira la mano al pecho
y el pensamiento reporta.
Pidióme perdón, humilde,
y perdonéle, amorosa;
que quien ofensas desea,
a pocos ruegos perdona.
Y en tanto que los criados
(hallados ya con las moras,
que, al ejemplo de los dueños,
fácilmente se conforman)
de segunda mesa estaban
atentos a lo que sobra,
presumiendo que tenían
para su señor señora.
Con notable cortesía,
me contó de su persona
y casa, bien cuerdamente,
una bien trazada historia.
Allí supe de sus pleitos,
que no era jornada ociosa;
supe su nombre y su patria,
que era, en Navarra, Pamplona.
Con esto se iba encendiendo
del sol la dorada antorcha;

conque me volví a la villa;
y él de mi casa se informa,
donde papeles, deseos
y terceras amorosas
de mi voluntad le dieron
la merecida victoria.
Tú sabes ya lo demás.
Este fué el principio, Antonia,
deste suceso, a quien ya
sólo para ser su esposa
me falta que aquesta noche
sus estrellas me socorran.
Y no más, porque mi hermano
de ver su cuñado torna.
Amor, si eres Dios, ¿qué esperas?
Así olorosos aromas
te sacrifiquen amantes
que favorezcas ahora
mi pretensión, pues, es justa,
para que yo reconozca
que remuneras las penas
con las merecidas glorias.

(Sale DON BERNARDO *)*

BER. En el hábito en que estás
y en la corta bizarría
echo de ver, Blanca mía,
que esta noche al campo vas.
¿Quieres hacerme un placer,
pues que yo te dejo ir?
BLA. ¿En qué te puedo servir?
BER. Merced me puedes hacer.
Vete en cas de mi Leonor,
pues que ya somos hermanos,
y besarásle las manos;
paga, que es justo su amor;
y las dos os podréis ir
juntas esta noche al Prado.
BLA. Tú verás con el cuidado
que yo la voy a servir.
BER. Yo te daré que la lleves,
como que es tuya, una joya.
BLA. ¡Bravo amor!
BER. ¡Ardese Troya!;
muestra el amor que me debes.
BLA. ¿Dónde está la joya?
BER. Ven
y escoge de las que traigo.
BLA. ¿Tú liberal? Mas ya caigo,
Bernardo, en que quieres bien.
Los cielos me dan favor
contra el mayor enemigo.
BER. ¿Qué murmuras, Blanca?
BLA. Digo
que es muy hermosa Leonor.
BER. Dila mil cosas de mí,
que quiero que la enamores.
BLA. Toda esta noche es de amores.
¡Oh si amaneciese ansí! *(Vanse.)*

(Salen DOÑA LEONOR *e* INÉS.*)*

LEO. No trates de consolarme,
que es consolarme ofenderme.
INÉ. ¿Adónde vas?
LEO. A perderme.
INÉ. ¿Qué piensas hacer?
LEO. Matarme;
que no puede remediarme
sino la muerte en tan fuerte
desdicha.
INÉ. Señora, advierte...
LEO. No tienes qué me advertir,
que el más penoso morir
es dilatando la muerte.
¿Ausentarse no bastaba
don Juan, que es luz de mis ojos,
sin añadir los enojos
de una violencia tan brava?
Si mi hermano se casaba,
¿por qué me casaba a mí?
Pero si a don Juan perdí,
saldrá don Luis con matarme,
mas no saldrá con casarme.
puesto que haya dado el sí,
Cánsese en locos intentos,
más que el mar deshace espumas,
que dagas no son las plumas
que firman los casamientos;
antes son los fundamentos,
cuando no los junta amor
para apartarlos mejor;
y esto de daga de hermano
es tempestad de verano:
poco rayo y gran temor.
INÉ. ¿De qué te espantas que huya
de verte casar don Juan,
puesto que tan cerca están
de que todo se concluya?
LEO. A ser firmeza la suya,
él viera que no podía
vencer la muerte a la mía;
mas como no la hay en él,
por no matarme cruel,
inconstante se desvía.

(Sale TELLO, *de camino.)*

¿Quién viene aquí?

TELL. ¿No lo ves?
INE. ¿Es Tello?
TELL. Linda razón.
Echame la bendición
y dame, Leonor, los pies.
LEO. ¿Qué es esto?
TELL. Partir, señora.
LEO. ¿Partir? ¿Con tal brevedad?
No tiene de sí piedad,
Tello, quien se aparte agora,
pues ¿víspera de San Juan?
TELL. Somos de Mantua Marqueses,
que por los ríos franceses
la caza buscando van.
Los tiempos son calurosos;
pienso que Sierra Morena
nos ha de dar mala cena,
aunque hay conejos famosos;
si bien no tienen igual
con el Parque de Madrid.
LEO. Partid, ingratos, partid,
para que dejéis mortal
una mujer que engañastes.
TELL. ¿Yo, señora?
LEO. Sí, los dos;
que habéis de dar cuenta a Dios
del daño que me causastes.
TELL. De Inés, vaya; mas de ti...
LEO. Tú, traidor, fuiste el primero
pintándome caballero
a un ladrón.
TELL. ¿Ladrón?
LEO. Sí.
TELL. ¿Sí?
Antes hasta el nombre tiene
Hurtado.
LEO. Eso digo yo;
que quien hasta el nombre hurtó
este nombre le conviene.
TELL. Pues yo tengo imaginado
que fuera, Leonor discreta,
mejor para ser poeta,
porque fuera todo hurtado.
Mas sé, que si visto hubieras
lo que este pobre ha pasado,
que restituyó lo hurtado,
y aun lo por hurtar, dijeras.
Ha hecho cosas crueles
consigo, y tanto lloró,
que pienso que jabonó
con lágrimas los papeles.
No ha comido ni he podido
hacer que tome un bizcocho;
que hoy, Leonor, desde las ocho
ayuna al mártir Cupido.
Allá, con razones tibias,
dice que muere en tu fe,
por más que le prediqué
en un púlpito de Esquivias.
Cuando vió traer las mulas,
campanillas de un ausente
(no sé cómo este accidente
sin lágrimas disimulas),
la manga desabotona
del jubón y rompe aprisa
la trenza de la camisa,
no de romana matrona,
sino de Scevola brazo.
Toma un cuchillo, yo corro
al socorro, y el socorro
se me volvió puntillazo,
con que dando en un baúl
en esta pierna al contrario
un hábito trinitario
traigo entre rojo y azul.
Luego, por huir, topé
con la esquina de un bufete,
que es bufón que se entremete,
o golpe o estorbo fué,
y metióme en la barriga
la esquina de tal manera,
que dando pasos afuera
anduve de viga en viga,
hasta que di sobre un arca,
adonde, sin ser yo mona,
haciéndome de corona
vine a quedar por monarca.
LEO. Y el cuchillo ¿en qué paró?
TELL. Que, sin mandarlo Avicena,
del corazón en la vena
con la punta se picó.
Mojó en la sangre una pluma,
y apercibiendo papel,
escribió con ella en él
de sus desdichas la suma.
Pelicano, en fin, Leonor,
sino cernícalo ha sido;
que estoy, por mal prevenido,
baldado de cazador.
LEO. Muestra. Aquí dice: «Estas son
hoy de mi fe las postreras
reliquias». Alma, ¿qué esperas?
Voy a echarme del balcón.
INE. Señora.
TELL. Señora.
INE. Tente.

TELL. Detente.
INE. ¿Estás loca?
LEO. Sí.
Mataréme desde aquí
luego que don Juan se ausente.
Por eso dile que venga
a verme, o que muerta soy.
TELL. Espera, yo iré, ya voy.
LEO. Pues venga, y no se detenga;
que si en la mula le veo,
me arrojaré del balcón.
TELL. Caerás en el pozo airón.
LEO. ¿Qué infierno como un deseo?
TELL. ¡Oh, Hero, de gran valor!
¡Oh, Leandro, que nadando
vas en una mula, cuando
navegas el mar de amor! *(Vase.)*
INE. Impertinente has estado
en este necio coloquio.
LEO. Pues escucha un soliloquio,
de mis desdichas traslado.
INE. No, por Dios, que son efetos
de menos satisfación,
y quitarás de invención
lo que gastes de conceros.
Poco más o menos, sé
cuanto me puedas decir.

(Salen DON JUAN, *de camino, y* TELLO.*)*

JUA. ¿Que no me puedo partir?
TELL. Ya no es posible.
JUA. ¿Por qué?
LEO. Jesús, don Juan de camino.
INE. Desmayóse.
TELL. Llega presto.
JUA. Buenas andan mis desdichas,
buenos van mis pensamientos.
¿Leonor?, ¿ah, Leonor?.
TELL. Murióse.
JUA. ¿Cómo murióse? En los cielos
(si hay soplo que a tanto baste)
se morirá el sol primero.
Aquí, estrellas, que se eclipsa
la luna deste hemisferio.
Si soy la tierra, ay de mí,
¿que vine a ponerme en medio?
Aquí, celestiales luces,
hermoso planeta Venus,
que no habrá amor en el mundo
y será su fin más presto.
Aquí, polos, que tenéis
de los cielos el gobierno,
diamantes desenclavados
de aquellos dorados techos.
Primavera, que se mueren
las rosas, acudid presto.
Campos, mirad que os espera
un luto de eterno invierno.
Excelsos montes de nieve,
si ésta falta en vuestros puertos,
¿adónde iréis por blancura
que encubra vuestros defetos?
Dadme esas manos, mi bien.
¿Es posible, hermoso hielo,
que no te despierte Fénix,
el sol de mi ardiente fuego?
¡Ay, elementos, haced
llanto! El aire, por su aliento
aromático; las aguas,
por el cristal de su pecho;
la tierra, por tantas flores,
y por tanta luz, el fuego.
Ea, ¿qué aguardáis? Venid,
sol, estrellas, luna, Venus,
polos, montes, nieves, campos,
agua, fuego, tierra y vientos.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol se ha
[muerto.
TELL. Nunca te he visto ensartar,
con relámpagos y truenos,
tantos desatinos juntos.
JUA. ¿Pues qué quieres, si no veo
señal del cielo en sus ojos,
señal de azar en su aliento?
O nunca pasara el mar,
o al través diera mi leño
en la canal de Bahama;
fuérase a pique hasta el centro
el navío en que venimos
sepultara el mar mi cuerpo.
TELL. Y que hicieran a Leonor
los demás que estaban dentro,
viniendo a lograr a España
sus trabajos y sus pesos;
por Dios, que había de pedir
prestada para aquel tiempo
su ballena al buen Madrid
para meterme en su pecho.
JUA. Quéjate, España, de mí,
que a Colón he sido opuesto;
que él trujo a España las indias
y yo sin Indias la dejo.
Aquí la plata y el oro,
para siempre se perdieron,
las piedras y los diamantes.

TELL. Ea, di que marineros
y maestros y pilotos
aprendan oficios nuevos;
que buenas quedan las Indias,
si quedan, por tus enredos,
sin Cerro de Potosí,
que vale infinitos pesos.
JUA. Tello, yo no quiero vida;
yo no quiero vida, Tello.
TELL. ¿Pues quién te ruega con ella?
JUA. Ya no me queda remedio.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol ha [muerto.

(DOÑA LEONOR *vuelve en sí.*)

LEO. ¿Qué es esto, Inés? ¿Quién da voces?
INE. Albricias, señor, que ha vuelto
del desmayo.
JUA. ¡Leonor mía!
LEO. ¿Quién me llama?
JUA. Ya volvieron
el sol, la aurora y el día,
cielos, a su ser primero.
LEO. Atenta, cruel don Juan,
a tus engaños, que han hecho
sirenas del mar de amor
mis desdichas y tu ingenio;
no te quise interrumpir,
por ver si en tantos enredos
hallaba alguna verdad,
de tu sentimiento ejemplo.
Pero si alguna lo ha sido,
¿qué furia, qué movimiento
de tu condición mudable
te lleva a matarme, haciendo
culpa la firmeza en mí
con que te adoro y respeto?
Que quien los respetos culpa,
no quiere estimar los yerros,
porque temerá que se hagan
quien se ha de obligar con ellos.
No es culpa la que procede
de la fuerza, ni yo tengo
más ley que tu voluntad,
más fe que tu pensamiento.
Dime tú, pues que de mí
te dió el cielo el mero imperio:
«Leonor, en esta desdicha
este remedio tenemos»;
que si fuere atropellar
vida, honor, hermanos, deudos,
patria, y aun alma, aquí estoy.
JUA. ¿Es eso cierto?
LEO. Y tan cierto,
que no hay a la ejecución
un átomo sólo en medio.
JUA. Pues dame esa mano, y vamos
donde firme juramento
para siempre nos obligue,
que ya con su manto negro
nos viene a cubrir la noche,
y sin ser vistos podremos
salir, llegar y jurar;
que depositada luego,
en voluntades conformes,
¿qué importan fuerzas ni pleitos?
LEO. Inés, toma tú mis joyas,
y cuando aquí vuelva Tello
venid entrambos adonde
él te enseñe y yo te espero.
¿Es amor esta locura?
¿Es lealtad este deseo?
¿Es verdad esta fineza?
JUA. Tú, como del alma dueño,
te responde. Tello, vamos;
que esta noche por lo menos
si se alabaré del hurto,
no del prestado silencio,
que entre tanta gente y voces
seguros, señora, iremos;
que lo que suele estorbar,
sirve agora de remedio.
LEO. Si dejar por su marido
casa y padre es ley del cielo,
¿a quién ofendo en dejarlo,
pues hoy al cielo obedezco?

(*Vanse los dos.*)

TELL. Plegue a Dios que no tengamos
mal San Juan.
INE. ¡Ay, Tello!; temo
la condición de su hermano;
que ser don Juan caballero
de tanto valor, no importa,
pues con este casamiento
el de Blanca queda en blanco;
fuera de no ser bien hecho
sacarle su hermana ansí.
TELL. No quiso hablar mi escarmiento;
que si por lo del cuchillo
me vi entre sus manos muerto,
con esta ocasión ¿qué hiciera?
¡Oh, amantes!: ¿qué atrevimiento
perdona vuestra locura?
Voy a seguirlos, que pienso

que habrá menester las manos.

INE. Yo, Tello , entretanto, quiero
sacar joyas y vestidos.

TELL. Yo vendré por ti y por ellos.

(Vase TELLO; *sale* DON LUIS.*)*

LUI.

Dí, Fernando, a Marcial que saque el coche
porque es breve la noche
y la puedan gozar en Soto o Prado.

INE.

Don Luis es éste: toda me ha turbado.

LUI.

Inés, ¿adónde está Leonor, mi hernama?
Que querría que fuese por mi esposa
para que juntas esta noche hermosa
(pues hace competencia al mejor día)
comenzasen tan dulce compañía
en músicas, en álamos y en fuentes.

INE.

No habéis estado en eso diferentes;
que ya, señor, tu pensamiento hurtado,
por ella fué para llevarla al Prado.

LUI.

¡Oh qué placer me ha hecho, al fin discreta!
¿Qué paz puedo esperar que no prometa
anticiparse a visitar a Blanca?
Hoy le pienso añadir, con mano franca,
dos mil escudos más.

INE.

Eres gallardo.

LUI.

Dile, si aquí viniere don Bernardo,
que ella y Leonor al Prado juntas fueron,
pues tengo por sin duda que se vieron.

(Vanse, y entran DON JUAN *y* TELLO *y* LEONOR, *ella con capotillo, sombrero y enaguas.)*

JUA. No fué Paris más contento
a embarcarse para Troya
con aquella griega joya
que yo contigo me siento,
ni de aquel robo violento
de Briseida y Hesión,
Aquiles y Telamón,
ni Saturno con Filira,
ni Neso con Deyanira,
ni con Medea Jasón.
Que aunque la gloria de verte
en mi poder es tan alta,
que solamente le falta,
bella Leonor, merecerte,
pudiera, a no ser tan fuerte
de tu afición el valor,
que se atreviera al honor;
mas llegar una mujer
a no tener que temer,
pasa a cuanto puede amor.
Sólo me ha causado pena
la confusión de la gente,
atrevida e insolente,
que por todas partes suena.
La plaza de luces llena,
¿cómo estará sin testigo?
Donde lo es el más amigo.
No sé qué calle seguir;
que mal me puedo encubrir
llevando mi Sol conmigo.

LEO. Aunque pretende el temor
vencer la dulce osadía
de mi amor, con más porfía
vuelve a la batalla amor.
Ya no temo su rigor;
porque llegar a temer
era dejar de querer,
y no quiero yo dejar
de quererte por hallar
disculpa de ser mujer.
Toda nuestra cobardía
hasta los peligros es,
teme el ser; pero después
se convierte en valentía
en la primera osadía
de una mujer que hoy lloramos,
culpadas todas estamos;
mas cuantas después nacimos,
aquel daño que os hicimos
con estos yerros pagamos.
El que yo contigo espero
como castigo, me alcanza
que nos queréis por venganza
de aquel engaño primero.
Pero yo, don Juan, te quiero
(con ánimo de perder
la vida) tanto, que el ser
en hombre viene a mudarse;
porque hasta determinarse
es una mujer mujer.

TELL. En vano el tiempo gastáis
donde el peligro os avisa
que en el espacio a la prisa
vuestro remedio libráis;

ya que en la estacada estáis,
vencer importa el morir.
JUA. Cuanto me puedes decir,
Leonor, dè tus obras creo
TELL. Por esta calle es rodeo,
por esta podemos ir.
JUA. Yo pienso que favorece
la confusión nuestro engaño.
LEO. Sólo el conocerme es daño,
que en tanto bien me entristece.
JUA. Tanto el alboroto crece,
que ya parece locura.
TELL. Por eso mismo procura
tanta dama, tanto coche,
hacer que tenga esta noche
por variedad hermosura.

(Tres mozos con capas de color, broqueles y espadas, OTAVIO, MENDOZA *y* CELIO.)

OTA. ¡Bravo altar!
MEN. Es muy Baptista
aquella dama, aunque pasa
no por destierro su casa,
según cierto coronista.
CEL. La oración, desa manera,
no será para casarse.
OTA. ¿No es linda?
MEN. Con enmoñarse,
siendo otoño es primavera.
CEL. El vestido mucho ayuda.
MEN. ¿Nunca se ha de desnudar?
¿Ha la de andar a buscar
el galán si se desnuda?
OTA. Notable pontifical
en esta edad viene a ser
un vestido de mujer.
CEL. No hay en el mundo caudal
para chapines y randas;
pero todo lo merecen.
MEN. ¡Brava guerra nos ofrecen
con las celadas y bandas!
OTA. Allí va cierto gazmoño
con su servicio.
CEL. ¿De quién?
OTA. Del diablo.
CEL. Tratadle bien,
que puede ser matrimonio.
MEN. ¿Ah, señor, el de la ninfa?,
¿es de Esgueva o Manzanares?
JUA. Calla, Tello, y no respondas.
TELL. No tendrá paciencia un ángel.
CEL. ¿Es alquilada o es propia?
OTA. ¿Dónde la lleva el bergante?
MEN. ¿Cómo no lleva tendidos
los cabellos virginales?
Que crecen mucho esta noche,
según los viejos romances.
OTA. No es de mal monte la leña,
pues entre dos se reparte.
CEL. ¡Cómo calla el socarrón!
MEN. ¿Qué os espantáis de que calle,
si está enseñado a callar?
TELL. ¿Esto quieres tú que pase?
JUA. Calla, Tello.
TELL. Ya no puedo.
Pícaros, si ya vinagres
salís de alguna despensa,
cueros vivos, hombres zaques,
oliendo a tabaco el alma
y las narices a parches,
¡por vida del rey de espadas,
que si saco la de Juanes
que ese quedará con vida,
que huya y que no le alcance!
OTA. ¡Oh qué gracioso mandicho
es el que la lleva y trae!
JUA. Tello, ¿estás loco?
TELL. ¿Esto sufres?
¡Afuera!
JUA. Voy a ayudarle.
LEO. Detente, don Juan, detente.
JUA. Déjame, por Dios. ¡Cobardes,
haced como habláis!
OTA. Justicia
viene.
JUA. ¿Ya buscáis achaques?
LEO. Triste de mí, ¿qué he de hacer?
¿Hay desdicha más notable?
Si me conocen, soy muerta;
quiero en esta casa entrarme.

(Alguaciles y gente.)

ALG. ¡Téngase al Rey!
JUA. Los que huyen
se tengan, que es gente infame;
que yo soy un caballero
que estoy a negocios graves
en la corte, y me quisieron,
con palabras arrogantes,
afrentar sin darles causa.
ALG. Y él, ¿quién es?
TELL. Soy platicante
de caballero, que ha poco
que navega en estos mares.
¿Sasté manda en qué le sirva?
ALG. Vengan los dos a la cárcel.
TELL. ¿Cómo a la cárcel?

JUA. No veo
a Leonor.
TELL. ¿Sasté no sabe
que es aquesta noche libre?
ALG. Allí va el señor Alcalde:
vengan y hablarán con él.
JUA. Vamos, que yo quiero hablarle,
y sabrán vuesas mercedes
la mucha que a mí me hace.
ALG. Vengan por aquí.
JUA. ¡Ay, Leonor!:
luego volveré a buscarte,
si no es tanta mi desdicha
que me detenga o me mate.

(Cuando los van llevando sale DON PEDRO *y dice a uno dellos.)*

PED. ¿Ah, caballero?, ¿qué es esto?
ESC. Cuchilladas, disparates
desta noche.
PED. ¿Era a mi puerta?
ESC. ¿Mandáis más?
PED. Que Dios os guarde.
Cansado de esperarte,
hermosa Blanca, de tu calle vengo,
y no pudiendo hablarte,
apenas alma ni esperanza tengo.
¡Ay, Dios!, ¿si te ha forzado
tu hermano al casmiento concertado?
En este pensamiento,
forzado soy a despedir la vida;
que si del casamiento
cumpliste la escritura prometida
y a la mía faltaste,
al umbral de la puerta me dejaste.
Música y grita suena;
todos se alegran, todos son dichosos;
yo solo, en tanta pena,
no puedo alzar los ojos envidiosos;
que no hay mayor desdicha
que no tener entre dichosos dicha.

(Salen con guitarras y sonajas y canten así)

CANTAN. Salen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcos de plata.
Verdes tienes los ojos,
niña, los jueves,
que si fueran azules,
no fueran verdes.
Salen de Valencia,
noche de San Juan,
dos pescadas saladas
al fresco del mar.

(Entrense en grita y regocijo, y diga DON PEDRO.

PED. Envidio el contento y gusto
con que estos cantando van;
que en la noche de San Juan
sólo yo tengo disgusto.
Yo sólo, amor, siempre injusto,
por tus mudanzas indino
de tenr nombre divino,
dudoso entre el bien y el mal,
del contento general
soy en Madrid peregrino.
Ya no tengo que esperar;
que en esta nueva mudanza
aun no quiere la esperanza
acompañar mi pesar.
Ya quiere el alba llorar;
¿pues qué quieren mis desvelos?
Ya sus cristalinos hielos
ensartan perlas en flores,
o los fingen mis temores,
que vuelven los cielos celos.
Quiero en mi posada entrar,
aunque sé que no a dormir;
que no haré poco en vivir
si Blanca se ha de casar.
Aquí siento suspirar;
parece en la voz mujer.
¿Si ella vino? Puede ser
que me aguarde con temor.
La honra te vuelvo, amor,
y conozco tu poder.
¿Eres tú, mi bien? Pues, calla,
no debe de ser. ¿Quién va?
LEO. Una mujer.
PED. Ella es.
¿Ha mucho, mi bien, que estás
esperándome? Perdona,
que con amor pude errar
en ir a buscarte. Dame
los brazos, y entra, que ya
mi casa te espera dueño.
LEO. Y yo estaba, de esperar,
sin vida. Teneos. ¡Ay, Dios!,
que ni soy la que esperáis
ni vos sois lo que yo espero.
PED. Decís muy bien; perdonad.
¿Pero cómo estáis aquí?
Que he venido a recelar
que alguna traición me han hecho.
LEO. Advertid que os engañáis.

Bien podéis estar seguro
que una airada tempestad
de desdichas me ha traído.
No puedo deciros más.

PED. ¿Quién está con vos?

LEO. Si digo,
señor, quién conmigo está,
no es mucho que imaginéis
el peligro que ignoráis;
porque son tantos mis males,
que por ventura podrán
invisibles basiliscos
sólo mirando matar.
Huid de verme y de hablarme,
que son veneno mortal
los males que fueron bienes.

PED. Dejad los ojos, y hablad.

LEO. Quieren divertir mi pena
con hablar y con llorar,
cual a gusano de seda
en truenos de tempestad
hacen al alma ruido
porque no sienta mi mal.
Con un caballero, a quien
debo honesta voluntad,
iba de la mano. ¡Ay, triste,
cómo es imposible hallar
a contradicción divina
humana seguridad!
¡Qué fiesta habrá sin desdicha!
¡Qué contento sin azar!
¡Qué gusto sin su enemigd!
¡Qué bien sin dificultad!
Criado y señor parecen,
juntos siempre, el bien y el mal.
Nunca el bien delante viene
sin venir el mal detrás.
Acuchilláronle aquí,
pienso que muerto le habrán
unos hombres que tenían
por alma su necedad.
Es privilegio del vulgo,
en estando junto, hablar
con libertad, e imposible
castigar su libertad.
Aquí me entré de temor,
y cansada de esperar
lloré perderle y perderme,
porque todo ha sido igual.
Pues en el talle y el traje
ser caballero mostráis,
amparad una mujer,
ya por ser este lugar
donde la halláis vuestra casa,
ya porque obligado estáis
a vuestor respeto mismo,
que no le podéis negar,
a título de ser noble,
la obligación natural.

PED. Extraña desdicha ha sido
la vuestra; mas puédeos dar
consuelo que no es la mía
a la vuestra desigual.
A nuestros perdidos dueños
podemos los dos llorar;
el mío, porque no viene,
y el vuestro, porque se va.
Yo vi llevar unos hombres
presos; pienso que serán
los que decís; buenos iban,
bien os podéis sosegar.
Sólo de vos saber quiero
el consejo que tomáis
para que pueda serviros;
que vuestro término da,
traje y discreción, indicios
de ser mujer principal.
Mirad si os está mejor
que a vuestra casa volváis,
o queréis que venga el día
si tenéis peligro allá;
pues no es posible que tarde,
pues ya parece que dan
de las risas de la aurora
aquellas nubes señal.
Y parece que los montes
lo verde argentando están
por la espalda de la noche
líneas de plata oriental.
Aquí tendréis aposento,
criadas honradas hay;
mozo soy, no soy casado,
no habrá celos, no temáis;
aun no he vendido lo libre,
si bien lo quise emplear
en este bien que me falta.
Dios sabe si volverá.
Yo iré a la cárcel mañana
a saber de ese galán,
tan idchoso como yo,
si perdid lo que lloráis;
que por la misma fortuna
bien nos podemos juntar,
pues caminos y desdichas
siempre hicieron amistad.

LEO. Aquí será bien quedarme,

si vos licencia me dáis,
hasta que sepáis mañana
si fué temor mi verdad.
Que cuando sepáis quién soy,
mi nombre y mi calidad
(que agora es fuerza encubriros),
yo sé que no os pesará
de haberme dado favor.

PED. Bastantes indicios dais.
Caballero soy; segura
vuestro honor podéis fiar
de mi nobleza y mi celo.

LEO. Conozco la voluntad
con que ayudáis mi fortuna
y mi temor animáis.

PED. Extrañas cosas suceden
una noche de San Juan.

LEO. ¡Ay, don Juan!

PED. ¡Ay, Blanca! ¡Ay, cielos!
¿Cómo es posible esperar
que amanezca con más bien
quien anochece tan mal?

ACTO TERCERO

(Salen DON JUAN *y* TELLO *con las espadas en las manos.)*

JUA.

¿Qué no podrá el dinero?

TELL.

Gran fuerza tiene el oro.

JUA.

Es caballero.

TELL.

E hijo de buen padre.
pues que le engendra el sol; que humilde madre
nunca fué de importancia.

JUA.

Toda aquella arrogancia
templaron veinte escudos.

TELL.

Buenos amigos son, negocian mudos.

JUA.

Qué mal San Juan tuviera estando preso
y de Leonor temiendo un mal suceso.

TELL.

Aun no sabes lo que es en una estufa
pulgas por San Juan; no hay catalufa;
cómo ponen un cuerpo desdichado
todo de tomadillos perfilado;
pues chinches, gente sorda,
que a nubarrones la pespunta y borda.

JUA.

Aquí quedó Leonor.

TELL.

No hay puerta abierta,
que aun el alba bosteza y no despierta.

JUA.

Entra en ese portal.

TELL.

No hay más.

JUA.

¿Qué aguardas?

TELL.

Cuatro mil escopetas y alabardas
son menester para un portal de noche;
deja que pase este cantante coche.

JUA.

Música lleva al Prado.

TELL.

Los tres parecen gatos en tejado.

JUA.

Conozco aquel romance y quien le hizo.

TELL.

El tiplazo es lechón con romadizo.

JUA.

Serenos de Madrid causan catarro.

TELL.

El bajo ha sido jarro
y agora tiene muermo,
la tercera cruel canta de enfermo.

JUA.

Vuelve a mirar, que ya pasaron; mira
si habla, si suspira,
que estoy perdiendo el seso.

TELL.

Si Leonor presumió que estabas preso,
sola se volvería.

JUA.

¡Ay, dulce prenda mía!
¿Qué le habrá sucedido?
Si a su casa volvió, yo soy perdido.

TELL.

En todo esto no veo
sino sombras, señor, de tu deseo.

JUA.

¡Ay, infeliz de mí! Que el bien tenía,
y como quien dormía
y soñaba tesoro,
que las manos bañó de plata y oro,
siendo fingidas sombras los diamantes,
que a la aurora volaron inconstantes,
y despertó al ruido
o el propio nombre le tocó al oído;
así me siento, y solo y triste veo
la burla de mi amor y mi deseo;
que dicha en desdichado
es sueño que nació de bien pasado;
que lo que vió de día
de noche le pintó la fantasía.

TELL.

Ya, ¿qué piensas hacer?

JUA.

Morirme, Tello.

TELL.

Eso es muy bueno para dicho; hacello
es muy dificultoso.

JUA.

¿Qué gente es ésta?

TELL.

Estruendo bullicioso
de gente que no ayuna
del gran Profeta a la bendita cuna;
pues como hablaba, mudo, Zacharías,
todos quieren hablar en tales días.

(Salgan por una puerta FABIO, LEANDRO *y* FENISA, *de noche de San Juan, y por la otra* LEONARDO *y* RODRIGO, *guarnecidos los sombreros y ferreruelos de fajas de papel, y* LUCRECIA, *dama.)*

LUC.

Las vayas han de ser sin pesadumbre.

FEN.

Este día, señores, es costumbre
alegrarse no más y no enojarse.

LEA.

Para reñir, mejor es acostarse.

LEO.

No te enojes, que es uso de la corte,
si no te han dicho cosa que te importe.

LUC.

¿Qué había de decirme aquella dama,
si sabe que sé yo cómo se llama?

FAB.

Buena invención la de la plata.

LEA.

Buena,
con el papel, que más que plata suena;
que ya vale el papel como la plata;
tanto gastan procesos y poetas,
que libranzas, por Dios, que andan secretas.

FAB.

Uno conocí yo, y era tan franco,
que trocaba lo escrito por lo blanco;
pero no pudo hallar quién lo trocase.

FEN.

¡Que noche de San Juan se empapelase
y viniese, atrevido,
de ciruela de Génova vestido
un hombre con sus barbas y bigotes!

TELL.

Al Prado van los dichos matalotes.

ROD.

Oyen, señores míos, poco a poco;
que me voy enojando, y pico en loco.

FAB.

Pues conmigo te metes,
figura guarnecida de cohetes.

ROD.

Pues lacayo que jura de cochero
y consultado está de despensero,
dos cosas más corrientes estos días,
qué testimonios y mentiras frías,
¿caballero te finges, disfrazado?

LEA.

¡Oh qué lindo borrego trasquilado!

JUA.

Llega, Tello. ¿Qué aguardas?

TELL.

Caballeros,
¿han visto cierta dama, cuyas señas
son capotillo y plumas y buen aire,
que dejaron aquí sus escuderos
por ver una pendencia?

ROD.

¡Qué donaire!
¿Fueran más frías dos cansadas dueñas
con sus antojos, tocas y rosario?
Pues hombre que pregona letuario
más súbito que copla de repente.
¿Tú vienes a dar cómo a tanta gente?

TELL.

De veras hablo y con disgusto vengo;
que no soy hombre que ese oficio tengo.

LUC.

Quedo, que ya está el cómo declarado.
Su matrimonio trascartón le ha dado,
señor mío, si habló con cerbatana;
en la parroquia la hallará mañana
colgada de la pila, como llave,
si el médico de Cádiz no lo sabe;
que con sus almanaques
dice que habrá pescado en los Alfaques,
y los vende firmados;
que dice que hay pronósticos hurtados.

LEO.

Jure de gamo.

FAB.

Jure de venado.

TELL.

Hidalgos, bueno está, quedo, con tiento.

ROD.

¿Valiente? ¡Oh qué gracioso disparate!

FAR.

Contradición implica.

LUC.

No se trate
desta materia más; vamos al Prado.

LEA.

Jure de gamo.

FAB.

Jure de venado.

(Dándole, grita se entre.

TELL. ¿No has escuchdo la grita?
JUA. Estoy por desesperarme;
todo es perderme y matarme
cuanto mi amor solicita.
Tello, tú fuiste la culpa
de aquella injusta prisión;
que ayudarte en la cuestión
fué de mi culpa disculpa.
¡Qué importa noche como esta
sufrir disparates locos!
TELL. Fueron muchos, que a ser pocos
yo les pasara por fiesta.
Aquí no hay más que esperar,
si a casa volvió Leonor.
JUA. Que aun el día (¡oh gran rigor!)
no me ha venido a ayudar.
Algún amante que tiene
en brazos el bien que adora
detiene, Tello, al aurora
con hechizos, pues no viene.
Que habiendo, a mi parecer,
o a mi amor se lo parece,
dos mil años que amanece,
no acaba de amanecer.
TELL. Estar aquí no es partido;
que no es aguja Leonor
para buscarla, señor,
donde la habemos perdido.
Vamos a casa, que creo
que allí la habemos de hallar.
JUA. ¿Quién podrá, Tello, esperar
los años de su deseo?
TELL. Un hombre sale, señor,
de aquella casa de enfrente.
JUA. No habrá cosa que no intente
por templar mi loco amor.

(Sale DON PEDRO.*)*

PED.

Sueño que fuiste como dulce empeño,
de los cuidados que tu sombra asiste,
¿cómo para cuidados, sueño triste,
si nunca diste a los cuidados sueño?
Tú, que de cuanto vive, fácil dueño,
las mayores tristezas suspendiste,
¿por qué me dejas desvelar ae triste
sin ver mis ojos tu sabroso ceño?
¡Oh, muerte mentirosa en perezosos
y muerte verdadera en desvelados!;
bien podemos llamarte los quejosos
amigo falso que huye en los cuidados,
pues te vas a dormir con los dichosos
y dejas desvelar los desdichados.

JUA. Déjame que le hable yo,
que tú poca dicha tienes,
que puede ser que haya visto
a Leonor.
TELL. ¡Qué yerro emprendes!
PED. Dos hombres he visto allí;
gente segura parece;
si requiebran en la calle,
saber por ventura pueden
si Blanca ha llegado aquí.
¿Ah, caballeros?: no tienten
vuesas mercedes la espada;
de paz soy, seguros lleguen.
JUA. Antes hablaros quería
por vecino, cortésmente,
desta calle.
PED. Y yo, señor,
por si acaso os entretiene
alguna destas ventanas,
cuyos dueños lo merecen.
Aguardo desde las diez
cierta dama, y como duerme
tan mal amor, me he vestido;
como si el aire pudiese
templar imaginaciones,
aunque se templase en nieve.
Suplicoos que me digáis
si la habéis visto, que suelen
volverse cuando hay testigos,
porque la busque y no espere,
y por despejar la calle
si os hago estorbo.
JUA. *(Aparte.)* ¡Que encuentre
un mismo amor dos cuidados!
Fábula, por Dios, parece.
A preguntaros lo mismo
una desgracia me atreve,
que acuchillando unos hombres
perdí una dama, en que pierden
tanto mi vida y mi honor
que uno acaba y otro muere.
No he visto lo que esperáis,
de que es justo que me pese;
si lo que espero habéis visto,
oid las señas que tiene.
PED. No hay para qué las digáis.
(Aparte.)
Hermano o marido es éste;
la mujer peligro corre;
discreción será que niegue.
Caballero, yo quisiera
que en esta ocasión presente
fuéramos los dos dichosos
y que con palabras breves
diéramos el uno al otro
de lo que buscando viene
las nuevas y las albricias.
JUA. Dios os guarde y os consuele.
PED. Dios os consuele y os guarde.
JUA. Vamos, Tello ,que mi muerte
es imposible excusarse.
TELL. Cuando, solícito, quieres
saber, señor, de tu dama,
bella Leonor, ángel, fénix,
este socarrón amante,
muy necio e impertinente,
te pregunta por la suya;
mala noche de mujeres;
menester es pregonallas.
JUA. Pues diga amor quién supiere
de Leonor, de la hermosura,
del sol, del ave celeste,
de la discreción más rara,
del gusto más excelente,
del mejor espejo y brío
que hoy en la corte se prende.
Con cuyo pie de tres puntos
cuantas han nacido mienten,
vuélvala luego a su dueño,
que si a su dueño la vuelve
le darán de albricias almas.
TELL. Buenas nuevas si las creen;
pero sólo te suplico,
porque las señas no yerren,
que a los tres puntos del pie
añadas siquiera siete.
JUA. ¿Agora donaires, Tello?
TELL. Perdona.
JUA. ¡Cielos, tenedme!;
que en hallarla o no la hallar
están mi vida o mi muerte.
PED. Qué yerro pudiera ser
si este, como he sospechado,
es marido que hacia el Prado
topó su propia mujer,
que llevaba algún galán,
y entonces le acuchilló,
dársela, muy necio yo.
Mejor sin ella se van
hasta que mañana el día
me diga lo que he de hacer.

(Salen BLANCA *y* ANTONIA *con rebozos y sombreros.)*

ANT. El porfiar es vencer.
BLA. Grande ha sido mi osadía.
¿No había de estar aquí

agora don Pedro?

ANT. ¿Quieres
que llame?

BLA. Sí.

PED. Dos mujeres,
¡ay, cielos, vienen allí!
Ellas son. ¡Blanca!

BLA. ¡Señor!

PED. Cómo me has tenido en calma,
que en ir y venir el alma
está sin pulsos amor.
Mas como cierra la rosa
a la noche el tornasol
y después saliendo el sol
vuelve a salir más hermosa,
así yo de tu presencia,
Blanca, al aurora salí
con la vida que perdí
en la noche de tu ausencia.
¿Dónde has estado? ¿Qué has he-
[cho?

BLA. Al instante que salía,
dándome amor osadía
alma de mi tierno pecho,
dos amigas en su coche
me hicieron por fuerza entrar,
donde más que pasear
fué llorar toda la noche.
Volví tarde, donde hallé
que mi hermano, alborotado,
con don Luis me había buscado;
tu cuidado imginé,
y con ánimo de quien
no tiene más bien que a ti,
segunda vez lo emprendí,
y al fin me ha salido bien.

PED. No es hora, señora mía,
de pleitos ni de escrituras;
entrad a esperar seguras
este perezoso día,
que tiene dentro de si
más años que el mundo tiene.

BLA. Mi honor a tus manos viene.

PED. Ese mismo es alma en mí.

ANT. Mira lo que haces, señora.

BLA. Antonia, si una mujer
no se dejase vencer,
¿quién puede?

ANT. Un hombre que llora.

BLA. Yo conozco mi firmeza.

ANT. Tú saldrás desa fatiga
las manos en la barriga
como otros en la cabeza.

(Vanse; DOÑA LEONOR *se pone en lo alto.*

LEO. Salid por este balcón,
pues que no salís del pecho,
llamas de amor, que habéis hecho,
incendio mi corazón,
respire como infición
este aposento, y no impida
que viva el alma encendida,
dad lugar a las que quedan
para que las otras puedan
ir conservando la vida.
¿Qué pajarillo el olvido
de la noche así culpó
cuando el aurora esperó
sobre las pajas del nido?
¿Qué caminante perdido?
¿Qué marinero turbado,
qué desabrido casado
más tarde la vino a ver
durmiendo de su mujer
en la galera forzado?
Qué poca dicha, don Juan,
tuvo contigo mi amor,
si bien a mi ciego error
culpa mis desdichas dan.
Preso estás, a verte van
mis suspiros, mientras sigo
tu prisión; permite, amigo,
que allá se queden en ti;
porque no haya cosa en mi
que no esté presa contigo.

(Tres caballeros, de noche, DON ALONSO, DON FÉLIX *y* DON TORIBIO.)

ALO.

¡Qué necio ha estado el Prado!

FÉL.

Tan pícaro sin olmos ha quedado
que nadie acierta a hablar por descubierto.

TOR.

De los bailes, don Félix, vengo muerto.

ALO.

Tristes danzas de España, ya murieron.

FÉL.

Dios las perdone, gente honrada fueron.

TOR.

¿Qué se hicieron gallardas y pavanas,
pomposas como el nombre, y cortesanas?

ALO.

Ya se metieron monjas.

FÉL.

Cosa extraña
que ya todas las danzas en España
se han reducido a zapiro y a zepiro,
a zipiro y a ñapiro.

ALO.

Por Dios, que es gran donaire
no tenéis que decir.

FÉL.

Sí; pero el aire,
la gala y bizarría
con que el mayor señor danzar podía
y los pies de gibaos,
y alemanas y brandos en saraos,
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALO.

Hermano, porque todo el mundo junto
se vuelve ya, como el vestido, viejo,
lo de atrás adelante.

FÉL.

Mal consejo.

ALO.

La novedad, don Félix, siempre agrada,
sea en razón o en sinrazón fundada.
Mirad que aun la poesía
no habla ya la lengua que solía.
¿No habéis visto la máquina estrellada
cuando la noche muda y enlutada,
natural de Chinchón y de pulgares,
teñidos con hollín los aladares,
saca medio dormida el negro coche?
¿No habéis visto en las manos de la noche
el nuevo infante día
nacer dando alegría
a las aguas y flores?
¿No habéis visto después cantar amores
los dulces pajarillos
al esconderse los armados grillos
entre los alcaceres?
¿No habéis visto con naguas las mujeres
sin anchos verdugados y abaninos
y los chapines de bordados finos,
que fueron en sus madres de badana?
¿No habéis visto espumosa la mar cana
sorberse naves como huevos frescos?
¿No habéis visto en jubones y gregüescos
tanto algodón que aun el andar reporta?
Pues si no lo habéis visto, poco importa.

FÉL.

¡Qué notable frialdad!

ALO.

Usase ahora.

FÉL.

¿No véis que allí suspira cierta mora?

TOR.

Sin duda es Melisendra, caballeros,
que aguarda a don Gaiferos.

ALO.

¡Oh tú, doncellidama,
si sales a saber cómo se llama
el que ha de ser tu esposo
y la oración has dicho al glorioso
Baptista, santo de profeta palma,
sábete que ha de ser Juan de buen alma,
y que por lo agarrado
primero que Mendoza será Hurtado!

(Echele una cadena.)

LEO.

Pues tome por la nueva esta cadena.

ALO.

Hola, don Félix; ¡vive Dios!, que es buena;
que pesa igual que el oro y no [es] azófar.

TOR.

¡Peregrino suceso!

FÉL.

Mostrad. ¡Buena, por Dios!; dícelo el peso.

ALO.

Métase el alba y llore allá su aljófar,
que se deshace en flores y azucenas.

FÉL.

¡Oh aurora, lloradora de cadenas!
Si acaso no eres duende
y es mañana carbón cuando la vende.

LEO.

No hará, que me ha tocado
en lo vivo del alma, aquel Hurtado.

ALO.

¿Y el Juan también?

LEO.

No sé; váyase ahora,
que hay peligro en la calle.

ALO.

Adiós, señora.

TOR.

El médico de Cádiz no dijera
con su firme pronóstico que fuera
más verdadero que este.

ALO.

Vuesa merced se acueste
en sábanas de Holanda,
que yo me voy a hacer la zarabanda.
Y tantos eslabones como tiene
esta cadena el buen Hurtado pene
años en que la sirva y la requiebre.

TOR.

Mas que nos ha de dar gato por liebre.

ALO.

Así se le volvieran, y tan buenas,
a la cárcel de corte las cadenas.
(Vanse.)

(Salgan BLANCA, DON PEDRO *y* ANTONIA.)

PED. Detente, señora mía.
BLA. ¿Que me detenga? Ya es tarde.
¿Para tales sinrazones,
vil caballero, me traes
con tanto engaño a tu casa?
PED. Plega al cielo que me mate
un rayo si tengo culpa.
LEO. Aquel caballero sale
con una dama riñendo;
atenta quiero escucharle;
por dicha tengo la culpa.
BLA. Persuadirme, ingrato, es darme
más pena de la que tengo.
¿Era yo mujer infame,
que teniendo en casa amiga,
con engaños semejantes,
con lágrimas, con papeles,
con finezas, con jurarme
que era de tu pecho el alma
y de tus venas la sangre,
me obligas a que tan loca
hermano tan noble trate
con término tan indigno
de mujeres principales?
No importa, que al fin, ingrato,
no tienes de qué alabarte,
que el honor que no ha caído
es fácil de levantarse.
Sola una mano me debes
sobre juramentos graves,
y yo tengo quien me vengue
si no tuve quien me guarde.
¿Tú caballero? ¿Tú noble?
PED. Señora, mientras no amaines
las lágrimas y las voces,
¿cómo puedo asegurarte
de que no he faltado un punto
a obligaciones tan grandes?
Oye, por Dios, advirtiendo
que no pudiera un alarbe
hacer la maldad que dices.
BLA. ¿Pues yo no sentí quejarse
y llorar una mujer
otro aposento adelante
de donde la cama tienes?
¿Pueden ser quejas iguales
sino de tales traiciones?
Que no es justo que se llamen
celos tan viles desprecios;
que celos, aunque mortales,
son de lo que se imagina,
que no de lo que se sabe.
Demás de que ya me ha visto;
pero porque no la mates,
por los suspiros me escribe
su desdicha y tus maldades.
Y plega a Dios que no sea
mujer propia que te canse,
si puede haber en el mundo
tiranos que así las traten.
PED. Señora, negar no puedo
que como yo te esperase,
siglos haciendo las horas,
años los breves instantes,
esta mujer escondida
hallé saliendo a buscarte
en lo escuro desta puerta;
pidióme que la amparase;
es mujer, soy hombre, pudo
lastimarme y obligarme.
Yo no sé si es la ocasión
marido, galán o padre;
ella nos dirá el suceso
y podrá desengañarte.
Que mal pudiera ser yo
villano e inexorable
a lágrimas de mujer,
y más si de causa nacen
como la que miro en ti,
fuera de ser como un ángel;
que si llorando una fea
no hay lástima que no cause,
¿qué hará una mujer hermosa,

que parece que se caen
de dos estrellas del cielo
sobre claveles, cristales?

BLA. ¡Oh qué extremada pintura!
¿No pudiera retratarse
esta mujer sin claveles?
Parece que versos haces.
¿Un ángel a tales horas
quieres, don Pedro, que hable?
Para tales jerarquías
es muy humilde mi traje;
iréme a mi casa agora
y mañana por la tarde
vendré a hacerle una visita.

PED. Debes de querer matarme.

BLA. Tú entretanto será justo
que consueles y regales
ángel de tales claveles.

PED. Mátame bien, no te canses.

BLA. Muy santo debes de ser;
reliquias pueden cortarte,
pues ángeles te visitan.

PED. Ahora bien, entra y no aguardes
a que siendo ya de día
alguna persona pase
que te conozca.

BLA. ¿Estás loco?
¿Yo entrar, yo verte, yo hablarte?

PED. Mira que yerras en esto.
Pues primero que te cases
me pides injustos celos,
conque puedo imaginarte
de condición insufrible.

BLA. No hagas miedo que te enfade.
Queda con Dios.

PED. No seas necia.

BLA. Voy a que alguno me ampare,
aunque sin ser ángel llore
sobre claveles cristales.

LEO. ¡Ah, dama, señora; ah, reina!

BLA. ¿Quién es?

LEO. Quien no es bien que cause
injustamente estos celos
entre tan firmes amantes.
Hacedme merced de entrar,
porque no por ampararme
es bien que ese caballero
os pierda; entrad y escuchadme.

BLA. Desde ese balcón podréis
decir quién sois y qué os trae
a tal hora y en tal noche.

LEO. Obligaréisme a que baje,
porque no son mis desdichas
para echardas en la calle.
Entrad y sabréis quién soy.

BLA. Vuestro término es bastante
a vencerme; voy a oíros.

PED. Quieran los cielos que baste;
porque en dando una mujer
en celosos disparates,
hará verdades mentiras
y hará mentiras verdades.

(Salen DON LUIS, DON BERNARDO *y criados.)*

LUI.

No hay sitio, no hay señal, prado ni río
que dellas tenga ni señal ni nueva.

BER.

Buscarlas me parece desvarío.

LUI.

¡Que a darme tal pesar Leonor se atreva!
Corrido voy del pensamiento mío,
que de uno en otro a tal rigor me lleva,
que os dije la sospecha que tenía.

BER.

No estoy muy lejos de decir la mía.

LUI.

Como yo vi que de camino andaba
el indiano don Juan, dióme cuidado,
creyendo que Leonor se le inclinaba,
engaño de mis celos fabricado;
que, como viste, en su casa estaba
de mi ofendido honor tan descuidado,
que apenas le llamé cuando me abrieron.

BER.

Sospechas de don Juan injustas fueron.
Yo soy su amigo, y si a Leonor quisiera,
cuando le dije yo que la quería
lo mismo en confianza me dijera
y desistiera yo de mi porfía;
como la vuestra mi sospecha fuera;
pero presumo que es verdad la mía.

LUI.

Pues vos ¿qué sospecháis?

BER.

Un pensamiento
que a Blanca pudo dar atrevimiento.
Hay en este lugar un caballero,
que ha venido a negocios de Navarra,
entendido, galán y lisonjero;

persona, en fin, para querer, bizarra.
No ya libre navío del mar fiero
de Sanlúcar pasó la estrecha barra
con más banderas, que le sirven de alas,
que él por mi calle con diversas galas.
Halléle hablando con mi hermana un día,
y díjome, turbado, que informado
de que presto a Sevilla me volvía,
estaba de mi casa aficionado;
pienso, don Luis, que la verdad decía.
Pero dándome celos su cuidado,
me informé de su casa, por si acaso
tantos paseos no mudaban paso.
Esta que veis, don Luis, es su posada.

LUI.

Sí; pero ¿de qué sirve haber creído
esa imaginación sólo fundada
en verle en vuestra calle divertido?

BER.

¿Vos no buscastes a don Juan, la espada
celosa del agravio y prevenido
el ánimo a matarle? Pues yo quiero
buscar este navarro caballero.
Que como imaginastes que podía
a Sevilla llevarse vuestra hermana
a Pamplona podrá llevar la mía,
si no me sale la esperanza vana.

LUI.

Pues qué, ¿pensáisle hablar?

BER.

Eso querría.

LUI.

¿En qué ocasión?

BER.

Con que se va mañana
y que estoy desta casa aficionado.

LUI.

Pensémoslo mejor.

BER.

Ya lo he pensado.

(Pónense a hablar los dos, y entren DON JUAN *y* TELLO.)

JUA. Desde que don Luis me habló
con don Bernardo en mi casa,
Tello, los vengo siguiendo
y que viniesen me espanta
adonde perdí a Leonor.

TELL. ¿Cómo ya saben que falta,
pues a su casa no ha vuelto
ni menos salió con Blanca?
Alguien que lo vió lo ha dicho.

JUA. Vive Dios, que más extraña
confusión no ha sucedido
a hombre, y que se me acaba
la paciencia imaginando
que pueden desdichas tantas
caber en sola una noche.

TELL. Si estuvieran acabadas,
menos mal hubiera sido.

JUA. No cuenta cosas tan varias
de Clariquea, Heliodoro.
Las de Teágenes pasan
en años, pero las mías
en una noche.

TELL. No hagas
exclamaciones, que pueden
oírte.

JUA. ¡Oh leyes humanas
e inhumanas! Que a los hombres
nos toquen, por muchas causas,
el servir a las mujeres,
el acudir a las galas
(que es lo que ellas más estiman),
el sustentarlas, el darlas
hasta la sangre y la vida
y algunas veces el alma,
está bien; dellas nacimos,
que ya con esto se paga.
Pero que el mundo haya puesto
nuestra honra, nuestra fama
y autoridad en sus manos...

BER. Como por las calles anda
tanta gente, ¿en ciertos hombres
que nos siguen no reparas?

LUI. Bien dices. ¡Ah, caballeros!
¿Quiérennos algo? ¿No hablan?

JUA. Don Juan soy.

BER. ¿Vos nos seguís?

JUA. Desde que me habló en mi casa,
don Luis, sospecho que andáis
de pesadumbre, y la espada
es en los hombres de bien
para defender la causa,
después de la fe y del Rey,
del amigo y de la patria.
No quiero saber lo que es,
sino que a serviros salga;
que no sufre la que es noble
estar ociosa en la vaina.

BER. Sois bien nacido, en efecto;
merecéis que el Rey os haga

la merced que le pedís,
y si fuere de importancia
nos la haréis, como habéis dicho.
Yo llamo en aquesta casa,
donde pienso que ha de estar
cierta prenda que me falta.

JUA. Tello, don Bernardo busca
a Leonor; gran mal me aguarda;
mala noche de San Juan.

TELL. Peor será a la mañana.

(Sale DON PEDRO.*)*

PED. No he visto venir el día
con tantas voces. ¿Quién llama?
Justicia es esta. ¿Quién es?
El amparar esta dama
me ha de costar pesadumbre
si ha de resultar en Blanca.

LUI. Dejádmele hablar a mí.
Caballero, dos palabras.

PED. ¿Qué me mandáis en que os sirva?

LUI. Esta noche, de una casa
principal, falta a su dueño,
no digo su honor, su hermana,
y se sabe que está aquí.
Toda esta gente embozada
es justicia; vos podéis
seguro manifestarla
de que no os harán agravio;
donde no...

PED. Señores, basta;
Así es verdad que la tengo;
que aquí llegó lastimada,
como mujer a quien suelen
suceder tales desgracias.
Dila el favor que era justo.
Yo voy por ella. *(Vase.)*

LUI. Obligada
dejaréis su casa y deudos
por defensor de su fama.
Aquí está Blanca, Bernardo.

JUA. ¿Luego buscaban a Blanca?

TELL. ¿No lo ves? Menos desdicha,
porque no podrán casarla
con don Bernardo a Leonor.

BER. Pensando estoy con qué traza
salga yo de aquí con honra.

LUI. No lo penséis sin hablarla,
porque su lengua ha de ser
o el remedio o la venganza.

(Salen DON PEDRO *y* LEONOR.*)*

PED. Señora, salir es fuerza;
que si pudiera excusarla,
yo os sirviera; mas no puedo.

LEO. Si no es quien pienso, me aguarda
la muerte; pero ¿qué importa,
si mis desdichas se acaban?

PED. La dama es ésta, señores.

BER. Esta no es Blanca, mi hermana.

LUI. ¿Pues quién?

BER. La vuestra.

LUI. Leonor.

BER. La misma.

LUI. ¿Pues cómo estabas
en esta casa?

LEO. Salimos
yo y Blanca con otras damas
al Prado; y como estas noches
tantos desatinos pasan,
unos hombres descorteses,
con poco honestas palabras
nos daban grita, a quien otros
hicieron con las espadas
callar bien a costa suya.
Yo y Blanca entonces, turbadas,
a este hidalgo le pedimos
nos escondiese en su casa,
porque a las demás del coche
presas pienso que llevaba
la justicia.

BER. Desa suerte,
¿aquí también está Blanca?

LEO. Sí, señor.

LUI. Notable dicha.
Señor, decidla que salga,
porque esa dama es mi esposa.

PED. Si ella lo dice, eso basta,
que ya sale, y yo a su gusto
no replicaré palabra.

*(*BLANCA *y* ANTONIA *salen).*

BLA. Pues ya Leonor os ha dicho,
señores, nuestra jornada,
yo no tengo que añadir
sino sólo que deis gracias
a este noble caballero.

JUA Tello, de la lengua al alma
anda mi amor dando voces,
aunque parece que calla.

TELL. Como la gloria en el fin
siempre dicen que se canta,
aquí se llora el peligro.

LUI. Sólo falta que casadas
queden las dos, ya que el cielo
favoreció nuestra causa.

No aguardemos otra noche
de San Juan, que la pasada
nos podrá servir de ejemplo.

BER. Dad vos la mano a mi hermana,
que yo la daré a la vuestra.

LEO. Las mujeres no se casan
dos veces, vivos sus dueños,
aunque suelen tener causa,
si no es aquellas que quieren
ser dos veces desdichadas.

LUI. Leonor, ¿qué dices?

TELL. Don Juan,
¿qué estás mirando? ¿Qué aguardas?
Mira que dan a Leonor;
di que es tuya, llega y habla.
¿Quieres tú que te la metan
con una cuchar de plata
dentro de la boca?

JUA. Amor,
señores, cuya tirana
fuerza...

TELL. Qué entrada tan necia.
Tiembla el mundo y llora España.

JUA. Comunicando diez meses
con doña Leonor gallarda
por las ventanas los ojos,
por los papeles las almas,
me dió de su voluntad
(cuando más rendido estaba)
victoria; conque os he dicho
que está conmigo casada.
Ya sabéis los dos quién soy.

BER. Don Juan, mi amistad se agravia,
no de querer a Leonor,
mas de no decir que estaban
en estado vuestros pechos,
que la pretensión dejara
desistiendo de la empresa;
aunque con menos ventaja,
pues hoy doy la posesión
y allí os diera la esperanza;
dadle la mano; y así
con don Luis se casa Blanca;
que aunque se rompa el concierto,
mejor estará empleada
en vos que en mí.

LUI. Yo agradezco,
don Bernardo, por tres causas
estas razonas: por mí,
por don Juan y por mi hermana;
pero pues vos no os casáis,
y en esto el concierto falta,
ni yo es justo que me case,
sino que halle en esta casa
Blanca en don Pedro marido;
que la relación pasada
que me hicistes de los celos
y el hallarla aquí me mandan
que se la dé con mi gusto.

PED. Con la misma confianza
estuve siempre.

JUA. Yo soy
de Leonor.

PED. Yo soy de Blanca.

TELL. ¿Y yo de quién?

PED. De Antonia.
Aquí la comedia acaba
de la noche de San Juan;
que si el arte se dilata
a darle por sus preceptos
al poeta, de distancia,
por favor, veinte y cuatro horas,
ésta en menos de diez pasa.

COMEDIA FAMOSA DE

OBRAS SON AMORES

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

FELISARDO, *Rey de Hungría.*
LUCINDO.
OTAVIO.
LEONIDO.
ROBERTO.
URBANO, *caballeros.*
LAURA, *dama.*
LEONIDA, *dama.*
JULIA, *criada.*
CELIA, *criada.*
CLARINDO.
MARÍN, *criados.*
Un ESCUDERO.
Un COCHERO.

ACTO PRIMERO

Salen FELISARDO, *Rey de Hungría de rebozo,* LUCINDO, *caballero privado suyo.*

LUC. ¿Quieres que acerquen el coche?
FEL. No, que a pie me iré mejor.
LUC. ¿Agradáronte, señor,
las fiestas de aquesta noche?
FEL. Diciéndote la verdad,
puesto que vine embozado
a vellas y se ha cifrado
a una sala una ciudad,
yo no he reparado en ellas.
LUC. ¿Qué ocasión te ha divertido,
que los que las han oído
milagros refieren dellas?
FEL. Cúpome, Lucindo, en suerte
a los pies una mujer
que aunque no se dejó ver
y estuvo rebelde y fuerte
en cubrirse con el manto,
yo vi lo que me bastó
para entretenerme.
LUC. Y yo
con otra lo estuve tanto,
que buscando a vuestra alteza
no pude hallarle después.
FEL. Lucindo, esta dama es
monstruo de naturaleza.
En entendimiento raro,
sus donaires peregrinos,
que por diversos caminos
muestran un ingenio claro.
No es de aquellas bachilleras
de vocablos exquisitos,
en la discreción delitos
y burlas para las veras.
Divino ingenio y belleza.
LUC. De vino a lo menos es,
pues teniéndola a los pies,
se te sube a la cabeza.
Mas pues pintan los vencidos
siempre a los pies, ya, señor,
quedaste por vencedor.
FEL. Subiéndose a mis sentidos,
como tú dices, yo fuí
el vencido desta dama;
que bien sabes que la llama
a su centro sube ansí.
La mano a una vela arrima
por un lado y sufrirás
su fuego, mas no podrás
si se la pones encima.
Y ansí a mis pies esta dama
con más fuerza me abrasó,
porque desde arriba yo
puse la mano en la llama.
LUC. Mi comparación venciste.
FEL. Casi es la misma razón
cuando la garza al halcón
puesta a los pies se resiste.
Pues con el pico la suele
abrir el pecho y morir
el vencedor, aunque a herir
la garza por alto vuele.
Quedo la mujer es esta.
LUC. ¿Pues en qué la has conocido?
FEL. En el pajizo vestido.

LUC. Salen tantas de la fiesta
que te puedes engañar.
FEL. Yo sé, Lucindo, que es ella;
llega, informaráste della,
que yo no la quiero hablar
para excusar la ocasión
de ser conocido aquí.
LUC. ¿Qué le diré?
FEL. Que yo fuí
con quien habló, y en razón
de visitarla que dé
licencia, pues hay de día
coches.
LUC. Que fuese querría
cosa que sin dueño esté.
FEL. Al poder no hay imposible;
allá te aguardo.

Váyase y sale LAURA *y* JULIA *con mantos.*

LAU. Notable
fiesta.
JUL. Para ti admirable
cuanto para mí insufrible.
¿Quién sería aquel galán
con quien hablabas?
LAU. No sé;
bien hablaba.
JUL. Harto bien fué.
LUC. Solas sospecho que van.
LAU. De su mucha discreción
quiero un donaire contarte.
Díjome: «Tiemblo en mirarte,
de fuego tus ojos son.
El alma apenas se atreve,
porque no me abrases más».
Respondí: «Engañado estás,
porque toda soy de nieve,
puesto que a tus pies me ves».
Entonces me los llegó
y dijo: «¡Ay, nieve, si yo
estampase en ti los pies!»
JUL. Bien dijo.
LUC. ¿Qué estoy dudando?
A vuesa merced suplico
pare el buen aire tantico.
LAU. ¿Tantico?
JUL. Hablando y andando,
señor galán, que es muy tarde.
LUC. De un hombre con quien habló
soy criado, y aunque yo
vengo a estas cosas cobarde,
como nuevo en el oficio;
respeto de ser un Rey,
si su voluntad es ley
mi obediencia sacrifico.
El me envía por favor
a esos ojos atractivos
cuyos espíritus vivos
le han dado sangre de amor.
Primeramente saber
su posada me mandó.
y lo segundo que yo
para que la pueda ver
le lleve licencia.
LAU. Di.

(Descúbrase LAURA.*)*

¿Hablas, Lucindo de veras?
LUC. ¿Quién es?
LAU ¿Tú no consideras
el peligro?
LUC. ¿Es Laura?
LAU. Sí.
LUC. Laura mía, ¿cómo es esto?
LAU. ¿El Rey era quien habló
conmigo?
LUC. Y quien pienso yo
que está a matarme dispuesto.
LAU. ¿A matarte? ¿Pues por qué?
LUC. ¡Ay, Laura, qué bien lo hiciste,
pues que la causa le diste
del efeto que se ve!
La que más enmorada
de vosotras suele estar,
si llega a poder parlar,
Laura, no repara en nada.
Si estuviera en estas fiestas
con una dama a los pies,
costándote dos o tres
años lo que a mí me cuestas,
¿qué dijeras tú de mí?
¡Con qué capote me hablaras!
LAU. En disparates reparas,
que ni hablé ni te ofendí.
Si un hombre de aquella traza
ne pregunta, ¿qué he de hacer?
LUC. En saliendo una mujer,
es como un toro en la plaza;
no se les pone delante
hombre a quien no dan encuentro.
LAU. ¿Por qué tú no entrabas dentro,
si yo soy tan inconstante,
y a mi lado defendías
que nadie me hablara allí?
LUC. Porque no te conocí;

y tú, Laura, que me vías,
pudieras tener respeto
a nuestras obligaciones.

LAU. Si a ser celoso te pones,
perderás el ser discreto.
Yo te quiero y te he querido.
¿Qué importa que hablase allí
si siempre me miro en ti
como en espejo?

LUC. He caído,
Laura, en que estás disculpada.
Tu espejo soy. ¿Qué me quejo,
pues por no tener tu espejo
hablabas tan despejada?
Todo me lo ha dicho el Rey;
tu ingenio le enamoró.

LAU. Lucindo, quisiera yo
que hiciera amor una ley.
Que como pierde nobleza
el caballero aquel día
que infamando su hidalguía
comete alguna bajeza,
perdiera la calidad
amor en pidiendo celos;
porque es declarar recelos
bajeza de voluntad.

LUC. ¿Luego era amando mejor
no decir lo que se siente,
si el encubrirlo es patente
traición contra el mismo amor?

LAU. Celos, Lucindo, es herida
que cuando se manifiesta
se hace mayor.

LUC. Tu respuesta
viene a los celos nacida.
Si una herida se abre más
es para ver lo que hay dentro;
celos buscan hasta el centro,
yo pido los que me das.
Porque si es hacer la herida
mayor con manifestallos,
también pretendo curallos,
que quiero escapar la vida.
Da la herida (1) el enemigo;
pero el que la manifiesta,
cuando a curarla se apresta
bien sabes tú que es amigo.
Déjame, Laura, decir
que estoy celoso, que es fuerte
cosa ponerme a la muerte
y no me dejar morir.

(1) En el texto dice: «De la vida». La enmienda es de la suelta.

LAU. ¡Qué lindo loco!

LUC. ¿Pues vaste
sin que demos un remedio
en esta ocasión?

LAU. ¿Qué medio
quieres tú que pueda y baste
de celos curarte a ti
y al Rey de amor?

LUC. ¿Qué diré
al Rey?

LAU. ¿Yo, mi bien, qué sé?
Pero dile que me fuí
y que no sabes quién soy.

LUC. Si él me ha dejado contigo
y que no lo sé le digo,
desde la gracia en que estoy
será posible caer.

LAU. ¿Pues tan presto en su desgracia?

LUC. Por inconstante, la gracia
tiene nombre de mujer.
Al señor, Laura, agradalle;
porque es vaso de cristal
que es mejor lavalle mal
que rompelle por lavalle.
Yo no me atrevo a decir
que no sé, Laura, quién eres.
Si hay fe y amor en mujeres,
tú le sabrás resistir;
Esta noche le traeré
a tu casa.

LAU. Loco estás.

LUC. ¿Qué he de hacer? No puedo más;
sirvo, agrado, moriré.

LAU. ¿A mi casa un Rey?

LUC. ¿Qué importa
si tú me tratas verdad?
Que tal vez la voluntad
en lo fácil se reporta.
Quizá no le agradarás
viéndote con más espacio;
que tu casa no es palacio,
puesto que tan rica estás.
Procura, por vida mía,
estar muy desaseada,
y aun la sala descolgada
ver esta noche querría.
No haya bufete de plata,
Laura, ni escritorio allí.

LAU. ¿Ni estrado?

LUC. Estrado, sí.
Tú, finalmente, retrata
una mujer principal
descuidada por extremo,

que él lo es de limpio.

LAU. Ya temo
que le parezca tan mal
que me mande echar de aquí.

LUC. Pues yo conozco un galán
de los que en la corte están,
y tú, Laura, como a mí,
que porque vió la primera
noche que una dama vió
pobreza, della salió
como si al demonio viera.
Modera olor y vestidos;
porque riqueza y olor
son alcahuetes de amor
que provocan los sentidos.
Con esto vete, que es tarde,
que bien me entiendes.

LAU. Adiós.
¿Vendrá solo?

LUC. No, los dos,
que estoy celoso y cobarde.

Váyanse LAURA *y* JULIA.

Dijo Laura que celos son heridas
y que mayores son manifestadas;
mas manifiestas para ser curadas
mejor es que tenellas escondidas.
Cortan en voluntades ofendidas
los celos, Laura, más que las espadas;
que las heridas en el alma dadas
suelen con más rigor quitar las vidas.
Calle la voluntad cuando es traidora;
quéjese la verdad del desengaño,
que la nobleza del amor desdora.
Celos, dad voces y decid su engaño;
porque más pena dan celos de un hora
que gusto puede dar amor de un año.

Salen ROBERTO, *caballero, y* LEONIDA, *dama.*

ROB. Bellísimas han estado
las damas.

LEO. Los caballeros
mucho más.

ROB. ¿Celos?

LUC. El veros
pone templanza al cuidado
mayor que tuve en mi vida.

ROB. ¿Es Lucindo?

LUC. Apenas sé
quién soy.

LEO. ¿Más que Laura fué
la causa?

LUC. Es verdad, Leonida;
que en fiestas jamás amor
dejó de tener su azar.

LEO. ¿Mas que viste a Laura hablar
de amor el azar mayor?

LUC. ¿Conócesla?

LEO. No ha faltado
quien me ha dicho: «Aquella es
Laura».

LUC. Presume que ves
un basilisco en un prado,
un veneno en un cristal,
un fuego, que viste un hielo,
airado un hermoso cielo
y un infierno celestial.
Diré locuras; estoy
muerto.

LEO. Si yo conociera
esa tu dama, la hiciera,
por los desenfados de hoy,
un sermón que la enseñara
cómo se ha de proceder.

LUC. ¡Ay, Leonida!: no es mujer
que en reprehensiones repara.

ROB. ¿Qué delito ha cometido
señora tan principal
que habléis en ella tan mal
los dos?

LEO. Luego ¿no lo ha sido
hablar con un embozado
mientras las fiestas se han hecho?

ROB. Si Lucindo, satisfecho
de que es de Laura estimado,
la deja en esta ocasión,
¿qué culpa puede poner
al gusto de una mujer?

LUC. Lindos tus descuidos son.
De ver licencia le di
las fiestas, mas no de hablar.

ROB. Suelen ellas prorrogar
esas licencias ansí.
¿No suele, con mal consejo
tal vez, el señor de un soto
dar licencia que en su coto
mate un amigo un conejo
y éste el soto destruir
con cuatro que con él van?
Pues tal la dama al galán
suele licencia pedir,
que no digo yo al marido;
y saliendo a pasear,
a puros tiros dejar
todo el honor destruído.
Pero bien; ¿qué ha resultado

de que Laura hablase allí?
LUC. Dar esos tiros en mí
con que el honor me ha quitado.
ROB. ¿El honor con sólo hablar?
LUC. Si el hombre con quien habló
de Laura se enamoró,
¿qué honor me puede quedar?
ROB. ¿Pues ya es suya, porque allí
le dijese dos razones?
Si en esos miedos te pones,
lástima tengo de ti.
LUC. Si este hombre es rico, ¿no es justo
temer?
ROB. No; que no hay riqueza
contra Laura, y es bajeza
pensar que ofenda tu gusto.
LUC. Tanto me habéis de apretar
que os diga que es Rey.
ROB. ¿Quién?
LUC. El Rey.
ROB. Tú recelas bien,
y tienes bien que guardar.
LUC. Y si el Rey me manda a mí
seguirla y saber quién es
y quiere verla después,
¿quéjome sin causa?
LEO. Sí;
pues bien le puedes decir
que al sali r se te perdió.
LUC. Si con ella me dejó
y apenas se quiso ir
hasta que me vió con ella,
¿parécete que es razón
que piense alguna traición
y sepa por otros della
e informado que la quiero,
conozca que le engañé?
ROB. Bien dices.
LUC A Laura hablé,
por cuya belleza muero,
y quedamos de concierto
que la venga el Rey a ver.
LEO. Mal haces; yo soy mujer
y sé que el peligro es cierto.
ROB. ¿No se podrá resistir
Laura?
LEO. Podrá, no lo dudo;
pero pocas veces pudo
la que llega a ver y oír.
Los muros más resistidos
quedan, Roberto, más llanos,
si entra el poder por las manos
y el amor por los oídos.
¿Estás loco? ¿Allá le llevas?
LUC. Hago cuenta que perdí
a Laura.
LEO. ¿Tú quieres?
LUC. Sí.
LEO. Mal con llevarle lo pruebas.
ROB. Leonida, si ha de saber
el Rey después quién es Laura,
tarde o nunca se restaura
la gracia que ha de perder.
Pierda Lucindo su gusto;
pues es, me parece a mí,
menos que perderse a sí.
LUC. ¿Qué género de disgusto
me pudiera suceder
que con este igual tuviera?
Loco del hombre que espera
ver firme amor de mujer.
Hasta aquí pudo llegar
una desdicha en amor;
criado y competidor,
¿qué medio me pueden dar?
Bien que ser Laura quien es
algo el temor asegura;
mas ¿qué amor constante dura
al rayo del interés?
Id con Dios, que destas fiestas
yo he sacado la desgracia.
ROB. Conserva del Rey la gracia,
ya que a sus daños te aprestas,
que mañana olvidarás,
si Laura te da ocasión.
LUC. Ni he de hacer al Rey traición
ni querer a Laura más
por esta divina lumbre.
ROB. Adiós.
LUC. Hoy vengo a probar
que no hay fiesta sin azar
ni afición sin pesadumbre.

Vanse, y salen el REY *y* URBANO.

FEL.

Con este desigual desasosiego
vine de ver las fiestas.

URB.

Comparaba
un poeta al amor con el veneno,
que ese es mejor, que en menos tiempo mata.

FEL.

Pues veneno me dieron por los ojos,
y como caminar tan presto suele

al corazón, así de su hermosura
unos puros espíritus salieron
que hasta llegar al alma discurrieron.

URB.

¿Tiene traza de mujer de prendas?

FEL.

Notablemente, y tanto que me tiene
con más desconfianza que era justo
si se resiste en dilatar mi gusto.

URB.

Pitágoras, gran sabio de su tiempo,
dijo que con el fuego se probaba
el oro en su valor, y con el oro
la mujer, y con ella el hombre; agora
puedes pensar cuál es de aquestas pruebas
la que te toca a ti.

FEL.

Bien sé que el oro
tiene la preeminencia de las cosas
y sé que los antiguos fabricaron
la imagen del poder toda de oro
y a los pies le pusieron libros y armas.
No estoy desconfiado, aunque lo digo;
dejé con ella quien sabrá decirle
lo que no era razón que yo tratase.

URB.

¿Era Lucindo?

FEL.

Sí.

URB.

No le pudieras
elegir en tu casa para enredos
más hábil y a propósito.

FEL.

No he visto
que de las cosas de Lucindo tengas
gusto jamás.

URB.

Dirás que por servirte
más de Lucindo que de mí.

FEL.

No digo
sino que te quisiera más amigo
de un hombre de quien hago confianza.

URB.

Lucindo es muy honrado caballero,
y por quererle tú le estimo y quiero.

Sale LUCINDO.

LUC.

Cual sube el sentenciado la escalera
mudando el pie de plomo y la torcida
cuerda, lleva delanta el homicida,
que, aunque le ayuda, al fin matarle espera,
y a cada paso mira la postrera
señal que no podrá pasar la vida,
y dilatando en vano la subida
al paso que dejó volver quisiera;
así voy yo, que dilatar no pude
estos pasos que doy, ni remediarme,
por más despacio que las plantas mude.
Cuando el temor comienza a desmayarme,
¿qué importa que a subir amor me ayude,
pues me ayuda a subir para matarme?

FEL.

Lucindo.

LUC.

Gran señor.

FEL.

¿Pues aquí estabas
sin hablarme?

LUC.

Quisiera hablarte solo.

FEL.

No importa Urbano aunque podrás aparte
darme la nueva que dichoso espero.

LUC.

Hablé, señor, a aquella hermosa dama
y halléla como tú me lo dijiste:
bien entendida y de gallardo talle,
pero más principal que tú pensabas
y al fin tan rica como bien nacida.

FEL.

En fin, te pareció bien entendida.

LUC.

Señor, contradecirte no era justo;
muy bien me pareció su entendimiento,
pero no para fénix de la corte,
ni su hermosura es única, que en ella
te pudiera mostrar otras mayores.

FEL.

¿Quiero, Lucindo, yo que me enamores
de otras mujeres por ventura, o quiero
que de aquesta me digas la respuesta?

LUC.

Dices muy bien, y la respuesta es ésta:
dos mil dificultades de parientes,
después de no ser libre ni casada,
y, últimamente, que por ser quien eres
la podrás visitar cuando quisieres
con la gala, recato y cortesía
que de quien eres justamente fía.

FEL.

No es mal principio. ¿El nombre?

LUC.

Mal agüero
tiene para tu gusto, a no ser fábula
lo que de Apolo y Daphne escribe Ovidio.
Laura se llama.

FEL.

Han dado los laureles
gran baja desde el tiempo de los Césares;
no tomes mal agüero de su nombre;
yo la he de ver aquesta noche misma.

LUC.

La casa no es muy lejos de palacio.

FEL.

Nunca, Lucindo, tuve más espacio,
y amor no me le da por un instante.

LUC.

¿Ha de ir Urbano con nosotros?

FEL.

Venga,
porque de ti más cuerdos celos tenga.

LUC.

Urbano, ven. No lo serán los míos,
pues me obligan a tantos desvaríos.
¡Ay, Laura!: yo perdí mis esperanzas,
tan desmayadas van las cofianzas;
porque es de la mujer el pensamiento
seda de tornasol, veleta al viento.

Salen JULIA *y* MARÍN, *criados de* LAURA.

JUL. Limpia, Marín, esas sillas,
pon esa alfombra mejor.
MAR. Hoy en el cielo de amor
saltan las siete cabrillas;
de gorja están los planetas.
¿El Rey aquí?
JUL. Qué, ¿lo dudas?
¿Adónde las sillas mudas?
MAR. Andan como yo, inquietas;
porque todo estoy turbado.
¿No colgué famosamente
la sala?
JUL. Bien está enfrente
ese tapete bordado.
MAR. ¿Los cuadros no te contentan?
JUL. Las cazas pusiste bien
y aquel Anteon también.
MAR. Deste las fábulas cuentan
que porque a Diana vió
desnuda le volvió ciervo;
mas cierto sátiro cuervo
este sentido le dió:
que Diana, que es la luna,
es la que engendra la plata,
y que quien casado trata
de enriquecerse de alguna,
la plata ciervo le vuelve.
JUL. Sí; mas a Anteon comieron
sus perros cuando le vieron
ciervo.
MAR. En eso se resuelve
la hacienda de gente igual,
y yo sé quién son los perros,
o por los montes y cerros
huye este pobre animal.
No sé si le viene bien
a Lucindo el cuentecillo.
JUL. Que traiga me maravillo
al Rey.
MAR. Mirará también
a Diana vuelta en plata.
JUL. Pienso que viendo el amor
del Rey, con justo temor
sus mismas desdichas trata.
MAR. Medremos todos, que es risa
andarse agora con celos.
JUL. Que venga, ruego a los cielos.
MAR. Si un Rey esta alfombra pisa
bordárale de diamantes,
que, en efeto, es majestad.
JUL. ¿Pues hay liberalidad
como la de los amantes?
MAR. Ya me llamo don Marín,
ya me cuento gran señor.
JUL. Yo pienso medrar mejor,
que he de estar más cerca, en fin.
MAR. Echate un don, mentecata;
que si cuarenta te pones
no hay premática de dones.
JUL. Limpia el bufete de plata
mientras echo dos pastillas.

Sale LAURA *con lechuguillas y el mejor vestido que pueda.*

MAR. Señora, viene.
LAU. ¿Está puesto
el estrado?
JUL. Ya compuesto
de almohadas y de sillas.
LAU. Sola una silla dejad
y quitad las almohadas.
JUL. Advertencias extremadas.
MAR. Todo huele a majestad.
JUL. Dame algún olor, si tienes.
LAU. Para fuera es necesario.
MAR. Famoso está el incensario.
Hoy hay vísperas solemnes.
LAU. ¿Ha enviado algún recaudo
Lucindo?
JUL. No he visto paje
suyo.
LAU. Haced que un hacha baje
a la escalera un criado.
¡Jesús, no sé lo que digo!
¡Qué necedad!
JUL. Buen secreto.
LAU. Que me olvidé te prometo;
a gran suceso me obligo.
Turbada estoy.
JUL. Sí estarás.
MAR. El Rey; echa más olor,
porque si es purga, un temor
a bue n tiempo le echarás.

Sale el REY FELISARDO *y* LUCINDO, *de noche.*

FEL. A vuestra casa he llegado
con vuestra buena licencia.
LAU. Dadme, señor, vuestros pies.
FEL. No vengo a humildades vuestras;
que una cosa es ser vencido
y otra poderoso; en prendas
de cuya verdad os ruego
que os sentéis.
JUL. Linda presencia.
MAR. Por mi vida que es galán.
FEL. Sentaos.
LUC. Laura es tan discreta
que sola una silla tiene.
FEL. No hay en amor cosa media.
Es indivisible amor
como el punto de una esfera,
desde donde igual alcanza
la mayor circunferencia.
MAR. Ya se quiere mostrar sabio.
JUL. Lo segundo con que piensan
enamorar los amantes.
MAR. Sí, que la parte primera
pienso que la tiene el dar,
que el saber poco se precia.
FEL. Laura, traigan una silla.
LAU. No lo mandéis.
FEL. Esto es fuerza.
MAR. Aquí está la silla ya.
FEL. Tomadla.
LUC. El Rey no se asienta.
Laura, ¿por qué estás en pie?
LAU. Por gusto de vuestra alteza
recibo tanta merced.
FEL. ¿Estáis buena?
LAU. ¿Qué más buena
que de vuestra alteza honrada?
FEL. ¿Qué os parecieron las fiestas?
LAU. Como las pasé con vos,
dadme, gran señor, licencia
para que diga que malas.
FEL. ¿Malas, Laura?
LAU. Malas eran,
pues tan pronto se acabaron,
y os perdí por faltar ellas.
FEL. Por qué notable camino
me favorecéis.
LUC. Ya llegan
las sillas, ya se hablan quedo.
Ya, ¿qué remedio me queda?
¡Ay de mí! Pienso que amor
comienza una nueva guerra.
El mar es aquesta sala,
las dos sillas dos galeras;
acercádose ha el combate.
¿Quién ha de dudar que venza
la del Rey y que vencida
la de Laura, ingrata, sea?
Los tiros de las palabras,
y aun de los suspiros, suenan;
las aguas del honor baten
los remos de las promesas;
ya ciega el humo del oro
los ojos de la nobleza;
ya de mis obligaciones
amaina Laura las velas;
ya rompen los filaretes
de las manos las cadenas;
ya queda solo el garcés
de mi esperanza en las cuerdas,
que me han de servir al cuello
cuando Laura no lo sea.
Pienso que a no estar aquí,
¡oh fementida galera!,
de los brazos de los dos

se cruzaran las entenas.
Levántate, fiero mar,
y da con ellas tierra,
que ya la luz del farol
mata el viento de la fuerza.
¡Ay, mil veces, de mi vida,
que en esas galeras rema
atado a tu silla, Laura,
forzado de tus flaquezas!
General haces tu amor;
yerras, Laura; Laura, yerras;
que más de particular
que de general se precia.
El cómitre de los celos
me mata; dile que tenga
la mano; aunque bien merezco
que me castigue con ella,
pues vine a ver lo que veo.

MAR. Julia, Lucindo se queja.

JUL. No le sabe bien que el Rey
con nuestra ama se enternezca.

MAR. Cara de probar vinagre
se le ha puesto.

JUL. Y es muy buena
la comparación, Marín;
que no hay amor que no vuelva
todo su vino vinagre;
porque, en efeto, comienza
en anillos, como dicen,
flores, cintas, cartas, letras,
y acaba en dagas, deshonras,
celos, sátiras y quejas.

MAR. Bien haya quien te parió,
que sin tormento confiesas.

FEL. Muy buena casa tenéis.

LAU. Todo, señor, es pobreza;
si yo no tuviera el alma
no cupiérades en ella..

FEL. Buenas colgaduras son
y buenas pinturas éstas.

MAR. Julia, de las telas hablan;
hoy se mejoran las telas.

JUL. Yo apostaré que mañana
pisas diamantes y perlas.

FEL. Lo que más, Laura, me agrada
es el aseo y limpieza.
¿Qué familia tienes?

LAU. Poca,
que es poca, señor, mi hacienda.

FEL. ¿Qué renta tendréis?

LAU. Tendré
seis mil ducados de renta.

MAR. En dinero hablan, Julia;
mañana doblones ruedan
por esta casa, y el patio
todo de escudos se empiedra.
Los caballos de ese coche
en que Laura se pasea
comerán granos de oro
como los que el sol gobierna.

FEL. Ver quiero vuestra familia.

LAU. ¡Ay, señor, será vergüenza!
Llega, Julia.

FEL. Esta, sin duda,
será vuestra camarera.

JUL. Vuestra alteza me conozca.

MAR. Por la mayor embustera
pudiera añadir; agora
le da el Rey una cadena.

LAU. Esta tengo desde niña,
tres esclavas y dos dueñas;
mas no las mandéis salir.

MAR. Y dice bien a su alteza,
que parecerá la sala
un sucio corral de ovejas.

FEL. ¿Quién es este gentilhombre?

MAR. De la boca de su alteza
desde agora lo seré.

LAU. Este de mis padres era
estimado por su honor.

MAR. Señor, la verdad más cierta
es que nací de las tocas
de una dueña reverenda
y me dieron a teñir.

FEL. ¿Y qué más familia os queda?

MAR. Que leído en la escritura
es el Rey por veces treinta,
ha dicho *páter familias*.

LAU. Un escudero que peina
canas honradas y un hombre
que sirve el coche y despensa.

MAR. Sí, señor, es hombre injerto,
si acaso vió vuestra alteza.
juntos martillo y tenazas
o zapatos y chinelas.

FEL. Llamad esa gente.

MAR. Voy.
Hoy toda la casa medra.

LUC. No seré yo, por lo menos;
pues ya es forzoso que pierda
la honra y la vida aquí,
y aun el alma tengo en pena.

Sale el COCHERO *y un* ESCUDERO, *y* CLARINDO, *de gentilhombre.*

MAR. Entrad, que hay salvoconducto.

LAU. Así, Clarindo, tú llega,
que de ti se me olvidaba.
CLA. Puesto que no los merezca,
me dad, señor, vuestros pies.
FEL. ¿De qué servís?
CLA. Bien quisiera
decir que de gentilhombre
de Laura, si yo lo fuera.
MAR. Será muy justa razón
que su alteza favorezca
este mozo, que es muy hábil.
FEL. ¿Qué habilidad tiene?
MAR. Juega
desde que amanece Dios
a las pintas, no a las presas,
dos y tres raciones pára,
y hasta el sombrero y las medias.
FEL. ¿Quién es cochero de Laura?
COCH. Yo, señor.
FEL. Mucha soberbia
debéis de tener.
COCH. ¿Yo? ¿Cómo?
FEL. Quien el coche del sol lleva,
cerca está de despeñarse,
como de Faetonte cuentan.
COCH. Llévole siempre que llueve,
y cerradas las cubiertas,
o cuando hace pardo el día.
MAR. Sí, señor, porque parezca
el coche reloj de sol,
para que sin sol no pueda
señalar horas del día.
FEL. ¿Y vos, buen viejo?
ESC. Pudiera
decir que en llegando a veros
mis años, señor, se aumentan.
FEL. ¿Y tenéis muchos?
ESC. Ninguno,
que los que paso atrás quedan.
FEL. ¿Pues qué tenéis?
ESC. Este día,
si llego hasta que anochezca.
FEL. Qué filósofo escudero.
MAR. Es un santo; no se acuerda
de los años que ha pasado,
piensa que a vivir comienza;
pues él y Matusalén
fueron juntos a la escuela.
Duerme con doce bonetes,
tres lienzos, seis escofietas,
que parece al Gran Sofí
o al Turco cuando se acuesta.
El otro día le hallaron,
si no es que, bellacos, mientan,
dando a un miserable escudo
con una bramante cien vueltas.
Gruñe por siete lechones;
es hidalgo desde César,
porque de Jerusalén
vino su padre a esta tierra.
FEL. Laura, con notable gusto
he conocido esta casa.
LUC. ¿Por qué caminos me abrasa
de tan notable disgusto?
FEL. Volveré muy presto a veros
porque os acordéis de mí.
JUL. ¿Vase el Rey?
CLA. Pienso que sí.
LAU. ¿Cómo puedo agradeceros
tanta merced y favor?
FEL. Aquí os habéis de quedar.
LAU. No tengo más que obligar
que el alma a un eterno amor.

Vase el REY *con* LUCINDO *y los criados de* LAURA.

LUC. ¿Qué te ha parecido?
FEL. Allá
sabrás mil cosas de mí.
MAR. ¿Para aquesto vino aquí?
Oiga el Rey cómo se va.
JUL. ¿Pues qué pensabas?
MAR. Pensé
cuando vi cómo llamaba
la familia que nos daba...
JUL. ¿Qué nos daba?
MAR. ¿Yo qué sé?
Lo que un Rey enamorado.
Y tan tieso como entró
por la puerta se salió
sin volverse a ningún lado.
JUL. ¿No ves que no dan los reyes
cosas con la propia mano?
Amor, de reyes tirano,
es rey de los que hacen leyes.
Desvíate un poco allí,
hablaré con mi señora.
LAU. ¿Julia?
JUL. Señora.
LAU. ¿No es hora
de acostar?
JUL. Señora, sí,
y, aun a estarse un poco más,
de levantarse lo fuera.
LAU. Desnúdame.
JUL. No creyera
lo que he visto; alegre estás.

¿Qué hay de Lucindo?
LAU. No sé.
Muestra aquella salva y guarda
estas joyas.
JUL. ¡Qué gallarda
le hablaste, y qué triste fué
el cuitado de Lucindo!
Yo pensé que se muriera.
LAU. Julia, sin rey considera
al Rey.
JUL. Es galán, es lindo.
Pero si en Lucindo adoras,
¿cómo le tratas ansí?
LAU. No sé qué en el Rey me vi.
JUL. Conozco lo que mejoras
de galán; mas el amor
no tiene más interés
que su gusto.
LAU. Verdad es.
Pero tan alto valor,
¿qué mujer no descompone?
JUL. Algo te ha dicho.
LAU. Yo creo
que ha de obligar mi deseo,
Lucindo, Julia, perdone.
Puedo, si tengo ventura,
llegar donde no me alcance
de vista yo misma.
JUL. El lance
notable dicha asegura
a ti y a tu casa toda;
mas dejarte de casar
habiendo tiempo y lugar
mal a tu honor se acomoda.
LAU. Calla, necia, que no sabes
qué es oír de un rey «yo os quiero».
¿Llaman?
JUL. Sí.
LAU. Mira primero
quién es, y no des las llaves
menos que con mi licencia.

(Sale MARÍN.)

JUL. A llamar tornan.
MAR. Aquí
Lucindo está.
LAU. ¿Solo?
MAR. Sí.
LAU. Lucindo preste paciencia.
Di que ya estoy acostada.
MAR. Voy. [*Vase*].
JUL. ¿Tú respondes ansí?
LAU. Si digo que a un rey oí
«yo os quiero»; no seas pesada.
JUL. Yo te escucho y no lo creo.
LAU. Pues, Julia, no hay que creer
más de que yo soy mujer
y en esta dicha me veo.

(Sale [*otra vez*] MARÍN.)

MAR. Dice Lucindo, señora,
que ha de verte, si se junta
la tierra al cielo.
LAU. Pregunta
si está loco.
MAR. Nadie ignora,
señora, de cuantos viven
qué fuerza tiene el amor
con celos.
LAU. Vete, hablador.
MAR. Que las cosas grandes priven
las pequeñas, fué interés,
LUC. *(dentro)* mas no con descortesía.
LAU. Di que duermo.
LUC. Laura mía.
LAU. ¿Es aquel Lucindo?
JUL. El es.
LAU. ¿Pues en la calle da voces?
JUL. ¿Qué ha de hacer, si le enloqueces?
LUC. ¿Laura, Laura?
MAR. Otras dos veces.
LUC. ¿Ah, Laura?: ¿no me conoces?
JUL. Señora, por Dios, que mires
tu honor; ya rompe la puerta
y la vecindad despierta.
LAU. ¡Hay tal maldad!
MAR. No te admires;
pues a quien hoy adorabas
le tratas como si fuera.
LAU. Pícaro, ¿desa manera
me habláis?
MAR. Si ayer te enojabas
porque faltaba de aquí,
¿cómo te tengo de hablar?
LAU. La cara os haré cortar.
LUC. ¡Laura, duélete de mí!
MAR. ¡Bravo Rey tiene en el pecho!
JUL. ¿Qué se pierde en que le abras
y le escuches dos palabras
por tu honor y tu provecho?
LAU. Abrele, ¡mal le haga Dios!
JUL. Abrele, Marín.
MAR. Yo parto.
LAU. Cuando un caballo descarto
por un rey, ¿qué habláis los dos?
JUL. Señora, las sinrazones

volverán loco al más cuerdo.
LAU. De nada, Julia, me acuerdo.
JUL. A gran peligro te pones.

(Sale LUCINDO.*)*

LUC. Poco a tus criados debo,
pues me dicen que acostada
estás, cuando estás vestida.
LAU. También el vestido es cama
del que se duerme vestido;
sobre aquella silla estaba
fuera de mí, que estas cosas
notablemente me cansan.
Mas ¿cómo vuelves agora,
pues te constan las entrañas
de la vecindad que tengo?
¿Ya no estuviste en mi casa?
LUC. ¿Pues habléte yo, por dicha,
o el Rey, que tan cerca estaba
de tu cara hablando a solas?
LAU. ¿De mi cara?
LUC. De tu cara.
LAU. Más había entre los dos
de mil leguas de distancia;
que no están las caras cerca
cuando no lo están las almas.
LUC. ¿No estábades en dos sillas?
LAU. Pues bien, ¿y qué importa?
LUC. ¡Ay, Laura!,
que en sillas corre el deseo
postas al favor que alcanza.
LAU. Di las locuras que sueles.
LUC. ¿Pues desto, mi bien, te enfadas?
LAU. ¿No me he de enfadar que digas
que la cara que tan cara
te cuesta la compre un hombre,
sea quien fuere, tan barata?
LUC. ¡Alto!: no hablemos en esto.
LAU. Quien habla mal, poco basta.
LUC. ¿Qué te ha parecido el Rey?
LAU. Bien, por Dios. ¿Tan presto hablas
en el Rey?
LUC. Bien dices; fué
descuido.
LAU. Otras cosas trata.
LUC. De no hablarte más en él,
Laura, te doy la palabra.
LAU. Harásme mucho placer.
LUC. Contenta estará tu casa
de ver al Rey dentro della.
Todos como locos andan.
LAU. Bien lo que prometes cumples.
LUC. Pues esto no importa nada.
En fin, ¿acostarte quieres?
LAU. ¿No ves que me desnudaba?
¡Hola! ¿Qué hacéis? ¿No os pedí
más ha de una hora una salva?
Vete, por tu vida, amores.
LUC. Yo me iré luego, mi alma,
si me dices qué te dijo
el Rey.
LAU. Lindamente guardas
las palabras que me das;
pero yo soy tan honrada
que te lo quiero decir.
Díjome que me adoraba
y que era luz de sus ojos.
LUC. ¿Tú, Laura?
LAU. No, sino el alba.
LUC. ¡Oh, fuego de Dios, en ellos!;
pero ¿para qué se abrasan
con más fuego del infierno
que allá atormenta las almas?
¡Vive el cielo, que me espanto!
LAU. ¿Pues tú la mano en la daga?
Anda mis ojos, que estás
loco. Presto, vete, anda.
LUC. No puedo, Laura.
LAU. ¿No puedes?
LUC. No puedo.
LAU. Pues no te vayas;
que yo me iré.
LUC. Tente un poco;
oye, mi señora, aguarda;
oye, por vida del Rey.
¿Con esta vida te paras?
LAU. No, que antes que la dijeras
por la tuya me paraba.
LUC. Vete, ya no quiero hablarte.
LAU. Mejor es irte a tu casa,
Lucindo, que es tarde ya
y te oyeron las criadas.
No te vengues en mi honor,
si te han quedado esperanzas,
de culpas de tu fortuna.
LUC. Pues óyeme una palabra.
LAU. Una y muchas.
LUC. ¡Plega a Dios
que si volviere a tu casa,
ni te viere ni escribiere!...
LAU. No jures.
LUC. ¡Que en campo, en plaza
me mate una bestia fiera
o alguna traidora espada!
Quédate a Dios, enemiga,

vil, cobarde, ingrata, falsa,
mujer al fin.

(Vase LUCINDO.*)*

LAU. Dar en eso...
Todas son mujeres; basta.
Ningún hombre es malo. ¡Ay, Dios!
¿Qué locura temeraria,
qué soberbia, qué ambición
a mi Lucindo me aparta
del alma con que le adoro?
Mas, ¿qué importa que se vaya?
Juegan amor y los celos
a la pelota; amor, saca;
los celos, vuelven. No hay duda;
juró; volverá mañana.

(Váyase.)

MAR. ¿Qué hay, Julia?
JUL. ¿Ya no lo ves?
MAR. No sé, por Dios; sueltos andan
los celos.
JUL. Laura es discreta;
a Lucindo adora y ama;
pero ve lo que le importa
conquistar del Rey la gracia.
MAR. Como pescador de red
sois las mujeres: que saca
el lance, y los peces chicos
vuelve a arrojar en el agua.
JUL. ¿Y si es grande?
MAR. ¡Ay, Julia, Julia!;
cuando es gordo, a la brujaca.

ACTO SEGUNDO

(Salen ROBERTO, LEONIDA *y* OTAVIO, *hermano de* LEONIDA.*)*

ROB.
El parabién te vuelvo a dar mil veces.

LEO.
Y aun le parecen pocas a mi hermano,
pues con tan justo amor las encareces.

OTA.
Huye el amor del cumplimiento vano.

ROB.
Bravo soldado viene.

OTA.
Tú pareces,
Roberto, el más gallardo cortesano.

ROB.
¡Oh si llegaras para ver las fiestas!

OTA.
Las que no pude ver resuelvo en éstas.

ROB.
En jornadas de mar nadie prometa,
porque es locura «llegaré tal día».

LEO.
Pensar en ella el alma me inquieta.

OTA.
A las fiestas pensé que llegaría;
pero mi pensamiento fué cometa;
sospecho que murió cuando nacía.
El mar quiso ser cielo, y su azul velo,
vió peces por estrellas en el cielo.

ROB.
Si llegaras, salieras a la justa.

OTA.
Saliera por lo menos al torneo.

ROB.
Ese fué bueno; mas la justa, injusta.

OTA.
Alguna breve relación deseo.

ROB.
Casóse, Otavio, la divina Augusta,
Duquesa de Arles, y el galán, Liseo,
por ventura celoso y despreciado,
trazó la justa de paciencia armado.
Della para la noche de aquel día
concertaron sus deudos el torneo.

OTA.
¿Saliste en él?

ROB.
No pude, aunque tenía
de parecer galán algún deseo.
Mantúvole con mucha gallardía
Lisauro, primo hermano de Liseo;
colores blanco y nácar, diez padrinos
por sangre y gala de alabanza dinos.

OTA.
¿Empresa?

ROB.

Un Fénix.

OTA.

¡Qué común empresa!

ROB.

No mucho; con la letra, cuando midas
el sentido al amor, que amar confiesa:
«Muero mil veces para dar mil vidas.»
La tienda blanca, en cuatro partes presa
de cuerdas de oro y nácar, esculpidas
las armas, y la empresa tuvo enfrente,
y por remate un sol resplandeciente.
Con música y aplauso entró Finardo,
de amarillo y azul, aventurero,
tan bizarro y galán como gallardo.

OTA.

¿Llevaba empresa?

ROB.

Un sol con un lucero;
la letra dió su primo Belisardo:
«Con él vengo a nacer y con él muero».

OTA.

Buena letra.

ROB.

Lucero, en fin, se llama,
que nace y anochece con su dama.

LEO.

Soy de desconfianzas más amiga.

ROB.

Si fué dichoso, déjale, señora,
que sus venturas en las fiestas diga.

OTA.

¿Salió Rugero, esposo de Teodora?

ROB.

Calza encarnada y una blanca liga
sacó Rugero, y el arnés, que dora
de mil estrellas, tan luciente y claro
que pudiera servir de antorcha a Faro.
Una T grande en un escudo hacía
la letra, y puesto alrededor, «adora»
«que te adora», parece que decía,
para decir que adora en su Teodora.

LEO.

¡Qué grosero blasón Ruger traía!
En fin, las leyes de la empresa ignora.

OTA.

Bien puede disculparle el ser casado.

LEO.

De ser discreto, no; de enamorado.

ROB.

Con unas armas negras, calza y plumas
salió Feniso, y el extremo dellas
con dos estrellas, que entre tantas sumas
no quiso más.

LEO.

Debió de ver con ellas.

ROB.

La letra dice: «Aunque el favor presumas,
para mi noche bastan dos estrellas».

LEO.

Esa me agrada, que los ojos bellos
conozco yo.

ROB.

La noche pasa en vellos.
De pajizo, morado y blanco, luego
salió famosamente Claridano;
por empresa un halcón atado y ciego,
asido y puesto en una blanca mano.

OTA.

La empresa tiene vista.

LEO.

No lo niego;
sin letra, queda el pensamiento llano.
Mas, ¿cómo dijo, en fin?

ROB.

«Mientras me tiene.»

LEO.

Ciego y preso se pinta.

OTA.

Bien le viene.

ROB.

De verde y plata y un penacho verde,
cuyas puntas enlaza un seco espino,
salió Roselio.

OTA.

Ese hombre el tiempo pierde.

ROB.

Eso mismo la letra a decir vino.

LEO.

¿Cómo?

ROB.

«Mis esperanzas.»

OTA.

Que se acuerde,
Roberto, de las letras.

ROB.

Por padrino
Félix trajo al gigante Polifemo.
En cuerpo y traje al vivo por extremo.

OTA.

¿Qué color?

ROB.

Naranjado solamente.
Iba con el gigante un bello enano
que dió esta letra, al parecer prudente:
«Mis méritos».

OTA.

Valiente cortesano.

ROB.

El gigante, apartándose la gente,
dió la suya al juez con propia mano.
«Mi amor», decía.

LEO.

Qué gallardo amante.
Enano, su valor; su amor, gigante.

ROB.

Pintarte montes, sierpes y dragones
será cansarte.

OTA.

¿No salió Lucindo,
nuestro amigo, que en tales ocasiones
suele preciarse de galán y lindo?

ROB.

Anda Lucindo en otras pretensiones.

OTA.

Si son del Rey, la competencia rindo.

ROB.

Antes compite con el Rey agora
por una dama ingrata aquien adora.

OTA.

¿Sírvela el Rey?

ROB.

Desde esta misma fiesta.

OTA.

¿El nombre?

ROB.

Laura.

OTA.

A Laura, de su primo,
traigo una carta, y ocasión es ésta
para tener en Laura un firme arrimo.

ROB.

Del amor de Lucindo descompuesta,
estima al Rey.

OTA.

Y yo mi dicha estimo;
a visitarla voy, la carta llevo.

ROB.

Esto en la corte, Otavio, es lo más nuevo.
Vamos, que quiero, a verla, acompañarte;
tengamos todos parte en esta dicha,
aunque Lucindo el corazón me parte
y siento como propia su desdicha.

OTA.

Hermana, adiós.

ROB.

Después quisiera hablarte.

(Sale LUCINDO *por otra parte.)*

LEO.

Déjale y vuelve.

LUC.

Por la historia dicha
me detuve, Leonida, tan forzado,
que he estado de esperar desesperado.

LEO.

¿Por qué no entrabas y a mi hermano hablabas?

LUC.

Porque me importaba hablar contigo a solas;
que andan las olas de mi amor tan bravas
que los cercos del sol parecen olas.

LEO.

¿Ayer que aborrecías no jurabas
a Laura?

LUC.

¡Ay, Dios, que son palabras solas!

Juré verdad; que amor es accidente
que adora y aborrece juntamente.

LEO.

¿Pues cómo la aborreces y la adoras?

LUC.

Porque mi alma en tantos desconsuelos
hace por el discurso de las horas,
Leonida, un tornasol de amor y celos.
¿La condición del tornasol ignoras?

LEO.

Ya sé sus visos a diversos velos.

LUC.

Pues tal soy yo; que a luces diferentes
amar y aborrecer tengo presentes.

LEO.

¿Prosigue el Rey su intento?

LUC.

Está perdido.

LEO.

¿Tú has visto a Laura?

LUC.

No, que lo he jurado.

LEO.

¿Pues cómo sufres tanto?

LUC.

De ofendido.

LEO.

¿No la pretendes ver?

LUC.

No me ha llamado.

LEO.

¿No era grande su amor?

LUC.

Mayor su olvido.

LEO.

¿Qué le cansó de ti?

LUC.

Ser desdichado.

LEO.

Olvida.

LUC.

¿Cómo puedo?

LEO.

Dale celos.

LUC.

¿Con quién?

LEO.

¿No han hecho otra mujer los cielos?

LUC.

¿Quieres tú que yo vaya y sirva agora
otra mujer?

LEO.

¿Pues no?

LUC.

¿Cómo es posible?
Mal finge amor ajeno quien adora.

LEO.

Pues no hay medio a tu amor más convenible.

LUC.

No dudes; no podré fingir, señora,
y hablar otra mujer es imposible.
Si tú quisieras, ¡ay, Leonida mía!:
contigo sí que a Laura abrasaría.

LEO.

¿Conmigo?

LUC.

¿Pues con quién?

LEO.

Pide a Roberto
licencia.

LUC.

Si él lo sabe ha de estorbarte.
Ten lástima de mí, da vida a un muerto,
hierra mi rostro.

LEO.

Estoy por agradarte.
Mas temo que resulte un desconcierto.

LUC.

¿Pues qué disgusto puede resultarte
de fingir, ¡oh Leonida! que me quieres?
Para fingir nacisteis las mujeres.
Visita a Laura, así mil años vivas;
dile que sabes tú que a Laura adoro
y que por su ocasian de mí te privas;

que soy tu luz, tu vida y tu tesoro;
dile que son tus penas excesivas
después que sabes tú que la enmoro
y que ha días o meses que te engaño
con apariencias de un amor extraño.
Cuéntale gracias que jamás yo tuve
y mentiras, pues soy tan desgraciado,
di que todo este tiempo te entretuve
con firmas y palabras que te he dado.
Di que pues ella quiere al Rey, y sube
del humano poder al mayor grado,
te deje a mí, que por sus celos mueres.
Para fingir nacisteis las mujeres.
¡Oh, Leonida!: ¿qué piensas? Si quisiera
que me quisieras verdaderamente,
que lo pensaras justa cosa fuera;
mas, ¿qué puede importar fingidamente?

LEO.

Si Roberto lo sabe, considera
que no ha de verme más.

LUC.

Cuando él intente
usar ese rigor, de cualquier daño
te ha de librar, Leonida, el desengaño.
Dirémosle del modo que esto ha sido;
fuera de que él, de mi amistad pagado,
conoce mi verdad.

LEO.

Tú me has vencido,
a lo que nunca hubiera imaginado;
yo digo que lo haré.

LUC

Los pies te pido.

LEO.

¿Adónde vive Laura?

LUC.

Mi criado
Leonardo te dirá la casa.

LEO.

El cielo
te guarde.

LUC.

Al tuyo de mi agravio apelo.

(Vase LEONIDA.*)*

Todo es trazas, amor; todo es engaños.
Bien dijo Ovidio que el amor es guerra;
milita el que ama, y en su campo encierra
varios ardides contra varios daños.
Aborrece el amor los desengaños,
puesto que sabe que en dejarlos yerra,
a los consejos los oídos cierra
y pasa en breves horas largos años.
Están dos voluntades frente a frente,
siempre en batalla, y siempre tan profunda
que queda la victoria indiferente.
Desta porfía la inquietud redunda,
porque es amor una verdad que miente
y una mentira que en verdad se funda.

(Váyanse, y salgan JULIA *y* LAURA *con una carta.)*

LAU. Notable carta.
JUL. Los dos
que la trajeron, señora,
tienen gran lugar agora
con el Rey.
LAU. Guárdele Dios;
que ya por él, Julia amiga,
toda Hungría me respeta.
JUL. Quiera amor que tan discreta
siempre su afición prosiga.
LAU. Siento que se sepa tanto.
JUL. ¿Qué importa, si honestamente
te ama el Rey?
LAU. La vulgar gente
es cruel.
JUL. Mucho me espanto
que no haya venido más
Lucindo a verte.
LAU. Y yo estoy
tan triste que apenas doy
paso que no vuelva atrás.
No entendí que lo sintiera,
cuando aquí le desprecié
tanto, porque, al fin, pensé
que por lo menos me viera.
Pero valerosamente
se ha resistido.
JUL. Un agravio,
señora, en un hombre sabio
dentro del alma se siente.
Bien la palabra cumplió
de no verte más.
LAU. También
pienso que quien quiso bien
nunca celoso olvidó.
A fe, Julia, que le cuesta
sus ciertas penas estar
sin verme.
JUL. El verte quedar

para amar al Rey dispuesta,
temo que le haya ocupado
en otro gusto.

LAU. No aciertas.
Yo te digo que mis puertas
saben mejor su cuidado.

JUL. Confiada pienso que eres;
los discretos no lo están.

LAU. Cuando los hombres se van,
Julia, con otras mujeres,
es cuando son estimados;
porque en siendo aborrecidos,
inhábiles y perdidos
los dejan gustos pasados.
Cuando a este juego de amor
ganan, darán de barato
alguna traición al trato,
que cansa el mucho favor.
Mas, dejados y celosos,
andar en gustos ajenos,
no lo creas; que, a lo menos,
son remedios muy costosos
y que los hacen volver
con más amor al pasado.

JUL. Una cosa he deseado
saber, aunque soy mujer:
cómo lo pasan mejor
con nuevo amor las mujeres,
si, por lo que tú refieres,
vuelven al pasado amor
los hombres enamorados
desde los gustos ajenos.

LAU. Porque han de ser, por lo menos,
los que han de tener cuidados
de regalar y querer,
de fingir y hacer amores:
y esto de comprar favores
los hace, Julia, volver.
Una mujer, aunque está
de otro gusto enamorada,
mejor pasa regalada
del que la entretiene y da.
Porque ella no ha de obligarse
a fingir, querer ni dar,
y para dejarse amar
cualquiera puede esforzarse.

JUL. Sutil materia, y tan cierta
que no hay que contradecir.

(Sale MARÍN.*)*

MAR. Si albricias debo pedir,
su alteza queda a la puerta.

(Salen FELISARDO REY *y* URBANO.*)*

LAU. A buen tiempo.

FEL. Laura mía.

LAU. Señor.

MAR. Qué presto subió.

LAU. El mía agradezco yo,
que el Laura ya le tenía;
que en decir vos que soy vuestra
me hacéis el mayor favor.

FEL. Para mí, Laura, el mayor
es el que tu amor me muestra.
Todo este reino de Hungría
y el mundo, de mar a mar,
no puede, Laura, igualar
a decir tú que eres mía.
La gloria de mis pasados,
sus hazañas y memorias
y las presentes victorias,
laureles tan bien ganados,
de bajaes de Albanía
que me intentan molestar,
no puede, Laura, igualar
a decir tú que eres mía.
Los tesoros de la tierra
de que es un reino capaz,
poseídos en la paz
o ganados en la guerra;
la romana monarquía,
que es el supremo lugar,
no puede, Laura, igualar
a decir tú que eres mía.
Pero lo cierto, mi bien,
es que me precio de vuestro.

MAR. Qué bien habla.

JUL. Dulce y diestro.

MAR. El paga mal y habla bien.

LAU. Los imperios de la tierra,
regalos, diamantes, oro,
todo el inmenso tesoro
que el indio remoto encierra;
el único señorío,
del mundo, el mayor valor,
no igualan, Rey, mi señor,
a decir vos que sois mío.
La adorada majestad,
la paz que engendra abundancia,
la hermosura, la elegancia,
la salud, la verde edad;
mandar desde el Norte frío
hasta el más adusto ardor
no iguala, Rey, mi señor,
a decir vos que sois mío.

La más segura quietud
del que no teme ni espera
el tener la envidia fiera
a los pies de la virtud;
gozar el libre albedrío,
que es el tesoro mayor,
no iguala, Rey, mi señor,
a decir vos que sois mío.

MAR. Todas estas, Julia, son
muy finas borracherías;
yo veo que aquestos días
como la misma ración.
Pudríase un hombre honrado
de un tapiz donde miraba
un cazador que tiraba
un arcabuz a un venado;
de que siempre que venía
a su casa y le miraba
nunca el tiro ejecutaba
ni el venado se movía.
Tanto, que de puro enfado
los tapices, que vendió,
a unos damascos trocó,
y dijo muy descansado:
«Vayan los dos noramala,
el uno a nunca tirar
y el otro a esperar y dar
pesadumbre en otra sala.»
Ves aquí, Julia, el tapiz;
el Rey, hablando sin dar
muestra que quiere tirar
a nuestra queda perdiz.
Pues si todo para en gala,
ni ella vuela ni el la tira,
ya se cansa quien los mira;
enfaden en otra sala.

JUL. Cierto que tienes razón,
y que conozco que tiene
más dicha mujer que viene
a más humilde afición.
El Rey es sol que desmaya;
no hay mirar su resplandor.

MAR. ¿Quién dirá, Julia, a un señor:
«yo he menester una saya»?
¡Oh, bien hayan los amores
de por acá, el pan por pan
y el vino por vino!

JUL. Están
en pámpanos los favores.
Deja tú que determine
saltarse un día el poder,
que todos hemos de ser
Príncipes.

MAR. Dios lo encamine.
Que hasta agora Laura come
su olla y su asado, y yo
mi pan y catorce.

JUL. Dió
en callar.

MAR. Pues hable y tome.
Que a quien se puede culpar
es a una mujer que pela
a un pollo a pura cautela,
que a un águila no es pelar.
Las plumas tiene sobradas
este pájaro real;
pele y pida ¡pesiatal!;
juegue oros, deje espadas.
Quieren los grandes señores
que les pidan, y aquí están
las causas porque ellos dan
a bufones y habladores.
No verás que dan a un sabio,
y es porque calla, en efeto.

JUL. Luego el callar es discreto.

MAR. No, Julia, en el propio agravio.

LAU. Vino, señor, como digo,
un Otavio, criado vuestro,
con Roberto.

FEL. A los dos muestro
amor.

LAU. Hablaron conmigo.
En razón deste soldado
que contra el turco pelea
por serviros, y desea
verse de algún cargo honrado.
La carta es esta, señor,
que en esa mano real
servirá de memorial.

FEL. Yo le haré todo favor.

MAR. Mirad qué coronelía
o qué bastón se le suelta.

FEL. Yo voy al campo, y de vuelta
te vendré a ver, Laura mía.
Queda con Dios.

LAU. Aunque Urbano
es muy fiel y discreto,
que me huelgo te prometo
de que pasen por la mano
de Lucindo nuestras cosas.
Mándale que venga acá.

FEL. Yo lo haré.

JUL. Ya el Rey se va.

MAR. Parecemos mariposas,
que a todos ciega su luz.

JUL. Queda se está la perdiz.

MAR. O vendamos el tapiz
o dispare el arcabuz.
FEL. Urbano.
URB. Señor.
FEL. ¿Qué es esto
de querer Laura que aquí
venga Lucindo?
URB. De mí
no se sirve tanto en esto.
Dél se debe de agraviar.
FEL. Cuidado llevo.
URB. Es gallardo
Lucindo.
FEL. Ya me acobardo
y me arrepiento de amar.
Si habla me habla en él
tan sin propósito, Urbano.
URB. Mira que te escucha.
FEL. En vano,
por Dios, me recelo dél;
que él es leal y ella adora
mi pensamiento.
URB. Es ansí.
Mas déjame el cargo a mí
para saber desde agora
lo que hay en este secreto.
FEL. Vamos, que me está mirando.
URB. La envidia me va mostrando
causa de un notable efeto.

(Vanse los dos y sale CLARINDO.*)*

CLA. Desde que el Rey está aquí
tengo escondida una dama
que quiere hablarte.
LAU. Pues llama
la dama, y que me hable di.
¿Es persona de importancia?
CLA. En una silla ha venido,
instrumento sin ruido
y de sorda consonancia.
Dijo un celoso amador,
que destas sillas se enfada,
que eran vainas de la espada
con que se mata el honor.
LAU. Mejor dijera recelo,
que el interés sin deshonra
pone esta silla a la honra
para no corrella en pelo.
Pero yo no soy galán,
quitada está la sospecha.

Sale LEONIDA.

CLA. Ya viene.
LEO. Dadme las manos.
LAU. Dadme, señora, las vuestras.
LEO. Suspensa he quedado en ver
vuestra mucha gentileza;
tanto, que me he desmayado,
bellísima Laura, en verla.
LAU. Pues sentaos, que no es razón
que en verme se desvanezca
cabeza tan bien tocada.
LEO. No es mi mal de la cabeza.
LAU. En confusión me habéis puesto.
LEO. Mandad que se salgan fuera
estos criados.
LAU. Hacéis
estas sospechas más ciertas.
¡Hola!, allá fuera salid.
MAR. ¿Quién será aquesta Belerma
que nos echa de la sala?
CLA. Como viene aquí su alteza,
será alguna impertinente
que la querrá hacer tercera
de alguna negociación.
MAR. Pues muy buen despacho lleva,
porque el Rey regala a Laura;
que, como tú sabes, ruedan,
Clarindo, por estas salas
los diamantes y las perlas.
LAU. Ya estamos solas; decid.
LEO. Leonida soy, Laura bella;
de Otavio hermana.
LAU. Conozco
a Otavio, y mucho me pesa
de no os haber conocido;
que por vuestra fama y prendas
fuera yo muy vuestra amiga.
LEO. Yo soy servidora vuestra.
Días ha que quise hablaros,
y aunque una celosa pena
me hizo fuerza, venció
vuestro respeto su fuerza.
Ya, Laura, no puedo más.
LAU. ¿Lágrimas?
LEO. Que me enternezca
no os admiréis; que estas cosas
la vida, el alma me cuestan.
LAU. Sólo con nombrarme celos
las disculpo, y no quisiera
ser yo la causa, Leonida,
por todo el bien de la tierra.
El Rey ha entrado en mi casa
con voluntad tan honesta,
que ha venido a persuadirme
y a tener por cosa cierta
que son imágenes sacras

y espíritu, donde apenas
hay corteza material;
aquí tan compuesto llega,
que ya es dueño desta casa;
pues si de otra suerte fuera,
me saliera desta corte.

LEO. Yo no tengo del Rey queja;
pues si es por disimular,
ya es tarde.

LAU. Yo no dijera
cosa a la verdad contraria.
Digo que viene su alteza
sólo a entretenerse aquí.

LEO. Digo que no sé si entra
su alteza en aquesta casa,
ni me importa cuándo sea
para que disimuléis.

LAU. ¿Yo, cómo?; que la nobleza
de vuestro hermano me obliga
a no pensar menos prendas.

LEO. Pues mucho menores son,
y que vuestro gusto precia
más que al Rey, porque no hay otro
mayor donde el gusto reina.

LAU. No os entiendo.

LEO. ¿Tanto olvido?
Pues Lucindo no se queja
de olvidado, que se alaba
de que os olvida y desprecia.

LAU. ¿Lucindo?

LEO. ¿Pues tan de espacio
le nombráis?

LAU. No os lo parezca;
que en verdad que os ha engañado
por daros celos.

LEO. Si fuera
verdad os diera estos ojos.

LAU. Guardadlos, por vida vuestra,
para matar a Lucindo
y para que espejos sean
del mismo sol que los mira.

LEO. Mejor que cegaran fuera
ojos que no saben darme
más que lágrimas y penas.

LAU. ¿Ha mucho que conocéis
a Lucindo, o es muy nueva
esta afición?

LEO. Ha tres años.

LAU. Tres años; mentira es esa.

LEO. ¡Pluguiera a Dios!; aunque hay días
que de visitarme deja;
que deben de ser, por dicha,
los que a visitaros entra.
Yo estaba ya descuidada
y de mis celos tan ciega
que papeles y retratos,
cintas, memorias y prendas
había hecho mil pedazos;
y es tan falso, que a mi puerta
llegó puede haber seis noches
y con la voz de sirena
me dijo: «Leonida mía,
abre a Lucindo, que llega
desengañado de Laura
a conocer tu firmeza.
Celos de un cierto Roberto,
que dicen que te pasea,
discreto, galán y rico,
me hicieron servirla y verla».
Para desapasionarme
quise, Laura, hacerme fuerza
y no pude; que el amor,
aunque mostraba tibieza
en la cara de Lucindo,
le daba con las centellas.
Abríle; ya soy su amiga.
Mas anoche, ¡ay Dios, qué pena!;
no me vió como solía;
sin duda vino a tus rejas;
entretuvístele, Laura.
Yo moriré; mas no seas
cruel, pues tienes un rey;
porque harás que el Rey lo sepa;
que con celos hablaré
al Rey y al cielo.

LAU. No creas,
Leonida, que estuvo aquí;
que si llegara a estas puertas,
creo que a darle de palos
de sus quicios se cayeran.
Mujeres tiene la corte
donde mejor se entretenga;
que yo, señora Leonida,
no pienso que soy de aquellas
que entretienen los galanes

(Levántese LAURA.)

de otras.

LEO. Si hablé descompuesta,
que me perdonéis os ruego;
que amor a quien celos ciegan
es un caballo feroz
que corre sin freno y riendas.

LAU. No tengo yo pesadumbre,
Leonida, aunque lo parezca,
en cosas que no me importan.

Antes mi deseo os ruega
que seamos muy amigas.

LEO. Esclava seré yo vuestra
si me dejáis a Lucindo,
que tantas penas me cuesta.

LAU. Si sabéis que el Rey me estima
y que Lucindo se queja
tened por ciertos los toros.

LEO. Dios os guarde.

LAU. Julia, Estela.

(Sale JULIA.*)*

¡Hola!

JUL. Señora.

LAU. A Clarindo
y Fabio, con diligencia,
presto, para que acompañen
esta señora.

LEO. Eso fuera
destruirme, porque puede
verme Lucindo.

LAU. No sea.

(Váyase LEONIDA.*)*

JUL. ¿Qué tenemos?

LAU. Celos.

JUL. ¿Celos
de quién?

LAU. De Lucindo son.

JUL. De Lucindo, ¿a qué ocasión?

LAU. No sé, válganme los cielos.

JUL. ¿No te dije que temía
que se quisiese vengar?

LAU. Que no hay suerte sin azar...

JUL. Pues, en fin, ¿qué te quería?

LAU. Pedirme que le dejase
a Lucindo, pues me quiere
el Rey; por Lucindo muere,
Julia, porque yo me abrase.

JUL. ¿Eso dices?

LAU. Entretanto
que pensé que aquel traidor
lloraba de puro amor,
no supe que amaba tanto.
Mas ya que aquesta mujer
dice que ha vuelto a su casa,
el alma en celos me abrasa,
que infiernos deben de ser.
No hay cosa que no acobarden;
celos son del seso dueños,
y unos infiernos pequeños
adonde las almas arden.
¡Ay de mí, que me ha dejado
loca! Veneno me dió.

(Sale MARÍN.*)*

MAR. Aquí Lucindo llegó.

LAU. ¿Quién?

MAR. Lucindo.

LAU. Hasme alterado:
saltos me da el corazón.

JUL. ¡Buena los celos te han puesto!

LAU. Aguarda, no entre tan presto;
pasará la turbación.

MAR. ¿Cómo toma la venida
de Lucindo mi señora?

JUL. ¡Ay, Marín!, cómo le adora.

MAR. ¿Por tu vida?

JUL. Por tu vida.

MAR. ¿Esas eran las bravatas?

JUL. Hay celitos de hoy acá.

MAR. Haz cuenta, Julia, que está
en el río y sin zapatas.

JUL. ¿No ves cómo está aguardando
que pase la turbación?

MAR. Las telas del corazón
vide a Juana estar lavando.

LAU. ¡Oh, amor, yo me voy a pique;
muerta soy, celos me han dado!

(Asocarradamente.)

¡Válame Dios, que he llegado
a que un Rey no me despique!
Yo me he de morir pensando
que otro se estaba muriendo.

MAR. Iba a decirle riendo,
y díjele suspirando.

LAU. Bien nos llamaron ingratas
y locas a las mujeres.

MAR. Si estás loca y si te mueres,
di, Juana, ¿por qué me matas?

(Sale CLARINDO.*)*

CLA. Lucindo, en la primer sala,
que más adentro solía,
dice que verte querría.

LAU. Pues idos vos noramala.

CLA. Para ti dice que trae
un recado de su alteza.

LAU. Yo me muero de tristeza;
nadie en mi tristeza cae.
Aguarda, Clarindo, un poco.

CLA. Dice que se volverá
si estás ocupada.

LAU. Está
libre; ya me tiene en poco.
Triste, ¿qué tengo de hacer?

(Sale el ESCUDERO.*)*

ESC. Señora, Lucindo espera

que le des licencia.
LAU. ¡Afuera,
dulce amor!; ¿soy vil mujer
o soy hija de Lisardo,
Duque de Belgrado?
ESC. Mira
que si agora se retira,
o tarde o nunca le aguardo. (1)
Dos criados trae cargados.
CLA. Dice Teobandro muy bien;
deja, señora, que estén
los tales desocupados,
y búrlate de Lucindo.
LAU. ¿Criados cargados?
CLA. Tanto,
que de que sufran me espanto
lo que yo en mirar me rindo.
LAU. ¿Pues qué traen?
CLA. No lo sé;
algo que te da su alteza.
MAR. ¿Ves cómo, en fin, la grandeza,
Julia, aunque tarde, se ve?
JUL. Eso yo te lo decía,
y que puesto que tardaba
el Rey, era Rey.
MAR. Buscaba
esta ocasión.
JUL. Llegó el día.
¿Qué traerá?
MAR. ¿Dos mil diamantes
y doscientos mil escudos?
LAU. Que estáis, intereses mudos,
mirando a amor.
JUL. No te espantes,
que es gran fuerza la de amor.
LAU. ¿En efecto, los criados
vienen, Clarindo, cargados?
CLA. Detenellos es rigor.
LAU. Di que entre Lucindo.
CLA. Voy.
LAU. Yo tiemblo llena de celos.
MAR. Razonables son los duelos
con oro.
LAU. Muriendo estoy.

(Sale LUCINDO.*)*

LUC. El Rey, mi señor, me ha dicho,
Laura, que te venga a ver.
Yo le obedezco; que, en fin,
es mi señor y mi rey.
¿Qué es lo que me quieres, Laura?
LAU. ¿Yo qué te puedo querer?
¿Tú no eres del rey criado?
LUC. Sí soy.
LAU. Pues sirve; eso fué.
Manda que esos pajes tuyos
lo que vienen a traer
entreguen a Julia luego.
LUC. A Julia, Laura, ¿por qué?
LAU. Porque aunque sean tesoros
que su majestad me dé,
se pueden fiar a Julia.
LUC. Eso juro yo también;
pero no me ha dado a mí
su majestad qué traer.
LAU. ¿Pues qué traen tus criados?
LUC. Prendas que de quí llevé.
Tengo ya mi gusto allá;
préciome de hombre de bien,
y no quiero hacienda tuya.
LAU. ¿Luego su alteza no fué
quien te ha dado lo que traen?
LUC. ¿Pues de un rey había de ser
presente entre dos criados?
¡Donaire tienes, a fe!
Sesenta mil elefantes
o dromedarios de Fez
no pudieran conducir,
Laura, un presente de un rey.
Aquí viene un escritorio,
más que de oro, de papel,
que tú me diste, con llave,
para escribirte una vez.
También te traigo un baúl,
cosa de poco interés,
en que hay, Laura, ropa blanca,
y pienso que nueve o diez
brincos de vidrio o cristal;
cintas, retratos que ayer
retrataban tu firmeza
y hoy tu mudanza.
MAR. ¡Oh, qué bien
se nos ha lucido a todos
del señor Rey la merced!
Dile a Laura que reparta
este baúl; que este rey,
más que de oros, es de bastos;
¡Plega a Dios que no los dé!
LAU. Si el Rey te mandó venir
para servirme, no fué
para aquestas necedades.
LUC. ¿Soy yo necio? Laura, erré.
LAU. La casa erraste a lo menos.
Las prendas deben de ser

(1) Esto parece que debe decirlo la misma Laura, pero el verso siguiente, sí lo dirá el Escudero.

de la señora Leonida.
LUC. ¿Qué Leonida?
LAU. ¡Bien, a fé!
Una de perlas y de oro,
más carmesí que un clavel,
más que una mosqueta blanca,
más sabia que un ajedrez,
que aquí me ha desafiado,
celosa, necia. Ahora bien;
vete con Dios, que esta casa
y cuanto en ella se ve
y no se ve, que es el alma,
y sus potencias también,
es de Felisardo, un hombre,
Rey por sangre, a toda ley;
ángel por talle; Alejandro
por dar.
LUC. Su reino te dé,
que a mí no se me da nada;
porque luego que mudé
el pensamiento en Leonida
dije: ¡oh, plega a Dios que estén
el Rey y Laura mil años
como en las aguas el pez,
como en los aires el ave
y en tierra fresca el laurel!
¿Mándasme otra cosa?
LAU. No.
Antes a amor rogaré
que estén Lucindo y Leonida
por siempre jamás amén,
como está el Rey en su casa,
en su tienda el mercader,
el labrador en su trillo
y en su distrito el juez.
LUC. ¿Mandas otra cosa?
LAU. No.
LUC. Pues di, Laura, ¿para qué
dijiste al Rey me enviase
a tu casa?
LAU. Para ver
la necedad que había hecho
en quererte, y el Argel
de donde el alma salía.
LUC. ¿Y qué te parece?
LAU. Hallé
que debía de estar loca.
LUC. ¡Oh, qué gracioso desdén,
a no cogerme en los brazos
de un ángel!
LAU. ¿Angel o qué?
Mira si es ángel caído
o de los que están en pie.
LUC. ¿Risa, Laura? ¡Vive Dios,
que te abrasas.
LAU. Bueno, ¿quién
le ha dicho que yo me abraso?
¿No sabes que soy mujer?
LUC. No importa, que el corazón
por los ojos se te ve.
¡Vive Dios, que estás llorando!
LAU. Bueno, ¿se me echa de ver?
Pues no vuelva acá en su vida.
¿Oye?; porque no le dé
pena el verme llorar tanto.
LUC. Adiós, mi reina.
LAU. Hago bien.

(Vase LUCINDO.*)*

MAR. Feos habemos quedado.
JUL. Bravo presente.
LAU. Pensé
que el Rey mostraba este día
la cifra de su poder,
y viene este mentecato
por lo menos a traer
un baúl de necedades.
LAU. ¡Hola!; el coche.
JUL. ¿Para qué?
LAU Para ir al campo, que quiero
desenfadarme.
JUL. Harás bien.
LAU. Muerta voy; celos, tenedme,
o aquesta noche me iré
a los brazos de Lucindo.

(Váyase LAURA.*)*

MAR. Rey Mago es aqueste Rey.
JUL. ¿Cómo?
MAR. ¿No los ves pintados
con una copa, en Belén,
sin soltalla de la mano?
JUL. Bien dices, Rey Mago es.

(Vanse y salen ROBERTO *y* OTAVIO.*)*

ROB.

Belleza ofrece el campo.

OTA.

Entre estas fuentes
quise, Roberto, hablaros en secreto,
que de mis ojos han estado ausentes.

ROB.

Alguna gran desdicha me prometo.
Competidores que no son valientes,
para dar a su infame envidia efeto,

vengarse suelen en papeles tales
que infaman las mujeres principales.
Algo le han dicho a Otavio de su hermana.

OTA.

En fin, Roberto, aquella carta ha sido
veneno para mí.

ROB.

Cosa inhumana,
si veneno en la carta habéis traído.

OTA.

La carta, no, que la beldad tirana
de Laura, a quien la he dado, me ha rendido;
aquí se funda todo mi secreto.

ROB.

Cuidado me pusistes, os prometo.

OTA.

¿Podré servir a Laura?

ROB.

Es imposible.

OTA.

¿Por qué?

ROB.

Porque es del Rey servida Laura,
con que queda su fuerza inacesible;
no pierda el tiempo amor que mal restaura.

OTA.

¿Viste cosa más bella y apacible?
¿Qué céfiro jamás moviendo el aura
de su aliento odorífero ha tocado
tal mosqueta en jardín, tal rosa en prado?

ROB.

Otavio, amor en los principios tierno
puede ser resistido fácilmente,
que si llega a crecer parece eterno,
porque remedio ni favor consiente.
El gusto a la razón rinde el gobierno,
y como el gusto a gobernar se siente;
que república fué tan mal regida,
pensé que me tratara de Leonida.

(Salen LAURA, *con manto, y* JULIA.*)*

LAU. Si no saliera a dar voces
a estos campos, Julia amiga,
matárame la fatiga,
que de mis celos conoces.
Lleguémonos a estas fuentes;
veré en ellas si soy yo
a quien Lucindo engañó.

JUL. Ni te pares ni te sientes,
que los dos que están allí
son de Leonida el hermano
y el galán que piensa en vano
que adora en él.

LAU. ¡Ay de mí!
¿De modo que este Roberto
quiere a Leonida?

JUL. La adora.

LAU. ¿Cómo podré, Julia, agora
hacer algún desconcierto?

JUL. ¿Qué es lo que quieres hacer?

LAU. Tápate y déjame a mí.

JUL. Mira, señora, por ti.

(Tapada, LAURA.*)*

LAU. Julia, déjame perder.
¡Ah, hidalgo!

OTA. ¿Llamáisme?

LAU. No.

OTA. ¿Pues a quién?

LAU. A vuestro amigo.

ROB. ¿En qué os sirvo?

LAU. Si al testigo
no le conociera yo,
más descubierta os hablara.
Templad la furia a Leonida,
vuestra dama, que, atrevida,
poco en vuestro honor repara.
Hoy me ha venido a pedir
de Lucindo bravos celos.

ROB. Vos mentís.

LAU. Saben los cielos
que no he sabido mentir,
aunque he nacido mujer,
que no todas mienten.

ROB. Yo
conozco a Lucindo.

LAU. Dió
Lucindo agora en querer
a Laura después que ha sido
el Rey su galán de Laura.

ROB. Muy bien Lucindo restaura
lo que con Laura ha perdido.
¿Sois Laura?

LAU. Yo soy quien soy
y sé que os digo verdad
por haceros amistad.

ROB. Muy obligado os estoy.
Lucindo es mi amigo, y sé
que si esa traición me ha hecho
tengo su alma en mi pecho
y yo me la sacaré.
Vamos, Otavio, de aquí.
OTA. ¿Qué es esto?
ROB. Allá lo sabréis.
OTA. ¿Qué os han dicho?
ROB. Que podéis
tener lástima de mí.
JUL. ¿Qué has hecho?
LAU. ¿Ya no lo ves?
Dar ocasión que éste mate
a Lucindo.
JUL. Disparate.
LAU. Celosa estoy, no lo es.
¿Has visto alguna celosa
cuerda?
JUL. Muchas que lo son,
hasta llegar la ocasión
tienen la venganza ociosa.

(Salen LEONIDA *y* CELIA *con mantos.)*

LEO. Con cuidado de Roberto
al campo, Celia, salí.
CEL. ¿Pues qué ha de hacer por aquí?
LEO. Intentar algún concierto.
JUL. ¡Ay, señora!; aquella es
Leonida.
LEO. ¿No es Laura aquélla?
CEL. Deseosa estoy de vella.
LEO. Tapóse.
CEL. Tápate pues.
LEO. Darle quiero más pesar
del que esta tarde le di.
CEL. ¿Pues conoceráte?
LEO. Sí.
LAU. Leonida me viene a hablar.
JUL. Buenas hablaréis tapadas,
máscara parecerá.
LAU. Dos a dos, y el campo está
solo; hoy quedamos vengadas.
¿Qué manda vuesa merced?
LEO. Un hombre vengo a buscar.
LAU. ¿Pues dónde le piensa hallar?
LEO. Bien puede hacerme merced
de dármele, que sospecho
que en el pecho lo tendrá.
LAU. Si es Lucindo no cabrá,
que está Roberto en el pecho.
LEO. ¿De cuándo acá se ha vengado
ella?
LAU. Agora vino aquí
y me dijo que por mí,
pero díjolo turbado,
a Leonida dejaría,
porque con Laura era fea
ella.
LEO. Querrá que lo crea,
y miente, por vida mía.
LAU. ¿Y si le muestro una prenda?
LEO. ¿A ver?
LAU. No le quiero dar
ese gusto.
LEO. Si mostrar
prendas pretende que en prenda
de Lucindo le daré
los papeles que ella escribe
a Lucindo, porque vive
Lucindo donde yo sé.
LAU. Yo soy de un rey.
LEO. También yo;
que todas somos del Rey,
que nos sujetó la ley
con que Dios rey le crió.
Pero ella será, sospecho,
bien burlada y yo tendré
a mi Lucindo.
LAU. Yo sé
que está Roberto en mi pecho.
LEO. Este es público lugar;
retírese un poco allí,
veamos si me habla ansí.
LAU. ¿Luego no la puedo hablar?
LEO. Sígame.
LAU. Ya voy tras ella.
CEL. ¿Y ella qué dice?
JUL. Que voy
tras ella, porque yo soy
mejor que su ama y que ella.
CEL. Acábese desta vez.
JUL. Pues bájese a la campaña.
CEL. Estuche tengo picaña.
JUL. Yo tengo en las uñas diez.
CEL. Pues ven.
JUL. Mirad quién me llama
picaña.
CEL. Y de bajo estilo.
JUL. Espera, daréme un filo
en los celos de mi ama.

ACTO TERCERO

(Salen ROBERTO *y* LUCINDO.*)*

LUC. ¿Para qué me habéis traído
al campo?
ROB. Agora os diré
mi intento.
LUC. Pienso que fué
de mis agravios nacido,
y ese pensamiento vuestro
de mi pensamiento hurtado.
ROB. Yo estoy de vos agraviado,
como en los indicios muestro,
y espántome que digáis
que también lo estáis de mí,
si no es, Lucindo, que ansí
de mi agravio os desculpáis.
LUC. Aunque fuera bien temer,
no el sacar con vos la espada,
mas a la amistad pasada
tan injusto agravio hacer,
no soy hombre que la culpa
en el campo disculpara,
pues sé que mejor hallara
en la espada la disculpa.
Y si vos me habéis traído
por agravios donde estoy,
agora veréis que soy
el que está más ofendido.
ROB. ¿Vos de mí?
LUC. ¿Pues no es ofensa
que a Laura solicitéis?
ROB. ¿Yo a Laura?
LUC. Gracia tenéis.
ROB. Miente Laura si lo piensa.
LUC. Ella se alaba que vos
la requebráis y buscáis
hasta en el campo.
ROB. ¿Vos dais
crédito a un ángel, por Dios?
Porque no debe de haber
mujer de mayor enredo.
LUC. Hablad, Roberto, más quedo
de tan principal mujer.
ROB. Digo que miente cualquiera
que dijere que la quiero.
LUC. Tan honrado caballero
¿se arroja desa manera?
ROB. Celos no hay mal que no intenten.
LUC. Matarémonos los dos.
ROB. No digo que mentís vos,
sino que los celos mienten.
Mas, ¿cómo disculparéis
el haber ido Leonida
tan loca y tan atrevida,
Lucindo, como sabéis,
a pedir celos a Laura?
LUC. ¿De quién? ¿De vos o de mí?
ROB. De vos.
LUC. ¿De mí celos?
ROB. Sí.
Agravio que no restaura
la justa satisfación
menos que en el mismo acero.
LUC. La razón deciros quiero
de esos celos.
ROB. No hay razón,
sino desnudar la espada.
LUC. El haberme aquí traído
ocasión bastante ha sido
contra la amistad pasada;
y advertid que solamente
traigo el jubón.
ROB. Yo mi agravio.

(Saquen las espadas, y sale OTAVIO.*)*

OTA. Aquí están.
LUC. Este es Otavio.
ROB. Por su honor forzosamente
nos cumple disimular.
OTA. ¿Qué es esto? ¿Los dos amigos
mayores como enemigos
aquí se intentan matar?
ROB. ¿Matar? ¿Quién os ha engañado?
OTA. ¿Pues qué hacéis de aqueste modo?
ROB. Lucindo es diestro, y yo y todo
estoy algo confiado.
Paseándonos aquí
de las armas se trató,
y esto le enseñaba yo.
Alzad la espada.
LUC. Es ansí.
Y yo también le enseñaba
aquello poco que sé,
que alguna vez lo enseñé
a quien ocasión me daba.
ROB. De las dos posturas es
la más noble y la más cierta
uñas abajo.
LUC. ¿Por qué?
ROB. Porque la espada sustenta
con mayor descanso el brazo;
que los nervios menos fuerza
uñas arriba tendrán.
LUC. Los músculos que sustentan
el brazo, menor la tienen

siendo su acción con violencia.
ROB. Esta es la causa por donde
cuando damos golpe en ella
la espada le derribamos
al contrario.
OTA. ¡Quién dijera
que no estábades riñendo!
LUC. De que lo penséis me pesa.
ROB. Al nacimiento del brazo
menos trabajo le cuesta .
LUC. Más fuerza tienen allí
los músculos y las cuerdas.
ROB. No teniendo libertad
el brazo, es cosa muy cierta
que cualquier golpe le quita
la espada, y aquesta treta
vemos en los luchadores;
que si con toda su fuerza
uno da una vuelta al otro,
como al acabar la vuelta
toda la fuerza acabó,
si el otro vuelve sobre ella
fácilmente le derriba.
¿Y qué más segura prueba
que aguardar que un toro esté
de su movimiento fuera,
digo, algún pie levantado,
en fin, postura violenta?
Pues si el caballero entonces
la lanza o rejón le llega,
fácilmente le derriba.
LUC. En fin, Roberto, que queda
por conclusión que la espada
uñas abajo es más cierta
postura.
ROB. Y más descansada,
de más fuerza y más firmeza.
LUC. Con eso, envaino la mía
hasta que mejor se entienda
mi razón.
ROB. No hay más razón
que la verdad que profesan
los hombres de calidad.
OTA. Dejemos esas quimeras;
que tratando ciertos sabios
en el Liceo de Grecia
de los contraríos de amor,
uno dijo que el ausencia,
otro el agravio y ansí
los celos o las sospechas.
Y Arístipo dijo: «Yo
no sé que mayor le tenga
que la porfía.»
ROB. Es verdad,
que de cosas muy pequeñas
la porfía ha levantado
grandes y civiles guerras,
rompiendo, a veces sin causa,
amistades muy estrechas,
como lo pudieran ser,
si tú, Otavio, no vinieras,
la de Lucindo y la mía.
LUC. Mejor es que estén suspensas
hasta saber la verdad.
ROB. En fin, desa suerte queda.
LUC. ¿Pues cómo pudiera ser
volvernos de otra manera?
OTA. Id delante, que, por Dios,
que me habéis dado sospecha.
(Al entrarse.)
No voy contento de entrambos.
ROB. Los celos mal se contentan.
(Salen el REY *y* UBRANO.*)*
FEL. Con adorar, como sabes,
a Laura, de risa muero.
URB. Esto dijo su escudero.
FEL. Que dos mujeres tan graves
hiciesen tal desatino,
y que, en fin, en cosa cierta
que Laura tan descubierta
en un campo, en un camino
pida de Lucindo celos,
que adore Laura a Lucindo,
por los cielos, que me rindo;
más dije mal por los cielos,
que por los celos dijera
mejor.
URB. Aunque me has tenido
por su contrario, no he sido
su contrario; que si fuera
de su privanza envidioso,
ocasión se me ofrecía
para que desde este día
te fuera Lucindo odioso;
y aun por ventura le hicieras
matar.
FEL. Conozco tu pecho.
Mas, ¿cómo estás satisfecho,
ya que disculparle esperas,
de que culpa no ha tenido?
URB. Yo te diré todo el cuento
si me das oído atento.
FEL. Ya te doy atento oído.
URB. Cuando, invicto Felisardo,
acabando de salir

de aquellas fiestas que fueron
tan ásperas para ti,
a Lucindo le enseñaste
a Laura, Laura gentil,
más hermosa que el laurel,
mas no tan diestra en huir,
Lucindo había dos años
que andaba fuera de sí
y en Laura y Laura en Lucindo;
mas por no darlo a sentir
o porque tú no dijeses
que se pudo presumir
que habiéndosela enseñado
la buscaba para sí,
fué de acuerdo de los dos
dejarse Laura servir
de un Rey y morir Lucindo,
pues ha llegado a morir.
Laura te amaba contenta,
que hay dignas partes en ti;
mas heridas sobre falso
curan y matan al fin.
Apenas Lucindo quiso,
cierta Leonida, que aquí
tiene fama, y con razón,
de bien hablar y escribir,
cuando Laura descubrió
en la ceniza sutil
del amor, pasado el fuego,
que mal se puede encubrir.
Leonida, hermana de Otavio,
que todo se ha de decir,
también amaba a Roberto,
que a Lucindo era fingir.
por amartelar a Laura.
Laura por venganza vil,
dijo que amaba a Roberto;
salieron al campo, en fin,
dos amas y dos criadas,
no para volverle abril,
sino un abrasado agosto;
y presumiendo teñir
lo verde con roja sangre,
Laura como un paladín
y Leonida como un Marte.
Para esta amazona lid
dió su ribera el Danubio,
sus ninfas sacando allí
por ventanas de cristal
frentes de blaco marfil.
Para entrar al desafío
sirvió de valla el tapiz
de una murta y de trompetas
las aves en un jardín.
Hubo al principio palabras
mayores hasta el mentís,
que es piedra imán de las manos
ligera como un neblí.
Laura cerró con Leonida,
que como a tierna perdiz
pensó deshacer a Laura,
donde el prestado jazmín
volvió otra vez a los dedos
y al comprado carmesí.
Julia dió a Celia un bocado,
sospecho que por Marín,
que a no volvelle la cara
le llevara la nariz.
Llegaron los escuderos
y dejaron de reñir
volviéndose a sus dos coches,
con que da la historia fin.

FEL. ¡Ay de quien la escucha, Urbano!
Mas yo tengo condición
que sabida la traición
será persuadirme en vano.
Lucindo ha sido muy necio,
pues pudiéndome avisar
me ha dejado enamorar
para tan bajo desprecio.
Laura fué muy atrevida,
y en Lucindo no es lealtad,
sino fina necedad
para quitarme la vida.

URB. Habla quedo, que está aquí.

(Sale LUCINDO.*)*

FEL. ¿Qué hay, Lucindo? ¿Cómo va?
¿En qué ye entretienes ya
que ha tiempo que no te vi?

LUC. Unos caballos de España
me han entretenido.

FEL. ¿Quién
los trajo?

LUC. Albano.

FEL. Está bien.

LUC. Son de la orilla que baña
aquel caudaloso río
que llaman Guadalquivir.

FEL. ¿Carrera?

LUC. Brava.

FEL. ¿Color?

LUC. El uno es bayo, señor;
pero puede competir
con los del sol en el oro;
el otro es rucio dorado.

FEL. Dinero te habrán costado.
LUC. Pídeme Albano un tesoro.
FEL. Pagarlos quiero por ti.
LUC. Beso tus manos vil veces.
FEL. Niñerías encareces.
LUC. Para tus grandezas, sí.
FEL. ¿Qué hay de Laura?
LUC. No lo sé.
FEL. ¿No ves a Laura?
LUC. Yo no.
FEL. ¿No te lo mandé?
LUC. Si yo
sé que Urbano a verla fué,
bien debo de estar excusado.
FEL. Parte y di a Laura que luego
voy a verla y que le ruego
que agradezca mi cuidado.
LUC. ¿Pues es contigo cruel?
FEL. ¿Eso ignoras?
LUC. Eso ignoro.
FEL. Pues es cuando más la adoro
Laura para mí laurel.
Parte, y pues eres discreto,
haz buen oficio por mí.
LUC. Mis ruegos, si adora en ti,
serán de pequeño efeto.
Pero a lo que mandas voy.
(Vase.)
URB. ¿Por qué le envías allá?
FEL. Si por él perdida está
y sé que gusto le doy,
¿no cumplo la obligación
de mi amor?
URB. Fineza nueva
en que a lo menos se prueba
que has mudado de intención.
(Sale ROBERTO.*)*
ROB. Aquí están unos criados
de Laura.
FEL. ¿De Laura?
ROB. Así
lo dicen.
FEL. Que entren les di.
ROB. Algunos vienen cargados.
FEL. Entren los que no lo vienen.
(MARÍN *y* CLARINDO *y el* ESCUDERO.)
ROB. Ya están aquí.
CLA. Mi señora
Laura, que esos pies adora,
que el mundo por gradas tienen,
te envía una niñería,
señal de su grande amor.
FEL. ¿Niñería?
MAR. Sí, señor,
que con tal nombre le envía.
Pienso que son seis docenas
de camisas y otra ropa
blanca, tales, que en Europa
no las seca el sol tan buenas.
Doce vasos de cristal
que servirles puede el oro
de cajas, pues no hay tesoro
a su estimación igual,
y un mico que sabe hacer
bandas en una almohadilla.
FEL. ¡Qué notable maravilla!
MAR. Y más cantar y tañer,
y aun versos.
FEL. ¿Su ingenio abonas
que ya en ese punto están?
MAR. Sí, señor, porque ya dan
en hacer versos las monas.
FEL. Decidle que lo agradezco
y que luego a verla voy.
MAR. Muy bueno, a fe de quien soy.
(Váyase el REY, *y* URBANO *y* ROBERTO *con él, después de alzarle el paño.)*
ESC. Yo tengo lo que merezco
de haber venido cargado.
MAR. ¿Qué te parece, Clarindo?
CLA. Que pienso que de Lucindo
debe de andar enojado,
porque, ¿esta no era ocasión
de darnos?
MAR. No te alborotes,
que pues no nos dan azotes
no pocas dádivas son.
CLA. ¿Hay tal manera de amores
darle Laura a un Rey?
MAR. No sé,
callemos, que siempre fué
lo seguro entre señores.
Clarindo, con poderosos
es la industria y la humildad,
quien halla gracia y piedad
en los casos peligrosos.
La zorra, el asno y león
un día que a caza fueron
sobre un prado la pusieron
para hacer su partición.
Dijo el león al jumento:
«Parte esa caza», y el bobo
hizo tres partes del robo;
dió la suya al león hambriento.

Viendo el león que le daba
parte igual, agarró dél
y dehízole cruel
porque con él se igualaba.
Luego a la zorra miró
y dijo: «Parte esa presa».
La zorra tomó la presa
más pequeñita que halló
y dió al león lo demás,
que le dijo: «¿Como has hecho
tan a gusto de mi pecho
partes, pues tanta me das?»
Respondió: «Mi habilidad
y cauta naturaleza
me enseñó que a tu grandeza
rinda mi flaca humildad».
Por cuyas cuerdas razones
me río yo de jumentos
que igualan sus pensamientos
a los soberbios leones.

CLA. Bien dice.

ESC. Tiene razón.

MAR. Poned la mano en la boca
y a tres voces, pues nos toca,
digamos todos chitón.

(*Salen* JULIA, LAURA *y* LEONIDA.)

LAU. Mucho agradezco, Leonida,
que me hayáis venido a ver.

LEO. Laura, yo tengo de ser
tu esclava toda mi vida;
que ya estoy desengañada
que no quieres a Roberto.

LAU. Y yo he sabido el concierto
que hiciste, Leonida amada,
con Lucindo para darme
celos, y no se engañó,
pues por ellos vine yo
a perderme y abrasarme.

LEO. ¿De suerte que ya sin miedo
puedo a Roberto querer?

LAU. ¿Y yo a Lucindo tener
sin miedo celoso puedo?

LEO. Seguramente podrás;
no quiero sus amistades
con tantas dificultades.

LAU. Pues no dudes que tendrás
pacífica posesión
de Roberto en casamiento
con un concierto.

LEO. Mi intento
se funda en esa razón.
¿Pero qué concierto quieres?

LAU. Que te quedes en mi casa
mientras de Lucindo pasa
la historia que me refieres.
Que bien sabes que mis celos
si no es teniéndote aquí
no han de sosegar en mí
la causa ni los desvelos.
Si eres la espada, Leonida,
con que me quiere matar,
¿qué golpe me puede dar
mientras se la tengo asida?
Vive aquí, vive conmigo,
que yo haré que el Rey te case
con Roberto.

LEO. Cuando pase
más adelante contigo
Lucindo en darte pesar,
yo haré que no te le dé.

LAU. Amor es tretas.

LEO. Bien sé
que sabe amor engañar.

JUL.

Marín, Clarindo y tu escudero vienen
de dar al Rey, señora, tu presente.

LEO.

¿Has enviado al Rey algún regalo?

LAU.

Yo te prometo que aunque fué pobreza,
que fué extremo de aseo y de limpieza;
hícelo de consejo de mi gente
por ver si despertaba su grandeza;
que desde que aquí viene y de su alteza
tantas razones oigo enamoradas
no se ha visto una flor de mano suya.

LEO.

Que ninguna merced, Laura, te ha hecho,
pues no es lo que pensamos dese modo,
sino que su poder, el reino todo,
debajo estaba de tus pies.

LAU.

El vulgo
juzga muy diferente de los Príncipes
de lo que es la verdad.

LEO.

¿Que no te ha dado
ninguna cosa el Rey?

LAU.

Ninguna cosa,
por vida de Lucindo. ¡Ay, Dios!, ¿qué dije?

LEO.

Por vida de Lucindo.

LAU.

Vaya; el alma
debió de hablar; por juramento pase,
pues ya te he confesado que le adoro.

(Salen MARÍN, CLARINDO *y el* ESCUDERO.)

MAR.

No hay casa donde quepa este tesoro.

CLA.

Compre un palacio mi señora Laura.

ESC.

Bien despachados esta vez venimos.

LAU.

¿Qué tenemos, Marín?

MAR.

Que juntos fuimos
y que los pies besamos a su alteza
con el presente, y que en habiendo oído
lo que en aquellos cofres le enviabas
respondió dos palabras solamente,
dejando los presentes y el presente.

LAU.

Es Rey, en fin. Pero ¿qué dijo?

MAR.

Dijo:
«Yo lo agradezco e iré a ver a Laura.»

LAU.

¿Es posible, Clarindo, que esto dijo?

CLA.

No ha dicho más ni menos una sílaba
de la verdad Marín.

LEO.

Advierte, Laura,
que los señores quieren que les pidan;
pide, que muchas veces no se acuerdan
de las obligaciones y servicios
ocupados en cosas del gobierno.

JUL.

Leonida dice bien; pide, señora,
pide, pues sabes que tu gusto adora;
pide, que no es amor solas palabras.

MAR.

Dice Julia muy bien, señora mía.
Pide, pide, que un cierto cortesano
halló la causa porque muchas veces
no daban los señores.

LAU.

¿Qué decía?

MAR.

Que no dar los señores consistía
en que como jamás les falta nada,
no piensan en las faltas de los otros.

LEO.

Los príncipes que dan, a Dios parecen,
que para sí no quiere lo que tiene,
pues todo lo reparte entre los hombres.

MAR.

Ansí es verdad, pues que criando el trigo
ni lo guarda ni vende en ocasiones,
ni el oro ni la plata de las minas
atesora en arcones y oficinas;
mas Dios es Dios.

LAU.

Volviendo a nuestra historia,
decís todos que pida.

CLA.

Ten memoria
de nosotros siquiera; pide agora,
si no lo quieres para ti, señora,
para la gente pobre de tu casa;
tú la mano del Rey has hecho escasa
con quererte igualar a su grandeza;
desprecio de un señor es no pedirle,
y es clara la razón.

LAU.

¿De qué manera?

CLA.

Porque el que no le pide se le iguala
y que es menos confiesa el que le pide.

LEO.

Dice verdad Clarindo, que pidiendo
damos aquel valor al que pedimos
y a decir nuestras faltas nos rendimos.

ESC.

Pide, señora Laura; que pues llego
con estos años a decir que pidas,
no es para mí, que para ti lo quiero;
seré de tus escudos escudero.

LAU.
Palabra os doy a todos de pedille.

LEO.
Lucindo es éste, Laura; no me vea.

LAU.
Escóndete, Leonida, por tu vida,
que le quiero dar vaya de mis celos.

LEO.
Allí me aparto.

LAU.
Amor me mata, ¡ay, cielos!

(Sale LUCINDO.)

LUC. Como si el Rey no tuviera,
señora Laura, criados
más mozos para recados
de amor, quiso que yo fuera
quien de su parte os dijera
que os tiene el que ya sabéis
y que luego le veréis
venir a reconoceros,
porque quiere agradeceros
lo mucho que le queréis.
Con gusto vine, por cierto,
por daros el parabién
de que queriéndole bien
queráis también a Roberto;
pienso que me hubiera muerto
por Leonida cuando menos;
si los galanes ajenos
hacéis vuestros, es error;
que os dirá, burlando, amor,
«estimaos, ojos serenos.»
Tened a gloria y ventura
que os quiera y estime un rey;
que la estimación es ley
que ha de guardar la hermosura.
Con esto la lumbre pura
con que como el sol cegáis,
en lo que vos la estimáis
que la estimemos haréis,
pues más valor le daréis
que si a cuantos veis os dais.

LAU. Lindo prólogo de entrarme
con un recado del Rey.
¿Es también de servir ley
dar recados y enfadarme?

LUC. No debéis, Laura, culparme;
con los ojos hablo.

LAU. ¿Y dais
en infamarlos?

LUC. Estáis
tan necios, ojos serenos,
que os digo que valdréis menos
mientras más dueños tengáis.

LAU. Yo tengo un dueño que adoro.

LUC. ¿Quién, Laura?

LAU. El Rey, que es mi vida.

LUC. Y yo tengo una Leonida
que es mi luz, gloria y tesoro.

LAU. Con el debido decoro,
mentís, que en bienes ajenos
no hay posesión.

LUC. Si tan llenos,
ojos, de dueños estáis,
cuando penséis que matáis
seréis tenidos en menos.
Yo mi bien tengo en Leonida.

LAU. ¿Qué Leonida?

LUC. La que oís.

LAU. Digo otra vez que mentís,
pues fué la traza fingida.

LUC. Yo quiero más que a mi vida
a Leonida y ella a mí.

LAU. Si tengo a Leonida aquí,
que la verdad me ha contado.
Mira que estás abrasado
y que me burlo de ti.

LUC. ¿Yo abrasado?

LAU. Loco y ciego.

LUC. Sin ti vivo.

LAU. Que hace al caso
¡ay que me quemo y me abraso!;
¿cómo no tocan a fuego?

LUC. ¿Donaires?

LAU. Voime, que luego
vendrá aquí su majestad.

(Acometa a irse.)

LUC. ¿Ah, Laura, Laura?: es verdad
que fué engaño el de Leonida;
¡Laura, Laura de mi vida,
ten de Lucindo piedad!

(Téngala))

LAU. Ya es tarde, ya no hay remedio.

LUC. Pues en la muerte le habrá.

LAU. ¿Mataráste?

LUC. Claro está,
no dando a mi vida un medio.

LAU. Estando el Rey de por medio,
¿cómo?

LUC. ¡Qué gran necio he sido
en decir que te he querido!
Pero yo lo enmendaré.

JUL. El Rey, señora.
LAU. ¿Qué haré?

(Sale el REY FELISARDO *y* URBANO.)

FEL. A mal tiempo hemos venido.
URB. Disimula.
FEL. Laura mía,
¿qué haces?
LAU. Rey, mi señor
aquí hablaba con Lucindo;
vuestro recado me dió
y dábale la respuesta.
FEL. Vos me la daréis mejor,
pues que yo vengo por ella.
LAU. Pues dadme un rato atención.
Vos entrastes, señor mío,
no mereciéndolo yo,
en esta casa vencido,
vos lo decís, de afición,
desde las fiestas de Augusta,
adonde me honrastes vos
con tenerme a vuestros pies;
que con buen pie comenzó
mi dicha para teneros
por mi luz, como lo sois;
es verdad que honestamente,
con limpia conversación,
sin exceder el deseo
los límites del honor.
Pero aunque vos no tengáis
otra alguna pretensión,
se espantan los que lo saben
de que no me hagáis favor;
que aunque me favorecéis
con mostrarme tanto amor,
obras, señor, son amores,
que buenas razones, no.
Yo os pedí para mi primo
alguna satisfacción;
en los cargos militares
de los años que os sirvió
no le distes cosa alguna,
ni a Otavio, que señaló
su persona en mil empresas
contra el bárbaro feroz.
Mis criados se han quejado,
y quéjanse con razón,
de estar de noche despiertos
para escuchar vuestra voz,
de quereros y serviros;
que puesto que vuestros son,
el amor que los tenéis
bastaba a darles valor;
obras, señor, son amores,
que buenas razones, no.
No hay en toda aquesta casa
de vuestra mano una flor
para esperanzas del fruto
e indicio del galardón.
Quejosos estamos todos;
porque es justa presunción
que los que no dan no aman;
mirad el ejemplo en Dios.
Creedme que estoy corrida,
y no porque me movió
interés para quereros;
más porque hablando los dos
en cosas de amor, jamás
obras el vuestro mostró;
que obras, señor, son amores,
que buenas razones, no.
FEL. Laura, los que quieren dar,
como es justo a quien yo soy,
para que iguale al poder
han de aguardar la ocasión.
Esa espero; yo te juro
por esos ojos, que son
los cielos que me dan luz
y pudieran darla al sol,
de darte de una vez sola
lo que nunca imaginó
tu pensamiento que diera
rey: poder, gusto y amor.
Tú le verás en mis obras,
pues como me dices hoy
está el amor, Laura, en ellas,
que en buenas razones, no.
LAU. Beso mil veces tus pies.
LUC. Esto a su punto llegó;
el Rey quiere darse a sí
¡qué loca y ciega afición!
Ahora bien, tengan remedio
mis celos y mi temor;
El ausencia lo ha de hacer,
ya determinado estoy.
Señor.
FEL.
¿Qué quieres?
LUC.
Nunca me he atrevido
a decirte un favor que he deseado,
o porque la ocasión no se ha ofrecido
o por estar de mí desconfiado.
Mil nobles de la corte se han partido
sabiendo que Pialí, de nuevo armado,

molesta tus fronteras; yo querría
ir a servirte, obligación tan mía;
dame licencia, pues es justo.

FEL.

Agora
no es bien que vayas.

LUC.

Alcanzad licencia
para que vaya, Laura mi señora.

FEL.

Si ella lo pide hará a mi amor violencia.

LUC.

Señora, dadme honor, que el noble adora,
que no pienso volver a la presencia
vuestra sin mil esclavos, y yo entre ellos,
que ya los son de vuestros ojos bellos.

LAU.

Dadle, señor, licencia.

FEL.

Porque gusta
Laura la doy; pero ha de ser primero
volviendo a verme.

LUC.

Verte es cosa justa.

FEL.

Darte unas cartas y algún cargo quiero.
Adiós, Laura.

(Váyase el REY.)

LAU.

La cosa más injusta
has hecho, fementido caballero,
que pudo hacer ingrato.

LUC.

¿Qué me quieres?
¿Qué luna os mueve el alma a las mujeres?

LAU.

¡Ay, Lucindo!; no sé; bien has oído
que dije al Rey que fué su amor honesto;
siempre pensé que fueras mi marido;
tú tienes culpa, tú eres causa desto.

LUC.

¿Pues no me tienes, Laura, aborrecido?
Agora que a partirme estoy dispuesto,
¿me detienes con voces amorosas?

LAU.

Las airadas, mi bien , fueron celosas.
Yo te adoro, Lucindo; no te vayas.

LUC.

¿Cómo puedo dejar, Laura enemiga,
de ver aquesta vez del mar las playas?

LAU.

Finge una enfermedad, mi amor te obliga.

LUC.

Con el honor no hay burlas; si desmayas
mi valor, Laura, harás que hasta el Rey diga
que soy cobarde.

LAU.

Si es venganza, advierte
que hasta agora he sabido tener suerte.

LUC.

Laura, pienso que el Rey quiere cegarse
a hacer algún extraño casamiento;
yo no he de verlo; que esto no es vengarse,
sino estorbar mi loco perdimiento.
Aquí dió fin mi amor sin acabarse
y comenzó sin comenzar mi intento
de olvidarme de ti, que eternamente
puedo volverte a ver

LAU.

Mi bien, detente;
Por estos ojos que adorar solías,
que te duelan sus lágrimas.

LUC.

No puedo.

LAU.

Pues bien pudieras tú cuando querías.

LUC.

¿Perder quieres a un Rey?

LAU.

Sin vida quedo.
Declarad mi dolor, pasiones mías;
hablad, que ya podéis hablar sin miedo.

LUC.

Yo me rindo a mi honor.

LAU.

Yo a amor me rindo.

LUC.

Adiós, querida Laura.

LAU.
Adiós, Lucindo.

(Salen el REY *y* URBANO.)

FEL. Ya me has entendido, Urbano.
URB. Bien he entendido, señor
lo que me has dicho.
FEL. Es amor
del alma un dulce tirano.
Un deseo, o desvarío,
que arrastrando la razón
toma la jurisdición
que dió el cielo al albedrío.
Entra en esa cuadra luego
y lo que te diga aguarda.
URB. No será menester guarda.
FEL. Para mí sí, que estoy ciego.
URB. Allí espero para hacer
lo que mandas.
FEL. Ten cuidado.
URB. No pequeño me le ha dado
no saber lo que ha de ser.

(Vase.)

FEL.

Amor, ¿con qué te curas? Con olvido.
¿Y adónde está el olvido? En resolverse.
¿Quién se ha de resolver? Quien quiere verse
libre de la prisión en que ha vivido.
Yo quiero no querer. Principio ha sido,
¿En qué está ejecutarlo? En atreverse.
¿Cómo será? Queriendo disponerse.
Dispuesto estoy. Pues quedará vencido.
Puesto que amor la voluntad incline
a la parte del gusto donde quiere,
no puede ser, por más que desatine.
Que quien quiso querer y amando muere,
como el entendimiento determine,
no pueda no querer cuando quisiere.

(Salen ROBERTO *y* OTAVIO.)

ROB. Ya, señor, te traigo aquí
a Otavio.
FEL. Mucho me agravio
de que me sirvas, Otavio,
y que te escondas de mí.
Los soldados que han servido
con tu valor, ¿qué tercero
han menester?
OTA. No prefiero
servicios, aunque lo han sido,
al deseo y voluntad.
A Laura, señor, hacía
memorial.
FEL. Siempre en la mía
tiene lugar la lealtad.
¿Qué le daremos a Otavio,
Roberto?
ROB. El me dijo a mí
que a Laura, y yo respondí
que era en pretenderla sabio;
que un soldado como él
pide con razón la gloria
de Laura, pues tal victoria
es digna de tal laurel.
FEL. Laura, Otavio, está guardada
para más alta ocasión;
que tales laureles son
de guerra más levantada.
Muy buen gusto habéis tenido;
quedaos con este favor
y siendo gobernador
de Belgrado.
OTA. Esos piés pido,
y si ha sido atrevimiento
en ellos pido perdón.

(Sale LUCINDO *de camino.)*

LUC. Amorosa pretensión,
hoy murió mi pensamiento.
Dad al ausencia lugar,
pues está el remedio en ella;
que aunque os quiera, Laura bella,
no la habéis de ver casar.
Aquí está el Rey. Ya, señor,
vengo a ver lo que mandáis,
pues que licencia me dais,
justo premio de mi amor
para que os sirva en la guerra.
FEL. Seas, Lucindo, bien venido.
LUC. Si hasta agora no he servido,
cobarde, en la propia tierra,
de aquí adelante veréis
lo que valgo por la extraña
con alguna ilustre hazaña,
por quien el laurel me deis
que me ha quitado la paz.
FEL. Yo creo de tu deseo
que del más noble trofeo
te hará la guerra capaz
y ese laurel que has perdido
tendrás, Lucindo, guardado;
que quien parte con cuidado
la mitad lleva servido.
Entra en aquel aposento,
adonde a Urbano hallarás,
y lo que él dijere harás,

con que entenderás mi intento.

LUC. Voy a servirte. ¿Qué es esto?
¿Qué confusión y temor?
Mas quizá el Rey mi señor,
a hacerme merced dispuesto,
honrar quiere mi camino.
Al absoluto poder
el callar y obedecer
llaman consejo divino.

(Vase LUCINDO.*)*

FEL. Vamos a ver, caballeros,
a Laura.

(Vase el REY.*)*

ROB. ¿Qué es esto, Otavio?

OTA. Roberto, el callar es sabio
en los peligros más fieros.

ROB. ¿No te dije yo que había
en Laura un grande secreto?

OTA. No fuí en pedirla discreto.

ROB. No es necio el que no porfía.

(Váyanse, y salgan LAURA *y* LEONIDA.*)*

LEO. Pésame de verte ansí.

LAU. Siento de suerte el ausencia
de Lucindo, que mil vidas
corrieran peligro en ella.
No sé qué de ostentación,
de ambición y de soberbia
de los amores del Rey
me trajo engañada y ciega.
Mas la verdad es que adoro
a Lucindo y que me cuesta
el Rey, por soberbia mía,
del alma la mejor prenda.

LEO. Nunca has estado más loca
que en presumir que no pueda
la gallardía del Rey
y las partes que pudieran
levantar un hombre humilde
a la mayor excelencia
quitarte del pensamiento
un hombre que de la guerra
ya no puede volver bien,
porque si no muere en ella
a manos de tantos turcos,
por la fama que desea,
ha de venir olvidado,
porque los celos que lleva
le han de incitar a venganza.

(Sale JULIA.*)*

JUL. En una carroza llega
en aqueste punto el Rey.

LAU. Pésame que el Rey me vea
tan llorosa y desabrida.

(Salen MARÍN, CLARINDO, ROBERTO, OTAVIO *y el* REY.*)*

LEO. Háblale bien, no seas necia.

MAR. Aquí mi señora está.

FEL. ¡Oh, Laura!

LAU. Honráis de manera,
señor, esta humilde casa,
que no hay humildades nuevas
para tan nuevos favores.

LEO. Leonida los pies os besa.

FEL. ¿Quién es?

LEO. Hermana de Otavio,
a vuestro servicio.

LAU. Sepa
vuestra alteza que le quiero
pedir.

FEL. Huélgome que sea,
Laura, Leonida el principio.

LAU. De las bodas que concierta
con Roberto has de ser hoy
padrino.

FEL. Y para que sean
con más grandeza, a Leonida
doy título de condesa.

LAU. Gracias a Dios, gran señor,
que a hacernos merced comienzas.

FEL. Laura, tú me has advertido:
tú me dices, Laura bella,
que las obras son amores,
y hoy quiero yo que se vea
que esa sentencia es verdad.
Hola, aquesa caja metan
con aquese pabellón,
con más decencia cubierta.

Sale URBANO *con un pabellón de seda, que basta para significar la caja.*

URB. Aquí está, señor, la caja.

FEL. Pues, Laura, hoy quiero que veas
que las obras son amores,
y si el dar grandes riquezas
es digna demostración,
las mayores que deseas
te traigo en aquesta caja.

LAU. Señor, aunque venga llena
de rubíes de Ceylán,
de diamantes de las sierras
de Ofir, del oro de Tíbar,
de los brocados de Persia
y las perlas de Cubagna,
rubíes, diamantes, perlas,

oro y brocados no son
lo que es razón que se entienda
por obras de los amores.

FEL. ¿Pues qué quieres tú que sean
los servicios? ¿personales?
Que en esta edad dar la hacienda
no sé si es más que la vida.

LAU. El amor sólo desea
amor, la correspondencia;
cuáles han de ser las obras
soberanamente enseña.

FEL. Pues si te doy eso mismo,
¿qué quieres, Laura, que tenga
mayor valor? Ahora bien,
haced que Laura lo vea.

(Quiten el pabellón y descúbrase LUCINDO.)

LAU. ¿Qué es esto?

FEL. Lucindo es.
Que así quiero yo que sepas
que las obras son amores
con tan costosa experiencia.
Aquí te doy en Lucindo
rubíes, diamantes, perlas,
oro, brocado y aun almas;
mira si mayor grandeza
se ha contado de Alejandro.

LAU. ¿Dásmele vivo?

FEL. No fuera
grandeza dártele muerto,
sino venganza y bajeza.
Habla, Lucindo.

LUC. Señor,
desde que tú a Laura bella
quisiste, los cielos saben
mi lealtad, haciendo fuerza
al alma con que la adoro,
y que el partirme a la guerra
era por no te ofender,
era por morir en ella.
Tu hechura soy, haz de mí
tu gusto, di lo que ordenas
de mi vida.

FEL. Que te cases
con Laura, desde hoy Duquesa
de Arles.

LUC. A tu grandeza
nuevas coronas añades.

LAU. De Alejandro no se cuenta,
aunque tu grandeza iguala
una hazaña tan discreta.

MAR. Ya que has comenzado a dar,
que dicen que el dar es vena
que no da si no se pica,
Marín que le des te ruega
a Julia.

FEL. Tenga Marín
seis mil ducados de renta.

CLA. ¿Y Clarindo, gran señor,
si se casase con Celia?

FEL. Para igualaros la sangre,
los mismos quiero que tenga.

MAR. Bofetones nos ha hecho.

LAU. Aquí acaba la comedia
de las *Obras son amores*,
para serviros compuesta.

FEL. Y yo, en nombre de Belardo,
os prometo seis tan bellas,
como lo dirá la Pascua
si aquí estamos la Cuaresma.

FIN

COMEDIA FAMOSA

LA OCASION PERDIDA

DE

LOPE DE VEGA (1)

ROSAURA, *princesa.*
LEONICIO.
ARNALDO.
FELICIANO.
DON JUAN DE HARO.
PINABELO.
ARMINDO.
HONORIO.
TAULFO, *caballero.*
HERNANDILLO, *lacayo gracioso.*
DORICLEA, *dama.*
EL REY DE LEÓN.
BELARDO, *villano.*
LUCINDA, *villana.*
LORINDO, *villano* (2).

JORNADA PRIMERA

(Sale la PRINCESA DE BRETAÑA, *vestida algo corto, de caza, en brazos de dos* CABALLEROS, *haciendo ruido dentro, y voces.)*

DENTRO.
Poned delante las espadas.

OTRO.
¡Tente,
indómito caballo!

OTRO.
Cosa extraña,
apenas el feroz bocado siente,
que más que espuma argenta sangre baña (3).

OTRO.
Ataje entre esos árboles la gente.

OTRO.
Cayó la gran Princesa de Bretaña.

ROS.
¡Ay triste!

AR.
Aquí, señores.

LEO.
Ya ¿qué importa? (4)
Entrambos pies le desjarreta y corta.

(1) El manuscrito 17.230 de la Bib. Nacional tiene este encabezado: «De Lope de Vega, La famosa comedia de la ocasión perdida, Figuras.»

(2) El ms. pone además: Alabarderos, 3; El Almirante.

(3) Este verso, en el ms. dice: «más que si fuera una ligera caña.»

(4)

(Sacan a la PRINCESA *en brazos.)*

AR.
¡Oh, maldito caballo!

LEO.
¡Oh, gran tragedia!

FEL.
¡Desdichado suceso!

ARN.
¡Fiero caso!

LEO.
Habladla. (1)

FEL.
¿De qué sirve?

ARN.
¿Qué remedia?

(Sale PINABELO.)

PIN.
Pasó el caballo el peligroso paso.

ARN.
¿Matástele?

PIN.
Bien creo que la media
lanza le atravesé; que a ser Pegaso,
no se me fuera por correr con (2) alas.

ARN.
Mi pensamiento a la venganza igualas.

(1) En el ms. «Hablalda.»

(2) En íd. «volar.»

¿Sentís (1), bella Rosaura?

ROS.

Estoy sin vida.
Echadme un poco en esa hierba.

AR.

Echadla (2).

ROS.

Dejadme descansar.

AR.

Nadie la impida.

FEL.

Cubridla.

ROS.

Apartaos todos.

ARN.

Pues dejadla,
que a fatiga y dolor está rendida.

(Desvíanse.)

PIN.

Pasé con la cerviz la fuerte espalda
y entre las crines tremolando el asta
quiso correr, probó.

AR.

¡Soberbia casta!

PIN.

Pero a seis pasos quebrantó las tiernas
flores del prado con el cuerpo altivo,
debilitadas las nerviosas piernas.
Y el hierro pareció por el estribo.

LEO.

Ya parece imposible que disciernas
adónde hize el golpe ejecutivo;
porque desde el codón hasta el copete
en polvo (3) y sangre se revuelca y mete (4).

(1) En el ms. «Tente».

(2) En íd. «Echalda». Siempre da esta forma a los verbos en casos parecidos.

(3) En el impreso, «pelo» por errata.

(4) Desde aquí el ms. intercala estos versos, no muy correctos.

ARN. ¡Oh, soberbio animal! ¡Pluguiera al cielo
que nunca la gran madre te engendrara;
ni heno diera el lusitano suelo
ni en competencia con mi invidia entrara.
Nunca pudo imitar del aire el vuelo
ni el desnudo numida te domara
o nunca dieras obediencia al freno
ni imitaran tus pies de Jove el trueno.
Nunca sufrieras la gallarda silla
del bridón alemán a cuya mano
ni pie feroz, ni libertad se humilla,
ni la vara al saltar napolitano;
nunca midieras la arenosa orilla
con el jinete bélico africano
del Gibraltar para que al verte dieras
envidia a las naciones extranjeras.

ARN.

La Princesa parece que descansa.

FEL.

Descanse, pues el sueño la ha vencido.

PIN.

Clara señal que el accidente amansa.

ARN.

Que la dejemos este rato os pido.

LEO.

Allí convida aquella fuente mansa
al apacible son de su ruido,
con los cristales que en la peñas cuelga.

FEL.

Por llegar a estas flores se descuelga.

ARN.

Sentémonos allí mientras que llama;
tú la gente recoge, Pinabelo.

PIN.

Siguiendo fueron la ligera gama
por quien nuestra Princesa mide el suelo.

ARN.

No falta causa a quien la caza infama.

LEO.

¿Qué ejercicio más noble tiene el suelo?

FEL.

Cuando sucede (1) bien, gran bien encierra.

ARN.

Bástale ser imagen de la guerra.

(Entra DON JUAN DE HARO *con tres* CABALLEROS *españoles, y de camino.)*

D. JU. Aquí podéis descansar,
que es insufrible la siesta.

(1) En el impreso «sirve de» por errata.

CAB. 1.° Convida el fresco lugar.
CAB. 2.° Agradable fuente es esta.
CAB. 3.° Siempre lo fué el murmurar.
CAB. 1.° Bien dices, que murmurando
con acento dulce y blando
busca su primero dueño.
D. JU. Aunque no respondo al sueño
yo sé que me está llamando.
CAB. 2.° Duerme un poco, por tu vida,
que has madrugado, y es corta
la jornada, y la comida
fué larga.
D. JU. Pienso que importa
que sueño y descanso pida (1)
hasta besalla la mano
a Rosaura.
CAB. 2.° Hasta la corte
hay dos leguas.
D. JU. ¿Monte o llano?
CAB. 2.° ¿Qué puede haber que te importe
en llegar tarde o temprano?
Demás que se ha de leer
la carta del Rey aquí
de lo que habemos de hacer.
D. JU. La instrucción que me dió a mí
primero tengo de ver.

(Saca un papel y léele.)

«Lo que ha de hacer don Juan de Haro en esta jornada es lo siguiente: Primeramente, caminar desde Luna (2) a Vizcaya, sin decir su nombre ni el de los caballeros que le acompañan; entrar en Francia, por San Juan de Luz, y caminar a Bretaña con el mismo secreto. Dos leguas antes de la corte de la Princesa Rosaura, leer la carta que lleva Armindo, delante de Honorio y Taulfo, los cuales, obedeciendo lo que en ella viene, sin exceder un punto de lo que mando, volver a León con el mismo secreto.»

Esto dice la instrucción;
y si dos leguas estamos
de la corte, aquí es razón
que vuestra carta leamos.
CAB. 2.° Tomad.
D. JU. Casamientos son.
CAB. 1.° Así lo tengo pensado,
que el Rey le había enviado
por embajador.
CAB. 2.° Yo leo.
D. JU. Lee, que saber deseo
si en esto vengo engañado.
CAB. 2.° Ya rompo el sello real.

(En abriendo la carta se admira.) (1)

Caso extraño y desigual
de nuestra imaginación.
D. JU. ¿Cómo?
CAB. 2.° No hay más de un renglón,
y es del Rey.
D. JU. Temo algún mal.

(Lea Segundo.)

«Matad a don Juan de Haro.»
D. JU. ¿Qué dices?
CAB. 2.° Lo que has oído.
D. JU. Caballeros.
CAB. 3.° No hay reparo.

(Meten mano todos.)

CAB. 2.° Será el Rey obedecido.
D. JU. Que he de defenderme es claro.
La defensa es natural,
y aunque esa firma es real,
no le debéis obediencia,
porque es traición a inocencia,
y yo le he sido leal (2).
CAB. 2.° Que te defiendas o no,
hoy has de morir, don Juan.
D. JU. Que el Rey mi muerte escribió,
celos forzado le han,
que no el deservirle yo.
Mirad que sois castellanos,
y que ensangrentar las manos
en mi lealtad, es traición
que infama nuestra nación.
CAB. 1.° Deja advertimientos vanos;
encomiéndate a quien puede
darte otra vida.

(Levántase la Princesa.)

ROS. ¡Ay de mí!
¿Qué es aquesto?

(1) En el ms. «impida».
(2) El ms. dice «León».

(1) Esta acotación es del ms.
(2) En el ms. estos versos dicen:

Y aunque esa es firma real,
no debéis dalle obediencia,
porque en ausencia y presencia
siempre le he sido leal.

D. Ju. Si el concede
vida a mi inocencia, aquí
con esta es justo que quede.

(Toma la Princesa *un venablo que está allí.)*

Ros. ¡Oh, villanos extranjeros!:
¿Sois salteadores?
Cab. 3.° ¿No ves
tres caballeros?
Ros. ¡Oh, fieros!:
no fuérades uno a tres (1)
si fuérades caballeros.
¡Aquí, favor, gente, hola!
¿En la nación española
tan gran traición ha cabido?

(Entra Arnaldo.)

Arn. ¿Qué es esto?
Ros. Seas bien venido,
aunque yo bastaba sola.
Cab. 2.° Huyamos.
Ros. Eso os conviene.
Hon. ¡Qué gran padrino en el cielo,
siempre la inocencia tiene!
Ros. Síguelos, Arnaldo.
Arn. Harélo.
Cab. 3.° Tal defensa de allá viene.

(Va tras ellos Arnaldo.)

D. Ju. Si merezco que me des,
señora, a besar tus pies,
mi humildad y obligación
dicen que es justa razón.
Ros. ¿Quién eres?
D. Ju. Quien tuyo es.
Ros. Dime despacio, extranjero,
tu calidad, patria y nombre.
D. Ju. Sabré la tuya primero,
para que después te asombre
lo que referirte espero.
Ros. La Princesa de Bretaña
soy.
D. Ju. El alma nunca se engaña,
que es sol que pasa el cristal (2)
oiga tu alteza (3) real
a un caballero de España.
Vizcaya me dió principio
de su generosa sangre
en lo mejor y más noble
de sus antiguos solares.
Pidióme el Rey de León,
siendo muchacho, a mis padres.
Fuí de la Reina menino
y fuí del Príncipe paje.
Criéme con él, creciendo
con la edad las amistades;
que la crianza en los hombres
es quien mejores (1) los hace.
Desde las espadas negras
hasta que, en años iguales,
blancas las ceñimos juntos,
para mi desdicha, un martes.
Que ese día, de unos ojos,
por cuyo Oriente el sol sale,
fuí mirado atentamente,
no porque yo los mirase.
Que sabe Dios que no di,
o que si miento él me falte,
más ocasión que mis galas,
con más brío que buen talle.
La bella Infanta Armelinda,
que ya parece que nacen
las Infantas de León
con desdichas semejantes,
fué quien digo, y desde entonces,
ciega, procura cegarme;
que amor, como está desnudo,
huye que le mire nadie.
No tuve yo atrevimiento
para igualarme a sus partes;
que amor no quiere más honra
que vivir con sus iguales.
Honestamente me opuse
a sus ojos celestiales
para que no se perdiesen
por alto mis humildades.
Agradecí sus favores
como a quien le dan que guarde
alguna cosa preciada (2)
que no es bien que la maltrate.
Para que cuando Armelinda
con su dueño se casase
sus favores le pudiese
volver tan buenos y tales.
Bordé (3) cifras de su nombre
en diversidad de trajes,
y (4) medallas y cadenas
con el blanco y rojo esmalte.

(1) El ms. «a uno, tres».
(2) En el impreso «oriental», por errata.
(3) El impreso dice «belleza».

(1) El ms. «mayor s».
(2) En el ms. «prestada».
(3) En el impreso «Verdes».
(4) En el impreso «ay»; en el ms. «en».

Saqué (1) en fiestas sus colores,
cintas, bandas y plumajes;
que prendas sin posesión
todas se las lleva el aire.
Mas como envidia y amor
tan mal se encubran y callen,
mi amor descubrió la envidia
y yo a la envidia mis males.
Heredó el Príncipe el reino,
dijéronle que quitase
la ocasión de un mal suceso,
contándole ejemplos grandes.
Amábame el Rey entonces,
y para no disgustarme
envióme a la frontera
de Navarra contra Tarfe.
Conocí los envidiosos,
y en pajizos tafetanes,
entre dos manos asidas,
puse por la envidia un áspid.
Tomé licencia y partí
de la ciudad una tarde,
llevando mil bendiciones
y mil suspiros de un ángel.
Apenas dió por su esfera
vuelta el sol del Pez al Aries,
cuando por León entré
con un victorioso alarde.
Dobló su amor Armelinda
obligada de mirarme
o como a Escipión en Roma
o como en Grecia Alejandre.
Dobló la envidia su fuerza,
y las personas más graves
le aconsejaron al Rey
que me prendiese o matase.
El, por no perder honor
en pública muerte o cárcel,
aparte me llama un día
y, alegre, me dice aparte:
Que quiere tomar estado
y está dispuesto a casarse;
que es gran desdicha en los reyes
que la sucesión les falte.
Que parta luego a Bretaña,
y para que me acompañen
me dió aquellos tres que viste,
traidores y principales.
No me dió licencia el Rey
para que luego le hablase,
mas una carta a los tres
que abriesen dos leguas antes
que llegasen a tu corte,
por que luego ejecutasen
lo que hallasen por su firma.

ROS. ¿Y qué escribió?

D. JU. Que me maten.
Obedecieron al Rey,
siendo a la traición leales,
hasta que tú, gran señora,
con tu venablo llegaste
por que te deba la vida
y porque es justo que guarde
un ángel a un inocente.
Mi historia es esta.

ROS. Es notable.

(Entra ARNALDO *con* HERNANDILLO, *lacayo gracioso de* DON JUAN, *atado.)*

ARN.

Huyeron de manera aquellos hombres
que se me han escondido entre los árboles,
que no ha sido posible dar con ellos;
pero saliendo hasta el real (1) camino
este traidor hallé, que traigo atado,
porque pienso que es dellos.

ROS.

Bien has hecho.

D. JU.

¿Hernandillo?

HER.

Señor de mis entrañas,
dame esos pies, y para que te abrace
manda que me desaten estas manos.

D. JU.

Dé licencia, señora, Vuestra Alteza,
que Hernando es mi criado y es honrado.

ROS.

Arnaldo, desatalde.

ARN.

Y yo le fío,
que es como un César.

D. JU.

Es de la Montaña,
criéle yo en mi casa desde niño.

HER.

No me atara las manos Aristóteles,

(1) En el impreso «Lo que». En el ms. «Saqué».

(1) En el ms. «saliendo fuera hasta el».

con todo su poder, a no decirme
ríndete a la Princesa de Bretaña.
Renoíme, porque vienes a decirla
que venga a ser nuestra ama si ella quiere;
que si no, por el hijo de mi madre,
que apretara la espada en estos puños
como cuando la carta San Alejo.

D. Ju.

Mira que estás delante de su Alteza.

Her.

¡Oh, seráfica Reina, oh Reina intrínseca,
perdona este lacayo inadvertido
y dale a Hernando, aunque se juzgue (1) indigno,
para besar tus mantecosas manos,
que yo las volveré (2) luego que toquen
esta boca obligada a tu alabanza!

Ros.

Estimo tu donaire.

Her.

Favor súpito;
digo que tal palabra, y de tal Reina,
mi blasón ha de ser de aquí adelante,
y así en el campo rojo de tu boca
de hoy más serán mis armas tus donaires.

D. Ju.

No puedo, aunque delante de su Alteza,
dejar, Arnaldo noble, de abrazaros;
déboos la vida, y si jurar es lícito,
por la de la Princesa, mi señora,
juro de ser hasta la muerte vuestro;
ayudaros en todo caso de armas,
ser enemigo de quien vos lo fuéredes
y de los vuestros solamente amigo.

Arn.

Decidme vuestro nombre.

D. Ju.

Don Juan de Haro,
noble español, que basta vizcaíno.

Arn.

Don Juan, vuestra persona y vestra pena
me han obligado a amaros y a serviros,
y así, os suplico que aceptéis mi casa
el tiempo que viváis en nuestra corte,
donde sabré despacio este suceso
y os serviré cuanto mi amor me pide,
y en fe de esta verdad vuelvo a abrazaros.

Ros.

Id ,Arnaldo, juntando vuestra gente;
dad orden de que parta y dadle luego
a don Juan un caballo de los míos.

D. Ju.

Beso tus pies.

Her.

Señor, ¿qué ha sido esto?

D. Ju.

Presto sabrás, Hernando, mis desdichas;
matarme manda el Rey y lo ejecutan
mis deudos.

Her.

¡Ah traidores!

D. Ju.

Y lo hicieran
si Rosaura y Arnaldo no vinieran.

(Vanse, y queda Rosaura *sola.)*

Ros.

Mucho parece este español sirena,
pues hablando me mueve los sentidos,
cuya agradable voz a mis oídos
con dulce y regalado acento suena.
Así tiene a sus quejas Filomena
los árboles y el viento suspendidos,
y están los ojos del pastor dormidos,
que de Mercurio al agua el curso enfrena (1).
Guardarme debo, amor, de tus enojos (2),
y pues tan cerca el enemigo veo,
seré griega huyendo y venciendo palma.
No sea este español para mis ojos
sirena, ruiseñor, Mercurio, Orfeo;
que un dulce hablar es piedra imán del alma.

(Vase y salen los tres Caballeros *que vinieron con Don Juan.)*

Hon. En fin, ¿fué Rosaura aquella?
Cab. 2.° Sí, que de cazar cansada

(1) En el ms. «muestre».
(2) Así en los textos; pero deberá decir «lavaré».

(1) En el ms. «cuando Mercurio el agua de su curso enfrena».
(2) En el ms. este verso y los tres siguientes están reemplazados por estos otros:

«Tendiste, Amor, la red ante mis ojos;
amainaré las velas al deseo
antes que la razón me deje en calma;
huiré, niño rapaz, de tus enojos.»

tenía el sueño eclipsada
de sus ojos la luz bella.
Que es (1) mujer tan varonil
que nunca del monte sale
siguiendo al ciervo, aunque iguale
su curso al viento sutil.
O con el caballo fuerte
hiriendo al fiero animal,
por quien Venus celestial
llora de Adonis la muerte.

CAB. 3.° Tal nueva se tiene allá
de su famoso valor.

HON. Del Rey fué notable error
querer castigarle acá.

CAB. 2.° No fué si saliera bien
su empresa y nuestro cuidado.

CAB. 3.° Su ventura le ha guardado.

HON. Y su inocencia también.

CAB. 3.° Yo engañado vine aquí;
nunca tal imaginé;
que a saberlo allá, no sé
si el Rey me obligara así.
Creí que estaba tratado
de Rosaura el casamiento.

CAB. 2.° Que todos perdamos siento
un amigo tan honrado,
tan noble, tan valeroso,
tan amado, tan bienquisto.

HON. ¡Oh, envidia, cómo se ha visto
tu proceder cauteloso!
Impides bienes ajenos;
siempre humillas levantados,
difamas muchos honrados
y eclipsas cielos serenos.
Alteras los quietos mares,
inquietas buenas conciencias,
sacrificas inocencias
en tus sangrientos altares.
Siempre a lo mejor te atreves,
deshaces honestas famas,
seguros lechos infamas,
sangre de tu sangre bebes.
No hay traición que no encamines,
no hay deslealtad que no esfuerces,
reyes ciegas, cetros tuerces,
mil nobles haces Caínes.
Nuestro deudo era don Juan,
mas pues vive y se ha servido
al Rey, más ventura ha sido,
pues hoy entrambos lo están,
el Rey con la ejecución
y don Juan con tal hazaña.

CAB. 1.° Volvamos, Honorio, a España,
y sepa el Rey la ocasión
de haber quedado con vida.

CAB. 3.° El cielo vuelve por él.

CAB. 2.° Clamó la sangre de Abel
antes que fuese vertida.

(Vanse, y entra FELICIANO *y* DORICLEA, *dama de la Princesa.)*

DOR. ¿Venís bueno?

FEL. A tu servicio.

DOR. ¿Dónde queda la Princesa?

FEL. Cerca.

DOR. ¿Cómo?

FEL. Porque hoy cesa
de la caza el ejercicio.

DOR. ¿Hay alguna novedad?

FEL. De un español un suceso
que trajo e este monte espeso
la envidia y la deslealtad.
Quisiéronle dar la muerte
sus amigos, y restaura
su noble vida Rosaura,
varonil, piadosa y fuerte.
Y admitiéndole a su amparo
consigo le trae.

DOR. ¿Es hombre
de valor?

FEL. ¿Pues no?

DOR. ¿Qué nombre?

FEL. Dijo que don Juan de Haro.
Esto es lo que pasa allá,
dame tú cuenta de ti.

DOR. ¿Qué cuenta dará de sí
quien tan rematada está?
Es la cuenta que he de darte
que cuentan mis pensamientos
de tu ausencia los momentos,
que amor los momentos parte.
Y que del primer recibo
tanto después he pagado,
que si no estás obligado
en notable engaño vivo.

FEL. Pienso, mi bien, que te pago,
puesto que siempre te debo,
para obligarme (1) de nuevo
a las locuras que hago.
De mi primera pasión
fué la causa tu hermosura;
pero mi mayor locura

(1) En el texto «pues», en el ms. «que es».

(1) En el ms. «pero oblígasme».

nació de tu obligación.
Un pájaro me retrato
preso en tu amor, y así pruebo
que fué tu hermosura el cebo
y mi (1) prisión el buen trato.
Fueron tus ojos la liga,
la jaula tu acogimiento,
donde preso estoy contento
y amor a cantar me obliga.
Así, los amantes son,
ya contentos con sus grillos,
retratos de pajarillos
que cantan en la prisión.

DOR. Si como sabes decir
sabes sentir, Feliciano,
serás mi pájaro en mano
y yo quien te pueda asir.
No hayas miedo que te deje
por las águilas más altas,
si no es que a quien eres faltas
para que de ti me queje.
Y por que sepas mi celo
y cuanto en mi pecho cabe,
sabe que Rosaura sabe
nuestro amor.

FEL. ¡Válgame el cielo!
¿Hásselo dicho?

DOR. Es mi dueño;
preguntóme la razón
de mi desvelo a ocasión
que me vió falta de sueño.
No se lo pude encubrir.

FEL. ¿Sábelo todo?

DOR. Es mujer;
todo lo quiso saber.

FEL. Y tú mujer en decir.
¿Qué dirá?

DOR. No dirá naa.
Y yo la vi tan curiosa,
que casi estuve celosa
de una pregunta excusada.
No le dió el caso disgusto;
antes anduvo tan clara,
que me dijo que ella amara
si hallara igual a su gusto.
Y que como pretendía
tener marido a contento,
dilataba el casamiento
que su reino le pedía.

FEL. Que nos cause daño espero.

DOR. Calla, que quiere mirar
ya que no puede jugar,
como tahur sin dinero.
Yo pienso en casos terribles
valerme de su favor;
porque sólo enoja amor
a ignorantes y a insensibles (1).

FEL. Quiera el cielo, Doriclea,
que todo suceda así.

DOR. ¿Sí viene?

FEL. Pienso que sí,
que grande gente se apea.

(Entran LEONCIO, PINABELO, ARNALDO, DON JUAN, HERNANDILLO, *y otra gente, y la* PRINCESA *detrás; llega* DORICLEA *a besarle las manos, y arrímanse todos al lienzo del vestuario, descubiertos.)*

DOR. Venga tu alteza con bien,
señora mía.

ROS. ¡Oh, amiga!

DOR. ¿Traes salud?

ROS. Eso te diga
mi rostro airado.

DOR. ¿Con quién?

ROS. Conmigo.

DOR. ¿No vienes buena,
pues que contigo estás mal?

ROS. Poco menos que mortal
traigo en el alma una pena.

DOR. Descanse tu alteza un poco.

ROS. Ya no pienso descansar.

DOR. ¿Cómo?

ROS. Quiérenme matar.

DOR. ¿Quién?

ROS. Un pensamiento loco.

DOR. Siendo tuyo, ¿cómo en él
pudo caber tal locura,
si no es querer tu hermosura
hurtar la fama a Luzbel?

ROS. Cuando hablaba el otro día
en las cosas, Doriclea,
de tu amor...

DOR. Cosa que sea,
señora, la culpa mía.

ROS. Como es peste, y me tocaba
tu anhélito con los ojos,
o quien más de sus enojos,
que es el alma, libre estaba.
He tocado de tal suerte,
que en una blanda herida
hizo una treta a mi vida
con que la puso a la muerte.

(1) En el impreso «tu».

(1) En el impreso «imposibles».

No sé yo quién el ser niega
a amor, Doriclea hermosa,
enfermedad contagiosa,
pues de visitar se pega.
Nunca me hablaras en él,
pues tan mal agüero ha sido
que lo menos que he perdido
es toda el alma por él.

DOR. ¿Adónde, cómo o por quién
ansí dices tanto mal?
¿Dónde halló tu alteza igual?
¿Cómo y a quién quieres bien?
¿No salió libre de aquí,
no fué a un monte y a una sierra
adonde sólo se encierra
el oso y el jabalí?
La aspereza de las piedras
¿la ha podido enternecer?

ROS. ¿Y entre ellas no pudo haber
algunos olmos y yedras?
Vuelve al descuido los ojos
a los que en la sala están
y luego entre ellos verán
la causa de mis enojos.
Porque es valor sin igual,
y, por tu vida, que sea
con discreción, Doriclea,
no des a entender mi mal.
Vuelve poco a poco y velos,
no te detenga el volver (1),
que te morirás de ver (2)
y me matarás de celos.

DOR. Entre los que allí se ven
el Conde Arnaldo es persona
que tu pensamiento abona;
¿es él a quien quieres bien?

ROS. Gracia tienes.

DOR. No te enfades,
que el Conde tiene valor
para merecer tu amor.

ROS. Mas quiere amor humildades.

DOR. ¿Es Leoncio, por ventura?

ROS. Ciega estás.

DOR. Mándasme ver
al descuido.

ROS. ¿Puede ser
que se esconda luz tan pura?

DOR. Allí queda Pinabelo,
pues no será Feliciano
siendo ya caso tan llano
que por su amor me desvelo.

(1) En el ms. «valor».
(2) En el ms. «amor».

ROS. ¿No hay un forastero allí?
¿No dice allí un español
a voces: «Yo soy el sol
que abrasé un alma que vi?»
¡Cómo estás ciega! ¿En qué dudas?
¿Qué reparas? ¿Qué porfías?
O negabas lo que vías
o mi pensamiento anudas (1),
o miras al español
con los ojos deslumbrados,
o viendo (2) tantos nublados,
se te ha escondido mi sol.

DOR. Buena presencia.

ROS. ¡Y que buena!

DOR. Perdida estás.

ROS. No lo niego;
fuí mariposa en su fuego,
prendíme (3) en su luz serena.
Más daño tengo que ves,
más dolor que significo.

DOR. Ya, señora, no replico;
que cuerda o que loca estás.
Sólo obedecerte quiero.
¿Mas cómo quieres querer
un sol que se ha de poner
siendo en tu (4) cielo extranjero?

ROS. Su Rey le mandó matar
por celos que tuvo de él,
de cuya muerte cruel
le pude entonces librar.
Que fué una crueldad sin ley,
y así, es fuerza que aquí viva
y que mi amparo reciba
contra el poder de su Rey.
Pues habiendo de vivir
en mi tierra, algún remedio
me dará amor.

DOR. Sólo el medio
de ser Tántalo en morir.
Que este hombre es desigual
de quien eres, y es ser loca
morir el agua a la boca
y ver corriendo el cristal.

ROS. Ya he pensado entretener
mi pena con un engaño
que mi honor encubre el daño
que de amar puedo tener,
y es que...

DOR. ¿De qué te suspendes?

(1) En el texto impreso «arrudas».
(2) En el impreso «habiendo».
(3) En el mismo «perdíme».
(4) En ídem «entre».

ROS. Has de jurar, Doriclea,
que cuando tu alma sea
ese tu amor que pretendes,
no le has de decir jamás
lo que te quiero decir.
DOR. De callar hasta morir
juro tu vida, que es más.
Fuera de que ¿quién osara
perder tu gracia, señora?
ROS. Pues oye mi intento agora,
verás una invención rara.
Tú has de fingirte perdida
por don Juan, que este es su nombre.
DOR. ¿Cómo, si soy de otro hombre
para mujer pretendida?
ROS. ¿Y no sabe una mujer
engañar a un tiempo a dos?
No te enfades, que, por Dios,
que lo has de hacer y ha de ser.
DOR. Mujer habrá que a dos quiera,
supuesto que al uno engañe;
mas no quieras tú que extrañe
lo que siendo baja hiciera.
ROS. No, que lo haces por mí
y es a cuenta de mi honor.
DOR. No diré a quien tengo amor
que me lo has mandado así.
ROS. Quitárate yo la vida
cuando sepa que lo has hecho.
DOR. Señora, rompe este pecho
de quien has de ser servida.
Verás el alma obligada
no sólo a tenerte amor,
pero a guardar a tu honor
la justa lealtad jurada.
Piérdase mi loco usto
y aventure su remedio,
porque estando de por medio
el tuyo, sólo ese es justo.
Digo que me fingiré
enamorada de este hombre.
ROS. Don Juan, Doriclea, es su nombre.
DOR. Digo que a don Juan querré.
que le hablaré tiernamente,
que estaré siempre celosa,
blanda, alegre, temerosa
y firme ausente y presente.
Que daré cien mil suspiros,
que fingiré mil desmayos,
los ojos que fueron rayos
harán (1) blanco de sus tiros.

(1) En el impreso «haré».

Que le daré mil favores
desde la mano al cabello,
que traeré su banda al cuello
y que él traerá mis colores.
Que le enviaré mil papeles
por un renglón que me escriba,
firmándome su cautiva
por ver sus ojos crueles.
Que andará un paje tras él
que me cuente si pasea,
a quién habla, a quién desea
o quién estuvo con él.
Y que, al fin, desecha (1) en llan-
ROS. Paso deja esas quimeras, [to...
que bien quiero que le quieras,
mas no que le quieras tanto.
Esto ha de ser fingimiento.
DOR. ¿Pues todo ha de ser fingido?
ROS. Escríbele que hoy ha sido
dueño de tu pensamiento;
que estás de él enamorada
desde que en palacio entró,
que te hable esta noche, y yo
sola estaré disfrazada,
adonde le pueda hablar
pensando que habla contigo;
mas dile que si hay testigo
de este amor le han de matar.
El, con el cebo y engaño
de que eres tú, vendrá a verte,
y con temor de su muerte
pondrá la vista en su daño.
DOR. ¿Gozarále?
ROS. ¿Eso preguntas,
necia, sabiendo quién soy?
DOR. Nunca yo segura estoy
de dos personas muy juntas.
Grande amor luego tropieza.
ROS. Mi amor quiero entretener;
mujer soy, hablo a mujer,
tú sabes nuestra flaqueza.
Ven conmigo, escribirás
y yo te diré el papel;
al pasar pondrás en él
los ojos; mírale más.
Haz reverencia, detente,
Mira otra vez desde aquí.
DOR. ¿Dices así?
ROS. Bien, así;
ya el te mira tiernamente.
Cuando yo vuelva la espalda

(1) En el impreso «desharé».

torna a volver y mirar.
DOR. Daré mucho qué notar.

(Ellos van haciendo sus reverencias, y ellas pasando.)

D. JU. ¡Bella mujer!
ARN. Pues miralda
con ojos de que es famoso
su entendimiento en Bretaña.
D. JU. No he visto, Conde, en España
rostro más bello y hermoso.
Tiene un no sé qué atractivo.
ARN. Estos señores se van.
LEO. Vos quedáis, señor don Juan,
ya con el Conde.
D. JU. Recibo
merced de su señoría.
Sois su huésped.
FEL. Y envidiado
de todos.
D. JU. Muy obligado
quedo a vuestra cortesía.
PIN. Después os queremos ver.
D. JU. Cuando fuéredes servido.

(Vanse, y queda DON JUAN, ARNALDO *y* HERNANDILLO.

ARN. Algo han andado atrevidos
los ojos de esta mujer.
D. JU. ¿En ella volvéis a hablar?
ARN. Hablo por si gusto os doy.
D. JU. Algo, por fe de quien soy,
me queréis, Conde, sacar.
Mirad que los vizcaínos
somos cortos. Si son celos,
decidme vuestros desvelos
por más fáciles caminos.
Que si mientras la Princesa
con ella en secreto habló
que era hermosa os dije yo,
de lo dicho no me pesa.
Que no porque yo la alabe
mi gusto os puede ofender.
ARN. ¿En efecto; esta mujer
os agrada?
D. JU. Es bella, es grave.
ARN. ¿Más, en fin, os apasiona
que la Princesa? (1)
D. JU. Eso es
más claro que el día.
ARN. Tus pies
me da, don Juan, y perdona.
Que a más el gusto me obliga
de que la Princesa sea
para con tu gusto fea,
¿qué quieres más que te diga?
Amo, pretendo, es tan alta
como sabes la ocasión;
temí a este Rey de León;
que sólo este león me falta
por vencer de mis contrarios;
aspiro a este reino y quiero
a esta mujer, por quien muero
entre pensamientos varios.
Que se inclina a tu valor,
o mis celos se engañaron:
que siempre celos gustaron
de ser los duendes (1) de amor.
Allí dan una palmada,
allí asoman, allí están;
y así los celos, don Juan,
dan golpes y todo es nada.
Si te agrada Doriclea,
que así esta dama se llama,
sea en Bretaña esta dama
la que tu gusto desea.
Yo no temo en esta tierra
rubios galanes hermosos;
no están mis ojos celosos
de su paz ni de su guerra.
No temo de ningún modo
compitiendo al mismo sol;
sólo temo a un español,
que tiene en el alma el todo.
Si van a pie, está en los pies
el alma; si alzan la mano,
allí hay alma; si el lozano
cuerpo mueven, alma es.
Si hablan, alma es el brío;
si miran, alma es los ojos;
alma tienen sus enojos
en el mayor desvarío.
Cuando el caballo obedece
al freno en aquellos van,
llevan alma, que le dan;
que todo un cuerpo parece.
Alma le dan a la espada
si la ejercitan y juegan,
cual Midas, a cuanto llegan;
es oro el alma dorada.
Pues si su donaire aspira
brío y gusto, y almas llueven,
¿qué milagro que se lleven
el alma de quien los mira?

(1) En el impreso «privanza».

(1) En el ms. «dueños».

D. JU. Atento al discurso tuyo,
Conde Arnaldo, estoy contento
de que esté mi pensamiento
tan apartado (1) del tuyo.
Y así, palabra te doy
de que si vengo a querer,
sólo será a la mujer
que has visto en mis ojos hoy.
Que se me ha entrado por ellos,
si es que te digo verdad,
y lleva mi voluntad
forzada de los cabellos.
ARN. Tomo esa palabra honrada.
D. JU. La mano te doy.
ARN. Yo quiero
ser deste tu amor tercero.
HER. ¿Hemos de ir a esta posada,
o hemos de andar sin comer
todo el día, hechos gigantes?
D. JU. ¿Aquí estás?
HER. Cuando te espantes,
bien tienes por qué lo hacer.
Y en justa razón lo fundo;
que un hombre que no ha comido
desde ayer, milagro ha sido
que no esté en el otro mundo.
D. JU. Oye, Hernando, por tu vida,
no entiendan esas razones
estos señores bretones.
HER. ¿Bretones? Linda comida.
Ya, señor, no te importuno,
que luego mis tripas vieron
que como bretones fueron,
fué Cuaresma, y día de ayuno.
Si es que has de ser Lanzarote
«cuando de Bretaña vino»
hazme, por Dios, tu rocino,
pues siempre me traes al trote.
Y envíame alguna dueña
que cuide también de mí.
D. JU. ¿No callas?
HER. Habla por mí
la hambre.

(En lo alto, la PRINCESA *y* DORICLEA.*)*

ROS. Hazle una seña.
DOR. Está el Conde allí.
ROS. Eso temo;
pero ves allí un criado
que ya está dél apartado
y es agudo por extremo.
Llámale.

(1) En el impreso «tanta distancia».

DOR. Medrosa estoy.
¡Ah, paje!
HER. ¿Llama?
DOR. Sí.
HER. ¿A quién?
DOR. A vos.
HER. No soy paje
ROS. Bien.
DOR. ¿Qué sois?
HER. Punto menos soy.
DOR. ¿Quién?
HER. Un gentilhombre al trote,
sin otras gracias que callo,
de la boca del caballo
de mi señor Lanzarote.
Si hay por allá un panecillo
o algo que desvanecer (1),
merced me pueden hacer,
sí, por vida de Hernandillo.
Que desde ayer no sabemos
si las tripas se han mudado
a otra casa.
DOR. Buen criado.
HER. Muy buena vida traemos.
Como historia de pastores,
que en todo un libro jamás
duermen, ni comen, ni hay más
que hablar de celos y amores.
ROS. ¿Tan pobre es este señor?
HER. En su tierra es hombre honrado;
mas trajéronle engañado
a ser vuestro embajador
y lleváronse el dinero;
y como este es vizcaíno,
que se morirá adivino
por no decir esto quiero.
ROS. Vete esas joyas quitando,
que ya a quitarme comienzo
las mías, y en este lienzo
las irás, amiga, atando.
mientras otra industria doy
con que tenga qué gastar.
DOR. Primero le quiero dar
el papel. Da a tu señor,
Hernando, aqueste papel.
HER. A ser en esta ocasión
libranza en un bodegón,
el cielo bajara en él.
ROS. Ten estas joyas, y di
a tu señor que las venda,
y adiós.

(1) En el ms. «desbastecer».

DOR. Oyes, nadie entienda
esto que ha pasado aquí.
HER. Transformación espantosa,
temerario encantamiento,
¿es verdad o es fingimiento?
Ce, que digo, dama hermosa,
¿cómo os llamáis?
DOR. Doriclea.
HER. Adiós.
DOR. Adiós.

(Vanse los dos.)

HER. ¡Ah, señor!
D. JU. ¿Llamas?
HER. Oiga, que hay amor,
y de moza que no es fea.
D. JU. ¿Qué dices, loco?
HER. Oye aparte.
Este papel para ti
me arrojaron desde allí.
ARN. Dadme, por mi vida, parte
de lo que dice el papel.
HER. Lo primero que encomienda
su dueño es que no se entienda.
D. JU. Mas qué, ¿tienes celos dél?
ARN. Abrásome en vivo (1) fuego.
D. JU. Pues mirad si ingrato soy:
cerrado el papel os doy
y que vos le abráis os ruego.
ARN. No excuso el ser descortés;
habéisme de perdonar.
D. JU. Leed, que os pienso obligar;
hablarte quiero después.

(Lee el papel.)

«Para saber si tratado haces el efecto que en ti he visto, te suplico por lo que debes a español, vengas esta noche a la puerta del parque de palacio, donde podrás hablarme y entretenerte. Pero advierte que en sabiendo alguno de tu boca o por tu desgracia este secreto, te ha de costar no menos que la vida.—*Doriclea.*»

ARN. Fuerte determinación.
D. JU. Ya estarás menos celoso.
ARN. Ya sólo estoy temeroso
D. JU. ¿Temes?
ARN. Sí.
D. JU. ¿Por qué razón?
ARN. Estoy como el que en la guerra
del arcabuz se espantó
cuando el plomo ardiente dió
con el compañero en tierra.
Vivo de sentido ajeno
mirándole derribado,
no porque el golpe me ha dado,
mas porque he sentido el trueno.
¡Ay, don Juan, pues Doriclea
te quiere y se arroja así,
quien me ha de matar a mí
deja que Rosaura sea!
Hame dado este papel
mil vidas, mil esperanzas;
mil difuntas confianzas
hoy resucitan por él.
Aunque te encarga el secreto,
ya ves no le puede haber;
que amor no lo puede ser,
y más si es amor perfecto.
Déjame a cargo tu vida,
que yo te he de acompañar
a este secreto lugar
donde su amor te convida.
Tú no has de ser rey aquí;
yo soy su sangre, yo emprendo
esta conquista, y entiendo
que se emplea bien en mí.
Con casamiento o sin el,
tuya será Doriclea;
deja que Rosaura sea
de Arnaldo, pues vive en él.
D. JU. Cuando yo no te debiera
la vida, el tenerte amor
me obligara a tu favor;
sigue, conquista, ama, espera.
Yo he de ser parte que goces
la Princesa.
ARN. Y yo que sea
tu mujer...
D. JU. ¿Quién?
ARN. Doriclea.
HER. Hablad bajo y no deis voces;
que andan por el corredor.
D. JU. Quiérola esta noche hablar,
y tú me has de acompañar.
ARN. Tienes, español, valor;
mis celos tendrán secreto.
D. JU. Guarda secreto.
ARN. Sí haré;
que mientras secreto esté
tendrá mi esperanza efecto.
ARN. Ven a comer.

(1) En el impreso «vuestro».

D. Ju. Voy.
Her. Escucha.
He tomado aquestas joyas,
que ya vences (1) a mil Troyas.
D. Ju. ¿Es grande cantidad?
Her. Mucha.
D. Ju. ¿Quién te las dió?
Her. Aquella dama
que aqueste papel me dió.
D. Ju. ¿Sabe ya lo que pasó
y que Alfonso me desama?
Her. Rosaura se lo ha contado.
Díjome que las vendieses,
porque con ellas vivieses
mientras estás desterrado.
Hay diamantes que es locura.
D. Ju. A lo menos no hay amante
que en ocasión semejante
tenga tan alta ventura.
Ven, que si el Rey, riguroso
de su tierra, me destierra,
el desdichado en su tierra
es en la ajena dichoso.

JORNADA SEGUNDA

(Entra el Rey de León *y los tres* Caballeros *que quisieron matar a Don Juan.)*

Rey.

Admirable mujer.

Cab. 1.°

No te contara,
invicto Rey, lo que verdad no fuera
ni con menos razón me disculpara.
Cansada de matar alguna fiera
de las que el monte que te dije cría,
a quien más fuerte que Atlante espera,
entre unos verdes árboles dormía
Rosaura bella, dando envidia al cielo,
vista al amor y claridad (2) al día.
Cruzaban sendas el ameno suelo,
por una de las cuales los tres fuimos,
llamándonos el agua vuelta en hielo.
Mas como en vez de descansar leímos
la carta en que mandabas darle (1) muerte,
al pecho las espadas le pusimos.
Apareció Rosaura, armada y fuerte,
de un venablo blandiendo la cuchilla
con que la sangre de las fieras vierte.
Nunca Diana en la rosada orilla
al Erimanto se mostró más bella
o cuando Luna a Endimión humilla.
Y no sólo pudimos ofendella,
que puesto que su gente no llegara
vimos todo el valor de Marte en ella.
Apartaba las hebras de la cara
para matar con los serenos ojos;
¿pues de rayos de amor quién se guardara?
Corto el vestido, que causara antojos
al más helado pecho, el pie sacaba
pequeño, y grande para dar enojos.
Así Venus lasciva se mostraba
cuando con ocasión de caza y monte
al rapacillo Adonis enseñaba.
En fin, de todo el valle y su horizonte
tanta gente bajó, que huyendo fuimos:
si fué peligro a imaginarlo ponte (2).

Rey.

¿Que es tan bella Rosaura?

Cab. 2.°

No tuvimos
mayor contrario que su rostro hermoso;
como quien mira al sol, la luz perdimos.

Rey.

¿No fuistes conocidos?

Cab. 3.°

Fué forzoso
huir tan presto, que ni vernos pudo.

Rey.

¡Oh valor de mujer maravilloso!
Halló don Juan el cristalino escudo
de Medusa, volviendo en piedra a Atlante.
Estoy de oír sus alabanzas mudo.
De don Juan, ¿qué supiste?

Cab. 1.°

Que adelante
pasó, tuvimos nueva.

(1) En el impreso «vienes», por errata. En el ms. dicen estos dos versos:

«Toma aquestas joyas,
que hoy vences, señor, mil Troyas.»

(2) En el ms. «obscuridad».

(1) En el impreso «dar la».

(2) Así en e ms. En el impreso dice: «si fué a imaginarlo ya patente».

CAB. 2.°

A París iba
por vengarse de ti.

REY.

Mozo (1) arrogante.
Ver tengo, Honorio, esa Princesa altiva
si perdiese mi reino.

CAB. 3.°

¿De qué suerte,
si a tantos Reyes se ha mostrado esquiva?

REY.

Veréla disfrazado.

CAB. 2.°

Rey, advierte...

REY.

De mí mismo diré que llevo cartas
y que tratar con ella.

CAB. 3.°

Es loca y fuerte;
y no tengo por bien que solo partas.

REY.

Llevaré alguna gente de servicio.

HON.

Y alguna de secreto que repartas.

REY.

Diré en León que al gran Patrón, propicio
a la española gente en la campaña,
por dar de agradecido justo indicio
vamos a visitar, y por Bretaña
con nombre de embajada entrar podemos,
que siempre enoja la arrogante España.

HON.

Ya me pesa de haberte los extremos
de la bella Rosaura referido
con que a tanto peligro te ofrecemos (2).

REY.

La culpa deste daño habéis tenido,
porque suelen entrar con mayor fuerza
las flechas del amor por el oído.
Pero pues ya la voluntad me fuerza,
que es la fuerza mayor un ciego engaño,
a verla, a hablarla o a engañarla es fuerza.

(1) En el impreso «Modo».
(2) En el ms. «ponemos».

Iré, sin duda, aunque me ponga al daño
de descubrir quién soy, siendo forzoso,
pues ha de ser alegre el desengaño.
Y últimamente yo seré su esposo,
o no habrá industria en el ingenio humano
ni valor en un Rey tan poderoso.
Así cuenta Virgilio que el Troyano
vió a hermosura y la beldad de Dido.
Apréstese la gente ,que es en vano
poner freno a la mar ni a amor olvido.

(Salen ARNALDO, DON JUAN DE HARO, HERNANDILLO *con hábito de noche.)*

D. JU. No querría que os sintiese.
ARN. ¿Cómo me puede sentir?
D. JU. Porque es veloz en oír
quien teme, aunque el viento cese.
Y como apenas menea
las hojas de este jardín
y llega la noche al fin,
de la mitad (1) que desea,
con el silencio, ¿quién duda
que conozca que hay más gente?
ARN. ¡Bravo amador!
D. JU. Obediente.
ARN. ¿No es peor que gente acuda
y que os hagan mil pedazos?
D. JU. ¿Cómo me han de echar de ver
o me podrán ofender,
conde, sus villanos brazos?
ARN. Si es la guarda, ¿no podrá?
D. JU. Yo estoy seguro de mí.
ARN. Yo bien os dejara aquí,
por lo que seguro está
mi temor de vuestra espada;
pero amistad tan estrecha
no cumple bien, si sospecha,
con la obligación jurada.
Sospecho que os viene mal;
voyme, y aunque mal os viene,
quien se va y sospechas tiene
es amigo desleal.
De suerte que estoy aquí
no porque soy menester,
sino por no me ofender
con que sospechéis me fuí.
D. JU. ¿De qué sirven los rodeos,
las quimeras e invenciones,
Arnaldo, desas razones,
si entiendo vuestros deseos?
No procuréis desvelarme,

(1) En el impreso «amistad».

que todos vuestros desvelos
nacen de que tenéis celos
mejor que de acompañarme.
¿Pensáis con su ardiente llama,
si no estáis conmigo junto
un punto, que en ese punto
he de gozar vuestra dama?
Yo, Conde, ha dos meses ya
que todas las noches vengo
a este punto, donde tengo
mil favores que me da
mi adorada Doriclea,
con cuya rara hermosura
del mismo sol la luz pura
me parece obscura y fea.
Estoy tan bien empleado,
que no digo yo que os puedo
asegurar dese miedo,
a fe de español honrado.
Pero que cuando quisiera
Rosaura su dueño hacerme
Rey deste reino, y ponerme
del mismo sol en su esfera,
despreciara su valor,
puesto que tan alto es,
porque el mayor interés
desprecia un desnudo amor.

ARN. Yo estoy de vos satisfecho
y de la Princesa tanto
que de mí penséis me espanto
que de su alteza sospecho
cosa indigna de quien es;
ni estoy conmigo tan mal
que me juzgue desigual.

D. JU. Pues volveos, que después
os contaré en el estado
que traigo mi pensamiento,
pues sabed, Conde, que intento
encubrir este criado.
que me trae esta rodela
y que con señas me avisa
si alguno esta senda pisa
de los que mi amor desvela.

ARN. ¿Por qué con tanto secreto
os habla aquesta mujer?

D. JU. Porque debe de tener
de españoles mal conceto,
y porque Rosaura acaso
no sienta que esto es flaqueza.

ARN. Sí, que es un ángel su alteza.

D. JU. Alargad, Arnaldo, el paso,
que me muero ya por ver
aquella hermosa señora
por quien de envidia el aurora
se da priesa a amanecer.
Mirad que en estos jardines
presto el sol adelantado (1),
resplandece coronado
de violetas y jazmines.
No me estorbéis mi ventura.

ARN. El cielo os la dé.

(Vase ARNALDO.*)*

D. JU. Ya espero.
Fuése.

HER. Lindo majadero.

D. JU. A espacio.

HER. La noche obscura.

D. JU. Todo mi bien me concede.
Adoro la obscuridad,
que si hay luna o claridad
ni sale mi sol ni puede.

HER. ¿Es lechuza esta mujer?
¿Es buho? ¿Acaso es mochuelo?
Que apenas quiere que el cielo
pueda nuestros ojos ver.

D. JU. ¡Ay, Hernando!; porque había
la otra noche seis estrellas
entre mil nubes, que entre ellas
apenas su luz se vía,
con una toca me habló
cubierto el rostro.

HER. Está loca
esta mujer que con toca
te habla; mas pienso yo
que quiere que la destoques.
Tú eres un lindo cobarde;
mira que amor cuando arde
ni teme Reyes ni Roques.
Es la más grave mujer,
más melindrosa y divina
pintura, con su cortina
para quien la llega a ver.
Y así al que verla permite
pueden echarle una albarda
cuando a la imagen aguarda
que la cortina se quite.
A la que es más recatada,
que se descubra no esperes;
álzale el velo si quieres
saber si es viva o pintada.

D. JU. Ya lo intento, mas después
temo, tiemblo, y si porfío,
luego me da un sudor frío

(1) En el impreso «es aclarado».

de la cabeza a los pies.

HER. ¿Temblando sudas?

D. JU. ¿Pues dudas
que eso sabe amor pintallo?

HER. Tú eres el primer caballo
que antes de correr te sudas.
El es un gran desatino
muy conforme a tu nación.

D. JU. ¿Cómo?

HER. Querer en bretón
y gozar en vizcaíno.
Deja tanta cortedad.

D. JU. Tenme, Hernando, esta rodela,
mira que el tiempo que vuela
con tanta velocidad
no pase sin que me avises
con la seña que he trazado.

HER. Habla, y callo.

D. JU. Ten cuidado,
mira que muy quedo pises.

(La PRINCESA, *detrás de un muro bajo, y dentro se vea como jardín.)*

ROS. ¿Es don Juan?

D. JU. Yo soy, mi bien.

ROS. Paréceme que he sentido
ruido fuera.

D. JU. Es dentro el ruido,
porque fuera no hay de quién.

ROS. No, que todo está muy quieto
y Rosaura está acostada.

D. JU. Yo que tropecé en mi espada
fué la causa deste efeto
o el viento es, rosa querida,
que les pide a mis congojas
albricias entre estas hojas
de tu dichosa venida.

ROS. Y vos, por tanto contento,
habéiselas dado?

D. JU. Sí,
mis esperanzas le di,
que es bien que las goce el viento.
¡Ay, hermosa Doriclea,
que aunque es cielo ese valor
aguardáis a que mi amor
más alto gigante sea!
¿Qué pruebas queréis mayores
o qué prendas más seguras
que sirven noches obscuras
para tan castos amores?
Si no merezco una mano,
¿qué importa que las estrellas
miren esas manos bellas
ni las alumbren (1) en vano?
¿Qué importa disimular
de día cuando me veis
si de noche aun no queréis
amorosamente hablar?
Abrid, mi bien, el jardín
donde ya el agua y las flores
murmuran nuestros amores
hasta el más casto (2) jazmín.
Dadme esas manos hermosas,
tanto de mi boca amadas
que no estarán coloradas
de su vergüenza las rosas.
Yo soy aquel español
que va de una en otra esfera,
aunque con alas de cera,
de vuestra grandeza al sol.
Y pues he llegado a tanto
que he visto nacer su aurora,
no me derribeis, señora,
a mayor mal que mi llanto.

ROS. Aunque yo, amor, os amé (3)
y de amarme causa os dí,
no por eso el ser perdí
que de quien soy heredé.
Procedo en mi justo amor
con el debido recato;
porque amor, si crece el trato,
pierde el respeto al honor.
Amad vos con advertencia;
que no hay conquista de fama
cuando faltan en quien ama
la esperanza y la paciencia (4).
Tened, don Juan, confianza
de que muy vuestra seré,
porque no es buena la fe
donde falta la esperanza.

(Aparte.)

HER. ¿Habrá algún hombre discreto
que este amor no llame loco
o quien se tenga en tan poco
que quiera amar sin efeto?
De esperanza y de paciencia
hablan en todo rigor,

(1) En el impreso «ni la luna alumbre».
(2) En el ms. «alto».
(3) En el ms. «Don Juan, aunque yo os amé».
(4) En el ms., después de este verso intercala éstos:

«No ha tanto que pretendéis,
no ha tanto que deseáis;
si os cansáis de amar, no améis;
si no esperáis, no esperéis.»

basta que ya al negro amor
hacen casos de conciencia.
Quién mete al amor con fe,
con paciencia y esperanza
no hay cosa si el viento alcanza
que en más desatino dé.
Que gran bachiller parece
amor en su pretensión,
y en tomando posesión
como una piedra enmudece.
¡Oh amantes llenos de enredos,
de mentiras, de locuras,
de penas, de desventuras,
de confusiones y miedos!
Dicen que sin alma están
con los sentidos en calma,
y mienten, que tienen alma,
que de palabra la dan.
¡Ah vida de los lacayos!
Nuestro amor sí que es amor,
sin interés del honor (1),
sin traiciones, sin desmayos.
No hay más de que a mediodía
mi dama está en su fregado,
y dígole por un lado:
«Vente a la noche, Lucía.»
Trae dos hermosas lonjas
en vez de esperanza y fe
y vuélvese su mercé
con más obras que lisonjas.
Lleve el diablo estos amantes
con su gusto de alfeñique;
ahora bien, pique o no pique,
arrimemos los gigantes.
Sueño me aflige; ¡por Dios,
que ha de servir la rodela
de almohada.

(Echase a dormir Hernandillo)

D. Ju. Sólo apela
mi amor deste agravio a vos,
que sois la suprema sala.

Ros. Digo que mañana quiero
que veáis que por vos muero,
y mi amor al vuestro iguala.
Si la noche fuere obscura,
de aqueste jardín saldré
y en ese campo estaré
con vos, como esté segura
de que me habéis de cumplir
lo prometido, don Juan.

(1) En el ms. «sin intereses de honor».

D. Ju. Mis deseos os dirán
lo que es amar y sufrir.

(Entra Feliciano.*)*

Fel. Pasos que mi loco amor
con tal desatino (1) guía,
¿como la que niega el día
dará la noche mejor?
¿Cómo veré en estas rejas
la que apenas da lugar
para que puedan pasar
entre sus hierros mis quejas?
Parece que ya se enoja,
dulce señora, mi amor,
pues tal esperanza en flor
él la marchita y despoja.
De noche hablarte solía
detrás de aquestas paredes;
¡qué de regalo y mercedes
que de tu boca sentía!
¿Quién te me ha trocado así
y me fuerza a que yo venga
donde sólo el aire tenga
que me responda por ti?

D. Ju. Gente suena; espera un poco,
mi vida, y veré quién es;
no he visto gente después
que estas soledades toco.
¿Mas de qué son los recelos
Que no habiéndome avisado
Hernandillo, en su cuidado
Arnaldo ha envuelto sus celos.
Y como él le ha conocido
no me ha querido llamar?

Fel. ¿Hombre en aqueste lugar?

D. Ju. Seáis, Arnaldo, bien venido.
Descubríos, no os cubráis;
estaréis muy vergonzoso
de que os vea tan celoso;
tened celos, pues amáis.
Que es dulce la sal de amor
con que se comen mil gustos;
que no hay placer sin disgustos
ni sin contrario sabor.
Pero, por Dios, que venís
sin razón desconfiado;
que estoy más enamorado
de lo que vos presumís.
Hame dicho Doriclea
que saldrá mañana aquí;
si ella sale, fiad de mí

(1) En el texto dice «desafío», por errata.

que yo la goce y posea.
Está ya muy declarada,
llámame su vida y bien;
díjome, Arnaldo, también
que está Rosaura acostada.
No tenéis que hacer aquí;
guardadme, Arnaldo, secreto;
que si lo sabe, os prometo
que no hará cosa por mí.
Iros podéis a acostar,
y si esperarme queréis,
entre esos olmos podréis;
adiós, que la vuelvo a hablar.

(Vuélvese.)

FEL.

¿Soy yo, por dicha, cielos, el que ahora
oigo decir a un hombre estas razones?
¿Cómo es que Doriclea a otro hombre adora,
en medio de mis justas pretensiones?
¡Ah, pecho desleal, mujer traidora,
que en ocasión de tanto mal me pones!
Este es el español recién venido
y yo quien te ha adorado y te ha servido.
Tan presto tanto amor; mañana quieres
rendir el fruto que esperé seis años;
¿qué mucho que no tengan las mujeres
crédito si en los nobles hay engaños?
Aquí puedes ahora ver quién eres,
pues quiere Dios que tales desengaños
me muestren que don Juan tu gusto ha sido
y yo quien te ha adorado y te ha servido.
¿A un español tan pobre que no tiene
más que la espada tu grandeza humillas?
¿A un hombre que en desgracia de un rey viene
contando a lo español las maravillas?
De un pobre que de huésped se mantiene
prefieres a un barón de tantas villas;
haráslo por mostrar cuán loca has sido
y yo quien te ha adorado y te ha servido.
¿Qué me podrás negar si él me lo cuenta,
pensando que yo soy el traidor Conde,
que es de mi sangre y consintió mi afrenta?
¿Qué secreto jamás la tierra esconde?
Quiero matarle, pues mi muerte intenta.

ROS.

Don Juan, mil voces dan.

D. JU.

Ya siento adónde.

FEL.

El Conde ha sido al fin quien me ha vendido
y yo quien te ha adorado y te ha servido.

D. JU.

Irélo a ver; entrad, señora mía.

ROS.

Mi bien, adiós; escríbeme mañana
y ruega a Dios que pase presto el día.

(Vase.)

D. JU.

Arnaldo, condición tenéis villana;
poca nobleza arguye quien no fía
de su amigo una cosa que es tan llana;
dé celos sin por qué, voces al viento,
loco, aunque enamorado pensamiento.
Ya os digo que yo adoro a Doriclea,
que es luz de aquestos ojos, vista y aura
de mi aliento vital, y quien desea
el alma que la suya me restaura;
sea Rosaura cuanto hermosa fea,
¿qué importa? Si no quiero yo a Rosaura.
Doriclea me quiere, y si ya os dije (1)
que mañana la gozo, ¿qué os aflige?
¿Qué cansáis las estrellas y los cielos
si veis a Doriclea tan perdida?
¿De qué os matáis? ¿De quién tenéis desvelos?
Yo soy sólo su bien y ella es mi vida.
Dejad, Arnaldo, los injustos celos,
que sois con vuestras manos homicida;
porque no tiene luz el sol que sea
hermosa como el pie de Doriclea.

FEL.

¿Responderé? ¿Diré quién soy? ¿Podía
serme de más provecho la paciencia?
Sí, pues me queda término de un día
que ponga a todo daño resistencia.
Esto conviene a la nobleza mía;
no quiero aventurar con insolencia
lo que puedo ganar sabiendo claro
que es aqueste español don Juan de Haro.

(Vase Feliciano.)

D. JU.

¿Cómo Arnaldo se va sin responderme?
Qué celos tan villanos y tan viles.
¿No basta, Conde, entre sus brazos verme?

---

(1) Estos versos están así en el ms.:

«que es luz de aquestos ojos, vida y alma
de mi aliento vital y quien desea
salir de aquesta amorosa calma.
Vos seréis sólo, Arnaldo, el que posea
el cetro de este reino, cetro y palma.
Doriclea me quiere, y ya os dije...»

¿Aun queréis ver las cosas más sutiles?
Huésped soy, y si pensáis prenderme (1),
cuando por ser de España me aniquiles,
presume que he nacido vizcaíno,
que apriesa va y se sale del camino (2).
Cosa que me engañase y que no fuese
Arnaldo este hombre; ¡ay triste, ay noche obs-
[cura!
¡Oh lengua!; ¡oh quien amando enmudeciese,
que es hija del hablar la desventura!
¿Pero cómo es posible que no hiciese
señas Hernando en esta coyuntura,
siendo en discurso de mi historia largos (3),
en los pies grulla y en los ojos Argos?
¡Ah Hernandillo! ¡Hernandillo! No parece.
¡Válame Dios!; aquí quedó arrimado,
la obscura noche apenas me le ofrece;
topé los pies, los ojos me han turbado;
tendido está, mi mal se aumenta y crece;
sin duda que aquel hombre rebozado
me lo mató, tan presto que no pudo
hacerme señas; que lo miro y dudo.
¡Ah pobre mozo; aquí murió en Bretaña
el mejor montañés que vió Tineo!
¡Pobre Hernando! (4)

HER.

Señor.

D. JU.

¿Hay cosa extraña?
¿No estás herido?

HER.

¿Yo? Ni aun lo deseo.

D. JU.

¿Pues qué es aquesto?

HER.

Estaba la campaña
tan libre de enemigos.

D. JU.

Caso feo.
¿Haste dormido acaso?

HER.

Siempre he sido
a quien me convidase agradecido.

(1) En el ms. «tu huésped soy; si piensas ofenderme».
(2) En el ms. «que apriesa ya se sale del camino».
(3) En el impreso «fiesta», por errata.
(4) En el texto «Hernandillo», que hace el verso largo.

Convidóme el pradillo, el sueño, el vino,
y por Dios que confieso mi pecado.

D. JU.

Más te quisiera muerto.

HER.

Y lo imagino
del grande amor que siempre me has mostrado.
Cuanto a mí, yo estoy bien.

D. JU.

¡Qué desatino
venir de un hombre bajo acompañado!
¡Un borracho tras mí!

HER.

¿Pues quién hubiera
que tu requiebro y necedad sufriera?
Estás tañendo gaitas zamoranas;
estáste aficionando con tu diosa
con más frío y calor que unas cuartanas
y ella muy mentecata y melindrosa;
y quieres, madrugando las mañanas,
que sufra vuestra plática amorosa;
antes sufriera un tiro de crujía.

D. JU.

Sin duda, que os perdí, señora mía.
¡Oh traidor, hombre vil!

HER.

¿De qué te asombras?
¿Qué ha sucedido?

D. JU.

Un hombre me ha escuchado
por dormirte, traidor.

HER.

Serán sombras
de aquestos altos árboles del prado.

D. JU.

¿Sombras los hombres que se mueven nombras?
Ven y calla, traidor.

HER.

Estoy cansado
de venir cada noche a necedades,
que no es curar caballos voluntades.
Estáste bobeando, que no hubiera
quien ya no hubiera este portillo roto,
¿y lloras que se duerma el que te espera? (1)

(1) Estos tres versos dicen en el ms.:

«Estáste bobeando. ¿Qué hombre hubiera
que ya no hubiera este portillo roto,
y lloras que se duerma quien te espera?»

D. JU.

Paso, señor, con menos alboroto.

HER.

Poca prosa gastara si yo fuera;
pero siempre fué cierto de mi voto
que el soldado y amante no hacen nada
cuando tienen la pólvora mojada.

(Vanse, y entra el REY DE LEÓN *y sus caballeros, con* PINABELO.)

REY. Esto dirás a su alteza.
PIN. Al fin sois embajador.
REY. A lo que digo, señor,
mi venida se endereza.
Este intento tiene el Rey.
PIN. No seréis mal admitido.
REY. Fuera el ser mal recibido
contra la exención y ley
preeminencia de este oficio.
PIN. ¿Qué mueve al Rey de León
dar en aquesta ocasión
de tanta afición indicio?
REY. La fama de su valor,
de quien el mundo es teatro:
corriendo de Tile a Batro,
lo más cerca hirió mejor.
Y como a tomar estado
le importune, obligue y fuerce
su reino y también le esfuerce
cierto pesar que le ha dado
Armesinda, hermana suya,
todo junto le obligó.

(Entra DORICLEA.)

DOR. Ya Rosaura se vistió
por ver la embajada tuya.
Espera un poco, español,
en esa sala primera.
REY. Seré noche cuando espera
la luz el alba del sol.
DOR. Ve, Pinabelo, con él.
REY. ¿Es más bella que esta dama
Rosaura?
PIN. Tal es su fama;
es un sol.
REY. Yo adoro en él.
HON. A mucho te has atrevido.
REY. A no haber de amor victorias
no hubiera en el mundo historias (1),
ni fama contra el olvido.

(Vanse y queda DORICLEA.)

DOR. ¡Oh, si se doliese el cielo
del estado de mi mal,
pues apenas tiene igual
de cuantos conoce el cielo!
¡Oh, si Rosaura, casada,
dejase en esta ocasión
de don Juan la pretensión
sobre los vientos fundada!
Que temo alguna flaqueza
contra mi honor, pues en vano
quiere tener en la mano
el amor y la grandeza.
Que como es blanco mi honra
de su loco amor injusto,
ella ha de tener el gusto
y yo pasar la deshonra.
Háblale por el jardín,
y él piensa que habla conmigo;
de día le escribo y digo
mil amores a este fin.
Perdiendo las ocasiones
de mi Feliciano, y ella
de noche confirma y sella
con sus obras mis razones.
Pierdo mi bien, y deseo
librarme de tanto daño;
pero si le desengaño
en más peligro me veo.
Que nos mandará matar
para asegurar su honor;
bien parece nestro amor
que es fuego y nació en la mar.

(Entra FELICIANO, *de camino.)*

FEL. ¿Es levantada su alteza?
DOR. ¿Dónde bueno vas así?
¿Caminas?
FEL. Señora, sí.
DOR. ¡Qué confusión, qué tristeza,
qué mudanza! El viento igualas.
¿Tú espuelas?
FEL. Por tus cautelas.
Y es poco llevar espuelas;
plegue a Dios que basten alas.
DOR. ¿Adónde?
FEL. Huyendo de ti.
Y aunque es sin causa esta ausencia,
pido a Rosaura licencia,
si se levanta, de mí.
Que no quiera Dios, ¡cruel,
que yo esté donde te goce
un español.
DOR. ¿Quien conoce

(1) Falta este verso en el impreso.

mi honor tan mal habla en él?
¿Qué español me ha de gozar?

FEL. Don Juan, vil, baja mujer.

DOR. Oye.

FEL. ¿Qué quieres hacer?
¿Qué disculpa puedes dar?
Yo lo he visto, yo lo oí
yo sé que se concertó;
tan presente estuve yo
como estoy, villana, aquí.
Bien sé por dónde os habláis,
ya sé el campo y el jardín,
ya sé que intentáis mi fin
y que a vuestro honor le dais.
Bien pudiera con su muerte
sosegar mi vida injusta;
pero mi propio amor gusta
que te goce desa suerte.
Porque ¿cuál mayor venganza
puedo yo tomar de ti
que ver que te goce así,
por premio de tu mudanza,
quien mañana ha de dejarte
y ha de alabarse en su tierra
de la bajeza que encierra
la nuestra con infamarte?

DOR. ¿Pues no me dejas hablar?

FEL. ¿Qué me puedes tú decir,
pues, como el ver y el oír?
¿Aun me quieres engañar?
Ya que me engañaste el gusto,
déjame estos dos sentidos.

DOR. Tus ojos y tus oídos
mienten, Feliciano injusto;
aunque no te puedo hablar
ni darte satisfacción.

FEL. Yo he de buscar ocasión
con que me pueda vengar.

DOR. Llévame, mi bien, de aquí
si temes eso.

FEL. ¡Oh qué bien!
A un tiempo quieres también
que dos gocemos de ti.
¿Tienes seso? ¿Eres aquella
que con tu boca fingida
ayer me llamó su vida
y me dió el alma con ella?
¿Eres la misma, cruel,
que vi llorando en mis brazos
con más enredos y lazos
que una yedra en un laurel?
¿Eres tú aquella de quien
tengo mil firmas traidoras?
¿Cómo a un extranjero adoras?
¿A un español quieres bien?

DOR. Voces das.

FEL. ¿Pues no he de dallas
antes que con él te goces,
y no es justo que dé voces,
pues tú las oyes y callas?

DOR. Déjame entrar a pedir
licencia de responderte.

FEL. ¿A quién? ¿Cómo? ¿De qué suerte?
¿Qué has de hacer? ¿Qué has de de-
[cir?
Piedad bañada en desdén,
que me matas y me lloras,
¿cómo a un extranjero adoras?
¿A un español quieres bien?

DOR. Dame palabra que aquí
me esperarás, Feliciano.

FEL. Quien tanto ha esperado en vano,
¿qué puede esperar de ti?

DOR. Ya vuelvo, espérate un poco,
sólo a Rosaura hablaré.

(Vase.)

FEL. Doriclea, yo estaré
cuando vuelvas muerto o loco.
Dejadme, dulces engaños
de amor; mirad que soy noble,
y es vergüenza (1) que se doble
su fuerza con dos engaños.
Temblando estoy, y en los labios
el alma entre voces tiernas;
no pueden tener las piernas
el peso de los agravios.
No más confianza loca;
firme tengo.

(Entra DON JUAN.*)*

D. JU. En confusión
me ha puesto aquella visión;
a gran pena me provoca.
Niega Arnaldo, y si él no fué,
alguien mi secreto sabe,
para que mi vida acabe
adonde mi vida hallé.
¡Oh, Feliciano!

FEL. ¡Oh, don Juan!
Verte, por agüero tomo.

D. JU. ¿Vaste?

FEL. Voyme.

D. JU. ¿Adónde o cómo?

(1) En el ms. «bajeza».

FEL. Unos vienen y otros van.
Voy a un negocio secreto;
y pues a tiempo has llegado,
verás, español honrado,
desta verdad el efeto.
Cierta cosa has de guardarme
en tanto que ausente estoy.
D. JU. Esa palabra te doy,
seguro puedes mandarme.
FEL. Es prenda que es menester
que a la defensa se acuda,
porque es prenda que se muda.
D. JU. ¿Pues quién es?
FEL. Una mujer.
D. JU. Mujer, y mudable, ¿quieres
que la guarde?
FEL. Bien podrás.
D. JU. Ellas se guardan no más,
que no hay guarda en las mujeres.
FEL. Creo que estará segura.
D. JU. ¿Hasla gozado?
FEL. He tenido
favores que he merecido,
no por valor, por ventura.
Los cuales dejarte quiero,
que en aquesta caja van,
porque ausente aumentarán
el mal de que agora muero.
Aquí hay papeles fingidos
llenos de encarecimientos (1),
que amor todo es fingimientos,
o gozados o leídos.
Cintas verás, y cabellos,
donde quisiera algún día
fueran mil almas la mía
para ocuparlas en ellos.
Que como amor me dió palma
de tan verdadero amante,
el menor era bastante
para suspenderme el alma.
Lee, don Juan, sus engaños,
advirtiendo bien que son
procesos de mi afición
en un pleito de seis años.
Y por que sepas quién es
el dueño de aquestas prendas,
también quiero que lo entiendas
deste retrato que ves.
Toma y quédate con Dios,
y dirásle a Doriclea
que por muchos años sea
el gozaros hoy los dos.

(Vase.)

D. JU.

¿Ha llegado en el mundo de improviso
a tal sazón tan fuerte desengaño?
Detente, espera, vuelve. Fuése. Quiso
con esta industria reparar su daño.
¡Con qué facilidad me ha dado aviso!
de su desdicha y de mi loco engaño.
¡Ay, justos celos! ¡Ay, mujer fingida!
La pena es cierta y la ocasión perdida.
Este es el hombre que siguió mis pasos
y por el Conde hablé junto a la huerta.
¡Oh bella luz que por los cielos rasos
eras del mal descubridora cierta!
¡Oh noche, capa vil de infames casos,
por ti todo mi bien se desconcierta;
que estando tanta gloria prevenida
la pena es cierta y la ocasión perdida!
¡Oh malditos papeles!; ¡oh cabellos
lazos (1) de mil enredos! ¡Oh retrato
de dueño más mudable y fácil que ellos!
¿En tal bajeza cabe tan mal trato?
Ojos fingidos, por milagro bellos,
¿Por qué me disteis (2) galardón ingrato?
Si os he perdido perderé la vida;
la pena es cierta y la ocasión perdida.

(Entra DORICLEA.*)*

DOR. Aunque me niega licencia
de poderte hablar Rosaura,
Feliciano...
D. JU. ¿En mi presencia
le nombras? ¡Qué bien restaura
tu libertad mi paciencia!
¿Tan ciega estás que no ves
que soy un hombre que engañas?
DOR. ¿Qué dices?
D. JU. Que cuando estés
gloriosa de tus hazañas
te mires, pavón, los pies,
desvanecerás la rueda
desa tu loca hermosura,
que con tanta infamia queda,
viendo que de tanta altura
bajar a este abismo pueda.
DOR. ¿No estaba aquí Feliciano?
D. JU. Aquí estaba y me dejó
estas prendas en la mano,

(1) En el impreso «merecimientos».

(1) En el impreso «llenos».
(2) En el impreso «porque perdiste».

con que sin causa me dió
veneno como a tirano.
Si le amabas, si tenías
amor secreto con él,
¿por qué conmigo fingías,
por qué quisiste, cruel,
doblar las desdichas mías?
Cuando de España llegué
los ojos pusiste en mí,
por tu culpa mi amor fué,
ni con el alma te vi
ni con los ojos te hablé.
Tú, con papeles fingidos,
y de noche, con engaños,
me has robado los sentidos,
dándole a beber mil daños
al alma por los oídos.
Tú por la secreta puerta
de tu huerta hiciste en mí
esta locura encubierta;
bien puedo decir de ti
que me metiste en la huerta.
¿Qué pensamiento fué el tuyo
de hacer hazaña tan fea?
Pero con esto concluyo;
eres mujer, Doriclea;
a liviandad lo atribuyo.

DOR. *(Apart.)* ¿Cómo podré responder?
Porque si le desengaño,
el amor se ha de saber
de la Princesa, en mi daño.
¿Qué no intenta una mujer?
Que Rosaura su flaqueza
quiera conmigo encubrir
por no ofender su grandeza.
¡Qué ingenio para fingir
nos dió la naturaleza!
Ahora bien, pues es forzoso,
quiero dar fuerza a su enredo,
que yo cobraré mi esposo,
pues libre y segura quedo
y él engañado y quejoso.
Mi bien, mi español querido,
yo os confieso que he tenido
a este Feliciano amor;
pero tratando mi honor
con el respeto debido.
Vinistes, y cuando os vi
fué amor pintor, lienzo fuí,
a Feliciano quitó
y en su lugar os pintó
para que viváis en mí.
No ha sido el pincel liviano;
por más perfección le dejo;
de suerte que Feliciano
fué deste lienzo el bosquejo
y vos la postrera mano.
Prendas son que di primero
que os viese, español famoso;
mas sólo advertiros quiero
que os las doy como celoso
y no como caballero.
Después que os vi y os amé,
nunca más, mi bien, le hablé,
bien lo dice el desengaño;
mas, ¿cómo os pude hacer daño
si en vuestro tiempo no fué?
Id esta noche a la huerta
y no perdáis ocasión;
que si vuestra dicha acierta
a que toméis posesión
hay grande gloria encubierta.
Mi dulce amor, ¿qué es aquesto?
Alzad los ojos, mi vida,
no estéis tan triste y compuesto,
que no es la ocasión perdida
ni se acaba amor tan presto.
No haya más, si me queréis;
que aquesta noche veréis
en qué obligación me estáis.
Queréis hablar y no habláis;
pues hablad, que bien podéis.

D. JU. ¿Qué no podrás, Doriclea,
siendo ya tirano en mí?
Lo que tú quisiéres sea,
por que se conozca en ti
cuánto sufre quien desea.
Y quiérote confesar
que estas prendas con furor (1)
pueden, al mundo (2), obligar;
más me han doblado el amor
que me han podido enojar.
Mira en qué puesto me veo,
pues cuanto me dices creo,
aunque más celos me den,
que el competidor del bien
aumenta siempre el deseo.
Fuera en mí temeridad
no creer tu celo honesto
y de tu amor la verdad,
pues me prometes tan presto
la mayor seguridad.
Seguro quedo y contento.

(1) En el ms. «que estas prendas que a furor».
(2) En el impreso «amando».

De aquestas prendas, ¿qué haré?
DOR. Darlas al fuego.
D. JU. No siento
que las ofenda, aunque esté
dentro del (1) mismo elemento;
y gran sacrificio fuera
que a tus pensamientos diera
tan mal pago siendo ingrato,
y era quemar tu retrato.
quemar al sol en su esfera.
Y fuera ponerle en él
hacer su figura bella,
hermosura de Luzbel,
a quien su loca hermosura
puso en fuego tan cruel.
Viva tu retrato y vivan
estos papeles, que privan
de fuerza al fuego y sus hielos,
y como estampa de cielos
dentro del alma se escriban.
Seguro viva en ausencia
el dueño de aquesta joya,
y aunque tú das la sentencia
yo los sacaré de Troya
en hombros de mi paciencia.
Por lo cual te ruego y pido
que me abraces en señal
que has de hacer lo prometido.
DOR. ¿Quién ha visto amor igual
ni enredo tan bien fingido?
Con estos falsos amores
poder Rosaura me ha dado
para cintas, para flores,
para escribir recatado
y para honestos favores.
Pero no hay cláusula en él
en que diga que le abrace.
¿Pero qué haré yo por él
si muere por mí y si nace
de mí su pena cruel?
Que no soy piedra tan dura
que no sienta y agradezca
tan grande amor, fe tan pura;
que el ver que por mí padezca
me va obligando a blandura.
¡Oh cómo merecería
Rosaura un engaño agora!
Mucho os temo, lealtad mía,
que el ver que un hombre la adora
mueve la mujer más fría.
¡Qué bien dice lo que siente,
qué verdad, qué proceder!
Pero, pensamiento, tente,
que imagino soy mujer
y no habrá mal que no intente.
Pero de abrazarle aquí,
¿qué ofensa el poder recibe?

(Abrázanse, y sale la PRINCESA.*)*

D. JU. ¿Haslo consultado?
DOR. Sí.
Esta es prenda donde escribe
mi amor. Detente, ¡ay de mí!
Vístonos ha la Princesa;
salte de la sala apriesa.
D. JU. Turbado estoy.
DOR. Vete.
D. JU. Adiós.

(Vase.)

ROS. Ya tan amigos los dos.
¡Oh qué bien!
DOR. ¿Desto te pesa?
¿Tú no me tienes mandado
qu esto finja?
ROS. A fe que has dado
indicios de bien mandada.
¿Cómo sabes que me agrada
que te abrace?
DOR. Si en cuidado
te pone ya mi intención,
no me mandes.
ROS. Que es razón
que me obedezcas es justo;
pero tampoco no gusto
que excedas la comisión.
¿Qué te tengo yo encargado?
DOR. Responder, favorecer,
escribir, mostrar cuidado.
ROS. ¿Pues por qué tienes de hacer
más de lo que te han mandado?
DOR. Pidióme que le abrazase.
¿Qué respuesta darle pude
para que no se enojase?
Pero si quieres que mude
de intento, este abrazo pase,
que no le abrazaré más.
ROS. ¡Ah infame, cómo me engaña
tu lengua! ¿Abrazo le das?
¿Vencióte el brío de España?
Perdida por él estás.
Pero, ¿qué milagro ha sido
que quieras quien te ha querido,
pues quien no me quiere quiero?

(1) En el impreso «su».

Tú gozas el verdadero,
y yo gozo amor fingido.
Sabes que te adora y quiere,
¿qué mucho que tú le quieras
cuando su amor te refiere
y que por un hombre mueras
que por tus amores muere?
Loca he sido, soy mujer;
por no desdorar mi honor
ni dar mi amor a entender
quise gozar sin amor.
¿Quién me le pudo tener?
Mis gustos fueron de ciego,
que no vió lo que gozó;
al mejor sentido niego
el bien de que se privó;
soy al fin ciego que juego.
Dasme cartas por burlarme;
si no me dices verdad,
¿qué importaba el juego darme (1),
que es tuya mi libertad
y está en tu mano ganarme?
Mas yo lo remediaré.
No estés delante de mí.

DOR. Apriétasme sin por qué;
basta, que voy por aquí
adonde jamás pensé.
Temiendo voy que don Juan
(Aparte.)
se me va en el alma entrando.
Si celos y amor están
a la voluntad llamando,
aunque no quiera, entrarán.

(Vanse, y entra ARNALDO *con el* REY, *y* HONORIO.*)*

ARN.

Aquí el embajador de España viene.

REY.

Dadme esos pies.

ROS.

Como es razón estimo
el amor que me muestra el Rey Alfonso;
lee esas cartas y daré respuesta.

(Dale unas cartas.)

REY.

Bellísima mujer, Honorio.

HON.

Es grande
la fama de su ingenio y hermosura.

REY.

Casaréme con ella, no lo dudes.

ARN.

El español te mira. Mas, ¿quién duda
que su Rey le ha mandado que mirase
desde las partes de tu cuerpo hermoso
hasta los dones de tu alma? ¡Oh, cielos,
que me abraso de celos! Si supiera
que aqueste embajador venía a la corte
le quitara la vida en el camino.

REY.

Antes de agora, gran Princesa, había
el Rey Alfonso escrito a vuestra alteza.
Trajo las cartas un don Juan de Haro,
a quien dicen que ciertos caballeros
pretendieron matar, y no ha faltado
quien diga que de vos fué socorrido.

ROS.

Aquí puedo saber lo que deseo.
¿Quién es don Juan de Haro allá en España?

REY.

Es, señora, un honrado caballero,
de los señores de Vizcaya nobles,
gallardo en paz y tan valiente en guerra
que tiemblan dél los castellanos moros
del Duero al Tajo y desde el Tajo al Betis.

ROS.

¿Qué desgracia ha tenido con Alfonso?

REY.

Amó a su hermana y pretendió gozalla;
que si se la pidiera en casamiento
pienso que se la diera el Rey, que estima
de don Juan el valor.

ROS.

Aguarda afuera,
que ya salgo, español, a responderte.

(Vase.)

REY.

¡Ay, Honorio!: sin duda que responde
que acepta el casamiento.

HON.

¿Y si le acepta?

REY.

Descubriréme y casaréme luego;
que el amor que me entró por los oídos
se ha confirmado por los ojos.

(1) En el ms. «¿qué importa buen juego darme».

HON.

Entra,
que no te engañas.

REY.

¿No es muy bella?

HON.

Es ángel.

(Vase el Rey y Honorio.)

ROS.

Arnaldo, a no haber sido de mis padres
la mayor encomienda el estimarte
y tener tu consejo por espejo
de todas mis acciones (1), me obligara
el amor que te tengo a descubrirte
lo que apenas pensé que imaginara.
Yo he puesto en el valor de un caballero
los ojos; Reina soy. ¿Reyes qué importan?
No quiero reinos, gusto, quiero, Arnaldo;
casarme tengo con mi propio gusto.

ARN.

¡Ay celos, hoy sin duda mis deseos
hallan el fin que mi temor les niega!
Yo apostaré que soy a quién elige,
yo apostaré que soy el que prefiere
a todas las grandezas de estos Príncipes.
Soy natural, criéme en su palacio,
conóceme, experiencia tiene en todo
lo que para el gobierno de su reino
puede querer del que por dueño escoge.
Señora, gran valor tu pecho muestra
en despreciar los extranjeros reyes
y en elegir un caballero pobre.
Tú tienes reinos.

ROS.

Luego acierto.

ARN.

Aciertas.
¿Pero no me dirás el venturoso
que mereció tus altos pensamientos?

ROS.

¡Ay, Arnaldo, no sé cómo lo diga!

ARN.

Que (2) bien podrás; que nunca amor espanta,
aunque en desigualdades ponga el gusto.

ROS.

Este noble español, este gallardo

(1) En el impreso «pasiones», por errata.
(2) Así en el original; pero deberá decir «muy».

español, Conde Arnaldo, este famoso (1).
Don Juan (2)

ARN.

¿Qué me dices?

ROS.

Este ha sido
en quien puse los ojos.

ARN.

No prosigas,
que es desatino y de tu reino afrenta.

ROS.

¿De qué manera?

ARN.

¿Cómo un hombre bajo
nos ha de gobernar?

ROS.

¿Bajo es un hombre
que desprecia de un Rey la hermana, Conde,
y que si la quisiera se la dieran?

ARN.

En su tierra será lo que él quisiere;
pero en la nuestra...

ROS.

Calla, que estás loco.
Luego el oro; las perlas, los diamantes,
sólo tienen valor adonde nacen.
Tú me has aconsejado que procure
mi gusto: este es mi gusto.

ARN.

Es gusto injusto,
y si lo intentas, caballeros tiene
Bretaña que sabrán quitar la vida
al español y al Rey que te pretende.

ROS.

¡Oh, villano! ¡Prendedle! ¡Ah, gente! ¡Ah, guar-
¡Matadle! ¿Cómo si en mi pecho vive [da!
don Juan ha de tener dueño Bretaña?
Muera la envidia infame, y ¡viva España!

(1) En el ms. pone este verso así: «Don Juan que conoces, aqueste».
(2) En el impreso «español» por tercera vez.

JORNADA TERÇERA

(Salen tres ALABARDEROS *que traen preso a* HERNANDILLO.)

HER. ¿Preso a mí? ¿Por qué razón?
ALAB. 1.° Villano, ¿qué te defiendes?
HER. Cosas de Rosaura son.
Creo, don Juan, que pretendes
la tuya y mi perdición.
Díjele que hablase y viese
a este embajador de España
y que no se le escondiese,
pues al venir a Bretaña
no es posible que no fuese
sino a informar contra él
a la Princesa, y no quiso
verse un momento con él
para que tomase aviso
de su fortuna cruel.
Hombre incapaz de consejo,
matarále su porfía;
que el más sabio y el más viejo
se han de mirar cada día
a su amigo y a su espejo.
ALAB. 2.° A él no le prenden, no;
a ti solo nos mandó
prender Rosaura.
HER. ¡Ay de mí!
Si es porque a la huerta fuí,
¿qué culpa le tengo yo?
Hame criado don Juan,
que yo era un pobre asturiano (1);
debo conocer el pan.
ALAB. 3.° Acaba, necio villano.
HER. Señores, ¿adónde van?
ALAB. 1.° A palacio te llevamos.
HER. A la horca imaginé.
ALAB. 2.° Cuando su intención sepamos
y tal sentencia se dé,
sobran almenas y ramos
en el campo que se ve.
HER. Si ramo hubiere de ser,
saúco, por Dios, no sea.
¿Quién me mandaba entender
en cosas de Doriclea?
¿Qué mal no causa mujer?
Pues, por Dios, que no la vi,
aunque allí me puse en vela,
él sabe que me dormí
encima de la rodela
hasta que su voz sentí.
Mejor allá, con mis bueyes,
buscaba a mi vida trazas.
Mas ya que vine a tus leyes,
¿quién metió a mis almohazas
en los cetros de los Reyes?
ALAB. 3.° Consuélate, español bravo,
no muestres esa flaqueza;
que de vosotros alabo
la vida y la fortaleza.
HER. Estoy de la vida al cabo.
Quien se puede consolar
de morir desta manera
no es hombre, es bestia; pues dar
pasos para una escalera
más los quisiera rodar.
¡Ay, miserable Hernandillo!
¿Privabas tú con el Rey
de León? Quiero decillo:
hidalgo soy, y la ley
me ha condenado a cuchillo.
No he de morir en cordel,
que yo no he sido ladrón,
antes muero por ser fiel.
ALAB. 1.° Calla, español fanfarrón,
no temas morir en él.
ALAB. 2.° La Princesa sale.
ALAB. 3.° Aquí
el español te traemos.

(Sale ROSAURA.)

ROS. ¿Es Hernandillo?
HER. Yo fuí.
Dame esos pies.
ROS. Sin extremos.
HER. ¿Cómo faltaran en mí?
De un rosario de coral
son los extremos la muerte;
pues que llego a tiempo tal
que me la das, Reina, advierte
los extremos de mi mal.
El diablo me trujo aquí.
¡Pero si estoy sentenciado!
Y pues, Reina, ¿cómo, di,
he de morir ahorcado
habiéndote visto a ti?
Mas ya lo debo de estar,
pues, viéndote, un ángel veo.
ROS. Deja, Hernando, de llorar.
HER. Mi inocencia te deseo
con este llanto abonar.
ROS. Pues de ti quieres que digan,
español, qué puede ser
que lágrimas te fatigan.

(1) En el ms. «yo soy un hombre cristiano».

HER. Lloro porque eres mujer.
¡Las lágrimas tanto obligan!
ROS. Salíos todos allá fuera
y aguardad en esa sala.
HER. ¡Oh gran Reina, considera
que amor cielo y tierra iguala;
don Juan viva, Hernando muera!
Mátame a mí, que yo he sido
el que la culpa he tenido;
no mates a mi señor,
que es hombre de más valor
que en toda España ha nacido.
Doriclea me mandaba
ir a la huerta, señora,
que el triste seguro estaba.
ROS. Más que yo te preguntaba
me estás confesando agora.
¡Ay, Hernando, y cuán distinto
es mi mal y tu temor!
Si mis agravios te pinto,
verás que me ha puesto amor
en más ciego laberinto.
Llégate acá; y pues el cielo
te dotó, para consuelo
de mi locura y pasión,
de pobreza y discreción...
HER. Prosigue.
ROS. Cúbreme un hielo.
Advierte lo que es mujer.
Ni a Semíramis, ni a Dido,
ni a Mesalina has de ver;
toda en mí se ha reducido (1)
la flaqueza de su ser.
¿Quieres ejemplo? Pues mira
que quien su amor ha encubierto
a hombre que a ser rey aspira
a un criado ha descubierto
lo que a su bajeza admira.
Mira qué puede fiarse
de este nuevo entendimiento,
pues quien, por no sujetarse,
calló a tu señor su intento
y a ti viene a declararse.
Reiráste de mi flaqueza,
burlarás de nuestro ser (2)
la loca naturaleza;
mas no después de saber
que esto importa a mi grandeza.
HER. Qué, ¿no me mandas matar
por haber ido a la huerta
ni la rodela llevar?
ROS. ¡Ay, amigo, que estoy muerta
de diferente pesar!
HER. Dame setecientas veces
tus pies, quiébrame esta boca
con ellos.
ROS. Si te me ofreces,
pues como a hidalgo te toca
servirme, como encareces,
de decirme la verdad,
en tu baja calidad
pondré un título.
HER. Señora,
un Trajano seré agora.
ROS. Cielos, mi amor perdonad.
Yo, Hernando, después que vi
a don Juan, perdí mi ser;
no pienses más de que fuí,
naturalmente, mujer;
como mujer me rendí.
Porque su conversación
fué, sin que él lo entendiese,
conforme a mi obligación.
Que Doriclea fingiese
quererle fué mi intención;
fingió, escribió que le amaba;
que a Feliciano adoraba
y amar a don Juan fingía.
Al fin, le hablaba de día
y yo de noche le hablaba;
que no ha sido Doriclea,
sino yo. Mas ya que entiendo
que el Rey de León desea
darle su hermana, pretendo
que mayor prenda posea.
Que de aqueste embajador
he sabido su valor,
y viendo que me merece,
quiero ofrecer lo que ofrece
siempre un verdadero amor.
Rey ha de ser de Bretaña
don Juan, y será mi esposo;
sólo impedirá la hazaña
con que ha de ser tan dichoso
estar casado en España.
Y así, te mandé traer
porque tu lealtad me diga
si es la infanta su mujer.
Mira, Hernando, que te obliga
la grandeza de mi ser.
Que yo, por justo temor
de vasallos envidiosos
de don Juan que su valor,

(1) En el impreso «producido».
(2) En el ms. «burlaráste de mi ser».

tiene a mis Grandes celosos,
aunque es más grande mi amor.
Quiero casarme en secreto,
y aun esta (1) noche ha de ser;
mas si después del efeto
tuviese don Juan mujer
y a un rey perdiese el respeto,
buena, ¡por Dios!, quedaría!
la Princesa de Bretaña;
pues cuando la injuria mía
quisiese hacer guerra a España,
mayor deshonra sería.
Dime verdad, y responde,
como hidalgo, a toda ley,
si es casado, cómo y dónde;
que quien hace a don Juan Rey
a ti, Hernando, te hará Conde.

HER. ¡Mire por dónde ha venido
Hernandillo a tal grandeza!
Nadie, aunque esté más perdido,
desconfíe. Y vuestra alteza
me dé esos pies que le pido (2);
pues siendo cierto este día,
que está segura la traza,
con que gozarle confía,
desde mi humilde almohaza
me sube a tal señoría.
Nunca se casó don Juan
con Armelinda, ¡por Dios!

ROS. ¿Y también sabes que están
desobligados los dos?

HER. Rosaura, escrito se han;
pero tomado una mano,
de ningún modo, ni fuera
posible estando su hermano
advertido; de manera
que fuera su intento vano.
No le mandara matar
de ninguna suerte cuando
él la pudiera gozar.

ROS. ¿Cierto?

HER. ¡Por vida de Hernando,
que los mandara casar!
Vuestra alteza esté segura;
haga Rey al mejor hombre
que tiene España (3).

ROS. Ventura
tiene don Juan.

HER. No te asombre
lo que tu reino procura;
que le das un Rey de oro,
gloria del honor cristiano (1),
temor del orgullo moro;
y a mí, que me ves tan llano,
soy hombre de buen decoro.
No hay en mi linaje ofensa;
los envidiosos lo digan;
la almohaza es mi defensa;
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.
Mil con rojos (2) y amarillos
hábitos hacen corrillos (3)
contra el lacayo que ves,
que puede honrar un pavés
con diez y nueve castillos.
Cuando yo vuelva a León,
¿qué dirán los mal nacidos
de verme Conde bretón?

ROS. ¿Qué dudan ya mis sentidos?
Falsas mis sospechas son.
¡Ah de la guarda!

(Salen los tres ALABARDEROS.)

ALAB. 1.° Señora.

ROS. Cerrad en este aposento
a este español.

HER. ¿Pues agora
sales con eso?

ROS. Al momento.

HER. Esta mudanza os desdora.
Con esto, ¿quién ha de haber
que de vuestro flaco ser
tenga jamás buen conceto?

ROS. Esto importa a mi secreto.

HER. ¡Brava industria!

ROS. Soy mujer.
Advertid que esté cerrado
y veladle con cuidado
toda esta noche hasta el día.

HER. Qué poco fuí señoría
por subir de establo a Estado.

(Meten a Hernando los Alabarderos, y sale PINABELO.)

PIN.

Celio me fué a decir que me llamaba,
gran señora, tu alteza.

ROS.

¡Oh, Pinabelo!;

(1) En el ms. «aquesta».
(2) En el impreso «los pies, los pies pido».
(3) En el ms. «que ciñe espada».

(1) En el ms. «gloria de un reino cristiano».
(2) En el impreso «cordosos», por errata.
(3) En el impreso «de orillos», por errata.

a que hoy vinieses aguardando estaba.
Aguarda un poco. Hoy me promete el cielo
un grande bien casándome a mi gusto;
la noche obscura tiende el negro velo.
Tales celos me ha dado y tal disgusto,
ardiéndose en mi pecho (1) Doriclea
y queriendo (2) a don Juan más de lo justo,
que ya no quiero que tercera sea
ni que a don Juan escriba; que es locura
que adore a una mujer y otra posea.
Llegada es de mi bien la coyuntura;
rindo mi honor, mi pensamiento allano;
goce de la ocasión, de su ventura.
Este papel le escribo de mi mano,
en que para esta noche le prometo
la posesión que le defiendo en vano.
Pinabelo.

PIN.

Señora.

ROS.

Con secreto
darás al español, que ya conoces,
este papel; no más, tú eres discreto.

PIN.

Mil años, Reina, de tu esposo goces;
que por la sucesión que en ti desea
tu verde edad tu reino daba voces.

(Vase Rosaura, y sale el REY *y* HONORIO.)

REY.

¿Por qué culpas, Honorio, lo que dice?

HON.

Porque no te conozcan, y Rosaura
de verte en traje vil se escandalice.

REY.

Enciende, convertido en sutil aura,
mi fuego con sus alas un deseo
donde de amor el fénix se restaura.
Este sale a los ojos con que veo,
es dueño de la lengua con que digo
mil cosas que yo mismo no las creo.
Mas no por eso a imaginar me obligo;
que soy quien soy; que lo que no se espera
deslumbra la verdad, Honorio amigo.

HON.

¿Y qué aguardamos ya?

REY.

Que ella me quiera,
respondiendo a mis cartas, por esposo.

HON.

Sí hará, si tu grandeza considera.

(Llega PINABELO *al Rey, y dice:)*

PIN.

¿Puédote hablar, embajador famoso?

REY.

¡Oh, Pinabelo!: ¿hay novedad alguna
que a mis cosas prometa fin dichoso?

PIN.

Hoy está de tu parte la fortuna;
sin duda que tu Rey goza esta diosa
que el mundo con suspiros importuna.
Despacha un caballero a la famosa
corte de España, que este papel creo
que firma que es del Rey de León esposa.

REY.

El cielo escuche nuestro buen deseo;
sólo ser papel suyo basta agora
y que sin duda lo que dices creo.

PIN.

A España llevaréis una señora
que no la ve más generosa y bella
la lámpara del sol en cuanto dora.

REY.

No dudes de que goce también ella
un hombre igual a su valor y partes.

PIN.

Siempre tengan favorable estrella.
Para leerle quiero que te apartes
aun de mí mismo; adiós te queda.

REY.

Espera.
¿Sin prenda de mi amor de mí te apartes?
Toma aqueste diamante, que quisiera
que fuera el sol, en luz; en precio, el mundo,
y el fino engaste, el oro de su esfera.

PIN.

Prendas de amor tienen valor profundo;
para señal de tuyo, el don aceto.

(Vase Pinabelo solo.)

(1) En el impreso «el fuego».
(2) En el ms. «escribiendo».

REY.

Qué bien aquí mis esperanzas fundo.
Allega Honorio; veremos el efeto
que ha hecho mi venida en esta dama;
que para tu privanza no hay secreto.

HON.

¿Eso dudabas de tu buena fama?

REY.

«Al español», el sobrescrito dice.

HON.

Lo que tienes mejor, eso te llama.
Léele, porque tu gusto solemnice.

(Abre el Rey la carta, y léela, diciendo:)

REY.

«Habiendo hecho información de quién eres, y certificada de tu valor, no quiero que entre los dos haya amor que sea secreto. Ven esta noche a la huerta, que para que tus envidiosos no estorben que seas Rey de Bretaña y mi marido, te daré posesión de lo que es menos respeto del alma, que desde aquí te he dado.—*Rosaura.*»

HON. ¡Notable caso!
REY. ¡Espantoso!
HON. Informóle de quien eras
algún español quejoso
de que a peligro pusieras
la vida, el reino, el reposo.
Que eras el Rey le han contado.
Ella, viendo que has dejado
por verla tu patria así,
enamorada de ti,
reino y posesión te ha dado.
Y es buen medio; que en Bretaña
tendrán esta pretensión (1)
muchos, que ella desengaña,
o a lo menos a traición (2),
que la goce el Rey de España.
Y por eso en esa huerta
verse contigo concierta;
porque posesión tomada,
queda por fuerza casada
y su pretensión incierta.
Bien ha hecho, y ha impedido
que la envidia nos impida
lo que habemos pretendido.
REY. Noche de estrellas vestida,
favor a tus luces pido.
Baja de tu negro ocaso,
saca el carro al cielo raso,
sientan tus caballos dueño,
pica al olvido y al sueño
para que alarguen el paso.
No porque quiero, que antes
que aqueste engaño ejecutes
le entoldes de tus diamantes,
antes quiero que le enlutes
de tinieblas semejantes.
Bella Andrómeda, Ariadna,
Calixto y cuantas estrellas
ya tuvisteis forma humana,
y vos la mejor estre ellas,
de la triforme Diana.
Pues amastes a Perseo,
a Júpiter, a Teseo
y al pastor Endimión,
cubrid en esta ocasión
vuestro resplandor, febeo (1).
Goce yo tanta ventura;
saca tu cabeza obscura,
dulce noche, destocada;
así del alba rosada
goces el ambrosia pura.
HON. ¡Poética exclamación!
No hay duda, sino que baje
a tanta conjuración.
REY. Vamos a mudar de traje.
¿Son las seis?
HON. Las cinco son.
REY. Mira que dieron denantes
y que ha mil siglos que espero.
HON. No me espanto.
REY. No te espantes,
que anda siempre delantero
el reloj de los amantes.

(Vanse, y salen FELICIANO *y el* CONDE ARNALDO.*)*

FEL. Hame vuelto del camino,
Arnaldo, el mismo furor;
no puedo lo que imagino,
porque residiendo amor
se convierte en desatino.
No tiene mi honor poder
para poder resistir
la injuria de una mujer;
que agravios hacen huir
y celos hacen volver.
Salí con mil desatinos,

(1) En el ms. «perderán la pretensión».
(2) En el ms. «o a lo menos en razón».

(1) Falta esta quintilla en el ms.

Arnaldo, de la ciudad;
mas estos celos indinos
son vara de la hermandad
que prenden por los caminos.
Son soga, aunque de cabellos,
que tira un hombre con ellos
la ingrata que tiene el cabo;
hierros en rostro de esclavo,
que le conocen por ellos.
Son como joya olvidada
que al caminante forzó
a volver a la posada,
por cuya causa perdió
la mitad de la jornada (1).
Son agua o sol que detiene
la brevedad del camino,
que quien huye y celos tiene,
agua que a los ojos vino,
fuego que del alma viene.
En fin, me pude volver
del camino comenzado
solo, Arnaldo, con saber
de don Juan imaginado
que hoy goza desta mujer.

ARN. ¡Ay, Feliciano, cuán lejos
vais, cierto, de aquel dolor (2)
que tiene a los dos perplejos!
Celos no es el sol de amor,
pero es de su luz reflejos.
Arde amor, y reverbera
en celos su rayo ardiente;
mi mal como el vuestro fuera;
pero mi mal no consiente
ni que olvide ni que quiera (3).
Así fuera yo querido
como vos de Doriclea;
ya el encanto se ha sabido.

FEL. ¿Qué me decís?

ARN. Que os desea,
perdida, y estáis perdido.
Ama Rosaura a don Juan,
Doriclea le entretiene;
si en la huerta hablando están
es porque Rosaura viene
y ella y las damás se van.
Afeite es deste arrebol
su flaqueza, y atropella
su honor, y así el español
piensa que goza la estrella
y está en los brazos del sol.

FEL. ¿Es posible, o me engañáis
con los celos que tenéis?

ARN. Para que más lo creáis
quiero que os desengañéis,
que hay mayor mal que pensáis.

FEL. ¿De qué suerte?

ARN. Hoy me llamó,
y como, en fin, se informó
de que era don Juan de Haro
de linaje ilustre y claro,
conmigo se declaró;
que casarse pretendía
con él, me dijo.

FEL. ¡Ah, liviana!

ARN. Y que hombre que merecía
de un Rey de León hermana,
serlo en Bretaña podía.
Respondíle de mi amor,
de su locura olvidado,
perdí la vista y color,
porque el color demudado
muestra del alma el furor.
Que era espantosa locura,
y indigna de su grandeza;
ella, encendida cual pura
rosa, aumentó su belleza.
¿Quién vió furor y hermosura?
Y díjome que tenía
reino y que gusto quería.
Mudé otro nuevo color
entonces, que ya mi amor,
sueltas las riendas, corría (1),
y respondí que en Bretaña
habría mil que impidiesen
que nos gobernase España.
Dió voces que me prendiesen.

FEL. ¿A ti, Conde? Cosa extraña.

ARN. Tiento la espada, enmudezco,
calo el sombrero y la guarda;
mírome, tiemblo, y parezco
pólvora que el fuego aguarda;
si me la dan, yo parezco.
Que en el punto que me vi
echar a la mar la ropa
ser pólvora pretendí,
que aunque abrasa a lo que topa
al fin se consume a sí (2).
Nuevo Sansón me contemplo;
cayera y cayera el templo

(1) Faltan las dos quintillas anteriores en el ms.
(2) En el impreso dice: «vas de aquel cierto dolor».
(3) Falta esta quintilla en el ms.

(1) Falta esta quintilla en el ms.
(2) Falta esta quintilla en el ms.

en que mi venganza fundo,
para dejar en el mundo
no menos glorioso ejemplo (1).

FEL. ¡De qué extraña variedad
se forma la confusión
de la vida en esta edad!
Así, cuantas cosas son
tienen ser y calidad.
De lo que aquel empobrece
éste medra y enriquece;
aquél enferma, éste sana;
que para menguar mañana,
se hincha el mar, la luna crece.
Aquellos van sosegados,
los otros vienen quejosos,
hay queridos y olvidados;
porque no hubiera dichosos
si no hubiera desdichados (2).
Conde, de oír tu tormento
nace mi gusto y contento;
perdonad esta alegría,
que yo os juro que en ser mía
presto la llevara (3) el viento.
Vos estábades ufano
y yo triste, y ya la suerte
trocó el azar.

ARN. Feliciano,
hoy hemos de dar la muerte
a aqueste español villano.
Conmigo habéis de venir,
donde al entrar de la huerta,
¡vive Dios, que ha de morir!

FEL. Será cerrar yo la puerta
que el amor me quiere abrir.
Si él no goza a Doriclea
y ella me quiere y desea,
dando muerte a este español,
¿cómo, Conde, querrá el sol
que sus estrellas posea?
Ha de ser fuerza ausentarme,
ha de ser fuerza perdella;
bien podéis, Conde, mandarme
lo que no fuere ofendella,
que el ofendella es matarme,
y el amigo ha de querer
lo que es honesto y es justo.

ARN. Así dicen que ha de ser,
y de suplicaros gusto
cosa que podáis hacer.

(1) En el ms. «no menos gloria que ejemplo».
(2) Faltan en el ms. las dos quintillas anteriores.
(3) En el impreso «me la lleve».

FEL. ¿Cómo?

ARN. *(Al oído.)* Como hoy.

FEL. Que me place.

ARN. ¿Daisme palabra?

FEL. Sí doy;
que no hace ni deshace
que muera o que viva hoy
quien ni bien ni mal me hace.
Quedad con Dios.

(Vase Feliciano.)

ARN. El os guarde.
Y El vive, que si no fuera
porque el vengarme no tarde,
que aquí donde estoy le diera
muerte a este infame cobarde.
La verdadera amistad
no repara en propio bien
cuando se trata verdad,
pues no ha de faltarme quien
muestre a mis cosas lealtad.
Hablaré al Conde Leonicio,
que de su amor tengo indicio,
y mataré al español;
porque en poniendo su sol (1),
haga (2) la luna su oficio.

(Vase, y sale DORICLEA *y* LUCINDA, *villana.)*

DOR. Tendrás, Lucinda, cuidado,
porque ha de venir don Juan,
que esté tu esposo acostado.

LUC. Cuantos en la huerta están
han ido esta noche al prado;
que como víspera es
del primero día de mayo,
desde las dos a las tres
hasta que despierte el rayo
del sol las flores que ves
con música adornarán
cuantas puertas aquí están
de todas las hortelanas.

DOR. Eso he visto las mañanas
de San Pedro y de San Juan.

LUC. La de mayo es mayor fiesta,
porque en mañana como esta
casan las mozas baldías
de todas las caserías
y anda el amor sobre apuesta.
Y antes os viene mejor,
porque entre tanto ruido

(1) En el ms. «poniéndose el sol».
(2) En el ms. «hará».

de hortelano y labrador
no sea don Juan sentido
si habéis de hacerle favor.
¿A qué hora ha de venir?

DOR. Vendrá a las doce.

LUC. Pues entre,
que bien os podéis dormir
sin que la gente le encuentre,
y él, cuando el alba, salir.
Que ya estarán recogidos
o por ventura dormidos
al pie de los altos olmos
o sobre los verdes colmos
de mimbre y hierba tejidos.

DOR. Con todo ha de ser azar
de mi pretensión.

LUC. Yo quiero,
aunque no pensé, bailar,
ir allá con mi pandero
y al regocijo ayudar.
Que viniendo yo con ellos
más presto haré recogellos,
y vos de vuestro español
gozaréis hasta que el sol
peine sus rubios cabellos.

DOR. Hazlo, mi Lucinda, así;
recoge los hortelanos,
no haya nadie por aquí
cuando el alba de sus manos
riegue (1) el clavel y alhelí;
que mi palabra te doy
de darte una joya.

LUC. Espera,
que al prado a llamarlos voy.

(Vase.)

DOR. ¿Quién de mi lealtad creyera
que la que esto inventa soy?
Tanto Rosaura ha querido
que finja, que a don Juan quiero;
que de verle tan perdido
ha parado en verdadero
lo que comencé fingido.
Quiero a don Juan, y deseo
que en esta ocasión que veo
gane mi amor por la mano.
Perdóneme Feliciano,
que en mayor valor me empleo.

(Sale FELICIANO.*)*

FEL. Si amando llamarte puedo,
noche, fábrica de sombras,
manto de cualquier enredo,
tú, de cuyas negras sombras
pende la capa del miedo,
mis cobardes pasos guía,
puesto que te llaman ciega,
donde la esperanza mía
al dulce puerto navega,
del bien que gozar solía.
Noche de luto cubierta,
dame en esta verde huerta,
si es que tu poder es cierto,
a mis desengaños puerta
y a mis esperanzas puerto (1).
No esté, pues, más ofendida (2)
la vida, aunque honor se nombre,
ser un ángel homicida.

DOR. ¡Ay, Dios, allí he visto un hombre!
¿Sois vos, don Juan de mi vida?

FEL. La voz es de Doriclea,
don Juan dijo, mal responde
si a Feliciano desea;
celos engañan al Conde.
Temo que Rosaura sea,
y no lo pudiera hacer
en ofensa de su ser;
es así (3) que me engañó;
pero trataréla yo
como a mudable mujer.
Hoy se verá que castiga
el cielo injustas mudanzas.

DOR. ¿No entráis?

FEL. A venganza obliga
su traición; mis esperanzas
cumplió amor, dulce enemiga.

DOR. Entrad pues.

FEL. Miro si hay gente.

DOR. No, que están los hortelanos
en el bosque de la fuente.

FEL. Dame, señora, esas manos.

DOR. Perdona, honor, que esto intente;
tú me enseñaste, Rosaura,
a amar a don Juan.

FEL. ¡Oh, fiera!:
¡qué casta Porcia, qué Laura!

DOR. Entra.

FEL. ¿Quién, noche, creyera
lo que tu engaño (4) restaura?

(1) En el impreso «vierta».

(1) En el ms. falta esta quintilla
(2) En el ms. «no se me muestre ofendida».
(3) En el ms. «ella sí».
(4) En el impreso «daño».

(Entre DON JUAN *solo.)*

D. JU.

Dulce tormento do el amor se vía
pues camináis al fin de mi esperanza,
las alas esforzad, que cuando alcanza
con más aliento el corazón porfía.
Sobre los ramos que esta huerta cría,
pintad luego en su orilla (1) o semejanza
del Fénix de la Arabia su mudanza;
la obscura noche vela y duerme el día.
Pues llego cerca de su ilustre nido,
y como (2) blanco azor las uñas tiendo;
fuentes, no murmuréis ni hagáis ruido;
Que si callando a amor su alas prendo
entre su pico de rubíes teñido,
dejar el alma por la presa entiendo.

(Suena gran ruido de hortelanos, con sus instrumentos; canten dentro.)

«Las mañanicas de abril
dulces eran de dormir.»

D. JU. Hay, notable confusión;
estos los villanos son
jardineros de esta huerta;
dejarles quiero la puerta
si he de perder la ocasión.

CANTAN. «Las mañanicas de abril
dulces eran de dormir,
y las de mayo mejor,
si no despertara amor.»

(Salen todos con sus ramos e instrumentos.)

BE. ¿Quién ha de echar los casados?
TOR. La música lo dirá,
que ya los traigo estudiados.
D. JU. ¡Ay, ay, cuán perdida está
la ocasión de mis cuidados!
LUC. Cántalos en voz erguida,
que todos responderán.
D. JU. ¡Oh canalla mal nacida!
¿Ved, por quien llora don Juan,
tan alta ocasión perdida?

(Canta Torindo solo.)

TOR. «Belardo y Lucinda,
¿casaránse?
TODOS. Sí.
TOR. Belisa y Castalio.
TODOS. ¡Oh qué par gentil!
TOR. Tirreno y Diana.
TODOS. Sol y serafín.
TOR. Clarinda y Riselo.
TODOS. Ebano y marfil.
TOR. Silvano y Belisa.
TODOS. Clavel y jazmín.
TOR. Toribio y Antonia.
TODOS. Apio y perejil.
TOR. Riselo y Pascuala.
TODOS. Toronja y cetí. (1)
TOR. Rebollo y Andrea.
TODOS. Guindas y pernil.
TOR. Las mañanicas de abril (2)
dulces eran de dormir,
y las de mayo mejor,
si no despertara amor.»

(Asómase la INFANTA *en lo alto del jardín.)*

ROS. ¿Hay desdicha semejante?
Que no supe esta costumbre
de aquesta gente ignorante.
¡Oh qué extraña pesadumbre
se pone a mi bien delante!
Si habrá venido don Juan.
D. JU. ¿Qué he de hacer, que no se van
y allí siento a Doriclea?
¿Qué hará quien pierde y desea
una ocasión que le dan?
BEL. A las damas de palacio
casad también.
TOR. Pues ya empiezo (3).
D. JU. Ellos lo toman despacio.
LUC. Alargad bien el pescuezo,
que es muy largo el cartapacio.

(Torna a cantar, y responden todos.)

TOR. «Doriclea y don Juan,
¿casaránse?
TODOS. Sí.
D. JU. Todo os lo perdono
si sucede así.
TOR. Lisarda y Arnaldo.
TODOS. Rosa y alhelí
TOR Augusta y Leonicio.
TODOS. Ximena y el Cid.
TOR. Laura y Feliciano.
TODOS. Rosa y torongil.
TOR. Pinabelo y Celia.
TODOS. Almendras y anís.
TOR. El Rey y la Reina.

(1) En el impreso «pintada pajarilla o».
(2) En el ms. «pardo».

(1) En el ms. «cintí».
(2) En los versos anteriores, como en éste, el manuscrito dice «mañanitas».
(3) En el ms. «Ya escompiezo».

TODOS. San Juan y San Gil.
TOR. Tantos años vivan.
TODOS. Como el Rey David.
TOR. Si ella se empreñare.
TODOS. Para un paladín.
TOR. Tan valiente sea.
TODOS. Como un puercoespín.
TOR. Santantón la alumbre.
TODOS. Con el su candil.
TOR. Las mañanicas de abril
dulces eran de dormir,
y las de mayo mejor,
si no despertara amor.»

(Váyanse con grita, y entre HONORIO *y el* REY.)

D. JU. Gracias a Dios que se han ido;
voy a entrar. Mas, ¿qué ruido
de gente es este? Mejor
será esconderme.
REY. De amor
victoria y ejemplo he sido.
¿Vienes bien puesto?
HON. Muy bien.
REY. Conde, los puestos recorre,
las sendas, y ve también
a ver la guarda en la torre.

(Vase Honorio solo, y entra el CONDE ARNALDO *y* LEONICIO.)

ARN. Leonicio, el paso detén.
LEO. ¿Cómo?
ARN. Un hombre he visto allí,
y casi a la puerta llega (1).
LEO. ¿Hablaréle?
ARN. Espera, sí.
LEO. ¿Eres español?
REY. ¿Quién niega
que lo soy?
ARN. ¿Qué haces aquí?
REY. Gozo (2) el fresco.
D. JU. ¡Oh gran rigor,
si es este el embajador
y estos le quieren matar!
ARN. ¿No hallabas otro lugar
para tomarle mejor?
REY. Seguí aquestos hortelanos,
que con ramos en las manos
iban cantando y tañendo.

(1) En el ms. dicen estos versos:
«ARN. ¿Un hombre no ves allí
que casi a la puerta llega?»

(2) En el ms. «Tomo».

ARN. Matadle.
REY. Ofendido, ofendo.

(Llega DON JUAN.)

D. JU. ¿Dos para un hombre, villanos?
Mas si español le nombráis
no es mucho le acometáis
dos, y dos mil.
LEO. ¡Tente, fiero!
REY. Ya huyen.
D. JU. Seguirlos quiero.

(Huyan, y quédese el REY *y* DON JUAN.)

REY. Tened, hidalgo, y no os vais.
D. JU. Dejad que los mate.
REY. ¿Huyendo
no van? ¿Qué queréis?
D. JU. Matallos.
REY. Más conoceros pretendo
que seguillos.
D. JU. En dejallos
que os hago servicio entiendo.
REY. ¿Español sois?
D. JU. Vese claro
que vos lo sois.
REY. Sí, señor.
¿Quién sois?
D. JU. Lo mismo reparo.
REY. Yo soy el embajador.
D. JU. Y yo soy don Juan de Haro.
REY. ¿Quién?
D. JU. Don Juan.
REY. ¡Válame Dios!
D. JU. ¿Pues de qué os espantáis vos?
REY. ¡Ah, don Juan!: ¿Quién os dijera
que aquí y desta manera
nos halláramos los dos?
El enojo me has quitado,
que tuve por justa ley,
de tu lealtad injuriado.
D. JU. ¿Pues quién sois vos?
REY. Soy tu Rey.
No huyas.
D. JU. Estoy turbado.
REY. Abrázame.
D. JU. Con temor
parezco ante vos, señor.
REY. Antes yo vergüenza tengo.
D. JU. ¿Cómo vienes aquí?
REY. Vengo
forzado (1) de un justo amor.

(1) En el ms. «vencido».

Rosaura me ha conocido,
por un papel he venido
aquesta noche a gozalla.

D. JU. ¿Quién pudo desengañalla?

REY. Alguien de mi gente ha sido
que ser yo el Rey le diría;
y por que tuviese efeto
que fuese Bretaña mía,
casándonos de secreto
le pareció que podría.
Y fué verdad con razón,
de que hay muchos que aquí tienen
esta misma pretensión;
que llenos de envidia vienen
para matarme a traición.

D. JU. A ninguno conocí;
pero pues permite el cielo,
señor, que llegueis aquí,
por que conozcáis el celo
con que en España os serví;
Y que allá los envidiosos
de mi virtud y valor
y de mis hechos famosos,
para infamarme, señor,
fueron con vos poderosos.
Entrad donde la gocéis;
que mientras con ella estéis
quedaré en guarda a la puerta,
para vos, Príncipe, abierta,
que tan bien la merecéis. (1)
Y no digo que Sansón,
Héctor, Pirro, Telamón,
quedan por vuestro reparo;
mas queda don Juan de Haro,
sangre del Rey de León.

REY. Don Juan, si lo permitiera
el tiempo, mucho quisiera
hablar mis cosas contigo;
soy tu Rey, eres mi amigo;
ya ves que Rosaura espera,
no me puedo detener.

D. JU. Entrad, que tiempo ha de haber
para hablar; que es más razón
que no perdáis ocasión
en que más podéis perder.

REY. Voy, y tú espérame aquí.

D. JU. Sí haré, señor.

REY. ¡Ah, mi bien!

ROS. ¿Sois vos?

REY. Mi señora, sí.

(Lléguese el Rey hacia la puerta, y baje ROSAURA.)

(1) En el ms. falta esta quintilla.

ROS. Si os habrán visto.

REY. No hay quien.

ROS. Paréceme que sentí
ruido en la puerta.

REY. Sería
la guarda.

ROS. Los hortelanos,
¿no os toparon?

REY. No venía,
mi bien, por pasos tan llanos.
Abridme, Rosaura mía.

ROS. ¿Sois mi esposo?

REY. Vuestro esclavo.

ROS. Entrad, que con esto acabo
de mi amor todos las muestras;
Bretaña y yo somos vuestras.

(Entre el REY *con* ROSAURA.)

D. JU. La resolución alabo.
Esto si que es llegar (1)
a gozar de la ocasión;
no hay más bien que desear,
que perdella no es razón
cuando se puede ganar.
Contento estoy en extremo
que tal reino el Rey posea.

(Entra HERNANDILLO, *perdido y desalentado.)*

HER. Que ya no he de hallarle temo.

D. JU. ¿Quién va?

HER. ¿Quién quiere que sea?
Quien escapó de horca o remo,
quien huyó de la prisión
que tuvo por tu ocasión.

D. JU. Hernando, ¿dónde has estado?

HER. En una torre encerrado.

D. JU. ¿Preso?

HER. Sí.

D. JU. ¿Por qué razón?

HER. Pues he tenido ventura,
oye la tuya, don Juan:
Rosaura hacerte procura
Rey de Bretaña, si dan (2)
tiempo, lugar y ventura.
Con la guarda me llamó,
la historia me declaró;
su amor es el verdadero,
suyo fué el papel primero
y las joyas que te dió.
Que ella hizo a Doriclea

(1) En el ms. dice: «Entróse; si esto es llegar».
(2) En el impreso «y te dan».

que te escribiese y fingiese
que te adora y te desea
para que no se entendiese
de su valor cosa fea.
La que de noche has hablado
es la Princesa, señor;
y habiéndose ya informado
de que te sobra valor
para ser de un Rey cuñado
te ha escrito un tierno papel,
llamándote dueño en él,
y diciendo que la puerta
tendría esta noche abierta
deste amoroso vergel. (1)
Sólo quería informarse
si eras casado en España
para contigo casarse;
hoy eres Rey de Bretaña,
que no hay más que aventurarse.
Y como dije verdad
jurando tu libertad,
prometió por tu afición
hacerme Conde bretón;
brindis a tu majestad.
Ya eres Rey. Esto quería
decirte; habla, responde,
mirad a mi señoría;
que bien puede un Rey a un Conde
hacer cualquier cortesía.
¿Qué te suspendes? ¿Qué quieres?
Sabe que nacen mil hombres
con tal ventura en mujeres
que han tenido reales nombres,
y tú, don Juan, destos eres (2).
Entra, goza la ocasión,
si no es que ya la has gozado,
sacra majestad bretón,
y a este Conde alacayado
echa tu real bendición.

D. Ju.

Que quiso levantarme la fortuna
a tan alto lugar y le he perdido.
Quien nació para pobre, ¿qué importuna
al cielo de sus quejas ofendido?
¿Habrá persona en todo el mundo alguna
que a tan alto lugar haya subido
y que tan presto dé tan gran caída?
Tarde se cobra la ocasión perdida.
Que subiesen los Césares romanos
a la alta dignidad del cetro augusto
después de tantos hechos soberanos,
ya, en fin, tuvieron de gozarle gusto.
Mas yo, engañado por amores vanos,
¿qué consuelo tendré de mi disgusto?
si yerro de un papel erró mi vida,
tarde se cobra la ocasión perdida (1).
¡Ay, amigo, que al Rey de León han dado
ese papel que para mí venía!
Que es este embajador, que, disfrazado,
vino a robarme la ventura mía.
Aquí llegó, llamó.

Her.

¿Y entró?

D. Ju.

Ya ha entrado.

Her.

Luego no hay majestad ni señoría.

D. Ju.

¿Adónde? ¿Cómo?

Her.

Vive Dios, que ha sido
el pobre Hernando Conde mal parido.
Que aun título no tuve ¡alto! ¡Paciencia!
Yo he caído en el limbo de los Condes.

D. Ju.

¡Ah, fortuna cruel, con qué violencia
me muestras la corona y me la escondes!
Conociendo mi habla y mi presencia,
Rosaura, a otro hombre desigual respondes.
¿Parézcome yo al Rey?

Her.

De ningún modo.

D. Ju.

Mis desdichas lo pueden hacer todo.

Her.

Consuélate, señor, y vuelve a España.

D. Ju.

La puerta le guardaba, caso feo;
¡qué de bajezas hace quien se engaña!

Her.

No des voces, señor.

D. Ju.

Morir deseo.

(1) Faltan en el ms. las tres anteriores quintillas.
(2) Las tres quintillas anteriores no constan en el manuscrito.

(1) Falta en el ms. esta octava.

HER.

Pues no has podido ser Rey de Bretaña,
serás de aquí adelante Rey de angeo.

D. JU.

Bien me consuelas.

HER.

¿Y mi señoría
es por ventura (1) alguna niñería?
¿Y es barro haber perdido el pobre Hernando
este condado por tan linda traza
y ver el coronel de oro adornando,
la vara del caballo y la almohaza? (2)

(Entre el CONDE ARNALDO, *y el* ALMIRANTE, PINABELO, *y* LEONICIO, *y guarda con alabardas.)*

ARN.

Ninguno dude que la está gozando.

HER.

Gran gente suena, la rodela embraza.

D. JU.

¡Ay, cielos, dos mil hombres juntos vienen!

HER.

Huye, señor, ¿qué resistencia tienen?

D. JU.

Huir no; pero estando aquí a la mira
veré quién es el hombre que han buscado.
Hernando, entre estos olmos te retira.

HER.

Mas que no para en bien este condado.

ARN.

Romped las puertas.

ALM.

Sosegad la ira,
que ya os mostráis, Arnaldo, apasionado.
Tengamos más respeto a la Princesa.

ARN.

¡Linda flema, por Dios. Romped apriesa!

(Sale DORICLEA *a las voces y el ruido.)*

DOR. ¿Qué es aquesto a quién buscáis
con tantas armas y grita?
ARN. A Rosaura, Doriclea,
Reina de Bretaña indigna,
y al traidor que está en sus brazos;
que a un español que venía
con él ya le habemos muerto
al pie de aquestas encinas.
Las espaldas le guardaba;
y tú, pues lo mismo hacías,
hoy morirás, Doriclea.
DOR. Arnaldo, con menos ira;
y para que el Almirante
y los que a tu lado (1) inclinas
conozcan que te ha engañado
más envidia que justicia,
sal, don Juan, que eres mi esposo;
sepan que a mí me servías,
que Rosaura está inocente.
ALM. ¿Veis, Conde, vuestras mentiras?
HER. ¿Cómo es aquello, don Juan?
D. JU. Esta mujer desatina,
si no es que hay dos como yo.

(Sale FELICIANO.)

Caballeros, si no admiran
las industrias en amor
cuando los celos le incitan,
sabed que soy Feliciano,
y que con la seña misma
que pensó venir don Juan
hurté la suerte a su dicha.
Yo soy, y he de ser su esposo;
perdonad, señora mía.
DOR. ¡Hay tal maldad!
FEL. No es maldad,
sino amor.
DOR. Estoy corrida.
ARN. Ya habéis visto, caballeros,
si dice el Conde mentiras.
Todo está bien ocupado,
ved qué Porcias, qué Artemisas.
PIN. ¡Oh palacio de traiciones!
¡Oh jardín de Falerina!
¡Oh huerta más encantada
que la de Jasón vencida!
Conde, pasad adelante.

(Sale la PRINCESA.)

ROS. ¿Qué es esto? ¿Quién os anima
a tal maldad en mi casa,
gente infame y mal nacida?
Tened las armas, cobardes.
llenas de infamia y envidia,
pues tantas veces de España

(1) En el ms. «será por dicha».
(2) Faltan en el ms. los cuatro versos anteriores.

(1) En el ms. «bando».

las habéis vuelto rompidas.
¿Para una mujer, villanos,
tantos venablos se limpian,
tantas vírgenes espadas,
tantas lucientes cuchillas?
Allá donde habéis dejado
tantas banderas perdidas (1)
vendrán mejor esas armas,
que no en vuestra Reina misma.

ARN. Señora.

ROS. No respondáis,
pues ved que Escipión os guía
para que el veneno inrame
no derrame que le incita. (2)
Yo me he casado muy bien;
España, el mundo lo diga.

ALM. ¿Con quién?

ROS. Con don Juan de Haro,
noble sangre vizcaína,
hombre que el Rey de León
le rogó con Armesinda
y de quien tiemblan los moros
fronterizos de Castilla.
Ya es hecho. ¿Qué me queréis?

ARN. Si es hecho, Princesa invicta,
Dios es quien le dió a Bretaña,
San Pedro se la bendiga.

HER. ¿Oyes aquello, señor?

D. JU. ¿Otro don Juan?

HER. Desatinan
estas mujeres, por Dios;
y es que todas te querían.
Y tantas te han de sacar,
que alguna vieja maldita
habrá de topar contigo.

ROS. Sal, don Juan, porque este día
quiero que besen tu mano.

(Sale el REY.*)*

REY. ¿Por qué mi nombre me quitas?
¿Desconócesme, señora?

ROS. ¿Qué es esto?

REY. ¿Ya no sabías
cuando escribiste el papel
quién era?

ROS. Yo soy perdida.
¿No eres don Juan?

REY. No, señora.

ROS. ¿Pues quién te ha dado osadía
para emprender tal maldad?

REY. Tú, señora.

ROS. ¿Yo?

REY. Tú misma.

ROS. Pinabelo, ¿no te di
un papel?

PIN. Sí.

ROS. ¿Y qué decía?

PIN. «Al español.» ¿No es aqueste?

ROS. No, que es don Juan.

DOR. ¡Qué desdicha

PIN. Señora, la culpa tengo.

REY. Yo pensé que me escribías
conociendo mi valor.

ROS. Quitadle luego la vida.

(Llega DON JUAN.*)*

D. JU. Eso no, porque primero
me habéis de quitar la mía.
Que este es el Rey de León,
don Alonso de Castilla.
Errando, acertaste, Reina.

ROS. Si es verdad, tendrélo a dicha.

REY. Yo soy, que de tu hermosura,
cuando a don Juan defendías,
me trajo en aqueste traje
la fama que lo publica.
Rey soy en la noble España.
para igualarte, este día
lo quisiera ser del mundo.

ROS. Soy de merecerte indigna.

DOR. Basta, don Juan; que, engañada,
soy de Feliciano.

D. JU. Olvida
mis engaños, Doriclea;
lo que tienes merecías.

ROS. Conde, no estéis descontento,
Yo os casaré con mi prima.

REY. Y yo, por mi obligación,
a don Juan con Armesinda.

ARN. Digo que lo aceto.

D. JU. Y yo;
que es justo, señor, que os pida
perdón y bese esos pies.

HER. Todos de Hernando se olvidan.
¿No hay algo que darme a mí
sobre aquella señoría?
¿No habrá un poco de Bretaña
para hacer una camisa?

ROS. Si no fuiste Conde, Hernando,
serás señor de dos villas.

HER. ¡Gran merced!

D. JU. Y aquí, senado,
da fin *La ocasión perdida*.

FIN

(1) En el ms. «rompidas».
(2) En el ms. «que dió muerte a Sofonisba».

COMEDIA FAMOSA

DE

LA OCTAVA MARAVILLA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TOMAR, *Rey de Bengala.*
OZMIN BAJÁ.
SAMUEL, *hebreo.*
ROSETO.
SIRAN.
LEONARDO.
BRISEYDA, *hermana del Rey.*
DOÑA ANA.
DON JUAN DE ARELLANO.
El Capitán DON BALTASAR.
MOTRIL, *lacayo.*
CARRIZO, *lacayo.*
INÉS, *criada mulata.*
MENDOZA, *soldado.*
ORTIZ, *soldado.*
ANGULO, *soldado.*
PEREYRA, *soldado.*

ACTO PRIMERO

(Salen TOMAR, *Rey de Bengala, moro,* OZMIN BAJÁ *y gente de acompañamiento.)*

OZ. Notable contento has dado
a la ciudad victorioso.
TOM. Gracias a Alá poderoso
y a su Profeta alabado.
Toda la gloria les debo,
El mis enemigos doma,
y por eso al gran Mahoma
quiero hacer un templo nuevo.
Voto hice, si vencía
a mi contrario Magor,
de hacerle el templo mayor
en la metrópoli mía
que hubiesen visto los hombres
desde el primer edificio
del mundo.
OZ. Es piadoso oficio,
digno de [los] altos nombres
de Rey y de vencedor.
TO. Quien algo a Dios le promete
porque sus ruegos acepte
en el peligro mayor,
cumpla luego el voto, Ozmín,
o no espere buen suceso;
prometí, verdad profeso,
doy principio, espero el fin.
¿No vienen los arquitectos?
OZ. Y entre ellos un español
que puede hacer templo al sol
y exceder los más perfectos.

(Salen cuatro Arquitectos, SAMUEL, SIRÁN. ROSETO *y* LEÓN [ARDO].*)*

TO. ¿Quién eres tú?
SA. Soy hebreo
TO. ¿Cómo es tu nombre?
SA. Samuel.
OZ. Bien puedes tratar con él
tu pensamiento y deseo.
TO. ¿Tú quién eres?
SIR. Indio soy,
aunque moro en ley.
TO. ¿Y tú?
ROS. Natural soy de Pegú.
TOM. ¿Tu nombre?
ROS. Roseto Eloy.
TO. ¿Tú español?
LE. Soy castellano,
aunque he venido a Bengala
con portugueses.
TO. Si iguala
con tanta opinión tu mano,
excederás los demás.
LEO. Saquen sus diseños todos,
y vistos por varios modos
juzgarás y elegirás.

(Descoja SIRAN *su papel.)*

SIR. Entre estas trazas que ves
este es el templo de Efesia,
la suya es de Thesifón,
noble arquitecto de Grecia.
Doscientos y veinte años
tardó en hacerse.
TO. Grandeza
para tantos años, chica,
y para menos, inmensa.
SIR. Hízose entre toda el Asia.
TO. Ya me parece pequeña.
SIR. Cuatrocientos pies de largo

y más veinte y cinco muestran
estas señales que ves,
y de latitud enseñan
doscientos y veinte, tuvo,
aunque las primeras veas,
ciento y veinte y seis columnas
de varios príncipes hechas.

TOM. No me agrada antigüedad
ni sé qué máquina sea
la que abrasó un hombre solo.

OZ. La envidia las piedras quema.

SIR. Las dos que están a los lados
son las que Virgilio cuenta,
ésta hizo Elisa a Juno,
Yarbas a Júpiter ésta.

TO. ¿Qué cosa es ésta?

SIR. De Ciro;
si es que pretendes riquezas,
con oro las piedras puso.

TO. Necedad.

SIR. ¿De qué manera?

TO. ¿Qué pretende el que edifica?

SI. Que dure.

TO. ¿Pues no era fuerza
que para sacar el oro
le derribasen las piedras?
Di tú, Roseto.

RO. Estas son
dos fábricas de eminencias
notables; el gran Alejandro
hizo, señor, la primera
sobre estas columnas de oro
que la máquina sustenta;
cabían mil macedones
y mil y trescientos persas,
sin más quinientos criados;
de plata pura las piezas
de las armas; estas gradas
muestran la silla soberbia
en que se sentaba el rey.

TO. ¿Y qué templo y casa es ésta?

ROS. Esta es del cruel Nerón,
que tuvo entonces suspensa
la admiración de los hombres;
pues después de la excelencia
del edificio, se ven
estanques, huertos y selvas;
los unos que, como el mar,
tienen naves y galeras,
los otros, diversos frutos,
y aquéllos, extrañas fieras.

TOM. Hebreo, ¿qué trazas tienes?

SAM. Aunque antiguas y modernas
pudiera mostrarte muchas,
basta que este templo veas.

TOM. ¿De quién es?

SA. De Salomón,
y no admite competencia,
porque es Dios el arquitecto.

TO ¡Rara maravilla!

OZ. Extrema.

SAM. A tres mil ciento dos años
de la fundación primera
del mundo le edificó,
y del diluvio a cuarenta,
sobre mil y cuatrocientos,
y de la egresión hebrea
del cautiverio de Egipto
a cuatrocientos y ochenta;
fué el sitio donde David,
en aquella pestilencia,
vió el ángel, y antes mil años
que su hijo el templo hiciera,
quiso el gran padre Abrahan,
padre de fe y de obediencia,
sacrificar a su hijo.

TO. ¿Qué altura?

SA. Ciento y ochenta
pies.

TO. ¿Qué es esto?

SA. Piedra viva,
y labrada de manera
que no se oyó golpe en él,
porque ajustando las piedras
al cubrirle parecía
todo el templo de una pieza.

TOM. ¿Que cubrió la piedra?

SA. Sí;
pero fueron dentro, y fuera
cedro y láminas de oro
con mil labores diversas.
El pavimento era mármol;
como un prado cuando nieva,
así era blanco y lustroso.

TO. ¿Qué pared es ésta?

SA. Aquesta
divide el Sancta Sanctorum
del templo.

TO. ¿Con qué pies?

SA. Treinta.
El Arca del Testamento
es esta que ves cubierta
de aquestos dos querubines,
y estas cortinas de seda,
de cuatro colores, cubren,
como ves, estas dos puertas.

Las demás y las columnas
en perspectiva se muestran
pórtico, gradas y casas.
TO. ¿Qué tardaron en hacerlas?
SA. Siete años.
TO. ¿No más?
SA. Advierte
que esa es toda la excelencia,
y por aquí lo verás,
que para sola madera
cortaban treinta mil hombres
del Líbano por las sierras,
cedros y cipreses altos.
TO. ¿Treinta mil?
SA. Pues por que sepas
los que las piedras cortaban,
ochenta mil hombres eran;
pues si dijese los vasos
y otras cosas...
OZ. No detengas
al español.
LE. Oye.
TO. Comienza.
LE. Yace este templo que miras,
famoso Rey de Bengala,
al pie de un excelso monte,
cuyo nombre es Guadarrama,
siete leguas de Madrid,
corte del mayor monarca
del mundo, aunque me perdones.
TOM. Bien haces, tu patria alabas.
LEON. Labróle el magno Filipo,
Rey universal de España;
que hasta él ninguno tuvo
su cetro de playa a playa.
Dióle Dios esta grandeza
porque en las dos manos santas,
la justicia y religión
tuvo en la paz y en las armas.
Y aunque de sus raras obras
son las excelencias tantas,
la mayor fué haber dejado
su misma divina estampa
en su hijo el gran Felipe,
que ahora, como el de Arabia,
sale de aquellas cenizas
a ser Fénix de la fama.
TO. ¿Tiene hermanos?
LEO. Tres tenía
que de la heroica doña Ana
de Austria, su madre, nacieron,
santísima, hermosa y sabia.
Vivió Fernando siete años,
porque a Filipo esperaba
toda España, y el segundo,
que Carlos Laurencio llaman,
menor, pues murió primero;
el tercero se llamaba
don Diego Félix; mas creo
que de columnas tan altas
en nuestro Felipe el cielo
toda la virtud traslada.
TOM. ¿Qué le movió al padre suyo
a edificar esta rara
maravilla, que bien puede
llamarse en el mundo octava?
LEON. Dirigirla al gran Lorenzo,
mártir español.
TOM. ¿La causa?
LEON. Dos victorias que en su día
tuvo este Rey contra Francia.
TO. ¿Qué es mártir?
LE. Quien por Dios muere.
TOM. ¿Qué Dios?
LEON. Cristo.
TOM. ¿Hay muchos?
LEON. Bañan
su Iglesia hasta tiernos niños
y muchas doncellas castas.
TOM. Si hay tantos, ¿por qué a Lorenzo?
LEON. Porque les hizo ventaja,
y porque siendo español
fuese protector de España.
Es tan grande entre nosotros
que cuando la Iglesia andaba
de tiranos perseguida,
ya en cuevas y ya en campañas,
tuvo San Lorenzo templo
público, de obra tan rara,
que dió el pórfido columnas
y fué la cúpula plata;
fabricóle Constantino,
un emperador; mas paran
su fama y nombre en el nuestro.
TOM. ¡Oh pompa y máquina extraña!
¿Tenéis allá materiales?
LEON. Mármoles blancos se sacan
en las sierras de Filabres
y en las de Estramoz y Navas,
en Aracena y la orilla
de Genil, junto a Granada,
verdes, rojos, pardos, negros
y de mil colores varias.
A la fábrica ayudaron
de Flandes y de Alemania
artífices y pintores

de los más raros de Italia;
aunque ninguno igualó
a un mudo español, que habla
por sus figuras, en quien
puso sus lenguas la fama.
Decirte yo lo que encierra
la grandeza de esta máquina
es contar al cielo estrellas
y ondas que la mar desata;
que si un año para verla
atentamente no basta,
en muchos para decirla
no ha de bastar lengua humana.
Mira qué cuadro tan alto:
¡qué igual, qué hermosura y gracia!
Cúpulas y capiteles,
pirámides y ventanas,
bolas, frontispicios, torres,
del pórtico la fachada
mirando al poniente, y mira
que sólo este lienzo gasta
setecientas y cuarenta
pies de a tercia castellana.

TO. ¿Cómo de a tercia?

LE. En Castilla
es cuatro palmos la vara,
redúcese e tantos dedos,
cada dedo de cebada
a tantos granos.

TOM. Las torres
mucho adornan y acompañan;
¡qué bien en las bolas de oro
sus capiteles rematan!

LEON. En la puerta principal,
de plano perfil, resalta
la fábrica suntuosa
que este pedestal levanta
ciento y treinta y ocho pies;
cada piedra, aunque labrada,
en un carro barreado
trajeron de su montaña
cuarenta pares de bueyes.
Mas, ¿dónde voy, si pintarla
presume mi ingenio?

TOM. Creo
que sólo de un ángel basta.

LEON. Si pudieras ver el atrio
y la puerta más gallarda
que ha visto humano edificio,
te suspendieran el alma.
Seis Reyes santos la adornan;
para su grandeza, basta
de sus coronas el peso,
que de veinte arrobas pasa.
Si el templo decir pudiera,
si el retablo te pintara,
si la Custodia divina
que a nuestro Dios tiene en guarda...
Las ricas preciosas piedras,
lienzos y figuras varias,
las reliquias, las capillas,
sepulcros, retratos, armas,
patios, claustros, ornamentos
y las demás cosas santas;
pinturas al fresco, al óleo,
jardines, fuentes y plantas,
oficinas y molinos,
las celdas altas y bajas,
capítulos, librerías
de lengua hebrea y caldaica,
arábiga, griega, sira,
latina, española y franca;
el orden para las ciencias
y luego del Rey la casa,
sin otras cosas que aquí
el ingenio y lengua atajan;
yo fuera aquel escritor
que en una nuez encerraba
todos los versos de Homero,
que fué prodigiosa hazaña;
la aritmética se rinde,
la perspectiva se acaba,
supuesto que todo el mundo
puede reducirse a un mapa.

TOM. ¿Qué tardó en edificarse?

LEON. Treinta y ocho años, si tarda,
cosa que la ve su dueño,
pues, en fin, no hay vida larga.

TO. ¿Qué costó?

LE. Cinco millones,
los que más dicen se engañan,
y doscientos y setenta
mil y quinientos, y aun faltan
setenta ducados, y entra
oro, plata, seda, holanda,
terciopelos y brocados.

TOM. Y España de eso, ¿qué gana?

LEON. La honra de que ha tenido
esta maravilla octava;
honrar a Dios en tal templo,
darle ingenios y artes raras,
saberse el arquitectura,
que sepultaron las armas,
la escultura y la pintura
y otras mil ciencias que alaban
a Felipo, cuyo cuerpo

encierra esta eterna caja
hasta que al final juicio
goce a Dios y vuelva al alma.

OZMIN.

Ya no puedes tratar del edificio,
que viene a verte tu querida hermana.

TOMAR.

Es de mi amor y su nobleza indicio.
¡Hola!: venidme a ver por la mañana.
Y tú, español, pues ya de mi servicio
muestras deseo y voluntad cristiana,
en ese corredor me aguarda un poco.

OZMIN.

Estoy de amor de la Princesa loco. *(Ap.)*

TOMAR.

Allá espera.

LEONARDO.

Haré lo que me mandas.

(Váyase LEONARDO *y salga la infanta* BRISEYDA.*)*

BRISEYDA.

Hermano mío.

TOMAR.

Mi Briseyda amada.

BRISEYDA.

De la victoria el parabién os diera
a no ser corta a vuestra heroica espada.
Vencido el gran Magor, vuestra bandera
podréis llevar segura a la apartada
playa del otro mar con quien alinda
el reino de Mandao y de Dulcinda.
No hay que trataros de salud y gusto;
todo se encierra en veros victorioso;
por mil años gocéis el nombe augusto.

TOMAR.

Palabras de tu pecho generoso,
y que te alegres de mi bien es justo;
no solamente justo, mas forzoso,
pues cuanto en lo que soy recibo aumento,
es para ennoblecer tu casamiento.
Aguárdame en tu cuadra, que me importa
hablar a un español.

BRISEYDA.

Guárdete el cielo.
Pues el imperio de Magor acorta
para que el tuyo reconozca el suelo.

(Vase TOMAR.*)*

OZMIN.

Ya, Briseyda, que el miedo no reporta
del Rey tu hermano el natural recelo,
osaré preguntarte si este día
también se alegra la victoria mía.
Que aunque a Tomar, tu hermano, se atribuya
la gloria de este raro vencimiento,
también es mía, que no sólo es suya.

BRISEYDA.

Alá sabe el placer, Ozmín, que siento,
y bien sé que será le gloria tuya,
porque sé tu valor.

OZMIN.

Si el pensamiento
es, Briseyda, valor, afirmo y digo
que sólo puedo competir conmigo.
Quien le ha puesto en tus ojos celestiales,
bien se puede llamar el sol que adoro,
soberbio hijo, pues con fuerzas tales
ha osado ser Faetón del carro de oro.
Los dos seremos en la empresa iguales,
y como el otro puso el verde coro
del Eridano fértil epigramas,
a mí este mar azul en rojas llamas.
Siento pensar que ya Tomar, tu hermano,
trata casarte en reinos extranjeros;
autoridad de reyes, aunque en vano,
donde tiene tan nobles caballeros.
Amor valiente, en cuya fuerte mano
aun tiembla la fortuna los aceros,
también ha dado imperios, y hay historias
que celebran al mundo sus memorias.

BRISEYDA.

Entiendo bien el blanco donde pones
el alto pensamiento, bien nacido,
y sé que a las gallardas ocasiones
nunca se ofrecen los que no lo han sido;
no soy en esta parte a tus razones
alma contraria ni molesto oído;
si intenta tu fortuna empresa alguna,
será para los dos común fortuna.
Cánsame ver filósofo a mi hermano,
preciado de político, de modo
que le parece del distrito humano
pequeño el cetro y el imperio todo.

OZMIN.

Si tú me dieras esa hermosa mano,
ni escita, ni español, griego, ni godo,
ni cuantos hoy celebra justa fama
gozara de laurel tan verde rama.

(Salen el Rey *y* Leonardo.*)*

Briseyda.

Tente, que vuelve.

Tomar.

Cosas son notables
las que cuentas de tu Rey

Leonardo.

Lo menos
te he dicho, porque son inestimnblee.
y que de ellas están los libros llanos,

Tomar.

¿Y qué personas son tan venerables
esas de sus consejos?

Leonardo.

Son tan buenos
los hombres que le sirven, que cualquiera
regir el mundo por virtud pudiera.
El Consejo de Estado ocupan pechos
que Grecia y Roma no los tuvo iguales;
hombres que por la espada y los derechos
tendrán fama por siglos inmortales;
pechos que toman el gobierno a pechos,
tan verdaderos, santos y leales,
que con uno de aquellos que tuvieras
descansado y pacífico vivieras.
El Consejo Real, no es pasión mía,
pero tiene tan ínclitos varones,
que Licurgo y Solón fueran hoy día
lo que una luz si con el sol la pones.
Aquí de su española monarquía,
copiosa de Severos y Catones,
acuden todos los negocios.

Tomar.

Pienso
que ese Felipe es Júpiter inmenso.

Leonardo.

Si te pintase yo que padres tiene
el Consejo Supremo de las cosas
que tocan a la fe...

Ozmin.

¡Qué necio viene
escuchando grandezas fabulosas.

Tomar.

Quién duda que será como conviene
a las sagradas aras religiosas!
¿Y no tiene Consejo para guerra?

Leonardo.

Tal, que le tiembla la extranjera tierra.
Tiene también Felipe aquel que rige
las Órdenes que llaman militares,
ya del patrón, que la morisma aflige
y le venera España en mil altares,
ya de las cruces, que otra vez te dije,
de que tienen sus reinos a millares
pechos de caballeros y soldados,
de la señal y de la renta honrados.
Tiene un Consejo de otro Mundo Nuevo,
de que se llama rey por su conquista,
que le gobierna un ínclito mancebo,
de quien su misma fama es coronista;
tiene el de Portugal; por quien me atrevo
a decir, por ser cosa clara y vista,
que el mundo, sin que en esto me anticipe,
se puede andar por tierra de Felipe.
Tiene el de Italia ilustre, y también tiene
el de Aragón, y tiene el de su Hacienda,
que sus gastos solícitos previene
y aquel a quien sus cuentas encomienda.

Ozmin.

Pues tan fuera de sí, Briseyda, viene,
hablemos juntos en la verde tienda
que forman estas parras a estos jaspes.

Tomar.

No hay rey mayor del Tajo al indio Hidaspes.

Leonardo.

También tiene en su cámara Consejo.

Tomar.

Tendrá muchos oficios en su casa.

Leonardo.

Por imposibles, de decirlos dejo.

Tomar.

Envidia noble de tu Rey me abrasa.

Leonardo.

Como el divino sol, del cielo espejo,
que de este polo al contrapuesto pasa,
se acompaña de estrellas, y su rica
llama, porque den luz, les comunica,
así Felipe muchos Grandes tiene,
títulos en segunda jerarquía,
que cada cual por luz a su sol viene
y que de todos se compone el día;
no pienses que mi lengua los previene,
aunque era lustre de la patria mía;

pero diréte algunos, y en silencio
muchos que por iguales reverencio.
El gran Duque de Lerma es el Atlante
en cuyos hombros carga España el peso,
el Condestable insigne, que en diamante
tiene la eternidad su nombre impreso;
el generoso Enríquez, Almirante,
y el de Oropesa, de tan alto peso,
y el gran Duque y señor del Infantado
del antípoda nuestro venerado.
El Duque, felicísimo, de Cea,
y aquel notorio donde nace el alba
que del sol las ventanas señorea
porque la llama España Duque de Alba,
a diferencia, aunque su sangre sea
Alba de Liste, goza el Conde de Alba,
grande por tantas cosas, que aunque mande
de un polo al otro, es su virtud más grande.
Tiene la casa insigne de Villena;
de Osorios la de Astorga, antiguos tanto,
con la de Pliego, de grandezas llena,
y la de Santacruz, del turco espanto;
la casa de Miranda, y la cadena,
ilustrada de un príncipe tan santo,
que en su justicia con igual decoro
vió la fértil España el siglo de oro.
Mondéjar, con la sangre valerosa,
de quien tembló la frígida Alpujarra.

TOMAR.

¿Qué familia?

LEONARDO.

Mendozas.

TOMAR.

Es famosa.

LEONARDO.

Y la de Vélez, bélica y bizarra;
la de Alcalá, con la ribera hermosa;
la de Aguilar, con la dorada garra,
y Asculi, tal de Leivas, que a uno solo
llamó señor el uno y otro polo.
Advierte, Rey, que hablando no me toca
darles lugar, ni yo le sé, ni entiendo;
que como se me vienen a la boca
desa manera te los voy diciendo;
si tienen diferencia o mucha o poca,
ni averiguarlo quiero, ni pretendo;
todos son deudos, todos son señores;
allá les den lugar los escritores.
Cuando grandeza en la virtud queremos
y a un príncipe discreto celebramos,
al Conde ilustre de Villalba y Lemos
por imagen y ejemplo señalamos,
y cuando la virtud puesta en extremos
de letras y armas, a Valencia damos
un Duque, generoso, de Gandía.

TOMAR.

Aumentas, español, la envidia mía.

LEONARDO.

Vasallo soy de un Conde de Castilla
que llamamos allá de Benavente,
que él mismo fuera octava maravilla
si en hombres fuera el título decente.
Tiene el linaje insigne de Padilla,
por hombre señalado y eminente,
de Castilla el mayor Adelantado
de aquellos nueve, pues los ha pasado.
Dos Duques de Medina, honor de España:
uno Sidonia de Guzmán el Bueno
donde su rico mar sus puetos baña,
y otro Celi, de excelencias lleno;
al gran Conde de Fuentes, en campaña
fuentes de todo el mar, de Italia freno;
al de Sesa, gallardo, sangre ilustre
de aquel Gran Capitán, de España lustre.
Al insigne andaluz Duque de Osuna,
grande en España por sus hechos grandes,
mayor por su valor que su fortuna,
que con su sangre tiene escrito en Flandes;
y al de Feria, un señor que si en alguna,
aunque el discurso de los polos andes,
se puede hallar valor es en la suya
que a su virtud y sangre se atribuya.
Con la casa de Béjar no hay que alterque
la grandeza de Césares romanos
ni cuantas hay, aunque la tierra cerque;
con Auero y Berganza, lusitanos,
hay Nájara, Maqueda y Alburquerque,
Segorbes y Cardonas, valencianos,
y un Duque generoso de Pastrana,
donde paró la gentileza humana.
Y paro yo también, porque no puedo
decirte de su Silva la belleza,
que cuanto amor me anima, corto quedo,
tantos bienes le dió naturaleza.
La fama de don Pedro de Toledo
me excusa de contarte su grandeza,
y, como el gran Marqués de Villanueva,
le llama primo el Rey.

TOMAR.

Bastante prueba.

LEONARDO.

De Aragón me acordé, cuya dichosa
corona el Duque de Híjar ennoblece,
y la casa real de Villahermosa,
que como el sol de España resplandece;
los títulos que tiene esta dichosa
tierra, que a Rey tan feliz obedece,
pienso decirte en ocasión más justa.

TOMAR.

Holgaréme de oír su sangre augusta.

LEONARDO.

Verás un escuadrón que dar pudiera
envidia al mundo, y, siendo necesario,
le conquistara y a sus pies pusiera.

TOMAR.

Su amigo quiero ser, no su contrario;
pero mi hermana vuelve, un poco espera.

LEONARDO.

Fuera tan largo, tan notable y vario
este discurso si pasara de esto,
que por serles cortés fuera molesto.

(Salgan BRISEYDA *y* OZMIN.*)*

Los demás diré después.

BRISEYDA.

¿No miras
que te aguardan negocios importantes?

TOMAR.

Si de que escuche al español te admiras,
¿qué dirás de locuras semejantes?
Ni la fortuna, ni del mar las iras,
Euripos, Scilas, islas y gigantes,
ni propia persuasión, ni pena extraña
me estorbarán que vaya a ver a España.

BRISEYDA.

¿Qué dices?

TOMAR.

Quedo, nadie sea atrevido
a aconsejarme ni decirme nada,
que de esta octava maravilla ha sido
mi alma de su ser enajenada.
La idea que de España en mi sentido
fué por este español representada
irán a ver mis ojos.

OZMIN.

¿Si está loco?

TOMAR.

Mi reino por España tengo en poco.
Hoy quiero prevenir para Felipe
tan soberbio presente en veinte naves
que al de Pompeyo Magno se anticipe,
de oro y de piedras y de aromas suaves.

BRISEYDA.

Cuando sea razón, que participe,
como el mismo Mahoma, que las llaves
tiene del grande Alá, de extrañas tierras,
que te cuestan tu sangre en tantas guerras,
envía embajador con el presente.

TOMAR.

¿No ves que los deseos a los ojos
remiten ese gusto solamente?
No me repliques ni me des enojos;
Ozmín, que es en mis reinos eminente
y ganó de Magor tantos despojos,
regir y conservar sabrá a Bengala.

BRISEYDA.

¿Qué desatino al que propone iguala?

OZMIN.

Señor, otras personas más capaces
deste gobierno tienes.

TOMAR.

Yo estoy cierto
de tu valor en guerras como en paces.
Ir quiero a ver qué naves tiene el puerto.

(Váyase TOMAR.*)*

OZMIN.

¿Qué te parece?

BRISEYDA.

Que hoy para Rey naces.

OZMIN.

No sea fingimiento en que encubierto
venga el engaño que mi muerte sea.

BRISEYDA.

No lo creas.

OZMIN.

¿No quieres que lo crea?

BRISEYDA.

Yo conozco el ingenio de mi hermano,
ni es el primero rey que, peregrino,
surca el antiguo campo del mar cano.

OZMIN.

Eneas, por el mar, abrió camino,
mas fué huyendo del rigor greciano,
y Jason por ganar el vellocino;
pero por ver un edificio sólo
no se sabe de rey de polo a polo.

BRISEYDA.

Llévale el ver la octava maravilla,
y al Rey también, que es maravilla octava,
haciendo Salomón al de Castilla,
como Nicaula a Siria caminaba.

OZMIN.

Si él pasa al mar la contrapuesta orilla,
mi reino empieza y su gobierno acaba;
tú serás Reina de Bengala.

BRISEYDA.

Jura.

OZMIN.

¿Qué firmeza mayor que tu hermosura?

(Salen DON JUAN DE ARELLANO *y* DOÑA ANA, *su hermana.)*

JU. A mi tío le escribí
tu casamiento, doña Ana.
AN. Bien has hecho.
JU. Quiero, hermana,
tenerle respeto así.
Ya nuestro padre faltó,
bien es que este nombre tenga.
AN. Dile que a Sevilla venga.
JU. Harto se lo ruego yo.
AN. ¿Qué hay de Canaria a Sevilla?
JU. Trescientas leguas habrá,
y sospecho que vendrá
antes que vaya a Castilla.
Que si no es, viniendo aquí,
o que ya casada estés
no pienso sacar los pies
de Sevilla.
AN. ¿Celos?
JU. Sí.
ANA. El primer hombre serás
que confiesa tener celos.
JU. Por ser honrados recelos
oso decirlo, y no más.
ANA. Cuando yo fuera tu dama,
y no tu hermana, yo sé
que los encubrieras.
JU. ¿Fué
delito que amor infama?
ANA. No; pero a mil entendidos
de celos oigo decir
que nunca se han de pedir
sino cuando son fingidos.
JU. Eso hacen bien las mujeres,
que martirizan fingiendo
celos.
AN. Ya voy entendiendo
lo que persuadirme quieres.
¿Pídete muchos tu dama?
JU. Mi dama ya se acabó.
AN. ¿Qué dices?
JU. Que ya murió
para en eterno su llama.
AN. Que vivirá te apercibo,
en soplando la candela (1),
como quien mata la vela
y deja el pabilo vivo.
JU. Bien comparaste al amor;
que a veces el desengaño
mata la llama a su daño
y deja vivo el calor.
Vuélvense a ver a cautela
dos amantes con enojos,
soplan unos tiernos ojos
y alza la llama la vela.
AN. Basta, que me has contentado (2),
JU. Cuando yo quisiere bien,
si alzare llama el desdén
ni se encendiere el cuidado.
Tenme por hombre sin honra.
AN. Algo has hallado en tu dama.
JU. Opinión es de su fama.
ANA. Sola la verdad deshonra.
JU. La verdad, divina lumbre,
deshonra la calidad.
AN. Cuando es el vicio verdad,
no es virtud, es certidumbre.

(Sale MOTRIL, *lacayo, con un papel.)*

MO. En conversación están,
mal podré dar el papel,
porque en ser don Juan cruel
no tiene nada de Juan.
Haré señas a doña Ana
con el papel.
JU. No te espantes
que por cosas semejantes
llame a Felicia liviana.
AN. Allí me enseña un papel *(Ap.)*
el criado de mi hermano.

(1) En el original «cautela», por errata.
(2) En el original «comentado», también por errata.

JU. ¿Qué dices?
AN. Que eres tirano
y con Felicia cruel.
¿Cómo le podré tomar? *(Ap.)*
JU. Ya tú serás contra mí
si Felicia vino aquí
y tú la has visto llorar.
Que hay mujer que justifica
sus pesos falsos, de modo
que parece verdad todo
si una lagrimilla aplica.
ANA. ¿Eso te espanta?
JU. ¿Pues no?
AN. Necedad es que te espante.
¿No es rica piedra el diamante?
JU. ¿Y cómo?
AN. Pues pienso yo
que hay muchas falsas.
JU. No son
diamantes, mas lo parecen.
AN. Pues ese nombre merecen
las lágrimas a traición.
JU. ¡Qué bien has dicho!: quisiera
haberlo dicho. ¿Qué es eso,
Motril? ¿Es papel?
MO. Y impreso.
JU. Muestra.
MO. Si no le trujera.
JU. ¿Qué es esto?
MO. Historia trovada.
JU. ¿Versos son?
MO. ¡Y que tan buenos!;
de un hombre que cuando menos
dicen que parió en Granada.
JU. ¿Hombre parir? ¿Quién lo afirma?
MO. Los ciegos, que ven, señor.
JU. ¡Que se sufra tanto error!;
más con esto se confirma
la barbaridad de España.
MO. ¿Está de molde y te burlas?
JU. Cómo esas cosas de burlas
sufre el molde y acompaña.
Luego dicen que reniega
un cristiano y que el demonio
le aparece en testimonio
de que a sus vicios se entrega.
Luego es mártir, y aparece
en su tierra a un licenciado,
y el vulgo, necio, atezado (1),
lo celebra y encarece.
Cosas que hacen mayor daño
del que parece.
MO. ¿Qué hiciera
el vulgo si no tuviera
esas fiestas por el año?
¿Quieres tú que un oficial
lea en Marcial o en Horacio?
JU. Di, Motril, que salgo, a Estacio.
MO. ¿Dónde vas?
JU. Al arenal.
Hermana, quedad con Dios.
AN. Dios te guarde.
JU. Oye, Motril.
MO. ¿No te parezco sutil?
AN. Tanto, que vimos los dos
el papel que me enseñabas.
MO. No digo sino en mostrarle
las coplas.
AN. Para engañarle
mejor estilo guardabas.
¿Qué es del papel de don Pedro?
MO. ¿Qué me das?
ANA. ¿Qué te he de dar?
MO. Linda manera de hablar;
solo en el mundo no medro
con oficio de alcahuete,
que es siempre el más bien pagado.
Para quien viene cansado
lindo porte me promete.
Más quiero ser arriero
y que mis tercios de carga
me paguen.
AN. Jornada es larga;
pagarte a su tiempo espero.
Demás que no es tanta hazaña
traer un papel.
MO. No sé
si mayor el peso fué
de las columnas de España.
AN. ¿Papel pesa?
MO. ¿No es de amores?
AN. Sí.
MO. Pues digamos verdades:
¿no traerá mil necedades,
que son los pesos mayores?
AN. Palabras no tienen peso.
MO. ¿Luego un mentís no es palabra?
AN. Sí.
MO. ¿Y a cuántos descalabra?
AN. A muchos.
MO. Pues peso es eso.
AN. ¿Quiéresme dejar leer?
MO. ¿Quiéresme dar lo que cuesta
el traer una respuesta

(1) Así en el original. Quizás «aterrado».

donde se puede saber?
AN. ¿Qué hacía don Pedro?
MO. Estaba
desesperado de ver
que has de ser presto mujer
y que el no serlo se acaba.
AN. ¿Yo mujer de quien no sea
don Pedro?
MO. Lee el papel.
AN. Para responder a él
bien es que adentro le lea.

(Váyase.)

MO. Bien harás, y buscarás
de camino quien lo lleve.

(Salga CARRIZO, *lacayo.)*

CAR Si esto se negocia en breve,
ni quiero ni pido más.
Porque si mi amo se casa
con doña Ana de Arellano,
queda el negocio por llano
y yo por dueño de casa.
Porque Inés, el primer día
que vino a vistas mi amo,
me puso cierto reclamo,
conque la tuve por mía.
Quedo. Aquí está el bellacón
que debe de pretendella;
mas, aunque es de casa, en ella
no ha entrado por afición.
Quiérome disimular.
MO. Este es aquel galeote,
lacayo del Marquesote,
que se pretende casar.
Pero en vano se aventura,
aunque le admite don Juan,
porque a don Pedro le dan
lo que en secreto procura.
Y este pícaro ha mirado
con tiernos ojos a Inés,
que no sabe que esta es
el alma de su fregado.
Y hele de dar, ¡vive cribas!,
una mohada a la usanza
del rastro, que por la panza
le salga a las sentativas (1).
CAR. Dígame, seor honrado,
¿es de casa vilancé?
MO. Soy de casa y lo seré,
aunque pese a algún casado.

(1) Parece que deberá decir «le salgan las entativas» quizá forma rufianesca de «intestinos».

CAR. Parece que se amofiga.
MO. No me suelo amofigar (1)
hasta después de matar
si viene vareta y liga.
CAR. ¿Ha muerto muchos?
MO. He muerto
los que se han dejado dar.
CAR. Pues pudiéndolo excusar,
no han acertado por cierto.
MO. ¿Qué quiere en aquesta casa?
CAR. Al dueño busco.
MO. Yo soy.
CAR. ¿Vilancé?; ¿luego él es hoy
con quien mi dueño se casa?
MO. Hable respetiblemente,
o daránle...
CAR. ¿Qué darán?
MO. Cosa que parezca pan
y que al comerlo reviente.
CAR. Miente.
MO. ¿Hay eco en esta casa?
CAR. No, sino yo, que soy eco
de su ánima.
MO. Pues, mueco,
hombre de rosca, de masa,
¿sabes ya que soy Motril?
CAR. Aunque fuera Salobreña,
señor, cara de cermeña.
MO. Pues, palo de tamboril,
¿tú te igualas a quien soy?
CAR. Oyete, azaíran romí.
MO. Gallo del Cairo, zegrí,
¿sabes los chirlos que doy?
CAR. Señor San Roque de aldea,
¿sabe que si saco el ancha...?
MO. Señor lengua de la Mancha,
gitano, habido en Guinea,
¿sabe que si el barrio alegro
no ha de salir con el grillo?
CAR. ¿Qué dices, hombre amarillo?
MO. Lo que escuchas, hombre negro.
CAR. ¡Fuera dije!
MO. ¡Fuera tú!
CAR. Mire cómo tira.
MO. Y él,
no tire por lo cruel.

(Salga INÉS *con un papel.)*

INÉS. ¿Pendencia en casa? ¡Jesús!
CAR. ¡Ay, de punta me tiró!
MO. Y él a mí.

(1) Acaso esta palabra sea forma rufianesca de «amohinarse».

IN. Paz, paz, señores.
MO. Si no llegaras, amores,
matara un pícaro yo.
Pregúntale si está herido.
IN. ¿Carrizo?
CAR. Si no llegaras,
ese tuviera dos caras;
mas siempre las ha tenido.
IN. ¿Estás herido?
CAR. Pregunta
a ese triste si lo está,
que adrede pienso que ya
le tiré una vez de punta.
IN. Es poco respeto, en fin,
de una casa tan honrada.
CAR. Déjame limpiar la espada,
no se me tome de orín.
IN. ¿A qué vienes?
CAR. [Vengo] a dar
cierto recado a tu ama.
IN. Entra adentro, que te llama.
CAR. Entro por darle pesar.

(Váyase.)

IN. ¿Qué es esto, Motril, qué es esto?
¿Siempre me has de dar trabajos?
MO. Mulata, nido de grajos,
¿quieresme ver descompuesto?
IN. Alza esos ojos, mi vida,
dime qué heridas te ha dado
aquel hombre desalmado.
MO. Linda galga relamida,
¿a mí me había de herir
aquel hombre, cerbatana?
¿Era yo colchón de lana?
IN. Que te mueras por reñir
para darme pesadumbre;
no (1) quisiera yo un gallina,
un hombre que en la cocina
siempre estuviera a la lumbre.
MO. Reviento de valentía,
Inés, que no puedo más.
IN. Ven adentro y tomarás,
con una pechuga iría,
cuatro veces de Cazalla,
que estás muy descolorido.
MO. Tú en lo que importa has caído,
que si no es el que se halla
en una pendencia de estas,
no sabes la sed que da;
y pues yo lo entiendo ya,
para cosas como estas
siempre tengo de traer
una bota en la pretina.
IN. Entremos en la cocina.
MO. Hazme, Inés, sólo un placer.
IN. ¿Cómo?
MO. Ponte un poco aquí,
diréte cómo le entré.
IN. A ver.
MO. De esta suerte fué.
Desnudé la blanca así,
tiéndome, tiro, repara,
alzo de tajo, derriba,
vuelvo.
IN. Bien.
MO. Uñas arriba.
Saco pies, huyo la cara,
conviértola en tajo; entraste,
cesó toda la mohína,
envainé, y a la cocina
ve delante, me llevaste.

(Sale el Capitán DON BALTASAR, MENDOZA, ANGULO *y* ORTIZ, *soldados.)*

BALTASAR.

No he visto el mar, soldados, tan airado
después que estoy en estas islas.

MENDOZA.

Suelen
decir las viejas que se casa el diablo
cuando salen los vientos de sus cárceles,
donde los pinta en su prisión Virgilio.

ANGULO.

Temeraria borrasca.

ORTIZ.

Temeraria.
Sorber quiere las islas de Canaria.

BALTASAR.

¡Cuán arrogante se levanta al cielo
la mar, tan mal domada de los hombres!
Parece que salpica las estrellas
con los granos de arena que les tira.

MENDOZA.

Míseros navegantes, codiciosos
del oro de las Indias, conquistadas
de aquel Jason de Génova, solícito,
que trajo a España estas manzanas de oro.
¡Qué caro habrán comprado su tesoro!

(1) Así en el original; pero parece que debiera decir «más».

[ORTIZ.] (1)

Esta mañana, al alba, parecía
un pedazo de armada, o se engañaba
el lince que en la torre lo miraba.

BALTASAR.

No puede ser de España, que no es tiempo,
flota ni galeones.

ANGULO.

Si por dicha
eran de pechelingues o holandeses,
deles el mar incierta sepultura,
que bien cierta la tienen sus espíritus,
en los cuartos más bajos de la tierra.

(Salga PEREYRA.*)*

PEREYRA.

¿Está aquí el capitán?

ANGULO.

¿Vienes sin ojos?

BALTASAR.

¿Qué hay, Pereyra?

PEREYRA.

Esta carta.

BALTASAR.

¿Es de Sevilla?

PEREYRA.

Sí, señor.

BALTASAR.

Sí, me escribe mi sobrino,
por dicha, el casamiento de doña Ana.
«Al capitán, mi tío, que Dios guarde,
don Baltasar de Vargas y Arellano.»

MENDOZA.

No le quites la nema, por tu vida,
que me parece un hombre fluctuando
aquel bulto que viene entre dos tablas.

BALTASAR.

Mendoza, no lo dudes. Corre, Angulo,
quítate el capotillo, dale presto
alguna de las mangas.

ANGULO.

¡Dios te valga!
¡Animo, buen soldado!

ORTIZ.

El mismo golpe
del flujo de la mar le echó en la arena.

(Salga el REY DE BENGALA, *mojado, sobre una tabla.)*

BALTASAR.

¿Vives, hombre?

TOMAR.

¡Valedme, Alá divino!

ORTIZ.

Alá dijo. ¿Si es moro?

TOMAR.

Moro.

BALTASAR.

Moro,
¿sabes algo español? ¿Entiendes esto?

TOMAR.

Entiendo el español.

BALTASAR.

Cubrirle presto.
¿Dónde venías?

TOMAR.

No podré deciros
tan presto la verdad de mi suceso.
Mas decid, ¿esta tierra es de españoles?

BALTASAR.

De españoles, y, en fin, estás cautivo.

TOMAR.

¡Gracias a Alá que entre españoles vivo!

BALTASAR.

Aquestas son las islas de Canaria,
que desde que cayó el romano imperio
incógnitas quedaron en el mundo,
hasta que Betancor, con españoles,
las descubrió y ganó, cuyo principio
don Fernando de Castro hizo dichoso,
después que sujetó las tres más fuertes
don Alonso de Lugo, si este nombre
ha llegado a la tierra en que naciste.

TOMAR.

Qué, ¿aun no estoy en la tierra firme suya?

BALTASAR.

Trescientas leguas hay de aquí a España.

(1) En el texto dice, por errata, «MENDOZA», que ya venía hablando. Pudiera ser «ANGULO», que habla después, u «Ortiz», como señalamos.

TOMAR.

¿Es tierra de su Rey?

BALTASAR.

Es la Gomera,
el Hierro y Lanzarote de dos dueños,
y las demás de la real corona.

TOMAR.

¿Los nombres?

BALTASAR.

Tenerife y Santaclara,
la Roca, la Alegranza, la Graciosa,
la Palma, la del Lobo y el Infierno.

TOMAR.

¿Pues aquí le tenéis los esñoles?

BALTASAR.

Es nombre de una isla.

TOMAR.

Esta montaña
que en forma de diamante el mar asombra,
por su altura juzgara que era el cielo.

BALTASAR.

En esta hay quince leguas de subida.

TOMAR.

Que, en fin, ¿es esta tierra de Felipe?

BALTASAR.

Esta es del gran Felipe, que Dios guarde.

TOMAR.

Pues en su nombre besaré la tierra.
¿Eres tú su vasallo?

BALTASAR.

Y que lo estimo
en más que ser señor de muchos mundos.

TOMAR.

Así dicen allá que le aman todos.

BALTASAR.

¿Pues de dónde eres tú?

TOMAR.

Soy de muy lejos,
y aunque no soy de Africa, soy moro.
¿Eres tú noble?

BALTASAR.

Noble y caballero
de un linaje que tiene su principio
en quien a España libertó del moro.

TOMAR.

¿Luego libre de moros está España?

BALTASAR.

Sí, por las armas de un Fernando Santo
y de otro que llamaron el Católico.

TOMAR.

Pues dijéronme a mí que entre vosotros
vivían moros.

BALTASAR.

Esos son esclavos,
y algún día también saldrán de España.

TOMAR.

Pésame de ser moro en este tiempo.

BALTASAR.

No estás en ella tú, sino en Canaria,
y no te echarán de ella, que eres mío.

TOMAR.

¿Qué oficio tienes?

BALTASAR.

Militar oficio,
porque soy capitán.

TOMAR.

De buena gana
te rindiera mis armas a tenerlas.

BALTASAR.

Cansado estás, yo pienso que eres noble;
ven conmigo a mi casa.

TOMAR.

¡Oh, Rey de España,
cuánto me cuesta el ver tu maravilla!

BALTASAR.

A mis sobrinos le enviaré a Sevilla.

ACTO SEGUNDO
DE LA OCTAVA MARAVILLA

(Salgan DON JUAN, DON PEDRO, *y* MOTRIL.*)*

PED. No he querido interponer
personas de calidad
fiado en nuestra amistad.

JU. Así habéis de proceder
con quien la tiene con vos.
¿Pero en qué os puedo servir?
PED. Ya lo comienzo a decir,
aunque con temor, por Dios.
¿Por dónde comenzaré?
JU. De vos me siento agraviado.
PED. Vengo a ser vuestro cuñado.
JU. En breves palabras fué;
y una demanda tan breve
breve la respuesta pide.
No puede ser.
PED. ¿Quién lo impide?
JU. Lo que un hombre hidalgo debe
a su palabra, que ayer
a Gerardo se la di.
PED. ¿Y está concertado?
JU. Sí.
PED. No tengo qué responder.
El cielo la dé ventura
y os guarde a vos muchos años;
para tales desengaños
amor remedio procura.
Necio he sido, y ha caído
sobre el necio el desdichado.

(Váyase.)

JU. ¿Qué sientes de este cuñado?
MO. Muy necio don Pedro ha sido
en no informarse primero.
JU. Si pudiera se la diera,
que es honrado caballero
y préciase de mi amigo.
MO. ¿El otro novio?
CAR. Aquí está.

(Entren GERARDO, *indiano, y* CARRIZO.)

GER. Pues buena ocasión será,
libremente se lo digo.
JU. Señor Gerardo, ya, en fin,
como cuñados nos vemos.
¿Qué falta para que demos
a nuestros conciertos fin?
GER. Hoy quedara todo hecho,
sino que hoy me han informado
de una cosa que en cuidado
me ha puesto.
JU. Estoy satisfecho
de que he tratado verdad.
GER. Hanme dicho esta mañana
que la señora doña Ana,
y es público en la ciudad,
fué bastarda del señor
vuestro padre; y siendo así...
JU. Tened, no paséis de ahí.
GER. Eso no importa a su honor;
pero a mí me es de importancia.
JU. Si de eso no os advertí,
no fué porque presumí
de vuestra parte ignorancia;
que pues era en la ciudad
público, en razón estaba
pensar que no lo ignoraba
tan justa curiosidad.
Por bastarda os la ofrecí
de mi padre; mas habida
en doncella bien nacida;
porque yo la conocí
y con ella me crié,
y si legítima fuera
no sospecho que os la diera,
señor Gerardo.
GER. ¿Por qué?
JU. Porque sois quien ha diez años
que con su capa y espada
pasó a Indias mal cargada
una nave de diez paños.
Y registrasteis ayer
las barras que habéis ganado,
como sabéis.
GER. Soy honrado,
y busco honrada mujer.
JU. Esa hacienda que tenéis
que es hija puedo decir
de las varas de medir,
que en barras trocado habéis,
y doña Ana es hija, en fin,
de mi padre, y tan honrada
por sí misma...
MO. Eso me agrada;
gallina, hoy será tu fin.
JU. Que quien lo contrario siente,
miente.
GER. No me toca a mí
porque yo lo digo así.
JU. Ya tengo dicho que miente.
MO. Y quien dijere que Inés
no es honrada por la boca,
miente.
CAR. El mentís no me toca,
que yo digo que lo es.
GER. Señor don Juan, aunque estáis
en vuestra casa, soy hombre
que no hay sombra que me asombre;
advertid que mucho habláis,
y que si de ella salís

os sabré hacer mil pedazos.
JU. Para qué es alargar plazos
si os he dicho que mentís.
GER. Vos sois quien miente mil veces,
pues que lo bastardo dais
por legítimo.
MO. Hoy lleváis,
pícaro, un pan como nueces.

(Metan mano los lacayos, y entren INÉS *y* DOÑA ANA.*)*

IN. Señora, señora, presto.
AN. Hermano, hermano, señor.
JU. Déjame cobrar tu honor.
IN. Fuera han salido.
AN. ¿Qué es esto?
IN. Con tu novio es la cuestión.
AN. Albricias, Inés, te diera.
IN. La pendencia suena afuera.
AN. ¿Qué habrá sido la ocasión?

(Salga CARRIZO, *y tras él el* REY DE BENGALA *en hábito de esclavo, con una daga.)*

TOM. ¡Suelta la espada, gallina!
CAR. ¿Tú con una daga a mí?
IN. ¡Ay Dios, que vuelven aquí!
CAR. Tu furor me desatina.
TOM. Suelta, pues, o mataréte.

(Gánele la espada con la daga, y quítesela.)

CAR. Hombre, déjame salir.
TOM. Con ésta vuelvo a reñir.
IN. ¡Con qué furor acomete!
AN. ¿Qué es esto, Carrizo?
CAR. El diablo,
que anda suelto.
AN. ¿Con mi esposo
riñe don Juan?
CAR. Fué forzoso.
AN. ¿Sobre qué?
CAR. Sobre un vocablo
que no tiene buen sonido;
pero sin duda es culpado
mi amo.
AN. En fin, lo tratado
hoy queda puesto en olvido.
CAR. Eso es sin duda.
AN. ¿Y quién es
el hombre que te siguió
y la espada te quitó?
CAR. Rodamonte Aragonés,
que con sola aquella daga
al lado de un hombre viejo,
no de los que dan consejo,
y tal el tiempo me haga,
hizo cosas que en Castilla
no se escriben de Bernardo.
AN. Parece esclavo.
CA. Es gallardo.

(Salgan DON JUAN *y* EL CAPITÁN, *su tío.)*

JUAN. ¿Que tú estabas en Sevilla?
BAL. Para tales ocasiones
me traía el amor mío.—
¡Querida sobrina!
AN. ¡Tío!
CAR. No quiero aguardar razones,
sino salir a lo raso.

(Váyase.)

BAL. ¿Cómo estás?
AN. A tu servicio.
BAL. Verte es el mayor indicio,
o la novedad del caso
te da tan buenas colores.
¿Sobre qué fué la cuestión?
JUAN. Después te daré razón.
BAL. Celos serán.
JU. Ni aun amores.
BAL. Yo vengo a tu casamiento.
JUAN. Pues ya de balde has venido,
que con el novio he reñido.
BAL. ¿Era aquél?
JU. Como lo cuento.
Pero déjame abrazar
a este esclavo, por tu esclavo
y por el hombre más bravo
que se puede imaginar.
BAL. Agrádame que te agrade,
que te le traigo en presente.
JUAN. El cielo tu vida aumente.
BAL. Años el verte me añade.
En una tabla salió
en mis islas de la mar;
mas no me quiere contar
cómo o dónde se perdió.
Preguntéle qué sabía,
y al cabo de un mes, en fin,
dijo que hacer un jardín,
y acertó, por vida mía.
Porque de suerte le ha hecho,
que el número de las flores,
su variedad, sus colores,
paredes y verde techo
vencen los huertos pensiles
de suerte que por su ausencia
lloraban en competencia
las flores perlas sutiles.

JUAN. Ahora le estimo en más,
que estaba el nuestro perdido.
TOM. Curioso en cuadros he sido,
tú la experiencia verás.
JUAN. ¿Tu nombre?
TO. Tomar me llamo.
MO. ¿Tomar? Nunca vos tendréis
buenas manos.
AN. Aunque veis,
Tomar, que tenéis buen amo,
no hallaréis menos en mí
de voluntad y afición,
que también en la cuestión
vuestra gentileza vi.
TOM. Habiéndome la fortuna
de un puesto honroso bajado
a esclavo, y a humilde estado,
que no hay firme cosa alguna,
hoy le agradezco mi mal,
pues he venido a serviros.
JUAN. Yo tengo bien que advertiros
que importa prudencia igual
para que salgamos bien
de la cuestión comenzada.
BAL. ¿Está tu casa agraviada?
JUAN. Aun algo hay de eso también.
Venid conmigo los dos.
BAL. Tomar, ya tienes buen amo.
TOM. Dichoso, señor, me llamo.
BAL. Sirve bien.
TOM. Guárdete Dios.

(Entrense, y salgan MOTRIL *y* TOMAR.)

TOM. ¡Ah, gentil hombre! ¿A qué parte
de la casa está el jardín?
MO. Lo que sobra a aquel jazmín
y a las paredes reparte,
Tomar, os podrá guiar.
TOM. ¿Pues de qué mostráis enfado?
MO. De ver que en casa ha entrado
esto que llaman tomar.
Dar fueran grandes favores;
pero en dar no hay que tratar,
que está desterrado el dar
aun en casa de señores.
Vos traéis bellaco porte,
señor Tomar; pero yo
sospecho que os engendró
alguna dama en la corte.
Y aunque ya es común de tres
aqueste nombre Tomar
y ambiguo el dar, porque el dar
ni es español ni francés,
viendo discretas personas
que Tomar era varón,
a las que del nombre son
las llamaron tomajonas.
TOM. Qué, ¿tan mal nombre he traído
para España?
MO. Antes el nombre
más dulce que he visto en hombre.
TOM. ¿Más el dar lo hubiera sido?
MO. El dar es dulce.
TOM. ¿No es más
el dar que no el recibir?
MO. ¿Tal te atreves a decir?
TOM. Sin nobleza y honra estás;
que el recibir es sujeto;
míralo por la mujer,
y el dar, señor.
MO. Puede ser.
TOM. Oye qué dijo un discreto:
Si lo perfecto agrada, quien escribe
que el recibir es mayor gusto, miente;
que el dar tiene el imperio de la gente
y es vasallo del dar el que recibe.
De libertad el recibir se prive,
y el dar entre los Césares se asiente,
pues más que por ganar todo el Oriente
Alejandro, por dar, glorioso vive.
De balde al hombre la mujer le sale;
pidan, que si con oro su bien pesan,
a la primer vergüenza no se iguale.
Más los hombres en darlas interesan,
pues recibiendo lo que menos vale
por esclavas del hombre se confiesan.
MO. No dijo mal el discreto,
y tú lo debes de ser.
TOM. Quiérote amigo, vencer
la opinión con el efecto.
Toma este doblón, y di
qué gusto te dió el tomar,
y el que recibo del dar
te diré después a ti.
MO. Como tú tienes doblón,
no en balde Tomar te nombras.
TOM. ¿De que le tenga te asombras?
MO. ¿No te parece razón?
TOM. No, amigo, porque ha venido
de muchas leguas de aquí.
MO. ¿De allá, de tu tierra?
TOM. Sí.
MO. Paréceme que has mentido,
que esta moneda es de España.
TOM. Armas de Felipe son.
Pero dime, ¿en qué nación

tan remota y tan extraña
no corre aquesta moneda?
MO. ¿De dónde eres?
TO. De Bengala.
MO. ¿Y allá corre?; mas resbala,
como ésta, en formas de rueda.
TOM. ¡Ah, españoles, no sabéis
del grande bien que gozáis!
Por el oro trabajáis,
sangre dáis, mares corréis
y no le sabéis guardar,
pues están tantas naciones
ricas de vuestros doblones,
vosotros pobres de dar.
MO. Según eso, al dar condenas
como yo al tomar abono.
TOM. Yo me entiendo, y te perdono,
si es pena, el dar esas penas.
MO. Lindo gusto he recibido
del tacto de este doblón.
¡Oh qué soberano son!
¡Oh cómo alegra el oído!
No te regalaran más,
aunque perdone el Parnaso,
los versos de Garcilaso
ni los tonos de Juan Blas.
Tomar, del cielo más lindo
que un tomo de Cicerón,
más que un tomate en sazón,
a ti me humillo y me rindo;
tu esclavo soy.
TOM. Tente ahí,
y mira si el dar alabo,
pues que te llamas mi esclavo
por un doblón que te di.
MO. Tienes más de mil razones,
venciste, en lo cierto estás;
tantos esclavos tendrás
como tuvieres doblones.
Mas pues ya tu amigo soy,
ven, mostraréte la casa.
TOM. ¿Sujeto vas?
MO. Esto pasa.
TOM. Mañana otros dos te doy.
MO. Dármelos luego podrías.
TOM. ¿Ya es mañana cosa extraña?
MO. Sí, buen Tomar, que en España
son muy pequeños los días.
TOM. Tomado me has el tomar;
ven al jardín.
MO. Voy contigo.
TOM. ¿Tu nombre?
MO. Tomar me digo,
que tú ya te llamas Dar.

(Sale DON PEDRO *y* GINÉS, *criado.)*

GIN. Así pasó la cuestión,
y aún el novio herido está.
PED. Albricias, Ginés, te da
mi difunto corazón.
Hoy será doña Ana mía;
que amor, si trata verdad,
no repara en calidad,
cuanto más en bastardía.
GIN. No digas tal.
PED. ¿Por qué no?
¿No sabes que los bastardos
son dichosos y gallardos,
porque no sé qué les dió
el amor y la inquietud
de sus padres al nacer?
GIN. Hay más hueso que roer,
así Dios te dé salud.
PED. ¿Cómo?
GIN. No querría darte
pesadumbre, y es forzoso,
si te veo codicioso
de destruirte y casarte.
PED. Habla claro.
GIN. Esta mujer
es hija...
PED. Pasa adelante.
GIN. De una mora de Levante.
PED. ¿Cómo?
GIN. Hoy lo vine a saber
por una industria notable.
PED. Mira lo que dices.
GIN. Digo
que hoy lo supe de un amigo
y que hoy haré que te hable;
que su padre, el capitán
don Leonardo de Arellano,
de don Baltasar hermano,
con quien ya los dos están,
de Túnez la trajo un día
que Carlos quinto entró en ella,
y era la mora más bella
que en toda el Africa había.
PED. ¡Válgame el cielo mil veces!
no más amor.
GINÉS. Esto pasa.
Si Gerardo no se casa,
a lo que él deja te ofreces.
PED. A una honrada bastardía
puede atreverse el amor,
que del mundo lo mejor

aprueba la opinión mía;
pero a lo que dices, no;
y el enojo que me ha dado
ver que me la haya negado
tu aviso en placer volvió.
Aquí dió fin.

GIN. ¿Quién?

PE. Doña Ana.
Clamoreen por amor,
que hoy ha muerto del dolor
de una esperanza tan vana.

GIN. En verdad que oí decir
que era su madre señora.

PED. Despacio sales ahora.

GIN. Fué para hacerte reír.

PED. Hoy le escribiera un papel
como arábigo supiera.

GIN. No pienso que lo entendiera,
ni te quiero tan cruel.

PED. A ser su Arellano llano,
arar en su yugo adoro;
pero si el llano ara en moro,
no es castellano Arellano.
Este linaje en Castilla
viene desde el Rey Pelayo;
pero el caballo, si es bayo,
¿no lleva en ella la silla?
Reverencio el Arellano,
y, guardándole el decoro,
me desenamoro en moro
si me enamoré en cristiano.

(Esté un jardinillo en el teatro, y salga el REY *con un escardillo.)*

TOMAR.

Ciudad hermosa y bella,
por quien el sol más presto viene a España,
deja la mar y en ella
los primeros cabellos que se baña:
gran contento me ha dado
al ver en ti de Atenas el traslado;
Tu templo, que al de Efesia
si el no vive a su memoria admira
y a la más alta pira
la llama torre de tu santa Iglesia.
Humilla a tu distrito
los bárbaros Pirámides de Egipto
tu alcázar suntuoso
con labores arábigos y techos,
en tiempo más dichoso
de mis mayores generosos hechos.
Tus jardines hibleos,
que parecen los campos Eliseos;
tu río lleno de oro,
conducidor de venturosas naves
cargadas de tesoro,
de cuya puerta antártica las llaves
te concedió Anfitrite,
que a tu contradicción llegar permite.
Tu famosa alameda,
de las columnas de Hércules honrada,
mas no es razón que exceda
pudiéndote alabar de patria amada,
de aquella en quien adoro,
alcázar, río, templo, naves y oro.
No alabo, España bella,
tu patria hermosa, tu ínclita Sevilla,
sino esta clara estrella
más una (1) que tu octava maravilla,
por cuya causa vivo
el alma esclava, el corazón cautivo.
¡Oh amor sin esperaza!
¿cómo es posible que sin ella dures?
¡Oh vana confianza!
¿qué vida puede haber que me asegures?
Yo, moro; ella, cristiana;
desigualdad sin proporción humana.
Decir quién soy, ¿qué importa,
si no es para más daño de mi vida?
Mas, ¡ay, alma!; reporta
tus quejas, que ella viene divertida;
flores, tomad colores;
mas si ella os pisa, venturosas flores.
Quiero hacer que cultivo
estas murtas, que imitan mi esperanza.

(Salga DOÑA ANA.*)*

ANA.

La tristeza en quien vivo,
viendo en mi bien tan súbita mudanza,
soledades me pide,
que mi valor a su esperanza mide.
Ya de mi casamiento
advertido don Pedro, y enojado
porque el consentimiento
piensa que ha sido de mi padre dado,
en otra más dudosa
vive su amor y muero yo envidiosa.
¡Oh flores y aguas claras!
¡oh manjar para tristes! ¿Quién dijera
que aquellas prendas caras,
de que testigo soy, romper pudiera
el tiempo riguroso?
Tomar, ¿aquí estás tú?

(1) En el texto, «única»; pero el verso resulta largo

TOMAR.

Triste y celoso.

ANA.

Triste, como cautivo,
bien puede ser; ¿pero celoso?

TOMAR.

Y tanto,
que de vivir me privo,
mis celos lloro, mis prisiones canto;
porque a vivir sin celos,
preso me dieran libertad los cielos.

ANA.

¿Amabas en tu tierra?

TOMAR.

Amaba libros árabes e indios,
las armas y la guerra,
con que puse a mis pies los mares canos,
los promontorios altos,
de plata llenos y de yerba faltos.
Aristóteles era
mi amor y el gran Platón divino y lleno
de ciencia verdadera;
de Hipócrates famoso y de Galeno
estudiaba aforismos;
mas no en los celos, sombra de sí mismos.
Pasaba codicioso
de ver a España, y la tormenta fiera
del mar impetuoso
me echó, casi desnudo, en su ribera;
vi a Cádiz, vi a Sevilla
y vi una estrella a quien el sol se humilla.
Salve, dije, hermosura,
más bella que la luz del primer cielo,
y puse mi ventura
para que fuese de sus plantas suelo.
Esto quiero, esto adoro
cristiana tengo el alma, el cuerpo moro.

ANA.

Hombre, Tomar, pareces
de buen entendimiento y hombre noble.

TOMAR.

Lo mucho que mereces
mi ingenio y mi nobleza aumenta al doble.

ANA.

Pésame de que quieras
si no es que premio de tu amor esperas.
¿Pero no podré saber
quién es dueño de tu amor?

TO. Antes de darme a entender
me ha de matar el dolor.
AN. ¿No es mujer?
TO. Sí que es mujer.
AN. ¿Pues en qué recibe agravio
de ser amada?
TOM. Es verdad
y es advertimiento sabio,
que en tenerla voluntad
yo pienso que no la agravio.
AN. Dime a quién amas y yo,
a quién amo te diré,
aunque, ingrato, me olvidó.
TO. ¿Amas?
AN. Sí.
TO. Dichoso fué
quien tanto bien mereció.
Pero pues me has animado
para decirte a quién quiero,
oye el nombre. Estoy turbado.
¿Cómo osaré...?
AN. El nombre espero.
TOM. Quiero dártele pintado.
AN. ¿Cómo?
TOM. Cogeré seis flores,
de cuyas letras primeras,
porque me salen colores,
saques el nombre que esperas.
AN. Gala bien nueva en amores.

(Coge las flores.)

TOM. Por ellas lo entenderás.
Toma aquesta dormidera.
AN. D la primera me das.
TOM. Tómalas todas.
AN. Espera.
¿Cuántas son?
TO. Seis son no más:
dormidera, hoja de oliva,
narciso y azahar.
AN. D y O,
N y A, doña.
TOM. Así viva
que me dejes.
AN. Eso no,
que ya con flores se escriba.
TOM. Toma esta azucena.
AN. Es A.
TOM. Y aqueste narciso.
AN. Es N.
TOM. Esta es albahaca.
AN. Ya.
Doña Ana por nombre tiene.

Gusto la invención me da.
Dame el sobrenombre.
TO. Espera.
Angélica la primera.
AN. Es contra peste notable.
TOM. Romero.
AN. Muy saludable.
TOM. Espuela.
AN. Celos afuera.
TOM. Llantén?
AN. Dos LL; también.
TOM. ¿Y este almoradux?
AN. Bien vas.
TOM. Este nardo.
AN. Huele bien.
TOM. Oliva otra vez.
AN. ¿Hay más?
TOM. ¿Qué más quieres que te den?
AN. Angélica, es A; romero,
R, y esta espuela, es E.
Juntar las dos LL quiero
del llantén, aunque se ve
tu intento.
TOM. Temblando espero.
AN. El almoradux, es A;
nardo, es N; oliva, O.
Aquí Arellano dirá.
TOM. Y eso mismo digo yo,
que es quien la muerte me da.
AN. ¡Perro!: ¿un bárbaro?
TO. No soy
alarbe, soy de Bengala;
puesto que en su ley estoy.
Mas, ¿qué desatino iguala
a que así me trates hoy?
¿No sabes que puede ser,
como lo ha sido, invención
de entretener tu pasión;
que las leyes del querer
para los iguales son?
De tí me quiero reír.
¿Eso es todo lo que sabes?
AN. Perdón te quiero pedir.
TOM. De los dueños, y tan graves,
todo se puede sufrir.
¿Pero qué agravio te hiciera
cuando yo bien te quisiera?
El agravio desigual
fuera si quisiera mal
a quien por dueño tuviera.
Demás que no soy tan vil
que en mi tierra no me estime
quien anda en oro y marfil.
AN. Todo mi enojo reprime
ese tu ingenio sutil:
amigos hemos de ser.
Tú sólo, de hoy más, Tomar,
me has de hablar y entretener.
TOM. Más licencia me has de dar.
AN. ¿Cómo?
TO. Que te he de querer.
AN. Digo que también me quieras.
TOM. Ayudarás mi prisión,
y yo, entre mis ansias fieras,
diré a mi imaginación
que son tus burlas de veras.
Cultivaré flores bellas
a este intento en el jardín;
gozarán tus manos de ellas,
aunque se corra el jazmín
de verse tan negro en ellas.
No habrá salido el clavel
cuando vaya a competir
con tus labios, y con él
el alma, a verlos reír,
de poner envidia en él.
En viendo la mejorana,
que de esperanza se viste,
irá a tus manos, doña Ana,
para que sepas que fuiste
tú sola la mejor Ana.
Para rendirse a tus venas
saldrá el lirio entre sus hojas
de espadas de temor llenas
y a estar de vergüenza rojas
las cándidas azucenas.
La coronada granada,
en velos de nácar puro,
irá a decirte, turbada,
que a ver de Bengala el muro,
te viera en él coronada.
La dorada maravilla
irá a decir que en Castilla
la llamaron de esta suerte,
porque se enciende de verte
y su color maravilla.
Irá entre espinas cruel
la rosa a besar tu planta,
irá el verde mirabel
a mirar belleza tanta,
y a coronarte el laurel;
el mirto a decirte amores,
y el azahar a ser azar
de estos primeros favores,
y mis ojos a regar
una esperanza sin flores.

AN. De manera lo encareces
que parece que de veras
tanto sentimiento ofreces.
TOM. De burlas, mereces veras;
de veras, almas mereces.
AN. No me has dado entre esas flores
una de celos.
TOM. Callélos
por no avisar sus dolores;
que mientras duermen los celos
no dan pena los amores.
AN. Porque los tengas, te quiero
decir que de celos muero
de un hombre.
TO. Dichoso el hombre.
AN. Y quiero decirte el nombre;
espera.
TOM. Tormento espero.
AN. ¿Qué letra en las luces bellas
imitan las siete estrellas?
TOM. Una P.
AN. Y del ABC,
¿qué letra es la quinta?
TOM. Es E.
AN. Su nombre empieza por ellas.
¿Cuál es la letra del nombre
mejor que vive en el cielo?
TO. La D, que es Dios.
AN. ¿Y del hombre
más alto que tiene el suelo?
TOM. R, cuando el rey se nombre.
AN. ¿Cuál es la primera letra
que de las cosas sin alma
más puede, alcanza y penetra?
TOM. O, que al oro dan la palma,
porque cuanto quiere impetra.
Estrellas, letras, Dios, rey
y oro ese nombre contiene.
Notable grandeza tiene.
¿El nombre es de vuestra ley?
Y harto a propósito viene.
La P, la E, D, R y O
juntas dicen Pedro.
AN. Y yo
digo que Pedro me ha muerto.
TOM. Que me lo llamara es cierto
por ti.
AN. Y sin mí, ¿por qué no?
TO. Porque tengo imaginado,
si soy cristiano, llamarme
Felipe.
AN. Mi hermano ha entrado.
TO. O he de perderme o ganarme,
ya el juego está comenzado.

(Salga DON JUAN.*)*

D. JU. Burla burlando, doña Ana,
como dicen en Castilla,
se dice en toda Sevilla
y suena el eco en Triana
que se muere el mercader
con quien pensaba casarte
de la herida, que fué en parte
que pone bien que temer.
Hoy me voy.
AN. ¿Dónde pregunto?
JUAN. Adonde seguro esté.
AN. ¿Pues cómo la herida fué?
JUAN. Fué de punta y en mal punto.
No preguntes, sino dame
ropa blanca, y queda, adiós.
AN. ¿Qué dice mi tío?
JU. Los dos,
temiendo algún soplo infame,
esto habemos concertado;
a Madrid voy por la posta.
AN. De peligro y de gran costa
es la jornada.
JU. He pensado
que no hay lugar más seguro;
y porque su valentía
de este moro me podría
al lado servir de muro,
quiero que conmigo vaya,
y Motril irá también
para que nos sirva bien;
y servirá de atalaya
el capitán, que entretanto
tendrás por padre a mi tío.
AN. Paréceme desvarío.
JU. De cualquier vara me espanto.
AN. Inés.
IN. Señora.
AN. En un punto
pon la maleta a don Juan.
IN. Camisas a punto están.

(Salga INÉS.*)*

El número te pregunto.
AN. Las que quepan.
IN. Voy volando.
AN. Ya, esclavo, a la corte vas.
TO. El cielo me ha dado más
que yo estaba deseando.
Mas pésame de dejar
de servirte.

(Salga MOTRIL.*)*

MO. Ya han llegado
las postas.
JU. ¡Oh, buen criado!;
póngase en una Tomar;
Dale un capote y sombrero.
¿Pero sabrásla correr?
TO. Haréle al viento creer
que nunca fué tan ligero.
JU. Dale polainas y espuelas,
y tú ponte en otra posta.
MO. ¿Yo?
JU. Sí.
MO. ¿Pues con tanta costa
caminas?
JU. ¿Ya te desvelas
en hacer oficio de ayo?
Hermana, a vestirme voy.
Adiós.
AN. ¡Qué confusa estoy!

(Váyase DON JUAN.*)*

MO. ¿Esta es jornada o es rayo?
AN. ¿Tomar?
TO. ¿Señora?
AN. A la corte
vas. ¿Qué me piensas traer?
TO. ¿Un esclavo qué ha de hacer
que a vuestro servicio importe?
Pero mi palabra os doy
de traeros un presente
que por milagro se cuente
entre esclavos, pues lo soy.
Y si yo a Bengala fuera
como a Madrid, que envidiar
diera a las ninfas del mar
lo que en sus hombros trajera.
Pero mi fe os empeño,
pues voy donde el Rey está,
de traer un rey de allá
para que de un rey seáis dueño.

(Váyase el REY.*)*

AN. Dios te vuelva con salud.
TO. Y El te guarde.
AN. ¿Y tú, Motril?
MO. Nunca de cosa tan vil,
señora, esperes virtud.
Este moro es rey o es rayo.
Reyes te promete en porte;
lacayos hay en la corte,
yo te prometo un lacayo.
Y no eran cortas hazañas
ni hubiera poco que ver
si le pudiera traer
desde algún juego de cañas.
Porque aquellas calzas lacias,
de pelo y no de vergüenza,
coleto, sombrero y trenza
ganan cincuenta mil gracias.
Y si traerle pudiera
recién cogido del toro,
con el debido decoro,
mayor el donaire fuera.
AN. ¿Pues no hay otra cosa allá?
MO. Lisonjas y cumplimientos,
deudos, deudas, cuentas, cuentos
sin ver quién vive o quién va.
Pleitos, trampas, cortesías,
almonedas, quejas, voces,
discretos que tiran coces,
novedad, cortas espías.
Mas vete, que ya don Juan
te llama; que esta es materia
dulce, y perderé en la feria
si aquí los pies se me van.
AN. Voy a ver lo que me quiere;
no me pesa que se vaya..

(Váyase y entre INÉS.*)*

INÉS. Cuando alguna mujer haya
que de valor desespere
y se compare conmigo,
me quiero arañar con ella.
MO. ¿Bella Inés?
IN. ¿Yo Inés? ¿Yo bella?
MO. ¿Pues quién?
IN. Ya no más contigo.
Tú le has rogado a don Juan
que a la corte te llevase.
MO. ¡Mal fuego un torrezno abrase
en rebanadas de pan,
si tu malicia no miente!
¿Yo a la corte? ¿A qué intención?
¿Taño, canto o soy bufón,
soy jugador, soy valiente?
¡Oh qué arbitrios llevo yo
para cansar con enredos!
No traes, Inés, los dedos
a mi gusto.
IN. ¿Cómo no?
MO. Porque debes de sentir
que se te vaya Tomar
y en mí vienes a ensayar
lo que le piensas decir.
IN. ¡Plega a Dios, que si te miento,

que tu persona peligre
entre los brazos de un tigre!
MO. ¡Notable encarecimiento!
Según eso, bien te puedo
pedir el postrero abrazo.
IN. Con estos brazos te enlazo.
MO. Muerto parto.
IN. Muerta quedo.
MO. ¡Inés!
IN. ¡Motril!
MO. ¿De quién eres?
IN. De Motril. ¿Y tú?
MO. De Inés.
IN. ¿Ya te vas?
MO. Ya por los pies
me meten mil alfileres.
IN. Allá, en la corte, hay Ineses.
MO. Acá, en Sevilla, hay Motriles.
IN. Hay allá blancos mandiles.
MO. Hay acá embudos franceses.
IN. Tráigame un coche de allá,
pues no se echará de ver.
MO. Salado pudiera ser
para los vinos de acá.
IN. Adiós.
MO. No llore, ea, pues.
IN. Deme un va...
MO. Y aun un barril.
IN. Adiós, mi dulce Motril.
MO. Adiós, regalada Inés.

(Váyanse, y salgan DON PEDRO *y* CARRIZO.)

CAR. Pienso que se ha de morir,
y así, te vengo a rogar,
si acaso en casa hay lugar,
te dignes de recibir
un hombre, que, por lo menos,
sabe dónde quieres bien
y que a tu lado también
valdrá por más de dos buenos.
PED. Qué, ¿tan malo está Gerardo?
CAR. Malo, porque es para poco,
y, en cosas que aquí no toco,
tiene poco de gallardo.
Mas no quiero decir mal
del señor a quien serví
no presumas que de ti
lo haré en ocasión igual.
Que el señor que oye al criado
decir mal de quien sirvió,
si allí no le despidió,
fué necio y mal confiado.
PED. Holgaré de recibiros,
porque ya sabéis mi humor
y porque mostráis valor
y os portáis alto de tiros.
Que soy mozo, como véis,
y he menester un criado
de buenas manos al lado.
CAR. ¿Qué tal hallado le habéis?
PED. ¿Sabéis de la negra?
CAR. Puedo
con Carranza competir.
PED. ¿Y en lo que toca a reñir?
CAR. Eso es negocio de miedo.
PED. ¿Cómo? ¿Que vos le tenéis?
CAR. No digo sino que doy
miedo.
PED. Satisfecho estoy,
y no mal lado hallaréis.
¿Qué quistiones de algún nombre
habéis tenido en Sevilla?
CAR. Una con veinte en cuadrilla,
mostachos, gancho...
PED. ¡Bravo hombre!
CAR. ¿Conoció vuesa merced
a Motril?
PED. ¿Así un criado,
un mozuelo azafranado,
preciado de zarzo y red?
Poco ha que se partió
por la posta.
CAR. Habrá dos días.
PED. Pues bien.
CAR. Ciertas valentías
allá, en su casa, contó;
sacamos las hojarascas,
tiro, tiréle, entendí,
pasé de largo, cosí
y dejéle haciendo bascas.
PED. Pues yo lo vi con salud.
CAR. Curáronle por ensalmo;
que estos negocios de salmo
tienen notable virtud.
Un esclavo de su tío
de doña Ana en la pendencia
de don Juan tomó licencia
y entróse con algún brío.
Reñía en moro, y matéle
en defensa de la fe.
PE. ¿Cierto?
CA. ¡Bueno!
PE. ¿Cómo fué
a la corte?
CAR. Porque suele
un moro de estos tener

siete vidas, como gato.

(Salgan el Capitán DON BALTASAR *y* ORTIZ.*)*

BAL. Que no ha sido honrado trato
le quiero dar a entender.
Si está solo, iros podéis;
si acompañado, sacad
la espada.

OR. Aquel es, llegad,
que acompañado lo veis.

BALTASAR.

¿Vuesa merced conóceme?

PEDRO.

Y respeto
vuestro nombre, que sois, si no me engaño,
el capitán don Baltasar de Vargas.

BALTASAR.

¿Y sabéis que doña Ana de Arellano
es mi sobrina?

PEDRO.

Y de don Juan hermana.

BALTASAR.

¿Pues cómo los honrados caballeros...

CARRIZO.

Si es aquesto cuestión, yo soy perdido.

BALTASAR.

Hablan de las mujeres principales
con tan poco respeto de sus méritos
porque no se las dieron por mujeres,
faltando en ellos para merecerlas?

PEDRO.

¿Sabe vuesa merced que soy don Pedro?

BALTASAR.

Bien sé que sois un hombre que a su hermano
pedisteis a doña Ana de Arellano,
y sé que, por no dárosla, en Sevilla
echáis fama que es mora.

CARRIZO.

¡Que tan presto
trajese el diablo esta pendencia al puesto!

PEDRO.

Quien quiera que dijere...

CARRRIZO.

¿Con qué achaque
me podré desgarrar?

BALTASAR.

Que no hay quien quiera...

CARRIZO.

¿Quieres, señor, que una rodela traiga?

BALTASAR.

Lo que hace al caso es que saquéis la espada,
que quieren castigar mis canas nobles
vuestro desvergonzado bozo negro.

CARRIZO.

Señor soldado, yo no he dicho nada
para que contra mí saquéis la espada.

ORTIZ.

¡Riñe, gallina!

BALTASAR.

Vengaré mi agravio.

PEDRO.

Vos sois valiente, pero no sois sabio.

(Vanse, y salen, de camino, DON JUAN *y* MOTRIL.*)*

JU. En fin, ¿la corte te agrada?

MO. Perdóname, gran Sevilla,
que Madrid, villa por villa.

JU. ¿Es buena nuestra posada?

MO. Para no estar en Valencia,
la limpieza disimula.

JU. ¡Lindo caminar!

MO. A mula.

JU. A mula no hay diligencia;
la posta es cosa notable.

MO. Para un señor que le dan
lindo caballo alazán
y no para el miserable.
Que ha de llevar el peor,
y entre una silla mal hueca,
como cuero de manteca,
mecerse a todo rigor.
O aquel parar en las manos
a cada trote un rocín;
¡Malas adivas! ¡mal fin!;
¡mal muermo, malos tolanos!
No podría yo jurar,
que vengo a Madrid de asiento;
que de mucho que me siento
no me siento a descansar.

JU. ¿Qué tienes?

MO. Cierta inquietud
que me encomienda el secreto;
las calzas yo te prometo
que no las sobra salud.

Discretas son, o estoy loco;
porque de las cuchilladas
dicen que han de ser bien dadas,
pero que han de durar poco.

JU. Notables casas fabrica
Madrid.

MO. Está ya despacio.

JU. Por aquí van a palacio.

MO. ¡Qué platería tan rica!

JU. Los jubones y vestidos
que hay en la calle Mayor
me han parecido mejor.

MO. ¡Qué varios y qué pulidos¡

JU. Aquel moro, ¿dónde fué?

MO. A comprar me dijo agora
qué llevar a su señora.

(Salga el REY, *asido de dos corchetes, y* ALGUACIL, *y un* PLATERO.*)*

TOM. Tratadme bien.

AL. ¿Para qué?

TOM. Para que soy hombre honrado.

AL. ¡Anda, perro!

TO. Aunque voy preso,
no habéis de hablar con exceso.

MO. La variedad he notado
de las cosas de Madrid.

JU. ¿Qué preso es éste?

MO. ¡A Tomar
parece.

JU. Quiero llegar,
que él es, sin duda. Advertid,
señores, que este es mi esclavo.

TOM. Señor, defendedme aquí.

AL. ¿Vuestro es este moro?

JU. Sí.
Con él de llegar acabo
de Sevilla en este punto.

AL. Prended a este ladrón.

JU. ¿Ladrón?

PLA. No habla sin razón.

JU. Señor, la razón pregunto.

MO. ¿Pues cómo con ese nombre
Madrid prende a un caballero?

AL. ¿Quién sois vos?

MO. Soy su escudero.

AL. ¡Oh ladrón! Asid a este hombre.

MO. ¿A mí? ¿Por qué?

AL. Los ladrones
de Sevilla.

MO. ¿Yo ladrón?

PLA. Quiéroos decir la razón,
señor, en breves razones.
Yo soy platero; llegó
este moro a que comprase
un diamante. Que no pase
con vida de aquí si yo
he visto cosa más rica.
Presúmese, con razón,
que es ladrón.

JU. ¿Por qué es ladrón?

PLA. Porque él mismo lo publica.

TOM. Señores, si le he traído
de mi tierra, ¿ladrón soy?

JU. Y yo, que sin culpa estoy,
ni lo he visto ni sabido,
¿Es bien, siendo caballero,
el pretenderme infamar?

AL. Ello se ha de averiguar.

MO. ¿Y qué debe el escudero?

AL. Todos estos son ladrones.

PLA. El hurto han hecho en Sevilla.

JU. ¿Qué alguacil sois?

AL. De la villa.

JU. ¡Perro infame, en qué me pones!

(Ruido de cárcel; tras él, dos presos, GARRIDO *y* CALANCHO.*)*

GARRIDO.

¿Recogen, por ventura, algún ganado?
Pues no han dado las cinco, ¡vive cribas!

CALANCHO.

El palo que levanta el sotalcaide
de las almas lo sea del infierno.

GARRIDO.

No lo hiciera en campaña, seor bravísimo;
que cuatro dedos menos de la hoja
le hiciera yo entender que es un gallina.

CALANCHO.

Paréceme que basta la mohína.
¿Tenemos qué cenar?

GARRIDO.

No me ha enviado
la socarrona Bilches un consuelo.
Pues saldremos de aquí, señora ninfa;
que yo la haré, para que sea más noble,
hija del Cid en cordobanes puros.
Oiga el bureo de ese calabozo.

CALANCHO.

Hay cena, hay plus, hay juego y hay retozo.

(Canten dentro con jira los músicos.)

MÚSICOS.

Cuantas veces me brindan
tus ojos bellos,
como son de pimienta
bebo con ellos.

MÚSICOS.

Mi forzado te dice
que no le sigo;
daré viento a las velas
con mis suspiros.

GARRIDO.

¡Brava jira y relincho! ¡Ay de los tristes
que sin cenar se acuestan esta noche!

(El ALCAIDE *dentro,* MOTRIL *y* TOMAR.)

ALCALDE.

Entren, acaben.

MOTRIL.

Poco a poco, espere,
que no es esta posada de codicia.

CALANCHO.

Gente nueva, Garrido. ¡Por San Junco!
no doy la cena ya por tres de a cuatro.

GARRIDO.

No hay que desconfiar de cena alguna.

TOMAR.

Mirad a qué me trajo mi fortuna.

CALANCHO.

¿Qué gente?

TOMAR.

¿Aún esto más?

MOTRIL.

Gente «non sancta»,
pues anda a tales horas estaciones;
que estuvieran mejor en la posada.

CALANCHO.

¿Lacayito?

MOTRIL.

A servicio de los buenos;
alegre soy y compañero. ¿Hay algo
que podamos cenar?

CAL.

¡Qué lindo cuento!
¿Y él quién es?

TOMAR.

Un esclavo.

GARRIDO.

El dueño diga.

TOMAR.

El tiempo, y la fortuna mi enemiga.

CALANCHO.

Yo no como de tiempos, ni fortunas
del Rey Felipe soy, y rematado
para servirle de escribano público
en las gurapas del señor don Pedro;
saquen dinero y a placer se cene.

TOMAR.

Por ese nombre, que yo estimo tanto,
les doy este doblón.

CAL.

¡Oh moro santo!
Digo santo si acaso te bautizas.

TOMAR.

¡Pluguiese a Dios!

MOTRIL.

¿Doblón, Tomar, tenías
y vendías diamante?

TOMAR.

Por llevarle
a mi señora diez o doce piezas
de ricas telas y otras cosas tales.

CALANCHO.

El es doblón, no hay que ponerle el diente,
los de la boca se ejerciten luego;
pártase un malandrín por dos gallinas,
traiga de pío de la media capa
catorce azumbres y el esclavo ¡Víctor!

TOMAR.

¿En hombros me tomáis?

CAL.

Dinos tu nombre.

TOMAR.

Tomar.

CAL.

Tomar, de hoy más el dar te llama;
Rey eres esta noche.

TOMAR.

Y muchas fuera
si el Rey de España no me enamorara.

CAL.

Rey eres de la cárcel de esta villa.

TOMAR.

Esa será la octava maravilla.

ACTO TERCERO
DE LA OCTAVA MARAVILLA

(Salgan DON PEDRO, GINÉS *y* CARRIZO.)

PEDRO.

Seis meses han tardado, como digo,
y en ellos he intentado que doña Ana
volviese a hacer, Ginés, paces conmigo;
mas cuando ya su condición tirana
lo que debe a mujer iba compliendo,
a quien el ruego vuelve siempre humana,
llegaron cartas, y imposible emprendo,
que don Juan en la corte preso estaba,
y el tío ir a librarle preveniendo.
Cuando ya cerca de su gracia andaba
la puso en un recluso monasterio
donde apenas el sol a verla entraba.

GINÉS.

¿Luego súpose allá todo el misterio
de la historia y la muerte de Gerardo
y de los dos se querelló Valerio?

PEDRO.

No fué por eso, que a su tiempo aguardo;
fué por ladrón.

GINÉS.

¿Ladrón don Juan?

PEDRO.

No creas
que lo fuera un hidalgo tan gallardo.
¿No viste un moro (si saber deseas
todo el suceso) que a don Juan servía,
de buenas manos aunque en esto feas?
Pues dicen que, entre algunas niñerías,
hurtó un diamante, que les ha costado
de prisión y cuidado muchos días,
aunque, en fin, se probó que no era hurtado,
pero con gran trabajo y diligencia
de su tío, en la corte acreditado.
Hoy iba al monasterio, sin paciencia,
y vi que hermano y tío la sacaban
alegres de acabar tan larga ausencia.

CARRIZO.

Si como seis o siete la llevaban
fueran don Juan y su valiente moro,
yo sé que en estas manos la dejaran.

PEDRO.

Eres muy bravo tú.

CARRIZO.

Celoso toro
no me igualara en ira.

PEDRO.

¿Y ciervo huyendo?

CARRIZO.

Cuando yo soy Roldán tú eres Medoro.

PEDRO.

Ya te vi peleando y resistiendo
cuando don Baltasar me acuchillaba
al soldadillo bravo.

CARRIZO.

Fuí temiendo
que te echaba a perder si le mataba,
y dábale de llano, aunque el grosero
de punta, como ingrato, me tiraba.

PEDRO.

No vuelve tanto atrás un cabestrero
como en esta ocasión el buen Carrizo.

CARRIZO.

Pues otra vez tú me verás tan fiero
que andemos por las cárceles.

GINÉS.

No hizo
sin mucho acuerdo el no matar el hombre.

CARRIZO.

Soy discreto y no soy arrojadizo.
¿Qué cosa más cruel que ver que asombre
cualquiera vara a quien no bastan ruegos
y que para temerla basta el nombre;
el calzar a un cristiano dos charniegos;
el hacerle acostar como gallina
y el sastre de papel cosiendo pliegos?
Más vale, aunque perdone la mohína,
dar de llano a un cristiano y retirarse.

PEDRO.

No es mala, por mi vida, la doctrina.
Vuesa merced procure consolarse,
y a doña Ana la lleve este billete.

CARRIZO.

¿Podré en su casa entrar?

PEDRO.

Aventurarse.

CARRIZO.

Digo que los daré de siete en siete.

PEDRO.

Pues sígame, que quiero hacerle escolta.

CARRIZO.

Hoy me pringa don Juan por alcahuete;
non ritorno con vita questa volta.

(Salgan DON JUAN, DOÑA ANA *y* DON BALTASAR.*)*

BAL. ¿Para qué es bueno encubrir
lo que ya todos sabemos?
JU. ¿Al enojo que traemos
este quieres añadir?
AN. Digo que es verdad que el moro
ese presente me dió.
BAL. ¿Pues cómo o de qué compró
tantas telas, piedras y oro?
AN. ¿Eso me dices a mí?
JU. Este perro ha de ser causa
de mi muerte.
BAL. Si el la causa,
venderle o echarle de aquí.
JU. ¿No me basta la prisión
que tuve por el diamante?
BAL. No hay cosa que más me espante;
o es hechicero o ladrón.
JU. Ladrón, no; mas hechicero...
AN. Si veis lo que me ha traído,
más pena os dará.
BAL. Yo he sido
la culpa, venderle quiero.
JU. Vamos a ver el presente,
y entendamos el valor.
BAL. Vamos.
AN. ¡Qué necio rigor!
El moro es noble y valiente.
Y venderle es desatino;
porque si fuera ladrón,
supiérase en la prisión
de dónde el diamante vino.

(Salga el REY.*)*

TOM. Deseaba hallarte sola.
AN. Bien seas venido, Tomar.
TOM. Los pies te quiero besar,
honra y belleza española.
AN. Estoy muy agradecida
al presente.
TOM. Estaba loco
cuando te ofrecí tan poco;
mas no hay tesoro que mida
una rica voluntad.
AN. ¿Qué te ha parecido España?
TOM. Lo que he visto, cosa extraña
y de grande majestad.
¡Dichoso Rey!
AN. ¿Viste al Rey?
TOM. Y a sus plantas la fortuna
de la divina columna
de vuestra cristiana ley.
AN. ¿Viste la Reina?
TOM. Ya vi
la Margarita preciosa
y la sucesión hermosa,
que me dejó absorto allí.
Porque vi, señora, un coro
de ángeles, que hicieron cielo
el palacio, cuyo suelo
beso y, humillado, adoro.
Vi las damas, vi los grandes,
de quien ya nuevas tenía;
pero, porque no sabía
los títulos, como mandes
que de memoria los diga,
de ver tantos te holgarás.
AN. Quien eres descubres más.
TOM. Amor de España me obliga.
Dejando aparte los Grandes,
es el Conde de Saldaña,
sucesor del Infantado,
cifra de todas las gracias;
en ingenio y cortesía
ha dado el cielo a Canaria
un ilustre Adelantado.
AN. Mira que, si los alabas,
la relación será eterna.
TOM. Pues dejando su alabanza,
digo que estos son Marqueses
de Castilla, no de España;
que en Portugal y Aragón
te los contaré mañana:
Ayamonte, Villanueva,
Avilafuente, Velada,
Poza, Montesclaros, Carpio,

Cerralbo, Ardales, Viana,
Frómista, Moya, Alcalá,
Villamanrique, La Guardia,
Salinas de Río Pisuerga,
Almazán, Auñón, Algaba,
Alcañices, Mirabel,
el de Tábara, el de Navas,
Malpica, Villamizar,
Cañete, Mota, Berlanga,
Laguna, Estepa (1),
Caracena, Camarasa,
Cortes, Valle, Lanzarote,
Almenara, Loriana,
Fuentes y otros que se incluyen
entre los Grandes de España.

AN. ¿Y los Condes?

TOM. Medellín,
Altamira, Fuensaldaña,
Olivares, Nieva, Osorno,
Arcos, Priego, Castro y Palma,
Orgaz, Chinchón, Monterrey,
Puebla y Gelves, que Dios haya;
Salinas, Galve, Paredes,
Coruña, Villar, Barajas,
Santisteban, Montalbán,
Castellar, Villamediana,
Aguilar, Siruela, Oñate,
Casarrubios, Rivadavia,
Valencia, Grajal, Montijo,
Puñoenrostro, por las armas;
Villanueva de Cañedo,
Alcaudete, ilustre casa;
Villalonso, Villamor,
Mayalde, honor de su patria;
Salazar, Luna, Gomera
y Aramayona, en Vizcaya;
Fuensalida y Añover,
que la corte honrando estaban
con sus armas, con sus letras,
con sus gracias, con sus galas;
ya en fiestas y regocijos,
torneos, sortijas, cañas
y otros militares juegos.
Desde allí el capitán Vargas
quiso ver El Escorial,
vi su maravilla octava,
con que acabé de creer
lo que puede un Rey de España.
Luego fuimos a Toledo,
y tuve suspensa el alma
cuatro días en su iglesia;
y una Virgen que llamaban
del Sagrario; prometí,
un día que en unas andas
la llevaba un cardenal,
tomar del bautismo el agua.

AN. Entonces serás Tomar
si tomas agua de gracia.

TOM. Puse los ojos en ella
y pensé que me miraba;
temblé, temí, dije: «Reina,
no me habléis, mirarme basta,
vivís Vos, de ser cristiano
y hacer mi tierra cristiana».

AN. Mis brazos te quiero dar.

(Salgan DON BALTASAR *y* DON JUAN.)

MO. ¡Vive el cielo, que la abraza!

BAL. ¿Quieres que acabe con él?

JU. Espera, detén la daga.

BAL. Perro, ¿qué es esto?

TOM. Señor...

BAL. ¿Pues tú abrazas a tu ama?

AN. Yo le abracé, y con razón.

JU. ¿Tú a un esclavo? ¿Por qué causa?

AN. Porque dijo que quería
ser cristiano.

BAL. Allí te aparta.
Perro, esta daga que ves
te pasará las entrañas
si no dices quién te ha dado
joyas y riquezas tantas.

JU. Tomar, cuando de mi tío,
el capitán, libre salgas,
con este acero que miras
tengo de sacarte el alma.
¿De qué tienes estas joyas?

TOM. Quedo, señores, que basta
mandármelo como dueños.

BAL. Di la verdad.

TO. Oigan.

JU. Habla.

TOM. No caéis en que soy noble;
pues sabed que vine a España
sólo por ver a su Rey
y esta maravilla octava;
veinte navíos traía,
que si a sus puertos llegaran,
no pudiera hacer presente
de mayor riqueza Arabia.
Perdílos junto a las islas
que ahora llamáis Canarias,
Fortunadas los antiguos
y para mí infortunadas.

(1) Falta el título que había de completar el verso.

Salí en una tabla, y traje
debajo de una casaca
cien diamantes, mil escudos.
¿Qué os admira? ¿Qué os espanta?
El Rey de Bengala soy:
yo soy el Rey de Bengala.

BAL. ¿Qué dices?

TOM. Esto que escuchas.

JU. ¿Qué dices?

TO. Que si te embarcas
conmigo, te daré un reino
y que haré Reina a tu hermana.

BAL. Este hombre es hechicero.

TOM. ¿Mis partes vuestra ignorancia
no alumbra de que soy Rey?

JU. El me ha dejado sin habla.
Hermana, ¿qué dices de esto?

AN. Que sois de la sangre infamia
que tenéis, si no probáis
una ventura tan alta.

BAL. Cuadrado le ha lo de Reina.

JU. Presto la mujer se engaña.

TOM. Este es engaño, tomad
una cadena pesada,
herradme, echadme con ella
donde una nave se lastra,
y si en Bengala no fuere
verdad que su Rey le falta
y que yo soy, a la mar
me arrojaréis en su playa.

BAL. Rey: si eres Rey, yo soy hombre
que a mi Rey serví en Granada
de catorce años no más
y ceñí de trece espada.
Tres veces corrí las Indias,
Flandes, Francia y Alemania;
intentaré por valor
ir hasta la Scitia helada.
Di la verdad.

TOM. Verdad digo.

JU. No acierto a hablarla palabra.
Escribamos esto al Rey,
que si acaso se cristiana,
nos hará merced.

BAL. Yo tengo
la mira, don Juan, más alta.
Primero que se averigüe,
serán ceniza estas canas.
Tu hermana es hija, ya sabes,
de tu padre y de una esclava:
hazla de Bengala reina.

TOM. Si vais conmigo a Bengala,
yo haré que a España traigáis
diez navíos de oro y plata.

(Salga MOTRIL.*)*

MO. Señores, ¿qué hacéis aquí?
Tratando están, en la Plaza
de San Francisco, prenderos.

JU. ¿Es este moro la causa?

MO. No; sino que es muerto...

JU. ¿Quién?

MO. Gerardo y Valerio daba
querella y información
contra don Juan y doña Ana,
el capitán y este moro,
y aún me meten en la danza.

BAL. Por esta puerta del huerto
nos saldremos a Tablada.

JU. Vámonos a Cádiz luego.

BAL. Acertarás si te embarcas
adonde dice este moro.

TOM. ¿Qué teméis?

JU. Dinero falta.

TOM. Yo os daré tres mil escudos.

JU. Pensarémoslo.

BAL. Si aguardas
a pensarlo...

JU. Pues camina.
Tú, Motril, quédate en casa
a poner en cobro a Inés
y lo que es más de importancia.

MO. Id presto, que hay gran peligro.

TOM. Virgen de Toledo santa:
si a Bengala llego vivo,
yo os haré un templo de plata.

(Váyanse todos.)

MO. Con temor quedo, ¡por Dios!

(Salga CARRIZO.*)*

CARR. Temblando llego a esta casa.

MO. ¿Quién va?

CARR. Sin duda es Motril.
¿Mas qué tenemos mostaza?
Sabiendo que vilancé
a peligro en corte estaba,
de no sé qué pesadumbre
que viene por las espaldas;
que aunque es de calor, comienza
como frío de cuartana,
vengo a darle el parabién
con toda amistad y gracia.

MO. Si viene vuesa merced
con mal hígado a probarme,
sabré de todo guardarme.

CAR. Vengo a recibir merced
de un hombre tan valeroso;
y quiero que a beber vamos,
y luego a un barco con ramos,
donde hay más de un rostro hermoso
y alguna que suspirando
preguntó por vilancé.
MO. Soy suyo, y digo que iré,
por quien lo manda, rodando.
CAR. Encaje.
MO. Encaje los diez.
CAR. Los dos a otros dos.
MO. Si son
dos azumbres y un jamón.

(Salgan un ALGUACIL, ESCRIBANO *y gente.)*

ALG. Esto me manda el juez.
Téngase al Rey.
CAR. ¿Qué es aquesto?
MO. No hay como el Rey, tenedor.
ALG. Asid éstos.
CAR. ¿Yo, señor?
ALG. ¡Ea, maniatadles presto!
CAR. ¿Pues ya me has desconocido?
ALG. Así, aqueste es mi criado;
soltadle, que es hombre honrado
y dos años me ha servido.
Estotro, ¿quién es?
CAR. Motril,
un pícaro cicatero,
alcagüetillo, landrero,
entre rufián y mandil.
Ha estado en la Corte preso
por ladrón.
MO. ¡Qué buen amigo!
Pues, soplón, guarda postigo,
¿tú me engañabas con éso?
ALG. Carrizo le tenga aquí
y recorramos la casa.
Asle bien.
MO. ¡Que aquesto pasa!

(Entrense.)

CAR. Vengarme pienso de ti.
MO. Señor Carrizo, hoy es día
de piedad; soltarme puede,
para que obligado quede
por toda la vida mía.
¿De qué sirve ver remar
a un hombre hidalgo?
CAR. Motril:
mi amo es este alguacil,
ya no lo puedo excusar.
Yo vine a ser alcagüete,
con un papel que traía;
quiso la ventura mía
de mejorarme a corchete,
y tengo de hacer mi oficio.
MO. ¡Pues, tome!
CAR. ¡Muerto soy! ¡Ay!

(Dale con el dedo y salgan todos.)

¡Ay, que me ha muerto!
ALG. ¿Qué hay?
CAR. ¡Qué peligroso ejercicio!
ALG. ¿Cómo?
CAR. Metióme en el pecho
uno de cachas pajizas.
ALG. Harto bien lo solemnizas.
ESC. Muestra.
CAR. Todo estoy deshecho.
¡Confi... Confi...!
ESC. Si no tienes
más mal, aquí bueno estás.
ALG. Es verdad. ¿Hiriróte más?
CAR. No.
ALG. ¿Pues a engañarnos vienes
con tretas, y por dineros
sueltas los presos? ¡Picaño!
CAR Qué, en fin: ¿no me ha hecho daño?
Esperen veránme en cueros.
ALG. El verdugo le verá.
Asidle, tirad con él.
CAR. Pues de un golpe tan cruel
sano todo el pecho está,
sin duda debió de darme
con el dedo, el bellacón.
¡Confi... confi... confisión!
ALG. En éste pienso vengarme.

(Váyanse y entren cuatro turcos, las espadas desnudas y el BAJÁ OZMÍN, *huyendo dellos.)*

OZ. Si es muerto el Rey, ¿qué razón
os obliga a darme muerte?
JAC. Ver tu soberbia ambición.
OZ. ¿Cuál de vosotros me advierte
que tiene mayor acción?
Dos navíos se escaparon,
que a nuestro reino volvieron,
que a voces os informaron
que los demás perecieron
y ellos solos se salvaron.
El Rey muerto, yo he quedado
por el pariente mayor:
si dél he sido estimado,
pues fuí su gobernador.

¿Qué más claro y más probado?
¿Cómo me podéis quitar
la corona que merezco?

(Sale la infanta BRISEYDA.*)*

BRI. ¡Apartad, haced lugar!
¿Qué es esto?
OZ. El cuello te ofrezco;
hoy me le puedes cortar.
BRI. ¿Por qué, Ozmín?
OZ. Porque he pro-
en Consejo, que me toca [puesto
el reino.
ZAYDÁN. También se ha puesto,
como rey, la verde toca,
y della salió compuesto.
BRI. Mal hizo Ozmín; pero oíd:
Muerto mi hermano Tomar,
¿cuyo es el reino? Decid.
JAC. Tuyo.
BRI. ¿Puédole yo dar?
JAC. ¿Pues no?, si es tuyo.
BRI. Advertid.
¿No he de casarme?
ZAY. Y te ruega
el reino aceptes marido.
BRI. ¿Bajá?
OZ. ¿Infanta?
BRI. A mí te llega.
Tú eres mi esposo, y te pido
la mano.
ZAY. Su amor te ciega.
Mas mira que no es razón.
BRI. ¿Qué más razón que mi gusto?
Si esto ha de ser mi elección,
lo que es mi gusto, eso es justo.
ZAY. No hay justicia si hay pasión.
BRI. ¿Quién de vosotros le iguala?
JAC. El Bajá es gran caballero;
mas tuviéramos por gala
mandarnos un extranjero
y no nacido en Bengala.
BRI. Otros reinos se han quejado
desto mismo que pedís.
JAC. Pues mucho se han engañado.
BRI. En cuanto dél me decís,
lleváis consejo engañado.
Hincad luego la rodilla,
o haré que un verdugo venga,
que hiriendo con la cuchilla
la cerviz que no se humilla,
la boca por suelo tenga.
¡Ea, villanos! ¿Qué es esto?
JAC. ¿Sabes quién somos?
BRI. Llamad
la guarda.
JAF. Enójaste presto.
BRI. Luego la rodilla hincad.
JAC. ¿Aquí, luego?
BRI. En este puesto.
JAC. Dame tu mano.
JAF. Y a mí.
ZAY. Y a mí, pues Briseida gusta
que nos mandes.
OZ. Y si aquí
no os parece cosa justa,
tomad armas contra mí.
Hombre soy que haré poner
a quien en esto replica,
la cabeza en una pica.
JAC. Mercedes nos has de hacer:
esto el reino te suplica.
BRI. Eso bien: hazles mercedes.
OZ. Tú sola, Briseida, puedes.
BRI. Pues gobierne a Satigán,
Jacimin; que tú, Zaydán,
es justo que aquí te quedes
por capitán de la guarda
del Gange, y podrá Jafer
ser soldán de Fesinarda.
ZAY. A tan noble proceder,
mayor corona le aguarda.
Sentaos, que hay mil extranjeros
que por el Gange contratan
y os quieren ver.
OZ. Caballeros,
sentaos.
JAF. Dos fénix retratan.
BRI. Decid que entren los primeros.
ZAY. Españoles hay aquí.
BRI. ¿Qué nación?
ZAY. Son portugueses.
BRI. ¿Contratan?
ZAY. Señora, sí.

(Portugueses y portuguesas con instrumentos. CARAVALLO *y* MENESES.*)*

CAR. Id por diante, Meneses,
que cuido que os Reyes vi.
ME. Eles saon, naon dubidéis.
OZ. Españoles, ¿qué queréis?
ME. Somos unos mercadores,
y somos dos más millores (1)
que en Bengala visto habéis.

(1) En el original, «millones», por errata.

Jengibre, cravo e canela
contratamos, que produce
o Gange na sua terra bella;
e como a paz vos reduce
casarvos con tal estrella,
venimos con un presente
a celebrar vosas bodas.

OZ. Dadles paso libremente.

BRI. ¿Qué traéis?

ME. Das cosas todas
naon vistas de voso Oriente.
Nestos cofres as veréis
e porque para Tomar,
a quien ogi socedéis,
que lo gustaba de ollar
e bein que tambein le olléis;
o retrato vos daremos
do felice Rey de España,
que todos obedecemos.

(Un retrato del rey FELIPE TERCERO.*)*

OZ. Mostrad.

BRI. Majestad extraña!

CAR. Dos mundos tein por extremos
la virtud que en elle véis.

OZ. En mi dosel le colgad.

BRI. Mi palacio honrado habéis.

OZ. Cuanto pidieras les dad.

ME. Bein justo honor le facéis.

BRI. ¿Qué es tan gallardo mancebo?

OZ. Es Alejandro español,
y está más alto que Febo.

BRI. Ponedle a los pies un sol,
pues pisa otro mundo nuevo.

CAR. ¡Ea!, Constanza, tocay;
vos, Meneses, folijay.

ME. ¡Ea!, Carvallo; ¡ea!, Brito.

CAR. Eu me morro.

M. Eu me derrito.

ME. Pues ¡hela, vay!

CAR. ¡Hela, vay!

Dancen esto entre seis; tres portugueses y tres portuguesas.)

«Menina fermosa e crúa,
bein sei eu
quein dexara de ser seu
si vos quicereis ser súa.»

(Una voz sola.)

«Menina mais que na idade
se para me querer bem,
vos nam vejo ter vontade,
é porque outrem volá tem.
Témvola e fárvola crúa
por en em.
Ya tomara naom ser meu
se vos naom forais tan súa.»

OZ. Por buen principio he tenido
de mi cetro el ver que ha sido
de españoles celebrado
y haberme en retrato honrado
Rey tan amado y temido.
Denles una nave.

CAR. ¿Enteira?

OZ. De azúcar, jengibre y clavo.

ME. ¿Qué mais, Carvallo, dixeira
noso Rey?

CAR. Muito le alabo,
ao magno Alexandro cheira.

CANTEN. «Menina fermosa e crúa
bem sei eu,
queim dexara de ser seu
se vos quicerais ser súa.»

(Con un baile se entren.)

BRI. Mil cosas tengo que hablarte
en razón de tu defensa.

OZ. Yo por otras mil que amarte,
que es obligación inmensa
y es imposible pagarte.

BRI. Vamos adonde te vea
la ciudad.

OZ. Yo haré que crea
que éstos le han tratado engaños
contra mí.

BRI. ¡Vivas los años
que tu esclava te desea!

(Váyanse y entren el CAPITÁN *y* DON JUAN, TOMAR MOTRIL *y* DOÑA ANA.*)*

BAL. ¡Próspera navegación!

TOM. Tal ángel en ella vienes.

JU. Este es el Gange.

TOM. Estos son
todos los puertos que tiene
de tanta contratación;
aquí, por especiería,
el mundo todo contrata,
que el Gange en sus campos cría,
y así enriquecen de plata
el reino y la renta mía.

AN. No he visto fertilidad
tan notable.

BAL. La ciudad
es grande y de hermosa vista.

TOM. Cuando en su palacio asista,
veréis mayor majestad.
JU. Toma el hábito decente,
gran señor, a tu corona.
TOM. Hasta que ciña mi frente,
don Juan, para mi persona
es este el más conveniente.
BAL. ¿Pues cómo piensas entrar
para decir que has llegado?
TOM. De noche quiero llegar,
después de estar informado
de lo que hay en tierra y mar.
AN. Vaya Motril a saber
el estado de tus cosas.
MO. ¿Yo, señor?
BAL. ¿Hay qué temer?
TOM. Las guardas son belicosas,
y, en fin, guardas, hasta ver
cédula o salvoconducto.
MO. La vida, por Dios, me dieras,
no salgo del mar enjuto
y ya con sangre me alteras.
TOM. Aquí se paga un tributo
y se muestran los papeles.
BAL. ¿Pues qué consejo tomamos?
JU. Tú siempre dárnosle sueles.
BAL. En algún peligro estamos;
moros nunca son fieles;
que yo pensé que este día
desembarcara Tomar
con salva y con alegría.
AN. Toda me has hecho temblar.
TOM. Ya dudan la verdad mía.
BAL. Motril se vista de moro
y entre en la ciudad a ver
si este es rey.
MO. La lengua ignoro.
AN. Tomar, ¿qué es esto?
TO. Es querer
entrar con mayor decoro.
Vístase con mucha gala
en el traje de Bengala
Motril e infórmese bien.
MO. ¿Tú lo aconsejas también?
JU. ¿Qué pena a la nuestra iguala?
Tomar, si eres Rey, ¿qué dudas?
TOM. Tengo no sé qué recelos.
Parte y vístete.
AN. ¿Si mudas,
fortuna, el rostro?
MO. Los cielos
me ayuden.
TO. Como tú acudas
donde están los forasteros,
que es lonja de la ciudad,
sabrás lo que hay.
MO. Los primeros
me degüellan.
JU. No hay verdad
entre estos bárbaros fieros.
Triste se ha puesto y mohíno.

(Váyase MOTRIL, *y salgan los portugueses.)*

CAR. Acosta o barco, patrón.
BAL. Estos portugueses son,
que ya aprestan su camino.
ME. ¡Oh qué boa virazón!
AN. Españoles portugueses
que ya deste reino os vais,
¿quién reina en él?
ME. Castillana,
taon longe vinda a este mar,
reina Ozmín, que de o Rey morto
fuí notros tempos Bajá,
e casado con Briseyda,
de quien foy irmaon Tomar.
Entray na bella cuidade
que os sabrán agasallar,
que ser amado deseja
e muitas mercedes faz.
Acosta o barco, patife.
AN. ¿Qué tengo más que esperar?
CAR. ¡Bon viajem, bon viajem.
Deus me leve a Portugal!
AN. ¿Habéislo todos oído?
JU. ¿Qué es esto, Tomar?
TO. Don Juan,
estos recelos tenía
cuando dilataba entrar.
BAL. ¿Cómo nos has engañado,
perro?
TO. ¡Paso, capitán!;
que soy el Rey de esta tierra.
BAL. ¡Que talle de majestad,
vive Dios!
TOM. ¡Paso otra vez!;
que os haré luego cortar
la cabeza.
BAL. Bien merezco
ese castigo ejemplar
por haber hecho venir,
por codicia, donde están
una mujer inocente
y una caballero leal.
JU. Quien se fió de un esclavo,
esto merece y aun más.

TO. Don Juan, si el esclavo es rey,
muy bien se pudo fiar;
y advierte que allá fuí esclavo,
pero que soy rey acá.
AN. ¿Tú rey?
TO. Si por muerto tienen
a Tomar, y soy Tomar,
¿qué mucho que un Bajá mío
y capitán general,
casándose con mi hermana,
reine?
BAL. Si fuese verdad
que eres tú el Rey, en los tres
qué miras tal valor hay
que te cobraran el reino.
TO. Presto os podréis informar.
Pero entretanto que el huésped
más información nos da,
escondidos estaremos.
JU. Animo, don Baltasar,
que grandes cosas no cuestan
poco.
BAL. Ayuda nos dan
algunos amigos suyos.
TOM. De todo el mundo a pesar,
Tomar ha de ser Felipe
y entrar por esta ciudad;
doña Ana y él coronados
desde Bengala al Catay.

(Váyanse, y entren OZMIN, BRISEYDA *y moros que acompañen.)*

BRI. Bien, toma el reino que seas.
generoso Ozmín, su rey.
OZ. Tienen tu gusto por ley
y el ver que mi bien deseas.
Harto contento estuviera
a no haberme apasionado
mis sabios, que han inventado
una espantosa quimera.
Dicen que el haber traído,
cuando tú me coronaste
y de aquel cetro me honraste,
ya de mi amor merecido,
el retrato singular
del Rey de España Felipe
y hacerle que participe
en nuestro dosel lugar,
significa que muy presto
el Rey Felipe vendrá
y el cetro me quitará
ocupando el mismo puesto.
BRI. ¿El Rey Felipe, que vive
en España, ha de venir
a Bengala y residir
en ella cuando te prive?
¿Pues cómo puede dejar
tantos reinos por el tuyo?
Mira que el intento suyo
sólo es quererte avisar
que algún capitán, de aquellos
que tiembla el mundo su espada,
vendrá con alguna armada,
para que te guardes de ellos.
OZM. Rey, dicen, con su mujer.
BRI. ¿Con su mujer Rey Felipe
que a sus reinos anticipe
este de menos poder?
Hombres tiene el Rey de España;
un Marqués de Santacruz,
sol del mar, del mundo luz,
podrá emprender esta hazaña;
un don Pedro de Toledo,
un Conde de Niebla, sí.

(MOTRIL, *de moro, graciosamente vestido.)*

MO. ¿Adónde voy por aquí
medio moro y todo miedo?
Así el huésped me vistió
para salir de esta mengua;
pero no me dió la lengua,
sólo el vestido me dió.
A lo que voy conociendo,
el bellaco de Tomar
muy bien nos supo engañar,
y ahora se está riyendo.
Cuán mejor me hubiera sido
ir a la cárcel sin miedo
y no con el propio dedo
haber a Carrizo herido.
Hasta Cádiz caminé
con diligencia notable,
y a la muerte miserable
con mis amos me embarqué.
¡Brava gente viene aquí!
Ya no me puedo esconder.
Si me ven, ¿qué puedo hacer?
BRI. ¿Qué forastero está allí?
ZAY. ¡Hola! ¿No ves quién te mira?
Llega, pon la boca en tierra.
MO. No ser moro, que andar guerra,
ni que venir con mentira.
ZAY. Mira que es el Rey, villano.
MO. El diablo me trajo acá.
OZM. ¿Eres extranjero?
MO. Hay ha,

y, aunque moro, bon crestiano.
BRI. ¿De qué nación?
MO. ¿Qué diré?
Vizcaíno estar, señor.
BRI. ¿Cómo?
MO. ¡Qué notable error!
En España me crié,
aunque soy moro.
BRI. ¿En España
hay moros?
MO. ¡Qué confusión!
OZ. Sí, desde su perdición
de la Cava, infame hazaña,
que aunque los echaron de ella
son reliquias de Granada.
BRI. No digan que está ganada
mientras hay moros en ella.
MO. Yo tener poco que hacer,
so merced dejar andar.
OZ. Tengo que te preguntar
de España.
MO. Hoy me han de coger.
OZ. Dime tu nombre, español.
MO. El moro Motril me llamo,
que ayer llegué con mi amo
casi a la puesta del sol.
(Pienso que me descuidé.)—
Sol posto llegar hayhá.
OZ. ¿Tu amo en mi tierra está?
¿Quién es?
MO. Aquí me anegué.
Llamar don Juan de Arellano.
OZ. ¿Es cristiano ese don Juan?
MO. Y su tío el capitán
estar también bon cristiano.
Don Ana venir casada
con Tomar.
BR. ¿Cómo Tomar?
MO. No, no, que Felipe estar
en tomar agua sagrada.
OZ. ¿Sí es Tomar, tu hermano, vivo?—
Moro, ¿qué dices? ¿Tú eres
cristiano? Engañarme quieres.
¡Oh perro, infame cautivo!
¡Habla, perro! ¿eres cristiano?
MO. Sí, por la gracia de Dios,
y también lo son los dos
y doña Ana de Arellano.
BRIS. ¿Qué doña Ana? ¿Qué don Juan?
¿Qué Tomar?
MO. El Rey.
OZ. ¿Es vivo?
MO. A España llegó cautivo
de un valiente capitán,
y allá, diciendo quién es,
viene, casado, a reinar,
ayudando el cielo, el mar
y su fortuna a los tres.
No soy moro, soy lacayo
de Sevilla, y natural
de Motril; en su arenal
fuí pescador más de un mayo.
Por engaño me han traído,
que diz que he de ser Bajá;
mas, según he visto acá,
no Bajá, badajo he sido.
Orilla del Gange están,
que esta ciudad honra y baña.
OZ. Vino el Felipe de España,
no fué mentira, Zaydán.
¿Qué haremos?
ZAY. Prenderle luego.

(Vayase ZAIDÁN.*)*

BRI. Y a cuantos vienen con él.
OZ. Ve por ellos y por él;
estoy de cólera ciego.
MO. Bien hace tu majestad.
Préndanlos luego, examina
quién son. ¡Hola, tú, camina
sin alterar la ciudad!
Perdido de enojo estoy;
tus agravios considero.
OZ. Pareces mi consejero.
MO. Buenos consejos te doy.
OZ. No estoy, Briseyda, contento;
Perdido soy si es Tomar.
BRI. Hacerle luego matar
es el mejor pensamiento
y echar fama que es fingido
porque el reino no se altere.
MO. Si vuestra majestad quiere,
pues de Bajá estoy vestido,
que vaya a la ejecución,
aquí estoy a su servicio.
OZ. Perdiendo estoy el juicio;
matar al Rey es traición.
BRI. Ponle en prisión.
MO. Muy bien dice;
ponle en prisión.
OZ. Puede ser
que el reino venga a saber
mi fuerza y se escandalice.
MO. Puede ser, tiene razón
su majestad, no se haga.
OZ. No hay cosa que no me haga,

notable contradicción.
¿Pero quién te mete a ti
en hablar aquí?

MO. Si allá
me dicen que soy Bajá,
¿no tengo de hablar aquí?

OZ. Ahora bien, Briseyda, vamos
a hacer un breve consejo.

BRI. El reino en tus manos dejo.

MO. Todos, señor. le dejamos.

OZ. ¿Pues tú qué tienes aquí?

MO. ¿No sabes que soy Bajá?

OZ. Más yo, pues que bajo ya
del lugar donde nací.

(Vayanse, y salgan DON BALTASAR, DON JUAN, DOÑA ANA, *y el* REY *muy galán, cuanto pueda, de cristiano recién bautizado.)*

BALTASAR.

Para que todo a gusto te suceda
acertaste a tomar el agua santa
sin dilatarlo hasta tener el reino,
porque de Dios se toma el buen principio.

ANA.

El parabién te doy de Rey cristiano.

JUAN.

Y yo en nombre de España, cuyos brazos
te muestra abiertos.

TOMAR.

Ya que soy Felipe,
por devoción y amor del Rey de España,
glorioso de este nombre, y más glorioso
del que tengo, señores, de cristiano,
prometo de escribirle y despacharle,
lo más pronto que pueda, embajadores
para que desde allá me envíe Padres
que instruyan en la fe todos mis reinos,
como dicen que lo hace el Rey de Persia.
Vosotros, generosos caballeros,
tened ánimo ahora, que hoy es día
de mostrar el valor que influye España,
que yo, de sólo haber estado en ella,
traigo brío español y alma española,
pues a doña Ana por mi esposa traigo.

ANA.

Gran gente de armas suena.

BALTASAR.

¿Qué es aquesto?

TOMAR.

Si sabe el Rey, por dicha, que he venido...

(Salgan ZAYDA *y* SOLDADOS, *con arcabuces y alabardas.)*

ZAYDA.

Acometed por todas partes presto.

TOMAR.

Nadie se mueva, que os tengáis os pido.

ZAYDA.

¿Quién eres?

TOMAR.

Vuestro Rey, el pecho opuesto
a las traidoras armas que traído
habéis contra mi sangre y inocencia.

JAZ.

Del Rey parece el habla y la presencia.

ZAYDA.

El Rey viniera en nuestro traje moro;
ya es muerto el Rey Tomar.

TOMAR.

Yo soy cristiano;
Felipe soy, la ley de Cristo adoro:
poned en mí vuestra traidora mano;
yo he traído de España este tesoro.
Vasallos, ¿qué miráis?

ZAYDA.

¡Muera el tirano!

TOMAR.

¿Qué tirano?

JAZ.

El Bajá, pues que nos priva
del Rey que es natural.

TODOS.

¡Felipe viva!

TOMAR.

¿Sois mis vasallos?

TODOS.

Sí.

TOMAR.

Pues estos brazos
os doy a todos.

JAZ.

A palacio vamos
y hagamos los tiranos mil pedazos,
que al legítimo Rey sus reinos damos.

BALTASAR.

Ahora te daré dos mil abraos.

JUAN.

Seguros ya de tu grandeza estamos.

TOMAR.

Seguidme, y muera quien del reino priva
a vuestro Rey.

JAZ.

¡Felipe viva!

TODOS

¡Viva!

(Váyanse, y entren OZMIN, BRISEYDA, *y* MOTRIL.*)*

OZ. Preso le traerán ahora,
mi Briseyda, no te aflijas;
y una vez puesto en prisión,
no temas que nos persiga.
Por lo menos partiremos
los reinos.

BRI. La sanre mía
desestimo por tu amor;
a tanto tu amor me obliga.

MO. Si es bien hacer embajada,
mientras esto se averigua,
hágame su embajador
a mí vuestras señorías,
que tengo todas las partes
a embajador requisitas.
Soy en extremo discreto,
con prudencia y cortesía,
y aunque no sé muchas lenguas,
traigo un vino de Castilla
con que aprenderé en un hora
más que un papagayo en Indias.

BRI. ¿Son todos los españoles
como tú?

MO. Señora mía,
los españoles de veras
si como Luzbel la silla
poner intentó en el cielo
se le antojara en Turquía,
le ayudaran españoles;
pero hay español salchicha,
que es de carnes diferentes,
y éste es gavilán de día
y lechuza en siendo noche.

OZ. No hay burlas para desdichas.
Gente de guerra es aquesta.

BRI. Cajas suenan.

OZ. Tanta grita,
¿más es que prisión del Rey.

DENT. ¡Muera Ozmín, Felipe viva!

OZ. ¿Muera Ozmín?

BRI. Viva Felipe
dice.

MO. Cosa que me embista
algún moro por la ropa.
¡Afuera, almalafa rica!

(Desnúdase.)

¡Afuera, bonete y todo!
¡Hola! Denme una camisa;
dame gorra con airones,
dame capa guarnecida.
¡Hola! Dame calza de obra,
coleto y broche de alquimia,
hazme lámpara este pecho
con cuatro o seis cadenillas.
Cristiano soy, venga el diablo.

DENT. ¡Muera Ozmín, Felipe viva!

MO. ¿Quién es aquí celemín?

OZ. Yo soy.

MO. Las puertas derriban;
arrimáos a aquel dosel,
que yo haré que vuestras vidas
estén seguras.

BRI. Ya llegan.

MO. Del mismo Orlando te fías.

(El REY *y todos, con armas.)*

TO. ¿Adónde están los traidores?

MO. Detente. ¿Dónde caminas?

TO. ¿Quién eres tú?

MO, No ha media hora
que era Bajá de Bujía
y ya soy Emperador.

TOM. ¿De quién?

MO. El quién se me olvida,
de Celemín y Viruela.

TO. ¿Ozmín y Briseyda?

MO. Escriban
sus nombres para otra vez.

TO. ¿Qué dicen?

MO. Que los castigas
sin culpa, pues siendo muerto,
reinaban hasta que vivas;
vives, no quieren reinar.
Pero si en ofensas miras,
advierte que eres cristiano
y que es ley muy recibida
entre ellos que si algún reo,
aunque haya sido homicida,
se ampara de algún señor,
no le prenda la justicia.

TO. Pues de qué señor se amparan?

MO. Alza los ojos arriba

y mira que es Rey de España
a cuya sombra se arriman.

TO. ¡Cielos, este es su retrato!
A qué buen tiempo me avisan.
Perdonad, gran Rey de España:
yo les perdono las vidas.

OZ. Los dos besamos tus pies.

TO. Bajá, a mi esposa te humilla,
que ya es Reina de Bengala.

OZ. Vuestra esposa es Reina mía.

BRI. Dádnoslos a todos, Reina.

AN. De mis brazos sois más digna,
por señora y por hermosa.

TOM. Don Juan, esta tierra es mía;
capitán, los dos seréis
por quien me gobierne y rija.
Si os queréis volver a España,
cargad oro y piedras finas,
dejadme pobre.

BA. Señor,
tu voluntad siempre es rica.

JU. El tratamiento perdona,
Rey.

TO. Eso quiero que digas
al senado, dando fin
a *La Octava Maravilla*.

FIN DE LA COMEDIA DE LA OCTAVA MARAVILLA

COMEDIA FAMOSA

DEL

PADRINO DESPOSADO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DON GARCÍA.
El DUQUE.
DOÑA MARÍA.
DOÑA INÉS.
El CONDE DON PEDRO.
DON LUIS.
DON ANTONIO.
El REY DE ARAGÓN.
DON FERNANDO.
DON RAMIRO.
DON RODRIGO.
ARGOLÁN, *moro, Rey de Alcalá.*
ZULEMA, *su criado.*
MARCELO, *paje del Conde.*
JULIO, *paje.*

JORNADA PRIMERA

(Salen DOÑA INÉS *y* DOÑA MARÍA *huyendo, y* ARGOLÁN *tras ellas.)*

D.ª MAR. Da voces a nuestra gente.
D.ª INÉ. Con el espanto no puedo.
ARG. Angel cristiano, detente.
D.ª MAR. Qué, ¿tan cerca de Toledo
vive este moro insolente?
D.ª INÉ. Este es, sin duda, Argolán.
D.ª MAR. Criados del Duque están,
doña Inés, sobre el balcón.

(Entranse las dos y súbense sobre el balcón, y llega ARGOLÁN.)

ARG. Que perdí tal ocasión,
reniego de mi Alcorán.
En la casa de la huerta
se me han puesto mis dos soles.
Ojos, vuestra noche es cierta;
pero no con arreboles,
sino de nubes cubierta.
También lloverá, amor ciego,
también será cierto luego.
Ojos, convertíos en mar,
que sólo tanto llorar
apagará vuestro fuego.
Mas anochézcame aquí,
pues ya no hay bien para mí
con esta muerte inhumana.

(Asómanse las dos al balcón.)

INÉ. Allega y verásle, hermana.
MAR. ¿Pues está en la huerta?
INÉ. Sí.
MAR. ¿Hay atrevimiento igual?
Mátenle luego; aunque es tal,
que es bien que muerte le den,
por saber que quiere bien
no puedo quererle mal.
ARG. A la ventana se han puesto.
MAR. Si él no habla algarabía,
le doy un favor honesto.
ARG. Presto me amanece el día,
pasóse la noche presto.
MAR. ¡Ah, señor moro galán!
ARG. Vuestro, aunque galán no soy.
MAR. ¿Sois por ventura Argolán?
ARG. Soy el que siguiendo os voy
y a quien ese nombre dan.
Y con más gloria que Apolo,
bella Dafnes española,
gloria y luz de nuestro polo,
que él siguió una Dafnes sola
y yo sigo dos, y solo.
Y si en mi esperanza muerta
viendo vuestra gloria incierta
huyendo tras ella vais,
plegue al cielo que os volváis
los laureles de esta huerta.
INÉ. No sólo la lengua sabe,
sino de historias también.
MAR. Talle tiene de hombre grave.
¿Queréis entrar acá?
ARG. ¿Hay llave?
Ya se me ablanda, ¡qué bien!
MAR. ¿Para qué?
ARG. Para cerrar,
en entrando, y castigar
mi atrevimiento y deseo.

MAR. Aun de escarmentado creo,
moro, que debéis de hablar;
que estas son señales ciertas
de lazo y redes cubiertas.
ARG. Sí, que dicen los cristianos
que bien empleáis las manos
cogiendo un galgo entre puertas.
MAR. No es necio
ARG. Pues yo os prometo,
si me dais la entrada llana,
que esos del cruzado peto
me huigan por la ventana
si por la puerta acometo.
Que, cual pólvora que toca
la bala con fuerte son
cuando a salir la provoca,
será la puerta el fogón
y la ventana la boca.
MAR. ¡Bravo morazo!
INÉ. Insolente.
MAR. ¿Sabéis que hay honrada gente
en esta casa de campo?
ARG. Si en ella la planta estampo,
pienso el peligro presente,
pero, como en coso el toro,
nunca he visto el rostro al miedo;
que por ver ese que adoro
vengo al día a Toledo
dos veces, a fe de moro.
MAR. ¿Y solo?
ARG. ¡Ah, pese a Mahoma!
INÉ. Rabia de enojo que toma.
MAR. Hace su oficio.
ARG. No rabio,
pero muerdo con agravio.
MAR. Bravo perro.
ARG. Leones doma.
MAR. ¿Tan presto el sol de un alarde
sonase aquí?
ARG. ¿Soy cobarde
si llego hasta vuestra puerta?
INÉ. Buena está ahora la huerta.
ARG. ¿Cómo?
INÉ. Hay perro que la guarde.
ARG. No guardo sino el ganado
de dos ovejas.
INÉ. El lobo
en perro se ha transformado.
ARG. Cual león intentó el lobo,
y por dicha coronado.
MAR. ¿Sabéis quién somos las dos?
ARG. Sois dos milagros de Dios,
dos soles y dos Mahomas.
MAR. ¿Cómo el camino no tomas?
ARG. Mal podré, mi bien, sin vos.
MAR. Que todavía nos ladre.
ARG. El Duque gobernador
de Castilla es vuestro padre,
y de España, lo mejor,
la Duquesa, vuestra madre.
A vos os llaman María,
e Inés quien con vos está.
MAR. ¿Oís?
INÉ. ¡Bien, por vida mía!
ARG. Mas yo soy Rey de Alcalá
y sol de morisco día.
Y cuando para hacer guerra
limpia lanza, yegua hierra
Argolán el andaluz,
vase al cielo vuestra cruz,
que no me aguarda en la tierra.
Que esa vega en que se trata
hincho de moros gazules,
de marlotas de escarlata
y de banderas azules
llenas de lunas de plata.
Mis caballos cuando bajo
a hacer vuestro Rey huir
con no pequeño trabajo,
paciendo en Guadalquivir
les hago beber el Tajo.
Finalmente...
MAR. No habléis, no,
moro fanfarrón. ¡Ay!
INÉ. ¿Qué?
MAR. Un guante se me cayó.
ARG. No importa, yo le alzaré
y defenderéle yo;
ocasión se me ha ofrecido,
cobradle.
MAR. Moro atrevido,
arroja el guante al balcón.
ARG. Mal sabes la condición
del Rey de Alcalá ofendido.
No tiene el mundo poder,
ni treinta mundos que hubiera,
para hacérmelo volver:
¡oh prenda de aquella fiera,
angel, cristiana y mujer.
Consuelo hallado en el suelo,
vaso vacío del hielo
de aquel cristal soberano:
oh prenda de aquella mano,
oh cubierta de aquel cielo;
arca que el tesoro tuvo,
casa vacía en que estuvo

un ladrón de tantas tretas,
carcaj de cinco saetas,
con quien amor se sostuvo;
vaina de una espada fuerte,
nube de un sol de contento,
caja de dados sin suerte,
escritorio de avariento
que se hunde por su muerte!
Aunque os hallé, desespero;
porque en aquesta ocasión
que os he hallado considero
como bolsa de ladrón
que la han sacado el dinero.
¡Oh funda de aquella fiera
que permite que peligre,
que infunda en vos lo que espera,
parecéis piel de cordera
y sois de furiosa tigre!
Ya de hoy más en la batalla
fueras mi guante de malla
si el moro usara traella.

MAR. ¿Oh moro?
ARG. Cristiana bella.
MAR. Ya que te le llevas, calla.
ARG. Este se llama Argolán.
¿Quién le cobra? ¿Quién responde?
MAR. Calla, moro, que saldrán.
ARG. Salgan, que aquí aguardo.
MAR. ¿Dónde?
ARG. Donde dejé mi alazán.

(Vase.)

INÉ. Temblando quedo de miedo.
MAR. Partamos luego a Toledo,
que le pienso allá cobrar.
INÉ Que este nos venga a afrentar...
MAR. ¿Cómo así?
INÉ. Corrida quedo.

(Vanse, y salen el DUQUE, *viejo,* DON LUIS *y* DON ANTONIO.)

DUQUE.

Si el moro no pusiera en tal cuidado
el mucho que a mi Rey tiene ofrecido,
por ver las fiestas y el torneo pasado
sin duda que a Madrid hubiera ido.
Mas como entre los montes alojado
aquí se escucha por el monte herido
de las cajas el son, dejar no puedo
sin defensa el Alcázar de Toledo.

DON LUIS.

La ocasión de la guerra y los deseos
de ejecutar las armas y las manos,
hace que en fiestas, justas y torneos
se ocupen los hidalgos castellanos.

DUQUE.

También serán de amor esos trofeos,
general opinión de cortesanos.
¿Qué galas hubo? ¿Fué la fiesta mucha?

DON LUIS.

¿Quieres su relación?

DUQUE.

Comienza.

DON LUIS.

Escucha.
Junto al lienzo mejor de la gran plaza
un teatro famoso se edifica,
donde la fiesta y el torneo se traza;
entrada y juego y lo demás se aplica;
y aunque con pardas nubes amenaza
el turbio cielo máquina tan rica,
las ventanas están con damas bellas
como su manto azul con las estrellas.
El teatro, pues, al tiempo que se oía
el son confuso de instrumentos tales,
el Arca de Noé le parecía
cubierta de diversos animales;
cuatro jueces de la fiesta había,
de nadie apasionados ni parciales,
aunque el Conde no era maravilla
serlo el Adelantado de Castilla.

DUQUE.

¿Qué más?

DON LUIS.

El de Auñón, Tarfis y Toledo,
cuya opinión famosa ahora es Pardo.
Y estando el mundo de admirado quedo,
entró el mantenedor, fuerte y gallardo;
y, puesto que decir su nombre puedo,
para sus alabanzas me acobardo,
basta decir que desde España a Siria
hizo sonar el nombre de Gaviria.
Parece que las piedras que pisaba
la valerosa planta conocían,
y las plumas que al aire fresco daba
que al cielo levantársele quería;
a su fama la envidia humilde estaba;
damas y vulgo en alta voz decía
que el cielo mismo del amor penetra.

DUQUE.

Bravo mantenedor. Decid la letra.

DON LUIS.

Letra: «Quiso la imaginación
mantener una esperanza
de premio que no se alcanza.»
Vieras la escuadra, bélica y bizarra,
que a las cajas y pífanos aplica,
hasta llegar donde probó la barra,
midió los pechos y torció la pica.

DUQUE.

Bien nombra el apellido de Navarra.
¿Qué librea sacó?

DON LUIS.

Gallarda y rica,
que anduvo en todo liberal y franco.

DUQUE.

¿Y las colores?

DON LUIS.

Encarnado y blanco.
Y te prometo, a fe de caballero,
Gobernador ilustre de Castilla,
que el Conde, tu pariente aventurero,
fué de la plaza alegre maravilla.

DUQUE.

¿Entró solo?

DON LUIS.

Y galán como el lucero
que se nos muestra cuando el sol se humilla
con leonados y azules arreboles.

DUQUE

Es flor de caballeros españoles.

DON LUIS.

Esta vez levantó su palma al cielo.

DUQUE.

¿Trujo invención?

DON LUIS.

La de un peñasco y suelo
por lo que en él y en sus salvajes hizo,
libró un enano que de plata y vello
llevó vestido, y tanto satisfizo
cuanto de su valor promete el nombre.

DUQUE.

¿No es muy gallardo?

DON LUIS.

Para todo es hombre.
Entre los que salieron más vistosos
fué Leyva, Batibala el Africano,
con padrinos bizarros y costosos
y pajes con bastones en la mano,
con unos jeroglíficos vistosos,
que no debieron de escribirse en vano;
salió dando su fama en voz los ecos
por el Príncipe digno de Marruecos.

DUQUE.

Bien toma el ejercicio soldadesco.
¿Y qué colores?

DON LUIS.

Blanco y encarnado
y morado también.

DUQUE.

Gallardo y fresco.

DON LUIS.

Inclinación de Rey.

DUQUE.

Gentil soldado.

DON LUIS.

El primero de todos fué un tudesco,
que dejé para ahora reservado
por hablarte del Conde.

ANTONIO.

Bien le ensalza.

DUQUE.

¿Llevó su traje?

DON LUIS.

Y blanca y negra calza.

DUQUE.

¿Quién era?

DON LUIS.

El señor de Piedrabuena.

DUQUE.

¿Qué lleva por cimero?

DON LUIS.

Hasta los cielos
su empresa ilustre, de penachos llena,
el buitre de los Reyes sus abuelos.

DUQUE.

Fué conforme a su amorosa pena.

DON LUIS.

Y significó de Ticio amor y celos.

DUQUE.

¿Llevaba más?

DON LUIS.

Una tudesca, de estas
que lleva hijo y ajuar a cuestas;
Pero salieron nueve de la fama,
a quien la fama del valor se debe,
con un triunfo de amor, que amor se llama,
quien por amor sus victorias mueve,
y así merecen del laurel y fama;
que a los nueve añadieron otros nueve,
bravos padrinos, chirimías y cajas
y en las picas también banderas bajas.

DUQUE.

¿Qué llevaban en ellos?

DON LUIS.

El trofeo
de sus armas igual a su decoro:
a Josué, David, al Macabeo,
el sol, la arpa, el elefante de oro,
Artus el cuervo, entonces semideo,
a Carlos de las lises el tesoro,
el mundo al Macedón, y así a los otros.

DUQUE.

¿Fuisteis de éstos?

DON LUIS.

Ninguno de nosotros.

DUQUE.

¿Qué colores llevaban?

DON LUIS.

Negro y plata.

DUQUE.

¿Quién eran?

DON LUIS.

El de Enríquez, con la enseña
del sol que dije, y el de vuestra ingrata
por loa, Girón, Ramírez y Ludeña;
el de Ortaza, con quien el que combata
puede pensar que romperá una peña;
la fama de estos seis con los tres goza
el de Osorio, Pacheco y de Mendoza.
Un capitán, abriendo al vulgo calle,
en una posta entró.

DUQUE.

Cosa bien nueva.

DON LUIS.

Con llamas sobre negro.

DUQUE.

¿Hay que alaballe?

DON LUIS.

De todo es bien que premio se le deba.
Con su gentil disposición y talle,
en armas de oro y negro el de Arias lleva
algunas mariposas.

DUQUE.

¿Fuego había?

DON LUIS.

Bien le pudiera dar su gallardía.
De negro y oro entró luego el de Almada,
y el de Vargas indiano a lo cacique.
Del combate no es bien que diga nada,
sino que el premio cada cual aplique:
de la pica, al Girón, y de la espada,
al de Gaviria; de galán, a Enrique;
de mejor invención, a don Bernardo.

DUQUE.

¿Y de letra?

DON LUIS.

Al de Perosa, gallardo.
La espada de la folla al Conde dieron.

DUQUE.

¿Y la pica?

DON LUIS.

Esta dieron al Infante;
que en el combate tan diversos fueron
que no es razón pasar más adelante.
Las nubes, con la envidia que tuvieron
de que España hasta el cielo se levante,
en penachos y cajas se vengaron.

DUQUE.

¿Llovió mucho?

DON LUIS.

Que la fiesta aguaron. (1)

(Entra un PAJE *delante del* CONDE.)

PAJE.

Agora llega el Conde.

DUQUE.

¿Quién?

PAJE.

Don Pedro.

DUQUE.

¿Viene de Barcelona?

(1) Verso incompleto

PAJE.
Así me avisa.

CONDE.
En caballos corrí desde Monviedro
para besar tus manos con más prisa.

DUQUE.
Si tal soldado en mis fronteras medro,
¡ay del morisco que su margen pisa!
¿Vueseñoría bueno?

CONDE.
Bueno en veros.
¿Y vosotros, señores caballeros?

ANTONIO.
Buenos, para serviros.

DUQUE.
¿No pasasteis
por Zaragoza?

CONDE.
Ver su Rey quisiera,
el gran don Juan, aragonés famoso,
gran deudo y señor mío, aunque me inclino
al servicio del fuerte castellano,
y así me ofrezco a vos en nombre suyo.

DUQUE.
Y yo, en el que me ha dado, os lo agradezco;
y así, pienso escribille cuán seguras
están estas fronteras de los moros
con la venida vuestra a defendellas.

CONDE.
Yo vengo, Duque, a ser soldado vuestro
y vasallo del Rey.

DUQUE.
Tanto me animo
en veros en Toledo, que sus puertas
pienso abrir a los moros andaluces.
¿Quién viene más con vos?

CONDE.
De Barcelona
vienen algunos nobles caballeros
y de vasallos míos treinta lanzas,
sin otros diez jinetes de la costa.

DUQUE.
¿Qué gente es esta?

DON LUIS.
No es del Conde.

DUQUE.
¿Cómo?

ANTONIO.
Tus hijas son.

CONDE.
A recibirlas salgo.

DUQUE.
Ellas llegan; teneos, Conde hidalgo.
CON. Dadme, señoras, las manos.
DUQ. El Conde don Pedro es.
CON. Mal dije, dadme los pies.
(Aparte.)
D. LUI. No son mis recelos vanos.
ANT. Mejor diréis de los míos.
¿Viénese el Conde a casar?
Entendí que a pelear.
LUI. No son de Marte esos bríos,
que más parecen de amor.
DUQ. Aumenta esa cortesía. *(Aparte.)*
la obligación suya y mía.
MAR. No estéis sin cubrir, señor.
CON. Yo estoy. ¿Cómo? ¿Que es aquesto?
¡Cielo!
MAR. Mándale cubrir.
INÉ. Que ahora acertó a venir.
¿Tengo el cabello bien puesto?
MAR. Buena estás. *(Aparte.)*
INÉ. ¿Hame faltado
color?
MAR. Digo que estás buena.
INÉ. Nunca está el agua serena
cuando está el viento alterado.
La más mansa vuelve fiera
el viento que se declara,
y así se turba la cara
cuando el corazón se altera.
Si supiera que aquí estaba
yo no hubiera entrado aquí.
Mas dime, ¿mírate a ti?
MAR. A ti te ha mirado, acaba.
INÉ. ¡Cierto!
MAR. De veras lo digo.
INÉ. ¿No quieres que me dé pena
si en todo el reino se suena
que se ha de casar conmigo?
CON. Marcelo.
MAR. Señor.
CON. No creo
que estoy en mí. *(Aparte.)*
MAR. ¿De qué modo?
COND. Los ojos y el alma y todo.

se me va tras un deseo.
Hame el Duque prometido
de sus hijas la mayor,
y a quien me inclina el amor
no sé cuál de ellas ha sido.
Así, la menor querría,
cierto, que es hermosa dama;
engañándome a la fama,
hermosa doña María.
Acabóse, no hay que hablar,
a Barcelona me vuelvo
si acaso no me resuelvo,
que el Duque me la ha de dar.

ANT. Habéis entendido el caso.
¿A cuál de las dos se inclina?

(Aparte.)

D. LUI. A la hermosura divina
de doña María.

ANT. Paso,
que os entenderán, don Luis.

D. LUI. Si esto es así, desespero.

ANT. Y yo albricias daros quiero,
aunque no me las pedís.

D. LUI. Sépase todo mi agravio.
Sin duda que algún demonio
trujo a este hombre, don Antonio.
¿Qué he de hacer? De celos rabio.

ANT. Paciencia hasta ver el fin.

CON. ¿Quién ha de tocar, Marcelo,
la hermosura de aquel cielo,
de este bello serafín,
por cuanto tiene la tierra?

MAR. ¿Y al Duque qué le dirás?

CON. Diré...

MAR. ¿Qué dirás?

CON. No más
de que vine...

MAR. ¿A qué?

CON. A la guerra.
Y no pienso que le miento,
pues tan grande me la dan.

INÉS. No sin mucha causa van
mis celos en tanto aumento;
él te quiere o yo me engaño.

D.ª MAR. Pues dime, ¿tiénesle amor?

INÉS. Notable, hermana.

D.ª MAR. En rigor,
¿te agrada?

INÉS. Adoro mi daño.

D.ª MAR. Pues asegura tu pecho,
que te doy palabre firme
que cumpla, obligue y confirme,
voto y juramento hecho
de no le corresponder,
aunque me dé alma y vida,
si fuese dél más querida
que un hombre puede querer.

INÉS. A no estar los que aquí están
y el que al fin mi dueño es,
yo me arrojara a tus pies
con la vida que me dan.
¡Hermana del alma mía,
mi bien, mi señora!...

MAR. Calla.

INÉS. No le quieras.

GAR. A batalla
a seis y a diez desafía.
¿Qué es esto, insolente moro?
¿No te avisa quien te trata
que por tu luna de plata
hay acá mil soles de oro?
Dame un peto y escarcelas.
¡Hola! Ese bayo me ensilla;
relinche, que hasta Sevilla
le he de apretar las espuelas.

DUQ. ¿Qué es aquesto, don García?

GAR. Un cierto enojo traía.

DUQ. ¿De qué lado os aprieta? (1)
¿Es juego? ¿Es amor?

GAR. No es nada.

DUQ. Mirad que está el Conde aquí.

GAR. ¿Don Pedro?

CON. Amigo.

DUQ. Eso sí.

GAR. Aquí está el alma y la espada.

(Abrázanse.)

Tal alma para tal hombre,
tal soldado por tal Rey,
tal verdad para tal ley,
tal fama para tal hombre.
Vos seáis muy bien venido;
y pues que venido habéis,
la ocasión, Conde sabréis
del enojo referido.
Por eso y porque delante
estas señoras están.

DUQ. ¿Es historia de Argolán?

MAR. Oid, morisco arrogante.

GAR. Ese valiente andaluz,
el Rey de Alcalá soberbio,
más que Encélado (2) gigante

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.
(2) El texto dice: «en celada».

y más fuerte que Tifeo,
en un hermoso alazán
estrellado, cabos negros,
de la casta que en el Betis
bebe el agua y pace el heno,
por las fogosas narices
derramando espuma y fuego,
como el toro de Jasón
de Yolcos bañaba el huerto;
los moriscos acicates
a los ijares batiendo,
esmaltándolos de sangre
y de blanca espuma el freno;
con una marlota verde
sobre unas mangas de lienzo,
un alquicel encarnado,
bordado de rapacejos;
con mil botones de aljófar
cuajado el abierto cuello,
a do el tahalí tachonado
pendía partiendo el pecho;
diez lanzas arrojadizas
debajo del muslo izquierdo;
como alarbe de Melilla
en la escaramuza diestro;
cubierto el bonete rojo
de plumas y airones bellos,
sobre lazos de bengalas
de diversos ñudos hechos;
desde el antiguo palacio,
a quien nombre antiguo dieron
Galiana y Abenamar
con amores y requiebros,
por la puerta de la puente
de aquel santo que por medio
partió la capa con Dios,
que aun quita capas el cielo,
arremetiendo furioso
por las calles de Toledo,
con una arrogancia vana
a retarnos viene el perro.

CON. Suspenso he quedado.

DUQ. El mundo
no ha visto segundo igual
del mismo Marte.

GAR. Si es tal,
hoy pierde Marte el segundo;
que ya me ensillan en quien
pueda salir a matalle.

CON. ¡Que tal locura no halle
quien se la castigue bien!
¡Que a las puertas de Toledo
ose llegar un cobarde!

GAR. No llega el remedio tarde.
¿No venís? ¡Hola!

CON. Oí quedo;
escuchadme, don García.

GAR. ¿Qué queréis?

CON. Salir por vos.

GAR. ¡Eso está bueno, por Dios!
Descanse vueseñoría,
que ha sido el camino largo.

CON. Sabed que vine a decillo;
porque es matar un morillo
para vos pequeño cargo;
para mí es igual empresa.

DUQ. Callad, Conde, yo lo fío.

ANT. Oigamos el desafío
de este Duque; hablar no cesa
que el menor que hay en palacio,
que soy yo, le hará.

LUIS. Si fuera
cosa que no os ofendiera,
no tomara tanto espacio
para salir a buscalle.

GAR. ¿Quién lo duda, caballeros?

LUIS. Qué dice oigámosle.

GAR. Fieros;
y por eso es bien matalle.

(Entra ARGOLÁN.*)*

ARG. Caballeros de Toledo,
servidores de las damas,
galanes en todo tiempo
con las armas y las galas;
atended a lo que digo,
que, por ser de ley contraria,
merezco esta cortesía,
ya que por ser Rey no valga.
Yo estaba junto al balcón
de aquella famosa casa
que está en la huerta del Rey,
que llaman de Galiana.
Con mis quejas de las ruedas
el ruido acompañaba
y con mis lágrimas tristes
del Tajo aumentaba el agua.
Quiero decir que de amor,
y de amor de una cristiana;
que si lágrimas bautizan,
yo tengo cristiana el alma.
Cuando la vi de repente
dando luz divina y clara,
como el sol recién nacido
sobre la luna del alba.
Estando, pues, como digo,

oyendo mis tristes ansias
para dárselas al viento,
como yo mis esperanzas,
cayósele de la mano,
para mi remedio ingrata,
un guante, de quien las mías
indigno dueño se llaman.
Y porque no será bien
que un moro andaluz se vaya
con prenda que ya lo ha sido
de una señora tan alta,
y porque no se atribuya
a hurto lo que es hazaña,
hoy el guante manifiesto
en la punta de la lanza.
Quien le alcanzare, le tome,
si tiene la mano larga;
que bien la habrá menester,
según la misma le guarda.
Argolán soy, caballeros;
tres, cuatro, seis y diez salgan,
que aquí os aguardo, en la vega
que el dorado Tajo baña.

CON. Espera, moro.
GAR. Dejadle.
CON. Don García, ¡vive Dios!
que no habéis de salir vos.
LUI. O detenedle o matadle.
GAR. Mientras yo me voy a armar,
el que saliere, aunque amigo,
irá a matarse conmigo.
ANT. Licencia me habéis de dar,
que esta empresa sola es mía.
LUI. Traedlo por testimonio.
DUQ. Volved acá, don Antonio,
vaya el señor don García.
CON. Ni él ni don Luis irán;
el Conde don Pedro ha de ir.
GAR. Que no me dejéis salir...
MAR. En buena contienda están.
INÉS. El Conde es recién venido,
no es justo que salga.
CON. Creo
que no podrá mi deseo,
aun ser de vos detenido.
Guante de esta bella mano
yo solo le he de cobrar,
porque se la pienso dar
si por la mano le gano.
GAR. Nadie me puede ir delante.
ANT. Obligaciones me allanan.
LUI. Si otros por la mano ganan,
yo he de ganar por el guante.

(Vase uno.)

A armarme voy.

(Vase.)

GAR. Yo el primero.

(Vase.)

ANT. Yo sé que primero iré.
CON. Pues yo primero saldré,
que no he de llevar acero.

(Vase.)

DUQ. Yo pienso hacer que ninguno
salga a tan gran disparate.

(Vase.)

INÉS. ¡Que así la suerte me trate!
¡Bravo rigor!
MAR. Importuno.
INÉS. ¡Ah, paje!
MARC. Señora mía.
INÉS. ¿Sois vos del Conde?
MARC. Si soy.
INÉS. ¿Cuándo llegó a Toledo?
MARC. Hoy,
ya después de mediodía.
INÉS. ¿Qué se dijo en Barcelona
de venir a este lugar?
MARC. Que se venía a casar
con vuestra misma persona.
Mas en viendo vuestra hermana,
me dijo aparte, por Dios,
que no lo hará con vos,
aunque se vuelva mañana.
INÉS. Si él tiene la libertad
que vos, paje, en el decir,
más presto se puede ir.
MAR. No tiene mucha, en verdad;
que el no tenerla le obliga
a la empresa de este moro.
INÉS. Esa que he perdido lloro.
MAR. ¡Oh, hermana, dilo!
INÉS. Enemiga.
MAR. Qué, ¿tan bién te ha parecido?
INÉS. Como mil años tratado,
y más ocasión me ha dado
con haberme aborrecido.
MAR. Todo lo que dices creo;
mucho debes de querer;
que un imposible en mujer
suele aumentar el deseo.
Pero está cierta de mí,
que no le querré jamás.
INÉS. ¿Esa palabra me das?
MAR. Sí, hermana.

INÉS. Qué dulce sí.
Ah, paje, veníos conmigo,
que os quiero hablar.
MARC. Aquí estoy
para seviros.
INÉS. Ya voy
resuelta a amar mi enemigo.

(Vase.)

(Sale ARGOLÁN *solo.)*

ARGOLÁN.

Famosa ilustre vega,
a quien el Tajo, con el gran tesoro
de sus arenas, riega,
y, el agua de mi cara
pareciéndose, está serena y clara.
Las torres, las almenas,
peñascos que han nacido en sus arenas,
¿quién me trajo a veros
tan mansamente cuanto airado y fiero?
A sólo ensangrentaros
vine armado de rigor y acero.
¿Qué guerra me ha traído
que del alma la pasan al sentido?
¡Oh, María divina,
cuya belleza celestial adoro
y a quien mi fe se inclina!
¿Quién me dijera a mí que, siendo moro,
adorara en María,
y aun luciera mi sol si fuera día?
CON. No presumo que he tardado,
pues sin armas he venido.

(Sale.)

LUIS. No presumo que he salido
tarde, pues no vengo armado.

(Sale.)

GAR. No pienso que soy postrero;
ningunas armas me puse.

(Sale.)

ANT. Pues a salir me dispuse
sin armas, seré el primero.

(Sale.)

GAR. Don Antonio.
ANT. Don García.
CON. Don Luis.
LUIS. Don Pedro.
GAR. ¿Qué es esto?
ARG. Ya tengo cuatro en el puesto.
Valedme, hermosa María.
GAR. Agraviado me han los dos.
CON. Agraviado me han los tres.
LUIS. Ese agravio mío es.
ANT. Antes es mío, por Dios.
GAR. ¿Yo no comencé la empresa?
¿Yo al dueño no me ofrecí?
LUIS. ¿Yo la palabra no di?
ANT. ¿Yo no soy a quien más pesa?
GAR. ¿No os avisé que era mía?
CON. ¿No os avisé que me amaba?
GAR. Mal lo habéis hecho conmigo.
CON. Mal conmigo lo habéis hecho.
LUIS. No ha sido de amigo pecho.
ANT. No ha sido intención de amigo.
ARG. Cristianos, ¿buscáisme a mí?
GAR. A ti te buscamos, moro.
ARG. Moro que cristiana adoro.
Yo no soy quien moro en mí;
antes ella, que en mí mora,
es la mora que está en mí;
y si amor transforma en sí,
yo soy su cristiano ahora.
GAR. Moro retórico y loco,
en poco me habrás tenido,
pues que con ese he salido
para quien vale tan poco.
Y aunque en todo el paganismo
tu nombre famoso es,
cada uno de los tres
viene solo a hacer lo mismo.
ARG. Antes engañado estás;
que por campos de hombres llenos
a ti no te tengo en menos,
sino a mí me tengo en más.
Y agravio me hubieras hecho
si solo hubieras venido,
y de los pocos que han sido
se me afrenta brazo y pecho.
Mas si cada uno viene
por el guante de esa dama,
empresa de tanta fama,
¿cómo repartirse tiene?
Pero aconsejaros puedo
que lo llevéis dividido,
que entre todos repartido
no os vendrá a caber un dedo.
Y yo en aquesta ocasión,
si de paz le vengo a dar,
por mi parte he de llevar
el dedo del corazón.
CON. Moro, ninguno hay aquí
que no sea espada bastante
para quitarte ese guante
y sacarte el alma a ti.

Y yo, cuando Hércules fueras
y con otros diez te hallara,
del alma te le sacara,
si en el alma le tuvieras.
Fuí desdichado en venir
acompañado, cual ves;
pero apártense los tres,
que te le quiero pedir.

LUIS. Eso no, Conde, aguardad,
que yo se le pediré
y después dél os daré,
como amigo, la mitad.
Porque si el alma tuviera
cuerpo morisco, enemigo,
y de ese cuerpo enemigo
el guante pellejo fuera,
el alma te desollara
y con el guante volviera.

ANT. Moro, retírate afuera
y en quien te aguarda repara.
Que ese guante no está ajeno
de su valor soberano;
que, vacío de su mano,
está de las mías lleno.
Que sólo si me aseguras
que has de tener tantas vidas,
te daré tantas heridas
como él tiene picaduras.

ARG. ¡Oh qué graciosos cristianos
y qué donosa locura!
Ellos piensan por ventura
que ese guante está sin manos.
Los potajes que me han hecho,
las heridas que me han dado,
el alma me han desollado
y hecho una criba el pellejo.
¡Gran donaire, por Alá!
Sobre mi vida echan suertes;
una vida a tantas muertes
no entiendo que bastará.
Cristianos, sabed que el guante
que fué de aquel sol nublado
defiendo como soldado
y le estimo como amante.
Tanto a cargo el alma toma
su estimación infinita,
que ha de estar en la mezquita
con los huesos de Mahoma.
Y henchirle de ellos confío;
que, a falta de los que adoro,
no tiene el mundo tesoro
que ocupe tan gran vacío.
¿En qué lugar estará?

GAR. Señores, ¿qué hemos de hacer?

CON. Mía la empresa ha de ser.

LUIS. Mía la empresa será.

ANT. Yo pienso que será mía.

ARG. Y de todos, ¿no es mejor?

CON. El moro tiene valor.
¿Qué hemos de hacer, don García?

GAR. Echar suertes cuál de todos
ha de pelear con él.

CON. Alto pues, sáquelas él.

ARG. ¿Qué intentáis por tantos modos?
Para todos soy, venid.

LUIS. Presto, pues, no vengan otros.

GAR. Posible es; que sois vosotros
sangre y reliquias del Cid.

CON. Las cuatro dagas juntemos,
y la que escogiere, sea.

LUIS. Bien dices.

ARG. ¿Quién hay que crea
vuestra afrenta y mis extremos?

CON. Moro, de estas cuatro dagas
escoge la que quisieres,
que la que de ellas prefieres
con darle la vida pagas.

LUIS. Honor de los andaluces,
escoge una cruz.

ARG. Sí haré,
y el primer moro seré
que haya escogido entre cruces.
Esta elijo.

CON. Mía.

ANT. ¿De quién?

LUIS. Del Conde.

CON. Los tres se vuelvan.

ARG. Mejor es que se resuelvan
y que te ayuden también;
porque, en matándote a ti,
uno por uno los mate.
¿Ha de ser luego el combate?

CON. Luego.

ARG. Pues vente luego tras mí.

CON. Señor, adiós.

ANT. Adiós.

LUIS. El quiera que el Conde muera.

ANT. ¿Qué dices?

LUIS. Que no quisiera
apartarme de los dos
por temer al Conde.

ANT. No es justo (1)
siendo el moro de tal nombre;
mas es el Conde muy hombre,

(1) Sobra una sílaba a este verso.

aunque es Argolán robusto.
Y sabe el gobernador
que han salido a tanta empresa.

GAR. No dudo yo que le pesa,
aunque sabe su valor,
porque entiendo que le casa
con su hija doña Inés.

ANT. Diferente fuego es
el que ahora el Conde abrasa.

GAR. ¿De qué suerte?

ANT. Más le agrada
su hermana doña María.

GAR. ¿De qué es la melancolía,
don Luis amigo?

LUIS. No es nada.
Acá son pesares viejos.

ANT. A la puerta hemos llegado.

LUIS. A un hombre tan desdichado
tarde llegan los consejos.
Vamos. ¡Ah suerte afligida!

GAR. Entrad y nadie le espere.

LUIS. Ah, Cielos, si el Conde muere
hoy resucita mi vida.

(Salen ARGOLÁN *y el* CONDE *acuchillándose.)*

ARG. Mal herido estoy, cristiano.

CON. Yo lo estoy, moro, también.

ARG. Pues alto, el brazo detén.

CON. Pues alto, detén la mano.

ARG. Hombre has sido de valor.

CON. Amor me anima a sufrir.

ARG. ¿Pues quién me pudiera herir
si no es quien tuviera amor?

CON. ¿No habemos de pelear?

ARG. Ya, cristiano, ¿para qué?

CON. Pues del guante, ¿qué diré?
¿No ves que le he de llevar?

ARG. ¿Eres tú, por dicha, aquel
que se ha de casar con ella?

CON. Como pueda merecella,
sin duda, Argolán, soy él.

ARG. Pues antes que me desangre
o se salga el alma mía,
toma, dale a tu María;
pero bañado en mi sangre.
Y pues mi fe se le debe
y tú la viertes, cristiano,
sirva este guante de mano
que aquesta sangre le lleve.
Dásela por que te dé
la mano que me ha negado;
dale en mi sangre adobado,
que es el ámbar de mi fe.
Y porque pienso perder,
si muero, el campo este día
que truje de Andalucía,
quiero a mi tienda volver.
Y haré que si hasta aquí
di a tu dama el corazón,
hoy te he cobrado afición
y pienso quererte a ti.
Adiós, Conde.

CON. Moro, adiós.

ARG. Sin honra vuelvo, ¡ah Mahoma,
que un hombre me vence y doma!
Mal dije: el amor es Dios.

(Vase ARGOLÁN.)

CONDE.

Como esclavo que en Argel vivía
y, matando a su dueño, escapa ufano,
así vos de aquel bárbaro tirano
con su sangre escapáis, guante, este día,
Pero costando tanta de la mía,
que antes que os vuelva a vuestra propia mano
temo de muerte el tránsito inhumano
y que la que me queda quede fría.
¡Oh, heridas justamente recibidas,
guante, por vos de aquellas manos bellas,
que la ofrecieran, a tener mil vidas.
Pero, guante, servid de parche en ellas;
que cuando ponen parche en las heridas
segura está la vida y salud de ellas.

(Salen al muro DOÑA INÉS *y* DOÑA MARÍA.)

MAR. Al muro se va acercando.

INÉS. Hermana, dale una voz.

MAR. ¡Ah, Conde!

CON. ¡Oh, moro feroz!:
¿vuelves a estarme aguardando?

MAR. ¡Ah, señor don Pedro!

CON. ¿Quién
llama a don Pedro?

MAR. Yo soy.

CON. El cielo, a quien gracias doy,
pudieras decir más bien.

INÉS. ¡Oh, señor! ¿cómo os ha ido?

CON. Ahora que os veo, mal.

INÉS. ¿Puede haber desdicha igual?

MAR. ¿Cómo venís?

CON. Vengo herido;
pero vos, señora mía,
dueño del guante y de esta alma;
habéis ganado la palma
de la empresa de este día.
Bañado en sangre me dió
Argolán el guante.

INÉS. Un hielo
me ha cubierto el alma.
MAR. El cielo
os guarde.
CON. Y vos, ángel.
MAR. ¿Yo?
CON. Vos, pues con cuya licencia
a daros el guante voy.
MAR. Venid en buen hora.
INÉS. Estoy
con más celos que paciencia.
MAR. ¿No le daréis a mi hermana?
CON. No, sino a vos.
MAR. Eso no,
que ya no soy dueña yo
del guante.
CON. ¿Pues quién, tirana?
MAR. Doña Inés.

(Quítanse las dos de la ventana.)

CON. Mi muerte lloro.
Guante, sed vos mi veneno;
que aunque de ángel, estáis lleno
de la sangre de aquel moro.

JORNADA SEGUNDA

(Salen DON ANTONIO *y* DOÑA INÉS.*)*

ANT. De manera habéis sentido
del Conde la buena suerte,
que ha estado casi a la muerte
de los celos que ha tenido.
Por mi bien y por mi mal
su salud y mi amor crece,
de suerte que convalece
y yo llego a estar mortal.
Y pues estimas su vida,
quiéroos dar el parabién
de que todos os le den
de la salud referida.
INÉS. Es tan crecido mi amor
y estima tanto su vida,
que estar por ella ofendida
tuviera a grande favor.
ANT. ¿Eso escucho de esa boca
a cabo de tantos años
que he estado, por tus engaños,
ciego el gusto, el alma loca?
¡Ah vana esperanza mía,
y qué bien por vos se entiende
que quien imposible emprende
injustamente porfía!
¡Oh condición variable,
ingrata a la obligación!
INÉS. No culpes mi condición,
que ni es firme ni es mudable.
Que yo no te ame a ti,
no es mudanza amar al Conde,
pues este amor corresponde
a la fe que le ofrecí.
Por eso será cordura
volver el rostro a mi honor.
ANT. Yo le vuelvo a tu rigor,
y vénceme tu hermosura.
Moriré, perderé el seso,
desesperaréme aquí.
INÉS. Todos lo decís así
y todos morís en eso.
ANT. Si alguno dice, mintiendo,
que muere por lo que adora,
yo dije verdad, señora,
y digo que estoy muriendo.
INÉS. Nunca jamás ningún hombre
murió de amor.
ANT. No te enfades,
que entre las enfermedades
tiene amor de ser el nombre.
Los médicos dicen que es
la mayor la voluntad.
INÉS. Sí; mas de esa enfermedad,
¿a cuál hombre morir ves?
ANT. ¿No es melancolía amor?
¿Y este humor no mata?
INÉS. Sí.
ANT. ¿No es el amor frenesí?
INÉS. Sí dice el hecho en rigor.
ANT. El amor, ¿no es alegría?
¿Y ella no mata?
INÉS. También.
ANT. Luego cuando tantos den
la muerte, muerte es la mía.
INÉS. Bueno estás, que Dios te guarde.
ANT. ¡Oh pesar de tantas burlas!,
si de mis males te burlas,
¿qué espera el alma cobarde?
Yo probaré con efecto
que muero y que moriré,
y de aquesta banda haré
un lazo al cuello.
INÉS. ¿A qué efecto?

(Quiere matarse con una banda pajiza.)

ANT. Sólo a efecto de matarme.

INÉS. Ten la mano.
ANT. Suelta.
INÉS. Espera.
ANT. ¿Por qué me estorbas que muera
pudiendo resucitarme?
INÉS. No te estorbo que te mates
por amor, más por temor
que no me den por autor
de tan grandes disparates.
ANT. Antes, para no volverte,
como Anajarte cruel,
has detenido el cordel
ejecutor de mi muerte.
Y pues cuanto a mí ya fué
muerte en la imaginación,
muerto estoy, y en galardón
de mis servicios y fe.
Y pues el verdugo ha sido
de la vida que ya parte,
el lazo quiero dejarte,
pues no te dejo el vestido.

(Baja y deja la banda.)

INÉS. Con el lazo o con la banda
me ha dejado, esto he sufrido.

(Entra MARCELO.*)*

MARC. No poca locura ha sido
hacer lo que el Conde manda.
Mas es fuerza obedecer;
que, con ser dueño, me obliga;
yo he dado con su enemiga,
quiero el papel esconder.
INÉS. Marcelo.
MARC. Señora mía.
INÉS. ¿Qué escondes? Aguarda, espera.
MARC. Cuando de importancia fuera,
no lo encubriera; desvía.
No me mires de ese modo,
que no es hurto.
INÉS. Aunque supiera
que en el alma se escondiera,
te mirara el alma y todo.
Papel.
MARC. ¿Pues yo no soy hombre
para escribir un papel?
Paso, que hay escrito en él,
y de una señora, el nombre.
No le has de leer.
INÉS. No intentes
que te haga quitar la vida;
que en esa risa fingida
te he conocido que mientes.
Este papel es del Conde,
para mi hermana.
MARC. No es,
sino para doña Inés;
si eres tú, léele y responde;
que por ver si le estimabas
le quise esconder así.
INÉS. ¿De veras?
MARC. Señora, sí,
y por si albricias me dabas.
INÉS. Este anillo es tuyo.
MARC. ¡Ay, triste!,
que a su hermana le traía.
INÉS. ¿Pues no dice aquí María?
MARC. ¿El sobrescrito leíste?
INÉS. Sí.
MARC. ¿Qué dice?
INÉS. Entre dos aes
una M, que a María
quiere decir.
MARC. Bien podría;
pero en la verdad no caes.
INÉS. Es más llana que la palma.
MARC. Como eso dirá quien teme;
mas dos aes y una M
quiere decir «A mi alma».
Que «A doña María» dijera
si también hubiera D.
INÉS. Bien dices.
MARC. Bien lo entiende.
Lee lo demás.
INÉS. Espera.

(Carta.)

«Ya de mis heridas sano,
que del alma no se entienda,
sólo me falta una prenda
para el brazo, de tu mano.
Y que una banda te pida
no es mucho, tan firme amante,
que por interés de un guante
quise ofrecerte la vida.»
INÉS. ¡Oh, traidor, que me engañaste
MARC. Señora, no te engañé.
INÉS. ¿Y lo del guante?
MARC. Ya sé
que en el guante reparaste.
Mas advierte que si el Conde
con Argolán peleó,
fué que obligarte pensó,
aunque este secreto esconde,
por causa de don Antonio,
que intenta casar contigo

y es en extremo su amigo.
INÉS. Todo ha sido testimonio
este papel.
MARC. Pues si es,
muestra que volverle quiero.
INÉS. Por celos del dueño muero;
no quiero que se le des.
Y, aunque en esperanza vana,
más quiero quedar aquí
dudosa que es para mí
que acertar para mi hermana.
Toma aquesa banda o prenda,
llévala para su brazo.
MARC. Pues voyme, que alargo el plazo
de su bien.
INÉS. Y el Conde entienda
que son la banda y papel
de dos dueños diferentes;
que cuando burlarme intentes,
yo también burlaré de él.
MARC. Pagados estáis los dos.
Diré que doña María
me la dió, señora mía.
Yo me voy.
INÉS. Marcelo, adiós.

(Vanse, y entran el DUQUE, DON LUIS *y el* CONDE.*)*

DUQ. ¿Perdió el caballo también?
LUI. Perdió Mendoza bien medro.
CON. Quejaos de esotro.
DUQ. En don Pedro
se empleó Mendoza bien.
Que aunque está bien doctrinado,
el Conde de entrambas sillas
es grande hombre.
CON. Más me humillas
sólo en haberme alabado.
Los que aquí más nuevos hallo
pueden enseñar allá.
LUIS. Picado estoy de que ya
no he de picar el caballo.
Juégame aqueste diamante;
mas he de quitarle luego.
CON. Picado estás.
LUIS. Pues le juego;
cólera tengo bastante.
¡Que, vive Dios, que le estimo
en más que vale Toledo!
CON. Déjalo ahora.
LUIS. No puedo.
Juega, por tu vida, primo.
CON. ¿A cuánto?
LUIS. A sesenta escudos.
CON. Lleguen un bufete acá.
DUQ. Qué, ¿volvéis a jugar ya?
CON. ¿Pues qué habemos de hacer mudos?
Que en una convalecencia,
y más, señor, si es de heridas,
mejor van entretenidas
las horas de su paciencia
en juego que en otra cosa.
DUQ. Jugad, Conde, bien hacéis,
el peligro entretendréis.
LUIS. ¿Qué pinta, Conde?
CON. Vistosa.
Pero no he de jugar más
sobre ella.
LUIS. ¿No, primo?
CON. No.
LUIS. ¿Quién tiene los dados?
DUQ. Yo,
que no me faltan jamás.
CON. ¿Por qué?
LUIS. Porque es del que pierde
quedarse siempre con ellos.
Quiero una oración hacellos,
o porque de mí se acuerde,
a la señora Fortuna,
de cuyos huesos se hicieron;
que, por ser de mujer, fueron
huesos sin firmeza alguna.

(Entra DON GARCÍA.*)*

GAR. Vaya de juego. ¿Está aquí
el Gobernador?
DUQ. ¿Quién es? (1)
GAR. Don García.
DUQ. ¿Qué hay?
GAR. Después
que al campo del moro fuí,
gran Duque, con la embajada,
lo que vale he conocido.
DUQ. Bien su fama ha merecido,
su entendimiento y su espada.
LUIS. Más a diez.
CON. Digo.
DUQ. Responde
como quién es.
LUIS. Otro azar.

(Cada uno aparte.)

GAR. Las treguas quiere aceptar.
CON. Repárolos.

(1) En el original, «¿Qué quies?», que no forma sentido con lo que sigue ni es castellano.

LUIS. Digo, Conde.
DUQ. ¿Está bueno de la herida?
LUIS. ¡Ah, pesia!
CON. Siete y llevar.
LUIS. Mas un azar y otro azar.
GAR. Peligro tuvo su vida;
mas ya de todo está bueno.
DUQ. Las treguas, ¿qué durarán?
GAR. Dos meses, dice Argolán,
ya de su arrogancia ajeno.
DUQ. Todo se le debe al Conde,
que le bajó la arrogancia.
CON. Sin duda estoy de ganancia.
DUQ. ¿Que lo acepta al fin responde?.
LUIS. ¡Pesar de quien me parió!
CON. Acabóse.
LUIS. Yo perdí.
DUQ. ¿Qué es eso? ¿Perdisteis?
LUIS. Sí.
DUQ. ¿Quién gana?
LUIS. El Conde ganó.
GAR. ¡Oh, don Pedro!
CON. ¡Oh, don García!
Quisiera daros barato;
mas pues en sortijas trato,
tomad ésta, porque es mía.
GAR. Bésoos las manos.
LUIS. Hoy quiero
quitaros lo que perdí.
CON. Cuando quieras está aquí,
con dinero o sin dinero.
¿Qué hay del moro?
GAR. Que aceptó
las treguas.
CON. Basta que fueses.
¿Por cuánto?
GAR. Por tres meses.
LUIS. ¡Que en mi vida gane yo!...
CON. Nueva fué su cortesía.
LUIS. ¡Que de suerte me picase,
que aquel diamante jugase
siendo de doña María!...
GAR. Pues tráigoos de él un recado.
CON. Somos dos grandes amigos.
DUQ. No son pequeños testigos
la sangre que se han sacado.
LUIS. ¡Que jugase yo la prenda
que ella por favor me dió!...
GAR. Después, Conde que me honró
en su estado y en su tienda,
traté con él paces francas;
confirmándose las treguas,
me mandó traer dos yeguas
todas como un cisne blancas.
CON. Ya parece que me alegras.
GAR. Con algunas manchas negras. (1)
Ojos alegres y azules,
pues que no hay toro que escarbe
como ellas el freno alarbe;
con armas de los Gazules.
En los frenos y estriberas
correas de ante, y su arzón
adargas de Orán, que son
blancas, fuertes y ligeras.
«Esta, dijo, vuestra sea,
y ésta a don Pedro llevad,
en señal de la amistad
que Argolán con él desea.
Y licencia le pedí
para que le vaya a ver.»
CON. Harto buenas han de ser
según las pintas aquí.
¡Bravo moro!
DUQ. Muy galán.
Pero vamos, porque firme
las treguas y se confirme
lo que me pide Argolán.
Quedad, Conde, en hora buena.
CON. Dios guarde a vueseñoría.
LUIS. ¿Qué dirá doña María?

(Vanse, y entra MARCELO.)

CON. ¿Qué hay, Marcelo?
MARC. Todo es pena.
Que se fuesen aguardaba
y estáse este necio aquí.
CON. Don Luis, adiós.
LUIS. ¡Ay de mí!
Adiós, Conde.
CON. ¿Qué hay? Acaba.
MARC. Di el papel, y aquesta banda
para tu brazo me dió.
CON. Marcelo, ya no soy yo
el Conde, tú al Conde manda;
tú eres el Conde, yo soy
Marcelo.
MARC. Cuando eso hagas,
con las palabras me pagas;
señor, satisfecho estoy.
CON. Ya entiendo; aquel vestidillo
que me quité el otro día
te pondrás.
MARC. Doña María
me dió, señor, este anillo.

(1) Este verso y el anterior serán de una redondilla en que faltan otros dos.

CON. ¿Cómo? ¿Qué anillo te dió?
Tente, que fué para mí.
¿Cómo anillo para ti?
MARC. ¿Pues no soy el Conde yo?
CON. No, Marcelo, que no eres
sino a quien di mi vestido.
MARC. De albricias me lo dió.
CON. Ha sido
de un ángel y tú le quieres.
MARC. Suelta. ¿Pues qué me has dado
por lo que de un ángel fué?
CON. Cien ducados te daré.
MARC. Venga prenda.
CON. ¿Y no hay fiar?
Tú los cobrarás después.
MARC. Toma.
CON. ¿Que este suyo fuese?
MARC. ¿Pues qué haría si supiese
que es todo de doña Inés?
CON. Anillo que aquel marfil
ceñisteis de un blanco dedo,
daros el alma no puedo,
que es espíritu sutil.
Pero si era antiguamente
del anillo condición
en ser señal de prisión
entre la cautiva gente,
id, mi alcaide, que yo soy
vuestro esclavo y vuestro preso.
MARC. Quien puede te vuelva el seso.
CON. Banda, mil besos os doy.
Sed amante, sed consuelo
de este brazo de ignorante,
que mal puede ser amante
del suelo prenda que es cielo.
Pero sí fué mi ventura
sustentarle, aunque es del suelo,
pues tan claro es que el cielo
sustenta lo que es su hechura.
Marcelo, a don Luis gané
este anillo, y yo querría... (1)
MAR. Pues yo se le llevaré.
CON. Parte, y dile que sus manos
beso por tanto favor.
MAR. Voy a dársele, señor.

(Vase.)

CON. Locos pensamientos vanos,
no acabéis mi sufrimiento
con tantas desconfianzas,
que tan buenas esperanzas
no es bien que las lleve el viento.
Fuí al principio aborrecido,
buena señal en mujer;
que su firmeza en querer
suele comenzar de olvido.
Y ahora ya soy amado;
que si aborrecen por fuerza,
haberlo sido me fuerza
a no temer lo pasado.

(Entra DON LUIS.*)*

LUIS. Ya, Conde, traigo el dinero,
mándame dar el diamante.
CON. ¿Qué dinero?
LUIS. El que es bastante
a prenda que tanto quiero.
CON. ¡Bueno es eso, vive Dios!
Enviéle a doña María.
¿Luego esta prenda no es mía?
LUIS. ¿No he concertado con vos
que en pagándoos lo perdido
me la volveréis a dar?
CON. Mandéla agora a llevar
a un platero conocido
para hacer otra por ella
buscando su semejante.
LUIS. Y fué de una mano bella. (1)
¿Cuándo la traerán?
CON. Bien presto.
No sé qué tengo de hacer.
Quiero ver si es ido, y ver
si hay algún remedio en esto.
Voy a que vayan por ella.

(Vase el CONDE.*)*

LUIS. Id, que me importa la vida,
porque vive el alma asida
del dichoso dueño de ella.
Que cuando el competidor
más solemniza su bien,
es bien que pena me den
su desdén y su favor.

(Entran DOÑA MARÍA *y* MARCELO.*)*

MAR. Vuélvete y di que la aceto
y que hoy responderé.
MARC. ¿Cuándo?
MAR. Después.
MARC. Yo vendré.

(Vase MARCELO.*)*

(1) Falta un verso después de éste, que podía ser «enviarlo a doña María».

(1) Falta un verso a esta redondilla.

MAR. Ven tarde y ven con secreto.
Prenda que a don Luis he dado
me envía don Pedro a mí.

LUIS. ¡Oh, amor, cuán fuera de mí
me ha tenido mi cuidado!
Perdonad, señora mía,
que en vuestra imaginación
divertí mi corazón,
y por aquesto no os vía.

MAR. Viento ligero en mudanzas,
mar instable en su firmeza,
sueño de incierta riqueza,
rico pobre de fianzas.
Adulador lisonjero,
privado atento a su bien,
ciego de un ciego también
amigo y mal consejero.
Celada de mil contrarios,
noche de mil mudamientos,
máquina de pensamientos,
libro de sujetos varios.
Doblón de falsos metales,
fortuna de mil vaivenes,
falta de infinitos bienes,
sobra de infinitos males.
Hombre, en fin, que es rematar
la cuenta con triste fin,
que cuando diga ruín
no tiene qué replicar.
Yo os amé cuando pensé
que mi igual en todo amaba,
aunque sangre no buscaba,
sino igualdad en mi fe.
Bien que tan honestamente,
que ahora me maravillo
de haberos dado un anillo,
que es el que miráis presente.
Pero pues vos le habéis dado
para que pudiese ser
que viniese a mi poder
y que yo le haya cobrado,
desde hoy se acaban aquí
los pasados pensamientos,
si os viese beber los vientos
perdiendo el alma por mí.
No me pidáis a mi padre,
que al Conde, que se me inclina,
darme el amor determina
y el consejo de mi madre.
Y esto ninguno lo intente,
ni mayor ni vuestro igual;
que también me estaba mal
casarme con mi pariente.
Lo que pasó ya no fué,
lo que ya llega no tarda,
y a quien tan mal prendas guarda
no es justo guardarle fe.

(Vase DOÑA MARÍA.)

LUIS.

¡Anillo al Conde que le dí por prenda!
¡Prenda que al Conde di se atrevió a dalla!
Sin respuesta se fué, que es bien que emprenda
hacer la mano lo que el alma calla.
Justa ocasión de celos, justa enmienda,
justa ocasión de campo y de batalla;
hoy al villano Conde desafío,
cobrando con su muerte el amor mío.
¡Mi anillo, dado al Conde por engaño,
a mi dama le dió, contra mi fama!
Piensa que soy el fronterizo isleño
o el que de los gazules rey se llama.
No he de dormir en blanca cama sueño
hasta acabar el fin de esta hazaña. (1)

(Entra ANTONIO.)

Vive Dios, que le maté.

ANTONIO.

No lo creo.

LUIS.

Mal agüero, por Dios, de mi deseo.
Qué, ¿no crees, amigo don Antonio?

ANTONIO.

Aquí me despedí de don García,
que dice que se trata matrimonio
entre el Conde...

LUIS.

¿Y quién más?

ANTONIO.

Doña María.

LUIS.

De todo puedo daros testimonio.

ANTONIO.

¿Cómo?

LUIS.

El Conde le dió una prenda mía.

ANTONIO.

¿Y la ha tomado?

LUIS.

Sí.

---

(1) No es consonante «hazaña» de «llama». Quizá deba decir «hasta acabar el fin de aquesta trama».

ANTONIO.
¿Qué fué?

LUIS.
Un anillo
que a los dados perdí tras el morillo.

ANTONIO.
Desesperado estáis.

LUIS.
Voyme.

ANTONIO.
¿Y adónde?

LUIS.
A despicarme, si por dicha hay juego.
¿Ciñe ya espada, por ventura, el Conde?

ANTONIO.
Y en vuestro Mendocilla sale luego.

LUIS.
Juntos saldremos.

ANTONIO.
Amistad responde.
Que no le digáis nada de esto os ruego,
que, en secreto, me dijo don García
que del Duque, su padre, lo sabía.
¿Pues por qué se la dan?

ANTONIO.
Porque él la adora,
y respeto de su talle y hermosura;
porque desde el ocaso hasta la aurora
no se ha visto tan bella criatura.
No hay moro ni cristiano en cuanto dora
el claro sol con luz divina y pura
que no sepa su fama y que no aguarde
su casamiento.

LUIS.
Será malo y tarde.
Adiós.

ANTONIO.
El cielo os guarde y favorezca
hasta que su deseo satisfaga
y tanto a doña Inés siempre aborrezca
que su concierto y mi temor deshaga;
en cuanto ella intentare le parezca
que todo es de su amor injusta paga;
que si el Conde está ahí y no se desposa,
aunque mi prima fué, será mi esposa.

(Entran el CONDE *y* MARCELO.)

CON. Qué, ¿en efecto, se le diste?
MARC. Como tú me lo mandaste.
CON. Marcelo, a perder me echaste.
MARC. Tú, señor, me persuadiste.
CON. Tómala.
MARC. Por matrimonio.
CON. ¿Qué responde?
MARC. Escribirá.
CON. ¿Cuándo?
MARC. A la tarde.
ANT. Aquí está
don Antonio.
CON. ¡Ah, don Antonio!
ANT. Pensé que salido habías.
CON. Ya aperciben la carroza.
ANT. Antes dicen que a Mendoza
mochila verde ponías.
CON. Ganésela a don Luis.
ANT. ¿Es más galán que el picazo?
CON. ¿Pues no?
ANT. ¿Cómo va del brazo?
CON. Bien, si del brazo (1) decís.
ANT. Aun no había visto el favor.
¿Es banda?
CON. Y desesperada.
ANT. Mas esperanza burlada
por un disfrazado amor.
¡Cielos!; ¿mi banda no es?
Gallarda empresa, a fe mía.
CON. Es esperanza tardía
que se marchita después.
Que este pajizo color
significa en su mudanza
desesperada esperanza
que un tiempo fué verde flor.
Que como sin dar tributo
verde en flor la banda está,
y en amarillo se va
trocando después su fruto.
Así se ve, en mi favor,
hacer de verde mudanza,
que dió fruto a la esperanza
que un tiempo fué verde flor.
ANT. Por cierto que es extremada,
y que vos la merecéis.
CON. ¿De qué, pariente, tenéis
la color triste y turbada?
¿De qué la prenda os altera?
ANT. Reparo en que me burlé
cuando otro dueño pensé
que de las vuestras lo era.
Que a su hermosura divina,

(1) Parece que estaría mejor «Bien, si mi brazo».

recién venido a Toledo,
sí adivino con el dedo
que vuestra afición se inclina.
Pero ya lo contrario es;
que esta banda, un tiempo mía,
no fué de doña María.

CON. ¿Pues de quién?

ANT. De doña Inés.
Y, Conde, por vida vuestra,
que perdonéis mi pesar;
que amor bien lo puede dar
en la grande amistad nuestra;
pues bien sabéis que los celos
tienen con todos disculpa.

CON. Si en eso he tenido culpa,
pedid venganza a los cielos.
Esta banda me ha enviado
doña María, y si fué
de doña Inés, yo no sé
por qué ferias se la ha dado;
que por ella le envié,
por salir favorecido,
ayudando al brazo herido,
que por su gusto lo fué.
Si doña Inés se la dió,
no lo tengáis, primo, a mal;
que para una ocasión tal
poco la prenda ofendió.
Pero si es de doña Inés,
volvérosla quiero aquí.
Marcelo, ¿no es esto así?

ANT. Paso, Conde, vuestra es;
gozad la banda en buen hora.

MARC. Señor, las dos juntas vienen.

(Entran DOÑA INÉS *y* DOÑA MARÍA, *de visita.)*

MAR. Tus celos la culpa tienen
y el alma que al Conde adora.
Don Antonio está con él.

INÉS. Que hubo de estar mi enemigo
con él.

CON. Don Antonio amigo,
entretenedla.

ANT. Di, cruel,
¿qué Dios, qué ley, qué amor man-
[da
que así trates quien te adora?

CON. Bésoos las manos, señora,
por el favor de la banda;
que el brazo favorecido
con tal favor está ya
tal, que cobraros podrá
cualquiera guante perdido.

MARC. Aquí se descubre todo;
ella lo ha echado a perder.

MAR. Véngoos, Conde, a agradecer
la sortija.

CON. ¿De qué modo?
Tras el favor recibido
de esta banda, no es razón
cargar más la obligación
a uno en cuerpo y alma herido.

MAR. ¿Pues quién la banda os ha dado?

CON. Vos.

MAR. ¿Quién lo dice?

CON. Marcelo.
¿Marcelo?

MARC. Señor.

CON. Marcelo,
habla. ¿De qué estás turbado?

MARC. Señor, yo di tu papel
a doña Inés.

CON. ¿A qué efeto?

MAR. Por encubrirle el secreto
hallándome ella con él.

INÉS. Y yo, porque él me engañó,
el papel agradecí
con la banda que le di.

CON. ¿Que vos no la disteis?

MAR. No.

CON. ¿Que tú la banda enviaste?

INÉS. Yo, pues, pensando que el Conde
a tanta fe corresponde.
Y este desengaño baste.
Que si mi padre ha tratado
darme al Conde por marido,
aunque mal agradecido,
favor fué bien empleado.

ANT. El Conde no se te inclina,
justo castigo es del cielo,
a quien de tu pago apelo,
de mis lealtades indina.
Tu padre le ha de dar
tu hermana y hacer su gusto.

INÉS. Si él me diere este disgusto,
el alma al Conde ha de amar;
ella está con él casada;
no ha de tener otro dueño.

MAR. Y yo mi palabra empeño
de ser su mujer forzada.
Y así, le suplico al Conde
pague a mi hermana este amor.

CON. ¿Qué fiera mayor rigor
en sus entrañas esconde?
Señora, yo te amo a ti.

MAR. Conde, yo no os he de amar.

INÉS. ¡Que así me quieras tratar!
ANT. ¡Que quieras matarme así!
CON. ¿Por qué me tratas tan mal?
MAR. Porque os queréis bien los dos.
INÉS. Conde, yo muero por vos.
ANT. Y yo por ti estoy mortal.
CON. ¡Que aborreciéndome estés!
MAR. Por mi hermana, no por ti.
ANT. ¿Por qué me tratas así?
INÉS. Por el Conde, ¿no lo ves?
CON. ¿Que no he vencer tu olvido?
MAR. Mi hermana es ya tu mujer.
ANT. ¿Podré tu olvido vencer?
INÉS. El Conde es ya mi marido.
CON. Antes mil muertes me den.
MAR. Y a mí, si tu mujer fuere.
ANT. ¡Que quieras quien no te quiere!
¡Que te olvide y quieras bien!

(Entra DON GARCÍA.)

GARCÍA.

Pensando hallarte a solas, te traía
de un amigo un recado; mas no importa.

MARÍA.

Si lo es tanto, menos debe ser vuestra visita, (1)
que el Duque nos mandó que al Conde viésemos.
Quedad con Dios.

ANTONIO.

Yo quiero acompañaros.

CONDE.

Con tal visita, mi señora, creo
que cuando las heridas fueran muchas
y cada cual mortal, como milagro
sano en la fe de la hermosura vuestra.

ANTONIO.

¡Que así me trates!

INÉS.

Si has de acompañarme,
no me has de atormentar con tu tormento.

ANTONIO.

Ruégale que quiera, hermosa prima.

MARÍA.

Si ruego al Conde que a mi hermana quiera,
¿cómo diré a mi hermana lo que dices?

ANTONIO.

¡Ah, Conde, mala muerte mueras!

INÉS.

Calla.
Si le maldices dejaré tu mano.

ANTONIO.

No me la dejes y viva el Conde un siglo,
y muera yo como tu mano tenga.

(Vanse DON ANTONIO, DOÑA INÉS *y* DOÑA MARÍA.)

CONDE.

¿Qué me dices?

GARCÍA.

Lo que veréis os pido.

CONDE.

¿Que Argolán ha venido disfrazado?

GARCÍA.

Con la ocasión, don Pedro, de las treguas
entran y salen en Toledo moros.
Cuál compra seda, cuál sustento compra,
cuál vende el alquicel, cuál el caballo,
cuál mira los insignes edificios,
cuál desde fuera la famosa iglesia;
y así, entre los que digo, van y vienen
del campo a la ciudad, como acostumbran
por largas sendas las hormigas negras,
aunque por ser tan varios los colores
más parecen abejas por el aire
cuando en picos y en pies las flores llevan.
Y así Argolán, que, como rey, no puede
entrar en la ciudad sin alboroto,
con una banda al rostro ha entrado a verte
y ya queda a la puerta de palacio.

CONDE.

Pues dile que entre, amigo don García.

GARCÍA.

Voy a avisarle y quedaréme fuera
porque ninguno estorbe vuestra plática.
Aunque tenía que...

CONDE.

Pues no la guardes,
que en tanta paz no hay que temer.

GARCÍA.

Yo parto.

CONDE.

Llega, Marcelo amigo, estas dos sillas.
Para mí la pequeña, y esa grande
pondrás al Rey, que es rey al fin.

(1) Verso muy largo; pero difícil de reducir. Quizá serían dos versos en su primera forma.

MARCELO.

Ya viene.

(Entra ARGOLÁN *con una banda al rostro.)*

CONDE.

Deme los pies su alteza.

ARGOLÁN.

Antes, cristiano,
los tuyos pido.

CONDE.

Si los pies me niegas,
dame las manos.

ARGOLÁN.

Si me das las tuyas.

CONDE.

Sean de amor.

ARGOLÁN.

De amor eterno sean.

CONDE.

Toma esta silla, Rey.

ARGOLÁN.

A ti se debe,
y esta pequeña es más a mi propósito.

CONDE.

Harásme estar en pie.

ARGOLÁN.

Siéntate, acaba;
que mientras más pequeña es esta silla
es más conforme a quien yo soy, y siéntate.

CONDE.

Con tu licencia, al fin, señor, me siento.

ARGOLÁN.

¿Estás bueno?

CONDE.

Estoy.

ARGOLÁN.

Estame atento.
Ilustre Conde don Pedro,
valiente, noble y famoso,
española sangre antigua
original de los godos.
Los que igualmente en el campo,
cuerpo a cuerpo, riñen como
los dos reñimos, iguales,
de un sol a otro sol y solos,
cuando escapan con las vidas
de suerte pierden el odio,
que no hay mayores amigos;
y así lo somos nosotros.
Esta voluntad, cristiano,
puesto que enemigo y moro
de suerte cobré contigo,
que hermano en armas te nombro.
Y verás lo que en volviendo
adonde mis parias cobro,
como a Rey te las envío
y de año en año las doblo.
No habrá nacido en el Betis
de famosa casta el potro
cuando con el hierro ardiente
le marque tu nombre sólo.
Ni se tejerá la toca
con el rapacejo de oro,
la alfombra en colores varios,
cuando se te rinda todo.
Después de venir a verte
y ofrecerte estos despojos,
de mi venida a Toledo
sabrás la causa. Oye un poco.
Los moros, siempre en dos ciencias
famosos, don Pedro, somos;
la una es astrología,
ciencia en muchos, cierta en pocos,
y la otra es medicina;
y de estas dos sabe un moro,
en la una Trimegisto
y en la otra el dios Apolo.
Díjome por largo estudio
del casamiento dichoso
de esta gran doña María,
que ya con llaneza adoro,
que un rey casaría con ella,
quitándosela a su esposo,
y de estos dos nacería
a España un príncipe heroico
que ganaría a Granada
y su pendón victorioso
sobre su Alhambra pondría
llamándose Rey católico.
Yo, por evitar los daños
que el cielo amenaza, tomo
la empresa de ser marido
de un ángel, alarbe loco.
Porque naciese pagano
el príncipe generoso
que al moro ha de echar de España,
y contra el cielo me opongo.
Pero viendo el desengaño,
mañana a Alcalá me torno,

levantaré mis banderas
volviendo a Toledo el rostro.
Dícenme que tú la quieres.
¡Oh, astrólogo mentiroso!;
que no eres rey, aunque reyes
vences como a esclavo propio
Si tanto bien me conceden
los cielos, escape en hombros
de tu grandeza mi rey
y póngate Alá en su trono.

CONDE.

No sé, famoso Rey, con qué palabras
pueda satisfacer tu ofrecimiento,
indigno de quien ya se te ha rendido
y te debe las parias que me ofreces.
Nuestra amistad, que confirmó la sangre
que vertimos los dos a un mismo tiempo,
aquí la juro por el Dios que adoro
y por la cruz que a sus espaldas puso,
poniendo en ésta de la espada mía
la mano a efecto de homenaje hidalgo.
Cuanto a lo que es volverte, porque entiendo
que me obligas, bien haces; que yo sólo
vine por un soldado; más peleo
que el ejército todo, pues levanto
el cerco que a Toledo puesto tienes.
Cuanto a lo que dijo el moro astrólogo
que la famosa e invicta María
pariría a ese Príncipe católico
que ha de echar a los moros de Granada,
bien puede ser que con el tiempo sea;
porque, en efecto, soy aborrecido,
que su honesta y hermosa compostura,
en razón de su hermana, no se mueve
a mis deseos más que al viento un monte.
Verdad es que su padre, según dicen,
me la promete, siendo a pesar suyo;
y créeme que pienso hacer de suerte
que, casado con ella, no se cumpla
lo que se pronostica de ese Príncipe
porque vivas seguro largos años
de los cristianos de su grey dañosos.

(Entra MARCELO.*)*

MARC. Que ha de entrar a hablarte,
señor, porfía don Luis.
ARG. ¿Quién
es ese caballero?
COND. Bien (1)
puedes de don Luis fiarte.
ARG. Entre; pero estate así,
no le des asiento alguno;
que si no eres tú, ninguno
se ha de sentar junto a mí.

(Entra DON LUIS.*)*

LUIS. Solo te quisiera hablar.
CON. ¿Y qué importa acompañado?
Habla al Rey.
LUIS. Vengo enojado.
¿A qué rey tengo de hablar?
ARG. ¿Es ese enojo conmigo,
señor cristiano?
LUIS. No es,
sino con el Conde.
CON. ¿Pues
conmigo, don Luis amigo?
LUIS. La sortija que te di
en empeño, ¿es cortesía
dársela a doña María?
CON. De tu amistad lo creí.
LUIS. ¿De mi amistad? ¿En qué ley
amistad, Conde, se llama
dar mis prendas a mi dama?
¿Hay rey aquí?
ARG. Yo soy rey.
LUIS. Aunque moro, campo pido
y te desafío y reto.
CON. Campo y desafío acepto.
ARG. ¿No me diréis lo que ha sido?
LUIS. Esta noche, hasta las nueve,
en ese terreno aguardo.
CON. Yo iré.
LUIS. Adiós.
ARG. ¿Que, gallardo,
un hombre al Conde se atreve?
Hombre que venció a Argolán,
¿se le atreven otras manos?
Si tales sois los cristianos,
poca fama y nombre os dan.
¿Has de hacer el desafío?
MARC. El Duque viene, señor.
ARG. ¿Quién?
CON. El Gobernador,
padre de tu bien y mío.
ARG. No es bien que así halle un rey.
Adiós. Dile que mañana
alzo de la vega llana
mi campo y vivo en tu ley.
CON. ¿Luego no te he de ver más?
ARG. Yo te avisaré. Adiós queda.

(Vase ARGOLÁN *y sale el* DUQUE.*)*

DUQ. Ya la entrada se me veda.
Conde amigo, ¿dónde estás?

(1) Sobra una sílaba a este verso.

CON. No te enfades, por mi vida,
en que te haya detenido,
porque no sin causa ha sido.
DUQ. Qué, ¿visitaban tu herida?
CON. Y como una dama era
que no te ha querido bien;
pero débesme también
que ya, señor, bien te quiera.
DUQ. ¿Cómo?
CON. Sabed que Argolán
es el que se va de aquí.
DUQ. ¿El Rey mismo?
CON. Señor, sí,
que es un fuerte capitán.
Cobróme tanta afición,
que si algo me quieres dar,
le haré de Toledo alzar
el ejército y pendón.
DUQ. ¿Es cierto?
CON. Como lo digo.
DUQ. ¿Y eso, Conde, está en tu mano?
CON. Dice que no hay tal cristiano.
A lo que digo me obligo;
pero hásmelo de pagar.
DUQ. No tiene paga ese bien.
CON. Sí tiene.
DUQ. ¿En quién?
CON. En quien
mayor bien me puedes dar.
DUQ. ¿Mayor bien?
CON. ¿No lo es tu hija?
DUQ. ¿Quién? ¿Doña Inés?
CON. Su valor
es digno, heroico señor,
que un imperio mande y rija;
pero la rara hermosura
de su hermana me ha obligado
un deseo, que ha llegado
a ser amor y locura.
Si ésta me dáis, yo haré
que mañana el Rey se vuelva.
DUQ. ¿Dudas que no me resuelva
en lo que tan bien me esté?
Esta te doy por señal
de dártela por ti sólo;
porque de este al otro polo,
fuera del Rey, no hay igual.
Argolán se vaya o no,
tu suegro soy.
CON. Pues el dote
no te aflija y alborote,
rico soy.
DUQ. Bien lo sé yo.
Pero lo que haré por ti
será, por propia persona,
llevártela a Barcelona,
para que os caséis allí,
y el gasto de este camino,
que no será poco hacer.
CON. ¿Luego mándasme volver?
DUQ. Que es necesario imagino
por los que a mí me la piden
y a quien su hermosura engaña.
CON. Llámanla el ángel de España;
con razón mi muerte impiden.
Vete, y yo publicaré
mi partida.
DUQ. ¿Sí se irán
los moros?
CON. Ya de Argolán
que se van mañana sé.
DUQ. ¿Mañana?
CON. Sí.
DUQ. Pues adiós.
CON. Marcelo, bien me ha venido
para lo que ha sucedido.
MARC. ¿Qué habéis hablado los dos?
CON. Ya es mía doña María.
Yo me parto a Barcelona
y él me la lleva en persona.
Y don Luis me desafía.
Pero apercíbeme un jaco;
pero no apercibas nada,
dame rodela y espada.
MARC. Espada y rodela saco.
¿Pero no será mejor
irte y dejalle por necio?
CON. ¿Y he de hacer ese desprecio?
MARC. ¿De quién?
CON. De mi propio honor.
No, hasta hacerle pedazos.
MARÍC. Entra a armarte.
CON. Esposa mía,
hermosa doña María,
¿cuándo te veré en mis brazos?

(Entrase y sale DON LUIS *al desafío.)*

LUIS. Aunque yo no pongo duda
que en el Conde hay gran valor,
siempre lleva lo mejor,
alguien la razón le ayuda.
Y pues de mi parte llevo
la razón que ha de ayudarme,
bien duedo determinarme
con la razón que me atrevo.

Y pues es honra morir,
vengarme o morir aguardo.

(Entra ARGOLÁN.*)*

ARG. Aquí el español gallardo
con el Conde ha de reñir.
Y creo que digo bien,
porque ha de reñir conmigo,
y el amigo en el amigo
se ha de transformar en bien.
Y pues es tan gran razón
hacer presencia en tal caso,
quiero alargar aquí el paso.

LUIS. ¿Quién va allá?

ARG. Enemigos son.

LUIS. ¿Es el Conde?

ARG. El Conde, pues.

LUIS. En la voz no le parece.

ARG. Si no es él, es quien le ofrece
por él.

LUIS. ¿Quién?

ARG. Argolán es.

LUIS. Pues, moro, ¿por qué razón
sales tú al desafío?

ARG. Tiene el Conde amigo mío
una cierta ocupación.

LUIS. Pues si el Conde está ocupado,
desocuparse ha otro día.

ARG. No será, por vida mía,
el Conde tan mal mirado.
Yo vengo por él aquí,
ya digo que el Conde soy.

LUIS Moro, que al diablo te doy.
¿Qué es lo que quieres de mí?

ARG. Matarte, por Dios, no más;
cuando no por tantas leyes
de amistad, porque a los reyes
hables, si enojado estás,
y respetes su presencia,
guardándoles el decoro.

LUIS. ¿Eres moro?

ARG, De un Rey moro
es mora la penitencia.
Mete mano.

LUIS. ¡Ah perro!

ARG. ¡Ah vil!

(Entra el CONDE *y cae* DON LUIS.*)*

CON. A las voces he llegado.
¿Qué es esto?

ARG. Haberte vengado.

CON. ¿Es muerto?

ARG. Aunque fueran mil.

CON. ¿Por qué reñiste con él?

ARG. Por quitarte ese cuidado.

CON. Puesto que me has obligado,
pésame, Argolán, por él.

ARG. Ya es hecho. Yo soy tu amigo;
cuando se te ofrezca en qué,
desde mi tierra vendré
a matar a tu enemigo.

(Vase ARGOLÁN.*)*

CON. Espera, oye, escucha. ¿Hay hombre
que se le pueda igualar?
¡Ah, don Luis! ¿Podéis hablar?

LUIS. Conde.

CON. Amigo.

LUIS. Dulce nombre.

CON. ¡Que Argolán hiciese tal!

LUIS. No quieras culparle así.
Llévame, Conde, de aquí,
que mi herida no es mortal.
Yo lo veo en el sujeto.

CON. Arrimáos aquí.

LUIS. ¡Ah, buen moro!

CON. No hay en el mundo tesoro
como un amigo perfecto.

JORNADA TERCERA

(Sale el CONDE *solo.)*

CON. ¡Oh larga y prolija ausencia,
autora de la mudanza,
martirio de la esperanza,
verdugo de la paciencia,
insufrible penitencia
del pensamiento afligido,
madre de celos y olvido!;
¿cuándo cesará tu agravio (1)
para el mal del bien perdido?
¡Oh Toledo, en quien dejé
aquel sol del alma mía
en la noche de aquel día
que de su luz me ausenté!
¿Cuándo el alba de mi fe
verá su divino oriente
de su sol resplandeciente
en este nublado ocaso
de las desdichas que paso
enamorado y ausente?

(1) Falta un verso a esta décima antes o después de éste.

Hermosa doña María,
mi esposa y todo mi bien,
vos sois la esperanza en quien
el alma ausente confía.
¿Cuándo llegará aquel día
que a Barcelona lleguéis
para que a sus muros deis
la luz que a Toledo dáis
y al Conde restituyáis
el alma que le debéis?
Si viene, ¿cómo es posible
que venga con tal secreto?
Si no ha partido, ¿a qué efeto
su tardanza es convenible?
¡Oh pensamiento terrible!;
nave que con varios vientos
hace varios movimientos;
después de la dura suerte
no hay enemigo más fuerte
que sus propios pensamientos.

(Entra MARCELO, *criado.)*

MARC. Albricias, señor.
CON. Marcelo
hasta el alma, si codicias,
te daré por las albricias.
¿Llega el sol o ábrese el cielo?
¿Rompió las nieblas el alba?
¿Pasó ya la noche ría?
¿Hicieron al nuevo día
las aves su dulce salva?
¿Pasó el invierno? ¿Llegó
la diosa que el campo viste?
¿Quejóse ya Progne, triste?
¿Qué Filomena cantó?
¿Pasó ya la nave indiana
la barra, y, tomando puerto,
vino el tesoro encubierto,
burlando la envidia vana?
¿Dieron sentencia en favor?
¿Publicóse la victoria?
¿Venció la pena a la gloria
y la esperanza al temor?
¿Podrá poner mi alegría
luminarias en el seso?
MARC. ¿Qué quiere decir todo eso?
CON. Si llega doña María.
MARC. Pues ni el sol, ni el día, ni el alba,
ni el verano, ni el invierno,
ni de Progne el canto tierno,
sentencia, tesoro y nave,
ni esperanza, ni victoria
llegan en esta ocasión.
CON. ¿Pues quién?
MARC. El Rey de Aragón.
CON. Agüeros son de mi gloria.
El Rey sea bien venido,
si de mis glorias se goza.
¿De dónde?
MARC. De Zaragoza.
CON. Secreta venida ha sido.
¿Viene gran gente con él,
criados y cortesanos?
MARC. Y esos, como el oso, ufanos
con la colmena de miel.
CON. Bien dices; que sus enojos
tanto su privanza apura,
que, a trueco de su dulzura,
se dejan sacar los ojos
¿Viste al Rey?
MARC. Es gentil hombre
y gallardo por extremo.
CON. Ya ninguna cosa temo
con la fama de su nombre.
por la honra que ya espero
de su grandeza en mis bodas.
Busca entre mis cosas todas
la que más estimo y quiero,
y esa, por albricias, toma.
MARC. Yo, gran señor, mi interés
sólo a tu servicio es.
CON. Verle quiero antes que coma.
Pero querrá descansar.
Marcelo amigo, ¿qué haré?
Dime, ¿cómo entretendré
lo que el sol tarda en llegar?
¿Si le haré música y salva?
¿Si será el Rey el lucero
de aquella estrella que espero?
¿Si será del sol el alba?
Un tronco, una piedra envidio,
este suelo, estas paredes.
MARC. De remedio de amor puedes
leer un rato en Ovidio,
que te enseñará a olvidar.
CON. ¿Qué aprovecha? El mismo jura
que el alma tarde se cura.
MARC. ¿Pues qué pretende enseñar?
CON. ¿En las hierbas no hay virtud?
MARC. De remedios está lleno
su libro, como Galeno,
de conservar la salud.
Que despues de mil consejos,
dice que vivir así
es triste vida.
CON. ¡Ay de mí,

que está mi remedio lejos!
Está mucha tierra en medio
de aquella rara hermosura
que es Galeno de mi cura,
Ovidio de mi remedio.

MARC. Sal a hacer mal a un caballo.

CON. Pon la silla a Barienes,
el turco.

MARC. En efecto vienes.

CON. Espera, quiero pensallo.

MARC. Como al caballo, y a ti
es un pienso el pensamiento.
Sí, triste, no hay movimiento
ni diferencias.

CON. Así,
ensíllame a Mendocilla.
Espera.

MARC. ¿Qué he de esperar?

CON. ¿No es mejor irme a la mar
y entretenerme en su orilla?

MARC. Bien podrás; aunque las aguas
fluctúan en dulce son,
crece la imaginación
de las tristezas que fraguas.
Mucho entristece la mar
al triste.

CON. Es pesada y grave.
¿Pero no habrá alguna nave
donde me pueda embarcar?

MARC. Galeras y naves mil.
Pero son vanas quimeras
querer echarte a galeras
por un negocio civil.

CON. No es sino muy criminal
una ausencia, que es destierro.
Trae espadas.

MARC. Otro yerro.

CON. ¿Y yerro en hierro está mal?
O tráeme tinta y papel
y responderé a Argolán.

MARC. Sí, que aguardándote están
sus moros.

CON. Sus moros y él.

MARC. Aquí está todo recado.

CON. Pónganme un bufete aquí,
y no hables.

MARC. Harélo así.
Mas los moros han llegado.

(Entra ZULEMA, *moro.)*

CON. Amigos, ya escribo.

ZUL. Alá
te guarde, famoso Conde.

MARC. Zulema, el Conde responde;
tu partida es cierta ya.

ZUL. No me ha pesado, cristiano,
de haberme aquí detenido
por muchas causas que han sido
de mi gusto y de mi hermano.
Y por ver a Barcelona,
ciudad famosa de España,
que el mar de Francia la baña
y sus riberas corona;
sus galas, talle y aseo;
su vidrio, allá celebrado;
sus damas, cuyo cuidado
aumentan más su deseo.
Yo he visto, en resolución,
hoy el más famoso Rey
entre los de vuestra ley:
el gran don Juan de Aragón,
de quien contar pienso al mío
su amparo y valor profundo,
aunque yo pienso que el mundo
no tenga igual.

MARC. Yo lo fío;
que hoy habrás visto patente
su grandeza y cortesía.

ZUL. ¿No llega doña María,
su esposa?

MARC. Es mujer, y ausente.

ZUL. Pues si Argolán, mi señor,
acompañarla pudiera,
no dudes que lo hiciera.

MARC. Créolo de su valor.

ZUL. Acompañarla quería
y el Duque se lo estorbó.

MARC. Ya el Conde, amigo, acabó.

CON. Ese bufete desvía.
Zulema, esta carta toma
y lo que esté prevenido
para el Rey, aunque corrido
de mi pobreza.

ZUL. Mahoma
te guarde y te dé tu esposa.

CON. Al Rey tu persona encargo.

MARC. ¿Qué has escrito?

(Vase el moro.)

CON. Tierno y largo
y una necedad forzosa.

MARC. ¿Cómo?

CON. Envío a convidar
para mis bodas al Rey.

MARC. ¿Pues cómo a Rey de otra ley?

CON. Quiérole mi amor mostrar.

Que eso fué por cumplimiento,
que no porque su persona
desde Alcalá a Barcelona
venga a honrar mi casamiento,
que acá tengo Rey cristiano.

MARC. Que le veas es razón.
Vamos, que es buena ocasión
para besalle la mano.

(Entran el REY DE ARAGÓN, RAMIRO, FERNANDO *y* RODRIGO, *criados.)*

REY.

Famosa es la ciudad.

FERNANDO.

¿Nunca tu alteza
a la gran Barcelona visto había?

REY.

Por fama y por retratos su grandeza
imaginada sólo la tenía.
Bien la enriquece el mar con su braveza,
poco está de ella lejos Berbería.

RODRIGO.

Desde estas torres de doradas cruces
se puede ver, señor, de Argel las luces.
De esotra parte a Italia, por Marbella,
parece que el camino se divide.

REY.

Bella es la costa.

RAMIRO.

Por extremo bella,
que de gentes se corona y mide. (1)
¿No ves las atalayas que por ella
van discurriendo, y cuyo fuego impide,
con ser señal de los lugares altos,
de los contrarios moros los asaltos?
Van desde aquí a Alicante y Cartagena,
por Valencia y por Denia, que es ufana
de las ruinas de aquel tiempo llena
del sacrificio insigne de Diana.

REY.

¿Málaga no se sigue?

FERNANDO.

Y harto buena,
aunque mala se nombra, a ser cristiana.
También sigue la costa en Almería,
cercando lo mejor de Andalucía.

(1) Verso corto.

Donde está la bellísima Granada,
cuya corona goza el enemigo,
después que a España la alarbe espada;
en campos de Jerez murió (1) Rodrigo.
Vese el Africa enfrente, conquistada
del claro portugués, que por testigo
Algeciras se muestra en los Algarbes,
y con Tánger y Ceuta, Arcila alarbes.

REY.

¿Y por esotra parte?

FERNANDO.

Hasta Laredo
se va siguiendo luego por Colombres.

(Entra el CONDE.)

CONDE.

Dame los pies, si merecerlos puedo,
famoso Rey, heroico entre los hombres.

REY.

¿Es el Conde don Pedro?

CONDE.

Soy tu hechura.

REY.

Que estéis aquí lo tengo a gran ventura. (2)

CONDE.

Mayor es, gran señor, la mucha mía.

REY.

¿En Castilla no estábades?

CONDE.

Estuve.

REY.

Y aun casado me dicen.

CONDE.

Mal podía
si licencia, señor, de vos no tuve.

REY.

Cubrid vuestra cabeza.

CONDE.

Que tal día
merezca ver; porque tras tanta nube
bien es que el sol de España me amanezca
y que su luz a mi tiniebla ofrezca.

(1) Quizá de deba decir «mató a».
(2) Faltan dos versos de esta octava.

REY.

La cabeza cubrid, poné el sombrero;
que cabeza que ha estado en mi defensa
cubierta siempre de luciente acero,
en descubrilla así se le hace ofensa.

CONDE.

No me casé, señor, porque primero
daros de todo parte el alma piensa
porque si fuere gusto vuestro.

REY.

Conde,
no digáis más, que el vuestro al mío responde.
¿Con quién casáis?

CONDE.

Señor, tiene en Castilla
el cielo un sol, un ángel, una dama
a quien la antigüedad la fama humilla
y en quien se ocupa la moderna fama;
en única y octava maravilla.

REY.

Ya sé quién es. Doña María se llama,
hija del Duque de Medina, Enrico.

CONDE.

De casta de los Reyes, noble y rico.
¿Vuestra alteza hala visto?

REY.

No, en mi vida.

CONDE.

Pues eso aguardo.

REY.

Huélgome en extremo,
porque es de gran linaje y preferida,
en virtud y valor, a muchas.

CONDE.

Temo
que el Duque me dilata su venida
por causa de un morisco, Polifemo,
que, como a Galatea, la servía
con todo lo mejor de Andalucía.

REY.

¿Pues éste no está allá?

CONDE.

Así imagino.

REY.

¿Y cómo en su venida te acomodas?

CONDE.

Viene su padre, y honra su camino,
dando las cosas necesarias todas.
Sólo, señor, me falta un gran padrino,
cual se requiere para tales bodas.

REY.

Si lo dices por mí, yo acepto el cargo.

CONDE.

Beso tus pies.

REY.

Mis brazos, Conde, alargo.

CONDE.

Con tal padrino, ¿quién dudar podría
que ha de ser dudoso el casamiento?

REY.

Tengo gran deudo yo a doña María
y a vuestro gran servicio estoy atento.

CONDE.

¡Oh, caballeros!

FERNANDO.

A vueseñoría
damos el parabién

CONDE.

De mi contento
el amistad le pide a quien me debe

(Entran MARCELO *y* JULIO, *hablando.)*

tan largo amor.

MARCELO.

Y que vendrán tan breve.
Digo que llega.

MARCELO.

Julio, yo no puedo
hablar al Conde.

CONDE.

¿Qué hay, Marcelo amigo?

MARCELO.

El alma te lo ha dicho.

CONDE.

¡Oh, Julio, quedo!
¿Qué hay?

JULIO.

Que llega ya.

CONDE.

¿Qué?

JULIO.

Lo que te digo.
Pero su padre se volvió a Toledo
porque el Rey le escribió.

CONDE.

Sea testigo
de mi contento vuestra alteza.

REY.

¿Cómo?

CONDE.

Cómo hoy las manos a mi esposa tomo.
¿Cuánto queda de aquí?

JULIO.

Queda una milla;
que habemos caminado con secreto
después que el Duque se volvió a Castilla,
obedeciendo al Rey, pues, en efeto.

REY.

¿Pues qué nos detenemos? ¡Hola! Ensilla;
que si en las bodas ser padrino aceto,
también es justo a recibilla vamos.

CONDE.

Qué, ¿no basta, señor, los que aquí estamos?

REY.

Digo que he de ir.

CONDE.

Por tal merced os beso
los pies mil veces. Caballeros, ea.

JULIO.

¿No me dan las albricias?

MARCELO.

¡Bueno es eso!
Está hecho un pelón, no hay quien lo crea.

JULIO.

Que no hubiera corrido te confieso.
¿Esto es mudar estado?

MARCELO.

Ya desea
guardar lo que en las bodas no ha gastado.

JULIO.

¡Oh, cual es un señor recién casado!

(Vanse todos.)

(Entran DON LUIS, DON ANTONIO, DOÑA MARÍA *y* DOÑA INÉS, *de camino.)*

LUIS. Hase de aguardar por fuerza
la respuesta, no se enoje.

INÉS. Si ya la noche descoge
su manto, partir es fuerza.

ANT. Sin duda que doña Inés
por ver al Conde desea
llegar a la ciudad.

INÉS. Sea,
don Antonio, por lo que es;
que ya vuestros celos son
más largos que este camino.

LUIS. ¡Ay de quien sin ellos vino
y aun no le dan ocasión!

ANT. Entristecednos ahora
con vuestra melancolía,
que calla doña María.

INÉS. Calla, sufre, siente y llora.
Por Dios, hermana, te esfuerza,
cese el cielo de llover.

MAR. ¿Qué ha de hablar una mujer
que va a casarse por fuerza?
De volverse don García
con mi padre, bien pudiera
alegrarme si no fuera
tanta la tristeza mía.
Porque sé que él dió consejo
a mi padre de estas bodas.

INÉS. ¿Que a amarle no te acomodas
siendo de la corte espejo?
Su talle, su bizarría,
sus donaires, ¿no te agradan?

MAR. Aunque más me persuadan,
fué grande desdicha mía.

INÉS. Oye aparte.

MAR. ¿Qué me quieres?

INÉS. ¿Quieres bien a don Luis?

MAR. ¿Eso de veras decís?

INÉS. Habla claro. Extraña eres.

MAR. En mi vida tuve amor
fuera de un término honesto;
si alguno en don Luis he puesto,
no ha sido amor en rigor,
sino pensar que sería
mi marido; pero ya
no en don Luis mi amor está,
ni en don Pedro, hermana mía.

INÉS. ¿Ya de ti no fué querido?
¿Por qué ahora no le quieres?

MAR. Porque tú la causa eres
de este mal nacido olvido;
y yo sé bien que de celos

y por saber si le amo
me hablas así.

INÉS. Que desamo
al Conde saben los cielos,
y que le quieras te pido.

MAR. Por fuerza le he de querer,
pues vengo a ser su mujer
y él viene a ser mi marido;
que sólo ver que le adoras
a esta sinrazón me obliga.

LUIS. El camino se prosiga,
que tarda el Conde, señoras;
y, supuesto que él no venga,
será gran razón partir.

MAR. No me puedo persuadir
que el Conde descuido tenga.

ANT. Gran gente viene, ellos son.

LUIS. Mi muerte sin duda viene,
primo, que gozar la tiene.

JULIO. Señora, el Rey de Aragón,
que es de tus bodas padrino,
viene a recibirte.

MAR. ¿Quién?

JUL. El Rey.

(Salen el REY *y el* CONDE *y gente.)*

REY. De tal parabién
un rey solamente es dino.
Dadme las manos, señora,
por deudo y por servidor.

MAR. Vuestra hechura soy, señor,
y esclava desde esta hora.

REY. Es el Duque vuestro padre
cercano deudo y pariente
de mi casa, y juntamente
la Duquesa vuestra madre.
Y así, por esto y por ser
vuestro padrino, he venido
a acompañaros, que he sido
dichoso en poderlo hacer.
Porque cuando sólo a esto
a Barcelona viniera,
dichosa jornada fuera.
¡Qué divino rostro! *(Aparte.)*

FER. Honesto.

REY. Porque desde Zaragoza
viniera con rostro igual.
¡Linda cara! *(Aparte.)*

FER. Celestial.

REY. Dichoso aquel que la goza.
No acierto, Fernando, a hablalla,
turbado estoy.

FER. Tierno y blando.

REY. Qué honestidad, don Fernando;
dichoso el que ha de gozalla.

FER. Da licencia que la hable
el Conde, que no se atreve.

REY. Haga el Conde lo que debe.
¡Rara hermosura! *(Aparte.)*

FER. Notable.

CON. Dadme, señora, los pies.

MAR. Conde, mi señor.

CON. Esclavo
vuestro.

REY. Y su hermana alabo.

FER. Llega a hablar a doña Inés.

REY. ¿Es su hermana?

FER. Señor, sí.

REY. ¡Oh, señora!

INÉS. Esos pies beso.

REY. Perdido estoy con exceso.
Marqués, ¿qué será de mí?

CON. ¿Venís buena, mi señora?

MAR. A vuestro servicio vengo.

REY. Fernando, morirme tengo.

FER. ¿Sin duda?

REY. Sí

FER. ¿Luego?

REY. Ahora.

MAR. Y vos, señor, ¿cómo estáis?

CON. Sin vos he estado a la muerte.

REY. ¡Que a tal tiempo vine a verte!

MAR. ¿Cómo a mi hermana no habláis?

CON. Un abrazo le daré
y dos a estos caballeros.

INÉS. Huélgome, señor, de veros
tan bueno.

REY. Cielos, ¿qué haré?
¿Hay tan rara perfección?...
¡Oh María, María bella,
del mundo o sol de Castilla, (1)
si dieras luz a Aragón!

CON. ¿En efecto, venís buenos?

LUIS. Yo vengo a vuestro servicio
y aun a ver mi sacrificio.

(Aparte.)

Puedo decir a lo menos.
De mi tío don García
y del Duque vuestro suegro
es esta.

CON. El alma alegro
con tanta ventura mía.

---

(1) «Bella» y «Castilla», si no es que se pronuncie «Castella» o «Castiella», como en lo antiguo no consuenan

ANT. Alcanzóles un correo
en Valencia, y desde allí
se volvieron.
REY. ¡Ay de mí,
que me arrastra mi deseo!
¿Qué hierbas, qué encantamentos
o qué palabras escritas
tiene este ángel?
FER. Irritas,
gran señor, tus pensamientos.
No le des hablando leña,
que suele encender gran fuego (1)
una centella pequeña.
REY. Bien dices, bien me aconsejas;
ya me parece otra cosa.
Don Fernando, no es hermosa:
mal rostro, ojos, frente y cejas,
no buen cabello ni boca.
Digo que me había engañado.
FER. Tienes razón, sí has notado
aquella majestad poca,
aquella fealdad sin aire,
aquel melindre enfadoso,
aquel mirar enojoso,
tan poco gusto y donaire.
La mujer es fea en rigor.
REY. Enemigo, ¡vive el cielo,
que cubra tu sangre el suelo
si ofendes su gran valor!
¿De aquel ángel celestial
ofendiste la belleza?
FER. Decía mal vuestra alteza,
y por eso decía mal.
REY. Marqués, mal os haga Dios,
¿por eso habéis de mentir?
Yo quiero ese mal decir;
pero no lo digáis vos.
Toma mi reino segundo,
alma de alma, hermosa fiera;
que si otro Alejandro fuera,
te ofreciera todo el mundo.
Pero el alma te consagro;
merécesla a toda ley;
que aunque ella es alma de rey,
tú eres ángel, ¡qué milagro!
FER. Repórtate, vuelve en ti.
¿Así de tus verdes años
te dejas llevar?
REY. ¡Qué engaños,
ay, don Fernando, nací! (2)

(1) Falta un verso, antes de éste, para la redondilla.
(2) Este verso parece equivocado.

FER. ¿Partiremos, caballeros?
CON. Cuando su alteza mandare.
REY. Pare el sol su curso, pare
María a vuestros luceros.
Hoy en vuestro mar, María,
el alma se ha de anegar;
no, María, sino mar
adonde el alma maría. (1)
FER. Rey eres y eres padrino.
REY. Mejor fuera desposado.
CON. Ya la noche se ha cerrado.
Vamos.
REY. ¡Qué corto padrino!
FER. Disimula.
REY. Daré voces.
FER. ¿Es bueno que así te ciegues?
REY. Plega a Dios que nunca llegues,
para que nunca la goces.
(Vanse y entran ARGOLÁN *y* ZULEMA.*)*
ARG. De que he llegado y estoy,
Zulema, en este lugar...
ZUL. Ya no hay para qué avisar,
que Gazul le avisó hoy.
ARG. ¿Estaba el Conde galán?
ZUL. Como desposado estaba.
ARG. ¿Y aquel sol que un tiempo daba,
Zulema, vida a Argolán?
ZUL. Ese quitaba la vista;
que no hay águila tan alta
que no diga que le falta
fuerza que a su luz resista.
Aunque con poco contento,
cuando a hablar al Conde entré.
ARG. ¿Y el Rey?
ZUL. Suspenso le hallé
retirado a su aposento.
Que dicen que trae disgusto,
aunque la causa no saben.
Plegue a los cielos que acaben
estos sucesos con gusto.
Mas, señor, el Conde viene.
ARG. Dichoso flor de cristianos,
dame a besar esas manos.
¿Estás bueno?
CON. En este día
contento y salud me sobra.
¿Viéneslo tú?
ARG. Verte sobra
para bien y salud mía.
¿Tu esposa?
CON. Hermosa y contenta.

(1) El original dice «María» otra vez.

ARG. ¿El Rey?
CON. Con deseo de verte.
ARG. Quisiera un mundo ofrecerte
quien su humildad te presenta.
Pero en esta encamisada
te sirve de diez caballos,
que bien podrás confiallos
la máscara y el espada.
Helos cubierto, a tu usanza,
con mangas de telas de oro,
trayendo aparte el jaez moro
hasta el hierro de lanza.
Traen, por que verlos pueda
tu Rey, que tan bien te trata,
las herraduras de plata,
las cabezadas de seda.
Y para estrado a María
de reina, cual tú la nombras,
traigo veinticinco alfombras
tejidas en Berbería.
Sus cenefas un tesoro
valen, aunque en esto exceda,
fondos y lazos de seda,
venas y labor de oro.
Diez almohadas, tan buenas,
que son de perlas labradas,
ellas brocado y las borlas
de aljófar y perlas llenas.
Sin otras cosas que son
muestras de amistad también,
y entre ellas un parabién
labrado en el corazón.
CON. ¡Vivas, Argolán, mil años!
Dame esas manos amigas
con que al Conde tanto obligas
y vences reyes extraños.
Mi esposa y yo agradecidos
estamos a tu valor.
ARG. Conde, estimad este amor,
que de éste seréis servidos.
¿Pero es este caballero
el del desafío contigo?
CON. El mismo.
ARG. Hacedme su amigo,
Conde, que hablarle quiero.
Confirmad el amor nuestro;
que no es bien hecho tener
enemigo que ha de ser,
Conde amigo, amigo vuestro.
CON. Don Luis, el Rey me ha pedido
que os haga amigo con él.
LUIS. Eso os pidiera por él,
que no estoy de él ofendido.
Yo soy tu amigo, Argolán,
porque heridas de tal mano
honran un pecho cristiano
y nueva fuerza le dan.
Que soy tu amigo confirmo
y te ofrezco mi amistad,
y que aquesto sea verdad
con mi misma sangre firmo.
ARG. Quien tan hidalga la tiene
a su deuda corresponde.
ANT. Tómeos las manos el Conde,
si por ventura conviene,
y vámonos, porque es tarde.
CON. Dadme las manos los dos.
LUIS. Yo hago testigo a Dios
que esta fe y lealtad guarde.
ARG. Y yo lo juro a Mahoma
sobre su mismo Alcorán.
ANT. ¿Y los brazos no se dan?
ARG. Estos, con el alma, toma.
LUIS. De los míos te aseguro
que se harán por ti pedazos.
ARG. El que merece tus brazos
bien puede vivir seguro.
Si te ofendieron los míos,
la espada fué, que llegó;
amor del Conde forzó
sus aceros y los míos.
LUIS. Entre dos amigos tales
yo ser Dionisio quiero,
juez, amigo y tercero.
ANT. Todos tres lo sois iguales.
Y si me hacéis cuarto a mí,
mañana salir deseo
de vuestra librea al torneo.
ARG. Pues qué, ¿saldrá el Conde?
ANT. Sí.
ARG. Aunque moro, por Alá,
que he de armarme y combatir.
CON. Conmigo puedes salir.
ARG. Eso obligado me está.
Que jamás te veré armado,
aunque sepa que te burlas,
que para veras o burlas
no salga, Conde, a tu lado.
CON. Vamos y verás al Rey.
ARG. Ya el alma verle desea.
CON. No muera hasta que te vea,
Rey, convertido a mi ley.

(Vanse, y salen el REY *y* DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Repórtate, señor, siquiera un poco.

REY.

¿Pides cordura a un loco,
a un enfermo alegría,
sol a la obscura noche, luna al día?
al vario mar sosiego,
ligereza a la tierra, peso al fuego,
al viento cuerpo, al agua color pides,
Un infinito mides,
buen ingenio a los rudos,
lengua a los peces mudos
y fieros animales,
que no sosiega el alma en tantos males.

FERNANDO.

El ver que un imposible no te mueve.

REY.

No hay cosa que me lleve
a mayores enojos
que es ver que es imposible, si mis ojos,
por ser de rey, no pueden
ver a otra que sin ella queden.
Si tesoro imagino, como en sueño
de tesoro soy dueño;
si fiestas imagino,
con mis fiestas me salen al camino.
Si edificios contemplo, ¿qué mayores?
Si reinos, ¿qué mejores?
Si ciudades, ¿qué iguales?
Si vestidos, mis púrpuras reales;
si el Fénix, yo le tengo;
si el mar, mis plantas besa cuando a él vengo;
si naves, llena está la hermosa playa.
No hay cosa que no haya
sujeta a un rey tan grande
como en las lenguas de los hombres ande.
Tesoros, fiestas, huertos,
edificios, ciudades, reinos, puertos,
Fénix, vestidos, naves, todo aquello
que puede comprendello
el deseo del hombre,
hasta las cosas que no tienen nombre.
Pero sola María
es imposible sola al alma mía.

FERNANDO.

Divierte ese amoroso pensamiento
con ver que el casamiento
que hoy se hace y que hoy la goza,
y vuélvete mañana a Zaragoza,
donde hay mil damas bellas.

REY.

Que mal podrán curarme todas ellas;
demonios son para mis ojos todas.
Estorbaré las bodas.
No quiero que las goce.

FERNANDO.

Mal del Conde el servicio reconoce. *(Ap.)*

REY.

¿Qué dices?

FERNANDO.

Que es muy justo.

REY.

Muy bien dices. Rey soy, haré mi gusto.

FERNANDO.

Será crueldad, infamia y tiranía. *(Aparte.)*

REY.

¿Es posible, María,
que el Conde ha de gozarte
sin que a estorbarlo un rey pueda ser parte?
Muero, rabio en pensallo.
¿Qué me detengo pues? Quiero matallo.

FERNANDO.

Oye, señor.

REY.

Detente, no lo impidas.
Va más en diez mil vidas
que en la de un rey, que importa
a todo un reino. El cuello presto corta
de ese Conde atrevido.

FERNANDO.

Alumbre Dios tu alma y tu sentido.

REY.

En esto me resuelvo.

RAMIRO.

Aquí está el moro
que a tu real corona
viene a ofrecer su vida.

REY.

A qué mal tiempo llega su venida.

FERNANDO.

Señor, háblale.

REY.

Necio:
¿trato cosa aquí de menosprecio?
Estese allá. Responde que no pude.

Que Mahoma le ayude.
¿Tú en estas cosas andas?

REY.

Escucha un poco.

RAMIRO.

¿Qué me mandas?

REY.

El Marqués me ha enfadado. Hazme un servicio.

FERNANDO.

¡Oh Rey acelerado! *(Aparte.)*

RAMIRO.

Tu esclavo y tu hechura soy.

REY.

Ya sabes
que los ojos suaves
de la hermosa María
son agora el Argel del alma mía.
Sacadme de cautivo. *(Aparte.)*

RAMIRO.

¿Cómo podré, señor, si el Conde es vivo?

REY.

Mata al Conde.

RAMIRO.

En buen hora.

REY.

Parte luego.

FERNANDO.

¡Señor, que estés tan ciego!

REY.

Vuelve. Muy necio he sido.
Que es vicio un rey ser desagradecido.
Sirvióme el Conde, ¡oh cielos!;
sirviéronme sus padres, sus abuelos.
Aquí están sus servicios y mi gusto.
Vencen ellos, que es justo.
Mas si vivir no puedo,
anda, mátale ya, resuelto quedo.

RAMIRO.

Yo voy, señor.

REY.

Espera, no le mates.
¡Oh, amor, que a un rey como a un villano tra-
[tes!
¿Pero matar un hombre un rey no puede?

FERNANDO.

Si de razón excede,
señor, de ningún modo.

REY.

¿Pues tiene el rey juez?

FERNANDO.

Dios sobre todo.

REY.

Pues alto; a Dios se tema
y El se duela del fuego que me quema.

(Entra RODRIGO.*)*

RODRIGO.

Todos esperan, gran señor, ¿qué aguardas?
¿Eres padrino, y tardas?
Ya las damas se quejan.

REY.

¿Está ahí el moro?

RODRIGO.

Ya, señor, le dejan,
porque al Conde acompañan.

REY.

Rodrigo.

RODRIGO.

Gran señor.

REY.

Estos me engañan.
Que como ven que muero por la esposa
del Conde, injusta cosa
dicen que es darle muerte.

RODRIGO.

¿Tú mueres por su esposa? ¿De qué suerte?

REY.

¿Luego no lo sabías?

RODRIGO.

Ahora lo oigo.

REY.

Extrañas fantasías.
Estoy tan ciego que esto a todos digo.
Ahora parte, Rodrigo;
pónganme postas luego.

FERNANDO.

¡Por Dios, señor, y por quien eres ruego
a tu real grandeza

mire que es de este reino la cabeza
y que es indigno en ella un mal ejemplo!
Y a un rey que ha sido templo,
aunque en tus años verdes,
de valor y virtud, si así te pierdes,
harás en toda España
se suene y se murmure tal hazaña.
¿Qué hará su padre el Duque y sus amigos
y todos los testigos
de aquesta ilustre boda
si la revuelves tú con sangre toda?
Mira que por la Cava
apenas de llorar España acaba.

REY.

Pues qué, ¿saldré, Fernando, y casarélos?

FERNANDO.

Cásalos, y esos celos
y aquese mal violento
cesará, como el sol, en un momento,
suele quitar las nieblas,
y cesarán del alma las tinieblas,

REY.

Pues vamos, que allá fuera veré al moro.

FERNANDO.

Esas manos adoro
y aquesos pies reales.

REY.

Qué, ¿no la he de gozar?

FERNANDO.

¿Con eso sales?

REY.

Vamos, pues tú lo quieres.

FERNANDO.

Eres mi Rey.

REY.

Y tú, María, ¿quién eres?

(Vanse y salen DOÑA INÉS *y* DOÑA MARÍA.)

MAR. Qué, ¿sólo aguardan al Rey?
INÉS. ¿Dices al moro que vino?
MAR. No, sino al noble padrino
de nuestra cristiana ley,
de romanos triunfo dino.
¿No es por extremo galán?
INÉS. Cuantos en la corte están
de hermosura y bizarría,
de gala y de gallardía,
aqueste nombre le dan.
MAR. No le imaginé tan mozo.
INÉS. Dichosa quien le posea.
MAR. Dichosa la que en tal gozo,
con tal marido se vea.
INÉS. Qué ¿tan bien te ha parecido?
MAR. De cuanto he visto me olvido.
Cerca de quererle estoy,
a no ver que también voy
cerca de tener marido.
Que aunque no lo es, en efeto,
por fuerza lo habrá de ser.
Ya le comienzo a temer;
que me obliga a su respeto
el nombre de ser mujer.
Bueno es el Conde, y yo quiero
aquello que es mío.
INÉS. ¡Ay de mí!
MAR. ¿Qué dices?
INÉS. Digo que sí,
que es principal caballero.
MAR. Es el que el cielo me ha dado.
INÉS. Cuando me lo quitó a mí.
JUA. Ya el Rey, señora, ha llegado.
REY. Quiero entrar por ella. Di
que se aguarde el desposado.
Dale, señora, si es digno
un rey, la mano a un padrino
para que os saque a velar.
MAR. Las vuestras quiero besar.
REY. ¿A un hombre un ángel divino?
MAR. Ves aquí, señor, mi mano.
REY. Dichoso, y más que dichoso,
quien la merezca de esposo.
MAR. Yo, señor, soy la que gano,
que es el Conde hombre famoso.
REY. Ya vuestra mano he tomado.
MAR. Verdad es que la tenéis.
REY. ¿Cuál, señora, más queréis,
aunque aguarde el desposado,
cuyo valor conocéis,
ser mujer del Conde o ser
de un Rey de Aragón mujer?
MAR. Mujer del Rey de Aragón.
REY. Pues desde aquesta ocasión
por tal os podéis tener.
MAR. Yo soy vuestra esclava.
REY. Y yo
soy vuestro. Di que entren: ¡hola!
esos caballeros.

JUL. ¿Dióla
de ser su marido o no?

(Entra acompañamiento.)

CON. Entrad, nobleza española,
seréis de mi bien testigos.
ARG. Entre todos tus amigos
nadie estima más tu bien.
LUIS. Aquí la muerte me den
mis cuidados enemigos.
¡Esto vi!
CON. Esa mano hermosa
dad a la mía dichosa.
REY. Ya, Conde, otro dueño reina.
Si os la da, es como Reina,
mas no como vuestra esposa.
Y vos bien la podéis dar;
pero a besar solamente.
CON. ¿Cómo, señor, a besar?
Pues no... Sí... Cuándo...
REY. Pariente,
ya no es tiempo de dudar,
ya es mía doña María.
Si soy Rey vuestro, este día
le besad todos la mano.
CON. Tengo... Pues dime en qué...
REY. En vano
es, Conde, vuestra porfía.
Besadle la mano luego.
Y vosotros, ¿qué aguardáis?
FER. Por muchos años seáis
nuestra Reina.
ARG. ¡Que a esto llego!
¿Esto, cristianos, usáis?
Pedro, pon mano a la espada,
que aquí está Argolán.
CON. Si agrada
a tu majestad mi esposa,
haz una cosa.
REY. No hay cosa,
no hay hablarme, Conde, en nada.
Ya doña María es mía
y pues que mi gusto es,
dad la mano a doña Inés.
CON. Señor...
REY. ¡Extraña porfía!
CON. Señor...
REY. Quéjate después.
¿Mi cuñado no serás
y yo tu hermano?
CON. Si estás
resuelto en que así ha de ser,
ya que me quitas mujer,
recibo la que me das.
No te ofendas, Argolán;
porque si las leyes van
adonde quieren los reyes,
los que se van tras las leyes
más seguros estarán.
Ello no estaba del cielo
que fuese doña María
mi mujer, mas Reina mía;
beso sus manos y el suelo
de sus pies.
MAR. Tente, desvía.
Mis brazos, como a cuñado,
con licencia del Rey, doy,
y a mi hermana.
INÉS. Suya soy.
CON. Yo vuestro.
ARG. Aquesto ha pasado.
¡Y que sufriéndolo estoy!
ZUL. Eso, señor, te decía.
En balde nadie desvía
lo que es de los cielos ley.
Ves aquí, mujer de un rey,
la hermosa doña María.
De esta nacerá Fernando,
que con la hermosa Isabel,
Castilla a Aragón juntando,
harán eterna y cruel
guerra al granadino bando.
Y los moros desterrados,
los Católicos llamados
a Nápoles ganarán,
merced del Gran Capitán,
sol de españoles soldados.
Y casada con Felipo,
Duque de Austria, su gran nieto,
tan valeroso y discreto
que a los nueve le anticipo
divinamente perfecto,
nacerá el gran Carlos de ella,
padre y abuelo de dos
Filipos, en quien se sella
nuestra perdición.
ARG. ¡Ay Dios,
que he nacido para vella!
Y que tu astrología
fué verdad.
REY. Doña María
es ya Reina de Aragón.
FER. Publíquese, que es razón.
ARG. ¡Maldigo la suerte mía!
Pedro, yo vuelvo a mi tierra,

pues el pronóstico ya
se cumplió.

CON. El cielo no yerra.

ARG. Allí estaré, en Alcalá,
para la paz y la guerra.
¿Olvidaráste de mí?

CON. ¿Cómo puedo, si de ti
tan obligado me veo?

ARG. Más debes a mi deseo.
Zulema, vamos de aquí.

REY. Argolán.

ARG. Rey, no es justo
que vais con ese pesar,
pues el Conde tiene gusto.
¿En qué os sirvo?

REY. ¿En qué? En honrar
mis bodas, que es cosa justa. (1)

ARG. Esto, Rey, no te alborote;
que, a no ser de ley cristiana,
al Conde diera una hermana
con todo un reino por dote.

REY. Aquí un reino y un Rey gana.
Abrazadme.

ARG. Ya ha cesado,
con los brazos que me has dado,
mi enojo.

FER. Bien lo remedia.

CON. Aquí acaba la comedia
del *Padrino Desposado*.

(1) «Justa» no es consonante de «gusto»

EL PALACIO CONFUSO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

LIVIO.
FLORO.
El DUQUE.
OTAVIO.
La REINA.
PORCIA.
El CONDE POMPEYO.
Un NOBLE.
CARLOS.
VARLOVENTO.
ENRICO.
ELENA.
Un GOBERNADOR.
ARNESTO.
Un SECRETARIO.
LISARDO, *labrador.*

JORNADA PRIMERA

(Salen LIVIO *y* FLORO.*)*

LIV. Apenas del mar salí
y a sus espumas negué
la vida que le fié
cuando al viento me atreví,
hallo que en Palermo es día
festivo, de tal manera,
que puede la primavera
copiar en él su alegría.
Refiéreme, amigo Floro,
la ocasión.

FLOR. Estame atento.
Comuníquese el contento,
como el sol, por líneas de oro;
mas es bien que te prevenga
primero un caso infelice:
así en Sicilia se dice,
no sé qué verdad contenga.
Cuentan que el Rey Eduardo,
Rey último desta tierra,
Rey que en la paz y en la guerra
fué prudente y fué gallardo,
tuvo dos hijos, que un parto
echó a la luz permitiva.
Temió la Reina su esquiva
condición, y en otro cuarto
hizo el uno retirar,
temiendo como imprudente
que era suceso indecente
ser fecunda y singular.
Entrególe con secreto
a un villano el mismo día;
y el Rey, que a la astrología
no, como varón discreto,
daba fe demasiada,
por las estrellas halló
que el hijo que reservó
la Reina, mal avisada,
un Rey tirano sería,
injusto, sin Dios ni ley,
que, como bárbaro rey,
este reino perdería.
Creyólo el padre, de suerte
que, siendo el bárbaro él,
el injusto y el cruel,
le dió un género de muerte
nunca visto: en esa mar
que montañas sube y baja
encerrado en una caja
le mandó el tirano echar
y quedó sin heredero.
Esto en mi tiempo no fué;
no sé qué crédito dé
a espectáculo tan fiero.
La verdad es que murió,
sin sucesión, en Mecina,
y Matilde, su sobrina,
como sabes, heredó.
Esta, pues, según los fueros
de Sicilia, hoy ha mandado

que se junten el estado
de los nobles caballeros
y la plebe más lustrosa,
porque ella sola ha de ser
la que esposo ha de escoger.

LIV. ¡Qué costumbre inoficiosa,
qué bárbara ley! ¿Así
las Reinas deben tomar
estado que ha de durar
una vida? Pero di:
¿para qué viene la plebe?

FLOR. Porque la plebe también
elegir puede.

LIV. ¡Qué bien
armó de fuego y de nieve
estas montañas el cielo!
¡Qué bien Sicilia solía
llamarse bárbara! Cría
en su seno el Mongibelo.
¿Esa es ley? ¿Esa es costumbre?
¿Plebeyos han de ser reyes?

FLOR. Loco estás si de esas leyes
recibes tal pesadumbre.
Los normandos poseyeron
este reino y eso usaron;
pero nunca en él reinaron
populares, siempre fueron
los nobles los escogidos,
porque las reinas ya tienen,
cuando a tales actos vienen,
en su mente los maridos
a su propósito.

LIV. ¿Y quién
sospechas que es el dichoso
que ha de elegir por esposo
la Reina?

FLOR. Escogiendo bien,
será el Duque Federico,
que es su deudo, y es un hombre
que ha adquirido fama y nombre
en la guerra; es sabio, es rico
y el más prudente varón
de Sicilia. Vesle aquí,
él te informará por mí
con su talle y discreción.

(Salen el DUQUE *y* OTAVIO.*)*

OTA. Ya, señor, cuantos te ven
pronosticándote están
que has de reinar, y te dan,
como es justo, el parabién;
y es tan grande la alegría
de que todos están llenos,
que ya reinas, por lo menos,
en las almas este día.
Mas yo, como lo deseo
con afecto superior,
entre esperanza y temor
ni bien dudo ni bien creo.

DUQ. Dar puedes, crédito, Otavio,
a esa voz sin duda alguna;
que aunque es mujer la fortuna,
no ha de hacerme tanto agravio.
Yo soy el hombre primero
deste reino, y si me estima
tanto la reina, mi prima,
con razón su dicha espero.
Rey he de ser, que ya vi
en sus ojos celestiales
algunas veces señales
que me dijeron que sí.
Y siempre los ojos fueron
llamados, con propiedad,
lenguas de la voluntad
y lenguas que no mintieron.
Perdone Porcia, perdone;
ame de veras u olvide;
que no es amor el que impide
que el amante se corone.
Subir a la majestad
es dejar de ser humano
y un amago soberano
de la infinita deidad.
Hombre adoraba su nombre;
mas diademas inmortales
de puntas piramidales
mudan la especie del hombre.

OTAV. Ya sale la Reina.

DUQ. Y sale
un cielo majestuoso
que, en lo grave y en lo hermoso,
no hay planeta que le iguale.
Con otros ojos la miro,
con otra alma reverencio
esta deidad, y en silencio
me suspendo si la admiro.
Porque juzgándome suyo,
es amor propio el que tengo
cuando a estimarla en más vengo.

OTAV. Porcia sale también.

DUQ. Huyo
los ojos desa hermosura
porque ya míos no son,
y no quiero ser ladrón
de fe verdadera y pura.

Salen la REINA *y* PORCIA, *el* CONDE POMPEYO *y un* NOBLE, CARLOS, VARLOVENTO *y todos los demás. Siéntanse: la* REINA *en silla y* PORCIA *en almohadas; el* DUQUE, *el* CONDE *y el* NOBLE *se quedan al lado derecho, donde habrá un banco y* CARLOS *se queda con ellos y los demás pasan al otro lado.)*

CON. En esta parte han de estar
los nobles, y se les debe
este lugar, y la plebe
allí tiene su lugar.

VAR. Pásome a la plebe, pues
que soy un mirón plebeyo.

REIN. Por cierto, Conde Pompeyo,
que esta ceremonia es
bárbara, si rigurosa.
¿La mujer, cuya flaqueza
tiene por naturaleza
ser honesta y vergonzosa,
se ha de obligar a decir
en público cuál le agrada
para dueño? ¡Oh ley cansada!
Sólo te pueden seguir
los que ignoran pulicía.

CON. Tus mayores la observaron
y razones nos dejaron
en su abono que algún día
las verá tu majestad.
No sólo en nuestras memorias
viven hoy, que en las historias
desta famosa ciudad
están escritas; y ansí,
excusando estos temores,
es este ramo de flores
la lengua que dice el sí.

(Dale un ramo de flores el CONDE *a la* REINA.)

A quien la Reina le da
aclaman Rey y su esposo.
No es trance más riguroso,
como piensas, porque ya
habrás hecho la elección
con acuerdos superiores,
y así, ¡este ramo de flores
sólo ceremonias son.
Y el reino que mereciste
sepa en tal publicidad
que es libre tu voluntad
y que forzada no fuiste,
pues pudiera acontecer
contra tu gusto casarte,
o por violencia o por arte;
pero ansí no puede ser (1).

(1) Faltan éstos cuatro versos en el tomo de *Escogidas.*

REIN. Sentaos los Grandes.

DUQ. Debemos
obediencia, amor y fe.

VAR. Nosotros, estando en pie,
oyentes grullas seremos.

(Siéntanse el DUQUE, *el* CONDE, *el* NOBLE *y vase* CARLOS *a sentar.)*

CON. Aquí no tenéis lugar,
soldado; en ese otro lado
habéis de estar.

CAR. Si soldado
me habéis sabido llamar,
¿cómo, Conde, no sabéis
que soy noble?

DUQ. Esa arrogancia
es hija de la ignorancia.
Soldado, no porfiéis,
pasad a vuestro lugar.

CAR. No soy necio ni porfío;
el lugar, que es noble es mío;
si éste es noble, aquí he de estar.
Cualquier soldado adquirió
nobleza y blasón honrado;
¿pues qué ha de hacer un soldado
tan valiente como yo?
Hijos de sus obras son
los hombres más principales,
y con ser mis obras tales
hoy no quiero ese blasón.
Hijo de mis pensamientos
soy agora, y noble tanto,
que hasta los cielos levanto
máquinas sobre los vientos.
El valor los nobles hace,
y así, por examen, sobra
mirar cómo el hombre obra
y no mirar cómo nace.

VAR. ¿A quién digo? Yo me llamo
Varlovento, y sé también
que es Carlos hombre de bien,
porque basta ser mi amo.
Señor es de Varlovento:
los dos en la lid más brava
rayos fuimos, yo le daba
para pelear asiento
con que fuese nuevo Atila,
con que pudiese vencer,
pues le daba de comer;
que llevaba la mochila.

REIN. ¿Qué es esto?

CON. Un hombre atrevido
que, siendo humilde, pretende
asiento.

CAR. Y a nadie ofende
el haberle pretendido.
Todas las cosas criadas
si se dan se disminuyen,
tienen fin y se concluyen
perdidas, muertas o dadas.
Solamente la honra está
entera y contenta vive,
no sólo en quien la recibe
sino en aquel que la da.
Poca debe de tener
quien a darla no se atreve,
o por lo menos no debe
quien la niega de querer
aumentarla, y así soy
más honrado yo este día,
pues quiero aumentar la mía
y pidiéndola os la doy.
VAR. A pagar de mi diné
ha dicho muy bien.
REIN. ¿Quién eres?
CAR. Si atención, Reina, me dieres,
lo que sé de mí diré.
REIN. Oye, Porcia, este es el hombre
que te he dicho tantas veces.
POR. Grande reprensión mereces,
mira tu fama y tu nombre,
sujeta esa inclinación.
REIN. Me arrebatan las estrellas
el alma.
POR. No fuerzan ellas
las almas, que libres son.
CAR. La piedad de un pescador
de esas playas me ha criado,
que los cielos rigurosos
aun el padre me negaron.
Como se cuenta de Venus,
podré decirte que traigo
origen del mar; mis padres
son sus olas y peñascos.
A ser bárbaro o gentil,
pensara, como Alejandro,
que Júpiter me engendró,
dios de los truenos y rayos.
Como Rómulo nací,
y entre las redes y barcos,
insidias de lienzo y haya
contra peces argentados.
Sólo a los peces del signo
daba mi ambición asalto
trepando esferas y cielos
pensamientos soberanos.
Niño, penetraba el mar
y de mí no se ha librado
el coral, que nace verde,
muere rojo y vive blanco.
Calé sus senos obscuros,
dando treguas con mis brazos
a las batallas civiles
de los delfines bizarros.
Globos de nieve formaba
entre los azules campos,
adonde forman los vientos
promontorios de alabastro.
Crecí, y crecieron conmigo
el valor y ánimo tanto,
que no cabiendo en la esfera
de prudentes y templados
rompían, por dilatarse,
a extremos de temerarios;
que el valor sin este extremo
ni es famoso ni es honrado.
A la guerra me incliné,
que su opinión y mi brazo
es el crisol que examina
los pensamientos más altos.
Seguí con ánimo noble
las banderas de Eduardo
cuando en la fértil Calabria
venció a los napolitanos.
El primero fuí, el primero
que en el muro de Casano,
trepando por una pica,
un tafetán encarnado
por bandera tremolé
la victoria apellidando
por Sicilia, a cuya voz
con horror y con espanto
los cercados se rindieron,
los nuestros se coronaron,
el Rey dilató su fama,
yo quedé por buen soldado.
Blasfemóba un calabrés
que en nuestro ejército y campo
no habría quien cuerpo a cuerpo
saliese con él. Llegaron
sus arrogancias a oídos
de mi Rey, y con cuidado
buscó en su ejército un hombre
que de tan fiero contrario
derribase la soberbia.
Cúpome la suerte; salgo
animoso al desafío
en un ligero caballo
que bebió el aliento al Betis,
hijo sin duda del Austro.

Era el calabrés valiente,
un Mongibelo animado,
el fuego estaba en sus ojos,
la muerte estaba en sus brazos,
en sus dientes la braveza,
los crujidos en sus labios,
que a su voz vi estremecer
en las orillas un árbol
y en las aguas un escollo.
Salió en un rucio rodado,
tan grande, que parecía
la máquina de un troyano.
Al aliento de un clarín
tan fuertes nos encontramos,
que estribos, sentido y riendas
perdí yo por breve espacio.
Cobréme, volví a buscarle,
y según desacordado
le hallé, pienso que había
sucedídole otro tanto.
Arrojo el pequeño trozo
de la lanza y meto mano,
y a los tres primeros golpes,
más con industria que acaso,
corté las riendas y herí
aquel elefante bravo,
no caballo, porque trujo
un castillo coronado
de plumas en las espaldas,
y, matizando los prados
de bruta sangre, saeta
pareció, pareció rayo
que entonces se desataba
de las nubes y del arco.
Dejó el calabrés la silla
viendo el peligro, y de un salto
colocó un monte de miembros
en el círculo de un llano.
No quise ventaja yo;
hice lo mismo, y negando
urbano agradecimiento
al español porque el campo
desocupado dejase,
le di un golpe, y a tres pasos
hallé la espada enemiga
que, blandiéndose y vibrando,
formaba tres contra mí.
Recibíla en un reparo
con que me oprimió la mía;
volviendo atrás y animado
con ver entre la armadura
cuando levantaba el brazo,
pasó desnudo a mi acero,
arrojéme tras un tajo
con una punta, que puso
fin al duelo y, con aplauso
de los nuestros, cayó el monte
de su pecho desatando
fuentes de púrpura humana.
Testigos son deste caso
los que el asiento me niegan,
los que humilde me llamaron.
Y cuando el laurel debido
a mi frente estaba ufano
porque había de ser premio
de mis hazañas, y cuando
honores me prometían
mis esperanzas, faltaron
las columnas deste reino,
derribólas el letargo
de la muerte: durmió el Rey
eterno sueño y descanso
a nunca más despertar.
Cesó la guerra, y en vano
mi esperanza y mi fortuna
sus quimeras fabricaron.
Mi principio, Reina, es este;
este es el caudal que alcanzo,
ni soy más ni tengo más,
el mundo me llama Carlos,
los soldados el prodigio,
el cuerdo los cortesanos,
éstos me llaman plebeyo
y yo tu hechura me llamo.

VAR. ¡Cuerpo de tal! ¿Quién se mete
en origen tan aguado?
¿Eres Venus, que en el mar
la engendraron no sé cuantos?
Refiere una letanía
de los varones más claros
y di que son tus abuelos;
que este es el uso ordinario
de estos tiempos. Di que Adán
un hijo tuvo bastardo
que se llamó Faraón
y éste fué padre de Caco.
Caco engendró a Tamorlán
el Tamorlán a Alejandro;
Alejandro al Gran Sofí,
y el Sofí a Poncio Pilato;
Pilatos al Preste Juan;
Preste Juan al Minotauro;
el Minotauro a Babieca,
y Babieca a Arias Gonzalo,
padre de tu madre Dido,
la gran reina de Cartago,

Llama primos a los duques,
¿Quién te ha de ir averiguando
curiosamente las líneas,
si muestras pintado un árbol
con ramos y laberintos
que no entienda un boticario?
Alábate, como todos.

CAR. Calla, loco.

VAR. Cuerdo, callo (1).

REIN. Mis pensamientos se inclinan
prodigiosamente a Carlos,
sin que pueda sujetarlos
la razón, sueltos caminan.
Sin freno, Porcia, ¿qué haré?

POR. Vencerte y considerar
que eres Reina y has de dar
a Sicilia rey que esté
de todos bien admitido.
Corrige el gusto a tus ojos,
no te entreguen tus antojos
a un hombre no conocido.

REIN. Siéntate, Carlos, que yo
instituyo en ti nobleza.

CARL. Viva, señora, tu Alteza
los años del fénix.

(Vase a sentar.)

CON. No
porque la Reina lo mande
se debe perjudicar
la nobleza titular
de Sicilia, que es tan grande
que no cabe en este banco,
y así, no tenéis lugar.

CAR. Bien pudiera yo tomar
lo que con ánimo franco
me da su Alteza, por fuerza;
mas déjolo, porque intento
tener más honrado asiento.

VAR. Desta vez se los almuerza
si pilla cólera.

(Dobla la capa y siéntase en ella.)

CAR. Así
sobre mi honor me he sentado,
porque el banco del honrado
dicen que ha de dar de sí.
Y siendo leño ese escaño
duro será y avariento,
y así es más noble este asiento,
pues dará de sí, que es paño.
La espada y la capa fué
honor del hombre mejor,
y así he partido mi honor
y en la mitad me senté;
y que es de más calidad
este asiento humilde que ése
lo defenderé, aunque pese
a todos, la otra mitad.

DUQ. Señora, si vuestra Alteza
a los títulos no guarda
sus derechos, acobarda
y aniquila la grandeza
de su reino.

REIN. ¿Yo no heredo
en aqueste reino mío
las deudas del Rey, mi tío?
Siendo así, no sólo puedo,
sino debo, con derecho,
dar a un soldado gallardo
las mercedes que Eduardo
viviendo le hubiera hecho.
Y así, aunque ese asiento es
vuestro honor, y yo le fío,
tomad esta vez el mío;
pasad al banco, Marqués.

VAR. ¡Buena va, por Dios, la trova!
Mas si el de donde se escapa,
será Marqués de su capa.

REIN. Marqués sois de Terranova,

CAR. Competir, señora, puedes
en magnífico blasón
con Alejandro, pues son
más pródigas tus mercedes.
Como es tu deidad sagrada
imagen de Dios, también
le imitas haciendo bien
y en hacer algo de nada.
Beso mil veces tus pies,
tu reino exceda a este mar.
Caballeros, den lugar.

CON. Enhorabuena, Marqués.

(Siéntase.)

POR. No manches y no desdores
tu opinión, que temo ya
que quien títulos le da
le querrá dar esas flores.

REIN. ¡Ay, Porcia, no puedo más!
Darle más honras quisiera;
pero no lo haré. Modera
los consejos que me das.
Pues cuando diera estas flores,
que no haré si no es decente,
fuera reinar solamente
sin recelos ni temores

(1) Los 30 versos anteriores faltan en el tomo de *Escogidas.*

de que un señor arrogante
quiera mandar, y que yo
le obedezca.

POR. Quien subió
a la dicha en un instante
se desvanece más presto.

REIN. No lo sientas, Porcia, ansí,
que éste fuera para mí
rey humilde, rey modesto.
Yo solamente reinara
en mi reino, y de otro modo
querrá el Rey mandarlo todo;
mas no lo haré cosa es clara.

CAR. Ya que el honor que hay en mí
alentara mi razón,
quiero disculpar la acción
de haber concurrido aquí.
No se atribuya a locura
el llegar adonde estoy,
diciendo que águila soy
que me opongo a la luz pura.
Vosotros habéis venido
sedientos de majestad;
pero a mí, curiosidad
solamente me ha traído.
Vosotros tres pretensores,
confiados y ambiciosos,
no venís como curiosos,
mas pensando llevar flores.
Y aunque mi justa humildad
este lugar pretendió,
no por eso se atrevió
Faetón de tal majestad.
Halléme en él empeñado
sin saber dónde llegué,
y después le conquisté
por no verme deshonrado.

DUQ. ¿Pues tú das satisfacción
de que no vienes a ser
pretendiente de mujer
hija de la perfección?
¿Tú podías, tú podías
ser osado girasol
de aquellos rayos del sol
que da hermosura a los días?
¿Lo que solo he merecido
disculpable te parece?

CAR. Si ninguno lo merece,
iguales habemos sido.
Tiene el cielo soberano
tan alta circunferencia
que con él no hay diferencia
entre los montes y el llano.
cualquier hombre que se halle
en cumbre que al cielo va
tan lejos del cielo está
como aquel que está en el valle.
Con la máquina estrellada
punto breve es todo el mundo,
que entre el monte y el profundo
es la diferencia nada.
Eres monte, valle soy,
la Reina tan alta estrella,
que comparados con ella
en igual balanza estoy.

REIN. ¿Ves, Porcia, la confianza
del Duque y la presunción
de que aquestas flores son
el fruto de su esperanza?
Quien se juzga rey tan presto,
¿qué ha de hacer cuando lo sea?

POR. Aquello que se desea
siempre nos parece honesto.
Como engaña el propio amor,
da presunción y osadía;
y advierte, señora mía,
que siendo el Duque el señor
más ilustre en ser tu primo,
no es el presumir exceso.

REIN. ¿Cómo tú me dices eso
queriendo al Duque?

POR. Si estimo
más tus aciertos, ¿no es justo
que la verdad te aconseje
aunque perdido se queje
de mis consejos mi gusto?

REIN. Ya, Porcia, estoy envidiando
tu valor; no eres mujer,
pues que te sabes vencer
si yo me voy despeñando.

DUQ. La respuesta imaginé
hasta agora, y si esperáis...

CAR. Pues, Duque, no la digáis,
que aunque dije aquello, sé
quién es digno de alcanzar
las flores de aquesta esfera
y sé bien a quién las diera,
si yo las debiera dar,
con justa razón y ley;
mi lengua fué la que erró.

DUQ. Por mí lo dice. Temió,
como ve que he de ser rey.

CON. Ya es tiempo que dé tu mano
flores, beldad y grandeza.

VAR. Despénenos vuestra Alteza;
dé flores, como el verano.

REIN. No tiene esta ley acierto,
Rey bárbaro la inventó;
pero sin romperla yo,
me he de casar por concierto.
Todo el ingenio lo alcanza;
medios y terceros son
los que casan. Mi elección
ha de perder su esperanza.
Carlos.
CAR. Señora.
REIN. Tú dices
que sabes bien qué merece
la corona que hoy se ofrece,
haz estas bodas felices.
Da tú este ramo de flores
al varón que reine y venza,
para que así la vergüenza
no me dé nuevos colores.
DUQ. Bien haces si a Carlos fías
las flores y majestad;
él pretende mi amistad,
y ya sabe que son mías.
CARL. Tómolas agradecido
de que resignes en mí
tu voto y gusto, y así,
al que las ha merecido
las daré; no quiera el cielo
que quite reino y honor
al hombre de más valor.
Mas segunda vez apelo
a tu majestad, señora;
¿darás la mano al que aquí
diere yo estas flores?
REIN. Sí.
CAR. Pues sepan todos agora
que el que más las mereció
y el que digno dellas es
es solamente el Marqués.
DUQ. ¿Qué Marqués es este?
CAR. Yo.
A mí mismo me las doy.
Rey por Rey, Carlos lo sea.
Dame tus manos y vea
Sicilia que asombro soy
del mundo y que fué misterio
(Pásase a la plebe.)
nacer yo de las espumas
si han de coronarme plumas
las águilas del imperio.
DUQ. Ese es engaño y traición.
Suba a títulos la plebe,
no a reinar.
CON. ¿Cómo se atreve
este soberbio Faetón
al carro del sol dorado?
NOB. El engaño y la malicia
no saben guardar justicia.
¡Muera, muera despeñado!
VAR. La plebe es mujer honrada,
y reinar no es cosa nueva;
hijos son de Adán y Esgueva
los plebíferos.
FLO. Echada
la suerte una vez, no debe
faltar.
VAR. Eso sí, espantarlos.
NOBL. ¡Viva el Duque!
LIV. ¡Viva Carlos!
NOBL. ¡Aquí, nobleza!
LIV. ¡Aquí, plebe!
Carlos habrá de reinar,
si paz al reino conviene,
porque de su parte tiene
el aplauso popular.
NOBL. ¿Cómo a los nobles se atreve?
VAR. Muchos son, bueno es dejarlos.
NOBL. ¡Viva el Duque!
(Dice VARLOVENTO *a la plebe:)*
VAR. ¡Viva Carlos!
(Dicen los NOBLES.)
NOBL. ¡Aquí, nobleza!
VAR. ¡Aquí, plebe!
POR. ¿Qué has hecho?
REIN. Porcia, no sé.
Por eso dicen los sabios
que el cielo mueve los labios
a veces. El cielo fué,
sin duda, quien esto quiso.
POR. Di que es engaño.
REIN. ¿No ves
conjurado al pueblo, que es
monstruo sin razón ni aviso?
LIV. Dele la Reina la mano;
(La plebe:)
dele el reino.
REIN. Caballeros,
si amenazan los aceros
del pueblo y vulgo tirano,
ya es prudencia moderar
su confusa alteración;
en parte tiene razón,
aunque me queráis culpar.
El cielo, sin duda, ordena
que reine Carlos, y ansí;
a los hados me rendí.
Reine muy enhorabuena.

(Levántase la REINA, *dale la mano y siéntense los dos.)*

DUQ. Este error cuidado ha sido;
no es orden del cielo, no;
en tu pecho se engendró,
de tus labios ha nacido.
¡Vive Dios, que fué rendirte
a tu gusto, no a los hados,
y los nobles, agraviados,
han de saber persuadirte
la verdad!

CAR. ¡Hola! ¿Qué es esto?
¿A la Reina habláis ansí,
y más delante de mí?
Sed de la lengua modesto
y no perdáis a su Alteza
el decoro, o, ¡vive el cielo!,
que os derriben en el suelo
la soberbia y la cabeza.

DUQ. Los nobles no han de jurar
a rey que ellos no conceden.

CAR. Bien dicen, jurar no pueden
si yo los mando matar.
¡Prendedlos!

CON. Nos despeñamos
si el pueblo las armas toma.
Así su furia se doma.
Todos los nobles juramos
a Carlos por Rey, marido
de Matilde.

CARL. Eso os conviene.

CON. Otro remedio no tiene,
pues la Reina lo ha querido.

FLOR. Todos juramos también
ser tus vasallos leales.

CAR. Besadme la amno.

DUQ. Tales
sucesos mis ojos ven
que me parecen soñados
y confusos mis sentidos;
ni a la duda están dormidos
ni al crédito desvelados.

LIV. Los nobles y caballeros
llegan ya.

NOBL. Vamos nosotros.

CAR. ¿Quién os ha dicho a vosotros
que habéis de ser los primeros?

CON. Razón y costumbres son.

CAR. Yo, así el cielo lo dispuso,
tengo poder sobre el uso.

CON. Mas no sobre la razón.

CAR. Los que merecen coronas,
si quieren saber reinar,
a Dios tienen de imitar,
y Dios no excepta personas.
Quien más le sirve es mejor,
y el vasallo más leal
es sólo el más principal.
Llegad vosotros.

REIN. Señor...

CAR. Dadme, señora, licencia
de ordenar esto a mi modo.

PORC. Pienso que lo erraste todo.

REIN. También lo pienso; paciencia.

LIV. Besamos, agradecidos
a tantas honras, la mano.

DUQ. El pueblo le hará tirano;
los nobles somos perdidos.

VAR. También Varlovento llega
a dar su beso de paz.
Ministro de tu solaz
será ya. ¿Quién me lo niega?

CAR. Bueno está.

VAR. ¿Bueno está? ¿Cómo?
Tu ceniza he de ser hoy.
Mi Rey, Varlovento soy;
Carlos eres, *memento homo*.

CAR. Para sólo su ocasión
el gracejar es bien hecho.

VAR. ¡Vive el cielo, que sospecho
que ha mudado condición!

CAR. Los populares reciban,
de hoy más, honras y blasones.

FLO. Robar sabes corazones.

(Dicen todos los plebeyos:) (1)
¡Carlos y Matilde vivan!

CAR. Vamos, señora.

REIN. ¿No ves
que la nobleza te espera?

CAR. Esta soberbia, esta fiera
abata el vuelo y después
Llegará a besar mi mano.

CON. Oye, Rey.

CAR. Nadie me hable.

DUQ. ¡Ah, Sicilia miserable,
nunca te falta un tirano!

PORC. Yo profetizo a este error
bien larga melancolía.

REIN. Rey apacible quería,
no rey de tanto velor.

(Vanse todos y queda el (DUQUE.)

DUQ. ¿A cuál hombre ha sucedido
tal engaño y desengaño?
Para hacer mayor el daño,

(1) En ambos textos dice, «los plebes».

uno tras otro ha venido.
Mas, ¿qué lloro, si han caído
otros de esfera sagrada
a los cielos levantada
y yo solamente aquí
de mi esperanza caí,
que es caer de nada en nada?
Humo es la esperanza, y yo
de ser el Rey la tenía;
mintió la esperanza mía,
mi presunción me engañó.
Fué mujer la que eligió,
¿qué mucho que mis cuidados
vanos fuesen engañados
si elegir lo malo debe
y el engaño no se atreve
si no es a los confiados?
¿En qué fábula o historia
tal suceso se ha leído
que un hombre no conocido
suba a majestad y gloria
de repente? En la memoria
ejemplo ninguno siento
de tal acontecimiento,
ni se acuerda, ni se sabe.
Mas, ¿qué mucho, si no cabe
en humano entendimiento?

(Sale PORCIA.*)*

POR. Duque, confusa este día
entre sucesos tan raros,
el pésame vengo a daros,
que yo por rey os tenía.
Sea testigo la fe mía
que a la Reina aconsejé
lo que justo y recto fué,
sin sombra de envidia y celos.
Testigos serán los cielos
cuando no baste mi fe.
Sois gran señor, sois mi primo,
y en mí es fuerza el desear
ver a mi Reina acertar
y ver reinar lo que estimo.

DUQ. Con ese pésame animo
la pasión que siento en mí,
no porque un reino perdí
con que servirte pudiera,
si bien confieso que fuera
reinar, más amarte a ti.
Mas viendo que un hombre huya soberbio, como vano, [milde,
por fuerza ha de ser tirano
y viendo errar a Matilde
como una loca...

POR. Decidle,
Duque, vos esa pasión,
que deje la posesión
del alma, dando lugar
para que puedan entrar
mi firmeza y mi afición.

(Sale FLORO *con un papel, y* VARLOVENTO.*)*

FLOR. El caso es grave.

VAR. Pues yo
he de escuchar lo que pasa;
el podenco soy de casa,
todo lo he de oler.

FLOR. Mandó.
Pero ya el Duque nos vió,
aquí lo sabrás. Ordena
Su Majestad, y con pena
de perdimiento de bienes...

DUQ. Estos son, Porcia, vaivenes
de la fortuna, sirena
que regala y mata así.

FLOR. Que salgan los nobles hoy
de la corte.

VAR. Quedo estoy.
Popular hombre nací.
Duque a pelo viene aquí
una cosa de buen gusto
que dijo César Augusto
a Herodes. Como veía
que tocino no comía
y mataba, como injusto
los niños, el César dijo
de hombre tan necio y cruel
que más quisiera ser él
su cochino que su hijo (1).
Hoy vale más ser cortijo
que corte, ser popular
que noble.

DUQ. ¿En qué han de parar
tales principios?

POR. ¿En qué?
En desdichas de mi fe,
en que comience a llorar
tus desdichas. Yo temía
perderte rey coronado;
mas perderte desterrado
sólo fué desdicha mía.

DUQ. Un día sigue a otro día,

(1) En el texto de *Escogidas* faltan los once versos que anteceden.

y el bien y el mal duran poco;
si a los títulos convoco,
podrá ser que muestren brío.

VAR. ¿Qué responde, Duque mío?

DUQ. No respondo nada, loco.

(Vase.)

VAR. Hable con más devoción,
que soy plebeyo. ¿No ve
que es noble; conozcasé,
señorazo, señorón;
noble, nobilísimón?
¿No ve lo poco que vale?

FLOR. Vamos, que la Reina sale.

VAR. Aunque Heliogábalo hacía
de la obscura noche día,
no hay cosa que a ésta se iguale.

(Vanse y sale la REINA.*)*

REIN. Porcia, buscándote vengo
reventando el corazón;
desdichas fatales son
de que yo la culpa tengo.
Otras mayores prevengo,
que un tirano rey he dado
a este reino desdichado.
Pensé tenerle obediente
a mi gusto, y es serpiente
que entre mi seno he criado.
Mi eterno llanto comience;
malhaya la inclinación
que se opone a la razón,
malhaya quien no la vence.

POR. Tu mismo error te avergüence,
pues no tomaste consejo.
El Conde viene, y te dejo
a solas con él; quizá
el remedio te dará
como sabio y noble espejo.

(Vanse y sale el CONDE.*)*

CON. Cuando se ven desterrados
los señores que han de honrarte,
cuando al pueblo se reparte
oficios y magistrados,
¿en qué pones tus cuidados?

REIN. Conde, en remediar el daño,
en dar disculpa a mi engaño,
enmienda a tan grande error.

CON. Aquí tengo un labrador
que con un prodigio extraño
al nuevo Rey se parece.
En una aldehuela mía
ha nacido, y él venía...

REIN. No digas más; se me ofrece
el remedio, resplandece
el ingenio en el aprieto.
Tráele, Conde, con secreto.

CON. Aquí está, en el corredor,
esperando.

(Vase.)

REIN. ¡Oh, labrador,
si acaso fueses discreto!
Un antojo mal seguro
me trae a este grave caso;
aun en comedia era el caso
no verosímil y duro.
Sin ver el daño futuro
di las flores a quien era
sombra humilde de mi esfera;
mi vergüenza me engañó,
no me culpe nadie, no;
pensé que al Duque las diera.

(Salen el CONDE *y* ENRICO, *de labrador.)*

CON. Vesle aquí.

REIN. Naturaleza
puso un milagro en los dos;
maravillas son de Dios
con que da al mundo belleza;
el fin de mi mal empieza.
¿Tendrás valor para...?

ENR. Sí.

REIN. ¿Cómo respondes así
antes de saber el modo?

ENR. Valor tengo para todo,
valor hallarás en mí;
que, aunque villano, soy rico,
de pensamientos honrados
y entre silvestres cuidados
a guerras y armas me aplico.

REIN. ¿Cómo te llamas?

ENR. Enrico.
Vasallo del Conde soy.

REIN. Admiraciones te doy.
¿Conoces al Rey acaso?

ENR. No, señora.

REIN. Al postrer paso
de mis desdichas estoy.
Fin han de tener; aquí
verán que el ingenio excede
las fuerzas mismas y puede
volver tal vez sobre sí.
Enrico, vente tras mí.

ENR. Ya mi pecho se dispuso
a cualquier acción; el uso
falta ya, manda despacio.

REIN. Reinar tengo, o mi palacio
será el palacio confuso.
Entrate en este aposento.
ENR. Entraré por un volcán
si tus palabras me dan
la obligación y el aliento.
CON. Después sabrás el intento.
REIN. Mi ingenio verán agora (1).
CON. Tuyo soy.
ENR. Soy tu vasallo.
REIN. Cierra y calla.
ENR. Cierro y callo.
REIN. ¿Viéronle entrar?
CON. No, señora.

(Vanse, Eurico por la puerta de en medio y la Reina por una puerta y el Conde por otra.)

JORNADA SEGUNDA

(Sale ENRICO, *vestido como* CARLOS, *y la* REINA, *cada uno por su puerta;* ENRICO *por la de en medio.)*

REIN. Sal, Enrico.
ENR. Y en el traje
que ha mandado Vuestra Alteza.
REIN. Pluma blanca traerás siempre
por que conocerte pueda.
ENR. ¿Tanto le parezco?
REIN. Sí,
necesarias son las señas.
Enrico, la industria suele
vencer la naturaleza
y a cada paso miramos
a las dos en competencias.
¿Quién dijera que una garza
que en las celestes esferas,
hecha del sol mariposa,
las alas azules quema,
rayo de plumas bajara
a hacer túmulo la hierba
a los pies del cazador
que le flechó dos saetas
con almas en dos halcones?
¿Quién las montañas soberbias
del piélago verde y negro
que amagan a las estrellas
impelidas de los vientos
hollar pensara? ¿Y sujetas
las olas de nieve ricas
desatar pensara perlas
de sus nácares? ¿Y quién
domesticados creyera
dientes, garras y venenos,
que son armas de las fieras,
si le faltara la industria
al ingenio humano? Puedan
la fortuna y la desdicha,
atropellando miserias,
darnos batalla campal,
que la industria es la defensa
contra el rigor de sus manos,
contra el girar de su rueda.
Un rey tirano tenemos,
garza que la luz desprecia
del sol con atrevimientos,
mas que amenaza inclemencias;
fiera que armó de crueldades
el pecho. La industria sea
quien deshaga este prodigio,
quien este bárbaro venza.
ENR. Señora, cuando el invierno
o deshace con la fuerza
de los vientos que respira
o con escarchas platea;
cuando en las plantas destroza
arrugando las cortezas,
descabellando las copas,
renueva la primavera,
las colores restituye,
a los pájaros alegra,
a las fuentes causa risa
y a los pradillos belleza.
Y estos dos tiempos contrarios
en un círculo se alternan,
robando y restituyendo
en hermosa competencia.
Dos reyes tendrá Sicilia
si dura el engaño, Reina;
y yo, a tu voz obediente,
rayo de esa luz inmensa,
como vasallo leal
viviré con alma atenta
a tu gusto, deshaciendo
cuanto manda, cuanto ordena
un rey tirano; y seremos,
mientras que esto no se entienda,
él diciembre y yo el abril
coronado de violetas.
REIN. Ya que sois tan semejantes
que un lunar os diferencia
que tienes en una mano,
las condiciones opuestas

(1) A esta décima falta un verso, antes o después de éste.

serán, Enrico, distantes;
mientras él durmiere reinas,
y yo, con arte y cuidado,
seré siempre centinela
que te avise y que te esconda.
Disimula, pues.— ¡Elena!

(Sale ELENA.)

ELE. Mi señora.
REIN. Avisa a Floro,
que el Rey madrugó y le espera.
ELE. Voy a llamarle.

(Vase.)

REIN. ¡Oh si el cielo
diera a mis desdichas treguas!
Ama el Rey a Porcia; a mí,
con razones, me desprecia.
¡Que mis fáciles antojos
me obligaran a esta deuda!
El reino me tiraniza,
la voluntad me sujeta;
castigos son de mi error;
ánimo, industria o paciencia.

(Vase.)

ENR. Venme aquí representando
la majestad y grandeza
del Rey, y mis pensamientos
atrevidamente vuelan
por regiones de aire y fuego
hasta penetrar planetas
con sus alas. Un villano
era ayer entre las selvas
que miran en ese mar
su verde pompa y belleza.
Ya soy imagen y sombra
del mismo Rey, y si vuela
el alma cuando en el sueño
yace un cuerpo, un alma sea
del Rey mi voz mientras duerme;
he de usurpar su potencia.
Cástor y Polux seremos,
la luz tendremos a medias,
que es dulce cosa reinar
y peligros atropella.

(Vuelve a salir ELENA.)

ELE. Ya viene Floro, señor.
ENR. Y en ti, hermosísima Elena,
viene Flora, a cuya imagen
la antigüedad hizo fiestas.
Como a Venus en ti viene
la hermosura de la griega,
con quien compite tu nombre,
no tu beldad. Oye, espera.
Deja que sólo contemple
con elevación honesta
la fábrica de ese rostro
que luz del cielo remeda.
Ni es alabarte lisonja,
ni es el mirarte flaqueza,
ni ambas cosas son amor;
que la hermosura deleita
naturalmente a los ojos
y en cualquier sujeto alegra (1).
ELE. En la Reina mi señora
es la hermosura más cierta
y digna de admiración.
Si tu Majestad contempla
aquel cielo, no le llamen
otros cuidados.
ENR. Despierta
la atención del alma siempre
cualquiera hermosura nueva.
ELE. Ni yo la tengo, ni escriben
que quien la máquina eterna
del hermoso cielo mira
alabe una flor pequeña,
que es un átomo del sol.
Ojos que ven las estrellas,
lunares del firmamento,
en su misma luz no dejan
la verdad por el retraso,
que en las olas que se quiebran
nos dibujan los reflejos
de la luz. Cielo es la Reina;
un átomo suyo soy;
Su Majestad dé licencia,
que vana y ociosamente
sus cuidados no divierta. *(Vase.)*
ENR. Imperio tiene en las almas
la hermosura, con que fuerza
y arrebata los sentidos
y el afecto desordena (2).

(Sale FLORO.)

FLOR. El capitán de la guarda
y el Gobernador esperan
tu licencia.
ENR. Entren. Aquí
me sucede lo que cuentan
de aquel gran representante
que en viéndose con diadema

(1) Los 14 versos anteriores faltan en el tomo de *Escogidas.*
(2) Los 20 versos anteriores faltan en dicho tomo

y con púrpura sagrada
el espíritu de César
en su pecho se infundía.

(Salen LIVIO *y el* GOBERNADOR.*)*

Floro, yo quiero que vuelvan
hoy a mi corte los nobles,
y algunos están ya cerca,
que la Reina les dió aviso.
No quiero que la nobleza
se agravie tanto de mí.
Y así, cuando alguno venga
a darme gracias, y yo,
con ira y cólera inmensa,
los mandare prender, tú,
capitán, no me obedezcas,
que será enojo fingido
por ciertas causas secretas
que sabréis después. Tú, Floro,
dame siempre por respuesta
que lo mandé, y si me enojo,
disimula con prudencia.
Tú, Gobernador, si yo
mandare que armas prevenga
el pueblo contra los nobles,
no lo has de hacer; porque es esta,
para gobernar mi reino,
bien pensada estratagema.
Esto conviene: y así,
le cortarán la cabeza
al que no lo obedeciere.

GOBER. Haráse como lo ordenas.

ENR. También quiero que cedáis
los tres oficios, y tenga
Otavio vuestros papeles,
el Conde la guarda, y sea
el Duque Gobernador;
porque en títulos y rentas
quiero aumentaros, y agora
hallo ciertas conveniencias
en esto.

LIV. Somos hechuras
y rasgos de tu grandeza.

(Vanse.)

ENR. ¡Vive Dios, que no creí
que la semejanza nuestra
era tanta! Con recelo
el alma daba a la lengua
las palabras; ya el aliento
con más vigor, con más fuerza
atrevimientos infunde
en tan difícil empresa.

(Sale la REINA.*)*

REIN. ¿Cómo va, Enrico?

ENR. Muy bien.

REIN. Entrate, pues, no te vean;
reine Carlos otro rato.

ENR. De Artemio, un esclavo, cuentan
las historias esto mismo;
no pienses que es cosa nueva.

(Vase.)

REIN. Mientras durare el engaño
desharemos las violencias
que cause a mi reino amando
un mar, un monte, una fiera.
Tened lástima de mí,
cristales azules, ruedas
de zafir, cielos hermosos,
diáfanos, vidrieras,
por quien nos están mirando
la verdad y providencia.
Borre mi amor vuestra luz,
como imagen imperfecta (1).

(Sale CARLOS *con un papel.)*

CAR. Con rigor Porcia me escribe
respondiendo a mi papel.
¿Qué hermosura no es cruel?
¿Qué mujer gallarda vive
sin soberbia, aunque recibe
de otra mano la belleza?
¿En qué vanidad tropieza
la que en su beldad se fía
si se la da para un día
prestada naturaleza?
Quiero volver a leerte,
papel tirano. Mas, ¿quién
ver quiso, que hiciese bien,
la sentencia de su muerte
dos veces? Amo de suerte
esta bella ingrata mía,
que si el alma desconfía
se incita luego a furor;
y así, pienso que este amor
no es amor, sino porfía.
La Reina está aquí.—Señora:
si esa deidad reverencio,
¿cómo con tanto silencio
miráis a quien os adora?
Despliegue rubíes la aurora,
abra claveles y mueva
labios a quien perlas deba,
no esté la belleza muda.

(1) En el texto de *Escogidas* no hay esos ocho versos anteriores.

REIN. Con razón la lengua duda
de ver lisonja tan nueva.

(Sale el DUQUE.*)*

DUQ. Tu Majestad dé la mano
a quien viene agradecido
del favor que ha recibido
de tu generosa mano.
Ya, señor, podré decir
que es mayor, a mi entender,
el contento de volver
que la pena de partir.
Ya, si el alma está obligada
a agradecer cuanto siente,
que es más la merced presente
que fué la injuria pasada.

CAR. Reina, ¿qué es esto?

REIN. No sé,
tu Majestad lo sabrá.

(Sale el CONDE.*)*

CON. Bastante premio será
de mi mucho amor y fe
besar tu mano, señor,
pues que ya trocar nos dejas
en alabanza las quejas
y en mercedes el rigor.

CAR. ¿Qué engaño, qué atrevimiento
es el que miro?

(Sale OTAVIO.*)*

OTAV. A tus pies
está obediente quien es
el mismo agradecimiento.
Al cielo de tu deidad
con amor pienso venir
para que puedan lucir
los rayos de mi lealtad.

(Sale FLORO.*)*

CAR. Floro, ¿qué traición es ésta?

FLOR. Es lo que mandaste.

CAR. ¿A mí
se puede atrever ansí
tan necia y loca respuesta?
¿Yo mandé volver aquellos
que desterré? ¡Vive Dios,
que es hechura de los dos
este engaño! No son ellos
los atrevidos, tú debes
la pena desta traición,
que, en alas de presunción,
a mi grandeza te atreves.
Rodará por las esferas
Faetón, que muerte merece.

FLOR. Basta, señor, que parece
que va el enojo de veras.

CAR. ¿Cómo de veras? La muerte
no pisa en pálidos senos,
sombras, áspides, venenos
de más horror. ¿Desta suerte
a mi cólera te opones?
¡Ah, capitán de mi guarda!

(Sale LIVIO.*)*

LIV. ¿Qué me mandas?

CAR. Quiero que arda
en las cóncavas regiones
de ese Mongibelo Floro;
él y el Duque vayan presos;
sirva de tumba a sus huesos
el Paquino y el Peloro.
Sepa Sicilia que soy
no rey, sino rayo ardiente
que, en asombro de la gente,
señas de Júpiter doy.

LIV. Ese enojo es de gentil
y no de Rey tan cristiano
a quien presto el oceano,
entre espumas de marfil,
dará tributo. Señor,
tu ardiente enojo modera;
no siempre el sol reverbera
dando a los campos calor.
No siempre produce hielos
con su sombra, antes alcanza
una compuesta templanza
dando vueltas a los cielos.

CAR. ¿Qué replicas? Lleva presos
a los dos.

LIV. No puede ser.

CAR. De ti no pueden nacer
esos bríos, no son esos
alientos de tu traición;
Reina, de vos han nacido,
sola la luna ha podido
estar en oposición
con el sol; mas es tan breve
y tan corta su grandeza,
que no eclipsa la belleza
de oro, de nácar, de nieve.
Vuestro fué el reino, ya es mío;
no me coronaron, no,
vuestras flores, porque yo,
con heroico aliento y brío,
del pueblo lo recibí;
él se entregó a mi valor.
¡Ah, Arnesto, Gobernador!

(Sale ARNESTO.*)*

ARNES. Señor, ¿qué mandas?
CAR. Di
que el pueblo las armas tome
y a los nobles prenda, que éstos
querrán ocupar los puestos
que al pueblo se deben; dome
su soberbia vuestra furia,
que mejor diré lealtad.
ARN. No es bien que tu Majestad
haga a su reino esta injuria.
Vivan los nobles en él,
pues su grandeza blasonan
si visten y se coronan
la púrpura y el laurel.
CAR. ¿Vos también, Gobernador?
ARN. Hago lo que mandas.
CAR. Esto
sin duda que está dispuesto
con acuerdo superior.
REIN. Sí, del cielo, que los cielos
enseñándonos están
a reinar si su luz dan
en iguales paralelos,
sin pasiones y porfías,
a los astros, y por eso
pintan un signo con peso
que igualan noches y días.
No ha procedido de mí
ese acuerdo, oculto fué;
que si ultrajada se ve,
vuelve la razón por sí.
Ella misma, en su grandeza
de nuestros ánimos nace
y en las repúblicas hace
segunda naturaleza.
Las almas del cielo dadas,
con razón se ha de medir,
o las sabrán producir
las cosas inanimadas.
Pues cuando en la edad primera
perdió el hombre esta hermosura,
se rebeló la criatura,
sus dientes armó la fiera.
Bramó el mar en su región,
que en acuerdo soberano
todo se opone al tirano
de la justicia y razón (1).
¿No es el pueblo el que te ha hecho
Rey de Sicilia? Y si fué,
en él ha faltado fe
y en ti ha faltado el derecho.
Pues siendo Sicilia mía,
la usurpara quien la diere,
si derecho no se adquiere,
con fuerza y con tiranía.
Aunque fuera para mí
más decente el confesar
que el reino se pudo dar
y no que yo te le di.
Que menos el alma siente
el ajeno error. Desde hoy
Reina de Sicilia soy
y tú Carlos solamente.

(Vase.)

CAR. Oye, espera.
DUQ. Dime, Arnesto:
¿para qué nos ha traído
si el Rey se enoja?
ARNES. Es fingido,
acuerdo del Rey es esto,
y vuecelencia será
Gobernador.
LIV. Con razón.
Venga a tomar posesión,
que el Rey lo manda.
FLOR. El Rey da
hoy mis papeles a Otavio.
LIV. Y la guarda al Conde vengan,
porque así los nobles tengan
satisfacción de su agravio.
DUQ. Yo beso, por el oficio,
tu mano otra vez.
CON. Los dos
lo mismo hacemos.

(Vanse; quedan CARLOS *y* FLORO.*)*

CAR. Por Dios,
que estoy perdiendo el juicio.
O este reino se rebela
contra mí o a mi daño aspira.
No quiero encenderme en ira,
mas vestirme de cautela.
Proseguir quiero la guerra
de Nápoles, hagan gente,
que con ella fácilmente
podré allanar esta tierra.
Pues que cuando atrevimientos
a tal confusión me obligan,
ni se aplican ni mitigan
mis soberbios pensamientos.
Si a la esfera de la luna
me he sabido levantar,
la industria ha de conservar

(1) Faltan en *Escogidas* estos 16 versos anteriores.

lo que me dió la fortuna.
¡Ah, secretario!

(Sale OTAVIO.*)*

OTA. Señor,
¿qué me mandas?

CAR. Otro agravio.
Secretario han hecho a Otavio.
¡Paciencia! ¡Ah, Gobernador!

(Sale el DUQUE.*)*

DUQ. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

CAR. ¿Qué paciencia ha de bastar
a vencer y moderar
mis enojos, cuando empieza
una villana osadía
a descubrirse? ¿Tú eres
Gobernador?

DUQ. Tú lo quieres;
tuya es la elección, no es mía.

CAR. ¡Ea!, que no hay sufrimiento
que conserve mi templanza;
ya es forzosa la venganza.
¡Capitán!

(Sale el CONDE.*)*

CON. Señor.

CAR. ¿Qué aliento
me puede dar la prudencia
cuando postrado se halla
el discurso en la batalla
del agravio y la paciencia?
Pregunto: ¿quién os ha dado
estos oficios?

FLOR. Tú mismo.

CAR. Sigue un abismo a otro abismo
y un cuidado a otro cuidado.
¿Loco me quieren hacer?

FLOR. No finjas, señor, olvido,
que solamente fingido
el enojo había de ser.
Modera y templa el rigor,
pues tus palabras son leyes;
que el enojo de los reyes,
aun fingido, da temor.

CAR. Este trazó esta quimera.
Pagarálo con la vida.
Duque.

DUQ. ¿Qué mandas?

CAR. No impida
la paz blanda y lisonjera
que este reino se dilate.
Si sólo ensancha la guerra
los términos de la tierra,
de guerra y armas se trate.
Junta la gente que fué
de Eduardo honra y blasón,
y el reino, para esta acción,
un donativo me dé.
A Nápoles pasaremos,
porque quiero dilatar
los términos deste mar
dese monte a los extremos.

DUQ. Haces bien; seré puntual.
Brillen al sol tus banderas
y den temor tus galeras
a ese reino de cristal.

(Vase.)

CAR. Otavio.

OTA. Señor.

CAR. No quiero
dar sólo al Conde esta acción.
Prended a Floro.

FLOR. ¿Estas son
la merced y honra que espero?
Enojarte has prometido,
no prenderme.

CAR. De ese modo,
no te aflijas, pues que todo
imaginas que es fingido.

CON. El Duque anduvo discreto,
bien nuestro engaño dispuso;
el palacio anda confuso,
sólo yo alcanzo el secreto.

(Vanse, queda CARLOS *y sale* VARLOVENTO.*)*

VAR. A pedir vengo justicia
a mi Rey.

CAR. ¿Quién habla ahí?

VAR. Querellas me traen aquí,
no pretensión ni codicia.
A tus pies, señor, postrado
te he de suplicar, si acierto,
que me deshagas un tuerto
de un señor que me ha agraviado.

CAR. Di quién es.

VAR. Carlos se llama.
Mi amo diez años fué;
si su comida guisé,
él fué el amo y yo fuí el ama.
Haz, Rey, que me satisfaga
diez años que le serví.

CAR. ¿El niega la deuda?

VAR. Sí,
que harto niega quien no paga.
Sordo a mis quejas está.
Darle una urraca pretendo

que siempre le esté diciendo:
«Paga, paga».

CAR. Y él lo hará.

VAR. Pero no se dice cuándo.

CAR. Hombre es de bien, yo le fío.

VAR. Si le conoce, Rey mío,
pague por él.

CAR. Yo te mando.

VAR. Dádivas de testamento,
eso no, que pobre estoy.
Cuánto es mejor «yo te doy».
Pero mande, soy contento.

CAR. Yo te mando que te vayas
sin pedir y sin hablar.

VAR. ¿Dónde me he de ir? ¿A tirar
la jábega en esas playas?

CAR. A traerme una libranza
para que yo te la firme.

VAR. Y de cuánto has de decirme.

CAR. De dos mil ducados.

VAR. Panza,
albricias, que ya los dos
salimos de pan y queso.
Yo te beso... Mas no beso
hasta ver la firma. Adiós.
Una cosa se me olvida,
y así, vuelvo por la posta.
¿Fueron de ayuda de costa
o de renta de por vida?

CAR. De ayuda son. ¿Quién lo duda?

VAR. Yo, que puedo vestir jalma;
boticario de mi alma,
no me ordenes esta ayuda.

CAR. Vete, que de renta son.

VAR. ¿Dos mil de renta? ¿Es quien quiera?
Vengan peto y bigotera,
venga un coche y venga un don.

(Vase y sale PORCIA.*)*

POR. Pasaba a la galería
de la mar y está aquí el Rey.
Vuélvome.

CAR. ¿Es razón, es ley
o especie de tiranía
que huya la luz del día
y se niegue a quien la adora?
El sol, divina señora,
nunca vuelve atrás el paso,
siempre camina al ocaso
desde el pecho del aurora.

POR. La sombra no ha de tener
competencias con el sol,
su púrpura y arrebol
inimitable ha de ser.
El magnífico poder
del rey es sol, los demás
sombras son. Y donde estás,
que sol del mundo te nombras,
no pueden estar las sombras,
¿qué mucho vuelvan atrás?
Aunque la llames crueldad,
tus lisonjas me dan pena;
en tu palacio está Elena,
dígale tu Majestad
o lisonjas o verdad.
Otras damas hay también
con gran hermosura a quien
podrás alabar.

CAR. Procura
que no crezca tu hermosura
con el rigor y el desdén;
que cuando estás desdeñosa
más hermosa, Porcia, estás
y más ocasión me das
si te miro más hermosa.
Muéstrate en algo piadosa,
tendrás menos hermosura,
y este amor o esta locura
que de tus ojos serenos
procedieron, serán menos
y estarás de mí segura.
Otras damas de palacio
no me pudieran causar
afecto tan singular
ni yo las miro de espacio.
¿Qué amatista o qué topacio
brillarán si ven delante
la majestad del diamante,
y por qué a Elena me nombras
si son sus ojos dos sombras
de tu sol? No fuera amante
de esa mujer, no le diera
un átomo de alabanza
si cuanto ciñe y alcanza
el mar en su húmeda esfera
límite a mi reino fuera;
que le tengo antipatía,
por la fe y palabra mía:
no hay oposición más fuerte
entre la vida y la muerte,
entre la noche y el día.

(Sale ELENA *y halo estado oyendo.)*

ELE. Gracias al cielo, señor,
que estás ya desengañado
y que no te da cuidado

aquella pequeña flor
comparada al resplandor
de la Reina mi señora.
Cuando me llamaste Flora,
diosa de la antigüedad
disfrazaste la verdad,
que manifiestas agora.

CAR. Elena, ¿qué dices? ¿Yo
Flora ni flor te llamé?
¿Yo tu hermosura alabé?
¿Yo cuidado en ti?

ELE. ¿Pues no?

POR. Si Elena lo mereció,
prosigue, no te arrepientas.

CAR. Espera, que me atormentas
con desdenes y con hielos
que tienen forma de celos.

POR. Piensas mal.

CAR. ¿Por qué te ausentas?

POR. Porque ya tienes conmigo
la misma hermosura.

CAR. Cuando
tu luz estoy adorando,
¿huyendo me matas?

POR. ¿Sigo
tu gusto en esto?

CAR. ¿Si digo
que se ha burlado atropellas
tanto amor?

POR. Sus luces bellas
merecen esa porfía.

CAR. Oye.

POR. Delante del día
no paramos las estrellas.

CAR. Pensarán que vas quejosa.

POR. Piensenlo y váyame yo.

CAR. ¿Celos llevas?

POR. Eso no.
Sin amor, ¿quién fué celosa?

CAR. ¿Pues cómo vas?

POR. Rigurosa.

CAR. ¿Y por qué?

POR. Porque es virtud

CAR. ¿No es vicio la ingratitud?

POR. No.

CAR. ¿Pues qué?

POR. Honor, siendo tal.

CAR. Tú me has causado este mal,
nunca Dios te dé salud.

(Vanse PORCIA *y* CARLOS.*)*

ELE. Cuán fácil, cuán engañada
estuviera la mujer
que se obligara a creer
cuando se escucha alabada.
¿Quién hay que se persuada
a imaginar que es querida
si es un engaño la vida
en que todos caen? Dichosa
la que viendo que es hermosa
no queda desvanecida.
El Rey vuelve.

(Salen ENRICO *y la* REINA.*)*

REIN. Enrico, atiende
a las cosas que has de hacer.
Yo me voy a entretener
a Carlos, al que pretende
usurpar con tiranía,
ingrato a mi necio amor,
este reino. Tu valor
es el norte y luz que guía
la justicia y la razón.
Tú eres voz, lengua, instrumento
con que gobierno y aliento
mis vasallos.

ENR. Tuyos son
mi honor y vida, señora;
mande y ordene tu Alteza,
que estoy a naturaleza
más agradecido agora,
pues me dió ésta semejanza
con que te sirva y ampare.

REIN. Mientras yo no te avisare
seguro estás.

ENR. No me alcanza
el temor. Mientras los dos
gobernamos desta suerte
no temo a la misma muerte.

REIN. Pues adiós, Enrico.

(Vase.)

ENR. Adiós.
Elena hermosa, ¿aquí estás?

ELE. Aquí estoy, pero no hermosa.

ENR. Parece que estás quejosa.
¿Desdenes callando das
cuando admiro tu hermosura,
alabando a quien el ser
te dió, pues de su poder
es un rasgo la criatura?
Niegas tu misma beldad,
ingrata al cielo pareces,
pues que así no le agradeces
las vislumbres de deidad
que en esos ojos ha puesto
y en tus labios de rubí,

dándome ocasión a mí
a un amor noble y honesto,
no imperfecto, torpe, no;
que si admirada te veo
no se me atrevió el deseo,
que la razón lo enfrenó.

ELE. Si me ha dicho que soy fea,
si acaba de dar favores
a Porcia, si sus colores
dicen que dan a Amaltea
favor para producir
la hermosura de los prados.
Con labios disimulados
lisonjas vuelve a decir
que no le serán oídas
ni escuchadas.

ENR. Oye, Elena,
que a tu luz clara y serena
no hay otras, no, parecidas.
Porcia es una noche obscura
que a los rayos de tu sol
con el nácar y arrebol
que le presta tu luz pura
puede lucir solamente;
y si a Porcia quiero bien,
mal me haga Dios, amén.
Aquel desaire de frente,
aquellos ojos dormidos,
aquella color robada,
aquella voz, no me agrada
los ojos ni los oídos.

ELE. ¿Tanta mudanza y tan breve?

ENR. El Rey anda por aquí.

(Sale PORCIA *y lo ha escuchado.)*

POR. Albricias me den a mí
el carmín, el sol, la nieve,
que alabando mi hermosura
ya los dejarás, señor,
pues sanaste del amor
que tú llamabas locura.
Elena, estos desengaños,
bien que creidos no fueron,
grandes lecciones me dieron.

ELE. Mucho sé ya en pocos años.

(Vase ELENA.*)*

ENR. Escúchame, Elena mía.
No hay oposición tan fuerte
entre la vida y la muerte,
entre la noche y el día
Sabe Porcia.

POR. ¡Qué capricho!
«Y si a Porcia quiero bien,
mal me haga Dios, amén.»

ENR. Pues, Porcia, lo dicho, dicho.
Y porque agora me creas,
con el Duque has de casarte
esta noche.

POR. Quiera darte
cuantos imperios deseas,
la fortuna. Agora sí
que me quieres bien, señor.

ENR. Sé que le tienes amor.

POR. Así me le tenga a mí.

(Vase; sale VARLOVENTO *con papel y pluma.)*

VAR. Magno Alejandro, a qué fué
ya mi venida penetras,
píntame aquí siete letras
si sabes el abecé.
Toma un pincel que voló
en alas de un ganso.

ENR. ¿Pues
qué papel es ese?

VAR. Es
la puta que me parió.
¿Agora sales con eso?
Los dos mil de renta son.
No te muestres socarrón,
que un rey ha de hablar en seso.
Con cualquiera sabandija,
enano, bufón o dueña,
que la majestad enseña,
a respetar, porque es hija
de las deidades; y ansí
feliz tú que la penetras
y pagas con siete letras
diez años que te serví (1).
Firma, Rey; firma, señor;
firma, amigo, y firma, dueño;
firma este don, que es pequeño
para tu mucho valor.

ENR. No me acuerdo.

VAR. Pues voy...

ENR. Bien.
¿Dónde vas con tal cuidado?

VAR. A preguntar si han hallado
tu memoria.

ENR. Haz que también
pregonen mi voluntad.

VAR. Veleta, niño o mujer,
que no sé qué pueda ser
quien con tal velocidad

(1) Faltan en *Escogidas* los ocho versos anteriores.

se ha olvidado: ¿cómo dejas
la merced que haces en vano?
Firma, ingratísima mano,
«¡oh, más dura que mármol a mis [quejas!»

ENR. Dame ese papel.

VAR. En mí
puedes aprender franqueza.
Mira con cuánta presteza
doy lo que pides.

(Dale el papel.)

ENR. Así

(Rompe el papel.)

firmo yo cuando no es mía
la hacienda que te he de dar,
porque el rey no ha de pagar
lo que Carlos te debía.
No serviste al rey; no puedes
proponer cédula tal;
que el patrimonio real
no es deudor de esas mercedes
Sólo estas rentas alcanza
gran ministro o gran soldado.

VAR. ¡Vive Dios, que me ha pagado
en menudos la libranza!
Si es tirana tu malicia,
de este reino con violencia,
solo para mí hay conciencia
solo para mí hay justicia (1).
¿Mi amor pagas deste modo?
Págame ya tanto afán,
o acuérdate del refrán
que dice: «A Roma por todo».

ENR. ¡Hola!

(Salen dos criados.)

CRI. Señor.

ENR. Mentecatos
nunca hicieron cosa cuerda.
Dadle dos tratos de cuerda.

VAR. No soy hombre de esos tratos.

ENR. Lo mal hecho o lo bien hecho
no lo ha de murmurar
en sus burlas el juglar:
téngalo oculto en su pecho;
que el vasallo no es juez
del acuerdo superior
de los reyes. Lo que error
parece al hombre, tal vez
fueron acuerdos divinos,
que en la justicia conviene
el rey con Dios, porque tiene
investigables caminos.

VAR. Grandes saltos das, señor.
De soldado, Marqués fuiste;
de Marqués, a Rey subiste;
de Rey, a predicador,
y a este mismo punto, aquí,
hacerte a los cielos plugo
predicador y verdugo.
¿Dos tratos de cuerda?

ENR. Sí.

VAR. Tijeretas son ansí.
¿Qué ha de hacer un rey pescado,
entre las aguas criado?
Rey marrajo, rey atún,
¿es de veras?

CRI. Ya enfada.

VAR. Hermosa renta me das;
en dando otro paso más
será burla muy pesada (1).

(Llevan a VARLOVENTO *y sale el* DUQUE.*)*

DUQ. Ya, señor, se van juntando
los soldados de tu reino
y doscientos mil escudos
de donativo te hicieron.

ENR. Duque, despedid la gente.
No tengo acción ni derecho
a esta guerra, y las victorias
las da, con justicia, el cielo.
No aceptéis el donativo,
cuya paga, cuyo peso
carga en los pobres vasallos.

DUQ. Eres Numa de estos tiempos.

ENR. Vos, Duque, por gusto mío,
hoy seréis esposo y dueño
de Porcia.

DUQ. Beso tus pies.

(Sale OTAVIO.*)*

OTA. Ya está en el castillo preso,
como me mandaste, Floro.

ENR. De su prisión me arrepiento,
salga libre, y advertid
que, estando sano, confieso
una enfermedad que paso,
un delirio que padezco.
Yo siento, yo reconozco
que algunas veces no tengo
memoria de muchas cosas
tocantes a este gobierno.

(1) Faltan en *Escogidas* los cuatro versos anteriores.

(1) Faltan en el mismo tomo los ocho versos anteriores.

El cielo me da este olvido
porque he sido Rey soberbio,
y así, la Reina ha de ser
quien os gobierne.

DUQ. Yo acepto,
en nombre del reino, agora
la renunciación que has hecho.
Avisa, Otavio, que ya
no son menester los tercios
ni el dinero del Senado.

OTAV. Sabio está el Rey y discreto.

(Salen la REINA, PORCIA, ELENA *y el* CONDE.)

REIN. Ya puede tu Majestad
retirarse a su aposento
antes que los accidentes
le vuelvan.

ENR. Soy el primero
que a la Reina da obediencia
para daros buen ejemplo.

(Vase.)

CON. Lindamente lo hace Enrico.

REIN. Mucho, Conde, le debemos.

DUQ. Ya, señora, reinas sola,
que Carlos, prudente y cuerdo,
su incapacidad confiesa.

REIN. Acá vuelve, y aun sospecho
que le ha vuelto su locura.
Carlos viene.

CON. Ya lo entiendo.

(Sale CARLOS.)

CAR. Huélgome de hallaros, Duque.
De soldados y dineros,
¿cómo os va?

DUQ. Despedidos
están ya; porque si el cielo,
como dices, da victorias
a quien tiene más derecho,
y a Nápoles no le tienes,
guerra injusta no queremos.
¿Esto se olvidaba ya?

CAR. ¡Vive Dios, bárbaro necio,
que te he de sacar el alma
que obró tales desconciertos!
¿Eso me respondes cuando
la resolución espero
de las órdenes que di?

DUQ. ¡Qué desdicha! Ya le ha vuelto
la enfermedad que tenía.

CON. Yo te suplico y te ruego
que te retires, señor;
sosiega un rato.

CAR. ¿Qué es esto?
¿Conjurados estáis todos?

(Salen FLORO Y OTAVIO.)

FLOR. Los pies, gran señor, te beso
por la merced del perdón,
si hay perdón donde no hay yerro.

CAR. ¿Yo no te mandé prender?

OTA. Y soltar también.

POR. No puedo
estar sin lástima aquí.

ELE. ¡Qué extraño olvido!

DUQ. Ya es tiempo
de hacer lo que mandaste.
Porcia hermosa, si debemos
obedecer, a tu mano
la palabra y alma entrego,
tuyo soy.

POR. Y yo soy tuya,
pues el Rey lo manda.

CAR. ¡Cielos!
¡Esto no puedo sufrir;
no hay paciencia para esto!
Apartad, que si estos lazos
juntan las almas, los cuerpos
no han de enlazarse en su vida.
¿Qué tirano atrevimiento
es el tuyo? Vos, Matilde,
tenéis confuso y revuelto
mi palacio.

REIN. ¿Hay tal desgracia?

CAR. ¿Luego loco estoy?

POR. Si vemos
que me mandas desposar
con el Duque, y sentimiento
muestra después Vuestra Alteza,
¿qué podemos pensar desto?

CAR. ¿Yo he mandado tal? ¿Yo mismo?

POR. Tú lo mandaste diciendo
en la presencia de Elena:
«Mal me haga Dios si quiero
a Porcia». «Y lo dicho, dicho»,
dijiste, engañando, luego.
¿Es verdad, Elena?

ELE. Sí.

CAR. Loco desta vez me han hecho
Rebelados contra mí
tiene la Reina sus deudos
y vasallos. ¿Qué venganza
merece este menosprecio?

(Sale VARLOVENTO *llorando.)*

VAR. Déjenme entrar, o pues soy
aire, siendo Varlovento,

me entraré sin que me vean.
Príncipe, a pedirte vengo (1)
que a España quiero partirme,
porque son justos y buenos
los reyes de aquella tierra.

CAR. Amigo, que así te debo
llamar, porque sólo tú
me tienes amor: ¿qué es esto
que todos me llaman loco?

VAR. Eso ha sido muy mal hecho,
aunque no mienten, señor.

CAR. ¿Tú también codicia o miedo
te rebelan? ¿Yo estoy loco?

VAR. ¿Loco a secas? No, que pienso
que estás loco y locazo
y loquísimo. ¿Fué bueno
darme dos tratos de cuerda?
¿Estas las mercedes fueron
que yo esperaba de ti?
¿Los dos mil de renta en esto
se resolvieron? ¡Ah, injusto!

CAR. ¿Qué me dices, Varlovento?

VAR. Lo que tú mismo mandaste
con esa boca que presto
comerá la tierra,

CAR. ¿Y tú
lo oiste de mí?

VAR. No tengo
orejas de mármol yo
como tú tienes el pecho.

CAR. Alto. Pues lo dicen todos,
loco estoy, yo lo confieso,
o quieren, por mi soberbia,
castigarme ansí los cielos.
Aquel Rey que en Babilonia
bestia pareció en un tiempo
por su soberbia, soy yo.
Loco estoy y no lo entiendo;
discurro bien, siento bien,
de mis acciones me acuerdo;
a mí vienen los baldones,
y la locura está en ellos.
Reina: este mal me procede
o del cielo o de tu ingenio.
Quédate, Reina, con Dios,
goza en paz de aqueste reino.
Y tú, Porcia, goza al Duque
mientras yo rabio y padezco
una locura insensible,
un mal que no comprendo
en un palacio confuso,
en un laberinto ciego,
en un reino que perdí
por desvanecido y necio.

REIN. Lágrimas causa en mis ojos.

DUQ. ¿Quién vió accidente tan nuevo?

VAR. ¡Ah, señor! ¿Sabrás firmar
antes que te deje el seso?
¡Ah, buenas noches!

CAR. Sicilia,
prevenme tus Mongibelos,
aunque en mi cólera están
más abismos y más fuego.

JORNADA TERCERA

(Sale la REINA *y* PORCIA.*)*

REINA.

Porcia, el amor porfía
y crece esta pasión más cada día.
A Carlos quiero. Sabe
que mostrarle rigores es un suave
arbitrio por que enmiende
la altiva condición con que pretende
el reino en tiranía.
Y no está loco, no, que industria es mía.
Sólo pretendo agora
que agradezca este amor. ¿Qué haré?

PORCIA.

Señora:
el hombre con desdenes
se obliga a querer bien. Si amor le tienes,
da a entender que le olvidas;
ni celos, ni favor, ni amor le pidas.
Luego, si te ha querido,
te olvidará si está favorecido.

REINA.

Si es condición del hombre,
favorecerle quiero yo en tu nombre.
Avísasle que quieres
hablarle aquesta noche.

PORCIA.

¿Y las mujeres
no perdemos en eso?

REINA.

Darále desengaños el suceso;
sabrá cómo yo he sido,

(1) Falta aquí algo que indique que lo que le pide es licencia para irse.

que aun ignora el amor que le he tenido.
Para humillarle fundo
un aviso sutil del otro mundo,
con amor y deseo
de reinar libremente; así peleo.
Ya quiero en su presencia
negocios despachar y dar audiencia,
que es gloria reinar sola.
Llamen al secretario.

PORCIA.

¡Luces, hola!

(Sacan un bufete con dos bujías, recado de escribir y papeles, y estará CARLOS *al paño.)*

CARLOS.

Llamen al secretario,
escuche con desprecio: ¡oh, mundo vario!
Al ánimo y al brío
faltan las fuerzas; el ingenio mío
pretende, vacilando,
venganzas, y el camino está dudando.

(Sale el SECRETARIO.)

SECRETARIO.

Aquí están los papeles.

REINA.

Velos tú refiriendo como sueles.

PORCIA.

Señora: Carlos queda
detrás de ese cancel.

REINA.

La pompa y rueda
de su soberbia vana
deshará si me escucha.

SECRETARIO.

Si mañana
correo ha de ir a Roma,
esa es la carta para el Papa; toma
la pluma y firma.

REINA.

En ella
de Carlos este reino se querella
y pretende que anule
el matrimonio nuestro.

CARLOS.

Disimule
aquí mi sufrimiento,
caigan las torres que formé en el viento.

SECRETARIO.

En este memorial pretende el pueblo
que les confirmes tú estos privilegios
que Carlos concedió.

REINA.

Darlos no pudo
sin mi consentimiento.
No ha lugar.

CARLOS.

¿Esto escucho? ¿Qué tormento
reserva el cielo para darme muerte?

SECRETARIO.

Aquí se pide que en las obras públicas
donde se escribe Carlos y Matilde,
los Reyes de Sicilia digan sólo Matilde.

REINA.

Está muy bien, Matilde diga.

CARLOS.

Paciencia; no soy rey, faltó la dicha.

PORCIA.

¿Hay quien hable a su Alteza?

SECRETARIO.

Entren a despachar los que quisieren.

CARLOS.

Las mujeres gobiernan, ya es Sicilia
un reino de amazonas.

(Sale el DUQUE.)

DUQUE.

Señora, el reino quiere
que Carlos, el Marqués de Terranova,
tu esposo, goce agora
que enfermo y melancólico se halla
el servicio de aquellos donativos
que a Carlos concedió para la guerra
de Nápoles.

REINA.

No es justo.
Decid, Gobernador, que no es mi gusto.

CARLOS.

Quien pierde un reino pierda
el seso y la razón, la vida.

(Sale el CONDE.)

CONDE.

Consejero de Estado
fuí tuyo, gran señora, y me ha quitado

aquesta autoridad, sin causa alguna,
Carlos.

REINA.

Pues ya lo sois.

CARLOS.

¡Ah cruel fortuna!

(Sale VARLOVENTO.*)*

VARLOVENTO.

Ya que todos pedimos
locos y cuerdos ver a nuestra Reina,
yo que tengo de todo,
me inclino, hablo y digo de este modo.
Serví a Carlos, señora;
una merced me hizo
que enferma me salió y con romadizo.
Cuando venía a firmalla
con la cuartana o frenesí se halla;
mándame dar la cuerda,
no es bien que esta merced así se pierda.

REINA.

Como Carlos la firme,
vuelve para que yo te la confirme.

VARLOVENTO.

Esperaré a su lúcido intervalo
si ya no me la firma con un palo (1).

PORCIA.

¿Hay más gente que quiera
hablar y despachar?

SECRETARIO.

Ninguno espera

(Sale CARLOS.*)*

CARLOS.

Yo sólo, desdichado,
que me escuches pretendo.

REINA.

¡Qué cansado;
qué importuno y furioso!
Hasta aquí te estimaba como esposo;
ya, Carlos, te aborrezco;
ni hables ni te quejes.

CARLOS.

Bien merezco
este rigor injusto.

PORCIA.

Marqués, vedme esta noche.

CARLOS.

Haré tu gusto.

REINA.

Mi semblante es ingrato,
pues que le quiero bien y mal le trato.

(Vanse todos y queda CARLOS.*)*

CAR ¿Cuál hombre ha podido estar
más confuso y más dudoso?
Subí, como venturoso,
al más supremo lugar
que yo pude imaginar
y despojado me veo
del valor y del trofeo
que mereció mi valor.
Venganza, crezca el furor;
ánimo, crezca el deseo.
Soldado supe adquirir
lo que Rey no he conservado.
Siendo Rey vivo agraviado.
¿Y esto se puede sufrir?
Venganza, pues, o morir.
La misma espada es la mía,
aliéntese mi osadía,
vuelva mi nombre a ilustrarse,
que tal vez el no vengarse
no es virtud, es cobardía.
Aquí, al silencio y reposo
de la noche, he de escribir
los que tienen de morir
a mis manos. ¡Cuán dichoso
vive el que, en nada ambicioso,
con su estado se contenta!
Mas esto, ¿de quién se cuenta?
Pocos la alcanzan; y ansí,
faltarme ambición a mí
no es valor y será afrenta.
Porcia, a mis ruegos rendida
o para darme más muerte,
me ha llamado, y desta suerte
quitaré al Duque la vida,
para que mi amor no impida
ni de palacio la lleve.
Vengaréme del aleve
y gozaré la que quiero.
El Duque muere primero,
morir Federico debe.
Ahora bien, entendimiento,
un discurso se me ofrece,

(1) Estos 15 versos anteriores faltan en *Escogidas*.

aunque difícil parece
al humano entendimiento.
Yo tengo aborrecimiento
a la Reina; su heredera
es Porcia, que reina fuera.
Y si el reino me ha jurado,
rey seré si estoy casado
con Porcia. ¡La Reina muera!
Las grandes victorias dieron
los más difíciles casos.
Hacia mí he sentido pasos,
la puerta pienso que abrieron.

(Sale ENRICO, *despacio, con la mano en la espada.)*

¿Qué es lo que mis ojos vieron?
¿Es horror o fantasía?
¿Ilusión o sombra fría?
¿Es rapto del devaneo?
¿En qué fuente o cristal veo
una imagen que es tan mía?
Si es furor de la locura
que dicen que en mí se esconde,
¿Quién eres, hombre? Responde.

ENR. Yo soy tu misma figura.
CAR. ¿Qué buscas?
ENR. La sepultura.
CAR. ¿Luego ya estás muerto?
ENR. Sí.
CAR. ¿Por qué?
ENR. Porque ingrato fuí.
CAR. ¿A quién?
ENR. A la Reina.
CAR. Espera,
figura y sombra ligera
en quien yo mi imagen vi.
¿Para qué la voy siguiendo
si es humo y nada? ¿Quién vió
otro Carlos, otro yo
que no se admire temiendo?
Mi ingratitud reprehendo,
mi soberbia misma acuso
y destos prodigios uso
con cristiana bizarría,
sombra que dejar podía
este palacio confuso.
Porcia, que al balcón espera,
quedará desengañada,
porque el alma enamorada
de su beldad lisonjera
ama la luz verdadera
que al sol mismo ha obscurecido.
Si ingrato a la Reina he sido
y a su persona real,
seré vasallo leal,
seré amante agradecido.

(Vase y sale el DUQUE, *de noche.)*

DUQ. Después que la mano di
a Porcia y suyo me llamo,
con tales afectos amo
que no hay libertad en mí.
Di lugar a la razón,
sus partes consideré,
y agradecimiento fué
quien dió al alma esta afición.
Vengo alegre a ver si está
al balcón del corredor
el hermoso resplandor
que luz a la noche da.
Mas otro apriesa ha llegado;
en alas de amor vendría,
buscando en la noche el día;
quiero esperar retirado (1).

(Sale CARLOS, *de noche.)*

CAR. Porcia, si te doy cuidado,
ya estarás a ese balcón.
Mal reposa el corazón
que tiene amor desvelado.
¡Ce!

(Salen la REINA *y* PORCIA *al balcón.)*

POR. ¿Quién llama?
CAR. ¿Es Porcia?
POR. Sí.
REIN. ¿Es el Rey?
CAR. No, Carlos soy,
que ya reducido estoy
a ser sólo lo que fuí.
Si soldado fuí temido,
vuélvome a mi ser primero;
corona ajena no quiero,
basta haberla merecido.
Y así, quien llama, señora,
no es el Rey; que si rey fué,
la reverencia y la fe
a la Reina aguarda; agora
Carlos le han hecho.
DUQ. O me engaño
o escuché de Porcia el nombre.
Quiero acercarme, aunque el hombre
suele escuchar por su daño.
REIN. Cuando me obliga el ardor
con que dices que me amas

(1) Faltan en *Escogidas* estos cuatro versos anteriores.

¿Carlos dices que te llamas
y no mi amante, señor?
Cuando el amor me ha rendido
y vengo a favorecerte,
¿vienes tibio desta suerte?

CAR. Sí, que soy agradecido.

REIN. Pues esta misma razón
a amar te obliga.

CAR. Eso fuera
si a la Reina no tuviera,
Porcia, más obligación.

POR. Esto va bueno.

REIN. Sospecho
que mi voz ha conocido.

DUQ. Desmayado y desasido
siento el corazón del pecho.
La sangre al rostro ha robado
y quedo en sudor y hielos.
¡Vive el cielo, que son celos
estos que me dan cuidado!
Digo mal, celos no son,
honra, sí; desdicha, sí,
pues ya la mano le di.
¡Ea, aliento, corazón!
Ni el desengaño os dé muerte
ni el engaño os dé sosiego.
Obscuro está, mas me llego.

REIN. Infeliz será mi suerte
si al mostrarte disfavor
eras ingrato primero
y agora que yo te quiero
eres ingrato a mi amor.
¿O lo haces para ser
siempre ingrato?

CAR. Porcia, no.

DUQ. Carlos a Porcia nombró.
¡Ah falsa! ¡Ah fácil mujer!
Hablando con ella está,
y, si yo mal no escuché,
ella le muestra más fe
y él menosprecios le da.

REIN. Carlos, Rey y dueño mío,
pues me obligan las estrellas
a que inclinada por ellas
use mal de mi albedrío,
No es razón que tanto amor
esté sin correspondencia;
pedid al alma licencia
para admitir mi favor.
Y si amáis en otra parte
para ser agradecido,
poned un rato en olvido
lo que amáis.

DUQ. Para escucharte,
que algunas razones pierdo,
otro paso daré más,
falsa mujer.

CAR. ¡Oh, me das
los consejos como a cuerdo!
Inadvertido adoré
tu hermosura; ingrato fuí
a quien la vida debí.
Disfavores en ti hallé.
Volví en mi acuerdo; ya quiero
lo que es justicia querer.
Vuélveme tú a aborrecer
y estarás como primero:
sosegada y satisfecha.

REIN. Amor y aborrecimiento
no se compadecen.

DUQ. Siento
un consuelo en mi sospecha
que me anima; aquella voz
no es de Porcia. No la creo
lisonjeando al deseo.
Aire manso, aire veloz,
tráeme, si vida me das,
las palabras de sus labios;
suspended al gusto agravios.
Otro paso daré más
aunque me sientan.

CAR. Señora:
donde manda la razón
no ha de vencer la pasión
fácilmente. Quien adora
aborrece, y quien olvida
amar suele fácilmente
cuando la razón consiente
que dé leyes a la vida.
Yo te quisiera querer;
pero tan trocado estoy,
que pienso ser desde hoy
el galán de mi mujer.
Dióme el reino que ha tenido,
y yo, con ciega locura,
no estimaba su hermosura,
soberbio y desvanecido.
Loco estaba; verdadera
mi locura, bien me acuerdo;
ya la adoro, ya estoy cuerdo;
pide, Porcia, que me quiera.
Pide, señora, perdón
al yerro que cometí,
que a esto sólo vine aquí.

REIN. ¿Luego no por mi ocasión?
¡Ah rigor de injusta estrella

que a tal desdicha me obliga!

DUQ. Aunque más Porcia le diga,
vive el Cielo, que no es ella.

POR. ¿Qué más quieres, si rendido
ves a Carlos?

REIN. Porcia mía,
siempre el amor desconfía.
Pienso que me ha conocido
y finge amores su pecho.
Prosigue tú y le tendremos
desalumbrado; veremos,
sin duda en la voz.

CAR. Sospecho
que no es Porcia, y pienso bien;
voz de la Reina parece.
Mas, ¿cómo, si me aborrece
y me trata con desdén,
estos favores me dice
en nombre de Porcia? Quiso
desengaños; con aviso
aquellos discursos hice.
Esta es sin duda; bien es
que ya trocado me vea
amor y fortuna. ¡Ea!,
volvedme a hacer de Marqués,
Rey de Sicilia.

POR. Señor:
nunca mi desconfianza
temió en vos tanta mudanza
ni Porcia tanto rigor.

CAR. No finjas la voz, señora;
Dejad que esta dicha goce
sin disfraz. Bien os conoce
quien os oye y os adora.
Ya sé que esa voz suave
reconoció mi sentido;
ya sé que adoro, advertido,
el más hermoso, el más grave
dueño del alma, señora.
Halcón era remontado
mi corazón; ya ha tornado
a la voz de la que adora.
Ya la mano de su dueño,
perdonad, señora mía,
que la voz no conocía,
como arroyuelo pequeño
que va inadvertido al mar,
sin respetar su grandeza,
ya llora vuestra belleza,
ya soy fénix singular
en amor, en fe, en constancia;
que el desacuerdo pasado,
para hacerme desdichado,
hijo fué de la ignorancia.
Si otra hermosura adoré,
ya adoro vuestra hermosura.
La luz del sol no es más pura
que este amor y que esta fe.

REIN. ¿No te dije yo? El dudaba
que era tu voz; pero luego
que te oyó descubrió el fuego
que el traidor disimulaba.
¡Qué poco benigna estrella
la esperanza me asegura!
Dame, Porcia, tu hermosura;
toma mi reino por ella.

DUQ. ¿Cómo es posible que esté
Carlos en esto engañado?
Yo sí que soy desdichado,
yo sí que mal escuché.
A Carlos quiero creer
y no a mí. Acercarme quiero.
Saldré de engaño tan fiero
o acabaré de perder
honra y vida.

CAR. ¿Cómo callas?
¿Cómo, a amor tan sin segundo
que con sus alas el mundo
pudiera cubrir, no hallas
correspondencia en los labios?
¿O es que el alma no la tiene?

POR. La admiración me detiene.

DUQ. ¡Ay de mí! ¡Teneos, agravios!

POR. ¿Qué mucho que no responda
a tan súbita mudanza?
Obscuro sois. ¿Quién alcanza,
aunque amando os corresponda,
vuestros secretos, señor,
si me tratáis con desdén,
si a la Reina queréis bien
como ya mostráis amor?
Desdén y amor todo junto,
gloria y pena en un instante,
a un tiempo ingrato y amante,
Porcia y Matilde en un punto.
¿Qué es esto? Yo no lo entiendo.

CAR. ¡Vive Dios, que ahora toco
con las manos que estoy loco
y en vano salud pretendo!
Esta voz no conocía;
de la Reina imaginaba
que era esta voz.

DUQ. Bien pensaba
que era la desdicha mía
Menos de lo que temí
loco estaba. Cielos, cielos,

¡mil rayos!, con estos celos
tened lástima de mí.
Vuélvome atrás, pues mi honor
da tantos rayos atrás.
Honra, no escuchemos más;
pero no, caiga el rigor
de los cielos desatado
de las nubes. Aquí, aquí,
¡ira de Dios!, llueva en mí
el cielo.

REIN. Tú me has dado
envidia, Porcia. No quiero
que a ti te dé sus favores;
quiero engañar mis amores
con este amor lisonjero.
Carlos amado: no améis,
digáis bien o no digáis,
queredme o no me queráis,
estad firme o no lo estéis,
yo soy vuestra, y basten ya
mi rigor y vuestro olvido.

DUQ. Otra vez he conocido
que no es Porcia. Bueno está.
Cielos, estad ya serenos,
pues se alientan mis desmayos;
cielos, detened sus rayos;
nubes, detened los truenos.

CAR. Otra vez pierdo el juicio.
Con la Reina estoy hablando.
Fortuna me está burlando.
Es mujer, hace su oficio.
Reina, Porcia, esfinge y Etna,
cuya voz es, sin estilo,
una vez de cocodrilo
y otras veces de sirena.
Seas quien fueres, ¡vive Dios,
que a la Reina solamente
he de amar y eternamente
unirá un lazo a los dos!
Porcia esté desengañada,
que si la adoré, la olvido.
Cuerdo estoy y agradecido.
Matilde sola me agrada.
Suyo soy, esclavo soy
de la Reina mi señora.
Clicie soy que al sol adora;
a buscar sus rayos voy.

(Vase.)

REIN. Llámale, Porcia; detén
el mayor ánimo y brío,
que, en efecto, es dueño mío,
y, aunque callo, quiero bien.

POR. Escucha, Carlos, señor,
oye, advierte que aquí tienes
quien rigores y desdenes
ha convertido en amor.
Tu Porcia te llama. Fuése.

DUQ. Cielos; a mi parecer,
a tronar podéis volver,
vuestra inclemencia no cese.
Juegan conmigo los cielos,
burla de mí la fortuna,
es mi desdicha la luna.
¡Son vanas sombras mis celos!
¡Ah ingrata! ¡Ah falsa! ¡Ah cruel!
Aquí he escuchado el rigor
de mis celos y tu amor,
mi desdicha he visto en él
y mi desengaño en ti.
De aleve sueño recuerdo.

POR. El Duque es. Por ti le pierdo.
Vuelve, señora, por mí.

(Vase.)

REIN. ¿Qué decís, Duque? ¿Con quién
habláis vos desa manera?
¿Yo soy falsa? ¿Yo soy fiera?
¿Yo rigor y yo desdén?
¿Qué lenguaje es ese en vos?
¿Cuando a Carlos hablo estáis
escuchando? No lo hagáis
otra vez, o, ¡vive Dios...!
Pero cierro la ventana.

(Vase.)

DUQ. ¡Oh voz dulce! ¡Oh voz dichosa!
No en vano a esa luz hermosa
ha salido la mañana.
Desengaños y recelos,
pedidme albricias. No fué
Porcia la que yo escuché.
¡Oh cómo engañan los celos!
La Reina a Carlos habló,
y aunque a mi Porcia ha nombrado,
si es la Reina, ¿qué cuidado,
qué recelo siento yo?
Ya salió el hermoso día,
y mi honor sale con él
coronado de laurel,
coronado de alegría.

(Salen el CONDE *y* LISARDO, *labrador viejo.)*

¿Tan de mañana en palacio?
Mucho, Conde, madrugáis..

(Vase.)

CON. A las quejas de un villano,
¿cómo podré sosegar?

Labrador: ¿eres mi sombra?
¿Siempre siguiéndome estás?

LIS. Las sombras se desvanezcan
si el sol ha salido ya.
Conde: tú tienes mi hijo.
Si tú tienes la mitad
deste viejo miserable,
el afecto paternal
y el amor propio de padre
en su demanda me trae,
¿qué te espantas que te siga?
Del valle de San Román
Enrico vino a tu casa;
ni sé dél ni ha vuelto allá.
Díceme otro labrador
que contigo le vió hablar,
que le trujiste a palacio
y que no le ha visto más.
Dame razón de mi Enrico,
dime, señor, dónde está;
ten lástima destas canas,
ten deste llanto piedad.

CON. No tengáis, Lisardo, pena.

LIS. ¿Quién se podrá consolar
hasta ver a Enrico? Conde,
mala respuesta me dáis.
Quejaréme al Rey.

CON. El sale.
No le habléis, no le digáis
nada; mas venid conmigo,
veréis a Enrico.

(Vase.)

LIS. ¡Qué mal
se disimula su intento
y se encubre su crueldad!
Del Rey se teme, él le ha muerto.
¡Cielo, ayúdame a llorar!

(Sale CARLOS.*)*

Si este es el Rey, yo me turbo,
que no le he visto jamás.
Los ojos pondré en la tierra,
no le tengo de mirar.
Señor: si es padre de todos,
oígame Su Majestad,
que soy un padre infeliz
de un hijo infelice más.
Del Conde Pompeyo somos
vasallos. Por nuestro mal,
vino mi hijo a su casa
y no ha vuelto a mi lugar.
Sabe de él el Conde y nunca
razón de Enrico me da.
Quejas y llanto del alma
saca el amor paternal.
Hacedme, señor, justicia,
porque el Conde...

CAR. Bien está.
Levantad, viejo, del suelo.

LIS. Beso tus pies.

CAR. Levantad.

LIS. ¿Qué es lo que miran mis ojos?
¡Válgate Dios por rapaz!
Dale un abrazo a tu padre
¡Qué bizarro, qué galán
te encuentro cuando difunto
te lloraba mi piedad!
¡Qué lindo talle que tienes;
qué buen cortesano estás!
Enrico: ¿qué traje es ese?
Hijo, dime: ¿qué disfraz
es el que vistes? ¿Por qué
dos abrazos no me das
cuando buscándote vengo?
Ingratillo, desleal,
dame esos brazos.

CAR. Aparta.

LIS. ¿Así empellones me das?
¿He de ensuciarte el vestido?
¿Cuándo sueles hacer tal?
¡Oh, la mudanza del traje
esta soberbia te da!
Vuélvete, loco, al aldea;
vuélvete, loco, al sayal.

CAR. ¡Vive Dios, que he discurrido
sobre las quejas que trae
este viejo y que se engaña
si en esta simplicidad
por alguna semejanza
que entre mí y su hijo hay!
Y si hay semejanza, es mucha;
que no se pudo engañar
un padre tan fácilmente.
Si esto es ansí, claro está
que la figura que vi
no fué fantástica y tal
como yo la imaginé.
Hijo es deste, que a templar
mi enojo vino de parte
de la Reina. Esto es verdad.
Corrido estoy, ¡vive el cielo!,
de que pudiesen burlarme
mi magnánima osadía,
mi altiva serenidad.
Yo tuve temor de sombras
sin saber examinar

si las sombras daban sangre
a los filos de un puñal.
¡Ah, Carlos, Carlos! Agora
hago otro discurso más.
¡Vive Dios!, que cuanto ordeno
con la regia potestad,
éste que a mí se parece
lo deshace, y así está
este palacio confuso
y admirada esta ciudad.
Desto ha nacido que loco
me llamen todos. Verdad,
bien te pintaron los griegos
una estatua de cristal
coronada de azucenas
entre jazmín y azahar.
Eres clara y olorosa,
nunca te dejas manchar
del engaño y la mentira,
resplandor tus ojos dan
con que deshaces la nubes
y alegras la obscuridad.
Ahora bien; este villano,
que es mi retrato, ha de estar
escondido en esta pieza,
que no la he visto jamás
abierta en aquestos días.
En él ha de comenzar
mi venganza con la daga,
el acero y el nogal
de las puertas romperé.
Honrado viejo, esperad.

(Vase.)

LIS. ¿Honrado viejo me llamas
y no padre? ¡Que oiga tal!
Ingrato: ¿a quien te ha criado
por un poco tafetán
que te han vestido? Sin duda
que es en palacio juglar.
Villano que viste seda
indicios da de truhán.

(Dentro, CARLOS.)

CAR. ¡Caigan las puertas por tierra,
ábrase esta cuadra ya,
cárcel de esfinges que engañan!

(Dentro, ENRICO.)

ENR. ¿Qué impulsos ciegos te dan
ese atrevimiento, loco?
CAR. Sal afuera y lo verás.
¿Al Rey te atreves?

(Salen los dos desnudas las dagas y asidos dellas entrambos.)

ENR. ¿Al Rey
el respeto y lealtad
pierdes tú?
CAR. Yo soy el Rey.
ENR. El Rey soy.
CAR. Cielos, que estáis
escuchando este villano,
o dadme muerte o dejad
que yo le atraviese el pecho.
ENR. Hombres que al cielo admiráis
con la lealtad que tenéis,
muera un villano incapaz
que rey se llama.
CAR. El Rey soy.
ENR. Yo soy el Rey, yo.
LIS. Dudar
deben mis ojos agora.
¡Vive Dios, que no sé cuál
de aquestos dos es mi hijo!
Bien sé que tiene un lunar
grande en la mano derecha.
Mirar quiero esta señal.
El de la pluma es mi hijo.
¡Oh quién le viera reinar!
Cielo confunde su rostro,
y tendrá razón quizá.
CAR. ¿Quién eres, hombre, quién eres?
ENR. ¿Tal pregunta? Loco estás.
¿Al Rey Carlos no conoces?
CAR. Carlos, te sabrá matar.

(Sale VARLOVENTO *con la cédula.)*

VAR. Aquellos dos mil de renta
como alma en pena me traen.
Quiera Dios que el Rey agora
esté sin enfermedad.
¡Ah, señor; ah, señor mío!
Trato de cuerda o firmar,
¿qué tenemos?
CAR. Labrador:
tu padre esperando está.
Salte luego de palacio,
y agradece mi piedad
al prodigio y semejanza
que a ambos el cielo nos da,
pues el brazo me detiene
un secreto celestial.
ENR. Eso mismo digo yo:
si tu padre espera, sal
de mi palacio, o la muerte
llevaréis los dos.

VAR. Mirar
no me quiere, allá me paso.
Rey de alcorza y mazapán,
Rey de perlas, santo mío,
firme esta cédula. ¿Allá
se me ha pasado tan presto?
Juego de masicoral
parece el Rey. ¿Qué tenemos?
¿Cómo corre el temporal?
¿Hanos dado el accidente?
¿Hay juicio?

CAR. ¿A porfiar
te atreves, bárbaro?

ENR. Sí,
que defiendo mi verdad.

VAR. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Comiénzome a santiguar,
que uno de estos es demonio.
Averigüe Barrabás
cuál de los dos es el rey.

CAR. ¿Dudas eso?

ENR. ¿Eso dudas? (1)

VAR. Rey con dos yemas tenemos.
Ahora bien; el que firmar
quisiere aqueste papel
Rey de Sicilia será.

ENR. Dame, loco, ese papel.

CAR. Llega ,Varlovento, acá.

VAR. Súpome el nombre, aquí llego.

ENR. Villano: ¿qué libertad
es la tuya? ¿Tú en mi nombre
injustas mercedes das?

VAR. El de la cuerda es aquel
¡Oh verdugo desleal!
Este es el Rey, este es Carlos.

LIS. Mi engaño los trocará.

(Salen la REINA, PORCIA, ELENA, *el* DUQUE, *el* CONDE *y todos.)*

DUQ. Voces del Rey he sentido;
si le ha vuelto el accidente...

POR. Lleva con furia paciente
el verse desposeído
del reinar.

REIN. Carlos da voces.
¿Si se queja o llama?

CAR. Aquí
verás el valor en mí,
que ni admiras ni conoces.

ENR. Agora verás quién son
mi valor y mi nobleza.

DUQ. O burló Naturaleza
o es el uno una ilusión
de los ojos.

ENR. Caballeros:
aquí os obliga la ley
a que en presencia del Rey
desnudéis vuestros aceros.
Matad, matad esa sombra
que mi majestad ostenta,
mi figura representa
y rey como yo se nombra.

CAR. Duque, Conde, amigo Otavio:
olvídense los enojos,
y pues que son vuestros ojos
testigos de tanto agravio,
no queráis que con furor
castiguen mis propias manos
atrevimientos villanos
de ese infame labrador.

POR. ¡Quién vió confusión igual!
El discurso y los sentidos
han de quedar suspendidos
a un prodigio accidental
del mundo.

ELE. ¡Qué confusión!
Pasmados quedan los ojos.

DUQ. O son fantasmas o antojos
o es la misma admiración.

REIN. Corazón, que a Carlos ama,
bien conoce cuál es él.

VAR. Carlos es éste, y aquél
Rompecédulas se llama.

CAR. Bastan, Reina, los engaños;
deshaced mi semejante;
que, de pasar adelante,
pueden resultar más daños.
No arriesguéis a que el tirano
pueblo, confuso y dudoso,
os quiera dar por esposo,
viviendo yo, ese villano.
Dad discurso a los sentidos
y considerad despacio
que haber en vuestro palacio
dos hombres tan parecidos
está mal al gran decoro
que se debe a Vuestra Alteza,
pues hizo naturaleza
dos figuras: una de oro
y otra de bronce dorado.
y aunque las dos resplandecen
y en la forma se parecen,
una es metal estimado
y otra ordinario metal.

(1) «Dudas» no es asonante en *a*, que pide el romance. Quizá deba leerse: «¿En eso das?»

Temed, temed su osadía;
soberbio está todavía.

CON. Es un soberbio animal.

REIN. Pero yo le domaré.
Yo confieso que he querido
dar a un Rey desvanecido
y soberbio amor y fe
con noble agradecimiento;
pero ya no sé cuál es
Carlos, mi esposo, el Marqués;
dudoso está el pensamiento.
Conoced vos, labrador,
cuál es vuestro hijo.

LIS. Agora
reinará Enrico.—Señora,
ni mis ojos ni mi amor
padecer pueden engaños.
Este es Enrico.
(Apunta a CARLOS.)

REIN. O el viejo
se engañó, o tomó consejo
de mi intención.

LIS. ¿Tan extraño
estás con tu padre, di?
Mira que el cielo se queja;
vámonos al campo y deja
reino que no es para ti.

REIN. Disimula, Enrico.

ENR. Harélo
sólo por obedecerte.

CAR. Este género de muerte
no ha comunicado el cielo
a los hombres hasta aquí.
¡Villano, traidor!: ¿qué dices?

LIS. Que son años infelices
los que amándote viví.
¿Tú quieres ser Rey, villano,
contra Dios y la lealtad?
Perdone Su Majestad,
que es un soberbio, es un vano.
Y el Conde la culpa tiene,
que con seda le ha engreído.
Hombre a su padre atrevido
de linaje humilde viene.

CAR. ¿Qué confusiones son éstas,
qué desdichas y qué azar?
¡Válgate Dios por reinar,
y qué caro que me cuestas!

REIN. Enrico, baste el disfraz
de que sois representante,
pues que ya de aquí adelante
estará mi reino en paz.
Agradecida he quedado.
Yo os pagaré la afición,
y no mostréis la pasión
con aquél que os ha engendrado.
Id con vuestro padre agora,
estimad vuestro linaje
y volved en vuestro traje
a verme otra vez.

CAR. Señora:
¿qué dices, que estoy sin vida?

REIN. Lindamente fingió un rey.

CAR. ¿Esta es justicia? ¿Esta es ley?

REIN. Ya no hay majestad fingida.
Basta, Enrico.

CAR. Los sentidos
revientan a tal desdén.

DUQ. Muchos ha habido también
que fueron muy parecidos.

CON. Valerio Máximo escribe
de muchos lo mismo.

ENR. Enrico,
hacerte pretendo rico
porque me pareces. Vive
confiado en mí.

REIN. Tu Alteza
venga ver unos papeles.

DUQ. Con unos mismos pinceles
nos formó naturaleza.

REIN. ¡Ah, Carlos! Estos rigores
nacen sólo de los labios.
En la lengua llevo agravios
y en el alma llevo amores.

(Vanse; queda CARLOS, VARLOVENTO *y* LISARDO.)

CAR. ¿Qué infierno abortó esta injuria
o de qué furia ha nacido?
Pero si villano ha sido,
¿qué más infierno ni furia?
Dime, bárbaro villano:
¿cómo dijiste que soy
hijo tuyo? ¿Porque doy
reportación a mi mano;
porque los hombres en ti
justo escarmiento no ven?

DUQ. ¿Qué es esto? ¿Un hombre de bien
injuria a su padre así?
Siquiera por parecer
al Rey debéis cortesía.

LIS. Quien hijo soberbio cría
esto debe padecer.
Nunca te goces ni llegues
a mis años, que hartos son.
Cáigate mi maldición
por que a tu padre no niegues.
(Vase.)

CAR. Es fuerza de mi destino
o es industria poderosa
de la Reina.
VAR. Es una cosa
que yo no la tomo tino
ni sé qué diga. ¡Ah, señor!
¿Te suspendes? Carlos, amo:
aunque negro, gentes amo.
Respóndeme por mi amor.
¡Ah, Rey!
CAR. ¿Qué quieres, si ves?
VAR. Si por Rey me has respondido,
a propósito ha venido
el cuento del portugués
que un castellano servía.
Llamó una vez su señor:
«¡Ah, hereje! ¡Ah, moro! ¡Ah, traidor!»
Y el mozo no respondía.
El portugués prosiguió:
«Ah, ladrón! ¡Ah, luterano!
¡Ah, famoso castellano!»
Y entonces le respondió.
Pero el hinchado señor,
riendo con mucho gozo,
dijo: «¡Pardiez, que meu mozo
responde por lo peor!»
Tú por Rey me respondiste,
que es lo que peor te ha estado,
pues eres Rey descartado.
CAR. ¿Tú gracejas con un triste?
VAR. Pardiez, que en parte me alegro,
porque soberbia tuviste
y en ajeno reino fuiste
ruin en casa de su suegro.
Quisiste mandarlo todo,
y así, ingrato a la afición
de la Reina, tu hinchazón
reventó. Ponte del lodo.
Remédialo si esto es
traza o industria de Matilde;
muéstrala amor, habla humilde,
échate luego a sus pies,
Pídele perdón, adora
en la Reina tu fortuna,
deja la ambición porciuna,
llama a la Reina señora.
CAR. Dices bien.
VAR. Pues ella sale,
dale tu disculpa presto;
dale el alma, que por esto
se dijo dale que dale.
(Sale la REINA.)
REIN. Esperaos todos ahí.
CAR. Reina que de todo el mundo
la diadema universal
se debe a méritos tuyos;
Matilde hermosa y discreta:
rendido llega y confuso
a tus pies el que este reino,
soberbio, llamaba suyo.
Mi vanidad y mi pompa
se desvanecen en humo.
Tu hechura soy, no soy más
que un átomo de tu gusto.
Confieso mi ingratitud
y confieso que son muchos
los desaciertos y errores
que mi condición opuso
a tu grandeza. Aquí tienes
este acero; quede obscuro
su resplandor en mi sangre;
rompe en mi pecho, en quien cupo
una ingratitud soberbia,
un frenesí y un descuido.
No niegues que soy tu esposo,
que yo el derecho renuncio
que me dieron ciegamente
alteraciones del vulgo.
Tú eres Reina, tú eres sola
la que tiene el absoluto
poder en aqueste reino;
Carlos soy, esclavo tuyo.
(Salen todos.)
REIN. ¿Sois todos testigos desto?
POR. Yo lo he visto.
DUQ. Y yo lo escucho.
REIN. Levanta, Carlos, levanta.
CAR. ¿Quién, hermosa Reina, pudo
levantarse sin tu mano?
REIN. Yo te la doy.
CAR. Yo te juro
de ser siempre agradecido.
ENR. Y yo, puesto a los pies tuyos,
perdón te pido, señor;
con la Reina me disculpo.
CAR. A tu Reina natural
obedeciste.
LIS. No sufro
que estés así arrodillado,
y un gran secreto descubro.
Enrico debe, señores,
ser nuestro rey, y aseguro
esta verdad con papeles,
que aun guarda mi pecho algunos
De Eduardo es hijo, y yo
la crié en mi aldea oculto

por mandato de la Reina.
Aquí tengo el sello suyo
y la firma que lo dice
y testigos viven muchos.
Dos parió de un parto, y ella
a criar me ha dado el uno
con empacho de tener
tan generoso y fecundo
el pecho. Ignorancia loca;
fatalmente le dispuso.
Murió, criéle y no quise
darle al Rey temiendo el duro
rigor de su condición.

(Toma el CONDE *los papeles.)*

CON. Verdad dice, y es trasunto
que en Carlos vemos, sin duda,
que fué el otro hermano suyo.
Que el Rey, que crédito daba
a celestiales influjos,
echó en el mar; pescadores
le criaron. Mas, ¿qué busco
indicios? ¿Tienes acaso,
Carlos, en el pecho tuyo
una señal?

CAR. Sí.

CON. ¿Cuál es?

CAR. Una cruz.

CON. Pues yo te juro
por legítimo heredero
deste reino.

CAR. Sólo pudo
Matilde ser su señora.

REIN. No sin misterios ocultos
me inclinó el cielo a tu amor,
que es Dios y secretos supo.

ENR. Dame los brazos, y a Elena.

CAR. Es cuerda elección.

POR. No dudo
que el Duque mi dueño sea.

CAR. Dices bien.

DUQ. Haré tu gusto.

VAR. ¿Habrá para Varlovento
algo?

CAR. Los dos mil de juro.

REIN. Y tenga en esta verdad
fin *El palacio confuso.*

FIN

EL PARAISO DE LAURA

Y

FLORESTAS DEL AMOR

DE LOPE

COMEDIA NUEVA

PERSONAS

DON FERNANDO.
CAMARÓN, *su criado.*
LAURA, *dama.*
FENISA, *criada.*
LUDOVICO, *viejo.*
El CONDE DE LEBRIJA.
SILVERIO, *su criado.*
JUAN ESPÍNOLA.
TOSTÓN, *su criado.*

JORNADA PRIMERA

(Sale DON FERNANDO, *alborotado, y* CAMARÓN *admirándose.)*

FER. No más pretensión, no más
asistencia, no más penas,
no más grillos y cadenas
y no más Madrid jamás.
No más ya divertimientos,
no más, no más alegrías,
no más dilatados días,
no más, no más pensamientos.
¿Cómo he de esperar las dichas,
cuando acaban en desvelos?
Sólo quiero desconsuelos,
sólo pretendo desdichas.

CAM. Si en tantos «más» te ha quedado
un «menos», el más menor,
dime la causa, señor,
de tu pena y tu cuidado.
Habla claro, don Fernando;
que en tantos «más» y «tampoco»,
creo que te vuelves loco
o que estás representando.
¿Dónde aprendiste a gritar?
¿Qué has visto, qué ha sucedido?
¿Encontróte algún marido,
que te llegase a estorbar?
¿Has perdido tu dinero
a los cientos? ¿Te han quitado
algún ojo? ¿No has cenado?
¿Hablóte algún majadero,
que sin embargo que vió
que ibas tras alguna red,
con un «¿cómo está usarced?»,
el gusto te despintó?
¿No has dormido? ¿Has tropezado?
¿Cascáronte estando salvo?
¿Hate ofendido algún calvo
o algún necio confiado?
¿Son tus dulzuras amargas?
¿Perdiste ya tu elocuencia?
¿Has cargado la conciencia,
o la conciencia descargas?
¿Son, acaso, estos gemidos
por darte la cuenta el sastre,
cuyos «recados» son lastre
del coste de los vestidos?
Dímelo luego y jamás,
pues he nacido de buenos,
me encubras aqueste menos
de tan repetidos «más».

FER. Muerto estoy. Y a la razón,
llegando tanto a sentir,
no le es muy fácil cumplir
con menos satisfacción.

CAM. Hablando entre sí suspira,
se embelesa y se divierte.
—¡Ah, señor!—¿No es caso fuerte?;
ni me responde ni mira.

FERNANDO.

Vióse con su barquilla el pasajero,
habiendo muchos mares navegado,
cerca del puerto, que juzgó sagrado
del peligro del mar mudable y fiero.
Usó de sus locuras el hebrero,
y el viento, entre granizos congelado,

dejó entre las arenas sepultado
pasajero, barquilla y marinero.
Esto es lo que sucede a mi perdida
y marchita esperanza, si se advierte;
vióse en bonanza, acaba sumergida.
En desdicha y dolor, ¡oh, trance fuerte!,
faltóme el alma y quedo con la vida.
¿Quién pasó mayor mal, quién mayor muerte?

CAM. ¿Señor, señor? ¿Con quién hablo?

FER. ¿Aquí estás?

CAM. ¿Pues yo he faltado,
cuando mil gritos te he dado?
Dime, ¿te persigue el diablo?
Refiéreme tanto más
tu suspensión, tu desvelo,
tu pena, tu desconsuelo.

FER. Escúchame y lo sabrás.
Seis meses ha que de Flandes,
Camarón, estame atento,
que como ha tan pocas horas
que me conoces por dueño,
has menester comprender
mis desdichados sucesos,
por que los sientas conmigo
cuando el bien y el gusto pierdo.
Seis meses ha, como he dicho,
que llegué a Madrid, habiendo
servido a su Majestad
en Flandes muy largo tiempo,
ocupando en la campaña
los más peligrosos puestos,
donde mis obligaciones
mostraron lo que debieron.
Las ocasiones y hazañas,
todas las dejo en silencio,
que donde amor reina y vive
y lidian mis pensamientos,
no consienten, no permiten
interpolar los sucesos,
ni los rigores de Marte,
ni las delicias de Venus.
Todo este tiempo he gastado
presentando en el Consejo
de la Guerra memoriales
solicitando algún premio
a los servicios continuos
con que a muchos les di ejemplo,
pasando por los trabajos
de las nieves del enero,
de los calores de julio;
llegando a sentir lo menos
ver el cuerpo algunas veces
por muchas partes sangriento.
Con ésta y más asistencia,
he pasado el mismo tiempo
solicitando una dama
por casto y dulce himeneo;
que quien de la guerra viene,
llega más pronto y dispuesto
para tolerar las cargas
que consiente un casamiento.
Su nombre no te lo digo,
porque no importa el saberlo;
ni su hermosura te pinto,
pues no lo pide el suceso.
Sólo diré que aguardaba
para gozar tal empleo,
a que fuesen mis servicios
premiados y satisfechos;
que la codicia de un padre
muchas veces, según creo,
más que no a la calidad
suele inclinarse al dinero.
En fin, dejando ajustados
voluntad y pensamiento,
con el sol que conducía
mis repetidos deseos,
a Aranjuez partí en un día,
que tuve presagios ciertos,
más de una muerta esperanza
que no de un rigor de celos.
Hablé con su Majestad,
que honró mi sangre y mi pecho
con una cruz de Santiago
adornada con mil pesos
de renta, que consignados
en los más ciertos afectos
para alcanzar tanta dicha,
escalón fué no pequeño.
Detúveme siete días
en aquel retiro ameno,
donde es más lo que se mira
que formar puede el ingenio.
Dejé aquella primavera,
y a buscar a Madrid vuelvo
otra de flores más vivas
y matices más perfectos.
¡Oh, como dijo muy bien
el que ponderó discreto
que no hay dicha a que no siga
un desdichado suceso!
Aquí el alma se me arranca
y con destemplanza el pecho,
en su alteración pronuncia
lo que referirte temo.
Llegué a la Corte, ¡ay de mí!;

antes permitiera el cielo
que el Tajo me sepultara
con sus líquidos espejos;
entré en la casa del sol,
¡oh, qué mal discurro y pienso!,
que pues salí de ella vivo,
es cierto que no entré dentro.
Reconocíle mortal
de un accidente tan fiero,
que apenas hizo el ruido
cuando consiguió el efecto.
Murió el sol de mi esperanza,
y en este triste suceso
confirmados miré entonces
anticipados agüeros.
La primavera lozana
que alegró los campos bellos
y suspendió su hermosura
el más alto entendimiento,
a un estío reducida,
a un diciembre y a un enero
la juzgué, si es que los ojos
mirarla entonces pudieron.
Eclipsóse la deidad
de mi dicha y de mi empleo;
el alma ocultó su vista
entre arreboles funestos;
faltó el alma de mi vida
y acabó, en fin, el lucero,
que de tierra que es tan frágil,
pasó a lugar más supremo.
Acerquéme cuanto pude
al triste y compuesto lecho,
que, como caja, ocultaba
la joya de mayor precio;
triste dije, que mal dije
cuando juzgué en lo compuesto,
en lo adornado y lucido
con aliño y con aseo,
que estaba todo el abril
y el mayo en lo más perfecto
cifrado en aquel destino,
pues reconociendo atentos
los dibujos fabricados
con variedad de bosquejos,
de claveles y jazmines
sobre el campo verde y terso
de una colcha, pareció
todo aquello un prado ameno,
a quien las flores rendían
vasallaje, a la que el tiempo
cortó el hilo más lozano
con desengaños tan ciertos.
Entre tanta variedad,
reina la vi del imperio
por la más bella y lucida,
pues sin espíritu el cuerpo
tan hermoso se miró.
Y el rostro en sí tan risueño,
que parece que se hallaba
con el espíritu entero,
y que éste se había quedado
adonde tuvo su asiento.
Porque no pudiendo ser
lo que se quiere, y superfluo
pensar que la mía pena,
a mi entender fué tan cierto
que lo estaba en lo que vi,
que creyera, por lo menos,
que era sólo parasismo,
de que volviera muy presto,
pues estaban las mejillas
casi vivas, y el aspecto
tan entero y apacible
y el semblante tan perfecto,
que mirado atentamente
con el rizado cabello
pendiente parte a los brazos
y parte pendiente al pecho,
todo junto parecía
un sol, de cuyos reflejos
mil asombros se formaban
de hermosuras y de incendios,
sin que las luces de afuera
dejasen ver las de adentro,
ni la causa principal
de tan no vistos efectos,
imposible aun en lo vivo,
cuanto más en lo ya muerto.
Que es imitación formal
del sol que corre los cielos,
que lo principal encubre
cuando más se está inquiriendo.
Y así, sol, rayos, mejillas,
crespos, flores y reflejos,
mirados artificiales
naturales parecieron.
Quedé suspenso un gran rato,
y del éxtasis volviendo,
con suspiros y sollozos
creo que dije: «Angel bello,
espérate un poco aguarda,
no te vayas, toma asiento
dentro de mí, porque viva,
pues sin ti vivir no puedo;
y si esto no me concedes,

mejor será que troquemos
la falta de nuestra vida;
muera yo, no pierda el cielo
en el apariencia un ángel;
mire en aquesos luceros
la claridad que a la noche
oculta celajes negros;
admire en tu sol el día,
que aunque es sol que ya se ha pues-
basta el haber alumbrado [to,
para que tus rayos bellos,
aunque muerto y eclipsado,
brillen como antes lo hicieron.
Porque así como sucede
en escritorio pequeño,
quedan el olor del ámbar
que tuvo guardado dentro,
en mi corazón tus rayos
siempre estarán tan impresos
que ni los borre tu falta
ni me los apague el tiempo.
Dejadme, dejadme, dije,
discursos y pensamientos,
que quien pierde tanta dicha,
el morir es lo de menos.»
Con esto, ciego y confuso,
aunque no estaba, no, ciego,
pues llegaba a ejecutar
el más acertado acuerdo,
de todos allí me aparto
y abalánzome resuelto
a un balcón a despeñarme;
Defiéndenme este consuelo,
sácanme luego a la calle,
y yo vengo repitiendo
que no intento más descanso,
que ya no busco más premio,
que no procuro más vida,
que más gustos no deseo,
que no emprendo más amor,
dichas, venturas, sucesos,
bien, consuelos, alegrías,
descanso, gloria, sosiego,
pues todo con Laura acaba
y nada sin ella quiero.

CA. Señor, advierte y repara
que mirado este suceso
sin pasión y sin ternura,
todo ha sido en tu provecho;
¿para qué querías casarte,
cuando todo el año entero,
cada día a media carta
tendrás casamiento nuevo?
Consuélate, que te zafas
del más cuidadoso peso,
que es mucho mayor si acaso
tiene tía, suegra o suegro,
hermanos, primos, sobrinos,
cuñados, parientes, deudos,
allegados, conocidos
y otros que forman un gremio
que no hay espaldas que sufran
contrapeso de tal hueso,
y te comerán los tuyos
por más que te guardes de ellos.
Si murió, Dios la perdone;
Dios la perdone, por cierto,
que así te alarga la vida
y a mí la quietud y el sueño.
Con lindo pie me he estrenado;
yo entré a servirte a buen tiempo,
pues en él faltó la causa
que te quitaba el sosiego,
y así escucha el voto mío;
advierte bien mi consejo,
guía por mi parecer
y sigue mi pensamiento,
que es no buscar quien te coma
y quien venga con el tiempo
a despertarte de noche
con jarros y con pucheros,
y a darte muy malos días
en verano y en invierno,
cargándote de cuidados,
aunque te sobren dineros.

FER. Calla, infame Camarón;
no me trates, majadero,
de materia en que jamás
discurrió tu entendimiento.
Ahora bien...

CA. ¿Qué es lo que intentas?

FER. Desde luego me resuelvo,
para no morir al punto,
el partirme a Italia luego.

CA. ¿Qué dices?

FER. Lo que has oído.

CA. ¿Pues no fuera bien primero
acompañar a tu dama
siquiera hasta el cementerio
de la iglesia?

FER. Así buscara
no el suyo, sino mi entierro.
Antes estaré dos días
en Alcalá, donde pienso
hacer por Laura, que así
se llamó aquel ángel bello,

lo que una obligación pide.
CA. ¿Y la renta?
FER. Dejar quiero
un poder, por que se fije
adonde tengo dispuesto.
CA. ¿Y el hábito?
FER. Los despachos
se sacarán a su tiempo,
y las demás diligencias
se harán cuando haya dinero.
Trae los caballos al punto.
CA. Míralo mejor primero.
FER. Mirado está y bien pensado.
CA. Pues a mí no se me han muerto
mis amores, ¿cómo quieres
que parta si, por lo menos,
no los gozo cuatro días?
FER. Acaba ya, que estás necio.
CA. Harto acabado me voy;
¿es posible que te deje,
gallega del alma mía?
Espera, que presto vuelvo.
FER. Por olvidar mis pesares,
salgo de la Corte huyendo;
el mejor remedio ha sido
siempre el poner tierra en medio.

(Vanse. Salen LAURA *y* FENISA, *criada.)*

LA. Déjame, Fenisa,
que llore mis penas,
que sienta mis males,
en tristes endechas.
¿Cómo quieres, dime,
que yo me divierta?
que olvide mis ansias
y que no padezca,
cuando de mis padres
la fuerza y violencia
me obligó a la injuria
de fingirme muerta.
Quitóme a Fernando,
a quien las potencias
el alma y la vida
ofrecí por prendas;
porque yo le amaba:
de mí le destierra
con medios más fuertes
que usaron las fieras.
Desde que Fernando
entró por mis puertas,
y al tiempo que tuvo
mi muerte por cierta,
siempre vi a mi padre
con la vista atenta
a lo que yo obraba
contra sus violencias.
Llegóse a la cama,
clamaba sus penas,
fingiendo suspiros,
mostrando ternezas;
lloró con mi amante
sus falsas sospechas;
confirmélas muda;
túvolas por ciertas,
y aunque reventaba
por hablar la lengua,
desmintiendo trazas,
fuerzas y cautelas,
como la amenaza
de mi padre era
de hacer efectivo
lo que fué apariencia,
prevenir no pude
lo que tú pudieras,
si te hallaras libre
de sus diligencias.
Después de acabarse
tan triste tragedia,
fingida en los unos
y en otros de veras,
la noche siguiente
de Madrid me ausentan;
aunque vió a Fernando
salir de él con priesa,
aunque ya sobraban
estas diligencias,
pues si él se partía
cesaban sus penas,
sin que se informase
si premiado era
de su Majestad
ni de tants prendas,
me trajo a esta quinta,
que es hacienda nuestra,
a quien riega Ebro
con Gállego y Guerba;
Jalón se le juntan,
y todos se acercan
junto a Zaragoza
de aquí legua y media.
En fin, aquí trata,
dispone y concierta
que dos pretendientes
me sirvan y vean,
y de ellos elija
el que me parezca;

repara, Fenisa,
mira qué paciencia
podrá tolerar
mudanzas tan nuevas,
cuando don Fernando
el alma me lleva.
El es tan callado
y sin dependencias,
que no habrá ninguno
que de esto le advierta.
Mas, con dilaciones,
iré dando treguas,
por si mi esperanza
a lograrse llega.
Escribiré cartas
a partes diversas,
que den a mi amante
relaciones ciertas.
Diréle mi estado,
sabrá mi inocencia,
buscaráme alegre,
viviré contenta;
pero si inconstante,
la fortuna adversa
le quita a mi gusto
el bien que desea,
viviré muriendo,
pues es justo muera
la que ya lo hizo
con las apariencias.

FE. Aunque don Fernando
merece finezas,
que tan repetidas
son de tu belleza,
y es justo, señora,
que alabe y que crea
las que él ha mostrado
con tan grandes veras,
no por eso ahora
se hallen tus estrellas
turbias con las nubes
que forma su ausencia.
Diviértete un poco,
corre la floresta,
alegra las flores,
da gusto a la selva,
emplea en las aves
el arco y las flechas;
y si aquéllas faltan,
persigue a las fieras;
que si don Fernando
te ama y te desea,
él vendrá a buscarte
aunque tú no quieras.
Porque claro está
que tendrá por nuevas
que en el mundo vives,
si a informarse llega;
pero si olvidadas
sus finezas deja,
que es posible estando
en distante tierra,
procura tu gusto,
resiste las penas;
deja los sollozos,
destierra las quejas.
Y pues ya tu padre
de casarte ordena,
mira los galanes,
oye sus ternezas,
admite sus causas,
júzgalas atenta,
respóndeles dulce,
atiéndeles tierna,
que con esto sólo
tendrás, Laura bella,
gusto en este bosque,
paz en las florestas,
siendo de estos prados
la rosa y violeta,
clavel y narciso,
jazmín y azucena.

(Sale LUDOVICO, *padre de* LAURA.*)*

LUDOVICO.

Laura del alma mía,
hija querida, en quien alegra el día
las luces con que alumbra y enamora
estas florestas, que contigo dora;
gracias a Dios que ya veré empleada
y descansada mi vejez cansada.

LAURA.

Señor, ¿qué dices?

LUDOVICO.

Digo que ya goza
esta floresta a toda Zaragoza.
Ya Génova también, pues son llegados
los amantes que son tan esperados.
El primero, una legua ha caminado,
siendo de Zaragoza ayer llamado;
y el segundo, que en Génova asistía,
llegó en la propia hora en este día;
ambos aguardan que les des licencia
para gozar el sol de tu presencia;
alégrate y diviértete, y pensando

no estés en aquel loco de Fernando,
que haces agravio a lo que yo te quiero.
¿Qué dices? ¿Entrarán?

LAURA. *(Aparte)*
Con esto muero.
¿No me dirás quién son estos amantes?

LUDOVICO.
Son, a lo que mereces, semejantes.
El Conde de Lebrija y de la Quinola,
es el de Zaragoza. Y Juan Espinola,
el otro; acaba ya de disponerte,
y di si será aquí o adentro el verte.

LAURA.
Entren aquí.

LUDOVICO.
Pues muy bien es que lleve
la nueva; la visita será breve
y muy de paso, que recién llegados,
no quieren parecerte muy cansados,
hallándose conforme, como es justo,
de que elijas y escojas a tu gusto;
llego a avisar: ya el uno y otro sale.

LAURA. *(Aparte)*
No es muy malo el concierto, si les vale.

LUDOVICO.
Que el Conde es éste advierte, Laura mía.

LAURA.
Ya sé que he de llamarle señoría.

(Salen el CONDE *y* JUAN ESPÍNOLA, *de camino;* SILVERIO, *criado del* CONDE, *y* TOSTÓN, *de genovés, que se llegan a hablar con* FENISA.*)*

LUD. Señores: en pie os recibe
Laura, porque a descansar
os vais luego.

CON. Con llegar
a veros, el alma vive.
No por descansar se prive
del gusto del bien de veros.
cuando al ver vuestros luceros
despierta de oscura calma,
advirtiendo que hoy es alma
porque llego a conoceros.
Viene en esto a confesar
y a decir el alma mía,
que obrará con grosería
en partirse a descansar.
Descanso en vos viene a hallar,
pero ya se contradice,
ya de todo se desdice:
amor disculpe su fe,
que el alma que os tiene en pie
no sabe lo que se dice.

LA. Que así esperara a usiría,
quiso mi padre; que hablaros
sentándome, sin sentaros,
sin alma procedería.
En mí la descortesía
es mayor, señor, aquí,
de hablaros estando así;
perdonadme, pues, mi culpa;
cesa con vuestra disculpa,
que es la que me salva a mí.

LUD. Bastan ya los cumplimientos;
yo me confieso el culpado,
pues dispuse anticipado
la falta de los asientos.

ES. Cuando están mis pensamientos
el mayor gusto logrando,
cortos serán ponderando
su dicha en esta ocasión;
pero diga el corazón
lo que yo iré declarando.
Dice con justas razones,
que ya goza nuevo ser
y que ya llega a tener
en uno dos corazones;
que el mío, con atenciones,
al vuestro rinde la palma,
y que el alma se desalma
por unirle en lazo estrecho,
con que aquél goza del pecho
y el vuestro vive en el alma.

LA. Aunque el hipérbole ha dado
tan gran vuelo, le agradezco;
que como nada merezco,
juzgo que no me ha tocado.
Pero no mostréis cuidado
oyendo este pensamiento,
porque despreciar no intento
lo que amoroso advertís,
pues habláis lo que sentís
y yo digo lo que siento.

LUD. A descansar, caballeros,
y hasta mañana; dejad
suspensa la voluntad.

CONDE. Ya yo voy a obedeceros.
Dios os guarde. *(Vase.)*

LA. *(Aparte.)* De quereros.

ESP. Guárdeos Dios. *(Vase.)*

LA. *(Aparte.)* Para no hablaros.
LUD. Delante voy por guiaros.
(Vanse entrando.)
FENISA. Ya he dicho lo que he de hacer.
SIL. ¿Luego a nadie has de querer?
FE. Esto es por desengañaros.
(Vanse los criados tras sus amos.)
LA. ¿Qué te parece, Fenisa?
FE. ¿Qué me puede parecer?
Si a ninguno has de querer,
fuerza es que me cause risa.
LA. Mal con mis intentos frisa
su pretensión y atención.
FE. Disimular es razón.
LA. Si el tiempo no lo remedia,
tú llorarás la tragedia
que anuncia mi corazón.
(Vuelve a salir LUDOVICO.)

LUDOVICO.

Hija, ¿qué dices? ¿Qué te han parecido?

LAURA.

Pues tú los has llamado y elegido,
¿qué calificación podré yo hacerles?

LUDOVICO.

¿A cuál te inclinas más?

LAURA.

Será ofenderles,
y aun ofenderme a mí, que tan de hecho
diga su bien o mal con claro pecho.
Déjamelo pensar, que no es el caso
para arrojar el resto al primer paso.
Y esta tarde, señor, con tu licencia,
bajaré a la floresta, y en presencia
de las flores, arroyos y corrientes,
riberas, prados y enramadas fuentes,
consultaré tan arduo pensamiento.

LUDOVICO.

Yo te doy la licencia muy contento,
¡oh, Laura!, por lo mucho que deseo
verte lograda en el mayor empleo.

LAURA.

Nunca nada tu amor me dificulta.

LUDOVICO.

Yo espero que saldrá bien la consulta,
y que muy presto llegaré a sabello.

LAURA.

Yo voy a verlo y a pensar en ello.
(Vase LAURA *y* FENISA.)

LUDOVICO.

Y yo también a hacer que acomodados
estén ambos a dos, pues apartados
estarán en dos casas a la diestra
y a la siniestra mano de la nuestra.

(Vase. Dicen dentro, a lo lejos, DON FERNANDO *y* CAMARÓN.)

FER. ¡Ah, Camarón!, ¿dónde estás?
CA. Estoy en el mismo infierno,
corriendo tras tu caballo,
a quien no alcanzan los vientos.
FER. Pues síguele y no le dejes.
CA. Ya de cansado no puedo.
Malhaya quien me parió
y malhaya el que en aquesto
me ha metido. ¡Voto, juro,
pesia, por vida y reniego!
FER. Repórtate, Camarón.
Deja de jurar.
CA. No quiero.
(Sale DON FERNANDO *vestido de camino.)*
FER. ¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?
¿Estoy dormido o despierto?
¿Qué tierra es esta que piso?
¿Qué cielo es este que veo?
¿Por dónde entré, que a salir
por este bosque no acierto,
según se abrazan los chopos
y se incorporan los fresnos?
¿Dónde se fué mi caballo?
Ni a él ni a Camarón encuentro;
y aunque mil voces le he dado,
sólo me responde el eco.
Mis palabras no percibe,
yo no atiendo sus acentos;
los valles y selvas pasan,
por las montañas me pierdo.
Mas ya en la vista descubre
tierra de mayor recreo,
de artificios más realzados
y matices más diversos.
¿Qué huertos pensiles miro?
¿Qué verdes montes Ybleos?
¿Qué elíseos floridos campos
y qué países flamencos?
¿Qué deleitosos jardines,
que con natural aseo
los viste abril, peina mayo,
sin que los marchite enero?
¡Con qué quietud pace el gamo,
y duerme con qué sosiego

allí la liebre cobarde
y aquí el tímido conejo!
¡Qué hermosas fuentes, que en tazas
de relucientes y tersos
pórfidos y jaspes brindan
a los ojos y al deseo!
¡Qué gracioso y bello Adonis,
que en vez de coral sangriento
vierte perlas, suda aljófar,
con que salpicando el pecho
de aquella Venus que mira,
herida del cristal tierno,
parece que el mármol arde;
vive Adonis, siente Venus!
¡Qué magnífico palacio,
que en cuatro torres, soberbio,
escalar quiere a las nubes
y competir con los cielos!.
Mas, ¡oh, maravilla extraña!,
¿qué sol es aquél, que envuelto
en divinos resplandores
dora el aire y baña el suelo?
¿Qué soberana deidad,
si es aquesta la que en Efeso
tuvo culto y maravilla
fué de las siete su templo?
Que esta soledad sagrada,
este divino silencio,
no es estación de los hombres,
que visten humano velo.
En aquel jardín se esconde;
mas ya con dulces reflejos
se aparece entre las ramas,
como rosa en prado ameno
pisando y cortando flores
viene por los cuadros bellos;
mas apenas las arranca,
cuando florecen de nuevo;
hacia aquel arroyo manso,
que desatado y travieso
corre al mar, ninfa camina.
Allí se sienta; allí, ¡ay, cielos!,
se descalza, ¡con qué manos!;
¡ay, amor!, ¡con qué despejo!;
¡ay de mí!, ¡con qué donaire!;
¡ay, corazón!, ¡con qué fuego!
¡Oh, qué despojos la hierba
logra tan al descubierto!
Sin recato, ¡qué venturas!
Sin recelo, ¡qué consuelo!
¡Qué rayos, sin embarazos!,
que no me descubran temo,
aunque están sus ojos dulces
hacia la otra parte vueltos.
Ramas, encubridme bien,
que por un resquicio emprendo
ver, sin que me sienta, al sol.
No me envidiéis, pues a un tiempo
gozáis lo mismo que gozo
y véis lo propio que veo.
Suspensas están las aguas,
suave las halaga el viento
y las flores en su linfa (1)
se miran como en espejo.
Pero en sus ondas la miro:
sólo un cambray de por medio,
viril de tanto donaire,
nube de tanto elemento.
¡Oh, qué combates marinos,
qué dulcísimos encuentros!
¡Qué golpes de cristal puro
se encaminan a su centro!
Más piedad tienen que furias,
más lástima que trofeos,
más cariño que rigores;
más que venganzas, respetos.
Más ¿que mucho, si al romperse
en sus dos cándidos pechos,
ceden amantes el curso,
temen rendidos el riesgo,
llegando sólo suaves
los más delicados quiebros
a ser engaste de aquel
que todos cogen en medio,
con que, en pabellón sutil
que se forma desde el cuello,
se ve engastado en cristales
el más limpio, claro y terso;
quedando libre la manga
de las hebras del cabello,
de los soles de sus ojos
y clavel de tanto cielo;
dando al prado nuevos rayos,
al viento, discursos tiernos;
a las nubes y a las flores,
celajes y visos nuevos?
¡Oh, qué admiraciones miro!
¡Oh, qué asombros!, ¡Oh, qué extre-
¡Oh, qué deidad entre aljófar! [mos!
¡Qué Olimpo de nieve y hielo!
¡Qué volcanes en las aguas,
y en sus espumas qué incendios!
Desde más cerca, ¡ay, amor!,
me da a beber tu veneno,

(1) El original dice «nimpha» por errata.

que bebo en vaso penado
si me le das de tan lejos.
Mas, ¡ay, Dios!, ¿qué ven mis ojos?
¡Ay, cielos!, ¿qué es lo que veo?
¿No es Laura la que allí miro?,
¿No es la muerta por quien muero?
¿No asistí en Madrid yo mismo,
y sus últimos alientos
reconocí? ¡Loco estoy!
¿Qué engaños, amor, son éstos
que haces a la fantasía,
tan loca como su dueño?
¿Qué ilusiones me combaten?
¿Qué dudas?; ¿qué pensamientos?
Quiero con más atención
mirarla, que, por lo menos,
viviré con la esperanza
cuando me falta el remedio.
Mas, ¿qué rumor la perturba?
¿Qué ruido es éste? ¿Qué estruendo?
¿Y hacia la parte del monte
vuelve los ojos atentos?
Ya me ha visto. ¡Soy perdido!
Ya se va. Seguirla quiero;
Detenla, amor, que es el rayo
y la flecha que me ha muerto.
Espérame; aguarda, Laura;
escucha; recoge el vuelo,
que te abrasarán las alas
mis suspiros, que son fuego.

(Entrase DON FERNANDO, *y por la puerta del otro lado, que una y otra han de estar en forma de jardín, sale* LAURA, *destocada, en manteo, con ropa de levantar y sin chapines.)*

LA. ¡Ay, triste! ¡Elena, Fenisa!
No me oirán, que con el miedo,
la lengua y voz se han helado
en la boca y en el pecho.
¿Qué he de hacer? Nadie responde,
y quien me viene siguiendo,
me va dando en las espaldas
con el aire y el aliento.
Muerta soy. ¿Quién eres, hombre?

(Vuelve a salir DON FERNANDO *por la parte que salió Laura.)*

FER. Si eres Laura, que del cielo
a la tierra ha descendido,
seré don Fernando, el dueño
que en memorias y discursos
ha vivido el corto tiempo
que ha que faltas, aunque en mí
tan largo aqueste se ha hecho,
que son siglos los minutos
en que he estado padeciendo.
Que llegué a morir no dudo
en tan dichoso consuelo,
que una gloria ya perdida
para el mundo sólo un muerto
la ha de hallar y conseguir,
y en la causa y los efectos
conozco que, aunque imposible,
con la fuerza del deseo,
en cuerpo y alma he llegado
al asiento más supremo
donde goza tu hermosura
de aqueste imitado cielo.
Si has muerto, ¿cómo eres Laura?
¿Vivo yo agora o he muerto?
¿Cómo en la tierra te miro?
¿Cómo te hablo? ¿Cómo puedo
salir de duda tan grande?
¿Qué regocijos son éstos?
¿Qué gustos? ¿Qué sombras vanas?
¿Qué flores, a quien el viento
al primer soplo derriba
con la fuerza de su hielo?
¿Qué dulce imaginación?
¿Qué ilusión? De nuevo muero
entre las dificultades
de laberinto tan ciego.
No te vayas, Laura mía,
sácame de estos duelos,
alíviame de estos males,
líbrame de estos tormentos.
Si es este tu paraíso,
si esta floresta es tu cielo,
si es tu gloria aqueste campo
que gozas habiendo muerto,
mira que soy don Fernando,
repara que soy tu dueño.
¿No me miras? ¿No me hablas?
No me tengas más suspenso.

LAU. Las dudas en que te miras,
los temores y recelos
en que te hallas, don Fernando,
son muy ciertos, aunque inciertos,
para mí, porque conozco
lo que ignoras. Yo no temo,
porque estoy desengañada.
En ti serán manifiestos,
que los viste y los tocaste
por ciertos y verdaderos.
Fuerzas de un padre terrible
y sus amagos pudieron
contrastar mi voluntad

en el caso triste y fiero
de una acción que temí tanto
sólo con el fingimiento.

(Dentro.)

LUD. ¡Laura!
FER. Señora.
LAU. ¡Ay de mí!
Aquestas voces que siento
son de mi padre y Fenisa;
retírate de aquí luego,
no te detengas.
FER. Escucha.
LAU. Tú sabrás, Fernando, presto
lo que estimo tus finezas
y tus amantes deseos.
No tengas temor alguno,
que aunque a mi padre le temo
y tiene dos pretendientes
presentes, no por aquesto
he de desahuciar mi gusto.
Bien conozco lo que debo
a tus finezas, Fernando;
reconocerlas prometo;
y porque me hallo en un traje
a mi estado poco honesto
y puede venir alguno
que ataje mis pensamientos,
como sucede volando
a los pajarillos nuevos
que se perdieron del nido,
por salir a volar presto,
no digo más de que importa
que te apartes de aquí luego
y a esa casa te retires
que cerca de aquí estás viendo;
las llaves traerá un criado:
en ella estarás secreto,
que esto puede durar poco;
ten paciencia en este tiempo,
y queda adiós por ahora,
que esta noche nos veremos.
FER. ¿Huyes y me dejas, Laura?
LAU. No, Fernando; aquí me quedo,
que sin alma voy mortal
a padecer con el cuerpo.

(Vase.)

FER. Y yo en este paraíso,
adonde admirado veo
resucitadas mis dichas
por camino tan incierto,
aunque neutral en la gloria,
que estoy dudando y creyendo,
seguiré lo que me advierten
tus palabras y consejos,
adorando en las florestas,
donde desperté del sueño
en que estuve sumergido,
cada instante repitiendo
«¡oh, Laura!», en tu paraíso,
que pues a cobrarte vuelvo,
no tengo que esperar más
a la sombra de tu cielo.

(Entrase, con que se da fin a la primera jornada.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

(Salen DON FERNANDO *y* CAMARÓN.*)*

FER. Buena mañana me das,
pues dejándote perdido,
donde yo vine has venido.
¿Qué te pasó? ¿Cómo estás?
CA. Muerto estoy de tanto trote,
pues de examinar los prados
traigo los huesos quebrados,
las carnes como jigote.
Aquesta noche pasada
la pasé a ratos corriendo,
y levantando y cayendo
no conseguí en ella nada;
iba siguiendo el caballo,
mas el volaba, de suerte
que jamás logré la suerte
de alcanzallo y sujetallo;
pero lo que más sentí
es, en el mal que pasé,
que la maleta no hallé.
FER. ¿Luego se ha perdido?
CA. Sí.
No tengo que decir más;
y pues todo lo has sabido,
y quizás Dios lo ha querido,
volverte a Madrid podrás;
porque sin dinero y galas,
es lo mismo, y aun peor,
que estar sin mula un doctor,
el mosquetero sin balas,
sin el vino el tabernero,
sin mondongo el bodegón,
el jurista sin bolsón
y sin bacía el barbero.
FER. Que precediese este mal
al dulce bien que hallé yo.

CA. ¿Bien hallaste? Pues yo, no,
porque hallé un mal general.
Si por los bosques corría,
con un tronco topetaba;
y si a una vega llegaba,
en lo más llano caía.
Tal vez alargué la mano
a cosa que parecía
la maleta, y la metía
en no muy limpio pantano.
Al fin, después de rendido,
me derribó el sueño fiero
en un diablo de hormiguero,
a donde fuí perseguido,
tan picado y maltratado
cual nunca me vi jamás,
pues no me conocerás
según estoy desollado.
Mas, dime: ¿qué bien hallaste
en esta floresta? ¿Di?

FER. A Laura.

CA. ¿La muerta?

FER. Sí.

CA. ¡Jesús!, ¿pues cómo la hablaste?
¿Fué en visión, o ella te habló
en carnes o amortajada?

FER. Calla, no me digas nada.

CA. Pues habla y callaré yo.

FER. Viva la vi, y tan hermosa,
que imitaba un serafín:
por la blancura, al jazmín;
por lo encarnado, a la rosa.
Engaño fué, no murió;
que muriese el padre quiso
para mí, y al paraíso
que miras la trasladó.
Ven y sabrás lo que pasa
desde que ayer la encontré;
ven aprisa y te diré
lo que has de hacer en su casa.
Ven y sabrás el concierto
que anoche los dos trazamos;
ven, ven...

CA. Vamos y veamos
si lo que dices es cierto.

FER. Su muerte ha sido fingida;
aquí vive, en la floresta.

(Aparte.)

CA. Por Dios, que temo su testa.

FER. Ven y admirarás mi vida.
Sígueme, que ya nos llama
de aquella casa un criado.

CA. Si hay un cocido y asado
para comer, y una cama
que limpia de hormigas fuere,
y un trago de San Clemente,
yo conoceré muy bien,
si Laura vive o si muere.

(Salen LAURA *y* FENISA, *criada.)*

LAU. Fenisa, ¿qué te parece
del estado de mi empleo?

FEN. Que lograrás tu deseo,
que Fernando lo merece;
que el alma y vida que ofrece
es igual a tu lealtad;
que es una la voluntad,
y que os amáis y os queréis,
sin que los dos os llevéis
onza de desigualdad.
Que el festejo que le haces
se le debe de derecho,
que es muy constante su pecho
y que tú le satisfaces;
que holgaré de ver las paces
de guerra tan suspendida,
que amor a los dos convida
a que gocéis de esta palma,
que ambos a dos sois un alma,
un corazón y una vida.

LAU. Muy tarde anoche le vi,
y tú estuviste presente,
conociendo lo que siente
el corazón que le dí.

FEN. Todo lo reconocí,
lo admiré y aun lo envidié.

LAU. Con fe se paga una fe;
quien bien ama, tarde olvida,
por más que un padre lo impida,
como en mí se mira y ve.

FEN. Notable ha sido el encuentro
contigo, de don Fernando.

LAU. Pues, dime Fenisa, ¿cuándo
no busca el amor su centro?
Yo me hallaba siempre dentro
de su pecho, y al hablar
de él, llegué a conjeturar
lo mismo, que aunque se tuerza
un arroyuelo, por fuerza
ha de encontrar con el mar.
Yo soy el mar que acogió
el arroyo, que es Fernando;
yo busco su curso amando,
él vuelve donde nació.
Yo vivo en él y él vivió

anhelando como anhelo;
luego logrando el consuelo
de volverse aquí a juntar,
es ir el arroyo al mar
y el mar cobrar su arroyuelo.

(Sale LUDOVICO.*)*

LUD. Fenisa.
FEN. Señor.
LUD. Espera
afuera, y si me buscase
Juan Espínola o el Conde,
me avisarás al instante.
FEN. Luego voy a obedecerte.

(Vase.)

El semblante de vinagre *(Aparte.)*
corrompido trae el viejo,
traslado a lo que él hablare.

(Vase.)

LUD. Laura, si intentas que viva...
LAU. ¡Ay de mí! Sin duda sabe *(Apart.)*
que don Fernando está aquí.
LUD. ¿Cómo en suspensiones tales
borras de mi honor los timbres
que conservaron mis padres?
¿Cómo cuando solicito
excusar enemistades,
sepultar las discusiones
y olvidar pasados lances,
tú consientes y dispones
que en murmuraciones ande
el crédito de mi honor,
aumentando mis pesares,
sentimientos más crecidos
y nuevas penalidades?
¿Cómo quieres (1) falten éstas?
¿cómo han de ser tolerables
si las enciendes y buscas,
si las aumentas y traes
teniendo encubierto?
LAU. Cesen
tus razones, y pues sabes
que ya don Fernando está...
LUD. No me digas, no me trates
de lo que ya la memoria
olvidó y dejó a una parte,
pues sé que de él no te acuerdas
para verle ni nombrarle.
LAU. Ya resbalaba la lengua. *(Aparte.)*
Recojámosla, pesares,
que sin esperar los fines
de los bienes o los males,
iba a descubrir mi culpa
de tal forma, que sin darme
media vuelta de tormento,
se arrojaba a despeñarse;
pero no me espanto de esto,
que tiene fuerza tan grande,
que el pecho no la consiente
y la derrama en la calle.
LUD. En fin, digo Laura escucha
que acabes de declararte
o en favor del genovés,
o del Conde; no se alargue
más su esperanza, que viven
sin saber de dónde nace.
¿Para qué es la suspensión,
que ya solamente vale
para que discurra el vulgo
lo que no entiende ni sabe?
Y aunque presuman todos,
hasta tus propios amantes,
que encubres alguna culpa
contra sus seguridades,
este incendio que se sigue,
esta llama y este ultraje
es bien que se reconozca,
que se ciegue, que se apague,
que se confunda, y jamás
corra la voz variable
a eclipsar lo que es más puro
y más limpio; que no el aire
que el más alto firmamento
corre y habita constante.
Y pues que ya reconoces
que aconsejo como padre,
dime a lo que te resuelves,
sin que les tengas neutrales,
sin que me lleves suspenso,
sin que tu estado dilates
y des a mi casa el día
en que han de cesar mis males.
LAU. Conozco, señor, que dices
claras y ciertas verdades,
que son muy prudentes todas
y de estimación muy grande.
Yo las admiro, y ofrezco
elegir, antes que pasen
dos días, al que por dueño
he de tener; y pues sabes
que pretendo darte gusto,
no me apremies a que antes
resuelva lo que no he visto

(1) En el original «quies que» sin duda para que el verso no resultase largo.

más de una vez, y no trates
de limitarme este tiempo,
pues entiendo que no es fácil
deshacer lo que se hiciere,
y que en ocasiones tales,
es mejor la dilación
que apresurar lo que tarde
o nunca remediar puede,
lo terrible ni suave.

LUD. Pues quede sentado así.

LAU. Así lo está, por mi parte.

LUD. Si a mis canas, Laura, miras
y al lustre de nuestra sangre,
dos espejos son que advierten,
si en ellos bien te mirares,
la atención con que es preciso
conservarles y guardarles.

(Sale FENISA.)

FEN. Juan Espínola y el Conde
te quieren hablar.

LUD. Pues trae
sillas en que nos sentemos,
y Laura estará delante,
mirando y reconociendo
el que más le contentare.
Di que entren. ¿Qué te detienes?

FEN. Ya, señor, entrambos salen.

LAU. Si don Fernando viniera, *(Aparte.)*
se aliviaran mis pesares;
pero ya vendrá su día,
que los gustos llegan tarde.

(Salen ESPÍNOLA *y el* CONDE, *sentándose. Entrase* FENISA.)

LUD. Laura espera a useñoría
y a usarced.

CON. No es bien que aguarde
quien es esperada siempre
de mis desvelos amantes.

ESP. Lo mismo dice mi amor,
Laura hermosa.

LAU. Dios os guarde.

LUD. El sentarse es lo que importa,
por que se discurra y hable.

ESP. Señora, después que os vi
y vuestros ojos miré,
sin alma y vida quedé,
porque vida y alma os di;
y tanto me suspendí
mirando vuestra hermosura,
que fuera extraña locura
de mi amor, solicitar,
más bien que poder mirar
ni envidiar mayor ventura.
Que lo bello, lo curioso
de este paraíso ameno,
por naturaleza es bueno
y por vuestra gracia hermoso.
Lo fragante, lo gracioso
de tal manera le dais,
que le lucís, le alegráis
con tan realzada eminencia,
que tuviera a impertinencia
preguntaros cómo estáis.
Cómo estoy yo deseara
saber y entender de vos;
que amor como ciego dios
es en lo que más repara;
porque aunque dice la cara
si ama y quiere, y el semblante
le enseña siempre delante,
como el alma no se ve,
hace dudar a mi fe
como en lo más importante.

LAU. Si usarced me preguntara
cómo estoy, le respondiera
a propósito, y dijera
lo que el amor me dictara.
Pero en lo que me declara
de complacer a su empleo,
la disposición no veo
ni el trato y razón me obliga,
pues para que yo lo diga
lo ha de querer el deseo.
Mas dejando digresiones,
que pareciendo terribles
las vuelve amor muy posibles
con segundas intenciones,
agradezco las razones
que aplica vuestro dolor,
y a su tiempo ofrece amor,
con finísima verdad,
servir tanta voluntad
y admirar tanto favor.

CON. Es mi amor tan superior
en el llegaros a amar,
que a más no puede llegar,
porque no admite mayor.
Es un amor que al amor
enseña a amar y querer,
viéndose en tan alto ser
que otro no le deja atrás:
que como llegó a lo más,
no tiene más que crecer.
Cuentan del Nilo, que apenas

nace, cuando en tiempo breve
a beber el mar se atreve
derramado en siete venas,
que bañando las arenas,
la tierra quiere anegar,
sin que con tanto anhelar
pueda mudar su corriente,
y sin acordarse fuente
pudo presumirse mar.
Así mi amor, tierno infante,
a tanto ha llegado ahora,
que le juzgaréis, señora,
no por niño, por gigante.
Que como se vió arrogante
con tanto caudal y brío,
se ha extendido su albedrío
por toda el alma, de suerte
que ya fuente no se advierte,
sino caudaloso río.

LA. Río, mar, arroyo y fuente
se muestra en todo usiría,
pues con tanta valentía
da ejemplar tan eminente.
Pero aunque tan tierno siente
en el amar y querer,
diferencia suele haber
en el decir y sentir,
y el más diestro discurrir
vencido se suele ver.
No es bien no calificar
amor que puede no ser,
porque está el aborrecer
tan cerca como el amar,
y enseña a filosofar,
no como vos, elocuente,
el que discurre prudente;
que el Nilo, sin presumir,
pudo nacer y morir
siempre arroyo y siempre fuente.
Y aquesto veréis mejor,
si tanto en mi intento cabe,
en este emblema suave
que nos pintan en la flor:
que en un hora, el resplandor
con que nace y con que crece,
en ella se desvanece;
y así, el amor más fiel
y el más precioso clavel
caduca cuando florece.

LUD. Ya que el discurso ha llegado
a usar de la delgadez,
yo os suplico que esta vez
se muestre en lo más realzado,
y pues que Laura ha formado
el motivo, sea el asunto
su hermosura.

LA. Aquese es punto
que tiene tantos defetos,
que es agraviar los sujetos
y el entendimiento junto.

(Sale FENISA.*)*

FEN. Aquí acaba de llegar
un gentilhombre, que quiere
darte una carta.

LUD. Quien fuere,
se puede un poco aguardar,
sin que nos venga a turbar
en el punto que nos vemos.

CON. Antes es bien lo pensemos,
por que podamos decir
algo que se pueda oír
de tan diversos extremos.

ESP. El Conde ha dicho muy bien,
y el mismo parecer sigo.

LUD. ¿Qué dices, Laura?

LA. Yo digo
que me conformo también,
y que nos aguarde quien
trae el recado.

LUD. Fenisa,
di que entre, que bien aprisa
le volveré a despachar.

FE. ¡Ah! Hidalgo, bien puede entrar.
Mucho es detener la risa. *(Aparte.)*

(Sale CAMARÓN *con capa corta, sombrero alto y espada caída de tiros.)*

CAM. Cuando yo, señores, veo
que no conozco a ninguno,
por fuerza seré importuno,
según miro y según creo.
Pero a todos os suplico,
aunque mi talle os asombre,
me digáis quién es un hombre
que se llama Ludovico.
Porque donde hay tantos buenos,
no se pierde en preguntar,
y es más fácil que trocar,
al dar la carta, los frenos.

LUD. Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?
Sentaos.

CAM. La silla es sobrada
donde hay tanta gente honrada,
a más que, como sabréis,

(Dale una carta.)

el que viene pretendiendo,
por el suelo suplicando,
siempre se ha de estar jibando,
encorvando y remeciendo.

LA. Notable es el traje nuevo.

(*A* FENISA.)

¿No le ves?

FE. Ya sé, señora, que es
de don Fernando el mancebo.
¿Es esto lo que trazaste
anoche con él?

LA. Lo propio.

FE. No es para mí muy impropio,
pues que mi bien me acercaste.

CA. En la misiva mis restos
eché, pues es falsa toda,
viniendo a hacer una boda
y a desembodar a éstos.
¡Plegue a Dios que no descubra
mi intención. Mas ya leyó;
el engaño no entendió:
siempre con tierra le cubra.

LUD. Es de un gran amigo mío
la carta; ya la he pasado.
Este hombre me han enviado,
Laura, y por quien viene fío
que muy bien te servirá,
si es que te contenta a ti;
porque en lo que tira a mí,
sé que bien procederá.
Lo personal mirarás:
el modo, traza y primor.

CA. El talle no le hay mejor,
por delante y por detrás.

LA. No tiene mal parecer,
aunque las barbas son pocas.

CA. Para escudero de tocas,
falta pudieran hacer;
pero las niñas que están
para casarse es muy bien,
tener un hombre de bien,
hombre gentil y galán;
a más, que éstas son tan viejas
y tan presto crecerán,
que todos las mirarán
compasadas de las cejas,
pues su ruindad no ha venido
porque tengan pocos años,
que otros han sido los daños
y un trabajo que he tenido.

LA. ¿Cómo?

CAM. Un barbero aprendiz
con los hierros me abrasó,
y un bigote me arrancó
hasta la misma raíz.
Y como enseñar mis males
mi tan mala proporción,
pasé plaza de capón
porque estuviesen iguales.

CO. Por el gesto y el humor,
recibiera yo este hombre.

LUD. Decid, ¿cómo es vuestro nombre

CAM. Camarón es, mi señor.

LUD. ¿Y hasta ahora habéis servido
en otra parte? Decid.

CAM. A un fraile asistí en Madrid,
y fué muy bien asistido
más de diez años, y un cargo
me hizo con tan poca culpa,
que no valió mi disculpa.

LUD. Proseguid.

CAM. Es caso largo.
Reñí con él, y al momento...

LUD. Llegad a la conclusión.

CAM. Ya, por mi reputación,
habré de contar el cuento.
A este fraile a quien servía,
un gran presente enviaron
un día que predicaba,
para aliviarle el trabajo.
Púsole sobre un bufete
compuesto y acomodado,
volviendo como se usa
a cuyos eran los platos.
Con esto, bajó a la iglesia,
habiendo muy bien cerrado
la celda, sin acordarse
de un monillo, tan gran diablo,
que no teniendo qué hacer,
sobre la mesa dió un salto,
y comiéndose unas guindas,
hizo los vidrios pedazos;
tragó y arrojó bizcochos,
y haciendo otros desacatos
al Padre, sacó del busto
con aqueste dulce saco.
Y reconociendo el mono
el castigo que tal daño
merecía, discurrió,
como si fuera letrado,
dónde escondido estaría
más oculto y más guardado,
para librar las costillas
de disciplinas y palos.
Metióse en un presidente

de Talavera, del alto
de una vara, que por limpio
no le causó ningún asco.
Al tiempo que predicaba,
el Padre tuvo unos malos
apretones en las tripas,
que le hicieron y obligaron
a cercenar el sermón,
y aquel púlpito dejando,
bajase por su escalera
más por fuerza que por grado.
Subió a la celda corriendo,
y abrióla tan deslumbrado,
que no vió el mal de los dulces,
ni hizo del mono reparo;
antes se sentó de golpe,
tronando y relampagueando
con tal furia, que al monillo,
que se halló en tan corto espacio,
le fué fuerza el apelar
y asir de lo que halló a mano,
con que paró todo en gritos,
temores, miedos y espantos.
Llegué a quitársele luego,
que en la presa encarnizado,
con dientes como caimán
le sacaba los pedazos.
Echéle por un balcón,
y el convento alborotado
vino a las voces, y el Padre.
el caso disimulando,
se metió en la cama aprisa;
dijo allí que era un tacaño,
echándome a mí la culpa
de los araños y cascos,
metiendo el suceso todo,
como dicen, a barato;
y por salir con la suya
y sustentar siempre el cargo
de que fué mi golosina
causa de tan fiero estrago,
al punto me despidió;
y sin hacer el pecado,
me vi mono en el castigo,
sin haberme hallado al daño.

LUD. Caso notable, por cierto.
CON. Y bien gracioso presagio.
LUD. Mal el fraile procedió.
LA. Por las gracias, le dió agravios.
CA. Yo, por jugar de lo limpio,
mucho del cuento he quitado;
porque ello mismo se dice,
mejor que hablando, callando.

LUD. Desde hoy, servid Camarón
en casa, y el señalaros
el ministerio reservo,
hasta que experimentando
vuestra habilidad mayor,
pueda daros lo más alto,
lo más grande y preeminente;
y ahora, apartaos a un lado,
para que estos caballeros
cumplan con lo que ajustaron.
CA. Beso todas cuantas suelas
ocupan aqueste estrado,
que los pies es cosa mucha
y todos están calzados.
LUD. Ahora diga useñoría,
el asunto comenzando,
lo que alcanza y lo que siente
de tan hermoso milagro.

CONDE.

Quiso naturaleza, en un perfeto
retrato, descansar de su porfía;
que criar hermosuras cada día
quita la estimación, niega el respeto.
Dispuso el arte, y con pincel discreto
templar colores y pintar quería,
cuando en un cuadro que acabado había
halló logrado el fin de su conceto.
Y así naturaleza, artificiosa,
dispuso en Laura lo que halló en su idea:
valiente en el obrar, y generosa;
que como lo mejor formar desea,
copiando de su cara milagrosa
no saca imagen ni pintura fea.

ESP. El alma que el Conde dió,
de su ingenio ha sido parto;
pero al amor me encomiendo,
que es el que me está dictando.

Dispuso amor que en el amor hubiese
una hermosura a todas reservada,
y que de todas fuese fabricada,
sin que a ninguna de ellas pareciese.
Que de una las mejillas eligiese;
los ojos, frente y boca más realzada;
de otra la tez más bella y ajustada;
y, en fin, que el mejor talle se vistiese.
Con esto, amor a todas las convida,
y en una junta dulce y amorosa
eligió lo mejor de aquesta vida,
sacando en perfección maravillosa,
por la flor más realzada y escogida,
a Laura, más que todas más hermosa.

LUD. No hay más que poder decir,
ni hallo ventaja en entrambos.
LAU. Siendo la causa lo menos,
los efectos han llegado
a lo más que no merezco,
que no penetro ni alcanzo.
CA. Aunque parezca descoco
de tan moderno criado,
suplico no se me impida
lo que entiendo en este caso.
LUD. ¿Luego sois poeta?
CA. ¿Pues
no lo dice aqueste sayo,
esta capa y, finalmente,
el hallarme sin un cuarto?
LUD. Si Laura quiere, decid.
LAU. Sí; pero dese traslado
a estos señores.
SP. Yo vengo
en lo mismo.
CDE. Yo lo alabo.

CAMARÓN.

Rábano os juzgo, ¡oh, Laura!, muy lavado,
y nabo en reverenda y grande olla;
en escabeche sois blanca cebolla,
y ajo con abadejo bien guisado.
Alcachofa en relleno piñonado,
y puerro entre hortaliza y toda folla;
repollo con tocino, vaca y polla,
y chiribía con atún picado.
El sabor sois de toda salsería,
y de los gustos buenos un pimpollo
que en sí recoge toda especería.
Y, en fin, sois reducida a dulce bollo,
rábano, nabo, puerro, chiribía,
alcachofa, cebolla, ajo y repollo.

LAU. Bien gustoso es el ingenio
de Camarón, y realzado.
CA. Yo no me meto con flores,
con hermosuras ni cuadros,
que en el tragadero sólo
es donde los gustos hallo.
(Levántanse.)
LUD. Esto se acabe por hoy;
vuestras causas yo las hago
como es razón, caballeros.
Tú, Camarón, entretanto
que hay comodidad en casa,
pasarás aquel trabajo
de ir a dormir a una quinta
que está de aquí pocos pasos,
y Laura resolverá,
pues que tan despacio ha hablado
a estos señores, aquel
que pareciere más grato
a sus ojos, como dueños
que son en aqueste caso
de la elección, y a quien pueden
recomendar sus cuidados,
sus amores y finezas,
pues han de hacer el milagro.
COD. Mi pensamiento, señora,
dice muy bien lo que callo.
ESP. Mi silencio representa
mis finezas y cuidados.
CDE. Mi esperanza vive en vos.
ESP. Mi alivio busco en miraros.
LAU. El tiempo dirá mi amor.
LUD. Ese ya se va llegando.
LAU. Nada de esto me consuela;
todo es pensar en Fernando.

(Vanse y quedan CAMARÓN *y* FENISA.*)*

FE. Qué alegre estoy de que en casa
hayas, Camarón, quedado.
CA. Qué contento estoy, Fenisa,
de verme junto a tus brazos;
pero dime, por tu vida,
si por arte de algún diablo
has venido a esta casa,
y cómo dejaste el lado
de la viuda que servías
en la Plazuela del Rastro.
FEN. Lo mismo pregunto yo
de lo que a ti te ha pasado.
CA. Pues estamos ambos juntos,
quizá por nuestros pecados,
despacio nos contaremos
los principios y los cabos.
FEN. ¡Ah!, sí, que no me acordaba:
mi señora me ha mandado
que te diese este papel.
CA. ¿Para quién?
FEN. Para tu amo.
CA. Que no ha menester papeles
ni respuestas don Fernando,
teniéndome a mí y a ti;
mucho mejor es que hagamos
nuestro negocio, Fenisa.
FEN. ¿Qué negocio?
CA. Yo he trazado
embobar al genovés,
y que con papeles falsos
o fingidos, le saquemos,

Fenisa, algunos ducados;
porque si casarnos hemos,
para que tiempo tengamos
con que pasar y pagar
los gastos del ordinario.

FEN. Si tú piensas salir bien
de papel tan temerario,
haz lo que te pareciere,
que en suceso bueno o malo
mi ayuda tienes segura.

CA. No desecho tu resguardo,
porque estas redes sucede
entenderlas el contrario,
y el cazador a los fines
queda colgado en su lazo.

(Vase Camarón.)

FEN. Poco a poco la novela
se va enredando y trabando;
pero la noche se llega,
que es capa de enamorados,
de retirados y presos
y de otros que están cerrados
en casa, como lechuzas,
a la oración esperando
para salir a tratar
sus negocios ordinarios;
esto es decir que conviene
contar al viejo los pasos,
pues es llegada la hora
en que Laura a sus cuidados
buscará algún refrigerio,
y me importa en todo caso
asegurarle, y después
pasar yo también un rato
con mi Camarón, a quien
he querido tantos años. *(Vase.)*

(Salen TOSTÓN *y* CAMARÓN.*)*

TOSTÓN.

Buenas albricias tienes de mi amo,
amigo Camarón.

CAMARÓN.

Tuerza la vía;
que si cual perro acude a mi reclamo,
caza no llevará, por vida mía,
que se viene tras mí si no le llamo.

TOSTÓN.

Como tanto le quiero, yo quería
que dos eslaboncillos me donase.

CAMARÓN.

¿De la cadena dice?

TOSTÓN.

Si gustase.

CAMARÓN.

Déjeme, no se canse, ni a mi nuca
la aturda con tan bélicos amagos;
conténtese con ir a una bayuca
a echar conmigo cuatrocientos tragos,
de un licor que ni en Génova, ni Luca
se halle otro igual en el formar estragos,
y baste, en fin, decirle al alabarlo,
que es de edad de años diez y ojo de gallo.
Si no le cuadra, váyase al instante
y no me enfade más.

TOSTÓN.

Digo que aceto
el brindis que me ofrece tan galante;
quede con Dios.

CAMARÓN.

Así se lo prometo.

TOSTÓN.

Voy a buscar en este mismo instante
al criado del Conde, y con secreto
hacer un salto a Camarón; quedaos
hasta gargantear. *(Vase.)*

CAMARÓN.

Brindis, caraos.
Ya el papel me ha valido una cadena
del genovés amante, que, embaucado,
la hizo al sacarla para mí muy buena,
pues le dejó en el suelo, descuidado;
cayósele, y cogíle yo sin pena,
con que está sin papel, descadenado.
Veamos qué contiene y lo que apoya,
para más dirección de mi tramoya.

(Ha sacado un papel en el que lee lo siguiente:)

«El primer lugar tienes en mis ojos, y así puedes considerar tu esperanza sin engendrar en el discurso el menor temor. Venme a ver esta noche por la ventana del jardín, que Camarón te dirá la hora y mis deseos para lograr nuestro amor.»

De molde viene el papelillo agora
para encajarle al Conde; yo le (1)
Creencia tiene con que abona y dora
la certidumbre del segundo, (1)
ya me dijo mi amo que a su aurora
vería cuando el sol esté en (1)
famosa maula, sólo yo siguiera
la primera, segunda y la tercera.

(1) Ilegibles estas tres palabras en la fotocopia, que deben formar consonante.

(Sale DON FERNANDO, *de noche.)*

FER. Qué poco sosiega amor,
cuando tiene el bien enfrente;
cuánto teme, cuánto siente
y cuánto llora el dolor.
Todo es inquietud, rigor,
fatiga, pena y desvelo;
en cosa admite consuelo,
y si con algo le alcanza,
luego muere la esperanza
de enfermedad del recelo.
Vacilando el pensamiento,
no piensa de estar pensando,
que es un pensar esperando
que no cesa en su tormento.
Ya imagina su contento,
ya teme su perdición,
ya se alegra el corazón,
ya de los gustos se aleja,
ya los busca y ya los deja
la memoria y la razón.
Muchas veces el morir
más que no vivir deseo,
y otras discurriendo veo
que no tengo que elegir;
regulo tanto sentir
con el gusto que he de hallar,
torno otra vez a pensar,
y neutral nada resuelvo;
pero si a Laura me vuelvo,
todo lo llego a olvidar.

(Laura, en la ventana.)

LAU. ¡Qué mal se consigue el sueño
cuando el bien se está esperando!
¡Qué poco se busca cuando
se juzga a la puerta el dueño!
¡Oh, lo que puede un empeño
de afición que el alma halló!
¡Qué poco el riesgo temió!
¡Qué poco los embarazos,
que sólo busca los brazos
adonde nació y vivió!

FER. En la ventana he sentido
golpes y gente; yo llego.

LAU. Amor escuchó mi ruego,
pues don Fernando ha venido.

FER. ¿Sois vos, mi dueño querido?

LAU. Yo soy, dulce enamorado,
mi suspensión, mi cuidado;
¿cómo os sentís, cómo estáis?
¿cómo en mi ausencia os halláis
y cómo os veis a mi lado?

FER. Sin vos, ave en noche fría,
esperando siempre al alba;
con vos admiro su salva,
porque en vos he visto el día.
¿Mas quién no tendrá alegría
si imitáis aquel farol
que es de la tierra crisol,
pues remedando a la aurora
para mí siempre sois Flora,
alba, día, luz y sol?

LA. Si mi vida se halla en vos
y tan firmemente asida,
más cerca miro mi vida
cuanto más juntos los dos.
Muerte es sin vos, sabe Dios,
y según mi pensamiento
nunca amor está contento
si no es pensando y tratando
de que en vos está, reinando
amor, vida y sentimiento.
Del papel que os envié,
¿qué decís? ¿Qué os pareció?

FER. Si Camarón le llevó,
de él hasta ahora no sé.

LA. A Fenisa lo entregué:
no sé cómo no ha llegado.

FER. Al que ha de ser desdichado,
le sobran las prevenciones,
que en todas las ocasiones
el cuidado es descuidado.

LA. Bueno es eso para el medio
que solicita mi amor.

FER. Ya le escucha mi temor.

LA. Pues atended el remedio.

(Hablan aparte y sale ESPÍNOLA *y* TOSTÓN.*)*

ESP. ¡Válgate el diablo el papel!.
¿Dónde has ido? ¿Dónde estás?

TOS. En casa le dejarás;
tanto no pienses en él;
que con menor ocasión
muchos juicios han faltado,
porque a una cosa han cargado
toda la imaginación.
Si en el bolsillo no está,
en la pretina, en el pecho,
ni en otra parte, sospecho
que allá se te quedará.

ESP. Eso, sin duda, ha de ser,
porque lo contrario fuera
causa para que muriera.

TOS. ¿Qué, no se puede perder?

(Ve hablar en la ventana.)

ESP. Mas espera, que otro mal
duplica mis desconsuelos.
TOS. En llegando a tener celos,
la enfermedad es mortal.
ESP. Bien dices, que el pensamiento
luego que los concibió,
temió, sintió y padeció
infierno, muerte y tormento.
TOS. Si a perder el papel viene, *(Ap.)*
tras esto su furia temo.
ESP. En vivas llamas me quemo.
TOS. Escaparme me conviene.
ESP. El Conde es, o estoy dormido,
el que con Laura está hablando.
TOS. Pues déjale estar gozando
el tiempo que le ha cabido.
Porque echarle a cuchilladas
es grande barbaridad.
ESP. Hoy rompo con su amistad;
daréle mil estocadas.
TOS. Yo te guardaré allá fuera
las espaldas.
ESP. No te has de ir.
TOS. Mira que el mejor reñir
es defender la trasera.
ESP. Vete, que no es menester
aquí ni allá tu asistencia.
TOS. Si yo te viere en pendencia,
luego te vendré a valer.
(Vase.)
ESP. Yo solo basto, y aun sobro
para vengar mi tormento.
¿Mas quién me estorba el intento?
Más dudas de nuevo cobro.

(Sale el CONDE.*)*

CON. Con favor tan soberano
como el que Laura me ha hecho,
gozar pienso de su pecho
y darle presto la mano.
¡Oh letras que condujeron
a mi dicha todo bien!
¡Bien haya, bien haya, amén,
los dedos que os escribieron!
Pero mis ojos han visto
que un hombre con ella está,
y otro un poco más allá;
¡qué mal el dolor resisto!
LA. Gente hay en la calle, adiós.
No demos que sospechar;
procura disimular,
pues nos importa a los dos.
(Entrase Laura.)

FER. Si me quieren conocer,
ha de andar el diablo suelto,
que con corazón resuelto
nunca he llegado a temer.
ESP. Que el otro será criado
del Conde me dice el pecho.
CON. Que es el genovés sospecho,
y Tostón el que está al lado.
Pero desnuda la espada,
descubrirá la verdad.
FER. ¿Decíd quién sois? Acabad,
que tanto mirar me enfada,
cuando para vuestro daño
me desvanecéis el gusto.
CON. Ansí sabréis mi disgusto.

(Acuchíllanse don Fernando y el Conde.)

ESP. De nuevo crece mi engaño.
¿Luego el otro no es criado
del Conde, que a Laura hablaba?
Duda fuerte, pena brava;
Tostón será que ha trabado
la pendencia; él es sin duda.
Tostón es, suyo me llamo,
que es obligación de un amo
socorrerle y darle ayuda.

(Pónese Espínola al lado del Conde.)

FER. ¿Dos contra mí?, pues no importa.
CON. ¿Quién a mi lado se ha puesto?
ESP. Aquí he de echar todo el resto.
FER. Más que dos mi espada corta.
ESP. ¡Gran valor y fuerza tiene!
FER. No han de poder más, por Dios.

(Sale Ludovico y pónese al lado de don Fernando.)

LUD. Ello ha de ser dos a dos,
que lo demás no conviene.
FER. Esto es, a revuelto río,
ganancia de pescadores;
a aquéllos juzgo traidores
y a queste enemigo mío.
CON. Sin duda que es mi criado
el que a ayudar me ha venido.
ESP. Bien Tostón ha procedido;
qué bien defiende este lado.
FER. ¿Qué es esto, cómo es posible
que se me resistan tanto?
LUD. Cáuseles mi rayo espanto,
que siempre ha sido invencible.
CON. A tan continuo ardimiento,
no hay fuerza ya ni valor.
ESP. Ya me persigue el temor.
CON. Ya me cansa el movimiento.

FER. Que la vida está vendida,
si no os retiráis, os digo.
CON. El consejo guardo y sigo.
(Vase.)
ESP. Quiero conservar la vida.
(Vase.)
LUD. ¿Es Espínola? ¿O quién es?
¿Es el Conde de Lebrija?
FER. Qué pregunta tan prolija, *(Aparte)*
y a mi intento qué al revés.
(Aparte.)
¿Quién eres tú?
LUD. ¿No conoces
a Ludovico?
FER. Si él
no hubiera sido cruel
con el que forma estas voces,
tanto le reconociera
y tanto le venerara,
que siempre le respetara,
acompañara y sirviera.
Una vida me ha quitado;
pero yo se la perdono,
pues ha venido en mi abono
y en defensa de mi lado;
porque si no, de otra suerte,
viera y hallara mi espada,
que aunque está desenvainada,
no pretende darle muerte;
pues aunque la merecía,
hay lances de calidad,
que sin mirar la maldad
aumentan la bizarría.
Y así los aceros sabios
usan aquí de su oficio,
que a vista del beneficio
olvidaron los agravios.
LUD. ¿Que no eres el Conde?
FER. No.
LUD. ¿Y Espínola, di?
FER. Tampoco.
LUD. En nuevos engaños toco.
Pues, dime: ¿quién eres?
FER. Yo.
Y debieras conocerme,
pues aquí me defendiste,
ya que me desconociste
cuando llegaste a ofenderme.
Porque aunque el que ofende infiel
al mismo que está obligado,
desconoce lo pasado
y paga con lo cruel,
usando de tan mal trato,
que al hallarse bien servido
deja lo reconocido
y usa de lo más ingrato.
No por eso he de ser yo
contigo tan desleal,
mirando un brazo leal
con otro que me ofendió;
que aunque aquél salió del quicio
con alma de ingratitud
y no puede ser virtud
la que camina por vicio;
soy tan noble y alentado
y estimo tanto mi honor,
que olvido el daño mayor
sólo por un bien forzado.
LUD. No os entiendo, vive Dios,
y si el nombre me escondéis...
FER. Mañana le entenderéis
y nos veremos los dos.
LUD. Valor y fuerza mostráis.
FER. Pues a vos no os he vencido,
poco valor he tenido.
LUD. Con mil enigmas me habláis;
Ya deseo conoceros,
veros, miraros y hablaros.
FER. Pues yo excusaré el miraros,
el hablaros y aun el veros.
LUD. De vos admirado estoy;
tal brío no vi jamás.
FER. Conoced a los demás,
que yo conocido soy.
LUD. ¿Qué confusiones son éstas?
¿Qué prevención? ¿O qué aviso?
FER. ¡Qué vedado paraíso
y qué imposibles florestas!

(Vase cada uno por su parte diferente y dase fin a la segunda jornada.)

JORNADA TERCERA

(Salen LAURA *y* FENISA.)

LA. Todos los males se juntan
y todos los embarazos,
las dificultades todas,
las desdichas y presagios.
Dime, Fenisa, ¿no sabes
lo que mi padre ha ordenado?
¿Lo que ha trazado y dispuesto
contra lo que estoy amando?
¿No sabes cómo no vivo?

¿No sabes cómo ya acabo?
¿No sabes cómo soy luz,
a cuyas llamas y rayos
anda el viento combatiendo,
y me miro agonizando
y estoy en un pensamiento
si me apago o no me apago?

FEN. Ya sé que al amanecer
en esta floresta hallaron
una maleta que dicen
que la perdió don Fernando,
porque en ella está un decreto
del Rey, que considerando
sus servicios, le da en premio
mil pesos en cada un año.
Añadiendo a esta merced
un hábito de Santiago,
que en sus pechos diga siempre
de su sangre lo acendrado.
Sé también que está tu padre
por los ojos fuego echando,
de que en la pendencia estuvo
por engaños a su lado.
Sé también que se halla ahora
más airado y temerario,
y que esta noche te ha dicho
has de dormir en los brazos
del genovés o del Conde.
Que guardan todos los pasos,
para asegurar con esto
el temor de sus cuidados.
Que el papel que Camarón
llevó, que no se le ha dado;
que se quejó de esto anoche,
cuando te habló, don Fernando,
que se le dió al genovés
o al Conde, para estafarlos;
aunquesto, si bien se mira,
no es divertimiento malo
a la guerra que tu padre
tan continua te está dando,
pues creerá que es verdadero
lo que pasó por engaño.

LA. Ya no puede el corazón
cesar con los sobresaltos,
ni los ojos suspender
el dolor de males tantos.

(Llora.)

FEN. Cuando te miro tan triste,
otros remedios no hallo
si no es dejarte, que hay males
que crecen comunicados.

(Vase.)

LAURA.

Brama el mar, y la pobre navecilla
cruje en las olas, siempre fluctuando;
ya se sube a las nubes rechinando;
ya topa en las arenas con la quilla.
Ya se acerca a varar hacia la orilla,
ya la mar ancha vuelve forcejando;
a babor y a estribor la van cargando;
ya no puede en el agua resistilla;
Ya tiembla entre los rayos y los truenos;
ya por la popa y proa se abalanza;
ya del remedio todos van ajenos.
Pero en este peligro el sol se alcanza,
y yendo la tormenta siempre a menos,
la navecilla se miró en bonanza.
Este milagro aguarda mi esperanza
cuando se mira en tantos devaneos;
y si como la ayudan mis deseos,
son los medios prudentes y acertados,
salir espero bien de mis cuidados.

(Sale CAMARÓN.*)*

CAM. Gran silencio miro en casa,
al tiempo que hay en mí mismo
una tormenta de riesgos,
una batalla de abismos.
¿Pero qué es esto que veo?
¿Qué tristeza es la que miro?
¿Quién, señora, te ha enojado?
¿Qué tienes? ¿Qué sientes? Dilo.

LA. Lo que tengo es que mi padre
ha sabido cómo vino
don Fernando, y que está oculto;
que forzando mi albedrío,
ha de casarme esta noche,
y que todo se ha sabido,
excepto tu fingimiento;
mira qué presto lo he dicho.

CAM Presto lo has dicho, por cierto;
pero muy presto te digo
que hasta mañana a las diez
el término no es cumplido,
que por último te dió
tu padre.

LA. ¿Y qué más?

CAM. Yo digo
que te cumpla la palabra
de lo que te ha prometido,
y que lo demás lo deje
a mi elección y a mi arbitrio.

LA. Sí, mas dime: ¿mi papel
era para haber fingido
que al Conde se le escribía?

CA. Mal entiendes mi capricho,
porque esta trampa y embuste
es en tu provecho mismo,
allá los traigo enredados.
En la amistad han rompido.
Que esto importa, y anden todos
de aquí adelante enemigos.

(Dentro.)

LUD. ¿Estás acá dentro, Laura?
LA. Mi padre es, que ya ha venido.
CA. Pues dale unas lagrimitas,
que con este leve arbitrio
ablandarás sus crueldades;
que los viejos y los niños,
aunque dicen las verdades,
si enojados al principio
gritan como unos becerros,
en dándole al pequeñito
una manzana, y al viejo
de los ojos un rocío,
el primero se la traga,
cesando en los pucheritos,
y el segundo, embelesado
de ver llorar lo que hizo,
se ablanda más que unas natas
y calla más que un dormido.

(Vase Camarón y se queda al paño escuchando, y sale Ludovico.)

LUDOVICO.

Laura, ¿qué te detienes?
¿Cómo no te compones y previenes
para que des la mano
al que eligieres?
Mira que es en vano
andar en suspensiones
ni añadir más excusas y razones.
¿Para qué es el retiro,
cuando en esta elección miras y miro
que consiste mi dicha y mi sosiego?
Pero si don Fernando (en vivo fuego
me abraso, Laura, al tiempo que en él pienso)
intenta a mi poder, que es tan inmenso,
resistirle, desviarle o suspenderle,
sabré vengarme y aun podré prenderle;
porque en mi quinta, que a inquietarla viene,
soy juez que con la causa el poder tiene,
y que podré, después de castigarle,
proceder contra él hasta matarle;
y si anoche le hablaste, como creo,
a más no ha de llegar tu mal deseo,
que yo sabré encerrarte y reducirte
a que hagas lo que excuso de pedirte.

LAURA. *(Aparte.)*

La industria siempre ha conseguido mucho.

CAMARÓN.

Ya Laura le responde, atento escucho.

LAURA.

Señor: si don Fernando aquí ha venido,
bien ves la poca parte que he tenido,
y que nunca te he hablado con intento
de hacer con su persona el casamiento.
Si anoche dicen que con él hablaba,
engañóse también quien lo miraba;
y mi recogimiento es tan atento,
que sólo busco y quiero tu contento,
y que mi proceder tanto te cuadre
que parezca tu hija y tú mi padre.
Yo no hago novedad en lo asentado,
el término que diste no es pasado;
si mañana se cumple, no hay culparme:
yo te diré con quién he de casarme.

LUDOVICO.

Dame alguna señal por que lo crea.

LAURA.

Un papel te dirá lo que desea
mi amor; y pues te digo que le he escrito,
hallarás que es verdad lo que repito.

(Hace que se va.)

LUDOVICO.

Dime a quién le escribiste, pues te vas.

LAURA.

Del genovés y el Conde lo sabrás.

(Vase.)

CAMARÓN.

Bien se consigue lo que yo quería;
agora voy a disponer la mía.

(Quítase Camarón del paño.)

LUDOVICO.

Está muy bien lo que me decís, Laura;
ya de nuevo mi vida se restaura;
otro color aquesto va tomando,
y la disposición me va agradando.
Mas ¿a quién habrá escrito? ¿Si es al Conde
o al genovés? Que equívoca, responde
sin decirme cuál es. ¿Pero qué miro?

(Cuchilladas dentro.)

De aquesta novedad todo me admiro,
ambos a dos se están acuchillando;

pero hacia aquí se viene retirando,
el genovés, a quien el Conde sigue.
Su cólera es forzoso que mitigue,
y que sepa de estos dos sujetos
la causa que produce estos efectos.

(Saca el viejo la espada y salen acuchillándose el CONDE *y el* GENOVÉS.)

ESPÍNOLA.

Lo que he dicho es verdad.

CONDE.

De vuestros labios,
ni de otros, no consiento nunca agravios.

LUDOVICO.

Recoged las espadas.

CONDE.

No lo hiciera
si otro que vos aquí me lo pidiera.

ESPÍNOLA.

Antes muriera que en la vaina entrara,
si otro que vos aquí me lo mandara.

LUDOVICO.

¿La causa me decid de aqueste enfado?

ESPÍNOLA.

Yo la diré, que soy el agraviado.

Laura me favoreció
con un papel de su mano,
y en favor tan soberano
el alma se suspendió
de nuevo aliento, y vivió;
porque como dividida
con su papel, vino asida;
y como se hallaba en calma,
viniendo su alma en mi alma,
dos almas miré en mi vida.
Como a mi vida guardé
tal favor, pues me dió vida;
y aunque se vió más crecida,
luego fenecida fué;
porque no hay vida que esté
cierta ni segura en sí;
el papel perdí, y a mí
siempre me avisa me acuerde,
que si la vida se pierde,
dos con su causa perdí.
En fin, después de perdido,
no es mucho que si le hallase
en el Conde, le apretase
me fuese restituído;
que aunque estaba comprendido
a la letra en la memoria,
sin él era leve escoria
y no favor para el alma,
que goza distinta palma
pensar o estar en la gloria.
Al pedirle airado y fiero
y enojado, respondió;
y la disculpa que dió
fué desnudar el acero;
y así, claramente infiero
que en una prenda ocultada
no es acción de sangre honrada,
sin dar la satisfacción,
atropellar la razón
con los filos de la espada.

CON. Cerrado y sellado vino
a mis manos el papel,
y en el favor que vi en él
conocí su autor divino.
Si soy o no he sido digno
de recibirlo y tenerlo,
de Laura podéis saberlo;
pues en aquesta porfía
llegáis a la grosería
de hablarla para creerlo.
El que un favor tecibió
y le perdió descuidado,
no diga que le ha alcanzado,
sino que se le negó;
mal vuestro amor le guardó:
si pudisteis merecerle,
perderle no fué quererle;
dejarle no fué estimarle;
que era mejor no alcanzarle,
por no veros en perderle.
Sed más cuerdo y más atento,
y en todas las ocasiones
no articuleis las razones
si no tenéis fundamento.
Porque el menor pensamiento
que tengáis, he de atajarlo;
de suerte, que sin pensarlo
veáis que sé disponerlo,
con la razón defenderlo,
con la espada castigarlo.

(Empuñan las espadas.)

ESP. Si presente Ludovico
no estuviera...

CON. Si no fuera
por él, vuestra vida viera...

LUD. ¿Qué es esto, cuando os suplico
que no haya más?
ESP. No replico.
CON. En vos mi causa acomodo.
LUD. Estoy discurriendo el modo
que esté mejor a los dos;
porque os amo, vive Dios,
como a mis hijos en todo.
Laura, mi hija, escribió
el papel que os ha causado
el haberos enojado;
esto no se duda, no;
quién le dió o envió,
ella sola es quien lo sabe;
pues para que esto se acabe,
remitírselo es mejor,
pues su voto es el mayor,
el más cierto y el más grave.
De deidad tan peregrina,
mañana se ha de saber
el dichoso sumiller
que ha de ser de su cortina,
y así mi gusto se inclina,
cuando estoy de ambos en medio,
que a Laura se deje el medio
de aquesta resolución,
y que con su posesión
se califique el remedio.
Dadme el papel, que en mirar

(Dale el Conde el papel.)

que os haya favorecido,
conozco que no ha admitido
al que vino a porfiar;
al cual hice yo apartar,
con la industria que sabéis;
las manos es bien que os deis,
pues a Laura lo dejáis.
ESP. Basta, pues vos lo mandáis.
CON. Sobra, pues vos lo queréis.
Esta es mi mano.
ESP. Y la mía
confirma nuestra amistad.
LUD. Siempre la seguridad
anda en los dos a porfía.
CON. Sí, que anoche yo creía
que a Espínola acuchillaba.
ESP. Con vos, lo mismo pensaba;
pero en cuanto a pretender
a Laura, ya no ha de haber
amistad.
CON. Eso faltaba
de asentar; ¿pero parece
que cuando anda don Fernando
oculto solicitando...
LUD. ¿Pues qué es lo que se os ofrece
CON. Mi temor en dudas crece,
y así, quisiera velar
toda la noche y estar
de vuestra casa a la puerta:
que un cuidado me despierta
a que la salga a guardar.
ESP. Yo también acompañaros,
por lo que me toca, quiero.
LUD. Que es muy excusado infiero,
pero no quiero estorbaros.
CON. Pues perdonad, que dejaros
es fuerza para volver.
ESP. Todo será menester
en las dudas de los dos.
CON. Adiós, Ludovico. *(Vase.)*
ESP. Adiós. *(Vase.)*
LUD. Vuestro soy y lo he de ser.

Es el amor reloj desconcertado,
que anda sin cuenta, límite ni asiento;
ya le concierta poco movimiento,
ya le turba el andar apresurado.
Rompe las cuerdas del más quieto estado,
y el más inquieto las ajusta atento;
el volante se muda en otro viento,
y si éste calma, se halla en más cuidado.
Un papel es un viento de desvelos,
que lleva las discordias por delante,
y que añade a los celos mil recelos,
y, en fin, se junta todo, ¡qué inconstante!
Se rompen los desvelos y los celos,
sin quedar cuerda, rueda ni volante. *(Vase.)*

(Sale CAMARÓN.*)*

CA. Yo estoy en tan grande empeño,
que desempeñarme es fuerza
o hacer una sepultura
para sepultarme en ella.
Pidióme el papel mi amo,
de Laura, y en tanta pena
respondí que le perdí;
quiso arrancarme la lengua,
y por salir de aquel susto,
le ofrecí mi diligencia
darle y entregarle a Laura,
como ella propia desea.
Esto era llano, pues ya
el viejo me dió licencia
para estar dentro de casa
desde esta noche que llega;

pero estando concertado
el caso al pie de la letra,
o al pie de las puertas mismas,
me han llegado tales nuevas,
que discurriendo el remedio
escucho el «requien eternam»;
que aquéllos son imposibles
y aqueste le miro cerca.
Dicen, en fin, que este Conde
y este genovés se quedan
de un acuerdo aquesta noche
a ser guardas de las puertas
de la casa, y a mirar
por la seguridad de ella,
temiendo que don Fernando
vuelva lo de dentro afuera.
Que piensan bien no lo ignoro;
pero cuando mejor piensan,
quisiera que mal pensaran
y que burlados se vieran.
Esto le dice a mi vida
cómo la muerte se acerca.
¿A que Silverio y Tostón
ayudan?; pues con sus tretas
me quitaron dos mil reales
que el Conde me dió de ferias,
por el papel. ¿Hay más males?
¿Hay desdichas como éstas?
Dame encantos, Capadocia,
o pulisidad cazuela,
cagatón, montón de humo,
para que en aquesta empresa
vuestros ingenios alabe
máquinas y sutilezas;
mas, por Dios, que llegó una
y parece que se pega.
bien encaja, firme apunta,
bien señala, bien asienta.
Yo he pensado cierta traza
para acabar la comedia,
y rescatando mi vida,
salir bien de mi promesa.
Dios me ayude a ejecutarla,
conseguirla y disponerla,
porque no canten responsos
por mí en aquesta floresta. *(Vase.)*

(Sale DON FERNANDO, *de noche.)*

FER. En fin, Camarón me dijo
que a las doce, poco menos
me vaya a casa de Laura,
para cumplirme el concierto.
No es mala disposición
la que ha trazado su miedo,
que el amago del castigo
no deja de hacer efecto.
Suspenso hasta verlo estoy,
espérolo y no lo creo;
aguárdolo y no sé cuándo
lograré mi pensamiento.
La imaginación y el gusto
me dicen que vaya luego;
el amor lo solicita;
que abrevie dice el deseo;
pero la razón me dice
que es engaño, que es gran yerro
ponerme a perder la vida
por arrojarme tan presto.
¡Ay, Laura, lo que me cuestas!
¡Ay, ángel, lo que te debo!
Que tengo a logro el cuidado
todo el tiempo que en ti pienso.
Acertado me parece
guardar el orden que tengo;
y así, para libertarme,
al silencio me encomiendo
de este bosque y de este prado,
que en los colores tan bellos
de las flores, podré bien
admirar del dulce dueño
por quien padezco y suspiro,
sus imitados bosquejos. *(Vase.)*

(Sale el CONDE, *de noche.)*

CON. Camarón me ha dicho agora,
no acierto a hablar de contento,
que le envíe a mi criado,
como ya lo tengo hecho.
Porque con no sé qué traje,
quite al genovés del puesto,
con un engaño que dice
que ha trazado, y que no entiendo,
y que a las diez de la noche
vaya con mucho silencio,
que a Laura me entregará;
y que importa el buen suceso
que reduzca al genovés
a que en la calle no estemos,
y que a casa nos volvamos
a dormir; bueno va esto.
Camarón es muy privado
de Laura, muy bien le creo;
ya en su papel me lo dice,
dispongamos esto luego,
pues importa, y el peligro
de perderla es manifiesto,

porque al genovés se inclina
el padre por el dinero,
y Laura a la señoría,
que es su principal deseo.
Pero ya el genovés sale,
y parece que contento,
porque el viejo Ludovico
le habrá contemplado el seso.
No en vano mi corazón
daba en el pecho mil vuelcos,
mas lo mejor es callar
y disponer el intento.

(Sale el GENOVÉS *y habla aparte.)*

ESP. Amor, ¿qué más quieres ya?
Pero querrás que en tu templo
cuelgue una imagen de plata
del milagro de mi empleo;
así lo propongo, amor;
corazón, así lo ofrezco;
alma, el hacerlo aseguro;
potencias, cumplirlo espero.
¡Oh, Camarón, cuánto obligas!
¡Qué agradecido te quedo!
¡Qué reconocido estoy!
La vida y el ser te debo.
¿No es bueno que me ha ofrecido
darme a Laura?, No lo creo.
Aquesta noche, a las once,
viniendo a este mismo tiempo,
con sosiego y con recato,
para lo cual ha dispuesto,
por asegurar el caso
y dejar al Conde ciego,
que le enviase a Tostón,
que ha de hacer un fingimiento,
mudando el traje no sé
de qué suerte, no lo entiendo;
sólo sé que Laura gusta
de mi talle y mi despejo,
y aun puede ser que también
se haya inclinado al dinero,
que esto de la señoría
es un bocado tan seco,
que es menester adornarle
para cumplir con el pueblo
con aparatos de galas
y otros caros fingimientos,
aunque las raciones falten
y no haya para el sustento.
Ahora me resta buscar
al Conde, y con buen despejo
reducirle a que nos vamos
y que en casa nos quedemos;
mas, por Dios, que es el que miro.
¡Qué más pretendo ni quiero!
Ahora bien, vaya el engaño;
yo voy a hablarle.

CONDE. Yo llego.
Espínola, buenas noches.
De engañarle cuánto huelgo. *(Aparte.)*

ESP. Conde, muy bien parecido.
Disimulemos deseos. *(Aparte.)*

CON. Paréceme que la noche
es algo escabrosa, y temo
que algún daño recibáis,
y quisiera, por lo menos...

ESP. Que á casa vaya usiría
es sólo lo que yo quiero,
excusando a su salud
este daño y este riesgo.

CON. Lo mismo pretendo yo
que hagáis vos, porque es exceso
que os expongáis a un peligro
en la inclemencia del tiempo.

ESP. Pues conformados estamos,
justo es que lo ejecutemos.

COND. Vamos, pues de ellos gustáis.

ESP. Vamos, que yo lo deseo. *(Aparte.)*
Bien se dispone la trampa.

CON. Bien se compone el enredo. *(Aparte.)*

ESP. Yo os dejaré en vuestra casa.

CON. Pues por ella pasáis, vengo
en que en ella me dejéis.

ESP. Si yo en su casa le dejo *(Aparte.)*
la noche tengo por mía.

CON. Que se irá a dormir es cierto. *(Aparte.)*
con que dispondré mis dichas
y lograré mis deseos. *(Vanse.)*

(Salen CAMARÓN *y* FENISA.)

FEN. En grande empeño te pones,
Camarón, de estos ojuelos.

CA. Sólo por ti me pesara
tener algún mal suceso,
que te quiero mucho más
que al más lindo dar de cuerpo.

FEN. ¿Hay mayor puerco que tú?
¡A eso me comparas, necio!

CA. No lo tengas a desaire,
hasta entender el misterio
de este concepto, Fenisa,
y ahora contarte quiero
que esto mismo dijo un novio
a su esposa, y al momento
quedó con desdén extraño;

y estando un día comiendo,
le dió un apretón de tripas;
levantarse quiso luego;
él la detuvo gran rato;
fuése, en fin, a un aposento,
con los colores mudados;
salió después, y el tal dueño
la dijo: «Agora sabrás
el fondo de mi requiebro.»
Ella le replicó entonces:
«Ya lo he visto, y agradezco
que los tengas tan sabido,
que hayas pasado por ello.»

FEN. Eso mismo digo yo.

CA. A fe que te vengas presto;
pero eres discreta, en fin.

FEN. Tengo el juicio muy despierto
¿Hay más que decirme?

CA. Calla, que te adoro sabe el cielo
más de lo que traigo aquí.

FEN. ¿Es oro?

CAM. De dos extremos.
Por genovés es reliquia
y por ti viene a ser fuego;
ésta cogí la otra noche,

(Enséñala la cadena.)

de uno de los caballeros.

FEN. ¿Y cuántos escudos vale?

CA. ¿Para qué quieres saberlo,
si no los has de gastar?
Mas si es antojo, doscientos.
Son los que pesa cabales,
y tuviera más si el cielo
no permitiera que anoche
aquel Tostón y Silverio
no hicieran lo que te he dicho,
pero ya no hay más remedio
que afrontarlos y engañarlos
como lo tengo dispuesto.
Entra dentro y dile a Laura
que esté prevenida luego
en estos dos aposentos
divididos, donde tengo
a Silverio y a Tostón;
harás con mucho silencio
lo que tienes entendido.

FEN. Lo que dices ya está hecho,
que no soy tan descuidada
como me juzgas y creo
que con gran secreto ha sido,
¡mi regalo, mi sosiego!

CAM. ¡Ay, qué requiebros tan dulces!
Pero quisiera de cierto
saber si a mí me los dices
o si hablas con mi dinero.

FEN. Mal sabes mi voluntad;
oye, te diré un soneto
que anoche entre sueños hice.

CAM. Yo le pagaré en lo mesmo.

FENISA.

Camarón más sonante, que no el Dux
que en Venecia es el grande agilimox;
vos de mi vida y alma de mi trox,
cincuenta y cinco de mi dicha y flux.
Hamaca mía, fino almoradux,
que de ti no me iré aunque digas ox,
porque espero a las horas del relox,
para jugar contigo al dingandux.
A tu ajedrez aguardo en mi almofrex,
herida de la flecha del carcax,
pues eres de mi pecho rueda y ex;
que aunque me hieras, ya no temo el ax,
y nadaré contigo como el pex
para apagar el fuego de tu errax.

CAM. ¡Vive Dios, que eres discreta,!
y que dudando y temiendo
estoy, para responderte;
pero de un poeta nuevo
y repentino sabrás
perdonarlo los salmorejos;
y si en equis me los diste,
en cedillas te los vuelvo.
Fenisa, más sabrosa que una nuez,
y con vino y pimienta una perdiz;
que con tu olor me llevas mi nariz
y todo lo que maja un almirez.
Fresca más que en el río trucha y pez;
maya en el mayo, mucho más que miz;
talle más ajustado que lombriz;
cara más afamada que Jerez.
Quirlinquimpuz, en cuyo dulce buz
espero enquillotarme en toda paz,
gozando y consumiendo tu alcuzcuz;
para darte este plus soy incapaz;
pero capaz estoy, aunque sin luz,
para formar contigo un buen rapaz.

FEN. Muy bien seguiste el asunto,
aunque no mi pensamiento.

CAM. Habiendo entendido el cuento,
no hay que tocar más el punto.

FEN. Advierte que el oro junto
te lo tendré muy guardado.

CAM. Deja agora ese cuidado
y no trates dél te pido,

que es dejarme consumido
antes de haber consumado.

FEN. Si lo que te quiero sabes,
¿por qué me das esta pena?

CAM. Parece que gente suena;
vete y déjame las llaves
de estas puertas.

FEN. En tan graves
acciones yo no me meto,
y ya temblo te prometo.

CAM. Pues encomiéndame a Dios,
porque nos saque a los dos
de este postrero soneto.

(Dale Fenisa unas llaves y vase. Quedando Camarón solo, se pone en la puerta de en medio y, entreabierta, asoma la cabeza, y sale el CONDE. *Y adviértese que a los dos lados ha de haber dos puertas, a cada uno la suya.)*

CO. A buscar en tu deidad,
¡oh, Laura!, vengo la luz,
que la noche y su capuz
me quitan la claridad.
Salga el sol de tu alegría
sobre tu chapín, que es carro,
mas que no el del sol bizarro,
pues la noche vuelve día.
¿Es Camarón?

CAM Sí, yo soy.
¿Y vos?

CO. El Conde.

CA. ¿Qué seña?

CO. ¿Esta cadena la enseña?

CA. Pues luego por Laura voy.

(Dale una cadena y Camarón se entra dejando cerrada la puerta.)

CO. Qué ocasión tan deseada,
qué hora tan prevenida;
ven, alma de aquesta vida.

(Abren la puerta de un lado y por ella sale CAMARÓN *con* TOSTÓN, *criado del genovés, vestido de mujer.)*

CAM. Haz muy bien de la tapada.
Cuidado, amigo Tostón,
no hay sino disimular,
y no te dejes forzar;
alarga bien la ocasión,
porque a tu amo no le dañe
al sacar a Laura, ven.

TOS. Dios me saque de esto bien.

CA. Hola, mira no te engañe.
Ce que digo, llegue usía.

CONDE. ¿Ha salido Laura, di?

CA. Ya yo te la entrego aquí.

CO. Bien venida, ¡Laura mía!

CA. La vergüenza y el recato
la tienen en suspensión.

CO. Ven, te daré el corazón.

CA. Buen perro lleva y buen gato.

(Entranse y Camarón se vuelve a la puerta de en medio, como primero, y sale JUAN ESPÍNOLA.)

ESP. Cerca de las once son,
porque las diez he contado,
y ha mucho tiempo que han dado;
¿si vendré a buena ocasión?
Mas ya han abierto la puerta;
buen principio amor me da.

CAM. ¿Quién es?

ESP. ¿No lo sabes ya?
Espínola.

CAM. No concierta
el nombre sin la señal.

ESP. Aquí tengo ya el bolsillo.

(Dásele.)

CAM. Si tardáis más en decirlo,
os estuviera muy mal.

ESP. ¿Y Laura?

CAM. Esperad un poco,
que luego os la traigo aquí.

(Cierra y éntrase.)

ESP. De gusto no estoy en mí;
mucho es no volverme loco.
Alumbra la noche, Laura;
¿quién tuvo mayor ventura?

(Por la puerta del otro lado sale CAMARÓN *con* SILVERIO, *criado del Conde, también vestido de mujer.)*

CAM. Procede con gran mesura,
pues con esto se restaura,
todo lo que es menester
hazte fuerte si te aprieta,
pues con voz algo imperfeta
te podrás bien defender.
Pide treguas a su intento
con un tiplillo adamado,
que tú quedarás premiado
del Conde, según lo siento.
¡Eh!

ESP. ¿Qué hay?

CAM. Tomar la mano
puedes a Laura, tu esposa.

ESP. Dadme un abrazo, mi rosa.

SIL. Esperad, que es muy temprano.

CAM. En la calle, ¿quién tal vió?
¿Ni tan presto?

ESP. Soy un bruto.

CAM. Idos con Dios; ¡oh!, este puto
qué presto que le embistió.

(Vanse los dos y Camarón se vuelve a la puerta de en medio.)

CAM. Bien puedes salir, señora,
que ya está desocupado
todo el prado, que ha quedado
alegre de ver la aurora.

(Sale LAURA, *en cuerpo, por la puerta de en medio.)*

LA. Perdona esta vez, amor,
mis yerros; tú me disculpa,
pues ves que es menor la culpa
cuanto la causa es mayor.
¿Ha venido don Fernando?
CAM. No; pero no tardará,
que muy prevenido está
del tiempo, del cómo y cuándo.
LA. Temblando estoy, Camarón,
y en la calle no estoy bien,
porque puede venir quien
nos deshaga la ocasión;
y así quisiera volver
a entrarme dentro de casa.
CAM. De ese mal estás escasa;
no le tienes que temer,
cuando tengo ejecutado
lo que te dije endenantes,
con que están los dos amantes
uno y otro acomodado.

(El postigo de en medio, con el aire, se cierra de golpe.)

Mas el golpe del postigo,
con el aire se ha cerrado.

(Dentro.)

LUD. ¡Laura!
LA. Ya se ha levantado
mi padre.
LUD. ¡Laura! Que digo
dónde estás, ¡ay!, honra mía.
LA. ¿Pues qué, Fernando no viene?
Dime lo que le detiene.
CAM. ¿Y en qué tu amor desconfía?
Vamos al punto a buscarle.
LA. Que se haya tardado tanto...

(LUDOVICO, *dentro.)*

CA. No cobres ningún espanto.
LA. Quisiera luego encontrarle.
LUD. Toma aquesta luz, Fenisa.
CAM. ¿Qué aguardas, señora? Ven.
LA. ¡Ay!, si sucediese bien.
CA. Menéate y anda aprisa.

(Entranse y por la puerta de en medio sale LUDOVICO *medio desnudo, con espada y rodela, y* FENISA *con una luz.)*

LUDOVICO.

Yo no sé a quién busco ni a quién sigo;
mil veces me maldigo.
¡Ay!, Fenisa, la culpa de esto eres.
¿Dónde está Laura?, ¡Infamia de mujeres!
¡Dímelo!

FENISA.

Yo, señor, durmiendo estaba;
con Camarón ni Laura yo no hablaba.

(Sale DON FERNANDO *con espada y rodela.)*

FERNANDO.

Mas que de Camarón soy esperado;
¿pero qué es esto?: en mi enemigo he dado.

(Acuchillanse.)

LUDOVICO.

Esto es lo que quería:
vuelva yo agora por la sangre mía.

FERNANDO.

Detente, Ludovico.

LUDOVICO.

¡Don Fernando!,
vuélveme el alma que me estás quitando.

FERNANDO.

Repórtate.

FENISA.

¡Ay de mí!

LUDOVICO.

¡Oh!, edad prolija.

(Sale el CONDE, *en cuerpo, con la espada desnuda)*

CONDE.

Señor, ¿qué tienes?

LUDOVICO.

Fáltame mi hija,
que este hombre me ha llevado; y no me vengo.

CONDE.

Sosiégate, señor, que yo la tengo.

LUDOVICO.

¿Qué dices?

CONDE.

Lo que pasa he dicho junto

LUDOVICO.

El alma al cuerpo se volvió en un punto.

FENISA. *(Aparte)*

¿Cómo diré a Fernando lo que pasa?

LUDOVICO.

Entremos, Conde, luego en vuestra casa.
Y tú deja la luz, pues que ya el día
amaneció también con la hija mía. *(Vanse.)*

(Al entrarse dice Fenisa a don Fernando:)

FENISA.

En el tardar no ha sido buen amante.
Laura te fué a buscar, vete al instante.

FERNANDO.

¿Cómo creerlo puedo,
si dicen que está aquí?

FENISA.

Todo es enredo. *(Vase.)*

FERNANDO.

Y confusión es todo, ¡ay, Laura bella!
¿Cómo no te encontré, si eres mi estrella?

(Vase DON FERNANDO *y vuelven a salir el* CONDE, LUDOVICO *y* FENISA.)

CONDE.

Ya es mayor mi cuidado;
corrido estoy de hallarme tan burlado.

LUDOVICO.

Fenisa, ¿qué es aquesto?

FENISA.

No sé cierto.

(Sale ESPÍNOLA, *en cuerpo, y con la espada en la mano.)*

ESPÍNOLA.

A vuestras voces salgo casi muerto;
Camarón me ha engañado,
y por Laura, a Silverio me ha entregado.

CONDE.

A mí me dió a Tostón; ¡buenos quedamos!

ESPÍNOLA.

Creo que ambos a dos nos engañamos,
y que halló Camarón la trama urdida.

CONDE.

Sin alma estoy.

ESPÍNOLA.

Y yo también sin vida.

LUDOVICO.

Vamos luego a buscarlos.

CONDE.

Vamos luego.

LUDOVICO.

Todo es desdicha, rabia, pena y fuego.

(Vanse y salen DON FERNANDO, LAURA *y* CAMARÓN.)

FERNANDO.

No temas, Laura.

LAURA.

Yo te quiero tanto,
que nada temo, nada me da espanto.
Ya llegan todos.

FERNANDO.

Vengan norabuena;
que con Laura, no hay mal, dolor ni pena.

(Salen todos.)

CONDE.

Aquí están; mas si yo he perdido a Laura,
nada con esto mi dolor restaura.
Verdad es que con ambos esto sobra,
pues lo que se ha perdido no se cobra.

(Acuchillan todos a Fernando.)

LUDOVICO.

Dejadme a mí, yo solo he de matarle.

CONDE.

Yo solo he de acabarle.

ESPÍNOLA.

Yo solo basto, cuando solo embisto.

LUDOVICO.

¡Ah!, ladrón Camarón, Yo os juro a Cristo...

LAURA.

Padre y señor: si quieres que yo muera,
ya me tienes aquí; tu espada fiera
rompa mi cuello, si se ve ofendida.

FERNANDO.

Eso será perdiendo yo mi vida.

LAURA.

Señores, por quien sois, debéis doleros.

CONDE.

Ya es obligación nuestra el defenderos.

(Pásanse al lado de Fernando el Conde y Juan Espínola.)

LUDOVICO.

¿Pues cómo me dejáis?

CONDE.
Honor me llama
a que guarde la vida de esta dama.

ESPÍNOLA.
A la razón no es justo se corrija
que yo sólo defiendo a vuestra hija.

LUDOVICO.
Pues yo sabré contra todos, aunque muera.

CONDE.
Ludovico, repórtate y espera.

LUDOVICO.
En el estado que la causa veo,
es bien satisfacer a mi deseo;
dime tú, Laura, cómo remitiste
este papel al Conde, si quisiste
y amaste a don Fernando.

LAURA.
En eso digo
que Camarón ha sido buen testigo,
que para don Fernando se le dió
Fenisa.

CONDE.
Con él mismo me engañó.

LUDOVICO.
¿Y otro que Juan Espínola tenía,
cómo se le escribiste?

CAMARÓN.
Ahora es mía
esa satisfacción.

LUDOVICO.
¡Oh!, infame hombre;
¡oh!, criado fingido de mal nombre;
Camarón embustero.
¡Oh, mono lisonjero:
tú eres el más culpado; tú lo sabes,
tú cogiste las llaves
y tú eres sólo el que mi honor desdora!

CAMARÓN.
¡Ay!, que me matan, ¡ay!

CONDE.
Dejadle ahora,
para que diga lo que está apuntando.

CAMARÓN.
Digo que yo servía a don Fernando;
que por hacer sus partes con tu hija,
a serviros entré sin plaza fija;
dióme aquese papel, y yo le di a Espínola.
Perdió lo que perdiera en una quinola,
en una cadenilla que me dió;
al dármela, el papel se le cayó,
y volviendo a cogerle,
luego al instante al Conde fuí a venderle,
si bien lo que me dió no lo he logrado:
Silverio y Tostón me lo han quitado;
causa que me obligó de buscar modo
para vengarme de una vez de todo.

ESPÍNOLA.
¿No véis cómo es verdad, y no fingido,
lo que yo porfiaba?

CONDE.
Si vendido
nos fué a los dos, y por dinero nuestro,
tanto fué mío como ha sido vuestro.

ESPÍNOLA.
Ya no hay remedio en esto, Ludovico;
que perdonéis a entrambos os suplico.

CONDE.
Tened por bien de que se den las manos.

LUDOVICO.
Ya fueran mis intentos inhumanos
si lo que ya está hecho lo estorbara,
y más cuando es tan conocida y clara
la sangre de Fernando,
que lo estará diciendo y publicando
la cruz puesta en ese pecho; pues las pruebas
en su casa no vienen a ser nuevas.

FERNANDO.
Los pies os beso, y, siempre agradecido,
veréis que soy el hijo más rendido.

CAMARÓN.
Y yo pido perdón si soy culpado,
del dinero que a entrambos he quitado.

FENISA.
Mi parte pido, pues me diste parte
de que conmigo habías de casarte.

CAMARÓN.
Esa parte que pides doy con gusto,
porque en himenearme tengo gusto;
a más de que un empeño me hace daño,
que es guardar castidad por este año.

FENISA.
Pues para entonces hágase escritura;
no es el negocio, no, para futura,
ni para hacer con él ningunas fiestas;
y dése fin con esto a las florestas,
adonde, atento, Ludovico quiso
plantar con Laura un bello paraíso. *(Vanse.)*

1680

FIN DE LA COMEDIA

COMEDIA FAMOSA

DE

PEDRO DE URDEMALAS (1)

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Duque.	Tireno.	Lidio.
Clara.	Gerardo.	Justina.
Ricardo.	Fabio.	Escribano.
Lisarda.	Riselo.	Ramón.
Laura.	Almirante.	Lucrecio.
Don Juan.	Fabricio.	Pregonero.
Turino.	Leonido.	*Un* mercader.
Fulgencio.	Huésped.	Conde Arnaldo.

ACTO PRIMERO

(*Salen* Don Juan (2) *y* Lisarda.)

D. Ju. Sin tu (3) licencia no fuera,
aunque el Duque me ha llamado.
Lisar. Estimo aquese cuidado; (4)
pero si el Duque te espera,
no te detengas aquí.
D. Ju. Son tus ojos la prisión
de los míos, y es razón
que puedan más que yo en mí.
Y pues en llegando a vellos
nadie está con libertad,
disculpe mi voluntad
quien sabe que son tan bellos;
que si un señor (1) se detiene,
cuando los ve, a contemplallos,
mal la tendrán los vasallos
la defensa que él (2) no tiene (3).
Lisar. Quien tiene buena opinión
de lo que quiere, no quiere

(1) La impresión suelta de esta comedia, tiene este encabezado: «*Pedro de Vrdemalas.* | *Comedia famosa.* | *De Ivan Perez de Montalvan.* Hablan en ella las personas siguientes: Adrián.—Lisarda, dama.—E Rey Francisco de Francia.—Laura y Turino, villanos.—Fulgencio.—Gerardo.—Duque de Guisa.—Duque Borbón.—El Almirante de Francia.—Fabricio.—El Conde Arnaldo.—Clara, dama.»

Anotaremos las variantes y mejoras que este texto ofrece al manuscrito que ha servido de original. Añadiremos que el ejemplar del impreso que hay en la Nacional tiene tachado el nombre de Montalván, y con letra del siglo XVII, época de la impresión, puesto al margen el de «Lope».

(2) El impreso dice «Adrián». En adelante no advertiremos que todas estas notas se refieren al impreso.

(3) «la».

(4) Sustituídos estos dos versos por los que dicen:

«cumples Adrián la ley
de amor; per el Rey te espera»,

(1) «que si es Rey».

(2) «si un Rey defensa».

(3) Desde aquí el impreso intercala estos versos que faltan en el manuscrito que se refiere a Italia.

«Ten, por tu vida, paciencia;
no digas tal desatino,
que son celos de camino
malos agüeros de ausencia.
No los pidas en partida,
que declarada sospecha,
antes daña que aprovecha.
Adr.º Amando todo se olvida.
El que pudiera enseñar
de amor el arte no amando,
cuando quiere está dudando
la senda que ha de tomar.
El que aconsejar pudiera
al amigo, está de suerte
que no hace cosa que acierte:
tanto la pasión le altera
los pulsos de la razón;
porque en aqueste accidente,
lo que más el alma siente
es no sentir su pasión.
Lis. Si amor es guerra, Adrián,
callar por propio interés
las estratagemas es
de discreto capitán.
El que ama y dice a quien

con celos; mas no te espere
el Duque (1) en esta ocasión.
Parte sin sombras y antojos,
pues yo sin la causa quedo.

D. JU. Lisarda, celos sin miedo
son del amor ciegos ojos;
por eso los trae cubiertos.

LISAR. Mira que sale.

(Sale el DUQUE *y escóndese* DON JUAN.) (2)

DUQ. ¿Está todo
puesto a punto?

D. JU. ¿De qué modo
quieres que sientan los muertos?

DUQ. ¡Oh, Lisarda!

LISAR. ¿Sin don Juan (3)
sale al monte (4) Vuestra Alteza?

DUQ. Los rayos de esa belleza
resplandecen donde dan.

LISAR. Ya se tomó la licencia
de cazador.

DUQ. Es mentira
decir que adora, quien mira
del sol la hermosa presencia;
fuera de que el cazador
puede hablar con desconcierto
en tratar de lo que ha muerto
y soy yo (5) el muerto de amor.

LISAR. La caza imagen se llama
de la guerra, y buen estilo
me parece darte un filo
en requiebro de una dama,
para salir a rendir
de las montañas las fieras.

DUQUE. ¿Tan libre te consideras?

LISAR. No he de temer, no he de huir;
ni es bien que se sobresalte
la garza, mientras no vea
que la persigue y desea
un gallardo gerifalte.
Y si éste, con no ser tal,
la puede tanto ofender,
¿cuál ave no ha de temer
un águila tan real?

DUQUE. No te pido yo, Lisarda,
que temas, porque el temor
no es buen principio de amor,
antes el alma acobarda.
Amor ha de comenzar
por el buen conocimiento:
conocer el fundamento
divinísimo de amar.
Después de amar viene bien
el temor, pero antes, no.

D. JU. El que tema seré yo,
(Detrás del paño.)
pues que supe amar también.
Diga Lisarda a su gusto
que celos infamia son,
que ya sé que la razón
tiene mi dolor por gusto.
Di, (1) sirena falsa y bella,
que allí cantas y aquí matas,
¿por qué mi muerte dilatas
si te deleitas en ella?
Si no es ocasión ¡oh, celos! (2)
verlos hablar y no oír,
¿qué es lo que llaman morir
quien nunca murió de celos?

DUQ. Contento voy.

LISARDA. Yo lo quedo,
señor, con tanto favor.

D. JU. Y yo tan muerto de amor,
que tengo a la vida miedo.

DUQUE. Guárdete Dios.

LISAR. Y él te vuelva
con bien.

(Con grandes cortesías hasta la puerta y vanse.) (3)

---

ama todo lo que siente,
descubre livianamente
por dónde muerte le den.
Estímate, por que seas
estimado de quien amas.

ADRI. Si amor con celos desamas,
que no te quiera deseas.
Los celos son un espejo
en que se mira el amor,
tribunal donde el honor
tiene su Real Consejo.
Los celos son del amante
el toque de su fineza,
y piedra en que amor tropieza
para pasar adelante.
Son celos de unos antojos
que pone al alma el temor
y por donde mira amor
las letras de sus enojos.«

(1) «el Rey».
(2) «Sale el Rey Francisco de Francia». El «Duque» sustituye en el texto al «Rey» del impreso.
(3) En adelante entiéndase que en el impreso dice «Adrián» donde en el texto «don Juan».
(4) «mundo», por errata.
(5) Falta el «yo».

(1) «¡Ay,».
(2) «¡ah, cielos!»
(3) «Vanse el Rey y Lisarda».

D. JUAN. ¿Hay más cortesías?
¿En qué queréis ansias mías (1)
que este mi amor se resuelva?
Prometo, amor, de no ser
firme con mujer jamás;
que los celos (2) que me das
quiero, Lisarda, aprender,
Prometo de hacer engaños
a cuantas hablare y viere,
y sin que a su amor espere
sospechas, por desengaños.
Mas pésame que he de ser
ingrato, desconocido,
pues siendo aleve y fingido
te tengo de parecer. *(Vase.)*

(Salen LAURA, *de villanela rústica, y* TURINO, *villano, con dos libros nuevos.)* (3)

LAURA. Y ¿qué libros me has traído?
TURINO. Por tu gusto los busqué;
que no fué poco, mas fué
mi amor reloj de mi olvido.
Que siendo despertador
tu gusto en mi voluntad,
las horas de mi verdad
está señalando amor.
Pero estás muy diestra ya
en leer.
LAURA. ¿Pues no lo estoy?
TURIN. Así me (4) leyeses hoy
el alma, en que escrita está
la historia del amor mío,
por capítulos tan breves,
que verás lo que me debes
en el menor desvarío.
LAURA. Parece, en lo que has hablado,
que los libros has leído.
TURI. Deste amor que me ha perdido,
tan solamente he ganado
este saberte decir
mis cobardes pensamientos;
que decir atrevimientos
era hablar como sentir.
LAURA. ¿Pues qué libros traes?
TURI. Compré
a Heliodoro.
LAURA. ¿De qué trata?
TURI. De lo mismo que me mata;
pero es ejemplo de fe.

(1) Verso suplido por el impreso.
(2) «que la lición»
(3) «Laura y Turino, villanos.»
(4) «¡Ay, si me».

La historia de dos amantes
pintó con estilo griego,
en un laberinto ciego
de sucesos semejantes.
LAURA. ¿Cómo el amante se llama?
TURI. Teágenes.
LAURA. ¿Firme?
TURI. Es hombre,
y Clariquea es el nombre,
Laura, de la hermosa dama.
Muy bien tendrás que leer,
y aun te dará que pensar;
toma lecciones de amar,
y aprenderás a querer.
LAURA. Si las liciones, Turino,
de los ojos no se toman,
donde las almas se asoman
y yo por ellas me inclino.
Si los maestros no son
las estrellas que conciertan
las voluntades que aciertan
a formarse inclinación,
los libros ¿qué harán por sí?
TURI. Pues por eso te decía
que leyeses tú la mía,
Laura, para amarme a mí.
LAURA. Será libro de mentiras.
TURI. Verdades son mis congojas.
LAURA. Hay en las almas más hojas
que en los árboles que miras;
y como las mueve el viento,
aunque en firme rama estén,
ansí las almas también
mueven cualquier pensamiento.
¿Qué más libros has traído?
TURI. Un *Amadís* español,
de amor centro y de armas sol.
LAURA. Justo cuidado has tenido;
que yo le tuve de ti,
mientras estuviste allá.
TURI. Pagado el cuidado está,
si le tuviste de mí.
Y por ese gran favor,
los libros te quiero dar;
que no hay mejor obligar
que pagar (1) un justo amor.
LAURA. ¿Son éstos?
TURI. Sí.
LAU. Dios te guarde.
Voime a leer.

(Vase LAURA *con los libros.)*

(1) «pagando».

TURI. Bien podrás,
para que aprendas si estás
en penas de amor cobarde.

(Sale FULGENCIO, *viejo, tras* TIRENO, *villano rústico, con un palo y él huyendo.)* (1)

FUL. Nunca te logres, amén.
TIRE. ¿Por qué no me he de lograr?
FUL. Nunca te falte pesar.
TIRE. ¡Eso sí; maldecir bien!
FUL. Nunca, si tuvieses hijos,
en nada te den contento.

(Vale a dar y pónese en medio TURINO.)

TIRE. ¡Cargar más!
FUL. Dente tormento
en vez de tus regocijos;
por que en esperanzas vanas
hasta entonces te entretengas,
con negra barba los tengas
y no los goces con canas.
TIRE. ¡Dalle que dalle!
FUL. No creo
que te engendré, claro está.
TIRE. ¡Andad con el diablo ya!
FUL. Tu muerte, por Dios, deseo.
TIRE. Por vida vuesa, Fulgencio,
padre o lo que sois, que estáis
muy necio, pues no os pagáis
de mi paciencia y silencio.
FUL. ¡Oh, perro!, ¿Pues tú conmigo?

(Vale a dar.)

TURI. ¿Qué es esto?
FUL. ¿Pues no lo ves?
TIRE. Entre padre y hijo es.
FUL. A este bárbaro castigo.
TURI. ¿Qué os ha hecho?
FUL. Yo quisiera,
Turino, aunque labrador,
que este hijo, este traidor,
más de lo que he sido fuera.
Que tuviera inclinación
de estudiante o de soldado,
que despreciara el arado
y olvidara el azadón.
Pero ni quiere estudiar
ni seguir la guerra quiere,
porque solamente muere
por arar y por labrar. (2)
Yo tengo hacienda, y quisiera
que en la ciudad estudiar
que se ordenara y honrara
su casa desta manera.
O, pues ingenio le falta,
que siguiera aquel camino
de las armas, por quien vino
César a envidia tan alta.
Dos hijos me ha dado el cielo;
pero trocados de suerte,
que Laura es sabia y es fuerte,
tanto que es monstruo del suelo,
y éste es necio y para poco.
TURI. Tireno, ¿por qué razón
quieres en esta ocasión
parecer menguado y loco?
¿Por qué no vas a estudiar?
¿Por qué no sigues la guerra,
pues a tu padre y tu tierra
puedes de esta suerte honrar?
TIRE. Pardiez, Turino, aunque diga
mi padre que necio soy
por demostraros que estoy, (1)
si da lugar que prosiga,
en lo más cierto y seguro.
TURI. ¿Cuál tienes tú por más cierto?
TIRE. Vivir al mismo concierto
que nací sólo procuro.
Y si los reyes hicieran
leyes que todos los hombres
los oficios y los nombres (2)
de sus padres prosiguieran,
no hubiera la confusión
que ahora en el mundo veo;
por cuya causa deseo
ser lo que mis padres son.
Si el que ha nacido oficial
quiere ser luego letrado;
caballero el que ha estudiado
y el soldado bien o mal,
la república, Turino,
y la nobleza, se pierde,
que no hay después quien se acuerde
de dónde aquel ser le vino.
Que si siempre el oficial
fuese oficial, viviría
en la humildad que tenía
y en aquel pobre caudal.
El noble sólo estudiara,
tuvieran estimación
las letras.

(1) No pondremos las acotaciones, que, aunque las mismas en el fondo, son más breves en el impreso.
(2) «cavar.»

(1) «que he de mostraros que doy».
(2) Verso suplido por el impreso.

TURI. Más confusión
el mundo entonces buscara.
Pero estas materias son
para escuelas de letrados.
TIRE. Los señores sean soldados,
que es de su sangre blasón.
TURI. Y si el caballero nace
sin ingenio, ¿cómo quieres
que estudie?
FUL. Más necio eres
que quien esto dice y hace;
pues que persuadir pretendes
un rústico.
TIRE. Si lo soy (1)
mejor en el campo estoy,
Fulgencio, ¿de qué te ofendes?
Laura, de libros cargada,
estudie, vaya a París;
que, como los dos decís,
será su virtud honrada;
y pues en toda esta tierra
tiene por su ingenio fama,
camine donde la llama,
por la ciencia o por la guerra.
FUL. ¿Laura ha de estudiar, villano?
TIRE. ¿No estudia, así como así?
FUL. ¿Laura ha de ir al campo, di,
con la bandera en la mano?
TIRE. Resuélvome en que he de ser
lo que mi padre.
TURI. Si tiene
hacienda, más te conviene
crecer más y pretender.
TIRE. ¡Necedad!
TURI. ¿Quién lo dijo?
FUL. A desvariar comienza.
TIRE. ¿No sería desvergüenza
ser más que su padre un hijo?
FUL. Ea, pues, alto: al arado;
seguid la huella del buey.
TIRE. ¿No es mejor que tras la ley,
como avariento letrado?
¿O tras la purga y sangría,
como los médicos van?
¿O tras algún capitán
que me lleve a Berbería?
Dichoso yo si en mi hogar
como en paz la bien cocida
olla de carne embutida,
sin pretender ni envidiar.
Andense los cortesanos
en sus vanos pensamientos
a buscar sobre los vientos (1)
honras y lugares vanos;
que cuando venga la Muda,
que así llamaba a la muerte
mi agüelo, el más sabio y fuerte
gime, teme, tiembla y duda.

(Vase.)

FUL. Fuése?
TURI. ¿No le ves correr?
FUL. Algo hay en éste, Turino.
TURI. Por este humilde camino
quiere conservar su ser.
FUL. Pues ¿qué medra o que restaura?
TURI. Ser mañana lo que es hoy.
FUL. A buscar a Laura voy.
TURI. Yo voy a morir por Laura.

(Vanse.)

(Salen el DUQUE *y* DON JUAN, *de caza.)*

DUQUE.

Tomé ocasión de la fingida caza,
porque engañar a la Duquesa (2) quiero
y volver rebozado con la noche (3)
a la ciudad, don Juan, donde encubierto (4)
pueda hablar con Lisarda.

DON JUAN.

No eran vanos
los celos que tenía a la partida.
¡Ah, Lisarda cruel!

DUQUE.

Quiero, en efecto,
fingir que quedo en esta casería
y que tú representas mi persona,
en tanto que yo vuelvo, y decir puedes
que en ella, por sentirme muy cansado,
quiero quedarme aquesta noche.

DON JUAN.

Pienso
lo dispondrán más bien Riselo o Fabio. (5)

---

(1) En el manuscrito dice, por errata, «si solo».

(1) «tientos», por errata.
(2) «la Reina, porque».
(3) «volverme rebozado de la noche».
(4) «a París, Adrián, donde cubierto»
(5) Este y los cuatro anteriores versos dicen en el impreso:

«porque estoy al presente muy cansado
y dormir esta noche en ella.
ADR. Pienso
que no hiciera aquí Borbón agora.»

DUQUE.

Bien fuera si de alguno me fiara;
pero no me está bien fiar de alguno
lo que a ti sólo tengo encomendado;
y porque no me vea algún villano
que diga dónde estoy, a Dios te queda,
porque bien puedo caminar de día
a Florencia, (1) y entrar de noche en ella.

DON JUAN.

Yo haré lo que me mandas; y pues quieres
irte solo, señor, guárdete el cielo.

DUQUE.

Ten cuidado.

DON JUAN.

Ya sabes mi buen celo.

(Vase el DUQUE *y recuéstase* DON JUAN *entre unos árboles.)*

Quiero sentarme un rato entre estos árboles
por ver si descansando me durmiese;
que a los tristes el sueño es dulce epítima
y no hay para dormir tal instrumento
como olvidar un loco pensamiento.

(Recuéstase y sale LAURA *con un libro.)*

LAURA. Sabrosa imaginación,
¿dónde me llevas tras ti?;
si aquesto puedes en mí
tus fuerzas efectos son.
¿Qué es aquesto que he leído
que tiene tanto poder
que escrito pudo mover
mi enamorado sentido?
¿Qué griego es éste que amó
la divina Clariquea?
¿Será posible que crea
que un hombre firme nació?
¡Qué amores tan bien pagados!,
¡Qué penas tan bien sufridas!;
¡Qué adversidades fingidas!, (2)
¡Qué bosques tan bien pintados!
Dichosa (3) mujer que halló
hombre que la quiso tanto,
que apenas de ver me espanto
lo que por él padeció.
Altas hayas, fuertes robles,
fuentes que a la mar corréis;
estrellas las que tenéis
imperio en las almas nobles;
yo vengo de amor vencida,
pero sin saber de quién;
una sombra quiero bien,
de imaginación vestida.
A Teágenes adoro,
envidiosa de que sea
amante de Clariquea
en el libro de Heliodoro.
¡Ah, quién anduviera ansí
por bosques, sendas y prados;
pues por amantes (1) cuidados
entre estos montes nací!
¡Qué desdicha haber de amar
mis altivos pensamientos
un villano y sus intentos (2)

(Vuelve la cara y ve a DON JUAN *durmiendo.)*

humildemente escuchar.
Mas, ¡ay, cielos!, si ha formado
tan fuerte imaginación
un hombre en esta ocasión
que está en esta hierba echado.
¡Válgame el cielo, y qué fuerza
de un extraño imaginar!

(Entre sueños.)

D. JU. ¡Que me pudiste olvidar! (3)
mas tal ocasión te esfuerza.

LAURA. ¿Qué dudo? Sin duda, es hombre
como el que estaba leyendo;
quejándose está y durmiendo,
¿qué habrá en el mundo que asom-
Pues imaginado en mí [bre?
un caballero que amar
le hallo (4) en este lugar:
¿Eres Teágenes, di?
¿Eres tú aquel firme amante
que pasó por Clariquea
tantos trabajos?

D. JU. ¡Que sea
tu pensamiento bastante
para mudarme del mío!

LAURA. Quiero acercarme a escuchalle,
pues no hay nadie en todo el valle
y sólo murmura el río.
Gentil persona.

D. JU. ¡Ay de mí!
¿Qué me buscas, qué me quieres?
Mudables sois las mujeres,
yo he visto el ejemplo en ti.

(1) «París».
(2) «vencidas!»
(3) El manuscrito, por errata, dice: «Ahora».

(1) «para aquestos».
(2) Verso suplido por el impreso.
(3) En el manuscrito «dudar», por errata.
(4) En el manuscrito «hablo».

LAURA. Que le busco y que le quiero
dice, y que mudables son
las mujeres.
D. JU. Con razón
de tu crueldad desespero.
Mas ¿quién se ha de resistir
cuando tú a buscarme vienes,
pues la belleza que tienes
me ha de volver a rendir?
Así (1) me quisieras bien,
cuán bien tu amor satisfice.
LAURA. Si yo le quisiera, dice
que él me quisiera también.
D. JU. Llega, mi señora, llega.
LAURA. Dice que llegue, sí haré;
porque más cerca podré
oírla mejor (2). ¡Qué ciega
mariposa fué a la llama
con mejor atrevimiento!
D. JU. ¡Ay, cielos! ¡Cuánto contento
da la esperanza a quien ama!
LAURA. Mas, ¡con cuánta más razón
la posesión le dará!
D. JU. Si puedo abrazarte ya,
dame licencia y perdón.

(Despierta y abrázala.)

¡Válgame el cielo mil veces!
¿qué es esto?
LAURA. Suelta, señor.
D. JU. Sueño hasta ahora traidor,
¿qué es aquesto que me ofreces?
¿Eres cuerpo?
LAURA. Cuerpo soy.
Suelta.
D. JU. ¿Tienes alma?
LAURA. Sí.
D. JU. ¿Por dónde has venido aquí,
o cómo contigo estoy?
LAURA. Suéltame y sabráslo.

(Dale un empujón y retírase.)

D. JU. Sueño,
si (3) tratas verdades ya...
LAURA. Antes miente, pues os da
hoy tan diferente dueño.
Vos estábades soñando
en la que en Florencia (4) amáis,

(1) «¡Ay, si».
(2) En el manuscrito «mayor».
(3) «tú».
(4) «París». Siempre que el texto dice «Florencia» entiéndase «París» en el impreso.

y una labradora halláis
de esta sierra, despertando.
D. JU. ¿Cómo en mis brazos hallé
los tuyos, si yo dormía?
LAURA. Porque cansada venía
y entre estos olmos me eché.
Debíamos de soñar
un mismo sueño los dos,
y lo que os despertó a vos
me debió de despertar.
De suerte, que a un tiempo aquí
nos hallamos abrazados,
del sueño y de amor burlados.
D. JU. No me burla el sueño a mí.
Porque yo soñé que vía
grande cantidad de amores,
que de rosas y de flores
que esta verde selva cría,
fabricaban una rara
belleza entre estas arenas,
todo el cuerpo de azucenas
y de jazmines la cara.
Desperté, y hallé en mis brazos
tu divina gentileza,
tan conforme a su belleza,
que ya estoy preso en tus lazos.
LAURA. Yo soñaba que, de fuego,
el niño Amor fabricaba
una figura que hablaba,
y que se paraba luego.
Vi que el pecho le hacía
todo de camaleones;
el corazón, de traiciones;
el cuerpo, de fantasía;
los ojos, de dos traidoras
niñas, sin firmeza alguna; (1)
y el rostro, como la luna, (2)
con sus mudanzas por horas;
la condición de la mar,
ya en bonanza, ya furiosa.
Pero lleguéme, amorosa,
por verla y oirla hablar; (3)
y hablóme de tal manera,
que desperté; mas, por Dios,
que me digáis si sois vos
esta venenosa fiera.
D. JU. Serrana del mismo cielo, (4)
que de menos alta parte

(1) En el manuscrito «primera».
(2) En el manuscrito «coluna».
(3) «por ver la yerba hablar». Errata notoria.
(4) «de estas montañas».

no pudiera ser quien tiene
donaire y gracia de un ángel.
Serrana, cuyo despejo, (1)
porque a ninguno matase,
escondió el cielo entre montes,
para luz de aquestos valles:
no me imagines de fuego,
ni de suerte me maltrates (2)
que yo te parezca Apolo
y que tú imites a Dafne.
El gran Duque de Florencia, (3)
que el cielo mil años guarde,
muy cerca de sí me tiene,
de sus cuidados Atlante. (4)
Vino a cazar a estos montes;
canséme de dar alcance
a los animales fieros;
dejéle en sus verdes valles,
y al son de una (5) clara fuente
que destas arenas sale,
dando puñados de perlas
a quien mira sus cristales,
me senté, dormí y soñé
sueños que serán verdades
si en los accidentes nuestros (6)
son las estrellas iguales.
No te extrañes, (7) que no es justo;
dime tu nombre, pues sabes
que en cortesía lo debes,
pues te he contado mis partes.

LAURA. Generoso caballero:
no te espantes que me espante
de que dudes que te sirva
en cuanto ahora me mandes;
y desde este punto quiero
que sepas, para adelante,
que hasta escuchar la mujer,
bien puede ser que se guarde;
que si escucha, no aconsejo
la desconfianza a nadie,
que por oídos de cera
no hay palabra que no pase.
Laura es mi nombre; Fulgencio,
un labrador, es mi padre;
soldado en su mocedad,
y no de oscuro linaje;

(1) «cuya belleza».
(2) «retrates».
(3) «el Rey Francisco Primero».
(4) «soy de su dorada llave».
(5) «desta»; pero es errata.
(6) «si en el occidente nuestro».
(7) «No te esquines».

aumentó el cielo su hacienda
de suerte que treinta pares (1)
de bueyes aran la tierra,
que al año siguiente paren.
Lo que de oloroso vino
encierra, y los olivares
que miras, le dan de aceite
no se mide ni se sabe;
tiene un hijo, que él quisiera
a más lugar levantarle;
mas no hay remedio con él
que más que del campo trate.
Yo al revés, que aunque me mira
muchacha, (2) en rústico traje,
sé leer y sé escribir,
y una inclinación notable (3)
de aprender (4) armas y ciencias,
sino que el alma me engañe. (5)
Presumo que sois el Duque;
si lo sois, pues que ya es tarde,
no os desirváis de que os lleve
a una casa razonable,
donde un arca de ciprés
os dará sábanas tales,
que no echéis (6) menos las vuestras
con (7) las holandas de Flandes.
No os ofreceré gran cena, (8)
gran vajilla, mesa y pajes,
que yo sola os serviré,
y con voluntad tan grande,
que podáis caber en ella,
aunque como otro Alejandro,
fuérades (9) señor del mundo.

D. JU. ¿Hay tán gracioso donaire? (10)
El Duque quiero fingirme,
mudando estilo y semblante. (11)

(Con gravedad.)

Serrana, yo soy el Duque. (12)

LAURA. Dadme vuestra mano, o dadme
a besar los pies.

(1) «pacen».
(2) «mujer».
(3) «y tengo pecho bastante».
(4) «a emprender».
(5) «con agudeza notable.»
(6) «no haréis».
(7) «ni».
(8) «No os ofrezco grande».
(9) «fueras el».
(10) «¿Hay tal gracia, hay tal donaire?»
(11) Faltan en el impreso estos dos versos.
(12) «Pues, Laura, yo soy el Rey.»

D. Ju. Detente, (1)
serrana, que eres bastante (2)
a humillar mayor grandeza;
vamos a ver a tu padre,
que quiero que digáis todos
a quien por mí preguntare,
que estoy durmiendo y que esperen.
Laura. ¡Qué hermosa presencia y talle!
D. Ju. La labradora es donosa. (3)
Laura. Pudiera el Duque (4) matarme
si merecieran mis dichas
que naciéramos iguales.

(Vase, haciéndole muchas cortesías Laura.

Salen el Duque, *de noche,* Fabio *y criados.)*

Duque. Mirad con mucho cuidado (5)
si hay gente en la calle.
Fabio. Está
tan sola, que extrañará
el mirarte desvelado. (6)
¿Sabe Lisarda que viene
Vuestra Alteza de este modo?
Duque. Noticia tiene de todo.
Fabio. ¿Noticia? Descuido tiene.
No veo alguna señal
del cuidado que era justo.
Duque. Si no la despierta el gusto,
no la tiene el mundo igual.
Bueno fuera hacerla yo,
pero no me atreveré.
Fabio. ¿No fué concierto?
Duque. Sí fué,
pero al concierto faltó.
Fabio. Pues advierte que ya el alba
anda por reirse y toca
con los cercos de la boca
la parte que le hace salva.
Presumo que se ha dormido,
y si al monte has de volver,
no sé cómo puede ser
sin haber amanecido.

(1) En el impreso dicen estos dos versos:

Lau. «Dadme vuestros pies reales.
¡Qué bien me engañaba!
Adr. Tente.»

(2) «que tu hermosura es bastante».
(3) «me ha muerto.»
(4) «El Rey pudiera».
(5) «secreto».
(6) Los tres versos anteriores dicen en el impreso:

«si el terrero está ocupado.
Ger. Los galanes le han dejado,
porque ya es tarde, en efeto.»

Duque. ¡Oh, Lisarda!, si este engaño
no me libra de este error,
¿adónde piensa mi amor
hallar mayor desengaño?
Pero, esperad, ¿no es aquella
que a la ventana llegó?
Fabio. Al amanecer salió,
como es de tu sol estrella.
Duque. Lisarda hermosa.

(Lisarda *a una reja baja.)*

Lisar. Señor.
Duque. ¿Cómo has tardado?
Lisar. He salido
mil veces.
Duque. Todas han sido
nuevas deudas de mi amor.
Mas, por dicha, a tiempo fueron,
que me apartaba de aquí.
Lisar. ¿Cómo te viniste así?
Dime, señor, ¿no te vieron? (1)
Duque. Nadie supo que venía
si no fué sólo don Juan;
todos seguros están
de mi amor, Lisarda mía.
Lisar. ¿A don Juan se lo has contado?
Duque. ¿Pues qué importa? ¿No es secreto?
Lisar. Es mozo y está, en efeto,
de Clavela enamorado,
a quien lo podrá contar,
y ella a Su Alteza.
Duque. Yo sé
que lo que yo le conté
sabrá callar.
Lisar. ¿Qué es callar?
¿Cuál hombre calló jamás
secreto a quien quiso bien?
¿Sabe que te quiero bien? (2)
Duque. Sabe que en mi alma estás;
pero no le he referido
los favores que me has hecho.
Lisar. Don Juan tiene muy buen pecho,
pero quiere y es querido.
Mejor en Fabio o Riselo (3)
estos secretos están
que en don Juan, porque don Juan
tiene amor, y yo recelo. (4)
Duque. Mucho don Juan me parece
Lisarda, el que ahora nombras;

(1) «oyeron?», por errata.
(2) «que yo a ti también».
(3) «en Guisa o Borbón».
(4) «y es ocasión».

si dél, señora, te asombras,
muchas veces se te ofrece.
No le nombres.

LISAR. Pues, ¿por qué?

DUQUE. Porque dices que te enoja.

LISAR. Que lo diga me congoja.

DUQUE. No hará, que yo le hablaré. (1)
Deja, por tus ojos bellos,
de estar con ese temor,
que se correrá (2) mi amor
de que estés con pena en ellos.

LISAR. ¿Celos te ha dado don Juan?

DUQUE. ¿Vuelves a nombrarle?

LISAR. Yo...

DUQUE. Con más razón te agradó,
que es gentil hombre y galán.
Todo lo entiendo, Lisarda;
no en vano dándole cuenta
de mi amor...

LISAR. Señor, ¿qué intenta
tu celoso pecho? Aguarda.

DUQUE. ¿Qué quieres que aguarde?

LISAR. Pienso
que no ofendo tu valor
en tenerle algún amor,
porque él me lo tiene inmenso.
Mas después que yo he sabido
que me deseas, no he dado
paso alguno en mi cuidado
que pueda haberte ofendido.

DUQUE. No, Lisarda, para mí
no ha de haber humano engaño;
yo gusto del desengaño,
ya vuestro amor conocí. (3)
Y pues con cierta evidencia
he visto tu voluntad,
conózcase mi amistad:
venga don Juan a Florencia, (4)
que yo seré buen tercero
para que os caséis (5) los dos.

(1) «hablara», por errata.
(2) En el manuscrito «borrará», por errata.
(3) Esta redondilla, incompleta en el impreso, dice:

«No, Lisarda; para un rey
no ha de haber humano engaño,
que amor es rey de otra ley.»

(4) Esta otra dice en el impreso:

«Y pues en ella vivís,
no ofendas más mi lealtad;
los dos tenéis amistad,
venga Adrián a París.»

(5) «gocéis».

LISAR. Mil años te guarde Dios.

DUQUE. No sé si vivo o si muero. (1)

LISAR. Suplícote, gran señor,
pues tanto el serlo has mostrado
en reprimir mi cuidado,
por hacerme este favor,
que me case por tu mano.

DUQUE. Adiós, Lisarda.

LISAR. El te guarde.

(Entrase.).

DUQUE. Esto sí que es llegar tarde
para negociar temprano.

FABIO. ¿Quién duda que está rendida?

DUQUE. ¡Y cómo, si lo ha mostrado!
Caballos; ¡buen lance he echado!

FABIO. ¿Qué llevas?

DUQUE. Menos la vida, (2)
mala noche y lo demás.

FABIO. ¿Pues no te ha hecho favor?

DUQUE. Extraño rey es amor;
los grandes sujeta más. (3)

(Vanse y salen DON JUAN *y* LAURA.)

(1) «con gran razón el primero», dice también Lisarda, y sigue:

«porque ninguno pudiera
decir que lo fué por ti.
Ya que procedes ansí,
y tú quieres que le quiera,
te suplico que el amor
que dices que me has cobrado
prosigas en el cuidado
de hacerme aqueste favor.
Cáseme yo por tu mano»

(2) «¡Gentil venida!»

(3) Aquí intercala el impreso la siguiente escena, que se ha omitido en la copia manuscrita.

«*(Vanse, y salen* BORBÓN *y el* ALMIRANTE DE FRANCIA.)

BOR. Aquí dicen que ha estado aquesta noche:

ALM. Es famosa, Borbón, la casería.

BOR. Yo estuve en otra, donde estar pudiera
como en palacio el Rey.

ALM. Ricos serranos
tienen aquestos bosques y montañas.

BOR. ¡Ah de la casa! ¡Ah, huésped! No responden.

ALM. Cerrado todo. ¿Por qué causa? Acaso...

BOR. Será por los ganados y pastores
que se suelen entrar hasta las camas
de aquesta gente, sin pedir licencia.

TIRR. ¿Dónde está el Rey?

ALM. ¡Ah, labrador amigo!
¿Es esta casería la que el Rey tiene?

TIR. No, porque ella se tiene por sí misma.

BOR. Mira que hablas con el Almirante
de Francia.

D. JU. ¿Fuéronse ya los criados?
LAURA. Al punto que les dijeron
que lo mandabas, se fueron,

TIR. Yo no pienso que respondo
tan fuera de propósito hasta agora.
BOR. ¿Dónde está el Rey?
TIR. Aquí dicen que duerme
y no se ha levantado, que es temprano.
Oí decir a un viejo algunas veces,
que no daba el reloj para los príncipes,
que ellos no están sujetos a las horas,
ni temen el invierno ni el verano,
porque no sienten el calor ni el frío.
LAU. ¿Qué es lo que buscan estos caballeros?
TIR. Laura, a su Rey.
ALM. Hermosa labradora...
LAU. ¿Qué has dicho? *(A Tirreno.)*
TIR. Que está aquí.
LAU. Muy bien has [hecho;
y si los reyes obligados quedan
más que los otros hombres, aunque nobles,
a cumplir la palabra, gran ventura
esta noche ha venido por nosotros.
TIR. Habráte prometido casamiento.
LAU. Merced me ha hecho y su palabra me ha [dado.
TIR. Di adelante.
LAU. No son cosas
para comunicarlas tan apriesa.
FUL. El Rey os manda a todos, caballeros,
que le esperéis en el camino juntos,
y que ninguno en esta puerta quede.
ALM. ¿Qué secreto es aqueste?
BOR. No lo entiendo.
Vamos donde quedan los caballeros *(sic)*;
que al Rey, en ausencia y en presencia,
la respuesta mejor es la obediencia.
TIR. ¿Por qué no quiere el Rey que éstos le vean?
FUL. Alguna causa habrá, pues él no gusta.
Yo, Tirreno, estoy loco.
TIR. ¿De qué suerte?
FUL. No sé qué he visto en Laura.
TIR. Estás caduco.
FULG. ¡Pluguiera a Dios, Tirreño! *(sic)*
que éste fuera defeto de los años
y no defeto del honor que digo.
TIR. ¡Qué propio es el temor en blancas canas!
FUL. Habita siempre en nieve, y deso nace
ser el temor tan fiero, pues de serlo
verás que siempre tiembla el que le tiene.
TIR. Disimulemos, padre, que el Rey viene.
ADR. ¿Fuéronse los caballeros?
FUL. Todos quedan es- [perando.»

Vuelve ahora al texto, donde dice:

D. JU. ¿Laura?
LAURA. Señor.
D. JU. Contemplando *(etc.)*.
que son todos bien mandados. (1)
D. JU. ¿Laura?
LAURA. Señor...
D. JUAN. Contemplando
tu belleza y mi ventura,
no la tengo por segura,
aun cuando la estoy gozando.
Mas sufrir aquesta ausencia. (2)
LAURA. Pena me da que la nombres:
¿has de hacer lo que otros hombres,
siendo mayor tu excelencia?
D. JU. Moriré de amor sin ti;
advierte que me has de ver.

(Sale el DUQUE *solo.)*

DUQUE. Por aquí debe de ser.
Don Juan, ¿tú estabas aquí?
LAURA. ¿Cómo don Juan?
D. JU. Gran señor,
¿cómo vienes?
LAURA. ¡Ah, traidor!
DUQUE. Basta, que a casarte fuí.
D. JU. ¿A casarme? ¿De qué modo?
DUQUE. Hablé a Lisarda; y de suerte
te quiere bien, que me advierte
con gran libertad de todo.
Yo vengo determinado
a que te cases con ella.
D. JU. Después, gran señor, que della
favor habrás alcanzado, (3)
no lo estimo por favor
de Lisarda, aunque lo es tuyo;
que no seré Apeles suyo,
puesto que la tengo amor.
DUQUE. No te doy prenda que quiero,
pues tú no me la has pedido;
menos (4) Alejandro he sido,
si (5) hacella Campaspe espero.
Con ella hablé, de ella sé
su amor, aunque con mi daño; (6)
y con este desengaño
mi pretensión acabé.
Ella será tu mujer.

---

(1) Estos cuatro versos anteriores y la acotación que los precede faltan, como se comprende, en el impreso.

(2) Estos cuatro versos dicen en el impreso:

«esos divinos luceros,
pienso sufrir esta ausencia.»

(3) «habrá tu Alteza logrado.»
(4) «ni en esto».
(5) «ni»
(6) «que te tiene amor extraño.»

D. JU. Antes me daré la muerte. *(Aparte)*,
DUQUE. ¿Qué dices?
D. JU. Que de esa suerte
bien te puedo obedecer.
DUQUE. ¿Hanme buscado?
D. JU. Señor,
todos a verte han venido;
mas siempre estuve escondido.
DUQUE. Sígueme.
(Vase.)
LAURA. Escucha, traidor.
D. JU. Laura, con el Duque voy; (1)
búscame, que para ti
Duque soy, pues noble fuí. (2)
(Vase.) (3)
LAURA. De mármol pienso que soy. (4)
¿Qué tempestad es ésta que me embiste
sólo por ver un libro enamorado?
No hay capítulo en él que no he pasado,
por mi desdicha, en esta noche triste.
Presto segunda parte compusiste,
fortuna, de mi loco amor burlado:
amaste, Laura, a un hombre imaginado;
tu honor perdiste, Laura, mujer fuiste.
Mas yo, para vengarme de este daño,
en forma de hombre iré a París, de suerte
que se extienda mi nombre en reino extraño.
Hombres, en hombre Laura se convierte;
sirena quiero ser de vuestro engaño,
que comienza en mujer y acaba en muerte.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

(1) «Laura, yo voy con el Rey».
(2) «Rey soy, pues noble nací».
(3) Aquí intercala el impreso este pasaje:
LAU. «Eres hombre a ..... *(roto)*
reviento, pero es ..... *(roto)*
callar.
ADR. Fulgencio y Tirreno:
no ha sido este engaño ajeno
de agradecimiento honroso.
Al Rey le importa, y ansí
dice que a la corte vais,
donde galardón tengáis.
FUL. ¿Luego aquél es el Rey?
ADR. Sí.
FUL. ¿Qué es esto?
TIR. Yo no lo sé;
embustes de cortesanos.
FUL. Besarle quiero las manos.
TIR. Bien dices, contigo iré.
(Vanse FULGENCIO *y* TIRRENO.)
(4) Falta este verso en el impreso.

SEGUNDA JORNADA

DE PEDRO DE URDEMALAS

(Salen FABRICIO *y* LEONIDO, *estudiantes, de camino.)*

LEO. Si habemos de llegar tarde
a Polonia y no podemos;
parad aquí nos quedemos
Fabricio, así Dios os guarde.
Que fuera de que esta venta
tiene regalo y hay cama,
la moza prolija es (1) llama.
FABR. ¿Qué, en fin, la moza os contenta?
Vos sois gentil humanista.
LEO. Es flaqueza de estudiante.
FABR. No fué de *Musa* adelante, (2)
alto seguid la conquista.
Pero sepamos primero
del huésped, si habrá recado,
Por lo que éste se ha quedado,
quedarme en la venta quiero;
que la moza es extremada,
y de lindo talle y brío.
(Aparte. Sale el VENTERO.)
VENT. ¿Ah, huésped? Patrono mío.
FAB. ¿Tendremos buena (3) posada,
que nos queremos quedar
yo y mi camarada aquí?
¿Habrá cama?
VENT. Señor, sí;
y no habrá mal que cenar,
que han llegado en este punto
perdices, y hay dos conejos.
LEO. ¿Ropa limpia?
VENT. Como espejos.
Pues por eso lo pregunto (4).
VENT. Es notable diligencia
la desta casa en razón,
de dos personas que son
el mismo viento en mi ausencia.
Mi hija es famosa pieza,
y otro mozuelo atrevido
que más de un mes me ha servido (5)
con notable ligereza.
¡Hola, Pedro; hola, Perico!

(1) «la moza al momento».
(2) «de moza delante», por errata.
(3) «luego».
(4) Falta lo demás del verso porque el encuadernador ha cortado el primero y el último verso de cada plana. Suplido por el impreso.
(5) «ese mozuelo francés
que habrá que me sirve un mes».

(Sale LAURA, *de villano.)* (1)

LAUR. ¡Dalle al nombre!
VENT. ¡Hola, muchacha!
LAU. ¿No se os quitará esa tacha?
¿Hubisteisme en Puerto Rico? (2)
¿Soy por dicha (3) papagayo?
VENT. Mira qué quieren aquí.
(Vase.)
LAU. ¿Quédanse esta noche?
FABR. Sí.
LAU. Huélgome, juro a mi sayo;
porque habemos a jugar
ciertas monedas.
LEO. Pues ¿tienes
naipes?
LAU. ¡Qué despacio vienes!
¿En venta pueden faltar?
LEO. Oyeme aparte.
LAU. Apostemos
que sé lo que me queréis.
LEO. ¿Cómo?
LAU. Echado el ojo habéis
a la moza que tenemos.
LEO. Debes de ser adivino.
LAU. ¿Qué me daréis y os pondré
en su aposento?
LEO. No sé.
LAU. No seáis conmigo mezquino.
LEO. Fía de mí el galardón
LAU. Par Dios, hermano escolar, (4)
que no me pienso fiar
de nadie.
LEO. ¿Por qué razón?
LAU. Requiere mi historia espacio;
fuera de que es de ignorantes
el fiarse de estudiantes
y de gente de Palacio.
LEO. Ponme esta noche en lugar
donde la hable, (5) y te daré
este doblón.
LAU. Yo lo haré;
pero daos prisa a cenar;
porque os recojáis los dos,
y entre tanto, en la cocina,
la podréis ver, (6) que es mohina
como mula.

(1) «*con polainas, sayo y montera*».
(2) «roto», por errata.
(3) En el ms. «hola», por errata.
(4) Suplido este verso por el impreso.
(5) «que la goce».
(6) «dalda un tiento».

LEO. Voy.
(Vase.)
LAU. Adiós.
FABR. ¿Pedro?
LAU. Señor.
FABR. ¿Cuánto va
que sé lo que te ha rogado?
LAUR. ¿Mas, qué le habéis envidiado?
FAB. El alma me has visto ya.
Desdichado fuí en no haber
llegado primero a hablarte.
LAU. Pues como vos queráis parte...
FABR. Demonio debes de ser.
LAU. Venid, en cenando, aquí,
que yo os pondré en su aposento;
pero entrad con grande tiento.
FAB. ¿Es aquel de enfrente?
LAU. Sí. (1)
Pero tened discreción,
no os sienta ese mentecato.
FAB. Yo voy.
(Vase.)
LAU. ¡Qué aprisa que trato
mi desdicha y perdición (2).
¿Soy yo Laura? ¿Soy yo aquella
que por la desdicha mía
pensé que del sol podría
ir al lado, como estrella?
¿Yo soy Laura? ¿Yo he venido
de un hombre cruel burlada
a tanto mal, desterrada
de mi casa y patrio nido?
¿Yo dejé a Florencia? (3) ¿Yo
dejé a mi padre y hermano,
buscando remedio en vano?
¡Ah, cielos!, ¿quién me engañó?
¿Quién me engañó?, dije bien;
eso dudo que fué un hombre,
que apenas le supe el nombre.
(Sale CLARA.)
CLAR. Sentarse pueden también,
que todo está aderezado.
LAU. ¿Clara?
CLAR. ¿Pedro?

(1) Estos dos versos dicen en el impreso:
«pero entrad a darla tiento.
FAB. ¿Está en la cocina?
LAU. Sí».
(2) «y perdición» fué suplido por el impreso, pues falta en el ms.
(3) «Yo salí de Francia».

LAU. ¿Dónde?
CLAR. A verte, (1)
que eres mi vida y mi muerte,
mi mal y mi bien cifrado.
LAU. Si como muero por ti,
tú por mí, ya en esta venta
hubiéramos hecho cuenta.
CLA. Pues, ¿habrá valor en ti
para que juntos nos vamos?
LAU. ¡Mal conoces lo que soy!
CLA. Yo, Pedro, en tu mano estoy.
LAU. Pues, Clara, ¿para qué estamos
sufriendo gente importuna?
Coge esta noche tu ropa;
y pues da el viento en la popa,
sigamos nuestra fortuna.
Las dos mulas que han traído
aquestos dos licenciados (2)
son navíos extremados;
el viejo estará dormido;
y a los dos, yo los pondré
esperándote al sereno,
que les ha dado veneno
tu vista.
CLA. Pues yo entraré
a donde tiene el dinero
mi padre.
LAU. Lo bien ganado
luce: péscalo y pescado (3)
vente conmigo, que quiero
dar en bravo y matachín.
CLA. Voyme Pedro; mas quisiera
que tu amor su fe me diera
de ser para honesto fin.
LAU. Y tan honesto será,
que te pese de su extremo.
CLAR. Aguárdame aquí.
(Vase.)
LAU. ¿Qué temo?
Echada la suerte está.
Burlóme un hombre, y yo tengo
de hacer mal a cuantos pueda;
bueno este principio queda,
si a salir con el fin vengo.

(1) En el ms. dicen estos dos versos:
«que todo estará asado.
LAU. ¿Clara?
CLAR. ¿Pedro?
LAU. ¿Dónde vas?
CLAR. A verte».
(2) Verso suplido por el impreso.
(3) «péscalo, y, sacado,»

Al huésped quito el dinero
y la hija; a estos letrados
sus mulas, que a sus cuidados
dará socorro el ventero.
Porque, por Dios, que han de en
entrambos en su aposento, [trar
quiero entrar, y con gran tiento
las dos mulas ensillar. (1)
(Vase.)
(Vase y salen FULGENCIO *y* TIRRENO.)
TIRR. Pues no ha vuelto en tantos días
¿qué sirve esperarla más?
FUL. ¡Qué vanos consejos das,
Tirreno, a las ansias mías!
Hoy vendrá, vendrá mañana;
hoy pasa y mañana llega,
y entre estas dudas se anega
mi loca esperanza vana.
No lo dudéis, algún hombre
se la llevó.
TIRR. Si eso fuera,
señas en Florencia hubiera
de su talle y de su nombre;
mas con tantas diligencias,
bien sabéis que no se ha hallado.
TUR. Pienso que la habrá engañado
el deseo de las ciencias.
Las letras desvanecieron
su ingenio; yo apostaré
que a ver mil cosas se fué
que los libros le dijeron.
No lo dudéis; en alguna
Universidad está.
TIRR. ¿Pues qué ha de hacer?
TUR. Seguirá
la fuerza de su fortuna,
irá tras su inclinación.
TIRR ¿Veis, padre, cuán mejor fuera
que Laura el campo siguiera
y no aquella presunción?
A la fe, padre, que agora
se ve que es arrestamiento (2)
el seguir su nacimiento
quien las asperezas mora.
El cielo con un compás,
puso un círculo a la vida (3)

(1) Aquí el impreso intercala estos tres versos:
«Dame, fortuna, tus alas,
que me han de llamar por ellas,
desde hoy, Pedro de Urdemalas».
(2) «acertamiento».
(3) Verso suplido por el impreso.

cada cual, nadie pida
más, ni quiera saber más.

TUR. Deja de dar aflicción,
Tirreno, a los afligidos,
que no es en bienes perdidos
consuelo la reprensión.
Mejor será que los dos
vamos a buscar a Laura.

FUL. Tirreno, mi mal restaura;
duélate mi mal, por Dios;
Laura es luz de aquestos ojos,
Laura el oro destas canas;
deja con palabras vanas
de darme sin Laura enojos.
Pues te acompaña Turino,
dineros os quiero dar,
para que podáis gastar
en este incierto camino.
Animo, con la esperanza
de que la busca mi vida.

TIRR. Pues que de Laura perdida
no menos parte me alcanza,
vos veréis en esta empresa
para lo que soy.

FUL. El cielo
te guarde y me dé consuelo.

TUR. De llorar Fulgencio cesa,
que tendrás lo que perdiste.

FUL. Eso podrá sustentarme.

TIRR. ¡Ay, Laura! Fingiste amarme,
pues sin ocasión (1) te fuiste.

(Vanse. Sale LAURA, *de rufián, y* CLARA.)

LAU. Hasta casarme contigo,
Clara, no he de ser más hombre.

CLA. Ganarás de honrado el nombre,
mas no de ser hombre amigo.
Yo de un hombre despejado
y brioso como tú,
no creyera tal. ¡Jesú!,
¡qué melindroso has estado!
¿Cama aparte? Pues, bien mío,
una misma, (2) ¿qué importara?
Las sospechas de tu cara
hoy apelan a tu brío;
que si no, por esos ojos
que dijera... (3) mas no quiero
decírtelo.

(1) En el ms. «siendo hermana», por errata.
(2) Suplida la mitad del verso por el impreso, así como el que sigue.
(3) «que creyera...»

LAU. Considero,
Clara hermosa, tus enojos.
Pero no tienes razón,
y esta noche lo verás,
pues sin las bodas me das
para gozarte ocasión. (1)

CLA. Por mi vida, Pedro, ¿tienes
algún defecto?

LAU. ¿Yo?

CLA. Sí.

LAU. Pues, ¿qué has visto, Clara, en mí,
que con tal sospecha vienes?
¡Pese a la opinión, amén!
¿Vesme hundir de una patada
el suelo y batir la espada
como un Rodamonte?

CLA. Bien.

LAU. Vesme de mirar no más,
matar bravos, y en efeto
tenerte el mundo respeto
porque en mi poder estás.
Vesme, al calar el tejado
(ya entenderás que el sombrero),
volver la espalda el más fiero (2)
y tiembla el más arrojado,
¿y pones duda?

CLA. Mis ojos:
no haya más, hagamos paces.

LAU. ¡Vive Dios, que si me haces...!

CLA. Ea, no haya más enojos.

LAU. La cólera me revienta;
no me hagas que te dé,
Clarilla, algún puntapié
con que te vuelva a la venta.

CLA. Amores, ya se acabó.

LAU. Con los hombres de mi modo
¡sopilfera!

CLA. Furia es todo (3)

LAU. ¿Sabes qué Pedro soy yo,
que es mejor una pedrada
que dar un enojo a Pedro?

CLA. Pedro, con vos poco medro.

LAU. Bien puede decir que nada.
Darla quiero una instrucción
de su modo de vivir.

(1) Aquí el impreso intercala estos cuatro versos:

«CLAR. La mujer y la hermosura
córrese y queda burlada
cuando puede ser gozada
y el que ama no procura».

(2) «vuelve a espaldas el guerrero», por errata o error
(3) Suplido este verso por el impreso.

CLA. Lo que tardas en decir,
detengo la ejecución.
LAU. Primeramente, ha de ser
muy limpia y poco importuna,
y jamás a cosa alguna
ha de osarme responder.
Aunque se seque, jamás
ha de decir «esto quiero»,
si no mirarme primero,
y si la entiendo no más.
Desmayarse, ni por lumbre,
aunque vea mil espadas;
por lo que es dos bofetadas,
no ha de mostrar pesadumbre.
Por tres, alzará la cara;
por cuatro, hará un pucherico;
por cinco, llore tantico,
que a seis nunca llego, Clara,
si no es con mucha ocasión.
CLA. Más hombre vienes a ser,
que te había menester.
¿Falta más de la instrucción?
LAU. Celos, son pueblos en Francia;
ésos no me ha de pedir,
aunque se viese morir.
CLA. Esa es lición de importancia;
que no puede haber mujer
sin celos, porque es estar
sin aire el mundo.
LAU. El callar
entre en el no responder.
Lo que es hablarme de riña
no ha de tocarme esa pieza,
que le abriré la cabeza.
CLA. ¡Qué buena ropa y basquiña!
LAU. No ha de escribirme jamás
requiebros de nota ajena,
porque me dan mucha pena,
sino ella diga, y no más.
Lo que es delante de mí
no hablará jamás secreto,
ni de galán o discreto
ha de alabar más que a mí.
Cada día me ha de dar
ropa limpia en cama y mesa
y persona.
CLA. De hablar cesa.
(Entra LIDIO, *la* JUSTICIA *y* ESCRIBANO.)
LIDI. Hoy los he visto llegar.
JUS. Y es gente de mala traza.
LID. Quedo, que aquí están.
JUS. ¿Qué gente?
LAU. ¡Bueno para de repente!
Gran desdicha me amenaza.
Señor: marido y mujer.
JUS. ¿Forasteros?
LAU. Sí, señor.
JUS. Descubran.
LAU. Menos rigor.
JUS. Quedito.
LAU. ¿Qué quiere ver?
JUS. Si es más de marca esta espada.
LAU. Mídala y sabrálo.
JUS. Diga:
¿adónde va con su amiga?
LAU. Mira que es mujer honrada
JUS. ¿Honrada, dice el rufián? (1)
ESCR. ¿Qué carta de casamiento
trae, galán?
LAU. Traeránle ciento.
JUS. ¿Saben en qué tierra están?
ESCR. ¡Ea, pues, mostrar la carta!
LAU. Hoy llegará con la ropa.
JUS. Pues si en eso no más topa,
de aviso un amigo parta;
y, entretanto, se estarán
a la sombra.
LAU. Eso no es justo.
Tomen eso con que gusto
de servirlos.
JUS. El rufián,
¿sabe que soy hombre honrado?
LAU. Vos sois muy hombre de bien,
y se prueba en ver que os den
y que no lo habéis tomado. (2)
JUS. Vaya y calle.
LAU. Callarán,
que no nos han de comer.
JUS. ¿Vos sois mujer?
CLA. Soy mujer.
JUS. ¿Este es marido o galán?
CLA. ¡Ay de mí!
JUS. No os aflijáis,
que por ese talle haré
lo que veréis.
LAU. ¡Bien, a fe!:
o prendéis o enamoráis.
(Saca la espada a uno y acuchillalos; éntrase. Salen el DUQUE *y* DON JUAN.)
DUQ. ¿Pues tú respondes así
a lo que es mi voluntad?

(1) Suplido por el impreso este verso.
(2) El impreso da así estos dos versos:
«mas éstos lo son también
y alguna vez lo han tomado».

D. Ju. Bien sabe aquesta verdad: (1)
que tu gusto es ley en mí.
Bien sabe de mi obediencia, (2)
de mi amor, de mi temor,
que a no ser competidor
era en favor la sentencia.
Mas habiendo tantos días
querido bien a Lisarda,
el mismo amor me acobarda,
tiemblan las sospechas mías,
y estos con varios recelos
me obligan a resistir.

Duq. Acábalo de decir;
di, don Juan, que tienes celos.

D. Ju. Señor, el que está celoso,
entre verdad y sospecha,
con secreto se aprovecha
del desengaño amoroso.
Desde que me declaraste
tu amor, el mío cesó;
pues, ¿para qué quiero yo
a quien (3) dejar obligaste?

Duq. Ahora bien: ¿dudas en eso,
sin dar crédito a quién soy? (4)

D. Ju. Crédito, señor, te doy;
sí, por la fe que profeso;
que es muy justo que te crea;
pero la mujer, señor,
no es presente de valor
para quien no lo desea.
Si ya no la quieres (5) bien,
antes me quitas que das.

Duq. No hablemos en eso más;
pero has de advertir también
que pues que tú no la quieres,
siendo tan hermosa y bella,
quiero volver a querella;
y que si ocasión me dieres
de celos, sabré tomar
debida satisfacción.

D. Ju. Si yo te diere ocasión,
tú me podras castigar

(Sale Lisarda.)

Lisarda. A buena ocasión llegué. (6)
De mi padre, cuidadoso (1)
de mi remedio, señor,
es esta carta.

Duq. ¡Ah, Lisarda!,
¡Ah, don Juan, aparte aguarda.

D. Ju. Muero entre amor y temor.

Lisar. Triste, don Juan, ¿qué es aquesto?
No me ha mirado ni mueve
los ojos; o no se atreve,
o el Duque es la causa desto.
Grande mal temo.

Duq. Lisarda,
tu padre me escribe aquí
que te case, y que de mí
tu bien y remedio aguarda.
¿Hasle tú escrito en razón
de don Juan alguna cosa?

Lis. ¿Pues no era, señor, forzosa
a tan justa obligación?

Duq. Mal has hecho.

Lis. ¿De qué modo?

Duq. No tiene gusto don Juan.

Lis. Señor, si ocasión le dan,
estará remiso en todo.

Duq. ¿Ocasión, quién?

Lis. Vuestra Alteza.

Duq. ¿Yo?

Lis. Pues ¿qué puede tener? (2)
¿No puedo ser su mujer,
por hacienda y por nobleza,
polos en que suele andar
y moverse el casamiento?

Duq. No entiendo tu pensamiento.

Lis. Malo está de adivinar.
Tú le habrás, señor, mandado
que diga que no.

Duq. Si fuera
mi gusto, ocasión hubiera
para no tener cuidado.
Pero túvele del tuyo,
y por dártele perdí
mi gusto; mas él por ti
no quiere perder el suyo,
que le debe de tener,
por ventura, en otra dama,
pues celoso de la fama (3)
ni te quiere por mujer.
Yo le he dicho que de mí
es vano y loco temor;

(1) «Su majestad».
(2) Verso suplido por el impreso.
(3) «lo que a».
(4) Estos dos versos en el impreso dicen:

«Ahora bien: tú das en eso,
sin dar crédito a quien soy».

(5) «quiero».
(6) Verso suplido por el impreso.

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.
(2) El ms. dice «ser?»
(3) Verso suplido por el impreso.

pero no te tiene amor
y está celoso de ti.
Licencia me ha dado ya
para que te sirva yo.

LIS. Si él la licencia te dió,
necio y no celoso está.
Pero no será razón
que ponga culpa don Juan
de que mis prendas no están
en justa satisfacción.
Tú con él concertarías
que celoso se fingiese
y que esta respuesta diese
a las pretensiones mías,
nacidas más de su amor
que de faltar quien pretenda,
quien de un rey puede ser prenda
y no estime (1) su valor.

(Vase.)

DUQ. Lisarda, Lisarda, advierte...
Fuése. ¿Qué es esto, don Juan?

D. JU. Todos la culpa me dan;
hoy no se excusa mi muerte.

DUQ. ¿Habéis los dos concertado
esta burla contra mí?

D. JU. Dirás también que yo fuí
en este desdén culpado.

DUQ. Pues ¿cómo me respondiera
con tal libertad, Lisarda?

D. JU. Si se ve amada y gallarda
y amante te considera,
¿qué mucho te haga desdenes,
cosa tan propia en mujer?

DUQ. Más causa debe de haber
de que tú la culpa tienes. (2)
Demos en aquesto un medio,
yo lo he pensado, don Juan
con que mis penas tendrán (3)
alivio, sino remedio.
Yo quiero casarte, mira
quién en la corte te agrada.

D. JU. Tu voluntad, abrasada
en este desdén, (4) me admira.

(1) «no estimó».
(2) En el impreso dice esta redondilla:

«¿qué mucho que te haga tiros,
cosa tan propia en mujer?
REY. ¿Qué mal le podrán hacer
en su nieve mis suspiros?»

(3) Verso suplido por el impreso.
(4) «deste vil desdén».

DUQ. No repliques, que yo sé
que casado ha de olvidarte.

D. JU. No tengo qué replicarte:
dame término.

DUQ. Sí haré;
pero escoge en breve.

D. JU. ¡Ah, cielos!

DUQ. En un mes te has de casar.

D. JU. Amor, ¿en qué han de parar
tantas desdichas y celos?

(Vanse y sale LAURA *de mozo de ciego y* RAMÓN *de ciego.)*

RAM. Mira que no vamos bien.

LAU. Muy bien vamos.

RAM. No he tenido
muchacho tan atrevido.

LAU. Y aun desdichado también.
Entre todas las fortunas
que desde el día corrí
que de mi tierra salí,
que pienso que han sido algunas,
ninguna he sentido más
que haber llegado a servirte.

RAM. Ni yo mayor que en sufrirte:
muy necio, Perico, estás (1)
Esta vida de los dos
no se puede encarecer.

LAU. Esta vida, ¿puede ser
de gusto? ¡Fuego de Dios!

RAM. Di, necio, ¿no me dijiste
que de la cárcel salías
y caminando venías
roto, desdichado y triste,
desde Italia a esta ciudad,
que es de las buenas de Europa,
donde te fío mi ropa,
mi hacienda y esta amistad,
a servirme te ha obligado?

LAU. Es verdad; pero el oficio
es el más vil ejercicio
que me pudo dar mi hado. (2)

RAM. ¡Por San Hilario!, Perico,
que vives muy engañado;

(1) Suplido el verso por el impreso.
(2) En el impreso estos siete versos dicen:

«que es de las buenas de Francia,
donde mi trato y ganancia
y el hacerte yo amistad
te obligaron a servirme?
LAU. Es verdad; pero este oficio
es el más fiero ejercicio
a que puede reducirme».

que el oficio que has tomado
es muy noble, aunque no es rico.
¿Quieres ver qué oficio tienes?

LAU. ¿Cómo?

RAM. De ángel.

LAU. ¿De ángel?

RAM. Sí..
¿No guían?

LAU. Dícenlo ansí.

RAM. Pues tú guiándome vienes (1).

LAU. ¡Bien a fe!

RAM. No refunfuñes;
porque de ordinario gruñes,
queriéndote como a hijo.
¿Piensas tú que otros oficios
que contaré son mejores?
Oye, por que no lo ignores,
lo que hay en los ejercicios.
De todos tengo noticia
y se quedan mil enojos,
y aunque me viera con ojos
no les tuviera codicia. (2)
Considérate sentado
con un sastre mentiroso,
él cortando y tú, sarnoso,
cosiendo el paño cortado.
Que seas sastre no lo apruebo;
porque sin tener empacho,
te dirá cualquier muchacho
lo que pasó con el huevo. (3)
Considera un zapatero,
que por contar el reloj,
te derriba con un boj.
Aquel estirar el (4) cuero;
Aquel coser a dos cabos;
aquel tirar del cerote,
el calzar al marquesote
y el trabajar como esclavos (5)
es malo, y sin querer guerra
con ninguno del lugar,

(1) Falta el verso siguiente, que sería el primero de otra redondilla.
(2) En el impreso faltan los once versos anteriores.
(3) En el impreso faltan los cuatro versos anteriores.
(4) «retirar del».
(5) Estos cuatro versos son del impreso. El ms. decía en este lugar:

«aquel sufrir el garrote,
aquel.....abos,
aquel coser a dos cabos».

Y también falta el cuarto verso, que sería el segundo de la redondilla del texto.

te han de decir, por hablar,
a voces: «daca la perra».
Considera un albañir.
«Toma yeso, daca yeso.
¿Quiere cascote, maeso?»
Agua, arena, ir y venir.
Estar siempre al sol, al hielo;
y tras tanto madrugar,
sin ser ángeles volar
desde un andamio al suelo;
donde escapa el despeñado,
ya que no ha quedado muerto,
un brazo quebrado, tuerto,
pernicojo y derrengado. (1)
Pues si un herrero imaginas,
¡terrible cosa es, por Dios!,
que se levante a las dos
a despertar las gallinas.
Y en el rigor del verano,
se abrase como un hereje,
dando al yunque, sin que deje
el martillo de la mano (2)
quién ha de poder sufrir
a cualquier pulga el decir
el herrero que echa chispas. (3)
Pues advierte un pastelero,
de la manera que anda
haciendo la zarabanda
con la masa en el tablero.
Mas no te quiero cansar,
sino que entiendas que has sido
dichoso en haber tenido
este oficio de guiar.
Los ojos en los despojos
del cuerpo, es lo principal;
pues, ¿dónde habrá oficio igual?
¿No ves que me sirves de ojos?
Está, Pedro, más atento,
pues tienes tan noble oficio,
que es pasear tu ejercicio
y andarte papando viento.
Niño, acude a mi reclamo;
medrarás como yo medro
y con esto serás, Pedro,
tan bueno como tu amo. (4)

LAU. ¿No ves que soy bien nacido?

RAM. Pareces de buena parte;

(1) Estos cuatro versos anteriores faltan en el impreso.
(2) Falta el verso que sigue.
(3) Faltan estos tres versos en el impreso.
(4) Faltan en el impreso estos cuatro versos.

llega, que quiero tentarte; (1)
bonito me has parecido.
Si sales hombre de bien,
yo te cegaré, Perico;
que estoy rico, y serás rico
si yo te enseño también.
Soy poeta de obra gruesa;
hago en verso lo que rezo;
canto y alargo el pescuezo
sobre la más alta mesa.
Imprimo coplas de cuentos
del diablo y de mil mentiras;
ando el mundo como miras
con aquestos fingimientos.
Como bien, bebo mejor
y tengo gentil dinero.

LAU. Digo que ser ciego quiero.

RAM. ¿No pintan ciego al Amor,
al juego y a la fotruna,
al deleite y juventud?
Pues un ciego con salud,
¿por qué ha de temer alguna? (2)

LAU. Tienes razón; ya has llegado
adonde sueles rezar.

RAM. Déjame aquí comenzar,
y retírate a este lado.

LAU. Siempre este ciego avariento
se alaba de su ganancia,
y sería de importancia
darle a la talega un tiento (3)
Por este lado quedito,
mientras reza, se la pego.

(Dentro, una MUJER.)

MUJ. Señora, ya viene el ciego.

RAM. Angel sagrado y bendito,
que contra el fiero Luzbel
luego que criado fuiste,
con armas blancas saliste
de la escuadra de Miguel.
De aquel mismo y sus vestiglos
nos libre tu santa espada.
¿Qué es eso, Pedro?

LAU. No es nada.

RAM. Por los siglos de los siglos,
amén. Páter nóster.

LAU. Bien.
¿Ya has rezado?

RAM. Ya he rezado.

(1) Completado el verso por el impreso; faltaban las dos últimas palabras.
(2) «ninguna?»
(3) Suplido el verso por el impreso.

LAU. ¿Pues cómo?; no has comenzado
cuando ya dices amén.

RAM. Pues si no dejara nada,
¿dónde cabeza tuviera?

LAU. Prosigue.

RAM. A aquel lado espera.
Ave, Paloma sagrada;
ave, intacta Virgen pura;
ave, Fénix soberana;
ave, hija de Santa Ana;
ave, celeste criatura; (1)
ave, Rosa del Rosal;
ave, Vara de Jesé.

LAU. Mucho siente, no podré.

RAM. Ave y líbranos de mal.
Amén, Páter nóster.

LAU. Cierto,
que lo cifras lindamente.

RAM. Hazte allá, Pedro...

LAU. El lo siente.

RAM. Que me das calor te advierto.
San Sebastián fué nacido
de padres muy caballeros...

LAU. Tiene bravos cerraderos
y muy abierto el sentido.

RAM. Mandáronle asaetear,
por defensor de la fe... *(Tira un palo)*

LAU. Palos tiras, pues ¿por qué?

RAM. Hay moscas, quiero ojear.
Tiráronle unos virotes
aquellos sayones duros...

LAU. Todos estamos seguros;
tú reza y no te alborotes.

RAM. Defiende, bendito santo,
esta talega de peste.

LAU. ¿Este es ciego? Diablo es éste.

RAM. Pedro, si me aprietas tanto,
veré, porque tengo vista,
y dejaré de ser ciego.

LAU. ¡Milagro!

RAM. Milagro griego (2)
¿No quieres tú que resista (3)
mi talega y mi dinero?

LAU. ¿Eres bisojo?

RAM. ¡Pues no!

LAU. ¿Ves?

RAM. Como tú.

LAU. ¿Como yo?

RAM. Pedro, si eres cicatero,

(1) Falta en el impreso este verso.
(2) «niego».
(3) Suplido por el impreso.

¿qué sirve dar a un pobreto
tiento a la bolsa?

LAU. ¡Jesú!
¿Que ves también?

RAM. Sí.

LAU. ¿Qué tú
te finges ciego, en efeto?

RAM. Para ganar de comer,
la industria, Pedro, me ciega;
mas para ver mi talega,
Pedro, soy un lince en ver.
Y como tú has aprendido
a ser ladrón, yo a ser ciego.

LAU. Que he sido ladrón te niego;
porque soy muy bien nacido;
sino que te quise dar
tiento al oro, que sospecho
que tienes.

RAM. Por tu provecho
lo debiste de intentar.

LAU. Ven acá; ya que vivías
de industria, ¿no era mejor
otro modo, y no el peor
de cuantos hallar podías?
Con ese talle mendigas (1)
y andas infame a la sopa.

RAM. ¿Sabes tú lo que esta ropa
cubre?

LAU. Escucha y no prosigas.
Yo te he calado el humor.

RAM. De melón debe de ser.

LAU. Yo te quiero enriquecer,
si eres hombre de valor.

RAM. ¿Cómo?

LAU. Ponme en esta cara
un clavo y véndeme.

RAM. ¿A quién?

LAU. A quien me comprare,

RAM. ¿Y bien?

LAU. Oye.

RAM. Lo demás declara.

LAU. Iráste a alguna ciudad,
en recibiendo el dinero,
donde esperarás.

RAM. Ya espero
el fin de tu libertad. (2)

LAU. Dentro de ocho días no más
contigo estaré.

RAM. Ya entiendo.

(1) Suplido del impreso.
(2) En el ms. «voluntad».

LAU. Y de nuevo me vendiendo, (1)
nuevo dinero tendrás.
De esta suerte, en pocos días
ganarás dos mil ducados.

RAM. ¿De qué gitanos taimados
aprendiste tropelías?
Vamos que a Merlín igualas

LAU. ¡Mal sabes tú con quién vas! (2)

RAM. Pedro, ¿eres diablo?

LAU. Y aún más.

RAM. ¿Cómo?

LAU. Pedro de Urdemalas.

(Vanse y salen RICARDO, CLARA *y* LUCRECIO.*)*

CLARA.

Estoy de tal manera agradecida
de tu valor, Ricardo, que haré poco (3)
hacerte dueño eterno de mi vida.

RICARDO.

Si tus favores no me vuelven loco,
no soy cuerdo ni tengo sentimiento
cuando parece que tus manos toco.
A Milán vine, Clara, con intento,
desde Florencia, donde nací y vivo, (4)
de concertar un noble casamiento.
Soy mercader, y como del recibo
de ciertas cajas mala cuenta diese,
por ser el precio de ellas excesivo,
cierto correspondiente y estuviese
preso por ello, entré en la cárcel, Clara,
a donde quiso el cielo que te viese.
El cielo y la belleza de tu cara,
juntos con la piedad de tu fortuna,
viendo en tanta tiniebla luz tan clara,
me inclinaron a ver si en parte alguna
podía yo, podían el oro y ruego, (5)
que al fin aquél alcanza, éste importuna,
dar a tu libertad algún sosiego
y quiso el cielo, amor y tu belleza
que el ruego y tu piedad le hallasen luego (6)

(1) En el impreso, estos dos versos, dicen:
«contigo estaré.
RAM. Ya entrevo.
LAU. Y vendiéndome de nuevo».
(2) Verso suplido, según el impreso.
(3) En el ms. «era».
(4) En el impreso este verso y los dos anteriores dicen:
«que parece que a tus manos toco.
A hidalga viene Clara con intento
desde París, donde ha nacido y vivo».
(5) «ciego».
(6) Se completaron estos tres versos por el impreso.

CLARA.

Sacarme de la cárcel fué nobleza
tan grande, que tu amor el alma obliga.

RICARDO.

¿Quién trujo a tanto mal tu gentileza?

CLARA.

Cuando quisieras que mi mal te diga,
sabrás, Ricardo, una notable historia;
mándame agora que a París te siga;
que obliga tal hazaña mi memoria.
Iré contigo hasta la Citia helada,
y la pena mayor trocaré en gloria.

RICARDO.

Está de mí segura, prenda amada,
que para regalarte, el mar y tierra
no se alaben de cosa reservada.
El ave, el pez, el oro que destierra
la tristeza, tendrás a tu servicio.

CLARA.

Acierta la fortuna cuando yerra;
páguete el cielo tanto beneficio.

(RAMÓN, *vestido bien, y* LAURA, *de esclavo, y un* MERCADER.)

RAM. Menos de los cien ducados
no hay que tratar.
MER. Hasta ochenta,
porque el mozo me contenta,
trae este lienzo contados.
RAM. No ha de faltar un real.
MER. No daré más.
RAM. Pues, pregona, (1)
PREG. Ochenta dan; la persona (2)
es bella y el mozo es leal. (3)
Ochenta dan; ¿hay quién puje?
¿Hay quién dé más?
CLAR. ¿Qué es aquello?
RIC. Venden un esclavo bello
y aunque a tus ojos lo truje
mi corazón aquel día
que te miré, Clara hermosa,
por ser la primera cosa
que en tu presencia y la mía
se vende, quiero compralle,
por que te sirvamos dos.

(1) En el ms. «perdona».
(2) En el impreso este verso está así:
«PREG. Tres blancas dan, la persona,» etc.
(3) Verso suplido por el impreso.

CLAR. Harásme merced, por Dios,
que tiene extremado talle.
RIC. ¿Qué piden del esclavillo?
RAM. Cien ducados.
RIC. ¿Dan?
RAM. Ochenta.
RIC. ¿Quiérenle dar por noventa?
MER. ¡Que éste viniese a subillo!
Noventa y cinco daré.
RIC. Yo doy ciento.
MER. Ciento y veinte.
RIC. Ciento y cuarenta.
MER. Detente,
que lo perderás.
RIC. No haré.
MER. Pues ciento y cincuenta doy.
RIC. Yo doscientas, sube un poco.
MER. O éste es (1) muy rico o muy loco.
No doy más; rendido estoy.
Por mí, esclavillo, has valido
cien ducados más de precio.

(Vase.)

RIC. Llévale a Clara, Lucrecio,
mientras el dinero pido.
RAM. ¿Adónde lo has de pedir?
RIC. En casa de un mercader.
RAM. Carta será menester.
RIC. Allá se podrá escribir.
RAM. ¿Quedaráse aquí el esclavo?
RIC. Aquí se puede quedar.
Ven el dinero a contar.
RAM. Tu liberal pecho alabo.
Pedro...
LAU. Señor.
RAM. Ya amo tienes;
harás, como hombre de bien,
lo que sabes.
LAU. ¡Y tan bien!
¡Que sin razón me previenes!
RAM. Pues yo iré y aguardaré
tan buenas nuevas de ti.
LAU. Yo acudiré a lo que fuí,
y lo que he sido seré.
RAM. Adiós, Pedro.
LAU. Adiós, señor.
RAM. Lo dicho dicho.
LAU. Aquí aguardo.

(Vanse RAMÓN *y* RICARDO.)

LUCR. Mucho debes a Ricardo.
CLA. Débole notable amor.

(1) «eres».

LUC. ¿Hola, esclavo?
LAU. Señor...
LUC. Llega;
reconoce a tu señora.
LAU. Dadme los pies, pues agora
la fortuna a vos me entrega.
CLA. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
LAU. ¡Ay, Dios!, ¿No es aquesta Clara?
CLA. ¿Adónde he visto esta cara?
¡En qué confusión me has puesto!
Esclavo, apártate aquí.
LAU. ¿Qué es lo que mandáis?
CLA. No sé,
Pedro...
LAU. ¿Cómo Pedro? ¿Qué?
CLA. ¿No me conoces?
LAU. ¿Yo a ti?
CLAR. ¡Que niegues, Pedro, a mi amor
lo que debes...!
LAU. ¿A un esclavo
hablas ansí?
CLA. Poco alabo,
cielo, tu inmenso favor,
pues que no me vuelvo loca.
¿Cómo los hierros fingiste?
LAU. ¿Qué dices? ¿Cuándo me viste?
CLA. Amor, Pedro, me provoca
a darte dos mil abrazos (1),
mas temo...
LAU. Tienes razón;
no demos aquí ocasión; (2)
detén, señora, los brazos.
Que ser esclavo fingí,
porque aqueste mercader
que te tiene en su poder
me comprase para ti,
que ya sé que es hombre rico;
y si le quieres dejar,
pues no ha de faltar lugar,
que me pagues te suplico
el grande amor que me debes,
pescándole algún dinero.
CLA. Ya sabes lo que te quiero.
Como contigo me lleves,
le cogeré mil ducados.
LAU. ¡Quedo!, disimula agora.
CLA. ¿Pedro?
LAU. ¿Qué mandas, señora?

(1) Suplida parte de este verso por el impreso.
(2) En el impreso estos dos versos dicen:

«mas temo este francés.
LAU. Pues ocasión no le des».

CLA. Hoy alivio mis cuidados. (1)
LUC. ¡Buen talle!; a querelle inclina.
CLAR. ¿Qué dices, Pedro?
LAU. Señora,
que vamos a casa ahora.
LUC. Pasa adelante, camina.
CLAR. A un ángel en rostro igualas. (2)
LAU. Desdichas, ¿qué me queréis,
pues siendo Laura me hacéis
Pedro, y Pedro de Urdemalas?

FIN DE LA SEGUNDA JORDADA

JORNADA TERCERA

(Salen el DUQUE, DON JUAN *y* FABIO.)

DUQUE.
Llamad luego a don Juan.
FABIO.
Ya don Juan viene.
DUQUE.
Pues retiraos vosotros.
DON JUAN.
¿Qué me mandas?
DUQUE.
¿Cómo no te resuelves en casarte?
DON JUAN.
Si ya, señor, Lisarda no se acuerda
de que nací en el mundo; si ya tiene
perdida la esperanza de casarse
conmigo; si te quiere ya Lisarda,
como es razón, ¿qué dudas? ¿qué recelas?
DUQUE.
Mira, don Juan: haberte yo estimado
me ha obligado a no usar rigor contigo;
tú sabes que pudiera desterrarte
adonde no me dieras pesadumbre.
El más piadoso medio que he podido,
he querido tomar contra mis celos;
no estragues este amor, no seas ingrato, (3)
porque podré ponerte donde apenas
puede quedar memoria de tu nombre. (4)

(1) Falta en el impreso este verso.
(2) Verso suplido por el impreso.
(3) «extrañes este amor, no me desveles»
con verte defender, con ver que dejes
de hacer lo que te mando expresamente.»
(4) «quede memoria de tu nombre en Francia.»

DON JUAN.

No digo yo, señor, que te importara,
para seguridad de tu sosiego,
casarme yo; pero que sólo fuera
gusto pequeño tuyo, porque dudas
que le tuviera de casarme luego.
No es la dificultad de obedecerte.
Ya estás en el deseo obedecido.

DUQUE.

Pues, ¿cuál es la ocasión?

DON JUAN.

Sólo este día
de término te pido para dalla.

DUQUE.

De términos en términos me pones
en término don Juan que será fuerza
descomponer esta modestia mía.

DON JUAN.

¿Un día es mucho? ¿Dónde vas ahora?

DUQUE.

A la pelota voy a entretenerme.

DON JUAN.

Pues cuando acabes de jugar, si juegas,
o cuando acabes de mirar, si miras,
satisfaré la duda que te pongo.

DUQUE.

Pues yo te aguardo allá.

(Vase.)

DON JUAN.

Guárdete el cielo, (1)
y a mí me libre de tan gran recelo.

(Salen TURINO *y* TIRRENO.*)*

TUR. Dióme aqueste pensamiento
de ver que Laura faltó
el día que al Duque dió
en vuestra casa aposento,
y sin duda algún criado (1)
la pudo engañar, que amor,
cuando mira con rigor,
llega muy determinado.

TIRR. No haber jamás parecido,
en tanto tiempo pasado;
no haber indicios hallado,
ni nueva alguna tenido,
me da, Turino, a entender
que tu pensamiento es cierto;
que un amoroso concierto
suele ser fácil de hacer,
cuando ayudan las estrellas
a que se conformen dos.

TUR. ¡Buena caza fué, por Dios,
si Venus fué alguna de ellas!

TIRR. ¡Hermosa sala!

TUR. ¡Notable!

D. JU. Villanos, ¿adónde vais?
¿Cómo de esta suerte entráis?

TUR. Habla.

TIRR. ¿Yo quieres que hable?

TUR. Señor, hásenos perdido (2)
una hermana en nuestra aldea,
y porque no era muy fea
buscamos si habrá venido
tras algún señor acá;
que el Duque una noche estuvo
en su casa...

TIRR. Ocasión tuvo.

D. JU. Todo de mi parte está.
Esta fué Laura. Yo quiero
dar con aquesta ocasión
al Duque satisfacción,
mientras por Lisarda muero;
que aunque ha tiempo que pasó,
que se ha de acordar sospecho
el Duque.

TIR. Muy bien has hecho.

D. JU. Sabed, amigos, que yo
fuí quien a Laura engañé, (3)

---

(1) Desde aquí se intercalan en el impreso estos versos:

«Confuso pensamiento que me llevas
de uno y otro peligro, hazme el postrero.
Contigo y contra un Príncipe, ¿qué espero?
¿Eres águila tú que al sol me pruebas?
Dame a mí de ti mismo buenas nuevas,
que por donde me llevas desespero
saber la tierra en que me vi primero;
mira que es vanidad que al sol te atrevas.
Advierte que tu loco desvarío
me lleva deste mar a lo profundo
cuando a la esfera del amor te envío.
Mas ya que aspiras a Icaro segundo,
escribe por las nubes que eres mío
porque te mire como estrella el mundo».

(1) Este verso y el cuarto de la redondilla dicen en el impreso:

«algún criado del Rey...
es como alarbe sin ley».

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

«Sabed, hermanos, que yo
a Laura engañé y gocé».

y que por ella volviera
si tan presto no se fuera
como yo lo concerté.
No la tengo, mas podéis
quejaros ahora de mí,
para que parezca así.

TUR. ¿Pues qué diligencia haréis?

D. JU. Yo haré grande diligencia.

TUR. ¡Que este traidor la burló! (1)

TIRR. ¿Posible es que la engañó
en tal deshonor? ¡Paciencia!

TUR. Calla, que el Duque sabrá
tu agravio, y te hará justicia;
castigará su malicia (2).

TIR. En desiguales no hará. (3)

D. JU. Estos con aquesta queja,
darán al Duque ocasión
a que tenga dilación (4)
el daño que me aconseja;
que mientras no me casare,
aun tiene acción mi esperanza,
que toda aquesta mudanza
en ser su marido pare.
Venid conmigo.

TIRR. Ya caigo
en que éste en casa posó.

TUR. ¿Mas que vuelvo al monte yo
con más pesares que traigo?

(Vanse y sale LAURA, *de caballero, y* CLARA, *de criado, y* RAMÓN.)

CLARA.

No sé qué fin tendrá tu atrevimiento.

LAURA.

Quien no se atreve a nada, siempre es nada.

RAMÓN.

¿Posible es que te finjas caballero
y que entres, Pedro, por tu misma patria
con ese atrevimiento temerario? (5)

LAURA.

Cuando veáis el fin de mi propósito,
ensalzaréis mi peregrino ingenio;
mi inclinación me lleva a grandes cosas;
no he leído ninguna en libro alguno
que después no la hubiese ejecutado. (1)

RAMÓN.

¿Y qué has de hablar al Duque?

LAURA.

Hablarle tengo.

RAMÓN.

El diablo, Pedro, me topó contigo,
que de esta vez nos hacen sagitarios.

CLARA.

Ya me pes de haber tomado, Pedro,
a aqueste mercader los mil ducados,
si fueron ocasión de esta locura;
mas gastados doscientos en vestidos,
trescientos en la joya y la cadena,
¿qué harás de los quinientos que te quedan?

RAMÓN.

Eso yo lo diré

LAURA.

¿Pues tú lo sabes?

RAMÓN.

Ciento darán a Pedro, y otros ciento
te tocarán a ti, y a mí trescientos.

CLARA.

¿Reales o ducados?

RAMÓN.

Digo azotes;
el Duque viene, y otros caballeros.

(Sale el DUQUE, FABIO, GERARDO *y* RISELO.)

FABIO.

¿No es éste buen partido?

DUQUE.

No, por cierto.
Saque Gerardo y vuelva yo.

---

(1) «gozó».

(2) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

«y te hará justicia el Rey,
que igual ha de ser la ley».

Verso suplido por el impreso.

(4) Suplidos estos dos versos por el impreso, sin más que cambiar la palabra «Rey» por la de «Duque».

(5) Aquí intercala el impreso estos versos:

«CLAR. ¿Para qué dicen que es ficción poética
haber perdido Faetón a Febo
el carro de oro incendio de sí mismo?
¿Para qué dicen que es ejemplo y fábula
subir al sol con plumas de aves Icaro
ni haber formado el Laberinto Dédalo?
Más es que Pedro emprenda hacerse Príncipe
y que ose entrar del Rey en el palacio».

(1) «ejercitado».

FABIO.

Sería
robado ese partido. Saque Fabio
y volverá Riselo.

LAURA.

Puesto que sea (1)
atrevimiento, Príncipe famoso, (2)
atreverse un extraño a tu grandeza;
después de conocer, a tus heroicos (3)
pies humillado, que mil veces beso,
tu valor sin segundo... (4)

DUQUE.

Levantad.

LAURA.

Te suplico me admitas a servirte
en aqueste partido que conciertas;
porque tengo afición (5) a la pelota,
y aunque de paso voy a Milán, vengo
sólo a ver a Florencia, y no me faltan
para el camino letras, aunque pierda
diez mil agora o veinte mil ducados.

DUQUE.

Huélgome (6) de jugar con forasteros,
y más de conocer personas tales.
Español parecéis.

LAURA.

Esa es mi patria.

DUQUE.

Merecen todo honor los españoles (7)
¿Vuestro nombre?

LAURA.

Don Pedro de Castilla.

DUQUE.

Jugaremos yo y Fabio a vos y a otro.

(1) Verso largo. El impreso dice:

«robado ese partido.
GER. Saque Guisa
y volverá Borbón.
LAU. Puesto que sea».

(2) «invicto Rey Francisco».
(3) Falta este verso en el impreso.
(4) «tu pecho cristianísimo».
(5) En el ms. «partido», por errata.
(6) «Yo huelgo».
(7) Lo demás de este verso y el siguiente se han completado por el impreso.

LAURA.

No traigo yo quien juegue bien conmigo;
mas puédeme ayudar el que quisiere
de aquestos caballeros: por mi cuenta,
que irá todo por mí.

DUQUE.

Yo os he cobrado,
español, afición; Fabio, juguemos. (1)

LAURA.

¡Hola!

RAMÓN.

Señor.

LAURA.

Tomad esta ropilla.

(Quédase Laura con jubón y venle la cadena con hábito de Santiago.)

DUQUE.

¿De a cómo será el tanto?

LAURA.

Mil ducados.

FABIO.

La fanfarria española.

DUQUE.

No querría
que aventuraseis tanto, y así basta
de a cien escudos.

LAURA.

Vuestro gusto sea.

RAMÓN.

¿Tienes seso?

LAURA.

¿Por qué?

RAMÓN.

Porque en quinientos
no tienes más de para cinco tantos.

LAURA.

Aquí está la cadena.

DUQUE.

¿Qué es aquello?

FABIO.

Venera de Santiago.

(1) En el impreso se dice a continuación:

«al Rey y a Guisa. Desnudaos entrambos».

DUQUE.

¿Si es del hábito?

FABIO.

Así parece.

DUQUE.

En confusión me has puesto.

FABIO.

Debe de ser de lo mejor de España.

DUQUE.

En el gallardo talle y rostro honesto,
bien muestra la nobleza de su sangre. (1)

CLARA.

¿Qué haremos en perdiendo este dinero?

LAURA.

No hayas miedo que pierda, porque he sido
a destreza del mundo en este juego.

DUQUE.

Dennos palas.

LAURA.

Aquesta no me agrada.

FABIO.

Esta es mejor.

DUQUE.

¿Estáis a punto?

LAURA.

Vamos.

CLARA.

¡Extraño atrevimiento!

LAURA.

¡Calla, loca!;
que quien emprende poco alcanza poco.

(Vanse y salen LISARDA *y* ARNALDO *de* (falta.)

LISAR. Si no me llevas de aquí,
has de verme en algún mal.
ARN. No digas locura tal.
LIS. ¿Pues qué pretendes de mí?
ARN. No era tan aventajado
de don Juan el casamiento.
Con humilde nacimiento
a gran lugar ha llegado.
Y del Duque yo no creo
que si tan bien te estuviera,
contrario en esto te fuera:
él mira mayor empleo.
Si lo estorba, es porque entiende
que mereces más.
LIS. Yo sé
que a la sazón que intenté
lo que ahora me defiende,
tenía don Juan valor
para la mayor señora;
mas tiéneme amor agora; (1)
el Duque le tuvo amor.
Y con aquesta mudanza
hay tanta desigualdad,
porque es sol la Majestad
y sombra lo que no alcanza. (2)
Que el amor de un poderoso
es (3) en daño del humilde.

(Sale DON JUAN.)

D. JU. Esto que os digo decidle.
¡Ay, cielo santo y piadoso!
Mi basilisco está aquí;
aquí mi veneno está.
ARN. Remedio, Lisarda, habrá:
diré que vengo por ti.
Y si no quisiere darte,
que te case le diré
mientras en Florencia esté;
que, en efecto, con casarte
quedas libre de la fuerza
y a cuenta de tu marido;
tu honor que mires te pido,
la obligación que te esfuerza
a resolverte (4) por mí.
A hablarle, Lisarda, voy.

---

(1) Suplidos estos versos y casi todo el anterior por el impreso.

(1) Suplido este verso por el impreso.
(2) Aquí el impreso intercala estos versos:

«CON. Lisarda, siempre del bueno
se ha de presumir el bien.
LIS. Y del malo el mal también.
CON. Francisco, de bienes lleno,
¿qué puede hacer que no sea
como quien es?
LIS. Tu blandura,
señor, mi muerte procura.
¿Quién ha de haber que no crea?»

(3) «para».
(4) «desvelarte».

LISAR. Piensa que entretanto estoy
como sin alma sin ti. (1)

(Vanse y salen el DUQUE, *y los dos, los del juego de pelota.)*

(1) El impreso intercala aquí un largo pasaje, que dice:

*ADR. El Conde es ido. ¿Qué haré?
¿Llegaréla a hablar? No creo
que pueda tanto el deseo,
pues mayor la ofensa fué.
Mas, ¿cómo pierdo ocasión
de tanta venganza mía?
Mas para hablarla querría
buscar alguna invención;
porque no es razón que entienda
que justo mi amor me obliga,
que será bien que le diga
que con mis celos la ofenda,
Si me ha visto y no me mira
muy olvidado me tiene.
LIS. Adrián a hablarme viene,
la vergüenza le retira.
ADR. ¡Qué disimulada está!
Todo es fino desamor.
LIS. ¡Que este me fuese traidor!
ADR. Sin duda que no se va,
porque me ha visto y querría
que me fuese sin hablalla.
LIS. Si éste me ve, ¿por qué calla
y de hablarme se desvía?
Si no, ¿por qué no se va?
Pero aguardará a que yo
llegue a hablarle.
ADR. Pues me dió
tiempo amor y sola está,
quiebre por mí, que no importa;
que bien sé que la mujer
cuando finge no querer
más que el hombre se reporta.
Guárdete Dios.
LIS. Bien podrá.
ADR. ¿Cómo estás?
LIS. Como otras veces.
ADR. ¿Qué dices?
LIS. Lo que mereces.
ADR. Escucha.
LIS. Estoy sorda ya.
ADR. Eso es cortesía?
LIS. Sí.
ADR. ¿Piensas que te busco?
LIS. No.
ADR. ¿Quién así me habla?
LIS. Yo.
ADR. ¿Pues de qué huyes?
LIS. De ti.
ADR. Oye, y sabrás lo que quiero.
LIS. A lo menos, ¿no es querer?

DUQUE.
¡Bien juega el español!

FABIO.
Es extremado.

ADR. No, que ninguna mujer
merece amor verdadero.
LIS. Bien dices, pues son tan locas
que quieren sus enemigos.
ADR. Cuantas aman son testigos
de que las firmes son pocas.
Mas oye a lo que venía.
LIS. Di presto.
ADR. ¿Muy presto?
LIS. Mucho;
y agradece que te escucho
por no hacer descortesía.
ADR. Vengo sólo a que me des
el parabién de casado.
LIS. ¿Casado estás?
ADR. Concertado.
LIS. Por muchos años lo estés.
Y preguntarte con quién,
no te parezca pasión,
pues viene esta sinrazón
a que te dé el parabién.
ADR. Pensarías entre ti
que contigo te diría.
LIS. ¿Cómo, si de mí sabía
que estoy casada sin ti?
ADR. ¿Casada estás?
LIS. Ya lo estoy.
ADR. ¿Y podré saber con quién,
para darte el parabién,
que, sin saberlo, te doy?
LIS. Pensarías entre ti
que contigo te diría.
ADR. ¡Oh qué venganza tan fría!
LIS. Soy de nieve para ti.
Mas como encubres la dama
de tu casamiento dueño
por saber el tuyo...
ADR. Es sueño.
LIS. Verdad, Adrián, la llama.
ADR. Pues ¡alto! Va de verdades.
LIS. No tienes a quién decir
o blasonas de venganza.
ADR. A tan buena confianza
bien se le puede pedir,
pues que comenzó primero.
LIS. Diga primero quién es.
ADR. Lo que has de saber después
agora decirlo quiero:
Laura, una bella aldeana
de un hidalgo retirado,
de un monte prenda y cuidado;
Laura hermosa, que a Diana

DUQUE.

Y discurro que a todos ha ganado. (1)

ARNALDO.

Aguardé a que jugase (2) Vuestra Alteza.

---

imita en el arco y flecha
por los bosques, es mi dueño,
aunque a tus ojos pequeño,
le ha venido el alma estrecha.
Fuí con el Rey a cazar
una tarde venturosa,
cuya noche fué mi esposa,
que dió amor tiempo y lugar.
Y aunque pagar no pensé
deuda de tal calidad,
porque la desigualdad
de los dos imaginé,
con mejor información
de su nacimiento honrado,
nueva palabra le he dado,
la verdad y hago afición...

LIS. Si en tu fiereza reparas,
para un tierno amor robusta,
verás que fué cosa justa
que en los montes te casaras.
No tendrán que te envidiar
los hombres nobles, y a mí
yo sé que las damas, sí,
que caso en alto lugar.

ADR. ¿Con quién?

LIS. Con un caballero
español, que lo ha trazado
mi padre. ¡Bien le he engañado!

ADR. El parabién darte quiero.

LIS. El es bien y para mí,
no quiero más parabién.
¿Mandas más?

ADR. Y tú también,
¿quieres más?

LIS. Nada de ti.

ADR. Pues adiós. ¿Qué estoy diciendo?

LIS. ¡Ay, cielos!, ¿qué estoy pensando?

ADR. Celos me van acabando.

LIS. Celos me vún consumiendo.»

(Por lo que dice Lisarda de estar casada con el español, se ve también que esta escena es añadida en esta refundición, pues ni el Duque ni el padre de Lisarda habían aún tratado de esta boda.)

(1) Faltan estos dos versos en el impreso, y a continuación de la nota anterior, y antes de la escena que sigue con Arnaldo, hay esta acotación: «Vanse, y salen el Rey y Borbón y Guisa y Laura y el Conde Arnaldo del juego».

(2) «Aguarde, informaráse».

DUQUE.

Arnaldo, vuestra pena me la ha dado:
cubrid, Arnaldo, agora la cabeza.

ARNALDO.

Las canas, no la sangre, me han honrado.
De mi mujer difunta la tristeza
a venir por Lisarda me ha obligado,
que intento darla dueño, y así tengo (1)
en este poco que de vida tengo.

DUQUE.

¿Oyes?

FABIO.

Señor.

DUQUE.

El Conde, con los años,
ha dado en que Lisarda ha de casarse
o llevarla a su tierra.

FABIO.

Pues ¿qué daños
te vienen de llevarla o de quedarse?

DUQUE.

¿No basta, para daros desengaños,
este cuidado mío?

FABIO.

Y para hallarse
dos mil remedios, que si os pesa es justo
anteponer a todos vuestro gusto.

DUQUE.

Pues ¿qué haré yo para decir que tengo
a Lisarda casada?

FABIO.

Yo imagino
que es remedio la industria que prevengo,
supuesto que os parezca desatino.
Este noble español...

DUQUE.

A pensar vengo
que como agora viene de camino (2)
¿quieres que diga que por carta mía
viene a la corte y lo estará este día?

FABIO.

Vuestra Alteza entendió mi pensamiento.

---

(1) «a eso vengo».

(2) En el ms. «que conviene ahora de camino», por error.

DUQUE.

Sí, pero al español ¿cómo es posible
decirle que se finge el casamiento?

FABIO.

Decir que a vuestro gusto es convenible,
que el mismo gustará del fingimiento.

DUQUE.

Has dicho bien, y es el mejor consejo. (1)
¿Don Pedro?

LAURA.

Gran señor...

DUQUE.

Oid aparte.
El Conde Arnaldo, ya le veis tan viejo,
tiene una hija donde amor reparte
tantas flechas al mundo, que casado,
os confieso que alguna me ha tocado (2)
Quiéresela llevar, porque sospecha
que le avisa su hija deste daño
si no la casa luego, y no aprovecha
a disuadirle humano desengaño. (3)
Quisiera desmentir esta sospecha
y que vos me ayudarais a este engaño,
diciendo que de España, a ser marido
de Lisarda, a mi ruego habéis venido.
Que mientras se concierta el casamiento
y digo que lo trato (4) y acomodo,
tendré yo medio de lograr (5) mi intento.

LAURA.

Habéis hallado un hombre a vuestro modo;
seguid vuestro amoroso pensamiento
que de manera me veréis en todo
que os parezca verdad lo que es mentira.

DUQUE.

Ansí lo entiendo. ¿Arnaldo?

ARNALDO.

Señor.

(1) Faltan dos versos a esta octava.
(2) A esta octava faltan tres versos.
(3) En el impreso faltan este verso y los dos siguientes. El pasaje dice:

«si no la casa luego y me aprovecha
que digáis que de España a ser marido
de Lisarda, a mi ruego, habéis venido».

(4) «trueco».
(5) «modo de gozar».

DUQUE.

Mira.
¿Ves aqueste español?

ARNALDO.

Ya le he mirado.

DUQUE.

Es sobrino de un Grande de Castilla;
por mis cartas llamado y procurado,
que residen sus padres en Sevilla.
Este ha de heredar tan grande estado;
porque mi amor te cause maravilla,
será tu yerno; ¿estás contento de esto?

ARNALDO.

¡Gallardo mozo y español modesto!
Pero si mientras viva, no viviere
en Florencia con mi hija y en mi casa,
perdone Vuestra Alteza.

DUQUE.

¿Y si él lo quiere?

ARNALDO

Si quiere no será mi mano escasa. (1)

DUQUE.

Pues hablo a vuestra hija y que le espere
a vistas hoy decid también.

ARNALDO.

Si pasa
de hoy, señor, el concierto, estoy de suerte
que antes nos casaremos yo y la muerte.

(Vase.)

DUQUE.

Ya el Conde es ido.

FABIO.

Y va, señor, contento.

DUQUE.

Crédito a todo, como debe, ha dado.

FABIO.

¿Qué dice el español?

DUQUE.

Mi pensamiento
fué luego de su ingenio penetrado.

FABIO.

Aunque ha tenido falso fundamento

(1) Verso suplido por el impreso.

esto que ahora los dos habéis tratado,
te aconsejara yo verdad lo hicieras
y que fueran las bodas verdaderas.

DUQUE.

Discreto acuerdo.

FABIO.

Ejecutallo luego (1).

DUQUE.

¿Don Pedro?

LAURA.

Gran señor...

DUQUE.

Yo había tratado, (2)
para burlar al Conde el casamiento,
que no con otro intento, y tú me has dado
con tu agrado y valor tanto contento,
que ya de tu persona aficionado (3)
me holgara hacer verdad el fingimiento,
y en Florencia casado te quedaras.

LAURA.

Mi humilde ser con tu (4) grandeza amparas.
Y si tuviese yo tan buena suerte
que mereciese de servirte honrarme,
¡qué ventura mayor.

DUQUE.

Fabio, advierte (5)

FABIO.

¿Hate dicho que sí?

DUQUE.

Sin replicarme.

FABIO.

Pues la boda de entrambos se concierte.

DUQUE.

Hablar quiero a Lisarda, y por vengarme

(1) Sobra este verso para la octava que antecede o para la que sigue.
(2) «Aunque he tratado».
(3) Este pasaje fué arreglado en el impreso así:

«de su hija y de ti, Borbón, me ha dado,
diciendo tu valor, tanto contento,
que della y de tu talle aficionado», etc.

(4) El ms. dice: «sangre con grandeza».
(5) Suplido por el impreso, que dice: «Borbón, advierte».

de tantos celos que don Juan me ha dado,
desharé (1) el casamiento concertado.

(Vanse el DUQUE *y* FABIO.)

CLAR. Si no es que he entendido mal,
con recelos de mi bien,
Pedro, falso y desleal,
al Duque engañas también
y tú señor natural.
A esto viniste aquí,
y al pobre Ramón y a mí
engañados nos traías.
¿Es esto lo que decías
que habías de hacer por mí?
Como español te has fingido,
y con esa cruz que abona
tu nacimiento abatido,
al mismo Duque en persona
has engañado, atrevido.
Pues no será de esta suerte;
ni pienses que has de casarte,
ni en alto lugar ponerte;
que mis celos serán parte (2)
para que te den la muerte.
Diré al Duque tu bajeza,
y que aquesa gentileza
y admirable discreción
cubren el mayor ladrón
que crió naturaleza.

RAM. Pedro, razón tiene Clara,
tan clara como su nombre:
en lo que intentas repara.

LAU. Pues, infame, ¿yo soy hombre (3)
que así me habláis en la cara?
Cuando a los dos conocí,
¿díjeles yo, ¡pesia a mí!,
que era más de hombre de bien?
¿Ellos no fueron también
del oficio que yo fuí?
Díjeles que aquí venía
a hacer un notable engaño;
pues bien: ¿qué culpa es la mía?

CLA. El último desengaño
de mi amorosa porfía.
Venta, cárceles, caminos
pasaba, con esperanza
de templar mis desatinos,
creyendo mi confianza
tus embustes peregrinos.
pero ahora que te veo

(1) En el ms. «dejaré», por errata.
(2) Falta este verso en el impreso.
(3) Estos dos versos en el impreso.

casar con engaño igual,
mis desconfianzas creo;
que nadie paga tan mal
como quien burla el deseo.

RAM. Mira, Pedro, que no es bien,
puesto que las *urdes malas*,
urdirla al Duque también;
mira que te traen las alas
donde la muerte te den.
No trates de aqueste modo
a Clara, Pedro, te ruego:
sólo tu bien acomodo;
que yo con volverme ciego,
tengo mi remedio todo.

LAU. ¿Díjele yo que era allá
hijo de algún gran señor
¿Dije que era Emperador
o Gran Condestable acá? (1)
Y ella, ¿de qué está quejosa
pues no le debo una mano?
¿Puede pedirme otra cosa?
¿No era hija de un villano
y de una ventera (2) hermosa?
¿Y el picarón, no era ciego?;
y, sin ser santo, me debe
que le di la vista luego,
pues ¿cómo a Pedro se atreve?

RAM. Que te detengas, te ruego.

LAU. ¡Vive el cielo, que les dé
mil cuchilladas!

CLAR. Espera...

LAU. Y que al Duque diga que
el venir de esta manera
sólo a darle muerte fué.

(1) Esta quintilla está completa en el impreso, pero algo variada:

«LAU. ¿Díjeles yo que era allá
don Roldán o don Gaiferos
que por Melisendra va?
Díjeles que era Oliveros
o algún Condestable acá,

Además agrega las siguientes:

«sino Pedro de Urdemalas.
¿Pues cómo pueden tener
queja de mis obras malas?
¿No saben lo que han de hacer
los que están con honra y galas?
Tenerse bien y callar;
que si descubren quién soy,
yo les urdiré un pesar,
antes que anochezca hoy,
que tengan bien que llorar».

(2) En el ms. «y una aventurera».

Ella diré que ha venido
con disfrazado vestido,
a darle hechizos (1) de amor;
que es la hechicera mayor
que en el Africa ha nacido.
Y él diré que viene a ser
espía del turco.

RAM. ¿Yo?

LAUR. El.

RAM. Pedro: si es menester
que el que a ciego me enseñó,
que me enseñe a enmudecer,
cuéntame por mudo.

CLAR. Advierte,
Pedro, lo que te he querido;
no intentes darme la muerte (2)

LAUR. ¿Callarán?

RAM. Pues no.

LAUR. Eso pido.
Y callando de esta suerte,
a ella yo la haré que sea
doña Melisendra aquí,
y a él haré Malgesí,
si andar por alto desea.
Vengan a ver estas salas.

CLAR. Piedra soy.

RAM. Mármol soy yo.

LAUR. Y yo soy Mercurio y Palas.

RAM. Algún diablo me metió
con Perico de Urdemalas.

(Vanse. Salen el DUQUE, RISELO, FABIO *y* DON JUAN.

FAB. ¿Dijo Lisarda que sí?

DUQ. En el punto que la hablé.

D. JU. Venganza pienso que fué.

FAB. Ya viene don Juan aquí.

D. JU. Si he resistido el decirte
la ocasión de no casarme,
no ha estado en determinarme
a obedecerte y servirte;
sólo ha estado en no atreverme
a decirte que en tu nombre,
puesto que mi error fué de hombre,
disculpa que ha de valerme.
Ya, señor, tengo mujer.

DUQ. Yo no te entiendo, don Juan
con que mis paciencias dan
en resistir mi poder.
Mira que podrás un día
incitallas a rigor.

(1) El impreso dice «abrazos».

(2) Suplido por el impreso este verso

D. Ju. Si te obedezco, señor,
no ha sido la culpa mía.
¿No me obligas a casarme?
Duq. Es verdad.
D. Ju. Pues ya te cuento
la dilación de mi intento.
Duq. Vendrás de nuevo a engañarme.
D. Ju. Una noche que volviste
desde el monte a la ciudad,
que de cierta voluntad
tu secretario me hiciste,
me quedé con nombre tuyo
en casa de un labrador.
Duq. Bien me acuerdo.
D. Ju. Pues, señor,
culpa a amor; efecto es suyo.
Su hija, doncella hermosa
goçé.
Duq. ¡Notable traición!
D. Ju. Hermosura y discreción
fueron disculpa forzosa.
No supe entonces quién era;
y después a acá, he sabido
que es su padre bien nacido,
y que honrarme dél pudiera;
porque fué en su mocedad
soldado, y tuvo en la guerra
cargos de honra, aunque se encierra
en aquella soledad.
La verdad te he declarado
casarme con ella quiero;
sólo tu licencia espero.
Duq. Mi justo enojo has templado
con esa resolución;
porque si no la tuvieras,
desde aquí a la muerte fueras
ó a alguna estrecha prisión.
Envía por ella luego.
D. Ju. Yo haré diligencia.
Duq. Mira
que no me incites a ira.
D. Ju. Que no la tengas te ruego,
que a su padre avisaré.
Duq. ¿Sabes ya como he casado
a Lisarda?
D. Ju. Y yo le he dado
el parabién.
Duq. ¿Para qué?
D. Ju. Para que entiendas que estoy
lejos de darte disgusto.
Duq. Ella recibe con gusto
el marido que le doy.
De España a esto sólo viene,
D. Ju. Y es igual a su valor.
Duq. Cuando no fuera el mejor
de los que Castilla tiene;
cuyo apellido bastaba,
yo le diera tal nobleza
que igualara a su belleza.
(Vase.)
D. Ju. Hoy mi esperanza se acaba.
Competir con el poder,
siempre fué locura extraña.
¡Qué venga un hombre de España
a gozar de tal mujer!

(Sale Laura.*)*

Laur. Mandado me han pasear
este corredor, que quiere
verme Lisarda, y que espere
que el Duque me quiere hablar.
Notables atrevimientos
me dió un amor engañado,
pues hasta un Duque he llegado
con mis locos pensamientos.
¿Qué venganza es este amor?
¿Qué fin espera mi engaño?
D. Ju. Sin duda que de mi daño
él se muestra en mi favor.
Los balcones de Lisarda
con gentileza pasea;
galán viene a que le vea;
que salga a la reja aguarda.
El Duque, sin duda alguna,
quiere a Lisarda casar.
Estoy por hablarle y dar
algún tiento a mi fortuna.
Bien será.
Lau. ¡Cielos!, ¿qué veo?
Don Juan es; aquel traidor
que engañó mi loco amor.
Muestra de hablarme, deseo.
¡Por qué camino he tomado
venganza de su traición!
Pues tengo tanta pasión
y el pecho tan lastimado,
que aunque no puede llegar
y el ser mujer me acobarda (1)
me he de casar con Lisarda
por sólo darle pesar.
No ha de quedarle esperanza

(1) Verso suplido por el impreso.
Esta redondilla tiene los 1.° y 4.° versos así:

«que aunque es contra toda ley...
para que la goce el Rey».

a este tirano, de ver
a Lisarda en su poder,
que hoy comienza mi venganza.

D. JU. ¿Ah, caballero?

LAU. ¿Quién llama?

D. JU. Un muy vuestro servidor.

LAUR. Ya os conozco.

D. JU. Pues, señor,
¿venís a ver esta dama?

LAU. Ya como a cosa que es mía,
y esta noche lo ha de ser,
bien puedo venirla a ver.

D. JU. Haráseos un año el día,
si sabéis lo que es amor.

LAUR. ¿Por qué no decís mil años?

D. JU. En todo, al fin, hay engaños.

LAU. Eso sabéis vos mejor.

D. JU. Dígolo, porque sospecho
que no sabéis el que os hace
ahora el Duque.

LAU. Sé que nace
de otro engaño que me han hecho.

D. JU. Vuestro talle me aficiona,
y no sé si os vi otra vez.

LAU. De eso sois vos buen juez. (1)

D. JU. Que obliga vuestra persona
a mostraros voluntad; (2)
y así digo que me pesa
de que toméis esta empresa
por haceros amistad.

LAU. Harto más me pesa a mí
de haber venido a este punto;
mas, ¿por qué causa, os pregunto,
de mi bien os pesa así?

D. JU. Porque os dan una comida
que apetece un gran señor,
y con riesgo del honor,
os agravia el que os convida. (3)
A punto (4) estáis que podéis
remediallo.

LAU. Bien habláis,
si el consejo que me dais
tomarlo después queréis;
porque en dejándola yo,
os casaréis vos con ella.

D. JU. Pues, ¿quién ha dicho que ella
a mí jamás me agradó?

LAU. Posando yo cierto día
en casa de un deudo mío,
vi una dama de buen brío
que con su mujer vivía.
Y preguntando quién era
y de qué nación, la propia,
lágrimas vertiendo en copia,
respondió de esta manera.
«Yo soy Laura, una mujer
que en una sierra vivía,
entre cuya nieve fría
me pudo amor encender.
Posó una noche en mi casa,
con nombre del Duque, un hombre
que apenas le supe el nombre.»

D. JU. Ya sé todo lo que pasa.
No me digáis necedades
que ya olvidadas están,
cuando ese mismo don Juan
os viene a tratar verdades,
y verdades que al honor
vuestro dan bien que pensar.

LAU. ¿Y Laura se ha de quedar
con su engaño y con su amor?

D. JU. ¿No decís que está en España?

LAU. Sin duda.

D. JU. Pues ¿qué ha de hacer?
Mirad que aquesta mujer,
con todo, ved que os engaña.

LAU. ¿No miráis que dar consejo
a quien no lo pide es cosa
más necia que provechosa?

D. JU. Vuestro bien os aconsejo.

LAUR. ¿Por ventura sois letrado
a quien pido parecer?

D. JU. ¿Habéis visto esta mujer?

LAU. Hoy la he visto.

D. JU. ¿Habéisla hablado.

LAU. He!a hablado; ¿quereis más?
cuanto y más que yo sabré
gozarla, y después me iré
donde no me vea jamás,
como vos a Laura hicisteis.

D. JU. ¡Oh, tanto hablarme de Laura!

LAU. Así mi enojo restaura
el que primero me disteis.

---

(1) En el impreso: «De eso vos sois el juez».
(2) Suplido por el impreso.
(3) Esta redondilla dice en el impreso:

«Porque os dan una comida
en que hay fruta que ha servido
en otra mesa, aunque ha sido
no menos que a un rey se vida».

Y sigue:

«Daseos caza que otro ha muerto;
vestido que otro ha dejado;
y porque estéis descuidado,
esto que digo os advierto».

(4) «A tiempo».

D. JU. Lisarda es mujer gallarda.
Como después que gocéis
a Lisarda, iros podéis.
LAU. ¡Oh, tanto hablar de Lisarda!
D. JU. También hablé yo enfadado. (1)
LAU. Pues yo, ¿qué ocasión os di?
D. JU. ¿No basta decirme aquí
que hoy habéis de estar casado?
LAU. Quiere el Duque.
D. JU. No queráis.
LAU. ¿Que no quiera?
D. JU. Iros podéis.
LAU. Quiérola bien.
D. JU. No queréis,
pues hoy en Florencia entráis. (2)
Salid luego, o, ¡vive Dios!,
que aquí tengo de mataros.
LAU. A disparates tan claros
como he escuchado de vos,
¿qué os puedo yo responder?
que con la espada no sea?
D. JU. ¡Español!
LAU. ¡Florentín!, crea
no he de dejar la mujer.

(Salen el DUQUE, FABIO *y labradores.)*

DUQ. No tienes que persuadirme.
D. JU. El Duque viene.
LAU. Después
nos hablaremos... (3)
¡Cielos!, si podré encubrirme,
que este que miro es mi hermano.
FAB. Señor, aquí está don Juan.
D. JU. Pena estos hombres me dan.
DUQ. Ya don Juan, pues está llano
que engañaste con mi nombre
a Laura y me has prometido
que hoy has de ser su marido,
y tú dices que es un hombre
su padre de tal valor;
pues la tienes en tu casa,
con ella, don Juan, te casa,
o probarás mi rigor.
Que pues mi nombre tomaste
y ella de mí se fió,
obligado quedo yo
a lo que no le pagaste.
D. JU. Señor, Laura es muy honrada;
pero ¿cómo puede ser,
si es Lisarda mi mujer
y no ha de quedar burlada?
DUQ. ¿Tu mujer? Llamadla aquí.
TUR. Señor, de nuestra inocencia
te duele.
DUQ. Si en mi presencia
dice Lisarda que sí,
yo cortaré la cabeza
al fementido don Juan.

(Sale LISARDA.)

LAU. ¡Ay de mí, juntos están!
¡Cielos, mirad mi tristeza!
Haced que Lisarda niegue:
basta ya tanta desdicha.
DUQ. ¿Lisarda?
LISAR. Señor.
DUQ. Por dicha,
puede ser que amor te ciegue;
mas si no te ciega amor,
di con quién estás casada.
LISAR. Nunca yo estuve obligada
más que a mirar por mi honor.
DUQ. ¿Es ya don Juan tu marido?
LISAR. No, señor.
DUQ. Pues, ¿cómo mientes?
D. JU. Creí palabras presentes
hijas de un amor fingido.
DUQ. Pues, Lisarda, por mi gusto
no te casarás.
LISAR. Señor,
tú eres dueño de mi honor;
que yo te obedezca es justo.
DUQ. Don Pedro es gran caballero;
sus prendas quiero fiarte:
con don Pedro has de casarte.
LISAR. Digo que a don Pedro quiero.
DUQ. Daos las manos.
LISAR. Soy dichosa
en merecer, español,
vuestras manos.
LAUR. Yo, en que al sol
hoy hurtó (1) la llama hermosa.

(Salen RICARDO, RAMÓN *y* CLARA.)

FAB. Entrad con menos rumor.
RIC. En mi justicia repara.
DUQ. ¿Qué rumor es ése, Fabio?
FAB. Un hombre, una cosa extraña.
DUQ. ¿Qué quieres?
RICAR. Señor, yo soy
un mercader, que de Italia

(1) «Enojado».
(2) «pues hoy a París llegáis».
(3) «francés».

(1) En el ms. dice «brotó».

traigo a Francia algunas cosas,
y otras desde Francia a España.
Hallé presa a esta mujer,
que, como veis, se disfraza;
saquéla de la prisión
y regaléla en mi casa.
Casarme quise con ella,
que amor en nada repara;
y para que la sirviese,
quise comprarla una esclava.
Hallé un esclavo a este tiempo,
que aqueste que la acompaña
públicamente vendía
por las calles y las plazas;
dile doscientos escudos,
mas luego, por la mañana,
esclavo, mujer y dueño
a Florencia caminaban.
Seguílos, no por tomar
de aqueste agravio venganza, (2)
sí por mil ducados de oro
que me hurtaron de mi casa;
no permitas que los pierda.

DUQ. ¡Gran maldad!

FAB. ¡Industria brava!

DUQ. ¿Tú eres mujer?

CLAR. Mujer soy.

DUQ. ¿Y cómo te llamas?

CLAR. Clara.

DUQ. ¿Vendiste el esclavo tú?

RAM. Señor (ahora me empalan),
verdad es que le vendí;
yo lo confieso a sus plantas:
no, dijera en mil tormentos,
con once mil jarros de agua.

DUQ. ¿Y dónde el esclavo está?

RAM. Aquél es.

DUQ. ¿Quién?

RAM. El que tratas
de casar, o que has casado
con esa inocente dama.

DUQ. ¿Don Pedro?

RAM. Que no es don Pedro;
sino Pedro de Urdemalas.

DUQ. ¡Infame esclavo!, ¿qué es esto?

LAU. Señor...

DUQ. ¿Qué te turbas?, habla.

LAU. Pedro de Urdemalas soy.

LISAR. ¿Hay mujer más desdichada?

DUQ. Pues, ¿dónde resucitaste?
Mil años ha que se canta
esa fábula en el mundo.

LAUR. Señor, su libro fué causa.
Entre muchos que leí
en mi tierna edad pasada,
vine a topar el de Pedro,
y aficionado a sus trampas
di en andar con este hombre
por Francia, España e Italia.
Aunque, si verdad te digo,
más que donaire es venganza
de un agravio que me han hecho.

DUQ. Los tres, así juntos, vayan
al cuchillo de un verdugo.

RIC. Señor, oye una palabra:
yo perdono a la mujer.

DUQ. Si tú con ella te casas.

RIC. Digo que soy su marido.

DUQ. Llevad a los dos; ¿qué aguardan?

RAM. ¿No hay alguno que se case
conmigo? Pues todos callan,
vamos a morir, Perico:
hoy muero por vuestra causa.
¡Oh, mal haya el que se fía
de hombre que no tiene barba!

DUQ. ¿Ah, don Juan?

D. JU. Señor.

DUQ. Ahora
te quiero dar a Lisarda.

D. JU. Con tu licencia, señor,
no he de hacer lo que me mandas;
porque quien me ha despreciado
no ha de merecerme.

DUQ. Basta.

LAU. Tú, don Juan, ¿quieres oírme?

D. JU. ¡Esclavo!, ¿pues tú me hablas?

LAU. ¿Quieres casarte conmigo,
pues que todas mis desgracias
me han sucedido por ti?

D. JU. Sólo el ser loco te falta.

LAUR. No falta sino que cumplas,
como noble, una palabra
que diste a Laura en un monte.

D. JU. Sí, pero ¿dónde está Laura?;
que tú propio me dijiste
que estaba Laura en España.

LAU. Laura está contigo aquí.

D. JU. ¿Laura? ¿cómo?

LAUR. Yo soy Laura.

D. JU. ¿Laura, esclavo?

LAUR. Señor, sí;

(2) Este y los dos versos anteriores dicen en el impreso:

«iban camino de Francia.
En Francia el esclavo es libre,
bien es que Francia le valga».

yo soy Laura; ¿qué te espantas?

DUQ. Cásate a don Juan con ella;
desempeña mi palabra.

LISAR. ¡No habrá sucedido cosa
como ésta!

TIRR. ¡Querida hermana!

TUR. ¡Laura mía!

RAM. A mí, señor,
¿en qué convertir me mandas?

DUQUE. ¿Qué eres tú?

RAM. Ciego en España.
Y ahora aquí tengo vista.

DUQUE. Pues vive, dando las gracias
a Laura,

RAM. Y con más razón
al senado; y aquí acaba
la comedia, que su autor
llama Pedro de Urdemalas.

FIN DE LA TERCERA JORNADA

LA GRAN COMEDIA

DE

LAS PÉRDIDAS DEL QUE JUEGA

PERSONAS

DON JUAN.	CELIO Y GONZALO.	DON PEDRO LUJÁN.
DOÑA LEONOR.	*Un* ALGUACIL.	BOLAÑOS, *pobre.*
TEODORA.	DON BERNARDO.	RODRIGO, *pobre.*
GUZMÁN.	DOÑA JUANA.	*Un* PAJE.
HERNANDO.	DOÑA MARÍA.	

(Salen DON JUAN, *vestido de luto, y* HERNANDO, *lacayo.)*

HER. Un año hizo cabal
ayer que Dios se llevó
a tu padre, y que él pagó
la deuda de ser mortal.

D. JU. Con muy diferente intento
lo habemos los dos contado;
tú, Hernando, con el cuidado
y yo con el sentimiento.
El día que le perdí
prohijé tantos cuidados
que ya los gustos pasados
serán ruinas para mí.

HER. ¿Cien mil ducados no tienes?
Mil veces ciento, que son
la décima de un millón
en joyas, dinero y bienes.
Mil ducados vi contar
ayer y me parecía
que en toda España no había
más dinero que juntar;
y multiplicando allí
hasta cien mil, arrojando,
perdiendo y desperdiciando,
juzgo, y me parece a mí,
que no darás en tu vida
fin a la distribución.

D. JU. Con tu corta inclinación
le has tomado la medida.
El que nació generoso
y a dar inclinado, creo
que sólo con el deseo
llegará a ser poderoso.
Un río pudiera, Hernando,
servirte de ejemplo aquí,
pues lo más que tiene en sí
es lo que siempre está dando.
Y así los hombres que son
inclinados siempre a dar
con todo van a parar
al mar de su inclinación.
De más de que los cuidados
nacen del mal y del bien
y en las riquezas también
está mil veces fundado.
De anhelar y padecer
nadie se puede escapar:
quien tiene, por conservar;
quien no tiene, por tener.
Cuando mi padre vivía
como tal me alimentaba,
y todo lo que él guardaba
era lo que yo tenía.
Y, aunque algún hijo se ofenda,
que vale en decir me fundo
el peor padre del mundo
más que la mejor hacienda.

HER. Pues has hecho el cabo de año,
muy bien te puedes vestir,
bizarrear y lucir,
sin que ninguno en tu daño
murmure.

D. JU. Cumplido ayer,
no será, Hernando, razón
que tan a plana y renglón
venga el pesar y el placer;
que de mí decir podrán
que estaba esperando el día
cuidadoso.

HER. ¿Todavía
te atormenta el qué dirán?

No hay reloj tan ajustado
que alguna vez no desmienta
lo puntual de la cuenta
pródigo y desconcertado.
Dale al tiempo lo que es suyo,
como Séneca decía;
haz sujeta monarquía
a tu poder lo que es tuyo.
Que tu padre bien se sabe
que solamente gozó,
en los bienes que guardó,
la posesión de la llave.
Haz la razón, si te place,
a los brindis del amor,
que este es el plato, señor,
que agora más satisface.
Y si el pensar te importuna,
que hay cansadas pretensiones
con prolijas dilaciones,
yo conozco más de alguna
de garbo, rumbo y floreo,
fácil en toda conquista
y que acepta a cara vista
cualquiera letra el deseo.
Y aunque es verdad que yo temo
al que rico se enamora
andar al uso de agora
almagrar y echar a extremo.

D. JU. Buenos documentos das.
HER. Yo aconsejo lo que hiciera.
D. JU. Pues yo sólo hacer quisiera
lo que sé que tú no harás.
Y vendré a ser el criado
del astrólogo. Sabía
que su amo no decía
cosa en que no hubiese errado,
y contraponiendo el modo,
con solo escribir después
un pronóstico al revés
del suyo, acertaba en todo (1).

(Sale un PAJE.*)*

PAJ. Señor: el sastre ha traído
dos vestidos.
D. JU. ¿Dónde está?
PAJ. Dejólos y fuése ya.
D. JU. ¿Sin dineros?
PAJ. No ha querido
llevarlos, que en tu poder
dice que le excusarán
el guardarlos.

(1) Estas dos redondillas anteriores están en el ms. de la Bib. Nac., pero tachadas.

HER. Siempre dan
este crédito al tener.
De suerte está introducida
tu opinión que no hay ninguno,
contados uno por uno,
que no te fíe su vida.
Ser puede por varios modos,
por tu virtud, tu caudal
tesorero general
de las haciendas de todos.
D. JU. En eso puedes juzgar
que nunca, Hernando, el prudente
granjea viciosamente
la opinión que le han de dar.

(Salga GUZMÁN.*)*

Seas, Guzmán, bien venido.
¿Hiciste lo que mandé?
GUZ. Sí, señor; tu gusto fué
justamente obedecido.
Después de distribuir
en pobres necesitados
y enfermos los cien ducados
que mandaste repartir...
D. JU. Hecho el bien, en no tener
memoria el valor consiste.
Olvida siempre el que hiciste
pensando en el que has de hacer.
La buena obra ofrecida,
que en sí misma está premiada,
lo que ganó ejecutada
pierde después referida.
Y así, con decir que has hecho
lo que mandé, cumplirás
conmigo sin decir más.
GUZ. Conocido está tu pecho.
Mas lo que quiero decirte
es un caso peregrino,
tan piadoso, que imagino
que has de poder persuadirte,
a lágrimas por despojos,
en fe de tu sentimiento,
porque ya subirlas siento
del corazón a los ojos.
Después de haber repartido
con el enfermo postrero
mi lástima y tu dinero
de su miseria instruído,
una mujer me llamó
de una pequeña ventana,
en cuya piedad cristiana
de su virtud me informó.
«Yo sé—dijo—que buscáis

pobres para hacerles bien
y sé de parte de quién
tal virtud ejercitáis.
Y así, os pido humildemente
que en ese aposento esquivo,
sepulcro de un hombre vivo,
que estáis mirando allí enfrente,
visitéis un caballero
que enfermo de pobre está,
que él, aunque calle, os dirá
lo que referir no quiero.
Su misma cama ha de ser
quien en tanta adversidad
diga su necesidad;
que yo, para encarecer
la desdicha a que ha venido,
basta el deciros aquí
que ha recibido de mí
lo que algún día ha comido.
Sabe el cielo que quisiera
poderle yo disfrazar
su pena, sin dar lugar
a que otro la conociera.
Pero soy pobre, señor;
que lo más que puedo hacer
en su mal es conocer,
por la experiencia, el dolor.»
Di crédito a sus razones,
en el aposento entré,
donde en una cama hallé
un alma y dos corazones;
que el que tan míseramente
a padecer se percibe,
aunque por un alma vive
con dos corazones siente.
¿Quién piensas tú que sería
el que hallé en tan pobre estado,
tan mísero y desdichado?

D. Ju. Dímelo, por vida mía.
¿Quién?

Guz. Tu amigo don Bernardo,
el que en la corte triunfaba,
el que animoso jugaba
y enamoraba gallardo;
el que le dió al amor ciego,
venda azul, arco dorado,
y el siempre lisonjeado
de los zánganos del juego.
El llevado y el traído
al Prado de coche en coche;
el esperado de noche
y de día persuadido.
Y, finalmente, el que oyó
del cónclave sin segundo:
No hay tal hombre en todo el mun-
Es el que hoy he visto yo [do».
en una camilla, pobre,
tan humilde, que besaba
el mismo suelo en que estaba.

D. Ju. ¿Es posible que me sobre
tanto a mí y él, que se vió
tan alto, esté tan caído,
tan pobre y tan abatido?

Guz. Apenas, señor, me vió
cuando, en lugar de alegrarse,
con suspiros detenidos
hizo lenguas los sentidos,
si bien fué para turbarse.
Porque en los nobles recelo
que cuando es tal el dolor
entra primero, señor,
la vergüenza que el consuelo.
Pregunté su enfermedad;
pero el aposento yermo
respondió que estaba enfermo
de mucha necesidad.

D. Ju. Y qué, ¿no te dijo a ti
que lo remediase yo
estando así?

Guz. Señor, no.

D. Ju. Muy poco espera de mí
quien sabe que puedo darle
remedio y no me le pide.
Pero, pues tanto se mide
con su ser, yo he de obligarle
a que no llegue a inferir
de mí que puedo negar,
excusando con el dar,
la vergüenza del pedir.
De dos vestidos que están
en casa, llévale el uno,
y no digas a ninguno
que yo se le doy, Guzmán.
Que si es culpa, he de vencella,
pues sería necedad
el darle a mi vanidad
parte en lo que doy sin ella.

Guz. Mañana, a mi parecer,
se podrá, señor, llevar.

D. Ju. Resuelto una vez a dar,
sin dilatarlo ha de ser,
que ese es gusto detenido,
y donde hay obligaciones
nunca el dar con dilaciones
fué del todo agradecido.

GUZ. Yo voy.
(Vase.)
HER. Cuando campeaba
con tantas prosperidades,
¿por qué de las variedades
del tiempo no se acordaba?
Y no padeciera así
sin dinero y sin disculpa.
D. JU. El sentimiento en su culpa
es el que me toca a mí,
porque aunque es en causa ajena,
sólo debo yo, en rigor,
no examinar el error
para remediar la pena.
Los vestidos quiero ver,
haz que los saquen aquí.
HER. Jugadorcito nací,
hoy desnudo y rico ayer. *(Vase.)*
D. JU. Aunque hasta aquí no he sabido
la desdicha que ha pasado,
de no haberla remediado
estoy en parte corrido.
¡Jesús, pobre caballero!
Tanto mal, viviendo yo
rico en el mundo! Eso no,
siendo amigo verdadero.

(Salga GUZMÁN *con los vestidos.)*

¿Cuál llevarás? ¿Este?
GUZ. Sí.
Ese, que es el más costoso,
se queda acá.
D. JU. Generoso
mayordomo para mí.
Llévale el mejor, Guzmán
y advierte cuando pusiere
en tus manos lo que hiciere
que nunca los nobles dan
lo peor si dan con gusto.
GUZ. Hasta ahora que lo sé
disculpadamente erré
y ya obedecerte es justo.
D. JU. En este bolsillo van
ducientos escudos de oro.
HER. ¡Cuerpo de Dios! Un tesoro
para el enfermo serán.
De la cama ha de saltar
a sólo probar la mano,
que un tahur siempre está sano
si lo puede ejercitar.
Y aunque son causas distintas,
con pintas de tabardillo,
con asma y con garrotillo
sanará contando pintas.

(Mete el bolsillo en la faltriquera del vestido.)

D. JU. Mira que no ha de saber
que va este dinero aquí.
GUZ. La intención, señor, me di.
D. JU. No es más de sólo querer.
Pues él pudo tener hoy
valor para no pedirme,
imitarle en reducirme
a dar sin decirle doy.
GUZ. Del vestido, ¿qué diré?
D. JU. Que no salió a gusto mío
te di y que yo se lo envío
para que después me dé,
si hubiere alguna ganancia,
lo que él mismo tase allá.
HER. Sobre buena finca va.
Ello son pueblos en Francia
pensar que siendo, señor...
D. JU. Basta, Hernando, que es mi amigo
y está ausente.
HER. Sólo digo...
D. JU. ¿Qué dices?
HER. Que es jugador.

(Vanse. Salen CELIO *y un* ALGUACIL.)

AL. Adonde quiera que esté
no deseo más que buscalle
y prendelle.
CEL. Esta es la calle.
ALG. ¿Y la casa?
CEL. No la sé;
que ha poco que se mudó
con recelo y con temores
de más de veinte acreedores
que le dieron, como yo,
su hacienda para jugar
y agora en duda la esperan.
AL. Yo sé que no se la dieran
tan presto para casar
una huérfana.
CEL. Es voltario
y daba cuando ganaba
algo más con que obligaba.
ALG. Ese es logro voluntario:
el concierto viene a ser
de la trampa y la codicia.
CEL. El no pagar no es malicia
en él sino el no tener.
Pero quiero mejorar
mi deuda con ser primero;

que siempre tiene el postrero
menos derecho a cobrar.
De una vez sola perdió,
según dicen, mil ducados.

ALG. Diólos el naipe prestados,
cumplióse el plazo y cobró.

CEL. El ha de salir o entrar
hoy en su casa y podemos
esperarle aquí.

AL. Esperemos,
aunque hay quien para jugar
quisiera zurcir un día
con otro si está picado.

CEL. La asistencia y el cuidado
de esto irá por cuenta mía;
que muy bien sé agradecer
lo que se hace por mí.

ALG. Y yo sabré estarme aquí
dos días si es menester.

(Sale GUZMÁN.*)*

GUZ. Hidalgo: por cortesía
os suplico me digáis
si en esta calle habitáis.

ALG. No, señor.

GUZ. Saber quería
si vive aquí un caballero
que se llama...

ALG. El nombre aguardo
que me digáis.

GUZ. Don Bernardo.

ALG. Si no es que sois forastero
o no jugáis, no creeré
que no le conocéis..

GUZ. Sí,
conózcole como a mí;
pero su casa no sé.

ALG. Id con Dios.

GUZ. Muy bien negada
está, que a nadie creo yo
que la justicia buscó
jamás para darle nada.
A don Juan he de avisar
por si es esto alguna cosa
para el otro peligrosa
y que él pueda remediar. *(Vase.)*

ALG. Jamás esperé en mi vida
a nadie que haya venido.

CEL. General desgracia ha sido
de todos reconocida
como el decir caminando
si llueve «que yo saliese
bastó para que lloviese»
y los que pierden jugando.
«Juro a Dios que no me acuerdo
jamás de poder ganar
y que dé yo en porfiar
sabiendo que siempre pierdo.»
Y sin causa y sin razón
hay un género de males
que han dado en ser generales
por ser común la opinión.
Don Bernardo viene allí.

ALG. Y que ha ganado es muy llano,
que trae la bolsa en la mano.

CEL. A lindo tiempo acudí.

(Sale DON BERNARDO *con el bolsillo de escudos en la mano, que iba en el vestido.)*

D. BER. Sin duda quiso ponerse
el vestido y se olvidó
la bolsa en él; pero yo
soy quien soy y ha de volverse.
Escudos son: ¡ah poder,
y que claras muestras das
de tu valor donde estás!

ALG. Esto de salir a hacer
la cuenta a la calle es dar
a entender, a mi ignorar,
que ha negado la ganancia
y se muere por contar.
¡Escudos son, vive Dios!
Y tan divertido está
que ni ve ni siente ya.

CEL. Lleguemos juntos los dos.

ALG. Con orden particular
que de un mandamiento tengo
a llevaros preso vengo.

D. BER. ¿Y es la causa?

ALG. El no pagar
cien escudos que debéis
a Celio, que está presente.

D. BER. Confieso el ser delincuente
si por delito tenéis
deber y no haber pagado
por no tener.

CEL. Hasta aquí
pudiera creerlo así;
pero no estando informado
de esa bolsa que está llena
de escudos, mal me daréis
a entender que no tenéis.

D. BER. ¿Pues qué importa siendo ajena?

CEL. La disculpa general
de todos los jugadores
es esa. Treinta acreedores
tenéis, y os está muy mal

ir preso, y será mejor
que mi deuda me paguéis.
porque en la cárcel haréis
vuestra desdicha mayor.

D. BER. Lo que me deben a mí
cobraré para pagar.

ALG. Eso se ha de negociar
con la parte que está aquí,
que yo bien echáis de ver
lo poco que puedo en eso.

(Salen DON JUAN *y* GUZMÁN.)

GUZ. Sin duda le llevan preso.

D JU. En lo que para he de ver.

ALG. Pues que vos podéis pagando
redimid la vejación
del disgusto y la prisión.
¿De qué sirve ir alargando
el plazo y la cortesía
cuando alarde nos hacéis
y el dinero que tenéis?
Que paguéis con gallardía
quisiera y sin artificio;
que la parte ha de cobrar
o me habéis de perdonar,
porque yo he de hacer mi oficio.

D. BER. Tan desdichado he nacido,
que aun me dejo la opinión
de pobre en esta ocasión
por verme más afligido,
¡Ah suerte aleve y traidora!,
Por la fe de caballero
que llevaba este dinero
a su mismo dueño agora,
y que si no aventurara
mi honor en no le llevar
no sólo con el pagar
las razones excusara,
pero aun la resolución
del prenderme.

ALG. ¿Qué he de hacer
agora en esto?

CEL. Poner
a don Bernardo en prisión.

D. BER. Vamos muy enhorabuena;
que pues no tengo disculpa
en la deuda ni en la culpa,
bien es que pague la pena.
Aunque yo no puedo estar;
preso habré de obedecer:
que vos venís a prender,
pero no podéis juzgar;

D. JU. ¿Qué es esto?

ALG. Este caballero,
en tanto que no satisfaga
un deuda que no paga
va preso, y tiene dinero.

D. JU. ¿Quién es la parte?

CEL. Yo soy.

D. JU. ¿Queréis confiar de mí
esta deuda?

CELI. Señor, sí;
mi derecho en ella os doy.
Y cuando tanto no fuera
vuestro crédito y valor,
con mi persona, señor,
y con mi hacienda os sirviera,
por la virtud conocida
de vuestro cristiano pecho.

D. JU. La merced que me habéis hecho
está tan agradecida
que he de hacer que os pague aquí.
Don Bernardo. Si tenéis
dineros, ¿por qué queréis
ir a la cárcel? Por mí
le habéis luego de pagar.

D. BER. En vuestro vestido hallé
este bolsillo; y no sé
que sea bien hecho el dar
a nadie lo que no es mío.
Y no sólo no pagara,
aunque a la cárcel llegara,
pero si un tirano impío
a mi vida se opusiera
para despojarme de él,
agradecido y fiel,
a vos sólo os le volviera.

D. JU. Según eso, ¿no tenéis
entera satisfacción
de mí?

D. BER. Tenerla es zazón
para estimar lo que hacéis
y no saber resolverme
a más que justificarme,
que si es justo el confiarme
no lo será el atreverme.
En una fe verdadera
poco sabe confiar
quien se adelanta a cobrar
la buena obra que espera;
de más de que es tiranía
si el crédito que yo gano
honrándome vuestra mano
pierdo en tomar de la mía.
Estos escudos os doy,
si es que olvidado se os han,

porque nunca yo, don Juan.
lo estaré de lo que soy.
y en el bien que he recibido
podéis quedar satisfecho
con pensar que lo habéis hecho
por un hombre bien nacido.

D. JU. De vuestro honor me informáis
como si yo lo ignorara.
Si perdiera el ser, me holgara
que se hallara en vos.

D. BER. Mostráis
con hacerme tal favor
el intento valeroso
de pecho tan generoso.

D. JU. Esta es deuda y no valor.
Cuando mi padre vivía
y escasamente guardaba
en vuestra amistad hallaba
todo cuanto no tenía.
Y ahora que de los dos
soy el poderoso aquí,
quiero yo que halléis en mí
todo lo que os falta a vos.
Que mal sabe confiar
el hombre que no se atreve
a pedir a quien le debe
sabiendo que puede dar.
Y como ya el padecer
a pedir no os obligó
también quise daros yo
sin daros qué agradecer.
Ese dinero traía
mi deseo y mi cuidado
y vino más que olvidado
a pagar lo que debía
a vuestra necesidad;
digo en parte, que en el todo,
con más descubierto modo
y con mayor cantidad
no pienso que os satisfago;
porque vos cuando me disteis,
por obligarme lo hicisteis,
pero yo os doy porque os pago.
¿Qué es lo que debéis aquí?

D. BER. Cien escudos me prestó
Celio.

D. JU. Aquí los tengo yo.

D. BER. ¿Y este no es dinero?

D. JU. Sí.
Pero hoy habéis de probar
la mano que podrá ser
que volváis a vuestro ser
si a vos os le puede dar
el dinero.

D. BER. Ya he jurado
de no jugar, y es forzoso
el cumplirlo.

D. JU. Ganancioso
del perder habéis quedado.
Pero mirad que imagino
que no lo habéis de cumplir
por lo que suelen decir
vulgarmente, y no me inclino
a pensar que pueda ser
cumplido en juego ni amor,
ni voto de jugador
ni promesa de mujer.

D. BER. Plega a Dios estadme atento.

D. JU. El proponerlo es mejor,
que en los hombres de valor
la palabra es juramento.

D. BER. Si yo jugare, rabiando
muera, plega a Dios primero;
porque no es sólo el dinero
el que se pierde jugando.
Otras pérdidas mayores
del juego en decir me fundo
que nos hacen en el mundo
a los hombres inferiores.

D. JU. Mi casa, de aquí adelante,
por vuestra habéis de tener,
porque en todo me ha de ser
vuestro consejo importante.
Consultar mis culpas quiero,
y será menor la mía
teniendo en mi compañía
un amigo verdadero.
Y cuando en lo que pretendo
hacer yerre consultando,
errar quiero preguntando
más que acertar presumiendo.
Esto os debe, don Bernardo;
tomad, que a mí me lo dió.

CEL. Nunca esperé menos yo
de proceder tan gallardo.

D. JU. En este diamante va
la parte que a vos os toca.

ALGUA. Hoy se acrecienta en mi boca
la opinión que el mundo os da.

(Dentro.)

¿No hay contra tantos errores
justicia?

(Sale a una ventana DOÑA JUANA.*)*

D.ª JU. Si es la piedad

ley en los nobles, entrad
por esa puerta, señores.
Remediaréis la intención
de un hombre determinado.

D. JU. Que en la piedad el cuidado
os obedezca es razón.

(Vanse. Salen TEODORA, *huyendo, y* DOÑA LEONOR *teniendo a* GONZALO.)

D.ª LEO. ¡Huye, Teodora!

GONZA. Es en vano
pensar que se ha de escapar
de mí.

LEO. Haréte yo cortar
la injusta y resuelta mano.
¡Que no estuviera aquí agora
mi padre!

GONZ. ¡Pues, vive Dios,
que habéis de pagarlo vos,
infame!

TEO. Tenle, señora.
Nunca con él me casaras.

LEO. No pensó, Teodora mía,
el amor que te tenía
que en un hombre granjearas
tan villano proceder.
La justicia viene allí.

(Sale DOÑA JUANA.)

GONZ. ¿Pues qué me importará a mí
que venga, si es mi mujer?
Juez de sus culpas soy.

D.ª JU ¿Qué es esto?

LEO. La injusta vida
de aquella cara ofendida
por breve respuesta os doy,
que sus injurias dirán
de este hombre la tiranía.

ALGUA. Advertid, señora mía,
que está aquí el señor don Juan.

LEO. Disculpe mi inadvertencia
mi enojada confusión.

D. JU. Yo pudiera, con razón,
a tan divina presencia
dar esa misma disculpa;
que al esplendor generoso,
señora, del sol hermoso
de vuestros ojos sin culpa,
de torpes inadvertencias
pueden quedar suspendidos
en un cuerpo los sentidos
y en un alma las potencias.
Porque es tal la perfección
que en vos miro, que he quedado
justamente transformado
en mi propia admiración.

ALGUA. Preso os tengo de llevar.

LEO. Llevadle o lo haré saber
a un alcalde.

GONZ. Es mi mujer
y la puedo castigar.

ALGUA. Sólo tienen permisión
las injurias de la boca,
y lo que agora me toca
a mí es hacer la prisión,
pero no juzgar la ley.

GONZ. No he de ir preso, ¡vive Dios!,
o hemos de rodar los dos
sobre ello.

ALGUA. ¡Favor al Rey!

TEODO. Señora, por Dios te pido
que no le dejes llevar,
ofender ni maltratar,
que, en efecto, es mi marido,
y después he de ser yo
quien venga a pagarlo todo.

CEL. No me descontenta el modo;
lindamente lo agarró.

D. JU. Que no le llevéis os pido,
si es posible.

ALGUA. Vuestro gusto
para mí es ley; y así, es justo
que seáis obedecido.
Si un hombre hubiera, señor,
muerto, también le dejara
como a vos os importara.

D. JU. Estimo tan gran favor.

D.ª JU. Buen arte de caballero
es el que tiene don Juan.

LEO. De discreto y de galán
le dan el lugar primero.

D.ª JU. Tampoco es de desechar
el otro que con él viene,
su poquito de alma tiene
en el talle y el mirar.

LEO. Excusar al fin procura
vuestra lealtad su prisión.

D. JU. Fueros justísimos son
del reino de la hermosura.
Y perdonen los enojos
que habéis podido tener,
que esta vez le ha de valer
el templo de vuestros ojos.
Que aunque es verdad que faltó
su corta capacidad
a tanta divinidad
y ya con sangre violó

las aras de tal sagrado
que salga es injusta cosa
de vuestra presencia hermosa
ninguno a ser castigado.
De don Pedro de Luján
sé que sois hija, y que el cielo
no ha dado criatura al suelo
de más partes, porque están
juntas en vos compitiendo
la juventud y el honor,
la hermosura y el valor,
y también sé que venciendo
con igualdad su grandeza
que os hizo en decir me fundo
un fénix raro en el mundo
de Dios la suprema alteza.

(Sale DON PEDRO LUJÁN.)

D. PE. ¿Qué es esto?
LEO. Pagar, señor,
con uno y otro cuidado
Gonzalo el haberle dado
mujer honrada y honor.
Tras de venirse a amparar
Teodora donde vivía
con más regalo algún día
y segura de pasar
la vida que con él tiene,
hasta esta sala llegó
donde, atrevido, la hirió.
GONZ. Sólo el huir me conviene. *(Vase.)*
LEO. Y viendo que en mí no hallaba
el amparo que pedía
y que él matarla podía
según colérico estaba,
mi prima, de una ventana,
descompuestas voces dió
y el señor don Juan entró,
en cuya piedad humana
halló amparo su intención;
cuando preso le llevaba
un alguacil que aquí estaba,
con piadoso corazón,
de su natural tan propio,
pidió por él.
D.ª JU. Solamente
es un rasguño en la frente
y lo demás fuera impropio.
D. PE. Podrá mandar, como es justo,
mi casa el señor don Juan,
que en ella leyes serán
los preceptos de su gusto.
Si aquella sangre estuviera
en mi rostro, y me mandara
que el delito perdonara,
libre el ofensor se fuera.
Don Juan Ribera de Andrada (1)
vuestro padre, que en el cielo
esté, siendo yo mozuelo,
fué en Flandes mi camarada
y mi amigo el más fiel.
En un día recibimos
el hábito, y juntos fuimos
a la jornada de Argel,
en una misma galera
Fernán Cortés, él y yo;
por señas de que quedó,
sí, aquel año pienso que era,
preñada aquí vuestra madre;
y acuérdome de un favor
que hizo el Emperador
a Cortés y a vuestro padre.
Después ya de haber pasado
aquella borrasca fiera,
por fin, el sol en su esfera
dijo, vuelto al mar impío:
«Si es que escapado se han
Fernán Cortés y Don Juan,
el mundo vendrá a ser mío.»
En diversas ocasiones
sirvió con tal valentía
que, cuando memoria hacía
de sus heroicos blasones,
siempre le daba el lugar
que por su espada ganó (2).
D. JU. El de esos pies debo yo
con mis labios ocupar,
que en el afecto amoroso
con que de mi padre habláis
un corazón me enseñáis
amigable y generoso.
En papeles que he rompido
de un escritorio he hallado
cartas vuestras que han mostrado
lo que aquí habéis referido;
que en una, si no me engaño,
desde Ceuta le ofrecíades
un caballo que teníades.
D. PE. Es verdad, y era un castaño;
Llamábase «Pensamiento»,
y si corría mostraba

(1) La voz «Rivera» está entre líneas y tachado el «Benegas», que es el que pone siempre el ms. del Mus. Brit.

(2) Los 33 versos anteriores sólo se hallan, aunque tachados, en el ms. de la Bib. Nac., si bien se ve que hacen falta para el sentido de lo que sigue

que en pies y manos llevaba
hecho pedazos el viento.
Tres moros en él maté
una tarde en Berbería.
Honor del Andalucía
y rayo en Africa fué.

D. BER. Bravamente se acreditan
con la persona los hechos;
nada en cuantos tienen hechos
mis pensamientos le quitan;
que ya me parece a mí,
sólo de oírlo contar,
que le he visto alancear
los moros que ha dichaquí.

D. PE. ¿Por qué te hirió tu marido?

TEO. Por lo ordinario, señor.

D. PE. Bástale el ser jugador.

TEODO. Después ya de haber perdido
de mi dote y mi ajuar
todo cuanto en casa había
esta cadena quería
quitarme para jugar
y tras mí vino impaciente
aquí, donde me dió agora,
delante de mi señora,
este rasguño en la frente
después de un mal tratamiento,
como si pudiera ser
del jugar y del perder
la culpa mi casamiento.
Seis meses ha justamente
que anda empeñando y vendiendo,
y aunque reducir pretendo
un error tan imprudente
de que puedo ser juez,
sus culpas, señor, me niega
con decir que sólo juega
por ver si gana una vez.

D. BER. Eso fué en un tiempo mío,
y con un nuevo escarmiento
ratifico el juramento.

D. PED. De tu quietud desconfío
si en él ese vicio ha dado.
Para vivir de esa suerte,
vuélvete a casa, y advierte
que no hay tan dichoso estado
como vivir sin disgustos.

TEO. Esta casa, señor, fué
la cuna en que me crié
y que te obedezca es justo.

D. PE. Teodora, señor don Juan,
fué aquí dos veces criada;
rabió por verse casada,
que las mujeres no están
libres en sí, según creo,
y después que han conocido
los errores de un marido
lloran su mismo deseo.

D. JU. Si ella, señor, ha fundado
tras de esta nueva mudanza
el gusto y la confianza
en el dichoso sagrado
que vuestra casa le ofrece.
En ella desquitará,
con segundas bodas ya
lo que sin ella padece.

D. PE. De la casa y de su dueño
puede vuestra voluntad
hacer con seguridad
un reconocido empeño;
que no hay cosa que me cuadre
como el serviros, por Dios,
porque estoy mirando en vos
el alma de vuestro padre.

D. JU. Dichoso, señor, me haréis
en todo si me mandáis.

D. PE. Mil años, don Juan, viváis
por la merced que me hacéis.

D.ª JU. Parece que con cuidado
has reparado en don Juan.

LEO. No es, prima, el sol tan galán.

D. BER. Bravamente la has mirado.

D. JU. Si juego puedo llamar
a un amor recién nacido,
todos habemos perdido;
pero no quiero jurar,
aunque pienso que ha de darme
este juego más cuidado.

D. BER. ¿Por qué?

D. JU. Porque estoy picado
y he de querer desquitarme.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA DE LA FAMOSA COMEDIA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA

JORNADA SEGUNDA

DE LA FAMOSA COMEDIA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA

(Salen HERNANDO *y* GUZMÁN.*)*

GUZ. El don, Bernardo, merece
cualquiera buena amistad,
que es amable su bondad,
según a mí me parece,
y fué el traerle consigo
bien hecho.

HER. Eso no sé yo
si fué bien hecho o si no,
Guzmán, que siempre un amigo
de aquellos comilitones
se acredita de leal
con ahorros de caudal
cercenando las raciones.
Bien puede hacerle don Juan
cuantos favores quisiere,
que como a mí no me altere
mis doce cuartos y un pan,
no diré esta boca es mía,
porque en llegando a lo vivo
de la muquición recibo
notable melancolía.
Y es que me parece a mí
que es una pobre ración
el dedo del sabañón
que todo le topa allí.

GUZ. Antes don Bernardo ha dado
muestras de ser dadivoso,
espléndido y generoso.
Después que corre el cuidado
de la casa por su cuenta,
cuanto le falta previene,
en que se ve que no tiene
la inclinación avarienta.

HER. El no es tahur y jugó,
pues dejad que se resuelva
segunda vez y que vuelva,
que entonces le temo yo.

GUZ. De suerte se ha introducido
su temor en su escarmiento,
que no sólo el juramento
que tiene hecho ha cumplido,
mas sobre hacerle mirar
le he visto tan descompuesto
que parece que le han puesto
en los naipes rejalgar.

HER. Una vez decir oí
que un jugador despechado,
después de juramentado,
se fué al infierno, y allí,
viendo cuán ocioso estaba
en tan eterno trabajo,
dijo volviendo hacia abajo
la caldera en que penaba:
«Señoras almas: ¿qué hacemos?
Ya que por jugar venimos
algunas que aquí afligimos,
vengan naipes y pintemos.»

GUZ. Buen garito.

HER. De verano,
pesadumbres y calor.

GUZ. ¿Y jugaban?

HER. El dolor;
que éste le tienen en vano
tahures de almas difuntas
y sería en su dinero
la mano del garitero
en garfio de cinco puntas.

GUZ. Muchos mirones habría.

HER. Tiénenlos allá encerrados
los demonios ya cansados
de su enfado y grosería.

GUZ. Estarían renegando.

HER. Poco en eso se desvelan,
porque aun allí se consuelan
con sólo estar deseando
que paren cuartas y quintas
y que nunca de seis baje
la suerte y sirva de encaje
por que corran más las pintas.

(Sale DON BERNARDO.*)*

D. BER. Huélgome de haber oído
cuanto has dicho. No haya miedo,
Hernando, que si yo puedo
vuelva a lo mismo que he sido.

HER. Señor...

D. BER. Sin disgusto estoy,
no tienes de qué turbarte,
lo que has dicho he de premiarte
con un doblón que te doy.
Que sin duda el fiel ordena
que para más desengaño
escuche mi propio daño
tan bien dicho de boca ajena.

HER. Sólo de manos tan francas
pude esperar tal favor.
Más años vivas, señor,
que un privilegio en Simancas.

D. BER. Mirad si ese paño es bueno
que saco para vestiros,

que no quiero reduciros
a enfados de gusto ajeno.

GUZ. Peregrino es el color,
ya debe de estar sacado.

D. BER. Eso fuera haberos dado
muestras también de mi error
que si sacado estuviera
siendo ya fuerza el poneros
los vestidos que han de haceros
necia la pregunta fuera.
Siempre fue ignorante medio
de torpes legisladores
al consultar los errores
cuando no tienen remedio.

GUZ. No sólo en respuesta tal
has mostrado tu nobleza,
pero ya de tu agudeza
das evidente señal.
Porque el indicio mayor
de que un hombre tiene agrado
es consultarle al criado
la voluntad del señor.
Quien sirve, al gusto ha de andar
de su dueño, y no es razón
menos que con su opinión
elegir ni reprobar.
Y así, como él se contente
del precio y de la color,
yo también digo, señor,
que me parece excelente.

(Sale DON JUAN, *vistiéndose.)*

D. BER. Buenos días os dé Dios.

D. JU. Bien lo madrugáis a fe.
A las siete recordé,
y preguntando por vos
andabais ya en el lugar.

D. BER. Los pobres para vivir
sólo han menester dormir
lo que basta descansar.
Que sólo el que ve nacer
del sol la luz soberana
halla capaz la mañana
de cuanto tiene que hacer.
Un filósofo decía
que duerme un hombre engañado
después de haber recordado
la primera luz del día.
y el mucho dormir entiendo
que es la traición que al vivir
hace un hombre si es morir
lo que se viene durmiendo.

D. JU. Yo pienso que el no jugar
es en vos filosofía.

D. BER. Jugando yo sólo hacía
discursos para buscar
más dineros que perder,
y agora que busco el modo
de vivir, reparo en todo
y vivo para saber.
A cuatro ducados queda
este paño concertado.

D. JU. El color es extremado
y el paño como una seda.
¿Paréceos que será bueno
que lo saquemos tan fino?

D. BER. No sólo así lo imagino;
pero lo demás condeno.
Que cuando sea más basto
lo desluce la apariencia
y es mucha la diferencia
y poco menos el gasto.
Cuando no son excusados,
mientras que sois poderoso
mostrando en ser generoso,
don Juan, con vuestros criados;
y así no os podrá ofender
con decir el maldiciente
que les dais escasamente
aquello que han menester.

HER. Habló con brava eficacia,
y que ha buscado imagino
el verdadero camino
de conservarse en mi gracia.

D. JU. Dueña es vuestra voluntad
de mi gusto y de mi hacienda,
sin que ninguno os defienda
el modo y la cantidad.

D. BER. Tenéis un esclavo en mí,
y haber nacido quisiera
con vida que no tuviera
jurisdicción de por sí;
que en desearlo me fundo
por hacer una de dos
que la viviésedes vos
aunque yo faltase al mundo.

HER. Notable encarecimiento.

GUZ. Es, Hernando, bien nacido
y se halla agradecido
y con buen entendimiento.

(Sale un PAJE.)

PAJ. Ya, señor, he trasladado
el memorial.

D. BER. Muestra a ver.

Como dijisteis ayer
cuando veníades del Prado
que será justo pedir
la encomienda que tenía
vuestro padre y que sería
acertado el escribir
para el Rey un memorial,
éste hice como quien
sabe sus servicios bien
y vuestro gusto.

D. JU. Inmortal
seréis por bien obligado.
La vida que deseáis
para mí ya me la dais
con excusarme el cuidado.

GUZ. El amigo verdadero
es aquel que se desvela
sin engaño y sin cautela
en sólo buscar primero
el aumento de su amigo,
olvidando, en su amistad,
su propia comodidad.

HER. Así lo pienso y lo digo;
porque los demás, hermano,
que pican en la opinión
y se desparecen, son
abejorros del verano.

D. JU. Esperaos todos allá. *(Vanse.)*
Don Bernardo: en la hermosura
de doña Leonor me ha muerto
aquel sol de dos pedazos
en poca parte de cielo;
aquel mundo reducido
a lo inmortal de su imperio;
gobernada tiranía
de la juventud del tiempo,
aquella deidad humana
que sobre abismos de fuego
imperando majestades
martiriza atrevimientos;
aquella por quien mi vida
padece en tan breve tiempo
que cierra, de avergonzada,
los ojos al sentimiento,
y, finalmente, aquel ángel
que con blando movimiento
fué inteligencia divina
en la esfera de mi pecho.
Pienso que para infundir
alma nueva en mis deseos
en su belleza inspiraron
boca y ojos, luz y aliento.
Tan muerto de amores vivo,
que mi espíritu sospecho
que sin alma se ha quedado
a padecer en el cuerpo.
Esta noche no he dormido;
pero qué mucho sí tengo
un amor de tantas veras
por despertador del sueño;
una fe sin confianza,
una desdicha sin premio,
una confusión con alma
y una esperanza sin cuerpo.
Si ardientes suspiros míos
no son rayos, por lo menos
ya nacen de esfera mía
y cumplen con parecerlo;
a menos fuego se inclinan;
que exhalaciones de un pecho
al principio del amor
son cometas del deseo.
Apenas llegué a mirar
su hermosura, padeciendo
cuando oyó fácil disculpa
mi pena en mi entendimiento.
Que nunca, a mi parecer,
es el amor verdadero
si en un alma bien dispuesta
se imprime a fuerza del tiempo.
Mucho quisiera abstenerme
de las llamas de este incendio;
pero si no puedo más,
¿cómo es posible hacer menos?
Pedídsela para mí
hoy a su padre, advirtiendo
que en seguras calidades
la cantidad es lo mesmo
y que en su hacienda renuncio
cualquiera acción y derecho;
que poco estima sus dichas
quien las reduce a dinero,
y, a ser posibles en mí
la potestad y el deseo,
la dotara en tantas almas
como tengo pensamientos.
Allaná dificultades,
ya rogando, ya pidiendo;
que no es bien que gloria tanta
se alcance con muchos ruegos;
y el intento conseguido
todos los cuatro tendremos:
don Pedro, gusto; ella, esposo;
yo, quietud, y vos, contento.

D. BER. Tal es vuestra inclinación
y la parte que yo tengo

en tan discreta elección,
que a poner en ella vengo
el gusto y el corazón.
Su dote y su calidad,
hermosura, ingenio, edad,
virtud y recogimiento,
aprobando vuestro intento,
disculpan la voluntad.

(Salga GUZMÁN.*)*

GUZ. Aquella mujer que a mí
noticia de vos me dió
estando malo está aquí.
D. BER. ¿Búscame?
GUZ. Pienso que no.
D. JU. ¿Quiere hablarme?
GUZ. Señor, sí.
Y yo también imagino,
según lo que determino,
que alguna necesidad,
en fe de tu caridad,
es el fin de su camino.
D. JU. Mil gracias al cielo doy,
que tan venturoso soy
que en mí remedian sus penas
necesidades ajenas.
D. BER. Para que os hable me voy.
A tal estado algún día
llegué, que ella, con ser pobre,
piadosa, me socorría,
y aquí es fuerza que nos sobre
o su vergüenza o la mía;
y pretendo, recatado,
dar lugar a su cuidado,
que nadie imagino yo
que sin vegüenza pidió
adonde saben que ha dado.
D. JU. Dile que entre.
D. BER. Sólo os pido
que, en su piedad advertido...
D. JU. Lo que queréis decir sé.
Claro está que pagaré
la que con vos ha tenido.

(Entra DOÑA MARÍA.*)*

D.ª MA. ¡Qué avergonzada que llego!
D. JU. Qué cortos que da los pasos;
que en el vergonzoso fuego
de su rostro muestra escasos
el camino y el sosiego.
Mal daréis vuestra embajada
tan confusa y recatada.
D.ª MA. No os espante mi temor,
que vengo a pedir, señor,
a quien no me debe nada.
Señor don Juan: advertida
de que siempre halló acogida
en vuestra piedad cristiana
cualquiera miseria humana;
confiada, aunque afligida,
a vuestros pies he llegado.
Preso está un hermano mío
y a muerte ya sentenciado,
y yo tal, que desconfío
del remedio en mi cuidado.
Un hombre mató riñendo
cuerpo a cuerpo, y sólo entiendo
que la parte interesada,
de algún dinero obligada
perdonara, concediendo
el deseado perdón
a su vida y mi quietud.
D. JU. Que se agradezca es razón
en tan hidalga virtud,
tan noble satisfacción.
Ese hermoso parecer
bien informa de su ser,
porque en Madrid esa cara
presto a su costa comprara
el dejar de padecer.
Y vuestro valor condena
el honor que se enajena
de sí, pues tendréis y dais,
y sois tal que conserváis
con el pedir el ser buena.
Crédito abierto tenéis
en mi hacienda; bien podéis
pedir lo que de vos quiere
la parte, que lo que fuere
en oro lo llevaréis.
D.ª MA. Dejad que os bese, señor,
los pies.
D. JU. Mirad que es error
que tan humilde os mostréis
cuando a vos misma os debéis
la obligación y el favor.
Id con Dios y no perdáis
tiempo si es que procuráis
que no llegue el perdón tarde.
D.ª MA. Mil años el cielo os guarde. *(Vase.)*
D. BER. Lindamente despacháis.
D. JU. En su hermoso rostro veo
un cielo cifrado y creo
que si aquí más estuviera,
siendo tal que se atreviera
a su virtud mi deseo.

Y no quiero dar lugar
a que pueda profanar
el templo de su belleza
una atrevida flaqueza
por un fácil desear.

D. BER. Siempre en todo habéis mostrado
que para el ser generoso
de vos mismo estáis premiado;
que el que da vanaglorioso
da por que sepan que ha dado.
Y el dar para que después
lo sepan todos, no es
grandeza, porque en razón
desdice a la inclinación
esa parte de interés.
Y en vos aun pudo faltar
el hacerlo desear;
de más que se ha de inferir
que está cerca de pedir
quien se detiene en el dar.

(Dentro.)

Ya la limosna se ha dado
por junto, señor soldado.

D. JU. ¿Qué es eso?

(Salgan HERNANDO *y* GUZMÁN.*)*

HER. Un hombre atrevido
que de Flandes ha venido,
según dice, estropeado.
Tan de rondón quiere entrar
a pedir y a vocear
sin esperar ni sufrir,
que con entrar a pedir
parece que viene a dar.
Porque trae así una mano
de un balazo luterano
piensa que trae su pobreza
un juro puesto en cabeza
de todo el género humano.
Si a Su Majestad sirvió
y el brazo le estropeó
su poca ventura allí,
¿hemos de pagarle aquí
lo que en Flandes peleó?
Acuda a palacio y dele
voces a Su Majestad,
si es que la mano le duele,
y si no a la caridad
de San Jerónimo apele,
que aquí sólo ha de gritar
quien se cansa de servir
y se harta de esperar.

D. JU. A nadie se ha de impedir
la puerta en queriendo entrar.
Dale, Guzmán, cien reales.

HER. Por amor de Dios, Guzmán,
que no se los déis cabales.

(Sale un PAJE.*)*

PAJ. Dos caballeros están
a nuestros mismos umbrales
en un coche.

D. JU. Convidado
estoy; comed vos y haced
lo que os tengo suplicado.

D. BER. Idos con Dios, y creed
que os he de haber negociado
hoy en todo el día el sí.

D. JU. Esas dos letras decí,
que en mi rostro las ponéis,
pues ya con ellas tendréis
un seguro esclavo en mí. *(Vanse.)*

(Salgan DOÑA LEONOR, TEODORA *y* DOÑA JUANA.*)*

D.ª LEO. De suerte me han afligido
las cosas que me has contado
que en un año te han pasado,
Teodora, con tu marido,
que si pendiente estuviera
la humana generación
de mí y fuera obligación
que yo la mano le diera
a un jugador, que faltara
no dudes, Teodora mía,
a esta mortal monarquía
aunque el mundo se acabara.
Casarme bien o morir.

D.ª JU. Extraño encarecimiento.

LEO. Notable aborrecimiento
pudieras, prima, decir.
El ardid más importante
de la guerra es el echar
por la tierra o por la mar
alguna copia delante
a sólo reconocer;
y así, yo casé primero
a Teodora porque quiero
examinar y saber
los peligros deste estado,
del matrimonio, batalla
en quien remedio no halla
un error ejecutado.
Porque en esta civil guerra
menos, si un fácil vicario
dispensa, dura el contrario
para dar con él en tierra.

Y supuesto que me advierte
claramente el desengaño
que está de tan grave daño
sólo el remedio en la muerte,
¿para qué he de persuadirme
a un engañoso interés
donde no importa después
quejarme ni arrepentirme?

D.ª JU. Nunca acertó quien ignora,
y también, para no errar,
ceniza pienso tomar
en las penas de Teodora.
Que mi error sería injusto
habiendo en pena tan fiera
visto ya la calavera
de un casamiento à disgusto.

TEO. Menos un fiero dolor
de costado viene a ser
que el casarse una mujer
con un hombre jugador.
Antes otra vez me ahogue;
pudiera a temblar ahora
del miedo apostar, señora,
con las minas del azogue.
Cien espíritus malignos
son legión menos cruel
que el repartido cartel
de «aquí venden naipes finos»,
Si en el infierno no fuera
tan de balde el dar posadas
y estuvieran rotuladas,
ésta la tablilla fuera.
Si algún consuelo he tenido
de todo lo que he pasado,
es haberos avisado
de lo que yo he padecido.

D.ª LEO. De mi parte yo te fío
que nunca has de ver, si puedo,
las estampas de tu miedo
en los temblores del mío.

D.ª JUA. Lo mismo de parte mía
te juro.

TEO. Lluevan rigores
sobre esos hombres traidores
que juegan el sol del día.

D.ª JUA. ¡Qué lindo marido hiciera
don Juan!

LEO. Si no es que te ha dado
jurisdicción mi cuidado
para hablar de esa manera,
transformada estás en mí,
supuesto, prima, que creo
que el alma de mi deseo
formó esa razón en ti.
Con ese sí que sería
dichosa si me casara,
aunque también me informara
si juega, que no tendría
seguridad su virtud
en conociendo este vicio;
demás de que es fuerte indicio
para temer su inquietud.

(Sale DON PEDRO.*)*

D. PE. Resolver, hija, contigo
ahora quiero lo que ya
te he propuesto, porque está
tan quebradiza conmigo
mi salud, que por momentos
temo que mis ya cansados
años dejen malogrados
tu quietud y mis intentos.
Dos iguales pretendientes
en hacienda y calidad
te piden tu voluntad.
Podrá, sin inconvenientes,
en qué poder reparar,
elegir y aun escoger,
si es que en los dos puede haber
cosa que poder dejar.
Entre muchos que han pedido
tu sí y tu mano éstos son
de tan igual opinión
en Madrid, que no he sabido
determinarme a elegir
a fin sólo de no errar
y darte en dos más lugar
en que poder discurrir
Cada uno de ellos tiene,
para que mejor se entienda,
la calidad y la hacienda
que en esta memoria viene.

(Dale un papel.)

Y yo, por que a mi poder
no le haga resistencia
tu siempre humilde obediencia,
te quiero dar a escoger.

LEO. Tanto fundo mi nobleza
en agradarte y creerte,
que hago del obedecerte
segunda naturaleza.
Nada es justo que te niegue,
y si algo, señor, te pido,
es que me des un marido
tan prudente que no juegue.

Mientras pudieres ahora
toma ejemplo en lo que pasa,
si no quieres que a tu casa
me vuelva, como Teodora.
Que ejecutado el intento,
podré culparte, señor,
de cometer este error
a vista del escarmiento.
Y si replico ha de ser
por excusarte una culpa
donde es la mayor disculpa
el callar y el padecer.

D. PE. ¿Tú, al fin, no has de replicar
en no siendo jugador
uno de ésos?

LEO. No, señor.

D. PE. Pues volveréme a informar,
supuesto que fácilmente
puedo hacerlo. Espera aquí. *(Vase.)*

LEO. Con esto tendrás en mí
siempre una esclava obediente.

D.ª JUA. Con lo que hace ha probado
tu gusto.

TEO. Tal has andado
que parece que has pasado
la misma vida que yo.

(Sale DON BERNARDO.*)*

D. BER. Por excusaros, señora,
la novedad que os haría
el decir que yo tenía
cosa en que hablaros ahora,
con un recado, he querido
llegar a vuestra presencia
antes de pedir licencia,
disculpado aunque atrevido.
Don Juan Ribera de Andrada
por mí a pediros envía
a vuestro padre, y sería
resolución mal fundada
el hablarle sin saber
de lo que habéis de gustar,
que si a él toca el aprobar,
a vos sola resolver.
De la virtud y valor
de don Juan el informar
pienso que puedo excusar
si es que lo dice mejor
la común y general
voz del pueblo y yo también,
que nunca nadie habló bien
de ninguno que obra mal;
y sólo sé encarecer
que es generoso y prudente,
rico en el dar solamente,
pero pobre en el tener.

TEO. No se te olvide, señora,
lo del juego.

LEON. Claro está,
mucho me dicen que da.

D. BER. Si el sol, hijo del aurora,
llegara a ser monarquía
de este gallardo español,
por dar los rayos del sol
dejara sin luz al día.

D.ª LEO. Notable encarecimiento.

D. BER. Antes falta en su alabanza
todo aquello que no alcanza
mi rústico entendimiento.
Porque aunque sus partes veo
y he podido conocellas
sólo podré encarecellas
con la parte del deseo.

TEO. Lo del juego.

D.ª LEO. A no tener
esta falta universal,
en todos tan general,
bien se pudieran creer
sus partes de su virtud.

D. BER. ¿Qué falta?

D.ª LEO. La que en Madrid
es espía y adalid
contra la mayor quietud;
que aunque en él puede caber
el jugar y el ser prudente,
con tal vicio fácilmente
podrá dejarlo de ser.

D. BER. Señora: en toda su vida
puede decir hombre humano
que ha visto naipe en su mano.
Y en virtud tan conocida,
si no es maliciosamente,
nadie informar ha podido
en culpas que no ha tenido.
El tahur, el imprudente
y el poco considerado
solamente he sido yo;
pero ya el tiempo me dió
el remedio que he tomado.
cuando, imprudente, jugué,
todo el crédito perdí,
la virtud desconocí
y el tiempo desperdicié.
Y viéndome convencido
de mi daño, hice, señora,

juramento, y voy ahora
restaurando lo perdido.

D.ª JUA. En que lo cumpláis está
el remedio.

D. BER. Es desengaño
con evidencias del daño
y es fuerza el cumplirlo ya.

D.ª LEO. Por la parte de don Juan
me aseguráis, en efeto...

D. BER. En un hombre tan discreto
nunca los intentos dan
ocasión al vencimiento
de los vicios. Si algún día
constare, señora mía,
que yo, apasionado, miento,
no sólo quiero haber sido
cómplice en aqueste error,
pero quedar por traidor,
falso, aleve y fementido;
porque fundado en razón
no hay engaño si se ordena
sobre confianza ajena
que no venga a ser traición.

D.ª LEO. Mi padre viene. A que vos
me pidáis estoy dispuesta,
que un gusto y una respuesta
habéis de hallar en los dos.

(Sale DON PEDRO.*)*

D. PED. Si a otro gusto no te mides
será imposible el hallar
un hombre en todo el lugar
con las partes que le pides.
Mozo, noble y poderoso
en Madrid y que no juegue
es pedir al sol que niegue
su siempre esplendor hermoso;
y, finalmente, imposible
me ha parecido, Leonor,
el hallarle.

D.ª LEO. A mí, señor,
me ha parecido posible.
Rico, mozo y principal
hay en Madrid caballero
con las partes que le quiero.

D. PE. ¿Y qué importa que sea tal
como tú dices, Leonor,
si ése no te pide a ti?

D.ª LEO. También me pretende a mí
para su esposa, señor.

D. PE. Que digas su nombre aguardo.

D.ª LEO. En este sí que hallarás
lo que pido, y lo demás
diga el señor don Bernardo.

(Vanse las tres.)

D. BER. Don Juan Ribera de Andrada,
a quien vos...

D. PED. ¿Pídeme a mí
a mi hija?

D. BER. Señor, sí.

D. PE. Pues ya viene aquí sobrada
la intención en el decir
que si me pide a Leonor
el ser él es lo mejor
para poder persuadir.
De mi hija, honor, hacienda,
vida, voluntad y ser
puede desde hoy disponer
como él mismo lo pretenda;
que en virtud tan conocida
imposible será hallar
mi dicha mayor lugar
si fuese eterna mi vida.
Suplícoos que le digáis,
pues por él habéis venido,
la fe que habéis conocido
en el sí que le lleváis.
Que lo disponga a su modo,
que sólo me toca a mí
el obedecer aquí
lo que él ordenare en todo.

D. BER. Esa respuesta, señor,
le daré, vanaglorioso,
a don Juan.

D. PE. Con tal esposo
dichosa será Leonor,
y en mí, a pesar de los años
de mi sangre helada y fría,
en un Jordán de alegría
volverán atrás mis años.

(Vanse. Salen DON JUAN, GUZMÁN *y* HERNANDO.*)*

GUZ. No puede, a mi parecer,
tardar mucho don Bernardo.

D. JUAN. Sí tardará, que le aguardo
con deseo de saber.
¿Qué te parece, Guzmán,
de Tello, el primo del Conde?

GUZ. Que en su valor corresponde
a la opinión que le dan,
con su prudencia y quietud,
en su sangre y en su honor,
pues lo que es culpa, señor,
aun parece en él virtud.
Con tanta prudencia juega

y con tanto sufrimiento,
que al natural sentimiento
de sus pérdidas se niega.
El es tahur en bonanza,
mar en leche y sin tormenta.

HER. No es posible que no sienta.

GUZ. Siente, sin hacer mudanza,
medido con un compás,
en el ganar y el perder.

HER. Para con Dios suelen ser
esos los que gruñen más;
que en el azar o el encuentro
callando hacen mayores
sus rabias, que hay gruñidores
hacia la parte de adentro;
que, como peligro hallan
en lo que quieren decir,
mascan lo que han de gruñir
y es lo peor lo que callan.

GUZ. No es el otro tan prudente;
todo lo ofende y le topa.

HER. Es colérico de estopa:
llamaradas solamente.
Haga, el que no puede más,
pasaje a su sentimiento,
pues no hay ningún mandamiento
que diga: «no rabiarás».
Demás de que para nada
son buenas en vuestra vida
una pena de reñida
y una cólera mascada.

D. BER. Por no perturbar aquí
la propiedad de los dos
no os pido albricias por Dios,
pedídmelas vos a mí;
pues sois, don Juan, tan dichoso
que hoy, como no dilatéis
vuestro gusto, ser podréis
de doña Leonor esposo.
De suerte se conformaron
hija y padre en las razones
que de los dos corazones
las letras del «sí» formaron.
Y con los ojos mostraban,
según a entender me dieron,
que de lo que concedieron
nació lo que deseaban.
Vuestra es ya doña Leonor.

D. JU. Y vuestra también mi vida
y desta gloria adquirida
vuestra la parte mayor.
Mi hacienda, mi calidad,
mi ser, mi honor, mi quietud
es vuestra, que a tal virtud,
tal valor y tal bondad
estoy tan reconocido
que si el alma hacer pudiera
sacrificio, el alma os diera
justamente agradecido
Todo sucede este día,
don Bernardo, en mi favor:
la fortuna y el amor
están hoy de parte mía.
Después de haber acabado
de comer los que me hicieron
el banquete, me pidieron
que jugase y he jugado.
Por vos y por mí jugué,
y en un pensamiento allí,
sin ver suerte contra mí
mil escudos les gané.
Dale, Guzmán, los quinientos
a don Bernardo.

GUZ. Aquí están (1).

D. BER. Vos, al fin, habéis, don Juan,
jugado ya.

D. JU. Mis intentos
carecen de la intención
y el estilo y proceder
de otros que llegan a ser
tahures de corazón.
Parecióme que sería
mostrarme corto en los modos
si no hiciera lo que todos
con agrado y cortesía.
Los extremos son viciosos
y tal vez tiene una culpa
agradecida disculpa
en los hombres virtuosos.
Y al fin gané, si he jugado.

D. BER. Eso es lo que yo he sentido,
que lo que hoy habéis perdido
es sólo el haber ganado.
El cebo más verdadero
con que empieza a disponerse
un hombre para perderse
es siempre ganar primero.
¿Nunca habéis visto un traidor
que por no dar a entender
el daño que quiere hacer
empieza lisonjeador

(1) Los 46 versos que anteceden faltan el ms. de Mus. Brit.; pero, aunque tachados, están en la Biblioteca Nac. y son necesarios para la inteligencia del texto.

a divertir y a engañar?
Así los principios son
de esta inquieta perdición:
dulce siempre al empezar.
Los que empezaron perdiendo
se encogen escarmentando;
pero los que entran ganando
se incitan apeteciendo.
Y en fe de que no jugáis,
por lo que le he dicho yo,
el sí que traigo me dió
doña Leonor.

D. JU. Vos culpáis
sin causa el error de un día.

D. BER. Muy mal me habéis entendido.
No siento el que habéis tenido,
sino el que nacer podría.
Sólo de haber empezado.

(Sale un PAJE.)

PAJ. Los que jugaron te envían (1)
el coche.

D. JU. De mí confían
supuesto que han esperado.
Palabra di de volver,
y es fuerza hacerlo.

D. BER. Esto es hecho.
Por el camino derecho
os vais, don Juan, a perder.

D. JU. Ser descortés no sería
justo.

D. BER. A muchos, por su mal,
los tiene en el hospital
en Madrid la cortesía.
En servir a los señores
y obedecellos es justo;
mas no cuando de su gusto
se siguen nuestros errores.

D. JU. Mil escudos les gané.
Cuando no pueda excusar
el venirme sin jugar
perder la mitad podré
de lo mismo que he ganado.

D. BER. En eso a decir me atrevo
que no sabéis, como nuevo,
lo que es un hombre picado.

D. JU. Venid conmigo.

D. BER. Eso, no.
Yo juré que no he de entrar
adonde vea jugar
y he de cumplirlo.

D. JU. Pues yo
les dije que volvería
y he de volver, que no quiero
que el temor de mi dinero
me obligue a una grosería.

D. BER. Luego el dinero pensáis
que sólo habéis de perder.
Eso es también no saber
los peligros que lleváis.
Disculpa, si no se enmienda,
tendrá el que llegue a pensar
que sólo puede parar
sus pérdidas en su hacienda.
Esta es siempre la menor
de las que asidas están
al ser del alma, don Juan,
en los hombres de valor.

D. JU. Mal decís, y perdonad
si esto os contradigo a vos.
Quedad en paz.

D. BER. Id con Dios.
Y pues vuestra voluntad
a mi consejo se niega,
vos veréis en la ocasión
cuán diferentes que son
las pérdidas del que juega.

Finis.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA DE LA FAMOSA COMEDIA DE *LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA*

TERCERA JORNADA DE *LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA*

(Salen DON BERNARDO *y* GUZMÁN.)

D. BER. ¿Qué es esto, Guzmán?

GUZ. Señor:
dar principio a sus desdichas
y fin a nuestra esperanza.
Por más dineros me envía.

D. BER. Los que consejos no admiten
ni experiencias comunican
engañados se resuelven
y perdidos se lastiman.
Nunca el convite aceptara,
donde fué su cortesía

(1) En el ms. tachado: «El marqués y el conde invían.»

rejalgar para el honor
y para el crédito acíbar.

GUZ. Cuatro mil escudos pierde,
y es lo peor que porfía
a desquitarse perdiendo;
que esta es la mayor desdicha.
Volvió a la conversación,
y aunque dijo que volvía
sólo a cumplir su palabra,
fueron tantas las caricias,
las lisonjas, los halagos,
los ruegos y las porfías,
que le hicieron olvidar
la fe con que pronosticas
de su detenida culpa
las ya dobladas ruinas
que de lo quitado a un vicio
en el mayor se desquita;
conspirados se mostraron
en su daño hasta la silla
que dejó cuando se vino
con esperarle vacía.
Quinientos escudos de oro
de los mil que yo tenía
fueron breve duración
de una encartada de pintas.
Perdiólos, y parecióle
desairada cobardía
rendirse a corta distancia
estando tan a la vista
cómo, en opinión de rico,
a la del caudal le tiran;
que en esto el más alentado
cree que menos desperdicia.
Tomó el naipe y uno dijo,
«a cuarenta y ciento en pinta»,
si bien, a mi parecer,
porque pensó que no había.
Pero don Juan, mi señor,
no tanto por la codicia
como por no desdecir
su natural gallardía,
dijo: «¡a ciento!», y perdió quince.
Conque ya tiene adquirida
la causa para él picarse,
para él perder la desdicha.
Y como leal criado
te suplico que prosigas
los amigables consejos
con que del daño le avisas;
que yo, obediente a tu gusto,
hoy haré de parte mía
dilatada mi tardanza
o la nave perdediza.

D. BER. En eso se echa a deber,
que no tienes conocidas
las pérdidas del que juega.
Otras hay que están asidas
tanto más a la opinión,
al alma, al ser, a la vida,
al respeto y la virtud
pues se premia de sí misma,
que es la de dinero siempre
la menor, si la codicia
le deja al entendimiento
una razón discursiva.
Ya le di, con mi experiencia,
consejos en que podía
conocer de un noble pecho
una voluntad sencilla.
Entra y lleva lo que pide,
que mal remedio sería
no hacerlo si tiene ya
el crédito y la porfía.

GUZ. Sí habrá de parar en esto.

D. BER. No, Guzmán, que siempre miran
los principios de este año
al fin de muchas desdichas.

HER. A todo pobre señor,

(Vase GUZMÁN *y sale* HERNANDO.*)*

desengaño desde agora.
Quien viniere aquí a pedir
ya no tiene a qué venir
si el tiempo no se mejora.
Mi amo pierde, en verdad,
una muy gran cantidad;
y pocas veces creo yo
que adonde Bilhán entró (1)
no salió la caridad.

D. BER. ¿Pues eso?

HER. Pobres despido;
desesperación, primera
de un hombre, cuando ha perdido
mi amo, que no debiera,
de la ocasión persuadido.
Que hoy ha de perder espero
toda su hacienda y honor,
si es ya el honor el dinero.

D. BER. ¿Que pierde?

HER. Pierde, señor
en pensallo desespero,
diez mil escudos son ya,

(1) Otras veces se escribe Vilhán o Villán, el que se supone inventor de los naipes.

y viendo que tal está
que las suertes se le niegan
a «Moja la olla» juegan
sobre quién lo acabará.
Que un tahur con desconcierto,
rico que empieza a perder,
juntamente viene a ser
hecho un árbol descubierto
que como claros están
los ojos de su dinero,
pican a «puto el postrero»
los pájaros de Bilhán.

D. BER. Esas pérdidas, Hernando,
que dices que allá está haciendo
las vas aquí acreditando
de tu parte despidiendo
a los que están esperando.
El bien que les ha de hacer,
y tú con menos poder
ahora lo solicitas
supuesto, que aquí le quitas
las causas del merecer.
Los que has despedido llama,
que no es bien que donde estoy
padezca en su buena fama
su opinión.

HER. Volando voy. *(Vase.)*

D. BER. El amigo que desama
de su amigo la opinión,
no lo es, porque en razón
las amistades unidas
siempre han de obrar en dos vidas
por un mismo corazón.

(Sale GUZMÁN.*)*

GUZ. Yo voy.

D. BER. Espera, que invía
por más dinero don Juan.

GUZ. Acabóse. Este es el día
de su perdición.

D. BER. Guzmán:
válganos la industria mía.

GUZ. Pues, señor, dispón el modo,
que ya he dicho yo que en todo
has de ser obedecido.

(Sale HERNANDO.*)*

HER. Los pobres se han acogido,
la caridad dió en el lodo.
Una mujer que llegó
cuando coronista yo
informaba de esta gracia,
me advirtió de su desgracia
con un suspiro que dió.
«¿Cómo—dijo—me dará
lo que yo vengo a pedir
quien tan perdidoso está?»

D. BER. Lo que más debo sentir
eso es solamente ya.
Porque esa mujer entiendo
que es la que a mí me amparó
cuando estaba padeciendo,
y, naturalmente, yo
de sus desdichas me ofendo.
Que en un hombre bien nacido
como en bronce está esculpido
cualquiera bien que recibe
y con justa causa vive
inferior y agradecido.
A don Juan sacar pretendo
de donde está.

HER. Sí, que entiendo
que lo están crucificando.
¡Y plegue a Dios...!

D. BER. Basta, Hernando

HER. Un título.

D. BER. Ya lo entiendo,
y tú en aquesos errores
calla, aunque no los ignores,
supuesto que es discreción
tratar con moderación
las culpas de los señores.
Que pues el cielo les dió
de primera magnitud
lo que no nos concedió,
respetarlos es virtud,
y así pienso hacerlo yo.
Siempre nos ha de exceder
su grandeza y su poder,
de donde se ha de inferir
que no podemos decir
lo que ellos pueden hacer.

HER. Unos naipes que cogí
lo dirán.

D. BER. ¿Son éstos?

HER. Sí.

D. BER. Veamos. Aquí hay traición;
pero está puesto en razón
el disimular aquí.
Porque si ha de resultar
mayor daño del ganar
lo que yo puedo callar,
menos pérdida es perder
que reñir por no pagar.

HER. Indicios, señor, me has dado
de que ese naipe está hecho
con sólo haberle guardado.

D. BER. Malicias son de tu pecho,
pero no de mi cuidado.
Tú has de decir a don Juan,
Hernando, que estoy herido,
y si sale, tú, Guzmán,
pagar lo que él ha perdido.
GUZ. Muy confiados están
tus pensamientos, señor.
D. BER. Juzgo en medio de su error
un natural ajustado
y el tendrá, aunque esté picado,
muy a la vista el honor,
y así, puedo asegurar
lo que he dicho sin dudar.
HER. Diez mil. escudos espero.
GUZ. Voy a llevarle el dinero.
HER. Yo a sacarle.
D. BER. Yo a esperar.

(Vase y salgan DOÑA JUANA, DOÑA LEONOR *y* TEODORA.)

D.ª JU. No he visto tal dilación
en hombre que ha deseado.
D.ª LEO. Júzgase en la posesión
y así con menos cuidado
se dispone en la intención.
Confiado nadie creo
que duró en su devaneo;
de donde vengo a sacar
que el temor de no alcanzar
es el gusto del deseo.
Apenas don Juan vería
conquistado y fácil ya
lo mismo que él pretendía,
cuando con un «bien está»
helado suspendería
sus acciones; pero yo
en la dichosa ventura
que el cielo con él me dió
vivo contenta y segura
suspéndase el tiempo o no.
D.ª JU. Justísimamente, prima,
tu amor alaba y estima
las partes de tal esposo,
porque no es tan generoso
el sol que engendra y anima
varias piedras y metales
como la justa opinión
de valor y prendas tales.
TEO. Yo imagino, y con razón,
que si los cetros reales
y las coronas se dieran
por elección, que eligieran
a don Juan y a ti, señora;
por él también desde ahora
Reina del mundo te hiciera.
D.ª JU. Mucho más lo ha encarecido
Teodora.
D.ª LEO. De este vestido
desde mañana eres dueño,
y perdona el tan pequeño...
TEO. Siempre tus manos han sido
una cifra general
de tu condición real,
un remedio a mi pobreza
y una natural grandeza
de tu amor y tu caudal.
D.ª LEO. Tanto has llegado a saber,
obligar y agradecer,
Teodora, en tu buen agrado
que más de lo que te he dado
es lo que quedo a deber.
Cincuenta escudos te mando,
y si vas exagerando
como yo voy ofreciendo
dádivas iré añidiendo
sólo por irte pagando.
TEO. Que sea, señora mía,
ruego a Dios, en compañía
de tu esposo verdadero,
cualquiera tiempo ligero
y corto el más largo día.
Que las noches deseéis
y que el alba aborrezcáis,
que juntos no suspiréis,
que un mismo aliento viváis
y que las almas juntéis.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. Baja, Teodora, al portal
una poca de agua presto,
si es remedio natural
al desmayo descompuesto
de un retrato celestial.
Una mujer ha caído
con algún mal que ha tenido,
sin sentido, a nuestra puerta.
D.ª LEO. ¡Ay, señor, si estará muerta!
D. PE. No, hija; desmayo ha sido.
D.ª LEO. Haz que la suban acá.
así el cielo, prima, aumente
tu salud.
D.ª JU. Así se hará. *(Vase.)*
D.ª LEO. Siento compasivamente,
cualquiera pena me da
dolor propio en causa ajena.

D. PE. Eso nace de ser buena;
que sin natural piedad
no hay segura voluntad,
que la demás fe condena.
Mil parabienes me han dado
del nuevo esposo, Leonor,
que tu suerte te ha buscado.

D.ª LEO. ¿Cuándo tú en nada, señor,
de lo que has hecho has errado?

D. PE. A ti la elección primera
se te debe.

D.ª LEO. Así es verdad.
Pero si tu gusto fuera
contrario a mi voluntad,
claro está que no lo hiciera.
Que aunque es verdad que nací
con libre jurisdicción,
para enajenarme a mí
también debo, y con razón,
darte en todo gusto a ti.

D. PE. Siempre, hija, en tu prudencia
con igual correspondencia
hallaron mis pensamientos
y mi edad y mis intentos
un Jordán en tu obediencia.
Haz componer esta cosa:
«Sepa hoy Madrid que se casa
la hija más obediente
con el hombre más prudente.»

(Salen DOÑA MARÍA, *con manto*, DOÑA JUANA *y* TEODORA.)

D.ª JU. Aquí entretanto que posa
este mal que os enajena,
que vos estaréis mejor.

D.ª MA. Sin duda que el cielo ordena
que halle en vuestro favor
el consuelo de mi pena.

D. PE. En este silla podéis
sentaros y descansar.

D.ª MA. Con la merced que me hacéis
yo señor podré excusar
de sentarme.

D. PE. Que os sentéis
os pido.

D.ª MA. Sería error
hallándome bien así.

D.ª LEO. Qué buena cara, señor.

D. PE. Y honesta, que para mí
es la hermosura mayor.

D.ª LEO. ¿Procedió el desmayo ahora
de enfermedad?

D.ª MA. No, señora;
de mis penas ha nacido.

LEO. Pocas veces ha tenido
remedio el mal que se ignora.
A tan buen tiempo llegáis
que todo el gusto y placer
en la casa donde estáis
y que aquí hacéis podrá ser
el consuelo que buscáis.

D.ª MA. Yo soy infelice hermana
de aquel hombre desdichado
a quien en edad temprana
bien la muerte se ha ensañado
su suerte impía y tirana.
Al campo a reñir salió,
y por que ya en el lugar
es, público a quien mató;
el decir podrá excusar
la muerte aunque el daño no.
Viendo, pues, que ya no había
más remedio que el perdón
de la parte, y que sería
dañosa la dilación,
resuelta de parte mía,
de un caballero fié
la desventura en que estoy.
Piedad y valor hallé.
¿Pero qué importa, si soy
desgraciada y no acerté
con ser el más generoso,
espléndido y dadivoso
que hace en su voluntad
limosnas sin vanidad
sólo por ser virtuoso?
Tiene tanta fuerza en mí
la desdicha en que nací,
que ya contra mi cuidado
su mismo ser ha mudado,
y degenera de sí.
Díjome que concertara
el perdón y le avisara.
Pero quién pensara, ay Dios,
que estaba ya entre los dos,
opuesta mi suerte avara.
Cuando ya alcanzado estaba
el perdón que deseaba
y pendientes mis cuidados
de cuatrocientos ducados,
que era el precio que costaba,
el caballero, señores,
que con piadosos favores
a mi quietud se inclinó,
hoy, contra mi dicha, dió
principio a nuevos errores.
Jugando queda, perdiendo,

diez mil escudos y viendo
que quien juega pierde así
no me ha de valer a mí
considerando y sintiendo
mis penas, tan afligida
venía que la caída
de un desmayo quiso dar
a vuestra piedad lugar
y breve fin a mi vida.

D.ª LEO. De nuevo vuelvo señor
a darle a mi buena suerte
mil gracias por tal favor,
que antes fuera de la muerte
que de un hombre jugador.
¿En qué palabra ha de ser
constante quien aventura
el crédito de su ser,
y qué promesa hay segura
en el que llega a perder
la paciencia y el caudal?
Otra vez, y con razón,
a mi corazón leal
la justa resolución
alabo.

D.ª JU. Y yo en causa tal
que has hecho vuelvo a decir
el más ajustado empleo
que un alma pudo adquirir.

TEO. Que excuses mil penas creo.

D. PE. Y hoy vendrá, a mi parecer,
tu esposo a darte la mano,
que aunque tarda, quiere hacer,
como rico cortesano,
ostentación del poder.
Suspended, por vida mía,
el llanto y el sentimiento,
que aunque es con causa podría
ser general, y lo siento
como propia, es cortesía
fiar de mí alguna parte
del remedio.

D.ª MA. Así es verdad.
Mas, ¿cómo no ha de obligarte
si no sola tu bondad?
No me atrevo a suplicar
lo que por ella pudiera,
que pedir sin obligar
es un necio confiar
quien sin méritos espera.

D.ª LEO. De mi parte os pido yo
que os consoléis, que el que os dió
esperanzas ser podrá
que haya desquitado ya
la pérdida en que quedó.

D. PE. ¿Quién el caballero fué?

D.ª MA. Ya que importa, os lo diré.

D.ª LE. Nunca mí don Juan lo hiciera.

D. PE. ¿Quién es?

D.ª MA. Don Juan de Rivera.

D.ª JU. ¡Bueno es esto!

TEO. ¡Bueno a fe!

D. PE. Espera. ¿Qué es lo que dices?

D.ª MA. Justo será que autorices
las nuevas de su inquietud
en fe de tanta virtud;
pero son tan infelices
mis deseos, por mi mal,
aunque su prudencia es tal
que si mi bien se fundara
en el sol, del sol faltara
aun al curso natural.

D.ª LE. Si no es que está esta mujer
fuera de sí todavía,
yo soy muerta. ¿Qué he de hacer?

D.ª JU. Desdichas son, prima mía,
posibles de suceder.
No hay sino tener paciencia
y echar por otro lugar
sin hacerle resistencia
al vicio.

D. PE. En los que han de errar,
poco importa la prudencia.
¿Qué don Juan decís?

D.ª MA. Don Juan,
señor, de Rivera;
el virtuoso, el galán
y el bienquisto.

D. PE. El jugador
también añadir podrán
si en esa flaqueza ha dado.

D.ª MA. ¿Qué es esto?

TEO. Haberos quejado
de muy desgraciada en todo
y echar con eso en el lodo
la boda y el desposado.

D.ª MA. Si yo, señores, supiera...

D. LE. Antes ha sido interes
mío propio; que peor fuera
que lo supiera después,
cuando remedio no hubiera.

D. PE. Solos aquí nos dejad
y vos afuera esperad,
que antes que salgáis de aquí
ha de hallar remedio en mí
tan justa necesidad.

D.ª MA. De vuestras manos, señor,
está pendiente mi vida.
TEO. Aunque el vuestro no fué error,
la boda está convertida
por vos en puro dolor. *(Vanse.)*
D.ª LE. Por fe estoy mirando ahora
en la vida de Teodora
lo que ha de pasar la mía,
y sin disculpa sería
si mi suerte se empeora.
Y no me he de aventurar
a desdichas que después
no he de poder remediar.
D. PE. ¿Y del mudarse no ves
que no hay disculpa que dar?
D.ª LE. Don Bernardo me engañó,
y con referirle yo
la culpa que él ha tenido,
echará de ver que ha sido
la misma causa que dió.
D. PE. Advierte que no es razón
tener con un caballero
tan fácil resolución
sin calificar primero
su culpa en una ocasión.
No hay ninguno tan medido
que no se olvide de sí;
el que es siempre distraído
viciosamente, ese sí
que debe ser excluído.
De plazo tienes el día
en que estás, resuelve el caso;
que yo, Leonor, no querría
que dijeses que te caso
con superior tiranía.
Por tu cuenta ha de correr
tu mal o tu bien, Leonor;
y así, no quiero tener
parte alguna en el error
en que tú has de padecer.
D.ª LE. Como padre me aconsejas,
libre el gusto y la intención,
excusando en mi elección
lo culpable de mis quejas.
En las dudas que poseo
de este ya dudoso empleo
hoy resolveré mi gusto.
D. PE. Considera lo más justo.
D.ª LEO. Eso es lo que más deseo. *(Vanse.)*

(Salen HERNANDO *y* DON BERNARDO.*)*

D. BER. ¿Sale?
HER. Ya la purga obró,
sabe Dios lo que me pesa.
Dejó, enojado, en la mesa
el naipe y se levantó.
D. BER. ¿Sale solo?
HER. Tus razones
no hay discurso en que no puedan;
con los gananciosos quedan
repuntados los mirones.
Apenas Guzmán echó
sobre la tabla el dinero
cuando todo tahur huero,
en éxtasis se quedó;
que un baldío singular
hecho arraquila y despojos
tiene virtud en los ojos
de suspenderse y chupar.
Y ansí, en aquesta conquista
pienso, señor, que hay mirón
que debilita un doblón
con el sudor de la vista.
El sale y dará tras mí
en conociendo el engaño.
D. BER. Di el remedio de su daño.
HER. Belcebú, que espere aquí. *(Vase.)*
D. BER. ¿Dónde tan de priesa vais?

(Sale DON JUAN.*)*

D. JU. ¿Es don Bernardo?
D. BER. Yo soy.
D. JU. ¿Qué tenéis?
D. BER. Herido estoy.
D. JU. ¿Pues cómo o por qué tardáis
en decirme quién ha sido
el ofensor, cuando yo
la misma herida que os dió
en el alma la he sentido?
Hablad. ¿De qué os suspendéis?
Ya con lengua detenida
sin duda con vuestra herida
matarme a mí pretendéis.
D. BER. Advertid en lo que os digo:
la herida a vos os la han dado
y de ella he participado,
si es que es otro yo mi amigo.
Herido estáis, y de suerte
que a no os sacar mi prudencia
a este tiempo, en la pendencia
viérais, don Juan, vuestra muerte.
Ya en el mundo es el caudal
parte de la vida humana,
y a sí la herida inhumana
que os dieron fuera mortal,
si no os remediara yo

en sacaros por engaño
de la traición y del daño
que la ocasión os buscó.

D. JU. Habladme claro, o diré
que pretende vuestro intento
quitarme el entendimiento,
porque no os entiendo y sé
que por enigmas habláis.
¿Qué herida es esta o qué muerte?
Dadme a entender de qué suerte
me han herido y me libráis,
que yo confieso que os debo
la vida que en vos se puso;
pero el dejarme confuso
será matarme de nuevo.

D. BER. Cuando los males, don Juan,
remediados son mayores
y han de crecer sus errores,
mejor sin remedio están.
Quédese en su ser el daño,
que yo sé que ha de crecer
y que os habéis de perder
a vista del desengaño.
Y mucho decir pudiera
del caso y los que os hirieron,
pues la espada con que os dieron
traigo yo en la faltriquera.

D. JU. Más confusión.

D. BER. Ahora bien;
declarar la enigma quiero
si vos como caballero
me dais palabra también
de que no habéis de tratar
de la venganza ofendido,
que en daros por entendido
el daño se ha de aumentar.

D. JU. Mi fe y mi palabra os doy
de no exceder vuestro gusto,
si no es que ofendido estoy
en el honor.

D. BER. Si eso fuera,
tened de mí confianza
que intentara la venganza
primero que os lo dijera.
Los que con vos han jugado,
los que os han herido son,
y ésta, en aquesta ocasión,
la espada con que os han dado.
(Saca los naipes.)
Y no os parezca rigor
poderos ésta matar,
que para sólo acabar
con vos está de mayor,
que ya barajéis, se parta,
o se descomponga o no,
véis aquí que siempre yo
levanto por una carta.
Y aunque hay, don Juan, en el [modo
circunstancias que advertiros,
para sólo persuadiros
en esto os lo he dicho todo.

D. JU. ¡Vive Dios!

D. BER. Lo que yo os pido
no es, don Juan, que os enojéis,
sino que no os olvidéis
de lo que habéis prometido.

D. JU. ¿Quién imaginar pudiera
en hombres tan principales,
don Bernardo, infamias tales?

D. BER. Yo os lo diré; quien tuviera
mi experiencia os lo diría:
en Madrid ya es calidad
el hacer habilidad
y ciencia a la fullería.
Pero si ya escarmentado
lo dejáis, a decir vuelvo,
y aun me afirmo y me resuelvo,
en que vos habéis ganado.
Y con el tiempo veréis
a esta pérdida, don Juan,
los que seguido se han
y lo que os digo creeréis.

(Salen RODRIGO *y* BOLAÑOS, *pobres;* BOLAÑOS *escupiendo sangre.)*

ROD. Ello fué bellaquería,
Bolaños; pero os prometo
que a más que esto está sujeto
el que pide cada día.

BOL. Los dientes se me despiden.
No sois muy cristiano vos,
pues a los pobres de Dios
les dais así porque os piden.

D. BER. Escuchemos, que en los hueros
no hay tan gustosa intención
como en pendencias que son
de pobres y verduleros.

BOL. En aquel corro que allí
estaba ocioso y parado
llegué y con estilo usado,
retórico, les pedí.
Pero a pedir acerté
cuando un poeta decía
un soneto que hecho había,
y pienso que le estorbé.

Al postrer verso volvió
la mano, y, sin decir nada,
me cascó una bofetada
que pienso que me aturdió.

ROD. Hoy, Bolaños, has nacido.
¿Sacó daga?

BOL. No tenía.

ROD. Pues tu vida consistía
sólo en no haberla tenido.
Un poeta, con ser malo,
le estorbé un día una octava
y al cabo de un mes andabá
buscándome con un palo.
Para ellos no hay delito
como es tomarle un turbión,
porque hay verso Faraón
al ruido de un mosquito.
¿Qué haremos?

BOL. No sé, por Dios;
el lugar está acabado.
Ya dice el más congregado:
«¿Por qué no trabajáis vos?»
Y el de menos envoltorio
dice, en arpón, «¡que galera!»,
como si el pedirle fuera
ganzúa de su escritorio.
Todo buen tiempo se pasa.

ROD. Volvamos a ver si dan
la limosna de don Juan.

BOL. Bercebú vuelva a esa casa.
Hombre que trae en la gana
diez mil escudos de daño,
dos pobres y un ermitaño
echará por la ventana.
Para conmigo acabó;
si él no propone la enmienda
por su virtud, ni su hacienda
trocaré la mía yo.
A un sastre quiero avisar
que tiene allá su dinero
para que acuda primero
que falte de qué cobrar;
que en cosas del jugador
si se detiene y aguarda
menos cobra quien más tarda.

ROD. Duélanse del pecador
sin piernas y atormentado.

BOL. Adolézcanse, señores,
de la miseria y dolores
de este tullido y llagado. *(Vanse.)*

D. BER. ¿Qué os parece del mendigo?

D. JU. ¡Buena opinión voy cobrando!

D. BER. Pues por aquí van entrando
las pérdidas que yo digo.
Siempre el descrédito empieza
por la gente más vulgar,
que son en deshonorar
émulos de la nobleza.
¿Veis esto que aquí escucháis?
En todo Madrid mañana
no ha de haber criatura humana
que no sepa que jugáis.

D. JU. Aunque siempre he conocido
vuestra razón y mi culpa,
esto sólo en mi disculpa
me dejara convencido.
De mi aumento he de tratar,
pues tan bien me convencisteis;
este memorial que hicisteis
tengo aquí y le quiero dar.

D. BRE. ¿Ya, para qué? La encomienda
está proveída ya.

D. JU. ¿Qué me decís?

D. BER. Dada está
sin que nadie la defienda.
En que podáis, satisfecho,
haber también conocido
que el tiempo pérdida ha sido
de las que vos habéis hecho;
pues tiempo y reputación
dicho está no es menester
levantar ni encarecer
cuán grandes pérdidas son.

(Salga HERNANDO.*)*

HER. ¿Hay tan graciosos temores?
Si de buen humor estáis,
vamos a casa y veréis
un enjambre de acreedores.
A «punto el postre», señor,
han acudido a cobrar,
pensando que has de quebrar,
el mercader, el pintor,
el sastre y el zapatero
y una legión, finalmente,
de esta diabólica gente
que se funda en su dinero.
No pudiera un escuadrón
de Flandes amotinado
por la paga haber entrado
con tanta resolución.

D. BER. Yo lo creo. No hubo un día
de los que jugué y perdí
que no anduviesen tras mí
aquellos a quien debía.

D. JU. ¿Qué he de hacer?

D. BER. Ir a pagar
a los que están esperando,
que solo calla en cobrando
quien llega a desconfiar.
D. JU. Vamos, y a doña Leonor
le iré a dar el sí de esposo,
que este es sólo el fin dichoso
de mi gusto y de mi honor.
Acabaránse con esto
mis pérdidas, don Bernardo.
D. BER. Sí, si resuelto y gallardo
a la enmienda estáis dispuesto.
Pero si otra vez os ciega
este vicio no podrán,
porque son muchas, don Juan,
las pérdidas del que juega.

(Salen DOÑA LEONOR, DOÑA JUANA *y* TEODORA.)

D.ª JUA. Digo que a mí me parece
no te debes resolver
con tanta facilidad,
demás de que tu crueldad
dañosa me puede ser,
pues don Bernardo es amigo
de don Juan, y si él contigo
se casa, también me ha dado
indicios de su cuidado
y se ha de casar conmigo.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. A saber vengo, Leonor,
en qué estás resuelta ya.
D.ª LE. En no casarme, señor.
La licencia que me da
tu prudencia y tu valor
es que pueda disponer
de mí y así lo he de hacer.
D. PE. ¿En qué?
D.ª LE. Con no me casar.
D. PE. ¿Y qué disculpa has de dar?
D.ª LE. Basta la de no querer.
D. PE. ¿Soy tu padre?
D.ª LE. Sí, señor.
D. PE. Pues una de dos, Leonor:
ya no hay otro casamiento,
este ha de ser o un convento.
D.ª LE. Lo postrero es lo mejor.
Y para que no imagines
que ya con la dilación
miro a diferentes fines,
a esforzar mi inclinación
te suplico que te inclines.
Un convento me has de dar
adonde pueda acabar
mi vida y no mi paciencia.
D. PE. El hacerle resistencia
a un breve determinar
es justo y así primero.
D.ª LE. Esto es, señor, lo que quiero,
y confía de mi vida
el no verme arrepentida.
D. PE. De tu condición lo espero.
Ahora bien, resuelto voy
a prevenir un convento
en que meterte. *(Vase.)*
D.ª LE. Aquí estoy.
TEO. A tu raro entendimiento
mil alabanzas le doy.

(Salen DON JUAN, DON BERNARDO *y* HERNANDO.)

D. BER. Dejadme llegue primero
si acaso os habéis turbado.
D. JU. No lo estoy; pero aquí espero.
D. BER. Señora.
D.ª LE. A quien me ha engañado
una vez, no sólo quiero
no escucharle; pero hiciera
mayor si posible fuera
en esta culpa el castigo;
que esto merece conmigo
el que engaña y persevera.
D. BER. Señora.
D.ª LE. ¿Queréis que yo
os escuche al que juró
que no jugaba don Juan?
Menor castigo le dan
del que por sí mereció.
TEOD. Don Juan está allí, señora.
D.ª LE. Pues escuchemos agora
desde aquí sus sentimiento.
D. JU. ¡Mal haya el entendimiento
del que juega y se enamora!
D. BER. Esto más habéis perdido.
D. JU. Si estas pérdidas han sido
las que yo hice impaciente,
digo ya que cortamente
las habéis encarecido.
¡Ay, don Bernardo! Ya estoy
sin el ser que antes tenía!
Ya he perdido cuanto soy
y sólo por culpa mía;
perdiendo mi vida voy.
Pero estadme agora atento
y escuchadme un juramento
porque hayamos entendido

yo lo poco que he sabido
y vos lo mucho que siento.
Fulmine rayos el cielo
contra mí hasta que en el suelo
hecho ceniza me vean
los que mi vida desean,
o, por mayor desconsuelo,
unas manos conjuradas
rematen a puñaladas
faltándole a mi intención
la postrera absolución
de otras que estén consagradas
si eternamente hombre humano
me viere, para jugar,
tomar naipes en la mano.

D. BER. Eso es saber desquitar
vuestras pérdidas. Hoy gano,
decid, la mayor quietud
que ha visto humana virtud,
la más segura opinión
y mejor reputación
vista en tanta juventud.

D. JUAN. Sólo el corazón perdió
cuanto el alma deseó.

D.ª LE. Eso no ,que estoy aquí.
Jugador te aborrecí,
pero arrepentido, no.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. Ya, Leonor, será forzoso
ejecutar esta tarde
designio tan religioso.

D.ª LE. Agora, señor, ya es tarde.

D. PE. ¿Por qué?

D.ª LE. Porque tengo esposo.

D. PE. ¿El señor don Juan será?

D.ª JUA. ¿Quién lo duda? Claro está.

D. PE. Dime si es él.

D.ª LE. No, señor;
porque aunque tiene valor,
otro es mi marido ya.

D. JU. ¿Pues cómo es esto, señora?

Dª. LE. Escuchad; sabréis ahora
lo que no habéis entendido:
Un hombre que, divertido,
su mismo ser deshonora
en este vicio infernal
del juego, tan desigual,
de sí mismo degenera.
que es otro del que antes era,
mudado del bien al mal.
Y ya tan otro ha quedado
don Juan después que ha jurado
que en su vida ha de jugar,
que os puedo yo asegurar
que con otro me he casado.

D. JU. Eso sí, señora mía.
Toda esa filosofía
viene a parar en que soy
vuestro esposo.

D.ª LE. El alma os doy.

D. JU. Y yo a vos, de parte mía,
palabra, alegre y contento,
de cumplir mi juramento.

D. BER. Si por eso se ha casado
don Juan, también yo he jurado
y con el mismo escarmiento.

D.ª JUA. Señor...

D. PE. Si es tu voluntad,
el sí de las dos apruebo.

(Salga DOÑA MARÍA.)

D.ª JU. Vuestra soy.

D. BER. Con tal mitad,
más de lo que yo le debo
le pago a mi calidad.

D. PE. ¿Acaso habéis conocido
la que está aquí?

D.ª JU. Sí, señor;
y sé que se habrá sabido
por creer el primer error,
por quien yo culpado he sido.
Dos mil escudos le doy
para el perdón de su hermano.

D.ª MA. ¡Tu hechura y tu esclava soy!

D. JU. Y yo el que con esta mano
a vivir vuelve desde hoy.

D.ª MA. Decir puedo que un desmayo
de mis dichas fué el ensayo,
pues ya asegurarlas puedo.

HER. Gracias a Dios que me quedo
sin casar siendo lacayo.

D. JU. Y pues ya el alma se entrega
al gusto y al bien que llega
con mis culpas confesadas,
aquí acaben, perdonadas,
Las Pérdidas del que juega.

FIN DE LA TERCERA JORNADA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA (1)

---

(1) En hoja aparte y de la misma letra de los dos primeros actos, dice: «La gran comedia de las | pérdidas del que juega. | 1633.»

LA PIEDAD EJECUTADA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA AL SEÑOR

DON GONZALO PEREZ DE VALENZUELA

DEL CONSEJO SUPREMO DE CASTILLA

Bien puedo pedir favor a vuestra merced para poner a la sombra de su protección esta historia sucedida a tan grandes caballeros, pues no por eso le obligo a que le dé a la causa. *Favor personae ad causam non porrigitur, l. ex pluribus, de administ. tutar.* El que vuestra merced siempre ha hecho con su divino entendimiento a mi ignorancia, añadió a la inclinación natural con que obliga (y, si se puede decir, fuerza) a cuantos le conocen y tratan, a inquirir entre mis escritos, caudal de la pobreza de mi ingenio, algún papel de los que en mi juventud salieron con algún aplauso en este género, no sin enviar primero testigos de mi atrevimiento, la voluntad al rostro, aunque se dé la ley, *qui exceptionem*, que *dispositio favorabilis aut odiosa judicatur, inspecta principali intentione disponentis.* Hallé la presente historia desta ilustrísima casa; y aunque se debía a sus heroicos sucesores, me pareció no darles lo que tienen, sino ponerla entre los blasones de tantas virtudes y letras, de tanta nobleza y cortesía; y si ella pudiera hacer otra elección fuera de sus dueños, se fuera de verso en verso, como de paso en paso, a poner en sus manos de vuestra merced. Cuanto contiene es un efecto de amor y un acto de piedad de que algunos no se dan por contentos; pero yo, mirando a las leyes de la Naturaleza y a las de la verdad, no pienso ocultarla por su reprehensión, sino animarme, sabiendo que *Mittus agitur cum lege, quam cum homini, l. Paulus de Praetor stipulat.* Que aunque es verdad que no merecen nombre de coronistas los que escriben en verso, por la licencia que se les ha dado de exornar las fábulas con lo que fuere digno y verosímil, no por eso carecen de crédito las partes que le sirven a todo el poema de fundamento; pues porque Virgilio introdujese a Dido no dejó de ser verdad que Eneas pasó a Italia y que salió de Troya. Sócrates, por lo menos, iba con tan buen gusto a las comedias, que decía (y lo refiere Luis Vives, sobre el capítulo nono de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín), «*Nam si merito quidem reprehenderint, emendabimur, sin falso, tum illa nihil ad nos attinebunt.*» Por ventura. porque siendo varón santísimo, le reprehendió Aristófanes envidiosamente en su fábula *Nebulonica.* De suerte que en los accidentes de deudo y sangre, ninguna relación ofende la claridad antigua, salva que pudiera excusar hablando con v. m., pues *Frustra exprimitur, quod tacite subintelligitur, l. iam dubitari:* Pues pudiera con más razón haber gastado estas disculpas en dar a tan grande ingenio, si no lo es que por no haberle hallado cosa igual, busque mi atrevimiento: pues dejando tantas insignes partes, pudiera decir mejor que se dijo por Baldo: «*Nemo (quod pune latuit) scivit: si iura Monarcham ferre queunt, tanto hic nomine dignus erit.*»

Dios guarde a v. m. como deseo. Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don Fernando de Quiñones.
Estebáñez.
Don Juan Pimentel.
El Conde de Benavente.
La Condesa.
Doña Ana.
Mendoza, *paje.*
Bustamante, *guarda-damas.*
Don Diego.
Don Fadrique.
Federico, *secretario.*
Pedrón, *lacayo.*
Leonora, *dama.*
Don Esteban, *viejo, padre de doña Ana.*
Un Gobernador.
Un Escribano.
Alcino.
Belardo.
Leonato.
Tisandro.
Lucinda.
Dorotea, *villanos.*
Ruiz de Castro.
Dos Criados.

ACTO PRIMERO

(Salen Don Fernando de Quiñones, *de camino, y* Estebáñez, *un hidalgo.)*

Fer. No me pude dar más prisa.
Est. Antes me parece extraña,
en un mes de Italia a España.
Fer. Culpad a quien tarde avisa.
No llegara por el viento
un ave, así Dios me guarde,
más presto; porque muy tarde
me escribió su casamiento.
En fin, habrá quince días;
¿Qué, las fiestas se acabaron?
Est. Por cierto, que se casaron
con notables alegrías.
Yo os prometo, a fe de hidalgo,
que me cuesta a mí muy bien.
Fer. Yo os lo creo.
Est. Siendo quien
menos de su tierra valgo.
Y con haber vos venido,
renováronse las fiestas.
Fer. ¿Cómo fueron?
Est. Fueron éstas,
si me dais atento oído:

Colgadas de tapices y brocados
las calles desta villa, más famosa
por sus dueños del mundo celebrados,
que la ciudad más grande y populosa.
En sus ricas ventanas, trasladados
los soles de la esfera luminosa;
que las poblaban, en extremo bellas,
hermosas damas, como al cielo estrellas.
La puerta, de epigramas adornada,
jeroglíficos, armas y blasones,
la divisa en un cuadro coronada,
que junta Pimenteles y Quiñones,
entró por ella vuestra hermana, honrada
de tantos ilustrísimos varones,
cuantos la bella España tiene ahora,
a ser de Benavente gran señora..
Cómo fué en el palacio recibida,
plumas, lenguas, colores y pinceles
no lo podrán decir, cuando a esta vida
volviese Homero, Cicerón y Apeles;
la Primavera allí se vió vestida
de lirios, azucenas y claveles;
la India, con sus perlas, plata y oro,
con más grandeza y con mayor tesoro.
Víase allí, con sus tapices, Flandes;
Roma con sus pinturas; el Oriente
con sus olores, aunque vuelvas y andes
hasta el Jordán en su primera fuente;
casa, en efecto, de tan grandes Grandes,
como los Condes son de Benavente,
y en día que mostrarse al mundo quiso
India en riqueza, en flores Paraíso.
La música, la cena, la grandeza
de las mesas, la plata, el aparato,
curiosidad, olor, costa y limpieza,
la diferencia de uno y otro plato,
que fué con tan espléndida riqueza
que sólo en esta cifra la dilato;
Nunca de la que tuvo testimonio
tan grande, dió Cleopatra a Marco Antonio.
Aquella noche fué el sarao notable.

Don Fernando.
¿Hay damas?

Estebáñez.
Una trujo vuestra hermana,
que parece a los hombres admirable,
Venus al cielo, aurora a la mañana;
crióla con su hija el Condestable.

Don Fernando.
¿Qué nombre tiene?

Estebáñez.
Llámase doña Ana.

Don Fernando.
¿Danzaría muy bien?

Estebáñez.
A su hermosura
igualan su donaire y compostura.

Hubo un corro de toros; otro día
salió don Juan.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

ESTEBÁÑEZ.

Es el hermano
del Conde.

DON FERNANDO.

Allá, en Italia, se decía
que es don Juan un gallardo cortesano.

ESTEBÁÑEZ.

Muy hombre se mostró, por vida mía,
con los rejones que tomó en la mano,
pues todos, porque desto lo presumas,
se los dejó en la frente, como plumas.
¿Qué diré de una lanza?

DON FERNANDO.

¿Qué, es tan bravo?

ESTEBÁÑEZ.

A lo menos, por junto a la espaldilla
yo se la vi pasar del otro cabo,
a un toro que crió Tajo en su orilla.
Con esta fiesta, la del día acabo,
que ya la noche, huyendo de la villa,
con las hachas y luces con que ardía,
se fué pensando que llegaba el día.
Hubo un torneo, en que don Juan mantuvo.

DON FERNANDO.

En ése holgara yo, por Dios, de hallarme.

ESTEBÁÑEZ.

Igual ventura que en la plaza tuvo.

DON FERNANDO.

No te quieras cansar de aficionarme.

ESTEBÁÑEZ.

Gallardo y fuerte en la estacada estuvo;
no pienso, don Fernando, que se arme
caballero que a Marte se registre,
que así la lanza allí, o en justa, enristre.
Diéronle precios, con que salir pudo,
galán, a la sortija de otro día.

DON FERNANDO.

De su valor estoy suspenso y mudo;
con la misma ventura correría.
Ya, Estebáñez, su amor con fuerte nudo
en su amistad enlaza el alma mía.

ESTEBÁÑEZ.

Sois cuñados, y el deudo te ha obligado.

DON FERNANDO.

Harto más el valor que me has contado.

ESTEBÁÑEZ.

A la vista remito lo que queda,
que él sale a recibiros, alegrando
sus ojos.

DON FERNANDO.

El valor del padre hereda.

(Sale DON JUAN PIMENTEL.*)*

Señor don Juan.

DON JUAN.

Hermano don Fernando.

ESTEBÁÑEZ.

No tiene cosa en que humillar la rueda.

DON JUAN.

¿Cómo venís?

DON FERNANDO.

Hallaros deseando
con la salud que os veo.

DON JUAN.

Yo estoy bueno,
y de deseos de serviros lleno.

DON FERNANDO.

¿El Conde, mi señor?

DON JUAN.

Está contento,
y no menos que todos deseoso
de haceros un alegre acogimiento.

DON FERNANDO.

Es príncipe, en efecto, generoso.
¿Mi hermana?

DON JUAN.

Del camino, el sentimiento
la ha tenido, que ha sido trabajoso.
Algo indispuesta; pero, por mi vida,
que le ha dado salud vuestra venida.
¡Oh, Fernando, si al tiempo de las fiestas
se hallara aquí vuestra persona!

DON FERNANDO.

Estando
la vuestra en ellas, la del mismo Aquiles
no hiciera falta.

ESTEBÁÑEZ.

Gran favor.

DON JUAN.

Pequeño,
señor cuñado, a méritos tan grandes.

DON FERNANDO.

Si mi afición y el deudo que tenemos
sufriera cumplimientos cortesanos,
en alabanzas se gastara el día.
A Estebáñez debéis las que a su boca
estaba oyendo cuando aquí vinisteis;
y aunque es verdad que yo venía de Italia,
cuidadoso de ver vuestra persona,
creció este gusto el mucho con que trata
vuestros merecimientos.

DON JUAN.

Este hidalgo
es de los buenos que a mi hermano sirven,
y yo le sirvo a él porque es tan bueno.

ESTEBÁÑEZ.

Merced me hacéis y la recibo en todo.

DON FERNANDO.

Su relación, en fin, ha sido aumento
de mi amor, y el haberos, don Juan, visto
una imagen igual a mi deseo,
yo os doy palabra que si muchos años
hubiera esta amistad con vos tenido,
no os pudiera querer con más extremo.

DON JUAN.

De mí, señor, podéis creer lo mismo;
y en prueba de que quiero ser tan vuestro,
que al amor de mi hermano os anticipe,
y que no tenga amigo que os iguale,
os doy aquesta mano, y hago en ella
pleito homenaje de serviros siempre,
de no tener amigo que más quiera
y de serviros con la misma vida.

DON FERNANDO.

Haced cuenta que yo lo mismo he dicho,
y de eterna amistad y fe inviolable
a vuestra mano hago el mismo pleito.

ESTEBÁÑEZ.

Los Condes vienen.

DON FERNANDO.

Vengan en buen hora.

(Sale el CONDE, *la* CONDESA *y acompañamiento.)*

CONDESA.

Muy bien merece, por la nueva, albricias.

CONDE.

Yo la he tenido por extremo buena.

DON FERNANDO.

Deme los pies vuestra excelencia.

CONDE.

Hermano,
seáis una y mil veces bien venido.

DON FERNANDO.

Y vos, señora, ¿no me dais los vuestros?

CONDESA.

Fernando mío, ¿venís bueno?

DON FERNANDO.

Vengo
bueno, y estoy viéndoos tan buena,
que no me queda cosa que desee
de cuantas hasta agora he deseado.

CONDE.

Dejádnosle, señora, ver un poco;
no os le queráis tener todo, de suerte
que no nos quede nada de Fernando.

CONDESA.

El y yo, mi señor, somos hechura
de vuestro gran valor.

CONDE.

Bésoos las manos.
Por los favores que me hacéis, sospecho
que el regocijo de tener presente
al señor don Fernando de Quiñones,
os hace liberal en este punto
de los favores que me hacéis.

CONDESA.

Yo he sido
la que de vos recibe esos favores.

DON FERNANDO.

Por no impedir amores tan bien dichos,
no puedo agradecer lo que me toca.

CONDE.

Ahora bien, don Fernando habrá corrido
con la incomodidad que hay en España;
tratad de que descanse, y a la tarde,

don Juan le enseñará de nuestra villa
las calles, que don Juan muy bien las sabe.

DON JUAN.

Yo haré, señor, que luego se aperciba,
en que salga mi hermano don Fernando.

CONDESA.

Llegaos, Fernando, a mí, sed mi bracero.

DON FERNANDO.

Tanto favor...

CONDESA.

Llegaos.

DON FERNANDO.

Señora mía:
decid al Conde, mi señor, que goce
de vos mil años, que yo no he sabido,
turbado con mirar a su excelencia.

CONDESA.

Que bien, Fernando, bien habéis andado,
entrad agora, que vendréis cansado.

(Vanse y queden DON JUAN Y ESTEBÁÑEZ.*)*

JUA. Con notable inclinación,
de servirle estoy pensando
las partes de don Fernando.
EST. Muy de caballero son.
A fe que se luce en él
la sangre de los Quiñones.
JUA. Qué bien compuestas razones.
Aficionado estoy dél.
EST. Debéisle ese amor, por Dios,
que por los ojos mostraba
el contento que le daba
de que tratase con vos.
JUA. Yo os juro que pienso ser
grande amigo de Fernando.
EST. Su amor os está obligando,
que lo mismo piensa hacer.
Huélgome yo de haber sido
tercero desta amistad.

(Sale MENDOZA, *paje.)*

MEN. En habiendo novedad,
todo es andar divertido.
Habrá dos horas que ando
en tu busca, por tu vida.
JUA. Perdónalo a la venida,
Mendoza, de don Fernando.
¿Qué traes?
MEN. Este papel
de la señora doña Ana
que le escribió esta mañana,
con mil favores en él.
No sé yo que si diez años
la sirvieran tus porfías,
hiciera lo que en diez días
hizo amor con tus engaños.
Pero no le doy buen nombre,
que no engaña con miralle
un hombre de tan buen talle,
tan valiente y gentilhombre.
Yo llegué en hora tan buena,
que te escribió estos amores
en el balcón de unas flores,
con sus manos de azucena.
Corrido estaba el papel;
corrido estaba el jazmín,
de ver sus manos; en fin,
escribe su pecho en él.
Y aunque las letras no vi,
tantas colores mudó
al tiempo que le escribió,
que el alma le conocí.
JUA. Anda, necio, que serían,
con sus muchos resplandores,
las vislumbres de las flores
que en el rostro le darían.
Pero si yo puedo ver
lo que ha escrito, ¿qué temor
me detiene?
MEN. Di, señor,
¿éste puédelo saber?
JUA. Sí, Mendoza, que es persona
de quien más aquesto fío.
Comienzo.
MEN. Di.
(Lee.) «Señor mío...»
Esto mi opinión abona.
A la fe que le entendí
cuánto contiene esta suma,
en el mover de la pluma.
Acerté, Mendoza, fuí.
JUA. De persona ejercitada,
fué destreza conocida,
pues conociste la herida
en el levantar la espada.
Déjame ver lo demás.
«La ocupación tan precisa
destos días, y la prisa...»
MEN. Qué aprisa leyendo vas.
Bien parece que no eres
amante contemplativo.
JUA. Así leo y así escribo.

MEN. Que se acabe presto quieres.
Lee despacio los renglones;
que para más devoción,
entre renglón y renglón
debe haber meditaciones.
Un galán dicen que había,
pienso que era portugués,
que en un papel leyó un mes,
que treinta líneas tenía.
JUA. A esa cuenta, en un renglón,
Mendoza, un día se estaba.
MEN. Este amante meditaba
en alta contemplación.
Pap. «Y la prisa que nos da
la Condesa, mi señora,
con haber venido agora
su hermano.» ¿Va bien?
MEN. Bien va.
Pap. «Porque nos ha hecho hacer
cien camisas.»
MEN. ¡Santo Dios!
Mira si hay un cero.
JUA. Hay dos.
MEN. Tienda debe de poner.
Sin duda añadió aquel cero,
y que diez quiso decir.
JUA. ¿Qué va en esto?
MEN. Va mentir.
JUA. Déjame ver lo postrero.
«Me ha tenido sin lugar
para escribir; pero agora
os digo...»
MEN. Dice os adora.
JUA. ¿Qué tenéis por adorar?
¿Pensasteis que ese lenguaje
corría en Palacio?
MEN. Di,
que ya escucho.
JUA. Dice así:
MEN. Presto, porque no te ataje.
Pap. «...Que estoy muy agradecida
a la merced que me hacéis.»
JUA. Cielos, si aquesto entendéis,
dadme mil siglos de vida,
en que quepa la esperanza
de tan notable favor.
Que bien de tanto valor,
cuando se espera, se alcanza.
No leo más, que la mitad
quiero para más despacio,
que bulle mucho Palacio
y he menester soledad.
Estebáñez, cierta cosa
tengo de tratar con vos.
EST. ¿Hay favores?
JUA. Sí, por Dios,
es doña Ana muy hermosa.
Toma, Mendoza, estos guantes.
MEN. ¡Cuerpo de Dios!, ¿esto das?
JUA. Para tenerlos no más;
majadero, no te espantes,
que es para sacar dinero
de la faltriquera.
MEN. Así,
vuelto me has, por Dios, en mí.
Parabienes darte quiero,
de que tengas que me dar.
JUA. Toma esos veinte doblones.
MEN. Tantos eran los renglones.
¿Dónde vas?
JUA. A meditar.

(Vanse y salga DON FERNANDO *con una ropa y un* GUARDADAMAS *con él.)*

GUA. Es muy bueno este aposento,
y tened a gran favor
de que el Conde, mi señor,
aquí os diese alojamiento.
Dormid la siesta a placer.
FER. ¿Habrá algún hombre que cante?
GUA. Iré yo por mi discante,
si os queréis entretener.
FER. ¿Sabéis cantar?
GUA. Mal pecado.
La voz no ayuda, que ya
algo decrépita está,
y canto desentonado.
Mas lo que es el menear
los dedos, soy un Jusquín.
FER. ¿Música sabéis al fin?
GUA. Mi parte puedo cantar,
FER. Id, por mi vida, y traed
la vihuela.
GUA. Es extremada;
pero está desconcertada,
que es húmeda la pared,
donde la puse en un clavo.
FER. Eso se hará fácilmente.
GUA. Saltóse también la puente;
pero por buena os la alabo.
No hacen iuerfes las colas
de los instrumentos ya.
FER. Traedla, buena estará.
GUA. Tiene dos clavijas solas;
pero las voces, por Dios.
que son como una trompeta

FER. Basta para ser perfecta
que la hayáis tocado vos.
Traedla, y dejad razones.
GUA. Tenemos otro embarazo.
FER. ¿De qué suerte?
GUA. Que en el lazo
hay un nido de ratones.
FER. No importa.
GUA. Si vos queréis,
traeréla.
FER. Entrad a traella,
que danzarán dentro della,
en viendo que vos tañéis.
GUA. Bastará que tú lo mandes.

(Vase el GUARDADAMAS.)

FER. ¡Que esto en esta casa esté!
Son un arca de Noé
los palacios de los Grandes.
Ver unas dueñas antiguas,
que parecen a los ojos,
con sus monjiles antojos
y rosarios, estantiguas.
Unos escuderos viejos
del tiempo de Elisabad,
hablando en su mocedad
y dando a todos consejos.
Cuerdos, envidiosos, locos,
callados, entremetidos,
muchos de esperanza asidos,
y siempre pagados pocos.
Todos quejosos, ninguno
contento tan sólo un día,
es la insufrible armonía
deste instrumento importuno.

(Sale DOÑA ANA *con un azafate y una camisa doblada.)*

ANA. Aquí, mi señor, está
la camisa. ¡Ay!, yo he tardado.
¿Cómo no estáis acostado?
¿O levantado estáis ya?
¿Queréis que la deje aquí,
o mandáismela volver?
¿Qué es lo que mandáis hacer?
Decidme, señor, no o sí.
¿No merezco que me habléis?
¡Válame Dios!, ¿qué tendrá?
Suspenso está, ¿qué será?
¿Tenéis algo? ¿Qué tenéis?
Alguna cosa dejáis,
que os duele, en Italia, así.
No os debéis de hallar aquí.
En fin, señor, ¿no os halláis?
Es muy corta aquesta tierra;
allá habrá más libertad.
Quien os hace soledad,
¿es dama acaso, o la guerra?
Ahora bien, pues no merezco
que me habléis, quedad con Dios.
FER. Teneos, teneos, que vos
sois por lo que yo enmudezco.
ANA. ¿Yo, señor?
FER. Sí, mi señora,
que por miraros no hablé.
Que quien esa gloria ve,
con el silencio la adora.
¿Quién mirara una pintura,
que luego dijera buena,
hasta ver si estaba ajena
de imperfección su figura?
¿Quién viendo un libro dijera,
sin leerle, bienes dél,
aunque la cubierta dél
de oro puro y letras fuera?
Yo os miré, y no responderos
fué suspenderme en miraros,
como a pintura en notaros
y como a libro en leeros.
Agora que os vi y leí,
hablaré en vuestra alabanza,
si mi entendimiento alcanza,
y yo no me pierdo en mí.
A Italia, Francia y a Flandes,
Alemania, a Inglaterra
he visto, ya en paz, ya en guerra,
llenas de hermosuras grandes;
pero nunca me dé Dios
vida, si deseo alguna,
si he visto entre todas una
que pueda igualarse a vos.
ANA. Creo que os burláis conmigo;
pues mirad que habéis llegado
donde ya no sois soldado.
FER. La verdad, señora, os digo.
Mayor fuisteis que la fama.
ANA. ¿Pues sabéis vos ya quién soy?
FER. ¿Quién, si no vos, puede ser
quien mata con sólo el ver?
ANA. ¿Y muerto estáis?
FER. Muerto soy.
ANA. Mirad que estáis engañado
en eso, como en pensar
que os pudo ese hidalgo hablar
en mí, puesto que es honrado,
y la costumbre de quien
lo es, suele encarecer

cualquiera indigna mujer,
por hablar de todos bien.

FER. Si dais licencia que os nombre,
sabed que os nombra mi oído,
doña Ana, y que dió el sentido
traslado al alma, del nombre.
Estáisos, y estáis en ella;
no me lo neguéis, por Dios;
porque quien no fuera vos,
no pudiera ser tan bella.
Dejadme en esta ocasión
gozar mil atrevimientos,
que a veces los pensamientos,
mayores que el tiempo son.
En este punto os amé;
mas si con ellos le junto,
creed que vale este punto
por dos mil años de fe.
¿Queréis, supuesto que sea
locura, y que de amor pase,
que esa mano, aunque me abrase,
en estos labios la vea?

ANA. ¡Ay, señor!, no lo digáis.

FER. Gran sed de esa mano siento.

ANA. Siendo vos rico avariento,
como Lázaro os quejáis.

FER. Dejad que sólo la toque.

ANA. Vuesa merced bien me trate.

FER. ¡Oh!, mal haya el azafate.

ANA. ¿Que a tal mi mano os provoque?
Yo os juro de no venir
sin guantes acá otra vez.

FER. Riguroso está el juez,
mas que habemos de morir.
Pero en poco bien redunda
de mi vida ese concierto,
porque es habiéndome muerto,
meter la flecha en la funda.
Dejad de tener guardada,
mi bien, la mano homicida;
porque después de la herida,
¿qué importa envainar la espada?
Y en materia de besar
la mano a cualquier mujer,
¿qué agravio se puede hacer?

ANA. Tened, hablar sin llegar.

FER. Las reliquias que adoramos
de los santos que tenemos,
en el día que las vemos
ese día las besamos.

ANA. Callasteis, para hablar mucho;
mirad, porque estoy de prisa,
dónde pondré la camisa.

(Sale el GUARDADAMAS *con la vihuela.)*

GUA. ¿Qué es esto que veo y escucho?

FER. Esta camisa será
como la de Deyanira,
porque viene envuelta en ira,
y al fin mi muerte será.

GUA. Tocó historia, juro a Dios.

ANA. Señor, el que viene aquí
es nuestra guarda.

FER. ¡Ay de mí!

ANA. Mirad bien por mí y por vos.
Y en una palabra digo
que si yo os agrado, fué
porque de vos me agradé,
desde que hablasteis conmigo.
Mucho he dicho, pero es poco
para lo que merecéis.

FER. ¿Señora?

ANA. Escribir podéis.
Quedad con Dios.

(Vase DOÑA ANA.)

FER. Quedo loco.

GUA. No era malo este discante
para pasar esta fiesta.

FER. Qué buena camisa es ésta.
Tomad, señor Bustamante,
y allí encima la poned.

GUA. Sordillo debéis de estar.

FER. ¿Hay tal helar y abrasar?
¿Tal desdén y tal merced?

GUA. ¿No queréis tañer agora,
que estáis algo divertido?

FER. Buen discante habéis traído.

GUA. Mejor era la señora.

FER. ¿Qué señora?

GUA. Aquesta gaita
que se va agora de aquí.

FER. ¿Quién?

GUA. Haceos niño; eso, sí.
Estoy por deciros «taita.»
Yo juro a Nuestro Señor,
que si otra vez entra acá
la muy...

FER. Quedo, bueno está,
que es eso mucho rigor.
La Condesa, mi señora,
la mandó ser mi azafate.

GUA. ¿Díjolo?

FER. Sí.

GUA. Disparate:
como yo soy turco agora.
Ella, por la novedad,

se buscó aquesta ocasión
de tener conversación,
y juro a Dios que es verdad.

FER. No os enojéis, por mi vida.
Diz que un mancebo tenéis
muy honrado.

GUA. Bien podéis
pensar que era bien nacida
la madre que le parió.
Que de mí no digo nada,
que España está ya cansada
de cantar quien me engendró.
Por Dios, que no es esto hablar;
no es el Cid tan buen hidalgo.
Bien que por mí poco valgo.
Y aun aquí os puedo mostrar
esta hoja, que he tenido
cuatro veces en las manos,
por ella, un doblón.

FER. Qué vanos
son éstos.

GUA. Si sois servido,
tentadle aquestos aceros.

FER. Mal año para un diamante.
Brava espada, Bustamante.

GUA. Un higo para Oliveros.
Fué de mi abuelo.

FER. Ese mozo
me habéis de dar, si volviere
a Flandes.

GUA. Aun si él le quiere,
con mucho contento y gozo
se le daré; mas, por Dios,
que ya que grados tenía,
clérigo hacerle quería.

FER. Pues hablémonos los dos,
que yo sé que gustará
de irse a la guerra conmigo.

GUA. Qué bueno es eso; yo os digo
que a Constantinopla irá.
Desciende de los Cazorlas,
como quien no dice nada.
Tiene en el timbre una espada,
y diez castillos por orlas.

FER. Que le engañe me conviene.

(Sale MENDOZA.*)*

MEN. Don Juan, mi señor, aguarda;
porque el entrar le acobarda,
él mismo a veros no viene.
Allí queda apercibido,
alborotando el zaguán,
para vos, un alazán
a ruedas blancas partido.
Y para él, un overo
teñido de moscas negras.

GUA. Cuánto de oirlo te alegras.

FER. Es don Juan gran caballero.
Poneos, señor Mendoza,
un vestido que os dará
Páez.

MEN. Dios te guarde; ya
el contento me retoza.

(Vase DON FERNANDO.*)*

GUA. A la fe, para alcahuetes
es el mundo, Mendocica.

MEN. ¡Oh, cuánto la envidia os pica!

GUA. ¡Oh, vueles con mil cohetes!

(Salen DON DIEGO *y* DON FADRIQUE.*)*

FAD. Y qué, ¿está ya tan prendada
doña Ana deste don Juan?

DIE. Menos iguales están
los dos cortes de la espada.
Y ha hecho amor de los dos,
una contra mí tan fiera,
que no habrá, para que muera,
defensa fuera de vos.

FAD. Ya dije al Conde el suceso,
como me lo habéis contado.

DIE. ¿Tomólo bien, o está airado?

FAD. De enojo ha perdido el seso.
Que aunque tiene calidad
doña Ana, mientras no tiene
hijos, mayor le conviene.

DIE. Vos me habéis hecho amistad,
y de suerte, que tendré
memoria toda la vida
de la merced recibida.

FAD. Servir al Conde intenté,
que según está don Juan,
no duda que se casara
con ella.

DIE. Eso es cosa clara:
celos de muerte me dan.
Estaba con mi desdén
contento, porque creía
que doña Ana no quería
a ningún nacido bien.
Pero cuando a mis enojos
llegó el saber que estimaba
otro hombre, y vi que miraba
atentamente sus ojos,
no sé si estos desconsuelos
los pudo la envidia hacer,
aunque sí debió de ser,
pues son sus hijos los celos;

que desde entonces estoy
de suerte que hasta la vida
juzgo cosa aborrecida.

FAD. Palabra, don Diego, os doy
de que don Juan no la goce.

DIE. ¡Ay!, el cielo lo permita,
si entre sus luces habita,
quien penas de amor conoce.

(Salen el CONDE *y* FEDERICO, *secretario.)*

CON. ¿Enviástele a llamar?

FED. Ya fué un paje en busca suya.

CON. Desta furia amor se arguya,
si sabes hacer pesar.
¿Estas honras hay en ti?

FED. No digas mal dél agora,
que dirán que a mi señora
no le tienes.

CON. Es así;
pero mi amor, Federico,
es amor justo y honesto.

FAD. Todo el daño que hay en esto
a la misma causa aplico.
Porque si quiere don Juan
casarse, es honesto amor.

CON. Caballeros, en rigor
con poca igualdad están;
aunque doña Ana es muy noble,
pero don Juan es mi hermano.

FAD. ¡Oh, Príncipe soberano!
el cielo tus años doble,
pues hablas con tal templanza
cuando tanto enojo tienes.

DIE. Bien aciertas, si previenes
con el ausencia, mudanza.
Todo amor se templa en ella.
Váyase don Juan de aquí.

CON. ¿Sábelo don Diego?

FAD. Sí.

DIE. Sí, señor.

CON. ¿Y de quién?

DIE. Della.

CON. ¿Cómo?

DIE. Alábase a criados
de mi señora.

CON. Está bien.
No he menester que me den
testigos más abonados.

(Sale DON JUAN *con borceguíes y acicates.)*

JUAN.

Acompañando a don Fernando iba,
a quien el mundo todo acompañaba,
al tiempo que, señor, me dijo Oliva
cómo vuestra excelencia me llamaba.
¿En qué te sirvo?

CONDE.

¿Y él, no sube arriba?

JUAN.

En el patio me dijo que aguardaba.

CONDE.

Dejad por esta tarde la carrera,
que otra más larga os llama y os espera.

JUAN.

¿Cómo, señor, ofrécese camino?

CONDE.

Sí se ofrece, don Juan; el Rey os llama
por una carta que esta tarde vino,
y que os quiere ocupar dice la fama.
Que hoy salgáis de la villa determino;
toda esta noche os servirá de cama
la posta; aunque no hay humanas leyes
más en razón que obedecer los Reyes.

JUAN.

¿No podré detenerme sólo un día?

CONDE.

Ni un hora sola, hermano, aunque os importe;
porque es la voluntad del Rey y mía
que estéis mañana dentro de la corte.

JUAN.

¿Has escrito?

CONDE.

Escribir poco querría.

JUAN.

La brevedad del tiempo te reporte.

CONDE.

Secretario, venid y escribiremos.

(Vanse todos con el CONDE *y salga* DON FERNANDO.)

JUAN.

¡Ay, cielos! ¡Ay de mí!

FERNANDO.

¿Pues qué tenemos?

JUAN.

No sé, Fernando, no sé qué te diga.

FERNANDO.

¿Qué tienes? ¿Qué te han dicho o qué te han he-
[cho?

JUAN.

Destos infames fué concierto y liga;
sí, por la santa cruz que traigo al pecho.

FERNANDO.

¿Estos? Pues no me estorbes, que los siga.

JUAN.

Detente, que es remedio sin provecho.

FERNANDO.

Matarélos, por Dios, bien me conoces.

JUAN.

Más me matas, Fernando, con tus voces.

FERNANDO.

Acaba de decirme lo que tienes.

JUAN.

Que me vaya a la corte manda el Conde,
y yo sé que esto ha sido con engaño,
porque dice que el Rey envía a llamarme,
y yo sé bien que al Rey no se le acuerda
de don Juan Pimentel en este punto,
más que de las palabras que su boca
dijo la vez primera.

FERNANDO.

¿Pues qué causa
el Conde tiene tan urgente agora
para arrojarte así de Benavente?

JUAN.

Ninguna, por Dios vivo, si por dicha
no le han dicho estas sombras de palacio,
estos paños franceses, estos ecos
que llevan las palabras a los príncipes,
así como resurten de la boca,
que sirvo una mujer; mujer, Fernando,
que fuera de tu hermana y mi señora,
no la hay más noble aquí ni en medio mundo.

FERNANDO.

¿Pues qué ha temido el Conde?

JUAN.

Que me case.

FERNANDO.

Pues si es tu mal, ¿qué importa?

JUAN.

No lo entiendo.
Entiendo mi desdicha.

FERNANDO.

Por ventura,
el Rey te llama y tú imaginas eso.

JUAN.

Fernando: para ver si el Rey me llama,
abrir tengo las cartas que me diere
mi hermano; y si responde a lo que dice,
yo iré a la corte; mas si no responde,
vive el cielo que tengo de esconderme
y estar en Benavente a su disgusto.

(Sale FEDERICO *con dos cartas.)*

FERNANDO.

Calla, que viene gente.

FEDERICO.

Estas dos cartas
dice el Conde que lleves, y ya tienes
a la puerta esperando los caballos.
¿Cómo no estás vestido de camino?

JUAN.

Secretario, decid que ya me hallasteis
vestido y puesto a punto.

FERNANDO.

Que me place.

JUAN.

¿Qué mandáis de la Corte? ¿Hay en qué os sirva?

FEDERICO.

Dios os lleve con bien, y a casa os vuelva,
que ya sabéis que tengo de serviros
como es mi obligación.

(Vase FEDERICO.*)*

JUAN.

Aquesto es hecho.
En nombre de Dios, rompo la primera.

FERNANDO.

¿Aun no miras primero el sobrescrito?

JUAN.

«Al Rey», dice ésta; lo que dice leo:

(Carta.)

«Don Juan Pimentel, mi hermano, que es el primer segundo desta carta, que está ocioso, en la de vuestra Majestad, va a suplicarle de mi parte, y de la suya, le ocupe en su servicio, para que los dos recibamos merced. La Condesa besa a vuestra Majestad las manos.»

JUAN.

Esto es respuesta a lo que dice el Conde
que escribe el Rey, Fernando; el Rey no ha es-
No ha escrito el Rey, engaño es éste. [crito.

FERNANDO.

Rompe
la segunda.

JUAN.

Esta dice: «Al Almirante.»

(Carta.)

«Impórtame que vuestra señoría entretenga a don Juan, de suerte que no tenga ocasión de volver a Benavente.»

FERNANDO.

No leas más.

JUAN.

Fernando: sabe el cielo
que no abriera las cartas, si pensara
que enviaba a cortarme la cabeza,
por lo que debo a mi valor y sangre.
Pero en cosas de amor, faltó respeto,
faltó valor, faltó la sangre toda,
porque toda la tiene amor consigo.

FERNANDO.

Amor, que rompe casas y candados;
escritorios de padres avarientos;
puertas de almas, a veces de diamantes;
rejas, balcones, huertos y ventanas,
¿de qué te admiras de que cartas rompa?
Vete a vestir, y muy disimulado,
de mi hermana contento te despide.
Que yo te encerraré, donde de noche
salgas a ver tu dama; y aun te quiero
hacer guarda y tercero de otra mía,
a quien también dirás tu pensamiento;
puede ser que te sea de importancia.

JUAN.

Voyme a vestir.

FERNANDO.

Y en todo emplea esta vida.

(Sale la CONDESA.*)*

CON. Pésame con esta prisa
se vaya el señor don Juan.
FER. Algunos, señora, están
con mucho contento y risa.
CON. ¿Pues sabes tú la ocasión?
FER. Vuestra excelencia es mi hermana,
pero es mujer.
CON. Es liviana,
don Fernando, esa razón.
FER. Ya sé yo que hay diferencia,
que no soy tan ignorante.
Mas no es caso muy bastante,
por vida de su excelencia.
Quédese con Dios, que voy
a ayudarle a vestir.
CON. ¿Ya
le quieres tan fuerte?
FER. Está
en mi alma desde hoy;
es don Juan para querer.
CON. ¿Por qué dices que le envía?
FER. Porque casarse quería.
CON. ¿Con quién?
FER. Con cierta mujer.
Pero yo os juro, por Dios,
que se ha de esconder aquí.
¿No le queréis?
CON. Como a ti.
FER. Señora, ayudadle vos.
CON. Vete, Fernando, que viene
el Conde.
FER. Guárdeos el cielo.

(Vase DON FERNANDO *y sale el* CONDE.*)*

CONDE. Qué cierto fué mi recelo,
esto a don Juan le conviene.
¿No os dije yo, mi señora,
que no estaba bien aquí?
CON. Nunca esos miedos creí
tan de veras como agora.
Mas sin preguntar por qué,
si tenéis gusto, señor,
de atajar este rigor
para que enojo no os dé,
enviemos a doña Ana
a sus padres.
CONDE. Ya sospecho
el discurso que habéis hecho.
CON. Saldrá su esperanza vana.
CONDE. ¿Mas qué teméis que Fernando
ponga los ojos en ella,
porque es en extremo bella?
CON. Eso estoy adivinando.

(Aparte.)

Engañóse el Conde en esto,
que por no le declarar
que don Juan se ha de quedar,
finjo que me temo desto.
Porque si él se queda aquí
y el Conde acaso lo sabe,

será su enojo más grave,
y será dármele a mí.
Hola, llamad a doña Ana.

CONDE. Muy cuerda, señora, andáis,
que la ocasión que quitáis
todas sospechas allana.

CON. Si es vuestro hermano don Juan,
y don Fernando lo es mío;
si agora en el mayor brío
de su juventud están,
¿para qué es bueno que haya
en casa de Troya el fuego?
Váyase doña Ana luego.

CONDE. Luego, señora, se vaya.

(*Sale* DOÑA ANA.)

ANA. Aquí estoy para serviros.

CONDE. Ella es hermosa.

CON. Y honesta.
Muy justamente le cuesta
a don Juan tantos suspiros.
Diréle lo que mandáis.

CONDE. Téngase vueseñoría,
que una cosa no entendía,
que será bien que advirtáis.

CON. ¿Cómo?

CONDE. Que si ella lo sabe,
se lo dirá, e imagino
que la quite en el camino,
y será caso más grave.
Venid conmigo y tratemos
cómo se vaya.

CON. Está bien.

CONDE. Pues decidle algo también,
no entienda lo que queremos.

CON. Doña Ana, al señor don Juan
para el camino daréis
doce camisas.

ANA. Las seis
acabadas estarán.
¿Mandas que aquestas se den?

CON. Las que hubiere. Señor, vamos.

CONDE. A sus padres escribamos,
por que advertidos estén.

(DOÑA ANA *se quede y los* CONDES *se vayan.*)

ANA. A qué extremada ocasión
don Juan se parte de aquí;
porque se parte de mí
la pesada obligación.
Todo le sucede bien
a don Fernando, que ya
dentro de mi pecho está.
¿Qué es lo que mis ojos ven?

(*Sale* DON JUAN *de camino.*)

JUA. Pues me destierran por ti,
déjame que pueda verte
la víspera de mi muerte.

ANA. ¿Cómo osaste entrar aquí?

JUA. Porque las últimas cosas
siempre son muy atrevidas,
y el llegar, o las partidas
en extremo licenciosas.
El Conde, mi bien, me envía
de su casa sin razón,
pues sin saber tu afición,
quiere castigar la mía.
Los pensamientos me reta,
nacidos y por nacer;
no porque debe de ser
de mis venturas profeta.
La envidia de algún traidor
ha levantado, segura
de mi pequeña ventura,
y le ha dicho que es mayor.
¿Qué mandas para la Corte?
Dijera mejor, señora,
para la muerte, que agora
no hay cosa que más importe;
o mi memoria amorosa,
porque si es pensar en ti,
no se acuerde Dios de mí,
si me acuerdo de otra cosa.
¿Qué mandas a mis sentidos?
Que si no es ver ni escuchar,
¿qué más los puede obligar
que estar de ti divididos?

ANA. Don Juan... Mas, ¡ay!, queda adiós,
que no puedo responder.

(*Vase* DOÑA ANA *y sale* DON FERNANDO.)

JUA. ¿Hay más mal que suceder?
¿Quién era?

FER. Yo, amigo.

JUA. ¿Vos?

FER. Yo; ¿no me veis?

JUA. Casi no
que estoy algo deslumbrado.
El sol de mi bien me ha dado.

FER. Bien de lleno en lleno os dió.

JUA. ¿Visteis quién estaba aquí?

FER. No, por Dios, verla quisiera.

JUA. Mi bien era; y digo era,
porque ya mi bien perdí.

FER. ¿Qué es perder siendo yo vivo?
Vos la gozaréis, o yo
no seré en el mundo.

JUA. El no
por más agüero recibo.
FER. ¿No es mujer?
JUA. Por ella muero.
Mortal estoy; ¿no me veis?
FER. Callad, que no lo entendéis.
Dejadme ser el tercero.

ACTO SEGUNDO

(Salen DON DIEGO, DON FADRIQUE *y* PEDRÓN, *lacayo, con aderezo de noche.)*

DIE. Ponte a esa esquina, y en viendo
que algún hombre viene acá,
da un silbo.
PED. Que bien está.
Llega y habla, ya lo entiendo.
¿Piensas que sólo en palacio
se sabe lo que es amor?
FAD. Esta noche, gran favor.
DIE. A lo menos, habrá espacio,
que de suerte me traía
lo que a estas rejas le vi;
que anocheciéndome aquí,
mil veces me amanecía.
Pues es verdad que don Juan
era hombre que pudiera
echar de aquí, menos fuera
a Rodamonte, o Roldán.
Con tal libertad pasaba
la calle deste terrero,
cubierto de oro y de acero,
que hasta el suelo dél temblaba.
Parece que las estrellas,
de miedo se le escondían,
si vían que le impedían
hablar con la mayor de ellas.
Antes que a verlas llegase,
no había reja que lo fuese;
y para que entrar pudiese
se abrían si lo intentase.
Yo a sus furias siempre estaba
mirándole desde lejos,
donde me daba reflejos
del sol que con él hablaba.
Tan indigno como está
perro de caza o ventor,
cuando come su señor,
por ver si algo le da.
FAD. Qué bien lo has encarecido;
pero ser don Juan tan bravo,
ni lo creo ni lo alabo.
Galán, sí, siempre lo ha sido;
eso no puedo negallo,
porque es cosa que se ve,
ya con gentileza a pie,
ya con donaire a caballo.
Pero el que fué, que ya hablamos
de ausente como de muerto,
dejó este lugar desierto,
donde a nuestro gusto estamos.
No se te puede escapar
doña Ana, ni a mí Leonora.
Háblala, don Diego, agora,
pues sobran tiempo y lugar.
DIE. Algunos hay, don Fadrique,
que aman con tanta violencia,
que en no habiendo competencia,
no hallan gusto que les pique.
Con esto crecen su amor,
con esto aumentan su gusto;
porque del mismo disgusto
quieren sacar el favor.
Pero yo no soy así.
Con celos no quiero bien,
aunque más favor me den
que pueda caber en mí.
En habiendo competencia,
ni quiero ni puedo amar;
que si no vengo a olvidar,
vengo a perder la paciencia.
Ame el que gustare desto
acompañado a su dama,
que ni a su amor, ni a su fama
me parece extremo honesto.
En llegando a querer bien,
o ser César, o no nada.
FAD. Siempre el ser solo me agrada,
que bien o que mal me den.
Quedo, que en este balcón
hay una dama, por Dios.
DIE. Cosa que fuesen las dos.

(Sale LEONORA *en lo alto.)*

LEO. ¡Ah, caballero!: ¿quién sois?
FAD. ¿Es mi Leonora?
EO. ¡Oh, Fadrique!:
¿qué buena venida es ésta?
FAD. Vos podéis daros respuesta,
que la razón signifique.
Bien se ve cuán desviada
estáis de hacerme merced.
LEO. Que os quiero mucho creed.

FAD. Eso, pesia tal, me agrada.
DIE. ¡Ay de mí!, que en la aspereza
de aquel ángel, nunca vi
sola una palabra así,
ni un sí para mi tristeza.
¿Don Fadrique?
FAD. ¿Qué queréis?
DIE. Decidle que llame, os ruego,
a doña Ana, y venga luego
si vivo hallarme queréis.
FAD. Que me place. ¡Ah mi Leonora!:
sabed que viene conmigo
aquel abrasado amigo,
el que a vuestra amiga adora.
Decidle, sin que ella entienda,
que él está aquí, que la quiero
hablar.
LEO. Yo voy.
DIE. ¡Buen tercero!
¡Bien haya el que os encomienda
pesadumbres tan del alma!
¡Oh, si quisiese salir;
que entre morir y vivir,
tengo la esperanza en calma!
FAD. No queráis con tal tormento,
id, don Diego, poco a poco.
DIE. No es amor el que no es loco.
FAD. ¿Pues qué es?
DIE. Entretenimiento.
FAD. Para esperar un favor,
ya estaréis desvanecido.
DIE. Quiero como aborrecido,
que es un insufrible amor.

(Salen DOÑA ANA *y* DOÑA LEONOR *en lo alto.)*

LEO. Ah, mi señor don Fadrique:
doña Ana está en el balcón.
DIE. Decidle que el corazón
a mis lástimas aplique.
Decidle que está aquí un hombre
que viene a buscarse aquí.
Si no se acuerda de mí,
Leonor, decidle mi nombre.
Decidle que soy aquel
que en su memoria murió,
y aquel que más bien amó
una mujer tan cruel.
LEO. ¿Has conocido estas quejas?
ANA. Y que tú me has engañado.
Pero ya que me has sacado
a los hierros destas rejas,
que no sé cuál es mayor,
supuesto que mal me informas.
Di, don Diego, ¿de qué formas
de mi condición mejor?
¿Qué tercero te ha engañado?
¿Quién te dijo que yo fuí
causa de tu amor, ni di
la que de enojo me has dado?
Muéstrame un papel; si es mucho,
una cinta, una mirar blando.
DIE. Ved lo que estoy escuchando,
y vivo cuando la escucho.
ANA. Querer hasta el desengaño,
muy bien se puede querer;
mas no después, que ha de ser
incierto el bien, cierto el daño.
Dejad, don Diego, el pesar,
que la más común mujer
cuando no llegó a querer,
no hace agravio en olvidar.
DIE. Aun corre por ti el lenguaje
que cuando don Juan vivía.
ANA. ¿Luego es muerto?
DIE. Yo creía
que había un nuevo linaje
de morir.
ANA. ¿Cómo?
DIE. El ausencia.
Si no sabes que se fué,
perdóname, y te diré
que habrás menester paciencia.
ANA. Tanto su ausencia me duele,
como tu presencia estimo.
DIE. ¿Que esto escucho y que me animo
a amarte?
LEO. Suceder suele
por muchos hombres honrados,
don Diego, hacer desatinos,
porque nunca estáis más finos
que cuando estáis olvidados.

(Salen DON JUAN *y* DON FERNANDO *de noche.)*

JUA. La noche todo lo encubre.
FER. Cierto extranjero poeta
la llama vieja alcahueta,
que calla, concierta y cubre.
JUA. No me dirás dónde quieres,
siendo tan recién venido;
que por donde me has traído,
hay feísimas mujeres.
¿Y son todos matrimonios?
FER. Aquí no hay en qué parar.
JUA. Yo la solía llamar
la calle de los demonios.
¡Oh, pues, qué rubia hay aquí,

que tira un poco a bermeja,
con su escudero y vieja,
como Circe y Malgesí!
¡Ta, por vida de don Juan!
que lo mejor se me olvida.
¿Quieres la descolorida?
que ayer te llamó galán?
Mas todas las calles dejas,
y hasta palacio has llegado,
¿aquí estás enamorado?
Bueno estás, ¿de qué te quejas?

FER. Bien me pudiera quejar,
pues hay dos hombres aquí.

JUA. Embózate.

FER. Ven tras mí.

DIE. Gente he sentido pasar.
No está seguro el terrero (1);
a reconocerlos vamos.

(Vanse los dos y van DON DIEGO *y* DON FADRIQUE *tras ellos.)*

ANA. ¿Fuéronse?

LEO. Sí.

ANA. ¿Pues qué hacemos?

LEO. Por tu vida, que aguardemos.

PED. En grande peligro estamos.
Dos hombres van por ahí,
y mis amos van siguiendo
sus pasos. ¿Qué estoy haciendo,
que no ocupo, pesia a mí,
el lugar que me dejaron?
Gozar quiero la ocasión.
¡Ah, damas, las del balcón,
si en el balcón se quedaron!

LEO. ¿Quién es?

PED. El señor don Diego;
y por hacerme merced,
reciba vuestra merced
dos cohetes de mi fuego;
quiero decir, dos suspiros.

LEO. Término y voz desconozco;
venturoso os reconozco;
hacedme merced de iros.

PED. Venturoso me ha llamado.
¡Oh, venturoso Pedrón!

(Sale DON FERNANDO.)

FER. Un hombre está en el balcón,
cuando otros dos le han dejado.
Siete cabezas tenía
la sierpe que degollaba
Alcides; si una cortaba,
otra en su lugar salía.
Así aquestos hombres son:
a los dos que acometimos,
huír por la calle hicimos,
y otro nace en el balcón.
Mientras que vuelve don Juan,
le quiero apartar de aquí,
que quiso dejarme a mí,
por ver dónde aquéllos van.
Hablar éste, es necio hecho;
porque cuando se ha de hacer,
las palabras suelen ser
de más daño que provecho.
Quitaos de aquí, ganapán.

(Sacúdele un cintarazo.)

PED. ¡Ay, que me han muerto a traición!

FER. ¿Quién eres, hombre?

PED. Pedrón,
lacayo de don Tristán.
Teneos, por Dios, que soy
un pobrete; ¿no me veis?

FER. Vete luego.

PED. Bien podéis
matarme, en el suelo estoy.

FER. Camina, pues. ¡Ah, señoras,
no os vais, porque os quiero hablar!

PED. Ved en qué vino a parar
enamorarme a estas horas.

(Vase PEDRÓN.)

ANA. Vuestra voz he conocido.
¿Es don Fernando?

FER. Yo soy,
que a tales horas estoy
despertando vuestro olvido.

ANA. Ve, por tu vida, Leonor;
mira si está sosegada
la casa.

LEO. Yo voy.

ANA. Turbada
estoy de veros, señor.
Para hablaros con secreto,
a Leonor eché de aquí.

FER. ¡Hombres con vos, ay de mí!
Que me matáis os prometo.

ANA. Aquí con Leonor hablaban.
Baste por satisfacción.

FER. Mas gente viene al balcón,
yo sabré por quién estaban.

(Vuelve DON JUAN.)

JUA. Porque no me conociesen,
no apreté aquellos cobardes,

(1) Sobra este verso, suelto entre dos redondillas. El sentido no lo necesita.

para que menos alardes
de mis secretos hiciesen
en el palacio mañana.
¿Qué se ha hecho don Fernando?
¿Mas qué es lo que estoy mirando?
¿Hombre, y junto a su ventana?
¿Qué es esto? ¡Válame Dios!
¿En qué ha de parar aquesto?

FER. El viene, por Dios, bien puesto.
Matarémonos los dos.

JUA. ¿Quién va allá?

FER. Un hombre de bien.

JUA. Sí, pero busca su mal.

FER. ¿Es don Juan?

JUA. ¡Cuerpo de tal!
Con mi abuelo, amén, amén.
¡Vive Dios, si no me habláis,
que nos damos como locos!

FER. Los cuerdos, don Juan son pocos.

JUA. Si vos amáis, no lo estáis.

FER. Amo, y en palacio.

JUA. Bueno.

FER. Y he hablado con lo que adoro.

JUA. ¿Es hermosa?

FER. Como un oro,
y estoy de favores lleno.
Iba a decir esperanzas.

JUA. Ea, ¿qué favores son?

FER. Yo llego a hablar al balcón.

JUA. Dichoso tú que eso alcanzas.
¡Válame Dios!, ¿quién será
la mujer que quiere bien?
Que el verle alegre, también
temor notable me da.
Quiero escuchar, que en la voz
la conoceré sin duda.

ANA. Estoy, don Fernando, muda
de veros hoy tan feroz.
Moderad la valentía,
que os quiero un poco más tierno.

FER. Soy amante a lo moderno.
Conquisto por bizarría.

JUA. ¡Válgame Dios!, ¿no es aquélla
doña Ana?

ANA. En fin, ¿me queréis?

FER. Señora mía: si os veis
en el espejo tan bella,
¿qué dudáis de que os adore
todo hombre que acierte a veros?

JUA. Alma, no quise creeros;
y así es bien que agora llore.
¡Oh, falsa! ¿Aquesta es la fe?
¿Este es el pasado amor?

FER. Hacedme un grande favor.

ANA. Siendo posible, sí haré.

FER. Que para que conozcáis
si os amo, y pienso querer,
de que seréis mi mujer,
señora, me prometáis.

JUA. Tenedla, cielos, que es duro
trance el que pasa de celos.

ANA. Serlo prometo a los cielos,
y a vos, mi señor, lo juro.

JUA. Arrojóse para mí
de los cielos al infierno.
¿Hay allá tormento eterno
como éste que siento aquí?
De un día venido un hombre,
¿qué es esto? Mujer ha sido.

FER. Yo seré vuestro marido.
Desde hoy más tendré este nombre.

JUA. ¡Don Fernando! ¡Ah, don Fernan-
¿No me oís? [do!:

FER. ¡Ah, sí!: ¿sois vos?
Perdonad, don Juan, por Dios,
que estoy de mi bien gozando.

JUA. Escuchad.

FER. ¿Qué me queréis?

JUA. Decid que se entre, que importa.

FER. Señora, mi vida es corta,
porque es fuerza que os entréis.

ANA. Dios os guarde y me dé vida
para serviros.

FER. Sí hará.
(Vase DOÑA ANA.)
¿Qué queréis?

JUA. ¡Que tienes ya,
perjuro, mi fe rompida!

FER. ¿De qué os quejáis? ¿Quién venía?
O es porque se echa de ver
que ya quiere amanecer
y viene corriendo el día?
Ya se ven claras agora
cosas que no pude verlas,
y por sus dientes de perlas
vierte su risa el aurora.

JUA. Que no es eso.

FER. ¿Qué tenéis
que de mi placer mostráis
tal pesar?

JUA. Si me matáis,
¿es mucho efecto el que veis?

FER. ¿Cómo? ¿Quitándoos lugar
para hablar con vuestra dama?

JUA. Mas por saber que ella os ama,
rabiando estoy de pesar.

Doña Ana, amigo, era mía,
y lo que con vos trató
lo he merecido.

FER. ¿Quién?

JUA. Yo,
algún venturoso día.
Vuestro amor es tierno agora,
bien se dejará torcer;
Fernando, hacedme placer
de no hablar a esta señora.
Que aunque vuestro ingenio y talle
le han obligado a este error,
yo sé que me tiene amor.

FER. No estamos bien en la calle;
vamos, que allí viene gente.

(Salen DON DIEGO *y* DON FADRIQUE.)

DIE. Deseo saber quién son.

FAD. Aún no dejan el balcón,
y dora el sol el de oriente.
No nos vean.

DIE. No verán.

FER. Estáis en eso muy ciego.

FAD. Por vuestra vida, don Diego,
que es don Fernando y don Juan.

FER. Ya os digo que viene gente.

DIE. ¿Don Juan? ¿Pues no se partió?

FAD. Sin duda al Conde engañó,
y se quedó en Benavente.

JUA. Vamos a tratar despacio
al campo, lo que ha de ser,
que comienza a amanecer
y viene gente a palacio;
que espero que miraréis
lo que es razón.

FER. Eso quiero.

JUA. ¿Sabéis que soy caballero?

FER. ¿Y que yo lo soy, sabéis?

JUA. Dejémonos de razones.

FER. Siempre a mí me saben mal.

JUA. Yo soy quien soy.

FER. Yo soy tal.

JUA. Yo, Pimentel.

FER. Yo, Quiñones.

(Vanse DON JUAN *y* DON FERNANDO.)

FAD. Ya nos dejan el terrero,
y hacia el campo solos van.

DIE. ¿Que aquí se quedó don Juan?
¡Bien a fe de caballero!

FAD. ¿Qué queréis? Los dos cuñados,
que son de España la flor,
de doña Ana y de Leonor
andarán enamorados.
Y nosotros, muy perdidos,
estas rejas adorando
por quien nos trata burlando,
necios y desvanecidos.

DIE. Será bien decir al Conde
la desobediencia extraña
con que a su Excelencia engaña.

FAD. Mal a quien sois corresponde.
Dejadle, y basta lo hecho;
que será dar ocasión
para nueva indignación,
de su alborotado pecho.

DIE. ¿Pues qué haré?

FAD. Tener paciencia.

DIE. Ven, y a vestir nos darán.

FAD. Harto mejor que don Juan
ha hecho la noche ausencia.

(Vanse y salen DON JUAN *y* DON FERNANDO.)

JUAN.

Ya os digo, que entre amigos y cuñados,
a nadie puede parecer bien hecho.
Miradlo bien, que mi justicia es clara,
y no hay pasión que pueda oscurecerla.

FERNANDO.

Don Juan: si yo pudiera conformarme
conmigo mismo, y como fuera justo,
dejaros a doña Ana libremente,
de que lo hiciera no hay que tener duda.
Mas yo veo notables imposibles,
que me matan de sólo imaginarlos.

JUAN.

Extraño sois; si este negocio fuera
fácil de hacer, ¿qué hicierais en hacerle?
Las cosas, don Fernando, que el amigo
ha de hacer por su amigo, no son fáciles;
que en lo difícil el amor se muestra.
Si yo tengo una joya, una cadena,
una espada famosa de mi gusto,
esto tengo de dar al que es amigo,
que no aquello que tengo desechado.
Si un caballo me agrada, y en él tengo
puestos los ojos, y por dicha veo
que el que es mi amigo en él los suyos pone,
éste tengo de darle, aunque le hubiese
criado desde potro de dos días.
Estos habrá que habéis visto a doña Ana,
aunque según doña Ana amor os muestra,
no sé si diga que infinitos años,
¿pues qué haréis, don Fernando, en no quererla?

¿Pues qué haréis, don Fernando, en presentár-
Debajo de que yo soy más antiguo, [mela? (1)
y estoy más obligado a no dejarla.

FERNANDO.

Si yo, señor don Juan, de alguna suerte
de vos fuera avisado, que servíades
a doña Ana, razón fuera dejárosla,
y sin razón habérosla quitado.
Mas si yo no lo supe, ¿qué me obliga?

JUAN.

Oblígaos mi amistad y parentesco.

FERNANDO.

Confieso que es la obligación notable;
pero hay otra mayor, que es haber dado
palabra de ser suyo, y recibido
la que ella aquí me ha dado de ser mía.
Que hayáis en todo visto mi inocencia,
dígalo haber venido aquesta noche
con vos públicamente a tratar desto.

JUAN.

¿Quién duda que en aquesto no hay malicia?
Mas dado caso que a doña Ana adoro,
y que dejar la pretensión no puedo,
y que tampoco vos podéis dejarla,
que me quiero casar, y pretenderlo,
y que queréis casaros e impedirlo,
¿qué medio habrá que nos concierte en esto?

FERNANDO.

Considerar que yo soy el que quiere
y a quien, cual véis, ha dado la palabra,
que no podéis negar, pues que la oísteis.

JUAN.

Si amor tuviera consideraciones,
jamás hubiera por amor desgracias.
Y vos también pudiérades tenerla,
de que primero fuí della querido,
y que os mostré un papel cuando veníamos.

FERNANDO.

Yo no hallo remedio en mi ignorancia.

JUAN.

Ni yo siento cordura en mi paciencia.

FERNANDO.

Donde el mal es forzoso, a nadie falta.

JUAN.

La muerte es centro en que los males cesan.

FERNANDO.

Fuerte es el mal que con la muerte acaba.

JUAN.

No tiene agora otro remedio el mío.

FERNANDO.

Los cuerdos, con la vida alcanzan mucho.

JUAN.

Muchos piensan ser cuerdos y son locos.

FERNANDO.

¿Qué locura mayor que la porfía?

JUAN.

Más loco es el que da la causa della.

FERNANDO.

Para mi obligación, disculpa tengo.

JUAN.

En la mía yo estoy bien disculpado.

FERNANDO.

¿No hay remedio, don Juan?

JUAN.

Yo no lo siento.

FERNANDO.

¿Pues qué habemos de hacer?

JUAN.

Determinallo
con las espadas, como caballeros.

FERNANDO.

Una y dos veces os requiero, hermano,
que lo miréis mejor.

JUAN.

Dadme a doña Ana.

FERNANDO.

Cuando yo tengo espadas, no doy damas.

JUAN.

Huélgome que a la espada se remita.

FERNANDO.

Mirad por vos.

JUAN.

Vos no, que no os va nada.

(1) Así en el texto; pero quizá deba decir «pretendérmela?»

FERNANDO.

Aun os digo, don Juan, que estéis en esto.

JUAN.

Callad y obrad.

FERNANDO.

Haré lo que pudiere.

JUAN.

¡Válgame Dios!

FERNANDO.

Ya os avisé, cuñado.
Dios sabe que en el alma me ha pesado.

(Caiga DON JUAN.)

JUA. No os vais, cuñado, escuchad.
Escuchad, hermano mío,
que el rigor desta crueldad
nació de mi desvarío
y de mi temeridad.
Como honrado caballero
habéis procedido en todo;
no faltéis en lo que os quiero
suplicar.

FER. Yo estoy de modo,
que para matarme espero.
¿En qué hora desdichada
os conocí y vine a ver?
Arrojar quiero la espada
con que pude cometer
hazaña tan mal pensada.
¡Maldiga Dios la ocasión,
aunque de mis ojos luz!
Mas levantarla es razón,
por la forma de la cruz
que tiene la guarnición.
¡Ah, hermano! ¡ah, don Juan!

JUA. Amigo,
vivo estoy, aunque ya muero.
Oid, oid lo que os digo
en este punto postrero,
pues vos sólo sois testigo.

FER. ¡Ay, hermano, que ya excedo
vuestra sangre con mi llanto!

JUA. ¡Qué contento morir puedo,
pues de hombre que vale tanto
muerto justamente quedo!

FER. No lo digáis desa suerte.
¡Pluguiera a Dios se trocara
mi vida con vuestra muerte!

JUA. Llégate, hermano, a mi cara,
y en lo que te digo advierte.
Aquí cerca hay una casa
de religiosas; si pasa
gente, di que allá me lleven,
o haz que tus brazos prueben.

FER. Rabioso furor me abrasa.
Si del arrepentimiento
las lágrimas son indicios,
éstas que ves te presento.
Recibe el piadoso oficio,
honras de mi sentimiento.
Llevarte en mis brazos quiero.

JUA. Dile al Conde, mi señor,
que te perdone, pues muero
más a manos de tu amor,
que a los filos de tu acero.
Mi alma, Fernando, encarga
a la Condesa, que en fin
es mujer... El paso alarga.

FER. ¡Oh, qué Atlante tan ruin
para tan honrada carga!

JUA. Dile que un alma rescata
de un cuerpo que solía ser
su sangre, aunque sangre ingrata.
Deme vida una mujer,
pues una mujer me mata.
Y a doña Ana di que crea
lo que vivo no creyó,
después que muerto me vea,
y que quise morir yo,
para que otro la posea.
¡Plegue al cielo!, si le obligo,
aunque aquesto te alborote,
que la goces; mas, ¿qué digo,
puesto que te da por dote
la sangre de tal amigo?
Vamos, hermano, así veas
su posesión cierta y llana.

FER. Mirad qué Anquises y Eneas.

JUA. Si ha sido el fuego doña Ana,
que me has escapado creas.

(Llévele en brazos y salgan el CONDE, DOÑA ANA *y* DON ESTEBAN *su padre.)*

EST. Si en esta carta no viera
tu firma, no lo creyera.

CON. Yo no te envié a llamar;
pero quísete avisar,
porque avisándote, fuera.

EST. ¿Por qué a mi hija me envías?
¿Ha hecho lo que no debe?
Que si es eso, error harías,
en que a mi casa la lleves
cuando de ti la desvías.
Aceros tengo, aunque viejo,
para dar una puñada

con que se quiebre el espejo
de aquesta mi edad cansada,
buena para dar consejo.
¿Qué hay, señor? Dilo, así vivas.
Mira que soy caballero,
y que de serlo me privas.

CON. Don Esteban: yo no quiero
que ese disgusto recibas,
sino decirte lo que es,
aunque lo escuche doña Ana.

EST. Beso mil veces tus pies.

CON. Es una ocasión liviana,
que fuera mayor después.

EST. Señor, Ana se ha criado
con mi señora, y yo creo
que su virtud ha imitado.

CON. Yo conozco su deseo.

EST. ¿Pues de qué os causa cuidado?
Que allá la quiero llevar
a aquel mi pobre lugar,
donde entre pastores viva,
lejos de la vida altiva
del servir y el esperar.

CON. Don Juan, mi hermano, servía
adoña Ana; yo pensé
que casárseme quería,
y a la corte le envié,
dándole de plazo un día.
Y porque es justo temer
que, amándola, ha de volver,
quiero que allá la tengáis,
adonde, si la casáis,
os quiero favorecer.
Daréos seis mil ducados.

EST. Dos cosas causan cuidados
a mi honor, a quien conviene
que por si vuelva, si tiene
los pensamientos honrados.
La primera es de saber
que cuando don Juan pretende
a mi hija por mujer,
vuestra Excelencia defiende
que no es bien que pueda ser.
La segunda, que me da
seis mil ducados.

CON. Pues bien,
¿no está bien?

EST. No bien está
que ella no merezca a quien
tiene merecida ya.
Yo soy noble, y soylo tanto,
que de ti mismo me espanto
que no veas mi nobleza,
pues por falta de riqueza,
donde estás no me levanto.
No, señor, porque una aldea
mi habitación pobre sea,
y Benavente tu villa,
con cuanto Duero en su orilla
adorna, cerca y pasea,
puedo perder ser honrado.
Lo segundo, en que me ofreces
seis mil ducados, me ha dado
más pena, señor, mil veces,
y me ha puesto más cuidado.
Que como siempre se usaron
en palacio las mercedes
tan cortas, no me alegraron,
puesto que tú hacerlas puedes
donde nunca te obligaron.
Que esto es en ti diferente,
siendo un ejemplo excelente
de agradecimiento igual,
valor y gloria inmortal
la casa de Benavente.
Pero darme ese dinero
muestra que esa obligación
nació de don Juan primero.
Y si es por satisfacción,
muy diferente la espero.
Ana, conmigo venid;
de Benavente salid,
y decidme la verdad.
Tierra tengo y calidad
en los campos de Madrid.
Que os juro, puesto que van
adonde todo se acaba,
mis años, que vea don Juan
en vuestros ojos la Cava,
y en mí al Conde don Julián.

CON. Don Esteban, deudo, amigo,
hermano, teneos, por Dios.
Estad bien en lo que os digo:
si os han ofendido a vos,
sobre mí venga el castigo.
Aquí, por Dios vivo eterno,
que no hay más de que, al fin, don [Juan
como mozo, estuvo tierno;
y esos cuidados le dan
muy notable a mi gobierno.
Por vida del Rey, que ha sido
esta la verdad.

EST. Señor,
bien mostráis que habéis nacido
de aquel antiguo valor,
de mil reyes procedido.

Vuestros pies mil veces beso.
Ana, llega aquí conmigo;
crezca esta humildad su exceso.

CON. Con estos brazos os ligo,
y vuestro valor confieso.

ANA. Conde, mi señor, volved
por mi honor.

CON. Esto creed;
entrad, veréis la Condesa.

EST. De que os enoje me pesa,
cuando vos me hacéis merced.

(Vase DON ESTEBAN *con su hija.)*

CON. ¡Qué valor de caballero
de aquel buen tiempo pasado!
A honrarle estoy obligado;
con cuidado hacerlo espero.
¿Qué ruido es aqueste? Hola,
¿quién da voces? ¿No está ahí
algún paje que entre aquí?
¿No hay una persona sola?

(Sale ESTEBÁÑEZ.*)*

EST. No sé por dónde te diga,
que por todas partes temo
la desventura presente
y el desdichado suceso.
¿Qué palabras bastarán?
¿Qué debido sentimiento?
¿Qué voz? ¿Qué lágrimas tristes?

CON. ¡Válgame el cielo!, ¿qué es esto?

EST. Mas, ¡ay!, que te hago agravio,
pues que de tu entendimiento
no fío mayores males,
si mayores puede habellos.
Don Juan, tu hermano, señor,
pasado el famoso pecho
que dió esperanzas al mundo
y a la fama pensamientos,
yace en casa de Escalona,
de mi señora escudero,
sobre una sangrienta alfombra,
y en unos cojines negros.
En corrillos dividido,
el enternecido pueblo,
están tratando la causa
niños, mujeres y viejos.
Lo más cierto que se dice
es, señor, que sobre celos,
al campo desafiados
don Fernando y él salieron.
Y que en medio la campaña,
como honrados caballeros
hicieron su desafío,
de amor y cólera llenos,
donde una fiera estocada,
que dejó su pecho abierto,
nos ha traspasado a todos,
con más vivo sentimiento.
Que sentimos como vivos,
y él, en fin, no siente muerto,
para que su muerte viva
en nuestras almas de asiento.
Culpan a doña Ana todos,
porque de sus ojos bellos
salió la flecha y la causa
de su lastimoso entierro.
Porque dando a don Fernando
una camisa, le dieron
licencia para servirla,
de su talle satisfechos.
De manera que le dió
dentro, en su mismo aposento,
con las manos la camisa,
y con los ojos veneno.
Alaban a don Fernando
todos de un piadoso hecho,
pues viendo herido a don Juan,
levantó a don Juan del suelo,
y llevándole en sus brazos
a un vecino monasterio,
remedió el alma de quien
quitó la vida a su cuerpo.
Y así, el mismo hermano tuyo
te escribe un papel, muriendo,
en que te dice que perdones,
Conde, a don Fernando luego.
Noblemente le disculpa,
y aunque esto por Dios lo ha hecho,
se ve bien que se ha culpado,
para disculpar su yerro.
A una torre se ha subido
don Fernando, al fin temiendo
tu ira, poder y sangre,
a donde fuerte se ha hecho.
Nadie hasta agora le sigue,
ni tuviera atrevimiento
otro que no fuera yo,
a perderte tanto el miedo.
Todo el mundo, gran señor,
te alaba de sabio y cuerdo.
Para las grandes fortunas
se hicieron los grandes pechos.

CON. ¡Ay de mí!, que apenas hallo
en tal desdicha consejo.
¡Oh, hermano, cuán justamente
tuve de tu mal recelo!

¡Ah, pobre mozo don Juan,
que no fueron de provecho
para excusar tu desdicha
tantas suertes de remedios!
¿Qué haré?, que pierdo el juicio.
Que le amaba con extremo
por su singular virtud
y generoso ardimiento.
¿Pero qué dirán de mí,
si en este caso me pierdo?
A este valor nos obligan,
desde que Grandes nacemos.
Llamad, amigo Estebáñez,
mi mayordomo y mi armero.
Armense doscientos hombres
de a pie y de a caballo presto.
Cerquemos la fuerte torre;
y será tan fuerte el cerco,
que si él sufre como Troya,
yo seré en ardides griego.

(Vanse, y salga un GOBERNADOR *y alguna gente, y un* ESCRIBANO.)

GOBERNADOR.

Esto le está mejor a don Fernando.
Porque si a manos de su hermano viene,
gran peligro le viene amenazando,
y mayor resistencia le conviene.

ESCRIBANO.

El Conde dicen que se queda armando,
y que su gente bélica previene
para batir la torre.

GOBERNADOR.

Por que viva
le quiero yo sacar.

ESCRIBANO.

Llama.

GOBERNADOR.

¡Ah de arriba!

(Sale DON FERNANDO *en alto.)*

FERNANDO.

Todo hombre se retire de la torre
si no quiere morir.

GOBERNADOR.

Vos, escribano,
le podéis requerir.

ESCRIBANO.

Peligro corre
si no se entrega a tu piadosa mano.
No os prende don Luis, sino socorre.
Bajad y oíd.

FERNANDO.

Aconsejáisme en vano.

ESCRIBANO.

Mirad que el Conde se arma, y que os requiero
que os matará si no bajáis.

FERNANDO.

No quiero.

GOBERNADOR.

Sólo aquí se pretende vuestra vida.
Bajad, señor, que así podréis guardalla,
que al Conde no ha de serle defendida,
si ésta fuese de Nino la muralla.
En mi prisión es cosa conocida,
cuán bien de su furor podéis guardalla,
y que su Majestad, después de preso,
mirará con piedad vuestro proceso.
Escaparos ya veis que es imposible.
Cuánto es mejor formada la querella,
haberlas con un Rey blando, apacible,
que ni tiene pasión, ni ha de tenella,
que no con el furor irremisible,
que la razón a veces atropella,
del Conde, mi señor, apasionado,
por pérdida de hermano tan amado.

FERNANDO.

Andad con Dios, Gobernador, os digo.

GOBERNADOR.

Dios sabe que por vuestro bien lo hago.

FERNANDO.

Yo os lo agradezco, y tengo por amigo.
Perdonad si ese amor no satisfago.

GOBERNADOR.

Gran gente viene, el cielo me es testigo,
que a mi señor lo que le debo pago.

FERNANDO.

Decidle que su hermano estuvo terco.

(Sale el CONDE, *armado, y cuantos puedan, con paveses y lanzas a uso de aquel tiempo.)*

CONDE.

Poned al campo y a la torre cerco.

GOBERNADOR.

Ya, señor, he tratado que se diese,
pero teme el rigor de tu justicia.

CONDE.

Gobernador: daráse, aunque le pese,
que el poder otras máquinas desquicia.

FERNANDO.

Si tu Excelencia, gran señor, trujese
de Italia y Francia toda la milicia,
o la antigua de Roma, Troya y Tebas,
con nuevos pechos y con armas nuevas;
si aquí con los arietes se llegase,
con que a Jerusalén entraba Tito;
si el caballo troyano edificase,
o mayores pirámides que Egipto,
dudo que con la vida me sacase.
Pues si entonces de aquí me precipita,
las llaves tomará con su arrogancia,
y yo tendré la fama que Numancia.

CONDE.

¡Traidor!

FERNANDO.

No soy traidor. Vuestra Excelencia
me trate como a deudo y su cuñado.
Italia y Francia tienen experiencia
de que en ellas he sido buen soldado.
Que no con asechanza ni insolencia,
con espada más larga o más armado,
maté a don Juan, sino en camisa y solo,
con más luz de razón, que luz de Apolo.
Provocóme mil veces, y con furia
me pidió que la espada averiguase
cosa donde jamás le hice injuria.
Y bien se ha visto en que él me disculpase.
Quien a traición a su enemigo injuria,
supuesto que después le perdonase,
no merece perdón; mas la persona
provocada, ¿qué ley no la perdona?
Don Juan era mi amigo y mi cuñado;
provocóme, y por ley de caballero,
puse a peligro, solo y desarmado,
la vida que guardar agora quiero.
Mira, heroico señor.

CONDE.

¿Qué estoy parado,
oyendo aqueste fratricida fiero?
Derribad esa torre, haced pedazos
las piedras con las armas y los brazos.
Hago al cielo solemne juramento
que desta torre gente no se quite
hasta prenderte con rigor violento,
o que a darte por hambre necesite.

FERNANDO.

Pues yo resistiré con tal contento,
que tu rigor mis fuerzas acredite.

CONDE.

A misa voy, Gobernador, que importa
ver si el cielo mi cólera reporta.
Quedaos aquí.

GOBERNADOR.

Sirviéndote me quedo.

(Vase el CONDE.*)*

Ya el Conde es ido a misa, don Fernando.
Ya habéis visto la furia en vuestro miedo.

FERNANDO.

Y vuestra necedad estoy mirando.
Nací noble como él, temer no puedo.

ESCRIBANO.

Su bello rostro en lágrimas bañando,
viene aquí la Condesa, mi señora.

GOBERNADOR.

Su vivo hermano, que no el muerto, llora.

(Sale la CONDESA *y gente armada.)*

CONDESA.

¿Es ido el Conde?

GOBERNADOR.

El Conde es ido a misa.

CONDESA.

Pues baja, abre la puerta, abre Fernando.

FERNANDO.

Ya desciendo por verte.

CONDESA.

Aprisa, aprisa,
que su justo furor estoy temblando.
Que nadie llegue, a todos se os avisa.
Mirad que yo os lo ruego y os lo mando.

GOBERNADOR.

Todos te obedecemos, porque es justo.

CONDESA.

Esta es mi voluntad y este es mi gusto.
Y donde no, la gente que he traído
ha de probar las armas con nosotros,
y yo fuera del Conde, mi marido.

(*Sale* DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Entrad, señora.

CONDESA.

Deteneos vosotros.
Sal, don Fernando, de mi mano asido;
de deudos es hacer unos por otros.
Si el Conde por su hermano aquí te prende,
su mujer por su hermano te defiende.
Aquí tenéis caballos y dineros.
Por donde puedas, de su furia escapa,
que no se escapa mal de los aceros
quien deja en ellos la mujer por capa.

(*Vase* DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Adiós, señora.

CONDESA.

Ténganse, escuderos.

GOBERNADOR.

Hoy tu heroico valor le cubre y tapa
del rayo del furor del Conde.

CONDESA.

Ha sido
prueba de amor del Conde, mi marido.
¿Qué me puede costar este disgusto
que no sea menos que matar mi hermano?
Que puesto que el delito es harto injusto,
a lo que es hecho no hay remedio humano.

GOBERNADOR.

El Conde, mi señor, querrá tu gusto,
y todo con tu amor está muy llano.
Hoy das al mundo aquella maravilla,
que un tiempo la Condesa de Castilla.

(*Salen el* CONDE *y* ESTEBÁÑEZ.)

CONDE.

¿Que se ha ido decís?

ESTEBÁÑEZ.

Digo, a lo menos,
que la Condesa lo sacó y que es ido.

CONDE.

De nueva furia están mis brazos llenos.

CONDESA.

¿Cómo, señor, si son de mi marido?

CONDE.

Vosotros, todos de lealtad ajenos,
¿esto le habéis, cobardes, consentido?

GOBERNADOR.

Señor, ¿quién pudo hacerle resistencia?
Demás, que trujo gente su Excelencia.

CONDE.

Vayan tras él, seguidle.

CONDESA.

Será justo,
para que no dé fruto mi esperanza,
para que os pierda un hijo mi disgusto,
y el alma el cielo, que ya vida alcanza.

CONDE.

Dejadme, no me habléis a tiempo injusto.

(*Vase el* CONDE.)

CONDESA.

Aun llevo de ablandarle confianza;
que una lágrima sola en nuestros ojos,
es sol para quitar nubes de enojos.

ACTO TERCERO

(*Salen* ALCINO, *labrador viejo, y* DON ESTEBAN, *padre de* DOÑA ANA.)

ALC. Paréceme novedad
que salgas de nuestra aldea,
sin que la causa lo sea.
EST. Voy, Alcino, a la ciudad.
ALC. ¿A la ciudad? ¿De qué suerte?
¿Posible es que hay ocasión
que pueda de tu intención
en esta ocasión moverte?
Tú que los campos amabas,
las soledades vivías,
el bullicio aborrecías
y la compañía excusabas,
¿quieres ir a la ciudad?
EST. Muda el tiempo, Alcino amigo,
los montes, no es mucho, os digo,
que mude la voluntad.
Desde que me sucedió
la desgracia de mi hija,
que ya no es bien que me aflija,
pues tanto tiempo pasó
que pienso que hará seis años
en este primero abril,
que el tiempo, como es sutil,
pasa por bienes y daños.

En este monte he vivido
con mi hija retirado,
de la ciudad olvidado
y del Conde perseguido.
Que como huyó don Fernando
a Italia, de su rigor
fuí el blanco, o lo fué mi honor,
cuya causa estoy llorando.
Mi hija, en hábito pobre
de villana, vive aquí;
mas ya vuelve Dios por mí,
para que mi honra cobre.
Que un hidalgo ciudadano
que entre estos robles la vió
una tarde que pasó
con un halcón en la mano,
me la pide por mujer,
y es de lo bueno de España.

ALC. ¡Oh, qué fiesta en la montaña
los pastores han de hacer!
Hoy se revuelve la aldea
con la nueva de la boda.
Hoy se regocija toda;
para bien la boda sea.
¡Pardiós, aunque viejo soy,
que han de perdonar las canas,
si parecieren livianas!

EST. Los brazos, Alcino, os doy.
A la ciudad voy por él;
haced que esté aderezada
la casa, aunque pobre, honrada,
que hoy pienso volver con él.
Y es bien, Alcino, que vea
el huésped, mozo y galán,
que aunque pobres, siempre están
limpias las casas de aldea.
Quedad con Dios.

ALC. El os guarde.

(Vase DON ESTEBAN.*)*

Menester será cuidado,
por que quede aderezado
el aposento esta tarde.

(Salen BELARDO, LEONATO *y* TISANDRO, *villanos.)*

¡Ea, Tisandro, Leonato;
ea, Belardo!

BEL. Eso, sí;
parece que siempre en mí
andáis tocando a rebato.

ALC. También llamo a los demás.

TIS. ¿Pues qué tenemos que hacer?

ALC. Hoy es día de placer.

BEL. ¿De placer?

ALC. Sí; ¿dónde vas?

BEL. A desuncir la carreta.

ALC. Antes está bien así.

BEL. Que era día presumí
de pandero y castañeta.

ALC. Esto a la fe, pues hay boda.

LEO. ¿Boda, padre? ¿De quién es?

ALC. Y así, quiero que los tres
limpiéis esta casa toda.
Que vais al monte y cortéis
leña, romeros y flores,
que han de venir los señores
entre las cinco y las seis,
y aquesta casa ha de estar
que parezca un paraíso;
no digáis que no os aviso
con harto tiempo y lugar.

BEL. No me duele el aderezo
de la casa del señor,
porque no hay buey que mejor
se ponga el yugo al pescuezo.
Pero no saber quién sea
la novia, traba los pies.

ALC. Nuesama doña Ana es,
que se casa en nuestra aldea.

BEL. ¡Válgala el diablo!, ¿y con eso
andaba tan amarrida?

TIS. Ella pasó triste vida
en después de aquel suceso.

LEO. El viejo acierta en casalla.

ALC. No le digas nada a ella,
que teme el viejo ofendella.

BEL. Más cierto esté de alegralla.
Que a las mujeres la boda
de gran regocijo es,
aunque supiesen después
llorarlo la vida toda.

LEO. Id con Dios, que al monte iremos.

ALC. La brevedad os encargo.

LEO. Dejad a los tres el cargo,
que medio monte traeremos.

ALC. Antes que el sol se remonte,
venid y excusad molestias.

(Vase ALCINO.*)*

BEL. Padre, con estas dos bestias,
pronto os traeré medio monte.

TIS. Arre allá; ¿tienes juicio?

BEL. Ando, Tisandro, de boda.

LEO. Bailalla pretendo toda,
si hago a Lucinda servicio.

BEL. Eso de Lucinda puedes

dejar aparte, Leonato,
pues que sabes lo que trato.

LEO. Siempre de lo justo excedes;
siempre te quieres alzar
con lo mejor del aldea.

BEL. Cuando su gusto no sea,
yo no la puedo forzar.

LEO. Calla, por Dios, que me corro
que tú imites mi deseo.

BEL. Pardiós, Leonato, que creo
que habemos de andar al morro.

TIS. Ea, Belardo, que en todo
quieres, levantando el grito,
poner la tuya en el hito,
y siempre das en el lodo.

BEL. Dios sabe de mi humildad,
que jamás soberbio estuve;
falsos amigos que tuve
arrastraron mi verdad.
Hay muchos hombres que nacen
con estrella de enemigos;
pero los falsos amigos
mayores daños los hacen.
Este pensamiento es mío;
deja, Leonato, la empresa,
mientras Lucinda confiesa
que te trata con desvío.

LEO. Deja tus vanas querellas,
que mil hombres desdichados,
de lo que ellos son culpados,
quieren culpar las estrellas.
Yo te trato como amigo,
sin mentira o falsedad.
Lo de Lucinda es verdad,
y que la adoro y la sigo.
Pero no quieras tener
tan por tuya aquella prenda,
hasta que ella misma entienda
a cuál se inclina a querer.

TIS. Callad los dos noramala,
que ella y nuesama han venido.

(Sale LUCINDA *con un instrumento de villana y* DOÑA ANA *con sayuelo y delantal a lo aldeano.)*

ANA. Esta canción el oído
me encanta, ablanda y regala.
Si hombre fuera, me volviera
áspid, por no me perder.

LEO. Yo Ulises, por no temer
una sirena tan fiera.

BEL. Yo un Argos, que sus enojos
oyera con mil sentidos,
si tuvo tantos oídos
como le pintaron ojos.

ANA. Canta el romance de ayer,
así Dios te dé ventura.

LUC. Yo lo haré, y primero jura
que no te has de entristecer.

ANA. Por aquel mi amado ausente
lo juro.

LUC. Yo te lo creo.

TIS. Ya tiempla.

BEL. Ya canta Orfeo.

LEO. ¡Ay de quien lo escucha y siente!

(Cante LUCINDA.*)*

LUC. El valiente Pimentel
y el valeroso Quiñones,
al campo salen gallardos,
por celos de sus amores.
No llevan armas ningunas,
que siendo amigos conformes,
con sólo llevar espadas
se armaron de las razones.
Ya mostraba el bello sol
sus dorados arreboles,
a quien las negras espaldas
iba volviendo la noche,
cuando el gallardo don Juan,
mozo generoso y noble,
por una fiera estocada
rindió el alma en tristes voces...
Don Fernando, entre sus brazos,
a un monasterio llevóle,
donde sus culpas confiesa,
para que Dios le perdone.
Afligido don Fernando,
subióse a una fuerte torre,
donde, por vengar su agravio,
le vino a cercar el Conde.
Pero la noble Condesa,
en salvo su hermano pone,
mientras el Conde...

ANA. No pases
adelante, así te goces.

LUC. Creo que te has desmayado.

ANA. Cubrióseme el corazón,
cómo en aquesta ocasión
vi al señor Conde agraviado.
Que seis años de la ausencia
de don Fernando, no han sido
parte a poner en olvido
tan rigurosa sentencia.

TIS. Ella está triste de ver
su desdicha, sepa ya
que alegre y casada está.

BEL. Pardiós, que lo ha de saber.

Dejad la melancolía,
señora, así os guarde Dios.
Pues hoy, por veros a vos,
salió tan alegre el día.
Que si nuevas de placer
tristes memorias despiden,
ya es justo que se os olviden
con las que vengo a traer.
Vuestro padre y mi señor
a la ciudad hoy se fué.
¿Por quién? ¿Cómo lo diré
que lo recibáis mejor?
¡Fué por el vuestro velado!

ANA. ¿Por don Fernando?

BEL. Que no,
que ya ese hidalgo murió
de achaque de desdichado.

ANA. ¿Pues quién?

BEL. Un señor muy lindo,
que ha de venir en su coche
a veros aquesta noche.

ANA. Desventuras, yo me rindo.

BEL. Ea, alegraos, porque vamos
por leña y flores al monte,
que antes que el sol se trasmonte,
dice Alcino que volvamos.
Y vos, hermosa Lucinda,
algún día, prazga a Dios,
seredes la novia vos,
y vendréis a estar tan linda.

LUC. ¿Yo, Belardo? No lo creas.

LEO. En fin, en toda ocasión
has de decir tu razón.

BEL. Habla tú, si la deseas;
yo me consuelo con esto.

TIS. Ea, dejallo, y partamos.

LEO. Ahora bien, al monte vamos,
que allá trataremos desto.

(Vanse los pastores.)

LUC. ¿Qué es esto, señora mía?

ANA. Mis desdichas.

LUC. ¿Cómo?

ANA. El cielo
quiere quitarme el consuelo
que en la soledad tenía.
Estaba los días pasados
viendo en una pura fuente
mi llanto entre su corriente,
y en su arena mis cuidados.
Cuando por seguir el rastro
de su caza, dió conmigo
de mi padre un grande amigo,
que llaman Ruiz de Castro.
Agradóse de mirarme,
y dando al aire un halcón,
dijo, en aquesta ocasión:
«Ya puedes, halcón, dejarme.
Que esta caza con el alma
se caza, que no con aves.»
Yo entonces, con ojos graves,
tuve la respuesta en calma.
Pero al fin le respondí,
y desta conversación
ha nacido la afición
con que me pretende así.
Habrá con mi padre hablado,
y andarán en el concierto.

LUC. Pues si esto, señora, es cierto,
trueca en descanso el cuidado;
que algún fin han de tener
tus desdichas, y el que había
hoy el cielo te le envía,
siendo de un hombre mujer
de tanto merecimiento.

ANA. Vamos a hablar con Alcino,
que ya, Lucinda, adivino
mi muerte en mi casamiento.

(Vanse y salga de soldado pobre DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Sin duda que era piedra mi memoria,
tirano amor, autor de mis engaños,
pues imprimiste en ella tu victoria
en seis días no más, para seis años.
Un hora, hora de tu incierta gloria,
me cuesta un lustro de notables daños,
sin que pudiese el variar del cielo
trocar el fuego de mi pecho en hielo.
¿Cómo si cera fuí para tu flecha,
para memorias del dolor he sido
mármol? Adonde vive sin sospecha
de que la venza el tiempo ni el olvido.
Contra el gusto del cielo, ¿qué aprovecha
estar un hombre armado y defendido
de remedios humanos? Fué mi estrella;
nací con ella, y moriré con ella.
No las tierras extrañas que he pasado,
las provincias y reinos diferentes,
los extranjeros mares que he surcado,
el vario trato de diversas gentes,
no el ver mi vida en tan humilde estado
cercado de contrarios accidentes,
han podido sacarte de mi pecho,
causa del mal que tanto mal me ha hecho.
No puse bien, señora, en Barcelona
la planta apenas, de la mar enjuta,

cuando tu amor, que el alma me aprisiona,
por la deuda pasada me ejecuta.
Paso por Cataluña; la Corona
de Aragón, que su Rey agora enluta;
y venido a los campos de Castilla,
busco del Tajo la famosa orilla.
Esta es la tierra luz de mis sentidos,
en que me dicen que naciste, y donde,
por pisarla mis pies, juzgo atrevidos.
El campo es éste, que tu cuerpo esconde.
Ya los dos no seremos conocidos,
Ana divina, del airado Conde.
Si vives, habla a un muerto y dale vida,
que nunca más de mí fuiste querida.
Y si quisiese mi dichosa estrella,
que hasta agora me fué tan desdichada,
que libre como estoy, pudiese vella,
y no cual pienso, por mi mal casada;
que si otro viese que gozaba della,
no dudo que al rigor de vuestra espada,
¡oh, gran Conde!, ofendido diese el cuello,
antes que de tus trenzas un cabello.

(Salen BELARDO, LEONATO *y* TISANDRO.*)*

BEL. Lleve esta carga de ramos,
Tisandro sobre el pollino,
que es hacer otro camino,
si en el monte le dejamos;
que va mi carreta, a osadas,
y no le puedo cargar.
TIS. Que bien le podré llevar.
LEO. ¿Hay espadañas cortadas?
¿O habemos de ir a la fuente
de la juncalera?
TIS. No,
que ya Belardo cortó
juncia y rama suficiente.
FER. Aquestos me informarán.
¡Ah, buena gente! ¿A quién digo?
TIS. ¿Quién llama?
FER. Amigo es.
BEL. ¿Amigo?
LEO. ¿Dónde queda el capitán?
¿Habéisle acaso dejado?
FER. No soy, amigos, bisoño,
que a fe que cumplo este otoño
buenos años de soldado.
BEL. Muy bien se os echa de ver
en el hatillo.
FER. Esto medra
quien sirve.
BEL. A un tiro de piedra
se les debió de volver.
FER. No soy de esos, por mi vida,
bien llego hasta pelear;
que aun os podría mostrar
en el pecho alguna herida.
¿Hay por aquí gente alguna?
BEL. Este camino no para
menos que en Guadalajara.
Este va a Torrelaguna.
Por allí van a Madrid.
Y esotro vuelve a Alcalá.
LEO. Este soldado será
desde los tiempos del Cid,
que ya de nada se acuerda.
Ved cuál está transformado.
¿Qué digo, señor soldado?
Deje el monte, no se pierda.
FER. Ya no me puedo perder.
¿Cuya es esa casería?
TRI. Ser de buen amo solía.
¿Habéisla vos menester?
FER. Descansar quisiera en ella.
BEL. Hallaréisla alborotada.
FER. Para hacella desdichada,
bastaba el valerme della.
BEL. No, por Dios, que antes es fiesta
de una boda.
FER. ¿Qué eso pasa?
Decid, por Dios, ¿quién se casa?
BEL. ¿Tengo de darle respuesta?
TIS. ¿Por qué no?
BEL. Porque sospecho
que nos ha de preguntar
si ella tiene algún lunar
desde las plantas al pecho.
Soldado preguntador:
supuesto que no os lo deban,
sabed que el buen don Esteban,
que es su dueño y mi señor,
casa a su hija doña Ana
con Rui de Castro, un fidalgo
que pasaba con un galgo
y un azor, cierta mañana,
y della se enamoró,
y hoy viene a casa a dormir,
saliéndole a recebir
la gran puta que os parió.
¿Queréis más?
FER. No, pues me has [dicho
más que quisiera saber.
¡Oh mujer, al fin mujer!
BEL. Puesto se me ha en el capricho
que éste es algún hombre honrado.
LEO. En el rostro lo parece.

BEL. ¿Qué, no os cansa y desvanece
esta vida de soldado?
FER. Harto cansado me tiene
seis años que peregrino;
pero de todo el camino,
que al fin la vida entretiene,
ninguna vez me he sentido
tan cansado como agora
que descansa esa señora
en brazos de su marido.
BEL. ¿Cómo así?
FER. Porque a su esposo
en Italia conocí.
TIS. ¿Y fué vuestro amigo?
FER. Sí.
LEO. Vos fuérades venturoso,
si antes desta nuestra boda
le diérades nuevas tales;
porque en ansias inmortales
pasaba la vida toda.
Pero ya será forzoso
que se alegre.
FER. Sí será,
y más si esta noche está
en vuestra casa su esposo.
De veros regocijados,
me ha venido un alboroto
de dejar, pues ando roto,
vestidos tan mal soldados.
Pues tan mal soldado fuí,
ponerme a ganar soldada;
quizá la vida pasada
se podrá soldar así.
En fin, la transformación
en soldada de soldado,
será primor delicado,
y volver hembra el varón.
¿Queréisme dar un vestido
y llevarme a ser pastor?
BEL. Pardiós, que acertáis mejor
que no en andaros perdido.
Dad al diablo soldadescas
que sus pagas mal logradas
son unas piernas quebradas
en unas calzas tudescas.
Vienen los hombres perdidos
de allá de esa guerra fiera,
como milagros de cera,
muy buenos para ofrecidos.
Porque sois hombre de bien,
yo os quiero dar un gabán,
con que andaréis muy galán,
y con que sirváis también.
Y hablaré a mi padre.
FER. Quiero
echarme a tus pies.
BEL. Venid.
LEO. ¿De dónde sois?
FER. De Madrid.
TIS. Sospecho que es caballero.
LEO. En la cara se lo vi.
BEL. Yo en la hambre y en los piojos.
FER. ¡Ay, señora de mis ojos,
si te has de acordar de mí!

(Vanse y salgan RUIZ DE CASTRO, DON ESTEBAN *y* ALCINO.*)*

ESTEBAN.

Llamad, Alcino, esa muchacha luego.

RUIZ.

No la deis, por mi vida, sobresalto.

ALCINO.

Yo voy, señor, a hacer lo que me mandas.

ESTEBAN.

Contento vengo, Castro generoso,
del valor, hidalguía y noble término
que mostráis con mi hija, y estad cierto
que si tuviera yo tan grande Estado
como el de Benavente, Alba y Osuna,
os la entregara de la misma suerte.

RUIZ.

Padre y señor, ¿qué Estado podréis darme
que exceda a su virtud y a su hermosura?
Su rostro es alba, el mundo sus virtudes,
yo tengo para entrambas lo que basta.
¿Qué dote, qué riqueza igualar puede
a sus costumbres? Venturoso el día
que vine, don Esteban, a estos montes,
donde la vi como Diana casta,
salteando las vidas de los hombres.
Suplícoos que mi bien no se dilate,
ya que queréis que dél esté tan cerca;
y no os aflija el verla en ese traje,
que así la quiero, pues así me mata.

(Sale ALCINO.*)*

ALCINO.

Aderezarse quiso mi señora,
luego que supo que tú habías venido;
mas yo le dije que te pesaría
que no viniese con el mismo hábito,
y sólo aguarda para entrar a verte,
que cesen los colores que en su rostro
puso el rojo pincel del sobresalto.

RUIZ.

Así viene mejor; dile que venga.

ESTEBAN.

Dile que de eso gusta Rui de Castro.

RUIZ.

Díjome, Alcino que ha sabido agora
que el Conde tu enemigo y señor suyo
está en Guadalajara.

ESTEBAN.

¿El Conde?

ALCINO.

El Conde.

ESTEBAN.

¿A qué está el Conde allí?

ALCINO.

Tiene negocios
con el Duque, según algunos piensan.
Otros dicen que trata un casamiento,
y otros dicen que pasa a Guadalupe.

ESTEBAN.

Que tan cerca de casa le tenemos,
en cuidado me ha puesto.

RUIZ.

No os dé pena
ninguna cosa; el Conde es un gran príncipe,
y yo sé que no sois de quien se queja.

ESTEBAN.

Mi hija viene.

RUIZ.

Y yo me siento agora
cual ella estaba cuando yo venía.
¿Cómo si es fuego amor, la sangre enfría?

(Sale DOÑA ANA *acompañada de* LUCINDA *y* DOROTEA.)

EST. Llega a hablar a tu marido.
ANA. Dadme, señor, vuestras manos.
RU. Favor, cielos soberanos,
que miro al sol, atrevido.
ANA. ¿Cómo venís?
RU. Como quien
viene a veros. ¿Cómo estáis?
ANA. Para serviros.
LUC. Bien vais.
ALC. Pardiós, hasta agora bien.
DOR. No se han dicho necedad.
LUC. Bien, que aún no están desposados.
ALC. Ya los dos hablan turbados.
Vuestro socorro les dad.
EST. Ea, yo hablaré con ellos.

(Salen BELARDO, TISANDRO, LEONATO *y pastores y* DON FERNANDO, *de villano.)*

TIS. ¿Qué, ya está acá el desposado?
Sea en buen hora llegado.
DOR. No habléis, dejadlos a ellos.
TIS. ¿Qué, también tú estás acá?
DOR. ¿Pues qué le parece a él?
TIS. Tú a mí, pardiós, un clavel
que abriendo el pimpollo está.
BEL. ¡Hola, padre!
ALC. ¿Qué me quieres?
BEL. ¿Véis ese mozo?
ALC. Muy bien.
FER. Mil gracias, amor, te den;
eres dios, piadoso eres.
BEL. Viene a servir.
ALC. ¿A servir?
BEL. Sí, voto al soto; no hay más
de recibille.
ALC. Tú estás
bueno; voyselo a decir
a nuesamo.
BEL. No es razón
para que en esto le habléis;
entretanto, le daréis
mi cuidado y mi ración.
Que yo tengo que bailar
en esta boda sin fin.
EST. La casa, en efeto, es ruin;
no hay en ella que veáis.
Vivimos como en aldea.
FER. Este es el novio, sin duda.
Buen talle, el color me muda...
Para mal su boda sea;
que yo la pienso estorbar,
o perder lo que me queda,
que es la vida.
RU. No hay que pueda
ver más ni más desear.
Es doña Ana, mi señora,
palacios, huertas, frescuras,
joyas, riquezas, pinturas,
que el sol de su rostro dora.
Hace corte aquesta aldea;
esta casa, paraíso;
porque en ella el cielo quiso
hacer que el cielo se vea.
EST. Entrad donde descanséis,
que en pie no estáis bien aquí.

RU. ¿Vendréis luego?
ANA. Señor, sí.
RU. Suplícoos que luego entréis.
EST. Hija, haced apercibir
lo que os dije, y esa gente
nuestro regocijo aumente.
ALC. Oid qué os quiero decir:
¿Ha de haber para la cena
más de aquello que mandasteis?
EST. Basta, si todo lo hallasteis.

(Vanse RUIZ DE CASTRO *y* DON ESTEBAN.*)*

ALC. Pues id, y no tengáis pena.
Ea, Dorotea, Lucinda,
Belardo y vosotros todos:
regocijad de mil modos
novia tan hermosa y linda.
Yo voy a lo que me toca.
Vosotras a la cocina.
Tú, pues, Tisandro, camina.
Haya fiesta y no haya poca.
Dejad la novia tocar,
aunque así el novio la quiera.
BEL. Pardiós, de cualquier manera
la podrá el novio tomar.
Vamos todos, que he de hacer
esta noche una comedia.
LUC. Y yo a cantar y a tañer.

(Vanse todos.)

FER. Aquí me quedo escondido,
para ver si hablarla puedo,
aunque temblando de miedo,
en el temor atrevido.
Ojos, no lloréis; dejad
que mire el sol que os alegra,
aunque con nube tan negra
eclipsa su claridad.
¿Llegaré? Pero no aquí.
Más vale salir a hablalla.
¿En qué se divierte y calla?
Mas ya se queja, ¡ay de mí!

ANA.

Tristezas, si el hacerme compañía
es fuerza de mi estrella, y su aspereza
vendréis a ser en mí naturaleza,
y perderá el rigor vuestra porfía.
Si gozar no merecen de alegría
aquellos que no saben qué es tristeza,
¿cuándo se mudará vuestra firmeza?
¿Cuándo veré de mi descanso el día?
Sola una gloria os halla conocida,
que si es el fin el triste sentimiento
de las alegres horas desta vida,
vosotras le tendréis en el contento.
Mas, ¡ay!, que llegaréis a la partida,
y llevaráse mi esperanza el viento.

FER. Pues está triste, sin duda
que toma el casarse mal.
ANA. De pesar estoy mortal.
FER. ¡Oh, amor, mil fuerzas ayuda!
ANA. ¿Qué tengo de obedecer?
FER. ¡Que he de sufrir que se case!
ANA. ¡Que quiera el cielo que pase
por lo que no puedo hacer!
FER. ¿Cómo no llego y le digo
quién soy, pues no está casada?
ANA. Alma confusa y turbada:
decid a mi ausente amigo,
pues que váis adonde está,
que ésta es fuerza y obediencia.
¿Mas para qué es la paciencia
donde no se acuerdan ya?
Allí he visto un labrador.
¿Qué hacéis aquí?
FER. ¿Yo, señora?
ANA. ¡Tú, pues!
FER. Trújome aquí agora
Rui de Castro, mi señor.
Y con deseo de ver
lo que nos ha de mandar,
os quise, pardiós, hablar;
pero no lo supe hacer.
Dadme esas manos mil veces.
ANA. ¿Cómo es, labrador, tu nombre?
¡Dios te valga, y cómo a un hombre
en habla y rostro pareces!
FER. Estoy tan desparecido,
que si alguno he retratado,
a fe que es bien desdichado,
pues que yo le he parecido.
Antes que sirviese yo,
en casa de mis parientes
vi cosas muy diferentes,
pero todo se trocó.
Persiguióme un hombre honrado,
porque le di cierto enojo
sobre un amoroso antojo,
y fuíme a Italia soldado.
Y como con el poder
nadie se puede estrellar,
pardiós, que no osé tornar
a ver a cierta mujer.
Volvíme a ser lo que soy,
harto más enamorado

que al partirme lo había estado,
y agora también lo estoy.
Es mi nombre Benavente,
y Rui de Castro mi amo;
bien que otro nombre me llamo,
del que os digo diferente.
Pero aquése fué de pila
y éste de confirmación,
aunque llamarse León
mucho al cordero aniquila.

ANA. Extraños son tus sucesos.

FER. No lo son los vuestros poco.

ANA. Yo nunca al cielo provoco,
y están en piedras impresos.

FER. En verdad que no estáis mal (1)
casada con un señor
de tal nombre y tal valor,
tan hidalgo y principal,
que de los Condes de Andrada
trae origen, por lo menos.
Como vos estén los buenos,
vos estáis muy bien casada.
No tenéis que lamentar,
¡ay, de mí!, que hallo mis cosas
más tristes, más peligrosas
que antes de entrar en la mar.
Pero yo soy un villano,
tengo fuerte el corazón;
siempre da Dios la pasión,
conforme al sujeto humano.

ANA. Yo, si te digo verdad,
que te he cobrado prometo
a tu rostro algún respeto,
y a tu buen celo, amistad.
Sabe que a disgusto mío
doy a mi padre obediencia,
porque al dueño de una ausencia
ciertas lágrimas envío.
Tú en el rostro le pareces,
y yo a ti en las desventuras,
con que, aunque fueran muy duras,
mis entrañas enterneces.
Mas ya que falta remedio
y es forzoso el mal también,
por estar de aquí a mi bien
todo un mundo de por medio,
dime, amigo, ¿éste tu dueño
es de buena condición?

FER. ¡Oh, engañado corazón,
despertad del dulce sueño!
Mirad que habláis con mujer,
que aunque ha llorado por vos,
ya se consuela, por Dios.
Que si por fuerza ha de ser,
que lo toméis con buen gusto.

ANA. Qué quieres, no puedo más,
y el consejo que me das
me parece que es muy justo.

FER. A pesar de mi consejo,
y de la mujer más fuerte;
mas si hablo desta suerte,
mal de mi suerte me quejo.
Digo, señora, que es hombre
Rui de Castro, de valor,
y digno de vuestro amor,
por rico y por gentilhombre.
Tan bien acondicionado,
que los que allá le servimos,
que es como un ángel decimos
cuando está muy enojado.
Es liberal en extremo;
buen justador, y gallardo
de entrambas sillas.

ANA. ¿Qué aguardo?
¿Qué me acobarda? ¿Qué temo?
En fin, ¿que podré casarme
y olvidar aquel ausente?

FER. Por vida de Benavente,
que podéis crédito darme.
Que ese ausente que queréis,
cuya historia he yo sabido,
ya debe de estar perdido,
y vos la ocasión perdéis.
Mil mujeres se han quedado,
por temas, sin casamientos
de grandes merecimientos,
que después los han llorado.
Creed a este labrador,
en desdichas cortesano,
y dad a Castro la mano.

ANA. Tengo a don Fernando amor.

FER. Así llamábase, así,
aquél que del Conde huyó.
Mas ¡qué sopetón le dió
al otro, cuerpo de mí!
¡Pardiez, que si aquí viniera,
que según os quiere bien,
creo que a esotro también
otro sopetón le diera!

ANA. ¡Ay, si le vieran mis ojos!

FER. Andá, que bien os holgáis;
que años de pena olvidáis
por cuatro blancas de antojos.

(1) En el original dice: «Es verdad que estáis muy mal», que parece al revés de lo que debe decir y según lo que añade luego.

(Sale LUCINDA.*)*

LUC. ¿Estás, señora, tocada?
ANA. Como me dejaste estoy.

(Sale DOROTEA.*)*

DOR. A hacer que se siente voy
la señora desposada.
¡Ah, mi señora!, ¿qué es esto?
¿No te han vestido y tocado?
ANA. Las tristezas me han tocado,
y su vestido me he puesto.
Con aqueste labrador,
criado de ese galán,
me he entretenido.

(Salen BELARDO *y* LEONATO.*)*

BEL. Ya están
acá las dueñas de honor.
Tiende, Leonato, ese estrado.
LUC. Deja eso, entremetido.
La novia no se ha vestido,
y ya sale el desposado.
LEO. Yo sé que la quiere rota.
BEL. Jugador debe de ser,
que a su padre dijo ayer
que la quería en pelota.
Y esto de rota, es un necio
si así la quiere querer,
porque el romper ha de ser
la lanza que lleva el precio.
DOR. Pues ya que no te has vestido,
en el estrado te asienta.
ANA. ¿Qué milagro, que se sienta
quien tanto bien ha perdido?
Diles que vengan, buen hombre,
que ya en el túmulo estoy.
FER. Corriendo a llamarlos voy.
LUC. ¡Ay!, no le des ese nombre.
DOR. Tálamo se ha de llamar,
que no túmulo, señora.
ANA. Bien digo; haced cuenta agora
que me llevan a enterrar.

(Salen DON ESTEBAN *y* RUIZ DE CASTRO, *muy galán de novio, y* DON FERNANDO.*)*

RUIZ.

¿Qué importa, mi señor, que esté desnuda?

FERNANDO.

Con quien se ha de cumplir, así la quiere...

ESTEBAN.

Ana, en tu vida me darás contento.
¿Por qué no te has vestido?

ANA.

No he podido,
que en ti llega el aviso y el suceso
a un mismo tiempo, para cosas mías.

ESTEBAN.

Tomad, señor, aquesta silla, en tanto
que la mano le déis, y estos pastores
pueden regocijar el desposorio.

DOROTEA.

Bailar y cantar quieren, si te agrada.

FERNANDO.

¿Qué aguardo? ¿Por ventura diré a voces
quién soy, aunque me prendan y me maten,
o dejaré casar esta enemiga?
¿Qué importa que lo diga? Yo lo digo.
Mas, dónde vais con tanto atrevimiento,
¡oh, loco amor!, pues si quien soy descubro,
he de llevar de dónde estoy a doña Ana,
o quitarle la vida a Ruiz de Castro.
Quiero esperar hasta el postrero punto;
será de mi vivir punto postrero.

RUIZ.

Cantad.

BELARDO.

Ya va de joya.

RUIZ.

Darla espero.

(Canten lo que quisieren y DON FERNANDO *diga a la segunda vez que canten.)*

FER. No pase vuestra canción,
amigos, más adelante.
EST. ¿Quién dice que no se cante?
FER. Animo, vil corazón.
¿No me conocéis?
BEL. Sin duda
nos quiere regocijar.
Tocadle, para bailar.
FER. Más antes el son me muda,
que ha de hacer otra mudanza.
Yo soy...
BEL. ¿Si quiere decir
algún chiste de reír
antes de hacer la mudanza?
FER. Yo soy...
LEO. Mas que se ha turbado.
FER. Yo soy, decíroslo quiero...
BEL. Di que eres un majadero,
y habráslo todo acertado.

Para representador
no trae buen frontispicio.
LEO. No ha topado con su oficio.
FER. Oidme atento, señor.
BEL. ¿Qué diablos os han de oír
si nunca acabáis de hablar?
FER. Tengo mucho que pensar.
BEL. Pues a estudiar o a dormir.
FER. Si lo digo, alguno habrá
que le pese.
BEL. Sois tan ruin,
que a todos pesara en fin.
FER. Yo lo digo.
BEL. Desta va.

(Sale TISANDRO *alborotado.)*

TISANDRO.

Cesad de la alegría y regocijo,
aunque era justa, por tan justa causa;
que no sé si pudiera hallarse nueva
que tristeza mayor pudiera daros.

ESTEBAN.

¿Qué nos dices, Tisandro? ¿Tienes seso?
¿Qué nueva puede haber que nos dé pena?
¿Mi hija no está aquí? ¿No está mi yerno
con salud y con gusto?

TISANDRO.

Aquí llegaron
dos caballeros, pienso que perdidos,
en dos cuartagos, y sabiendo que era
casa en que había que pasar la noche,
volvieron hacia el monte y me dijeron:
«Decid, amigo, al dueño desta casa,
que la aperciba lo mejor que pueda,
porque de Benavente el Conde viene,
de la caza perdido y fatigado;
que de Guadalajara habrá dos días
que salió con algunos caballeros,
y advertidle que viene sin criados.»

ESTEBAN.

¡Oh, extraño azar del gusto desta vida!

RUIZ.

¿Que el Conde viene?

TISANDRO.

Sí, señor, el Conde.

FERNANDO.

¡Ah, lengua, cuánto mal hacernos suele!
Si hubiera hablado yo, si hubiera dicho
quién era, aquí sin duda fuera muerto.
¡Oh, buen pastor, que entre deseo y lengua
te pusiste, impidiendo mis razones!
¿Si fuera bueno huír? ¿Pero quién puede
conocerme, olvidado de doña Ana?

(Sale el CONDE, *de caza,* DON DIEGO *y* DON FADRIQUE.)

CONDE.

Digo, señores, que me pesa mucho
de que sea forzoso alborotaros,
que ya he sabido vuestro desposorio.
Pero excusarlo no es posible, esténse,
esténse, por mi vida, quedos todos.

ESTEBAN.

Tome vuestra Excelencia aquesta silla.

CONDE.

¿Quién es el novio y quién la desposada?
Que de algo he de servir, pues he venido.

DIEGO.

Padrino puede ser vuestra Excelencia.

CONDE.

Digo que yo lo soy.

ESTEBAN.

No sé si diga,
hijos, quién soy.

RUIZ.

¿Pues qué remedio queda,
que en tanta confusión dárosle pueda?

EST. Señor, ¿no me conocéis?
CON. No, padre, por vida mía.
Alzaos, porque no querría
que con respeto me habléis.
Paréceme haberos visto.
EST. Don Esteban soy, señor,
que por no daros dolor,
mi nombre al vuestro resisto.
Esta es doña Ana, por quien
tanto enojo habéis tenido.
CON. Confieso que os he querido
mal, pero ya os quiero bien.
El tiempo todo lo cura;
dejemos estar los muertos.
ANA. Los dos, de remedio inciertos
en tan triste desventura,
hemos hecho penitencia
entre aquestas soledades.
CON. Y yo de las crueldades
que he usado con vuestra ausencia.

No tratemos de mi hermano,
que no quiero entristecerme;
don Juan para siempre duerme,
cobrarle es intento vano.
¿Es vuesa merced, señor,
de doña Ana esposo acaso?

FER. ¡Que de desdichas que paso!

RU. Soy muy vuestro servidor.
Soy Rui de Castro, sobrino
del de Villalba y Andrada.

CON. Luego no me engaño en nada.
Yo os sirvo en seros padrino.
Yo soy muy gran servidor
del Conde, y aunque seáis
tan honrado, hoy aumentáis
de vuestra casa el valor.
Es doña Ana muy honrada,
y en su casa, y a su lado,
la Condesa le ha criado
tal, que pudo estar casada
con mi hermano, si no fuera
su desdicha de los dos.

EST. Mil años os guarde Dios.
¡Qué menos de vos se espera!
Honra de los Pimenteles,
fénix de sangre real.

CON. No estarán, Esteban, mal
con vuestras armas roeles.
Aquesos seis mil ducados
que a doña Ana prometí,
pues llegué a buen tiempo aquí,
quiero que le den doblados.
Paguemos al buen don Juan
algo del amor en esto.

ANA. Ya, señor, las gracias desto
vuestros méritos os dan.

FER. Piadoso está el Conde, ¡oh cielos!
¿En qué tengo de parar?
¿Cuál hombre ha llegado a estar
en tan confusos recelos?

CON. Cantad, cantad, por mi vida,
que soy en extremo amigo
de música.

LUC. Yo prosigo.

CON. Callad, y nadie la impida.

(Canta LUCINDA.)

A los pies del noble Conde
de Benavente y Mayorga,
está la hermosa Condesa,
bañando el rostro en aljófar.
Por don Fernando le ruega,
que ha seis años que está en Roma
por la muerte de don Juan,
y así le dice llorosa:
Perdona, perdona,
que en esto se parece,
quien tiene sangre de tan nobles re-
Acuérdate, gran señor. [yes.
de las pasadas historias,
en que tus antepasados
hicieron tan altas obras.
No es un señor más glorioso
por el cetro y la corona,
que en perdonar las injurias
consiste la gloria toda.
Perdona, perdona,
que en esto se parece
quien tiene sangre de tan altos reyes.

CON. De manera me ha movido,
que si a don Fernando viera
en este punto, le diera
el perdón que me has pedido.
¿Quién compuso esta canción?

BEL. Yo, señor.

CON. ¿Vos?

BEL. Sí, en verdad,
viniendo de la ciudad.

CON. Vos merecéis galardón.
Poneos esta cadena.

FER. Creo que ha llegado el día
de que me quiten la mía,
o que me den mayor pena.
En efecto, gran señor,
si aquí Fernando se hallara,
¿decís que le perdonara
vuestro divino valor?

CON. Por vida de la Condesa,
que no dudo que lo hiciera.

FER. Que es el que el perdón espera,
don Fernando tus pies besa.

CON. ¿Don Fernando?

FER. Sí, yo soy;
córtame el cuello, o perdona,
que aquí tienes mi persona.
Rendido a tus pies estoy.

ANA. ¡Válgame el cielo!, ¿qué veo?

EST. ¡Ay, hija, yo soy perdido!

FER. Desta manera he venido,
porque ya morir deseo.
Seis años ha que ando así,
de tu gracia desterrado.

CON. De mirarte estoy turbado.

FER. Yo de verte estoy sin mí.

CON. Levántate, que en efecto,
la Condesa te perdona,

cuya virtud sola abona
cualquier ajeno defecto.
Tú un hermano me quitaste,
y ella tres hijos me dió;
que, como huiste, pagó
lo que a deber me quedaste.
Mis hijos son tus sobrinos,
no puedo en este lugar
dejarte de perdonar.

FER. Hechos de tu nombre dignos,
gloria y honra de tu casa.

ANA. Rui de Castro: perdonad,
que ésta es vieja voluntad;
ya vos sabéis lo que pasa.
¡Esposo mío!

FER. ¡Mi bien!

BEL. ¡Aderézame esos bledos!

RU. Di, señor, que se estén quedos.

EST. ¿Cómo que quedos estén,
si son marido y mujer?

CON. Esto es verdad, perdonad,
y yo padrino.

RU. En verdad,
que os tengo que agradecer.

CON. Yo tengo donde escojáis,
en dos sobrinas.

RU. Yo quiero
besaros los pies primero.

BEL. Ya que casados estáis,
pardiós, Lucinda, que vos
heis de ser mi matrimonio;
este abrazo es testimonio.

LEO. Sin duda estaba de Dios.

RU. ¡Ay, voluntad engañada!

CON. Que tendrá remedio espero.

FER. Y agora, fin verdadero
La piedad ejecutada.

FIN

LOS PLEITOS DE INGALATERRA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Rey.
La Reina.
Lisena.
Vencislao.
Un Ayo.
Duque de Irlanda.
Criados.
Florisandro.
Conde de Bura.
Tiberio.
Enrique.
Dos Grandes.
Dos villanos.
Soldados.

ACTO PRIMERO

(Salen el Rey *y* Florisandro.*)*

Rey. A furia me ha provocado.
Flo. ¿Qué te escribe?
Rey. Que venía
a Escocia el de Irlanda armado
con lucida infantería
y vana soberbia armado.
Rompió las treguas.
Flo. Requiebra
con las armas a Ginebra.
Quien ama no tiene ley.
Rey. Si es ley palabra de un rey,
¿qué rey la palabra quiebra?
Flo. Incitarále; es mujer,
y afirma que le dejó
tu padre a Escocia.
Rey. Es querer
que, como Júpiter, yo
con César parta el poder.
Pues amor y señorío
no requieren compañía;
que cuando su padre y mío
estos reinos dividía
fué con mortal desvarío.
En salud diera la guerra;
que agora el Duque negocia
por interés desta tierra
dejando a Ginebra a Escocia
y a Eduardo a Ingalaterra.
Flo. Para casar altamente
dejó tu padre a tu hermana
a Escocia en dote.
Rey. No siente
quien no ve la razón llana
de que yo negarlo intente.
Si yo a mi hermana he casado
con el Duque, y no pudiera
darla esposo más honrado,
cuando este dote la diera,
¿qué testamento he quebrado?
Si yo cumplo la intención
del testador y a mi hermana
casé altamente, ¿es razón
que agora, soberbia y vana,
tenga esa vil pretensión?
¿Es razón que el Duque incite
para que a Escocia me quite?
¿Paga bien mi fe y amor?
¿Este enemigo rigor
entre hermanos se permite?
Flo. Si dicen que por reinar
se permite una traición,
y aquí hay razones que dar
para fundar su razón,
¿de qué la debes culpar?
Quiere ser Reina.
Rey. ¿Y es bien
que en un reino dos cabezas
con igual (1) poder estén?
¿Y dos iguales grandezas
en un supuesto también?
Es locura, Florisandro.
O todo del Duque sea
o todo mío; pues cuando

(1) En el original «conyugal» por errata.

dentro de Escocia se vea,
y, como piense, reinando,
también querrá a Ingalaterra
y verse dueño de todo;
que en gente enseñada a guerra
no habrá paz de ningún modo
ni estará quieta en su tierra.
Tras la victoria, el soldado
mal al oficio se aplica;
que al robo, al saco enseñado,
pondrá a los pechos la pica
del padre que le ha engendrado.
Fórmese ejército luego,
socórrase a Escocia y demos
a su armada y naves fuego
hasta que a Troya imitemos
si el Duque imitare al griego.

(Sale la REINA.)

FLO. La Reina, señor, ha entrado.
REY. Habrá sentido el rumor
de lo que habemos tratado.
REI. ¿Qué nueva es esta, señor,
que tanta pena os ha dado?
REY. Por estar vos en los días
del parto, no me he partido
a castigar prendas mías.
Ya Ginebra ha remitido
a las armas las porfías.
Ya, desnudos los letrados
de las repúblicas ropas,
de nuestro pleito cansados,
resplandecen en las popas
de una fuerte armada armados.
Ya para trocar las suertes
de las vanas esperanzas
y la pretensión que adviertes
truecan las plumas en lanzas,
los libros en petos fuertes.
No quiere pleitos mi hermana,
que la guerra de papel
le ha parecido liviana.
REI. ¿Viene el Duque?
REY. Sí, pues él
rompe al mar la espuma cana.
El viene por general,
él se promete, él se fía
victoria de empresa tal
y corona de la mía
el estandarte real.
Rey dicen que se intitula,
ni falta ya quien le adula
con majestades y altezas
y que a mayores grandezas
le provoca y estimula.
Pienso que el ir en persona
ha de importarme.
REI. Señor:
que envidie vuestra corona
el Duque, antes es valor
que sus agravios perdona.
Venga, y no le castiguéis
por vuestra mano, ni es justo
que desa suerte le honréis,
después del grave disgusto
que ausentándoos me daréis.
No estoy en tiempo que puedo
quedarme sin vos.
REY. Florisandro.
FLO. Señor.
REY. Amor todo es miedo.
FLO. ¿Tú de qué temes amando?
REY. Este bien que perder puedo.
FLO. ¿Tú, señor, puedes perder
la que es tu propia mujer?
REY. ¿No es perderla estar celoso
de que pueda otro, dichoso,
su voluntad merecer?
FLO. Otras veces me has contado
ese miedo que has tenido
de que siendo el Conde amado
con título de marido
y de la Reina estimado
su padre le despreció
y por mujer te la dió.
Mas, ¿cómo puedes temer
si es ya tu propia mujer?
REY. Quien no temió nunca amó.
Diez meses ha que el francés
me dió a Leonora y que puso
en estos reinos los pies;
si a elegirme se dispuso,
ya la diferencia ves.
Ni tengo que te advertir
de que ha nacido obligada.
Pero ¿qué quiere decir
que ya Leonora casada
le venga el Conde a servir?
Acompañarla fué justo
hasta Londres y mostrar
de mi casamiento gusto;
pero tanto acompañar,
¿a quién no causa disgusto?
Estarse en Londres un mes,
mientras las fiestas se hicieron,
justo fué; pero después

que a sus tierras se volvieron
el español y el francés,
¿qué quiere el flamenco aquí?

FLO. Los celos hablan en ti;
espíritus infernales
que entre personas reales
no suelen tratarse así.
Cuando el Conde pretendiera
la Reina (que es imposible
que a tal traición se atreviera),
de su pecho inaccesible
¿cuál hombre humano temiera?
Es un ángel en la tierra.
No permitas, pues encierra
valor de tanta importancia,
que un sol que amanece en Francia
se ponga en Ingalaterra.

REI. ¡Válgame Dios! ¿Qué hablarán?
Sin duda que el Rey se parte
y los dos tratando están
cómo dejarme. Es un Marte,
es gran soldado, es galán,
es belicoso, es valiente.
Habrá sentido la injuria
de su cuñado insolente;
pero es contra mí la injuria,
que al fin es matarme ausente.
Moriré si estoy sin él.

REY. Amor, Florisandro amigo,
es igualmente cruel,
y haberlo sido conmigo
no es nuevo milagro en él.
Son celos para la fe
reloj que enseña y no ve,
y despertador del sueño,
que aunque despierta a su dueño
ni sabe a qué ni por qué.
Son celos sed, inquietud
que causa el alma en virtud
de las quimeras que fragua,
que piden agua y más agua
hasta acabar la salud.
Son celos como aquel juego
que adivina el que está ciego
quién le da el golpe en la mano,
que a veces se queja en vano
y a veces acierta luego.
Son celos necia porfía
que el amor, discreto, engendra
(bien se parece en la mía)
y un crisol donde se acendra
el miedo en la fantasía.
Yo los tengo, porque es llano
que he de pasar por la ley
que me da amor, rey tirano;
que también enferma un rey
de lo mismo que un villano.

REI. Si estáis tratando, señor,
de la partida a la guerra,
no me encubráis su rigor;
que aunque amor mi pecho encierra
también encierra valor.
Hablad delante de mí,
sepa yo si he de perderos.

REY. ¿Oyes esto?

FLO. Señor, sí.

REI. Que quiero este espacio veros
y hablarle con vos aquí.

REY. ¿Ves, Florisandro, que aguarda
mi partida y la desea?
Ya le parece que tarda.

FLO. Celos no hay cosa tan fea,
Son pena de amor bastarda.
Mira que te hacen creer
con equívocos sentidos
cosas que no pueden ser.

REY. No sujetes los oídos
a palabras de mujer.
No las rindas desa suerte;
que siempre las puertas son
por donde con lazo fuerte
entra el alma a la traición
y a nuestra vida la muerte.
Ella muere de deseo
de verme ya de partida.

FLO. ¿Qué dices?

REY. Esto que creo.

FLO. ¿De una santa?

REY. Es mi homicida;
muero, mi deshonra veo.
O estoy loco o quiere bien
al Conde.

FLO. ¡Extraña locura!

REI. Mi bien, ¿no me habláis?

REY. ¿A quién
no detendrá esa hermosura?
¿Quién podrá hacerla desdén?
Digo, Leonor de mis ojos,
que por no daros enojos
haré un general por mí.

REI. Esto están pidiendo aquí
dos almas llenas de antojos.
No os doláis de la nacida,
duelaos la que no nació.

REY. ¿Pues quién, Leonor de mi vida,
irá en mi lugar? Que yo

dejo por vos la partida.
La empresa dejo por vos,
siendo de tanta importancia.

REI. Mil años os guarde Dios
y os dé por herencia a Francia.

REY. Gocémosla en paz los dos.

REI. Pues mi parecer pedís,
aquí está el Conde de Bura
que irá si se lo decís.
Mi crédito os le asegura
por lo que he visto en París;
que es gallardo caballero,
muy valiente y animoso.

REY. ¿Oyes aquello? El primero
nombró al Conde cauteloso.
¡Cielos! ¿Qué aguardo? ¿Qué espero?

FLO. ¿Pues qué sospechas, señor?
¿De que le alabe te alcanza?

REY. Calle ausente la mejor.

FLO. ¿Por qué?

REY. Porque es la alabanza
la primera hija de amor.
Si al Conde no le tuviera
no le antepusiera a todos.

FLO. Antes, si bien le quisiera,
estorbara de mil modos
al Conde que no se fuera.
Mal contentadizos son
los celos.

REY. Quitan mil sueños
a amor, no tienen razón;
celos, por hijos pequeños,
tienen mala condición.
Siempre lloran, siempre están
enfadando y consumiendo.
Leonora.

REI. Señor.

REY. Galán
es el Conde.

REI. Yo no entiendo
que halles mejor capitán.
Tal fama en París tenía.
Mostró en justas y torneos
brío, talle y bizarría.

REY. Mal encubre sus deseos.
¡Oh, amor, no es más claro el día!
¡Ah, Rey francés, no le dieras
el de Flandes a Leonora!

FLO. Señor; ¿pues desto te alteras?

REY. Al fin el Conde, señora,
detendrá sus armas fieras?

REI. Tengo dél satisfacción.

REY. Yo me voy y le daré
de mi general bastón
para que ese gusto os dé
y al Conde el rojo guión.
Parta en buen hora y levante
las cinco rosas inglesas,
que ese crédito es bastante
para mayores empresas
que de Alcides y de Atlante.
Ven, Florisandro, conmigo.

FLO. Perdido estás.

REY. Loco voy.

(Vanse los dos.)

REI. Tu piedad, cielo, bendigo,
pues ya sin el Conde estoy,
fiero y mortal enemigo.
Porque dudo que en el suelo
naciese tan atrevido
caballero contra el celo
a la majestad debido
que manda estimar el cielo.
Dile pequeña ocasión
cuando tuve libertad,
porque los favores son
conforme a la calidad
de quien ama con razón.
Pero él, lleno de arrogancia,
sirvióme doncella en Francia,
casada en Ingalaterra,
porque tiene el darme guerra
por victoria y por ganancia.
Disimulo por temor
del Rey; que matarle el Rey
algo desdora mi honor.

(Sale el CONDE DE BURA.*)*

CON. Basta, amor; que es nueva ley
amar quien no tiene amor.
Basta; que es justo querer
sin correspondencia alguna
mujer por quien ha de ser
de hoy más firme la fortuna,
si es la fortuna mujer.
Basta, amor; que eres más fuerte
que la muerte, pues la vida
la tiene, por mejor suerte.
Pero aquí está la homicida.
Dulce pena, hermosa muerte.
¿Que es posible, que te ven
mis ojos, donde se queje
mi lengua de tu desdén?
¿Cómo? ¿Que el cielo me deje
ver el de los tuyos bien?
Serenas estáis, estrellas,

que aquel capote nublado
no encubre sus luces bellas.
¿Por qué soy yo desdichado,
cielos, si nací con ellas?
¿Por qué no la merecí?
¿Por qué a Orange no le di
tan gran Princesa y señora?

REI. ¿Cómo sin licencia agora,
Conde, osaste entrar aquí?
¿Cómo habiéndote avisado
del disgusto que me das,
a mi presencia has llegado?

CON. Para no acertar jamás,
que es propio de un desdichado.
No te enfades desa suerte,
que bien puede entrar a verte
hombre que en Francia ha tenido
prendas de ser tu marido.

REI. En que no lo fuiste advierte
y en que le tengo mejor.
Ya estoy casada, y es justo
que considere tu amor
que no ha de intentar su gusto
tan a costa de mi honor.
¿Qué puedes tú pretender?
¿Dónde te despeña, loco,
tu arrojado proceder?
Si mujer me estimas poco,
mírame de un Rey mujer
y agradece que has vivido
desde que te has atrevido
para mirarme casada.

CON. Pesarte de ser amada
novedad me ha parecido;
que bien puede ser mi amor
tan honesto y tan seguro
que adore tu casto honor.

REI. ¿Pues qué procuras?

CON. Procuro
servirte, hermosa Leonor.
Y por que mejor lo veas
oye, sosiega, reposa,
si el amor del Rey deseas,
y diréte alguna cosa
en que mis servicios veas.
Llega al estrado, y segura
(como si te visitara)
oye y remediar procura,
Leonor, una ofensa clara
del cielo de tu hermosura.
Mira que te va la vida.

REI. Si tan honesto procedes
verásme a tu amor rendida.

CON. Que serás de mí creer puedes
honestamente servida.
Siéntate y sabrás lo que es;
óyeme sentada un día.

(Siéntase la REINA *en un estrado.)*

REI. Ya lo estoy.

CON. Escucha, pues.
¿Amas al Rey?

REI. Es luz mía.
Mas, ¿qué digo? Tú lo ves.
Porque no sé yo si ama
su centro ninguna cosa
como yo al Rey.

CON. Así es fama.

REI. Voy a su esfera amorosa
como va el aire a la llama.

CON. ¿Qué pretende un amador?

REI. Satisfacción a su amor.
correspondencia a su fe.

CON. Tiénesla del Rey?

REI. No sé.
Téngola de su valor.

CON. El Rey ama a otra mujer.

REI. ¡Válgame el cielo!

CON. Esto pasa.

REI. ¿Búrlaste?

CON. ¿Pudiera ser?

REI. ¿Adónde?

CON. En tu misma casa.

REI. ¿Cómo lo puedes saber?

CON De haberlo visto.

REI. ¿Tú?

CON. Yo.

REI. ¿Cómo?

CON. Porque ayer me dió
un papel del Rey a mí.

REI. ¿Quiérele?

CON. Como yo a ti.

REI. ¿Tan poco al Rey estimó?

CON. Yo te he dicho la verdad.

REI. Muéstrame el papel.

CON. Sí haré.

REI. Si comienza la amistad
desta suerte, mal podré
estimar tu voluntad.

CON. ¿No es éste de amor indicio?

REI. No; que tan cerca del parto
no ha sido piadoso oficio
darme esta pena.

CON. Hoy me aparto
de hacerte jamás servicio.

REI. ¿Cómo lo podré saber?

CON. El papel te he de leer.
REI. ¿Cuándo?
CON. Agora.
REI. ¿Luego ahí
le tienes?
CON. Señora, sí.
REI. Muestra, que le quiero ver.
CON. ¿De mi voluntad sencilla
dudas?
REI. ¿Qué te maravilla?
CON. Dame, aunque es lugar sagrado,
licencia de que en tu estrado
pueda poner la rodilla.
REI. Llégate cerca de mí.
CON. Pienso que estoy bien así.

(Arrodíllase junto a la REINA.)

Y estoy, señora, tan bien,
que no quisiera más bien
que estar para siempre aquí.
REI. ¿Eso qué tiene que ver
con lo que se ha de leer?
CON. Quien no agradece el favor,
del dueño ofende el valor.
Déjamele agradecer.
REI. Ha de ser honestamente.
CON. Digo, Leonor, que imagino
la inmensa gloria que siente
quien ante el trono divino
de Dios asiste presente.
Porque si un ángel del suelo
dé tanta gloria mirado
de cerca, ¡qué gran consuelo
dará al alma contemplando
el divino Autor del cielo!
¿Esto no es honesto?
REI. Sí.
CON. Mas, ¿cómo cerca de ti
puede ser que esté tan cuerdo?
REI. ¿Qué me dices?
CON. Que me pierdo
y que te duelas de mí.
REI. ¡Ah, traidor, que me engañaste!
CON. Loco estoy, loco es amor;
tú loca, que te fiaste
de un atrevido furor
y a tu fuego me llegaste.
Tus ojos son luz hermosa;
yo, engañada mariposa,
y, aunque muera, he de abrazarte.

(Quiere abrazarla y trábase la lechuguilla de la REINA *a las puntas de un cuello que tendrá el* CONDE.)

CON. Gente viene.
REI. La arandela
a las puntas se ha trabado
de tu cuello.
CON. Quitaréla.
REI. ¿No puedes?
CON. Estoy turbado.
Heme abrasado en la vela.

(Salen el REY *y* FLORISANDRO.)

REI. Rasga el cuello.
CON. Ya lo intento.
REY. ¿Qué es esto que ven mis ojos?
REI. ¿Quitóse?
CON. Sí.
REY. Di que el viento
formaba de mis antojos
este engaño al pensamiento.
FLO. Señor, de tu discreción
te aprovecha.
REY. ¿A qué ocasión
Conde, con la Reina hablabas?
CON. Dijéronme que tratabas
de hacer un fuerte escuadrón
y vine a ofrecer mi espada;
que si la has visto envainada,
hoy, que la ocasión se muda,
quiero que la veas desnuda
y entre enemigos manchada.
A la Reina, mi señora,
hallé, donde la ofrecí
esto que te ofrezco agora.
Y estándola hablándola vi...
REY. ¿Qué viste? ¡Ah mujer traidora!

(Aparte.)

CON. Que una araña le subía
por el rostro; fuí a quitalla.
Y como ella la temía
y yo también de matalla
sobre el rostro que ofendía,
por el hueco de las puntas
del cuello se entró la plata
de la arandela.
REY. ¿Tan juntas
tus manos a quien retrata
al sol?
FLO. ¿Pues eso preguntas?
Mira, señor, sin color
a la Reina, mi señora.
REY. ¿No te turbó el resplandor,
Conde? El rostro de Leonora
es el alma de mi honor.
Y aunque la araña provoca
a que sus pasos atajen,

no ha de ser con mano loca;
porque el que limpia una imagen
con gran respeto la toca.

CON. Señor: yo me vi turbado.

(Desmáyase la REINA.*)*

FLO. La Reina se ha desmayado
y el parto se anticipó
con el sobresalto.

REY. Y yo
también al parto he llegado.
Que no es mi dolor menor;
y un hijo tan mal nacido
nace con tanto dolor.
Llevadla adentro y mirad
si es parto.

FLO. Gran señor, llega,
muéstrala amor, que es piedad.

(Llévala adentro.)

REY. Luego entraré. ¡Oh mar que anega
la grandeza y la humildad!
¡Oh ley del mundo, que iguala,
como la naturaleza!

CON. El Rey me vió, fuego exhala.
Hoy me corta la cabeza
o me atraviesa una bala.

REY. Ella parte si la esfuerza
el dolor que la acompaña.
El cielo su piedad tuerza;
que parto por una araña
será ponzoña por fuerza.
Mas, ¿cómo muestro flaqueza
contra la ley del valor?
Conde.

CON. ¿Qué manda tu Alteza?

REY. ¿Cosa que cueste a Leonor
esta araña la cabeza?

CON. ¿Cómo, señor?

REY. ¿No podía
morir de mal parto?

CON. Sí;
pero en Dios, señor, confía.

REY. Harto mejor que no en ti.

(Aparte.)

Ir contra el Duque querría.
Nombrar quiero un general
que, conduciendo mi gente,
lleve mi guión real.
¿Quién tenéis por suficiente,
decid, para empresa tal?

CON. Señor: si por suficiencia
se ha de dar, Londres encierra
hombres de más experiencia
para la paz y la guerra,
de más años y prudencia.
Pero si por voluntad
y deseo de servir,
a nadie con más lealtad
que a mí.

REY. Pues vos podéis ir.

CON. Deme Vuestra Majestad
los pies por tanta merced.

REY. Y los brazos, Conde amigo.
Alarde esta tarde haced
y contra el Duque enemigo
mi gente en orden poned.
Partid cuando salga el alba.

CON. Yo haré que espante la salva
las estrellas porque den
lugar al día.

REY. Esta bien,
partid.

CON. Fortuna me salva.

(Aparte.)

No ha entendido lo que fué,
pues con tal honra me envía.

REY. Idos luego.

CON. Yo me iré.

REY. Y no os amanezca el día
en Londres.

CON. Yo partiré.

(Vase.)

(Sale FLORISANDRO.*)*

FLO. La Reina queda, señor,
con un gran mal.

REY. ¿De qué suerte?

FLO. Si no es natural dolor,
es el dolor de la muerte.

REY. Ese tengo por mejor.
Con linda industria el villano
mi deshonor encubrió.

FLO. ¿Fuése?

REY. Sí; porque la mano
que aquella araña mató
mate al irlandés tirano.

FLO. ¿Hicístele general?

REY. Sí, amigo.

FLO. ¿Pues a qué efeto?

REY. Por que pueda al desleal
darle la muerte en secreto,
que en público está muy mal.
Tú partirás, Florisandro,
y a la primer batería,
tu pistola disparando,
matarás la infamia mía
al vil flamenco tirando.

Después lo consultaré
con más espacio contigo.

FLO. Yo pienso que verdad fué
lo del araña; mas digo
que es bien que muerte le dé
por quitar de tus sospechas
esta aljaba de las flechas
de celos que amor te tira;
porque, verdad o mentira,
llegan al alma derechas.
Y pues la Reina, inocente,
es quien sabes, y es razón,
vela a ver, porque esta gente
no penetre la intención
con que esta desdicha siente.

REY. Yo voy.

FLO. Es piadosa hazaña
de tu valor, que ha de ser
ejemplo a Francia y España.

REY. Sí; ¡mas, por Dios, que he de ser
el San Jorge desta araña!

(Vase.)

FLORISANDRO.

¿Quién hay que esté seguro de sí mismo,
cuanto más del amigo y el pariente?
Tal es del mundo el ciego barbarismo
y la infidelidad de alguna gente.
Sale de las entrañas del abismo
amor, furia cruel, y con ardiente
llama siembra en los pechos dulce guerra,
rayo de fuego que abrasó la tierra.
¿Quién dijera del Conde que llegara
con la Reina a tan grande atrevimiento?
Que para mí la luz del sol no es clara
si no es claro su honesto pensamiento.
Si sólo en darle muerte el daño para
y el Rey se vale de su entendimiento
no será el mal tan grande, pues en Flandes
no importa un Grande, pues le quedan Grandes
Mas si con la sospecha furibundo
de los celos, que son inmortal guerra,
mata a Leonor y, para error segundo,
quita la sucesión a Ingalaterra,
un ángel pierde el suelo, un sol el mundo
por cuyos rayos llorará la tierra
la noche de su ausencia, que era el día,
que más agora en su opinión lucía.

(Sale LISENA, *dama.)*

LISENA.

Mísera Reina, mal lograda y triste:
¿por dónde tanto mal te vino agora?

FLORISANDRO.

¿De qué lloras, Lisena?

LISENA.

¿Quién resiste
el llanto viendo muerta a su señora?

FLORISANDRO.

¿Muerta? ¿Qué dices?

LISENA.

No; pero consiste
sólo en Dios el remedio de Leonora,
que sólo con milagro vivir puede.

FLORISANDRO.

El llanto es poco, la desdicha excede.
¿Dijeron que era parto?

LISENA.

Parto ha sido.
Pero ha sacado el malogrado Infante
fuera del vientre un brazo y no ha podido
volverlo ni pasar más adelante.
Parece que el bracillo, que ha tendido,
está pidiendo a Dios que le levante;
porque, a falta de lengua, con la mano
favor pide a la suya.

FLORISANDRO.

Y no es en vano.
Que yo tengo una cinta en esta mía,
reliquia de un difunto religioso,
que vivió en la Cartuja, que tenía
nombre de santo y hombre milagroso.
Esta ofrecí para otro parto un día,
y luego salió a luz, y tan hermoso,
que es hoy una bellísima criatura.

LISENA.

¡Ay, déle Dios al nuestro esa ventura!

FLORISANDRO.

Esta es la cinta.

LISENA.

¿Y dónde la traía?

FLORISANDRO.

Con una cinta al cuello. Y no pudiendo
alcanzar yo la cruz del que la había
heredado o tomádola en muriendo,
esta cinta alcancé por cortesía.

LISENA.

¿Que tanto puede?

FLORISANDRO.

Lo que estoy diciendo.

LISENA.

Santo varón, doleos de Leonora,
rogad a Dios que la remedie agora.

FLORISANDRO.

Atala al brazo del muchacho.

LISENA.

Harélo
por ver si vuelve a su primer estado
para nacer con vida.

FLORISANDRO.

Quiera el cielo
que salga a luz.

LISENA.

Yo voy.

(Vase Lisena.)

FLORISANDRO.

¡Mortal cuidado!
¡Ay, Dios, que ha de matarla el Rey recelo!
Que como aquella araña le ha tocado,
hale vuelto, con rabia y con despecho,
ponzoña el corazón, incendio el pecho.
No está seguro el Rey de la malicia
del flamenco de Orange en este daño,
que pienso que se queja con justicia;
pero no de la Reina, que es engaño.
Yo sé que adora al Rey y que codicia
que tenga de su honor el desengaño
que Porcia y Julia dieron de su fama
a Roma; Julia, en sangre, y Porcia, en llama.

(Sale TIBERIO.*)*

TIBERIO.

Si desta suerte premia el Rey vasallos,
¿quién duda que los halle en ocasiones?

FLORISANDRO.

¿Es Tiberio?

TIBERIO.

Yo soy.

FLORISANDRO.

Para estimallos
excede el Rey a las demás naciones.

TIBERIO.

Pues sal al campo a ver tres mil caballos
y trece mil infantes al gobierno
de un bisoño extranjero, mozo y tierno.
¿Faltaban capitanes que tomaran
las banderas inglesas con las rosas
y al irlandés de toda Escocia echaran
y no quien le dé espaldas vergonzosas?
Cuando a ti, Florisandro, se entregaran
yo colgara mis armas, envidiosas;
mas a un extraño, ¿no es desprecio nuestro,
no más grande en valor ni en armas diestro?
¿Qué debe al sucesor de Orange?

FLORISANDRO.

Debe,
Tiberio, al Conde la amistad que sabes;
vive en su corte, que es lo que le mueve,
que dan autoridad príncipes graves.
Habrá ocho meses ya, y aun más de nueve,
que acompañó a la Reina con seis naves,
y ya sabes que en justas y torneos
gastó y mostró millones de deseos.
Estos le paga el Rey con este cargo.
No te pese, por Dios; que ha muchos días
que sin premio le sirve. ¡Ah premio amargo!
¡Por Dios, que ha de morir como otro Urías!

TIBERIO.

¿Podré yo hablar al Rey?

FLORISANDRO.

Es cuento largo
darle agora tus quejas ni las mías.
La Reina está de parto, y él con ella
esperando algún sol de tal estrella.

TIBERIO.

¿Pues hase de sufrir esta arrogancia?

FLORISANDRO.

Tiberio: con los reyes la obediencia
fué siempre de provecho y de importancia.

TIBERIO.

No le quiero servir, deme licencia;
pasarme quiero con Borbón a Francia,
que estimará la militar prudencia
de un hombre como yo. Quizá algún día
verá Eduardo la importancia mía.

(Vase.)

FLORISANDRO.

¡Ah casa de quejosos, dulce corte
y corte de las vidas! ¿Quién te vive
que no piense que él sólo al Rey importe
y que es razón que él sólo con él prive?

(Sale el Rey.*)*

Rey.

¿Qué puede haber que mi valor reporte,
por más que amor en la piedad estribe,
si agora a mayor pena me provoco?

Florisandro.

Señor: ¿qué ha sucedido?

Rey.

Escucha un poco.
Entre excesivos dolores,
congojas, ansias, desmayos,
suspiros, sollozos, quejas,
con otros afectos varios
quedó tendida Leonor;
que aunque la aborrezco tanto
no me parece que he visto
tal rosa cortada en mayo.
Llegó la diestra mujer
que asiste en iguales casos
con un escuadrón lloroso
de damas también llorando,
y vió que del tierno niño
sólo se mostraba un brazo,
sin fuerza para poder
salir del materno claustro.
Díjolo a voces, y luego
corrieron con prestos pasos
a traer varias reliquias
cuantas el caso escucharon;
entre las cuales Lisena
trujo una cinta de un santo,
que, atada al brazo del niño,
escondió al momento el brazo
y, dentro de un cuarto de hora,
nació tan bello y tan blanco
que parecía imposible
después de tantos trabajos.
Miraron todos la cinta;
pero la cinta no hallaron,
de que a Liseda le dió,
como dueño, más cuidado.
Estando en esto, a las voces
de Leonor juntas llegando,
vieron que otra vez paría
aquel primero muchacho.
Fué la causa que le vieron
la cinta en el diestro brazo,
que fué, sin duda, el primero.
¡Mira qué notable caso!
Luego, entre todas nació
la duda del mayorazgo,
a quien, con mortal despecho,
yo atento estaba escuchando;
porque pienso desta duda
librar el reino y letrados,
haciendo, aunque es hecho fiero,
que les den la muerte a entrambos.
Porque está puesto en razón,
y es el argumento llano,
que si Leonora amó al Conde
serán los hijos bastardos.

Flo. Señor: ¿en tu pensamiento
y en tu entendimiento claro
puede caber tal desdicha?
¿Halló lugar tal engaño?
¿Leonor al Conde de Bura,
ni a su padre, ni a su hermano,
ni más que al cielo y a ti
pudo amar ni hacer agravio?
¿Qué desdicha destos vemos,
qué miseria, qué pecados
puso en tu pecho esa furia
y en tus ojos este engaño?
Ya que la Reina no puede
vivir, ya que el sobresalto
de ver en su estrado al Conde
pudo en su vergüenza tanto
que ha de trasladar la vida
a la muerte aquel desmayo,
mostrando el morir de pena
mayor valor que el romano,
porque si con fuego o hierro
o veneno se mataron
algunas, mayor hazaña
es morir de sólo espanto,
¿por qué, heroico descendiente
de aquel primero Eduardo,
quieres matar tus dos hijos?
Pues ser tuyos es tan claro,
que no es el sol ni el día
más que ser el pecho casto
de aquella ilustre señora
que te adora y quiere tanto.
¡Maldiga al de Orange el cielo!
¡Plega a Dios que del caballo
le derribe un irlandés,
un mosquetero villano!
No quites, señor, la vida
a dos ángeles que ha dado
a tu sucesión el cielo
por un milagro tan raro.
Mira que castiga Dios
el no estimar los milagros,
porque es más falta de fe.

REY. Basta, no más, Florisandro.
Los niños no son mis hijos.
Y pues que los dos mataron,
como víboras, naciendo,
su madre, mueran entrambos.
Ve, mira si ya murió
Leonora; porque en tal caso
que viva, acabarla quiero.
FLO. Gran señor...
REY. Calla.
FLO. Ya callo.
REY. Ve donde digo.
FLO. Yo iré.
Piedad, cielo, monje santo,

(Aparte.)

que librastes estos niños
de tan peligroso parto.
Rogad a Dios me dé ingenio
para que pueda librarlos;
que he de morir o su madre
y ellos vivirán mil años.

(Vase.)

REY.

¿Para qué se lamentan por historias
Piramo, triste, ni el sangriento Edipo,
pues que yo a sus desdichas me enticipo
en la mitad del curso de mis glorias?
Borren de hoy más sus trágicas memorias.
Estampa soy de las desdichas tipo,
porque yo de sus penas participo
y no de sus grandezas y victorias.
Angeles, perdonad que vuestra madre
me hace vuestro Herodes tan sangriento,
que intento semejante desvarío.
En el dolor parezco vuestro padre;
pero, a ser Salomón, mi entendimiento
supiera de los dos cuál era el mío.

(Sale el CONDE DE BURA.*)*

CON. Asómese Vuestra Alteza
a un balcón alegremente,
como a los del rojo Oriente
asoma el sol su cabeza,
verá pasar el alarde
de infantes y de caballos,
que ya se para a mirallos
el sol, que en sus armas arde.
Salga a ver tanta celada,
pues la victoria codicia
más que el ave de Fenicia
de oro y plumas adornada.
Salga a ver de sus pendones
tremolar las blancas puntas
y las arrogancias juntas
de Aquiles y Gedeones,
que doy palabra a Su Alteza
que se prometa victoria.
REY. Conde: yo tendré memoria
de estimar vuestra cabeza.
CON. Así es justo que lo espere.
REY. La palabra os quiero dar
de ponerla en el lugar
más alto que yo pudiere.
CON. Satisfecho voy de vos.

(Vase. Salen FLORISANDRO *y* LISENA.*)*

FLO. Ya verás en nuestros ojos
que aquellos santos despojos
quieren dar el alma a Dios.
REY. ¿Es muerta?
FLO. Está cerca ya,
REY. Pues si muriere, Lisena,
que la amortajen ordena,
que mi amor también lo está.
Ponedla vos, Florisandro,
con un moderado honor.
LIS. ¿Así lo sientes, señor?
REY. Haced los dos lo que os mando.
Tú los niños le darás,
y háblame cuando los tengas.
LIS. ¿En dos ángeles te vengas?
REY. Lisena: no puedo más.

(Llora.)

¿Qué es esto? ¡Lágrimas son!
¡Ay, mis hijos! ¡Ay, Leonora!
¡Salid, lágrimas, ahora
que revienta el corazón!

(Vase.)

FLORISANDRO.

El Rey es ido. Hoy has de ser, Lisena,
la mujer más famosa que ha nacido.
Perdone Italia y sus matronas todas.

LISENA.

Extraño caso intentas.

FLORISANDRO.

Yo sospecho
que tardará dos horas el alarde.
La Reina ha vuelto del cruel desmayo;
yo tengo de sacarla de palacio
y darte en su lugar un cuerpo muerto
quitándole la vida a alguna esclava,
que poco importa que una turca muera.
Amortájala y ponla en el estrado,

con un paño de tela encima, y luego
entregarás los niños, que otros niños
en su lugar han de ocupar dos sillas
del palacio de Dios entre los ángeles.

LISENA.

Pues dime, Florisandro: si es forzoso
que sepa alguna dama ese secreto
y algún criado, que ha de estar presente,
¿cómo entre tantos lo será?

FLORISANDRO.

Lisena:
Si estas son cosas que permite el cielo,
para lo que ya está determinado,
a su disposición deja el suceso.
Vamos, daréte el cuerpo de la esclava.

LISENA.

Espera, llevaréla a mi retrete.

FLORISANDRO.

Mejor será que yo me esconda dentro
primero que ella venga.

LISENA.

Bien has dicho.
Detrás de un pabellón puedes ponerte.

FLORISANDRO.

¡Cielos! por excusar mayores daños
intento lo que veis. Si os sirvo en esto,
dadme favor; si no, acabad mi vida;
que yo defiendo un ángel en la tierra,
un Rey a Escocia y otro a Ingalaterra.

ACTO SEGUNDO

(Salen VENCISLAO, ENRIQUE *y el* AYO.*)*

VEN. Acabad, que sois terrible.
AYO. ¡Miren aquí qué lección!
ENR. Tiene mi hermano razón:
sois, licenciado, insufrible;
sois la misma impertinencia,
y que ha cabido os prometo
hoy por vos, en un sujeto,
la necedad y la ciencia.
AYO. ¿A mí tal descompostura?
VEN. Pues bien: ¿quién sois que os enfada?
AYO. Soy nada, y menos que nada,
pues que con tanta locura
os he criado y enseño.
Sois un árbol mal guiado,
que el no haberle enderezado
fué por culpa de su dueño.
Pero tened advertencia,
ya que os preciáis de livianos,
que, aun a veces entre hermanos
fué furor la inobediencia.
Que, *per Deum*, de encerraros
donde la mano os asiente.
ENR. Tras ser loco impertinente,
queréis agora igualaros
con Hércules o Sansón;
que ellos fueran menester
para podernos poner
en semejante ocasión.
AYO. ¿Luego no os podré azotar
como en la niñez lo he hecho?
ENR. Ayo, por Dios, que sospecho
que nos queréis enojar;
que hasta agora fué burlando
todo lo que habéis oído.
AYO. ¡Buenos cuervos le han salido
en su casa a Florisandro!
El ha criado una gente
con quien medrará su amor.
VEN. No haya más, cese el rigor;
si eres sabio, sé prudente;
suple nuestra mocedad.
Así los cielos te den,
por nuestra crianza, el bien
digno de tu antigüedad.
Haz como padre, y advierte
que como a tal te estimamos;
que no porque así te hablamos
dejamos de obedecerte.
AYO. Corrido estoy que me hayáis,
siendo tan tiernos mancebos,
enseñado a ejemplos nuevos,
pues, aprendiendo, enseñáis.
Yo fío en vuestra prudencia
y espero en vuestro valor
que habéis de premiar mi amor
con igual correspondencia.
Séneca dice (y son leyes
de razón y de verdad)
que, con justicia y piedad,
se hacen dioses los Reyes.
Y Claudiano, como ayer
os mostré con más quietud,
que con sola la virtud
se aprende ciencia y poder.
Como quedó aquel gigante,

que sólo un ojo tenía,
ciego de Ulises un día,
que fué su industria bastante,
así aquel príncipe, en quien
hizo de la frente ausencia
el ojo de la prudencia,
que es del alma el mayor bien.
Abrid el Virgilio al punto
y mirad en qué quedamos.

ENR. Maestro: a Dido dejamos,
pálido el color difunto,
que ya matarse quería
y que la espada tomaba
de Eneas.

AYO. ¡Qué bien pintaba!
¡Oh luz de la poesía!
Cuentan que el grave Agustín
lloraba en aqueste caso,
sabiendo que es falso el caso
y que era fábula, en fin.
Non hos quæsitum munus in usum.
¿Qué quiso decir allí,
Vencislao?

VEN. Que no halló
aquella prenda.

AYO. Eso no.
Enmienda, Enrique.

ENR. Oye.

AYO. Di.

ENR. Que a Dido no había dejado
la espada el troyano fuerte
para que le diese muerte.

AYO. Está muy bien enmendado.
Hic postquam Iliacas vestes noctumque cubile, etc.

ENR. Dice que, después de ver
los vestidos y la cama
de Eneas...

AYO. ¡Mísera dama!
Las piedras puede mover.

ENR. deteniéndose a llorar
un poco en ellas, se echó,
y estas palabras habló...

AYO. Di, Enrique.

ENR. Es claro lugar:
Dulces exuvie dum fata, Deusque finebant.
«Dulces prendas: aquel día
que Dios lo quiso y mis hados
sacarme destos cuidados,
recibid el alma mía.
Viví, y el curso acabé
que mi fortuna me dió.»

(Llámanle dentro.)

AYO. No digas más.

ENR. ¿Cómo no?

AYO. ¿Llámanme?

VEN. Sí.

AYO. Atilio fué.
Luego vuelvo. Repasad
esa lección.

VEN. Vuelve luego.

(Vase el AYO.*)*

ENR. ¿Fuése?

VEN. ¿No lo ves?

ENR. ¡Mal fuego
queme a Dido, a la crueldad
de Eneas y al gran poeta
que lo escribió!

VEN. Sí hará,
porque en el infierno está;
aunque pluma tan perfecta,
tan docta, dulce y suave
de otro lugar era digna.
A quererla mal me inclina.

ENR. Querrás agora, a lo grave,
defender la castidad
de Dido.

VEN. A mí, mas que fuera
más que fué Laida ramera.

ENR. Pues si va a decir verdad,
yo estudio de mala gana,
y Virgilio y Cicerón,
por preciarme de león,
me han servido de cuartana.

VEN. ¿Qué nos querrá Florisandro
con latín prolijo aquí?
Y un ayo que me esté a mí
a ser mujer enseñando.
¡Vive Dios, Enrique hermano,
que no he de ser sacristán
si más lecciones me dan
que una noche de verano
muestra en el campo del cielo
manto de estrellas sembrado!

ENR. La estampa de tus cuidados
imprime en ti su desvelo;
que aborrezco cuanto puedo
el hábito y el latín,
y si callo es porque, en fin,
tengo a Florisandro miedo.
Que a veces nos da a entender
que no es tu padre ni mío,
y entre el amor y el desvío
mezcla el pesar y el placer.
Veinte años ha que no cesa

la guerra en Ingalaterra.
Nacimos en ella en guerra,
de hábitos de paz me pesa.
Allí suena el atambor,
y acá estotro licenciado
tiene de libros cargado
nuestro juvenil furor.
Decláranos un altivo
lugar de Virgilio obscuro
mientras el de Irlanda el muro
rompe al lugar en que vivo.
Que habiendo ganado a Escocia,
que es de nuestro Rey inglés,
entra a Ingalaterra y ves
que entrar en Londres negocia.
Muy buenos nos hallarán
los irlandeses tiranos,
que con la espada en las manos
rompiendo y matando van,
con un Virgilio en las nuestras
y los amores de Dido.

VEN. Yo, Enrique hermano, he querido
de mi inclinación dar muestras
y algún oculto valor;
pero por ti lo he dejado;
que el alma me ha penetrado
al son de aquel atambor.
Y por que veas que es cierto
que a la milicia me inclino
y que el Virgilio latino
en blancas armas convierto,
has de saber que he tomado
lección en negras espadas
en las horas reservadas
al sueño.

ENR. ¿Quién te la ha dado?

VEN. Un maestro que entra aquí.

ENR. ¿Pues cómo entró?

VEN. Con secreto.

ENR. ¿Es diestro?

VEN. Eso te prometo.

ENR. ¿Deja las espadas?

VEN. Sí.

ENR. ¿Dónde están?

VEN. Aquí escondidas.

ENR. Sácalas, que lo aprendido
me enseñarás.

VEN. Poco ha sido.
Pero, como al fin me pidas
que los dos ejercitemos
eso poco que yo sé,
las espadas sacaré.

(Sácalas.)

ENR. Muestra.

VEN. Aquí están.

ENR. Comencemos.

VEN. Ponte así.

ENR. ¿Estoy bien?

VEN. Muy bien.

ENR. El pie derecho delante.

VEN. Es así, que es importante
para dar y que no den.
Alcánzase un tercio más.
Con pie izquierdo es dar el pecho
y la espada es sin provecho
volviendo este paso atrás,
fuera de que estáis muy firme.

ENR. ¡Oh, pesia a este vil letrado!...

VEN. ¿Tú que has de ser?

ENR. Yo, soldado.

VEN. Pues así es bien que se afirme.
Tira un tajo.

ENR. ¿Qué es tajo?

VEN. Este.

ENR. ¿Ansí?

VEN. Sí, y un revés
desta manera.

ENR. ¿Y después?

VEN. Estocada uñas abajo.
Con pie derecho, y cortando,
sal de revés; tajo arriba,
un mandoble abajo.

ENR. ¿Estribo
todo aqueso en ir tirando
tajos, reveses y puntas?

VEN. ¿Pues en qué ha de consistir?

ENR. ¿Pues de qué importa decir
todas estas cosas juntas?
Sino tírame tú a mí,
con pecho de hombre de bien,
que yo, que lo soy también,
te tiraré, hermano, a ti.

VEN. ¡Tente, tente!

ENR. ¿Que me tenga?

VEN. ¿Estás loco?

ENR. Así ha de estar
el que viene a pelear
porque nadie le detenga.

VEN. ¿Tiras de veras, Enrique?

ENR. ¡Defiéndete, Vencislao!

(Sale el AYO.*)*

AYO. ¡Bueno, a fe! ¡Gentil sarao!

ENR. No hay cosa que tanto pique.
El ayo viene, y no acierto
a dejar la espada.

VEN. Has hecho
ruido tan sin provecho
que ha de pensar que me has muerto.
AYO. ¿Este es el Virgilio, Enrique,
que en las manos os dejé?
ENR. Pues bien, ¿qué delito fué
que yo a las armas me aplique?
Si no es Virgilio, es Eneas,
que con la espada ganó
a Italia.
AYO. No digo yo
que en bajo oficio te empleas;
que está por averiguar
cuál tenga más excelencia,
letras o armas.
ENR. Si a la ciencia
yo no me puedo aplicar,
ayo, no te dé pasión.
La guerra es más convenible;
que es el mayor imposible
ir contra la inclinación.
VEN. Sin ella, ¿quién fué estudiante,
ayo mío, en ciencia alguna?
Esta es ya nuestra fortuna,
no te acobarde y espante.
Enrique te ha dicho bien,
haz cuenta que habló por mí;
que si su hermano nací
tendré su estrella también.
Yo no pienso estudiar más.
Y pues se abrasa de guerra,
no tan sólo Ingalaterra
sino Londres, donde estás,
y pues dice Florisandro
que nuestro padre no es
y gastamos, como ves,
su hacienda y renta estudiando
y él está pobre, en efecto,
por lo que el Rey le aborrece,
y, según dicen, padece
necesidad de secreto,
déjenos ir a la guerra,
valdrémonos por el pico.
AYO. No estar Florisandro rico
ni ser en Ingalaterra
el mayor grande y señor,
cierta ofensa lo ha causado
que hizo al Rey, y le ha quitado
su hacienda.
ENR. ¡Bravo rigor!
¿Y no se dice qué fué?
AYO. Ser defensor de la Reina,
que ya en otro mundo reina,
cuya inocencia se ve
en que el Rey, que la mató,
desde aquel furioso exceso
nunca tuvo buen suceso,
que luego a Escocia perdió,
y veinte años puede haber
que del Duque, su cuñado,
es con guerras molestado
sin poderse defender.
Tanto, que Londres, cercada,
está a pique de perderse,
y Florisandro, por verse
vengado, envaina la espada;
que él me ha dicho que desea
que el Rey venga a un triste estado.
VEN. Si es que el suyo le ha quitado,
no es mucho, aunque rigor sea.
¿Pero en qué pudo ofender
al Rey defensa tan justa?
AYO. Florisandro se disgusta
de darlo a nadie a entender.
Pero sabed que mató
el Rey a Leonor de celos,
ciego de injustos desvelos,
pensando que le ofendió.
Y envió el Conde Eduardo
contra el Duque, a Escocia, y luego
quiso atajar este fuego
con un embuste gallardo;
que a Florisandro mandó
que le diese muerte al Conde.
Fuése, y no se sabe dónde,
que, al fin, el Conde vivió
y es del Duque general,
porque se pasó, en llegando,
a su campo.
ENR. Florisandro
fué a Eduardo desleal,
y con razón le aborrece.
AYO. No fué; que él me ha dicho a mí
que le dejó vivo allí,
porque a Leonor engrandece
confesando la verdad
y la sinrazón del Rey.
VEN. ¿Qué le mueve a tal ley,
con la Reina, de amistad?
AYO. Ser mujer y que a su amparo
su inocencia le obligó,
y al cielo se lo pidió
por dar a su honor reparo.
ENR. Como quiera que él defienda
honra de mujer, es hombre
digno de alabanza y nombre.

Pierda su estado y hacienda.
Y digo que, aunque mi padre
no sea, le tengo amor,
como si fuera el honor
que defiende de mi madre.
Hecho fué de caballero,
Dios le dará el galardón.

VEN. Tienes, Enrique, razón;
de hoy más por padre le quiero,
que Leonor me ha enternecido
por ser mujer inocente.

(Tocan cajas.)

ENR. Cajas y rumor de gente
suena.

VEN. ¡Espantoso ruido!
Asalto deben de dar
por este cercano muro
de nuestra casa.

AYO. Yo os juro
que el Duque debe de entrar.
Quizá por este pecado
contra Leonor cometido
castiga el cielo, ofendido,
al Rey. Perderá su estado,
y aun ruegue a Dios por la vida.

(Tocan otra vez.)

ENR. Otra vez la caja suena.

VEN. ¡Oh casa de libros llena
y de tapices vestida,
no lo estuvieras de arneses!

(Dentro, victoria.)

ENR. Dentro apellidan victoria.

VEN. Muramos con honra y gloria,
pues somos, hermano, ingleses.

AYO. Darás injustos enojos
a Florisandro, que intenta
vengar la pasada afrenta.

ENR. ¿Tengo de ver a mis ojos
que entre en Londres, patria mía,
desta suerte el irlandés?

AYO. Dejadle venga, y después
iréis donde el cielo os guía.

ENR. ¿Pues dónde está?

AYO. En la montaña,
en negocios de su hacienda.

VEN. ¿En dónde está aquella prenda
que todo el año acompaña?

AYO. Allá está cierta mujer,
cuyo nombre es Florisea;
mas nadie sabe quién sea.

ENR. Su amiga debe de ser.

AYO. No es, por Dios, que es virtuoso
y ella es mujer principal.

ENR. Sea por bien o sea por mal,
si acompañarla es forzoso,
a nosotros lo es también
servir la patria, que es dama
donde se gana más fama.

AYO. Pues yo moriré también.
¡Que, vive Dios, si arrebato,
en lugar de Cicerón,
un montante o un templón,
que mate a Poncio Pilato!

ENR. Patria: yo no sé quién soy;
mas voy a morir por ti.

VEN. Patria: pues en ti nací,
lo que te debo te doy.

(Vanse. Salen el CONDE *y soldados.)*

CONDE.

A palacio guiad.

SOLDADOS.

Ya está en palacio
el Duque con gran parte del ejército,
de donde dicen que salió Eduardo,
por la puerta del parque, a las montañas.

CONDE.

Que, al fin, el Rey se fué, vayan al punto
mil soldados que corran la campaña
sin dejar algún árbol que a la vista
encubra el descubrille, si parece;
que no es victoria la que emprende el Duque,
sino prender a Eduardo, y en el carro,
atado, no le lleva, como en Roma
los victoriosos Césares lo hacían.

(Dicen dentro todos:)

¡Duque de Irlanda, Rey de Ingalaterra!

CONDE.

Alegres voces suenan en palacio
y con aplauso le nombraron Rey.
Voy a besar su mano victoriosa.
Decid todos que viva el Duque.

TODOS.

¡Viva!

CONDE.

¡Por mil años reciba la corona!

TODOS.

¡Por mil años el Duque la reciba!

CONDE.

Es digna del valor de su persona
contra el Duque, a quien sirvo, receloso
de que me diera muerte el Rey, airado,
propios efectos de un amor celoso.
Angel muerto por mí, por mí culpado,
si agora con Dios vives glorioso
mira cómo te vengo del Rey fiero
con firme amor, que fué mi amor primero.
Tu vives; que jamás tenga contento
ni mis armas descanso hasta vengarte.
Si di causa a tu muerte, que hoy la siento
como cuando pasó, ya espero honrarte.
Veinte años debes este pensamiento
al Príncipe de Orange, que, en vergarte,
los ha pasado siempre en campo, armado,
contra este receloso y engañado.
Ni he querido casarme, ni en mi tierra
me han visto mis vasallos, procurando
conquistar, por tu honor, a Ingalaterra,
a quien va tu valor desengañando.
Ya tu homicida a un monte se destierra;
pero también allá le irán buscando
los cuidados que al cielo dió tu muerte,
donde, aunque pese al Rey, tengo de verte.

(Vase. Sale la REINA *y* FLORISANDRO.)

REI. ¿Que a Londres tiene cercada,
Florisandro, el Duque?
FLO. Tiene
ya sobre Londres la espada,
con quien el de Orange viene
a hacer tu ofensa vengada.
Que el dejarle con la vida
cuando el Rey me le mandó
matar, fué, Reina querida,
por dejar testigos yo
de tu inocencia ofendida.
REI. ¿Cómo el Rey se ha descuidado
tanto en defender su estado?
FLO. Dios le ha cegado de suerte
que sólo culpa tu muerte
del mal presente y pasado.
De cobarde y encogido,
perdió en ocasiones grandes
haber al Duque vencido.
REI. ¿Por qué no se vuelve a Flandes
ese que mi muerte ha sido?
Que en perseguir a Eduardo
todavía me persigue.
Vive en mí, y en Dios aguardo
que su venganza mitigue.
Nunca en sufrir me acobardo.
Antes, con igual paciencia,
hago a mi mal resistencia,
esperando un claro día
que, para más gloria mía,
premie el cielo mi inocencia.
¿Cómo están mis hijos?
FLO. Buenos
y de mil deseos llenos
de saber si soy su padre.
REI. ¿No se informan de su madre?
FLO. De su madre tratan menos.
Yo, señora, los desvío
desto en todo cuanto puedo,
y así, que estudien porfío,
que tengo notable miedo
a su valeroso brío.
En poder de un ayo están
que los detiene y enfrena.
REI. Grande cuidado me dan.
FLO. Y a mí dan muy grande pena,
que tras las armas se van.
No sé qué tengo de hacer.
REI. Dales el alma a entender
mi desdicha y su nobleza.
¿Cuál es de los dos cabeza?
FLO. ¿Cuál de los dos lo ha de ser
si en un instante nacieron?
REI. ¿Hay alguno de mayor
ánimo?
FLO. El valor partieron,
aunque es Vencislao menor,
puesto que a un tiempo nacieron,
que fué Enrique a quien se ató
la cinta en la mano bella
que de tu vientre sacó,
echándole el agua en ella
con que cristiano quedó.
REI. Sí; pero nació primero
Vencislao.
FLO. En Dios espero
que ha de llegar ocasión
de pleito en la posesión.
REI. Vivir hasta entonces quiero.
FLO. ¿Cómo va de nuestra hacienda?
Que después que mis Estados
tiene el Rey, no hay mejor prenda
que estos campos y ganados
que a tu cuidado encomienda
la común necesidad
de tus hijos, tuya y mía.
REI. Florisandro: la piedad
del cielo aumenta a porfía
esta pequeña heredad.

Porque según ha crecido
y en media legua esparcido,
parece en la vega llana
un vellón de blanca lana
sobre la hierba tendido.
Ya el trigo por los barbechos
tan fértil se viene a atar,
que parece hasta los pechos
las casas de algún lugar
los haces puestos a trechos,
pues, llegada la ocasión
de la vendimia, no hay vasos
adonde quepa.

FLO. En razón,
de tu cuidado y tus pasos
crece esta vil posesión.
Mal dije. En virtud de ser
para tu sustento, crece.

(Salen BELARDO *y* RISELO.*)*

BEL. ¡Cuán poco dura el placer!

RIS. Así en el mundo acontece
y así se trueca el poder.

FLO. ¿Dónde van estos?

BEL. ¡Pardiós,
que os estáis buenos los dos
cuando el irlandés airado
a Londres ha saqueado!

FLO. ¿Qué dices?

BEL. Recoged vos
ese trigo de las eras
y ese ganado del prado,
no venga con armas fieras
parte del campo que ha entrado
por Londres con sus banderas.
Y dejaos de preguntar,
Florisandro, lo que digo;
no resulte, de tardar,
que lo goce el enemigo
pudiéndolo vos guardar.

REI. ¿Que en Londres entró el de Irlanda?

BEL. Por donde estamos segando
pasó, nuesa ama, una banda
de gente, huyendo y llorando,
que ya por los montes anda.
Recogedlo; y pues es fuerte
esta casa, harto mejor
estará en ella.

REI. No advierte
mal aqueste labrador.
Pero más siento la muerte
de mis hijos. Florisandro:
parte a la ciudad, volando,
yo recogeré la hacienda.

BEL. ¿Qué es esto que le encomienda?

RIS. Eso le estaba escuchando.

FLO. Habla bajo, que yo iré
y, en un punto, a la montaña
los dos Príncipes traeré;
que entre su aspereza extraña
mejor librarlos podré.
Mas ten cuenta, no los llames
hijos, ni sepan quién eres.

REI. No quiero que así difames
el valor de las mujeres.

FLO. Mientras más tus hijos ames,
más cerca estarás de hacer
una locura de amor.

REI. Yo sabré mi amor vencer.

FLO. Pues, entretanto, Leonor,
puedes cuidado tener
de que se recoja el trigo.
¿Quién vió reina en tal estado?
Adiós.

REI. El vaya contigo.

(Vase FLORISANDRO.*)*

Rey: el cielo me ha vengado
por manos de tu enemigo;
aunque, si digo verdad,
tan viva está mi lealtad
que más quisiera la muerte
que ver entrar desta suerte
al irlandés tu ciudad.
Belardo.

BEL. Señora mía.

REI. Quiérote dar el cuidado
de encerrar el trigo.

BEL. El día
es pardo y acomodado,
tanto el sol ayer ardía.
Lleven Floriso y Albano
las carretas, yo y Riselo
limpiaremos todo el llano.

REI. Id presto.

BEL. Guárdete el cielo.

RIS. ¡Pobre Rey!

BEL. Tiempo inhumano.

(Vanse los dos.)

REINA.

Veinte veces el sol, lámpara hermosa
que alumbra el mundo por las líneas de oro,
vió desde el estrellado y blanco Toro
el Pez de plata en estación lluviosa,
mientras que por tan áspera y fragosa
montaña vivo y en sus peñas moro,

lejos del bien cuya memoria adoro,
sin culpa muerta y viva temerosa.
Mudóme el tiempo y no mudó mis años,
que crecen, cuanto más crecen los días,
nacidos de un amor y mil engaños.
Y con saber que son vanas porfías,
mientras con más furor crecen mis daños,
se aumentan más las esperanzas mías.

(Sale el REY, *huyendo, y so o.)*

REY. ¿Adónde habrá para mí
remedio entre tanta guerra,
pues no me sufre la tierra
después que al cielo ofendí?
Rey fuí de dos reinos; ya
ni un palmo de tierra es mía,
donde esconderme querría
y amenazándome va.
Que parece que estas peñas
quieren acabar mi mal;
para sepulcro real
pirámides son pequeñas.
Mas si la tierra en su centro
me esconde y cubre mis faltas,
vendrán ellas a ser altas,
según merezco estar dentro.
¡Ah traidor Conde de Bura!
¿No bastaba que, por ti,
dos ángeles que perdí
cubre infame sepultura,
sino que, dando favor
al de Irlanda, me has quitado
agora todo mi estado
y, antes de agora, el honor?
¡Ah enemigo Florisandro!
Si le hubieras muerto allí,
ni a tu Rey vieras así
ni al fiero Duque triunfando.
No hiciste mi mandamiento,
vendiste mi patria y diste
a tu Rey el fin más triste
que cupo en villano intento.
¿Qué haré, que siento las fieras
voces del contrario armado?

REI. Por allí baja un soldado
de las inglesas banderas,
y, sin duda, viene herido.
Pues guardaréle esta sierra
sólo por ser de la tierra
de aquel mi ingrato marido.
Quiero recogerle aquí,
donde curarle podré.
¡Ah, hidalgo! ¿Quién sois?

REY. Quién fué,
porque ya aun no soy quien fuí.

REI. ¿Tan herido estáis?

REY. Estoy
cerca de perder la vida.

REI. ¿Y adónde tenéis la herida?
Noble parecéis.

REY. Sí soy.

(Aparte.)

REI. Como desde que salí
de poder del Rey airado
nunca otra cosa he pensado
ni hay otro cuidado en mí,
la voz y el rostro del Rey
jurara que viendo estaba.

REY. Mi vida, amiga, se acaba;
la piedad es común ley.
Duélete de mí y acoge
dentro, en tu casa, a un inglés
sólo porque el irlandés
no me cautive y despoje,
que no porque estimo ya
vida que tan poco vale.

REI. ¿Luego ya de Londres sale
la nobleza?

REY. Huyendo va.

REI. A esa razón, ya es, señor,
el Duque de Ingalaterra.

REY. Veinte años duró la guerra
con más que civil furor.
Tú, aunque estás en traje igual,
pareces noble mujer,
y es milagro el no saber
de tu patria el bien o el mal.
Tanto, que, aunque es dura ley
y de tu opinión indina,
eres sólo peregrina
de las desdichas de un Rey.
¿Cuya es esta casa?

REI. Aquí
tiene su hacienda un hidalgo.

REY. ¿Eres su mujer?

REI. No valgo
para tanto, aunque lo fuí
de cierto hombre de valor.

REY. ¿Pues quién eres?

REI. Su parienta,
que aquí vivo y tengo cuenta
de su cosecha y labor.

REY. ¿Luego él está en la ciudad?

REI. Lo más del año está en ella,
puesto que el Rey atropella

su honra y autoridad
que alguna vez estimó.

REY. Di su nombre.

REI. Florisandro.
¿Qué miráis?

REY. Estoy mirando
si otra vez te he visto yo.
¡Válgame Dios!

REI. ¿Qué te admira?

REY. ¡Cuánto a una muerta pareces!

REI. Y tú de un vivo me ofreces
presente el rostro y la ira.

REY. Si esta muerta que yo digo
no hubiera visto enterrar
y a todo un reino llorar,
por quien soy de otro enemigo,
jurara que tú lo eras.

REI. Y si este vivo alcanzara
a conocerme, pensara,
soldado, que tú lo fueras.

REY. ¿Que te he parecido a quien
has querido bien?

REI. Y tanto,
que de que seas me espanto
su rostro y hombre de bien.

REY. ¿Luego el hombre no lo era
a quien amabas?

REI. No sé.
Sé que pagó mal mi fe
y que el castigo le espera.

REY. Pues la mujer que yo digo
fué tan mala para mí
que, fuera del que le di,
ya tendrá mayor castigo.

REI. ¿Qué hizo?

REY. Halléla abrazada
con otro.

REI. ¿Dónde?

REY. En su estrado.

REI. ¿Abrazada?

REY. Eso he pensado
y que fué entonces culpada.

REI No lo creáis.

REY. ¿Cómo así?

REI. Los celos, en la conquista
de amor, son cortos de vista.

REY. Cortos o largos, yo vi
que a su cuello el arandela
se trabó, y con esta espuela
a darle la muerte fuí.
Y era tan justa sentencia,
que Dios me quitó la espada
de la mano, y su enojada
justicia allí, en mi presencia,
la mató de un fiero parto.
Pero luego me vengué
en dos hijos, que maté,
de quien nunca el alma aparto;
que con tan triste fortuna
y triste estrella nacieron
que desde el vientre tuvieron
la sepultura en la cuna.

REI. Loco anduvisteis, por Dios;
pues, cuando culpado fuera,
vuestra espada no debiera
matar esos niños dos.
Un pastor el otro día
mató una culebra aquí
viéndome quejar a mí
que los conejos comía.
Y dos que en su vientre halló
vivos y recién tragados
echó en esos verdes prados
y los vi corriendo yo.
Eso debierais de hacer
y dejar los niños vivos,
ya que celos vengativos
os quitaron la mujer.
Presumir que eran del hombre
que labró en mi posesión
no es esa buena razón
ni debéis darle ese nombre.
Que si acá, en nuestra heredad,
caballo ajeno cubrió
yegua nuestra, no doy yo
al dueño parte o mitad;
que, estando en mi posesión,
debo presumir que es mío.

REY. Fué celos.

REI. Fué desvarío.

REY. Fué engaño.

REI. Fué sinrazón.

REY. Ya yo he llorado.

REI. ¿Su muerte?

REY. No, la de los niños digo.

(Dentro dicen a voces: «¡Por aquí! ¡Por aquí!»)

REI. Voces dan.

REY. Si es mi enemigo
que me persigue de suerte
que en esa sierra fragosa
me busca para matarme.

REI. Quisiera de vos guardarme,
si parezco a vuestra esposa,
más que guardaros a vos
del irlandés.

REY. No temáis,
que por eso me agradáis.
Sí os digo verdad, por Dios.
REI. ¿Cierto?
REY. Sin duda.
REI. Pues alto;
yo os quiero aquí recoger.
¿Sabréis cómo podrá ser?
REY. Estoy de sentido falto
con esta persecución
y la sangre que he vertido.
REI. Mudaros quiero el vestido.

(Aparte.)

¡Quién pudiera el corazón!
REY. ¿Qué me pondréis?
REI. De un villano
el mismo traje.
REY. Esta bien;
que ese es justo que le den
a un Rey de un ángel tirano.
REI. ¿Qué decís?
REY. Que voy con vos.

(Aparte.)

REI. El Rey es. ¿Quién tal pensara?

(Aparte.)

REY. A no ser muerta, jurara
que era la Reina, por Dios.
Y paréceme también,
porque le parece tanto,
que me he dormido a su encanto
y la voy queriendo bien.
Di tu nombre.
REI. Florisea.
REY. ¿Viuda en efecto?
REI. Sí;
que quiere mi esposo aquí
que nadie vivo le vea.
REY. Mucho tengo que te hablar.
REI. Y más que satisfacer.
REY. ¿Querrásme hacer un placer?
REI. Será sobre algún pesar.
REY. ¿Cómo?
REI. Cúrate y sabrás
quién soy.
REY. O eres sol o estrella;
que ni puedes ser más bella
ni a mí parecerlo más.
REI. No, no; que al primer encuentro
de otro cuello y arandela
me matarás con cautela.
REY. Ahora bien, entremos dentro,
que tú mi historia has sabido
y conoces mi valor.

(Aparte.)

REI. ¡Ah Rey cruel!

(Aparte.)

REY. ¡Ah Leonor!
REI. Vengóme el cielo ofendido.

(Vanse. Salen FLORISANDRO, *el* AYO, SILVERIO *y* MIRELLO.*)*

FLORISANDRO.

Para mayor dolor me guarda el cielo.
Traidor: ¿Dónde dejaste mis dos hijos?

AYO.

No te cause su ausencia desconsuelo;
templa, señor, los ásperos enojos.

FLORISANDRO.

¿Cómo que no? ¡Pluguiera a Dios que el suelo
se abriera y que tragara tus despojos!
¿Esta es la confianza?

AYO.

Escucha un poco.

FLORISANDRO.

¿Cómo quieres que escuche un hombre loco?

AYO.

Yo les daba lección, mañana y tarde,
de Cicerón y de Virgilio, y juntos
los declaraban, ¡así Dios te guarde!,
hasta los más dificultosos puntos.
Pero la sangre que en sus venas arde
y el ser los dos de tu valor trasuntos,
de las letras, señor, los desviaban
y al furor de las armas se inclinaban.
Con dos espadas negras en las manos
hallé, señor, a Venceslao y a Enrique.
Reñíles; respondieron que eran vanos
cuantos remedios de tu parte aplique.
Y, juntos en valor y en sangre hermanos,
porque su inclinación te certifique,
rompiendo tu recámara, se armaron
de dos arneses que en su funda hallaron.
Pónense en dos caballos alazanes,
también hermanos, que domaste agora,
y salen a la plaza más galanes
que los hermosos hijos de la aurora;
y entre los ya vencidos capitanes
que a la irlandesa gente vencedora
daban espalda, altas las celadas,
dicen así, vibrando las espadas:

«¿De quién huís, oh ingleses valerosos,
a quien jamás vencieron los romanos?
Volved, volved los pechos belicosos,
no las espaldas, no, como villanos».
Vuelve la gente, y viendo los hermosos
mancebos con las armas en las manos
se van juntando a lo que van diciendo,
las fugitivas plantas deteniendo.
Diez a diez, veinte a veinte, ciento a ciento,
tal escuadrón se junta a los dos mozos,
que por el campo vencedor, contento,
rompen, haciendo muertes y destrozos.
Yo, con alegres lágrimas, atento,
que enternecen también los grandes gozos,
los sigo, hasta que al fin de la conquista
los pierdo, no del alma, de la vista.
Vuelvo a tu casa, y a tus hijas bellas
cuento de sus hermanos las hazañas.
Huélganse entrambas, y a avisarte dellas
dicen que parta luego a las montañas.
En esto, Florisandro, tus querellas
oigo, y, enternecidas las entrañas,
apenas puedo hablarte; que el aliento
hasta este punto me dejó el contento.

FLORISANDRO.

¡Ay, cielo, no es posible que pudiera
la sola inclinación en ellos tanto!
Mas, ¿qué secreta causa los altera?

SILVERIO.

¿Lo que te ha de alegrar te mueve a llanto?

MIRELLO.

Señor: que son tus hijos considera
y te cause su valor espanto;
déjalos restaurar la patria.

FLORISANDRO.

Temo
la envidia y fin de Rómulo y de Remo.

DEN. EN. ¡Aquí, ingleses! ¡Aquí, amigos!
DEN. CO. ¡Viva el Duque! ¡Viva Irlanda!
DEN. VE. ¡O todos muramos juntos
o defendamos la patria!
FLO. ¡Ay de mí, su voz conozco!
DEN. EN. Mirad que en vuestras espadas
consiste su libertad.
¡Viva Inglaterra y Francia!
FLO. ¡Ay hijos del alma mía!
¿quién os dió empresa tan alta?
¿Quién os dijo? ¿Qué os importa?
¡Ay, Dios, parlera es la fama,
no sabe guardar secreto!
Sin duda os dice y os habla
al oído de la honra,
que es vuestra tan noble hazaña.
A librar voy mis dos hijos
y a esforzar sus esperanzas;
mejor diré las del Rey.
¡Ay, Leonor, gran bien te aguarda!
Acuérdate de mis hijas,
pues que te di vida y fama.

(Vase.)

AYO. Todos queremos, señor,
morir o librar la patria.

(Vase.)

SIL. Oye, Mirtilo.
MIR. ¿Qué quieres?
SIL. Si el sentido no me engaña,
sin duda, no son sus hijos
estos dos.
MIR. Silverio, calla;
que pienso que son del Rey
y que defienden su causa.

(Vanse. Salen ENRIQUE *y* VENCISLAO *acuchillando al* DUQUE DE IRLANDA *y al* CONDE DE BURA.)

DUQ. Teneos, mancebos fuertes;
teneos, tened las armas.
ENR. ¿Quién sois que nos detenéis
al furor de ejecutarlas?
CON. Yo soy el conde de Bura.
Orange me rinde parias.
DUQ. Yo soy Rey de Ingalaterra,
que ayer fuí Duque de Irlanda.
Conquisto aquestos dos reinos
por dos legítimas causas:
el de Escocia por mi esposa,
del Rey Eduardo hermana;
y éste, de que ya soy Rey,
porque me ha dado el de Francia
la venganza de su hija,
que yace sin honra y fama.
Celos del Conde de Bura
le obligaron a matarla.
Por eso me ayuda el Conde
y otros de Flandes e Italia.
Si sois nobles, hijas tengo,
hijas de su propia hermana,
y os las daré, y detened
la furia que se levanta
sólo con el nombre vuestro.
ENR. ¡Vil partido!
VEN. ¡Infame traza!
ENR. ¿Morirán, hermano?

VEN. ¡Mueran!
CON. Mancebos: oíd que os habla
vuestro Rey. Decid: ¿quién sois?
Detened esa canalla.
ENR. Florisandro, un caballero
que el Rey Eduardo infama,
nos tiene a los dos por hijos
y sustenta en pobre casa.
Eduardo sólo es Rey,
tú el de Bura y tú el de Irlanda.
Salid de Londres al punto,
rendid las banderas y armas.
DUQ. Desatinados mancebos
a quien Florisandro engaña:
veinte años ha que esta empresa
me cuesta veinte mil almas.
Lo que no ha podido un mundo
no lo podrán dos espadas.
ENR. ¡Ea! ¡Viva Ingalaterra!
VEN. ¡Viva Escocia!
DUQ. ¡Viva Irlanda!

(Entranse acuchillándose.)

ACTO TERCERO

(Salen dos SOLDADOS *con arcabuces.)*

SOL. 1.° Echa la puerta en el suelo
si se resisten.
SOL. 2.° Espera.
SOL. 1.° ¿Qué hay que esperar? Salid fuera.
Que se previenen recelo.
SOL. 2.° Advertid que desde tierra
es áspero el villanaje.
SOL. 1.° Cuando deste monte baje
lo que su aspereza encierra.
Son, finalmente, villanos.
SOL. 2.° Reniego de armas civiles;
que hasta las cosas más viles
la furia ofrece a las manos.
¡Abrid, villanos!
SOL. 1.° ¿Qué aguardas?
En la cerradura luego
echa pólvora y da fuego;
harás pedazos las guardas.

(Salen RISELO *y* BELARDO.)

RIS. Miren, señores soldados,
que es casa de un caballero.
SOL. 1.° Por eso romperlas quiero,
villanos desatinados;
no porque interés se encierra
del trigo que defendéis,
sino por ver si tenéis
aquí al Rey de Ingalaterra.
BEL. Parece que por el Rey
del cielo nos preguntáis.
SOL. 2.° ¿Por qué?
BEL. Porque le buscáis
entre una mula y un buey.
Aquí no hay más que ganado.
SOL. 1.° Pues, villano bachiller:
perdido el Rey, no ha de ser
en sus palacios hallado.
En más infame lugar
halló el senado a Nerón.

(Salen la REINA *y el* REY, *de villano.)*

REI. Abrid, que tienen razón;
abrid, éntrenle a buscar.
Ya tenéis la puerta abierta
¿Qué buscáis? ¿Qué pretendéis?
SOL. 1.° Saber por qué defendéis
de nuestras armas la puerta.
REI. Porque sois soldados.
SOL. 2.° Bien.
REI. Y porque sois enemigos.
SOL. 1.° Vuestros ganados y trigos
en silo y redil estén
tan seguros como estaban
antes de abrirnos las puertas,
que no perderéis abiertas
lo que estos imginaban.
Somos del Conde de Bura;
buscar nos manda a Eduardo.
REI. ¿Y pensáis que yo le guardo?
SOL. 2.° No; pero que él lo procura,
y que aquí, entre los pastores
deste monte, se ha escondido.
REY. Yo apostaré que el ruido
de truenos y de atambores
que ayer se oyó en nuestro valle
que era la entrada del Conde.
REI. Dicen que el Rey se esconde
y acá vienen a buscalle.
REY. ¿El Rey en nuestro cortijo?
REI. Sí; que dicen que se huyó
y en el monte se escondió.
REY. ¿Pues cuál diablo se lo dijo?
REI. Yo qué sé.
REY. Pues entren dentro,
que a fe que no le han de hallar.

(Aparte.)

REI. No; que en mi alma ha de estar,
que es su verdadero centro.

Entren, señores soldados;
busquen la casa en buen hora.

(Entrense los SOLDADOS.)

REY. ¡Oh cuánto os deben, señora,
estos reinos desdichados!
Que, al fin, su Rey les guardáis.

REI. Vuestra Majestad, señor,
se esfuerce y no haya temor.

REY. No haré, pues vos me animáis,
a quien la vida que llevo
tan justamente desde hoy
por resguardo y prenda os doy
de la voluntad que os debo.
Y por esos ojos juro
de no tener otro dueño.

REI. ¿Por servicio tan pequeño
tan alta gloria aventuro?
Venturosa yo.

REY. Advertid
que habéis de ser mi mujer
si sois noble.

REI. Puede ser,
y que lo soy presumid.
Que sabe, Eduardo, Dios
de aqueste reino que ha sido
el que tuve por marido
tan honrado como vos.

BEL. Buenos andan los amores.

RIS. De Florisea me admiro,
de quien ya eclipsados miro
de su sol los resplandores.

(Salen los SOLDADOS.)

SOL. 1.° Agora veréis quién son
los que en vuestra casa entraron.

REY. Dígame, señor: ¿hallaron
al Rey?

SOL. 2.° ¡Qué gentil razón!

REY. Pues, en verdad, que sospecho
que cerca dél han estado.

SOL. 2.° ¿Quién es?

REY. Yo, que en este prado
por dos veces Rey me han hecho.

SOL. 1.° Seríaslo de pastores
en juego y burlas.

REY. Que el Rey,
sujeto a la humana ley,
y me espanto que esto ignores,
no es de burlas ni de juego.

SOL. 1.° ¿Cómo?

REY. Mirad a Eduardo,
Rey poderoso y gallardo,
más que el troyano y el griego.
Y mirad que le derriba
hoy de su trono un pariente
y que de su casa ausente
huye esos montes arriba.
Luego si el que ayer fué rey
hoy es un pobre villano,
tan rey soy yo; que en la mano
del tiempo es común la ley.

REI. Es así; y, sin duda alguna,
que es de naipes este juego.

SOL. 1.° ¿De qué suerte?

REI. Oidme os ruego.
Juega el tiempo y la fortuna,
es el mundo la baraja.
Dos, tres, cuatro, cinco, seis,
siete y as; son los que veis
gente moderada y baja.
Sotas y caballos son
los caballeros y damas.
Juegan vidas, honras, famas,
hacienda, estado, opinión.
Y así, tal vez la fortuna
descarta un rey de un manjar
y otro pone en su lugar
más mudable que la luna.
Hoy esta gran jugadora
escoge al Rey irlandés,
y ha tripulado al inglés,
que es el que buscáis agora.

REY. Y de suerte tripulado
está, como si le vieseis,
que está, entre doses y treses,
como hombre vil, descartado.
Pero si vuelve a tomar
el tiempo el naipe otra vez,
y el Rey, del mismo ajedrez,
el juego vuelve a entablar,
él será tan Rey de espadas
como yo deste capote,
aunque ya el mundo le note
entre cartas tripuladas.

SOL. 2.° ¡Buenos andan los villanos!

(Sale FENISIO, *soldado.)*

FEN. Ya no entendí que os hallara.

SOL. 1.° ¿Qué hay, Fenisio?

FEN. ¿Quién pensara
que son los intentos vanos
con que puso la fortuna
al Duque el lauro en la frente?

SOL. 2.° ¿Pues qué hay de nuevo?

FEN. La gente,
dejando en el campo alguna,

llevé a Londres, donde hallé
confuso y alborotado
todo el campo que alojado
y victorioso dejé.
Creí que era algún sarao,
torneo o fiesta el suceso,
cuando oigo, en tropel espeso:
«¡Viva Enrique y Vencislao!»
Vencislao y Enrique, digo
a un ciudadano, ¿quién son?,
cuando ya el fiero escuadrón
sujetaba al enemigo.
Y díjome: «Dos hermanos,
dos ángeles, dos mancebos,
dos fuertes Hércules nuevos
y dos Scipiones romanos.
Dos hijos de un Florisandro
y de un Marte, que los guía,
que, con no vista osadía,
van nuestro honor restaurando.
Al Duque y Conde han vencido
y preso en batalla fiera».
Yo, entonces, como si viera
la muerte, descolorido,
vuelvo la espalda, y el paso
dirijo a este monte espeso.

SOL. 1.° ¡Gran fortuna!
SOL. 2.° ¡Gran suceso!
REI. ¡Dicha extraña!
REY. ¡Extraño caso!
SOL. 2.° No hay, Tansilo, que esperar;
vamos a saber lo que es.
SOL. 1.° Camina.
REY. Escucha, irlandés.
¿Ves que el reinar es jugar?
SOL. 2.° Dices bien, pues ha quitado
hoy la fortuna, cruel,
al Duque y puesto por él
el que estaba descartado.

(Vanse los SOLDADOS.)

REY. ¿Fuéronse?
REI. ¿Pues no lo ves?
REY. ¿Oyes, señora, tal cosa?
REI. Si soy en esto dichosa,
¡oh Rey! sabráslo después.
REY. ¿Hijos tiene Florisandro
de tal valor?
REI. Señor, sí.
REY. ¿Conóceslos?
REI. Como a mí.
REY. Todo, al fin, me está culpando.
Si yo a mis hijos tuviera,
hoy volvieran por mi honor.
Matélos con el rigor
de aquella cólera fiera
¡Ay, hijos, cuán desdichado
es el hombre que no os tiene!
REI. Señor, que miréis conviene
por las cosas de tu Estado.
Mira que importa volver;
pero vuelve con secreto.
REY. ¡Buen consejo! Y, en efecto,
es primero, y de mujer.
Pero advierte que conmigo
has de ir tanbién.
REI. Pues yo, ¿a qué?
REY. A acompañarme.
REI. No sé
si he de poder ir contigo.
Aunque si voy, no ha de ser
en el hábito que estoy;
que si como mujer voy
dirán que soy tu mujer.
REY. ¿Pues cómo irás?
REI. Pensaré
el traje que he de llevar.
REY. ¿Y aquí quién piensas dejar?
REI. Esta gente dejaré.
REY. Mi mujer pretendo hacerte.
REI. ¿Haráslo?
REY. Como quien soy.
REI. Cuando lo sea, lo soy.

(Aparte.)

No tengo qué agradecerte.

(Vanse. Salen FLORISANDRO *y los* GRANDES DE INGLATERRA.)

GRANDE 1.°

¡Vivan los Reyes Vencislao y Enrique,
y muera quien dijere lo contrario!

FLORISANDRO.

No permitáis que aquesto se publique
sin el advertimiento necesario.

GRANDE 2.°

Si es menester, que el reino testifique
que es muerto el Rey entre el confuso y vario
ejército del vulgo que iba huyendo.
Muchos testigos hay.

FLORISANDRO.

Eso pretendo.
Y habiéndolos, señores, justamente
merecerán los dos, que os han librado,

de la inglesa corona honrar su frente
y ser dueños del uno y otro Estado.

GRANDE 1.°

¿Por qué pagáis tan mal, bárbara gente,
a quien la libertad y honra os ha dado?
¿Por qué, ingratos al cielo, a quien envía,
pagáis tan mal, si es hoy del premio el día?
Mirad que no tenéis mayor amparo;
que si le perdéis, el enemigo
os volverá a rendir; y está muy claro
que del cielo será justo castigo.

FLORISANDRO.

¿Queréis saber en lo que yo reparo?

GRANDE 1.°

Di; que a ese daño y a los demás me obligo.

FLORISANDRO.

En que nadie querrá guardar sus leyes,
ni conservarse reino con dos reyes.

GRANDE 1.°

¿Roma no tuvo a Tito y Vespasiano,
Oriente al gran Constancio y Constantino,
sin otros mil el griego y el romano?

FLORISANDRO.

Pues que abráis estas puertas determino,
donde, encerrado uno y otro hermano,
tratan cuál de los dos será más digno.

GRANDE 1.°

Abrid, y entrambos nuestros reyes sean
si como lo merecen lo desean.

(Corren una cortina y aparecen VENCISLAO *y* ENRIQUE *con una cortina asida entre los dos.)*

VEN. Póntela tú si la quieres.
ENR. Pártela tú, no seas loco.
VEN. Tú sólo, Enrique, lo eres.
Con la mitad tengo poco.
ENR. ¿Luego tú a mí me prefieres?
VEN. No diga tal; pero quiero
que te la pongas tú solo;
porque, a fe de caballero,
que a ser de rayos de Apolo
quitársela a Apolo espero.
ENR. Según eso, de mi frente
la quitarás.
VEN. Yo no digo
que no eres digno.
ENR. ¿Insolente
tú conmigo?
VEN. Si contigo
no fuera...
ENR. Suelta y detente.
¿De César no se decía
que con Júpiter tenía
partido el imperio?
VEN. Sí.
ENR. ¿Pues qué te debo yo a ti?
¿Esa tu sangre no es mía?
¿Has hecho más en la empresa?
VEN. ¡Vive el cielo, que me pesa
de que tan poco haya sido!
Júpiter es dios fingido
y César comigo cesa.
Mi imperio no se reparte.
Porque como hay en el cielo
sólo un sol, aquella parte
en que yo reino en el suelo
a ninguno ha de dar parte.
ENR. Cástor y Polux partieron
el cielo.
VEN. Allá no hay envidia,
por eso lo dividieron.
Mira tú los que a Numidia
con igual poder vencieron.
O mira a Rómulo y Remo;
que ese mismo y justo fin
del uno de los dos temo.
O mira a Abel y a Caín.
ENR. Yo blanco ganado quemo.
Si tú el fruto de la tierra,
ofrecerás ira y furia;
y Dios, en Ingalaterra,
te maldirá por la injuria
y temerás en tu tierra.
VEN. Dios me puede hacer temblar,
mas será matando a Abel.
Porque si en este lugar
te doy la muerte, cruel,
la historia se ha de trocar.
Que Abel, que yo represento,
te ha de matar, Caín injusto.
ENR. ¡Oh qué donoso argumento!
¿Cómo puede ser más justo
en nuestro igual nacimiento?
VEN. ¿Qué nacimiento? Si apenas
sabes el que te engendró
aquí ni en tierras ajenas.
FLO. Veis, ciudadanos, que yo
¿vi el mar desde las arenas?
¿No miráis que sólo un día
no han podido sustentar
la corona en compañía?

Que es imposible reinar
habiendo envidia y porfía.
Dejadme llegar allá.

GR. 1.° Llega, que matarse intentan.

FLO. ¡Ay, hijos!

ENR. ¿Quién es?

VEN. ¿Quién va?

FLO. Cuando los padres se ausentan
así la familia está.
Dejad la corona luego.

ENR. Tómala tú en confianza.

VEN. Tómala tú mientras llego,

(Dásela.)

al ristre otra vez la lanza,
y pongo a este imperio fuego.
Que si gané con mi hermano
la que tienes en la mano,
otra vez la ganaré
y, a su pesar, la pondré
adonde la mire en vano.

(Quiérese ir.)

FLO. ¡Detente!

ENR. ¿Qué es lo que quieres?
Déjale que vaya y vuelva.

FLO. ¿Sabes quién es y quién eres?

ENR. Que desa duda me absuelva
el cielo espero.

FLO. No esperes.
Oid, ilustres mancebos;
oye, generosa patria,
a quien te ha dado más honra
que cuantos tus hijos llamas.
Madama Leonor, que fué
hija de Charles de Francia,
fué mujer de nuestro Rey,
varonil, discreta y santa.
Celos del Conde de Bura
le obligaron a matarla.
Mandóme matar al Conde,
y no matarle fué causa
que pudiese, estando vivo,
decir que Leonor fué casta;
que celos son como peste
que de aire matan la fama.
Pasóse el de Bura al Duque,
por temor o por venganza.
La Reina, del sobresalto,
que en el mes del parto estaba,
tan recio le tuvo, ¡ay, cielos!,
que sola una mano saca
un niño, a quien una cinta
ató en el brazo una dama.
Metióle, y salió después
otro sin ella, que es clara
señal que no fué el primero
a quien fué la cinta atada.
En fin, nacieron los dos,
y el Rey, celoso, me manda
matarlos. Trueco los niños
y mato los de una esclava.
La Reina libre también;
que no es bien que a mis palabras
deis crédito si no vive
y el reino vuelve a firmarlas.
Los hijos son los presentes,
que me han dado en confianza;
que no en vano defendían
su honor, su vida y su patria.
No diré cuál de los dos
el de la cinta se llama
ni el que primero nació
si dos mil muertes me tratan.
Porque el toro de Perilo,
ni de Dionisio la espada,
los tormentos de Magencio
ni cuantos el mundo aguarda
de aquella bestia feroz
que el Apocalipsis canta,
no serán parte a que mueva
mi lengua tales palabras.
Antes, ¡oh famosos Grandes
de la dichosa Britania!,
me habéis de tener a mucho
haber sabido enfrenarla;
porque sin saber quién son
se puede juzgar la causa,
y ellos, sin pasión, la esperen.

GR. 1.° ¡Gran suceso!

GR. 2.° ¡Historia extraña!

GR. 1.° Bien ha dicho.

GR. 2.° ¿Y cómo bien?

GR. 1.° Nombra jueces.

FLO. ¿No bastan
los que presentes estáis?

GR. 1.° Yo, señores, si os agrada,
de la sentencia me eximo,
confesando mi ignorancia.

GR. 2.° Yo también, que Ingalaterra
tiene letrados de fama
y esta es causa nunca oída.

GR. 1.° Si la tenéis por extraña,
¿quién ha de osar emprenderla?

GR. 2.° Yo no pienso imaginarla;
pues de nacer el primero,
¿cuál hombre puede juzgarla?

Si no es diciendo que el otro
la mano primero alarga
en que le ataron la cinta
y con que pudo tomarla.

FLO. O más que en aquese brazo
recibió bautismo y agua.

VEN. Ahora, Florisandro amigo,
pues ya padre no te llamas,
este es pleito muy confuso;
ya la dilación me cansa.
No quiero leyes ni glosas
por las márgenes notadas.
Si a mi hermano le parece,
remitámoslo a las armas.

ENR. ¿Podrás tú reñir conmigo?

VEN. ¡Oh qué graciosa arrogancia!
Y muerto ya, darte vida
para volver a quitarla.

FLO. Eso sólo Dios lo puede.
Las armas son excusadas;
dejad batallar las leyes
con escudos de hojas blancas.

ENR. Por su mano yo no quiero
ser Rey del mundo, que alargan
un mayorazgo mil vidas.
¡Ah letras siempre cansadas!
Pleitos, que hacéis de las plumas
para las sentencias alas
con que se alejan del dueño,
que es imposible alcanzarlas.
Pleitos donde la justicia
suelta a veces la balanza
y en un corto mar de tinta
se anega la verdad clara.
Yo digo que los jueces
que Ingalaterra señala
son calificados hombres,
de almas y conciencias santas.
No quiero el mundo por pleitos.
Hombre soy, pues ciño espada.
Esta es pluma deste pleito,
que es hoja sin letras falsas.

VEN. A tanta soberbia, Enrique,
con que las letras infamas,
que son luz de la justicia,
que la verdad siempre amparan,
depósito de las leyes
y las leyes vida y alma
de la razón, no hay razones
con que responder a tantas,
sino decir que te espero,
como estoy, en la campaña.

FLO. Hijos, no tenéis razón;
presto la obediencia os falta.
Aun soy vuestro padre, hijos,
si el Rey murió en la batalla.
Teneos.

ENR. Ya nos tenemos;
pero da remedio.

FLO. Aguarda.
Salgan otros caballeros
por vosotros, pues se hallan
tantos tan buenos presentes.

GR. 1.° Aquí os ofrezco mi espada.

GR. 2.° Y yo la mía también.

ENR. No; que puede haber ventaja
en el ánimo y destreza
y ser la suerte contraria.
De mí solamente fío.

FLO. Si a mi amor, si a mi crianza
debéis, Vencislao y Enrique,
obligaciones más altas;
si os escapé de la muerte
y a vuestra madre de infamia;
si padecí por vosotros
trabajos y afrentas tantas,
no me paguéis como ingratos.

ENR. ¿Qué quieres?

VEN. ¿Qué nos disfamas?

FLO. Tomad medio más decente.

ENR. Dale tú.

FLO. Por la mañana
la puerta mayor de Londres,
estando juntos, se abra,
y el primero que por ella
entrare, en razones llanas
la causa se le proponga
y éste decida la causa.

GR. 1.° Bien dice.

GR. 2.° Nadie lo niega.
Vamos juntos a cerrarla
para que ninguno entre
ni a dar el aviso salga.

VEN. Yo digo que soy contento.

ENR. Yo también.

VEN. Fortuna varia,
hazme Rey de Ingalaterra,
quemaré incienso en tus aras.

ENR. Fortuna, yo soy Enrique,
o me corona o me mata;
que, por reinar más a solas,
me pesa ser cuerpo y alma.

(Vanse.)

(Sale la REINA, *en hábito de villano, y el* REY, BELARDO *y* RISELO.)

REI. Quisieron venir conmigo
y dejé otros dos allá.
REY. Por ser tarde, bien está,
bien es que vengan contigo;
que están estos campos llenos
de soldados, y yo sé
que está contigo mi fe
mal soldada por lo menos,
pues trujiste compañía
para que no me obligara
amor a tu ofensa.
REI. Para,
y de mi verdad confía;
que no vine acompañada
porque de ti me guardé,
aunque se suelta la fe
muy mal una vez quebrada,
sino por justo temor
del hábito y de tu vida,
en mis ojos preferida
al peligro de mi honor.
REY. Como quiera que haya sido,
te aseguro, Florisea,
que de mi voluntad sea
tu casto honor defendido.
Porque le pienso pagar
a Florisandro aquel brío
con que ha defendido el mío
con ponerte en el lugar
donde puse mi Leonor.
REI. Si allá me habéis de poner,
en la tierra habrá de ser.
¡Qué buen indicio de amor!
REY. Dígolo así por ponerte
en el mismo corazón,
que es lugar de la afición
con que he llorado su muerte,
Y pagar a Florisandro,
cuya deuda dices que eres.
BEL. ¡Ah flaqueza de mujeres!
Ved cuál se van apartando.
Desvíate acá, Riselo,
que el meterse entre los ramos
es buscar lo que estorbamos
con nuestro envidioso celo.
El no estorbarás, también,
al próximo entretenido,
es mandamiento añadido
en los de la corte.
RIS. ¡Bien!
¿Mandamientos tiene ya
la cortesía?
BEL. En las leyes
del mundo.
REY. Siempre en los Reyes
cierta la palabra está.
¿Quiéresme dar una mano?
REI. ¿Sobre qué?
REY. Sobre quien soy.
REI. ¿Quién eres?
REY. Rey.
REI. Hasta hoy,
que desde hoy serás villano.
Y si así lo has de cumplir.
REY. El alma tengo real,
que sólo sirve el sayal
de engañar y de encubrir.
REI. Ahora bien, mi mano estuya.
REY. Que Reina de mano gano.
REI. Yo sé quién por esta mano
perdió ser tuya y ser suya.
RIS. ¿No ves? La mano le ha dado.
BEL. Es el principio del juego.
¿Cuánto apostamos que luego
le viene a dar lo empatado?
RIS. Diablos son los de palacio;
que nunca yo me atreví
a otro tanto.
BEL. Pues yo fuí
más corto en bien largo espacio;
Que hubo ocasión de cogerla
entre el alfombra y la cama
y me quedé como llama
que da nieve y agua en ella.
RIS. ¿Admitiérate?
BEL. Sospecho;
que hay horas perjudiciales.
RIS. Quien pierde ocasiones tales
nunca será de provecho.
BEL. Oí contar que Diana
a un cazador que la vió
en ciervo le convirtió
bañándose una mañana.
Y esto temí de quien digo.
RIS. ¿Vístela desnuda?
BEL. Sí.
RIS. ¿Qué hiciste?
BEL. Espaldas le di,
como a valiente enemigo,
y fuíme haciendo mil cruces.
RIS. ¿Pues es diablo?
BEL. Y aun peor,
si a los peligros de amor
el pensamiento reduces.

REY. ¡No me niegues, por tu vida,
los brazos!
REI. Ya no podré,
debajo de que tu fe
no ha de ser nunca rompida.
Por esto y porque deseo
hacer amistad contigo,
que has sido un gran enemigo
del alma con que te veo.
RIS. ¡Pardiez, que le dió los brazos!
BEL. Créeme y no mires más,
porque tras esto verás
hacerse el mundo pedazos.
RIS. Dices bien. Dos mil novelas
hacen ver, con vino y celos,
que uno parece mil cielos
como una vela mil velas.
Mas al muro hemos llegado,
él estorbará su amor.
REY. Estoy, querida Leonor,
a tu favor obligado.
REI. ¿Qué dices? ¿Leonor me llamas?
REY. Perdona, por vida mía,
que en la memoria tenía
el pensamiento que infamas.
Mas no te parezca mal
lo que me parece bien.
REI. Esta es Londres.
REY. Y es también
mi corte y casa real.
Aquí te daré la media.

(Aparte.)

REI. Y aquí la he tenido yo
cuando un engaño trocó
tanta ventura en tragedia.
BEL. Buscad donde os albergar,
que está la puerta cerrada.
RIS. Es muy de noche.
REI. Cansada
vengo, bien quisiera entrar.
REY. ¡Ah, puerta, que a tu señor
te cierras!

(Aparte.)

REI. Puerta, yo fuí
quien entró otra vez por ti
con tanta pompa y honor.
BEL. Quedo, que suena ruido
en el muro.
REY. O son las velas
o hay traición.

(Salen al muro el CONDE DE BURA *y el* DUQUE DE IRLANDA.*)*

CON. ¿De qué te recelas?
Todo el campo está dormido.
Suelta la cuerda y bajemos.

(Bajan por una cuerda.)

BEL. Dos hombres que bajan son.
REY. Aquí hay, sin duda, traición.
Llegad callando, lleguemos.
DUQ. ¿Dónde están nuestros caballos?
CON. Aquí los han de traer,
y en caso de no poder,
a pie iremos a buscallos.
DUQ. Ventura habemos tenido
en romper esta prisión.
REY. No mucha en esta ocasión,
que en el lazo habéis caído.
DUQ. ¿Qué gente?
REY. Soldados.
DUQ. Di:
¿de qué nación?
REY. ¿No lo ves?
DUQ. ¿Eres caballero inglés?
REY. A pie vengo agora aquí.
Daos a prisión, irlandeses.
DUQ. Sin armas hemos salido
de prisión. Piedad os pido;
piedad, señores ingleses,
que no somos de importancia
y daremos buen rescate.
REY. De rescatar no se trate,
si da un millón de ganancia.
CON. Oye, amigo, en dos diamantes
diez mil ducados te doy.
REY. ¡Buenos, a fe de quien soy!
Pocos habrá semejantes.
DUQ. Otro te daré mejor.
REY. He venido a sospechar
que quien esto puede dar
es persona de valor.
Y tengo a mucha ventura
tu persona, a fe de inglés;
que eres el Duque irlandés
o eres el Conde de Bura.
De los muros te desvía,
porque si tienes más gente
no nos coja de repente.
DUQ. ¿Hay suerte como la mia?
RIS. Caminen. ¿Qué se detienen?
REI. Señor, ¿qué quieres hacer?
REY. Destos pretendo saber
mil casos que me convienen.

DUQ. Paciencia, Conde.
BEL. Señora,

(Vanse los presos, el REY *y* RISELO.)

¿qué es lo que deste procuras?
REI. Casarme.
BEL. ¿Y casarte a obscuras?
REI. Eso voy trazando agora.
BEL. Pues no dejes que te abrace,
sino amasa, porque cuece,
que de día se parece
lo que de noche se hace.
REI. Calla, Belardo, y advierte
que es retrato de mi esposo,
y que en lance tan forzoso
me consuelo de su muerte;
que le oigo mil dulces nombres
que al otro escuché algún hora.
BEL. Todos los hombres, señora,
son retratos de otros hombres.
Curad bien el sentimiento;
que de aquí vengo a entender
que en perdiendo una mujer
un hombre, busca otros ciento.

(Vanse.)

(Sale grande acompañamiento, FLORISANDRO *y los* PRÍNCIPES.)

FLORISANDRO.

Ya, después que los dos habéis jurado,
Príncipes generosos, en el ara
de un sacrosanto altar y en el sagrado
libro que nuestra fe santa declara
de pasar, como queda concertado,
sin apelar a más espada o vara,
por la sentencia del primero, que entre
por esta puerta, aunque un villano encuentre.
Ni del pontificado ni el imperio
tener jamás acción a otra demanda,
pena de afrenta, infamia y vituperio
ni pasarse jamás al Rey de Irlanda
ni al de Bura, que vive en cautiverio
y en las mudanzas destos reinos anda.
Sólo resta que, abriéndolas, se aguarde,
y vamos juntos, o se acerque o tarde.

ENRIQUE.

Famoso Florisandro, a quien se dabe
el bien que por ti goza Ingalaterra,
digno de ser el décimo en los nueve
que la paz eternice en paz y en guerra.
Conocida la causa que te mueve
al sosiego común de aquesta tierra,
sin este ser, que al fin le recibimos,
después de Dios, de ti te obedecimos.
Juré, juró mi hermano; cumpliremos
el juramento. Llega y abre.

FLORISANDRO.

Llego.

VENCISLAO.

Digo que por lo dicho pasaremos.

GRANDE 1.°

¡Ay cielo santo, dos villanos vemos!

(Salen la REINA *y el* REY *de villanos.)*

REINA.

Por presto que llegamos a la puerta
más de mañana está Londres despierta (1).
Encúbrete muy bien, que al campo sale
un ejército junto.

REY.

Ve primero
no me conozca alguno.

ENRIQUE.

Aquel iguale
las telas de oro y el sayal grosero.

FLORISANDRO.

Este primero entró.

VENCISLAO.

Pues llega y dale
cuenta del caso.

FLORISANDRO.

Prevenirle quiero.

GRANDE 1.°

¿No es muy mozo?

ENRIQUE.

¿Qué importa a la prudencia?
Más mozo Salomón dió igual sentencia.
FLO. Detente un poco.
REI. ¿Sois vos
guarda desta puerta agora?
FLO. Leonor.
REI. Amigo.
FLO. Señora,
¿dónde vas?
REI. No sé, por Dios.
FLO. ¿En ese hábito?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

REI. Es forzoso.
FLO. ¿Quién viene contigo?
REI. ¡Ay cielo!
FLO. Dilo, señora.
REI. ¿Dirélo?
FLO. Bien puedes.
REI. El Rey, mi esposo.
FLO. ¡Válgame el cielo!
REI. Esto pasa;
que huyendo el justo castigo
de Dios y de su enemigo
vino a esconderse a tu casa.
FLO. ¿Es el que a la puerta queda?
REI. El mismo. Mas di: ¿qué es esto?
FLO. Disimula, y sabrás presto
cuánto la fortuna rueda.
Tus hijos, sobre quién debe
ser el Rey de Ingalaterra,
quieren, excusando guerra,
a que la ambición les mueve,
que el primero que a esta puerta
llegue, juzgue cuál nació
antes.
REI. Y vengo a ser yo.
Ved lo que el tiempo concierta.
¿Saben ya quién son?
FLO. Decían
que el Rey murió, y a este efeto
he declarado el secreto.
REI. Todas estas cosas guían
los cielos. No hay que temer.
Llévame y no digas nada.
FLO. El es persona extremada
y, aunque pastor, bachiller.
Justa sentencia esperáis.
ENR. Hombre, seas bien venido.
REI. Vos en buen hora nacido
si es que este reino os lleváis.
Pardiez, que tengo a ventura
venir a ser vuestro alcalde,
que no me cuesta de balde.
ENR. ¡Qué donaire!
VEN. ¡Qué hermosura!
ENR. Siéntate en aquesta silla.
REI. No, no, yo estaré en el suelo.
VEN. Eso no.
REI. Callad, que el cielo
unos baja, otros ensilla.
ENR. Tú has de estar, amigo, en ella
y nosotros a tu lado.
(Siéntase.)
REI. ¿Que hoy me he de ver honrado?
Yo me erguí con linda estrella.
¿Sabéis cómo vengo a ser?
Como una imagen de ermita,
que un día solicita
el pueblo fiesta y placer,
cuelgan sedas, cortan ramos,
y en acabando la fiesta,
en que estuvo tan compuesta,
como me ponéis entrambos,
vuélvese la gente ociosa
y quédase, aunque sin daño,
desnuda en el campo un año
sin lámpara ni otra cosa.
ENR. Basta, que habemos hallado
el hombre que es menester.
REY. ¡Cielo! ¿Qué puede esto ser?
A Florisea han sentado
en una silla, y dos hombres
a sus lados muestran ser
los que vencieron ayer
ganando famosos nombres.
Quiérome llegar allí
y preguntar qué es aquesto.
¡Ah, señor! ¿Para qué han puesto
a Celio, mi hermano, así?
Déjennos ir, por su vida.
GR. 1.° Hermano, en aquel lugar
quieren que el que ha de reinar
destos dos juzgue y decida.
REY. ¿Destos? ¿Por qué?
GR. 1.° Porque son
hijos de Eduardo, muerto.
REY. ¿Muerto Eduardo?
GR. 1.° Eso es cierto.
REY. Si es muerto, tiene razón.
¿Pero Eduardo tenía
hijos?
GR. 1.° Dos mandó matar;
pero súpolos guardar
Dios, que la verdad sabía:
que era una santa Leonor.
REY. Reventando estoy de gozo.
REI. Puesto que me veis tan mozo,
pobre y rústico pastor,
habiendo sido informado
de que habéis nacido así,
oid lo que juzgo aquí
por mi tribunal y estrado.
El que la cinta sacó
y recibió el sacramento
del bautismo...
ENR. Hombres, con tiento,
que pienso que no soy yo.
Hombre, mira lo que haces;

hombre, mira lo que dices.
REI. Bien es que así me autorices
pensando que me deshaces.
No me hagas tan hombre a mí;
que si yo tan hombre fuera
por ventura no naciera
alguien que me mira aquí.
Pero pues me has detenido,
primero es bien entender
de quién pudísteis saber
que del Rey habéis nacido;
porque dicen que Leonor
fué muerta a manos del Rey.
VEN. Pasas la rústica ley,
ya no pareces pastor.
Aquí está el Conde de Bura,
de quien el Rey tuvo celos.
REI. ¿Dónde?
VEN. Preso.
REI. ¡Santos cielos,
cuánto la verdad se apura!
El Conde se huyó.
ENR. ¡Ay de mí!
REI. No os pese, que el Duque y él
bajando por un cordel
del muro anoche los vi,
y entre yo y otros pastores
los prendimos.
ENR. ¡Grande hazaña!
REI. No os parezca muy extraña,
que aun faltan otras mayores.
Hermano.
REY. ¿Qué es lo que quieres?
REI. Trae los presos.
REY. Aquí están.
REI. Entren.
VEN. Fuerte capitán,
que no pastor fuiste y eres.

(Sacan RISELO *y* BELARDO *los presos.)*

REY. Los presos están aquí.
REI. Conde: yo fuí ayer la mano
en que caisteis, no en vano,
que lo quiso el cielo así.
Los que ves hijos son ciertos
de Eduardo y de Leonor,
a quien tú tuviste amor,
no, como pensabas, muertos.
Si son tuyos, tuyo es
este reino y estos son
los Príncipes.
CON. No es razón
que ese título me des.
Si me dió jamás su mano
Leonor, si no fué cautela
la del cuello y arandela,
que al Rey dió celos en vano,
quíteme aquí Dios la vida;
y si cuanto he procurado
no es hacer su honor vengado,
sea un villano homicida.
Si este reino, y mil, me diera
el mundo, a su honestidad
no negara la verdad
ni tan vil afrenta hiciera.
Fuertes Vencislao y Enrique:
del Rey sois hijos sin falta
y de señora tan alta.
REI. Quedo, ninguno replique.
Leonor fué quien ser debía.
¿Oyeslo, hermano?
REY. Muy bien.
VEN. Di tú a quién quieres que den
del reino la monarquía.
Y obedézcante, pastor,
todos. Pena de la vida,
pues que la honra debida
das a mi madre Leonor;
que ese es reino para mí.
ENR. Y para mí, pastor noble.
Habla, no temas que doble
mi palabra.
REI. ¿Haréislo así?
LOS DOS. Sí.
REI. Pues viendo en mi persona
valor justo y competente,
digo que pongo en mi frente
la merecida corona.
ENR. ¿Qué es lo que dices, pastor?
REI. Que la verdad se publique.
Hijos Venceslao y Enrique,
vuestra madre soy, Leonor.
De mí habéis los dos nacido,
en esa montaña he estado,
Florisandro me ha guardado.
Si aquí el que es Rey no decido
es porque es vivo aquel padre
que os engendró.
ENR. ¿Soy bastardo?
REI. No, que está vivo Eduardo.
Hoy hallasteis padre y madre.
REY. Señora del alma, pido
tus brazos me den perdón.
ENR. Rey...
VEN. Señora...

REY. ¡Qué ocasión
para morir de alegría!
Dejadme y abrazaré
a quien a los tres me ha dado.
FLO. Con lágrimas te he abrazado.
REY. ¡Oh cuánto debo a tu fe!
Alza del suelo, Almirante,
Condestable de mi Estado,
Marqués, Duque, Adelantado...
FLO. No pases más adelante;
que más, señor, me darás
si a mis hijas Cintia y Ana,
de hermosura más que humana,
los dos Príncipes les das.
REY. Tuyos son; luego negocia
que se casen, y, sin guerra,
tenga Enrique a Ingalaterra
y Vencislao tenga a Escocia.
Tú, Duque, en aqueste día,
para olvidar los enojos,
aumente el bien a mis ojos
mostrando paz y alegría.
DUQ. Yo, señor, prometo ser
tu hermano con paz eterna.
REY. Conde, mi Estado gobierna;
muestra contento y placer.
Hágase fiesta en mi tierra,
cese el odio pertinaz,
dando fin con esta paz
Los pleitos de Ingalaterra.

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE

EL PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

FABRICIO, *viejo.*
GINÉS, *villano.*
Un CRIADO.
ROBERTO, *príncipe.*
CAMILO, *criado.*
CONDE FABIO.
COLÍN, *su criado.*
CELIA Y FLORA.
FINEO, FLORENTE.
BELARDO Y FLORA.
ALEJANDRO, *Duque.*
ESTELA, *su hermana.*
TIRSO, *criado.*
LISARDO, TIBERIO Y GERARDO, *criados.*

ACTO PRIMERO

(Salgan FABRICIO, *viejo;* GINÉS, *villano, y un* CRIADO.*)*

FAB. ¿Viene el Príncipe?
GIN. Ya viene
por la falda dese monte.
CRIA. A recibirle disponte
como tal huésped conviene.
FAB. Pues tomad este gabán.
Dadme una capa y espada.
GIN. Ya por la puerta enramada,
criados viniendo van.
Su hermano viene con él:
el Conde, que tú has criado.
FAB. Es, aunque huésped, honrado.
Poco hiciéramos por él.
Que como está cada día
en casa un mes, dos y tres,
más hijo que huésped es.
GIN. Con poca gente venía.
Que no debe de querer
alborotar el aldea.
FAB. Que mucha o que poca sea,
ánimo habéis de tener.
Y un día que viene aquí
de Nápoles su señor,
más me honrará su valor
que irá servido de mí.
CRIA. Siendo tú pariente suyo,
no parece novedad.
FAB. Puesto que de la ciudad
y de sus grandezas huyo,
llegado que venga aquí
su Príncipe, quiero ser
cortesano.
CRIA. ¿Qué has de hacer?
FAB. Oíd lo que intento.
CRIA Di.
FAB. La gente de mi labranza
deje el monte, prado y huertas.
GIN. ¿Alguna fiesta conciertas?
FAB. Haya una famosa danza.
Yo quiero dar los vestidos.
CRIA ¿Habrá comedia?
FAB. También.
CRIA. Una compuso Guillén;
mas es para los oídos,
no tiene para los ojos.
FAB. Los ojos sentidos son,
y darles gusto es razón.
CRIA. Muchos reciben enojos
desto de trampas y vigas.
FAB. Acertado, bueno es.
Quede a cargo de Ginés
el traer de balde ortigas,
dos novillos que se coman
la gente de los tablados.
GIN. Dos andan en esos prados,
que por pasatiempo toman
el salir a saltear
un caminante a la senda,
y más quien la amada prenda
vencido suele dejar.
Entre tiznados y rojos,
las crines parecen cardas,
los cuernos dos alabardas
y dos candelas los ojos.
FAB. No es poco que esa braveza
tengan en Italia.
GIN. Es tanta,

que a los vaqueros espanta
su vista y su fortaleza.

FAB. Será maravilla sola.

GIN. Tienen, con vista inhumana,
la braveza italiana
y la cólera española.

FAB. Carrera quiero que haya.

GIN. Famosos gansos tenemos,
y yeguas en que podemos
ganar al viento la raya.

FAB. Desafíos de saltar,
de luchar y de correr
puede haber.

GIN. Hoy has de ver
hecho palestra el lugar.

FAB. Aunque esta puerta famosa
con dórica arquitectura,
excede la nieve pura
en piedra blanca y lustrosa.
Cubrid las basas, que están
sustentando el chapitel,
del coronado laurel
y del lascivo arrayán.
Pise el Príncipe ese día
por zaguanes y portales,
los jacintos orientales
que esta tierra en sus pies cría.
Que cuando de los señores
la grandeza aparte queda,
más que de alfombras de seda
siven las silvestres flores.

(Salgan ROBERTO, *Príncipe;* CAMILO, *criado; el* CONDE FABIO; COLÍN, *su criado, y acompañamiento.)*

PRÍN. Con tal silencio he querido
ser vuestro huésped.

FAB. Señor,
aunque embozado el favor,
el amor le ha conocido.
¿Así os habéis apeado?

PRÍ. En casa que propia es,
eso es muy justo.

FA. A esos pies
respondo alegre y turbado.
¿Viene Vuestra Alteza bueno?

PRÍ. A vuestro servicio, tío.

FAB. Hoy el corto albergue mío
queda de riqueza lleno.
Perdonad, Conde, que a vos,
como hijo, no he de haceros
cortesía.

CON. Yo con veros
me contento; guardeos Dios.

FAB. Llegad sillas.

PRÍ. Sentaos.

FAB. Yo estoy bien.

PRÍ. ¡Bueno, por Dios!

CON. Sea en medio de los dos.

FAB. ¿Tanta merced?

PRÍ. Levantaos.
Mirad que decir podremos
que os ha pegado el aldea
la humildad.

FAB. No es bien que sea
virtud a tales extremos,
si sois la misma virtud;
si no es que tengan tal nombre
las canas, honra del hombre.

PRÍ. ¿Tenéis, Fabricio, salud?

FAB. Señor, a servicio vuestro.

PRÍ. Mucho puede el ejercicio
del campo.

CON. Siendo, Fabricio,
Príncipe tan deudo nuestro,
muy descuidado habéis sido
en no le haber siempre honrado,
que basta haberme criado.

PRÍN. No culpes, Conde, mi olvido,
porque fuera cosa fea.
Más culpa su condición;
que es, Conde, contra razón
su valor en esta aldea.
Tan Rey de Nápoles fuera
como yo.

FAB. Cierto, señor,
que me holgara que mi humor
esa inclinación tuviera,
no para provecho mío,
mas para servicio vuestro.
Aquí en el rincón nuestro
hay en el invierno frío,
leña contra nieve y hielo;
fresca sombra en el verano;
que no está el sosiego humano
en más oro o terciopelo.
El cuidado es grande carga,
yo pienso que es la quietud
autora de la salud,
y que más la vida alarga.
Yo me hallo bien, esto sobra.

(Salen CELIA *y* FLORA.)

FLOR. Aquel es.

CEL. Gallardo es.
Deme su Alteza los pies.

PRÍN. Apenas aliento cobra

el turbado entendimiento
desta traición; eso no,
o echaréme a esos pies yo.

CEL. ¿Que es traición?

PRÍ. Así lo siento,
porque nos habéis hallado
sin ninguna prevención,
y es linaje de traición.

CEL. No es menester cuidado
para mi poco valor.

PRÍN. El que sin defensa mata
al que de hacerla no trata,
llaman los hombres traidor.
Asentaos.

CEL. Favorecéis
vuestra hechura.

PRÍN. Nunca yo
había visto a Celia.

FAB. ¿No?

PRÍN. Hermosa prenda tenéis,
y que os pone ya en cuidado.

FAB. Como es sola, no me atrevo
a quedar solo, aunque pruebo.

PRÍN. Amor os ha disculpado,
cuando no la soledad.

CON. Ya Celia, que era forzoso,
y no puedo estar quejoso
de que ha sido libertad
el haber así venido.
Que al fin había de verte
mi hermano, el ser desta suerte
me ha enojado y me ha ofendido.
¡Ay, Dios!, si dejar pudieras
la belleza desa cara
adonde ni él la mirara
ni a mí estos celos me dieras.
Pero no te has contentado
de venir con la belleza
que te dió naturaleza,
más la aumentó tu cuidado,
pues es sin duda mayor
que desde que nos criamos
juntos le he visto.

CEL. No estamos
para cuestiones de amor.
Deja esos vanos recelos,
que el talle de que has hablado
no le ha hecho mi cuidado,
sino el rigor de tus celos.
Celos, cuanto miran, hacen
mayor.

COND. Mis celos no son
tan ciegos.

CEL. Funda en razón
los celos.

COND. De alguna nacen.

CEL. Antes de vanos antojos,
que son sombras y quimeras,
que detrás de vidrieras,
personas hace a los ojos.
¿No has visto un hombre mirando
un vidrio en una ventana,
que su misma sombra vana
otro hombre le está informando?
Tal es el celoso abismo,
que en el vidrio de mis ojos
forman hombres tus antojos,
y es que te ves a ti mismo.

COND. La agudeza te confieso,
cual de ingenio de mujer,
mas no te quisiera ver
gallarda con tanto exceso.
Dieras los ojos al sol,
para contra el hielo y frío
de la Scitia, y ese brío
a un pensamiento español.
Dieras esos dos corales
a una rosa, y de que fuera
abeja Amor, de que hiciera
más venenos que panales.
Dieras a un jazmín, señora,
la nieve; y si no, a la nieve
más nieve, si ella se atreve
al fuego que dentro mora.
Es aura al viento más puro
que diera un jardín riqueza;
creciera en ellos belleza,
y yo viviera seguro.

CEL. Mira que te puede oír
tu hermano.

COND. ¿Quieres echarme
una S al rostro?

CEL. Darme
en que te pueda servir,
es ponerme dos, mi Fabio.

COND. Pues vete.

CEL. De mil amores.
Paréceme ya, señores,
que os hago notable agravio
en impedir que podáis
descansar de la jornada.

PRÍN. Debéis vos estar cansada,
y por eso, Celia, os váis.

CEL. La merced que me habéis hecho
responde por mí.

PRÍN. Señora,

permitid que os diga agora
que estoy de vos satisfecho,
más, que si viera la hermosa
Elena, las Venus raras
a quien dan sagradas aras
Chipre y Fenicia olorosa.
Muchos años os gocéis.

CEL. Y muchos os guarde el cielo.
¿Flora?

FLOR. Señora.

CEL. Recelo
celos.

FLOR. Ocasión tenéis.
Mas lindamente se fijan
donde no ha de haber desdén,
que nunca amor anda bien
cuando celos no le pican.

(Váyanse las dos.)

FAB. Con vuestra licencia, quiero
ir a cuidar de la casa.

PRÍN. ¡Fuego en la casa, que abrasa!
Que poco descanso espero.

COND. ¿Qué te parece Fabricio?

PRÍN. Lo que una planta, que dió
tal fruto, y que pienso yo
trasladarle a mi servicio.
Que no está en el campo bien
quien puede honrar la ciudad.

COND. De la nueva voluntad,
grandes indicios se ven.

PRÍN. ¿Camilo?

CAM. Señor.

PRÍN. Yo vi
un áspid entre la hierba;
entre dorada conserva,
arsénico recibí.
La espada que ha de pasarme
con dorada guarnición;
y como garza, el halcón
que ha de venir a matarme.
No dudes que aquesta es
la enfermedad de mi muerte.

CAM. La primera vez no advierte
el alma lo que después.
Mírala despacio, y piensa
que te has de desengañar.

PRÍN. Si yo la vuelvo a mirar,
no tiene el alma defensa.

COL. ¿Pues qué tenemos? ¿Qué importa
que haya venido tu hermano
a pasar este verano
en esta casa?

COND. Reporta,
necio, el hablar.

COL. ¿Pues por qué?

CON. ¿Este verano? ¿Estás loco?

COL. Pues sea el medio.

CON. Tampoco.

COL. Pues sea un mes.

CON. Un siglo fué.

COL. Una semana.

CON. Ni un día.

COL. Una noche.

CON. Ni aun un hora.

COL. Un cuarto.

CON. Un instante, llora
mil siglos el alma mía.

COL. ¿Hate de hacer competencia?

CON. Hámelo dado a entender.
Y a fe que habré menester
para mis celos paciencia.
Dice que quiere llevar
a Fabricio a su servicio.

COL. ¿Y sabes tú que Fabricio
querrá los campos dejar?

CON. Si le hace Gobernador,
sin duda irá.

COL. Yo lo creo,
aunque él no muestra deseo
de su cuidadoso honor.
Antes le veo espantarse
de los que allá, en el gobierno,
con los hielos del invierno,
al alba han de levantarse;
y ir con el sol de verano
puesto noches y días;
andar en papelerías,
que es un trabajo inhumano.
Pero porque no te espantes,
un discreto en mi lugar,
el trabajo de mandar
comparaba a los danzantes.
Que aunque más se desencajan
en trabajo tan cruel,
con el son del cascabel
no sienten lo que trabajan.

CON. Bien dijo; pero si lleva
el Príncipe a su servicio
a Fabricio, de Fabricio
la comparación reprueba.
Porque el Rey, mi padre,
quiso que en más entendiese
que en criarme, porque fuese
menos cerca de mi madre.
Aquí, Colín, me crié,

y Celia conmigo aquí;
la primera luz que vi,
la de sus estrellas fué.
Con éstas, que son tan bellas,
seguí de amor el rigor,
porque se diga que amor
le conciertan las estrellas.
No he tenido otro maestro
que amor; amor me ha enseñado,
y aprendí con tal cuidado,
que estoy en cuidados diestro.
Bien es verdad que responde
Celia con el mismo amor.
¿Qué ruido es éste?

COL. ¿Señor?

Dent. ¡Viva el Conde! ¡Viva el Conde!

COL. Los labradores han sido,
que en sus yeguas, más ligeras
que el viento, emprenden carreras,
al honor de tu apellido.

COND. Diles que son unos necios.
No me traten con ventaja,
que aun de la gente más baja
siente el señor los desprecios.

COL. Como te has criado aquí,
no conocen más señor.

COND. Pues conozcan el valor
del dueño. Príncipe di.

Dent. ¡Viva el Príncipe Roberto!

COL. Parece que te escucharon.

Dent. ¡Viva el Príncipe!

CON. Nombraron
el dueño, seguro y cierto.

COL. Todos andan de alboroto.

CON. Mis celos divertirán.

COL. Harto más ruido darán
si traen los toros del soto.

CON. Cuando hace truenos, Colín,
para que el ruido pueda
a los gusanos de seda
librar del último fin,
suelen hacerles ruido.
Y así mis celos sospecho
que aquesta gente le han hecho
para engañarme el sentido.

COL. Entra, y los estorbarás,
que sin duda están hablando.

(Salen FINEO, LLORENTE *y* BELARDO, *villanos.)*

BEL. Parece que van volando.

LLO. El viento dejan atrás.

COL. Estos son los labradores.

CON. A ver a mi hermano voy.

(Váyanse el CONDE *y* COLÍN.)

FIN. Por donde corrieron hoy,
quedaron en pie las flores.

LLO. Apenas en el arena
estampas dejó la baya.

BEL. Cuando corriera en la playa,
de mojado aljófar llena,
aun no dejara señal
mi rucia.

LLO. Buena es la rucia.

BEL. Salió gorda, fresca y lucia
del alcacer de Pascual.

FIN. Un poco se os fué torciendo.

BEL. Viénele mal el bocado.

LLO. El ir con la boca al lado
es grande fealdad corriendo.

BEL. Con esa boca se venden
los discretos desta edad,
que escuchan con gravedad
lo que no saben ni entienden.
¡Oh, cuál corriera el rocín
de Guillén!

FIN. Compróle hogaño.
Pero aténgome al castaño.

BEL. Es pobre de cola y crin.
Y como la barba fué
siempre en el hombre hermosura,
la crin y cola asegura
que el caballo hermoso esté.

LLO. Cuando Belardo corrió,
salió el Príncipe a la reja.

FIN. Flora viene.

BEL. Yeguas deja.

(Salga FLORA.)

LLO. Hoy, por tu servicio, yo
puse a mi baya famosa
silla de frisa y pretal.

FLO. Fué gallarda y corrió mal.

BEL. Propia condición de hermosa.

FIN. Nadie en todos los vaqueros
a mi castaña se iguala,
ni ha corrido con más gala.

FLO. Sois famosos caballeros.

LLO. ¿Qué te parece el listón
de la frente de mi baya?
Pues a fe que fué la raya (1)
de las que bizarras son.

FLO. Por cierto que es mal galán
quien los favores emplea
de su dama, hermosa o fea,
en su baya o su alazán.

(1) En el original dice «que fué de aya», que no forma sentido.

Y así quiero que imagines
que antes el favor infamas:
No son listones de damas
para frentes de rocines.

BEL. Antes va bien en la crin,
y no es enigma dudosa,
porque todo es una cosa
traellos él o el rocín.
Ahora bien, ¿cuál de los tres
te ha parecido mejor?

FLOR. Si os obligara mi amor,
yo os diera el premio después.
Pero si el haber corrido
fué por el Príncipe, a él
pedid el premio.

LLO. El laurel
digno de mi frente ha sido.
Dame esa cinta encarnada,
pues la merezco mejor.

BEL. Yo no compito en amor
la primera edad pasada;
pero en lo que es la carrera,
no doy al viento ventaja.

FIN. Nuestras pendencias ataja,
Flora hermosa o Primavera,
con darme esa cinta a mí.

FLOR. Darla a quien diga, me agrada,
qué es la cosa más pesada.

LLO. ¿Queréis?

TODOS. Sí.

LLO. Escuchadme.

FLO. Di.

LLO. A mí me parecería
más pesado de sufrir
uno que viene a pedir
una deuda cada día.

FIN. A mí un necio, si es el necio
forzoso de tolerarse.
Que deudas pueden pagarse,
y para un necio no hay aprecio.

BEL. Yo pienso que una mujer
de mala lengua es la cosa
más pesada y enfadosa.

FLOR. No sé qué tengo de hacer.

FIN. ¿Estás confusa?

FLOR. ¿No es justo.?

(Salgan el PRÍNCIPE *y el* CONDE.*)*

PRÍ. De las fiestas te ha sacado,
Conde, mi nuevo cuidado.

COND. Con él no hay fiesta ni gusto.

BEL. El Príncipe.

FIN. Huyamos dél.
Echa, Flora, por ahí.

(Váyanse los villanos.)

PRÍN. En efeto, a Celia vi,
ni piadosa, ni cruel.
Pero el ejemplo mayor
que ha visto naturaleza
de entendimiento y belleza,
y digna de un justo amor.
En Nápoles vi las damas
con quien más amor se atreve;
mas eran balas de nieve
contra mi pecho sus llamas.
Confieso que nunca amé;
con tal tibieza nací.
Mas después que a Celia vi,
toda mi nieve abrasé.
El alma, Conde, le dan
todos mis sentidos luego;
porque fué bomba de fuego
en defensa de alquitrán.
Aquí, hermano, te has criado
gran tiempo con este nombre.
¿Dónde puede haber un hombre
que le diga mi cuidado?
¿A quién oiga, como a ti,
por vuestra antigua amistad?
Tenme, hermano, esta piedad,
pues me la debes a mí.
Y no te parezca, hermano,
liviandad este rigor,
que un sabio pintó el Amor
con una llave en la mano,
para darnos a sentir
que cuando el deseo hallaba
lo que ya del cielo estaba
es cosa fácil de abrir
con muchas, por que concluya,
si abrir quieren una puerta;
con ninguna se concierta,
sino con la propia suya.
Y así amor, en la ocasión
que a Celia hermosa le enseño,
abrió el alma, y entró el dueño
a tomar la posesión.

COND. Por esto debe de ser,
si amaste luego que viste,
pues con propia llave abriste
el alma, para querer,
que no me parece a mí
Celia tan bella.

PRÍ. No digas

tal blasfemia, que me obligas
a pensar que no hay en ti
discurso ni entendimiento.
Di que no es el sol al día
luz, belleza y alegría
y generoso ornamento.
Di que no tiene hermosura
una rosa que al aurora
cubre las hojas que dora
bebiendo su ambrosia pura.
Di que encendido un clavel
en vergüenza virginal,
ya púrpura, ya coral,
no hay gracia ni vista en él.
Di que no es hermoso el velo
de un lirio que amaneció
cuando el alba le cortó
del raso azul de su cielo.
De azucenas no te acuerdes,
cuando por ventanas francas
las cabezas de hojas blancas
asoman por rejas verdes.
Ni te espanten las colores,
cuando abril, muerto de risa,
mira un almendro en camisa,
vestido de varias flores.
No digas que tiene el oro
lustre, resplandor la nieve,
ni que un jardín, cuando llueve
mayo, hermosura y decoro.
Que dirá naturaleza
que todo esto puede ser,
y no dejar de tener
Celia divina belleza.

COND. A quien ama, es persuadir
que no es bello lo que ama,
sobre nieve encender llama.
Pero puédote decir,
en prueba desa verdad,
que si tan hermosa fuera,
en tantos años hubiera
rendido mi voluntad.

PRÍN. Si desde niño criasen
algún hombre con veneno,
después, con un vaso lleno
no pienses que le matasen.
Tal fuiste, y a ti no pudo
hacerte el veneno mal,
por ser en ti natural,
como es el no hablar un mudo.
Nació el no hablar del no oír,
y así es bien que tú lo estés:
no hablas, porque no ves
lo que ya ves sin sentir.
La celestial armonía,
música que hacen los cielos
en el torno de sus velos,
dice la filosofía
que de oírla no la oímos;
porque desde que nacimos,
que no oyéndola morimos
y por no oírla vivimos.

COND. Si dicen que nace amor
del trato, mal argumento
has hecho en mi pensamiento,
que amarla debo en rigor.
Y pues en tanto no amé,
no es muy grande su belleza,
si es otra naturaleza
la costumbre y no lo fué.

PRÍN. En nuestra leonera, un día
Conde, los pajes echaron
un perro, a quien perdonaron
por la humildad que tenía.
Crióse, en efecto, entre ellos,
y así el miedo les perdió,
que le vi morderlos yo
sin que se enojasen ellos.
A ti, si en esta ocasión
amor no te quita el sueño,
es que, por perro pequeño,
te ha perdonado el león.

COND. Ahora bien, a mí me toca
sólo servirte.

PRÍN. No quiero
que digas más de qué muero.

CON. Esa diligencia es poca;
más pienso hacer de mi parte.
Celia viene.

PRÍN. Yo me voy.

COND. Vete.

PRÍN. Sospechoso estoy.

COND. Palabra doy de ayudarte.

PRÍN. Desde aquí los quiero ver.
Que en lo que éste ha replicado,
grandes indicios me ha dado
que él la debe de querer.

(Salga CELIA.*)*

CEL. Con la nueva ocupación,
ya no hay, Conde, quien te vea.

COND. Quise asistir con mi hermano,
Celia hermosa, a ver las fiestas,
aunque han sido para él,
como otras veces, tragedia,
que en esto dicen que paran

cuantas el mundo celebra.
Porque ha visto una mujer,
según él me ha dicho, en ellas,
que le ha quitado la vida
y la libertad.

PRÍN. Bien, entra.

CEL. ¿En aquestas caserías
hay mujer de tal belleza,
que a quien de Nápoles viene,
cuando su señor no fuera,
puede obligar a cuidado?

CON. Y a tanto cuidado y pena,
que su tercero me ha hecho
para que trate con ella
el remedio deste amor.

CEL. Por mi amor, que no te metas,
Fabio, con otra mujer
en demandas y respuestas,
que no sé lo que se tienen
los terceros de otras penas.
Debe de ser el decirlas
con más gracia y menos veras;
que buscándolas para otros,
los más se quedan con ellas.
Dime quién es, que yo quiero
hacer esta diligencia.

PRÍN. Ya va perdido el principio,
que parece que le pesa
de que el Conde sea tercero.
No fué vana mi sospecha.

CON. No sé, Celia, cómo diga
quién es.

CEL. En aquesta aldea
hay cuatro o cinco villanas.
Ya puede ser que apetezca
dura vaca, el ya cansado
gusto de perdices tiernas.
Un sayuelo verde y rojo,
con guarniciones de seda,
sobre una camisa blanca
bordada de puntas negras.
Un pecho sencillo en todo,
hecho una tienda de feria,
con patenas y corales
más rojos que su vergüenza.
Una saya azul doblada,
entre cuyos pliegues cuelgan
cintas de cabos de plata,
que la cintura hermosean.
Manteo de media grana,
porque tiene la otra media
la natural de la cara,
que no se compra en la tienda.
Un pie, testigo del brío,
en argentada chinela,
que de la nieve adentro
parecen señales fuera.
Un capotillo en los ojos,
que no hay dama que le tenga
con más pestañas, sin raso,
y en campo raso las cejas.
No es mucho, por novedad,
que como las cosas nuevas,
le despierte el apetito.

CON. Qué vitoriosa y contenta
disfrazas lo que ya sabes.
Con esa rústica selva
finges ya que no has caído
en que eres tú quien le lleva
el alma tras esos ojos,
sin el capote de aldea.
Que como pica el amor,
idas y venidas juega,
y no quiere dar capote
cuando en el pique se queda.
No te sonrías, gloriosa,
pues no te sonrojas bella.
Que pues te vengo a rogar,
bastante disculpa es ésta.
Paga al Príncipe, mi hermano,
este amor.

PRÍN. No hay más que pueda
un amigo hacer por otro.
En obligación me deja.

CEL. Maldiga Dios la mujer,
Fabio, tan loca y tan necia,
que su voluntad os fía
y el alma pura os enseña,
y que en la misma mudanza
quiere firmar su firmeza.
Al cabo de tantos años
de amores, de ansias, de penas,
de deseos de tu parte,
de la mía de sospechas,
¿sales con decirme, Fabio,
tan libre, que otro hombre quiera?
No me verás en tu vida.

CON. Escucha, señora, espera.
Vuelve, que esto sólo ha sido
hacer de tu pecho prueba.

CEL. Pues no te suceda nunca
con las mujeres hacerlas,
que lo que en burlas les dicen,
suelen desear de veras.

(Vase.)

CON. Mal hice, la culpa es mía;
confuso, por Dios, me deja.
PRÍN. Yo he negociado muy mal;
pero todo lo remedia
un absoluto poder.
Yo salgo.
CON. Mi hermano llega.
PRÍN. De aquí se va Celia agora;
Conde, ¿qué te dijo Celia?
CON. Que agradece tu afición,
y que estima que la quieras.
PRÍ. ¿Es posible?
CON. Esto responde.
PRÍN. Alabo tu diligencia;
buena mano en amor tienes.
CON. Y tú favorable estrella.
PRÍ. ¿De suerte que este principio
es justo que me prometa
dichoso fin?
CON. Sí, señor.
PRÍN. Pagar te quiero la deuda.
Y podrá ser que en lo mismo,
porque en la misma moneda
fué siempre mejor la paga.
CON. Ya estoy pagado con ella,
si al amor paga el amor.
PRÍ. Mi padre, en su edad postrera,
del Duque Alejandro quiso
sosegar las justas guerras.
Y así, concertó casarme,
Conde, con la hermosa Estela,
su hermana, aunque yo después
tuve de su intento quejas.
Fabricio y yo concertamos
hoy que me case con Celia,
desigual sólo en ser pobre,
igual en sangre y nobleza.
Tú, Conde, me has de sacar
de la obligación de Estela,
partiendo luego a Belflor,
para que Alejandro entienda
que si no puedo casarme
como concerté con ella,
le doy de mi sangre y casa
contigo la mejor prenda.
Las tierras que me pidió
le doy, para que no pueda
decir que en esto hay engaño.
COND. ¿Pues cómo quieres que quiera
el Duque un segundo hermano?
PRÍN. Porque él estima las tierras
que mi padre le quitó,
y eres tú mejor con ellas,
pues él no pierde su casa
con aquesto, antes la aumenta.
Y si casara conmigo
Estela, acababa en ella
su apellido para siempre.
COND. Pienso, señor, que no aciertas.
PRÍN. ¿Puedes tú casar mejor?
COND. No, señor.
PRÍ. ¿Pues en qué yerra
mi voluntad, que tu gusto
y tu descanso desea?
Luego has de partir.
COND. Sí haré.
PRÍN. Criados y gente lleva,
que no has de dormir aquí.
CON. Finalmente, ¿es cosa cierta
que Celia es ya tu mujer?
PRÍN. Conde, mi mujer es Celia.
COND. ¿Y ella quiere?
PRÍN. Ella quiere.
COND. Basta.
PRÍN. Y basta que lo entiendas,
para que luego te partas.
CON. ¿No podré ver estas fiestas?
PRÍN. ¿Fiestas de una aldea, Conde?
CON. ¿Hay fiestas como en aldea?
PRÍN. Basta, que me enoja ya.
CON. Dame tu mano y licencia.
PRÍN. Licencia nunca la pidas
a quien te envía con priesa.
CON. Pues sea la mano sola.
PRÍN. No para darla; mas sea
para enseñarte el camino.
Por allí salen de Ardea.
CON. ¡Brava crueldad!
(Vase.)
PRÍN. Esto es hecho.
Desta manera remedia
el poder tales desdichas.
No gozará el Conde a Celia.

(Sale CELIA.*)*

CEL. ¿No gozará a Celia el Conde?
Palabra extraña, ¿qué haré?
Ya me ha visto, llegaré.
quiero ver lo que responde.
PRÍN. ¡Celia!
CEL. Señor, ¿qué decía
del Conde aquí vuestra Alteza?
PRÍN. Digna es de un rey la belleza.
Y por eso, Celia es mía;
del Conde, no.
CEL. Yo lo oí:

«No gozará a Celia el Conde.»
PRÍN. Dije bien, pues corresponde
mal con tu amor.
CEL. ¿Cómo así?
PRÍN. Vase a casar con Estela,
bella hermana de Alejandro;
porque el más tierno Leandro
ama con esta cautela.
Mas si va, a decir verdad,
no me ha pesado, pues quedas
adonde ser reina puedas
de la más bella ciudad.
Vaya el ingrato, que en mí
más que pierdes recuperas.
CEL. Si no es que tú me dijeras
que el Conde me trata así,
no lo creyera a ninguno.
Verdad es que nuestro amor
fué de hermanos.
PRÍN. El mayor,
si es ingrato, es importuno.
Tú naciste para ser
Reina de Nápoles.
CEL. Ya
que el Conde casado está,
¡ay, triste!, ¿qué puedo hacer?
Mas bien será que dilate
el sí; hable Vuestra Alteza
con mi padre.
PRÍN. ¡Qué, belleza!
CEL. Como Su Alteza lo trate.
(Vase.)
PRÍN. Reluciendo van los bellos
ojos de llorar señales;
como cuando dos cristales,
si el sol reverbera en ellos.
Llorad, ojos, sobre mí
esas lágrimas de perlas,
que quiere, para cogerlas,
salir el alma de sí.

(Sale FABRICIO.*)*

FABRICIO.

Parece que no tiene Vuestra Alteza
gusto de ver las fiestas aldeanas.

PRÍNCIPE.

Tengo, Fabricio, una mortal tristeza,
de la mayor pasión de las humanas.

FABRICIO.

Por las señas, señor, de la belleza
de alguna de las damas ciudadanas
traéis cautivo de la edad vuestra
la dulce causa en sus efectos muestra..

PRÍNCIPE.

Confieso que amo, pero no en la corte.

FABRICIO.

¿Pues dónde, gran señor?

PRÍNCIPE.

En un aldea.

FABRICIO.

Pésame que la mía nada importe,
para que ya divertimiento sea.
Pero por que la pena se reporte,
que tiene el alma, en tanto que no vea
su amado bien, mirad el campo verde,
que casi sobre el mar la vista pierde.
Mirad esas montañas coronadas
de nieve y perlas, y en sus faldas bellas
tantas huertas, de frutos matizadas,
y el claro río, que murmura entre ellas.
Entre sus verdes sauces, fabricadas
mil casas pastoriles, y por ellas
trepando hiedras, que con verdes redes
entapizan las frágiles paredes.
Mirad los negros búfanos, paciendo
con retorcidos cuernos las pintadas
hierbas de flores varias; ir subiendo
las cabras por las zarzas enramadas.
Mirad en tantas fuentes dividiendo
las montañas sus venas desangradas,
haciendo lazos en risueños prados,
agora sueltos y en invierno helados.
Mirad el pescador sobre la peña,
cómo tiende el sedal y al corcho mira.
La corcilla, que al agua se despeña;
la garza, que de vella se retira.
Agua, tierra, aire, caza, pesca, enseña.
Todo provoca al alma, todo admira.
Salid al campo, al río, a caza, a pesca,
que a todo ayuda la mañana fresca.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Fabricio, no sé que medio escoja!

FABRICIO.

¿Qué os enoja? ¿Son celos o deseos?
Mozo fuí yo.

PRÍNCIPE.

Vuestro ánimo me arroja
a vuestros pies.

FABRICIO.

¡Ay, Dios! Señor, teneos.

PRÍNCIPE.

Vos sois causa de toda mi congoja.

FABRICIO.

¿Yo, señor?

PRÍNCIPE.

Que habéis dado a los empleos
destos ojos un sol que me deslumbra,
cuando en sí misma su belleza encumbra.
¿Qué pretendéis de Celia?

FABRICIO.

Un casamiento
igual a la nobleza.

PRÍNCIPE.

¿Bastaría
un Príncipe de Nápoles?

FABRICIO.

¿Qué intento
de amor os dió tan fuerte fantasía?
No porque no hay en mí merecimiento,
si es vuestra calidad la propia mía;
mas porque a un deleite arrepentido,
cuanto escribe el amor, borra el olvido.

PRÍNCIPE.

No me tengáis, Fabricio, por liviano;
esta es mi mano, haréisme mil favores.

FABRICIO.

Para besarle os tomaré la mano.
Pero vienen, señor, mis labradores.

(Salen dos labradores cantando y bailando esta letra.)

Cant. «Ya viene el verano
coronado de flores,
pastores de Ardea,
venturosa aldea.»

FIN. Hele. ¡Pardiez!, ¿dónde está?
LLO. No os lleguéis, tened mesura.
BEL. ¿Olemos mal, por ventura?
FIN. ¿Cuál de todos hablará?
BEL. Flora, pardiez, que es mujer,
y siempre atrevidas son.
PRÍN. Quiero hablarlos.
FA. No es razón.
PRÍN. El que quiere, ha de querer
lo más vil de aquella casa,
adonde tiene su amor.
LLO. Belardo hablará mejor.
BEL. Yo voy.
FLO. Adelante pasa.
BEL. Dad a Belardo los pies.
PRÍN. ¿Sois el sonado, el famoso?
BEL. No, señor, sino el mocoso;
el sonado ya no es.
PRÍ. ¿Pues qué se hizo?
BEL. Señor,
ya es cura en otro lugar.
PRÍN. ¿Y vos, pensáis heredar
su pluma?
BEL. Yo soy pastor.
No me entiendo boberías.
Más precio guardar mis cabras,
que sus agudas palabras,
ya vanas y ya vacías.
Es hombre que le ha costado
mil trabajos escribir.
PRÍN. ¿Luego es mejor que escribir
guardar rústico ganado?
BEL. ¿Pues no, señor? Venturoso
quien vive sin agradar
a nadie.
FLOR. Qué necio hablar.
LLOR. Este es un necio enfadoso.
Dadme a mí los pies, que soy
Llorente.
PRÍN. ¿Quién es Llorente?
LLOR. De Adán soy pariente,
y que en esta casa estoy.
Hidalgo pudiera ser,
si no fuera conocido.
PRÍN. ¿Qué es ser hidalgo?
FIN. Tú has sido
quien lo ha de echar a perder.
LLO. Pienso que es, así me goce,
tener un hombre dinero,
viviendo a lo caballero,
donde nadie le conoce.
Traza el mundo no ha tenido
que del dinero no salga.
FIN. Menester es que le valga.
FLO. Llegad, pues, que va perdido.
FIN. Señor, si su Reverencia
escucha estos mentecatos,
necios y locos a ratos,
vendrá a perder la paciencia.
Oigame a mí, porque soy
más discreto.
PRÍN. Yo lo creo.
¿Y es vuestro nombre?
FIN. Fineo.

PRÍN. Decid, pues, que en duda estoy:
¿por qué sois el más discreto?
FIN. Nunca, señor, me he casado,
ni de nadie he murmurado,
ni he tenido mal concepto,
ni he debido, ni he querido.
PRÍN. Tenéis razón. Vos, pastora,
¿Quién sois?
FLOR. Yo me llamo Flora.
A mi señora he servido;
en su casa me he criado.
PRÍN. Esta cadena no es buena;
pero, en efeto, es cadena.
FLOR. Para prender mi cuidado.
PRÍN. Tomad vos este diamante;
vos este zafiro, y vos
esta esmeralda.
LLO. Por Dios,
que puede ser Sacripante,
y aun Orlando o Rodamonte.
PRÍN. Más despacio os quiero hablar,
Fabricio.
(Vase.)
FAB. Dará lugar,
más que mi casa ese monte.
(Vase.)
FLO. ¿Qué os parece?
BEL. Que, al fin, es
Príncipe, en cuya nobleza
se esmera naturaleza.

(Salen el CONDE, COLÍN *y* CELIA.*)*

COND. Cuando partiendo me ves,
y aun toda el alma partida
me tienes.
CEL. Oye y responde.
FIN. Estos son Celia y el Conde.
FLO. Quiérela más que a su vida,
y aun pienso que está celoso.
Huid, pastores, de celos,
porque no han hecho los cielos
peste o mal tan peligroso.
FIN. Pues, alto; echad por ahí.

(Vanse cantando la letra los labradores.)

CEL. ¿Ya mi voz, Conde, te enfada?
COND. Ya, Celia, que estás casada,
¿qué es lo que quieres de mí?
CEL. Pues, Conde, si tú te vas
hoy a casar con Estela,
¿qué he de hacer, sino vengarme?
COND. ¡Qué buena disculpa!
CEL. Honesta,
Porque herir entre dos filos,
es de amor la mejor treta.
COND. Colín, ¿no escuchas?
COL. Por Dios,
que no se cuenta de Fedra,
de Pasifia, de Gazpirria,
tan gran crueldad.
CEL. Con paciencia,
criado del más ingrato
caballero, que en las guerras
tranzó arnés, ni sirvió dama,
como en la paz que profesa.
Con paciencia, que traiciones,
si no tienen otra enmienda,
piden a voces venganza.
COL. ¿Con paciencia? Linda flema.
Pues dama la más ingrata;
la más súpita y resuelta
que se tranza verdugado;
que en las amorosas guerras
es gala de la cintura,
y de la panza escarcela;
y en la paz se descubrió
media vara de muñeca,
haciendo los puños ligas,
volviendo los brazos piernas.
Cuando el triste de Cardenio
oyó las palabras fieras
del Príncipe, que le casa
con esa Estela por fuerza,
aun no diera la palabra,
si entonces no le dijera
que ya tú con él lo estabas:
mirad si es justo que tenga
paciencia, como tú dices.
Tenga paciencia una bestia,
que con el freno en la boca,
le es fuerza sufrir la espuela.
Tenga paciencia un enfermo,
cuando el que le cura llega
con una flauta de estaño
a murmurar de su ausencia.
Tenga paciencia el que debe,
cuando el plazo de la deuda
aquel ave de una pluma
súbitamente le pesca,
y téngala, noramala,
el que pierde cuando juega,
pues que no quiso aprender
libro de tan pocas letras.
Pero para ver casada
una mujer de tus prendas,
no haya paciencia en el mundo,

sino sogas, armas, flechas,
venenos, píldoras, dagas,
arsénicos, escopetas,
boticarios y...

CEL. Detente.

COL. ¿Qué quieres que me detenga?
¿No ves al Conde en los ojos
la mano? ¿Son cosas éstas
para no echar por las niñas
volcanes, rayos, centellas,
tigres, onzas y aun arrobas?
¡Vive Dios!

CEL. Conde: si piensas
darme a entender que yo tengo
la culpa con tus cautelas,
descubre el rostro; mas creo
que en aquesto me confiesas
tu engaño, pues ya no vas
con la cara descubierta.
¿Cómo te has casado? Habla.
¿En qué piensas?

COND. Mira, Celia,
que para culpada, es mucho
que a ser tan libre te atrevas.
A mí me fuerza mi hermano,
y a ti no te han hecho fuerza
sino mis desdichas.

CEL. Conde,
si es lo que dices de veras,
a los dos nos ha engañado
tu hermano, pues no le diera
palabra a no haberme dicho
que te casas con Estela.
Pero así como yo puedo
romperla y entretenerla,
puedes tú cumplir conmigo.

COND. Yo podré, como tú puedas.

CEL. ¿Luego eres mío?

COND. Los cielos
saben que en mi pecho reinas.

CEL. Pues si en Nápoles lo fuere,
que me den eternas penas.

COND. Creo el engaño, ¡ay de mí!;
¿pero qué haremos?

CEL. Despierta,
Colín, del profundo sueño,
y con tu ingenio remedia
nuestra desdicha.

COL. El partir,
Celia hermosa, desta aldea
es fuerza, que aun rey amante
no puede haber resistencia.
También ha de ser forzoso
ver a Estela.

CEL. ¿Cómo a Estela?

COL. Yo os daré remedio tal,
que a esa desdicha entretenga:
En Belflor no han visto al Conde,
y con su traje y sus señas,
fingiré que el Conde soy,
que a casarme voy con ella.
Allí, tonto y mentecato,
tanto haré, que me aborrezca
lo que fuere menester,
hasta que el Príncipe vuelva
a Nápoles, y nosotros
por ti, generosa Celia,
donde pasándote a España,
a Flandes o Ingalaterra,
nos libremos de su furia.

CEL. Notable traza.

COND. Muy buena.
¿Mas cómo iré yo seguro,
si con el Príncipe quedas,
de que no te has de casar?

CEL. Si tal hiciere, la tierra
viva me sepulte.

COND. Vamos.

COL. ¿No juras tú?

CON. Celia bella:
vivo me sepulte a mí,
si diere mi mano a Estela.
Adiós, Celia.

CEL. Adiós, mi Fabio.

COL. Flora: si en aquesta ausencia
Colín se casare, vivo
le sepulte una taberna.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO DEL

PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

(Salen el DUQUE ALEJANDRO, *con una carta en la mano, y* ESTELA, *su hermana.)*

ALEJ. ¿Qué disculpa puede haber?

EST. Tu honor, ¿qué agravio recibe?

ALE. Desta manera me escribe.

ESTE. Vuelve, señor, a leer;
que en las cosas sin remedio,
puesto que se sufre mal,
es consejo celestial
poner la templanza en medio.

(Lee ALEJANDRO.*)*

Carta

«Habiendo sido forzoso casarme con Celia, mi prima, me parece que no falto de nuestras paces enviando en mi lugar a mi hermano, persona, que si en sangre me iguala, en las demás partes me excede, como lo dirán su entendimiento, gracia y talle. El mayor testigo desta verdad, será él mismo, que llegará después deste avisto, puesto que a la ligera, para que con mayor brevedad se case con Estela.

El Príncipe Roberto.»

No tengo, hermana, prudencia
para pasar adelante,
porque a carta semejante
no hay en el honor paciencia.

EST. Si antes de firmar las paces
fué Roberto tu enemigo
por estas tierras, yo digo
que a ti el agravio te haces.
Porque si a ti te las vuelve,
y a su hermano en su lugar,
a lo más que pude dar
su pensamiento resuelve.

ALE. ¿Luego no es tuyo el agravio,
si ser Reina, Estela, pierdes
de Nápoles?

EST. No te acuerdes
de ese interés, si eres sabio.
Que si obligado vivía
Roberto a Celia, y casado,
de amor ajeno ocupado,
sin gusto vivir tenía.
Más con la razón se mide
ser mujer, como se espera,
de un humilde, que me quiera,
que de un grande que me olvide.

ALE. ¿Ganas tienes de casarte?

EST. Más que intento el gusto mío,
tus pesadumbres desvío.

ALE. Yo pensaba consolarte,
y consuélasme tú a mí.

EST. Si yo soy quien pierdo o gano
en casarme con su hermano,
no se te dé nada a ti.

ALE. Muy bien te empleas con él;
y dices bien, que es más justo
un caballero con gusto
que no un Príncipe sin él.
Demás de que escribe aquí
que en otras partes le excede;
que en los segundos sucede
las más veces.

EST. Es así.
Su gracia, su entendimiento
y su gentileza alaba.

ALE. Seguro el Príncipe estaba
de su igual merecimiento,
pues le envía en su lugar.

EST. Si es el Conde caballero
de tantas gracias, espero
que se las tengo de dar
por lo que llamas engaño.

ALE. Ya no tardará en venir;
y si hubo engaño al partir,
será el llegar desengaño.
Veamos qué gracias son
las que el Príncipe encarece.

EST. A la vista las ofrece.

ALE. No hay mayor satisfacción.

EST. Pienso que fué mi ventura.

ALE. Yo vengo a desenojarme.

EST. No puedo errar en casarme
con quien tu paz asegura.

(Sale LISARDO.*)*

LIS. De cuatro postas, señor,
se apean cuatro señores,
que en bizarría y colores
quitan al sol su color.
El Conde Fabio decían
que era el más galán; los otros,
criados; aunque a nosotros
quién era el Conde encubrían.
Pero habiéndolos mirado
a todos cuatro tan bellos,
pienso que cualquiera dellos
puede ser el desposado.

EST. ¿Ves si me engañaba yo?

ALE. Pues múdese en alegría
el enojo que tenía
y que la carta me dió.
Salgamos a recebille,
que eso debe de esperar.

LIS. El lo estorba con entrar.

(Salen el CONDE, *de criado, y* COLÍN, *de Conde, y* TIRSO, *criado.)*

COL. Pensando estoy qué decille.

COND. No te turbes.

COL. No lo creas.
Los brazos, señor, me dad.

ALE. Vos de los vuestros me honrad.

LIS. Gallardamente te empleas.

EST. Lisardo, ¿es aqueste el Conde?

LIS. ¿No lo ves?
EST. Ya cuanto al talle
no obliga mucho a miralle,
que mal la fama responde.
Cualquiera de los criados
le tiene mejor.
AL. Señor,
ya de vuestro gran valor
estábamos informados.
Y crea Vueseñoría
que, en disculpa de mi agravio,
sólo pudo un Conde Fabio
salir a la ofensa mía.
COL. Vuestra hermana, ¿dónde vive?
¿Está en casa?
ALE. En casa está,
para serviros, y ya
como a su dueño os recibe.
EST. Vueseñoría me dé
sus manos.
COL. Cierto que es bella
la señora doña Estrella.
Seoría me dé un pie.
EST. ¡Jesús, señor!
ALE. Ya la entrada,
Lisardo, es cosa bestial.
LIS. ¿Parécete mal?
ALE. Muy mal,
ya que el talle desagrada,
lo enmienda el entendimiento.
EST. Siéntese Vueseñoría.
COL. ¿Dónde?
EST. Aquí.
COL. Mucho querría
más bajo y más blando asiento.
Que una posta, de los míos
tantos potajes ha hecho,
que no vengo de provecho.
COND. ¡Qué graciosos desvaríos!
TIR. Bien entra.
COND. En que desagrade
consiste todo mi bien.
Ya le miran con desdén.
TIR. Bien finge.
COND. Bien persuade.
ALE. ¿Tan mala posta traía?
COL. Era mala y corcovada.
Si hay en casa un almohada,
mándela traer, Seoría;
que cierto que estoy inquieto.
ALE. ¿Que aqueste es el Conde Fabio?
Hoy se echa el sello a mi agravio.
EST. El bien puede ser discreto,
mas mucho lo disimula.
¿Lisardo?
LIS. Señora.
EST. Estoy
sin seso.
COL. A fe de quien soy,
que he de comprar una mula,
para otra vez que se ofrezca
irme a casar como agora.
ALE. Una posta trotadora
no hay cosa que no merezca.
¿Cortóle Vueseñoría
alguna oreja?
COL. ¿Pues no?
ALE. Ya le hablo en su lengua yo,
pues él no entiende la mía.
COL. Entrambas se las corté.
Yo os aseguro, señor,
que oía mucho mejor
después que se las quité,
que debían de estorballe.
EST. Qué bien la naturaleza
puso tanta rustiqueza
junto a tan enorme talle.
COL. Díjome mi camarero
que unas orejas de posta
es comida de gran costa,
y dilas al cocinero.
Y guisólas con tal gusto,
que no he comido en mi vida
mejor cosa.
ALE. Esa es comida
muy conforme a vuestro gusto.
COL. ¿Habéisla probado?
EST. Sí.
COL. ¿Cuándo?
EST. Agora.
CON. Bien porfía.
COL. No hay mula desde aquel día
que esté segura de mí.
En entrando en un zaguán,
huyen.
ALE. Con mucha razón.
COL. Soy de orejas un Nerón.
¿Vueseñorías están
buenos?
ALE. A buen tiempo, a fe.
EST. Yo, señor, después que os vi,
tengo salud.
COL. Créolo así.
Perdonen, que me olvidé.
ALE. No vi cosa tan perdida
desde que nací, Lisardo.

¿Este es el sabio, el gallardo?
COL. Seoría, si es servida,
haga que me traigan algo.
EST. ¿Qué es algo?
COL. Manducación.
EST. ¡Ah, sí!: traigan colación.
LIS. Estoy, por la fe de hidalgo,
por traer paja y cebada.
EST. No sé si llore o si ría.
¡Ah, contraria estrella mía,
contra mi bien conjurada!
No me bastaba no ser
Reina de Nápoles ya.
LIS. Aquí prevenido está
algo que podáis comer.
(Vase LISARDO.*)*
COL. Pues entro.
ALE. Yo iré con vos.
COL. ¿Dáis licencia, mi señora?
EST. Para siempre, desde agora.
COL. Luego hablaremos los dos.
EST. Antes yo acabe la vida.
(Vanse todos y detiene ESTELA *al* CONDE.*)*
EST. ¡Ah, hidalgo! no os vais. Oid,
oid.
CON. Aquí estoy; decid
lo que fuéredes servida.
EST. ¿Es aqueste el Conde Fabio?
CON. ¿Pues quién había de ser?
EST. A nadie pudiera hacer
el cielo tan grande agravio.
Si es indigna de un señor
su talle, aunque es argumento
de su rudo entendimiento.
¿Qué rústico labrador
su entendimiento ha tenido?
COND. Habéisle poco tratado,
que está de veros turbado.
Amor y respeto ha sido.
No fuera vuestra hermosura
en toda Italia tan rara,
si el Conde no se turbara;
pues con turbarse asegura
que conoce lo que Dios
puso en vos, que el mundo admira.
EST. Si se turba quien me mira,
¿cómo no os turbasteis vos?
COND. Yo, señora, soy criado,
y pienso que me turbara,
a ser señor, si os mirara
con ojos de desposado.
Y aun pienso que ya lo estoy
sólo en haberme advertido,
por la dicha que he tenido
de veros y hablaros hoy.
EST. Así el Conde se turbara
como vos.
COND. Pues qué, ¿os cansó
el Conde?
EST. No he visto yo
bestia más profunda y rara.
Toda la conversación
fué de mulas y de orejas.
COND. Esas son injustas quejas,
propuesta la turbación.
EST. ¿Y el pedirme de comer,
tiene disculpa?
COND. ¿Pues no?
EST. ¿Cuál?
CON. Desde ayer no comió,
para veniros a ver,
ocupado del deseo;
y como aquesto cumplió,
luego de comer pidió.
EST. Fué desatino muy feo.
Y más el pedirme a mí
que le diese de comer,
cuando me acaba de ver;
aunque, en fin, le agradecí
la novedad del guisado,
que si de historias se sabe
que en algún convite grave
fué Heliogábalo alabado
en hacer platos de sesos
de pájaros, y otras cosas
tan pequeñas y curiosas,
dignas de tales excesos,
no se sabe que por costa,
ni extrañeza, que tuviese
el ser exquisito, hiciese
guisar orejas de posta.
CON. Yo no sé si ello se ha hecho
o puesto en mesa jamás.
Pero sé que fueron más
las humanas de provecho.
Que cuando hay quejas honradas
del que remedio ha de ser,
es gran ventura tener
las orejas bien guisadas.
EST. Esto, con otro sentido;
que al Conde, a mi parecer,
muy bien se le echan de ver
las orejas que ha comido.
Y si las gentes se crían
conforme al mantenimiento,

guárdese deste sustento,
porque salirle podrían
las que él a las postas corta.

COND. Vos le trataréis despacio,
que no hay en todo palacio,
cuando el Conde se reporta,
entendimiento tan raro.

EST. ¿Yo tratalle? Cuando sea
que en tal desdicha me vea,
sin que tuviese reparo
con estas manos que veis
me quitaré dos mil vidas.

COND. Son prendas mal conocidas
las que del Conde sabéis.

EST. No me digáis que hay secreto
en cosa tan declarada.
Si como soy desdichada
el Conde fuera discreto,
no había más que desear.

COND. Vuestras desdichas no son
de más consideración
que no quereros casar.
Mas hay alguno, señora,
que es querido y quiere bien,
y que le quita su bien
mano poderosa agora.
Esta decid que es desdicha.

EST. Pésame que te suceda
cosa que quitarte pueda
de entre las manos la dicha
que tú mereces tenella.

COND. Beso mil veces las manos.
Los sucesos inhumanos
desta mi contraria estrella,
dan a las penas dolor,
al fin, de mi amada tierra.
Y mi prenda me destierra
un poder lleno de amor.

EST. No me pesa de que haya
desdichado, cuando hoy (1)
lo soy.

COND. En desdicha estoy.
que aunque el amor venga y vaya,
no ha de haber por dónde entrar,
a la fuerza de un poder.

EST. Si te supieran querer,
suipérante remediar.

COND. No pudo ser, que al partir
lloró lágrimas, señora,
que me aseguran agora
que no se puede fingir.
Yo vi unos ojos más bellos
que el sol llorar perlas bellas;
tanto, que deshice en ellas
el alma, que abrasan ellos.
De suerte, que vengo a ser,
quien no quiso, pues que vivo.

EST. Notable gusto recibo
que haya quien sepa querer
adonde sepan pagalle,
y creedme que quisiera
al Conde, como tuviera
tu entendimiento y tu talle.
¿De qué le sirves?

COND. Aquí
de tercero, y allá soy
su caballerizo.

EST. Estoy
por espantarme de ti.
Mal doctrinado le tienes,
no se le luce el castigo.

COND. Sí, pero yo soy testigo
que lo son vuestros desdenes.

EST. El tiempo que estés aquí,
cada día me has de hablar.

COND. Podrá el Conde sospechar
deslealtad y amor en mí.

EST. Pues ven de noche a las rejas
que salen a este jardín.
Podrá ser que tengan fin
esas amorosas quejas.
Que el amor entretenido,
ya descansa, cuando menos,
aunque en requiebros ajenos
harto he dicho.

CON. No he tenido

(Vase ESTELA.*)*

valor para responder,
mal se negocia mi engaño.
Mas a un ausente, ¿qué daño
no le puede suceder?
¡Ay, Celia mía, más que el alba hermosa;
en las primeras luces de oro llenas,
cuando siembra claveles y azucenas,
en manos de marfil con pies de rosa!
Ausente de tu vista, no reposa
el alma, que padece duras penas,
como el esclavo al son de las cadenas,
llora la patria en que vivió dichosa.
Cual pajarillo soy, que desconfía
y vuela con medrosa diligencia,
de hallar el nido, al fenecer del día.
Bien puede ser tu firme resistencia;

(1) En el original «yo», que no rima con «estoy».

pero díceme el alma, Celia mía,
que no hay segura fe donde hay ausencia.

(*Sale* COLÍN.)

COL. ¿Qué tenemos? ¿Hay lamentos?
¿Hay décimas? ¿Hay endechas?
¿Qué hay?
COND. Fortunas deshechas,
rota mar, contrarios vientos.
Bien sé, amigo Colín,
consejero del estado
de mi amor, que has acertado
en principio, temo el fin
y temo alguna mudanza
que en Celia la pueda haber.
Que no es cuerdo el que en mujer
tiene segura esperanza.
Ausentes, muchos han hecho.
Quien ama, ha de caminar,
como el que va por la mar,
que nunca asegura el pecho.
¿Qué ha pasado por allá?
¿Qué ha dicho el Duque de ti?
COL. Bizarramente comí.
Admirado el Duque está.
Pusiéronme en un instante
conservas de mil maneras,
adonde meterme vieras
la mano, calzado el guante.
Quitéle a un melocotón
la carne, de una puñada.
comí el hueso, y arrojada
la carne; fué linda acción.
Dije, en fin: «Tráiganme pan»;
fué volando un pajecillo,
que me trujo un panecillo.
Comíle como un gañán,
y dije: «Para con él,
¿no habrá cualque capón,
y en su ausencia, algún jamón?»
Volaron treinta por él.
COND. ¿Vino el capón?
COL. El cuidado
te tiene ya sordo y mudo.
Trajéronle, que él no pudo
venir, porque estaba asado.
CON. ¿Que hiciste tales excesos?
COL. De mal año el vientre saco;
mas no vi capón tan flaco.
COND. ¿Cómo?
COL. Dejéle en los huesos.
Pues a un jamón, qué pensaras
de grana de polvo era,
quité el polvo de manera,
que de mirar te admiraras
tan linda disposición.
CON. ¿Bebiste bien?, que me tienes
con sed.
COL. Cuatro palafrenes
no beben en un pilón
lo que yo bebí de vino.
La cabeza se me ha puesto
como molino.
CON. Muy presto
saldrá de mi desatino
el remedio de mi mal.
Señores vienen a verte.
COL. Yo me embobo.
CON. Y sea de suerte,
que parezca natural.

(*Salen* LISARDO, TIBERIO *y* GERARDO, *criados del* DUQUE.)

GERARDO.

Su Excelencia nos manda entretengamos
aquí a Vueseñoría.

COLÍN.

Bien venidos.

LISARDO.

Si quiere dar a la ciudad contento
y salir a caballo, estará a punto
el más fuerte frisón que ha visto Nápoles;
bizarro saltador, que al menor brinco
se levanta seis varas de la tierra;
tan obediente a la baqueta o vara,
que sólo al movimiento salta o para.

COLÍN.

Para como yo tengo la barriga,
me viene este frisón muy a propósito.

TIBERIO.

Las damas de Belflor desean mucho
ver a Su Señoría.

COLÍN.

Tendrán ojos;
pero cuando un cristiano come tanto,
y más si se embutió de cosas frías,
todas las damas son apoplejías.
Ese caballo saltador no es cosa
que me conviene. Díganselo al Duque,
que no es bien que me enjuague (1) y me za.
[buque.]

(1) En el original «enjague».

GERARDO.

Un coche es lo mejor, traigan un coche.
Llamad a Bertolín.

COLÍN.

Quedo, quedito.
¿Quién es el dicho Bertolín?

LISARDO.

Cochero
de Su Excelencia.

COLÍN.

Bertolín no quiero,
que me ha de despeñar hombre que tiene
nombre tan atrevido. Allá en mi tierra
se llaman de otra suerte los cocheros,
y todos con un nombre; que sospecho
que son de dos linajes solamente.

LISARDO.

¿Y cómo son, señor?

COLÍN.

Paras y andas.
«Para, cochero», dicen; y otras veces,
«anda, cochero»; de que yo presumo,
que son sus apellidos «paras» y «andas»,
pues con ellos entienden y responden.

CONDE.

Señor, si no te agrada salir fuera,
por haber merendado como dices,
mejor podrás, jugando, entretenerte.

LISARDO.

Sí, señor, que el jugar mucho divierte.

GERARDO.

Si sois aficionado a la pelota,
a Lisardo y a vos, si sois servido,
Tiberio y yo juguemos.

COLÍN.

La pelota
es en ayunas excelente juego.
Si la puedo jugar desde una silla,
sin menearme, el partidillo acepto.
Que fuera de que ver una pelota,
si fuese como bola de una puente,
tengo por imposible, estoy de modo
que un paso no daré por alcanzalla,
si me fuese la vida por jugalla.
Esto de espadas.

GERARDO.

¿Qué, señor, esgrima?
Traigan espadas negras. Hola, espadas.

COLÍN.

Quedo, quedo; no las pidáis.

GERARDO.

¿Cómo?

COLÍN.

Digo espadas con bastos, copas y oros.

GERARDO.

Muy bien. Hola, unos naipes de primera.

COLÍN.

De papel son allá; traigan cualquiera.

LISARDO.

¿Cientos querrá jugar Su Señoría?

COLÍN.

Si he de jugar, sin estudiar querría.

LISARDO.

¿Pues qué juego?

COLÍN.

El rentoy.

GERARDO.

Será escogido.
Seremos dos a dos.

TIBERIO.

Vamos.

COLÍN.

Envido.

CONDE.

Bueno has andado!

COLÍN.

Buena sea tu vida.

CONDE.

Quisiera que jugaras a los cientos.

COLÍN.

Dalo al diablo, señor, haber fingido
al Duque aqueste engaño; es mal agüero,
y perderé a los cientos, si lo intento,
aunque a las espaldas se me diesen ciento.

(Vanse y salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

PRÍN. ¿Qué hay en Nápoles, Camilo?

CAM. Espántanse de que estés
en aquesta aldea un mes,
contra tu gusto y estilo;
que no sueles tú parar
tanto tiempo fuera dél.
PRÍN. Mal puedo volver a él,
con tanto enojo y pesar.
CAM. ¿Pues qué hay de Celia?
PRÍN. Desdenes
y más desdenes.
CAM. Fabricio
no hace el debido oficio,
viendo la intención que tienes.
PRÍN. Yo pienso que esta mujer
adora al Conde, mi hermano,
y que piensa, aunque en vano,
que la ha de volver a ver.
CAM. ¿No sabes si se casó?
PRÍN. No he tenido carta alguna,
porque quiere mi fortuna
que muera y padezca yo.
Pero pues ya comencé
a valerme con engaños,
hoy he trazado a mis daños
remedio contra su fe.
De los cuales, el primero
es que digas que has llegado
del Belflor, donde casado
quedó mi hermano; que espero
que perdiendo la esperanza
Celia, que suyo ha de ser,
hará, que al fin es mujer,
de su firmeza mudanza.
CAM. El haber estado fuera,
viene bien para fingirlo.
PRÍN. Y tú, que sabrás decirlo
como si visto lo hubieras.
CAM. Quiérome allí retirar,
para fingir que he llegado.
PRÍN. No hay precio para un criado
discreto.
CAM. Verásme hablar.

(Vase CAMILO.)

PRÍNCIPE.

¿De cuál de tantas en montañas frías,
nació la bella, y como bella ingrata,
que abreviando mi mal, mi bien dilata,
y como yo en amor, firme en porfías?
Así jamás, en calurosos días
desnude el sol vuestra luciente plata;
que con este rigor que el fuego mata,
templanza deis a las desdichas mías.
Ya que pasó en vosotros la siniestra
fortuna mía, haced que pueda darme
de algún consuelo en tantos males muestra.
Mas cánsase mi engaño de cansarme;
que siendo nieve material la vuestra,
con fuego intelectual ha de pagarme (1).

(Sale CELIA.)

CELIA.

Si vanas son las esperanzas mías,
¿qué me queréis, engaños, si mis daños
consisten en que engaño mis engaños
por desesperación de mis porfías?
¿De qué sirve poner al bien espías,
cuando tan ciertos son los desengaños?
¿Ni esperar días, que parecen años,
si pasan años que parecen días?
Amor, que nunca más verdad tuviste,
¿por qué no das lugar a la esperanza,
que en desengaños de mi bien consiste?
¿Dónde caminas, loca confianza?
Que no hay estado en el amor más triste
que querer esperar sin esperanza.

PRÍN. ¿Celia hermosa?
CEL. Señor mío.
PRÍN. ¿Qué murmuráis? ¿Es de amor?
CEL. Murmurando voy, señor,
de amor, pues dél desconfío.
PRÍN. ¿Vos podéis desconfiar?
CEL. Deseando parecer
discreta, quiero tener
desconfianza en amar.
PRÍN. ¿Pues qué dejáis para mí?
Que ya de desconfiado,
a confiar he llegado
que mi amor se acabe aquí.
Tengo a grande desventura
de mis bienes como van,
cuando los cielos me dan
tiempo, lugar y ventura.
Tiempo, pues le tengo aquí.
Lugar, pues estoy con vos.
Y ventura, en que los dos
tratamos de amor ansí.
Pero diréis que esto ha sido
para mayor desventura;
pues ventura sin ventura
pocos hay que la han tenido.
CEL. Señor, como es todo amor

(1) En el original la terminación de estos consonantes no es en «arme» sino en «arte», que no forma sentido.

en el alma, y el fingillo,
en la lengua es descubrillo,
es ciencia de gran primor
saber si un hombre es querido,
o si es por otro olvidado.
Celosos lo han intentado,
pero pocos lo han sabido.
Porque mal puede tener
tan secreto, que el honor
no pierda de su valor,
y más con propia mujer.
Lo mejor es, mientras dura,
lo que es primera afición,
siempre que hubiera ocasión
gozar de la coyuntura.

PRÍN. Por tu consejo, señora,
¿qué ocasión puedo esperar,
qué coyuntura y lugar
como la que tengo agora?
¿Qué esperanza te entretiene,
a no ser la mía?

CEL. Si soy
que de quien huyendo voy,
quiero ver si amor me tiene.

PRÍN. Haga fiesta mi sentido,
si ha de estar loco después.

(Sale CAMILO.*)*

CAM. Dadme, Príncipe, los pies.

PRÍN. Camilo, seáis bien venido.

CEL. ¿De dónde Camilo viene?

PRÍN. De Belflor, señora mía,
que mi hermano me le envía.
¿Queda bueno?

CAM. Salud tiene.

PRÍN. ¿Y alegría también?

CAM. Mucha.

CEL. Mala nueva el alma espera.

PRÍN. ¿Casóse?

CAM. Desta manera.

CEL. ¡Ay, cielos!

PRÍN. Prosigue.

CAM. Escucha:
Llegó con cuatro criados,
que tú le diste, escogidos
entre los que quieres bien,
el Conde a Belflor.

CEL. Perdimos,
alma, la esperanza toda.

PRÍN. Ya tiembla.

CAM. ¡Qué amor!

PRÍN. Qué olvido!

CAM. Galanes de las colores,
que de Nápoles trujimos,
donde a las sedas el oro
se confesaba rendido.
Entre nosotros el Conde,
como suele el blanco lirio,
entre pequeñas violetas
y siempre humildes jacintos,
de naranjado con plata
bordado un galán vestido,
cual suele una flor del sol,
aunque el Conde era el sol mismo.
Iba Colín de morado,
que le dió un vestido rico,
porque le fué entreteniendo
todo el gustoso camino.
Por secretos que llegamos,
ya la fama se lo dijo,
o la carta que enviaste
el suceso le previno.
Salió el Duque enojado,
media legua a recibirlo,
porque Estela, retirada,
dicen que sintió tu olvido.
Mas viendo el Duque Alejandro
al novio tan peregrino
de entendimiento y de talle,
el enojo recibido
trocó en gustos y en abrazos,
y con él a Belflor vino,
tomando la mano izquierda
y dando de amor indicios.
Ya los criados, que siempre,
con diligente bullicio
van a ganar las albricias,
a la novia le habían dicho
la gentileza del Conde,
rostro afable, gracia y brío,
con que olvidando el agravio
salió hasta la puerta, y vimos
un ángel, que hacía la puerta
del palacio paraíso.
Porque la espada, señor,
era del acero limpio
del rostro, defensa fuerte,
a no ser Fabio el marido.
Habláronse, y los requiebros
fueron pocos y bien dichos:
que a veces hacen los ojos
de las lenguas el oficio.
Pasó la noche en saraos;
lugar a los novios dimos:
quedó Estela enamorada,
quedó el Conde sin juicio.

Tal priesa dieron al Duque,
que cierto alemán Obispo
que a Roma pasaba acaso
marido y mujer los hizo.
Aquella noche se vió
la novia en brocado rico,
imagen de mármol blanco,
que lo fuera en templos indios.
Como de estrellas el cielo,
sobre azul ultramarino,
cuando la serena luna
hurta más rayos a Cintio,
así la bordada tela
sembraba diamantes finos,
que, con las hachas, pensamos
que abrasaban el vestido.
El dichoso desposado
salió galán, de amarillo;
tal, que pudiera guardarse
del ejemplo de Narciso.
Con mil memorias y palmas,
la plata sobre pajizo
brillaba a la luz, haciendo
gallardo del Conde el brío.
Bizarra estaba la sala,
que es un famoso edificio,
de colgaduras bordadas
y de tapetes moriscos.
Las camas no te encarezco,
porque solamente envidio
la dicha del desposado,
si bien de gozarla es digno.
Los días que estuve allí,
no he visto yo sobre el nido
trocar las aves de Venus
más tiernos los dulces picos.
Por las huertas, por los campos,
por los más ocultos sitios,
andaban enamorando
los árboles y los riscos.
Despedíme, y pedí cartas
al Conde, y risueño dijo:
Dile a mi hermano y señor,
que no le escribo, Camilo,
que fuera afrentar mis dichas
si a palabras las remito.

PRÍN. No digas más, que estoy loco
de las nuevas que me has dado.
Celia, el Conde enamorado,
juzga todo el papel poco
para escribir su alegría.
¿Qué hiciera yo, si me viera
en tanto bien, y tuviera
tal noche un alegre día?
¿Cuándo quieres tú que sea
este Príncipe tu esclavo?

CEL. Sufrid, corazón, que alabo
que nadie rendido os vea.
Sufrid, pues el padecer
es tan forzoso; fingid
gusto, corazón; sufrid,
«que yo no os puedo valer».

PRÍN. Llorar quiere.

CAM. Está sin vida.

PRÍN. Famosamente lo has hecho.

CEL. Alma, en el mayor estrecho
del mar de amor vais perdida.
No sé qué habemos de hacer,
si tanto el dolor porfía;
pero sufrid, alma mía,
«que yo no os puedo valer».

PRÍN. ¿Qué respondéis, Celia hermosa,
a mis deseos?

CEL. Señor,
agradecido mi amor,
me tengo por muy dichosa.
Pero sabed que he llegado
a tiempo de pura pena,
que el alma de agravios llena,
ya mira en vos su sagrado.
¿Mas qué dudo de decir
la causa? Vos sois discreto.
Yo amaba al Conde, en efeto:
ya no hay, señor, que encubrir.
Nació este amor con los dos,
que vos habéis estorbado;
pues por vos está casado,
y yo sin Fabio por vos.
Temiendo vuestro poder,
se fué a casar el traidor:
la primera vez que amor
no le ha podido vencer.
Que amor nunca fué vencido
del poder; que, vitorioso,
triunfa del más poderoso;
hoy se confiesa vencido.
No en mí, que aunque soy mujer,
el poder no me venciera.
¿Quién jamás de hombre creyera
que le venciera el poder?
Esto que el alma ha callado,
a voces diciendo está
que no hay esperanza ya,
pues el Conde se ha casado.
Cobarde Conde, que ha sido
más valiente una mujer;

pues nunca vuestro poder,
vos lo sabéis, me ha vencido.
Sólo os suplico, señor,
pues hoy rendís mis porfías,
que déis lugar unos días,
para que pase el dolor.
Que tengo vergüenza noble
de deciros que he tenido
al Conde amor, aunque ha sido
para aborrecelle al doble.
Dad lugar a mi cuidado,
que esta dilación os muestra;
porque no quiero ser vuestra
hasta que le haya olvidado.

(Vase CELIA.

PRÍN. Sin seso quedo.
CAM. Por Dios,
que ha sido valor notable.
PRÍN. ¡Que estado tan miserable
el de quien ama!
CAM. En los dos
se ha echado muy bien de ver.
PRÍN. ¡Lo que merece ese nombre,
que no hay valor en un hombre
contra el amor de mujer!
CAM. Ella dijo la verdad.
Con la fuerza del dolor,
confesó todo el amor.
PRÍN. ¡Mal haya mi voluntad,
que tan mal supo emplearse!
CAM. ¿Qué piensas hacer?
PRÍN. No sé.
Si amarla, ¿cómo podré
ya después de declararse?
Si olvidarla, ¿cómo puedo,
si con lo mismo me abrasa?
Bueno me estoy en su casa,
entre esta esperanza y miedo,
dando en Nápoles lugar
a tanta murmuración.
CAM. Pues tomar resolución
en amar o en olvidar.
PRÍN. Amemos, Camilo amigo;
que pienso que es lo mejor,
pues Dios dice que aun amor
tengamos al enemigo.
Amemos, hasta saber
si el poder será vencido
de amor, o si habrá podido
vencer amor el poder.
Pase a Celia aquesta furia,
pues que no ha sido en mi agravio
querer desde niña a Fabio,
sin saber los dos mi injuria.
Y para que el Conde allá
se case con mayor prisa,
parte a Belflor, y le avisa
de que Celia ya lo está.
Pinta en otra relación
esta mentira dorada,
o de aquesta la traslada,
pues para un efeto son.
Que con esto, el Conde allá
será de Estela marido,
y lo que habemos fingido,
verdad, Camilo, será.
Cásese Celia conmigo,
pues que lo quiere mi estrella.
Mal dije, que yo con ella,
como tú fuiste testigo.
Pues contra su voluntad,
y amando al Conde, soy yo
el que se casa, ella no.
CAM. Con la mayor brevedad
que sea posible, iré.
PRÍN. Celia, pues estoy rendido,
donde el poder no ha vencido
venza mi amorosa fe.

(Vanse. Salen el CONDE *y* COLÍN, *de noche.)*

COL. ¿A qué propósito vienes
a hablar con Estela?
CON. Di
la palabra.
COL. ¿Pues aquí
qué nombre o qué estima tienes?
¿No estás con voz de criado
de ti mismo?
CON. Así es verdad.
COL. Pues con esa calidad,
ya quedas desobligado.
CON. Yo mismo de mí me fío;
que la que el engaño dió,
la cumplo yo como yo,
no como criado mío.
Yo he de hablar a Estela.
COL. Di
que ya te agrada a ti Estela;
mas no vengas con cautela
para burlarte de mí.
¡Vive Dios, que eres notable,
de pensamiento novel;
que no de lo moscatel,
de los que dígame y hable!
Poetas de sus mostachos,

porque siempre los componen,
pues con frenos que se ponen
siendo hombres se vuelven machos,
y, tal vez, de machos hembras.
Más fácil fuera en querer
toda forma de mujer.

CON. Palabras al viento siembras.
Que así puedo yo dejar
de amar a Celia, Colín,
como va la fuente, al fin,
a un río, y el río al mar.

COL. ¿Qué te ha movido?

CON. Saber
que habla Celia con mi hermano,
ya poderoso tirano,
pues la vence su poder.
Y parécele a mi amor,
que pues ha de hablar, hablemos.

COL. ¿Y eso, de qué lo sabemos?

CON. De la ocasión, hablador.
De la ausencia, del lugar
y del tiempo.

COL. ¿Qué venganza
de hablar a Estela te alcanza?

CON. La de hablar, pues puedo hablar.

COL. A la fe, la del querer
probar todos los guisados.

CON. Los marcos oigo quitados.

COL. Estela debe de ser.

CON. Guarda esa reja, Colín,
no te pase un hombre.

COL. Bueno,
todo estoy de temor lleno.
No hay árbol en el jardín
que no me parezca un hombre.

(Sale arriba ESTELA.*)*

EST. ¿Sois vos?

CON. Yo, señora, soy;
aunque la palabra os doy
que es diferente mi nombre.

EST. ¿Dónde habéis dejado agora
la bestia de vuestro dueño?

CON. Sepultado en vino y sueño.

COL. Oigan la horrenda señora
cómo me ha bestificado.

EST. ¿Es posible que servís
a tal hombre, y que venís
en nombre de su criado?

CON. Más noble soy que él, por Dios.

COL. Sí, pero más mentecato.

EST. En talle, en ingenio, en trato
sois desiguales los dos.

COL. Esa es verdad, porque en fin,
yo sí y él no es español.
Mi padre fué caracol,
y yo me llamo Colín.

EST. ¿Cómo a esta bestia sufrís?

CON. Señora, no puedo más.

COL. ¿Bestia? Pues guardaos detrás.

EST. A un elefante servís,
a un camello, a un dromedario.
Hoy, cenando, en un salero
metió la mano.

CON. Es grosero;
suélelo hacer de ordinario.

EST. Tenía en el plato yo
una pechuga de un ave;
parecióle muy suave,
y luego me la cogió.

COL. ¿Y eso llama bobería?

CON. Es el Conde, mi señor,
despejado, y por favor
la pechuga tomaría.

EST. Favor provechoso fué;
si el despejo disimula
tal grosería, ¿qué mula
bebiera lo que él?

COL. No sé.

EST. Pues apenas se traía
plato, que no le acercase
y lo mejor se tomase.

COL. ¿Y eso llama bobería?

EST. Yo estoy, de pensallo, loca.
¿Y disculparéis también
que una fruta de sartén
me fué a meter en la boca?

CON. Señora, la cortesía
es hija de la llaneza.

EST. Queso come con corteza.

COL. Por no mondallo sería.
No desuello cosa alguna;
porque a San Bartolomé
esta devoción tomé.
Pera, camuesa, aceituna,
entran como Dios lo cría.

EST. Gusto de tratar con vos
estas cosas.

COL. Bien, por Dios.
Esta si que es bobería.

CON. Si yo fuera vuestro igual,
tal principio de favor
me hiciera....

EST. No tuvo amor
cosa humana desigual.
¡Ay, Dios, si vuestras acciones,

vuestro ingenio, vuestro talle
tuviera el Conde!

CON. No calle
el alma a vuestras razones;
mas muéstrese agradecida.

COL. Mas me precio de tener
esta gana de comer,
que es propia acción de mi vida,
que todas sus borracheras.

(Salen ALEJANDRO, LISARDO *y gente, de noche.)*

LIS. Digo que sentí rumor.

ALE. ¿En las rejas?

LIS. Sí, señor,
y aun abrir las vidrieras.

ALEJ. No te engañaste, por Dios.
Gente hay, Lisardo, en el puesto.

COL. ¡Brava trápala! ¿Qué es esto?
Hoy me matan. Uno, dos,
tres, cuatro, sesenta y tres,
veinte y cinco... ¡Dios me valga,!
¿Hay otro escuadrón que salga?

ALEJ. ¿Quién va, soldado?

CON. ¿Quién es?

ALEJ. Un hombre, Gobernador
desta ciudad. Digan luego
quién son.

CON. Y que os vais os ruego.
Persona soy de valor,
y que basta verme aquí.

ALEJ. Yo soy más noble que vos.

CON. ¿Más que yo? Mentís, por Dios.

ALEJ. ¡Oh, perro!, ¿mentís a mí?
¡Ah, de mi guarda; hola, gente!

CON. Adiós, balcón.

EST. Gran desdicha.
Así fué siempre mi dicha.

(Acuchíllalos el CONDE *y vase.)*

LIS. ¡Bizarro mozo!

CRIA. Valiente.

LIS. Este no se irá; sed preso.

COL. Doyme a prisión, pues yo soy.

ALEJ. Amigos, herido estoy.

COL. El Duque, notable exceso.
Perdone Su Señoría,
que yo no le conocí.

ALEJ. ¿Es el Conde Fabio?

COL. Sí.

ALEJ. Pues ha sido alevosía,
¿quién es aquél que se huyó?

COL. Florisberto, mi criado.

ALEJ. Sin duda le habéis mandado
que me matase.

COL. Eso no,
que yo vine a hablar aquí
con mi esposa.

ALEJ. Es traición;
de Roberto enredos son
que ha tramado contra mí.
Que por no darme las tierras,
a su hermano me envió,
temiendo, amigos, que yo
le persiguiese en las guerras.
Ponedle luego en prisión,
que he de hacer que de una almena
le cuelguen.

COL. Y es poca pena,
según mis desdichas son.

ALEJ. Proseguir luego confío
la guerra contra Roberto,
eso téngalo por cierto,
o matarle en desafío.
Hoy seré su eterno estrago.

CRIAD. Id preso.

COL. ¡Pobre Colín!
Ved qué desdichado fin.
Si lo comí, ya lo pago.

(Vanse. Salen el CONDE *y* TIRSO, *su criado.)*

TIR. Aquí detrás te esperaba;
pero de aquesta pendencia,
por Dios, que no oí las voces.
Herido Alejandro queda.

CON. ¡Ay, Tirso!, ¿qué haremos ya?

TIR. Sólo el huir te remedia.

CON. ¿No ves que queda Colín
preso?

TIR. Quede en hora buena,
y pague lo que se ha holgado
en los convites y fiestas,
esos días, con tu nombre.

CON. ¿Tú no ves que si lo aprietan
ha de decir nuestro engaño?

TIR. ¿Pues han de poner las cuerdas
a un Príncipe?

CON. Ya tendrán
fama de que no lo sea.

TIR. ¿Quién ha de traer la fama?

CON. ¿Quién la traerá? La sospecha.

TIR. Gente viene.

CON. Aquí te apartas.

(Sale CAMILO, *de camino.)*

CAM. Mal llega quien tarde llega.
Caballero, ¿podrá pasar
un forastero?

CON. Esta tierra
está de paz.
CAM. Yo no vengo
menos que al aumento della.
Criado del Conde soy,
que se casa con Estela.
CON. ¿Del Conde? ¿Quién es?
CAM. Camilo.
COND. Camilo, en buen hora vengas.
¿No me conoces?
CAM. Señor,
dame tus manos. ¿Qué diestra
fortuna me trajo aquí?
CON. ¿Qué hay de mi hermano?
CAM. Su Alteza,
que a Nápoles me despacha,
también me manda que venga
a Belflor, a visitarte.
CON. ¿Tráesme carta? ¿Cómo queda?
CAM. No escribe, porque no tiene
lugar; y queda tan buena
su persona, como quien
con un serafín la emplea.
CON. ¿Qué serafín?
CAM. Que, señor,
tú sólo en aquesta tierra
eres peregrino en esto.
CON. No tengo nuevas de Ardea.
CAM. Pues yo te las puedo dar.
CON. Ya estoy temblando las nuevas.
¿Es Celia, acaso, la novia?
CAM. Sí, Conde, la novia es Celia.
CON. ¿Qué dices?
CAM. Que está casada.
CON. ¿Casada?
CAM. Que no lo sepas
me espanto, pues todo el mundo
a estas fiestas se despuebla.
¿Y tú, no estás ya casado?
CON. Muerto, Camilo, quisiera.
Qué ¿se casó Celia?
CAM. Sí.
CON. ¡Fiad de mujer y ausencia!
CAM. ¿Posible es que esto no sabes?
CON. Ni vida tener quisiera
para saberlo. ¡Ay de mí!
¡Qué bien partiéndome della
supo alentar mi jornada,
por ser de Nápoles Reina!
¡Ah, poderoso poder,
cómo arrastras la firmeza
del mayor amor del mundo!
¡Fiad de mujer y ausencia!
¿Celia casada?
CAM. Haz milagros.
¿Ha sido alguna bajeza
casar con tu hermano?
CON. Sí;
pues desde su edad más tierna,
está casada conmigo.
CAM. Sin bendición de la Iglesia,
no hay bodas, Fabio, ni son,
como clandestinas sean.
Lo que yo te sé decir
es que Celia está contenta,
y que la vide la noche
que de Nápoles fué Reina,
estrellada de diamantes
una saya entera negra;
el cabello...
CON. ¿Qué cabello?
¡Pluguiera a Dios que estuviera,
Camilo, el fuego de Troya,
que es el que me abrasa y quema!
Deja pinturas, amigo,
que no quiero que esté bella
Celia en brazos de Roberto.
¡Fiad de mujer y ausencia!
Díjele al partir, que yo
tenía cierta sospecha
que la venciese el poder,
contra quien no hay resistencia.
Y díjome, con los ojos
hechos dos fuentes de perlas,
que envidiosos de los dientes,
le interrompieron la lengua:
«Tú verás, Fabio querido,
el poder vencido.
Tú verás, Fabio amado,
el amor premiado.»
¡Ay, Celia ingrata, fiera!
Amor me dé paciencia;
mas no hay segura fe donde hay au-
[sencia.
CAM. Oye.
CON. No me diga nada.
CAM. ¿Adónde vas?
CON. Adonde pueda
quejarme al cielo.
TIR. Detente.
CON. Nadie, infames, me detenga;
porque si saco la espada,
podrá ser que de las nuevas
lleve alguno por albricias
menos alta la cabeza.
¿Es posible que dijiste,
Celia, la noche postrera:

«Tú verás, mi Fabio amado,
el amor premiado;
tú verás, Fabio querido,
el poder vencido»?
Amor me dé paciencia;
que no hay segura fe donde hay au-
[sencia.

ACTO TERCERO DEL
PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

(Salen el PRÍNCIPE *y* CAMILO.)

PRÍN. Dicen que le tienen preso
cartas que vienen de allá.
CAM. Yo pienso que libre está,
y que es contrario el suceso.
Que la noche que llegué
a Belflor, libre le vi,
y por la mañana oí
que la de la herida fué.
PRÍN. Por lo menos, lo que es cierto
es el no haberse casado
y el estar preso.
CAM. ¿Y ha estado
a Celia todo encubierto?
PRÍN. Por más que intento, Camilo,
encubrir esta pasión,
tales mis desdichas son
y de la fama el estilo.
Pienso que se lo han contado,
y ansí el casarse dilata,
cuando ya Fabricio trata
casamiento tan cansado.
Yo, a lo menos, he querido
usar de todo el poder,
cansado, por Dios, de ver
todo mi poder vencido.
Y en esto habrá de parar
una noche, que de aquí
falte Fabricio, que ansí
tendrá esta fuerza lugar (1).
Que no es la de su aposento
tan fuerte muro.
CAM. No sé
si aciertas; bien es que esté
seguro tu casamiento.
Mira, señor, que no es justo
atropellar el honor;
pues fuerza el propio valor,
para dilatar el gusto.
Mejor es fingir la letra
del Conde Fabio, en razón
de que pára la prisión
en bodas.
PRÍN. Tanto penetra
Celia de mis intenciones,
que todo lo juzga ansí.
CAM. Déjame escribir a mí
a Fabricio seis razones,
y verás si le aseguro.
PRÍN. Tal estoy, y en tantos daños,
que se corren los engaños
de ver que yo los procuro.
Pero mira que ya vienen
Celia y él.
CAM. Voy a escribir.
(Vase.)

(Salen FABRICIO *y* CELIA.)

FAB. ¿Quién te podrá persuadir
aquello que te conviene,
si has dado en tan gran locura
para quitarme la vida?
CEL. Ya vengo más reducida
de lo que tu honor procura.
Que sólo tú me pudieras
a ese disgusto obligar.
FAB. ¿Que, un reino quieres dejar
por esas vanas quimeras
y darme la muerte a mí?
CEL. No me hables desa suerte;
que antes me daré la muerte,
que darte disgusto a ti.
FAB. ¿Qué puedo yo desear
más que verte Reina?
CEL. Veo
la verdad de tu deseo,
mas no me da amor lugar.
FAB. El Conde yo le he criado;
es un galán caballero.
Tanto como a ti le quiero;
mas ya el Conde está casado.
¿Qué esperanza tienes dél?
CEL. Mira, señor, que es mentira;
que el Conde está preso, y mira
que es ser al Conde cruel
estando preso por mí.

(1) Este verso quizá se escribiría así:
«dará esta puerta lugar»,
puesto que a continuación añade el mismo Príncipe:
«que no es la de su aposento
tan fuerte muro»
es decir «la puerta de su aposento».

FAB. Qué presto te persuades.
Siempre al amor por verdades
tener las mentiras vi.
¿Es ese Roberto?
CEL. El es.
FAB. Si tu Alteza me ha escuchado,
habrá visto mi cuidado.
PRÍN. Celia, no quiero que estés
casada contra tu gusto.
Volverme a Nápoles quiero,
que ha mucho tiempo que espero,
y siendo quien soy, no es justo.
Terrible estás contra mí;
pero ya llegará el día
que conozca tu porfía
que lo fuiste contra ti.
Poco puede mi poder;
pero pues ya no me quieres,
no me faltarán mujeres
que pueda reinas hacer.
Y a ti, es muy cierto faltar
hombre que se llame rey.
De la cortesía es ley
no cansar ni porfiar.
Fabricio, a Nápoles voy;
un hijo tendréis allí.
FAB. No os vais, mi señor, ansí;
que de veros ir, estoy
por quitar la vida a quien
os causa tanto disgusto.
CEL. Yo haré, señor, vuestro gusto.
No os váis con tanto desdén.
PRÍN. Celia: es infamia en mi nombre
aguardar que una mujer,
para que quiera querer,
deje de querer a un hombre.
Sigue tu intento, que presto
llorarás arrepentida.
FAB. Si os vais, perderé la vida.
CEL. Yo no soy culpada en esto;
ya digo que suya soy.

(Salga GINÉS.*)*

GIN. Esta carta llega agora.
CEL. ¿Es para mí?
GIN. No, señora.
CEL. ¿En qué peligros estoy?

FABRICIO.

Del Conde me parece el sobrescrito.
«A Fabricio, mi padre.» El Conde es cierto.

PRÍNCIPE.

El Conde escribe, huélgome infinito.

(Lee FABRICIO.*)*

«Ya no estaréis de mi suceso incierto,
padre y señor, si acaso os han escrito
que fuí del Duque aquella noche muerto.
Verdad es que le herí, sin conocelle
y sin ánimo alguno de ofendelle.
Prendióme, porque dijo que venía
a matarle de parte de mi hermano.
Mas supo la verdad, y el mismo día
que de la herida se levantó sano,
a la gallarda Estela, esposa mía,
por más confirmación le di la mano.
De nuestras amistades y conciertos,
que al Príncipe diréis que ya son ciertos.
Y dalle el parabién de parte mía,
que ya se dice acá que está casado
con la señora Celia, pues el día
llegó de tanto bien para su Estado.
Y a ella le diréis que si solía
quererla como hermana, hoy ha llegado
a ser esto más cierto. Dios os guarde.»

FABRICIO.

Ya no estaré confuso ni cobarde.
¿Qué os parece, señor?

PRÍNCIPE.

Que si no viera
carta del Conde, no creyera nada.

FABRICIO.

Celia, ¿qué esperas?

CELIA.

Lo que el Rey espera,
del Conde y de su amor desengañada.

FABRICIO.

Pastores deste monte: a la ribera
del Escueto corred, y a la esmaltada
guarnición de su plata robad flores,
que entapicen las salas de colores.
Caiga el verde laurel, que de los rayos
se defendió glorioso, y verde al hielo.
Entren las hachas con los bojes bayos;
los terebintos derribad al suelo.
Venid cantando con floridos mayos,
al himeneo, que prospere el cielo.
Las fuentes coronad de blancos toros,
de morados y verdes sicomoros (1).
Ea, que hoy es la boda más dichosa
que ha visto el mundo, en tan pequeña aldea.

(1) En el original dice «sicaoros».

Vuelva el siglo de ninfas y de diosas,
y nueva Arcadia aquesta aldea sea.
Al que mejor de flores y de rosas
tejiere una guirnalda, que se emplea
justamente en mi Celia, seis cabritos
blancos le ofrezco, por el lomo escritos.

PRÍNCIPE.

Vamos, y mi ventura se confirme
esta noche en mi mano, Celia hermosa.

CELIA.

Señor, yo he estado necia, pero firme;
mas ya quiero ser vuestra y ser dichosa.

FABRICIO.

Ea, pastores, ¿no acabáis de oirme?
Selva la sala haced; la selva umbrosa,
sala desierta; y sea tal la tala,
que se vengan las aves a la sala.

(Váyanse y salgan el DUQUE ALEJANDRO *y* ESTELA.*)*

ALEJ. ¡Que ver un hermano preso
no mueva aqueste villano!
EST. Amor no conoce hermano;
bárbaro es con tanto exceso,
que sólo atiende a su gusto.
ALEJ. Ansí dicen que en Ardea
toda su grandeza emplea
Roberto, del nombre augusto.
Por Celia vive sin seso;
mirad, entre pena y gloria,
cómo ha de tener memoria
de su pobre hermano preso.
Fuera de que ver en él
tan villano entendimiento,
le habrá dado atrevimiento
de serle ingrato y cruel.
¿Quién duda que la prisión
no le habrá dado cuidado?
EST. Tu herida me le había dado,
y puesto en más confusión;
pero ya que libre estás,
la doy por bien empleada,
pues vengo a estar obligada
para aborrecelle más,
y no casarme con él.
ALEJ. Aconséjame Lisardo,
que con la gente que aguardo
vengue el engaño cruel
que con el monstruo me ha hecho
que en su lugar me ha enviado,
pues estando descuidado,
no le serán de provecho
cuatro tapias de una aldea.
EST. ¿Pues qué pretendes hacer,
si Celia es ya su mujer?
ALEJ. No es posible que lo sea;
que Nápoles lo murmura,
y no la ha llevado allá.
EST. ¿Pues qué sientes?
ALEJ. Que estará,
si acaso no lo procura,
en posesión de su gusto,
loco sin saber de sí.
EST. Que envía este hombre aquí
por nuestra afrenta y disgusto.
Tal, que cualquiera criado
era mejor que él.
ALEJ. Cierto;
aunque me hirió Florisberto,
le he quedado aficionado.
EST. Gallardo talle tenía
y extremado entendimiento.
ALEJ. Aunque le viese, es mi intento
honralle.
EST. Bien merecía
Florisberto esa merced.

(Entra LISARDO.*)*

LIS. Aqueste papel me ha dado
el Conde.
ALEJ. Estoy enojado.
EST. No, por mi vida, leed.

(Lee.)

«Por muchos años tenga salud V. Señoría; y pues ya la tiene, de poca importancia le es el tenerme preso; y si he de estarlo, basta que me den de comer, que la hambre no sabe si estoy preso, y pide de comer como libre; y también estos bellacos no se duelen de mí, que anoche me dieron culebra. *El Conde Fabio*.»

ALEJ. ¿Hay tal papel? ¿Qué novela
puede este cuento igualar?
EST. ¿Qué es culebra?
ALEJ. Maltratar
un preso de noche (1).
EST. Pues eso no lo sufráis,
y hacelde dar de comer.
ALEJ. Otra cosa quiero hacer,
si no es que vos no gustáis.
EST. ¿Y cuál es?

(1) Verso incompleto. Diría: «un preso de noche; Estela».

ALE. Mayor aun que esa (1).
Sacalle quiero de allí,
y que ande cerca de mí
con guardas.

EST. Tal gentileza
te me diera a conocer
por hijo del Duque Alberto;
y a no ser tu hermana, es cierto
que había de ser tu mujer.
Danme gran lástima a mí
estos hombres mentecatos,
como los niños, que a ratos
da gusto verlos ansí.
Lo que yerran los discretos,
eso, Alejandro, me agravia,
porque de una causa sabia
son muy bastardos efectos.
Id luego por él, Lisardo.

LIS. Voy con muy grande contento.

ALEJ. De tan corto entendimiento,
¿qué venganza (2), Estela, aguardo?
El que yo pretendo hacer
es en su bárbaro hermano,
hasta saber si le allano
a que seas su mujer.

EST. Téngolo por imposible;
nunca imposibles deseo.

ALEJ. Pues yo por posibles veo
lo que puede ser posible.

EST. ¿Pues quieres tú que me case
con un hombre que a otra quiere?

ALEJ. El amor que mal se adquiere,
no hay cometa que así pase;
y no hay verdadero amor,
si no es el del casamiento,
porque tiene fundamento
en lo eterno del honor.
No hay amor, si es libremente,
que no pare en mil venganzas.

EST. Tú me darás esperanzas
con que mi agravio acreciente.

(Sale COLÍN.)

COLÍN.

Seoría me dé mil pies, que tenga,
cuanto y más esos dos, por merced tanta.

ALEJANDRO.

Señor, Vueseñoría se detenga,
que a más de lo que es justo se adelanta.
¿Viene muy bueno?

COLÍN.

Venga como venga,
debo servir a Seoría.

ESTELA.

Espanta
el estilo que tiene tan grosero.

COLÍN.

No vi mi esposa, a fe de caballero.
¡Oh, rubicunda y más que ingrata esposa!
¿Está como ha de estar su Seoría?

ESTELA.

Estoy para serviros, cuidadosa
de la prisión.

COLÍN.

Por la inocencia mía.

ESTELA.

Soislo tanto, que vivo temerosa;
que si volviera a ser la monarquía
de Herodes, imagino que os matara.

COLÍN.

Bien la inocencia se me ve en la cara.

ESTELA.

Dícenme que los pajes os han dado
esta noche... ¿Qué fué?

COLÍN.

¡Ah, sí!: culebra.

ESTELA.

¿Cómo culebra?

COLÍN.

A un hombre que, acostado,
el dulce sueño tempestad le quiebra.

ESTELA.

¿Qué tempestad?

COLÍN.

Un terremoto airado,
que los huesos moliéndole celebra,
con chinelas, con botas y zapatos;
silbando agora y ya callando a ratos.

ESTELA.

Pues no le han puesto nombre conveniente

(1) Verso equivocado. Se habrá escrito «Mayor proeza», pues no rima «esa» con «gentileza».

(2) Qaizá deba leerse «escarmiento» por lo que dice en el verso siguiente, pues «venganza» es femenino.

COLÍN.

Antes sí, que del modo que del nido
camina la culebra mansamente
a los gazapos, sin hacer ruido,
así, Seoría, la pajuna gente
a escuras llega a un mísero dormido;
y como el son de los batanes suelen,
a ese compás le desgobierna y muelen.

ESTELA.

Ya sé lo que es.

COLÍN.

Y yo mejor, que traigo
los huesos como mimbres de canasta,
que apenas la camisa desarraigo.

ESTELA.

Un médico llamad.

COLÍN.

Albéitar basta.

ESTELA.

Basta, que ya de todo punto caigo
lo que es el dar culebra.

ALEJANDRO.

¿De qué pasta
naturaleza haría tan mal hombre?

ESTELA.

De estiércol y ámbar.

ALEJANDRO.

Sólo tiene el nombre.

COLÍN.

Habrán comido ya sus Seorías;
según soy desgraciado, así lo creo.

ALEJANDRO.

Algo comemos tarde aquestos días.

COLÍN.

La dieta injusta desquitar deseo.

ALEJANDRO.

Vamos, y comeréis.

COLÍN.

Melancolías
me dan si la bucólica no veo.
Vamos, Seoría.

ESTELA.

Qué cruel molestia.

COLÍN.

Ellos lo son, y tiénenme por bestia.

(Váyanse y salgan el CONDE *y* TIRSO, *de villanos.)*

TIR. Tu atrevimiento me espanta.
CON. ¡Qué poco sabes de amor!;
cuya fortaleza es tanta,
que su temido rigor
a la muerte se adelanta.
TIR. ¿Piensas tú que ese gabán
será parte a disfrazarte?
CON. Por dicha, no me verán.
TIR. Si dichas han de ser parte,
pocas de tu parte están.
CON. Para entrar hoy en la aldea,
tan llena de labradores,
no hay aviso que igual sea.
Y cuando, entre mil pastores,
Tirso, mi hermano me vea,
¿qué me puede resultar?
TIR. Mandar matarte, celoso,
y poderlo ejecutar.
Que celos en poderoso
es tempestad en la mar.
CON. ¡Ay, Tirso, pluguiera al cielo!;
que estoy tan desesperado,
que es lo menos que recelo.
TIR. Pastores hay en el prado.
CON. El verde y pintado suelo
van despojando de flores.
TIR. Flora, a lo menos, parece
la que teje sus colores.
CON. Aquí un molino se ofrece,
y cuatro o seis labradores.
Quiero, de la blanca harina,
hacer máscara a la cara.
TIR. Qué de cosas imagina
quien ama, y sólo repara
en lo que más desatina.

(Váyanse y salgan FINEO, BELARDO, LLORENTE *y* FLORA *con una guirnalda de flores.)*

FLOR. No os canséis en porfiar.
LLO. Yo la tengo de llevar.
FIN. Yo tengo de ser.
BEL. Dejalda,
que ella dará la guirnalda
a quien la quisiese dar.
LLOR. Por lo humilde, habrá pensado
llevarla a Celia.
BEL. Si el prado
supiera hablar, él dijera
que, como su primavera,
con la pluma la has pintado.

FLOR. Belardo, basta que sea
tuya la danza, que hoy
por Celia espera el aldea.
BEL. Si la guirnalda no doy,
no pienso entrar en Ardea.
Dejádmela a mí llevar,
y veréisme acomodar
a sus partes las colores
y propiedad de las flores.
FLO. ¿Qué piensas que te han de dar?
BEL. No me mueve cosa alguna
de interés; sí sólo amor,
que mi desdicha repugna;
que del Príncipe el valor
vence mi humilde fortuna.
Ya sé que no he de tener
Por estas flores más fruto.
Pobre nací, y he de ser
pobre hasta dar el tributo
que da al morir el nacer.
Demás, que para señor,
me basta el señor de Sesa;
a su sombra estoy mejor,
pues toda Italia confiesa
su generoso valor.
La guirnalda que te pido,
y que a Celia quiero dar,
no es más de habella escogido,
por su gusto, para hablar,
señora, dulce y florido.
LLO. ¿Y los demás no sabrán
mejor que tú?
BEL. Yo, Llorente,
lo confieso, porque están
mil laureles en su frente,
que mil escritos le dan.
A mí bástanme amapolas,
como cierto Fauno dijo,
que anda en los montes a solas.
FIN. Pues vais con tal regocijo,
no irán estas flores solas.
Darémoslas todos tres.
LLOR. ¿Posible es que no me des,
Flora, esa guirnalda a mí?

(Salen el CONDE, *con harina, y* TIRSO.*)*

CON. ¿Vengo bien?
TIR. Muy bien, y aquí
verás si el disfraz lo es.
CON. ¿Pues quién son?
TIR. Flora y Fineo,
Belardo y Llorente, adiós.

(Vase.)

CON. Probar mi disfraz deseo.
LLO. Echemos suerte los dos.
BEL. Yo me rindo.
FIN. Gente veo.
FLOR. ¡Hola, extranjero pastor!
CON. ¿Decís a mí?
FLOR. ¿No lo veso
¿Cuál te parece mejor,
para un favor, de los tres?
COND. Conforme fuere el favor.
FLO. Cásase en aquesta aldea
la hermosa Celia, y la gente
de su casa, por que sea
el regocijo presente
tal, que en él su amor se vea,
una guirnalda ha tejido,
paa darla en una danzar,
que ha ordenado, y vestido.
CON. ¡Ay de mi loca esperanza;
ausencia, madre de olvido!
FLOR. Sobre cuál la ha de llevar,
es la cuestión de los tres.
CON. Cualquiera la puede honrar,
y ponérsela después,
por el mejor del lugar.
Que fuera muy necio yo
cuando a ninguno agraviara.
BEL. ¡Qué discreto!
FIN. Bien habló.
FLO. ¡Lo que parece en la cara
al Conde!
CON. A mi mismo yo;
que estoy ya de tal manera,
que no me parezco a mí.
¿Pero quién me pareciera,
sino yo?
FIN. Pastor no vi
más bello en esta ribera.
¿De dónde sois?
CON. De una aldea
de Sesa soy natural.
FLOR. Pastores, ¿queréis que sea
quien la lleve este zagal,
pues en él tan bien se emplea?
FIN. Por mí, digo que la lleve
a Celia.
LLOR. También por mí.
BEL. Vaya, si a poner se atreve
las flores que ves allí
sobre su divna frente.
FLOR. Pastor, ¿no te atreverás
a llevar esta guirnalda,
y a los tres en paz pondrás?

CON. Vosotros, zagales, dalda
a quien la merezca más,
que tengo en este molino
de trigo ciertos costales.
FLOR. Yo más cortés te imagino.
CON. Recibir mercedes tales,
como me hacéis, determino.
Por eso, y también por ver
a Celia, por quien la fama
dice lo que puede ser,
o que la abrase la llama
en que yo me siento arder.
¿Dónde la danza tenéis?
FLOR. En casa la están probando.
CON. Vamos, pues, donde veréis
un tosco villano hablando
conceptos que no entendéis.
¿Es hoy la boda?
BEL. Hoy están
la bendición aguardando,
que por dos letras les dan,
la S y la I juntando,
que presos por siempre van.
Veréis, labrador de Sesa,
a Celia, bella princesa,
dando envidia al mismo sol,
y al novio, que en su crisol
de derretirse no cesa.
Con nosotros cenaréis;
seréis huésped estos días,
que aquese trigo moléis.
CON. Vamos, y las gracias mías
y las desgracias veréis.
BEL. Pues alto, echad por aquí.

(Vanse los pastores y quédese el CONDE.)

COND. ¿Dónde voy, triste de mí,
¡oh Celia!, a verte casada?
Mas no puedo perder nada,
si he perdido el alma en ti.
Y aunque tan justo rigor
es aumentar el dolor,
quiero llorar, quiero ver
las victorias del poder
y las mudanzas de amor.

(Vase y salen FABRICIO, *el* PRÍNCIPE *y* CELIA.)

FABR. Aquí, señor, os sentad,
en tanto que se aperciben
las cosas, que están tratadas
de la manera que os dije.
Que puesto que en el aldea,
y no en el palacio insigne
de Nápoles, lo que falta
podrá con amor suplirse.
PRÍN. Fabricio, a un hombre contento
no tienes más que pedirle,
que las grandezas no importan
al novio alegre ni al triste.
Al alegre, pues lo está
de un estado tan felice;
y al triste, porque las fiestas,
¿de qué contento le sirven?
CEL. A mí, por triste, bien pueden
tales desdichas decirse,
que antes aumentan mis penas
estos cansados festines.
¡Ay, Conde, Dios te perdone;
Dios te perdone, bien dije,
que ya es muerto para mí
quien en otros brazos sirve! (1)
Dios te perdone el agravio
que a mis desdichas hiciste,
pues desde mis tiernos años
siempre fueron de servirte.
PRÍN. ¿Con quién habla Vuestra Alteza?
CEL. Mis dichas digo que envidien
cuantas hoy han sido amadas.
PRÍN. Eso mejor se permite
a las que tengo en ser vuestro.
FAB. No hay cosa que más estime
que veros contentos hoy.

(Salen todos los villanos, con fiesta, y el CONDE *con la guirnalda.)*

COND. Agora que divertido
está con Fabricio el Príncipe,
será bien hablar a Celia.
Llego, pues; amor me anime.
Esta guirnalda, señora,
os presentan Flora y Nise,
Fineo, Lauro y Belardo,
Llorente, Damón y Tirse,
y yo también de mi parte,
que a ver estas fiestas vine
desde Sesa, aunque sin seso
de veros tan bella y libre.
El prado os vuelve las flores,
que deben restituirse
a esos pies, porque le dan
más otra vez que las pise.
Los pastores, la guirnalda
de claveles y jazmines;
Flora, el haberla tejido,

(1) Quizá deba leerse «vive», y no «sirve», que no hace buen sentido ni se contrapone a lo de «muerto», que antecede.

y yo los celos matices.
Una canción les compuse,
no sé cómo no la dicen
de palabras que una dama
dijo a un galán al partirse.
Pues partiendo temeroso
del poder de un hombre insigne,
ella le daba a entender
que era su amor invencible.

(Cantan.)

«Tú verás, Silvio querido,
el poder vencido;
tú verás, mi Silvio amado,
el amor premiado.»

COND. ¿No os agrada la canción?
Mas pienso que es imposible
que os agraden estas cosas,
viendo que el amor se rinde
y está el poder victorioso.

CEL. Aquí aparte quiero oirte.
Fabio, ¿qué locura es ésta?
Dónde hay razón que prive
de la razón, ni aun del alma,
¿tal libertad se permite?
Vete, por Dios; vete luego.

COND. ¿Que me vaya?

CEL. Si pedirte
que mires tu propia vida
por buen consejo se admite.

COND. Cruel, no vengo a vivir,
sino a dar voces, que obliguen
a mi hermano a que me mate.

CEL. ¡Calla, loco!

CON. ¡Ah, fiera Circe!
Con la mano que le das
me tapas la boca. ¡Viven
los cielos, que es poca nieve
para que mi fuego entibien,
cuanto y más para estorbar
que salga a abrasarte!

CEL. Dime,
¿cuál de los dos al poder
con más firmeza resiste?
¿Tú, casado con Estela,
como en esta carta escribes
a mi padre, y yo aguardando,
tan claramente lo dice,
o yo, que aún agora estoy
a tiempo de resistirme?

CON. Muestra. Aquesta no es mi letra,
puesto que la mano finge
alguna traidora mano,
señora, por que me olvides.

CEL. ¿Pues no estás casado?

CON. ¿Yo?
Intentas que desatine,
pues al más cuerdo enloquecen
amorosos frenesíes.

CEL. ¿Pues quién fué el preso?

CON. Colín;
que si acaso se desdice
de lo que fingido tiene,
horca y cuchillo le piden.

CEL. ¿Pues quién hirió al Duque?

CON. Yo,
yendo por unos jardines
a acompañar a Colín
y de tercero servirle.
Esto es verdad.

CEL. Pues, mi bien,
vive amor, los cielos viven;
y vive tú, que no hay cosa
con que esto mejor se firme.
Que el poder no ha de poder,
por más que en sí mismo fíe,
vencer este inmenso amor,
por más trazas que imagine.
Muramos aquí los dos.

CON. Hola, pastores, decidle,
pues viene mejor agora,
aquella canción que os hice.

(Cantan.)

Tú verás, Silvio querido,
el poder vencido;
tú verás, mi Silvio amado,
el amor premiado.

(Pone el CONDE *la guirnalda a* CELIA *y tocan dentro cajas y sale* CAMILO, *alborotado.)*

CAMILO.

Con notable descuido estás ahora,
que todo el mundo viene sobre Ardea.

PRÍNCIPE.

¿Cómo, Camilo?

CAMILO.

El sol más astas dora
que espigas estos campos hermosea.

CELIA.

¡Ay, qué ventura!

CONDE.

Celestial señora.

CAMILO.

El Duque de Belflor, para una aldea
tres mil hombres de guerra juntos trae.
Rayo parece que del cielo cae.

PRÍNCIPE.

¿Hay maldad semejante?

FABRICIO.

¿Hay tal locura?

CAMILO.

Sabiendo cómo estabas descuidado,
viene a prenderte; tu prisión procura.

PRÍNCIPE.

¿Por qué razón, si el Conde está casado?

CAMILO.

Agraviado de ti, se queja y jura
que se ha de ver de tu traición vengado,
porque un hermano loco le enviaste,
y a Estela injustamente despreciaste.

PRÍNCIPE.

¿Mi hermano loco?

CAMILO.

Y de matalle, dice.

PRÍNCIPE.

¿Con acciones indignas de hombre noble?
Fabricio, ¿qué me dices?

FABRICIO

Contradice
del Conde la opinión bizarra, al doble
supuesto que a Roberto le autorice
ser Príncipe.

CAMILO.

El se queja que es un roble.

PRÍNCIPE.

¿Mi hermano roble?

CAMILO.

Allí le traen consigo.

PRÍNCIPE.

¿Qué podremos hacer, Fabricio amigo?

FABRICIO.

Ciérrese en esa casa con mis gentes
Celia con sus criadas; a esta torre,
que miran esos montes eminentes,
tú en un caballo a toda prisa corre.

PRÍNCIPE.

Ven conmigo.

FABRICIO.

Mis bríos son valientes,
pues vivo retirado.

CONDE.

Hoy nos socorre

(Vanse el PRÍNCIPE, FABRICIO *y* CAMILO.)

la fortuna, mi Celia.

CELIA.

¿Qué haremos?

CONDE.

Huir en tanto que lugar tenemos.

CELIA.

¿Dónde?

CONDE.

A un lugar que tengo en esa sierra,
donde nos casaremos entretanto
que dura entre los dos la cruda guerra.

CELIA.

¡Socorro, amor!

CONDE.

¡Socorro, cielo santo!

CELIA.

¡Ay, tierno amor, al gran poder destierra!

CONDE.

Hoy quiero ver, amor, si puedes tanto,
que quedes tú premiado y él vencido.

CELIA.

En verdadero amor, no reina olvido.

(Vanse y tocan cajas y sale ALEJANDRO, *con bastón;* ESTELA, COLÍN *y criados.)*

ALEJANDRO.

Pues que la fama suele
traer del mar las nuevas de una armada,
no me espanto que vuele
desde estos campos, en tomar bajada,
dando aviso a Roberto,
de quien va contra él tan descubierto.
Hoy dicen, finalmente,
que dando espuelas a un veloz caballo,
huyó con poca gente,
y que estuvieron cerca de alcanzallo,
si en esa torre fuerte
no hallara puente al paso de la muerte.

ESTELA.

¿Qué torre es ésta, Conde,
donde tu hermano agora se retira?

COLÍN.

Ella por sí responde,
que quiere defender de vuestra ira
al Príncipe Roberto,
asilo deste bárbaro desierto.

ALEJANDRO.

Parece que habla en seso.

ESTELA.

Dícenme que lo cobran muchos locos
de su furioso exceso,
al tiempo del morir, y que son pocos
los que no lo han cobrado
habiendo al duro tránsito llegado.
Ansí Fabio, que sabe
que hoy tiene de morir, habla más cuerdo,
más concertado y grave.

COLÍN.

Verdad es, bella Estela, que me acuerdo
de aquel amargo punto,
en que de verme pálido y difunto.
Y a fe que estoy de suerte,
que os he de confesar ciertas verdades
primero que la muerte,
último fin de todas las edades,
cobre el censo debido
al ser mortal, por ley de haber nacido.

ALEJANDRO.

¿Cómo es posible, Estela,
que sea aqueste el Conde?

ESTELA.

¿A quién no admira?

ALEJANDRO.

Puesto que con cautela
tu hermano en esa torre se retira,
por salir por ventura
en el silencio de la noche oscura,
apenas tendré nueva
de que se alaba libre de mi injuria
y defenderse prueba,
cuando serás el blanco de mi furia.
Pero mucho me espanta
que sufra en sangre suya crueldad tanta.

COLÍN.

Un sabio, que escribía
en su cama, una vez incorporado,
la mano que movía,
por ser entonces el invierno helado,
de suerte se le helaba
que apenas letra ni r zón formaba.
Metió la mano fría,
por calentarla, al pecho, y con despecho
del pecho la desvía.
Con ser aquella mano de aquel pecho,
y como dél la aleja,
al brazo se la arrima, y dél se queja.
Sintiendo el brazo izquierdo
de la mano derecha el frío, huye.
El sabio mudó acuerdo,
y por partes el cuerpo restituye
aquella mano suya;
mas no la halló que del rigor no huya.
«Oh, cuerpo—entonces dijo—,
si aquí no acoges a tu propia mano,
que con buscar prolijo
espera en tu valor defensa en vano,
¿qué mucho que su ab igo
me niegue el más pariente, el más amigo?

ALEJANDRO.

Vuelvo a decir, Estela,
que pienso que nos han trocado al Conde.

ESTELA.

Fabio, con qué cautela
tu entendimiento la viveza absconde,
con que agora la muestras.

COLÍN.

Pues llega el fin de las historias nuestras,
dame lugar que escriba
una carta de todo mi suceso,
y sabrás quién me priva,
hasta aquesta ocasión, de vida y seso.
Y quiero, desta suerte,
que no sepáis la causa hasta mi muerte.

ALEJANDRO.

Parte, y en esa tienda
que enfrente de esa torre se ha fijado,
al cielo te encomienda
y escribe tu suceso.

COLÍN.

Yo he medrado
en servir a mi dueño.
Toda esperanza de la tierra es sueño.

(Vase.)

ALEJANDRO.

Acercad a la torre,
soldados, las escalas; venga gente.
Si el día le socorre,
no piense que la noche ha de ser puente
por donde huyendo salga,
donde el engaño y no el valor le valga.

(Salen el PRÍNCIPE *y* FABRICIO *arriba.)*

PRÍN. ¡Ah del campo!
ALEJ. ¿A quién da voces?
PRÍN. Famoso Duque Alejandro,
escucha.
ALEJ. ¿Quién es?
PRÍN. Roberto.
ALEJ. ¿Tú me hablas?
PRÍN. Yo te hablo.
ALEJ. ¿Qué quieres?
PRÍN. ¿Por qué razón
el valor de tus pasados
afrentas de aquesta suerte?
ALEJ. ¿Pues yo qué afrenta te hago?
PRÍN. ¿No lo es venir a traición
con un campo armado, a un campo
de labradores desnudos,
y contra humildes arados
traer aceradas picas
y esos vistosos penachos?
¿Contra guirnaldas de flores
traer morriones altos;
y a los campos donde pacen
ovejas y bueyes mansos,
desde la clin al codón
vestir de acero caballos?
Duque: si de mí tenías
alguna queja de agravios,
escribiérasme la causa,
notificárasme el daño.
Previniérasme la guerra,
con trompetas de a caballo
llamárasme al desafío.
Mas sabiendo que me caso
con mi prima, de secreto,
cuando ya le doy la mano
me cercas de tres mil hombres.
ALEJ. Agravios tan declarados
no reparan en razón,
ni es bien si en ajeno daño
no los mira el que los hizo,
repare el que ha de vengarlos.
FAB. ¿Qué agravios te pudo hacer,
Duque Roberto, si estando
en paz, a tu tierra envía
al Conde Fabio, su hermano,
a casarse con Estela,
por hallarse apasionado
de los amores de Celia?
ALEJ. Cuando fuera el Conde Fabio,
Fabricio, un cuerpo con alma
o un cuerpo proporcionado
a un alma de un hombre noble,
no rehusara el estimarlo.
Pero enviarme una bestia,
harta de andar en el campo,
donde, por dicha, guardaba
de Fabricio los ganados,
¿no quieres que agravio sea?
FAB. ¿Fabio, del Príncipe hermano,
feo y necio?
PRÍN. Oye, Fabricio,
aquí hay prevención de engaño.—
¿Quieres darme la palabra,
como caballero honrado,
de que a tratar mis desdichas
y tus justos desengaños
pueda bajar desta torre?
ALEJ. Sí doy.
PRÍN. Pues jura.
EST. Yo salgo
a la fianza.
PRÍN. ¿Quién sois?
EST. Soy el dueño deste agravio.
Estela soy.
PRÍN. Aguardad.

(Vanse los dos de arriba.)

ALEJ. Confuso, Estela, he quedado
si está Roberto sin culpa.
EST. Extraño y dudoso caso.
Con las mudanzas del Conde
tantas novedades hallo,
que me obligan a pensar
que vivimos engañados.
Aquella ruda simpleza
en agudeza trocando,
parece que da a entender
que no ha sido por milagro.
El Príncipe viene.

(Salen FABRICIO *y el* PRÍNCIPE.)

FAB. Llega.
PRÍN. Dame, Alejandro, los brazos.
Sea este pleito de amigos,
con amor juntos, en tanto
que dividen este pleito
los cuidadosos letrados.

ALEJ. Yo, Roberto, esto deseo.
PRÍN. Y vos, señora, si acaso
pensastes ofensa mía,
me dad las manos.
EST. No trato
de disculparos agora.
PRÍN. ¿Pues qué pretendéis?
EST. Culparos.
PRÍN. No tendréis justicia.
EST. ¿No?
Tanta tengo en este caso,
que por parecer justicia
me ciñera espada al lado.
¿Qué hombre es éste que queréis
darme por vos?
PRÍN. En mi hermano
se extremó naturaleza.
EST. Menos el alma y el cuerpo (1).
Y si en hacer mentecatos
se esmera naturaleza,
él es un milagro raro.
Y pues milagro le hacéis,
bien pudiera estar colgado
como lagarto del mar (2)
en capilla de milagros.
PRÍN. ¿Mi hermano?
EST. Si en eso dudas,
ve luego por él, Lisardo.

(Vase LISARDO.)

PRÍN. ¿Pues dónde está?
EST. En esa tienda.
FAB. Pues él será el desengaño,
que yo sé bien, como quien
desde niño le ha criado,
del Conde las excelencias.
EST. Es excelente en guisados;
orejas de postas come,
y está tan bien dotrinado,
que al Duque y a mí nos quita
lo que comemos, del plato;
y de puro melindroso
y discreto cortesano,
como jalea con guantes.
Y es tan galán, que mirando
una mosca en mi nariz,
me la mató con la mano.
FAB. Haréis que me vuelva loco.
PRÍN. Yo me doy por condenado,
si Fabio esas partes tiene.

(1) Este verso está equivocado. Diría «menos en cuerpo y en ánimo», pues «cuerpo» no asuena con «ao».
(2) O sea, cocodrilo.

(Salen COLÍN *y* LISARDO.)

LIS. Aquí viene el Conde Fabio.
PRÍN. ¿Quién es el Conde?
EST. El que ves.
PRÍN. Colín, ¿qué es esto?
COL. Trabajos
en que se ponen los hombres
para servir a sus amos.
EST. ¿Cómo Colín? ¿Que es Colín?
COL. Colín es lo que peinando,
las colas, suelen dejar
en el peine los caballos.
Colín es caldo de coles,
y en lenguaje italiano
es colín lo que en Castilla
llama el español collado.
Y lo que le da a un hombre,
después de estar enojado
de la cólera, es colín,
de mi motivo gramático.
Y colín es cierta cosa
que en lenguaje castellano
suelen llamar palominos.
PRÍN. Loco estoy.
ALEJ. Extraño caso.
PRÍN. ¿Dónde está el Conde, Colín?
COL. El Conde, autor deste engaño,
por no casar con Estela,
que está con Celia casado,
me hizo tomar su forma,
y en forma de mentecato
ser tan enfadoso a Estela
y tan odioso a Alejandro.
Si es que me habéis de matar,
por bueno y leal vasallo,
sea presto, porque tengo
que hacer.
PRÍN. ¡Oh, traidor hermano!
¿Ves, Estela, cómo yo
no soy en esto culpado?
EST. La culpa que en esto tienes,
ya la remito a Alejandro.

(Suena ruido dentro y salen unos soldados con los villanos y CELIA *y el* CONDE *de villanos.)*

SOL. 1.° Entrad adentro.
ALEJ. ¿Qué es esto?
BEL. Quedito, señor soldado;
gente son los labradores.
ALEJ. ¿Qué es esto, Roselio?
ROS. Estando
cien soldados en celada,
al pie destos montes altos,

huyendo vimos pasar
del aldea estos villanos,
donde el Príncipe vivía.

FAB. Esta es mi hija.

CEL. Yo he dado
en las manos de la muerte.

PRÍN. Y ésta es mi esposa, Alejandro.

CON. ¿Cómo tu esposa, Roberto,
si con ella estoy casado?

PRÍN. ¿Quién eres?

CON. El Conde soy.

PRÍN. Autor de enredos y engaños,
yo te quitaré la vida.

ALEJ. Paso, Príncipe, que estamos
Estela y yo de por medio,
y con mayores agravios.
El Conde fingió muy bien
ser de sí mismo criado,
para que vos me cumpláis
la palabra.

PRÍN. El cielo santo
quiere, Estela, que la cumpla.
Llévese a Celia mi hermano,
en hora buena, que yo
tanto de veros me agrado,
que me pesa de haber sido
descortés en despreciaros.

EST. Como vos mismo seáis,
yo perdono al Conde Fabio.
Dad los brazos a los dos,
que luego os daré los brazos.

CON. Perdona, hermano y señor,
yerros por amor causados.

COL. ¿Han de matar a Colín?

ALEJ. Sí, con veinte mil ducados,
de que te hago merced.

PRÍN. Y yo te doy otros tantos.

COL. ¡Cuarenta mil! ¿Qué os parece
desta ventura, Belardo?

BEL. Que era un Alejandro sólo,
y ya son dos Alejandros.

FLOR. ¿Ya no me querrás a mí?

COL. Sí quiero, y te doy la mano;
que ducados prometidos,
tarde llegan a contados.

FLOR. Pues pide perdón.

COL. Sí, pido;
porque en sucesos tan varios,
da fin el poder vencido
y nunca el amor premiado.

FIN DE LA COMEDIA DE

EL PODER VENCIDO Y EL AMOR PREMIADO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS PONCES DE BARCELONA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON PEDRO.
SEVERO.
DON RAMIRO.
DIONIS PONCE.
DON JULIO.
LEONARDO.
GONZALO.
LUCRECIA.
BERNARDO.
FINEO.
FABRICIO.
SERAFINA.
INÉS.
MARÍN.
DANTEO.
SILVIA.
TEBANO.
FELICIO.
ALBANEO.
DALIFE.
PEDRO.
MÚSICOS.
MARTON, *villano.*
DORISTA, *villano.*
SELIMO, *turco.*
BARBARROJA, *turco.*

ACTO PRIMERO

(Salen DON PEDRO PONCE *y* LUCRECIA, *su mujer, de camino, y un criado.)*

PED. Deja, Lucrecia, el temor.
LU. ¿Cómo, si vengo informada
de la condición airada
de tu padre y mi señor?
PED. ¿Qué defectos hay en ti
más que ser pobre?
LUC. ¿Y es p co
si con eso le provoco
a que me aborrezca ansí?
Pobre, don Juan, he nacido;
pobres padres me engendraron,
en pobre casa me criaron
y en pobre trato he vivido.
Mas tan ricos de virtud
como te dijo su fama;
que ésta riqueza se llama
y la del oro inquietud.
Dejáronme este tesoro
por herencia, que, en efeto,
es para un hombre discreto
de mayor valor que el oro.
Tú sabes si esto es verdad,
pues un año de conquista
apenas te dió a mi vista
ocasión ni libertad.
No recibí tus papeles,
bien sabes que no te engaño,
porque, para nuestro daño,
son enemigos crueles.
¡Ay de la loca doncella
cuando papeles recibe
y responde a quien le escribe,
aunque se case con ella!
Pues de aquella liviandad
siempre celoso le tiene,
de que muchas veces viene
a presumir deslealtad.
No podrás decir de mí
cosa que a dártelos baste,
pues hasta que te casaste
ni me viste ni te vi.
Casástete, aunque eras rico,
con una pobre de hacienda,
pero rica de la prenda
que en la virtud significo.
Mi pobre padre faltó
al primer año, tan bueno,
que, de mil trabajos lleno,
te entretuvo y sustentó.
Por eso forzoso fué
que a Barcelona vengamos,
donde ya, don Pedro, estamos
y tu gran casa se ve.
Tiemblo de ver que a tan rico
padre traigas de esta suerte
nuera tan desnuda.
PED. Advierte,
y por mi amor te suplico,

que no vengas con temor,
pues, como estudiante, intento
probarte en un argumento
que es fuerza tenerte amor.

LUC. ¿Tu padre a mí?

PED. Sí.

LUC. ¿Por qué?

PED. ¿De la sangre no procede
amor? Esto me concede.

LUC. Es verdad; que cuando ve
aquel objeto el que mira,
en rayos la sangre pasa
por la vista, hasta que abrasa
el alma, y ella suspira
entonces con el deseo
por unirse a lo que ama.

PED. Pues si amor sangre se llama,
tu amor en mi sangre veo.
La mía, ¿quién me la dió?

LUC. Tu padre.

PED. Luego a mi padre
es bien que el objeto cuadre
que quise en viéndole yo.
Mi sangre es suya, y si a ti
te mira, pues yo te amé,
o te ha de amar o veré
que no está su sangre en mí.

SEVE. Aunque ha días que dejamos
las sotanas y manteos
por andar en tus deseos,
en el punto que tratamos,
habita venia, diré
lo que siento.

PED. Pues, Severo:
¿no es verdad que lo que quiero
querrá mi padre?

SEV. No sé.
Cuando es más fuerte el calor
de la madre, se parece
el hijo a la madre, y crece
de aquella parte su amor.
Cuando es el calor igual,
se parece a los dos juntos.
Pero si en aquellos puntos
la influencia celestial
tiene más fuerte poder,
a la influencia parece,
y ésta mil veces ofrece
diferente parecer.
Ansí verás que hay un hombre
que tira a puerco, otro a perro,
y no es de su padre el yerro,
aunque de vello se asombre,
sino que fué poderosa
la influencia celestial
a darle aquella señal,
tal vez fea y tal hermosa.

PED. ¡Qué necia filosofía!

SEV. Hombres he visto, señor,
parecer asnos.

PED. Mejor
de ti decirlo podría.

SEV. Pues si de tu nacimiento
fuerza el planeta tuviera
sobre jumentos, y fuera
tu condición de jumento,
cuantos jumentos miraran
a Lucrecia, claro está
que la amaran, pues que ya
tu condición imitaran.

PED. ¿Has oído este argumento?

SEV. Yo por el tuyo lo digo.
Que si tu padre, enemigo,
como rico y avariento,
de pobres, tu mujer mira
dices que la ha de querer
porque su sangre ha de ser
como la tuya, y me admira
que no veas que tu madre
su parte de ella te dió.

PED. Aristóteles mostró
que todo se debe al padre.

SEV. Niega la común escuela
de los filósofos.

PED. Ya
llegamos donde saldrá
a nuestra noche una estrella.

LUC. ¿Quién vive aquí?

PED. Don Ramiro,
que es el amigo mayor
de mi padre. En su valor
todo mi remedio miro.
Este irá a hablarle, y yo sé
que él hará que nos reciba,
y cuando enojado viva
de que pobre me casé
y sin pedirle licencia,
en su casa nos tendrá.

LUC. De que enojado estará
tengo muy cierta evidencia,
porque muchos me han contado
lo que le agrada el dinero.

PED. Entra y pregunta, Severo,
si don Ramiro ha llegado.

SEV. Mejor es que en el portal
os entréis por que no os vean.

PED. Aquí en virtudes emplean,
Lucrecia, el mayor caudal.
Entra a ser bien recibida,
que es caballero muy grave.
LUC. El cielo, don Pedro, sabe
que sólo estimo tu vida.

(Salen DIONIS PONCE, *padre de* DON PEDRO; BERNARDO, *su amigo, y* TINEO, *su criado.)*

DIONIS.

¿Por qué me preguntáis lo que se ha hecho
mi hijo, si lo sabéis que está estudiando
en Lérida, contento y satisfecho?
Si acaso, como joven, ayudando
alguna travesura, preso queda,
herido o muerto, ¿qué me estáis matando?
Decidlo de una vez para que pueda
o morir o vivir.

BERNARDO.

Dios os le guarde
y de que tal desgracia le suceda.
Pasando ayer, y pienso que bien tarde,
por la calle en que vive don Ramiro
vi de estudiantes un lucido alarde.
Que argüían pensé. Párome y miro
si alguno conocía, y oigo atento
una cosa, por Dios, de que me admiro.

DIONIS.

¿Pues en qué me tocaba su argumento?

BERNARDO.

No sé cómo os lo diga. O me he engañado
o tratan de don Pedro el casamiento.

DIONIS.

¿Qué me decís? ¿Don Pedro está casado?

BERNARDO.

En Lérida decían, y que ha mucho
que vive con su suegro y que ha dejado
el hábito eclesiástico.

DIONIS.

¿Qué escucho?
¡Don Pedro se casó sin mi licencia!
Con la verdad y mis engaños lucho.
Por una parte miro su obediencia,
por otra vuestro crédito.

BERNARDO.

Ya creo
que guardan poca ley amor y ausencia.

DIONIS.

¿Sabes alguna cosa tú, Fineo?

FINEO.

Señor, ya sabes tú que es mi costumbre
disimular lo que oigo y lo que veo
si de ello te resulta pesadumbre.
Don Pedro, mi señor, está casado.

DIONIS.

Faltó a mis ojos hoy su misma lumbre.

FINEO.

Días ha que se dice, y yo he callado
por no enojarte.

DIONIS.

Y aun será muy cierto
que alguna mujercilla le ha engañado.

FINEO.

Antes de su virtud, señor, te advierto
que es hermosa, discreta y virtuosa,
y, aunque fué por amor, fué por concierto.

DIONIS.

¿Es pobre?

FINEO.

Estaba dicho siendo hermosa;
mas vence su virtud a su pobreza.

DIONIS.

Pobre, hermosa y virtud, extraña cosa.
¿Virtud dices, en pobre, con belleza?

BERNARDO.

¿No hay muchas que lo son?

DIONIS.

No, sino pocas;
que por eso se estima su firmeza.
¡Hermosura y virtud!

BERNARDO.

Materia tocas
donde sacara yo, Dionis, la espada
si bastara una espada a tantas bocas.

DIONIS.

¿Y qué se me da a mí que sea honrada
si es pobre esa mujer?

BERNARDO.

Tenéis enojo;
que esa es, sin duda, la mejor dotada.

DIONIS.

A decir disparates no me arrojo
porque a las obras todo lo remito.
Hoy de padre y de hacienda le despojo,
le desheredo y cuanto es ley le quito,
y aun el nombre de Ponce, pues me afrenta
con tal maldad, apenas le permito.

(Sale DON RAMIRO.*)*

RAMIRO.

Como a mi amigo vengo a daros cuenta
de una cosa en que espero...

DIONIS.

Tened paso;
que siendo la que ahora me atormenta
y en la materia del dolor que paso
no quiero oírla a mi mayor amigo.

BERNARDO.

Si es de Pedro, ya sabe todo el caso.

RAMIRO.

Don Pedro se casó. ¿Con qué castigo
queréis dar que decir a Barcelona?

DIONIS.

Con no le ver.

RAMIRO.

Taeréle yo conmigo,
y respeto tendréis a mi persona.

DIONIS.

Iréme yo del mundo por no veros
a vos y a él.

RAMIRO.

¿Qué padre no perdona?

DIONIS.

Pues perdonadme vos no responderos.

BER. El se fué desesperado.

RAM. Si lo acaba de saber
no es mucho no responder
y de mí partirse airado.
Id tras él y detenelde,
que don Pedro viene ya.

BER. A su humildad no será,
ni a vuestros ruegos, rebelde.

(Salen DON PEDRO *y* SEVERO.*)*

PED. A mi padre airado vi,
por eso no osé llegar.

RAM. Hoy le habemos de ablandar.

PED. Sólo, señor, le ofendí
en no le pedir licencia;
que en lo demás es mi esposa
bien nacida y virtuosa
y que puede, con decencia,
cualquier hidalgo ejercer,
si a las historias creemos,
o a la verdad, si debemos
más a la verdad creer,
el oficio de su padre,
digo el arte de pintor,
y no de menos valor
fué la suya que mi madre.
¿Qué quiere mi padre ya?
Esto es hecho, ya es mi prenda;
él tiene bastante hacienda;
rico y descansado está.
¿Qué aumento darle podía
el dote de una mujer?
¿O qué más debe traer
que castidad e hidalguía?
Habladle, templad su ira;
nadie podrá como vos.

RAM. Mejor lo podréis los dos
si a sus pies juntos os mira.
Vaya Severo a llamar
tu esposa, que si la ve,
dirá que tu amor no fué
digno de poder culpar;
que lo que me agrada a mí
también le será agradable.

PED. ¿En que la vea y la hable
está mi disculpa?

RAM. Sí.

PED. Pues parte luego, Severo.

SEV. Voy como mandas.

PED. Amor
tiene disculpa en rigor,
con él disculparme quiero.
Fuera de que yo no he sido
tan bárbaro y deshonesto
que haya su honor descompuesto
ni su decoro ofendido.
No me casé de manera
que nadie pueda notarme
ni fué parte enamorarme
a que el ser quien soy perdiera.
¿Que amiga le traigo a casa
que otros hombres ha tenido?
Si la información no ha sido
contraria de lo que pasa.
Con doncella virtuosa
y bien nacida casé.

Deme hacienda y le daré
nuera discreta y hermosa.

RAM. En todo tenéis razón,
conmigo estáis disculpado,
que casarse enamorado
no deslustra la opinión,
siendo el sujeto el que debe,
aunque la hacienda no sobre.

(Salen LUCRECIA *y* SEVERO.*)*

LUC. Aborrece el rico al pobre.

SEV. Creo, señora, que en breve
cesarán estos enojos.

PED. Esposa.

LUC. Sólo Dios sabe
que excede al dolor más grave
el venir hoy a sus ojos.
Mas pues no puede ser menos
y lo mandas, aquí estoy,
tu esposa y tu esclava soy.

PED. Si de esos ojos serenos
la luz mi padre mirara
con mis años y mis ojos,
yo sé que de sus enojos
la injusta furia templara.
Si de esa boca suave
oyera la discreción
con mi edad y mi afición
y no con la suya grave,
yo sé que nos recibiera
con otro gusto y favor.
Pero las culpas de amor,
como si amarte lo fuera,
juzgan los hombres mayores
más que en melindres nuevos,
que si no fueran mancebos
ni hubieran tratado amores.
Perdona, que, como digo,
no fué culpable mi amor.

LUC. Cuando, con tanto rigor,
se muestre cruel contigo,
yo sé que por ti sabré
sufrir más que el ofenderte,
y que no podrá la muerte
hacer ofensa a mi fe
ni obscurecer mi lealtad.
Y aun ojalá que yo fuera
tan dichosa que muriera
a manos de su crueldad.

SEV. Ya tu padre viene aquí.

(Salen DIONIS *y* BERNARDO.*)*

BER. Digo que habéis de volver.

DIO. No sé qué queréis hacer
de mi paciencia y de mí.

BER. ¿No basta que don Ramiro
os quiera, Dionis, hablar?

DIO. De que me quieras matar,
siendo mi amigo, me admiro.

BER. ¿Pues esto llamáis mataros?

DIO. Sí; que también los enojos
dan veneno por los ojos.

RAM. Yo no pretendo obligaros
à que forcéis vuestro gusto,
sino sólo a que veáis
vuestros hijos.

DIO. Sí forzáis,
pues vengo a ver mi disgusto.
Y ya os digo que el mirar
lo que del gusto es ajeno
es de la vida veneno,
y vos me queréis matar.

PEDRO.

Padre: yo no pensé que mis ofensas
eran de calidad que no bastara
llamarte padre. Si en el nombre piensas,
para que tu piedad los perdonara.
Son tus obligaciones tan inmensas
que si les muestras rigurosa cara
no te podré llamar tan dulce nombre,
que no le escucha más piadoso el hombre.
No digo que por mí, si no merezco
por tu hijo perdón, me des tu mano,
más por la prenda que a tu casa ofrezco,
pues la virtud es dote soberano.
Con aquella pobreza me enriquezco,
y donde piensas que he perdido, gano
de méritos divinos un tesoro;
que la felicidad no está en el oro.
Vuelve los ojos, sin razón airados,
a ver una mujer discreta, hermosa,
hija de padres pobres, pero honrados.
De su virtud y un arte generosa
si fueron los pintores estimados,
hasta tenerlos por divina cosa,
pregunta, padre, aquella edad pasada
en que como deidad fué venerada.
Y mira que en la nuestra Carlos Quinto
a Bandinelo honró, por justo pago
de su pincel, de los demás distinto,
de la encomienda ilustre de Santiago.
Si aquí de los pintores no te pinto
la estimación, ¡oh padre!, y satisfago
tu calidad, es porque su alabanza
hasta en los mismos cielos parte alcanza.

Si te ofende el mirar tantos pintores
bárbaros y atrevidos, no interpretas
con discreción del arte los primores
ni su divina estimación respetas.
Como hay buenos y malos oradores,
excelentes y bárbaros poetas,
causídicos indoctos y eminentes,
así también pinceles soberanos
que unos pintan verdad y otros mentiras,
porque los raros pintan con las manos
y con los pies los que ignorantes miras.
Naturaleza pinta los humanos
con la hermosura que en mirar te admiras;
mas no porque algún feo o falto vemos
en su divino autor falta ponemos.

DIONIS.

De tu larga oración impertinente,
en que muestras muy bien que no estudiaste,
tanto me ofendo, ¡oh hijo inobediente!,
como en la causa injusta que abonaste.
¿Qué me importa que el arte sea excelente
de quien esta pintura le compraste
si a estudiante le enviaba yo las leyes
de los Emperadores y los Reyes?
Pon la pintura al lado coronada
del mismo sol con rayos y laureles,
que entonces yo la estimaré colgada
sobre paredes blancas o doseles.
Mas que me traigas, cuanto quiera honrada
de sus primeros padres y pinceles,
una pintura viva que anda y habla,
¿qué corresponde al lienzo ni a la tabla?
¿Dónde quieres que cuelgue esta pintura
que tú llames imagen de tu esposa?
¿Qué ley te ha dicho a ti que la hermosura
ha sido a ningún suegro provechosa?
¿Tantas partes buscaste a tu figura
que en casa de un pintor fué justa cosa
irla a buscar? ¿No era mejor, al doble,
en cas de un caballero rico y noble?
Vete con Dios; y pues honrar quisiste
los pintores, don Pedro, y sus primores,
ellos te den lo mismo que les diste,
vivirás del pincel y las colores.

LUCRECIA.

Puesto que de don Pedro te ofendiste,
aunque no despreciaste los pintores,
dejándolos aparte, escucha, que habla
de un honrado pintor la mejor tabla.
Colgada estaba en casa de mi padre
la pintura que ves con la cortina
que desde niña me cubrió mi madre
de su honesta virtud y su doctrina.
No digo que, perfecta, a un suegro cuadre
ni lo que soy mi vista determina;
mas puédote decir que allí colgada
fuí de muchos hidalgos deseada.
Don Pedro, que tú a Lérida enviaste
para estudiar las leyes que dijiste,
me vió y sirvió; que soy su mujer baste
para saber qué nuera mereciste.
Poca o ninguna hacienda mejoraste;
pero la calidad no la perdiste;
que él sabe, y sabe el mundo, que es la hacienda
tal vez para el honor la menor prenda.
Casáronme mis padres y murieron
dentro de un año, alegres que pintura
que estimaron a un rico y noble dieron
por que de oro le hiciese la moldura.
No te vimos en tanto que vivieron;
muertos, es fuerza por pobreza pura.
Pero cuando esta tabla en tus paredes
no cuelgues, por ser pobre, como puedes,
también sabré vivir desguarnecida
y ser del mismo estilo virtuosa.

DIONIS.

No pases adelante, que convida
tu soberbia a más ira y más furiosa
rabia viendo que un loco atrevimiento
llame un mozo, engañado, entendimiento (1).
Basta, que ha dado el vulgo, siempre loco,
en llamar una vil bachillería
ingenio en la mujer, que el hablar poco
es lo que en ellas alabar podría.
Pero pues escuchando me provoco,
sea más que amistad descortesía,
perdone, don Ramiro.

BERNARDO.

Oid.

DIONIS.

Bernardo,
moriréme de súbito si aguardo.
Pintura que habla llaman la poesía;
así debe de ser esta señora.
Mi hijo es hombre.

RAMIRO.

Espera.

DIONIS.

¡Qué porfía!

(1) Faltan dos versos a esta octava.

RAMIRO.

Detenle.

BERNARDO.

Voy tras él.

RAMIRO.

Dejadle ahora,
pase el enojo de este primer día.
A mi casa volved.

PEDRO.

Yo sé que adora
de manera el dinero, que en un año
no bastará amistad ni desengaño.

RAMIRO.

Un año y muchos os tendré en mi casa.

PEDRO.

Yo tengo por mejor irme a la quinta
de mi padre entretanto que se pasa
este furor, pues no está muy distinta
de Barcelona.

LUCRECIA.

Que en tan pobre casa,
y más con quien sus desventuras pinta,
mucho le queda que sufrir.

PEDRO.

Esposa,
esta heredad es por extremo hermosa.
En ella vivirás humildemente,
servida, aunque de pobres labradores.

RAMIRO.

Que no me honréis me pesa extrañamente.

PEDRO.

Ya os digo la ocasión. Mi bien, no llores,
que el campo, el ave, el árbol y la fuente
mejores son para tratar de amores.
Parte, Severo; avisa de que vamos.

SEVERO.

Saldrán con flores y esparciendo ramos.

PEDRO.

También, porque del parto viene cerca,
Lucrecia está mejor donde hay mujeres.

LUCRECIA.

Mi muerte pienso, esposo, que se acerca.

RAMIRO.

Crueldad de padre.

PEDRO.

Es padre al fin. ¿Qué quieres?

RAMIRO.

¡Con qué de penas un placer se merca!

PEDRO.

No se venden baratos los placeres.

LUCRECIA.

Lloro que me has de aborrecer por pobre.

PEDRO.

A tu lado no hay bien que no me sobre.

(Vanse y salen SILVIA, *pastora, y* DANTEO, *villano.)*

SIL. Suelta la cinta, Danteo,
mira que se me cayó.

DAN. Por eso la estimo yo
al precio de mi deseo.

SIL. Cuando me peiné en la fuente,
que de espejo me servía,
vi que un jabalí salía
de los jarales de enfrente,
y, soltando los cabellos
y el peine, corrí al lugar.

DAN. Más que pudieras dejar
las almas que cuelgan de ellos.
Señas, Silvia, para mí
a la fe son escuchadas,
suelta unas cintas halladas
adonde el alma perdí.
O si las quieres trocar,
dame un abrazo por ellas.

SIL. Mas que te quedes con ellas,
que yo me vuelvo al lugar.

DANTEO.

¡Oh cintas verdes, por mi bien halladas,
si esperanza me dais del bien que os pido!
Mas, ¿cómo la tendrá quien ha perdido
aquel cabello donde os vió colgadas?
Porque ayudáis a la prisión atadas,
de cuyo laberinto de oro he sido
preso dos años dulcemente asido
en cadenas de amor de sus lazadas.
¿Qué me sirve teneros tan distintas
de los cabellos donde estáis, si en ellos
queda el alma en las hebras más sucintas?
Ausente lloraré sus lazos bellos,
pues para la ocasión así las cintas,
y dicen que ha de ser por los cabellos.

(Sale MARTON, *villano rústico, vestido un zamarro.)*

MARTÓN.

Amor, si entre las almas de los rudos
te huelgas de vivir y te autorizas
y en zamarros ceñidos con tomizas
de pechos zafios y de labios mudos.
Si frentes de villanos testarudos
de tus ricos trofeos entapizas
y en portales de casas tan pajizas
que cuelgan animales por escudos.
Si te huelgas, amor desatinado,
de la rústica cena de la olla,
del duro pan y el vino trasnochado,
diré que eres señor que de la polla
tierna de leche y la perdiz cansado
apetece la vaca y la cebolla.

DAN. Martón.
MAR. Amigo Danteo.
DAN. ¿Con quién hablando venías?
MAR. Ando, Danteo, estos días
hablando con mi deseo.
DAN. ¿Dura de Silvia el amor?
MAR. No entró para no durar.
DAN. ¿Y cómo te va de amar?
¿Hate hecho algún favor?
MAR. Estoy tan favorecido
que no sé cómo lo cuente.
DAN. Tal suele ser su accidente;
¿cosa que le haya querido?
Que es condición de mujer
amar monstruos de fealdad,
o sea la novedad
o la imperfección del ser.
Cuéntame algunos favores.
MAR. Primeramente, no sabe
que la quiero, que es la llave
de todos nuestros amores.
Después de esto, no la hablé
una palabra en mi vida.
DAN. Estará por ti perdida.
MAR. ¿Hasla visto?
DAN. Sí, a la fe.
Peinó sus rubios cabellos
en la margen de la fuente
Silvia, que al sol en su oriente
pudiera adornar con ellos.
Y cuando el sesgo cristal
dos bellas Silvias hacía,
una que en agua vivía
y otra en fuego celestial,
salió de entre los jarales
un jabalí, cuyo espanto
la obligó que huyese tanto,
que para bien de mis males
estas cintas se dejó,
con que de esperanzas lleno
voy por ese bosque ameno
a contarle que soy yo
de sus más favorecidos.
Quédate, Martón, a ver
si le queda qué perder
a quien nos tiene perdidos.

(Váyase DANTEO.)

MAR. ¡Ay, venturoso Danteo!;
luego hallara yo un favor
con que entretener mi amor
y resistir mi deseo.
Si la busco en su corral
siempre topo su borrica;
si al ganado paso, aplica
siempre un espino o jaral.
Si en noche obscura y sin gente
a su puerta voy, en pago
en su carreta me hago
los hocicos o la frente.
Si el disanto a verla acierto
entre mozs como un oro,
luego me hacen el toro
y a coces me dejan muerto.
Si bailan y el tamborino
toco, me dejan chiflar
toda una tarde sin dar
tan sólo un trago de vino.
Mas, ¡ay Dios!, Silvia y Dorista
son las dos. Aquí me aparto.

(Salen SILVIA *y* DORISTA.)

DOR. Tú me lo encareces harto.
SIL. Enfádame su conquista.
DOR. Pues yo le quiero muy bien.
MAR. Decir a Danteo oí
que saliendo un jabalí
Silvia huyó y dejó también
unas cintas de color.
Si me pongo en cuatro pies
y me finjo puerco, aun es
posible hallarme un favor.
Alta invención. Yo me pongo,
pues que me ayuda el zamarro,
y gruñiré como un carro.
SIL. A decirle me dispongo
que me deje y que te quiera.
DO. Díselo, así Dios te valga.
MAR. No sé, pardiez, cómo salga,

porque esta es la vez primera
que soy puerco jabalí.

DO. Dile que mi padre es rico.

MAR. No acierto hacer el hocico;
pero, bueno, saldrá así.
¡Bau! ¡Bau!

DO. ¿Qué es aquesto, cielo?

MAR. ¡Un jabalí! No me ven.

SIL. ¡Muerta soy!

DO. ¡Y yo también!

MAR. Ya miden el verde suelo.

DO. ¡Pastores, el puerco, el oso!

MAR. No dejan nada. ¿Qué intento?
Sólo me han dejado el viento,
y ese no es muy oloroso.

(Salen cuatro pastores con unas hondas: DANTEO, TEBANO, FELICIO *y* ALBANEO.)

DAN. Tira, dispara, aquél es.

MAR. Aquestos me han de matar

ALB. ¡Que tan cerca del lugar
se venga un puerco montés!

MAR. ¡No tiréis, hola, pastores,
que no soy puerco!

TEB. ¡Ay, que habló!

ALB. Como esos puercos vi yo
hablar y ser gruñidores.

MAR. ¡Pastores, que soy Martón!
¡No tiréis, por vida mía!

FEL. ¿Qué es esto?

MAR. Esta porquería
fingí por cierta ocasión.

DAN. Mentecato, ¿qué es aquesto?

MAR. Como denantes te oí
aquello del jabalí,
en forma porcal me he puesto.

DAN. ¿Tienes seso?

MAR. No, a la fe.
Pero a lo porcuno amaba
por ver si puerco alcanzaba
lo que limpio no alcancé.

(Sale SEVERO.)

SEV. Pastores de Dionis Ponce,
corred presto. ¿Qué hacéis
si por dicha no tenéis
alma y entrañas de bronce?
La nueva esposa y mujer
de don Pedro, mi señor,
y su hijo, que el rigor
de un padre esto puede hacer,
del dolor del parto queda
muriendo en esta campaña.

DAN. ¡Triste cosa!

FEL. ¡Cosa extraña!

FAB. Venid antes que suceda
algún lastimoso caso.

DAN. No hayáis miedo. ¡Hola, Martón,
llama a Silvia!

MAR. Aquellas son,
ella y Celia.

TEB. Alarga el paso.

MAR. Por esta cuesta me arrojo.

ALB. Dionis cruel, ¿a qué efecto?

SEV. ¡Oh si le naciese un nieto
que le quitase el enojo!

(Salen RAMIRO, DIONIS PONCE *y* BERNARDO.)

RAMIRO.

Pues yo no pienso hablaros en mi vida.

DIONIS.

Confieso que conozco lo que pierdo;
pero yo no he de hablar eternamente
a don Pedro, mi hijo. Mal he dicho,
no es don Pedro mi hijo.

RAMIRO.

Estad seguro
de que ofendéis a toda Barcelona
de la mayor a la menor persona.

DIONIS.

Oféndase, Ramiro, quien quisiere,
que no lo hará si la ocasión supiere.
Que tenga yo para un villano hijo
doscientos mil ducados y tratado,
que es lo que siento más, su casamiento
con otros tantos que mañana puede
heredar la más bella hermosa dama
que tiene esta ciudad ni oyó la fama
y que venga casado bajamente
con una hija de tan pobre gente!...

BERNARDO.

¿Qué importa si ya es hecho? Abrid los brazos,
a imitación de Dios, y recibidle,
pues veis que viene a vuestros pies humilde.
Hacienda tenéis vos y ella nobleza.

DIONIS.

¿Nobleza la pintura?

RAMIRO.

¿Pues no puede
la pintura tener tan justo nombre?
¿Lo que adoráis no pintan los pastores?

DIONIS.

También visten los sastres una imagen.
Dejadme, que yo sé lo que me importa.

BERNARDO.

¿Aquella hermosa cara no os reporta?

DIONIS.

Dejadme, que queréis volverme loco.
Mi honor, mi calidad tenéis en poco.

BERNARDO.

Mirad que viene ya cerca del parto.

DIONIS.

Eso es donaire, partos de mujeres
pobres con algún talle y hermosura.
Descásese mi hijo, haga divorcio
y verá que mañana esa Lucrecia
escogerá de los que la conocen
algún padre, que ahora no lo sabe,
Para ese parto que mi hijo espera.

RAMIRO.

Quien habla así de una mujer honrada
no merece respuesta.

DIONIS.

No se usa;
es lástima; levanto testimonios.
Hijos veréis que, como van creciendo,
mil padres diferentes van teniendo.

BERNARDO.

Vergüenza es ver que habléis de esa manera
de una mujer ejemplo de mujeres.
¿Es ramera por dicha esta señora
como las que, después de grande el hijo,
escogen, de consejo de otras tales,
el padre que han de dar a hijos iguales?

(Sale DANTEO.*)*

DANTEO.

Desalentado vengo en busca tuya.
Dame albricias, señor.

DIONIS.

¿De qué, Danteo?

DANTEO.

De que tienes un nieto como un ángel
nacido en tu heredad en este punto.

DIONIS.

¿En mi heredad? ¿Pues cómo?

DANTEO.

En ella vive
don Pedro, mi señor, por temor tuyo.
Allí parió doña Lucrecia un niño,
de pedazos del sol y oro el cabello,
de ángel la cara y lo demás de perlas.

DIONIS.

¿En mi huerta? ¿En mi casa? ¡Hola, Fineo!
Ensíllame un caballo, dame aprisa
una escopeta, ¡vive Dios!, que tengo
de quitarle la vida.

RAMIRO.

Pastor, corre;
avísale a don Pedro que se vaya
antes de que llegue allá su loco padre.

DANTEO.

Piensa que ha de matarle, voy corriendo.
¡Oh nunca yo trajera tales nuevas!

BERNARDO.

Vamos a ver si hay orden de estorballe
este injusto camino.

RAMIRO.

Por lo menos
no será mal remedio dilatalle.

BERNARDO.

Bárbaros hechos de razón ajenos.

(Salen SILVIA, DORISTA, TEBANO *y músicos pastores.)*

DOR. No los perdí con la prisa
del parto de la señora,
que huyendo del jabalí,
temiendo y temblando toda,
perdí mis rojos corales,
y como lo son las rosas,
no los he podido hallar.
TEB. Pues búscalos en tu boca.
DOR. Déjame ahora, Tebano,
que yo sé lo que me importa
buscar mis rojos corales,
que es la mejor de mis joyas.
SIL. ¿Por aquí se te perdieron?
DOR. Por aquí, zagala hermosa.
TEB. Oye siquiera esta letra
que en la orilla caudalosa
del Tajo un pastor compuso
al llanto de otra pastora
que buscaba unos corales,
como tú, Dorista, ahora.
CANTEN. «¿Quién oyó, zagales,

desperdicios tales,
que derrame perlas
quien perdió corales?»

DOR. ¡Oh mal hubiese el pastor
por quien aquí los perdí!

TEB. Perlas derramas aquí
que son de mayor valor.

SIL. Forma los de la color
de tus labios celestiales.

CANTEN. «¿Quién oyó, zagales,
desperdicios tales,
que derrame perlas
quien perdió corales?»

DOR. Velos aquí, por mi vida.

TEB. ¿Hay ventura semejante?
Pero permite que cante
una letrilla escogida,
del mismo dueño, ofrecida
a la causa de sus males.

CANTEN. «Albricias, zagales,
de dichas iguales,
que unas blancas perlas
se han vuelto corales.»

DOR. En tanto las estimé,
que me los vuelven las rosas,
de su color envidiosas,
por ver que en ellas lloré.

SIL. Ventura notable fué
siendo sus colores tales.

CANTEN. «Albricias, zagales,
de dichas iguales,
que unas blancas perlas
se han vuelto corales.»

(Salen DANTEO *y* DON PEDRO.*)*

DAN. Huye de presto, señor,
no pares en Barcelona,
que ha de matarte tu padre.

PED. Por Dios, hermosas pastoras,
que por Lucrecia miréis,
tan noble y tan virtuosa
como mujer desdichada,
pues ha de perder ahora
para siempre a su marido
por la crueldad rigurosa
de un padre que a Creso y Midas
vence en avaricia loca.
Yo me voy por no ponerme
en ocasión tan forzosa
de perder respeto a un padre,
porque tengo en la memoria
las maldiciones de Dios
al hijo que los enoja
y que quien los obedece
sobre la tierra se logra.
Embarcaréme en el mar,
y plega a Dios que sus olas
entre su salada espuma
me sepulten y me sorban
o que de Argel me cautive
la primera galeota
y hasta ver mi barba blanca
sirva al remo a Barbarroja.
¡Oh padre cruel! ¡Oh padre!

(Sale DIONIS *con una escopeta.)*

DIO. Hoy de su sangre traidora
tomaré justa venganza.

DOR. Huye por aquellas rocas.

SIL. Huye, don Pedro, huye presto.

PED. ¡Cielos, socorred mi esposa!

DAN. Tente, señor.

DIO. ¿Dónde está,
villanos, aquella sombra
de mi anticipada muerte?

TEB. Huyendo tu furia, torna
a la ciudad.

SIL. Señor, mira...

DIO. Ya he mirado mi deshonra.
¡Vive Dios, si aquí le hallara
que no se escribiera historia
desde el principio del mundo
tan sangriente y espantosa!
¿Dónde está su vil mujer?

SIL. De un ángel parida y sola
en cuatro paredes viles
cubiertas de secas hojas.

DIO. ¡Voy a quitarle la vida!

DOR. Corre, Danteo, y estorba
la tirana ejecución.

DAN. ¡Ay, zagalas, venid todas!

SIL. Vamos a librar siquiera
de sus manos rigurosas
el ángel recién nacido,
no pierda el agua y la gloria.

DAN. Venid, que ruegos humildes
las manos tiernas reportan,
no infamen su sangre ilustre
los Fonces de Barcelona.

ACTO SEGUNDO DE
LOS PONCES DE BARCELONA

(Salen DON JULIO, *caballero, y* FABRICIO.)

JUL. Con tal extremo la quiero.
FAB. Grande atrevimiento ha sido;
que sois, aunque bien nacido,
de esta ciudad forastero.
JUL. Antes eso es lo mejor
para el intento que tengo,
pues desconocido vengo
a estos jardines de amor.
FAB. Bien merecen ese nombre.
JUL. Ellas, con su perfección,
dan licencia y ocasión
que las vea a cualquier hombre.
Desde aquí, Fabricio, puedo
contemplar en Serafina,
en cuya lumbre divina
como mariposa quedo.
Doy tornos al resplandor,
cuando a los balcones sale
de este jardín, que se iguale
al de la madre de amor.
Tiemplan estas fuentes luego
mis alas tan mal regidas,
que no tuviera en mil vidas
para resistir su fuego.
Tengo intentados dos medios,
aunque el uno desigual;
que amor es violento mal
y quiere aprisa remedios.
Hay una mujer aquí
que es madre de un jardinero
de dos que este caballero
tiene en él.
FAB. A los dos vi,
y el mozo tiene buen talle.
JUL. Es brioso por extremo,
conque con el mismo temo
en mis amores hablalle.
Pero con su madre hablé,
y, aunque es en extremo honrada
y virtuosa, le agrada
que con esta buena fe
de que mi amor se dirige
al blanco del casamiento
sirva a Serafina intento,
que ayer en el campo os dije,
porque es muy rico su hermano
y su calidad abona
la opinión de Barcelona.
El otro medio es más llano,
pero no tan eficaz,
y es un cierto labrador
a quien de mi loco amor
hice ayer tarde capaz
con dificultades hartas.
Pero la mujer que os digo
habló más claro conmigo
y la ha de llevar mis cartas;
que, en fin, las quiere llevar.
FAB. ¿Tiene buen entendimiento?
JUL. Es para mi pensamiento
lo que puedo desear.
Yo os juro que es tan hermosa
que, a no estar en pobre traje...
Pero su venida ataje
nuestra plática amorosa,
que tiene poco lugar
y es bien gozar la ocasión.

(Sale LUCRECIA *en traje humilde.)*

FAB. Buen talle.
JUL. Pedazos son
del cielo que ando a buscar.
LUC. Señor don Julio.
JUL. Lucrecia.
LUC. Agradeced mi cuidado,
que he dado vuestro recado,
y dice que estima y precia
vuestra honesta pretensión,
pero que ella tiene hermano
y que es camino más llano
decirle vuestra afición;
que como sois forastero
es menester que informéis
de las partes que tenéis.
JUL. Yo soy noble caballero
de lo mejor de Aragón.
En las galeras de España
me entretengo, que no daña
ser soldado a mi afición.
Cuando tomé tierra aquí
vi en un coche, en la muralla,
esta dama, y de miralla
nació este deseo en mí.
Este jardín celebrado
me ha dado a entrar ocasión
para verla en el balcón
de su resplandor dorado
y azul de mis locos celos.
Dadle, amiga, este papel,
con pensamientos en él
que se atreven a los cielos,
pues son para serafín.

Cien escudos os daré
por la respuesta.

LUC. Yo haré
por la honestidad del fin
con que tratáis vuestro amor
más que por el interés.

JUL. Sabe Dios, Lucrecia, que es
fundado en su mismo honor.

LUC. Voy a llevarle, que ahora
sospecho que habrá ocasión.

JUL. Descúbrele mi afición,
dile que un hombre la adora
a título de marido.

LUC. Yo voy, andad con recato.

(Vase LUCRECIA.*)*

FAB. Ella es de un ángel retrato.
Discreto hubiérades sido
en querer esta mujer.
Mas pues no la queréis vos
y hemos de venir los dos,
dejádmela a mí querer.

JUL. Qué, ¿os agrada?

FAB. ¿Y no es razón?

JUL. Tiene un hijo ya mancebo.

FAB. En la media edad apruebo
toda discreta afición.

JUL. Veisle aquí.

FAB. Gallardo mozo.

JUL. Cara de hombre noble tiene,
y que parece que viene
en hábito de rebozo.

(Sale PEDRO, *hijo de* LUCRECIA, *en hábito de labrador.)*

PED. ¿Siempre este nuestro jardín
han de ocupar forasteros?

JUL. Soldados y caballeros
que vienen a honesto fin,
tienen licencia de entrar.
Y si vais a mi galera,
jardín del mar, yo os supiera,
Pedro amigo, regalar.

PED. Yo lo agradezco y lo creo;
mas enfádase mi amo;
que hay aquí cierto reclamo
de todo tierno deseo,
y hame hecho guarda a mí,
porque me ha criado en casa.
Salid; ya veis lo que pasa.
Que a estas horas baja aquí.

JUL. ¿Queréisnos dejar mirar
detrás de estos encañados?

PED. Salgan, señores soldados,
a sus jardines del mar,
que es esa mucha licencia.

JUL. ¡Vive Dios, que si cogiera
al villano en mi galera!...

FAB. Callad y tened paciencia.

PED. No pasen por la ventana,
echen por este jazmín.

JUL. Adiós, hermoso jardín;
adiós, serafina humana.

PEDRO.

Niño pequeño, qué alcanzaba apenas
a verme en vuestras balsas, claras fuentes,
me vieron estas líquidas corrientes,
y ahora lleno de años y de penas.
En vuestras aguas nunca vi serenas,
que no sois mares; aunque estando ausentes
mis ojos de su luz, de mil ardientes
lágrimas vierten más copiosas venas.
Pero ya la tenéis; que mis enojos
de tal manera en sus peñascos tratan
que será mi barquilla sus despojos.
Fuentes, mi culpa fué si me maltratan;
que como os hice mares con mis ojos
criáis sirenas que cantando matan.

(Salen SERAFINA, *dama, e* INÉS, *criada.)*

IN. Sólo está el jardín; bien puedes
hasta las fuentes llegar.
Mas guarda que no te quedes
loca, señora, en mirar
luz en que a Narciso excedes.

SER. ¿Quién está en ella, Inés?

IN. Pedro, el hijo de Lucrecia.

SER. ¿Pedro dices? Piedra es.

IN. Mucho de altivo se precia
y del buen talle que ves,
y ansí estará divertido
en el espejo del agua.

SER. Pienso que está sin sentido.

IN. Algunas quimeras fragua.
¡Hola, Pedro! ¿Estás dormido?

SER. Ni siente, ni oye, ni ve.

IN. El lo debe de fingir.

SER. Fingir, Inés, ¿para qué?

IN. Bien le podemos decir:
«Recuerda, Gil, por tu fe».
Hola, dormido y despierto,
si es que todo puede ser.
¿Echas de ver que te advierto?
Recuerda. ¿No echas de ver
que el dormir te tiene muerto?

PED. ¡Ay, Inés, que no te vía

llevado de un dulce sueño
en que el alma se dormía!

IN. Mira que está aquí tu dueño.

PED. Perdonad, señora mía.
Que como en tal desconcierto
traigo todos mis sentidos,
que apenas hablar acierto
y despierto andan perdidos,
más me mata estar despierto.

SER. ¿Qué tienes?

PED. Unos disgustos
del estado de mis cosas
que con disfrazados gustos
pretenden ser venturosas
por entre casos injustos.
Y con ver claros los daños
y que remedio no veo
después de prolijos años,
a la muerte, que deseo,
me han traído mis engaños.

SER. De tus nuevos pensamientos
me pesa, Pedro, si son
causa de tus descontentos.
¿Pero quién te da ocasión?

PED. Esperanzas por los vientos.

SER. Trocallas por desengaños.

PED. Y aunque el alma lo desea
yo vivo entre mis engaños,
sin provecho que lo sea,
donde son los daños daños.
Entre tan nuevos disgustos
navego por altos mares;
porque en intentos injustos
los pesares son pesares
y los gustos no son gustos.

SER. Pedro: tu florida edad
y tus nobles pensamientos
mueven en tu voluntad,
como allá en la mar los vientos,
esa nueva tempestad.
No querrás ser labrador
de estas huertas y jardines;
que con oculto valor
mirarás diversos fines
y pretensiones de honor.
Vete a la guerra. Yo haré
que te acomode y te vista
mi hermano.

PED. Ahora no sé
cómo a mi madre resista,
que luz con mis ojos ve.
Sin eso, es moza y hermosa,
porque me parió muy niña,
y dejarla es fuerte cosa.

SER. Eso es justo que te riña,
siendo, como es, virtuosa.

PED. No es justo desamparalla.

SER. Amparo en mi hermano tiene.
Llámala, que quiero hablalla.

PED. Yo voy.

SER. Esto me conviene.

PED. Duro campo de batalla
hacen en mi pensamiento
amor y temor. Amor
me esfuerza a su atrevimiento,
mas detiéneme el temor
y a sus pies morir me siento.
Dicen que amor se deslengua;
pero no dicen verdad.
Que con temor de la mengua
la misma desigualdad
pone silencio a la lengua.

(Vase PEDRO.*)*

IN. ¿Por qué, señora, destierras
a Pedro y enviarle quieres
a los mares y a las guerras?

SER. ¡Ay, Inés, qué ciega eres!

IN. Pienso, a lo menos, que yerras.

SER. Qué, ¿no has echado de ver
que el desterrarle es amor?

IN. Amor le puedes tener;
que aunque es pobre labrador,
es de galán parecer.
Pero por eso es mejor
tenelle y no desterralle.

SER, El consejo es de mi honor;
que no quiero con hablalle
dar ocasión a mi amor.
Mi padre aquí lo crió
con mi hermano, que su madre
muchos años le sirvió.
Y aunque mil veces mi padre
darle oficios intentó,
jamás le pudo sacar
de que ha de ser jardinero,
como a su madre de dar
en no casarse.

(Sale LEONARDO, *hermano de* SERAFINA.*)*

LEON. Aquí espero
si me viniere a buscar.

SER. Hermano.

LEO. En viendo cerrado
vi que andabas por aquí.
¿Qué hacías?

SER. Aquí he pasado
con Pedro un rato, y de ti
quejoso está mi cuidado,
porque un mozo tan gallardo
no ha de cultivar la tierra
vestido un capote pardo,
sino servir en la guerra
con una pica, Leonardo.
Sé que anda triste por eso.
A Italia, por Dios, le envía.
LEO. Que lo hiciera te confieso;
que de su valor podría
creer todo buen suceso.
Por su madre lo he dejado.
Mas si está determinado,
palabra te doy de hacer
muy presto que vaya a ser
a Italia o Flandes soldado.
Ven por aquí, que te quiero
dar cuenta de cierta cosa.
SER. Espera, Inés.
IN. Aquí espero
tan afligida y celosa
que de pensamientos muero.
A Pedro, que yo quería,
Serafina a Italia envía
para no le enamorar.
¿A qué más pudo llegar
la triste fortuna mía?
Quiero irme. Aquellas fuentes
mi llanto agradecerán.
¡Ay, Pedro, que no lo sientes!
¿Cuándo otra vez te verán
mis tristes ojos ausentes?

(Vanse y sale GONZALO, *labrador-jardinero, y* DON JULIO)

JUL. Todo lo intento y deseo;
pero dice mi esperanza
que la ponga en vos.
GON. No alcanza
al imposible que veo
mi poder ni mi cuidado;
otro camino intentad.
JUL. Mal pagáis mi voluntad.
GON. Yo sé que os tengo pagado.
Mas pensar que puedo hablar
a Serafina por vos
es imposible, por Dios,
porque me puede costar
su casa, cuando lo menos;
la vida, cuando lo más.
JUL. Mi esperanza vuelve atrás.
GON. Los pensamientos son buenos,
pero los medios son malos.
Que vos os queréis casar
y yo puedo negociar
entretanto algunos palos.
Es como pendencia amor:
siempre llueve en los terceros.
Mas quiero un servicio haceros.
JUL. Haréisme un grande favor.
GON. Y éste muy sin interés;
que el serviros ha nacido
de haberme el amor cogido
de la cabeza a los pies.
Que como dos jugadores
hacen de presto amistad
se junta la voluntad
de dos que tratan de amores.
JUL. ¿Amáis vos?
GON. Amo una fiera.
JUL. ¿Dentro de esta casa?
GON. Sí;
ámola dentro de mí
y de mi sentido fuera,
y también la quiero yo
para casarme, y no basta,
porque se precia de casta
y de pretenderla no.
Ya sabe mi pensamiento;
mas dice que no, creído
que ha de perder su marido,
siendo su esperanza viento,
que ha más de veinte y dos años
que le sepulta la mar.
Mas ella huelga de estar
en estos locos engaños.
JUL. ¿Es la madre, por ventura,
de Pedro, este jardinero
que os sirve de compañero?
GON. La misma; porque procura
imitar la casta griega,
que guardó tan alta joya,
al que volviendo de Troya
por tantos mares navega.
De lo que en amalla paso
me ha dado esta compasión
a vuestra tierna afición.
JUL. Estáis en el mismo caso
y estáis en la misma casa.
GON. Ni en caso ni en casa estoy,
pues ni me caso ni soy
con quien Lucrecia se casa.
Pero quiero hacer por vos
lo que os dije, agradecido,
pues que no sois conocido.

JUL. Generoso sois, por Dios.
GON. Soy compasivo en extremo,
y es que os vistáis como yo,
que aun de esta suerte cegó
Ulises a Polifemo,
por no salir de la historia,
y que vengáis de camino,
diciendo sois mi sobrino,
que yo os daré por memoria
lo más de mi parentela
o allá vos la fingiréis.
Así, mi huésped seréis,
que es extremada cautela,
y como ladrón de casa
haréis el hurto mejor.
JUL. Ingeniosa industria.
GON. Amor
por mil desatinos pasa.
Pasad por este de ahora.
Mas voces siento, escondeos.
JUL. Aquí os dejo mis deseos.

(Salgan LUCRECIA *y* PEDRO, *su hijo, riñendo.)*

PED. Dejad el papel, señora.
LUC. ¿Tú descompuesto conmigo?
GON. ¿Qué es esto? ¿Los dos reñís?
PED. ¿Estas cosas recibís?
LUC. Calla, necio.
PED. Verdad digo.
GON. No haya más, por vida mía.
LUC. Ya le he dejado salir
con lo que quiere.
GON. Es decir
que os rendís a su porfía.
¿Pero por qué le negáis
la carta que está leyendo?
LUC. Secretos son que yo entiendo.
Hacedme placer que os vais.
GON. Si os sirvo en eso, me voy,
porque entre padres e hijos
son los terceros prolijos,
y, aunque os amo, no lo soy;
porque es ley obedeceros
que guardo con gran rigor
por ver si puede mi amor
por humildad mereceros.
PED. ¿Papeles de amor a vos?
¡Ah cielos!
LUC. ¡Calla, ignorante!
PED. Una imagen de diamante
os imaginé, por Dios.
Pero, madre, sois mujer,
y digo, en una palabra,
que quien con papel se labra
de cera debe de ser.
No me veréis más aquí;
que, aunque pobre, soy honrado.
Hoy mi señora ha tratado,
quizá por vos, mal de mí.
Que me vaya de esta tierra
me ha mandado Serafina.
Y es que, por dicha, imagina
de mi honor la mayor guerra.
Vuestra flaqueza sabrá
y quiéreme echar de aquí.
LUC. Habla, necio, bien en mí,
que estás insufrible ya.
PED. Haced vos bien, que es mejor.
Yo no sé quién es mi padre;
pero quizá os deja, madre,
por sospechas de su honor.
LUC. Necio, estás tan porfiado
que habré de desengañarte
y, a mi pesar, darte parte
del dueño de ese cuidado.
Sabe que es ese papel
de don Julio de Aragón
y que su honesta afición
dice a Serafina en él.
Que si yo he vivido tal,
que otra Penélope he sido.
PED. No digáis más; ya he caído
en la causa de mi mal.
¿Que suyo es este papel
de aquel gallardo soldado?
LUC. ¿Y a ti de qué te ha pesado
porque la pretenda en él?
PED. ¡Ay, madre! ¿Vos ayudáis
a su tierno pensamiento?
LUC. ¿No ves tú que es casamiento?
PED. Mas la vida me quitáis.
Y pues a tiempo he llegado
que es fuerza hablaros en esto
sabed que el amor ha puesto
en el suyo mi cuidado.
No sé qué he visto que, en fin,
me obliga a amar locamente,
sábelo, madre, esta fuente,
esta yedra, este jazmín.
Mis lágrimas y suspiros
les preguntad.
LUC. No prosigas
ni tales locuras digas.
PED. Pues, madre, yo sé deciros
que presto me veréis muerto.
LUC. ¿No te imaginas quién eres?

PED. No sé quién soy, pues que quieres
tenerlo tan encubierto.
¡Ay, madre y señora mía,
dime, para mi consuelo,
qué padre me ha dado el cielo!

LUC. Cansada de la porfía
con que ha tres años, y más,
que quieres saber tu historia,
oye una breve memoria
y mis desdichas sabrás.

PED. ¡Ay, madre, que a mis enojos
daréis paz y a mis sentidos!

LUC. Escucha.

PED. Con más oídos
que en Argos pusieron ojos.

LUC. Tuvo esta insigne ciudad,
faro de la mar de España,
espanto de Berbería
y primer paso de Italia,
un caballero muy noble
que Dionis Ponce llamaban,
tan rico y tan avariento
que aun hoy lo dice su fama.
A don Pedro Ponce tuvo,
único hijo, con tantas
partes, que por serlo yo
mi amor y lengua las callan.
En Lérida el mozo ilustre
leyes, ¡oh Pedro!, estudiaba,
cuando las leyes de amor
su escuela hicieron mi casa.
Pintor era el padre mío,
arte tan noble, que basta
decir que a naturaleza
tal vez enmienda las faltas.
No me venció con papeles,
no me rindió con palabras,
no me ganó con terceros
ni ellos con promesas falsas.
Casóse conmigo y dióle
mi pobre padre en su casa
de comer mientras vivió.
Murió y con él mi esperanza.
Quedáronnos por hacienda
algunas pintadas tablas,
bien hechas, pero tenidas
pocas por bien estudiadas.
Y como el arte y el tiempo
no agradece la ignorancia,
harto fué que nos valiesen
para volver a su patria.
Pero apenas Dionis Ponce
supo que casado estaba
su hijo tan pobremente
cuando intentó mil venganzas.
No nos quiso recibir.
Yo, Pedro, preñada estaba
de ti. Llevóme a una quinta,
huerta o casa de labranza.
Dióme el parto, y él, sabiendo
que estaba en su quinta, arranca
en un caballo, furioso,
para repartir dos balas
de una pistola en los dos.
El huyó por la montaña,
y mientras que le seguía
con criados y con armas;
me escondieron sus pastores
en una pobre cabaña
que cubrían en un monte
sabinas y verdes hayas.
Don Pedro, en fin, y un criado
que en Lérida acompañaba
sus estudios, discurrieron
del mar las vecinas playas,
donde dicen pescadores
que en una humilde tartana
para Italia se embarcaron;
mas no llegaron a Italia.
Tantos años como tienes
falta de su esposa y patria.
Todos le tienen por muerto,
sola yo vivo en el alma.
De la cabaña que dije
vine a la ciudad, que estaba
armada de sus amigos,
poniéndonos asechanzas.
El padre de Serafina,
mozo entonces y que amaba
a don Pedro, ocultamente,
hijo, nos tuvo en su casa.
Fué padrino en tu bautismo,
y con su hijo, que andaba
niño entonces, al escuela
te enseñó en letras y en armas.
Serví en su casa y la sirvo.
Tú, con altiva arrogancia,
¡oh recelos de mi honor!,
vida miserable pasas.
Das en decir que ese traje
para un desdichado basta.
Y dices bien, pues lo eres
desde la cuna y la faja.
Murió tu abuelo, tan necio,
que en la muerte me declara
por adúltera y a ti

del justo derecho aparta
de legítimo heredero;
aunque esta falsa probanza
en el tribunal de Dios
divina sentencia aguarda.

PED. No lloréis, madre querida.
Y aunque está bien responderos,
consolaros y ofreceros
alma, cuerpo, sangre y vida,
perdonad, porque he sentido
que viene Leonardo allí,
que después sabréis de mí
lo que estoy agradecido.

(Váyase.)

LUCRECIA.

Dejó su dulce y regalada esposa,
su querido Telémaco y su nido
aquel astuto que volvió perdido
de la venganza de la griega hermosa.
No quedó monstruo de la mar furiosa
adonde no viviese detenido;
ya le valió la lengua, ya el oído,
ya la dulce retórica famosa.
Volvió, en efecto, y en el sacro templo
colgó la ropa. Amor, que solo bastas
a que tan grande fe y lealtad confirmes,
dejándonos los dos tan alto ejemplo,
a las mujeres para ser muy castas
y a los maridos para ser muy firmes.

(Sale MARÍN, *escudero.)*

MARÍ. Bendigo, Lucrecia, a amor,
que una vez sola te veo
de tantas como deseo
que me des algún favor.
Inés, mi hija, me dice
que hablas en mis cosas bien,
y aunque este nombre también
de madrastra escandalice,
ella toma con mil gustos
que nos casemos tú y yo.

LUC. A lindo tiempo llegó
la sombra de mis disgustos.

MARÍ. Yo querría con Inés
casar a Pedro, tu hijo;
que algo de aquesto me dijo,
vergonzosilla, después.
Si tú quieres, en un día
haremos los casamientos;
que nuestros amos, contentos,
celebrarán su alegría.
Viudos somos tú y yo.
Si buen marido perdiste
y a mi mujer conociste,
¿quién a Brígida igualó?
Mujer fué que, a no ser fea,
necia, prolija y celosa,
era una perla preciosa,
era un dragón de Medea.
Pues limpieza estaban mudos
cuantos la cocina fragua;
con una escudilla de agua
hiciera cuatro menudos.
Un ajo que hacer solía
para una pata de buey
pudiera comerlo el Rey;
como un almíbar sabía.
Conservas hizo extremadas
de rábanos, de lentejas;
mil emplastos para viejas,
mil parches para preñadas,
remedios para doncellas.
Mas será nunca acabar.
Mujer perdí que llorar,
que hay muy pocas como ellas.

LUC. Marín, ¡oh mar de mis duelos!,
¿queréisos ir en buen hora?

MARÍ. También le he dicho a señora
cómo tengo algunos celos
de Gonzalo el jardinero.

LUC. ¿Queréisme dejar, Marín?

(Sale GONZALO.*)*

GON. ¿Espantajo en el jardín?

MARÍ. Yo soy honrado escudero
de Serafina y soy padre
de Inés, a quien tanto quiere,
y si otra cosa dijere...

GON. ¿Qué digo yo que no os cuadre?
Antes os ando a buscar,
que me comer las higueras
los tordos de estas riberas
y en medio os quiero asentar.

MARÍ. Yo soy muy gentil hidalgo,
y mi padre, en mi lugar,
tuvo caña de pescar,
rocín, escopeta y galgo,
y esto haré bueno en la calle.

GON. Y en el muladar mejor.

MARÍ. ¡Sois un villano hablador!

LUC. ¡Teneos!

MARÍ. ¡He de matalle!

GON. Tiradme una necedad,
escudero de don Bueso.

MARÍ. Vos saldréis, cebolla y queso;
vos saldréis de la heredad.
LUC. ¿No basta estar de por medio?
Venid conmigo, Marín.
GON. Hombre injerto en matachín,
yo os haré...
LUC. ¿Que no hay remedio?
MARÍ. Traed esta noche espada,
jumento de la hortaliza.
GON. Pues, Miércoles de Ceniza,
¿para ti he menester nada?
LUC. ¡Acabad!
MARÍ. No puede ser.
Dejadme herirle.
GON. Monazo,
al ángel que tiene el brazo
lo puedes agradecer.
LUC. Leonardo viene, callad.
MARÍ. A la noche lo veréis.
GON. Si salís vos llevaréis
rocín con muermo.
LUC. ¡Acabad!

(Váyanse LUCRECIA *y* MARÍN. *Sale* JULIO *vestido de labrador.)*

JULIO.

Desesperado estaba de esperarte.

GONZALO.

Estaba aquí la causa de mi pena.
¡Oh qué bueno que vienes!

JULIO.

No he podido
disfrazarme mejor.

GONZALO.

Entra, que quiero
que pases plaza de sobrino mío
y te conozcan los de casa todos.
Tú, con paciencia, humillarás el cuello
al villano azadón, y cultivando
la tierra sembrarás tus esperanzas.
Trabajo alegre, si su fruto alcanzas.

JULIO.

Haré por Serafina cuantas cosas
cuenta Apuleyo de la humilde Psiques
cuando, del niño amor enamorada,
pasó por él trabajos tan inmensos.

GONZALO.

Entra, que podrá ser que aquesta tarde
venga al jardín.

JULIO.

Mi amor, Gonzalo amigo,
y él medrarán en vida y en colores,
que uno tendrá esperanza y otro flores.

(Váyanse y salgan MARÍN *e* INÉS.)

MARÍ. Esto queda en este punto.
IN. ¿Y querrá Pedro?
MARÍ. ¿Pues no?
IN. ¿Qué Lucrecia respondió?
¿Que todo lo hiciste junto?
MARÍ. Algo estuvo vergonzosa
y al principio impertinente;
pero en viéndome valiente
dijo sí.
IN. Notable cosa.
MARÍ. Ella será mujer mía
y tú de Pedro serás.
IN. ¿Y querrá Pedro?
MARÍ. No es más
que la venza mi porfía.
IN. ¿Dónde te habló?
MARÍ. En este puesto.
Que como Gonzalo vino
y ella me vió tan mohino
y a dalle muerte dispuesto,
enamoróse de mí;
porque esto de valentía
a la voluntad más fría
pone amor y rinde ansí.
Hoy nos hemos de casar.
IN. ¿Y querrá Pedro?
MARÍ. ¿Eso dices?
IN. Padre, no te escandalices
de que lo venga a dudar,
que es Lucrecia melindrosa.
MARÍ. No te digo el accidente
que le dió en verme valiente,
que ella estaba temerosa
de las fuerzas de mi edad.
Pero ahora que me ha visto
de la manera que embisto
adora en mi voluntad.

(Sale SERAFINA.)

SER. Marín.
MARÍ. Señora.
SER. A doña Ana
id a decir que si quiere
ir a la mar, que me espere
en casa de Feliciana
y las tres juntas iremos.
MARÍ. Yo voy. No le digas nada.

SER. Inés, la tormenta airada
rompió la velas y remos
a la nave del temor.
Venció amor con sólo oír
que se puede reducir
a Pedro todo mi honor.
Es Pedro capaz sujeto,
según me ha dicho mi hermano,
del valor más ciudadano;
no por labrador discreto,
no por partes virtuosas,
mas por nacimiento igual
al más noble y principal.
Y hame dicho tantas cosas
que pienso hacer de manera
que mude traje y estilo.
IN. Mudó la fortuna el filo,
cielos, de su espada fiera.
SER. Ya quiero que no se vaya,
ya no hay que tener temor
de las prendas de mi honor.

(Sale PEDRO.*)*

PED. Mi luz me aguarda en la playa.
Arrojarme quiero al mar
de mi veloz pensamiento,
que si me socorre el viento...
SER. Aquí cerca siento hablar.
¡Oh Pedro! ¿Tú estás aquí?
PED. ¿Cuándo has visto sol sin sombra?
SER. ¿Quién es sol?
PED. Tu nombre nombra.
SER. ¿Y sombra?
PED. Nómbrame a mí.
SER. Si sol, como dices, fuera
o sola en ti me nombrara
más pienso que te alumbrara
que no que te obscureciera.
Más pues que sombra te nombra
tu fortuna sin remedio,
cosas están de por medio
que pienso que te hacen sombra.
PED. ¡Oh bellísima señora,
Diana de estos jardines,
que los más secos octubres
hacen floridos abriles!
Perdonad, sol, que estos ojos
sin ser águila te miren;
que el amor dicen que es ave
y con la fénix compite.
Criádonos han los cielos,
ellos entienden los fines,
en una casa á los dos,
y yo desde que naciste
te he querido con el alma,
supuesto que sin decirte
mi cobarde pensamiento,
tanto, que apenas le dije
a los árboles y fuentes
de este jardín apacible,
á ellos porque se nudan
y a ellas porque se ríen.
Mas ahora que mi madre
me da aliento con decirme
que soy hombre bien nacido,
y que es verdad se colige,
pues bien nacido se llama
quien nació para servirte,
quiero levantar el vuelo
como el pajarillo libre
que estuvo toda la noche
sobre las pajuelas triste
y en viendo que el sol hermoso
desata su negro eclipse,
distintas las cosas muestra
y calienta cuanto vive
sale cantando a los campos,
las alas y el pico esgrime
al aire, que le responde
los amores que le dice.
Vesme aquí, sol de hermosura,
si lo que digo permites,
responde á mi justo amor;
que este traje que me viste
no pone ni quita al alma,
como tu amor no le quites;
porque los méritos de ella
lejos del cuerpo se miden,
que ella dura para siempre
y él espera consumirse.
Pero en tanto que los dos
en la unión que ahora viven
a tu valor los ofrezco,
aunque sacrificio humilde.
SER. Pedro: a un tiempo nos han dado
ocasión que nos obligue
al amor que me convidas
declarado como firme.
Siempre te he tenido amor.
Mas, ¿qué digo? Ya lo dije.
Pero tus humildes prendas
no me dejaron decirle.
Mi hermano me ha declarado
hoy entre aquellos jazmines
tu nacimiento y valor;
y a mí, Pedro, no es posible

dejarme de declarar,
de quererte y de rendirme.
Corra ahora la fortuna
por donde quisiere y prive
lo más de amor a lo menos,
pues es su fuerza invencible.
Esta noche, por la reja,
sin testigos, quiero oírte,
donde, aunque por hierro sea,
las almas se comuniquen.
Y en prendas de esta verdad
quiero como yedra asirte
de mis brazos.

PED. Venturoso
quien a tus lazos se rinde.

(En abrazándose, sale DON JULIO.)

JUL. ¡Maldito sea el jardín,
aunque tal Flora le pise,
si el primer árbol que vea
de aquella yedra se ciñe!
Yo vine a ser labrador;
¡a buen tiempo a serlo vine!
¡Buen fruto espero de plantas
que de esta suerte se miden!

PED. ¿Quién va allá?

JUL. ¿No me conocen?
Hablen, no hay que se retiren.
Domingo soy, el sobrino
de Gonzalo. ¿De qué sirve
el santiguarse de mí?

PED. ¿No quieres que me santigüe
de ver en casa persona
que en ella ha estado invisible?

SER. Pedro, con vergüenza voy;
remedia mi honor. Despide
esa bestia de mi casa.
Inés, ¿qué es esto?

IN. Decirte
que sean cuerdas las mujeres.

SER. El amor es ciego.

IN. Y lince
el honor.

SER. Remedio habrá.
Habla a este Domingo y dile
que tú quieres bien a Pedro
y que por eso lo hice,
porque os habéis de casar.

IN. ¿Y querrá Pedro?

PED. Increíble
es el pesar que me has dado.
¿Cómo o cuándo aquí viniste?

JUL. Yo vine como me ves,
y, cuando menos, a irme;
que ya no tengo que hacer
viendo lo mucho que sirves.
Gonzalo me dijo ayer
que faltaba quien cultive
las plantas de aquesta casa.
Mintió. Esto pienso decirle.
Que tú eres gentil mancebo
y de brazos tan gentiles
que no habrá tan alta fruta
que no alcancen y derriben.
Voyme a despedirme de él.

PED. Este me ha entendido y finge;
no parece labrador;
mas yo haré que se averigüe.
Espérate, no te vayas;
Bien hay en estos jardines
en que labremos los dos.

JUL. Yo os confieso que no atine.
Vos tenéis el mejor cuadro.
¿De qué me sirve que mire
si tengo de desear?
¿No será mejor que olvide?

PED. Adiós.

JUL. Adiós.

PED. El me entiende.

JUL. Yo cantaré como cisne.

ACTO TERCERO DE
los Ponces de Barcelona

(Salen SELIMO *y* DALIFE.)

SELIMO.

Irá, como te digo, Barbarroja
a Túnez, esta vez con tanta prisa
cuanta le pide la improvisa fama
con que dicen que viene Carlos Quinto
a dar a Muleazes aquel reino.

DALIFE.

¿Pues qué le mueve al César de Alemania,
al gallardo español poner el cetro
en la mano otra vez de Muleazes?

SELIMO.

Esmaltar la virtud de sus hazañas
con tan rara piedad.

DALIFE.

¿Y Barbarroja
está para emprender esta jornada?

SELIMO.

Ya de Constantinopla salir quiere,
tan gallardo y brioso, que hoy le han visto
batir las piernas a un bridón de Frisia
y hacerle obedecer espuela y vara.

DALIFE.

¿Pues no estaba tan grueso que, en los hombros,
en andas, le llevaban sus genízaros?

SELIMO.

Hubo un cautivo natural de España
y la insigne ciudad de Barcelona
que se ofreció a enflaquecerle, y éste,
con tal dieta y remedios exquisitos,
quitándole de beber, le ha enflaquecido,
que el cuero que quedó de la gordura,
vacío, en la barriga, dobla encima
y con doblada faja se le aprieta,
poniéndose a caballo cuando quiere.

DALIFE.

¿Que, con arte, ha podido ingenio humano
curar de la gordura a Barbarroja?

SELIMO.

Vuelve los ojos si creeerlo quieres.

DALIFE.

¿Es aquel el cautivo?

SELIMO.

Aquel le cura.

DALIFE.

Todo se rinde al arte.

SELIMO.

La experiencia
muestra que la fortuna fué la ciencia.

(Salen turcos, que acompañan, y detrás BARBARROJA *y el padre de* PEDRO, *en hábito de cautivo, y* SEVERO, *aquél criado suyo.)*

BARBARROJA.

Conviéneme que, en término sucinto,
socorra a Túnez, donde baja airada
el águila del César Carlos Quinto
vibrando el rayo de su roja espada.
No sólo el nuestro, el polo más distinto
tiembla las proas de su fuerte armada
en cuyas popas viene la fortuna
más fácil a su cruz que a nuestra luna.
El ir a Túnez, como voy, te debo,
ingenioso español, pues que me has dado,
con sólo enflaquecerme, aliento nuevo,
nuevo honor, nueva vida y nuevo estado.

PADRE.

De mi tierra, señor, salí mancebo,
huyendo del furor de un padre airado
que porque me casé sin su licencia
confirmó de mi muerte la sentencia.
Con aqueste español que me servía
cautivo fuí de un bárbaro africano,
donde después que al mar de Berbería
corté las aguas con la propia mano,
fuimos los dos, en Mequinez, un día
vendidos y comprados de otomano
sobrino de Selín, que, con más gente,
nos trajo a tu servicio por presente.
Servimos en su fuerte caravana
muchos años primero, hasta que ahora
el paso la fortuna nos allana
en esos pies que nuestra boca adora.

BARBARROJA.

La cura, Pedro, ha sido soberana,
en que tanto mi vida se mejora
que al caballo mayor, por maravilla,
con asir el arzón salto en la silla.
Si de Constantinopla señor fuera,
sus torres y sus puertas te entregara.
Si los tesoros de Selín tuviera,
el mundo tus riquezas envidiara.
Pídeme, Pedro, del imperio afuera,
en que si fuera dueño te dejara;
que no habrá alguna tan notable cosa,
para mostrar mi amor, dificultosa.

PADRE.

Señor: bien sabes tú que no es el oro
para la libertad precio bastante.
No puedes darme imperio ni tesoro
para mi pretensión tan importante.
Tras tantos años, mi mujer adoro;
que la estampé con letras de diamante
en el principio mismo de la vida,
donde ha vivido al corazón asida.
Verla deseo y ver la patria amada,
morir deseo en mi primero nido.

BARBARROJA.

En la nave mejor de nuestra armada
irás a España rico y defendido.
A Túnez es ahora mi jornada,
a resistir a Carlos atrevido.
La tuya será luego a Barcelona.

PADRE.

Prospere el cielo tu real corona.

SEVERO.

Danos los pies, señor, cuya alta frente,
por tan ilustres e ínclitas victorias,
adornen los laureles del Poniente
y con fama inmortal de las historias.

BARBARROJA.

Apercibe, Dalife, nave y gente.

PADRE.

Siempre te alabarán nuestras memorias.

SEVERO.

Piadoso llanto nuestros rostros baña.

PADRE.

¡Gracias a Dios que vuelvo a verte, España!

(Salen LUCRECIA *y* GONZALO, *el jardinero.)*

LUC. Suelta el agua de esas fuentes,
piensen que el alba las flores
dan perlas a sus colores
rota en partes diferentes.
Haz, Gonzalo, que esas aves
de bronce los picos mueva
el viento que dentro lleva
los contrabajos suaves,
que lo manda mi señora
y esta tarde honrarlas quiere.

GON. Si ella a los cuadros viniere,
¿qué más alba y qué más Flora?
Y aun lo dijera de ti
si menos esquiva fueras.

LUC. Esto me mandó que hicieras.

GON. ¿Y tú qué has de hacer por mí?
Oye, detente y daréte
un ramillete de flores.

LUC. Aquí parecen mejores
y es mayor el ramillete.

GON. Toma un clavel, que son bellos.
Pero llévasle en los labios
y será hacerles agravios
poner su color en ellos.
Toma un jazmín. Mas también
es dar blancura a la nieve.
¡Ay de quien amar se atreve
donde es el premio desdén!
¡Domingo, Domingo, hola!
¡Hola, sobrino!

JUL. ¿Qué prisa
es esta?

GON. Ahora me avisa
Lucrecia que viene sola
nuesa ama a ver el jardín.
Démosles agua a estas fuentes.

JUL. Mejor fuera a las corrientes
de mis ojos; pues, en fin,
voy hallando cada día
el de mi loca esperanza,
pues lo que un villano alcanza
pierde la desdicha mía.
¡Oh dura peña inhumana!
¡Oh nunca visto rigor!
¡Oh celos, muerte de amor!
¡Oh larga esperanza vana!
Voy al fin y siempre estoy
contigo en un mismo ser,
pues voy sin echar de ver
cuántos días ha que voy.
Paso, Gonzalo, los días
con esperanza de alguno;
pero no llega ninguno
con el fin de mis porfías.
Hoy digo: «Dichoso soy».
Pasa el día y no hay llegar,
y es mayor desdicha andar
esgañando el día de hoy.
Porque no hay cosa más vana
que andar uno por su culpa
dando al día de hoy disculpa
y esperando el de mañana.

GON. Esto que me habéis contado
de Pedro favorecido
engaño, don Julio, ha sido,
porque está medio tratado
de casarse con Inés,
la hija del escudero.
Mal de que yo sólo muero,
pues se han de casar después
los padres de los casados.

JUL. ¡Ay que os engañan ansí!

GON. Mi señora viene aquí.
Sosegad vuestros cuidados,
que disimular importa.

JUL. ¡Válame Dios, qué de prisa!

GON. Esto Lucrecia me avisa.
Tuerce esas llaves y corta,
Domingo, alguna retama
mientras corto unos claveles.

(Salen LUCRECIA *y* SERAFINA.)

SER. No me enfades como sueles.

LUC. Miro tu opinión y fama.
Y si supiese tu hermano

que a mi hijo quieres bien,
no consideras también
que era mi destierro llano
de su casa, con razón,
y de ese mozo la muerte.
Ese jardinero advierte
que es don Julio de Aragón.
Por ti deja las galeras
de España y a tan vil traje
quiere el amor que se baje.

SER. Lucrecia, no consideras
que el amor no es calidad
y que viene sin querer;
de donde podría ser
que se llame enfermedad.
Déjame, no me aconsejes.

LUC. Pedro mi hijo es villano,
y, por temor de tu hermano,
te aconsejo que le dejes.

(Sale INÉS.*)*

IN. Los músicos han venido.

SER. ¿Cuáles son?

IN. Los del Virrey.

SER. Si amor hiciera una ley,
ya que reina en el sentido,
que se amaran solamente
los iguales, justo fuera
que ninguno los rompiera.

GON. Poca agua tiene esta fuente.

JUL. Está esa ninfa mal puesta
y de mala gana llora.

LUC. Por ti lo dice, señora.

SER. A dar por ella respuesta,
Domingo, obligada quedo.

JUL. Diréis que es mármol.

SER. Y helado.

JUL. Yo pruebo con mi cuidado
a enderezarla y no puedo.

SER. Pues a alegrarme bajé,
hoy quiero daros licencia
que os sentéis en mi presencia.

JUL. Grande me hacéis, a la fe.

SER. Sentaos todos.

GON. Si es tu gusto,
junto a Lucrecia me asiento.

JUL. Y yo, aunqe es atrevimiento,
junto al sol, que fuera justo
que las alas me abrasara.

(Salen MARÍN *y los músicos.)*

MARÍ. Los músicos han llegado.

MÚSI. Perdona si hemos tardado
y en qué servimos repara.

SER. Mucha merced, caballeros.
Siéntense, por vida mía;
jardín es, no hay cortesía.

MÚSI. Siempre quisiéramos veros
si su excelencia nos diera
el lugar que deseamos.
¿Qué nos mandáis que digamos?

LUC. Pedro viene.

SER. Un poco espera.

(Sale PEDRO.*)*

PED. Dios los haga más, amén.

IN. ¡Oh Pedro, seas bien venido!

JUL. Helo aquí todo perdido.
Sin él estábamos bien.

PED. ¿Habrá lugar para mí?

LUC. ¿No te pudieras estar
allá en tu huerta?

IN. A cantar
comienzan, déjale aquí.

(Los músicos canten.)

«Al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir.
Humildes se hacen,
altos se reprueban,
unos se renuevan
y otros se deshacen;
como mueren nacen.
Porque con vivir,
al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir.
Otra vez se ve
lo que no se espera;
lo que ya no era
vuelve a lo que fué.
Nadie triste esté;
que si da en sufrir,
al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir.»

PED. Bien dice, y así lo espero.

LUC. Como esas cosas se ven.

JUL. Todos veremos también.

PED. Yo veo cuanto yo quiero.

JUL. Y yo lo que no querría.

SER. Yo lo que quiero y no quiero.

LUC. Yo no veo ni he de ver.

IN. Yo veo lo que ha de ser
de quien lo ha visto primero.

GON. Yo me he de cerrar los ojos
por no ver y desear.

MARÍ. Y yo, ¿qué podré mirar
sin fuerzas y con antojos?

SER. Al que dijere mejor

las cosas que puede ver
le daré...

PED. ¿Qué puede ser?

SER. Una cinta por favor.

PED. Yo os he visto; y pues no hay más,
dádmela, que yo he ganado.

JUL. Todos habemos mirado,
serafín, cuán bello estás.
No es razón.

PED. Pues todos digan
lo que han visto.

JUL. Yo diré.

SER. Comienza.

JUL. Comenzaré,
pues tantas causas me obligan.
Yo vi un señor de la mar
hecho en tierra labrador
para coger una flor,
que es clavel y sale azar.
Pero al tiempo de cogella
la vió toda en una mano
de un tosco y rudo villano
indigno de merecella.
Triste de tales enojos
no quiere en la tierra andar,
sino volverse a la mar,
aunque la lleva en los ojos.
Pero dícenle que yerra
en cansarse de esperar;
que mal vivirá en la mar
quien deja el alma en la tierra.

PED. Yo vi un hombre desdichado
que siendo muy bien nacido
de aquel estado ha venido
al más miserable estado.
Luego le vi tan dichoso
de un tesoro que se halló
en un jardín, que llegó
al estado más gozoso.
Vi también que éste tenía
un hombre que le envidiaba,
que lo que en la mar no hallaba
en la tierra pretendía.
No deja al otro que siembre
la tierra que ha cultivado;
que con ser julio abrasado
la hiela más que diciembre.
Mas vi determinación
en un labrador honrado
de hacerle, aunque sea soldado,
que deje la pretensión.

SER. Yo vi dos hombres de bien
sin causa tratarse mal,
y siéndolo cada cual
mejor es que en paz estén.
Vean otros de manera
que esto no pase de aquí.

GON. Pues yo diré lo que vi
por no ver lo que quisiera.
Yo vi unos hombres cansados,
de saber tan presumidos
que de todos sus sentidos
eran necios atezados.
Y vi un género de gente
que, sin hacer cosa buena,
no la hay en el mundo ajena
que les agrade y contente.
Vi una casa con portillo
por no repararla el dueño,
y vi un novio tan pequeño
que le llamaban novillo.
Vi un mancebo, que en la escuela
aun pudiera andar, querer
una muy vieja mujer
por saber de amor de abuela.
Vi cierto amigo enemigo
con cubierta de hombre noble;
porque no hay trato más doble
que del que es fingido amigo.
Vi una dama que trataba
de ser varia en sus contentos
y que con mil juramentos
su vida justificaba.
Vi necedades honradas
encima de las estrellas
y mil espadas doncellas
pasar plaza de casadas.
Vi la virtud abatida
y el juego en camas de seda,
y vi tocar a la queda
a la mitad de la vida.
Finalmente, vi después
mil casas que aun no cabían
en la calle que se hacían
y su dueño en siete pies.

(Toquen, dentro, cajas.)

SER. ¿Qué es aquello?

JUL. A verlo voy,
que aun puede tocarme a mí.

GON. ¿Qué me das por lo que vi?

SER. Toda la cinta te doy.

PED. ¿Quiéresmela a mí trocar?

GON. ¿Qué me darás?

PED. Cuanto pidas.

IN. No se la des.

PED. No me impidas.
SER. Inés, déjala feriar.
MARÍ. Si a mí me dejaran ver
bien tenía que decir.
IN. Ni quisiera ver ni oír.
GON. No te canses, que ha de ser
la cinta de mi sobrino.
LUC. Y la merece muy bien.
PED. ¿Dices tú que se la den?
LUC. Sus méritos imagino.

(Vuelve DON JULIO.)

JUL. Lo que la caja contiene
y todo el marcial ruido,
Serafina celestial,
de este jardín paraíso,
es que pasan por la calle,
con gallardo paso y brío,
las lucidas compañías
que se han hecho y prevenido
a la jornada de Túnez,
donde el César Carlos Quinto
va en persona a hacer temblar
el Asia, porque Filipo
halle después, cuando reine,
humilde el mar y vencidos
los otomanos feroces,
que de oír su nombre invicto
como la noche del sol
huyen a su negro abismo.
Venlos a ver, ansí el cielo
te dé muy presto marido
que con bastón en la mano
gobierne treinta navíos.
SER. Voy por alegrarme un poco.
MARÍ. Y todos vamos contigo.

(Todos se vayan)

PED. ¿Esto se dice a mis ojos?
LUC. Escucha, Pedro.
PED. Tú has sido,
madre, en esta empresa mía
la fuerza de mi enemigo;
tú me quitas mi remedio,
y más ser por ti he perdido
que gané en nacer de ti.
LUC. Tu bien procuro.
PED. ¿Tú el mío?
LUC. Necio, ignorante, ¿no ves
que si Leonardo, ofendido,
entiende tus pensamientos
te dará justo castigo?
El caballero que ves
con este disfraz vestido
es don Julio de Aragón,
que tuvo heroico principio
de los Reyes de Sicilia.
Vuelve en ti, pues yo te aviso;
no des mal pago a Leonardo,
que te ha criado y querido
como hermano, y está cierto
de la elección y juicio
de Serafina; que todo
es burla cuanto te ha dicho
y que quiere al de Aragón.
PED. ¿Tú lo has visto?
LUC. Yo lo he visto.
Papeles suyos le he dado,
y aun sé... Mas basta lo dicho.

(Váyase.)

PEDRO.

Víboras trae y áspides consigo
la Libia peregrina desde España;
el pecho fía en báculo de caña
y fía su mujer de falso amigo.
Al que es villano enseña sin castigo,
soberbio quiere ser en tierra extraña,
señor ingrato sirve y acompaña
y encomienda su honor a su enemigo.
Los bajíos del mar prueba sin sondas,
amor y ausencia pone en dos balanzas
y fía de un traidor castillo y rondas
el que pone en mujer sus esperanzas,
porque no tiene el mar tan varias ondas
como ellas pareceres y mudanzas.

*(*SERAFINA *sale con* INÉS.)

SERAFINA.

¡Qué gallardos soldados!

INÉS.

Las colores
pudieran competir con estas plantas
cuando se visten de tan varias flores.

SERAFINA.

Y no pienso que en eso te adelantas.

INÉS.

Pedro está aquí.

PEDRO.

Llorando tus rigores
lleno de penas y desdichas tantas.

SERAFINA.

Qué lucida pasó la compañía;
pero fuéralo más la tuya y mía.

PEDRO.

Lisonjas que disfrazan sus engaños
a costa de las vidas inocentes
no me podrán hacer mayores daños
que los que llora mi verdad presentes.
Serafín eres tú. Los desengaños
muestran, cruel, que hasta en el nombre mientes,
sino es que el serafín diga cual suena,
será fin de mi vida y de mi pena.
No es tiempo ya de hablar por más rodeos
si hay en amor agravios declarados;
prosigue libremente en tus deseos,
que no es bien que te impidan mis cuidados.
A ti se te ofrecieron dos empleos
bien desiguales e igualmente honrados;
pero el uno tan bajo en parte alguna
que le cogió la rueda de fortuna.
Bien escogiste, yo te lo confieso,
don Julio de Aragón, noble y soldado,
para quitarme a mí sin causa el seso,
en hábito villano disfrazado.
¿Quién de tu honor creyera tal exceso?
¿Cuál hombre no viviera confiado
en tu nobleza y claro nacimiento,
en tu rara virtud y entendimiento?
¿Qué mucho que las nuevas compañías
te agraden cuando pasan por tu calle
si en tu jardín su capitán tenías
de tal ingenio, gracia, gusto y talle?
¡Oh lo que pueden en tan breves días,
perdona, que no es bien que ya lo calle,
galas, plumas, mudanzas, cosas nuevas!
¡Con qué fácil ejemplo que lo pruebas!
Pues esas compañías, Serafina,
a los dos la darán de esta manera:
que tú a don Julio sigas, pues te inclina,
y yo siga, soldado, su bandera.
Troquemos la ventura, y determina
que cultive el jardín, si el fruto espera,
y yo de labrador vuelto soldado
ya rompa, no la tierra, el mar salado.
No me verán tus ojos ni tu olvido.
Máteme en Túnez un alfanje moro
y no verte casada y ver perdido
lo que he labrado en el jardín que adoro.
Piérdase, ingrata, el tiempo y no el sentido;
la libertad es singular tesoro.
Póngase el mar en medio de mis daños
y tú goza de don Julio muchos años.

SERAFINA.

¡Pedro! ¡Pedro! ¡Detente, escucha, advierte!

INÉS.

Fuése desesperado.

SERAFINA.

Pues si es ido
ocupe su lugar la fiera muerte
y quien lleva el honor lleve el sentido.

INÉS.

Señora: ¿cómo tratas de esa suerte
tu vida por un bárbaro ofendido
de su imaginación y de sus celos?
¡Desmayo ha sido! ¡Socorredla, cielos!

(Salen GONZALO, MARÍN *y* DON JULIO.*)*

GONZALO.

Inés, ¿de qué das voces?

INÉS.

¿Y no es justo?
¿No veis a mi señora desmayada?

MARÍN.

¿De qué le procedió?

INÉS.

De un gran disgusto.

JULIO.

Buena ocasión de asir su mano helada.
¡Ah, mi señora!

MARÍN.

Tú, pues tan robusto
eres, Domingo, llévala abrazada,
que mejor estará en su cuadra ahora.

(Sale LEONARDO.*)*

LEONARDO.

¿Qué es esto?

JULIO.

Un grande mal de mi señora.

LEONARDO.

¡Hermana mía!

JULIO.

Fáltale sentido.

LEONARDO.

Llevadla adentro.

JULIO.

Yo que tengo fuerza.
(Llévanla.)

LEONARDO.

¿No me decís vosotros lo que ha sido?

INÉS.

Requiere espacio.

JULIO.

Amor, mi dicha esfuerza.

INÉS.

Mucho te has descuidado en dar marido
a mi señora.

LEONARDO.

¿Quién habrá que tuerza
su voluntad, pues, para darme enojos,
quiere casarse a gusto de sus ojos?
Mas dime, Inés: si llegan las doncellas
a cierta edad y no les dan esposo,
¿se desmayan ansí?

INÉS.

No lo sé cierto;
pero sé que es su blanco el casamiento
por ser el centro del cuidado suyo,
que consiste en su estado solamente,
bajamos al jardín, que anda opilada,
comió una hierba, nunca la comiera,
y luego se quedó como difunta.

LEONARDO.

¡Gonzalo! ¡Hola, Gonzalo!

(Sale GONZALO.*)*

GONZALO.

Señor.

LEONARDO.

Dime:
¿qué hierba es ésta que comió mi hermana?
¿Tú siembras, necio, en un jardín curioso
hierbas que maten como con veneno?

GONZALO.

¡Ah cielo! ¡Julio!

(Sale DON JULIO.*)*

JULIO.

¿Qué manda, señor tío?

GONZALO.

¿Has tú sembrado por ventura hierba
venenosa después que estás en casa?

JULIO.

Yo no, por Dios; que antes procuro siempre
sembrar hierbas de paz y de alegría.
Verbenas, que concilian voluntades,
y verdes valerianas amorosas;
cidionelas, citisos y ajedreas
he puesto yo.

LEONARDO.

¿Pues cómo está mi hermana
tan mortal de una hierba que ha comido?

JULIO.

Pedro la habrá sembrado; suya ha sido.
Ayer sembraba tártagos amargos,
adelfas y otras hierbas venenosas.

LEONARDO.

¿A qué efecto las siembra?

JULIO.

Yo sospecho
que para la botica las aplica.

LEONARDO.

¿En mis jardines hierbas de botica?
Llamadme a Pedro acá.

GONZALO.

No está en la huerta,
que dicen que las cajas de estos días
le alistan en sus nuevas compañías.

LEONARDO.

¿Soldado Pedro?

GONZALO.

Así se dice en casa.

(Salen el padre de PEDRO *y* SEVERO *en hábito de moros.)*

PADRE.

Esta debe de ser.

SEVERO.

Conviene en todo
con las señas.

LEONARDO.

Mirad qué gente es ésta.

PADRE.

Dos moros convertidos que pedimos
limosna y de la mar pobres salimos.

LEONARDO.

Está la casa ahora alborotada
con una gran desgracia; que ha comido
una doncella cierta hierba. El cielo
la dé ahora salud y os dé consuelo.

PADRE.

¿Hierba ha comido? Pues el cielo mismo
haced cuenta, señor, que aquí me trajo.
Yo la daré salud.

LEONARDO.

¿De qué manera?
Yo fuí del gran señor en sus jardines,
con este moro, jardinero, y creo
que no hay hierba en el mundo que no sepa
su propiedad, y como tenga vida
yo le daré con que se sienta buena.

LEONARDO.

Dame esos brazos. Entra; que los cielos
te trajeron aquí.

PADRE.

Pues id delante.

JULIO.

Yo voy a ver milagro semejante.

GONZALO.

Escucha, moro.

SEVERO.

¿Qué mandáis?

GONZALO.

Yo he sido
jardinero seis años de esta casa
y deseo saber las propiedades
de algunas hierbas, porque allá los moros
hacéis notable estudio en conocellas.
¿Qué hierbas sabes tú tan peregrinas
que no las conozcamos en España?

SEVERO.

¿Quién a mi amo le ha metido en esto?

GONZALO.

Yo conozco la andrachne y el acónito,
el absintio, el aneto, el apiastro,
el carpófilo, el díctamo, el rodoro,
la efimeron, la satureia, el silio,
el polipodio, el frago, la mandrágora
y otras de mil virtudes exquisitas.

SEVERO.

Señor, las hierbas que yo sé y he visto
sus propiedades son más conocidas:
perejil, que se come con carnero;
nabos, para la olla, con tocino;
lechugas, de que se hacen ensaladas;
orégano, que se echa en aceitunas;
anís, para morcillas, y cominos;
ajos, para solomos adobados;
zanahorias, que purgan con aceite;
berzas, para la vaca, si está gorda;
mostaza, que se sube a las narices;
rábanos, verdolagas y alcaparras,
berenjenas, y cardos, y escarolas,
chirivías, cebollas, remolachas
y marrubio, que es hierba de muchachas.

GONZALO.

Por mi vida que son bien peregrinas.
Esas nunca se han visto en esta tierra.
Mas pues sabéis de nabos y tocino
también sabréis de vino.

SEVERO.

¿Tenéis vino?

GONZALO.

Un poco de Alaejos.

SEVERO.

Pues mezcladlo
con lo de Illana, que es famosa epítima.

GONZALO.

Moro que sabe a Illana y Alaejos
sin duda viene de cristianos viejos.
¿Cómo os llamáis?

SEVERO.

Garrullo me apellido.

GONZALO.

En vendimias debéis haber nacido.

(Salen FABRICIO *y* DON JULIO.*)*

FAB. No podéis estar aquí
si no es perdiendo el honor.
JUL. Pedid licencia a mi amor
para que me vuelva en mí.
FAB. ¿Anoche no os despertó
la pieza a leva?
JUL. No toca
a leva un alma tan loca
que las potencias perdió
dormido el entendimiento
y ciega la voluntad.
No saldré de la ciudad
si levarse el mundo siento.
FAB. Ya zarpa la capitana,
hoy partiremos de aquí.
JUL. Yo pienso que me perdí
tras de una esperanza vana.
Si os pregunta en la marina
por don Julio algún soldado,
decid que voy embarcado
en la nave Serafina.
FAB. Yo diré que vais al cielo,

pues en Serafina vais,
aunque temo que lleváis
errado el ángel y el vuelo.
Embarcaos, ¡cuerpo de tal,
entre tanto caballero:
Mendoza, Puertocarrero,
Pimentel y Sandoval,
tanto Cardona famoso,
Toledo, Rojas, Bazán,
Enríquez, Cerda, Guzmán,
Avellaneda y Moscoso.
¿No os incita tanta caja,
tanta trompeta y clarín?

(Sale PEDRO *en hábito de soldado, con plumas y espada.)*

PED. No más azada y jardín,
adonde el alma trabaja.
Por sembrar lo que jamás
pueda coger el deseo;
que si en su grado me veo
no nos hemos de ver más.
Plumas y espada he tomado,
galán vestido me he puesto,
trocando prendas por esto
que Serafina me ha dado,
con que se muestra el desprecio
que ya de sus cosas hago,
y aun pienso que no me pago
de tantos años de necio.
Aun está don Julio aquí
y allá tratan de embarcar.
Malo está de adivinar
que éstos se burlan de mí.
La noche baja, no pienso
estar la mañana aquí.
¿Buscaré a mi madre? Sí,
que me tiene amor inmenso.
Procuraré, por venganza,
que Serafina me vea,
or que en estas plumas crea
mis celos y su mudanza.

FAB. ¿Este no es el labrador
que este jardín cultivaba?

JUL. El mismo que en él estaba.

FAB. ¿Pues cuál ejemplo mejor?
Embarcarse este cuitado
a Túnez, y tan galán
que pudiera ser Guzmán
del capitán más honrado,
y vos os quedáis aquí
convertido en labrador.

JUL. Esa es la fuerza de amor.

FAB. Poco os debe.

JUL. ¿Cómo ansí?

FAB. Pero son tiempos trocados;
pues por sucesos de amores
hay soldados labradores
y labradores soldados.

(Salen LUCRECIA *y su marido, que es el padre de* PEDRO.)

PAD. Con algún sosiego queda.

LUC. Notable es tu ingenio, moro.

PAD. Allá no hay precio, no hay oro
para que igualarse pueda
a estudio y conocimiento
de hierbas.

FAB. ¿Qué gente es ésta?

JUL. La casa está descompuesta
por un cierto mal violento
que le ha dado a Serafina.
A mi aposento venid.

FAB. Que será sino advertid
de vuestra fama divina.

(Váyanse los dos.)

LUC. Mucho quisiera saber,
moro amigo, pues que vienes
de Asia, si noticias tienes,
que bien las puedes tener,
de un cautivo que vivía
en Constantinopla.

PAD. Allá
es como buscar acá
pobreza con fantasía.
Pero bien podría ser
que lo conociese yo,
¿Ha mucho que cautivó?

LUC. Muchos años ha de haber.

PAD. ¿El nombre?

LUC. Don Pedro Ponce.
Mas dicen todos que es muerto.

PAD. Yo le vi tal en un puerto,
habrá diez años y aun once,
que a lástima me movió.

LUC. ¿Luego en fragatas estaba?

PAD. En la de Jafer remaba,
que de espalder le sirvió.
Después le llevó Sultán
a los caramuzalíes.
Pero aun es bien que confíes
que vive.

LUC. Ya no verán
mi dulce esposo mis ojos.

PAD. ¿Tu esposo?

LUC. Sí que lo fué,
aunque este nombre compré
con tantas penas y enojos.

PAD. Don Pedro le habéis llamado.
Si era hombre principal,
¿cómo estáis en traje igual?
LUC. Porque fué su padre airado
tan de piedra para mí
que nunca me conoció,
antes quitarme intentó
la vida que véis aquí
sujeta a servir los años
que de aquí falta mi esposo.
PAD. Qué padre tan riguroso,
si no me tratáis engaños;
que pues nunca os recibió,
no debisteis de ser casta.
LUC. Dios lo sabe. Pero basta
de esta historia, porque yo
pierdo con su nombre el seso.
En este aposento vivo
por honra de mi cautivo,
que vive en mi alma impreso.
Me podéis aquí mandar
si en casa estáis algún día.
PAD. A buena dicha tendría
esta señora curar
para ganar opinión
de médico en Barcelona.
LUC. Merece vuestra persona
crédito en toda ocasión.

(Váyase LUCRECIA.*)*

PAD. ¿Es posible que he podido
disimular el contento?
Ya se ha entrado en su aposento.
Qué necio en dejarla he sido.
¿Si la volveré a llamar?
¡Ay Lucrecia, a qué de engaños
suelen obligar los años
y estar de por medio el mar!
Si no está un hombre seguro
que tiene al lado su prenda
de que si quiere le ofenda
ni hay defensa, guarda y muro,
¿qué espera en esta ocasión
mi ausencia en años iguales?

(Sale SEVERO.*)*

SEV. Esta sí, pesia a mis males,
que es tierra de bendición.
¡Oh bendito jardinero
que tan lindas plantas gasta!
A fe que es vino que basta.
PAD. ¿Quién va?
SEV. Yo qué sé.
PAD. Es Severo.
SEV. Severo, no, ya soy blando.
PAD. ¡Ay Severo, escucha un poco,
que estoy de contento loco!
SEV. ¿Y yo estaréme arañando?
PAD. A Lucrecia he visto aquí.
SEV. ¿Cómo podía ser menos
adonde hay hombres tan buenos?
¿Y es ella sin duda?
PAD. Sí.
SEV. ¿Hablástela?
PAD. Y me ha contado
la historia nuestra y me tiene
por muerto.
SEV. ¿Qué gente viene?
PAD. Pienso que un hombre embozado.

(Sale PEDRO.*)*

PED. Dando vueltas a la reja
Inés me vió y me llamó,
donde mi ingrata salió
y de que lo soy se queja.
Fuéme forzoso dejar
la plática, que salía
Leonardo y verme podía
gente y en este lugar.
Mas no importa, yo me voy;
mañana embarcarme aguardo,
mire su casa Leonardo,
soldado de Carlos soy.
Quiérome entrar a acostar,
que está mi madre querida
llorosa de mi partida.
Ahora bien, quiero llamar.
¡Ah señora, abre, yo soy!
LUC. ¿Eres tú, mi bien?
PED. ¿Pues quién?
LUC. Entra a acostarte, mi bien.
Ven, que aguardándote estoy
toda esta noche llorando.
¿Embarcaráste, mis ojos?
PED. Deja esos vanos enojos
con que te estás acabando,
que no excuso mi partida.
LUC. Abrirte voy.
SEV. ¿Qué es aquesto?
PAD. ¿En qué confusión me ha puesto
esta mujer fementida?
Mas, ¿qué digo? ¿Confusión?
¿Qué importa que haya mil años
para que vengue los daños
de mi fama y opinión?
SEV. Deja el alfanje. ¿Estás ciego?

¿En tantos años querías
lealtad?

PAD. ¡Que al fin de mis días
a ver mi deshonra llego!
Tan descansado he vivido
que esto por ver me faltó.
¿No viviera mejor yo
lejos de mi patria nido?
¿No me estuviera mejor
el no tener libertad?

SEV. Aunque esto es clara maldad,
mira y advierte, señor,
que Lucrecia te ha tenido
por muerto.

PAD. Disculpa es clara
como yo a ver no llegara,
Severo, mi honor perdido.
Pero viendo con mis ojos
entrar un hombre en su cama,
¿qué he de hacer?

SEV. Guardar tu fama
y divertir tus enojos.
Si te descubres, tú quedas
sin honra; mas si te vas
desconocido podrás
vivir, aunque nunca puedas
cobrar tu hacienda, que es menos
que el honor que has de perder.

PAD. Matar quiero esta mujer,
que el alma y los ojos llenos
de infamia tendré, aunque viva
en el centro de la tierra.

SEV. ¡Oh cuánto tu enojo yerra!;
pero de razón te priva.

PAD. Abre, infamia de mujer.
Abre, mujer alevosa.
Abre esa puerta, villana,
Abre, atrevida pintora.
Abre, pues tan mal pintaste
la figura de la honra
que en mí pusiste las luces
y en ti pusiste las sombras.
Abre presto.

LUC. ¿Qué es esto?

PAD. Abre.

SEV. Mira que alborotas
la casa y que viene gente.

PAD. Toda aquesta furia es poca.

(Salen GONZALO *y* DON JULIO.*)*

GON. Toma ese arcabuz, Domingo,
mira que pienso que roban
la huerta.

JUL. Los perros callan.
¡Oh malas zarazas coman!

PAD. Rompe esa puerta, Severo.

SEV. ¿Cómo quieres que la rompa?
Ya se viste el hombre aprisa.

(Salen LEONARDO, SERAFINA, INÉS *y* MARÍN.*)*

LEO. ¿Qué es esto? ¡Criados, hola!
¡Hola, gente!

SER. ¡Hermano mío!

LEO. ¿Voces en casa a estas horas?

GON. En la puerta de Lucrecia
es el ruido.

JUL. ¿Estas obras,
moros viles, nos hacéis?

LEO. ¿Quién son?

JUL. Los moros que ahora
a mi señora curaron
que con astucia engañosa
quieren robar a Lucrecia.

LEO. Perros, ¿qué es esto?

PAD. Reporta
la espada; Leonardo, tente.
Oye.

LEO. ¿Qué quieres que oiga?

(Salgan PEDRO *y su madre.)*

PED. Leonardo quiere matarme.

LUC. El piensa que le deshonras.

PED. Señor, ¿con tantas espadas
a quien confiesa que toda
la vida, después de Dios,
debe a tus piadosas obras?
Verdad es que yo he querido
a tu hermana y mi señora,
mas con mucha honestidad
y respeto, hasta que ahora,
en el hábito que ves
vino a ser caballo en Troya
don Julio, que no es Domingo,
porque a Serafina adora.

LEO. ¿Qué don Julio? ¿Qué es aquesto?

PED. Este que con habla tosca
se fingió ser hortelano.

JUL. Ya que de mi historia toda
Pedro te informa, Leonardo,
de mi calidad te informa,
que yo quiero a Serafina
por mi señora y esposa.

PAD. Antes, ilustre Leonardo,
que a sus intentos respondas
quiero que mi agravio juzgues.

LEO. ¿Tú hablas?

PAD. Toda esta ropa
es fingida, y el entrar
en tu casa por limosna.
Yo vengo, tras tantos años
de estar en Constantinopla,
en busca de mi mujer,
a quien como infame y loca
hallo acostada en tu casa
con un hombre.
LEO. Extraña cosa.
¿Pues quién eres?
PAD. Por mi sangre
don Pedro Ponce me nombran,
por mis desdichas no sé.
LUC. ¡Esposo!
PAD. ¡Aparta, traidora!
¡Desvía, infame!
LUC. Yo soy
Lucrecia, que a la de Roma
no pienso darle ventaja.
Y para probarlo sobra
que en esta casa he vivido
con opinión virtuosa.
Por mi pobreza, no tengo
más que aquella cama sola,
en que duermo con tu hijo,
que es el que agravia tu honra.
PAD. ¿Mi hijo?
PED. ¡Padre y señor!
LEO. Don Julio: en tanto que tornan
del éxtais amoroso
mi queja escucha.
JUL. Es forzosa.
Pero diga Serafina
si mis manos, si mi boca
le han perdido algún respeto.
SER. De tu nombre y tu persona
ahora tengo noticia;
pero en la ocasión de ahora
ve a servir a Carlos Quinto
que va contra Barbarroja,
que yo he de ser de don Pedro
y Lucrecia es mi señora
y este cautivo mi padre.
JUL. Tan justas son vuestras bodas
que haré que mañana venga
una escuadra belicosa
y con mil escaramuzas
se celebren vuestras bodas.
SEV. Y a Severo, que ha pasado
tantas penas y congojas,
¿qué le dan?
SER. A Inés le dan.
SEV. ¿En qué dineros la dotan?
LEO. Yo le doy tres mil ducados.
SEV. En fin, mi esposa te nombras.
MARÍ. Buenos quedamos, Gonzalo.
GON. Pues que nos llevan la novia,
casémonos vos y yo.
PED. Aquí se acaba la historia
llamada jardín de amor.
LUC. Si don Pedro me perdona,
diré yo el nombre.
PED. Decid.
LUC. *Los Ponces de Barcelona.*

FIN DE LA COMEDIA DE
LOS PONCES DE BARCELONA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA PRISION SIN CULPA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DRUSILA, *dama.*
FÉLIX.
TIBERIO, *viejo.*
CARLOS.
LIRENO.
TRACIO.
TRISTÁN, *lacayo.*
ALCIATO.
LORISO.
CORRAL.
JUANA.
Tres PILOTOS.
CRISPINA *y* CAMILA.
RICARDO *y* FLORIÁN.
TEÓFILO, *viejo, y* LUCINDA.
MAURICIO *y* ROBERTO.
Un ALGUACIL.
Un CORCHETE.
ALBERTO.
MIRENO.
BENITO.
Un MOZO DE MULAS.
Un ALCAIDE.
Un GRILLERO.

ACTO PRIMERO

(*Salen* DRUSILA *y* FÉLIX.)

DRU. En fin, ha llegado el día,
Félix, de tu embarcación.
FÉL. Sosiega, Drusila mía,
que alteras mi corazón
con tu llorosa porfía.
Deja un rato de llorar,
que el corazón y la mar
así creces, que sospecho
que se ha de romper el pecho
y ella su margen pasar.
Aquí vine de Toledo
a tu padre dirigido,
donde encarecer no puedo
el regalo que he tenido
y lo que obligado quedo.
Pero en solos quince días
que en tu casa estoy, no cuentes
tantas tiernas fantasías,
que pensarán que me mientes
las desconfianzas mías.
En medio mes tanto amor
a un huésped, a un forastero.
DRU. No es este efecto el mayor,
sino el ver que por ti muero,
y me tratas con rigor.
Que siendo noble y honrado,
¿en qué razón ha cabido
que de una mujer amado
con tanto desdén y olvido
gustes de haberla tratado?
Y tu pensamiento crea,
aunque en poco tiempo sea,
que amándote desatino;
que el amor que ha de ser fino,
en viendo quiere y desea.
Si de solamente el ver
te suele amor engañar,
¿qué milagro viene a ser
que de ver y de tratar
te venga el alma a querer?
Cuando un hombre caminando
echa de ver que anochece,
dase más prisa que cuando
sobra el tiempo y tiempo ofrece
para descansar llegando.
Yo que vi que anochecía,
mi sol que se trasponía,
dime priesa a tanto amar
por llegar a descansar
antes que faltase el día.
Si la noche obscura y ciega
de tu ausencia, mi bien, llega,
no te dé mi priesa espanto,
que por eso vuelan tanto
los azores de Noruega.
FÉL. Pues si el término sabías,
que en Sevilla había de estar,
y, en efecto, conocías
que me había de embarcar
dentro de estos quince días,
¿con qué disculpas tu error
de haberme tenido amor?
DRU. Con que pensé que pudiera

detener tu furia fiera
tenérmele tú mayor.
Detiene un rayo un laurel
y una rémora una nave;
y un deseo ardiente en él
de los gustos que amor sabe,
¿no tendrá un hombre cruel?
No le has tenido, pues creo,
si tú de mí le tuvieras,
que, más tierno que te veo,
esperaras que pudieras
satisfacer tu deseo;
que el mar supieras dejalle
y tu negocio encargalle
a tus amigos también;
que quien deseó algún bien
no se cansa de esperalle.

FÉL. Parece que me das orden
para que me quede aquí;
mas fuera grande desorden
que aquesta noche sin mí
barcos y naves se aborden.
Mi padre, Drusila mía,
a Nueva España me envía;
trata en Indias, y por prenda
de su alma y de su hacienda,
una y otra me confía.
Vine a tu padre, a quien di
las cartas que allá me dió;
fué a un capitán, concertó
de mi hacendilla y de mí
el pasaje.

DRU. Triste yo;
que pues era hacienda tuya,
bien pudiera concertarme.

FÉL. Eso a traición se atribuya,
que era su hacienda, y llevarme
no era justo hacienda suya
en pago del hospedaje.
Pues concertado el pasaje
y el día y punto llegado
y con la ropa embarcado
también el matalotaje,
¿qué achaque puedo tomar
para quedarme en Sevilla?

DRU. Fíngete enfermo.

FÉL. Enfermar,
mirando del mar la orilla,
dicen que es miedo del mar.
Por tu vida, que lo hiciera;
pero cuando allá supiera
mi padre que enfermo estaba
y que por esto dejaba
su esperanza en la ribera,
¿no ves que viniera acá
y me volviera a Toledo?

DRU. No más, Félix; bien está;
que tienes miedo del miedo
que, el mar mirando, le da.
Y no menor le has tenido
de hacerte enfermo fingido,
que bien lo fueras de veras;
pero si amaras, no hubieras
al padre ni al mar temido.
El hombre considerado
nunca dicen que es valiente;
y así el hombre concertado
que lo que ha de decir siente,
nunca es buen enamorado.
Vete a las Indias, y el cielo
te lleve con más consuelo
que me dejas.

FÉL. Yo te juro,
si vuelvo salvo y seguro,
pagarte este honesto celo.

DRU. Yo te juro. ¡Oh qué donaire!
¿Cómo no dices a quién?

FÉL. Todo lo echas en desgaire.

DRU. Votos de quien quiere bien,
¿no ves que los lleva el aire?

FÉL. Pues juro a tus ojos bellos,
a tus manos y cabellos.

DRU. ¡Buenas imágenes son!

FÉL. Si son de mi devoción,
no he jurado poco en ellos.
Pero no me obligues más,
que es día de confesión,
que, al fin, voy al mar.

DRU. Si vas
con tan santa contrición,
no hablemos desto jamás.
Pero si te has confesado,
¿cómo tanto me has mentido,
pues palabra no has hablado
que mentira no haya sido,
y, en fin, mintiendo has jurado?

FÉL. Si yo te he visto quejosa
de mi verdad, ¿cómo infamas
mi lengua por mentirosa?

(Salen TIBERIO, *viejo, y* CARLOS, *su hijo.)*

TIB. Salir al tronco las ramas
parece que es justa cosa.

CAR. En Félix se ve muy bien
su padre.

TIB. De su partida
me pesa.

CAR. Y a mí también.
FÉL. Señora, adiós.
DRU. Con mi vida
te vas.
FÉL. El llanto detén.
TIB. Pues, Félix...
FÉL. Aquí, señor,
de tu hija me despido.
TIB. A todos debes amor.
CAR. No es el que yo le he tenido
de aquesta casa el menor.
FÉL. Era ya nuestra amistad
tan grande, que en quince días
me debe la voluntad
que tú, mi señor, podrías,
y sabe Dios que es verdad.
CAR. En tantas obligaciones
a ninguna satisfago,
y ansí, en tales ocasiones,
remito a mi padre el pago
por no pagar con razones.
FÉL. Si pues de España me voy,
pagara desde Toledo
la obligación en que estoy,
porque encarecer no puedo
cuanto vuestro, señor, soy.
En fin, llegó mi partida,
la hora el punto temida,
por Dios, del amor que os debo.
TIB. Llora.
CAR. ¡Qué honrado mancebo!
¡Llévame el alma y la vida!
Si no me hubieras mandado
ir a Flandes a buscar
mi hermano, amor le he cobrado,
que con él pasara el mar
y no dejara su lado.
Con tu licencia, a la playa
quiero acompañarle.
FÉL. ¡Que haya
tal bondad en esta gente!
CAR. ¡Que sin hacerle pariente
nuestro de casa se vaya!
TIB. ¿Pues qué, casarle quisieras
con Drusila?
CAR. Y diera yo
la parte que tú me dieras.
TIB. ¿Llegó con priesa?
CAR. Llegó
no más de que le perdieras.
TIB. Hijo, esos brazos me dad.
FÉL. Como a mi padre y señor.
DRU. Y a mí también me abrazad.
FÉL. Hacéisme grande favor.
DRU. Félix, de mi os acordad.
FÉL. No me olvidaré jamás.

(Sale TRISTÁN, *lacayo.)*

CAR. ¡Hola, Tristán!
TRI. Aquí estoy.
CAR. ¿Has ensillado?
TRI. No hay más
de subir.
FÉL. Muriendo voy.
DRU. Mas con dos almas te vas.

(Vanse y salen LIRENO *y* TRACIO, *que se van a embarcar.)*

LIR. Compré esta licencia allí
y puse el nombre.
TRA. Yo fuí
en eso más venturoso,
que es el alférez Reinoso
del lugar en que nací.
A su sombra voy.
LIR. ¡Qué mal,
pluguiera a Dios, que yo fuera
arrimado a un árbol tal!
¿Y es esta la vez primera
que va el alférez real?
TRA. Sospecho que otra pasó.

(Vanse y salen ALCINO *y* LORISO *y un* MOZO *con unos jardos.)*

LIR. Vamos.
ALC. ¿Y compraste?
LOR. Yo
dos cajas de mermelada.
ALC. ¿Mareáisos?
LOR. Que no es nada.
¿Y vos, Alcino?
ALC. Yo no.
LOR. Mucho es que no os mareéis,
porque suele ser común.
ALC. O importa que cuando entréis
tendido como un atún
sobre el catre me veréis.
Aceitunas he comprado.
LOR. Quitan la revolución
del estómago estragado.
ALC. Todo mi remedio son.
LOR. ¿Lleváis bizcocho?
ALC. Extremado;
como roscas de Gandul.
LOR. Echad el ojo al baúl.
ALC. ¿Con qué andaréis en la mar?
LOR. Este me pienso quitar.
ALC. Poneos el vestido azul.

(Vase y salen CORRAL *y* JUANA.)

JUA. San Telmo vaya contigo,
luz destos ojos, en quien
me miraba.
COR. ¿Qué la digo?
Tráteme esos ojos bien.
JUA. No puedo, Corral amigo,
que siento mucho su ausencia.
COR. Hermana Juana, paciencia;
ese hombre me ha obligado
a que me vaya soldado
con el fin desta pendencia.
Haz como mujer de bien;
está en tu puerta el pandero,
toca a lo honesto también,
sin llamar, como ropero,
a los que la tienda ven.
Ponme treinta candelillas
a la Antigua y adiós, Juana.
JUA. Toma, lleva estas manillas.
COR. Yo escribiré de la Habana.
JUA. ¡Que una hora en estas orillas
no te pudiera gozar!
COR. Ten cuenta de no te asir
con la Juárez, que el callar
importa; que en verme ir
ya no te han de respetar.
Está en tu silla también,
que todo el mundo te abone;
canta a los que en corro estén,
que nadie se descompone
con una mujer de bien.
JUA. ¡Ay de mí, que ya echo menos
tus consejos y tu amparo!
COR. Adiós, mis ojos serenos;
que si lágrimas reparo
doy suspiros como truenos.

(Vanse y salen tres PILOTOS.)

PIL. 1.° Comprastes hartas cebollas.
PIL. 2.° Así pudieran servir
para que hiciéramos ollas.
PIL. 3.° Habrálas hasta salir.
Martínez lleva dos pollas
que le ha dado su mujer.
PIL. 2.° Jira, por Dios, ha de haber.
PIL. 1.° Yo llevo treinta limones.
PIL. 3.° Adiós, albures y ostiones,
hasta que yo os vuelva a ver.
PIL. 2.° Adiós, puerta de Triana.
PIL. 3.° Arenal, barquita, adiós.

(Vanse y salen CARLOS *y* FÉLIX.)

FEL. Quien tanto el alma os allana
gran parte deja con vos.
PIL. 3.° ¡Hola, acosta la tartana!
CAR. Yo os conozco muy de veras.
Félix, la merced, decid,
vuestro cuento.
FEL. Pues, riberas,
aguas y peñas: oid
de un hombre las ansias fieras.
Lo más alto de Toledo,
ciudad famosa de España,
tiene un templo santo, a quien
San Miguel el Alto llaman.
Diéronle muy propio nombre,
ya que en lo más alto estaba;
porque es bien que en alto estén
los ángeles de la guarda.
Allí, la dama que os dije,
por quien a los vientos daba
suspiros cuando venía
desde la puerta a la playa.
Habléla primera vez,
y allí quedó concertada
también la primera vista,
de mis desventuras causa.
Creció este amor solamente
lleno de honestas palabras;
que cosa menos que honesta
nunca tuve desta dama.
Y no es defender su honor,
porque aquí poco importaba,
pues vos no la conocéis,
confesaros lo que pasa.
Bien es verdad que no creo
que su afición fuese tanta,
que si lo fuera, no hay duda
sino que de ella gozara.
Hice a un famoso pintor,
divino en naipes y tablas,
que me copiase su rostro
mirándola a la ventana.
Y éste y cuarenta papeles
que estos dos listones atan
vienen aquí, contra mí
requisitorias del alma.
Es el retrato el juez
y el proceso aquestas cartas;
danme tormentos de ausencia,
con que la vida me acaban.
Todos estos quince días
que he vivido en vuestra casa
los he pasado muriendo
con memorias que me matan.
Dormía en vuestro aposento,
y esta fué, Carlos, la causa

de dar, de noche, suspiros
hasta los rayos del alba.
Fingí que estaba enfermo;
fué pretendiendo callarla;
pero ya el alma no quiere,
viendo que de vos se aparta.
Yo me voy, Carlos querido,
como ves, a Nueva España;
Nueva España para mí,
pues dejo en el viaje el alma.
Confeséme para entrar
en la mar soberbia y brava;
que va un hombre a desafío
con su dicha y con sus aguas.
Mandáronme que rompiese
las memorias que llevaba;
que también se rasgan ellas
si los testigos se rasgan.
Yo con lástima que tengo,
de que palabras tan altas,
que en género de papeles
los más discretos igualan,
a mis manos pereciesen
por no rasgar mis entrañas,
pues donde mi alma dice
había de romper mi alma.
Y porque aqueste retrato,
si hecho pedazos quedaba,
no muriese despeñado
de mi amor en mi desgracia.
Porque quien rompe la imagen,
lo que representa agravia,
y el retrato es una cifra
del valor de quien retrata.
Quise, como Eneas, piadoso,
no de las troyanas llamas,
sino de mi propio incendio
sacar mis prendas amadas,
dándolas a tal amigo
en resguardo y confianza
de nuestra amistad y fe
y excusarme de llevarlas.
Si Dios quisiere que vuelva
de aquesta larga jornada
y estuvieres en Sevilla
vuelto de la tuya larga,
darásme, Carlos, mis prendas,
y si no, con no rasgallas
y dar velas he cumplido
con tu amistad y mis ansias.

CAR. No puedo, Félix amigo,
decirte en la obligación
que me has puesto; pero digo
que dentro del corazón
irán tus prendas conmigo.
Y guardándolas en él,
tú verás que he sido fiel
cuando en esta misma orilla
vuelvas a ver a Sevilla
a pesar del mar cruel.
Parte seguro, que están
en este inviolable archivo,
donde ellas mismas dirán
que como aquí las recibo
a su mismo dueño van.
Ni el papel pienso leer
ni el retrato hermoso ver.

FÉL. No quiero tanto rigor.

CAR. Ni yo, aun burlando tu amor
y mi lealtad ofender.

FÉL. Licencia te doy que veas
mi prenda, mas con aviso,
ya que en mirarla te empleas,
que es espejo de Narciso,
pues lo imposible deseas.
Y si leer te agradare
algún papel, bien podrás,
como la vista no pare,
porque es peste, y morirás
de la que yo te pegare.
Que si en una carta viene
a quien de bañarla en llanto
primero no se previene,
daña a los principios tanto
que, al fin, remedio no tiene.

CAR. No hayas miedo que me vea
en este peligro yo
ni que tus papeles lea.

(Disparan.)

FÉL. Esta pieza disparó.

CAR. Irse esta gente desea.
Dame tus brazos, y al barco
pon el pie en nombre de Dios.

FÉL. Adiós, que en este me embarco.
Si nos veremos los dos...

CAR. Saldrá el sol y verá el arco.
Cesará la tempestad
y en esta misma ciudad,
y en mi casa, nos veremos.

FÉL. Acosta el barco y los remos,
barquero amigo, tomad.
Guardad el alma que os dejo,
Carlos.

CAR. Como propia mía.
¡Que os alejáis!

FÉL. Ya me alejo.

(Vase.)

CAR. Yo pierdo en vos este día
de mi vida el mismo espejo.
¡Oh vana curiosidad
de los humanos antojos!
Apenas con brevedad
parte el barco de mis ojos
cuando rompe el amistad.
No porque le soy ingrato;
mas porque, si he de decir
verdad, sea o no mal trato,
no me puedo resistir
de no mirar el retrato.
El surca el agua y yo estoy
desatando los candados
de aquella fe que le doy;
que estos listones atados
muestran bien, cuán libre soy.
Ya he quitado la lazada,
este es el primer papel.

(Lee.)

Y dice: «Estoy lastimada
de que fuese tan cruel,
mi bien, la noche pasada.
Porque quisistes estar
al agua...» Mas, ¿por qué leo
hasta que al dueño mirar
pueda, que mirar deseo?
Mas quiero mirar al mar.
¡Jesús!, ya llega a la nave
la barca; no hay que temer.
¡Ea!, que el retrato es grave.
¡Por Dios, que es bella mujer
y que es razón que la alabe!
Que si ella es como hasta aquí,
no hay más bien que desear
ni yo más belleza vi.
Entró Félix en el mar
y dejó su fuego en mí.
Todo lo habrá menester
para aplacar el que lleva;
que bien se ha echado de ver
en que esta mujer me mueva
sin ver aquesta mujer.
Bien me parece en extremo,
diera por vella un tesoro,
y a su profecía temo,
pues sin guardalle decoro
al mismo fuego me quemo.
Pestilencia me decía
que en el papel hallaría.
Bien hablaba de experiencia;
pero no es su pestilencia,
sino la flaqueza mía.
Mas lo que es curiosidad
también sería locura
pensar yo que es voluntad.
¡Oh peregrina hermosura,
hablad, bien podéis, hablad!
Palabras vuestras son éstas
y a vuestro amante respuestas
con éstas me dijo aquí.
Luego no os pese que a mí
me sirvan, si son honestas.
¡Oh, amor, que a los más fieles
amigos derribar sueles,
ten de mi dolor mancilla!
Quiero volverme a Sevilla
leyendo en estos papeles.

(Vase y sale DRUSILA.*)*

DRUSILA.

Bastaba, fiero amor, haber rompido
las maravillas del pecho de diamante.
más firme, más rebelde, más constante
que de romana ni de griega ha sido,
sin dar lugar a que, mi bien partido,
de ver partido el corazón me espante,
alma en que navega semejante,
viendo el troyano, como Elisa Dido,
embarcarte en mis ojos, fiero Eneas,
caminaras a una alma toda fuego,
si a Troya por la mar volver deseas,
o anegarte de mi llanto ciego;
que no es posible que en el mar te veas
con más rigor que donde yo me anego.

(Sale CAMILA.*)*

CAM. Da licencia, por tu vida,
a que Ricardo te vea.

DRU. Si acabármela desea,
venga tras esta partida.

CAM. ¿A tu primo has de negar
que entre en tu casa?

DRU. Si fuera
primo como ser debiera,
nunca le estorbara entrar;
pero si ha dado en galán,
y es necio tras ser pesado
y, tras galán, desdichado,
que así enlazándose van
las virtudes de Ricardo,
¿cómo quieres tú que admita
su larga y necia visita,
donde, como un bronce, aguardo?

¿Quieres que acaso me duerma,
Camila, en aquel estrado,
que bostece, por enfado,
y finja que estoy enferma?

CAM. No es tan malo ni tan feo
como le pintas, que en todo
lo que has dicho deste modo
sola un cosa te creo.

DRU. ¿Y es?

CAM. Que ha sido desdichado
en no agradarte jamás.

DRU. ¿Desto te enfadas no más?
Por mi vida, ¿qué te han dado?

CAM. No me ha movido interés,
sino razón.

DRU. ¡Y que tal!
Entre a tratarme tan mal,
como tú verás después,
pues sólo saco por fruto
dolor de cabeza.

CAM. Estimo
la merced.

DRU. Esto de primo
lleva por salvoconducto.

(Salen RICARDO y FLORIÁN, *criado.)*

RIC. ¿Estará ya negociado
que la vea, mi Camila?

CAM. Sola está, señor, Drusila.

RIC. ¿Adónde, amiga?

CAM. En su estrado.

RIC. Mi señora.

DRU. Primo mío.
¡Hola, una silla!

CAM. Aquí está.

RIC. ¿Cómo estáis?

DRU. Buena estoy ya.

CAM. Desvíe.

FLO. Ya me desvío.
¿Pero de qué es el enojo?

CAM. ¿Qué es de aquella gargantilla?

FLO. No la hallé en toda Sevilla;
que, aunque me costara un ojo,
esa garganta ciñera.
Mas pídela de otra hechura.

CAM. Nunca tengo yo ventura.
A fe que si la pidiera
a Tristán...

FLO. ¿Celos o qué?
¡Pues con un lacayo a mí!

CAM. ¿Pues qué es él?

FLO. Yo, paje.

CAM. ¡Ah, sí!
También el otro lo fué,
y no es tan grave delito
tener cuenta de un caballo,
y con mil honras.

FLO. Andallo.
¡Si la pretina me quito,
vive el que puede!...

CAM. Desvíe,
que le asentaré.

RIC. ¿Qué es eso?

DRU. No serán cosa de peso,
pues que Camila se ríe.

FLO. Díjele que me vendía
cierta caja para cuellos
la que te los abre, y dellos
burla, como siempre, hacía.
Y probéle a deshacer
con el molde de la mano.

RIC. Salte allá, Florián.

CAM. Hermano,
hasme de echar a perder.
Salte allá. que les diré
lo que sabes que ha pasado.

FLO. Pues di que a un lacayo has dado,
Camila, palabra y fe
de que no quieres ser mía.

CAM. Mientes.

FLO. El que miente, miente
a ley del duelo.

RIC. Accidente
de esa tristeza sería.
¿Y cuándo Carlos se va
a Flandes?

DRU. Luego se parte.

(Salen CARLOS *y* TIBERIO, *su padre.)*

CAR. Que de ti, señor, me aparte
es forzoso, y tiempo es ya.

TIB. Tu hermana está aquí y tu primo.

RIC. Tu padre y mi primo son.
Venir a tal ocasión,
Carlos, en extremo estimo.
En fin, ¿a Flandes te vas?

CAR. Agora a Madrid me voy;
pero en todas partes soy
tuyo, y cuando ausente, más.
Paso a Flandes a buscar
mi hermano, que creo que es muerto
mi padre (1); y, cierto o incierto,
muy pronto pienso tornar,
si Dios me diere salud.

(1) Aquí hay error; pues Carlos es hijo de Tiberio, que se halla presente.

RIC. El os volverá con bien
y él lo estará también.
TIB. Tengo, Ricardo, inquietud
en el alma, tan extraña,
que no me deja vivir.
Querría, y luego morir,
ver a mi Enrique en España.
Ha diez meses que no escribe.
¿Quién duda que muerto está?
RIC. Vivo, señor, estará.
El viva y tú un siglo vive.
Mas, ¿cómo va por la corte
Carlos?
TIB. Ha de ir con el Duque,
porque el señor Archiduque,
que a Namur con bien aporte,
se le ha mandado llevar
en su servicio, y él gusta
de hacerme esta honra.
RIC. Es justa.
CAR. Ya es hora de caminar,
que querría ir a dormir
al Oro.
TIB. Venga Tristán;
veamos, si a punto están
las mulas para partir.
CAM. ¿Luego Tristán va a Madrid?
FLO. ¿Qué le digo, mi señora?
Hágame fieros agora.
¿Lloras?
TIB. ¡Ea!, pues partid.

(Sale TRISTÁN, *de camino.)*

TRI. Ya está todo aparejado
y en aquel portamanteo
puesto tu vestido.
CAR. Creo
que irá mejor sin vestido,
que el dinero es cantidad
y es cansar la bestia.
TIB. Bueno;
mereces que a ti del freno
te pusiesen la mitad.
¡Suden, cuerpo de mi sayo,
que bien las pagas!
CAR. Drusila
es causa.
TRI. Y tú, mi Camila,
oye a este pobre lacayo.
CAR. Hermana, mi hermana eres,
no tengo más que decir;
nacimos para servir
los hombres a las mujeres.
Yo he de parar en Toledo
algunos días; si acaso
te escribiere...
DRU. Habla; mas paso,
que tengo a Ricardo miedo.
CAR. Respóndeme, y entretén
a mi padre, a quien dirás
que las cartas que le das
vienen de Flandes también.
Las que él te diere encamina
adonde yo te escribiere.
DRU. El secreto que requiere
tu gusto mi amor me inclina.
Pero dime la ocasión,
así Dios te dé ventura.
CAR. Basta saber que es locura.
DRU. ¿Qué, por tu vida, afición?
CAR. Sí, a fe.
DRU. Pues di, mentecato,
¿eso escondías de mí?
Quién es la mujer, me dí.
CAR. No es mujer, sino retrato.
DRU. ¿Cómo?
CAR. Félix, en la orilla
del mar, conmigo lloró
y este retrato me dió.
DRU. ¿Es de mujer de Sevilla?
CAR. Que no, sino de Toledo,
donde estaba enamorado,
y por entrar confesado
tuvo al mar y al cielo miedo.
Y él y cuarenta papeles
en tal punto me dejó,
que de verle y leerlos yo
paso mil penas crueles.
Como tengo de pasar
por Toledo, quiero ver
de paso aquesta mujer
y procurar el hablar.
Si es mentirosa la fama
y no habla como escribe
y si la dama que vive
no es, como el retrato, dama,
pasaré a la corte luego.
Si es tal, estaré unos días
por dar a las ansias mías
o más descanso o más fuego.
¿No te agrada la mujer?
¿No hablas?
DRU. Dame el retrato.
CAR. ¿Estás loca?
DRU. De aquí a un rato,
Carlos, le quiero volver.

CAR. Suelta.
DRU. No le has de llevar.
CAR. Suelta digo.
DRU. Suelta tú.
CAR. Suelta, o haréte...
DRU. ¡Jesú,
la mano me has de quebrar!
TIB. ¿Qué es eso?
DRU. Quiere llevarme
un anillo Carlos.
TIB. ¿Pues
qué importa que se le des?
CAR. ¿Pues tú pretendes quitarme
el retrato, hermana ingrata?
DRU. Era porque no te pierdas,
pues que con verle te acuerdas
de los ojos con que mata.
¡Ah traidor Félix, que en algo
topaba el faltarte amor!
Jurabas, Félix traidor,
por la fe de honrado hidalgo,
que los negocios del mar
te forzaban a temer
y amabas a otra mujer.
Este sí que es mar de amar.
Rabio de celos. ¿Qué haré?
TIB. Al tocar los sube y parte.
RIC. Yo tengo de acompañarte.
CAR. ¿Cómo, primo, estando a pie?
RIC. No estoy, que a caballo vengo.
Di que le metan, Florián,
al poyo de ese zaguán.
DRU. Morir de tristeza tengo.

(Vanse y quedan TRISTÁN *y* CAMILA.)

CAM. ¿No me hablas?
TRI. ¿Cómo puedo?
CAM. En fin, Tristán, ¿que te vas?
TRI. Bien ves que no puedo más;
voyme, Camila, a Toledo.
CAM. ¿Qué me has de traer de allá
mientras me quitas el sueño?
TRI. Un Toledito pequeño
con que te huelgues acá.
Pero no puedo pararme,
que piden las mulas.
CAM. Di:
¿haste de acordar de mí?
TRI. No, porque no he de olvidarme.

(Vanse y salen TEÓFILO, *viejo, y* LUCINDA, *su hija.)*

TEÓ. Bastaba ser gusto mío
para no me dar contento.
LUC. En esto de casamiento
no has de forzar mi albedrío.
TEÓ. Yo te juro que si fuera
el que ya va por la mar
que tú me hicieras pasar
cuando yo no lo quisiera.
LUC. No creo que has conocido
cosa en mí menos honesta.
TEÓ. No lo es aquesta respuesta.
LUC. Ni el que me das por marido.
TEÓ. Ponle una falta.
LUC. ¿Una sola?
TEÓ. ¿Tantas tiene?
LUC. Son sin fin.
El es un hombre ruin,
aunque estandarte enarbola.
TEÓ. Es porque una vez echó
a Félix de nuestras puertas,
a la media noche abiertas.
LUC. ¿Eso quién lo ha visto?
TEÓ. Yo,
que lo pude ver y oír,
que la puerta abierta estaba.
LUC. Pero no dirás que entraba
o que le vieron salir.
TEÓ. Eso ya fuera llegar
a lo que en ti fuera error.
LUC. Extraño modo, señor,
es de quererme casar
quererme hacer tan liviana
con Félix.
TEÓ. Esto es querer
dar con tiempo de comer
adivinándola sana.
Como vi que te querías,
por haberme descuidado,
casar, hame desvelado
las noches de aquestos días.
Y antes que sin mi licencia
te casé y tú misma a ti,
casarte yo, porque ansí (1)
no salgas de mi obediencia.
Si eres, Lucinda, mujer
y yo padre descuidado,
a la puerta que has llamado
a esa quiero responder.
La flor no se ha de dejar
que pierda vista y olor,

(1) Este pasaje está errado: quizá diría el autor:

Y antes que sin mi cencia
te cases tú, resolví
casarte yo, *etc.*,

que cuando brota la flor
entonces se ha de cortar.
Cuando están las hojas grandes,
de sí mismas caen en tierra.

LUC. Esto todo, ¿en qué se encierra?
Que yo haré cuanto me mandes.

TEÓ. En casarte con Mauricio.

LUC. ¿Daréte gusto?

TEÓ. Notable.

LUC. Di que Mauricio me hable.

(Salen MAURICIO *y* ROBERTO, *criado.)*

MAU. Aquí estoy a tu servicio.

LUC. ¡Qué a punto que estaba todo!

MAU. Amor, señora, me abrasa;
éste me trujo a tu casa
deste intento y deste modo.
Indigno soy de ser tuyo;
mas dícenme mis enojos
que en la gloria de tus ojos
consiste el remedio suyo.
No te esquives de estimar
un hombre humilde a tus pies.

LUC. Notable desdicha es
forzosamente casar.
No, porque Félix de mí
fué deseado o querido,
y más después de partido,
sin necesidad, de aquí.
Que hombre que pudiendo estarse
se ausenta con libertad
no merece voluntad;
mas pudo y quiso ausentarse.
Mas porque aborrezco este hombre
y he huído siempre dél,
causándome enojo en él
hasta su memoria y nombre.
Ahora bien; si yo nací
con esta dicha paciencia,
la voz de un padre es sentencia,
no hay apelar desde aquí.
Consuelo me puede dar
ver que estando aborrecida
trataré tan mal mi vida
que la deje de tratar.

TEÓ. ¿Haste resuelto?

LUC. Ya estoy
resuelta.

TEÓ. Dale la mano.

LUC. Eso es agora temprano,
sola la palabra doy.
Y no me aprietes así,
saca licencia primero.

TEÓ. Bien dice, sacarla quiero.

MAU. Basta que haya dado el sí.

TEÓ. Ve a contar a tus amigos
que esta noche te desposas,
y las vecinas hermosas
nos honrarán por testigos.
Que aunque más hermosas sean,
no haya miedo que a Lucinda
ninguna en belleza rinda.

MAU. Eso en mis ojos lo vean;
que si con ellos la miran
no hallarán sol que la iguale,
que en su oriente apenas sale
cuando mil almas suspiran.

TEÓ. Vamos por esta licencia.

MAU. Pedirla quiero a mi esposa.

(Vase TEÓFILO.*)*

LUC. Id norabuena.

MAU. ¡Qué hermosa,
qué majestad de presencia!
¡Ay, Roberto!

ROB. ¿Podré darte
el parabién?

MAU. Sí, Roberto.

ROB. ¿Que te casas cierto?

MAU. Cierto.

ROB. Dame algo.

MAU. ¿Qué puedo darte?

ROB. Con un vestido me pagas.

MAU. ¿Cuándo?

ROB. El día de la boda,
por que bailándola toda
de verme te satisfagas.

MAU. Yo te lo mando, Roberto.
Mira qué ángel está allí.

ROB. A lo menos para mí,
que con su luz me ha cubierto.

(Vanse MAURICIO *y* ROBERTO.*)*

LUCINDA.

Los trabajos extraños y excesivos,
hambre y cansancio, sed y graves penas
que pasan en mazmorras y cadenas (1)
los que en Constantinopla están cautivos.
Los de tiesos y montes tan altivos
que se pasan de Libia en las arenas;
las tormentas del mar, de las sirenas,
donde tan pocos escaparon vivos.
Las centinelas del invierno en Flandes;
de Ulises hasta Grecia las historias;
forzar el gusto, hacerle a quien le fuerza;

(1) En el original «sagenas».

sufrir del poderoso agravios grandes,
todos parecen descansadas glorias
si se comparan al casar por fuerza.

(Salen, de camino, CARLOS *y* TRISTÁN.)

CAR. Digo que es la casa aquí.
TRI. Llega, que es alta invención.
LUC. ¡Jesús!, forasteros son.
¿Dónde o cómo entráis aquí?
CAR. No entendí que en el portal
estaba vuestra merced.
LUC. Que me he enfadado creed.
CAR. ¡Qué hermosura celestial!
Sin duda que este es el dueño
de aquel divino retrato.
LUC. ¿Qué quieres?
CAR. Dejadme un rato
ver ese cielo pequeño;
dejadme alentar, señora;
que como entré de improviso,
falta el natural aviso
para responder agora.
Cobre el corazón turbado
fuerzas, aunque no es posible,
que hará con el apacible
si así mata el rostro airado.
LUC. Caballero parecéis,
ya quiero desenojarme;
por eso y por enterarme
de lo que agora queréis.
Que a un espuelas calzadas
se perdona todo error;
que son máscaras, señor,
que entran en todas posadas.
CAR. De que en la vuestra me entré
ya tengo el pago debido;
que puesto que yerro ha sido,
lo que buscaba acerté.
Hijo de Tiberio soy,
y a vuestro padre he buscado.
LUC. ¿Qué Tiberio?
TRI. ¿Si has errado?
CAR. Sospecho que errado voy.
¿No vive Sibaldo aquí,
padre de Félix?
LUC. ¿Qué es esto?
CAR. ¡Qué demudada se ha puesto!
LUC. Quiero decirle que sí.
Sí, señor; esta es su casa.
CAR. ¿No ves? Engañarnos quiere,
porque ya por saber muere
lo que de su amante pasa.
TRI. Engáñala tú mejor
con decirle la verdad.
CAR. Bien contra mi voluntad
soy trágico embajador;
pero mi padre, señora,
que del vuestro es tan amigo,
quieren que vengan conmigo
aquestas nuevas agora.
¿No sois de Félix hermana?
LUC. Sí soy.
CAR. ¡Pues Félix es muerto!
LUC. ¿Cierto, caballero?
CAR. Cierto,
y de una muerte inhumana.
Posó en mi casa diez días,
de donde al mar se partió,
aunque antes de entrar entró
en mil de lágrimas mías.
En la nave más bizarra
de la flota, en fin, se fué.
¡Nunca allá pusiera el pie!
Murió al salir de la barra.
Que cuando el mar, fiero, tira,
esta barra alcanza tanto
que a las estrellas da espanto
y allá sus arenas mira.
La gente, en fin, se perdió,
que fué una triste tragedia
que Neptuno, en hora y media,
sobre el mar representó.
Y entre la ropa sacaron
la de Félix, que ya en sueño
eterno está, y por el dueño
a mi padre la llevaron.
En ella hallé este retrato
y legajo de papeles,
ni piadosos ni crueles,
mas con honesto recato.
Que no duermo sin leer,
que es condición y costumbre,
si no me acuesto sin lumbre
o vengo al amanecer.
Y no habiendo libro alguno,
en el camino leí
todos los que veis aquí,
muy despacio, uno por uno.
Y deste retrato y dellos
tan enamorado estoy,
que a buscar el dueño voy
para servirle con ellos.
Sean tiernas o crueles
sus manos, que a ellas vengo,
dalles aquesta alma tengo
envuelta en estos papeles.

Muerto es mi amigo, y yo gusto
de heredar sus pensamientos,
sus deseos, sus tormentos,
sea o no término injusto.
Que pues él no la gozó
y la amistad nos ha hecho
dos almas en solo un pecho,
yo soy él, pues él fué yo.
Vengo a pretender casarme
con ella, si quiere Dios,
y conformamos los dos.
No querrá el padre estorbarme,
y no hará, que con el mío
tiene notable amistad.
En mi hacienda y calidad
también, señora, confío.
Suplícoos, aunque a tal nueva
ninguna cosa debáis,
que la casa me digáis
donde tanto amor me lleva.
Que, como hermana, este trato
sabréis y dónde tenía
Félix su gusto y vivía
el dueño deste retrato.

LUC. La pena del muerto hermano
por escucharos suspendo
y por deciros que entiendo
que es vuestro camino en vano.
Que en este punto que os digo
a esa dama concertó
casar su padre, y fuí yo
la tercera y el testigo.

CAR. ¿Que se ha casado?

LUC. Tratado.

CAR. ¿Y será?

LUC. No sé, por Dios.
Pero intentemos los dos
estorbar lo concertado.
Decid que sois primo mío,
que yo una carta os daré
de Cádiz y miraré
firma y letra de mi tío.
Posaréis dentro de casa
y vos a nadie diréis
lo que de Félix sabéis
ni lo que en la flota pasa.

CAR. Haréisme favor notable.
Tristán, ¿entiendes aquesto?

TRI. ¡Qué bravo embuste ha compuesto!

CAR. Señora, porque no hable
cosa que presuma error,
de los nombres me avisad.

LUC. Dionisio vos os llamad
y vuestro padre, Antenor;
llamad al mío Teofilo;
mi tía, Aurelia se llama.

CAR. ¡Qué bravo embuste!

TRI. De fama.

CAR. Linda herida.

TRI. Por el filo.

LUC. Venid, que os quiero llevar,
mientras que mi padre viene,
adonde su estudio tiene,
y allí podremos hablar.

TRI. Ya te va poniendo el cebo,
y en el mismo has de caer.

CAR. ¡Jesús, qué hermosa mujer!

LUC. ¡Jesús, qué galán mancebo!

ACTO SEGUNDO

(Salen CARLOS *y* LUCINDA.*)*

CAR. ¿Que ha de ser mi mal notorio,
que llorando no te obligo?

LUC. No puedo, Carlos amigo,
impedir el desposorio.
Mientras, en forma de primo,
has vivido en esta casa,
viendo lo que en ella pasa
y lo que a Mauricio estimo,
has conocido mi pecho
y lo que hiciera por ti,
pues también pagaba así
lo que por mí tienes hecho.
Supiste que era la dama
a quien Félix quiso bien
y de ti supe también
que te enamoró mi fama,
y que no fué yerro entrar
buscando a Sibaldo aquí,
sino entrar por verme a mí,
a quien vienes a buscar.
Que te he cobrado afición
y que la tuya te pago,
no lo dudes, pues que hago
tan grande demostración.
No te llames desdichado,
que yo soy la desdichada,
pues no hay muerte más airada
que un matrimonio forzado.
Tú, amigo, a Flandes te irás,
y como hay leguas tan grandes,
antes que llegues a Flandes
deste amor te cansarás.

Que no en la primer ciudad,
pero en la primera venta
entrará todo en la cuenta:
dineros y voluntad.
Y más que vas por Madrid,
que es otro río Leteo
donde se pierde el deseo,
si es más valiente que el Cid.
Vas agora moscatel;
pescaráte alguna diosa,
más regalona que hermosa
y más blanda que cruel,
y en dos días le darás
mi retrato, que escapó
del mar por que viese yo
el de tus ojos no más.
En el cual, siendo sirena,
confieso que me engañaste
y que el alma me dejaste
de tus pensamientos llena.
Pero como yo tenía
dada palabra, he de ser
deste Mauricio mujer;
cúmplola llegado el día.

CAR. En fin, ¿la cumples?

LUC. ¿Qué puedo
hacer fuera de cumplilla?

CAR. ¡Nunca dejara a Sevilla,
nunca viniera a Toledo!
En mal punto a Félix vi,
en desdichado le hablé,
en trágico al mar se fué,
pues yo solo el curso fuí.
¿Por qué no me despedías
el día que llegué a verte?
¿Por qué, señora, mi muerte
me encubriste tantos días?
¿Por qué quisiste que fuese
huésped y primo fingido?
Pues mayor rigor ha sido
querer que te conociese.
Si allí me desengañaras,
a Madrid pasara luego,
donde tuviera sosiego
primero que te casaras.
No sé qué pudo moverte
a detenerme, a matarme.

LUC. El ver por fuerza sacarme
y por dilatar mi muerte.

CAR. Pues qué poder era el mío
para cortarte la soga?

LUC. ¿No has visto cuando se ahoga
un hombre dentro de un río
que se ase, estando en medio
del agua, del hombre o ropa
a lo primero que topa
pensando que es su remedio?
Pues así yo asida de ti, (1)
cuando me estaba ahogando,
porque venías nadando
adonde yo me perdí.

CAR. Notable es tu entendimiento;
pero ya que a mí te asiste,
¿por qué dejarme quisiste
en medio tanto tormento?
Si no deja el que se ahoga
lo que asió, ropa o amigo,
haz tú lo mismo conmigo
y la palabra deroga.
Ahoguémonos los dos,
no quieras sola morir.

LUC. Los hombres sabéis decir.

CAR. Y hacer sabemos, por Dios.

LUC. Es tanto lo que aborrezco
este hombre, que un disparate...

CAR. Paso. ¿Quieres que le mate?

LUC. Algo menos lo encarezco.
No, sino que me atreviera
a mi honor, por no casarme,
si gustaras de llevarme
donde jamás pareciera.
Pésame de haber hablado;
no digo nada, mentí.

CAR. No os arrepintáis así,
señora, de haberme honrado
ni volváis un punto atrás
de ese heroico pensamiento.

LUC. No, Carlos, que hablaba a tiento;
no hablemos en esto más.

CAR. ¿Cómo no? Si vos tenéis
ánimo, venid conmigo,
que hasta que me case os digo
que de mí segura estéis.
Y esta palabra le doy
al cielo.

LUC. No sé qué diga.
Vuestra persona me obliga,
a quien inclinada estoy,
y deste hombre el odio fiero
a hacer tan grande locura.

CAR. No temáis, que esa hermosura
no es para hombre tan grosero.
Venid a Flandes conmigo,
bastante dinero llevo;

(1) Verso largo y además sin sentido. Probablemente deberá decir: «así yo me así de tí».

cumpliré con lo que os debo,
de que a Dios palabra obligo.
Y si El nos deja volver
a Sevilla, allí tenemos
cuanto desear podemos.

LUC. En fin, ¿soy vuestra mujer?

CAR. Sin duda.

LUC. Pues venga al punto
Tristán a la falsa puerta
que cae sobre esa huerta.
Y si es fiel os pregunto.

CAR. Hanle mis padres criado;
es honrado por extremo.

LUC. No porque el llevarme temo,
que eso no me da cuidado;
mas porque sacar querría
mis joyas y lo que queda,
que hoy he de hacer almoneda
de la vida y honra mía.
Extraña resolución.
¡Ah, hombre, qué mal harías
si a tantas hazañas mías
les dieses mal galardón!

CAR. Deja esos miedos agora
y di dónde ha de llevarte.

LUC. A esos montes a esperarte.

CAR. ¿Cómo a esos montes, señora?
¿Pues yo dónde he de quedar?

LUC. En casa, muy descuidado,
y en tu aposento acostado
por no dar qué sospechar.
Porque si a un tiempo faltamos,
dirán todos que me llevas,
y como tú no te muevas
mucho más seguros vamos.
Demás que, como a sobrino,
mi padre te ha de mandar
seguirme, y tendrás lugar
para ponerte en camino.
De suerte, que con su gusto
y dándote él su dinero
me irás a buscar.

CAR. No quiero,
aunque era, Lucinda, justo
esa industria encarecer
ni darte agradecimiento,
que un forzado casamiento
desespera una mujer.
Sea esto o sea mi amor,
yo soy tuyo. Ya han cerrado;
ve a prevenir con cuidado (1)
la puerta del corredor,
que yo voy a darle aviso
de lo que ha de hacer Tristán.

LUC. Sobre cena hablando están
mi padre, Fabio y Leonido.
Si no juegan irán luego.

CAR. Vete.

LUC. Voyme.

CAR. ¿Ni una mano
me das?

LUC. Mano y pecho allano.

CAR. Todo es nieve y todo es fuego.

(Vanse y salen MAURICIO *y* ROBERTO.*)*

MAU. En fin, ¿no acaba el vestido?

ROB. Poco debe de faltar.

MAU. Notablemente ha mentido.

ROB. Bien le puede disculpar,
que en sastres costumbre ha sido.

MAU. Mas que sin él me desposo.

ROB. Vestidos galanes tienes,
escoge alguno costoso.

MAU. De lo nuevo a saber vienes,
que hace a un hombre más brioso.

ROB. Según eso, un desposado
con lo nuevo lo será.

MAU. Roberto, el vestido usado
menos brío a un hombre da
porque va más descuidado,
Saco buenos tafetanes.

ROB. No hallaran en diez mil años
mejor tela.

MAU. Estarán frescos.

ROB. Lo mismo, para gregüescos,
sacaron dos capitanes.

MAU. ¿Llevó Fabio la cadena?

ROB. Llevóla.

MAU. ¿Qué respondió?

ROB. Que era en todo extremo buena.

MAU. ¿Púsosela?

ROB. Señor, no.

MAU. ¿Qué hará agora?

ROB. O vela o cena.

MAU. Entiendo que habrá cenado;
quiero visitar al viejo,
y si no se ha retirado
Lucinda, ver en su espejo
todo el bien de amor cifrado.
Quédate esperando aquí.

ROB. Entra, quizá jugará
con su primo, si está allí.

MAU. Si él, Roberto, allí está,
gran ventura para mí;

(1) El original dice, por errata, »convidado».

que él la suele entretener
para que la pueda ver.

ROB. Entra, pues.

MAU. Aguarda un poco.

ROB. Disculpa tiene este loco,
que es gallarda la mujer.
Y yo he sido desdichado;
que si hoy la cadena envía
conmigo, conmigo he dado
en la hermosa Andalucía,
que estoy de servir cansado.
Lleve el diablo este servir.
Miren quién ha de sufrir,
por una negra traición,
estar en esta ocasión
hasta las dos sin dormir.
Y quién por la falsa puerta
ver cierta ninfa de casa
que a Tristán la deja abierta,
que yo sé que cuando amasa
hasta el alba está despierta.
Entretendréme con esto,
que dormir en el zaguán
no lo tengo por honesto.

(Sale LUCINDA, *en la puerta.)*

LUC. ¿Es Tristán?

ROB. Sí.

LUC. Pues, Tristán,
toma aquestas joyas presto,
aguarda, que luego salgo.

ROB. ¡Linda cosa, a fe de hidalgo!
Sin duda que era concierto.
¡Oh, venturoso Roberto,
ya fuí venturoso en algo!
¿Iréme? No, que es mejor
llevarla al Andalucía,
porque, en fin, no tengo amor.
¿No salís, señora mía?

(Sale LUCINDA, *con sombrero y capotillo.)*

LUC. Tengo notable temor;
Pero no tenga quien ama.

ROB. Acaba.

LUC. Camina presto.
Qué obscura noche.

ROB. De fama
esta bellaca se ha puesto
los vestidos de su ama.

(Vase y sale TRISTÁN.)

TRI. Pienso que a buen hora vengo,
aunque me causa cuidado,
y no poco miedo tengo,
este negro desposado,
por quien me escondo y detengo;
que le vi venir acá
y no sé si dentro está,
que suele rondar la puerta;
pero la falsa está abierta,
que la luz enfrente da.
Ya me debe de esperar;
no querría que al salir
nos viniesen a encontrar.
¿Qué podré hacer o decir?
¿Si me atreveré a cantar?
Mas tengo maldita voz;
no me tiren un ladrillo;
que hay peraile tan feroz
que quiere, más que sufrillo,
de un arcabuz una coz.
Allá dentro hay gran ruido.
¡Jesús!, ¿qué puede haber sido?
Por ella están preguntando.
Gente viene aquí rondando.
¿Qué he de hacer? ¡Yo soy perdido!

(Sale un ALGUACIL *y* CORCHETE.)

ALG. Llegad y mirad quién es.

COR. ¿Quién va?

TRI. Soy un hombre honrado,
Soplavivo, ¿no me ves?

ALG. ¿Quién es?

COR. Un hombre embozado.

TRI. ¡Que no apretara los pies!

ALG. ¿Quién es vuesa merced?

TRI. Soy
un hombre que acaso voy
por esta calle.

ALG. Pues quiero
saber si sois caballero.

TRI. Sí soy, y en mi casa estoy.

ALG. Desembócese. ¡Qué talle
de caballero! ¿Qué hacía
el picarón en la calle?

COR. Serán ladrones que espía.

ALG. Bien puedes, Lucio, agarralle.

TRI. Espérese.

ALG. Ya me espero.

TRI. ¿Por qué me quiere prender?

ALG. Porque dijo el muy grosero
que era caballero.

TRI. Ayer
iba, por Dios, caballero.
Curo un caballo a mi amo,
luego caballero soy.

ALG. Asle aquí.
TRI. Iglesia me llamo.
ALG. ¡Aquí del Rey!
TRI. A ese voy.
ALG. Síguele.
COR. Es seguir un gamo.

(Vanse y salgan TEÓFILO, CARLOS *y* MAURICIO.)

TEÓFILO.

¿Ha sucedido cosa semejante?
¿Cómo en toda la casa no parece?

CARLOS.

Hasta el pozo, señor, mirado habemos
por si acaso en el pozo había caído.

MAURICIO.

Mira si acaso se pasó a la casa
de alguna dama destas.

TEÓFILO.

¿Pues en cuerpo?
¿Cuándo Lucinda en cuerpo y a las once,
sin criados, sin luz salió de casa?
¡Ay mísero de mí! ¡Félix es este!
Félix robó mi hija, y esta fama,
sobrino, que echó Félix por Toledo
de decir que era muerto junto a Cádiz
fué para deslumbrarnos, pues, sin duda,
andaría en Toledo disfrazado,
hasta que viendo ya que el desposorio
era mañana se atrevió a roballa,
y ella, con el amor, a consentirlo.

CARLOS.

¿Quién es aqueste Félix, vive el cielo?
Que si no es hechicero o nigromántico,
que le he de hallar y darle la más fiera,
la más cruel y nunca vista muerte
que cuentan del tirano de Sicilia.
Que pues Dionisio yo como él me llamo
también sabré imitarle en la fiereza.
¡A mi prima, a mi sangre, de la casa
de un hidalgo y de mi padre hermano!...
Pierdo el seso. Dejadme que le busque.

TEÓFILO.

Detente, hijo, no te precipites.
Sólo te pido, pues que ya no tengo
si no es a ti, que lo eres como propio,
pues eres hijo de mi propio hermano,
que te duela mi honor.

CARLOS.

Tristán, ensíllame
ese caballo.

TEÓFILO.

No es buen modo.

CARLOS.

¿Cómo?

TEÓFILO.

Porque mejor fuera que tomes posta;
que ello es, sin duda, que a Madrid caminan.

MAURICIO.

Vaya a Madrid, Teofilo, tu sobrino,
y yo, que en esto soy más agraviado,
pues, en fin, de su esposo tuve título,
iré a Sevilla.

TEÓFILO.

Pues, sobrino, toma,
toma mi hacienda, lleva con que puedas
dar a criados, gente y cuadrilleros
para que vayan por diversas partes,
y tú, Mauricio, puesto que el disgusto
desta desgracia les obligue tanto
tu amor (1), por el amor y el nombre solo
que de mi hijo ayer, y aun hoy, tenías
y porque sabes que es la culpa ajena,
ayúdame a sentir tan gran desgracia.

MAURICIO.

No me tengas por hombre que estas cosas
menos que propias y del alma siente.
Haz que saquen dos hachas tus criados
y discurramos la ciudad primero.

CARLOS.

Mauricio dice bien, y de camino
hablaremos al dueño de las postas.

TEÓFILO.

¡Ah, hija desleal!

MAURICIO.

¡Ah, ingrata esposa!

CARLOS.

¡Oh, buen Paris!

TRISTÁN.

¡Oh, Elena milagrosa!

(Vanse y salen ROBERTO *y* LUCINDA.

LUC. Ya que mi desdicha ha sido
tan grande en aqueste engaño,

(1) El original dice «tu amor y el mío, por el amor y el nombre solo» con lo cua el verso resulta muy largo. También pudiera arreglarse así: «tu amor y el mío; por él y el nombre solo».

bástame, traidor, el daño
de haber mi casa perdido,
a la cual es imposible
que ya me atreva a volver.

ROB. Temes, como al fin mujer,
lo que siendo hombre es posible.
Pero no tengas temor
de fuerza ni de otro agravio;
tu galán fué poco sabio,
que hace mil necios amor.
Mi ventura me ha llamado
por tan notable camino;
él con cuidado no vino
y vine yo descuidado.
A Mauricio acompañé,
y viéndote rebozada,
que eras tu misma criada,
a quien yo amaba, pensé
y que concierto había hecho
con Tristán; mas cuando vi
que eras tú, a las joyas di
más que a tu hermosura el pecho.
Estas pretendo llevar
para remediar mi vida;
no te dejo muy perdida
ni en islas que cerca el mar.
Montes de Toledo son,
llenos de sendas están;
por aquí a la isla (1) van;
ya el sol se pone al balcón.
El te enseñará el camino
o alguno te encontrará;
vete a tu casa y tendrá
disculpa tu desatino.
Que yo voy donde me embarque;
a Italia o a la India iré;
que, en fin, con esto podré
vivir donde desembarque.
Estos bienes son prestados
y en el mundo tan furiosos
que no puede haber dichosos
sino habiendo desdichados.

(Vase ROBERTO *y queda* LUCINDA.)

LUC. ¿Habráse visto mujer
más confusa que estoy yo?
¿Volveré a Toledo? No,
porque es echarme a perder.
Que mi padre ha de matarme
o en un grave cautiverio
de un estrecho monasterio,
para no verme, encerrarme.
Aunque si él quiere entender
mi liviandad y locura,
el monasterio y clausura
el necio había de ser.
¡Ay, Carlos, cómo tardó
Tristán! Pero en este engaño
tardarse él no ha sido el daño
sino adelantarme yo...
Salí sin tiempo, y Roberto
aprovechó la ocasión,
que ésta le hizo ser ladrón.

(Salen ALBERTO *y* MIRENO, *colmeneros.)*

MIR. Ponte esa máscara, Alberto.
ALB. Susurrando vienen ya
los diablos de las abejas.
¡Ay!
MIR. ¿Qué es eso?
ALB. En las orejas
una me dió.
MIR. ¿Dónde está?
ALB. Volóse.
MIR. No puede ser,
que, en picando, ha de morir.
ALB. No acaba el sol de salir.
MIR. Allí hay un hombre o mujer.
ALB. Es la sombra de los dos
que le estáis haciendo cercos.
Más quisiera castrar puercos
que no colmenas, por Dios.
MIR. Sin duda aqueste es ladrón
que entre los brezos metido
a castrarlas ha venido.
ALB. ¡Que no trujera el lanzón!
MIR. ¿Quieres que llamemos otros?
ALB. El ha visto que están llenas.
Di que castre las colmenas
y que nos deje a nosotros.
MIR. El sol le va declarando.
¡Voto al soto, que es mujer!
ALB. Sí, ya bien se echa de ver.
MIR. Hacia allá me voy llegando.
¿Qué os digo?
LUC. ¡Triste de mí,
ya me han visto!
MIR. ¿Quién va allá?
LUC. Una mujer.
ALB. ¿Dónde va
noramala por aquí?
LUC. Sacóme un hombre y dejóme.
Soy principal y no puedo
volver sin honra a Toledo.
ALB. ¿Luego aquí os forzó?

(1) Acaso «Sisla».

LUC. Forzóme.
ALB. Noramala lo comistes (1).
MIR. ¡Par Dios!, mientras más el día
va repartiendo alegría
a estos robles y aciprestes
más hermosa parecéis!
Encima destos oteros
hay de pobres colmeneros
estas casillas que veis.
Si queréis allá vivir,
lumbre y almuerzo os daremos
y desde allí os llevaremos
donde quisiéredes ir.
LUC. Pagueos tanto bien el cielo;
y aunque este hombre me ha robado,
lo poco que me ha dejado
será paga de ese celo,
que anillos y gargantilla
me dejó.
MIR. Pues caminad.
¡Hola! A la Santa Hermandad
demos noticia en la villa.
ALB. Calla, mi intención es esa;
a fe que le han de prender.
MIR. Mañana le pienso ver
con las trece y la maesa.

(Váyanse y salga CARLOS.)

CAR. Montes, ¿qué desdicha es esta?
¿Adónde mi bien está?
Si llegó, si se fué ya,
¿cómo no me dais respuesta?
Aquí estaba concertado
que la trujese Tristán.
¡Válgame el cielo! ¿Si están
en la hierba de aquel prado?
Si se escondieron allí...
Pero no, todo se ve,
y, en fin, el concierto fué
que me esperasen aquí.
¡Ah peñas deste desierto!
¿está entre todas mi bien?
Pero no, que fué también
blanda en el primer concierto.
¿Si por dicha no han llegado?
¿Si acaso presos están
y supieron que Tristán
era mi amigo y criado?
No me conviene volver.
¿Qué decís, fuentes? ¿No habláis?
¡Ea!, que pues murmuráis,
también sabréis responder.
Arboles, ¿cuál tronco tiene
las espaldas de mi bien?
Mudas estarán también.
Mas, ¿qué es esto? Gente viene.

(Salen los colmeneros y otros villanos, con un ALCAIDE *de la Hermandad,* BENITO, ALBERTO *y* MIRENO.)

MIR. Andad, Benito, pues sos
este año el mayor hermano.
BEN. Búsquese el monte y el llano.
ALB. Bien se echa de ver, por Dios,
que tenéis bueno el caletre.
Vaya al monte retamoso
Bartolo, y al prado hermoso
Silvio, y todo lo penetre.
BEN. ¿Dónde quedó la doncella?
ALB. En el cortijo quedó,
aunque gran temor le dió
que habíamos de prendella.
Tanto, que llegó a pedir
con lágrimas a los dos,
puesta en el suelo, por Dios,
que la dejásemos ir.
BEN. ¿Quedaba alguno en su guarda?
ALB. Crispina no más quedó;
mas enfrente puse yo
una famosa alabarda.
BEN. No se irá.
MIR. Yo así lo creo.
ALB. ¡Hola! ¿Qué bulto es aquel?
BEN. Un hombre, par Dios.
MIR. ¿Qué es dél?
BEN. ¿No le ves entre el poleo?
ALB. Así, así. ¡Tenedle! ¡Hola!
CAR. ¿A quién?
BEN. Ved qué necedad,
la Santísima Hermandad
os habla y no viene sola,
que más de cincuenta somos.
CAR. A muy buen tiempo vengáis
s amparo y favor me dais.
BEN. Asidle por esos lomos.
CAR. Quitaos allá, majadero,
y ved esta provisión.
ALC. ¿Luego no sois el ladrón?
MIR. ¿No miráis que es caballero?
CAR. Vengo, amigos, a buscar
un hombre y una mujer,
como aquí podréis leer,
y favor me habéis de dar,
porque es la requisitoria

(1) El consonante pide que se lea «comiestes», forma no impropia de la lengua rústica.

que traigo de la Hermandad.
ALB. A ver.
BEN. Sacadla.
MIR. Mostrad.
Aquesta es la pepitoria.
Leedla vos.
BEN. Yo no sé.
MIR. Ni yo tampoco. ¿Y tú, Alberto?
AL. Yo bien sé, pero no acierto.
Qué, ¿tanto habrá que se fué?
CAR. Faltan desde ayer.
BEN. ¿Y vos
sois su deudo?
CAR. Soy su primo.
BEN. Ella aquí está.
CAR. Aqueso estimo.
Dádmela, amigos, por Dios.
BEN. Mas el bellaco ya es ido,
y aun dicen que la forzó
y las joyas le robó.
CAR. ¡Oh, bellaco, mal nacido!
¡Oh, mal criado! ¡Oh, traidor!
Tristán, ¿tú habías de hacer
tal violencia a tal mujer?
Hiciste como traidor.
¡Oh triste, oh amargo día
en que mi gloria anochece!
Pero este pago merece
quien de bellacos se fía.
BEN. ¿Luego era vuestro criado?
CAR. Sí, amigos.
ALC. Por vida mía,
que entiendo que no podía
el mozo haberla forzado,
porque ella dice que estuvo
sola una noche con ella.
CAR. Llevadme, amigos, a vella,
que harto tiempo el traidor tuvo,
que, en efecto, la forzó.
MIR. ¡Por Dios, que está maltratada!;
porque en extremo estrujada
el bellacón la dejó;
que como se defendía,
no hay duda que la matase.
ALB. ¡Que, tras eso, la llevase
sus joyas!
CAR. ¡Ah, triste día!
MIR. Venid por aquesta senda.
CAR. Guiadme.
ALB. Por aquí van.
CAR. Sobre ti, cruel Tristán,
fuego del cielo descienda.

(Vanse y sale LUCINDA *con un* MOZO DE MULAS.)

LUC. Si vos me guardáis secreto,
cien escudos os daré.
MOZ. Creedme que le tendré,
señora, en cualquier efeto.
LUC. ¿Con quién venistes aquí?
MOZ. Con este enfermo mancebo
que en relación veis que llevo.
LUC. Qué, ¿en efecto es muerto?
MOZ. Sí.
Ayer, al anochecer,
le enterré en este lugar;
ni sé si a Sevilla echar
ni sé si a Madrid volver.
LUC. Si yo la mula os alquilo
mejor es ir adelante.
MOZ. Siendo vos el caminante
habré de mudar de estilo.
LUC. Dejó algún vestido de hombre?
MOZ. Harto galán le dejó.
LUC. ¿Vendióse?
MOZ. No se vendió,
y es, en fin, de gentil hombre.
LUC. Pues compradle para mí,
que en hábito de hombre quiero
ir con vos; pero primero
me daréis palabra aquí
de no decir a hombre humano
quién soy.
MOZ. A Dios lo prometo
y de teneros secreto
levanto al cielo la mano.
LUC. Pues compradme ese vestido
y al campo luego sacad
las mulas, y ésta tomad
y haced como bien nacido,
que de aquesta confianza
mi desdicha me asegura.
MOZ. Estad, señora, segura.
LUC. Vos sois toda mi esperanza.
MOZ. Apartaos del camino
que va a Almodóvar.
LUC. Sí haré.
MOZ. ¡Par Dios, muy buen mozo hallé!
LUC. Que sois honrado imagino.
MOZ. No repararé en dinero
en lo que al vestido toca.
LUC. Compradle y callad la boca.
MOZ. Partid.
LUC. A la ermita espero.

(Salen CARLOS *y los colmeneros.)*

BEN. Este es, señor, el cortijo.
CAR. ¿Que aquí aquel ángel está?

AL. Esperad, que voces da.
MIR. ¿Qué escucháis? ¿Es vuestro hijo?
AL. No sea que haya parido.
MIR. Pues si anoche la forzó,
¿hoy pudo parir?
AL. ¿Pues no?
¿No veis que por fuerza ha sido?
MIR. Dejadme a mí solo entrar.
CAR. Sacadle de presto, amigos,
que los cielos son testigos
que ya comienzo a llorar.

(MIRENO *saque a* CRISPINA, *villana, atada.*)

MIR. ¡Par Dios, que era mi mujer
y atada a un pilar estaba!
¿Qué tienes?
CRI. ¡Ay, Dios!
MIR. Acaba,
Crispina, debes por ver.
CRI. Aquella dama o demonio
que me trujistes aquí,
que bien se ha mostrado aquí
de lo que fué el testimonio,
porque le dije que había
de ir presa a Toledo luego,
tomó un tizón que en el fuego
sólo ahumaba, que no ardía,
y meneóme a la fe
las costillas de tal modo
que me dejó el cuerpo todo
que apenas si es cuerpo sé,
y atándome cual me hallaste,
a la tu yegua le echó
el freno, y subió y salió.
Decidme, ¿no la encontraste?
MIR. ¿Que mi yegua me ha llevado?
CRI. ¿No lo veis?
MIR. Ladrones son.
Vos habéis de ir en prisión.
CAR. ¡Ah, cielo, en mi daño airado!
¿Tenéis con qué la alcanzar?
BEN. ¿Qué es alcanzarle? Agarradle.
CAR. ¿Cómo?
AL. Ronda que el Alcalde
lo mande; dejaos llevar.
CAR. ¡Ay de mí! ¿Por dónde irá?
Basta, que por la amenaza
de ver su honor en la plaza
huyendo Lucinda va.
¡Oh, villana, por tu miedo
se fué oyendo la prisión!
CRI. ¿Cómo no asís al ladrón
y le lleváis a Toledo?
BEN. Y cómo sí lo verás.
Asidle.
CAR. Fuera, villanos,
no pongáis en mí las manos.
AL. Date a prisión, Satanás.
¿No ves la vara que tiene
el Alcalde?
MIR. Que mi yegua
se llevó, estará una legua
de aquí.
CRI. Sí estará si viene;
pero si va cara allá
más de treinta ha caminado,
que sin tocar hierba al prado
como liebre huyendo va.
BEN. Daos prisa, digo.
CAR. Dejadme,
demonios, que mataré
uno de vosotros.
BEN. ¿Qué?
CAR. Venid, venid y guiadme.
BEN. ¡Oh qué lindo! Pues al Rey
os desacatáis ansí,
asidle todos aquí,
que no tiene rey ni ley.
CAR. Ya que aquesto me obligáis,
la espada me ha de valer;
pero no querría hacer
algo a que priesa me dais.
Hombres, ¿no veis que he perdido
mi bien? ¿No veis que estoy loco?
BEN. No os valdrán los pies tampoco.
¡Hola, Ergasto! ¡Hola, Leonido!
Echad los perros acá,
sacad las hondas.
CAR. Mas quiero
huir.
MIR. Tiradle certero.
ALC. ¡Ay dél si aquesta le da!

(*Entrénse, tirándole y él defendiéndose, y salgan* TIBERIO *y* DRUSILA.)

TIB. ¡Que no haya su hermano escrito
en tantos días!
DRU. No es hombre
que estima, padre, ese nombre.
TIB. Cuando en vano solicito,
Drusila, el ser venturoso
en hijos, permita el cielo
no dejarme sin consuelo
en tiempo tan peligroso.
Pensé, por cobrar a Enrico,
a Carlos aventurar;

sin Carlos vengo a quedar.
¡Qué gentil remedio aplico!

DRU. No te aflijas, que es mancebo
y en la corte entretenido
andará favorecido
por galán, por rico y nuevo,
y quizá alguna mujer
de Sevilla le ha obligado.

TIB. ¡Ay, hija!, en lo cierto has dado,
algo debes de saber.

DRU. No sé, por mi fe; adivino
lo que un mozo hará en la corte,
que no va a cosa que importe.

TIB. Ya es mi hijo mi sobrino,
Ricardo es mi hijo ya,
y siendo tú su mujer
mis hijos habéis de ser;
echada esta suerte está;
No quiero Enrique ni Carlos,
Ricardo y Drusila quiero.

DRU. Aunque obedecerte espero,
no es porque dejes de amarlos.
Yo me casaré, señor;
pero estima a mis hermanos.

TIB. A hijos tan inhumanos,
¿me dices que tenga amor?
Que el uno en Flandes no escribe
y el otro, para imitalle,
también es ido a buscalle.

DRU. Sosiega, señor, y vive,
que presto cartas tendrás.

(CAMILA *entre.*)

CAM. El desposado está aquí.

TIB. Todo mi amor pongo en ti,
tú eres mi hijo no más.

(*Sale; entran* RICARDO *y* FLORIÁN.)

RIC. Un hombre, señor, he hallado
que de camino venía,
que algunas joyas traía
de parecer extremado;
tan a propósito todas
de las que busco estos días,
que creo que serán mías
y que honrarán nuestras bodas.
Trújele conmigo aquí
porque Drusila las viese
y con su voto se hiciese
el concierto.

TIB. Que entre di.

CAM. Entre, señor gentilhombre.

(*Sale* ROBERTO.)

ROB. Dios guarde a vuesas mercedes.
Para tan ricas paredes
son joyas de poco nombre;
mas creo que agradarán.
¿Es la novia esta señora?

DRU. No; pero serélo agora,
si aquestas joyas me dan.

ROB. Este es collar y cintura.

TIB. Bizarro.

RIC. ¡Notable a fe!

ROB. Este es un Agnus, que sé
que tiene extremada hechura.
Este es un gentil diamante;
y no es malo este rubí.

FLO. ¿Ves lo que compran allí?

CAM. Bien lo veo.

FLO. No te espante,
porque cuando nos casemos
mejores te los daré.

RIC. Todo aquesto os compraré.

ROB. ¿Agrada?

DRU. Sí.

ROB. Concertemos.

TIB. ¿De adónde o cómo traéis
las joyas?

ROB. Pensé embarcarlas
y hasta Méjico llevarlas
de la suerte que las veis,
y hallé que la flota es ida,
y aguardar otra no quiero.

TIB. Seréis el hombre primero
que he visto en toda mi vida
que lleve diamantes y oro
a las Indias.

ROB. Esta hechura,
este esmalte y compostura
era en la India un tesoro;
que allá se labra grosero,
y yo de que me valiera
más que en España...

TIB. Eso fuera
algún curioso platero.

ROB. Hame Sevilla agradado
más que Madrid, patria mía,
y tengo en la Platería
un bello cuarto alquilado.
Quiero estas joyas vender
y comprar camas y plata
de una almoneda barata
que esta tarde he visto hacer.
Y echando el ojo a quien pueda
servirme de compañía,

aumentar la hacienda mía
sin gastar la que me queda.

TIB. ¡Par Dios, que es buena intención!

RIC. Hacéis como hombre de bien.
¿Habrá cadena?

ROB. También,
y aun dos sospecho que son.

DRU. Con éste, que es aplicado,
casara a Camila yo.

TIB. Y el pensamiento me hurtó,
yo lo había imaginado.
Venid acá vos. ¿Queréis
que yo os case?

ROB. Sí, señor.
¿Dónde estaré yo mejor
que en parte que vos me honréis?

TIB. Pues yo os daré la criada,
que como hija he criado.

ROB. Y yo estaré muy honrado
con persona tan honrada.

RIC. Pues vamos a concertar
las joyas, que mi señor
después tratará mejor
el cómo os podéis casar.

ROB. Sea en buen hora, que aquí
cuando mandéis volveré.

TIB. Dote y favor os daré,

ROB. Tendréis un esclavo en mí.

(*Váyanse* RICARDO *y* ROBERTO.)

FLO. Basta, que ya estás casada.

CAM. ¿Quién te mete a ti en mis cosas?

FLO. ¿A que a un tiempo te desposas
con la nueva desposada?

CAM. Vete, hermano (1);
mira que se lo diré.

FLO. Si te casas, quedaré
cual pájaro asido al ramo.

(*Vase* FLORIÁN.)

CAM. Mejor será como Judas.

TIB. Ricas joyas.

DRU. Extremadas;
que volverán concertadas
dudo.

TIB. ¿Pues por qué lo dudas?

DRU. Es Ricardo, mi señor,
de cobarde pensamiento.

TIB. Hija, el que es más avariento
da más, en teniendo amor.

(1) Verso incompleto; pero fácil de llenar, pues el sentido está claro.

(LUCINDA, *dentro, en hábito de paje.*)

LUC. ¿Quién está acá?

TIB. Mira ahí.

CAM. Un pajecillo, señor.

TIB. ¿De quién?

CAM. Será del doctor.

LUC. ¿Podré entrar?

CAM. ¿Entrará?

TIB. Sí.

CAM. Entrad.

TIB. ¿Cuyo sois, mancebo?

LUC. Señor, vuestro querría ser,
porque me vengo a oponer.

DRU. ¿A oponer?; lenguaje nuevo.

LUC. He sabido que casáis
a esta dama.

TIB. Y podrá ser
que a eso os vengáis a oponer.

LUC. ¡Jesús!, engañado estáis.
Antes dicen que buscó
pajes su esposo, y yo vengo
a servirle, porque tengo
partes para serlo yo.

DRU. Muy bien se os echa de ver.
¿De dónde sois?

LUC. De Toledo.

CAM. Estate, muchacho, quedo.

DRU. Buen rostro.

TIB. Buen parecer.
¿Conocéis allí a Tibaldo?

LUC. Si es mi tío, ¿por qué no?

TIB. ¿Vuestro tío?

LUC. Sí, que yo
soy, señor, hijo de Arnaldo.

TIB. A Tibaldo he conocido
y tengo correspondencia
con él.

LUC. Pues dadme licencia.

TIB. ¿Cómo ansí?

LUC. Que me despido.

TIB. ¿Por qué?

LUC. Porque vengo huyendo,
y descubriréis que aquí estoy (1).

TIB. No haré, a fe de quien soy.

LUC. El secreto os encomiendo,
que me vengo desgarrado,
porque me pensé embarcar
con mi primo en ese mar
y, cual veis, tarde he llegado.

TIB. ¿Qué primo?

(1) Verso largo: quizá deba leerse «y le diréis que aquí estoy».

LUC. Félix, que aquí
vino a un Tiberio encargado.
TIB. Yo soy.
LUC. ¿Que a vos he llegado?
TIB. Hijo de mi alma, sí.
Aquí Félix, primo suyo,
pasó; su tío es mi amigo.
Está aquí, por Dios, conmigo,
por mi amor y por el suyo,
que yo te regalaré
mientras que volverte quieras.
LUC. ¡Qué bien salen mis quimeras!
Aquí mi Carlos veré.
Señor, si me he de quedar
vuestro hijo (1) he de servir.
TIB. ¿Cuál?
LUC. Carlos.
TIB. De oír decir
su nombre querría llorar.
LUC. ¿Pues dónde está?
TIB. Partió a Flandes.
LUC. ¿Y cuándo vendrá?
TIB. No sé.
LUC. Aquí esperarle podré
meses, años, siglos grandes.
Digo que aquí quiero estar;
pero no aviséis tan presto
a mi padre.
TIB. Estoy dispuesto,
hijo, de no le avisar.
¿Tu nombre?
LUC. Hernando me llamo.
TIB. Pues, Hernando, aquí te queda.
Drusila, el Rey no se pueda
regalar más.
LUC. ¡Qué buen amo!
(Vase el viejo.)
CAM. ¿Hay maleta u otra cosa?
LUC. En «puribus» he venido.
CAM. Qué, ¿no más de este vestido?
LUC. ¿Quién la mete en eso, hermosa?
DRU. Hernando, ¿es buena Sevilla?
LUC. Rica, populosa y bella,
y basta estar vos en ella.
DRU. ¿Vistes al Betis?
LUC. Su orilla.
DRU. ¿Qué dices del Tajo?
LUC. Deja
el Tajo, que fué revés
del pobre Hernando que ves
y dejó allá la pelleja.

(1) El original dice «tío» por errata.

Perdona, hermana criada.
CAM. ¡Qué bellaco es el rapaz!
LUC. Tengamos la fiesta en paz,
que habrá coz y bofetada.
CAM. A la fe que por travieso
debes tú de andar ansí.
¡Miren qué padres allí
y miren aquí qué seso!
LUC. ¿Quién le mete a la fregona
en mis padres ni en mi vida?
¿Métome yo, relamida,
en si ella tuerce o jabona?
¡Vive el de lo alto!...
DRU. ¿Hay pico
más gracioso? Dile más.
CAM. Si tú esas alas le das,
iráse el niño a Tampico.
LUC. No me iré sino a chacona;
porque en coplas semejantes
habrá dos mil consonantes
para llamarla fregona.
Y no se tome conmigo,
¡por vida della!; que haré
que vaya de un puntapié
a salir por el postigo.
CAM. ¿Muchachico de Toledo?
LUC. ¿Qué quiere ella?
CAM. «Tente allá,
que buenas voces les da».
LUC. Hago bien, y dije y puedo.
CAM. ¿Mas que ya ha sido rufián?
LUC. De otras tales como vos.
DRU. ¡Qué buenos estáis los dos!
LUC. ¡Ea!, ya soy tu galán;
toca y seamos amigos.
CAM. Así, agudillo, me agradas;
desvergonzado, me agradas.
LUC. Pues no se me da dos higos.
¿Hay algo que merendar?
CAM. ¿Hace hambre?
LUC. Temeraria.
CAM. Hay la merienda ordinaria.
LUC. ¿Y es?
COM. Arena de la mar.
LUC. Para sus muelas, amiga.
DRU. Dale un poco de conserva,
Camila.
CAM. Mascará hierba.
LUC. ¡Ea!, que Dios te bendiga.
DRU. Ven Hernando, que te quiero
hablar en Félix un poco.
LUC. Pues diréte de aquel loco
mil cosas.

DRU. Ya las espero.
Dale a merendar, Camila,
y vendráme luego a ver.
LUC. Poco tengo de poder
o enamorar a Drusila.

ACTO TERCERO

(Sale FÉLIX.*)*

FÉL. ¡Oh famosa y gran Sevilia,
retrato del Paraíso,
gracias al cielo que piso,
Betis, la arena a tu orilla!
¡Cuánto deseaba e lverte
tras esta larga jornada,
bella ciudad coronada,
llana, hermosa, rica y fuerte!
Aunque de la Nueva España
vengo, mejor hallo en ti
nueva España para mí:
ésta propia, aquélla extraña.
Busque entre los indios oro
la fiera codicia humana
que mar y montes allana,
y embarque un grande tesoro.
Que yo más quiero vivir
en mi patria con llaneza
que esta pesada riqueza
tan difícil de adquirir.
Pues, huésped, ¿qué comeremos?

(Sale ROBERTO.*)*

ROB. ¿En Sevilla preguntáis
qué comeréis? ¿O pensáis
que serviros no sabemos?
Abrid de un palmo la boca
y pedid cuanto os agrade
que en casa no hay quien se enfade
de lo que a serviros toca.
Hoy tendréis un perdigón
sobre un torreznillo asado
entre blanco pan cortado
y dos ruedas de limón.
La honra ordinaria, que es
la olla, será bastante;
vino que en tres lenguas cante
y calle una hora después.
De frutas tendréis algunas,
y para suplicaciones,
en las brasas seis ostiones
y tres o cuatro aceitunas.

FÉL. ¡Ah, buen huésped! ¿qué lugar
ese bello pasto tiene?
ROB. Un hombre a buscaros viene.
FÉL. Dejadle, huésped, entrar.
ROB. Pesia tal, de los honrados
que tiene Sevilla es,
y tras aquesto, después
tiene treinta mil ducados,
y aun es medio suegro mío.
FÉL. ¿Cómo? ¿Hija os dió?
ROB. Que no,
sino una moza a quien yo
daba el gusto por el brío.
FÉL. ¿Con su criada decís?

(Salen TIBERIO *y* LUCINDA, *paje.)*

ROB. El viene.
TIB. Tan enojado,
Félix, vengo y agraviado
de que a Sevilla venís
y no derecho a mi casa
que no he de abrazaros.
FÉL. ¿No?
Pues abrazaréos yo
y diréos lo que pasa.
No fué ingratitud, a fe,
no haber ido allá derecho
sino haberme falta hecho
un criado que se fué
desde Sanlúcar a Ronda,
de donde era natural.
TIB. ¡Que ansí un hombre principal
a su valor corresponda!
¿Vos en Sevilla, en posada?
¿Tan mal os traté en la mía?
FÉL. No se pasará hoy el día
ni es la obligación pasada.
Suplicoos no os enojéis,
que por ir más aseado,
que de la mar he llegado,
vine a la casa que veis.
LUC. ¡Válame Dios!, ya no puede
sufrir el tiempo mi engaño,
ya quiere que el desengaño
triunfe y victorioso quede.
Félix es este, de quien
fuí tan querida en Toledo.
¿Si me iré? Mas tengo miedo
que luego en buscarme den.
Tras eso, ¿de qué manera
a Carlos puedo esperar,
pues de cualquiera lugar
ha de venir a su esfera?

Su mismo centro es Sevilla,
su casa es esta en que estoy.

FÉL. Dello, mi señor, estoy
con notable maravilla.
¿Que no se ha sabido más
de Carlos?

TIB. De aquí partió
en tan buen punto que yo
no he sabido dél jamás.
No tengo hijos que entiendan
que tienen padre.

FÉL. Sí harán,
pues con eso ocasión dan
que todos los reprehendan.
¿Cómo está Drusila?

TIB. Buena,
aunque ha sido desgraciada.

FÉL. ¿Cómo?

TIB. Estuviera casada,
y para doblar mi pena
con quien la quise casar
cayó enfermo.

FÉL. ¿Y murió?

TIB. No;
pero a tal punto llegó
que fué milagro escapar.
Diez meses ha que partistes,
tantos ha que está en la cama.

FÉL. ¿Cómo ese hidalgo se llama?

TIB. Bien, Félix, le conocistes;
Ricardo, su primo es.

FÉL. Es honrado caballero.

TIB. Casarlos ahora quiero,
o será al fin deste mes,
que ya está Ricardo bueno.

LUC. A este huésped he mirado
y me parece un traslado
de aquel infame Vireno
que me sacó por engaño
y en el monte me robó;
pero no es tiempo que yo
busque ahora el desengaño.
Antes que el viejo le diga
a Félix que soy su primo,
que por más desdicha estimo
que mi fortuna enemiga,
me quiero ir, pues es cierto
que ha de conocer quién soy.
Decid al señor que voy
hasta la puerta, Roberto.

ROB. Todas las veces que veo
este paje tiemblo un rato,
que es de Lucinda un retrato
y aun que es ella misma creo.
Tanto, que, en duda, he querido
hablarla determinado.

TIB. Deciros se me ha olvidado
que tengo a Hernandico, huído
de vuestro tío, en mi casa,
y aun aquí viene conmigo.

FÉL. Huélgome, Dios me es testigo.
¿Que se huyó? ¿Que aquesto pasa?
Sin duda vino tras mí.

TIB. Tras vos vino; mas llegó
tarde, y, al fin, se quedó.
Mirad si está por ahí.

ROB. A la puerta dijo que iba.

TIB. Allá le podéis hallar;
conmigo os he de llevar.

FÉL. De vos por merced reciba
Dejéis que mi ropa llegue.

TIB. Roberto la llevará;
esto es sin remedio ya.

FÉL. ¿Quién hay que ese gusto os niegue?

TIB. Roberto, en llegando aquí
a mi casa avisarás.

(Vanse FÉLIX *y* TIBERIO.*)*

ROB. Ya sabéis que aquí tenéis,
Tiberio, un esclavo en mí.
Notable temor me ha dado
este paje; en verdad;
que no hay tal fidelidad
como un corazón turbado.
Pero sea lo que fuere,
aquí he puesto esta posada,
mi persona acreditada
para todo cuanto quiere.
Tengo rica plata y camas
y de buen servicio llena
y sola aquesta cadena
de aquel juego de las damas
donde las joyas gané,
que todas las he vendido.
¡Qué necio en guardarla he sido!
Pero ya la venderé.
Voy a deshacerme della
cual matador que arrojó
la espada con que mató
porque no le hallen por ella.

(Vase y salen CARLOS *y* TRISTÁN.*)*

CAR. Esta, Tristán, es Sevilla.

TRI. Aquí fuí yo más privado
de su pecho y de tu lado.
¿Pero qué me maravilla?
Múdase un monte, una torre

viene derribada al suelo
y el hombre, hasta ver el cielo,
al paso del tiempo corre.
Viniste de los villanos
preso a Toledo, y allí
me hallaste más preso a mí,
aunque de mejores manos,
y dábaste a imaginar
que había robado a tu esposa.

CAR. Mi tragedia lastimosa
me vuelves a renovar.
Pero di: si te mandé
que la sacases de allí
y después faltarla vi
y en el monte no la hallé,
y si aquellos colmeneros
me dicen que la robó
el mismo que la llevó
con amenazas y fieros,
¿era mucho presumir
que tú la habías robado?

TRI. Sí, pues me habías hallado
donde no pude salir.
Fuí, y apenas los umbrales
para esperarla toqué,
cuando a la justicia hallé
que, con voces desiguales,
me prendió como a ladrón
y puso en la cárcel preso,
donde aquesto que confieso
te di por satisfacción.
Pues si entonces me prendieron
y ella por dicha salió
con el primero que halló
y al monte juntos se fueron,
¿qué presumías de mí?

CAR. Tristán, quien ama no fía,
y el suceso de aquel día
era todo contra ti.
Pero no me negarás
sacarte de la prisión,
mostrándote la afición
que siempre, y entonces más.

TRI. ¿Cómo más, si me metías
en un aposento obscuro
y a fuerza de un hierro duro
que te aijese querías
adonde Lucinda estaba,
que si lo sé ni la vi,
maldiciones sobre mí
vengan más que por la Cava?

CAR. Ahora bien; parte a buscar
el vestido que te dije,
que, como pobre, me aflige
no poder mi padre hablar.
Y diez meses que he tardado
buscando aquesta mujer,
las Indias pudiera haber
en mil caminos gastado.
Igual hizo el perezoso
de Mauricio, aunque era yerno;
que se estuvo de gobierno
en Toledo siempre ocioso.
Verdad es que no tenía
por la honra obligación,
si no es honra la afición,
como lo ha sido la mía.

TRI. ¿Piensas que todos son locos
como en tus obras se ve?

CAR. Anda, Tristán, que yo sé
que amando son cuerdos pocos.

TRI. ¿Qué amor, qué gusto o qué trato?
Que viniste decir puedo
desde Sevilla a Toledo
por el alma de un retrato.
Y ya que pudiste hallarla,
más que Orlando furibundo,
vienes descubriendo el mundo
con ánimo de buscarla.
Yo sé muy bien dónde está.

CAR. ¿Dónde, Tristán, que la adoro?

TRI. En el Catay con Medoro;
vámonos, Carlos, allá.

CAR. ¡Oh, loco, ve donde digo!

TRIS. ¿Dónde me aguardas?

CAR. Aquí,

(Vase TRISTÁN.*)*

para imaginar en mí
el mal que traigo conmigo.
Grandes tiempos, pensamiento,
ha que no queréis dejarme,
preciándoos de sustentarme
con esperanzas de viento.
Pues no soy camaleón;
que amor que ha sido tan firme
no es justo que te confirme
con tan baja condición.
El verme en esta ciudad,
patria y casa y honra mía,
me causa aquella alegría
que, tras larga tempestad,
tiene el pájaro en el nido
mirando sereno el cielo;
pero él esparce su vuelo
y yo téngole encogido.
Pienso aquí cómo salí

cuando en la playa dejé
a Félix, que causa fué
de cuanto mal padecí.
¡Ah, mal amigo retrato,
que de veces me vendiste,
pero dos caras tuvieste
y así lo parece el trato!
Mas, ¿por qué debo quejarme
de quien por mi voluntad
murió acaso en tierna edad
por seguirme, por buscarme?
¡Ay, Lucinda, plega al cielo
que si este amor me faltare
ni de buscarte dejare
mi alma por todo el suelo,
que acabe mi vida aquí,
o el día que a pensamiento
diere algún consentimiento
como sea contra ti!

(Salen TRISTÁN *y* ROBERTO *asidos a la cadena.)*

TRI. Soltad la cadena os digo.
ROB. Soltadla vos, pues no es vuestra.
TRI. Señor, la cadena nuestra.
CAR. ¿Qué es eso, Tristán amigo?
TRI. La cadena que en Toledo
diste a Lucinda vendía
este hombre.
CAR. Muestra; esta es mía.
Suelta, que probarlo puedo.
ROB. Mirad, hidalgo, que soy
de aquesta casa que veis
huésped y que no sabéis
cuán acreditado estoy.
Vos, que como forastero
venís, a entenderme dais
que esta prenda me quitáis
porque no os sobra dinero.
Advertid que es mediodía,
y que si la voz levanto...
TRI. Suelta.
ROB. Que yo no me espanto,
que bien sé hacer cortesía;
mas no estafas para mí.
¿No ven que vivo allí enfrente,
he de llamar a mi gente?
CAR. Pues escuchadme.
ROB. Eso sí.
CAR. ¿Quién os dió aquesta cadena?
ROB. Este es Carlos. ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer.
CAR. Sosegaos, no tengáis pena.
ROB. Habéisme sobresaltado
con veros notablemente.
CAR. No temáis ni llaméis gente,
creed que soy hombre honrado.
ROB. Así me lo parecéis;
pero me ha dado gran pena
que me pidáis la cadena.
CAR. Decid cómo la tenéis.
Que si aquesta casa es vuestra,
bien se ve que será bien.
ROB. Ropa y servicio también
y cuanto en ella se muestra.
Mas, volviendo a nuestro cuento,
sabed que yo he pretendido
casarme, aunque no he salido
muy a gusto con mi intento.
Tiberio, un hidalgo honrado,
desta ciudad, gran señor
mío, me ha hecho el favor,
en que le estoy obligado,
que a Camila, una criada
suya, me da por mujer.
Hízose el concierto ayer
y una escritura firmada.
Y yo fuí y compré en la tienda
esta cadena que veis.
Volví después, a las seis,
para ver mi dulce prenda
y dice que está casada
con otro. Yo, con la pena,
quise vender la cadena
y la afición mal pagada.
Yo traeré a Tiberio aquí,
y si él no dijere aquesto,
a cualquier daño estoy puesto.
CAR. No, amigo; yo os creo ansí.
No hay para qué le traigáis,
que yo conozco ese hombre
por el trato y por el nombre;
de vos buena cuenta dais.
Pero, cierto que en Toledo
esta cadena me hurtaron.
ROB. Créolo yo.
CAR. Y aun llevaron
harto más (1).
ROB. ¡Hola, Antón, Juanilla!
Dale a aqueste caballero
el aposento primero;
no hay tal posada en Sevilla.
Ahora bien, dentro están ya.
Yo voy a hacer un enredo
con que se me quite el miedo

(1) Versos incompletos éste y el que sigue.

que la cadena me da.
La justicia viene aquí.

(Sale un ALGUACIL *y gente.)*

ALG. Digo que al momento iré.
ROB. El otro día os hablé
para que os sirváis de mí.
Hoy os tengo una prisión
de dos famosos ladrones.
ALG. Con tantas obligaciones
aumentáis mi obligación.
ROB. Esta cadena que veis,
con dos dagas me quitaban,
que esta casa no pensaban
que era mía, cual sabéis.
Y en viéndome llamar gente,
por disimular, pidieron
posada.
ALG. ¿Y por dónde fueron?
ROB. Todo está junto, pariente.
Entre, que en ese aposento
los hallará, que es prisión
notable.
ALG. En obligación
me echaréis eternamente.

(Vase el ALGUACIL.)

ROB. No saldrán de allí, si puedo.
Yo quiero a Tiberio hablar,
porque he de calificar
con su persona mi enredo.
Que pidiendo a su criada,
casado una vez con ella
me han de perdonar por ella
el hurto y burla pasada.
Hoy puedo vender mil Troyas,
que una vez casado allá
claro está que mandará
que no me pida las joyas.

(Vase y salgan CAMILA *y* LUCINDA, *de paje.)*

CAM. ¿De qué sirve que escondido
hoy estés en mi aposento
para no me dar contento,
Hernando, en lo que te pido?
¿Tan mal el casar te agrada
conmigo?
LUC. ¡Por Dios, muy mal!;
porque de una junta igual
nacerá poco o no nada.
Vete, Camila, de aquí,
no nos vean a los dos.
CAM. Algo has hecho tú, por Dios.
LUC. Sí; mas no dirás que a ti,
que no te ofendí en mi vida,
antes me debes amor.
CAM. ¿Amor te debo?, ¡Ah traidor,
cruel, áspero, homicida,
burlón, falso, habladorcillo,
pan y catorce, bellaco!
LUC. ¡Por Dios, si la daga saco!
CAM. ¿Qué daga, tú, picarillo?
¡Mal haya, amén, la mujer
que destos pícaros fía!
LUC. ¿Qué te debo, hermana mía?
CAM. Un infinito querer.
LUC. Pensé que otra cosa más.
CAM. ¿Y esto es poco?
LUC. Fantasías
me daban que algo pedías
que no te debo jamás.
¿Qué es lo que ha hecho por mí?
¿Es más que quererme dar
algo más de merendar?
Pues más me debes tú a mí.
CAM. ¿Yo a ti?
LUC. Sin vivos abrazos,
viniendo tú oliendo a humo,
que era trabajo más sumo
que si me hicieras pedazos.
¿Y cuando con tanta harina
venías del cernedero
cual me ponías?
CAM. No quiero
tanto almacén y bolina.
Yo te haré sudar, bellaco,
yo diré que estás aquí.
LUC. Yo por Félix me escondí,
no me vea roto y flaco,
que es, como sabes, mi primo.
CAM. Más le diré.
LUC. ¿Qué dirás?
CAM. Después sabrás lo demás.
LUC. Ni a ti ni a tu amo estimo
en aquesta castañeta.
CAM. ¡Miren qué vergüenza! Calla
¡para ésta!
LUC. Estoy por dalla.

(Vase CAMILA.)

¡Oh, amor!, cuánto me inquieta
el haber Félix venido
Mas, ¡ay!, que Drusila viene
con Ricardo. Aquí conviene
prestar lengua, atento oído.

Salen RICARDO *y* DRUSILA.)

RIC. Muy bien se os echa de ver

lo que estáis regocijada
de que viniese la armada
y aqueste hidalgo de ayer.

DRU. Era amigo de mi hermano,
y por aqueso le estimo.
No seáis celoso, primo,
que aqueste amor es muy llano.

RIC. Sabréis cuánto soy celoso,
que un papel me han dado ahí
para vos y no le abrí.

DRU. Sois más noble que curioso.
Mostrad.

RIC. Abrid y leed.

DRU. Aquí aparte.

RIC. Sea en buen hora.
Hernando.

LUC. Bien mi señora
se emplea en vuesa merced.

RIC. ¿Parézcote bien a ti?

LUC. ¡Merecéisla, vive Dios!
Gozaos mil años los dos.

RIC. ¿Has de irte conmigo?

LUC. Sí,
que sin ella no he de estar
en cas del viejo escuchando
sus voces.

RIC. Pues mira, Hernando,
que si vas no has de jugar.

LUC. Mas, ¿qué tengo allá de hacer?

RIC. Estudiar no más.

DRU. ¡Oh caso
extraño!... Más ¡lengua¡... ¡Paso,
que me echaréis a perder!
Basta, que mi hermano preso
está en Sevilla, a opinión
por lo menos de ladrón,
por un extraño suceso.
Díceme que a nadie diga
que es él, pero que de allí
le saque. ¡Triste de mí,
que a lo imposible me obliga!
Ahora bien, sea lo primero
enviarle de comer.
Mira, Hernando, qué has de hacer.

LUC. Haré, a fe de caballero

DRU. De comer has de llevar
a un preso secretamente.

LUC. ¿Es vuestro deudo o pariente
por quien he de preguntar?

DRU. Sólo por el Toledano,
que así me lo escribe aquí.

LUC. ¿De mi patria? ¡Pesia a mí!
Iré en el aire.

DRU. Oye, hermano;
di a la esclava que te dé
lo que necesario fuere,
y dile que en Dios espere
y con poca pena esté,
que yo iré a verle en persona
y le sacaré de allí.

LUC. ¿Irá allá un esclavo?

DRU. Sí,
si tu secreto le abona.

LUC. Yo le encargaré el secreto.
¿Va ya la comida?

DRU. Parte.
La lengua vengo a encargarte.

LUC. Que callaré te prometo.
(Vase.)

RIC. ¿Queréisnos, señora mía,
dar parte de ese papel?

DRU. No hay cosa que importe en él,
porque es una niñería.

RIC. Veámosle.

DRU. No podéis.

RIC. Pues esto no he merecido
por habérosle traído.

DRU. Más, Ricardo, merecéis.
Pero pues no le leístes
no queráis saberlo agora.

RIC. Ofensa me hacéis, señora.

DRU. Vos, Ricardo, me la hicistes
en quererme ya mandar
antes de ser mi marido.

RIC. Serélo si no lo he sido,
y a no serlo me obligáis.
¿Vos papel sin verlo yo?

DRU. ¿Pues antes del casamiento
con ese desabrimiento,
primo, me habláis?

RIC. ¿Por qué no?
¿No habéis de ser mi mujer?
¿No es ya cualquier niñería
declarada ofensa mía?

DRU. No lo soy ni lo he de ser.

RIC. Mostrad el papel.

DRU. No quiero.
¡Paso, que le habéis rasgado,
y este no es término honrado
de deudo ni caballero!
¡Idos de mi casa luego!

RIC. Iré con estos pedazos,
que romperán estos lazos
y los de mi amor tan ciego.
Lo que sacare por ellos
será, leyéndolo a todos,

libelos que de mil modos
pueda infamarte con ellos.
(*Vase* RICARDO.)

DRU. Parte, y ojalá que hubiese
ocasión que te olvidase
deste pensamiento y diese
lugar a que yo gozase
de quien menos me ofendiese.
Vete, enemigo, y al cielo
ruego que viendo mi celo
tenga piedad de mi vida.
(*Sale* FÉLIX.)

FÉL. Drusila llora ofendida;
algunos celos recelo.
¿Cómo, mi señora, así?
¿Qué os hace ese vuestro esposo
que va enojado de aquí?

DRU. Anda Ricardo celoso.

FÉL. ¿Cosa que digáis de mí?

DRU. ¿Pues de quién sino de vos?

FÉL. Señora, yo estoy, por Dios,
deseoso de estorbar
por sólo hacerle pesar
que os casásedes los dos.
Porque casi en vituperio
vuestro el traerme ha sido (1)
a vuestra casa Tiberio.

DRU. ¿Sólo eso el misterio ha sido?

FÉL. Sólo esto ha sido el misterio.
Que aunque hasta agora pudiera
pretender con vos casarme,
lo que con el alma hiciera,
es ya forzoso mudarme
y que no pueda aunque quiera.

DRU. ¿Cómo?

FÉL. El Hernando que ayer
vuestro padre me decía,
o estoy loco, o es mujer;
y mujer tan mujer mía
como vos lo queréis ser.
Topéle en esa escalera,
habléle poco y turbado,
y es, sin duda.

DRU. ¡Qué quimera
que habéis, Félix, fabricado
semejante a la primera!
¿Mujer Hernandillo?

FÉL. Sí.
(*Salen* TIBERIO *y* ROBERTO.)
Vuestro padre viene aquí.

TIB. No lo puedo hacer, Roberto.

ROB. De vuestro amor estoy cierto,
con el mío cumplo así.
Mas, ¿no sabré la ocasión?

TIB. Idos a vuestra posada,
que allá sabréis la razón.

ROB. Dentro del alma, turbada,
llevo mayor confusión.
Si ha sabido que prendí
su hijo, veyme de aquí,
no me suceda algún mal.
(*Vase* ROBERTO.)

TIB. ¿Habrá desvergüenza igual?

DRU. Señor, ¿qué es eso? ¡Ay de mí!
Sin duda sabe que está
preso mi hermano.

TIB. ¿Hay traición
que a aquesta se iguale ya?

DRU. Pensarás tú que es ladrón,
y mucha pena te da.

TIB. Bien sé que es hombre de bien;
el ladrón el mozo ha sido.

DRU. Preso está Tristán también,
mi hermano lo ha consentido;
querrá Dios sin culpa estén.
Señor, Tristán lo habrá hecho,
que mi hermano no podría.

TIB. Tu hermano en Flandes sospecho
que hasta acá no alcanzaría,
deso yo estoy satisfecho.

DRU. Pues si no es ladrón mi hermano
sácale de la prisión,
que me escribe y es muy llano
que está sin culpa.

TIB. En razón
hablas o es intento vano.
¿Quién te ha escrito?

DRU. Carlos.

TIB. ¿Carlos?

DRU. Sí, señor.

TIB. ¿Qué dices?

DRU. Sí.
Ve a la cárcel a sacarlos;
Tristán y él están allí,
de infames quieren culparlos.

TIB. ¿Carlos, mi hijo, ha venido
de Flandes y por ladrón
preso?

DRU. Qué, ¿no lo has sabido?

TIB. Esta es la primer razón,
hija, que llega a mi oído.

DRU. ¿Pues luego no hablabas desto?

(1) En el original «venido», que alarga el verso y estropea el concepto.

TIB. Lo que hablaba era que vino
Roberto, mancebo honesto,
huésped de Félix, vecino
de nuestro pariente Ernesto;
el que antaño le fió
en las joyas que compraste
y a Camila me pidió.
Fuíle a hablar.
DRU. Pues bien, ¿qué hablaste?
TIB. Que una traición me contó.
DRU. ¿Cómo?
TIB. Que la había habido
Hernandico y prometido
que se casaría con ella,
y no hallándola doncella,
al novio, cual ves, despido.
FÉL. ¿Eso Hernando pudo hacer?
DRU. ¿Veis, Félix, cómo no quiere
volverse el paje mujer?
TIB. Hija, no es justo que espere,
a mi Carlos voy a ver.

(Vase TIBERIO.*)*

¡Jesús, preso por ladrón!
FÉL. Naturaleza se ha errado
o quiso en esta ocasión
dar a Lucinda un traslado
de tan rara perfección.
Creedme, señora mía,
que de suerte la parece
que con menos este día
que la prueba que te ofrece
nadie vencerme podría.
Ella me pudo estorbar
que no estorbase a Ricardo
poderse con vos casar.
DRU. Vuestro proceder gallardo
me obliga a desenojar,
que a lo menos no diré
que me engañáis.
FÉL. Aprendí
de mi padre a guardar fe.
DRU. ¿Tendréisla a Lucinda?
FÉL. Sí.

(Sale el ALGUACIL, TEÓFILO, *viejo, y* MAURICIO.*)*

ALG. No dudéis de que entraré.
¿Dónde está Félix?
FÉL. Yo soy.
ALG. Sed preso.
FÉL. ¿Por qué?
TEÓ. ¿No basta
ver que en tus ojos estoy,
vil traidor de baja casta,
que te veo y no te doy
mil muertes?
FÉL. Con otro estilo
hablad y quién sois decid.
TEÓ. ¿No conocéis a Teofilo?
MAU. ¿Ni a Mauricio, el de Madrid?
¿Soy por ventura del Nilo?
FÉL. Teofilo y Mauricio, ¿cuándo
Félix os pudo ofender?
DRU. Señores: considerando
que soy noble y soy mujer,
me podéis ir escuchando.
Esta casa no se trata,
si es Tiberio el dueño, así.
MAU. Aunque tuviera más plata
que el cerro del Potosí,
se ha de prender a quien mata.
¿Es casa de Embajador
o tiene salva real?
FÉL. ¿Yo muerto a naide? (1)
TEÓ. ¡Ah, traidor!
¿Qué muerte a la mía igual,
pues que me has muerto el honor?
FÉL. ¿Yo qué os hice?
TEÓ. Hasme robado
a Lucinda.
FÉL. Cosa extraña.
Mirad que agora he llegado,
señores, de Nueva España.
TEO. Y allá la has muerto o dejado.
FÉL. A no haber justicia aquí...
TEÓ. Dame a mi hija, traidor,
que Mauricio viene aquí
por la parte de su honor,
que ya le había dado el sí.
FÉL. Que no la he visto.
DRU. No deis
voces en el patio; entrad,
que en esta sala estaréis.
FÉL. ¿Hase visto tal maldad?
TEÓ. Asidle y no le dejéis.

(Vase TEÓFILO, *y sale* CARLOS *con sus grillos, y* LUCINDA.*)*

CAR. ¿Mi hermana, amigo, te envía?
LUC. Sí, señor, y este recado
me dió que agora os he dado
y el regalo que traía.
CAR. ¿Cuánto ha que servís en casa?
LUC. Luego que a Flandes os fuistes.
CAR. Ojos, ¿qué es esto que vistes?
¿No es este el sol que os abrasa?

(1) Así en el original; pero Lope escribía «nadie».

¿No es ésta Lucinda, en fin?
Diez meses ha que allá estás.
LUC. Esos habrá, pocos más,
víspera de San Martín.
Presumo yo que habrá un año.
CAR. Hasta el habla se parece.
¡Si es demonio que se ofrece
para hacerme algún engaño!...
¿De dónde eres?
LUC. De Toledo.
CAR. ¡Ella es! ¿Qué estoy dudando?
Pues de verla estoy temblando,
de su amor nace este miedo.
Que no se pusiera en mí
si ella Lucinda no fuera.
LUC. ¿Podréme volver?
CAR. No, espera.
¿Si es ella y vino tras mí,
y no me hallando se entró
en mi casa en este traje,
dónde ha servido de paje?
LUC. ¿No me das licencia?
CAR. No.
LUC. Pues tengo mucho qué hacer.
CAR. ¿Quién fué en Toledo tu padre?
LUC. Pregúntame si mi madre
era o no buena mujer.
¿Qué tiemblas? ¿Qué estás mi-
Un paje soy. [rando?
CAR. ¿Que eres hombre?
LUC. Bueno, y Hernando es mi nombre.
CAR. ¿Por Dios?
LUC. Sí.
CAR. Escúchame, Hernando.
Yo adoré cierta mujer
de Toledo.
LUC. Poco a poco,
Carlos, porque si estás loco,
vive Dios, que eche a correr.
CAR. Oye, necio: ésta perdí,
el cómo no hay quien lo crea.
LUC. Mas, ¿qué quieres? ¿Que yo sea?
CAR. Estoy por decir que sí.
Seguíla, por un retrato,
desde Sevilla a Toledo,
y si de aquél decir puedo
que no me costó barato,
mejor perderé por ti
la vida con que te quiero
por retrato verdadero
de aquel mi bien que perdí.
¿Eres Lucinda?
LUC. Desvía,
que soy muy hombre; y tan hombre,
que haré en defensa del nombre
contigo una cortesía.
Sal de la prisión, que vamos
a esa puerta de Jerez
donde haré que de una vez
quién es más hombre sepamos.
CAR. Yo me debo de engañar.
Hernando, el amor me abona.
LUC. Tu padre viene, perdona
que no te puedo aguardar.
CAR. ¿A cuál hombre ha sucedido
tal cosa? Digo que es ella
o que de la estampa della
sacado este paje ha sido.
Mas ¿cómo los propios ojos
se pueden tanto engañar?
LUC. ¿Que aquí te viniese a hallar,
fin de todos mis enojos?
Que te vea y no te hable?
¡Oh qué fiera condición!
Tierna es, tus lágrimas son.
CAR. Yo haré una hazaña notable.
El Alcaide viene aquí.

(Sale el ALCAIDE.*)*

ALC. ¿Pues cómo va de prisión?
CAR. ¿A verme viene el ladrón?
ALC. ¿Qué ladrón?
CAR. El que está allí.
ALC. ¿El paje decís?
CAR. El paje.
Y al Alcaide notifico
le prenda.
ALC. Pues, pajecico,
¿así honráis vuestro linaje?
LUC. ¿Yo ladrón?
ALC. El que lo dice
entiende bien lo que es esto.
LUC. Hablad con término honesto,
que eso de quien sois desdice.
CAR. Asidle, que es compañero;
yo le condeno por tal.
ALC. ¿Hay cuchillejo o puñal?
LUC. ¿Qué miráis?
ALC. Miraros quiero
y treinta veces miraros.
DEN. ¡Hola!
TOD. ¡Ao!
DEN. Allá va un preso (1).

(1) Faltan dos versos a esta redondilla y el primero de la siguiente, que rima con el «ti» que es el cuarto de ella.

GRI. Aquí están.
ALG. Hierra ese paje,
yo haré que el toldillo baje.
LUC. Esto aun me falta por ti.
DEN. ¡Hola!
TO. ¡Ao!
DEN. Allá va un preso.
ALC. ¿Por qué viene, gentilhombre?

(Sale FÉLIX *con grillos.)*

FÉL. Señor, por cosas de hombre.
ALC. ¿Es amoroso suceso?
FÉL. No traigo culpa, por Dios.
ALC. Diga eso y a mi cuenta.
CAR. Que digo este paje asienta.
ALC. ¿Y cómo os llamáis los dos?
CAR. Yo Carlos.
ALC. ¿Vos?
LUC. Hernando.
ALC. Bien está, que digo alerta
con esa segunda puerta.

(Vanse el ALCAIDE *y grillero.)*

FÉL. ¡Ay, cielo! ¿Qué estoy mirando?
CAR. ¿Si es este Félix que veo?
FÉL. ¿Si es este que miro Carlos?
LUC. Félix es éste. De hallarlos
juntos se llegó el deseo.
FÉL. ¿Por qué está vuesa merced
preso?
CAR. Por casi nada,
por cierta cadena hurtada
y escalar una pared.
¿Y vuesarcé?
FÉL. La afición
de una mujer como un oro
me piden, y su tesoro;
de oro soy también ladrón.
Pero si yo no supiera
que un amigo (muy grandes
lo fuimos los dos en Flandes)
soldado agora estuviera,
o si fuera más honrada
la culpa con que aquí estáis,
dijera...
CAR. No lo digáis,
que será cosa excusada.
Ese soy, Carlos soy yo;
dadme, Félix, esos brazos.
FÉL. Con los más tiernos abrazos
que amigo a su amigo dió.
¿Cómo es esto?
CAR. Un testimonio.
FÉL. Por lo mismo me ha traído,
de Indias recién venido,
que ahí anda suelto el demonio.
¿Acordáisos de un retrato
y unos papeles que os di?
CAR. Sí me acuerdo, Félix, sí,
aunque os pagué como ingrato;
que habiendo venido nueva
de vuestra muerte, esa dama
serví en Toledo por fama,
que su Nuncio a muchos lleva.
Quísome bien; mas llegué
a tiempo que se casaba
con un Mauricio, que andaba
rico de dinero y fe.
Pero por venir conmigo
en tan mal punto salió,
que un traidor que la sacó
la robó como enemigo.
Busquéla desde aquel día,
y vuelto a Sevilla agora
tras correr hasta el aurora
el ocaso y mediodía.
Por quitar una cadena,
por dicha al que la robó,
en la cárcel me metió,
adonde acabó mi pena.
Descubrí a mi hermana el cuento,
y había este paje aquí,
que, o yo estoy fuera de mí,
o la forma el pensamiento
o la misma dama es.
FÉL. Ya en vuestra casa la he visto
y al mismo intento resisto
con lo que os diré después.
¡Ah, galán, llegaos acá!
LUC. ¿A quién de llegarme tengo,
si a hacer bien a un hombre vengo
y este galardón me da?
CAR. ¿Es posible que no es ella?
FÉL. ¿Pues qué es esto? ¿Está en prisión?
LUC. Sí, que me ha hecho ladrón;
Carlos mi honor atropella.
Carlos, que tras tantos yerros
me hierra también los pies
para que paren después
de tantos tristes destierros.
FÉL. ¿El llora?
CAR. Digo que es ella.
FÉL. No es.
CAR. ¿Cómo?
FÉL. Lo pensé
también cuando a Hernando hallé

que era mi Lucinda bella;
mas ya estoy desengañado
con saber que una mujer
le pide.

CAR. ¿Que es hombre?

FÉL. El ser
está con ella probado.

CAR. ¡Por Dios, Félix, no lo crea
si lo dicen mil mujeres!
¿Quieres que enloquezca? ¿Quieres
que todo el mundo lo vea?
¡Ay, Lucinda! ¿Por qué callas?
¿Por qué te encubres de mí?

LUC. Que a un hombre traten ansí...

FÉL. Sin barbas, quiere tirallas;
no le digas esas cosas,
que es hombre y se quejará.

(Salen DRUSILA *y* CAMILA, *con mantos, y escuderos.)*

DRU. En este aposento está.

FÉL. Aquí vienen dos hermosas.

CAR. ¡Por mi vida, que es mi hermana!
¿Señora?

DRU. ¿Carlos?

CAR. ¿Aquí?

DRU. ¿Por veros no es justo?

CAR. Sí;
la sangre todo lo allana.

DRU. ¿Señor Félix?

FÉL. Aquí estoy.

DRU. ¿Qué es ello? ¿Hernando está preso?
¿Es por este mal suceso
de Camila?

LUC. Pues si soy
hombre, cual sabe Camila,
¿por qué me procura hacer
Carlos, tu hermano, mujer?

CAR. Advierte, hermana Drusila,
y sabrás aquí mi historia.

(Salen ROBERTO, *preso;* TIBERIO, TEÓFILO, MAURICIO, RICARDO *y* TRISTÁN.)

ROB. Digo que soy hombre honrado.

TIB. El hurto os está probado
por esta requisitoria,
que aquí me la dió Tristán.

TEÓ. ¿Y que éste robó a Lucinda?

MAU. El potro hará que se rinda.

RIC. Aquí tus hijos están.

TIB. Pues, Carlos, ¿son las hazañas
que has hecho en Flandes aquestas?

TEÓ. ¿Este es Carlos?

CAR. Grandes fiestas.

FÉL. ¿Cómo?

CAR. Hoy hay juego de cañas.

TEÓ. ¿No eras Dionisio, y sobrino
mío estando allá en Toledo?

CAR. Ya, señor, negar no puedo
mi pasado desatino.

TEÓ. ¿Cómo?

CAR. De Lucinda fué
trazada aquella invención;
que, pagando mi afición,
con ella en tu casa entré.

TEÓ. ¿Luego tú me la has robado?

CAR. No, por Dios; mas concertélo,
si fuera gusto del cielo
que yo la hubiera gozado.
Otro en la puerta la halló
y se la llevó primero,
que es, sin duda, este hombre fiero.

MAU. Aqueste a mí me sirvió.
Di, Roberto: ¿hasla robado?

TIB. Sin duda que aqueste ha sido,
que unas joyas me ha vendido
y son las que me ha quitado.

ROB. Ya que no puedo negar,
señores, yo la robé,
porque en la puerta la hallé,
que a Carlos vino a esperar.
Pero sabe Dios que sólo
esas joyas le quité
con que esa casa compré.

CAR. Creo que de polo a polo
buscándola discurrí
diez meses con grande pena.

ROB. Suya es aquesta cadena,
por quien a Carlos prendí.

RIC. Las joyas no se han perdido,
yo las tengo, y esta hacienda
que me servirá de prenda.

TEÓ. Muchas más que hubieran sido
no pudieran consolarme
sin mi hija.

LUC. Si queréis
perdonarla, hoy la veréis.
Los grillos haced quitarme.

TIB. ¿Qué es lo que dices, Hernando?

LUC. Que soy Lucinda, señor,
que a Carlos, por tanto amor,
buscaba peregrinando.
Si he vivido honestamente
ser vuestra casa lo diga.

TIB. ¿Qué es esto, Camila amiga?
¿No era tu marido?

LUC. Miente,
que jamás la pude ver.

CAM. Señor, amor me obligó,
porque no quisiera yo
ser de Roberto mujer.
Y mirad si me engañaba
que es, por lo menos, ladrón.
TEÓ. Ved en qué extraña prisión,
señores, mi gloria estaba.
Dame esos brazos.
CAR. Permite
que me dé la mano a mí.
TEÓ. Diga Tiberio que sí,
que no habrá quien te la quite;
que Mauricio no querrá
mujer tan tuya.
MAU. Es muy cierto.
Que hoy cesa nuestro concierto,
por mí la mano le da.
TEÓ. Félix, perdonad mi error.
FÉL. Si a Tiberio le rogáis
me dé su hija.
TEÓ. Acertáis,
Tiberio, si tiene amor,
no os suceda lo que a mí.
TIB. Téngola a su primo dada.
MAU. Y Lucinda concertada
estaba conmigo así.
Pero no quiere el casar,
señor Ricardo, violencia.
DRU. Si me das, señor, licencia,
mi primo ha de perdonar,
porque la palabra di
a Félix cuando se fué.
RIC. Si es suyo el papel que hallé,
yo se la doy desde aquí;
que mujer de otro prendada
para aquél será más buena.
TIB. Pues ¡alto!; si no os da pena,
cumpla la palabra dada.
TRI. Y la que me dió Camila,
¿no la cumplirá, señor?
TIB. Cumpla, si te tiene amor.
Dale esa mano, Drusila,
a Félix, y Carlos dé
la suya a Lucinda.
MAU. Buenos
quedamos; pero, a lo menos,
no fué por falta de fe:
la ventura nos faltó.
TIB. Da tú la mano a Tristán.
TEÓ. Y de Roberto, ¿qué harán?
LUC. A ese perdono yo,
que mi dicha se disculpa.
ROB. La vida a un traidor has dado.
CAR. Aquí, discreto senado,
da fin *La prisión sin culpa*.

FIN

LA PROSPERA FORTUNA
DE DON BERNARDO DE CABRERA

COMEDIA FAMOSA
DE
LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON BERNARDO DE CABRERA.
DON LOPE DE LUNA
EL REY.
EL CONDE DE RIBAGORZA.
LÁZARO, *lacayo.*
ROBERTO, *lacayo.*
Un SECRETARIO.
LA REINA.
DOÑA VIOLANTE, *Infanta.*
DOÑA LEONOR.
Un GOBERNADOR
Tres SOLDADOS.
DOROTEA, *vieja.*
DON RAMÓN.
TIBURCIO *y* NUÑO.

JORNADA PRIMERA

(Salen DON BERNARDO DE CABRERA *y* DON LOPE DE LUNA, *de galanes.)*

DON LOPE.

Mi inclinación, Bernardo, es generosa;
máquinas grandes emprender desea;
hame cansado ya la vida ociosa
de mi antiguo solar y de mi aldea;
vengo a la Corte de Aragón, famosa,
con ánimo, que el Rey servir me vea
en alguna ocasión, y fama cobre,
que quien al Rey no sirve, muere pobre.
Hijo segundo soy, aun es mi vida
en extremo notable desdichada:
no escapé de pendencia sin herida;
pretendiendo, jamás alcancé nada;
ni jugué sin perder, ¡estrella airada! (1),
que debió de ser mi fortuna ocasionada;
fué ascendiente, y soy tan desdichado,
que quiero siempre amar sin ser amado.
Estas desdichas resistir pretendo
en la corte del Rey don Pedro Cuarto,
cuya fama y blasón se va extendiendo
desde el rubio alemán al indio y parto.
Mi natural desdicha iré venciendo,
si deste clima en que nací me aparto,
aunque el imaginar me desanima
que no muda fortuna el mudar clima.

(1) «Airada» no es consonante de «herida» ni «vida», como sería preciso.

D. BER. Señor don Lope de Luna.
No entendáis que dese modo
os trate a vos la fortuna:
Dios es el dueño de todo,
que, sin El, no hay causa alguna.
Algunos piensan, y mal,
que el ánima racional
fuerzas de estrellas recibe;
el bruto, sí, porque vive
con el alma y cuerpo igual.
De los trabajos os digo
que Dios los reparte al malo
por prevención de castigo,
y por mérito y regalo
los suele dar al amigo.
Y ansí los vanos temores
que en juegos, fiestas y amores
mostráis de vuestra desdicha,
dicen que tenéis la dicha
guardada en cosas mayores.
De mí os podré asegurar:
nunca reñí sin herir,
nunca jugué sin ganar,
no pedí sin recibir
y no amé sin alcanzar.
Esta dicha, y conocerte,
a pretender me convida
fiado en mi buena suerte;
démela Dios en la muerte
ya que me es mudable en vida.

(Salen LÁZARO *y* ROBERTO, *lacayos.)*

LÁZ. ¿De dónde sois?

ROB. De León.
LÁZ. ¿Qué os obliga a que se deje
la patria por Aragón?
ROB. Necesidad.
LÁZ. Esa hereje
me sigue.
ROB. ¿Cómo?
LÁZ. Atención:
Basta para que se entienda
cuán grandes son mis desgracias,
que no ha habido al fin caballo
que haya padecido tantas.
Diez años ha que juré
el arte del almohaza,
que en aquesto de rascar
tengo gracia «gratis data».
Que es verme a las mañanicas,
empapado en unas ancas,
cantar lo de Valdovinos
al son que vierto la caspa.
Y con todo eso es tan grande
la desdicha que me alcanza,
que, al revés de Architiclinos,
se me vuelve el vino en agua.
Si entro en la plaza a los toros,
luego arremete a mis calzas,
y ensartándome en un cuerno
soy volatín de arrancada.
Todo al revés me sucede,
jamás alcanzo una blanca,
y pruebo, mudando hitos,
si mi fortuna se cansa.
D. BER. Traernos una intención
juntos, y una voluntad
a la Corte de Aragón,
de muy estrecha amistad
señales y prueba son.
Don Lope, aunque pobre estoy,
hidalga palabra os doy
de tener siempre ofrecida
a vuestra amistad mi vida,
un nuevo don Lope soy.
Que al mundo vuelvan deseo
Pílades y Orestes; creo
que en Pitias, ni que en Damón,
Alejandro, en Efestión,
en Hércules, ni en Teseo
no cupo amistad igual.
Cástor y Pólux partieron
el cielo y vida inmortal:
lo mismo que ellos hicieron
haremos en bien o en mal.
D. LOP. Daisme honrados pensamientos;
vuestro don Lope se nombra,
y crecerán mis intentos
si los ampara la sombra
de vuestros merecimientos.
Si hacemos dos almas una
no temo desdicha alguna;
vuestro Amidas soy y os sigo,
que sois César, y conmigo
llevaré vuestra ventura.
D.BER. ¿Cuándo pensáis en hablar
al Rey?
D. LOP. Eso he deseado
luego, si me dan lugar.
D. BER. Yo he menester un criado.
D. LOP. Yo otro quisiera hallar.
D. BER. Siempre suelen acudir
a este patio de palacio
los que pretenden servir;
busquémoslos.
D. LOP. No habrá espacio,
porque el Rey querrá salir
a este corredor a dar
audiencia.
ROB. Estos dos pelones
sirvientes van a buscar.
LÁZ. Y parecen novatones;
yo me quiero acomodar.
Porque un hidalgo de aldea
viendo esta corte se admira,
gasta largo y se pasea,
y abierta la boca mira
y no hay cosa que no crea.
Mas si en amorosa lucha
entra el pobre galanvao (1),
a cualquier mujer que escucha,
siendo sota, o bacallao,
la tiene por reina o trucha.
Que ciego de enamorado
suele gastar sin sentido,
y sólo medra el criado
que le fué su lacaído (2)
y en el amor le ha guiado.
Pierde los bríos primeros
y se vuelve como vino.
ROB. Si se vuelve sin dineros
no volverá como vino.
LÁZ. Vuelve como vino, en cueros.

(1) Así en el original: no sabemos cómo arreglarlo.
(2) Otra palabra, al parecer de capricho. El texto dice «lacaillo» que no consuena, como era preciso, con «sentido». Lo seguro es que este pasaje esté muy adulterado.

ROB. Si necesidad tenéis,
mis señores, de criados
los dos que delante veis
son bien nacidos y honrados.
D. BER. Ansí nos lo parecéis.
D. LOP. ¿Sois de la corte?
LÁZ. En su mar
servir de piloto puedo
al que empieza a navegar;
no hay mentira, no hay enredo
que no sepa penetrar.
Bellacas hay, que si os huelen
como moscateles uvas,
en los engaños que suelen,
no habrá barbero, ni bubas
que tanto os rapen y pelen.
Aquí de cualquier mozuela
por aya una vieja va,
que sin género de muela
la sangre murmullará,
como bruja, o sanguijuela.
Aquí una tuerta, o gafa,
toda pescuezo y barriga,
si hay necio que algo le diga
también, como otra, le estafa (1).
Ni hallarás quien quiera bien,
aunque por dar te desuelles:
niñas de Matusalén,
más arrugadas que fuelles,
quieren que ferias les den.
Y ansí en nosotros hoy viene
una antorcha y un lucero
que os guíe.
D. BER. Buen humor tiene.
Sírveme.
LÁZ. Veré primero
cuál de los dos me conviene.
¿Cómo os llamáis?
D. BER. Don Bernardo
de Cabrera.
LÁZ. ¿Y vos?
D. LOP. Don Lope
de Luna.
LÁZ. Escojo, ¿qué aguardo?
¡Oh, plegue a Dios que no tope
el peor! Este es gallardo.
Y Cabrera no me suena
bien, mejor es la Luna,
que quizá se verá llena
de riqueza y de fortuna
y será mi dicha buena.
Don Lope ha de ser mi amo.
D. LOP. ¿Cómo te llamas?
LÁZ. [Me llamo]
Lázaro, porque en las ferias
desdichas vendo y lacerias,
y ansí mi nombre es ramo.
Soy desdichado y sospecho
que con vos harán mudanzas
mis desdichas.
ROB. Satisfecho
os dejaré de fianzas.
LÁZ. Haga el amo buen provecho.

(Salen el REY, *el* CONDE DE RIBAGORZA *y acompañamiento.)*

CONDE.

El corredor despejen: ¡plaza, plaza!,
que Su Majestad sale a dar audiencia:
¡Plaza!

DON LOPE.

Buena ocasión; pienso informarle
de los grandes servicios de mi padre,
pidiéndole me ocupe en algún cargo
donde pueda servir.

DON BERNARDO.

Lo mismo pienso.

CONDE.

Vuestra Real Majestad imita en esto
al gran Trajano, que en lugares públicos
audiencia daba.

REY.

Importa algunas veces;
que se ganan ansi todos los ánimos,
quiérenle bien al Rey, y los vasallos
hablarle pueden sin dificultades.

CONDE.

Los que a Su Majestad hablar quisieren,
vénganse acercando.

(Arrímase un bufete y sale un GOBERNADOR.*)*

DON LOPE.

Quieran los cielos
que llegue en ocasión: otro ha llegado
primero.

GOBERNADOR.

Aunque las cosas importantes,
tanto como éstas, a tratar me envía
la Corona, requieren que en audiencia
particular se traten, no he querido,
supuesto que las traigo reducidas
a sólo un punto, y nadie las escucha.

1) Falta un verso a esta quintilla.

REY.

Habéis hecho muy bien, que ya deseo
ver hecha aquesa unión.

GOBERNADOR.

Se han reducido
los Reinos de Aragón, y de Valencia,
a aquesta condición.

REY.

Dificultosa
sospecho que será: di.

GOBERNADOR.

Que despidas
algunos que te sirven en palacio,
y los gentileshombres de tu Cámara,
excepto el Conde.

REY.

¿Cuál?

GOBERNADOR.

De Ribagorza.
Piensan que aquestos te han aconsejado,
o temen, que podrán aconsejarte
en perjuicio del reino.

REY.

Piensan mal, y se temen neciamente:
mas quiero dalles gusto.

GOBERNADOR.

Grande merced les haces,
las justicias vendrán a tratar deso.

CONDE.

Otro llegue.

(Sale un SECRETARIO *a dar un papel al Rey.)*

DON LOPE.

¡Ocasión!: favor y ayuda,
¿Hay más azares? Cada vez me hurtan
la bendición.

SECRETARIO.

(Leonora ha respondido)
Aunque tu Majestad esté en audiencia,
no puede reportar el alboroto.
(Y te traigo el papel).

REY.

¡Quieran los cielos
que responda a mis ruegos más afable!

DON LOPE.

Yo llego, pues aquél se ha retirado.

CONDE.

No lleguéis, porque el Rey está leyendo.

(Lee el Rey la carta.)

REY.

«Porque corresponder no puedo al gusto
que pretendes, sin daño de mi honra:
suplico a tu grandeza, humildemente,
que no conquiste cosas imposibles,
obligándome ya con sus papeles
a serle descortés no respondiendo.»

(Deja de leer.)

¡Oh, qué extraño rigor! ¡Desdén tirano!

CONDE.

Llegar podéis ahora.

DON LOPE.

¡Quiera el cielo
que escuche con benévolos oídos
mis relaciones! Señor invicto;
si vuestra Majestad tiene noticia
(que sí tendrá) de don Martín de Luna,
el que a la sacra Majestad, que el cielo
ahora tiene, de su excelso padre,
en palacio sirvió en diversos cargos.

REY.

¿Hay tal rigor? ¿Habrá peña tan dura,
combatida del mar? ¡Oh, cruel leona!
No acabo de creer tantos desdenes.

DON LOPE.

Gentilhombre de Cámara, al principio,
fué de Su Majestad, y Mayordomo
de la casa después, y en la conquista
de Cerdeña sirvió como se sabe.

(Lee el Rey.)

«Que no conquiste cosas imposibles.»
¡Que ansí se escriba a un Rey que adora tanto!

DON LOPE.

Allí arriesgó su vida muchas veces,
hasta que su valor, industria y fuerzas
las Islas sujetó, y por no cansarte,
no refiero servicios de su padre.

(Lee el Rey.)

«Obligándome ya con sus papeles
a serle descortés, no respondiendo.»
¡Insufrible desdén! ¡Crueldad no vista!

DON LOPE.

Como murió Su Majestad, mi padre,
que don Martín de Luna fué, estuvo
retirado, y no rico, hasta su muerte.
Y yo, como le imito en los deseos
de servir a su Rey, vengo a servirte
en la paz, y en la guerra, como debo.
Y ansi a tu Majestad Cesárea pido
humildemente, que me ocupe en algo
en que manifestar mi pecho hidalgo.

REY.

Siendo sentencia de mi muerte, quiero
mirar este papel ¡oh, cruel Leonora!
Yo he estado divertido, y no he escuchado
lo que éste me ha dicho; encubrir quiero
esta poca atención, que es gran defeto
en el rey, y en el juez. Bien está, dadme
un memorial después.

LÁZARO.

¡Por Dios, yo tengo
amo dichoso! ¿Memorial le pide?
Digo que tengo buen olfato de amos.

ROBERTO.

Llegará el mío y veráse lo que pasa.

DON BERNARDO.

¡Favor, cielo! (1)
Yo soy un catalán, que deseoso
de que tu Majestad servir le mande
en alguna ocasión, aquí he venido.
Mi nombre es don Bernardo de Cabrera,
hijo de Sancho de Cabrera; pienso
que ya tu Majestad tiene noticia
de los muchos servicios que mi padre
al Rey, que en gloria esté, hizo. Está viejo
y pobre en Barcelona; yo deseo
proseguir sus intentos, y suplico
a tu Majestad nos honre (2)
en servirse de mí, si le parece
que mi intención y sangre lo merece.

REY.

¿Hijo sois de don Sancho de Cabrera?

DON BERNARDO.

Sí, sacra Majestad.

REY.

¿Tiene más hijos?

(1) Estas dos palabras sobran para el verso.
(2) Verso incompleto.

DON BERNARDO.

No, señor.

REY.

¿Está viejo?

DON BERNARDO.

Viejo, y pobre.

REY.

Grande gusto me habéis hecho en veniros
a Aragón: abrazadme, don Bernardo;
porque soy (1) inclinado a catalanes,
y a vuestro padre, mucho.

DON BERNARDO.

Besar deja
tus Reales pies.

REY.

Desde hoy en mi servicio
os quedaréis, y a tiempo habéis venido
que quiero recebir nuevos criados,
y en serlo vos, haréisme gran lisonja.

DON BERNARDO.

¡Viva tu Majestad muy largos años!

REY.

¿Conde?

CONDE.

Señor.

REY.

Desde hoy es don Bernardo
de mi Cámara.

CONDE.

¿Ayuda?

REY.

Gentilhombre
que es don Bernardo de Cabrera, hijo
de Sancho de Cabrera el Valeroso.

DON BERNARDO.

Tu vasallo menor.

ROBERTO.

Romadizadas
tuviste las narices, cuando oliste
los amos por detrás y por delante:
Yo sí que soy famoso perdiguero,
mira las honras.

LÁZARO.

¡Voto a Dios, que rabio!

(1) En el texto, «fuí».

Algún villano, pícaro o judío
es esotro, pues dél caso no hace.

DON LOPE.

No sé cómo quejarme de mi suerte:
¿Son los servicios de mi padre menos?
¿No soy tan noble como don Bernardo?
¡Que dé yo memorial y llave al otro!
El la merece bien, Dios se la ha dado,
¡paciencia, pues nací tan desdichado!

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO.

Desde Cerdeña vengo a dar aviso
a Vuestra Majestad, del alboroto
que algunos sardos han movido en ella,
y rebelados contra la Corona,
toman las armas, sin que los leales
lo puedan defender, que fugitivos
con el Gobernador que ésta te escribe,
esperan gente ya, que es necesario
conquistarla otra vez.

REY.

¿Los rebelados
tienen las fuerzas?

SOLDADO.

Sí, señor.

REY.

¿Y Jaime
de Aragón?

SOLDADO.

No ha podido resistirlos:
son pocos los leales.

REY.

Nueva guerra
a Cerdeña he de hacer. ¡Ah, don Bernardo!

DON BERNARDO.

Señor.

REY.

¿Fuisteis soldado en algún tiempo?

DON BERNARDO.

De mi padre [lo] fuí, cuando Cerdeña
se rebeló.

REY.

Otra vez se ha rebelado,
¿Conde?

CONDE.

Señor.

REY.

Tomad aqueste pliego,
y veremos después en mi Consejo
lo que importa hacer. Vos, don Bernardo,
para aquesta jornada prevenís.

DON LOPE.

Buenos fueran aquí los brazos míos.

ROBERTO.

Capitán me has de ver en esta guerra:
mucho mi amo vale en esta Corte;
mercedes te he de hacer: mi muchillero
serás, o mi tambor.

LÁZARO.

Yo desespero.

CONDE. ¡Plaza!
REY. ¿Quién viene?
SECR. La Infanta.

(Salen la Infanta VIOLANTE *y* DOROTEA, *dama vieja, trayendo la falda a la* INFANTA, *y* LEONOR.)

SECR. Mi señora pasar quiere
a su cuarto.
REY. ¿Quién no muere
contemplando gloria tanta?
¡Ay, Leonora! ¡Ay, dueño mío!
Juntos mi fe y tu rigor,
van convirtiendo mi amor
en un loco desvarío.
VIOL. ¿Ha dado tu Majestad
audiencia?
REY. Sí, y un papel
más amargo y más cruel
que la muerte y la verdad
me dieron con ella.
LEO. Pienso
que es el mío.
VIOL. Di, ¿qué ha sido?
REY. Que fuerte se ha resistido
a mi fe y amor inmenso.
VIOL. ¿Quién?
REY. La que más quería,
y está a mis ojos quitando
en la noche, el sueño blando,
y alegre luz en el día.
Quien es monte, quien es peña
a las olas de mi llanto
(no es bien declararme tanto)
Digo, Infanta, que Cerdeña
se rebeló.
VIOL. No es razón,
que a tu Majestad lastime

desta suerte, antes anime
la Corona de Aragón
a que restauralla quiera.

REY. Tengo un nuevo aragonés
para esta empresa.

VIOL. ¿Quién es?

REY. Don Bernardo de Cabrera,
hijo mayor de don Sancho
de Cabrera, cuyo pecho,
sirviendo a mi padre ha hecho
que herede el Reino más ancho.
Besad la mano a la Infanta,
don Bernardo.

D. BER. De mi esfera
saldré, si desta manera
tu Majestad me levanta.
Quedará desvanecido
mi entendimiento, celada
la voz, la lengua turbada,
y el ingenio divertido.
Apenas pedir sabré
a vuestra Alteza, la mano.

REY. Es galán, y cortesano.

D. BER. Ya en tu Corte lo seré,
porque palacios de reyes
políticos hombres hacen,
y en ellos dicen que nacen
la discreción y las leyes.
A servirte vengo, y creo
que he de saber agradarte,
aunque traigo de mi parte
sólo el ánimo y deseo.
Mi señor y mi Rey eres,
muéstrate en mandarme franco;
el ánimo traigo en blanco,
pinta en él lo que quisieres.

REY. Quiero, viendo su valor,
que en mi Cámara se quede
gentilhombre.

VIOL. Serlo puede
de la Cámara de amor,
y traer colgada en la cinta
llave de mil voluntades.

D. BER. En que angélicas deidades
tal hermosura se pinta.
Ni el alba cuando en las flores
perlas de sus ojos llueven,
que las saludan y beben
los pajarillos cantores.
Ni los pavones lucidos,
cuando en la cola y espaldas,
de zafiros y esmeraldas,
muestran cien ojos dormidos.
Ni el mar, cuando no se enoja
con el viento, y blando suena,
y la orilla entre la arena
ámbar y perlas arroja.
Ni el cinamomo, ni el cedro
gozan beldad semejante
a la que tiene Violante,
hermana del Rey don Pedro.

LEO. (1) Buen talle de caballero,
discreto es, como gallardo;
holgaré que don Bernardo
me festeje en el terrero.
Que si el Rey me tiene amor,
sus intentos cesarán,
viendo servirme un galán
que le está bien a mi honor.
Mas la Infanta ha puesto en él
los ojos con atención,
si la siento inclinación
diciéndola males dél.
Podré refrenarla.

DOROT. Creo
que este es don Lope de Luna,
¿sí es él? Sí, sin duda alguna,
o ya con mi edad no veo.
Su padre aquí me sirvió
siendo de la Reina dama,
y ansi la sangre me llama
después que en Huesca me vió.
A querelle bien. Amor
tu fuerza a mi edad se atreve;
perdí el oro, peino nieve,
respéteme tu rigor.

SECR. Las justicias quieren verte.

REY. Verélas de buena gana:
¿Viene Vuestra Alteza, hermana?

VIOL. Sí, señor.

D. BER. Mil rayos vierte
de gloria y de resplandor
por los ojos. Deteneos
pensamientos y deseos,
que es locura y no es amor.

(Vase el REY, *y lleva de la mano a su hermana.)*

D. LOP. Como el que ciego nació,
y vivió en sueño profundo,
y se espantó en ver el mundo
cuando sus ojos abrió.
Como el que en medio del mar
entre tormentas airadas,
islas halló no pensadas
de riqueza singular.

(1) En el texto «Violante».

Como el que en sus horizontes,
tras temeroso diluvio,
mira un arco verde y rubio,
como colunas de montes,
ansí me he quedado yo
entre mi corta ventura,
contemplando en la hermosura
que el cielo a la Infanta dió.
Sueño, diluvio, mar, pena
es mi desdicha, y la Infanta,
arco que su luz levanta
y la tempestad serena.
Quien vió su hermoso valor
no se llame desdichado,
si no es que habella mirado
es la desdicha mayor.

(Vase.)

ROB. Lázaro.
LÁZ. Diga.
ROB. Prometo
de haceros mucha merced
aquí en palacio; volved
por acá, porque en efeto
fuisteis, cuando escudero,
amigo, y no soy ingrato.
LÁZ. ¿Qué es ahora el mentecato?
ROB. Bueno, a fe de caballero.

(Vase.)

LÁZ. Después que a un poste arrimado
diez días, con hambre estaba,
diciendo al que me miraba:
¿Ha menester un criado?
Después que no quedó calle,
poste, esquina, puerta o puesto,
en quien cédulas no he puesto
alquilando aqueste talle,
hallo por amo una Luna,
que a este mísero criado
señales de agua ha mostrado,
pero de vino ninguna.

(Sale DON LOPE *con un memorial.)*

D. LOP. Fortuna, aunque des asiento
a Cabrera sobre ti,
no ha de haber envidia en mí,
ni en él desvanecimiento.
Levántele norabuena,
que consuelo es de mi pena,
aunque sus pasos no sigo,
que la dicha del amigo
dicha es propia, y no es ajena.
D. BER. Don Lope, amigo, mitad
del alma, de aqueste pecho,
a don Bernardo abrazad,
por que le haga provecho
aquesta prosperidad.

(Abrázanse.)

D. LOP. Y porque junto con vos
en amistad, y en abrazos
tendremos honra los dos,
vos del Rey, yo de esos brazos.
D. BER. La suya no os niegue Dios,
porque las honras que nacen
del mundo y su monarquía,
los mismos efetos hacen
que el agua en hidropesía;
hinchan y no satisfacen.
Llave dorada y bastón
me ha dado el Rey, gran merced:
pero de tal condición,
que me ha causado más sed.
D. LOP Pequeñas mercedes son,
más merecéis alcanzar,
y ansí no os hartan.
D. BER. Ya veo
que aquesa me ha de sobrar:
Pero el humano deseo
no se sabe contentar.
Viendo al Rey con vos injusto,
me acontece lo que al gusto,
que en mitad de su placer
una muerte suele ver,
por que nada le dé gusto.
Una ceremonia usaban
cuando Papas elegían,
que unas estopas quemaban
ante el electo, y decían:
ansí las honras acaban.
Lo mismo es, si se advierte,
que en honrarme el Rey se extrema:
mas viéndoos desa suerte,
débil estopa me quema
y yo contemplo una muerte.

(Señala la llave.)

¿Qué hombre bárbaro, qué rudo,
de los que en la Scitia están,
alegre mirarse pudo
el medio cuerpo galán
y el otro medio desnudo?
¿Qué importa, pues, me decid,
que una sacra Majestad
galas me haya dado a mí,
si siendo vos mi mitad
os deja desnudo ansí?
D. LOP. Cuando dos en el verano

suben a un árbol ufano,
el que de más fuerzas es
sube primero, y después
al otro le da la mano.
Un árbol es la privanza
que en su abril suele ofrecer
fruto, y flores de esperanza,
y a veces suele caer
el que las flores alcanza.
Si el favor un árbol es,
y a mí de subir me priva,
mi desdicha, como ves,
trepa bien, y sube arriba,
por que la mano me des.
Verte levantado espero,
en las alas de la dicha:
y aunque yo seguirte quiero,
el peso de mi desdicha
me hace no ser ligero.

(Salen al balcón VIOLANTE *y* LEONOR, *y paséanse* DON LOPE *y* DON BERNARDO.)

LEO. ¿Es posible que Su Alteza
a don Bernardo se inclina?
VIOL. No me hizo a mí divina
la madre naturaleza.
LEO. Dióte más obligación
de inclinarte bien.
VIOL. Confieso
que dices bien, y por eso
resisto mi inclinación.
Deseamos ser amadas
las mujeres, y este amor,
con aquél, tiene valor,
a quien somos inclinadas.
Sé que es valiente, y amor
tiene en mí tal calidad,
que en esta desigualdad
conoceré mi valor.
LEO. Dígame cómo tu Alteza.
VIOL. Cuando me amare mi igual
querrá mi sangre real
por conservar su nobleza.
Mas cuando mis desiguales
me amaren, podré entender
que se han dejado vencer
de mis partes personales.
LEO. Vanos consejos la doy;
afición le tengo en vano,
ganado me ha por la mano
la Infanta.
VIOL. Viéndole estoy:
mire el que me satisface.
LEO. Veré el que mi alma desea.
VIOL. Con qué buen aire pasea,
qué buenas acciones hace;
su talle es proporcionado,
y aunque galán, es robusto.
LEO. Digo, que tengo mal gusto,
porque a mí no me ha agradado.
¿Que ese te parece bien?
Ya llega a ser desvarío,
digo, que no tiene brío,
y es algo necio también.
A apostar me atreveré
que danza mal.
VIOL. Yo me atrevo
a que es un Achiles nuevo
en la guerra.
LEO. No lo sé:
Pero él me parece mal.
VIOL. A mí bien, no de manera
que por esposo le quiera,
que aunque es noble, es desigual.
Téngole alguna afición.
LEO. Querrás que le dé a entender
que deseamos saber
las damas su inclinación.
Porque con este color
sabré si te está inclinado.
VIOL. Agudísima has estado.
LEO. Hace discretos amor.
VIOL. Díselo más disfrazado,
porque es de mi amor ajeno,
y el amor que tengo es bueno,
como el que el Rey le ha cobrado.
LEO. ¿Deso me adviertes? Ya veo
que he de hablar tu honor seguro.
VIOL. No tampoco tan obscuro
que no entienda mi deseo.

(Vanse.)

(Sale el REY, *y* DON RAMÓN, *dándole un memorial.)*

DON LOPE.

Aquese memorial tengo ya escrito
para dárselo al Rey.

DON BERNARDO.

El viene, ya olo,
buena ocasión para informarle tienes,
por que no se divierta en otras cosas,
y el memorial no lea, me retiro;

(Vase.)

Aquí fuera te aguardo.

DON LOPE.

Saldré luego.

REY.

Yo veré el memorial.

DON RAMÓN.

Mil años reines.

(Vase.)

DON LOPE.

Poderoso señor, humildemente
pido a tu Majestad pase lo ojos
por este memorial.

REY.

De buena gana.

(Lee.)

«Don Ramón de Moncada ha suplicado
algunas veces, que merced le haga
tu Real Majestad de compañía,
y no ha habido lugar: ahora pide
esta misma merced para Cerdeña.»

DON LOPE.

Ya abrió mi memorial, ¡ah, si me hiciese
gentilhombre de Cámara!, sería
dichoso, por seguir a don Bernardo.

REY.

Este dice: «Don Lope de...»

(Sale el SECRETARIO.)

SECRETARIO.

Leonora,
por este corredor viene ahora sola,
sal al encuentro.

REY.

Bien has avisado.

(Sale LEONORA *y hace que va a caer.)*

LEONOR.

Azar es para mí, si al Rey encuentro.
Torcióseme el chapín.

REY.

Milagro ha sido
si el cielo con la tierra se ha juntado,
o es que no puede sustentar el peso
del valor infinito de su cuerpo,
o porque le tocasen vuestras manos.

(Levántala el REY *y cáesela el memorial.)*

Quise abrazaros como enamorado.

LEONOR.

Porque tu Majestad me levantase
me detuvo, sin duda, mi fortuna.
Tu Majestad se quede.

REY.

Es imposible.

LEONOR.

Volverme.

REY.

Voy a mi cuarto (1).

LEONOR.

Pasaré yo después

REY.

Serviros tengo.

LEONOR.

Suplico a Vuestra Majestad [se quede].

REY.

Espero de vencer.

LEONOR.

Porfiar no quiero.

(Vanse, y salen DON BERNARDO *y* ROBERTO.*)*

DON BERNARDO.

Mira si al patio descendió don Lope
y avísale que estoy aquí esperando.

ROBERTO.

Voyle a buscar: mas ¿qué papel es éste?
«Señor, don Lope de Luna dice
que es hijo de don Martín de Luna.»
Aqueste memorial se le ha caído
a don Lope, sin duda; ya no importa
y arrojado está, aquí dar pienso a Lázaro
un mal rato con él, porque de envidia
se muere porque sirvo a don Bernardo.

(Vase.)

DON BERNARDO.

Al Rey dejó Leonora y se ha tornado.
Ya viene adonde estoy. ¿Si quiere hablarme?

(Sale LEONORA.)

LEONOR.

Con industria del Rey pude librarme.
Algunas damas, que son
a quien galanes pasean,
ya, don Bernardo, desean
saber vuestra inclinación.
Como el Rey os ha mostrado
tanto amor, y ansí él levanta,
a las damas de la Infanta
dais un curioso cuidado;

(1) Verso corto.

y ansí aguardando os están
a que inclinado os mostréis,
porque a todas parecéis
muy cortesano galán.
Si ya vuestros pensamientos
no son sino de matar
peces, que viven el mar;
aves, que rompen los vientos;
fieras, que al valle descienden;
toros, que el coso deshacen;
caballos, que al Betis pacen,
y sardos, que al Rey ofenden.

D. BER. Las acciones aprendidas
que tú inclinación les llamas,
al servicio de las damas
tengo siempre dirigidas.

LEO. No sé qué respuesta dar,
porque muestra esa razón
la común inclinación,
mas no la particular.
Como las cosas criadas
hizo diferentes Dios,
no es posible que estén dos
en un mismo caso amadas.
De que vengo a colegir
que una por fuerza ha de ser
la que se obligue a querer
tu inclinación.

D. BER. ¿Quién sufrir
desdén de damas celosas
puede sin causa divina?
Que esto sufre quien se inclina
a empresas dificultosas.

LEO. ¿En tu misma voluntad
actos libres no has tenido?

D. BER. No en querer, en ser querido
está la dificultad.

LEO. No pretendas ser amado,
y amar podrás a cualquiera.

D. BER. Ya podré desa manera
decir a quién me he inclinado.

LEO. Yo soy quien cubrir no sabe
(Aparte.)
la turbación y alegría,
si soy yo, por vida mía,
que he de ser esquiva y grave:
Que esta condición tenemos
las mujeres: deseamos
que nos quieran y mostramos
disgusto si lo sabemos.
Díme quién es.

D. BER. La que espanta
con envidia, las más bellas,
el sol de quien son estrellas
las otras damas. *(Aparte.)*
La Infanta.

LEO. Como vuela el deseo
a quien su bien imagina,
adversa estrella os inclina
a imposibles.

D. BER. Ya lo veo.

LEO. Temor es que no merece
respuesta.

D. BER. Ni la pretende.

LEO. ¿Es ofensa?

D. BER. ¿A quién ofende
ser amado?

LEO. Al que aborrece.

D. BER. ¿Cómo? ¿Qué ocasión le he dado?

LEO. Como mal le has parecido.

D. BER. Quiero ser aborrecido
della más que de otro amado.

LEO. ¿No es consuelo del amante
saber que entendido vive?

D. BER. Sí.

LEO. Pues un papel escribe.

D. BER. ¿Para quién?

LEO. Para Violante.

D. BER. ¿Y es cierto?

LEO. Se le daré.

D. BER. ¿Qué dirá?

LEO. Que no le ofenda
tu amor.

D. BER. ¿Qué importa?

LEO. Que entienda
tu inclinación.

D. BER. No osaré.

LEO. Bien puedes: la escribanía
dejó el Secretario aquí.

D. BER. Si corre fortuna ansí
matárame el alegría.
Ven próspera poco a poco,
que un gusto no pretendido
sin ocasión ha venido,
(Escribe.)
tornar suele a un hombre loco.

LEO. Con industria se han domado
reinos que libres se vieron,
remos el agua rompieron,
hombres el aire han volado,
muchas aves han hablado.
Frenos se han puesto a la fiera,
prisión al ave ligera
y silencio a la mujer.
Y con la industria he de hacer
que don Bernardo me quiera

D. BER. Ya escribí; mas no querría.
LEO. ¿Qué temes?
D. BER. El darla enojos.
LEO. No darás.
D. BER. Ponga en mis ojos
esos pies vueseñoría.
Tan obligado le estoy
que no le sabré pagar.
LEO. Ella viene.
D. BER. Doy lugar.
LEO. Ven después.
D. BER. Tu esclavo soy.

(Vase y sale la INFANTA.)

VIOL. [Dime] qué ha sucedido.
LEO. Una grande novedad;
necio y desdichado ha sido,
que puso su voluntad
donde será aborrecido.
Dice que soy la que adora,
que este nombre de Leonora
es león que le ha vencido;
que a Zaragoza ha venido
por mí, que se abrasa y llora.
Sus ternezas me han dejado
enfadada.
VIOL. A mí envidiosa.
LEO. Aqueste papel me ha dado.
VIOL. Digo que no soy hermosa,
pues a mí no se ha inclinado.

(Dale el papel.)

¿Qué dice en él?
LEO. No le ví,
y como le recibí
sin gusto, jamás le viera.
VIOL. ¡Oh, qué alegre le leyera
si me le escribiera a mí!

(Léele.)

«Tu belleza encarecida,
que a guerra de amor me llama,
contemplé, y hallé la fama
de la verdad excedida.
Si una alma dejé ofrecida
al altar de tu afición,
tres diera, a ser Gerión,
que en templo de tanta fe
pequeña víctima fué
un alma y un corazón.»
Préstame tú, mi Leonor,
tu donaire, tu hermosura,
tu buen talle, tu color;
o préstame tu ventura
para que me tenga amor.
Cortesano y comedido
es, Leonora, este papel
que con envidia he leído;
reliquias hiciera dél
si para mí hubiera sido.
LEO. No des a tu amor licencia,
tu libertad libre manda.
VIOL. El rayo con su violencia
no hiere la cosa blanda
que no tiene resistencia.
Si resisto con valor
el rayo, amor en mí lidia,
y por mostrar más vigor
tocado en hierba de envidia
me tira su flecha amor.
LEO. ¿Luego ya tu inclinación
ha parado en afición?
VIOL. Sí; pero afición, detente.
LEO. ¿Pues cómo tan de repente?
VIOL. Por esa misma razón.
¿Nunca viste en días serenos,
en el otubre o en el mayo,
los aires de nubes llenos? (1);
de repente, ¿viste un rayo?
Rayo es amor, y en un día
suele matar.
LEO. No imagines
que está libre el alma mía.
VIOL. Manda que abran los jardines,
que tengo melancolía.

(Sale DON BERNARDO.)

D. BER. Ya me hallo arrepentido
del papel, que aunque da aliento
la fortuna al atrevido,
hay algún atrevimiento
que es necio y descomedido.
¡Oh, si nunca lo escribiera!
¡Oh, mal haya mi osadía!
Sola está aquí, si me viera,
cuánto enojo mostraría.
Voyme.

(Hace que se va.)

VIOL. Don Bernardo espera.
D. BER. Con poco enojo me llama,
quizá no le ha recibido;
¡Oh, cómo teme quien ama!
VIOL. Un papel tuyo he leído.
D. BER. Forzóme a darle una dama.
VIOL. Parece que te has turbado.
D. BER. Un vivo objeto extremado

(1) Falta un verso a esta quintilla.

suele turbar el sentido;
¿cuáles ojos han podido
resistir al sol dorado?
La oriental especiería
al olfato agudo altera;
la noche cándida y fría
al vivo trato modera
la miel de la Iberia cría.
Estraga el gusto, el oído
ensordece la corriente
del Nilo, siempre crecido;
cualquiera objeto excelente
turba y divierte el sentido.
¿Qué mucho que tu hermosura,
vivo objeto de mis ojos,
turbe una humilde criatura?
Témplale amor los enojos,
perdonará mi locura.

VIOL. ¿Quién te ha animado y movido
a escribir este papel?

D. BER. Amor y Leonor han sido
la causa, y yo muestro en él
la inclinación que he tenido.

VIOL. ¿Cómo dices tu pasión
a mujer que te aborrece?

D. BER. Es fuerza de inclinación;
que no siempre amor merece
esperanza o galardón.
Atento a las damas vi
de palacio y me incliné:
Al principio resistí,
venció amor, tuve más fe,
y ese papel escribí.

VIOL. ¡Ah, venturosa Leonora!
Considera, que es razón,
que pongas, Bernardo, agora
en otra tu inclinación.

D. BER. ¿Cómo es posible, señora?
Cuando la elección nos rige,
tiene lugar la razón,
que una deja y otro elige:
pero nuestra inclinación
tarde o nunca se corrige.

VIOL. Arbol de tiernas raíces
se endereza a cualquier parte:
sobre las tiernas cervices
pone los yugos el arte;
si están frescos los matices
fácilmente una pintura
se borra. La enfermedad
vil al principio se cura:
tierna está tu voluntad,
ponerla en otra procura.
Quiere amor correspondencia,
y pues que tú no la esperas,
falta será de prudencia,
que en otra parte no quieras.
Da a tu inclinación licencia,
no la enfrene el respeto,
que te puede dar amor,
tu humildad, o tu temor:
elige el mejor sujeto.

D. BER. Yo elijo como discreto.

VIOL. Otra vez decirte quiero
que elijas otra, aunque sea
mejor.

D. BER. ¿Cuándo dió el hebrero
verde y rosada librea
al almendro placentero?
¿Cuándo mayo nos descubre
alfombras de varias flores
que rompe y desteje otubre,
aromáticos olores
el arabe ténix cubre?
¿Cuándo el sol, que borda el raso
del cielo resplandeciente
en la sombra del ocaso
ven la luna del oriente,
movió el encendido paso,
que tengan más hermosura,
más valor, y luz más pura,
y efeto más celestial
que la causa de mi mal
y el dueño de mi locura?

VIOL. Basta, que estima a Leonor
más que a mí: bien me ha entendido.
mas le tiene mucho amor.
¡Necio, ingrato y no advertido!
Luz, hermosura y valor,
puso el cielo en otras damas;
y pues te aborrece y amas,
toma tu loco papel,
que no hace caso dél
la que sol y cielo llamas.

(Rásgale.)

D. BER. Señora, espera, perdona
este necio atrevimiento:
si tu Alteza se apasiona
muerto soy.

VIOL. ¡Lástima siento,
que no soy tigre o leona!

D. BER. Perdona, si me atreví;
que por darte gusto a ti
a otra mujer querré bien.
Dime a quién.

VIOL. ¿Que diga a quién?
¿Ahora estamos ahí?
A nobles atrevimientos
da fortuna sus favores,
no desmayen tus intentos,
los edificios mayores
hieren los rayos violentos.
Al monte más empinado
su nido el águila pone,
amor de fuego es criado,
y águila que al sol se opone
busque lo más encumbrado.
D. BER. Rayo y águila fué el mío,
y ansí hieres, bien es nombres,
dama, a quién.
VIOL. ¡Qué desvarío!
¡Qué necios que son los hombres!
De su ignorancia me río.
D. BER. Y a mí tu rigor me espanta.
VIOL. Los pensamientos levanta,
sirve, festeja, pasea
en el terrero, aunque sea.
D. BER. ¿A quién, señora?
VIOL. A la Infanta.
D. BER. ¿A cuál?
VIOL. ¿Qué otra Infanta ha habido?
(O éste es muy necio, o está
de industria desentendido.)
Leonora te lo dirá.
Díselo, que no he podido.
(Vase la INFANTA. *Sale* LEONORA.)
D. BER. Dime ya Leonora, a quién
quiere con rigor, que espanta,
que yo sirva y quiera bien.
LEO. A mí.
D. BER. Pues ¿dejo a la Infanta?
LEO. Ansí me llaman también.
D. BER. ¿Cómo? ¿La Infanta te llamas?
LEO. Como tenemos las damas
nombres cuando nos burlamos,
y con ellos nos quedamos
en las veras. Al fin amas
a quien por otro se muere,
y te ha mostrado aspereza
y ansí olvidarse requiere. [teza?
D. BER. ¿Qué a hombre quiere bien Su Al-
LEO. Si no miento, que a él le quiere.
D. BER. Más vueseñoría merece.
¡Paciencia, amor, pues que sé
que la Infanta me aborrece!
(Salen DON LOPE *y* LÁZARO.)

DON LOPE.

Pues, Lázaro.

LÁZARO.

El mendigo decir puedes
y aun lo serás también, según los tiempos:
mira tu memorial.

DON LOPE.

¿Quién te lo ha dado?

LÁZARO.

Roberto, que arrimándose a buen árbol,
del Rey, ya reconozco [todo] el mundo
manda ya.

DON LOPE.

Necio, hallólo en esta sala
mi sobrada desdicha, el Rey, sin duda,
le arrojó, que merced no quiere hacerme.

(Rómpele y sale DON BERNARDO.)

DON BERNARDO.

¡Oh, don Lope, mitad del alma mía!
Partir me manda el Rey [ahora].

DON LOPE.

¿Dónde?

DON BERNARDO.

Con la gente que vino del socorro
de Navarra. Mi próspera fortuna
me trujo en ocasión, que el Rey no tiene
de quién fiarse con aquestos bandos
que ha habido en Aragón, que dió esa empresa,
y me pienso esforzar a conseguirla.

DON LOPE.

Los pasos, don Bernardo, seguir quiero
de tu fortuna próspera.

DON BERNARDO.

No llames
próspero a un hombre que a la Infanta adora
y es della aborrecido.

DON LOPE.

Mi desdicha
a amalla me inclinó, mira Bernardo
¿qué premio, qué valor tendrá en su vida,
el hombre más infeliz deste suelo?

DON BERNARDO.

Si vencedores a Aragón tornamos,
fortuna ayudará.

DON LOPE.

Animo, vamos.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

(Salen el REY *y el* CONDE DE RIBAGORZA, *y el* SECRETARIO, *de noche.)*

CONDE.

Señor, ¿tan de mañana levantado?
¿Qué novedad es ésta?

REY.

Conde, amigo,
la novedad está en que quiero ahora
acostarme.

CONDE.

¿Señor, pues no ha dormido
bien Vuestra Majestad aquesta noche?

REY.

Pasé jugando, la mitad, y rogando,
lo restante pasé.

CONDE.

Ruegos Reales
¿a quién no vencerán?

REY.

Al áspid sordo,
que al encantado amor tapa el oído:
en vano desvelé los ojos tristes,
que miran, por su mal, montes de nieve
en el ingrato pecho de Leonora.
Roguéle que esta noche regalase
con sus razones dulces mis oídos,
desde alguna ventana. Respondióme
que no; pero engañada mi esperanza,
rondé el terreno hasta el alba rubia,
y vencido de amor, de sueño y rabia,
vengo a acostarme.

CONDE.

A un punto el claro día
y don Bernardo de Cabrera viene.

REY.

Venga en buen hora el vencedor dichoso.

(Salen DON BERNARDO *y* DON LOPE, DON RAMÓN, TIBURCIO *y* LÁZARO.)

DON LOPE.

Favorece mi causa, don Bernardo,
para que venza mi fatal desdicha.

DON BERNARDO.

Al Rey le contaré tus grandes hechos.

REY.

¿No ha entrado?

DON BERNARDO.

Sí, señor, y tus pies besa.

REY.

Levanta, y por mis brazos trueca el suelo,
como mi amigo, y no como vasallo;
quiero abrazarte: amor grande es el mío,
y apenas a tus méritos se iguala.

DON BERNARDO.

Soy tu hechura.

REY.

Amparo, di, del Reino.
De Barcelona un propio me enviaste,
dándome cuenta del feliz suceso.

DON BERNARDO.

No vengo a referírtelo del todo.

REY.

Holgaré de saberlo.

DON BERNARDO.

Escucha el modo.
Rey dichoso, y no vencido,
a quien señor absoluto
hagan los cielos divinos
de las tres partes del mundo:
Después que con tus navíos
cubrí el mar, que fué el sepulcro
de codiciosos tratantes
y de soldados robustos,
selva seca parecía,
una ciudad de Neptuno,
la armada que dar al viento
las alas del lienzo supo.
Favorable nos fué el tiempo:
porque a un magnánimo Augusto
como tú, el viento y el mar,
paz le han de dar en tributo.
Llegué a Cerdeña en dos días,
y del alto mar profundo
saqué a tierra a tus soldados,
valerosos, por ser tuyos.
Fué mucha la brevedad,
nuestro recato fué mucho,
y al desembarcar la gente
no temí peligro alguno.
En los sardos rebelados,
la confusión y el descuido,
hizo que avisasen tarde
las atalayas con humo.
Y antes que con sus caballos
bordase el Planeta rubio

los montes sardos, tu gente
vió los rebelados muros.
Sin gente estaban los campos,
y aunque solos, no seguros,
que receloso el contrario,
se previno, como astuto.
Arboles atravesados
en todo el camino puso,
y en otras partes del campo,
clavos secretos y agudos
Ya fué invención de los Persas
contra el valeroso turco
para mancar los caballos:
mas yo penetré el discurso.
Pero saliendo del monte
vimos un arroyo turbio,
señal que gente rompía
su cristal cándido y puro.
Ofrecióse a nuestros ojos,
que a este tiempo cada uno
quisiera tener los de Argos,
sin la vara de Mercurio,
un muy lucido escuadrón,
y recibieron más gusto
tus gallardos españoles
viéndose ya en este punto,
que el labrador codicioso
cuando en el ardiente julio
derriba doradas mieses,
haciendo montes del fruto,
más que el próvido piloto,
después que por varios rumbos
las verdinegras entrañas
del mar penetró con surcos
y besa la amada tierra
alegre.

REY. (Apenas escucho
a don Bernardo, aunque al sueño
los tiernos párpados hurto.
Como es el sueño invencible,
durmiéndome estoy, y gusto
de escuchalle.)

D. BER. Al fin, señor,
cuando invistir se propuso;
tantas flechas nos tiraron,
que al aire hicieron obscuro,
y con ellas parecían
aljabas nuestros escudos.
Los andaluces caballos,
con la inclinación y el uso,
partieron como los rayos
de los nublados confusos.
Trabóse la cruel batalla;
pero el general, injusto,
desta nación rebelada,
dió muerte a un soldado tuyo.
Mas salió abriendo dos puertas
a la muerte este Licurgo,
que en nuestros tiempos merece
estatuas de bronce duro.

(Duérmese el Rey.)

Cartago calle, Anibal,
Roma a su abrasado Mucio,
solo a don Lope de Luna
guarden los tiempos caducos.
El en aquesta batalla,
como un Aquiles anduvo,
que Alejandros le envidiaran,
si tuviera Homero algunos.
Desbaratados los sardos,
y ya el novelero vulgo
teniendo el pálido miedo,
los pechos casi difuntos,
sin miedo se retiraron;
mas don Lope, que dar pudo
honra y gloria a nuestro siglo,
y admiración al futuro,
usó de una estratagema
digna de su ingenio agudo:
imitando al otro griego
que a Roma en desdicha puso,
hirióse el rostro y el pecho,
y apretó a un caballo rucio
las piernas, diciendo a voces:
«De los españoles huyo;
abridme sardos famosos
vuestras puertas, pues os busco
la libertad y la vida,
pues la conservan los brutos.»
Abrieron, entró, y a todos
a crédito los redujo,
y otro día salió al campo
desafiando los tuyos.
Dos a dos y tres a tres
cautivos llevaba, y juntos
éstos después nos abrieron
una puerta por el muro.
Entró el ejército entonces,
y, gozando deste triunfo,
rindió don Lope a Cerdeña
y tu católico yugo,
apellidando tu nombre,
que del Ebro hasta el Danubio
has tenido; la victoria

(Despierta el REY.*)*

fué nuestra.

REY. (De su discurso
he perdido gran pedazo,
que mi sentido sepulto
en grave y profundo sueño.
Por Cabrera disimulo
que se correrá, si entiende,
que de todo el fin no escucho.)
D. BER. El Reino, como primero,
con más carga de tributos;
a don Ramón de Moncada
debes gran parte del fruto
desta guerra, porque en ella
se mostró.
REY. Diez mil escudos
de renta le doy al año
y un hábito.
D. BER. Don Tiburcio,
valeroso catalán,
apenas tuvo segundo.
REY. De mi Cámara será.
D. BER. Su valor mostró don Nuño
de Bolea.
REY. Una baronía
le doy y uno de mis juros.
Y vos, gallardo Scipión,
francés carlo, inglés astuto,
Conde de Medina sois.
D. BER. Tú, Alejandro sin segundo.
REY. Y almirante de la mar.
D. BER. Eres un César Augusto.
REY. Y vos sois Conde de Vas.
D. BER. Hormiga soy que descubro
tu valor.
REY. Y sois mi amigo.
COND. Todo en don Bernardo es justo.

(Vase el REY, *el* CONDE *y* DON BERNARDO.*)*

D. RAM. ¡Vivas, oh Rey poderoso,
más que Néstor, que Saturno,
que la Sibila Cumea,
que el Fénix rosado y rubio!
D. TIB. ¡Alcances, Rey, más victorias
que César, Dentador Curio,
que Filipo, que Alejandro,
Pompeyo, Camilo, Furio!

(Vase.)

D. NUÑ. ¡Goces de reinos mán anchos
que el persa Sofi, que el turco,
que el grande Imperio Romano!
¡Falten a tu dicha mundos!

(Vase.)

D. LOP. ¡Vivas más que todos esos,
y corónente en más triunfos,
dilátese más tu Imperio,
que yo mis desdichas sufro!
¿Qué desdicha natural,
qué celestiales influjos
a mis méritos se oponen?
¡Ah don Pedro, Rey injusto!
Si eres liberal con todos,
más que Alejandro y Augusto,
¿por qué conmigo avariento
más que Tiberio y Postumio?
¿No son mis acciones justas
de premiarse? ¿En qué te injurio,
piadoso cielo? ¡No lluevan
desdichas sobre mí!
LÁZ. ¡Juro!...
Pero no quiero jurar.
¡Ah, gentil hombre!, pregunto,
¿es cristiano el Rey? ¿Es hombre?
SECR. No, sino moro, y de bulto.

(Vase.)

LÁZ. Vive Dios, que no es cristiano,
que es un árabe, un turco;
pues no ha honrado a mi señor
que es más valiente que Tulio.
Y más sabio que un Aquiles:
No le culpo, no le culpo,
la culpa tiene aqueste hombre,
más ingrato que un trabuco.
Que le ha ganado a Cerdeña
con el favor destos puños:
Si fuera que él, no sirviera
a Rey tan sordo y tan mudo,
aunque viviera más años
que diz que vivió San Nuflo:
Pasémonos a los moros,
tornémonos dos malucos,
o tomemos dos oficios,
o entremos frailes cartujos:
Tú, don Lope, serás monje;
Yo seré fraile barbudo.
Descartemos este rey,
que no es de oros, y es mal punto;
que dos encomiendas tiene,
que dos títulos: el uno
para mí, para ti el otro.
D. LOP. Colérico estás.
LÁZ. Muy mucho.

(Sale DON BERNARDO.*)*

D. BER. Señor don Lope de Luna,
pluguiera al eterno Dios,

y esto sin lisonja alguna,
que trocara con los dos
hoy la mano la fortuna.
Diéraos a vos el estado
de que hoy tomo posesión,
porque a mí, aunque bien me ha [dado,
no me lo dió con pensión
de veros desconsolado.

D. LOP. Mil años vueseñoría
los cargos prósperos tenga
que su ventura le envía,
y adversa noche no venga
tras deste felice día:
La mano con que Almirante
le hizo el Rey liberal,
sacras urnas le levante
de nácar y de coral
en columnas de diamante.
Y estando tranquila y surta,
contrarias naves trastorne,
y coronada de murta
triunfando de Africa torne
como Mario de Yugurta.
El mar tirreno importuno
con sus humildes alcobas,
no deje tesoro alguno,
y corónense sus ovas
como el cristiano Neptuno.
De seis siglos, y aun de diez,
le haga el tiempo juez
con florida edad, que alegra,
y nunca en su barba negra
nieve copos la vejez.
Goce de amor sin segundo
con mujer ilustre y bella,
y de vientre tan fecundo
que nazcan Césares della,
conquistadores del mundo.
Amele el Rey de Aragón
sin causar emulación
a enemigos poderosos,
de su privanza despojos,
que ésta es mayor bendición.
Y, al fin, entre sueño y risa
venga tras tiempo infinito
la muerte, y traigan aprisa
las pirámides de Egipto
y el túmulo de Artemisa.
En sus pompas funerales
cuelguen despojos deshechos
en mil batallas navales,
epitafios que, sus hechos,
hagan al mundo inmortales.
Que yo, pobre y desdichado,
en mi aldea retirado
tendré perpetua alegría
mirando a vueseñoría
en tal pompa levantado.

D. BER. Pródiga naturaleza
dió los pies al pavón rico
con su pintada belleza,
y al águila el corvo pico
con la veloz fortaleza.
Dió la cuartana al león
con su altivo corazón,
y ansí en orden lo ha dispuesto,
por que humillasen con esto
su soberbia presunción.
Que esto propio me suceda
quiere en mi fortuna Dios
por que alabarme no pueda:
y ansí en miraros a vos
deshago mi ufana rueda.
Nuestra Iglesia verdadera
ceniza nos suele dar,
porque el hombre considera
que en ceniza ha de parar,
que es su materia primera.
Esto hace la fortuna,
que en no daros dicha alguna,
me dice: «Aunque el bien te sobre
acuérdate que eres pobre,
mira a don Lope de Luna.»

(Sale el CONDE.*)*

COND. Almirante, ¿qué hacéis?

D. BER. Al ánimo más leal
doy consuelo.

COND. Vos tenéis,
don Lope, desdicha igual
al premio que merecéis.
Contando vuestras hazañas,
don Bernardo de Cabrera,
no sé qué duras entrañas
de bronce, o de tigre fiera,
nacida en libias montañas,
se dejara de apiadar.

D. LOP. Háceme vueseñoría
gran merced.

COND. Vamos a hablar
al Rey, que humana porfía
las peñas suele ablandar.
Entremos los dos a donde
esta merced le pidamos
o sabremos qué responde.

D. BER. Sabio es el acuerdo, vamos.

D. LOP. Hízome naturaleza
noble, el cielo con valor;
mas si hoy mi ventura empieza,
diré que vence el favor
a la virtud y nobleza.

(Vanse, y sale el SECRETARIO *con recado para escribir.)*

SECR. Dame, amor, atrevimiento;
ánimo a mi confianza,
si en lo difícil se alcanza
honra de solo el intento.
Aunque el Rey ama a Leonora
y yo le soy su tercero,
probar mi ventura quiero,
pues que mi pecho la adora.
¿Cuántos que a la mesa están
quizá apetito les guía,
dejar por la vaca fría
el regalado faisán?
¿Cuántos en verde jardín,
valle ameno o fresca selva
por silvestre madreselva
dejan el verde jazmín?
¿Que mucho si el alhelí
tal vez al clavel prefiere,
que mujer que al Rey no quiere
me venga a querer a mí?
Yo la escribo, que es mi dueño,
venza al temor la osadía.

(Sale el REY *y mírale por detrás.)*

REY. Que mal se duerme de día,
la noche es madre del sueño.

SECR. «Licencia, Leonora bella.»

(Escribiendo.)

REY. Este escribe aquí un papel,
quiero ver qué escribe en él.

SECR. «Para amarte, que aun sin ella»

REY. Leonora, dice.

SECR. «La boca...»

REY. Falsedad recelo.

SECR. «En llanto...»

REY. ¿Si la quiere aqueste?

SECR. «Tanto...»

REY. Veré lo que escribe.

SECR. «Loca,,,»

REY. ¿Qué has escrito?

SECR. Señor, nada;
sólo probaba la pluma.

REY. ¿Qué quieres que no presuma
de una persona turbada?

(Quítale el REY *el papel, y léele.)*

«Nunca imaginé pedirte
licencia, Leonora bella,
para amarte, que aun sin ella
mis penas pienso decirte.
Pedíla para escribirte,
que el mucho amor me provoca
a que en voz diga la boca
lo que el alma ha dicho al llanto;
porque amar, y callar tanto,
es una paciencia loca.»

REY. ¿Débese aqueste respeto
a la persona Real?
¡Por cierto en pecho leal
he guardado mi secreto!
Pues tú escribes a Leonora
tu necia y loca pasión,
¿no es especie de traición
viendo que tu Rey la adora?
A Secretario muy justo
fiaré secretos de honor,
si ya te hallo traidor,
en las cosas de mi gusto.
¡Hola!

TIB. Señor.

REY. Dos soldados
de mi guarda haced que vengan:
yo haré que remedio tengan
tus amorosos cuidados.

SECR. Suplícote me perdones.

REY. Veré si amor te socorre:
Llevad aquese a una torre,
ponedle en graves prisiones.

(Salen dos SOLDADOS *y llévanle.)*

SECR. ¡Señor, señor!

REY. Más me ofendo.

SECR. ¡Ah, desdichado papel!

REY. No pretendo ser cruel,
ser justiciero pretendo.
Entre el rigor y piedad
es un medio la justicia,
azote de la malicia
y amparo de la verdad.
Cuando livianos errores
de ministros con paciencia
sufre el rey, les da licencia
de hacer cosas mayores.

(Salen DON BERNARDO *y el* CONDE.)

REY. A rogar por él se llegan
el Conde y el Almirante,
sin duda que en el semblante
les conoce que me ruegan.
Conde, Almirante.

D. BER. Señor,
sólo queremos piedad
de tu sacra Majestad,
no justiciero rigor.
Los dos hacemos oficios
de padrinos a un vasallo,
que otro en tus reinos no hallo
de más honrados servicios.
Y ansi los dos valemos
con tu Majestad Real,
que hoy se muestre liberal
en una merced, queremos.
(Aparte.)
REY. (Bien sospeché que venían
a que perdone su exceso,
apenas le llevan preso
y ya padrinos me envía.)
Bien sé por quién me pedís,
bien sé lo que pretendéis,
si mi enojo no sabéis,
con ignorancia venís.
No me pidáis por tal hombre,
no me templéis el rigor,
porque perderéis mi amor
sólo en referir su nombre.
Ya sé lo que me ha servido
él, y todos sus pasados,
mas son servicios borrados
una vez que me ha ofendido.
COND. Quizá es mala relación
que han hecho a tu Majestad.
REY. El sabe cómo es verdad
y que yo tengo razón.
El mismo sabe que vi
su delito a mi pesar:
D. BER. ¿No es digno de perdonar?
REY. Es imposible.
D. BER. ¡Ay de ti!
Amigo del alma mía,
según eres desdichado,
al Rey tienes enojado
ignorantemente.
REY. Fía,
don Bernardo, del amor
que te he cobrado, que hiciera
eso, si justicia fuera,
pero casi fué traidor
ese hombre a mi grandeza:
si me ha servido hasta aquí,
ya me ha ofendido, y por ti
no le corto la cabeza.
Pide otras cosas, Cabrera,
y de mi amor se despida
cualquiera que por él pida,
si su nombre me refiera.
(Vase.)
COND. A nadie de aquí adelante
acreditar nos conviene:
pésame de lo que tiene
de vuestro amigo, Almirante.
D. BER. A mí me tiene asombrado,
y de suerte me lastima,
que en las venas y garganta
sangre y voz se quedan frías.
Si considero a don Lope,
hallo su culpa mentira,
y si al Rey vuelvo los ojos,
la verdad me maravilla
¡Ay don Lope! ¡Ay luna clara,
que te escurece y olvida
tu adversa y triste fortuna!
Pero en los cielos confía,
que entre tantas desdichas
alguna gran ventura está escondida.

(Sale DON LOPE.*)*

D. LOP. Don Bernardo, mi señor,
buscando a Vueseñoría
vengo con grande cuidado;
en su lengua está mi vida.
Dígame si ha visto al Rey,
lo que responde me diga:
¿Cómo calla? ¿Cómo niega
sus palabras a las mías?
Mas ya le entiendo, callando
su muda melancolía
de parlera lengua sirve,
que mis desgracias publica.
Dime lo que pasó, amigo,
valor tengo que resista
este golpe riguroso
que la fortuna me envía.
D. BER. Don Lope, ¿en qué has ofendido
al Rey?
D. LOP. ¿Yo al Rey? No me admira
que eso de mí se presuma,
sino que tú me lo digas.
¿Al Rey yo? ¿Cuándo se atreve
hasta el león una hormiga?
¿Cuándo se vió débil caña
que a los ábregos resista?
¿Cuándo con el mar profundo
compitió la fuentecilla,
que sin rumor, entre juncias,
llora perlas fugitivas?
Lo mismo es decir que al Rey

ofendo yo: ¿qué Alcaidía,
qué Gobierno, qué papeles,
o qué varas de justicia
tengo en que pueda ofenderle?
Don Bernardo, advierte, mira
el peligro a que te pones,
si con Rey del siglo privas.
Dionisio puso a un truhán,
que quiso ser Rey un día,
una espada de un cabello
y una espléndida comida.
Apenas el miserable
bocado bueno comía,
con el temor no cayese
la espada, que estaba encima.
Aquello mismo sucede
a los hombres que confían
en las gracias de los Reyes,
que es frágil y antojadiza.
Gustosa es la privanza,
mesa es espléndida y rica:
pero cuelga de un cabello
un testimonio, una envidia.
Toma ejemplo en mi desgracia,
que sin pender de mi cinta
de su Cámara la llave
ni haberle visto dos días (1).

D. BER. Amigo, tu discreción
a no encubrirte me obliga
lo que pasa. Al Rey propuse
tu causa, que es propia mía.
Y a las primeras palabras
me dijo: «Más no me digas
que merced haga a tal hombre;
ya he sabido que él te envía:
quien su nombre me refiera
de mi gracia se despida.»
Repliquéle, y replicando,
más su cólera crecía.
Fuése y dejóme suspenso,
porque el alma me lastima
tu desgracia y tus sucesos:
pero en los cielos confía,
que en tan grandes desdichas
alguna gran ventura está escondida.
Don Lope, tuya es mi hacienda,
yo soy quien te la administra;
haz cuentas, que tuya es
Módica, la de Sicilia.
Tuyo es cuanto el Rey me diere,
de mis honras participa,
que puede ser que me pagues
estas obras algún día.
Porque los bienes del mundo
ya se dan, y ya se quitan,
como los tantos del juego.
Que es juego la humana vida.

(Vase.)

D. LOP. ¡Ah, gallardo Catalán!,
que subiendo vas arriba,
nunca descender te vean
ojos que subir te miran.
Buen vasallo eres del Rey,
no habrá quien mejor le sirva;
y ansí como eres tan bueno
sospecho que profetizas.
Que en tan grandes desdichas
alguna gran ventura está escondida.

(Sale al balcón DOROTEA.*)*

DOR. Quien trueca el tiempo en plata,
el oro de mi cabello
arruga el marfil del cuello,
vuelve en gualda la escarlata
de mis mejillas y trata
de robarme su color,
cuando esperaba el rigor
de las flechas de la muerte,
hase trocado la suerte
y me hiere en la de amor.
A don Lope en Huesca vi,
antes de ser camarera
de la Infanta, y que le quiera
manda amor, que es rey, en mí.
Mas él viene por allí,
yo le amo, mas no amará,
que ha pasado mi abril ya,
y no hay discreto que dé
valor a dama que fué,
ni a caballo que será.
Yo hablo, mas es locura,
borró el tiempo mi hermosura.
¿Qué valor tendrá mi habla,
sino el que tiene una tabla
donde ha habido una pintura?
Suplan embustes extraños
el estrago que los años
hacen, y el tiempo cruel·
yo le arrojo este papel,
esfuerza, amor, mis engaños.

(Arrójale y vase.)

(1) Parece faltar algo para el sentido. Quedaría bien si el verso anteanterior dijera: «sin que penda de mi cinta.

D. LOP. Contra tu deidad, fortuna,
¿cuándo cometí delito?
¿Quién echó aquesta? ¿Ninguna
persona hay? El sobrescrito
dice: «A don Lope de Luna.»
Cartas me arrojan los cielos,
o favores el balcón:
ya temo, y tengo recelos,
que cartas, sin duda, son,
o sátiras, o libelos.

(Léele.)

«Don Lope, en Lérida os vi
cuando estuvo el Rey, mi hermano,
en ella, y amor tirano,
mirándoos, triunfó de mí,
y ahora que os hallo aquí
he sentido el mismo efecto.
Entrad al parque secreto,
esta noche y me hablaréis,
sólo como noble iréis,
y a tiempo, como discreto.
La Infanta.»
Amor, amor, no me asombres,
mas si han querido firmar
mil sabios de eternos nombres
que es imposible probar
que están despiertos los hombres.
Según aquesta opinión.
este es sueño, o ilusión,
que mi loca fantasía
las imágenes del día
hace sutil reflexión.
Pero no, despierto estoy,
palacio es éste, y aquel
es el cielo: al Rey vi hoy:
la Infanta, dice el papel,
y aquí, a don Lope; yo soy.
Si porque en Lérida estuve
cuando el Rey, nuestro señor,
como el sol rompe la nube,
mis desdichas vence amor
y a las estrellas me sube.
¡Ay cielo! ¡Ay fortuna santa!
¿Por qué me quejo de ti
esperando dicha tanta?
¿Si me engañé, si leí
bien esta firma, «la Infanta»?

(Vase, y salen DON BERNARDO *y* LEONORA.)

LEO. Después que del Rey estás,
con justa razón, honrado,
con la mudanza de estado
la inclinación mudarás.

D. BER. Antes si el Rey me levanta,
y honrarme tanto ha querido,
podré ser más atrevido
en inclinarme a la Infanta.

LEO. ¿No es más justo festejar,
pues la Infanta no te ama,
en su palacio a otra dama
con quien te puedas casar?
¿No ves que es amor perdido?

D. BER. ¿Por qué razones?

LEO. Por tres,
por ser la Infanta quien es,
porque estás aborrecido,
y porque su inclinación
puesta en un Príncipe tiene.

D. BER. Servirla no me conviene
por esa última razón.
Siendo esto cierto, señora,
licencia pienso pedirte.

LEO. ¿Para qué?

D. BER. Para servirte.

(Aparte.)

LEO. (Esfuerza este engaño ahora.)
Esta noche la verás
en el parque hablar con él.

D. BER. Un desengaño cruel,
pero ninguno jamás
lo aborrece deseado:
Temo el verla.

LEO. Sí, mas sea
de modo que no te vea.

D. BER. Yo estaré bien recatado.

LEO. (Mentira ha sido muy grave;
mas porque el Conde me quiera
hurtaré a la Camarera
del caracol una llave:
dame, amor, atrevimiento.)

(Vase.)

D. BER. Si mi enemigo es amor,
¿de qué me sirve el favor
que hoy en la fortuna siento?
Conde, Vizconde, Almirante
y de la Cámara soy:
mas ¿qué importa?, pobre soy
si me aborrece Violante.
Dichoso y rico es aquel
que la sirve.

(Sale la INFANTA.)

VIOL. Don Bernardo
está aquí solo, ¿qué aguardo
a declararme con él?

Que me sirva he pretendido:
pero el tener voluntad
a Leonor, o su humildad,
hace que no haya entendido.
Ahora le he de pedir
que aquesta noche me vea.

D. BER. La gloria y bien que desea
sale el alma a recibir.
¿Quién vió beldad semejante?

VIOL. Ya habrá hecho, y con razón,
mudanza en tu inclinación
el título de Almirante.
¿Quién duda ya, don Bernardo,
que en la materia de amar
querrás ya galantear
con ánimo más gallardo?
Eres Almirante y Conde,
y ansí querrás ser querido;
porque el ser aborrecido
a quien eres no responde.

D. BER. Si el cielo, y no el alma muda
el que pase de otra parte
del mar, dejaré de amarte;
porque mis cosas no ayuda
la fortuna.

VIOL. Pues ¿cuándo
me has amado?

D. BER. Antes dirás,
¿cuándo he dejado jamás,
señora, de estarte amando?
Y aun ahora, con saber
que hay en tu Alteza afición,
me obliga esta inclinación
a que tuyo venga a ser.

VIOL. ¿No he dicho que quiero bien
otras veces?

D. BER. Ya sabía
que tu Alteza bien quería,
pero no he sabido a quién.

VIOL. Aquí el alma se declara;
pero a turbarme comienza
la sangre, de la vergüenza
que me ha turbado la cara.
Basta, que me ha entendido.
Entrar al parque podrás
aquesta noche, y verás
al que afición he tenido.
Quedarás desengañado,
y quizás haré también,
sabiendo que quieres bien,
que no seas desdichado.
No dejes de ir. (Yo he de hacer
que el Rey a este hombre levante,
hasta que pueda Violante
venir a ser su mujer.)

(Vase.)

D. BER. ¿Qué es esto, tirano amor?
¿La Infanta quire que vea
al que la sirve y pasea?
Verdad me dijo Leonor.
Desengañarme ha querido
con mostrarme su galán,
y ansi mis ojos verán
a quién envidia han tenido.
Aquesta noche veré
al que le tiene afición,
me dijo; ¡extraña visión
es para mí!, pero iré.

(Vase, y sale al balcón DOROTEA.)

DOR. Noche, cuya capa obscura
mil ladrones ha ocultado,
mi tiempo encubrir procura,
pues es ladrón que ha robado
las flechas de mi hermosura.
Engañé a don Lope yo,
y a la Infanta no habló,
y yo en la voz le parezco,
de engañarle he, pues padezco;
para ofensas graves, no.
Tú, cielo, serás testigo,
que para esposo le quiero,
y no es mucho, si consigo
que un pobre, aunque caballero,
se venga a casar conmigo.

(Sale DON LOPE, *de noche.)*

D. LOP. Como el que busca un tesoro,
que va con miedo y temor,
no le salga incierto el oro,
ansi me trae el amor
a ver la Infanta que adoro.

DOR. ¡Ce! ¿Es don Lope?

D. LOP. Soy la luna.
que alegre esta noche muestro
con los rayos que al sol vuestro
hurta mi buena fortuna.

DOR. Mi atrevimiento recelo
que se tendrá por locura.

D. LOP. No fué sino mi ventura.

DOR. ¿Es grande?

D. LOP. Envídiala el cielo;
que son mis glorias extrañas,
y hoy acierto para vellas
todos sus ojos de estrellas,
cuyos rayos son pestañas.

DOR. Don Lope, ¿sois buen amante?
D. LOP. Más que tórtola.
DOR. ¿Y prudente?
D. LOP. Más que cauta la serpiente.
DOR. ¿Modesto?
D. LOP. Más que el elefante.
DOR. ¿Celoso?
D. LOP. Más que el pavón,
y palomo.
DOR. ¿Agradecido?
D. LOP. Más que el can.
DOR. ¿Fuerte y sufrido?
D. LOP. Más que el gallardo león.
DOR. ¿Y constante?
D. LOP. Mi fe admira.
DOR. ¿Secreto?
D. LOP. Sabré callar
más que en las olas del mar
el pece, que no respira.
DOR. Desa suerte, el alma mía
muy segura os puede amar;
mas pienso disimular
con vos, don Lope, de día.
Ni os veré ni os hablaré,
que es propio a mi honestidad.
D. LOP. Amando la obscuridad,
ave nocturna seré.
Hambriento lobo de amores
seré de vuestra hermosura,
y saldré en la noche obscura
a cazar vuestros favores.
DOR. Gente suena por aquí,
mis damas serán, adiós.
D. LOP. El vaya, Infanta, con vos.
DOR. ¿Amaréisme?
D. LOP. Más que a mí. [san
Porque en vuestro amor me abra-
esos ojos lisonjeros (1),
las glorias del mundo pasan,
aunque un siglo fuera instante,
con tal fervor.
DOR. Gente suena.

(Vase.)

D. LOP. Almas son, que traen en pena
las damas de mi Violante.
Irme quiero.

(Vase.)

(Sale DON BERNARDO, *de noche.)*

D. BER. ¿Quién desea
sus celos averiguar,
viendo que le han de matar
en el punto que los vea?
Celos son, aunque curiosos
de conocer a un galán,
de quien sé que volverán
mis deseos envidiosos.

(Sale LEONORA, *de hombre y rebozada.)*

LEO. ¡A qué peligro se pone
el que dice una mentira!
¿Cuándo inconvenientes mira
la mujer que se dispone
a una cosa, que el temor
no vence con osadía?
Temeridad es la mía;
pero discúlpame amor.
Don Bernardo ha de creer
que tiene galán Violante.
¡Qué enredos hace un amante,
mayormente si es mujer!
Una llave hurté del cuarto
de la Infanta a Dorotea.
D. BER. ¿Quién dudará que éste sea?
Aquí me escondo y aparto.
LEO. Gente he visto; él es sin duda.
¡Ce, señora!, ¿estáis ahí?
¡Qué bien que le engaño ansí!
Ayúdame noche muda.
¡Oh, dueño de la hermosura!
¿Quién, si de noche no fuera,
sin ser águila pudiera
resistir esa luz pura?
¿Estáis, mi Infanta, muy buena?
D. BER. Su Infanta le está llamando,
y a mí la envidia arrancando
el alma, de rabia llena.
Conocer quién es no puedo
con la mucha obscuridad.
LEO. Pena me da esa beldad.
(Harto mejor diré el miedo.)

(Aparte.)

Si os amo, dadme un abrazo,
y mi dicha reconozco.
D. BER. En la voz no le conozco,
porque están hablando paso.
LEO. A olvido amor me condene,
si más os causare celos.
D. BER. Celos le ha pedido, ¡ah, cielos!
¡Qué grande amor que le tiene!
LEO. ¡Ay, dueño del alma mía,
y cómo de buena gana
saldré de verde mañana!
D. BER. ¡Oh, nunca llegues al día!

(1) Falta un verso a esta redondilla.

Que saldrá, dice, de verde;
ansí le conoceré.

LEO. Será perpetua mi fe,
si la vuestra no se pierde.
Tarde vine; más despacio
os vendré otra noche a ver.
(Vase.)

D. BER. Yo no sé quién puede ser
de los que sirve en palacio
al Rey; ya se fué, ya sigo
sus pasos con más cuidado.
Mas la tierra le ha tragado,
o se entró por el postigo.
Mi mal, ¡oh, noche!, pretendes;
Tus sombras pena me dan.
¡Válgate Dios, el galán!
¿Eres de casta de duendes?
¿Si es a quien envidio yo
el Conde de Trastamara?
mas no, que sirve a Lisara;
y el de Ribagorza, no,
que es mayor.

(Sale VIOLANTE *al balcón.)*

VIOL. Tarde ha salido.
¿Si habrá venido Cabrera?
¿Es don Bernardo?

D. BER. Sí fuera,
señora, a no haber venido
esta noche escura aquí.

VIOL. ¿Por qué?

D. BER. Porque aquel que muere
pierde el ser.

VIOL. (Decirme quiere
que está muriendo por mí.)
Don Bernardo: yo os llamé,
por que viésedes hablar
al que pretendo guardar
mucho amor y mucha fe.
Y aunque vuestro intento ignoro,
vuestro desengaño entablo,
y echad de ver a quién hablo
y veréis a quién adoro.
Ya os dije que quiero bien,
y el amor me ha recatado
de no haberos declarado
hasta aqueste punto, a quién.
Mas ya que sé el gusto vuestro,
si no al espejo del día,
a sombras de noche fría,
el galán que quiero os muestro.
El que ha hablado conmigo
es el hombre a quien he amado.
Mirad vos a quién he hablado;
no digáis que no os lo digo
bien claro. Y porque se vé
ya el día, Almirante, adiós.
Haya nuevo amor en vos,
pues vistes a quien hablé.
(Vase.)

D. BER. ¡Ah, señora! Fuése, fuése,
porque mi muerte desea.
¡Que haya querido que vea
su galán!, !que me dijese
que le adora no bastó,
y que los haya escuchado,
sino que me ha confesado
que adora al hombre que habló!
Mas ya de su luz parece
que la noche huyendo fué.
Vóyme, ¡paciencia!, pues sé
que la Infanta me aborrece.

(Vase. Sale el [illegible] *s cartas, y el* CONDE DE TRASTAM[illegible]A.)

CONDE.

¿Tanto importan, señor, esas dos cartas,
que has madrugado?

REY

Recebí este pliego
anoche, y desvelado esperé el día.
Llamen a don Bernardo de Cabrera.

CONDE.

¿En mi propio cuarto? (1)

(Lee el REY *las cartas.)*

«Pues ve tu Majestad las sinrazones
que usan los ginoveses en Cerdeña,
no sólo en dar favor a los dos Orias
contra ti rebelados en las Islas,
sino tener así usurpado a Córcega.
Esfuércese a juntar copiosa armada,
uniéndose con esta Señoría,
que en el mar le pondré veinte galeras.
Acabe de una vez, pues ve que tantas
no guardan la concordia prometida.
La Señoría de Venecia.»

(Sale DON BERNARDO DE CABRERA.)

DON BERNARDO.

Mande tu Majestad a don Bernardo

(1) Falta algo, no sólo para este verso, sino para lo que sigue.

REY.

¡Oh, Conde y Almirante! Este es el día
en que habéis de mostrar vuestra fortuna.

DON BERNARDO.

Tu hechura he sido, [soy] y seré siempre.
A tus pies pongo la voluntad,
la vida y hacienda (1).

REY.

La Señoría de Venecia quiere
hacer conmigo, don Bernardo, liga
contra Génova, que cual ya se sabe,
los rebelados de Cerdeña ampara;
y habiendo hecho relación de Córcega,
la Apostólica Silla me la usurpa.
Veinte galeras para esta empresa...
las costas de Valencia y Cataluña
cuarenta y cinco tienen, y dos naves,
sin las seis catalanas, y seis combos,
la fuerza de Aragón, con todo el resto.
Estriba en esta empresa, don Bernardo,
de tu valor y próspera fortuna;
y si mis reinos y mi honor procuras,
pártete, General de mar y tierra,
brevemente.

DON BERNARDO.

Señor, dándome el cielo
el suceso conforme a mis deseos,
vencedor me verás.

REY.

Yo te prometo,
a lo romano, dar grandiosos triunfos.

DON BERNARDO.

Al mar no temeré, ni al enemigo,
si don Lope de Luna va conmigo.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

CONDE.

Digo que don Bernardo de Cabrera,
coronando sus sienes verde murta,
merece entrar triunfando en Zaragoza,
como César triunfó, y Mario en Roma;
los despojos marítimos llevando
delante de su carro verde y negro,
entapizado de ovas y corales.
Merece que cargados los cautivos
de naves destrozadas y fanales,
pasen el Coso y lleguen a palacio,
arrastrando estandartes enemigos.
Mas, señor, que en palacio se reciba
cual persona real y soberana,
merced ha sido no vista en estos Reinos,
y temo no murmuren los Estados.

REY.

Conde de Ribagorza, yo os prometo
que quiero a don Bernardo de Cabrera
de modo que mi amor igual no tiene,
y al Príncipe don Juan le he preferido.
Fuéronle los astros tan benignos,
que amable le hicieron de manera
que desde el punto que le vi le estimo.
Noble sangre le dieron sus mayores;
naturaleza, partes personales;
su corazón, altivos pensamientos;
su próspera fortuna, los sucesos,
y yo riquezas, dignidades y honras.

CONDE.

Si el Príncipe don Juan, que está en Valencia,
tu hijo, con la Reina, mi señora,
que el cielo guarde, sucesor legítimo
del Reino de Aragón, viniese ahora,
¿qué más honras le hicieras?

VIOLANTE.

No prosigas,
que las honras que el Rey hace a Cabrera
cortas mercedes son para sus méritos,
y es bien que con los reyes prive tanto
un hombre, porque ansí se animen otros
a seguir la virtud y amor del Príncipe.

REY.

¿Qué rey, qué emperador o qué monarca
no tuvo un privado, en cuyos hombros
estuviese la máquina pesada
del cuidado común de la república?

CONDE.

Tu Majestad me deja convencido.
Ni emulación, ni envidia me movían,
que es don Bernardo grande amigo mío.

VIOLANTE.

Ya se llega a palacio.

(1) Quizás estos dos versos defectuosos no formarían más que uno que diría:

«A tus pies pongo voluntad y vida».

REY.

Aquí hemos
de recibirle.

VIOLANTE.

Es justo que le honremos.

(Haya músicas, y salgan los que pudieren con banderas arrastrando, y DON BERNARDO, *armado de medio cuerpo arriba, con una corona de murta y un bastón de General, y cuatro Jurados con becas, que llevan el palio, y debajo* DON BERNARDO, *y delante* DON LOPE, DON RAMÓN, DON TIBURCIO, ROBERTO, LÁZARO.)

DON LOPE.

¡Ah, señor don Bernardo de Cabrera!

DON BERNARDO.

Don Lope, ¿qué mandáis?

DON LOPE.

Vueseñoría
bien se acuerda de que el Rey me aborrece;
le dijo que su gracia perdería,
si alguna vez mi nombre refiriese.
Por su vida, señor, que no aventure
a perder su favor cuando refiera
su suceso felice desta empresa.
Calle mi nombre y mis servicios;
que estimo más que esté del Rey amado,
que verme a mí sin tanta desventura.

DON BERNARDO.

Pues, don Lope, ¿es razón que tales hechos
al Rey no se refieran?

DON LOPE.

Calle el nombre,
y cuente del soldado los sucesos,
que el Rey preguntará quién es: entonces
podrá decir que yo.

DON BERNARDO.

Bien dices.

REY.

Dadme
los brazos, vencedor de mar y tierra.

DON BERNARDO.

Los pies estimo, y pido a Vuestra Alteza
la mano (1).

REY.

Violante os la dará. Para subiros
a estado muy mayor, mi don Bernardo,
la relación de vuestra boca aguardo.

(Siéntase el REY *y la* INFANTA.)

D. BER. A diez y siete del mes
en que Virgo, coronada
de espigas rubias y negras,
la estéril tierra abrasaba,
hallé en el puerto Mayón
junta tu dichosa armada
de cincuenta y dos galeras,
y tres naves castellanas.
Partí con próspero viento,
y las azules espaldas
del mar rompieron los remos,
con paz del viento y del agua.
A veinte y dos, descubrimos
las galeras venecianas.
Eran veinte y dos, y juntas
navegamos con bonanza.
A veinte y siete de agosto,
descubrimos las contrarias,
que eran cincuenta y seis naves.
Tres ligeras, tres bastardas;
mandé que a mi mano izquierda
pusiese la Capitana
de Venecia, el General,
que nuevo Neptuno llaman.
Puse a la mano derecha
una galera bizarra
de las tuyas, y de todas
se hicieron dos grandes alas.
El estandarte real,
con el blasón y las armas
de Aragón, en mi galera
al viento se tremolaban.
Dieron señal las trompetas
para empezar la batalla:
Fué tanto el rumor confuso
y las voces fueron tantas,
que no volaban las aves
ni los delfines nadaban:
Suspendióse el mar confuso
de ver tan desordenada
competencia que los vientos,
sino de fuerzas extrañas:
Huyeron los mudos peces
a las profundas entrañas
del mar, buscando las rocas
llenas de coral y nácar.
Encontráronse tus naves,

(1) Falta lo demás de este verso, o bien éste y el anterior formarían uno que dijese:

«Los pies le pido a Vuestra Alteza y mano.»

de los tuyos arrojadas,
con las suyas ginovesas,
que estaban en triste calma.
Abriéronle los costados,
y el mar, en sus mismas casas
movedizas, quitó a muchos,
sin resistencia, las almas.
Disparánronse las flechas,
arrojáronse las lanzas,
y a los bordes de las naos
usaron de las espadas.
Las olas del mar se abrieron,
venas de sangre cuajada,
y tantos cuerpos cayeron,
que las naos se juntaban.
Cuál, medio muerto caía,
y de morir acababa
bebiendo su propia sangre,
entre las aguas mezclada.
Quisiera aquí, Rey don Pedro,
la retórica romana
y las lenguas, que atribuyen
los poetas a la fama,
para poder referirte
las nunca vistas hazañas
de un noble soldado tuyo
de los que están en tu casa.
Aferró un sutil navío
a la nave Capitana
de Génova, y a pesar
de los que en el borde estaban,
entró dentro, y dando muerte
a tres valientes escuadras
de soldados, su estandarte
arrancó y echóle al agua.
Asió a Antonio de Grimaldos,
su General, por la falda
del tonelete, y al mar
le echó el peso de las armas.
Socorrióle una galera
cuando anegándose estaba,
y nadando tu soldado,
gallardamente se escapa.
El solo dió la vitoria,
porque la enemiga armada,
sin general y estandarte,
con razón teme y desmaya.
No quiero decir el nombre,
si tú, señor, no lo mandas;
aunque ya verás quién es,
pues que mi lengua lo calla.

REY. (Grande modestia es la suya;
es él, y como se alaba,
no quiere decir su nombre.)

VIOL. Hazaña fué extraordinaria.

REY. (Es gran soldado Cabrera.)
(Aparte.)

VIOL. (Es el dueño de mi alma.
Cordura y modestia tiene
en callar su nombre.)

REY. Basta,
Cabrera, lo referido,
para saber yo y la Infanta
quién es aquese soldado.

VIOL. Ya sabemos quién es.

D. LOP. ¡Gracias
a Dios que tantas desdichas
tendrán fin! Pues que le agrada
al Rey esta relación,
fortuna, ayúdame.

VIOL. Pasa
adelante, don Bernardo.

D. BER. En esta naval batalla
vi cosas particulares,
que admira sólo el contarlas.
Muchas lanzas, muchas flechas
que a las naves se tiraban,
errando el golpe primero
daban muerte a los del agua.
Unos bravos ginoveses,
que en dos fustas peleaban,
tanto al borde se allegaron,
sabiendo que a las espaldas
enemigos no tenían,
que las fustas, trastornadas
con el peso, fueron tumba
en su muerte no pensada.
Iban nadando soldados,
al tiempo que se encontraban
de rostro dos fuertes naves,
y en medio los despedazan.
Al fin, señor poderoso,
tan reñida, cruel y brava
fué la batalla, que muchos
de las naves destrozadas
se tiraban los pedazos
y los remos se tiraban;
y algunos, con sus heridas,
tiran las sangrientas armas.
Peleó Génova tanto,
que por libertad sagrada,
y no el marítimo imperio,
parece que peleaba.
Ocho mil murieron luego
de los más nobles de Italia,
y tres mil quedaron presos;

y solamente nos faltan
cinco aragoneses nobles,
y de la gente ordinaria
doscientos. Esta es, en suma,
la vitoria que hoy aguardas.
Mucha parte se les debe
a don Ramón de Moncada,
y a don Tiburcio, que escuchan
la relación en tu sala.

REY. Don Ramón y don Tiburcio
estarán siempre en mi gracia,
y dos títulos de Condes
les daré, que ansí se pagan
los nobles que sirven tanto.
Vos, don Bernardo, que en paga
de batallas, os dé el cielo:
Desde hoy seréis en mi casa
mi Mayordomo mayor.

VIOL. No son mercedes muy largas.
Dale más.

REY. Conde de Osona
sois.

VIOL. ¡Qué poco le levantas!
Dale más.

REY. Y seréis ayo
de don Juan, que ya se trata
de traerle a Zaragoza
y ponerle aparte casa.

VIOL. Mira que merece mucho.
Dale más.

REY. Mis Reinos manda.

VIOL. Pienso que poco le has dado,
si conmigo no le casas.

D. BER. Detén, invicto señor,
las liberales palabras,
que no hay sujeto en quien quepan
tanto amor, mercedes tantas.

(Haya música, y vanse, y quedan ROBERTO *y* LÁZARO.)

D. LOP. ¡Válgame Dios! Si mercedes
me ha de hacer, ¿cómo dilata
tanto el Rey el alegría
de mis tristes esperanzas?
La Infanta no me ha mirado.
¿Si disimula la Infanta
el mucho amor que me tiene?
¿Si está en ausencia trocada?
¿Si ha entendido que yo soy
aquel cuyo nombre calla
don Bernardo? ¿Si no saben
mis celebradas hazañas?
De ningún modo me mira
la discreta y la gallarda
Violante. ¡Cielo, fortuna!
¿Si es recato, si es mudanza?
Muda noche: date prisa
a tender tus sombras vanas
sobre los montes del mundo,
sobre mi mal, si me habla.
Ya se fué, y no me ha mirado.
¿Cómo puede quien bien ama
dejar de mirar mil veces
la persona que es amada?
Sin el favor de Violante
y sin ver las manos francas
del Rey, me quedo suspenso
en confusiones amargas.
¡Ah, desdichado de aquel
que pone su confianza
en rey humano! ¡Maldigo
el que bien del hombre aguarda!

ROB. Al Rey le pienso decir,
para que merced le haga,
cómo es Lázaro el soldado,
el valiente de su escuadra;
pues don Lope es desdichado,
deme un memorial mañana,
que yo le consultaré.

LÁZ. ¡Qué se desvanezca tanto
este pícaro! ¡Mal haya
mis malos sinos! Las manos
me quiero comer de rabia.

ROB. ¿Qué ventajas, cómo?

LÁ. Escucha:
Siempre un escudero trata
con su criado las cosas
más secretas de su casa.
Cómo él sólo es su privado,
parten la mesa y la cama,
y suelen vestirse a veces
un camisón y unas calzas.
Hay escudero que ayuna
los santos de una semana,
porque lo coma el criado,
y no se queje en la plaza.
Un escudero y su mozo
son como dos camaradas;
son el ciego y lazarillo,
que «merced» y «tú» te llaman.
Pero un pobre Gandalín,
que en la fantástica sala
de un señor pasa su vida
desde el bozo hasta las canas,
en pie se está todo el día,
y como grulla descansa
desde el alba hasta la noche,

y desde la noche al alba.
El pícaro, el cocinero,
el ujier, el maestresala
y el otro conmilitón
de los que en las mesas andan,
todos al fin manosean
lo que el criado levanta
de la mesa: ésta es su vida,
que buen provecho les haga.

ROB. Pues por que entienda el bribón
qué provecho y honra alcanza
el que sirve a gran señor,
fuera este pícaro salga.

(Sale el portero y dale de palos.)

PORT. ¡Salga, pesie, que el señor
don Bernardo se lo manda!

LÁZ. ¡Don Roberto!

POR. ¡Salga fuera!
¿Por qué se detiene? ¡Salga!

LÁZ. ¡Ah, fortuna! ¡Voto a Dios,
que sois una mentecata!

(Echanle a palos y vanse. Salen al balcón DOROTEA *y* DON LOPE *al terrero, de noche.)*

D. LOP. Rayos parece que veo,
que a los del sol acompañan
si no son los que me engañan
los ojos de mi deseo.

DOR. ¿Es mi don Lope?

D. LOP. ¿Es mi dueño?

DOR. Es la que os confiesa suyo.

(Sale DON BERNARDO, *de noche.)*

D. BER. Como amante velo, y huyo
de verme en brazos del sueño.
Crece el amor de Violante
en mí mientras más la veo,
y con él crece el deseo
de conocer a su amante.

DOR. No vienen con alegría
a la mía semejante
la noche para el amante,
y para el enfermo el día.
Ni la libertad sagrada
viene para el preso ansí,
como viene para mí,
presa, enferma, enamorada.
¿Qué gloria se vió jamás,
como es el fin de una ausencia?

D. LOP. Me admira la diferencia
de los favores que das.
Hoy tu sol no me alumbraba,
y ya en tus rayos me enciendes.

DOR. ¿Es posible que no entiendes
que entonces disimulaba?

D. BER. Mujer habla a la ventana,
y estarme pretendo aquí,
aunque llueva sobre mí
sus lágrimas la mañana.

D. LOP. No ama el fuerte soldado
de enemiga sangre rojo,
y pretendido despojo
en el lugar asaltado.
Ni el herido y medio vivo
ciervo, con la sed ardiente,
la clara y risueña fuente
con su cristal fugitivo.
Ni allá el que da en el mar
remo al agua y lienzo al viento,
el puerto con más contento
que yo te vengo a buscar,
mi Infanta.

D. BER. Sólo escuchando
decir mi Infanta, o mi muerte,
llámame próspera suerte;
dame lo que amor te ha dado,
que tengo envidia de ti.

D. LOP. ¿Supiste cómo era yo
el soldado que venció
la batalla naval?

DOR. Sí.

D. LOP. Pues ¿cómo el Rey no ha querido
hacerme merced alguna?

DOR. Guardaráte la fortuna
para ser....

D. LOP. ¿Qué?

DOR. Mi marido.

D. BER. Marido dijo la Infanta.
Incauta serpiente he sido,
que he descubierto el oído
a la voz del que me encanta.
En envidia, amor y pena
se empieza el alma a anegar,
porque he venido a escuchar
las voces de mi sirena.
La plática me fastidia.
Quiero de alguna manera
impedirla, y necio fuera
si no muriera de envidia.

D. LOP. Mi señora: gente suena;
viva yo en vuestra memoria,
y adiós, vida de mi gloria.

DOR. Adiós, muerte de mi pena.

(Quítase.)

D. BER. Ya se quitó Violante.

Reconocerle deseo.
¿Quién va?

D. LOP. Un hombre.

D. BER. Ya lo veo.

D. LOP. ¿Quién sois, pues?

D. BER. El Almirante.

D. LOP. Don Bernardo de Cabrera.

D. BER. Señor don Lope de Luna:
de tu contraria fortuna,
¿quién tal suceso creyera?
Don Lope, ¿qué hacéis?

D. LOP. Aguardo
el sol que hiere mi luna.
Perdonadme, don Bernardo,
si en contar de mi fortuna
los varios sucesos, tardo.
Vi a la Infanta, al cielo vi,
y no viendo alas en mí,
que son los merecimientos,
trepé por los pensamientos
y a sus favores subí.
Para mí sale esta estrella
haciendo Oriente al balcón,
y de noche vengo a vella,
y espero dulce ocasión
para casarme con ella.
Cuando más desesperado,
me viene el bien todo junto,
que no hay hombre desdichado
tanto, que de todo punto
le tenga Dios olvidado.

D. BER. Mitad de aquesta alma mía:
goza en buen hora a la Infanta,
que ya te dije algún día
que entre desventura tanta
grande dicha se escondía.
Tu bien no será violento
con tal alto casamiento,
porque la fortuna escasa
tardó en hacerte la casa
por hacer tan buen cimiento.
Hízome el Rey, mi señor,
las mercedes que estás viendo.
Subí presto, y como flor
del almendro, iba temiendo
de los vientos el rigor.
Puede el bien que el Rey me hace
ser el primero que nace,
y muere en tiempo muy breve,
y ser la cometa leve
que en al aire se deshace.
Mas tú, a la sangre arrimado
del Rey, podrás, como hiedra,
trepar a mayor estado:
que a mí en papel, y a ti en piedra
fortuna nos ha pintado.
Bien es que lo solemnices,
pues nos da varios matices,
a mí el temple, el olio a ti;
bienes muebles me da a mí,
mas a ti, bienes raíces.
Festeja, ronda, pasea,
pide a la Infanta colores,
y ponlos en tu librea,
y alcances de tus amores
el bien que tu alma desea.
Caballos, joyas, dinero,
te he de dar, y mostrar quiero
que nuestra amistad es tanta,
que adorando yo a la Infanta
celoso, estoy placentero.
Por seis caballos envía
y diez mil escudos de oro.
Vete, porque asoma el día.

(Vase.)

D. LOP. No tiene esa fe que adoro
otra igual, sino la mía.

(Vase DON LOPE, *y sale* DOROTEA *al balcón.)*

DOR. Aquí me he estado hasta agora,
por ver que don Lope ha estado
con otro. ¿Sois vos criado
de don Lope?

LÁZ. Sí, señora;
y me dejó para dar
un recado a Dorotea.

DOR. Ruego a Dios que por bien sea.
Yo soy; bien podéis hablar.

LÁZ. ¡Vive Dios, que es medio ciega!
Buen gusto tiene don Lope.
¡Por un ojo llora arrope
y por otro girapliega!

DOR. ¿Escúchanos alguno?

LÁZ. No.

DOR. Parece él.

LÁZ. Yo no quisiera
que aquí don Lope volviera.
Dice que siempre os amó,
y que le habléis de día,
porque está por vos perdido.

DOR. ¿Luego ya me ha conocido?

LÁZ. Como a mí.

DOR. ¡Gran dicha mía!

LÁZ. Y dice que ha menester,
porque es pobre, algún dinero,

pues sabéis que es caballero
y que os quiere por mujer.

DOR. En albricias, te daré
este anillo de mi dedo;
dile el gusto con que quedo,
y que yo le escribiré.

(Arrójale el anillo y vase.)

LÁZ. En el sombrero topó,
pero dentro no ha caído;
él se quedará perdido,
según dichoso soy yo.

(Vanse. Salen VIOLANTE *y* LEONORA.)

VIOLANTE.

Aunque entenderme no ha querido el alma
don Bernardo, mi amor lo manifiesta;
sospecha que a otro adora, y ansí quiero
que delante de mí le desengañes.

LEONORA.

(Antes pretendo que mi amor entienda.)
El viene.

VIOLANTE.

Aquí le espero retirada,
mientras le dejan los que le acompañan.

(Sale DON BERNARDO, DON RAMÓN *y* DON TIBURCIO *y una* VIUDA, *un* CRIADO *y un* LABRADOR.)

DON BERNARDO.

Conde, suplico a vuestra señoría
que no me trate ansí.

CONDE.

Deme licencia
vuestra señoría para acompañarle.

DON BERNARDO.

¿Yo? ¡Por vida del Rey, que un paso
no dé!

CONDE.

Pues volveréme.

(Vase.)

DON BERNARDO.

¡Ea, señores,
hagan lo mismo!

TIBURCIO.

Este es nuestro oficio.

DON BERNARDO.

Denme vuestras mercedes memoriales.

TIBURCIO.

Don Ramón de Moncada y yo
pedimos éste.

DON BERNARDO.

No paséis adelante;
ya sé lo que pedís. El Rey os hace
mercedes, y es razón, que luego sean.

TIBURCIO.

Hechura somos de vuestra señoría.

(Vase.)

VIUDA.

Yo soy, señor, la viuda del capitán
Lupercio, que en la guerra murió.
Dejóme pobre y con una hija
sin estado, y al Rey suplico en éste
que me haga merced.

DON BERNARDO.

Eso es muy justo.
Fué el capitán Lupercio gran soldado.
Mientras Su Majestad merced os hace,
tomad esta cadena, y perdonadme,
que yo despacharé vuestro negocio.

VIUDA.

¡Vivas mil años, y pagar me deje
el cielo esta merced!

(Vanse.)

DON BERNARDO.

¿Vos, hombre honrado?

LABRADOR.

Señor, este papel al Rey traía,
porque sepa que murieron mis hijos.

DON BERNARDO.

¿Murieron vuestros hijos en la guerra,
y así a Su Majestad pedís limosna?

LABRADOR.

Eso mismo, señor.

DON BERNARDO.

Mientras que sale
a luz la pretensión, tomad aquesto.

(Dale una bolsa.)

LABRADOR.

Este servicio pagaré algún día.

DON BERNARDO.

Haberlo meneste será desdicha.

VIOL. Almirante, muchas veces
os he dicho lo que ahora;
porque mi amor y Leonora
son fidedignos jueces.
¿A Leonora no has querido?
¿Es aquesto ansí, Leonora?
D. BER. No, por cierto.
LEON. Sí, señora.
VIOL. Juez, ¿no habéis entendido
que Leonora no ha gustado
que la sirváis?
D. BER. Es ansí.
VIOL. Leonora me da sus veces (1).
¿Sabe que vuestra soy?
LEO. No sé.
VIOL. ¿Es ansí?
LEO. Sí, señora.
(Sale DON LOPE.*)*
D. LOP. Preguntando por Cabrera,
entrar me dejan aquí.
¡Cielos!, la Infanta está allí.
Dichoso yo, si me viera.
Mas, ¿quién duda que me mira
alegre y disimulada?
D. BER. Veros, señora, trocada
hoy me suspende y admira.
Desde que os vi, os adoré;
como cuerdo, el alma os di;
como loco, no creí
vuestro amor, faltó mi fe.
Adoro vuestra hermosura,
y viendo tanto favor,
hallo que me da el amor
tiempo, lugar y ventura.
Supe amar, porque elegido
rayos que al sol excedieron;
que muchos amar pudieron,
pero pocos han salido.
Ansí que si esa hermosura
se inclina a mi voluntad,
no me deja una amistad
gozar de la coyuntura.
A serviros no me atrevo,
ni a ponerme en vuestro nombre
pluma, porque ofendo al hombre
que más en el mundo debo.
Y pues que nace el deseo
imposible de miraros,
forzado habré de dejaros
para no morir, si os veo.
(Vase.)

(1) Este pasaje está tan alterado, que no ya la rima, pero sí el sentido, está cabal.

VIOL. Mi Bernardo: espera, espera.
¿Por quién dirá que lo deja?
LEO. Por el Rey.
VIOL. ¿Pues no se aleja?
Corre, dile que me quiera.
(Vase LEONOR.*)*
D. LOP. En rayos de celos ardo,
¡ay, infelice de mí!
¿Qué es esto? Decirla oí
tiernamente, «mi Bernardo».
¿Ha querido darme celos?
Si no me ha visto, yo intento
romper con el sufrimiento.
Dad lugar, ¡airados cielos!
¡Ingrata!, que me has subido
al cielo de tu favor,
por darme pena mayor,
dejándome sumergido
en un abismo de agravios,
de celos, penas y enojos.
¿Cómo delante tus ojos
me han ofendido tus labios?
¿Cómo es posible que llames
tuyo a otro hombre en mi presencia?
Tu amor ha sido violencia;
pero no me espanto que ames...
VIOL. ¡Jesús, Jesús! ¡Dios me valga!
¿Quién es éste?
D. LOP. ¿Desconoces
al que ofendes?
VIOL. Daré voces,
por que este loco se salga.
¡Hola! Echad de aquí este loco.
D. LOP. Loco estoy, y es mi locura
el agravio y desventura
que ya con las manos toco.
¡Ah, Circe, llena de engaños!
VIOL. ¡Echad un loco de aquí!
(Vase.)
D. LOP. ¡Véngueme el tiempo de ti,
vuelen ligeros tus años!
(Vase.)
(Pasa el REY *por el tablado poco a poco.)*
D. LOP. Solo pasa el Rey don Pedro;
gozar quiero esta ocasión
y saber por qué razón,
aunque le sirvo, no medro.
Si de verme se enojare,
¿qué más mal puede venirme
que he visto? Para oírme,
Vuestra Majestad se pare.

Y si fuere atrevimiento
hablar de aquesta manera,
mándeme que calle o muera,
que yo moriré contento.
Rey famoso de Aragón,
¿en qué te ofendí jamás?
Nombre de traidor me das:
¿Cuándo te hice traición?
¿Cuándo yo no te serví
con mis armas y caballo?
Di, ¿qué Rey tuvo vasallo
de más lealtad que hay en mí?

REY. ¿Qué dices, hombre?

D. LOP. Aun no quieres
ver en tu boca mi nombre.
Bien dices, que soy muy hombre.

(Vuelve a salir la INFANTA.)

VIOL. ¿Tu Majestad se ha topado
con este loco?

REY. ¿Loco es éste?

VIOL. Vuestra Majestad no preste
atención a este alocado.

D. LOP. Job me preste su paciencia
para sufrir este agravio.

REY. No le llaméis al contrario,
que yo veré su inocencia.
¡Hola!

(Sale el PORTERO.)

PORT. ¿Señor?

REY. Echad luego noramala,
este loco de la sala.

D. LOP. Bien se me paga el amor
con que este brazo te ayuda.

PORT. ¡Salga el loco!

D. LOP. ¡Extraños modos
de honrar! Pues lo dicen todo,
yo estoy ya loco, sin duda.

(Echanle y vase. Sale LEONOR.)

LEO. Gozar tengo la ocasión,
pues vencida de amor fué,
y quiero mostrar mi fe,
Rey famoso de Aragón.
Los Reyes que han alcanzado
victorias, hacen mercedes.
Pues venciste, honrarme puedes.

REY. ¿Qué pedís, Leonor?

LEO. Estado.

REY. ¿Y quién te sirve al presente?
Dime, Leonor, la verdad.

LEO. Persona es de autoridad,
que tiene su nombre ausente.

REY. Pues, Leonor, de mí confía,
que vendrá a ser tu marido,
aunque para mí has tenido
el corazón de una arpía.
Piedra fuiste a mi fe rara,
y ansí tu rigor tirano
será piadoso.

LEO. A mi hermano,
el Conde Enríquez de Lara,
escribiré.

REY. Enhorabuena.

LEO. Besaré tus pies.

REY. Levanta.

LEO. Burlada dejo a la Infanta,
y remediada mi pena.

(Vase.)

REY. La Infanta he visto llorando.
¿Qué tiene, hermana, tu Alteza?

VIOL. Un vahido de cabeza
que me ha dado en este instante.

REY. Vete, señora, adelante.

VIOL. Voyme rabiando (1).

REY. Sospecho que algún amor
a don Bernardo ha tenido
la Infanta, y así ha querido
verle casar con Leonor.
Si esto es ansí, el Almirante
con ella se casará,
y Leonor lo perderá;
que aunque yo he sido su amante
quiero de modo a Cabrera,
que ha de estar a su elección.

(Sale DON BERNARDO.)

REY. Vienes a buena ocasión,
don Bernardo.

D. BER. ¿En qué manera?

REY. Hoy quiero casar al Conde
de Ribagorza.

D. BER. ¿Con quién?

REY. Con Leonor.

D. BER. Está muy bien.

REY. (Alegremente responde.
No le tiene mucho amor.)
Y también quiero casar...
(ya se empieza a demudar)
a la Infanta.

D. BER. ¿A quién, señor?

REY. (Amor hay entre los dos.)

D. BER. ¿Con quién?

REY. Con el Almirante.

(1) Pasaje muy alterado.

D. BER. ¿Con qué Almirante?
REY. Con vos (1).

(Vase.)

D. BER. La Infanta me quiere dar,
y a la esfera de la luna
me quiere el Rey levantar.
¡A fe, próspera fortuna,
que me dáis que sospechar!
Don Lope adora a Violante;
y yo, que los pasos sigo
de la fortuna inconstante,
hallo, subiendo, un amigo,
que ir no me deja delante.
Si paso, ingrato he de ser.
Si me quiero detener
sin pasar, queda mi vida
en medio de la subida,
y a peligro de caer.
Al juego, es fortuna igual.
Ya dice bien, y ya mal.
¡Cuántos, sin límite y modo,
por querer ganarlo todo,
suelen perder su caudal!
Pues a jugar me he sentado,
y mi fortuna ha dejado
sólo un resto de ganar,
yo me quiero levantar
con lo que tengo ganado.
Mi retirada apercibo.

(Sale DON LOPE.*)*

D. LOP. Triste, don Bernardo, estoy.
D. BER. No lo estarás mientras vivo,
que, porque subas, yo soy
el mismo que me derribo.
El Rey me quiere casar
con tu Violante querida;
Fénix me podrás llamar,
pues que por darte mi vida
hoy me quiero retirar.
Que excedo a Alejandro, creo;
porque él dió lo que gozó.
Que, a veces, parece feo
lo que se ha gozado, y yo
te dejo lo que deseo.
D. LOP. Ya, amigo, no soy quien fuí.
Ese sol que me alumbraba,
se ha eclipsado para mí:
de mi pasión se burlaba
el amor que en ella vi.
Ni la adoro, ni la invoco;
fueron sus cosas quimeras,
y hame tenido en tan poco,
que cuando llegué a las veras,
me respondió que era un loco.

(Sale un CRIADO *con una bolsa y una carta.)*

CRIA. ¿Don Lope de Luna es
vuestra merced?
D. LOP. Sí, soy.
CRIA. Pues
ésta tome y ésta lea.

(Dale la carta.)

D. LOP. ¿De quién es?
CRIA. De Dorotea.
D. LOP. Yo responderé después.

(Vase el CRIADO.*)*

Don Bernardo, esto me espanta.
Letra es esta de la Infanta.
D. BER. No es suya, que escribe bien,
y aquesta es mala.
D. LOP. Detén,
Fortuna, desdicha tanta.
«Mi don Lope: Perdonad,
que el teneros voluntad,
a engañaros me ha obligado.
Mas ya me dijo el criado
que vos sabéis la verdad.
Y pues vuestra alma desea
ser esposo y dueño mío,
ocasión habrá en que os vea.
Perdonad, que ahí os envío
cien doblones. — *Dorotea.*»
¿Sueño, escucho, duermo o velo?
¿Muero, vivo, hablo, leo?
¿Esto es verdad, o es engaño?
Mas siendo mi propio daño,
¿por qué dudo y no lo creo?
¿Qué dueña es ésta, que trata
de ser ansí mi homicida?
Nunca me dieras, ¡ingrata!,
tras engaños que dan vida,
un desengaño que mata.

(Arroja la bolsa.)

D. BER. Tanto, don Lope, he sentido
verte engañado y quejoso,
que sólo porque has creído
que te amaba, estoy dichoso,
si es justo ser su marido.
LÁZ. ¡A fe que estamos medrados!
Nuestro huésped se ausentó,
y están los seis mil ducados

(1) Falta un verso a esta redondilla.

que el Almirante nos dió,
sin tener barbas, rapados.

D. LOP. ¡Jesús! ¡Con cuánta razón
hoy por loco me tenía!
¡Soñaba yo su afición,
y a la fe, desdicha mía,
que los sueños sueños son!

LÁZ. ¡Pues, vive Dios, que no sueña
Lázaro lo que ha contado!

D. LOP. ¡Ay de mí! Sola una dueña
pudiera haberme engañado.

LÁZ. El seso tiene en Sansueña.

D. LOP. Don Bernardo: ya es violento
mi vivir; sólo un convento
me puede dar acogida.
Allí acabaré la vida,
que tan desdichada siento.
No viva en el siglo más
un hombre tan desdichado.

D. LOP. Si ansí, don Lope, te vas,
se pierde el mejor soldado
que tuvo España jamás.
Oye, espera.

(Vanse.)

LÁZ. Esta ocasión
en mis desdichas espero:
fraile seré motilón,
pues no me tocó dinero
de mano de aquel ladrón.
Vida de tantos enojos,
y más que me dió el sereno
la noche, y tengo los ojos
medio ciegos, y estoy lleno
de rabia. Mas si cegara,
¿pudiera andar? Si pasara
esta sala sin caer.
Quiero examinarme y ver
si estando ciego acertara.
Bien voy, bien voy; no ando mal.

(Anda como ciego, y sale ROBERTO.)

ROB. El Rey llama al Almirante,
y en el Palacio Real
no está. ¿Qué tengo delante?
¿Hay dicha a mi dicha igual?

(Alza la bolsa.)

¿No pasaste por aquí?

LÁZ. Sí.

ROB. Y di: ¿cómo no alzaste
esta bolsa?

LÁZ. No la vi.
Soy un puto.

ROB. La dejaste
llena de oro para mí.

LÁZ. ¡Que viniese yo a cerrar
los ojos a este lugar!
¡Que ansí fortuna me trate;
pues vivir tiene el gaznate,
no me tengo de ahorcar!

(Vanse. Sale la INFANTA *y* LISARDO, *con un libro, y* DOROTEA.)

VIO. Triste estoy, mi Dorotea.

DOR. Señora, elige otro amante.
¿Mando que Lisardo cante?

VIO. Antes gustaré que lea.
¿Qué libro es ése?

LIS. Estas son
relaciones que han salido
de cosas que han sucedido
en el Reino de Aragón.
El Rey sale.

VIOL. A darme pena
con casamientos, vendrá.

(Sale el REY.)

REY. ¿Cómo está tu Alteza, ya (1)
hermana?

VIOL. No estoy muy buena
de una celosa pasión.

REY. Que parará en alegría.

(Aparte.)

¿Qué hace, Lisardo?

LIS. Leía.

REY. Prosigue con la lición.

«Cap. segundo. De la conquista de Cerdeña. Fuera (como se ha dicho de la conquista desta Isla) dificultosa, si no la conquistara el valor y industria del valeroso caballero don Lope de Luna, hijo de don Martín de Luna, Mayordomo mayor del Rey don Jaime; el cual, después de haber dado muerte al General de los sardos usó de una estratagema digna de su ingenio, y fué fingir que iba huyendo y agraviado de los españoles, diciendo a voces: «Abridme, sardos famosos, y amparadme.» Entró en la ciudad, y otro día salió al campo desafiando a los aragoneses, cautivando con esta cautela algunos. Hizo lo mismo dos o tres días, hasta que tuvo dentro número competente para su intento, y dándole secreta libertad, abrieron una puerta por el muro; por el cual entraron los españoles, y ganaron la ciudad y rindieron la Isla.»

(1) El original dice «Majestad», por errata.

VIOL. ¡Gran valor!
REY. Sin semejante
don Lope de Luna fué.
¿Cómo estos hechos no sé?
Prosigue, pasa adelante.

«Y es cosa digna de consideración, que este mismo caballero en dos batallas que se ha hallado, ha muerto los dos Generales; porque en la naval de Génova, después de haber ganado el estandarte de la Señoría, se arrojó al agua con Antonio de Grimaldos, su General.»

REY. ¡Corrido estoy, y me aflijo
de no haber considerado
que era don Lope el soldado
que el Almirante me dijo!

«Es don Lope de Luna de calidad que ya se sabe: hombre cuerdo, callado, animoso y en extremo desdichado, pues vive tan pobre, que si don Bernardo de Cabrera, su íntimo amigo, no le socorriera, padeciera eterna necesidad.»

REY. ¡Calla ya, que ingrato he estado
al cielo y sus beneficios,
pues que con tales servicios
hay hombre tan desdichado!
VIOL. Ya deseo conocer
hombre a quien el cielo dió
tal valor.
DOR. ¡Dichosa yo,
que espero ser su mujer!

(Sale LEONOR.*)*

LEO. Hoy andan en competencia
mis pensamientos y amor.

(Salen el CONDE DE RIBAGORZA *y* DON BERNARDO DE CABRERA.*)*

D. BER. El Príncipe, mi señor,
ha partido de Valencia,
y escribe Enríquez de Lara,
que le viene acompañando.
LEO. Venir y estar esperando,
mi buena dicha declara.
REY. Huelgo que el Príncipe venga
a Aragón con prisa tanta,
por que en sus bodas la Infanta
tan grande padrino tenga.
VIOL. ¿Yo, señor?
REY. [Sí, mi] Violante,
porque tenéis de casaros;
que esto he querido callaros.
VIOL. ¿Con quién?
REY. Con el Almirante.
D. BER. Con esta humilde hechura
del Rey, mi señor.
LEO. No puedes
volver atrás tus mercedes.
REY. Leonor, para tu hermosura
dueño tengo competente.
RIB. Si me casase con ella,
dichosa será la estrella
que tuve por accidente.
VIOL. Mi gusto ansí se repara;
mi sangre a su ser volvió.
LEO. Pues no seré, hermana, yo
del Conde Enríquez de Lara,
si no impido el casamiento.
D. BER. Siendo muerte el esperar,
temo que no ha de llegar
día de tanto contento.
Deshacen un buen suceso
celos, tiempo y mundo vario.

(Sale el SECRETARIO.*)*

SECR. Tus pies besa el Secretario,
que hasta agora ha estado preso.
REY. Mañana, sin falta alguna,
os casáis.
VIOL. Tus leyes guardo.
D. BER. Y aquí convida Lisardo
para la adversa fortuna.

FIN

COMEDIA

LA ORDEN DE REDENCIÓN, Y VIRGEN DE LOS REMEDIOS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El REY DON JAIME.
Dos ALCALDES.
Un MERCADER.
RAIMUNDO.
MARTÍN.
JARIFE.
ALMOJAMARES.
ARMENGOL.
Dos CAMINANTES.
Un LIMOSNERO.
HAMETE.
LORENZO.
LAMBERTO.
El REY DE ARGEL.
ARDÍN.
FRANCISCO.
ZAIDE.
Dos ANGELES.
NOLASCO.
Cuatro BANDOLEROS.
JIRONELA.
LAURENCIO.
MUSTAFÁ
NUESTRA SEÑORA.

(Dicen dentro, y luego salen unos moros con JIRONELA.)

MORO 1.° Levanta el ferro del barco,
y llega el esquife apriesa.
MORO 2.° Huyamos con esta presa
por el proceloso charco.
JIRO. Dejadme
MORO 1.° Es gran desvarío.
MORO 2.° Ya soltarte no podrás.
JIRO. Querido padre, ¿onde estás?
¡Favor, aquí, padre mío!
LAM. Tened el paso, tiranos,
que vuestro bien se interesa;

(Llévansela y sale LAMBERTO, *viejo.)*

que el rescate de esa presa
os vienen a dar mis manos.
Mas, ¡ay, infelice suerte!,
que ya vais dejando el puerto,
para que llegue Lamberto
al puerto do está mi muerte.
Volved, mirad que os presento,
por la presa que lleváis,
un preso, con que quedáis
ricos, y yo muy contento.
Hacedme tanto favor,
que recibáis el rescate,
o vuestra mano me mate,
y no me mate el dolor.
Mirad que perdéis la palma
en hacer lo que habéis hecho;
que el cuerpo dejáis deshecho,
y sólo lleváis el alma.
Volved, rompiendo las olas;
hacedme tan alto bien,
y el cuerpo llevad también,
no llevéis el alma a solas.
Mas ¡ay!, que en balde voceo;
que es tanta mi desventura,
que el bien que el alma procura
se muere con el deseo.
El mar me estorba que llegue
a gozar de esos despojos,
pero yo haré de mis ojos
un mar a donde se anegue.
Y pues que tales extremos
con mi desventura abarco,
sírvame el cuerpo de barco,
y aquestos brazos de remos,
y mis suspiros podrán,
vencidos con tal aliento,
dar alguna fuerza al viento,

(Quiere arrojarse al mar.)

y al puerto me llevarán.
Y cuando mi mal tan cierto
de tanto bien me privare,

cuando vivo no llegare
al puerto, llegaré muerto.

(Salen el REY DON JAIME *y* ALMOJAMARES.)

REY. Llegad, ved que en la marina
un hombre está voceando.
LAMB. Iré por el mar, buscando
esta perla peregrina.
Hija, ya parto tras ti

(Hace que se arroja.)

ALMO. Tened, ¿qué queréis hacer?
LAMB. Robador de mi placer,
si acaso vienes por mí,
forzado de mi pasión
de esta mi hija, me lleva
a donde verás la prueba
que hace mi corazón.
Pero si de un bien tan alto
tu fiero rigor me priva,
mátame por que no viva
de tan alta gloria falto.
REY. Haced llegue a donde estoy.
ALMO. Levanta, amigo, del suelo;
que de contemplar tu duelo
enterneciéndome voy;
mira que el Rey mi señor
quiere verte.
LAMB. ¡Oh, vil gentío!:
¡cuán presto al descanso mío
diste asalto con rigor!
REY. La rienda al llanto detenga
tu paciencia, y dime en tanto
la causa de él.
LAMB. Si mi llanto
diese lugar a la lengua,
diréte, Rey, un suceso,
el más triste y desdichado,
que te dejará espantado
de ver que no pierdo el seso.
Salí por esta marina
con una hija que el cielo
me dió para mi consuelo,
prenda del alma divina;
y en medio de la alegría
que mi corazón gozaba,
sentí un rumor que formaba
gente en esta cacería.
Ruido de armas sentí,
y por saber el estruendo
dejé a mi hija, y corriendo
a ver lo que fuese fuí.
Y apenas mi desventura
de mi hija me apartó,
cuando gente mora dió
asalto a su hermosura.
Robáronme mi tesoro,
robáronme mi consuelo,
robáronme, Rey, el cielo
do vive el alma que adoro.
Volví luego dando voces,
mas fueron voces en vano,
que se fué huyendo el tirano
en los barquillos veloces.
Esta es la ocasión que tengo;
mirad si hay mal semejante,
y si es ocasión bastante
que venga al dolor que vengo.
Dejadme, iré a buscalla;
dejadme, que voy tras ella,
que el alma no ha de perdella
cuando no pueda alcanzalla.
REY. Tira del llanto la rienda
y ese vano antojo deja;
que no remedia tu queja
que el alma, tal hecho, emprenda.
Yo seré de ella el rescate,
y esta palabra recibe,
como sepa dónde vive,
por dinero, o por combate.
LAMB. ¡Ah, Rey!, que mi desventura
está en un extremo tal,
que con uno y otro mal
darme la muerte procura;
y porque entiendas que es mucha
la ocasión de mi lamento,
otro desdichado cuento
que quiero contarte, escucha,
y verás que no me aflijo
de aqueste mal con exceso,
pues tengo cautivo y preso,
antes de esta hija, un hijo.
Yendo a Barcelona, un día,
de Lérida (¡ah, triste caso!),
salió a impedirnos el paso
una ingrata compañía
de ladrones, y de suerte
su infernal furia mostraron,
que a mí herido me dejaron,
casi cercano a la muerte.
Fué cual un ligero rayo
este repentino asalto;
quedé de mi hijo falto
y con un mortal desmayo.
Mira si tengo razón
de abrir al llanto la puerta

y que por los ojos vierta
deshecho mi corazón.
Lleváronme a mi Armengol
y a mi Jironela bella,
y estoy sin él y sin ella
ausente de luna y sol.
¿Qué tengo, ausente, de hacer
de mis dos espejos bellos
sino llorar hasta vellos,
o hasta dejar de ver?
Olvidé un tanto el dolor
con la dulce compañía
de la Jironela mía,
mas sin ella es ya mayor.

REY. Noble anciano, bien colijo
la razón que al fin te sobra,
pero algún descanso cobra,
pues cobras en mí a tu hijo.
Dame esa mano.

LAMB. Abrazarte
quiero, pues a verte llego.

(Sale NOLASCO *de capitán.)*

NOLASCO. Dame licencia, te ruego,
Rey, para poder hablarte.

REY. Vuestra es, Capitán gallardo,
la facultad y licencia;
levantad, y de Valencia
me das las nuevas que aguardo.

NOLASCO. Ya sabes que ha muchos días
que enfadado del bullicio
de estos reencuentros del mundo,
a Dios mis obras dedico.
Los haberes de mi padre
(que en efecto fueron ricos)
los puse en cambio del cielo,
porque el mundo es mal amigo.
Entre los de caridad
hallo yo, señor invicto,
que es una de las mayores
el rescate de cautivos,
que como es la libertad
el bien más raro del siglo,
que carecer de ella, es pena
que más aflige a los vivos.
Yo, pues, sintiendo en el alma
la que en este pueblo impío
dan a los tristes cristianos
los bárbaros enemigos,
tomé toda mi hacienda,
y como en perlas el Indio
toda en almas la empleé,
que son de precio infinito.
Rescaté ochenta cristianos,
y de cien mil fuera alivio,
si a todos los rescatara
vendiéndome yo a mí mismo.
Los más frágiles te truje;
que el buen médico advertido
cura primero la parte
donde siente más peligro.
Quedan cuatro mil cristianos
en las mazmorras metidos,
poblando el suelo con agua
y los aires con suspiros.
Aquí del materno pecho
pendiente está el tierno niño,
a quien el señor ingrato
niega el agua del bautismo.
Allí la casta doncella,
forzada del dueño impío,
que ya Roma ha trasplantado
en España sus Tarquinos.
Y a la mujer dan de palos;
ya echan hierros al marido;
ya los dividen a entrambos;
ya cincuncidan los hijos;
ya porque el otro cristiano
no quiere guardar sus ritos,
con pecho cruel le inventan
mil géneros de martirios.
El es un cifrado infierno,
de crueldades un abismo,
un purgatorio de males,
un caos de confusos gritos.
Cristianos aprisionados,
Dios os dé su santo auxilio,
que excede, en rigor, el vuestro,
al cautiverio de Egipto.

REY. Habéis, Nolasco famoso,
movídome a compasión,
que es de cera el corazón,
y yo en extremo piadoso.
Señor. ¿Tengo de dejar
que este bárbaro ultraje
vuestro santo nombre ultraje
y no le he de castigar?
Virgen pura, cedro santo,
¿cómo, Señora, os agrada
ver la limpieza manchada
de que vos os honráis tanto?
¿De afear vuestra excelencia
osadía tiene el hombre?
Virgen, pues yo en vuestro nombre
quiero cercar a Valencia.
Amigos, gente se haga;

pague el moro su locura.
ALMO. ¿Hay dinero por ventura
con que hacer alguna paga?
REY. ¿Pues no hay?
ALMO. ¿Dónde lo ha de haber,
pues sabes que hoy no has comido
porque dinero no ha habido
para comprar de comer?
REY. Señor, con humilde amor
este regalo os ofrezco,
que pues me le dais, merezco
solamente este favor.
Al pueblo se manifieste
el deseo a que me aplico,
quizá habrá algún hombre rico
que algún dinero nos preste.
ALMO. Dudo que en tu tierra haya
quien préstamo hacernos pueda.

(Salen dos ALCALDES.)

ALCD. 1.° Mosarle hemos la vereda
porque de su burra caya,
que muesa linde es mayor
que la suya tanto y medio.
ALCD. 2.° El, pardiez, pondrá el remedio.
REY. ¿Qué queréis?
ALCD. 1.° Sepa, señor,
que entre aquel pueblo y el nueso
hay dos lindes.
REY. Bien.
ALCD. 1.° Ya vó,
al causo. Bras Gil llegó
que quiere herse más vieso
en todo, como si huera
su mesté o boticario.
REY. Vamos a lo necesario.
ALCD. 1.° A eso vó; pues él quijera
que a la linde que está en casa
de Cartiñán de Quiñones
allegaran sus mojones;
mire cómo no se asa.
Escodriñó de abinicio:
siempre a «coche acá cinchado»
andaremos.
REY. Un letrado
no lo entenderá.
ALCD. 2.° Es joício
vellos andar en quillotros:
señor, dé su parecer,
que si lo quiere ir a ver,
le pondremos somo un potro
que es como un oro, ¡pardiós!
REY. ¿Sobre el término altercáis?
ALCD. 2.° Dióle. ¡Juro a mí!
REY. Llegáis
a no buen tiempo los dos;
que hay cosas de más momento.
ALCD. 2.° Momentos de nueso cura,
que el uno solo, le dura
larga hora y media y no miento.
REY. Decí, amigo. ¿El pueblo tiene
algunos propios caídos?
ALCD. 2.° Levantados, y vestidos
están ya.
ALCD. 1.° Es día solene.
REY. Si hay dinero del concejo,
os pregunto.
ALCD. 1.° No, señor,
que es un pueblo pecador.
Pero aquí, Sancho Cornejo,
sé que tiene unas blanquillas,
y hartas.
REY. Decí, hombres de bien,
¿qué dinero tendréis?
ALCD. 2.° Bien
sin la patena y manillas
tendré en dineros cien sueldos,
que son cincuenta reales.
ALCD. 1.° Mire si dije.
REY. ¿Y cabales?
ALCD. 2.° Cabales.
REY. Id y traeldos;
prestaréismelos
ALCD. 2.° ¿Mi hacienda?
REY. Vuestra hacienda.
ALCD. 2.° ¿A su mercé?
REY. A mí propio.
ALCD. 2.° ¿Para qué?
REY. No falta.
ALCD. 2.° ¿Sobre qué prenda?
REY. Sobre mi palabra.
ALCD. 2.° ¡Guarda!;
no los llevará, ¡pardiós!
REY. Pues ¿qué prenda queréis vos?
ALCD. 2.° Si como mi burra parda
tuviera media docena,
sobre ella se los prestara.
REY. Si en prenda sólo repara,
dadle alguna prenda buena.
ALMO. No hay que dalle, porque todo
está, señor, empeñado.
REY. ¡Que un Rey libre, y en su estado,
venga a verse de este modo!
¡Un grande servicio os debo!
¡Dios mío! por este ensayo.
¿Queréis por prenda mi sayo?

ALCD. 2.° Si estuviera algo más nuevo
le tomara todavía;
mas échelo acá, verelo.
REY. Para grande bien el cielo
guarda la constancia mía.
Virgen, tanto os he querido
que viéndome en pobre estado,
después que el alma os he dado
por vos empeño el vestido.
Respetos que son tan buenos
de mí no falten jamás,
que el que os ha dado lo más,
no es mucho que os dé lo menos.
Toma, amigo.
LAMB. Ten, Señor;
que yo otra prenda traeré.
ALCD. 2.° Sobre esa no los daré;
traed vos otra mejor.
REY. No vais. Advertí, hombre honrado,
que esos sueldos se me den,
que con el sayo, también
hipotecaré el estado.
ALCD. 2.° Si su mercé aquesto hace,
porque yo quede seguro,
que también me de, procuro,
un buen fiador.
REY. Que me place.
LAMB. Yo haré la fianza.
NOLASCO. Y yo.
ALCD. 2.° Háganla ambos.
REY. En buena hora.
Ya, esclarecida Señora,
mi deseo se cumplió;
ya no habrá quien me resista,
destruir al moro fiero,
pues he hallado dinero
para empezar la conquista.
LAMB. Tu peregrina humildad
tanto conmigo ha podido,
que sangre y hijos olvido
por dar colmo a tu lealtad.
NOLASCO. A Rey que sólo profesa
pelear por vuestro amor,
dadle las fuerzas, Señor,
necesarias a esta empresa.
ALCD. 2.° ¿Hemos de her escritura?
REY. Sí.
ALCD. 2.° Háganla con concencia.
REY. Yo levantaré en Valencia
vuestro nombre, Virgen pura.

(Vanse y sale ARMENGOL *y unos* BANDOLEROS.)

ARMEN. ¿Fortificóse la breña?
BAND. 1.° A tu gusto se acomoda.
BAND. 2.° Es inexpugnable toda
la punta de aquella peña;
que si en sus antiguas lides
en ésta Caco habitara,
por más que se descuidara
no le diera muerte Alcides.
Triste del que procurare
hacerte guerra, Armengol,
que si el sol ofende al sol,
puedes hacer que se pare.
ARMEN. Importa que haya cuidado
en la defensa, y la furia
que enemigo que a otro injuria
no ha de vivir descuidado.
Y pues por muerte de Orbante
(a quien por padre he tenido),
a serle ahora he venido
en el cargo semejante,
porque no pueda culparle
quien de poca edad se ve,
ya que el cargo le heredé
quiero la industria heredarle.
BAND. 1.° Basta que le has heredado
en ser valiente y sagaz.
BAND. 2.° Del oficio eres capaz,
un Héctor en ti ha criado.
¿Quieres ir a pretender
la corona de Aragón?
ARMEN. Honrados tus humos son.
BAND. 2.° Puedes rey del mundo ser.
BAND. 1.° ¿Coronarte no previenes?

(Salen otros dos BANDOLEROS *que traen atado a un* MERCADER.)

MERCA. Más a la piedad te aplica.
BAND. 3.° ¿Pues de qué llora el marica?
BAND. 1.° Razonable presa tienes.
ARMEN. ¿Trae ese muchos ducados?
BAND. 3.° A cinco mil llegarán.
ARMEN. Bien repartidos están.
MERCA. ¡Ah, principios desdichados!
BAND. 3.° Llorón, cobarde, ¿qué tienes?
ARMEN. No le tratéis con deshonra;
dejadle toda su honra
y aprovechaos de sus bienes.
Basta que se vea rendido;
no se vea deshonrado.
MERCA. Hablas como buen soldado,
pero no como entendido.
Si robarme solicitas,
cuando bien me hagas tratar;
¿qué honra me puedes quitar

cuando la hacienda me quitas?
¿A tu noticia no viene
que entre la gente de nombre,
no tiene más honra el hombre
que la hacienda que tiene?
Haz que ésta a mí se me dé,
y en mi honor sé crudo y fiero,
que si vuelvo con dinero
muy honrado volveré.
Pero volviendo robado,
¿qué honra puedo tener?

ARMEN. Hablas como mercader,
pero no como soldado.
Con tu honra libre escapa,
que al amigo se permite,
que lo tuyo no se quite
mas no que te dé su capa.

MERCA. De pedir lo ajeno huyo
esa hacienda mía, me da.

ARMEN. En eso el engaño está,
que lo que es mío, no es tuyo.
¡Llevadle!

MERCA. Escucha.

ARMEN. No quiero.

MERCA. Dame algo, por Dios.

ARMEN. Por Dios,
le desnudaréis los dos,
y los dos contá el dinero.
¡Ea!, ¿qué estáis esperando?

MERCA. Tu resolución me espanta.

(Llevan al MERCADER, *y sale un* CAMINANTE *cantando.)*

BAND. 1.° Paso, que viene en garganta
por el monte otro cantando.

CAMIN. «Virgen María, y Madre de Dios,
no hay en el mundo otra como vos.»

ARMEN. De soberanos favores
es esa Virgen abismo,
porque es madre de Dios mismo
y madre de pecadores.

BAND. 1.° Hagamos la bolsa franca,
seor cantor.

ARMEN. Su bien procuro.

CAMIN. Bien puede cantar seguro
el que camina sin blanca.

BAND. 1.° Acabe.

ARMEN. Ningún mal le hagáis (1).

CAMIN. La tu nobleza bendigo.

ARMEN. Dejadlo, vení acá, amigo:
¿cuánto dinero llevais?

CAMIN. ¿He de decir verdad?

ARMEN. Sí.

CAMIN. confiado en mi valor
Si vale verdad, señor,
ni un solo maravedí.

ARMEN. Pues músico que ha tenido
a la Virgen afición,
por el camino es razón
que vaya bien prevenido.
A cuenta de ese buen hombre
le dad cincuenta ducados.

CAMIN. Déselos Dios mejorados.

BAND. 1.° ¿Dinero das?

ARMEN. No te asombre;
que tiene una dama mía
por grande abogada suya.

BAND. 1.° ¿Abogada, y dama tuya?
¿Quién es?

ARMEN. La Virgen María.
Este gusto mío os cuadre.

MERCA. ¿Quién vió tal?

CAMIN. ¿De qué os reis vos?

MERCA. De que desnuda, por Dios,
y que hace bien por su madre.
¡Gentil obra!

ARMEN. De mi celo
no es justo que a ti te asombre,
porque qué será del hombre
si quiebra con todo el Cielo.
El que al rey traidor le ha sido,
para excusa de su mal
busca en la casa real
quien defienda su partido;
y por buena cuenta hallo
que éste, aunque excede a la ley,
suele pecar contra el rey
y no contra su vasallo;
porque en el rigor más fiero
siempre la real persona
con facilidad abona,
si intercede un buen tercero.
Yo soy así, te prometo
que en esta vida que elijo,
aunque peco contra el Hijo,
guardo a la Madre el respeto;
que nunca el verbo del Padre
de la gloria ha despedido
al pecador que se ha asido
de las faldas de su Madre.
Y por que su loa aprueba
éste, y tú no la dijiste,
tú dejas lo que perdiste
y él lo que no trujo lleva.
A éste le dad lo que digo,
y a ese otro se lo quitad.

(1) Verso largo.

MERCA. Oye, mira.
ARMEN. Caminad.
CAMIN. Tu grande virtud bendigo.
MERCA. ¡Que me despojes, tirano,
de la hacienda y honra mía!
ARMEN. Valiéraste de María
y pasaras libre, hermano.
En mi alma, estos extremos,
vos, Señora, los causáis.

(Sale un FORASTERO.*)*

FORAS. Amigo, si caminás,
los dos juntos ir podemos;
que en aqueste despoblado
se me ha puesto ahora el sol,
y témome de Armengol,
que es hombre determinado
y me podría quitar
joyas riquísimas hoy,
que a presentárselas voy
a la Virgen del Pilar.
ARMEN. Yo acompañaros prometo
hasta hallar seguro paso,
y si Armengol viene, acaso
él me tendrá algún respeto.
Las joyas os aseguro;
vamos en conversación.

(Salen los BANDOLEROS.*)*

BAND. 1.° Ya se hizo la partición.
FORAS. Aquí la vida aventuro.
ARMEN. No temas, yo estoy aquí.
BAND. 2.° Armengol, tu parte alcanza.
FORAS. Aquí expiró mi esperanza.
ARMEN. Lo que yo te prometí
te cumpliré.
BAND. 3.° ¿Es otra presa?
ARMEN. Sí; pero guárdola yo
y no escota.
BAND. 4.° ¿Cómo no?
BAND. 1.° [Armengol], si es que te pesa
de nuestro aprovechamiento
dilo, y haremos caudillo.
ARMEN. A vuestro gusto me humillo;
el vuestro ha de ser mi intento.
Mas la causa de éste es mía,
que de mí se valió en fin:
y ¡mal haya el hombre ruin
que engaña a quien de él se fía!
Ya el seguro mío tiene,
y para que más lo parta
entre vosotros se parta
esa parte que me tiene.
Que una dama ilustre y clara
aquesta hacienda me fia,
que la diera yo la mía
cuando aquesta le faltara.
BAND. 2.° Hémoste de obedecer,
y así no te replicamos.

(Dicen dentro.)

Pasó por entre estos ramos.
BAND. 2.° Presa hay.
BAND. 1.° Pues no es de perder.
BAND. 3.° Yo el primero a asirla salgo.
BAND. 1.° Yo a seguirte me dispongo.

(Vanse los BANDOLEROS.*)*

ARMEN. Id todos mientras que pongo
en seguro a aqueste hidalgo.
FORAS. ¿Quién tu nobleza no adora?
ARMEN. Ir muy seguro podréis
siempre que joyas llevéis
para dar a esa señora.

(Vanse y salen el REY DE ARGEL, ARDÍN Y JIRONELA.*)*

REY. Lo mejor es que te olvides
del regalo de tu tierra.
JIRO. Si allí mi gusto se encierra,
¿cómo que la olvide pides?
El tuyo, por ser real,
tendrá infinito valor,
pero ninguno hay mejor
que el regalo natural.
Murió mi esperanza verde,
que el bien fundado en el aire
cuanto se gana, es donaire
si la libertad se pierde.
REY. ¿Qué libertad pierde ahora
la desdeñosa y esquiva
que sube de mi cautiva
al trono de mi señora?
Mira si tienes, tirana,
por tuyo mi real tesoro,
pues en el pecho de un moro
infundes alma cristiana.
JIRO. No te canses, mándame
que te sirva y serviréte,
y en lo demás...
REY. Para y vete.
JIRO. Voime.
REY. Vuelve. Que mi fe
¿no ha de alcanzar galardón
de tu ingratitud?
JIRO. Sospecho
que no ha de ser de provecho
en tu vana pretensión.
REY. Mira lo que dices.

JIRO. Digo
que has de hallarme, señor,
siempre con este rigor.
REY. Oye, Ardín y Alá es testigo,

(Aparte.)

que si no lo haces por bien
que me tengo de enojar.
ARDÍN. Voy.

(Vase ARDÍN.*)*

REY. ¿Piensas perseverar
dime, Estela, en tu desdén?
JIRO. De hacerme tuya no trates.
REY. Si a mi persona te igualo.
JIRO. No me ablando con regalo.
REY. Mataréte.
JIRO. Aunque me mates.
Ya me ofrezcas tu tesoro,
ya tu corona me des,
ya me pongas a tus pies
y ya en el labrado toro;
ya te acabe mi disgusto,
ya te alegren mis placeres,
tener conmigo no esperes
sólo un momento de gusto.
REY. Recia, por mi vida, estás
y no sé si diga necia.
JIRO. Para ti estoy necia y recia.
REY. Ea, que te ablandarás.

Salen unos MOROS *y traen en unas fuentes lo que dicen los versos.)*

Cordel, cuchillo y veneno
es esto que te señalo;
aquí hay plata, oro y regalo
aquí libro, aquí condeno.
Queriéndome gozarás
de una perpetua ventura;
pero si te muestras dura,
esas muertes probarás.
En breve concluye.
JIRO. Advierte
REY. Di.
JIRO. Vuelve el rostro.
REY. ¿Esto más?
¿Qué me quieres?
JIRO. ¿Que te vas?
REY. Sí.
JIRO. ¿Que han de darme muerte?
REY. Sí, mi gusto se concluya.
JIRO. ¡Oh, para mi duro acero!
¿Oye, oye?
REY. Di.
JIRO. Ya quiero.
REY. ¿Qué es lo que quieres?
JIRO. Ser tuya.
REY. ¿Mía?
JIRO. Sí.
REY. ¿Búrlaste?
JIRO. Acaba.
REY. La vida tienes muy cierta.
JIRO. Casi me imaginé muerta,
y la sangre se me helaba.
REY. Con todo, quiero estimar
tus favores.
JIRO. Si me ablandas,
dado, señor, que me mandas,
no me mandes renegar.
Deja que cristiana esté,
y en el mal que me contrasta,
que tenga fe muerta basta,
sin que me halle sin fe.
REY. Que he de enfadarte no creas;
pero gustaré yo ahora,
ya que en la ley no eres mora,
que en el vestido lo seas.
JIRO. Mi gusto al tuyo se allana.
REY. En ti mi gloria atesoro.
JIRO. Ya voy con corazón moro.
REY. Y yo con alma cristiana.

(Vanse y dentro ruido de batalla, y salen el REY DON JAIME, NOLASCO LAMBERTO *y* RAIMUNDO.*)*

DON JAIME.

A Dios las gracias se le den cumplidas
de la victoria que ganado habemos,
y la mezquita con solemne fiesta
mañana, entre dos luces, consagremos.
A la Virgen María, a quien con lágrimas
prometí de ensalzar su nombre santo,
luego que la ciudad por mía estuviese.

RAIMUNDO.

Débesle a Dios, señor, un gran servicio,
por las grandes mercedes que te ha hecho;
que como poderoso, te ha mostrado
aquí sus maravillas celestiales
para obligarte a que le sirvas siempre.

DON JAIME.

Padre Raimundo, la ciudad explora
y mira que no haga algún soldado
cosa que pueda ser de Dios ofensa.

RAIMUNDO.

Haré tu gusto.

(Vase.)

NOLASCO.

Y yo, señor invicto,
con tu licencia, voy a dar las gracias
de esta merced a Dios.

(Vase.)

DON JAIME.

Id en buen hora.
Lamberto, ¿qué despojo se ha juntado?

LAMBERTO.

Hay en moneda ochenta mil cequíes,
y de éstos has de dar paga a tu gente,
que se les deben diez, y está que corre.

DON JAIME.

Pues luego les pagad, y dad sin éstas,
adelantadas tres o cuatro pagas,
y anden contentos todos mis soldados,
y ellos gocen la hacienda, pues la ganan.
Sacad primero aparte los cien sueldos
que aquel buen hombre me prestó, que es justo.

LAMBERTO.

Como lo ordenas, de cumplirlo gusto.

(Sale el LIMOSNERO.*)*

LIMOSNERO.

Acudido han al campo muchos pobres,
a la fama que hay de la victoria.

DON JAIME.

¿Qué limosna habéis dado?

LIMOSNERO.

Veinte reales.

DON JAIME.

Muy poco es, dadles más, no llegue pobre
que se parta de vos desconsolado
que los tesoros que nos dan los cielos,
de estos mendigos son, para ellos cría
la Arabia el oro y el Oriente piedras
y el Sur las margaritas estimadas.
Ellos son los soldados que pelean
aunque sin armas van, que sus plegarias,
sus llantos, sus gemidos, sus sollozos,
nuestros escudos son y petos fuertes.

LIMOSNERO.

¿Daréles otro tanto?

DON JAIME.

Sea doblado;
nunca recateéis bien para pobres.
¿Que tengo que comer?

LIMOSNERO.

Cenar podrías,
que ya la noche a más andar se acerca
un francolín te tengo, y dos capones
que nos costó un real y dos dineros,
y un dinero de fruta.

DON JAIME.

El tercio de eso
me sobra para mí; ahorrad de gasto,
que he menester quitar de la comida
y añadir en la gente de la guerra;
desde mañana os moderad, hoy pase
ese gasto superfluo que está hecho.
Id y dejadme un poco equí solo,
que de otros gastos cuentas hacer quiero

LIMOSNERO.

Fuera, a que salgas a cenar, te espero.

(Vase.)

D. JAIME. Ya que mi alma contenta
se halla, Virgen, con vos,
hagamos cuentas los dos,
que tenemos larga cuenta.
Yo os prometí, lo primero,
si estábades de mi parte,
de daros la cuarta parte
del despojo, y del dinero.
Cuando a Mallorca gané,
por servicios atrasados,
repartí entre los soldados
el despojo que allí hallé.
Fué tan corto, pobre y vil,
que de todos sus confines,
saqué ocho mil florines,
quedé debiéndoos dos mil.
En Menorca no hubo tanto,
mas aquí con humildad,
luego ofrecí la mitad
a vuestro altar sacrosanto.
Tres mil florines os di,
y de la deuda pasada,
dejé la mitad pagada;
de ésta os haré pago aquí.
También tenemos Señora,
otra cuenta entre yo y vos;
yo os he prometido a vos,
por lo que mi alma adora,

sacar de poder de moros
cien cautivos cada año;
si en el pasado hubo engaño
culpa tienen mis tesoros,
que aun para comer no tuve.
Mas si de éstos deudor soy,
cuatro mil ahora os doy.
Mirad si la cuenta sube.
Y aunque ya dineros llevo
por mis gastos excesivos,
pagaros quiero en cautivos
los mil florines que os debo.
Y por que dado me habéis
favor, en esta revuelta,
quiero hoy, Virgen, hacer suelta
de los más que me debéis.

(Música.)

MÚSICA. Rey, postrad por tierra el pecho.
VIRGEN. ¿Jaime?

(Baja la VIRGEN SANTÍSIMA.*)*

D. JAIME. Virgen, vuestro soy.
VIRGEN. Agradecida te estoy
del presente que me has hecho.
Confiado en mis favores
una religión harás,
a cuyos frailes dará
título de Redentores.
Y por divino blasón,
de que es orden que tú has hecho,
traerán un escudo al pecho
con las armas de Aragón.
Por remate una cruz blanca,
en señal que es desde ahora
su divina fundadora
mi mano divina y franca.
Pero la piedra primera
que en este santo edificio
se consagre a mi servicio,
por ser firme y duradera,
ha de ser tu amado Pedro
y mi Nolasco querido,
a quien ya tengo escogido
para mi oloroso cedro.
Amale, que es más que hombre.
D. JAIME. Virgen, de nuevo me haced
esa divina *merced*.
VIRGEN. A mi orden da ese nombre.

(Sube la tramoya.)

D. JAIME. Jaime, ¿qué nueva ventura
es la que te ha sucedido?
Virgen, ¿cuándo he merecido
ver esa rara hermosura?
Virgen volvedme a hacer
ese divino favor.

(Salen NOLASCO *y* RAIMUNDO *por diferentes partes.)*

NOLASCO. ¿Fraile un hombre pecador?
RAIMDO. Virgen ¿qué os merecí ver?
NOLASCO. Y Virgen, ¿yo cargo vuestro?
¿Cómo le he de administrar?
D. JAIME. Padres, quiéroos abrazar.
RAIMDO. Modérate Señor nuestro.
D. JAIME. De gozo no estoy en mí.
¿A mi favor, mi María?
RAIMDO. Tu soberana alegría
me ha comunicado a mí.
NOLASCO. ¿Yo de su vista he gozado?
D. JAIME. Ya desea el corazón
fundar esta religión:
tú, Nolasco, eres prelado.
NOLASCO. ¿Yo, un pecador tan indigno?
D. JAIME. Gusto de la Virgen es.
NOLASCO. Humilde estoy a tus pies.
RAIMDO. ¿Qué hábito das?
D. JAIME. Determino
dar, el que vestido trujo
la paloma celestial,
porque al mismo original
semejante sea el dibujo.
RAIMDO. ¡Cómo tu prudencia muestras!
D. JAIME. Mostráis tantas alegrías,
que colmo las ansias mías
con las sombras de las vuestras.

(Sale LAMBERTO.*)*

LAMB. Señor, ¿qué contento tienes?
D. JAIME. Ven, Lamberto, y lo sabrás,
que también te ocuparás
tú, en hacer heroicos bienes.
Que ya que los moros fieros
asolé con esta guerra,
quiero limpiar esta tierra
de todos sus bandoleros.
Desde este punto te hago,
contra ellos, general.
LAMB. Aunque es pobre mi caudal,
de serlo me satisfago.
Seré su cuchillo agudo.
RAIMDO. Fúndese esta religión.
D. JAIME. Hoy, Virgen, mi corazón
goza de lo más que pudo.

(Vanse y salen ARMENGOL *y un* BANDOLERO.*)*

ARMEN. Cansado vengo de andar.

BAND. 1.° ¿Quién te forzó a ello?
ARMEN. Convino
a aquel hombre acompañar.
BAND 1.° Hubiste largo camino.
ARMEN. Conviéneme descansar.
Desde lo alto, el llano escombra,
y si algo viene me nombra
por mi nombre, estaré alerta;
y si no, no me despierta,
que dormir quiero a esta sombra.
BAND. 1.° ¿Y qué tiempo dormirás?
ARMEN. Para quien de paso anda
bastan dos horas no más.
BAND. 1.° Proseguiráse la tanda
mientras descansando estás.
ARMEN. Vete, y haz buena atalaya.
BAND. 1.° Temor tu pecho no haya
que seré otro Polifemo.
ARMEN. ¡Temor dices! ¿Luego temo
yo?
BAND. 1.° ¿Deseas que me vaya?
ARMEN. Que ya te vayas, deseo.
BAND. 1.° Voime, duerme.
ARMEN. Dormiré.

(Duérmese y sale otro BANDOLERO.)

BAND. 2.° De la ciudad gente veo
salir.
BAND. 1.° ¿Sabes para qué?
BAND. 2.° Que no es para honrarnos creo
que en forma de compañía
hacia acá toma la vía.
BAND. 1.° ¿Has recorrido la breña?
BAND. 2.° Defensable está esta peña.
BAND. 1.° Enviemos una espía
a saber adónde va
esta gente que ha salido.
Saliceto lo sabrá.
BAND. 2.° ¿Qué hace Armengol?
BAND. 1.° Dormido
a sombra de ese olmo está.
BAND. 2.° Despiértalo.
BAND. 1.° Es excusado;
que llegó ahora cansado
y ha de guardársele el sueño.
BAND. 2.° Si hay enemigos...
BAND. 1.° Pequeño
tumulto te ha alborotado.
Vamos a tomar razón
de los hombres que salieron,
adónde van y quién son.
BAND 2.° Vamos.
BAND 1.° ¿Viste cuántos fueron?
BAND. 2.° Era formado escuadrón;
que de aquella torre vi
lo que te he contado aquí.
BAND. 1.° No nos ofenderá el sol.

(Vanse y se aparece la RELIGIÓN DE LA MERCED.)

RELIGI. Harto has dormido, Armengol:
recuerda ya, vuelve en ti
Huye del infernal cebo,
de ese engañoso regalo
y pues tu amistad apruebo,
basta lo que has sido malo,
date a hacer libro nuevo.
La nueva religión soy
que mi defensa te doy
Dios no quiere la alma muerta
más que viva y se convierta
ven, que aguardándote estoy.
Ven, alumbra este horizonte
que tu mal ha obscurecido

(Desaparece y salen LAMBERTO *y* SOLDADOS.)

LAMB. En torno se cerque el monte
SOLD. 1.° Aquí está un hombre dormido.
LAMB. Prendedle y a punto ponte,
por si a defenderlo sale
gente.
SOLD. 1.° Recordó.
LAMB. Pues dale
pero no le des, detente.

(Despierta ARMENGOL.)

ARMEN. ¡Vendido he sido! ¿Qué gente?
LAMB. Quien a tu mal poco vale;
date a prisión, bandolero.
ARMEN. Villano, ¿darme a prisión?
Daréte muerte primero.
LAMB. Por saber si eres león,
yo sólo prenderte quiero.
Apartaos.

(Riñen.)

ARMEN. ¡Brazo animoso!
¿En el peligro forzoso
desmayáis? ¿Quién me detiene?

(Dentro VOZ.)

VOZ. ¡Tente!
LAMB. ¿Que hay voz que me enfrene?
ARMEN. ¿Que ahora estoy temeroso?
¡Muera!
LAMB. Acabe.
VOZ. ¡Tente!
LAMB. ¡Cielo!
¡Quien con tu voz, me acobarda!

ARMEN. El pecho siento de hielo.
¿Yo temor? Espera.
LAMB. Aguarda.
VOZ. ¡Tente!
ARMEN. Ya temo, y recelo.
¡Oh, engañosa fantasía!
Soñé que una hacha ardía,
y es que ardo en ira y rabia.
LAMB. ¡Que al que a mi Señor agravia
le guarde yo cortesía!
Cobarde soy: caso es llano.

(Salen los BANDOLEROS.)

BAND. 1.° Armengol, ¡muera el villano!
LAMB. ¡Cielo santo! ¡Armengol dijo!
¿Si es este mi infeliz hijo?
SOLD. 1.° Lamberto, mueve la mano
y quede ese a tus pies muerto.
ARMEN. Su enojo es bien que me cuadre
por el nombre de Lamberto;
que se llama así mi padre
y su amor en mí despierto.
Baja la espada, buen hombre,
y esta vuelta no os asombre,
que procede de amistad.
LAMB. Hago vuestra voluntad.
ARMEN. ¿Es Lamberto vuestro nombre?
LAMB. Mi nombre es.
ARMEN. ¿Sois de Tudela?
LAMB. Dicen que sí.
ARMEN. ¿Qué se ha hecho,
decid, vuestra hija Estela?

(Aparte.)

LAMB. El es, pues sabe mi pecho.
Cautiva está.
ARMEN. ¿Qué?
LAMB. Dejéla
holgándose... Es largo el cuento.
Mas ¿qué es vuestro pensamiento
de acordarme ahora de ella?
ARMEN. ¿No va Armengol a traella?

(Aparte.)

LAMB. Aquí descubro su intento.
Murió Armengol, mi hijo amado;
mi tristeza, por él es.
¿Conocísteisle, hombre honrado?
ARMEN. Vivo está, y de vuestros pies,
como hombre indigno, abrazado.
Yo soy, padre, vuestro hijo;
vos sois mi padre, Lamberto,
y que muerto estoy, colijo,
que si el gozo a alguno ha muerto,
muerto me ha este regocijo.
Venerables canas mías,
ved estas lágrimas mías
que están vuestros pies regando,
si con agua no os ablando
lloraré sangre mil días.
Ojos, llorad sangre al son
que desfogue mi pasión.
LAMB. Los pies deja, ten los brazos,
y no hagas más pedazos
mi afligido corazón.
Mas aunque de roña lleno
con este mortal veneno,
le estimo en mucho, mi Dios,
que fácil es para vos
de este malo hacer un bueno.
ARMEN. Desde hoy lo he de ser, y tanto
que del mal haré descuento,
deshecho en un mar de llanto;
y si un arrepentimiento
salva, el mío me hará santo.
Amigos, Dios ha querido
sacarnos de estos vaivenes
que el infierno ha producido:
ya soy capitán de bienes,
como de males he sido.
Seguidme.
BAND. 1.° Vete, cobarde.
BAND. 2.° Ese caduco te aguarde.
BAND. 1.° Sólo de temor, sospecho
que hijo suyo se ha hecho.
ARMEN. Para hacer bien, nunca es tarde.
BAND. 1.° Ir con vida no imagines;
a echar este viejo empieza
de estos temidos confines.
ARMEN. Todavía soy cabeza
aunque de miembros ruines.
A quien he de respetar,
¿de esta tierra lo he de echar?
Armengol soy.
BAND. 1.° ¿Vienes loco?
ARMEN. ¡Mueran, padre!
BAND. 1.° Tente un poco
¿Quiesnos tan presto matar?
ARMEN. Pues de Dios estáis ajenos,
guerra eterna os he de hacer.
LAMB. Deja, que ellos serán buenos.
ARMEN. Padre, mejor es hacer
aquestos infames menos.
Al cielo con pecho hidalgo
he de mostrar lo que valgo.

(Riñe con los bandoleros.)

SOLD. 1.° Huyó la gente villana.
ARMEN. Busquemos, padre, a mi hermana.
LAMB. Ven.
ARMEN. Ya hecho un David salgo.

(Vanse. Sale NOLASCO *de fraile, y* FRAY RAIMUNDO, *con el estandarte de la Redención: el* REY DON JAIME *y un* TAMBOR, *que echa este pregón:)*

A los fieles cristianos sea notorio
cómo la Orden santa instituída
por nuestro Rey católico Don Jaime
a honra de la Virgen sacratísima
cuyo título es de las Mercedes
de Redención de míseros cautivos,
con celo de agradar a Dios envía
a la ciudad de Argel, a hacer rescate
de los cristianos que haya en cautiverio.
Por tanto, el que tuviese algún pariente,
amigo o conocido, entre infieles
hable al padre Fray Pedro de Nolasco,
humilde general de aquesta Orden,
y acuda a él con las limosnas suyas,
que él las recibirá cristianamente
y con gran caridad hará el oficio
de redentor, con pío y santo celo,
a imitación del Redentor del Cielo.

DON JAIME.

Virgen pía, estas obras os ofrezco,
vuestro mandado hago, yo quisiera
tener en libertad vuestros cristianos
como en el alma vuestro nombre tengo,
mas, señora, no puedo lo imposible:
recibid el ardor de un buen deseo.

NOLASCO.

Ya que, gloriosa Virgen, me habéis hecho
humilde general de vuestra Orden,
vos las fuerzas me dad para que pueda
administrar con rectitud mi oficio.

RAIMUNDO.

El Señor, que ha querido que se haga
esta Orden en el nombre de su madre,
tendrá el cuidado de ampararla siempre.

(Salen LAMBERTO *y* ARMENGOL.)

ARMENGOL.

¿Que por misterio soberano ha sido
fundada aquesta Orden, padre amado?

LAMBERTO.

La Virgen pía es la fundadora;
pero el Rey está aquí, calla, lleguemos.

DON JAIME.

¡Oh, buen Lamberto!; ¿cómo va de guerra
con estos bandoleros?

LAMBERTO.

Muerto he muchos
y éste sólo escogí para traerte,
fiado en la clemencia de tu pecho.
Suplícote, señor, que le perdones
que aqueste es Armengol, mi infeliz hijo,
por fuerza de su signos arrojado;
porque pueda gozar siquiera el uno
de los dos hijos que me ha dado el cielo.

DON JAIME.

Por vos las culpas viejas le perdono;
de las nuevas se guarde, que si vuelve
a pecar, pagarlo ha todo junto;
entretenedle en vuestra compañía.

LAMBERTO.

Beso tus pies.

ARMENGOL.

Tu esclavo soy, ordena
de mí a tu voluntad.

DON JAIME.

La mía es ésta.

(Sale una MUJER.)

MUJER.

Cautivo tengo un hijo en Argel, padre,
tome su reverencia esta memoria
y esta pobreza que juntada tengo
para ayudar al rescate que le piden.

(Sale un VIEJO.)

VIEJO.

De este hombre se acuerde, padre amado,
que es un nieto que sólo me dió el cielo!
poco rescate tengo, pero supla
su caridad aquesta falta mía.

(Sale un HOMBRE.)

HOMBRE.

Padre, un hermano mío está cautivo
en poder de infieles, la memoria

de quien es y do está, se cifra en ésta.
En amor de la Virgen le rescate.

NOLASCO.

Yo, hijos, daré contento a todos.

1.°

Tome estos diez ducados para ayuda
de los rescates, padre.

OTRO.

Lo que tengo
doy, sabe Dios, si dalle más quisiera.

NOLASCO.

Esto recibe Dios, cristianos, bienes
que para redención de los cautivos
ayudáis con limosnas, en el Cielo
gozaréis de riquísimos tesoros,
sin temor de caer en cautiverio.

DON JAIME.

¿Falta otra cosa más, padre Nolasco?

NOLASCO.

Señor, buscar ahora un compañero
que en aquesta jornada me acompañe.

ARMENGOL.

¡A qué cielo, mi Dios, me habéis traído!
Merezca, padre, yo ser escogido.

NOLASCO. No está el hacerlo en mi mano,
sino en el Rey, mi señor.

D. JAIME. Armengol, pídeslo en vano,
que no ha de ir un salteador
a servicio tan cristiano.
Cuando de tu honrado pecho
hayas muchas pruebas hecho,
podrás irle acompañando,
vete ahora acreditando,
que es el camino derecho.

ARMEN. Si pierdo esta religión
porque entre malos asisto,
es Paulo mi defensión
que de enemigo de Cristo
salió vaso de elección.
A un salteador bandolero,
en el instante postrero
que el Redentor morir quiso,
le otorgó su paraíso
por contrito y verdadero.
Un logrero fué Mateo
y un trapacista Zaqueo,
y su santidad escucho
porque con Dios puede mucho
la firmeza de un deseo.
Con lágrimas de mis ojos,
ante ti, puesto de hinojos,
estas mercedes te pido.

RAIMDO. Grande su fervor ha sido.

ARMEN. Ofrece (1) a Dios mis despojos.

NOLASCO. Señor, a este bandolero
me da por mi compañero.

D. JAIME. Vaya.

ARMEN. Bésote los pies.

LAMB. Lo mucho que hoy ganas ves.

ARMEN. Que me bendigas espero.

LAMB. Bendición de Dios y mía
vayan en tu compañía.

ARMEN. Ahora que el alma os doy
veréis cuán devoto os soy,
Virgen intacta, María.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO. Ultrajando tus decoros
corren con fiestas los moros
a vista de nuestro puerto.

D. JAIME. Salga con cuatro, Lamberto;
gaste en esto mis tesoros.

LAMB. Pondré en ellos mortal calma.

ARMEN. Hoy granjea eterna palma
la creciente de mi celo.

D. JAIME. Y hoy hace fiesta el cielo
por haber ganado esta alma.

JORNADA SEGUNDA

Salen FRANCISCO, LAURENCIO *y* MARTÍN, *de cautivos y* HAMETE *y* ZAIDE, *moros.*

HAMETE.

¡Ea, canalla, apriesa!

FRANCISCO.

Siempre gustas
el tratarnos con ásperas palabras.

ZAIDE.

¡Que a la espalda el rancor no les ajustas;
que a palos la cabeza no les abras!
Muestre que fuerzas tengo yo robustas
y haré...

(1) Quizá mejor «ofrezco».

LAURENCIO.

Mas con tus iras descalabras.
Sosiega, que Francisco va obediente.

MARTÍN.

Humille Dios vuestra soberbia frente.

HAMETE.

Henchid presto.

LAURENCIO.

Ya vamos.

(Van los cautivos por agua.)

ZAIDE.

Dime, Hamete,
¿en qué punto está el Rey con su cautiva?

HAMETE.

A veces sus favores le promete,
a veces suele estar dura y esquiva.

ZAIDE.

Teniendo la ocasión por el copete,
¿qué desdén de valor al Rey le priva?
Cierre con ella, pese a la cristiana.

HAMETE.

Enojada parece tigre hircana.
¿Se han ido los cautivos?

ZAIDE.

¿Qué me apuestas
que parlándose están?

HAMETE.

Ven, por tu vida,
verás los palos que se traen a cuestas.

ZAIDE.

Es canalla temosa y mal nacida.

(Vanse y salen los tres cautivos.)

LAURENCIO.

Ya que el rancor del alma manifiestas
haz con él amistad, aunque fingida.

FRANCISCO.

¿Con un perro amistad? Aunque me mate.

MARTÍN.

Tú das en harto necio disparate.

LAURENCIO.

Martín, ¿trajiste el pan?

MARTÍN.

Y la cecina.

LAURENCIO.

Comamos un bocado.

MARTÍN.

Y diez podremos.

FRANCISCO.

¿Parece gente alguna en la marina?

MARTÍN.

No.

FRANCISCO.

Con aqueste lugar nos levantemos.

LAURENCIO.

¿Los tres?

FRANCISCO.

Los tres.

MARTÍN.

¡Por Dios, que desatina!
¿Qué traza das? Espérate, veremos.

FRANCISCO.

Daca la regalada calabaza.

MARTÍN.

En bebiendo, daráse gentil traza.

FRANCISCO.

Con ocho mil espadas, ¿no podía
hacerse en esta tierra un bravo asalto?

LAURENCIO.

Puede arruinarse a media Berbería.

FRANCISCO.

¿Con ocho mil?

LAURENCIO.

Con ocho mil

FRANCISCO.

Pues alto.
Argel es nuestro.

MARTÍN.

¿Cómo?

FRANCISCO.

Si ahora envía
contra este pueblo, de defensa falto,
el Rey Don Jaime veinte mil soldados,
sin remedio la junta a sus ducados.

LAURENCIO.

La calabaza esconde.

MARTÍN.

Ya la escondo.

(Vuelven a salir ZAIDE *y* HAMETE.)

HAMETE.

¿Trátanse ahora cosas de gobierno?
¿Qué platicas? Responde.

FRANCISCO.

Ya respondo.

ZAIDE.

Los tres, ¿qué gobernáis?

FRANCISCO.

Al propio infierno.

ZAIDE.

Cual a Ixión, en círculo redondo,
pienso que le he de dar tormento eterno
a aqueste bellacón.

FRANCISCO.

No lo imagines.

HAMETE.

¡Ea, perros, a escardar en los jardines!
Y vosotros a hacer en pleita presto.

FRANCISCO.

Venir tiene la nuestra *cualque giorno.*

LAURENCIO.

Este perro, por ti, nos es molesto;
calla, pues dalle pienso su retorno.

(Vanse todos menos FRANCISCO *y sale el* REY DE ARGEL *y* JIRONELA, *vestida de mora.)*

REY.

Si el saber que en ti el gusto tengo puesto
para el tuyo no sirve de soborno,
¿con qué te obligaré a que seas mía?

JIRONELA.

Que tuya soy, de mi palabra fía.
Estos días, señor, que te he pedido
que en mi ofensa te vayas a la mano,
fueron para llorar el bien perdido,
la afrenta viva, el deshonor que gano.
Verás mañana tu deseo cumplido;
verás un monte de honra a tus pies llano;
serviréte.

REY.

¿Mañana?

JIRONELA.

En aquel día.

REY.

Mañana de mi bien, tu luz envía.
Entre estas cidras, murtas y jazmines,
acandarce (1) mosquetas, retamales,
gusto, mi bien, que a reposar te inclines,
reposarán en ti mis graves males.

FRANCISCO.

Fuego del cielo abrasen los jardines.

REY.

A las rosas que son marchitas, dales
el carmesí de tus mejillas bellas,
excederán a las del Chipre bellas.
El blanco de esa frente, a las mosquetas;
el oro del cabello, a las retamas;
tus ojos de su azul, a las violetas;
su verde, tus listones, a las ramas;
tu voz, a las calandrias más discretas;
al cielo tu bondad, a Amor tus llamas,
tu corazón a mí; por varios modos
maravillas de Alá seremos todos.
¡Ay, Alá, qué regalo es escucharte!

FRANCISCO.

Ay, Mahoma, qué malo es abrazalla!

REY.

¿Que tuyo me has de hacer? ¿Que he de go-
[zarte?

FRANCISCO.

A lo menos aquí no ha de gozalla.

REY.

La corona de Argel quisiera darte.

(1) Así en el original. Quizá deba decir: «Acantos,» o bien «Acanto, arces».

FRANCISCO.

¡Por Dios, creo que empieza a destocalla!

REY.

¿Venos alguien?

JIRONELA.

No.

REY.

Amor.

FRANCISCO.

¡Brava eficacia!
Si callo, aquí ha de haber una desgracia.

(Canta FRANCISCO.)

REY.

Sospecho nos ha visto el jardinero.

FRANCISCO.

Eso sí esté compuesto, ¡pese al galgo!

REY.

¡Hola!

FRANCISCO.

¿Quién es? Hola, majadero;
jardinero del Rey, y muy hidalgo.
Papilla le he de dar.

REY.

Reirme quiero.
¡Hola!

FRANCISCO.

¿Otra vez holea? Pues si salgo
allá, no es mucho os quiebre la cabeza.

REY.

A dar valor a mi jardín empieza.
Llégate acá.

FRANCISCO.

¿Quién es? ¡Oh, señor!

REY.

Basta;
buen guardián de mi jardín has hecho.

FRANCISCO.

A veces la paciencia se me gasta
con gente que al jardín no es de provecho.

REY.

De varias flores un ramillo engasta
para mi Jironela.

JIRONELA.

Si en tu pecho
hay gusto alguno de que yo le tenga,
deja que con mi mano le prevenga.

REY.

Prevenle.

(Sale un MORO.)

MORO.

Mostafá glorioso viene
con una fusta de cristianos bravos
y ya hecha elección entre ellos tiene
de los mejores para ti.

REY.

¿Que esclavos
serán?

MORO.

Ciento cincuenta te previene:
todos sargentos; capitanes; cabos.

REY.

Mientras haciendo estás el ramillete
al victorioso Alcaide veré.

(Vase.)

JIRONELA.

Vete.

FRANCISCO.

Aquí se queda esta cristiana falsa.
Belcebú la arrebate.

JIRONELA.

Dime, amigo,
¿qué hierba suele ser la mejor salsa
entre la rosa y el jazmín?

FRANCISCO.

Un higo.

JIRONELA.

¿Higo?

FRANCISCO.

Pues higo. (Una confusa balsa
de quimeras le dí.)

JIRONELA.

¿Burlas conmigo?

FRANCISCO.

No burlo, un higo; hembra, hace apariencia.

JIRONELA.

¿Higa querrás decir?

FRANCISCO.

Con su licencia.

JIRONELA.

¿Para quién es la higa?

FRANCISCO.

Mi señora,
para vuesa merced.

JIRONELA.

¡Desvergonzado!

FRANCISCO.

Mujer que quiere a un galgo que otro adora,
tres higas para ella.

JIRONELA.

Pues yo he dado
la causa; pagaré la pena ahora.

(Canta FRANCISCO.*)*

FRANCISCO.

«Un pastorcillo pobre está sentado.»

JIRONELA.

Escucha, vuelve acá, por vida mía.

(Canta FRANCISCO.*)*

FRANCISCO.

«Y assí lloraba, aunque cantar quería.»

JIRONELA.

Escucha.

(Canta FRANCISCO.*)*

FRANCISCO.

«Tiempo bueno; tiempo bueno,
¿quién te me apartó de mí?»

JIRONELA.

¡Que se deleite
con mi mal, éste de malicias lleno!

FRANCISCO.

¿Sábela bien el macho con aceite?

JIRONELA.

Si no callas, harete dar veneno.

FRANCISCO.

¿Para qué quieres que la lengua afeite?

JIRONELA.

Silencio pon a aquesa voz proterva.

FRANCISCO.

¿Quitarme has que no hable con la hierba?

JIRONELA.

Con ella hablar podrás hasta mañana.

FRANCISCO.

Pues hierba sucia, hierba mal nacida,
hierba sin fe, sin Dios, hierba tirana.

JIRONELA.

Tu dañada intención ya es conocida.

FRANCISCO.

Con esta hierba estoy hablando, hermana.
Verdecica me sois, hierba atrevida;
así, hierba ruín, bien me parece,
que la hierba bellaca siempre crece.
Decir esto a la hierba, ¿qué mal tiene?

JIRONELA.

De tu malicia, a mi pesar, me agrada.

(Salen el REY, MUSTAFÁ *y* LAMBERTO, *cautivo.)*

REY.

¡Buen lance!

FRANCISCO.

«Helo, helo por do viene
el moro borceguí por la calzada.»

MUSTAFÁ.

Ese cristiano Rey su orgullo enfrene,
que si Valencia a fuego y sangre entrada
arrogante la tiene, Argel nos queda
que castigar sus tiranías bien pueda.
Repartí del despojo entre los míos,
híceme liberal con tus soldados:
que no hay favor que aumente más sus bríos
como verse de bien galardonados.
Aunque pequeños, tienes dos navíos

sin gente, pero nuevos y enjarciados,
y los cautivos que te di.

REY.

Este esclavo
por lo mejor de tu presente alabo.
¡Qué buen talle! ¿Eres noble?

LAMBERTO.

Si lo fuera;
antes de cautivarme este corsario
o le diera la muerte o me la diera,
fin, entre noble gente, necesario.

JIRONELA.

Muda lengua no habléis. Vista ligera,
pies torpes, fe sin Dios, corazón vario,
¿no es el cautivo que miráis Lamberto?
Su rostro y su persona, sí; él es, cierto.

REY.

Triste estás.

LAMBERTO.

¡Oh, mal haya mi venida!
¡Maldito sea mi inconstante hado!
¡Ay, hija falsa!, ¡ay, hembra mal nacida,
espejo mío, por mi mal, quebrado!

JIRONELA.

¿Quieres que una merced, señor, te pida?

REY.

Pídeme muchas.

JIRONELA.

Dame este soldado.

REY.

En tu nombre le traigo.

JIRONELA.

Tus pies beso.

LAMBERTO.

¡Que en este traje está! ¿Y estoy con seso?

MUSTAFÁ.

Pues he hallado traza, como quedes
por señor de Valencia, a pocos lances...

REY.

Sin testigos háblarle, amiga, puedes.
Ven por este otro cuarto.

(Vanse y quedan JIRONELA *y* LAMBERTO.*)*

LAMBERTO.

¡Ah, duros trances!
¡Ah, fortuna inconstante, y qué cruel eres!

JIRONELA.

¿Por qué te huyes?

LAMBERTO.

Porque no me alcances.

JIRONELA.

Espera, vuelve, mira.

LAMBERTO.

No me agrada
quedar con vos, cristiana desdichada.

JIRO. Solo has quedado conmigo,
parece que te desvías.

LAMB. Nunca busques hidalguías
en tu mayor enemigo.
Hazle cariños al Rey,
que es gran mate una corona,
no los hagas a persona
que guarda contraria ley.
Yo te aconsejo lo bueno;
que quererme regalar,
a mí, será como echar
ámbar rico entre veneno.

JIRO. ¿De dónde eres natural?

LAMB. Decirte la verdad quiero,
de mí. Bien, soy forastero,
y pariente de mi mal.

JIRO. ¿Y quién eres?

LAMB. No soy, fuí.

JIRO. ¿Pues tu ser?

LAMB. Ya le dejé;
que al punto que te gané
cuanto ser tuve perdí.

JIRO. ¿Pues fuérate de importancia
no verme?

LAMB. Serlo podría,
porque la pérdida mía
ha estado en esta ganancia.

JIRO. Conocémonos los dos;
paréceme que has de ser...

LAMB. No me puede conocer
la que no conoce a Dios.

JIRO. ¿Por qué?

LAMB. No tiene remedio,
que en el intento que sigo
Dios, y yo, para contigo,
estamos pared en medio.

JIRO. Esa presunción destierra.

LAMB. Prosigue en ese desdén
para que te logres bien
sobre la haz de la tierra.

JIRO. ¿Tienes hijos?

LAMB. Un varón,
que de saber que aquí viene
(aunque confuso) me tiene
contento en esta prisión.
JIRO. ¿Y hijas?
LAMB. No, que es mala casta.
JIRO. ¿Por qué nos das ese ultraje?
LAMB. Porque a afrentar un linaje
una de vosotras basta.
JIRO. ¿No tuviste hijas?
LAMB. Una;
pero esa ya se acabó,
que como luna menguó,
por sujetarse a una luna.
JIRO. ¿Murió?
LAMB. En mi imaginación,
que vida que a la honra ofende
es como el oro del duende,
que, a la fin, para en carbón.
JIRO. ¿Qué, no gustarás de vella?
LAMB. No.
JIRO. ¿Por qué causa, di?
LAMB. Porque murió para mí,
como murió para ella.
JIRO. Viva está, y para ella vos,
que vuestra afición la aviva.
LAMB. Pues para mí no está viva
la que muere para Dios.
Quédate, que me detienes
y de manera me ensañas,
que...
JIRO. ¡Ay, padre de mis entrañas!
Basten ya; no más desdenes.
Vuelve, hablemos de veras.
LAMB. La paciencia se me apoca.
¿Yo tu padre? ¿Vienes loca?
JIRO. Has de serlo aunque no quieras.
LAMB. ¿Yo, hija mora? Desvía.
JIRO. Cristiana soy.
LAMB. ¡Suelta, digo!
JIRO. ¡Padre y señor!...
LAMB. Di, enemigo.
JIRO. Oye una disculpa mía.
LAMB. ¡Suelta!
JIRO. ¡Que el que me ha engendra-
con tanto rigor me trate! [do,
LAMB. ¡Vive el cielo que te mate!
JIRO. Mátame, y no estés airado.
LAMB. Ahogaréte.

(Sale el REY *y* MUSTAFÁ.*)*

REY. Parece
que oí voces de mi Estela.
JIRO. Mi amor en ti se desvela,
cuanto más tu saña crece.
LAMB. ¡Falsa, acaba!
JIRO. Advierte, espera...
REY. ¿En mis cielos soberanos
has puesto, traidor, las manos?
¡Mata ese perro!
JIRO. No muera.
REY. ¡Matadle!
JIRO. No seas cruel.
MUSTAFÁ. ¡Perro!
JIRO. Tened, advertí,
que el golpe ha de dar en mí,
antes que descargue en él.
Señor, no le hagas mal.
REY. En vano es tu confianza,
que en él tomaré venganza
por mi corona real.
LAMB. Haz tu gusto, Rey cruel.
JIRO. ¿Ya tus favores me niegas?
REY. Y si tú por él me ruegas,
te ahorcaré a ti por él.
JIRO. ¿Qué, tan enojado estás?
Pues mátame, que yo quiero
recibir muerte primero
que él padezca.
REY. ¿En eso das?
JIRO. No le mates, por tu vida.
Echale en una prisión.
REY. He de olvidar mi pasión
por lo que tu boca pida.
Prendedlo.
LAMB. A hombre de hecho
nunca le espantan prisiones.
REY. A las segundas razones,
le haced pedazos el pecho.
LAMB. Hacerle pueden pedazos
y así tu fuego desfogas.
JIRO. ¡Quién, en lugar de estas sogas,
te diera, padre, los brazos!
REY. Tirad con él.
LAMB. Sólo os pido,
cielos, que no me matéis
sin que venganza me deis
de quien mi deshonra ha sido.
REY. Dentro de un silo le lanza
LAMB. En mis desdichas mortales
sufriré infinitos males
al sabor de una venganza.

(Llévanle.)

JIRO. ¡Ay, padre del alma mía!
REY. ¿Con lágrimas me haces guerra?

JIRO. Siéntolo, que es de mi tierra.
REY. ¿Por qué agraviarte quería?
JIRO. ¿A mí agraviar? No lo creas.
REY. Pues vilo, ¿y niegas ahora?
JIRO. Imaginó que soy mora
y que en mi gusto te empleas;
y siente como cristiano,
que en mi ley no es permitido
hacer, lo que tú has querido.
REY. Ya le pesará al villano
de lo hecho.
JIRO. No porfíes;
esos rigores olvida.

(Salen NOLASCO *y* ARMENGOL*)*

NOLASCO. Prospere el cielo tu vida.
REY. Con bien vengáis, alfaquíes.
NOLASCO. Ya sabes, Rey poderoso,
que Don Jaime de Aragón;
del descanso y redención
de los suyos deseoso,
ha fundado un orden raro
a donde sólo se trate
la libertad y rescate
de los cristianos.
REY. Reparo,
en que ese traje no he visto,
que la vista me campea.
NOLASCO. Es, señor, una librea
de la que es madre de Cristo.
Este es la cautividad,
que en humana desventura
es la mayor negregura
carecer de libertad.
Su Majestad se ha servido
que de entregarnos se trate
los cristianos de rescate
dando el precio merecido.
REY. Daros ese gusto quiero;
pero en la compra que hacéis,
¿qué cautivos compraréis?
NOLASCO. Los que alcanzare el dinero.
REY. ¿Quién los ha de concertar?
NOLASCO. Yo, señor.
REY. Conmigo ven.
NOLASCO. Tú, hermano, cuidado ten
de salir por el lugar,
y ver si hay cautivo alguno
que de estar desesperado
pretenda ser renegado.
ARMEN. Buscaré tiempo oportuno.
REY. ¿Verásme después, cristiana?

(Vase el REY *con* NOLASCO *y queda* ARMENGI *y* JIRONELA *)*

JIRO. Daréte gusto.
ARMEN. Di, amiga:
¿quién a andar así te obliga?
JIRO. Mi desventura inhumana.
ARMEN. ¿Eres cristiana de veras?
JIRO. Cristiana fuí, ahora no sé;
que han dado mate a mi fe
malas obras.
ARMEN. ¿Y no esperas
salir de aquesta piscina?
JIRO. ¿Puedo?
ARMEN. Prédeste salvar;
que al que se quiere ayudar
da Dios su gracia divina.
Y para que te consueles
y des la gloria al Señor,
doce años fuí salteador
más cruel que los crueles.
Llora tú, que como llores
tienes cierto el perdón tuyo;
porque es epíteto suyo
el perdón a pecadores.
JIRO. Temo...
ARMEN. Temores desecha:
no haya en tu llanto intervalo,
que aquel solamente es malo
que del bien no se aprovecha.
JIRO. ¡Ay, que es mi culpa terrible
y no admitirá disculpa!
ARMEN. Cuéntame, amiga, tu culpa;
que a Dios no hay cosa imposible.
JIRO. Yo nací en Tudela, padre;
de padres ricos y nobles
entre sus rayos, luceros
y entre el pueblo común, soles.
Dióme el cielo hermosura,
y con ella levantóme
los pensamientos más vanos
que la voz que forma el monte.
Quise tocar las estrellas
con humo de presunciones,
y como era parte de aire
a su elemento volvióse.
Halló la muerte a mi madre;
mi honrado padre llevóme
a Barcelona la bella
de mi mal la piedra toque.
Salí un día a la marina;
cogióme en ella la noche,
que para mi alma cuitada
oscura, eterna, volvióse.
Cautiváronme corsarios;
para su amiga pidióme

el Rey de Argel; desdeñélo;
mi desdén enamoróle.
Solicitóme con veras,
con ellas me hallo de bronce.
No me ablandó con regalos;
ya habrá un mes, solicitóme (1),
y ese tiempo ha que dilato
al Rey sus deseos torpes;
hoy piensa de mí gozar;
los gustos están conformes;
mira si es de perdón digna
una culpa tan enorme.

ARMEN. Calla, hija, que Dios sabe
perdonar obras mayores.
¿Obras no ha habido?

JIRO. No; dame
orden con que las estorbe.

ARMEN. Sí haré; dime, ¿conoces
a una mujer de esa tierra,
como tú hermosa y noble,
que se llama...?

(Sale ZAIDE.*)*

ZAIDE. El Rey te espera.

JIRO. Disimule, no nos noten.
Vamos. ¿Verásme después,
para saber esto?

ARMEN. ¿Adónde?

JIRO. Yo te daré aviso.

ARMEN. Amiga,
ven firme.

JIRO. Seré una torre.

ARMEN. Mi Dios, mirad por esta alma,
que a gran peligro se pone.

(Vanse y salen JARIFE *y* ARDÍN *y* FRANCISCO, MARTÍN LORENZO *con redes).*

JARIFE. Cumple antes de anochecer
que la prevención hagamos,
para que de aquí partamos
cuando quiera amanecer;
que a lo que el cielo nos muestra
y pronostica la mar,
las redes nos han de dar
grande pesquería por nuestra.

ARDÍN. Mira esas redes, cristiano,
si como conviene van.

LORENZO. Buenas y sanas están.

JARIFE. Esta noche anda la mano,
y no nos es prevenida
siquiera una mala cena.

ARDÍN. Pues tenémosla muy buena.

JARIFE. ¿Por tu vida?

ARDÍN. Por mi vida.

JARIFE. Con todo, en este barreño
pienso cocer medio atún.

ARDÍN. No es el regalo común.
¿Atún hay? Quítome el sueño.
Daca leña; trae más lumbre.

JARIFE. Yo voy por ella; esperad.

(Vase.)

ARDÍN. Ea, amigo, aquí os llegad.

LORENZO. Yo tengo poca costumbre
de allegarme junto al fuego.

ARDÍN. Yo, si caliente no estoy,
de ningún provecho soy.

LORENZO. Llega y caliéntate

ARDÍN. Llego.

LORENZO. A mi ejercicio ordinario
quiero acudir, que parece
que mi grande alivio crece
rezando vuestro rosario.

(Apártase.)

Vuestra divina alegría
adore en mi corazón
y en esta dura prisión
socorredme *Ave María.*
Remisión haya en la pena
en cuyos rigores muero;
hallar en vos gracia espero,
pues sois virgen *gratia plena.*
No me lance Belcebú
en su tormento infinito;
porque yo no sea maldito
siendo *benedicta tú.*
De los eternos placeres
me dad a mí parte alguna,
pues en méritos ninguna
os iguala, *inter mulieres.*
De generosos tributos
el alma que os entregué,
pues de vos, Señora, fué
nacer *benedictus fructus.*
Alúmbreme aquella luz
desde *ab eterno* encendida
y con la carne vestida
y *a ventris tui* Jesús.
Mostraos valerosa y pía,
Virgen, al que en vos se ampara;
porque gozar vuestra cara
merezca, *sancta María;*

1) Aquí falta algo, como se ve por lo que sigue. Quizá diría: «para ser su mujer», en esta segunda solicitación.

pues excediendo la ley
que hay en los mortales tristes,
sólo a vos ser merecisteis
escogida *mater Dei*.
Vos, poderosa Señora,
que nos dais tantos favores,
por mí y por los pecadores
abogad, *nunc et in ora*
mortis nostrae, por que estén
nuestras almas descansando
y a vuestro Hijo alabando
eternos siglos. Amén.

(Sale JARIFE *con un haz de leña y entre ella una imagen de Nuestra Señora.)*

JARIFE. Leña harta traigo.
ARDÍN. Echa,
haráse fuego extremado.
FRANCO. ¿Qué palo es ese dorado?
JARIFE. Que no es cosa que aprovecha
sino sólo para el fuego.
LORENZO. ¿Cómo, Virgen singular,
si un perro os quiere quemar,
yo a defenderos no llego?
Libraros mi amor ordena,
Virgen, porque no permito
que estos hagan el delito
y vos recibáis la pena.
JARIFE. ¿Hay hacha para partir
por medio aquesta madera?
ARDÍN. Pequeña es, échala entera.
LORENZO. Ya no lo puedo sufrir.

(Llega.)

No la partas ni la quemes,
amigo; haz lo que te ruego,
que no ha de aumentar el fuego
cuando en quemarla te extremes.
Mira que es una figura
que en el mundo no hay su igual,
y su eterno original
hace eterna mi ventura.
JARIFE. ¡Quita! ¿Qué es tu pensamiento?
En el fuego la echaré.
LORENZO. Ten, que yo la compraré
por dineros.
JARIFE. Soy contento.
LORENZO. Dime qué quieres por ella.
JARIFE. Cuanto en esa bolsa tienes.
LORENZO. Diérate infinitos bienes
por librarla y defendella.
Toma.
JARIFE. Toma tú ese palo;
veré qué monedas son.
LORENZO. Con vos siente el corazón,
Virgen, eterno regalo.
¿En qué venturosa parte
os pondré?
JARIFE. ¡Qué alegre estás!
¿Treinta dineros me das?
LORENZO. Treinta mil quisiera darte.
De este número colijo
que sois, Virgen, casi Dios;
pues se da el precio por vos
que se dió por vuestro Hijo.
Mi ventura se mejora;
pues con el precio que alabo
no pude comprar esclavo
y yo compro a mi Señora.
Grande amor aquí os enseño;
que en dinero de contado
es el esclavo pagado
para que sirva a su dueño.
JARIFE. ¿Qué estás hablando entre ti?
LORENZO. Un bien que el cielo me ordena.
ARDÍN. Prevenida está la cena;
cenad, y vamos de aquí.
JARIFE. Alcancemos un bocado.
ARDÍN. Venid.
JARIFE. Vamos.
ARDÍN. Ven, que espero.
LORENZO. Virgen, más cena no quiero
que haberos a vos librado.

(Vanse y sale ARMENGOL.)

ARMENGOL.

Como el galán que en la celosa llama
que el ciego amor en sus entrañas cría,
temeroso pasea noche y día
celoso de la puerta de su dama.
Pospuestos los recelos de mi fama
te pasea cristiana el alma mía;
resiste, sufre, persevera y fía,
que la constancia es propia de quien ama.
Olvida aquese amor lascivo y fiero
que nace de tu desventura cierta;
tu tormento, tu llanto, tu castigo.
Mi Dios es el galán más verdadero;
él disfrazado en mí, ronda tu puerta;
si le hablas, entrará a cenar contigo.
JIRO. Parece que fué concierto
llamar tú, padre, al instante
que a buscarte iba: constante
he estado.
ARMEN. Tu bien es cierto.
JIRO. Di, padre, ¿por qué mujer
me preguntabas?

ARMEN. Así,
¿conoces, amiga, di,
sí debes de conocer,
a una criatura cautiva
que se llama...?

(Dentro.)

LAMB. ¡Ah, duro infierno!;
¡ah, pena; ah, tormento eterno!
ARMEN. ¿Quién aquella voz aviva?
JIRO. Mi padre parece; ¡ay, Dios!
ARMEN. Y aun el mío pareciera,
si en Argel preso estuviera.
LAMB. No me aflijáis más los dos.
Dejadme en esta cisterna.

(Dentro.)

MORO. Que aquí mueras manda el Rey.
LAMB. ¡Ah injusta y tirana ley!
MORO. Muera quien mal se gobierna.
¿Por qué te descomediste
contra la hermosa cristiana?
LAMB. No nombres a esa villana.
JIRO. ¡Mi nombre aborrece! ¡Ay triste!
LAMB. No me aflijas más, sosiega.
MORO. Pues si en este mal que adquieres
del Rey gracia alcanzar quieres,
haz que reniegue, y reniega.
LAMB. Primero aquí moriré.
MORO. Pues sufre nuestros castigos.
LAMB. ¡Ay, ay, ay! No más, amigos,
que yo mi ley dejaré.
Negaré a mi Redentor,
y a su Madre sacrosanta,
porque yo aquí pena tanta
no puedo sufrir, Señor.
Sacadme de este tormento.
ARMEN. ¡Oh, mal hombre! ¡Oh, mal cristiano!
JIRO. ¿No es mi padre este villano?
MORO. Por libre ahora te cuento.
ARMEN. ¿Cómo es posible, mi Dios,
que un alma aleve y traidora
por no padecer un hora
os quiera negar a vos?
De soberana ganancia
un cambio entre ambos haced;
en mí sus penas poned
y a él le dad mi costancia.
JIRO. Ya se acabó mi alegría;
ya de mis glorias me alejo,
pues que se quebró el espejo
en que mirarme solía.
Padre mal considerado.

(Salen LAMBERTO *y unos* MOROS*)*

MORO. Vamos, y al Rey le dirás
el parecer en que estás.
ARMEN. ¿Qué es aquesto, desdichado?
¿Quién con vanas ilusiones
os aflige? ¡Ay, padre mío!
¿Padre dije? Desvarío,
que tan infames razones
no son de mi padre, no.
JIRO. Si teméis y renegáis,
¿de qué, padre, os espantáis
que tema y reniegue yo?
Publicáis contra mí guerra,
porque al traje de Dios falto,
y dais al primer asalto
con vuestro edificio en tierra.
¿Tal flaqueza en vos se ve
que así a quebrarse ha venido
la piedra que siempre ha sido
fuerte muro de la fe?
¿Sois vos mi padre, Lamberto?
¿Sois quien matarme quería
porque los desastres vía
de mi loco desconcierto?
Vos brotasteis en mi seno
el principio de ser buena,
y ahora brotáis la pena
de que dejéis de ser bueno.
¿Vos renegar? ¡Vive Dios
que no ha de pasar así!
Como cristianos, aquí
hemos de morir los dos.
¿Que lleve el demonio palma
de quien tanto ha que le olvida?
ARMEN. ¡Ay, Jironela querida!
¡Ay, hermana de mi alma!
Muestra, besaré esas plantas,
en fe de que tuyas son,
pues tienes mi corazón
colmado de glorias tantas.
Mas ¡ay! que me quejo en vano,
pues por tan infame modo
de mi gloria pierdo el todo
cuando aquesta parte gano.
Alza el rostro venerable,
principio de mis enojos,
basta que os hablen los ojos
y es bien que la lengua os hable.
¡Padre! ¡Ah, padre! Con suspiros
quiero que este nombre os cuadre,
pues sólo el nombre de padre
basta para confundiros.
¿Quién vuestra cordura apoca?

Estas que habemos oído
no es posible que hayan sido
razones de vuestra boca.
Contra vos diera mis quejas
en este peligro atroz
si el acento de mi voz
no engañara mis orejas.

JIRO. ¿Vos de nuestra fe desdén?
¿Vos al cielo desleal?
Yo debí de entender mal
que vos hablaríades bien.
Y si vuestro pecho muestra
aquel eco, ¡vive Dios!,
que mi padre no sois vos
o aquella voz no fué vuestra.
De tan falso parecer
¿qué disculpa podréis dar?
Como sabéis enseñar,
¿por qué no sabéis hacer?
¿Qué tenéis? ¿Qué os eleváis?
Aquí es el ser caballero:
pasar mil muertes primero
que a Dios ofensa le hagáis.
De la Iglesia nuestra madre
aumentad los regocijos,
y pues sabéis tener hijos
sabed no perderos, padre.
No afrentéis el cristianismo.
Ea, volved sobre vos.

LAMB. Pequé, hijos, contra Dios
ypequé contra mí mismo.
Hoy echo de ver que es vano
el orgullo y ardimiento
de los hombres, si un momento
les falta Dios de su mano.
¡Buen Señor, piadoso y santo,
de mi culpa no te asombres
que huyo el rostro a los hombres
y a Ti, mi Dios, le levanto!
Sea humana tu sentencia;
que ya suplico, Señor,
del trono de tu rigor
al de tu santa clemencia.
Y si tal mi culpa fué
que ese tu nombre deshonra,
compraré con vida y honra
lo que por temor gané.
¡Vengan penas; vengan males;
padezca yo aquí tormento!

ARMEN. Basta ese arrepentimiento;
basta esas nobles señales.
Ya hizo fin vuestra mengua;
ya de vuestro bien no dudo.

LAMB. No sé, hijos, cómo pudo
pecar contra Dios mi lengua.
Señor, ¿tales hijos gano?

ARMEN. Cielos, ¿tal hermana tengo?

JIRO. Señor, ¿posible es que vengo
a ver tal padre y hermano?
Dame tus pies, Armengol.

ARMEN. Los brazos te quiero dar.

(Dice dentro el REY.*)*

REY. ¿Y que quiere renegar
ese valiente español?

MORO. Señor, sí.

ARMEN. El Rey viene, vete.

LAMB. Yo también me iré con ella.

ARMEN. Pues procura entretenella.

LAMB. No saldré de este retrete.

(Vanse y salen el REY, NOLASCO *y* MOROS.*)*

REY.

Contento vengo, por el gran Mahoma,
de lo que me decís de ese cristiano,
que está de lo que hizo arrepentido.

MORO.

Y de opinión de ser de nuestra secta.

NOLASCO.

Sabe el cielo, mi Dios, lo que yo siento
el ver que haya cristiano que se aparte
del recelo de vuestro suave yugo.

REY.

Háganse fiestas, bailes, regocijos;
las puertas abriréis de mi palacio
y todos entren a pedir mercedes.

ARMENGOL.

Quiero ser el primero en pedir una.

REY.

Cuantas me pidas cumpliré, cristiano.
Por el profeta santo en quien adoro
y por el Alcorán en que se encierran
de Alá y Mahoma los sagrados ritos.

ARMENGOL.

Poco te pido, puesto que tú puedes
otorgarme infinito; sólo quiero
que dos personas que hay aquí cautivas
me las des por el precio que quisieres.

REY.

¿Dos no más?

ARMENGOL.

Dos no más.

REY.

Serán de cuenta,
pues con tanta eficacia me las pides.

ARMENGOL.

De suerte son.

REY.

Pues dando mil ducados
por cada una, libertad alcancen.

ARMENGOL.

Ved el dinero aquí en escudos de oro.

REY.

Tomada la palabra, ya son tuyos,
y el dinero por mío acepto.

NOLASCO.

Espera.
¿Dos mil ducados das por dos personas?
Señor, yo contradigo aquesta venta.

REY.

No la desharé ya, por mi corona.
Mirara ese primero lo que hacía.
Sustentad, sustentad vuestras palabras
si queréis en el mundo tener crédito.
Los dos cautivos que éste señalare
se le den.

ARMENGOL.

Estos son.

(Saca a LAMBERTO *y a* JIRONELA.)

REY.

¡Oh, cielo injusto!
¡Oh, engañador cristiano! ¡Oh, perro aleve!
¿Con engaño por precio infame compras
prendas que valen infinito precio?
Tome el dinero; quiébrese la venta;
que no he de dar por precio vida y alma.

ARMENGOL.

Tu palabra empeñaste, Rey supremo.
Si las palabras de los reyes valen
ésta se ha de cumplir.

REY.

¡Matadle!

NOLASCO.

Tente.
Sabe cumplir, señor, tu real palabra
si quieres en el mundo tener crédito.

REY.

De las mías te vales, mas no importa,
que yo me vengaré de todos cuatro.
¿Así, cristiana, tu promesa quiebras?

JIRONELA.

Cuatro cosas me obligan a quebrantarla:
Dios, mi ley, y mi padre, y este hermano
que por milagro me ha enviado el cielo
para que no se pierda el alma mía.

LAMBERTO.

¿Qué preso hay que libertad no quiera?

NOLASCO.

Gran señor, no te enfade lo que has visto;
que padre y hijo son; la sangre acude
al valor que han tenido sus mayores,
que han sido amparo de la fe de Cristo.

REY.

Vete, alfaquí en buena hora, y dame pago
de doscientos cautivos que me compras,
y de esto, pues lo hice, no me trates.

NOLASCO.

Faltárame, señor, dinero ahora;
no me será posible llevar tantos
sino los que alcanzaren las limosnas.

REY.

¡Cielo, aquí entra el rigor de mi venganza!
Los que me concertaste han de ir contigo;
si no hay dinero dejarásme prendas,
para que del rescate esté seguro.

ARMENGOL.

¿Padre, por prenda quedaré si basto?

REY.

Por prenda queda tú y estos cautivos,
que pues tanto caudal de los tres hacen
lo que falta en la cuenta, vendrá presto.

ARMENGOL.

¿No basto yo, señor?

REY.

Y aun tres sois pocos.
Quedara este alfaquí, si no advirtiera
que él ha de procurar este dinero.

LAMBERTO.

Con gusto quedaremos en rehenes.

JIRONELA.

Ordena de nosotros a tu gusto.

REY.

¿Oblígaste a traerme este rescate?

NOLASCO.

A traerlo me obligo, con que en tanto
que voy y vengo, dejes andar libres
a aquestos tres cristianos por tu corte.

REY.

Mi palabra te doy que libres anden;
pero sólo te pongo un mes de plazo
para que a España vayas, y acá vuelvas,
y si en él no me traes el precio todo,
juro de dar la muerte a este cristiano
y de los dos, hacer cautivos míos.

NOLASCO.

En buena hora.

REY.

Pues vete.

ARMENGOL.

Amado padre,
tu bendición me da.

LAMBERTO.

Y a mí las manos.

JIRONELA.

Y a mí los pies, que como indigna beso.

NOLASCO.

La bendición de Dios os acompañe
y la mía os alcance.

ARMENGOL.

Dios te guíe.

LAMBERTO.

Vaya contigo el coro de los ángeles.

JIRONELA.

Favorable te sea el agua y viento.

REY.

Los cautivos embarca, y luego parte.

NOLASCO.

Vos, poderoso Dios, id de mi parte.

(Vanse y salen MARTÍN *y* LORENZO *con la imagen de Nuestra Señora.)*

LORENZO. En el hueco de esta roca
podrás, con suave acento,
al son de aqueste instrumento,
verter perlas por la boca;
que, pues este santo día
tan bien se nos manifiesta,
es bien hagamos la fiesta,
entre los tres, a María.
Estas flores le pondré
alrededor.

MARTÍN. Bien está.

LORENZO. A cantar empieza ya;
vaya, y yo perfumaré.

(Canta MARTÍN.)

MARTÍN. «Virgen remediadora
de la culpa mayor que el hombre [tuvo;
de nuestra paz aurora;
sagrario soberano, donde estuvo
el que, sin tener años,
a vos tomó por remediar mis daños.

(Salen JARIFE *y* ARDÍN.)

JARIFE. A nuestro deseo responde
este favorable viento.

LORENZO. Virgen, ven; este instrumento
debajo el costal esconde;
que siento en el mar ruido.

MARTÍN. Perdona, doncella santa,
a mi rústica garganta.

JARIFE. Extremada pesca ha sido.

ARDÍN. De provecho habrá de ser.

JARIFE. Siempre esta dicha entendí.
¿Qué hacéis vosotros ahí?

LORENZO. Algo debemos de hacer.

JARIFE. ¿De qué te sirve esa lumbre
que entre esas rocas asombra?

LORENZO. No es lumbre ésta, sino sombra.

ARDÍN. ¿Hay otra que más alumbre?

JARIFE. Tus embustes no nos dores;
¿qué hacíais aquí en el puerto?

LORENZO. Vine porque he descubierto
unos divinos amores;
y aunque en adquirirlos gano,
tan enamorado estoy
que cual cuerpo muerto estoy
con la candela en la mano.

ARDÍN. ¡Perro!, ¿pues tú te enamoras?

LORENZO. Ese es de amor el misterio,
porque en este cautiverio
tenga de alivio dos horas.
JARIFE. ¿Y tú estás enamorado
como este galgo?
MARTÍN. También.
JARIFE. ¡Basta, que ambos quieren bien!
LORENZO. Tal dama nos ha mirado.
JARIFE. ¿Qué así lo confesáis?
MARTÍN. Sí;
que nos hace mil regalos,
ARDÍN. El amor les quita a palos.
JARIFE. Es fuerte, no saldrá así.
Tomad al hombro estas redes
y seguidme.
MARTÍN. Ya te sigo.
LORENZO. ¿Virgen, vos no vais conmigo?
Pues vos me haréis mercedes.
ARDÍN. En parte esas redes pon
que no se rompan.
LORENZO. Harélo.
Ahora me puede el cielo
envidiar el corazón;
que es tan grande la alegría
que hoy en mi alma nació
que vivo y no vivo yo
porque viva en mí María.
(Vanse.)

JORNADA TERCERA

(Salen el REY *y* ARDÍN.*)*

REY. ¿Que no te respondió bien?
ARDÍN. Antes viéndome, señor,
las puertas cerró a tu amor
y abriólas a su desdén.
No hay basilisco tan bravo;
juzgárasla, si la ves,
que ella la señora es
y que tú eres el esclavo.
Pienso que de tu corona
ser la homicida conciertas.
REY. Llégate, y llama a esa puerta;
veamos esta leona.
ARDÍN. ¿Entraré?
REY. Entra, y haz que salga
a verme.
ARDÍN. Si gritará.
REY. Ella me obedecerá,
si tiene sangre de hidalga.
Ve.
ARDÍN. Voy.
(Vase.)
REY. De tu amor me quejo,
que me tengas en tan poco,
por presunciones de un loco
y disparates de un viejo.
¡Y que al rigor puertas abras!
¡Que a mi amor seas desleal!
¡Ah, damas cristianas, mal
sabéis sustentar palabras!
¿Conmigo esta tiranía?
¿Qué, tan poco he de poder?
(Sale JIRONELA *con hábito de la Merced.)*
JIRO. Salgo a verte por tener
a tus cosas cortesía.
¿Qué es lo que quieres, señor?
REY. ¿Pues cómo sales así?
JIRO. Soy mejor de la que fuí,
y así el hábito es mejor.
Toméle con pecho franco,
por que al punto de la muerte
echando suertes no acierte
a salir la mía en blanco.
Tu favor te restituyo,
que si el pecho que contemplo
de Cristo y María es templo,
mal podrá ser templo tuyo.
Aquella simple paloma
su trono le quiere hacer;
mira cómo puede ser
trono injusto de Mahoma.
Deja esas pasiones, Rey,
y a más noble gusto aspira.
REY. Y tratar al Rey mentira,
¿es disposición de ley?
Conforme en todo has venido;
que es bien que en mi mortal calma
la que ha mudado de alma
mude también el vestido.
Mas, pues con falso favor
tu inconstancia representa,
es justo también que sienta
las leyes de mi rigor.
JIRO. Haz tu gusto.
REY. Mejor es
que vuelvas a mi amistad;
y advierte.
(Va a asirla de la mano y sale ARMENGOL.*)*
ARMEN. De liviandad
indicios, señor, no des.

Vence esa torpe afición
que a fuerza de tus rigores
no es lícito que desdores
prendas que tuyas no son.
Que aunque están ahora en empeño,
advierte que son ajenas,
y has de volverlas tan buenas
como te las dió su dueño.

REY. ¡Vete de ahí!

ARMEN. No me iré,
si primero no te vas.

REY. Vete, y no me incites más.

ARMEN. Vete tú, que no podré
irme yo, si ese ángel bello
no le llevare conmigo.

REY. Pondré ¡por Alá!, enemigo,
mis plantas sobre tu cuello.

ARMEN. Haz de mí lo que quisieres,
como a mi hermana no ofendas.

REY. Gozaréla.

JIRO. No pretendas
decaer, Rey, de quien eres.
Apártate; llega, hermano,
abracémonos los dos.

(Abrazándose.)

REY. ¡Matadle!

ARMEN. En morir por Dios,
vida perdurable gano.

ARDÍN. ¿Qué quieres con éste hacer?
Pues al concierto faltó
del plazo que se cumplió
el término puesto, ayer.
Hoy hace treinta y un días
que se partió el alfaqui,
y éste sin duda está aquí
buscando a su Rey espías.
Con él y los suyos cierra;
usa en ellos tus castigos,
que a tus propios enemigos
no has de fiarles tu tierra.

REY. ¿Que el plazo cumplido está?

ARDÍN. Desde ayer.

REY. Prende a ese perro.

ARMEN. El castigo de tu yerro
a mi virtud se le da.
Pero cuando estés más fuerte
en quererme castigar,
más firme me has de hallar
para padecer la muerte.

JIRO. Rey que de veras porfías
en tus rigores tiranos,
no atéis las cristianas manos
de mi hermano, atad las mías.
Tomadlas.

REY. Tente, recela
mi crueldad.

JIRO. Ese rigor
usad conmigo.

ARMEN. Valor.
hay en la mi Jironela:
En la rigurosa pena
del Rey, mi bien asesoro,
porque no hay cadena de oro
que iguale a aquesta cadena.
Pena, mis penas, no os den;
antes, si tenéis nobleza,
aprended de esta firmeza,
para tenerla más bien.

REY. Llevadle.

ARMEN. Deja, la dé
estos últimos abrazos.

REY. ¿Tú habías de poner los brazos
donde yo puse mi fe?
¿Que le detenéis?

JIRO. Primero
a mí me verás matar,
que le deje de abrazar.

REY. ¡Ingrata, vete!

JIRO. No quiero.

ARDÍN. ¡Tente, quita!

JIRO. Con las palmas
le he de ceñir.

ARMEN. Tus enojos
cesen ya, que por los ojos
se dan abrazos las almas.

JIRO. ¿Qué es lo que haces, tirano?

REY. ¡Que ésta así, mi gloria borre!
Ponédmela en una torre,
a ver si la habla su hermano.
No se detenga, llevalda;
quitádmela de delante.

JIRO. Adiós, precioso diamante.

ARMEN. Adiós, preciosa esmeralda.

REY. ¡Que haya en gente mal nacida
contra un rey atrevimiento!
Ardín, vete y al momento
quita a ese perro la vida.
¿Cómo no te vas?

ARDÍN. Ya voy.

(Lleva ARDÍN *a* ARMENGOL *y otros moros a* JIRONELA.*)*

REY. Y pues el bien me dilata,
puesta en prisión esta ingrata
echará de ver quien soy.

(Vanse y salen LAMBERTO *y* FRANCISCO.*)*

LAMB. Llegó el plazo, por mi mal,
y el redentor no ha venido.
FRANCO. No estés, Lamberto, afligido.
LAMB. Fué a la persona real
hecha, amigo, la promesa;
ya sabes cuanto es cruel.
FRANCO. Huélgate en este vergel
mientras tu disgusto cesa.
LAMB. Verde siempre podrá estar,
deleitando mis enojos,
pues vierten agua mis ojos
para poderle regar.
FRANCO. Acaba, señor, no llores.
¿De qué sirve ahora tu llanto?
Alégrate, y entretanto
coge alguna de estas flores.
LAMB. Mi afrentoso vituperio
sólo se aplica a esta flor,
que en su amarillo color
se cifra mi cautiverio.
Esta es de mi voluntad;
quédense esas flores bellas,
pues falta ahora de entre ellas
la flor de mi libertad;
que tanta pasión me cuesta.

(Salen los MOROS *con* ARMENGOL *y con* PREGONERO.*)*

MORO. A más tiempo no aguardemos;
tirad, con él acabemos.
LAMB. Amigos, ¿qué grita es ésta?
TAMBOR. Manda el Rey, nuestro señor,
que de un árbol empinado,
este hombre sea ahorcado,
por revoltoso y traidor.
ARMEN. Traidor no, sábelo el cielo
y aquella luciente estrella
que fué, quedando doncella,
madre de nuestro consuelo.
Decid, muero por leal
a mi Dios.
LAMB. Ojos, ¿qué veis?

(Descúbrese JIRONELA *en una reja de una torre.)*

JIRO. Rejas, ¿no me dejaréis
ser en las penas igual
con mi hermano?
LAMB ¡Hijo querido!
¡Partidme este corazón!
¡Detente!
ARMEN. De mi pasión
no quedéis, padre, afligido.
En vuestra memoria esté
soberano regocijo,
pues Dios os ha dado un hijo
que es diamante de la fe.
Esta constancia crecida
os sirva de pecho fuerte,
para recibir la muerte
por el señor que os dió vida.
Mirad, qué tierno os contemplo
en trabajos, advertí
que toméis ejemplo en mí
como sabéis dar ejemplo.
LAMB. Contigo, hijo, morir quiero
ARDÍN. No te queremos matar.
LAMB. Pues dejádmele abrazar.
ARMEN. Llega.
LAMB. ¡Que mueres!...
ARMEN. No muero.
Vivo en Dios, que es vida eterna;
que esta muerte que desdeño
para el alma es breve sueño.
A aquella paloma tierna
me consolad.
JIRO. ¡Ah, tirano!
Rompe esta cárcel cruel
y que un lazo y un cordel
nos mate a mí y a mi hermano.
Abríos, rejas, saldré
a acompañar en el mal
al que en mi pena mortal
causa de mi dicha fué.
¿No os enternecéis?
ARMEN. Hermana:
haya ese valor en vos
siempre, y acompáñeos Dios.
LAMB. Nueva pena mi alma gana.
Mal hago si a Job no imito.
Vos me los diste, señor,
y vuestro es este rigor,
sea vuestro nombre bendito.
ARDÍN. Vaya.
ARMEN. En vuestra tiranía
granjeo una eterna palma.
JIRO. ¡Ay, hermano de mi alma!
LAMB. ¡Ay, hijo del alma mía!
Seguiréle hasta el lugar
donde ha de morir.
ARMEN. Con vos,
Virgen y madre de Dios,
quiero el alma recrear.
Sed con mi alma, Señora,
luna clara, sol hermoso,
cedro y ciprés oloroso,
lucero abierto a la aurora;
mirra electa, rosal santo,

jardín de eterno consuelo,
escala y punta del cielo,
de los infiernos espanto,
bálsamo rico.

ARDÍN. Tapad
la boca a aquese enemigo.

ARMEN. ¡Virgen María, id conmigo!

LAMB. ¡A mí esa muerte me dad!

(Vanse y salen los tres cautivos y JARIFE *y otro moro.)*

JARIFE. Haced en breve la leña,
y no sea menester
nuevos cautivos traer.

MARTÍN. Gastaráse así una peña.

JARIFE. Escoged de esa montaña
lo que os parezca mejor.

LORENZO. Yo haré aquí mi labor.

FRANCO. Y yo la hiciera en España,
a poder; más algún día.

JARIFE. ¿Qué gruñes, cristiano perro?

FRANCO. Lloro, amigo, mi destierro.

JARIFE. Darele muerte, desvía.

FRANCO. Humilde a servirte vengo,
¿por qué castigarme quieres?

MORO. Cristiano, vete y no esperes.

FRANCO. Hacer mi cargo prevengo.

MORO. Entraos en esa espesura
y empezad vuestra tarea.

MARTÍN. ¡Ah, vida!, quien te desea,
su misma muerte procura.

FRANCO. No repliques, ven.

MARTÍN. Ya voy.

(Vanse.)

LORENZO. Solo me han dejado aquí.
Virgen, ya que merecí
sacaros de aquel rigor (1),
también merezca alcanzar
de mis desdichas remedio,
para que os alabe en medio
de este vil desesperar.
Soberbias e incultas ramas:
a mi golpe os ablandad;
halle en vosotras piedad,
pues me abraso en vivas llamas
en este agravio cruel.
Virgen, fuerte me halláis
porque sé que me ayudáis
a llevar la carga de él;
pero ¿qué ha de ser de mí
si me falta vuestra ayuda?

(1) «Rigor» no es consonante de «voy» como pide la redondilla.

(Aparécese un ANGEL.*)*

ANGEL. De temor tu alma desnuda;
que el cielo sirve por ti.
De tu amor agradecida
la que es de Dios tierna Madre
delante el Eterno Padre
es muralla de la vida.
Ten en ella confianza;
que en esta riguridad,
con alegre libertad
dará fin a tu esperanza.
Pero cuando libre llegues
a Cuenca, tu patria amada,
a la religión sagrada
de la Merced, luego entregues
ese retrato divino,
que en tu pecho ahora aposentas,
para remate de cuentas
de tus prolijos caminos (1).
Allí estará como extraña;
mas, por milagroso ardid,
se trasladará a Madrid,
siendo la corte de España;
donde rigiendo la silla
suya Felipe Segundo
será milagro del mundo,
y honra eterna de Castilla;
y teniendo en sus comedios
una imagen fabricada
de esta Orden sea llamada
la Virgen de los Remedios.
Queda en paz, y en mucho ten
que eres de esta gloria autor.

(Vuela.)

LORENZO. Aguarda, mira, señor:
oye, escucha, mira, ten.
¿Que te fuiste? ¿Que me dejas?
Tu ausencia amarga desdora
el contento con que ahora
regalaste mis orejas:
Vuelve, paraninfo santo;
estimaré tu amistad.

(Dentro.)

JARIFE. Con los haces caminad.

LORENZO. ¿Con los haces?; bueno, tanto.
¿A qué venimos al monte?
Mucho debe haber sin falta,
pues veo ahora que falta
la luz de aqueste horizonte.

(1) Así en el original; pero mejor se escribiría «prolijo camino».

¡Triste!; ¿qué tengo de hacer,
que aun no he hecho haces yo?

(Hay un haz de leña junto a él.)

Mas ¿quién éste me cortó?
En mi pena echo de ver,
vuestros favores, Señora;
que este haz, aparecido
de vos, Virgen, traza ha sido;
vos sois de mi auxilio autora.
Cargarle he con santo celo;
que en vos llevo confiado
que ha de ser poco pesado,
peso que me ofrece el cielo.
Regalo esta carga da.

(Vuelven a salir y los cautivos con haces de leña al hombro.)

JARIFE. Caminad.
LORENZO. Ya yo os espero.
MORO. Buen haz es el del postrero.
LORENZO. Es que hecho aposta está.
JARIFE. Vamos.
LORENZO. El cielo os alabe,
Virgen y madre de Dios,
que carga dada por vos
es para el alma suave.

(Vanse y sale LAMBERTO.)

LAMBERTO.

Desierta playa de piedras ajena;
agua inconstante y líbicos bajeles,
infierno de murallas coronado;
montes de Jelboè, agostada arena;
ministros, a la par, del Rey, crueles;
tiempo más que áspid sordo; cielo airado,
dadme a mi hijo amado;
dadme al mártir constante,
en cuyas plantas bellas
han hecho las estrellas
un divino bordado semejante
a un pedazo de cielo,
por su virtud, por su obediencia y celo.
¿Adónde está la luz de aquellos ojos,
gloria del mundo y de la tierra soles?
¿Dónde está de mi alma la alegría?
Murió el sol, y vivieron mis enojos;
de luto aderezó sus arreboles,
por más aumento de la pena mía.
Parece fantasía
o algún pesado sueño
mi muerto regocijo;
que es de Armengol, mi hijo,
tesoro incierto que mi sueño es sueño.
Quiero a voces llamarte
por ver si ellas podrán resucitarte.

(Sale enlutada JIRONELA.)

JIRO. ¿Ah de abajo?
LAMB. ¿Quién me llama?
JIRO. ¿Quién quiere Dios que me aflija?
LAMB. ¿Qué quieres, amada hija?
JIRO. ¿Es mi padre?
LAMB. Es quien te ama.
JIRO. Sed tengo, dadme a beber.
LAMB. Si agua importa [te] regale,
la que de mis ojos sale
podrá ese oficio hacer;
porque tanta de ellos corre,
que si no vengo a acabar,
en breve podrá llegar
a las rejas de esa torre.
JIRO. Padre, paciencia tened;
que hoy mi vida se remata,
que no es hambre quien me mata,
mas quien me aflige es la sed.
LAMB. ¡Cielos, si tenéis piedad
con las miserables gentes,
haced vuestras nubes fuentes
y agua que beba le dad.
JIRO. ¡Oh, fuerte y rabiosa guerra!
¿Cómo mi remedio tarda?
LAMB. Hija, ya la busco; aguarda.

(Sale NOLASCO.)

¡Gloria a Dios, que tomé tierra!
Volvé acá, noble Lamberto;
¿pues cómo no me abrazáis?
LAMB. ¡Ay, padre!
NOLASCO. ¿De qué lloráis?
LAMB. Casi a decirlo no acierto.
JIRO. ¡Que muero!
NOLASCO. ¿Quién voces da
entre prisiones metida?
LAMB. Mi Jironela querida
NOLASCO. ¿Por qué causa presa está?
LAMB. Por buena; porque a Dios ama;
porque a este Rey aborrece.
NOLASCO. ¿Cómo Armengol no parece?
LAMB. Mi Armengol...
NOLASCO. ¿Qué?
LAMB. Vive en fama.
NOLASCO. ¿Dónde está?
LAMB. En el cielo.
NOLASCO. ¿Dónde?
LAMB. En el cielo.
NOLASCO. ¿Que murió?
LAMB. El Rey, matarle mandó.

NOLASCO. Mal a ser Rey corresponde.
¿Por qué ejecutó el castigo?
LAMB. Diréselo, si entretanto
no quedo en un mar de llanto
deshecho.
NOLASCO. Dímelo, amigo.
LAMB. Tenía el Rey afición
a Jironela, mi hija,
que como tierna muchacha
se ablandó con sus caricias.
Mas no pudiendo gozarla,
porque en mi Armengol tenía
un capital enemigo,
y un Argos de larga vista;
luego como se cumplieron
del plazo los treinta días
y del rescate esperado
hicieron falta las ditas,
prendieron a mis dos hijos,
con crueles tiranías,
a Jironela por casta,
a mi Armengol por espía.
Ella en esta torre está,
poniendo fin a su vida;
él, al Señor rindió el alma
en defensa de la crisma.
No estuvo dos horas preso
cuando con aleve grita,
en estas calles de Argel
le sacan a la marina,
con pregoneros delante,
que en voz alta repetían,
que moría por traidor
y por padre de mentiras.
Viérasle entre los sayones,
como otro fuerte Bautista,
hecho otro Jacob constante,
otro celador Elías.
Despidióse de su hermana,
llevó la bendición mía;
la de Dios lleve su alma
a su folganza infinita.
Turbóse el sol a este tiempo;
el mar se convirtió en tinta;
el aire alzó remolinos;
la tierra tembló en sí misma;
todo hizo sentimiento,
y en esta confusa grita,
todo lo miraba Nero
y él de nada se dolía».
Al fin, de un árbol bien alto
colgó aquella piedra fina
del edificio sagrado
de la Virgen Sacratísima.
NOLASCO. ¡Que es muerto mi amado hermano!
¡Que mi claro sol se eclipsa!
LAMB. Ya dió tributo a la muerte.

(Sale el REY *y moros.)*

REY. ¿Que el arena de Argel pisa?
ARDÍN. Señor, sí.
REY. Tardóse mucho;
no cumplió la fe debida.
NOLASCO. ¡Rey cruel!, ¿por qué borraste
de mi alma la alegría?
Dame vivo a mi Armengol;
dame el alma que me anima.
¡Que quebraste tu palabra!
No eres Rey, sino homicida.
REY. Redentor, ve poco a poco:
yo he cumplido la fe mía;
tú no, pues fuera del plazo
han pasado ya tres días;
no te descomidas tanto;
te ahorcaré de otro árbol,
como a ese que ahora miras.

(Descúbrese a ARMENGOL *colgado de un árbol. La Virgen le tiene el cordel y los ángeles los pies.)*

NOLASCO. ¡Oh, cuerpo de aquel, cuya alma
entre las santas habita;
dejadme que a besar suba
aquesas plantas divinas!
ARMEN. No llores, padre Nolasco;
que en el árbol tengo vida,
porque me ampara la sombra
de la gloriosa María.
N.ª SRA. Porque mi devoto has sido,
y porque de mí confías,
la vida, amigo, te he dado:
vida justamente habida.
Angeles, bajad el cuerpo
(Bájanle.)
a esta tierra infiel e indigna;
y estima, gran General,
a quien los cielos estiman.
LAMB. ¡Señora, tantas mercedes!
¡Hijo!
ARMEN. ¡Padre de mi vida!
NOLASCO. ¡Padre mío!
ARMEN. Hijo tuyo.
REY. ¡Por Alá, gran maravilla!
¿Vivo estás?
ARMEN. Vivo estoy, Rey;
que Dios defiende las vidas
de los que por él pelean.

REY. Bien esta visión lo afirma.
Desde hoy os doy libertad,
Lamberto, a ti y a tu hija;
no quiero rescate vuestro:
Alá vay en vuestra guía.
Y tú, redentor honrado,
el dinero que traías
gasta en redimir cautivos,
licencia tienes, camina.
Bajeles te doy, gracioso,
en que vuelvas; date prisa:
y tú, Armengol, ven conmigo,
dame cuenta de tu dicha.
ARMEN. Daréte gusto, señor.
REY. Caminad.
ARMEN. ¡Virgen María!:
quien se arrima al árbol vuestro
buena sombra le cobija.

(Vanse y sale el REY DON JAIME *y el* ALMOJAFAR.)

D. JAIME. ¿Van bien vestidos los pobres
que os encargué?
ALMO. Señor, sí;
que si los tratas así
fía que en tu corte sobres
de miserables mendigos.
D. JAIME. Hónrolos con afición;
porque para el cielo son
los más honrados amigos.
¿Llevastes al hospital
las gallinas que os mandé?
ALMO. Todo como cosa fué
de la persona real.
D. JAIME. ¿Qué llevastes a los presos?
ALMO. Las raciones ordinarias.
D. JAIME. Son al gusto necesarias.
ALMO. Como crecen los sucesos
crecen también las prisiones,
y así ya hay necesidad
de alguna más cantidad.
D. JAIME. Pues multiplicad raciones;
que en esta triste cadena
basta la prisión por pena
sin que anden también hambrientos.
Haced que no los aflijan,
que de su mal me disgusto.
ALMO. Haráse en todo tu gusto.

(Sale el ALCALDE.)

ALCALDE. ¡Por Dios, se me regocijan
las entrañas acá dentro
desde que ví a su mercé!
¿Han vido? Gordo está a fe.
D. JAIME. Estimo en mucho este encuentro.
Seáis bien venido, compadre:
¿qué os habéis tantos días hecho?
ALCALDE. No he sido a Dios de provecho;
porque se enfuntó mi madre
y hízome su badea.
ALMO. Decid, «albacea».
ALCALDE. ¡Mirá!
¿todo no se sale allá?
Y héme estado en el aldea,
héndole las obras frías.
ALMO. Las «obras pías».
ALCALDE. Callá,
que todo se sale allá.
Y, por Dios, que ha buenos días
que no sé de él nueva alguna;
aunque estos días cercanos
le envié unos besamanos
con mi suegro Juan Laguna.
Mas no creo se los dió
con su aquellotro de garbo;
que según es butrio y barbo
sospecho se le olvidó.
D. JAIME ¿Cómo estáis?
ALCALDE. Pardiós, no bueno;
que en esta mala ventura
de ir y venir por el cura
me ha hecho mal el sereno.
Mas ya, gloria a Dios, yo sano
y así a visitarle vengo,
porque enojo con él tengo;
mire, yo soy claro y llano.
Sepa que lo ha hecho mal
en no volverme el dinero
que le di, que ha un año entero
que me tiene sin caudal.
Esto es el mundo al revés;
mas si en ser tramposo da
y no paga, buscará
quien se lo preste otra vez.
Su sayo le traigo aquí;
guárdele allá su mercé
y esas blanquillas me dé.
D. JAIME. ¿Que estáis enojado?
ALCALDE. Sí;
¡pardiós!
D. JAIME. No tenéis razón;
que aquí tengo con cuidado
vuestro dinero guardado.
ALCALDE. Señor, prenda es de garzón.
D. JAIME. No más, el sayo os llevad;
y por el bien que me hicisteis,
cuando el dinero me disteis

con hidalga voluntad
para descuento del daño,
pues cien sueldos son de cuenta,
quiero que gocéis de renta
tantos escudos cada año.
¿Queréis más?

ALCALDE. Guárdele Dios;
que a fe, que a no me pagar,
le tenía de emplazar.
Deme el principal.

D. JAIME. Id vos;
y haced que luego le den,
a mi amigo, mejorados,
cien sueldos y cien ducados.

ALCALDE. ¿Eislo entendido?

ALMO. Muy bien.
Venid.

ALCALDE. Vamos. Cien, ¿qué dijo?

ALMO. Cien ducados.

ALCALDE. Debe ser
eso, cosa de comer.

ALMO. Sí.

ALCALDE. Vamos.

(Vanse.)

D. JAIME. Con regocijo
me ha dejado este buen hombre;
mas ya que tengo lugar,
Virgen, será justo dar
alabanza a vuestro nombre;
que en vos, Madre de afligidos,
mi sentido se desvela.

(Descúbrese una galera con los cautivos.)

LORENZO. ¡Amaina, amaina la vela!

MARTÍN. Puesto que somos perdidos.

FRANCO. Cortá la jarcia al timón.

LORENZO. Desata esas obras muertas.

MARTÍN. Las tablas están abiertas.

FRANCO. Cierta es nuestra perdición.

D. JAIME. Voces de gran desconsuelo
todo este horizonte encierra.

MARTÍN. Pues no hay remedio en la tierra,
acudamos al del cielo.

LORENZO. Pues faltan humanos medios
en esta necesidad,
vuestro remedio nos dad,
Señora de los Remedios.

FRANCO. ¡Que perecemos, Señora!

MARTÍN. ¡Que acabamos, Virgen Santa.

D. JAIME. Grande rumor se levanta.

LORENZO. Mostradnos quién sois ahora,
Virgen, ya el bajel camina;
ya nuestra ventura empieza;
ya con la proa endereza
a la cristiana marina.

(Descúbrese Nuestra Señora en la gavia.)

En la gavia ha aparecido.

NOLASCO. ¿Qué más gloria deseáis?

LORENZO. ¡Bendita, Virgen, seáis!

(Desembarcan.)

ARMEN. Esta merced, vuestra ha sido.

LAMB. ¡Tierra!: mil veces te beso.

JIRO. Mil veces te toco, arena.

FRANCO. Aquí hizo fin mi pena.

(Salen ARMENGOL, *con estandarte de la Merced, los cautivos con luces y* NOLASCO *con la Virgen.)*

MARTÍN. De ventura extraño exceso.

D. JAIME. Virgen, con esta venida
mil regocijos me dais.
Mis hijos, con bien vengáis.

NOLASCO. El cielo aumente tu vida.

D. JAIME. Abrazadme. ¿Venís buenos?

LAMB. Buenos; gloria sea al Señor.

D. JAIME. Mi Dios, de vuestro favor
he visto los campos llenos.
Vamos, con grande alegría,
en los ánimos cristianos,
a dar loores soberanos
a la bendita María.

LORENZO. Y yo, a mi imagen sagrada,
por fin de mi vencimiento
le daré el debido asiento
en Cuenca, mi patria amada.
Sagrada Virgen, venid;
que aunque ahora en Cuenca estéis,
para más gloria, seréis
abogada de Madrid.

D. JAIME. Pues para la procesión
todo el pueblo se prevenga;
y aquí, senado, fin tenga
La Orden de Redención.

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

Pág.	*Col.*	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
1	1	11	aplauso,	agrado;
1	2	20	estotras	estotra
2	1	5	admira	admira;
2	1	10	temor	su honor
2	1	12	miedo	nido
3	1	4	pretada	apretada
4	1	31	pesia a tal	pesia tal
11	2	44	tenido	temido.
20	2	24	alegre	alegres
23	1	14	honor	amor
35	1	41	nuerte	muerte
35	1	Ultima.	detreminas	determinas
36	1	33	razón	ración
39	1	18	daráme	daréme
41	2	22	libros en que	libros que
41	2	34	Vuesa señoría,	Vueseñoría,
49	1	30	más de	más ha de
57	2	42	desatino	desatina
60	2	46	de su poca	de su loca
65	1	4	quién eres?	quién eres, di?
65	2	14	cuerdo?	cuerdos?
65	2	38	señorío	secretario
69	1	39	mandando	llorando
69	1	Penúltima.	habla	halla
69	2	14	comienza tirar	comienza a tirar
78	2	29	remos	iremos
81	1	Ultima.	Su Majestad	Vuestra Majestad
83	2	43	pidra	piedra
84	2	47	se abajan	si abajan
89	2	26	simpide	impide
92	1	22	pasado, y pienso	pasado ya, y que pienso
93	2	3	Soy tú mismo,	Soy Luzbel,
93	2	21 a 25	Este pasaje debe ponerse así: con monte y todo. *(Pasa el monte de una parte a otra con* PEREGRINO.*)* PEREGR. ¿Qué es esto? ¡Cielos! Piedad. FÉNIX. Ya que estás	
94	2	7	echa	echaba
98	1	43	esposa	esposas
103	2	39	culto	cuerpo
114	1	37	quejáis, Conde,	quejáis, ilustre Conde,
115	1	14	el curso	en el curso
118	2	13	nche	noche
119	1	16	aunque estoy	aunque yo me estoy
119	1	18	ocasión me	ocasión ahora me
119	2	33	vuestra belleza	vuestra grande belleza
119	2	41	quiero amar	yo quiero amar
119	2	43	tú causa	tú solo causa
121	2	1	busconería	bufonería

Pág.	*Col.*	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
128	1	34	libertad	lealtad
128	2	42	da honras	da tantas honras
134	2	37	enmorada	enamorada
141	1	38	me han	me ha
141	2	18	desués	después
147	1	5	parde	padre
153	1	2	importa el	importa o
154	1	28	casmiento	casamiento
154	2	10	tenr	tener
155	2	47	idchoso	dichoso
155	2	48	perdid lo que lloráis;	perdido lo lloráis;
158	2	45	ae triste	¡ay triste!
173	2	41	bordárale	bordarále
199	2	32	¡ay que	«¡Ay, que
199	2	33	fuego?	fuego?»
211	2	23	u noble	su noble
211	2	24	aron il,	varonil,
212	1	38	naa.	nada.
214	1	26	No diré	¿No diré
214	1	27	así.	así?
214	1	36	loco usto	loco gusto
215	1	16	Sois su	Soy su
215	1	22	servido.	servidos.
215	2	41	en aquellos van	en que ellos van
218	2	9	Endimión humilla.	Endimión se humilla.
219	2	8	vió a	vió la
222	1	5	viento	tiempo
223	2	17	hermosa fea	hermosa o fea
225	2	4	cielo	suelo
225	2	31	nestro	nuestro
229	1	14	loca hermosura	loca querella
230	1	11	sin amor.	sin amor
230	1	12	¿Quién	quien
230	1	12	tener?	tener.
235	2	Penúltima.	de tuyo	del tuyo
244	1	28	Mas que	¿Mas que
244	1	28	condado.	condado?
249	1	3	mudo	Mudo
250	1	3	Do	Dios
252	2	36	Auero	Avero
254	2	29	si alzare	ni alzare
259	1	14	esñoles?	españoles?
262	1	37	Tomar	Inés
269	2	35	tiro,	tiró,
279	2	38	en ella vienes.	en ella viene.
281	1	15	cobraran	cobrarán
284	1	17	sanre	sangre
289	1	8	torció la pica	terció la pica
289	1	38	vello	velo
289	2	33	cimero	cimera
290	1	9	amor sus	amor a sus
290	1	19	a Josué, David,	a Josué a David,
292	1	29	tocar	trocar
292	2	14	GAR.	GAR. *(Entrando.)*
299	1	18	ha sido	has sido
299	1	22	*(Baja*	*(Vase*
299	1	24	esto he sufrido.	¿esto he sufrido?
303	2	22	Vive Dios, que le maté	¡Vive Dios, que le mate!
306	1	39	que quiera	que me quiera
306	2	5	dejes y viva	dejes viva
308	1	42	su grey	tu grey
309	2	47	alguien	a quien
309	2	50	duedo	puedo
310	1	18	le ofrece	se ofrece
310	1	40	¿Eres moro?	Eres moro.
311	1	46	ni el alba	ni el ave
316	2	37	María bella,	maravilla,
			(Por consiguiente, sobra la nota de esta página.)	
322	2	34	(Después de este verso falta una quintilla en que nombre a la persona que se casará con Felipe, es decir, doña Juana la Loca.)	
324	1	25	permitiva	primitiva
326	2	45	asiento	aliento
342	1	20	conmigo	castigo

Pág.	*Col.*	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
346	2	8	seso?	seso
346	2	9	¡Ah, buenas noches!	a buenas noches
347	1	16	escuche	escuché
351	1	43	Ya	y a
351	1	45	como	Como
355	1	22	dudas? (1)	dudáis?
355	1	41	paciente	impaciente
356	1	1	Temed	REINA. Temed
357	1	8	gentes amo.	gentil amo.
359	2	19	Y a la	Ya la
360	1	37	mis pensamientos,	mil pensamientos,
360	2	34	ciertos afectos	ciertos efectos
363	2	44	juntan	junta
365	1	20	conforme,	conformes,
366	2	38	ya en la vista	ya la vista
367	1	24	si es aquesta	si es esta
368	2	29	estos duelos,	estos recelos,
381	2	7	ya la mar	ya a la mar
381	2	48	lo deje	lo dejes
383	2	29	tecibió	recibió
386	2	25	de ellos	de ello
387	2	28	perdonarlo los	perdonar los
390	1	11	ha sido	has sido
391	1	46	papel, y yo	papel, yo
393	1	20	Es mentira	¿Es mentira
393	1	22	presencia:	presencia?
395	2	1	estudiar	estudiara
403	2	34	Pues por	LEO. Pues por
406	1	1	cada cual	de cada cual
416	2	15	pes de	pesa de
425	1	47	rey se	rey ser
430	2	7	Ser puede	Ser puedes
432	2	14	te di	le di
434	1	20	y el dinero	del dinero
434	2	2	tanto que no	tanto no
435	2	11	y no	y yo
438	1	14	dichaquí	dicho aquí
438	2	34	jurar,	jugar,
439	2	45	dicho de boca	dicho en boca
440	1	Ultima.	se viene	se vive
441	1	29	en la	la
447	1	31	ma cada	mascada.
449	2	1	nave	llave
452	1	26	cosa	casa
452	1	32	posa	pasa
452	1	38	este silla	esta silla
452	2	4	el gusto	es gusto
452	2	6	aquí hacéis	aquí halléis
453	1	44	suplicar	suplicarte
453	1	45	(Falta aquí un verso.)	
460	1	21	renováronse	renovaránse
469	2	22	FERNANDO.	FEDERICO.
469	2	40	desta carta	desta casa
479	2	44	más de que	más que
482	2	Penúltima.	nosotros	vosotros
490	2	7	mil fuerzas	mis fuerzas
497	2	15	quedarme sin	quedar sin
499	1	17 y 18	Estos dos versos deben leerse así: FLO. ¿Pues qué sospecha, señor, de que le alabe te alcanza?	
508	2	43	tus cuidado	tu cuidado
509	2	30	¿Estribo	¿Estriba
515	2	11	culpado	culpada
519	2	31	etá, como si le vieseis,	está como si le vieses,
521	1	33	Pártela tú	Póntela tú
521	1	37	No diga	No digo
527	2	51	Hombres	Hombre
528	1	24	que el Duque	que al Duque
528	2	49	alma, pido	alma mía
529	2	5	aumente	aumenta
530	1	7	como tal	como a tal
532	2	33	diera un	diera a un
535	1	40	hay aprecio	hay precio

Pág.	*Col.*	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
543	1	23	pude dar	puede dar
544	2	32	ALE.	EST.
546	1	47	suipérante	supiérante
561	2	17	paa darla en una danzar,	para darla en una danza,
561	2	18	que ha	que han
565	1	23	que de	que le de
573	2	23	padre. Si	padre, si
573	2	24	piedad los	piedad nos
574	1	7	(Falta el último verso de esta octava.)	
574	1	23	le enviaba	te enviaba
578	2	17	piensa	pienso
588	2	Ultima.	y a mí, Pedro	ya, mi Pedro
591	2	24	esgañando	engañando
597	1	1 a 3	Este pasaje debe ponerse así: LEONARDO. ¿De qué manera? PADRE. Yo fuí del Gran Señor en [sus jardines,	
603	2	6	le da	te da
608	1	47	que creo que	que cree que
610	1	27	Al tocar los sube	¡Alto, Carlos, sube
610	1	34	(Después de este verso falta una redondilla en que se hablaría de la fruta.)	
610	1	50	mi cencia	mi licencia
615	1	30	en diez mil años	en diez Milanes
619	2	42	s amparo	si amparo
620	1	18	Crispina, debes por ver.	Crispina de responder.
626	2	23	avisarás.	avisaréis.
626	2	31	este paje	aqueste paje
626	2	32	fidelidad	debilidad
638	2	7	amidas	Amiclas
640	1	39	no puede reportar el alboroto,	no pude reportar el alborozo,
643	1	18	celada	velada
643	2	21	Podré	podré
645	2	15	Achiles	Aquiles
646	1	41	*cáesela*	*cáesele*
648	2	18	detente	de duende
649	1	7	modera	modera;
651	1	30	terreno	terrero
651	2	13	dndome	dándome
651	2	15	No vengo	Yo vengo
660	1	6	que el elcfante	que elefante
668	2	Ultima.	meneste serrá	menester será
669	1	Ultima.	pero sí el sentido	pero ni el sentido

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Diccionario de la Lengua Española, XV edic., 1925, fol.; rúst., 40 pesetas; pasta, 48,50.
Diccionario Manual e ilustrado de la Lengua Española, un tomo en 8.° menor, tela, 20 pesetas.
Gramática de la Lengua Española, 4.° rúst., 10 pesetas.
Compendio de la Gramática, destinado a la 2.ª enseñanza, 8.°, rúst., 2 pesetas.
Epítome de la misma *Gramática*, para enseñanza elemental, 8.°, rúst., 0,50 de peseta.
Prontuario de Ortografía Española, 8.°, rúst., 0,75 de peseta.
Obras poéticas del Duque de Frías, 4.°, rúst., 10 pesetas.
Obras poéticas de don Juan Nicasio Gallego, 8.°, rúst., 5 pesetas.
El Fuero Juzgo, en latín y en castellano, folio, rúst., 8 pesetas.
El Fuero de Avilés, por don Aureliano Fernández-Guerra, 4.°, rúst., 5 pesetas.
La sepultura de Cervantes, por el Marqués de Molíns, 8.°, hol., 3 pesetas.
Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras, por el Marqués de Molíns, 8.°, rúst., 6 pesetas.
Cantigas de Santa María, de don Alfonso el Sabio. Dos tomos; pasta, 200 pesetas.
La Música de las Cantigas, estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna, por don Julián Ribera. Tomo III de la obra anterior, 100 pesetas.
Estudio histórico y filológico sobre las Cantigas, por el Marqués de Valmar, 8.°, tela, 5 pesetas.
Antología de Poetas Hispano-Americanos, cuatro tomos; cada uno, 20 pesetas.
Obras de Lope de Vega. Tomos I a XV, fol.; cada tomo, 20 pesetas.
Obras de Lope de Vega. Segunda serie, tomos I a V, 4.°; cada tomo, 10 pesetas. Tomo VI, 20 pesetas.
Cancionero de Juan del Encina. Primera edición, 1496. Publicado en facsímile; un tomo en folio, 25 pesetas.
Las Fábulas de Esopo. Primera edición, 1489. Publicadas en facsímile; un tomo en folio, 25 pesetas.
Farsas y Eglogas, de Lucas Fernández. Edición en facsímile; un tomo, 10 pesetas.
La tonadilla escénica, por don José Subirá. Tomo I, en 4.° mayor, 15 pesetas.
Glosario sobre Juan Ruiz, por don José María Aguado. 4.°, rúst., 20 pesetas.
Trabajos leídos en la Real Academia Española, con ocasión de celebrar la «Fiesta del Libro Español», año 1926, 2 pesetas.
Discurso acerca de las obras publicadas por la Real Academia Española, leído en la «Fiesta del Libro Español», año 1928, por don Emilio Cotarelo y Mori, 10 pesetas.
Vocabulario de palabras usadas en Alava, por don Federico Baráibar, 4.°, rúst., 4 pesetas.
Vocabulario de refranes y frases adverbiales que juntó el Maestro Gonzalo Correas. Nueva edición, 4.°, rúst., 16 pesetas.
Memorias de la Real Academia Española. Tomos I a XIII, 4.°, rúst.; cada tomo, 10 pesetas.
Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición facsímile de las primitivas impresiones, tomos I a VII, 8.°; en papel de hilo, cada tomo, 20 pesetas; en papel de algodón, 10 pesetas.
Diccionario de calígrafos españoles, por don Manuel Rico y Sinobas, con un apéndice, por don Rufino Blanco; un tomo en 4.°, 4 pesetas.
Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por don Francisco Rodríguez Marín; un tomo en 4.°, 5 pesetas.
Cancionero musical y poético del siglo XVII, recogido por don Claudio de la Sablonara y trascrito en notación moderna por don Jesús Aroca; un tomo en 4.°, 10 pesetas.
Shakespeare en España, por don Eduardo Julià Martínez; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Shakespeare en España, por don Ricardo Rupper y Ujaravi; un tomo en 8.°, 2 pesetas.
El Siglo de Oro, de don Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*; un tomo en 8.°, en pasta, 5 pesetas.
Jornada de Carlos V a Túnez, por el doctor Gonzalo de Illescas, 1 peseta.
Aminta, fábula pastoril de Torcuato Tasso, traducida por Juan de Jáuregui, 1,50 pesetas.
BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Quince volúmenes en 4.°, cada tomo 15 pesetas; número suelto, 3 pesetas.

OBRAS QUE OBTUVIERON PREMIO Y ACCESIT

Romancero de don Jaime el Conquistador, por don Adolfo Llanos, 8.°, rúst., 3 pesetas.
Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, por don Francisco Javier Simonet, 4.°, rúst., 20 pesetas.
Biblioteca histórica de la Filología castellana, por el Conde de la Viñaza, 4.°, rúst., 17,50 pesetas.
Iriarte y su época, por don Emilio Cotarelo y Mori, 4.°, rúst., 15 pesetas.
El padre Acosta y su importancia en la literatura científica española, por don José Rodríguez Carracido, 4.°, rúst., 3 pesetas.
Biografía y estudio crítico de Jáuregui (accésit), por don José Jordán de Urríes, 4.°, rústica, 4 pesetas.
Luis Barahona de Soto, por don Francisco Rodríguez Marín, 4.°, rúst., 15 pesetas.
Gramática y Vocabulario de las Obras de Gonzalo de Berceo, por don Rufino Lanchetas, 4.°, rúst., 20 pesetas.
La Tía fingida, por don Julián Apráiz (accésit), 8.°, rúst., 6 pesetas.
Poesías castellanas y Autos, de Camoens; un tomo, 6 pesetas.
Pedro Espinosa, por don F. Rodríguez Marín, 4.°, 2 tomos, 16 pesetas.
El Casamiento engañoso y el *Coloquio de los perros*, por don Agustín G. de Amezúa, 4.°, rúst., 15 pesetas.
Juan Rufo, Jurado de Córdoba (accésit), por don Rafael Ramírez de Arellano, 8.°, rústica, 8 pesetas.
El Bachiller Diego Sánchez de Badajoz (accésit), por don José López Prudencio, 8.°, rústica, 6 pesetas.
El dialecto vulgar salmantino (accésit), por don José de la Mano, 8.°, rúst., 8 pesetas.
Don Luis de Góngora y Argote, por don Miguel Artigas, 4.° mayor, rúst., 20 pesetas.
El Humanista Francisco Cascales (accésit), por don Justo García Soriano, 4.° mayor, rústica, 15 pesetas.
Gramática y Vocabulario del Fuero Juzgo, por don Víctor Fernández Llera, en 4.°, 20 pesetas.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES

La Araucana, de don Alonso de Ercilla, por don Antonio Ferrer del Río, 2 tomos, rústica, 7,50 pesetas.
Comedias escogidas de don Juan Ruiz de Alarcón, por don Isaac Núñez de Arenas, 3 tomos, rúst., 9 pesetas.
Farsas y Eglogas, de Lucas Fernández, por don Manuel Cañete, un tomo, rúst., 3 pesetas.
Teatro completo de Juan del Encina, por don Manuel Cañete y don Francisco Asenjo Barbieri, un tomo, rúst., 3 pesetas.
Obras de Lope de Rueda, por don Emilio Cotarelo y Mori, 2 tomos, rúst., 7 pesetas.
Poesías de Baltasar del Alcázar, por don F. Rodríguez Marín, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.
Guerra de Cataluña, de don F. Manuel de Melo, por don Jacinto Octavio Picón, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.
Obras completas de Juan Ignacio González del Castillo, por don Leopoldo Cano, 3 tomos, rúst., 10,50 pesetas.
Antología de poetisas líricas, con un prólogo de don Manuel Serrano y Sanz, dos tomos, 7 pesetas.
Calila y Dimna, por don José Alemany, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.
Poesías escogidas de Manuel del Palacio, prólogo de don Jacinto Octavio Picón, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.
Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte, por el licenciado don Antonio Liñán y Verdugo, por don Manuel de Sandoval, un tomo, rúst., 5 pesetas.
Teatro inédito de don Francisco de Quevedo y Villegas, con una introducción de don Miguel Artigas, un tomo, 6 pesetas.
Poesías de Fray Luis de León, con anotaciones inéditas de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dos tomos, rúst., 13 pesetas.
Obras de don Guillén de Castro y Bellvís, tres tomos, 4.° mayor, rúst., 20 pesetas cada tomo.
Poetas dramáticos valencianos, dos tomos, 4.° mayor, rúst., 20 pesetas cada tomo.
RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES EN FOTOTIPIA DEL TAMAÑO DE LA TABLA ORIGINAL, A 2 PESETAS EJEMPLAR.